

Murasaki Shikibu
La novela de Genji



La novela de Genji es la gran obra maestra de la literatura japonesa de todos los tiempos y una de las primeras novelas de la historia. Escrita por una mujer del refinado Japón imperial de la segunda mitad del siglo X, la novela es una obra magna fascinante, a la altura de las obras de Tolstói, Cervantes, Balzac o Proust, que conjuga la novela de aprendizaje vital, el relato amoroso y erótico, la saga familiar y la crónica de costumbres, construyendo un gran friso histórico de una sociedad en pleno esplendor. Cinco siglos antes que Shakespeare, La novela de Genji preludia toda la gran literatura universal posterior, con un conocimiento extraordinario del alma humana, de su esencia trágica y cómica. Si se hiciera un canon oriental, a la manera de Harold Bloom, esta obra figuraría como la primera. Marguerite Yourcenar ya dijo que "no se ha escrito nada mejor en ninguna literatura". La novela de Genji transcurre a lo largo de medio siglo, con infinidad de personajes y de aventuras, muchas galantes, en que el protagonista, hijo del emperador a quien han alejado del poder desde su infancia, pugna por recuperar sus derechos. Una vida repleta de luces y sombras, de maquinaciones de poder y de erotismo.

Murasaki Shikibu

La novela de Genji

Título original: 源氏物語

Murasaki Shikibu, 1021.

Traducción: Xavier Roca-Ferrer

La novela de Genji es la gran obra maestra de la literatura japonesa de todos los tiempos y una de las primeras novelas de la historia. Escrita por una mujer del refinado Japón imperial de la segunda mitad del siglo X, la novela es una obra magna fascinante, a la altura de las obras de Tolstói, Cervantes, Balzac o Proust, que conjuga la novela de aprendizaje vital, el relato amoroso y erótico, la saga familiar y la crónica de costumbres, construyendo un gran friso histórico de una sociedad en pleno esplendor. Cinco siglos antes que Shakespeare, *La novela de Genji* preludia toda la gran literatura universal posterior, con un conocimiento extraordinario del alma humana, de su esencia trágica y cómica. Si se hiciera un canon oriental, a la manera de Harold Bloom, esta obra figuraría como la primera. Marguerite Yourcenar ya dijo que "no se ha escrito nada mejor en ninguna literatura". *La novela de Genji* transcurre a lo largo de medio siglo, con infinidad de personajes y de aventuras, muchas galantes, en que el protagonista, hijo del emperador a quien han alejado del poder desde su infancia, pugna por recuperar sus derechos. Una vida repleta de luces y sombras, de maquinaciones de poder y de erotismo, que llenan el clásico más notable de cuantos quedaban por traducir a nuestra lengua.

Ésta es la primera versión española que aparece con vocación completa y supone el bautizo en castellano de una obra irrenunciable de la literatura universal

«La novela de Genji es la cima de la literatura japonesa. Hasta nuestros días no ha aparecido una obra de ficción que se le acerque».

Yasunari Kawabata, Premio Nobel de Literatura 1968

«Una de las novelas más antiguas del mundo comparable a los grandes clásicos occidentales como Cervantes o Balzac».

Octavio Paz, Premio Nobel de Literatura 1990

«No se ha escrito nada mejor en ninguna literatura».

Marguerite Yourcenar

«Tras leer a Murasaki, ya nunca se siente igual el amor ni el enamoramiento. Ella es el genio del deseo, y nosotros sus aprendices, incluso antes de leerla por vez primera».

Harold Bloom

«No es que la vasta novela de Murasaki sea mejor o más memorable o intensa que la obra de Cervantes, pero sí más compleja y que la civilización que denota es más delicada».

Jorge Luis Borges

La novela de Genji es uno de los grandes clásicos del mundo».

W.B. Yeats, Premio Nobel de Literatura 1923

«De todos los tesoros de Japón, el *Genji Monogatari* es, con mucho, el más precioso.»

Ichijo Kaneyoshi, Comentarios ^[1]

Sobre *Los libros de Uji*:

Ce «román dans le román» (les «dix livres d'Uji», 45 a 54), qui a lui seul represente prés d'un tiers de l'ensemble, pourrait se lire indépendamment, sans que l'on ait le moins du monde a s'occuper de ce qui s'est passé précédemment.[...] Cela dit, point n'est besoin de résumer ici et maintenant une histoire dans laquelle il ne se passe rigoureusement rien, ou, plus exactement, dans laquelle tout se passe dans la tete des personnages.

Je laisserai done au lecteur la surprise et le plaisir de découvrir le román d'analyse psychologique le plus étonnant, par sa subtilité et sa pénétration, que ait jamais été écrit dans aucune langue.

Rene Sieffert, *Le Dit de Genji* ^[2]

Prólogo

Cuando toco el koto para mi propio solaz, bastante mal, por cierto, en la brisa fresca del anochecer, me preocupa que alguien pueda oírme y advertir que no hago más que «sumarme a la tristeza general». ¡Ay de mí! De modo que ahora mis dos instrumentos, el de trece cuerdas y el de seis, permanecen en un pequeño cuarto miserable y negro de hollín, pero siempre con las cuerdas a punto. Debido a mi negligencia —olvidé, por ejemplo, hacer retirar los puentes en los días lluviosos—, han acumulado polvo y reposan entre el armario y un pilar.

Hay, también, dos armarios más grandes llenos hasta los topes. Uno de ellos contiene viejos poemas y cuentos, convertidos hoy en refugio de incontables insectos que se mueven de un lado a otro de un modo tan desagradable que nadie se molesta ya en mirarlos; el otro está lleno de libros chinos olvidados desde que aquél que los atesoró pasó a mejor vida. Cuando la soledad amenaza con abrumarme, saco uno o dos libros para ojearlos; pero mis sirvientas se reúnen a mi espalda para murmurar. «¿Qué clase de mujer lee libros chinos? ¡Ahí está la causa de sus desgracias!», repiten. «Antes ni siquiera parecía bien leer los sutras.» «Sí», quisiera replicarles, «¡pero no he conocido nunca a nadie que viviera más años por creer en tantas supersticiones como vosotras!» De todos modos, sería desconsiderado por mi parte, pues algo hay de verdad en lo que dicen.^[1]

Tanto en su *Diario* como en *La novela de Genji*, Murasaki lleva a cabo una búsqueda casi proustiana del tiempo perdido muy propia de una

escritora que fue, por encima de todo, «el genio del deseo». Paradójicamente, el «resplandeciente» Genji es destruido por su propio anhelo incesante de la experiencia renovada del enamoramiento. Cuando la que, significativamente, ha sido llamada Murasaki, el verdadero amor de su vida, fallece como una reacción involuntaria al hecho de haber sido reemplazada en su corazón, Genji la sobrevive muy poco tiempo.

La novela de Genji está muy alejada de Proust en el tiempo, pero me pregunto si el «anhelo que no cesa» de Murasaki no constituye una analogía válida con la «búsqueda» de Proust. En Proust, el amor perece, pero los celos son eternos, y, por ello, el narrador sigue indagando en todos y cada uno de los detalles de los afectos lésbicos de Albertine, aunque sus recuerdos de la amada difunta se hayan vuelto muy tenues. En Murasaki los celos deben ser reprimidos, pues la posesión exclusiva de un hombre por parte de una mujer es imposible.

Dudaría en afirmar que la perspectiva de *La novela de Genji* sea completamente femenina por la forma tan firme con que Murasaki se identifica con su héroe, «el resplandeciente Genji». Sin embargo, la exaltación del deseo por encima de su satisfacción a lo largo de la novela puede ser un indicio de que la visión masculina del amor sexual es esencialmente secundaria.

El auténtico triunfo de Murasaki, como el de Proust, reside en lo que podría llamarse su anhelo aglutinante, gracias al cual una nostalgia a la vez espiritual y estética ocupa el lugar de un orden social en total decadencia. Quien quiera ser un genio del deseo deberá ser, también, un maestro en la paciencia narrativa, y es asombroso con qué destreza varía la autora sus historias. (...)

La vasta narración romántica de Murasaki forma parte de la cultura literaria inglesa desde que Arthur Waley completó su versión en 1933. Leí el *Genji* de Waley hace medio siglo, y he guardado de él vividas impresiones, pero no había leído hasta ahora la traducción, muy distinta, de Edward G. Seidensticker, aunque data de 1976. Releer a Waley cotejándolo con Seidensticker resulta instructivo: *Genji* es una obra tan espléndida y rica en matices que uno desearía disponer de muchas más versiones. La

traducción alemana de Oscar Benl (1966) proporciona otra imagen del inmenso cuento de Murasaki, y enriquece al lector que desconozca tanto el japonés medieval como el moderno. Uno acaba por descubrir que el lenguaje de Murasaki es, para los japoneses contemporáneos, como para nosotros el inglés entre antiguo y medieval. Ni tan distante como el *Beowulf*, ni tan cercano como Chaucer; y de ahí que las traducciones japonesas modernas sean esenciales para los lectores corrientes.

La novela de Genji nos resulta sin duda más lejana culturalmente de lo que Waley, Seidensticker y Benl la hacen parecer, pero el genio literario tiene una capacidad única para la universalidad, y mientras leo sus versiones respectivas, experimento la ilusión poderosa de que Murasaki es tan accesible a mi comprensión como Jane Austen, Marcel Proust o Virginia Woolf. Austen es una novelista laica, como Murasaki: a medida que se va desarrollando, la narración, un tanto ingenua y desmañada al principio, se parece cada vez más a una novela en el sentido más moderno del término, con una imponente pléthora de protagonistas. Hay casi cincuenta personajes principales, y no resulta fácil recordar quién se ha casado y cuándo, quién ha mantenido una relación sexual con tal o cual dama o caballero, o quién es el padre o la hija secretos de alguien. Al leer la versión de Seidensticker, de casi setecientas páginas (más fiel y completa que la de Waley, aunque no tan hermosa), el interés no decae nunca, pero resulta difícil no perderse. Genji, un príncipe imperial condenado al exilio interior entre plebeyos, es un personaje exuberante y apasionado, cuyos deseos, cambiantes e impacientes, no cesan jamás de encadenarse ni admiten obstáculos. Quizás sea más preciso hablar de «deseo» que de «deseos». Genji es un estado de deseo permanente, irresistible para las mujeres, extraordinariamente variadas, de la corte y de las provincias.

Y, sin embargo, no debemos considerar a Genji un donjuán, aunque ciertamente manifieste lo que lord Byron llamaba «movilidad del afecto». La propia Murasaki, a través de su narrador, demuestra claramente que encuentra a Genji más que simpático. El protagonista es un personaje que irradia luz, y que está destinado a ser emperador. Con todo, el eros de Murasaki y de las principales autoras Heian que fueron sus

contemporáneas, no era exactamente lo que nosotros entendemos por «amor romántico», pero en lo tocante a la obsesión, a la autodestrucción y a la determinación, o aparente inexorabilidad, las diferencias en la práctica son muy pocas. Aunque todos los personajes de *La novela de Genji* son budistas, y, en consecuencia, han sido instruidos en la doctrina que condena el deseo por antonomasia, casi todos tienden a caer bajo sus efectos, y Genji más que ninguno. Todas y cada una de sus mujeres recurre a la renuncia, esa «virtud dolorosa», como la llamaba Emily Dickinson, después del desastre, mientras que el eternamente apasionado Genji lo hará sólo después de muchos desastres.

Genji, que nunca llegará a ser emperador, tiende a sentir un afecto repentino (y, luego, duradero) por mujeres de condición mediocre, repitiendo así la pasión de su padre imperial por su madre, que les llevó a ser expulsados de la corte por las intrigas de consortes más aristocráticas. Rota por esta experiencia, la madre de Genji muere cuando él es todavía un niño, y el anhelo con que el héroe busca la intimidad amorosa está claramente relacionado con esta pérdida prematura. Pero Murasaki, al igual que Cervantes, al que se anticipa en más de quinientos años, posee una ironía afilada. Su delicioso segundo capítulo, «El *hahaki-gi*», nos presenta un coloquio pragmático sobre el amor entre Genji y otros tres cortesanos:

Huyendo de la lluvia, entraron dos jóvenes tarambanas más: el oficial de la guardia Una no Kami y el funcionario del ministerio de los ritos Shikibu no Yo, ambos buenos aficionados a las intrigas amorosas y a la chachara entre amigos. To no Chujo les puso al corriente del tema que se estaba debatiendo, y ellos se incorporaron de mil amores a la tertulia. La discusión iniciada continuó, e incluyó algunos detalles no del todo convincentes.

—*Las damas que han alcanzado una categoría elevada no despiertan el mismo interés que las que la ostentan desde la cuna —afirmó Una no Kami—. En cuanto a las que, nacidas en las alturas, la fortuna se ha ensañado con ellas o les falta una protección adecuada, por muy orgullosas que se muestren, siempre acaban poniéndose en evidencia, de modo que yo las colocaría en la clase de en medio. En cuanto a las que pertenecen a la*

familia de un gobernador de provincias, no se las puede considerar de un rango excelso, lo cual no quiere decir que no tengan su lugar dentro de la sociedad, lugar que variará de acuerdo con sus méritos. Las hay dignas de figurar en la lista de cualquier hombre de buen gusto. Yo mismo me inclinaría, sin dudarle un instante, por una mujer de esta clase, y la preferiría a otras de rango más elevado. Pienso en la hija de un consejero sin categoría de ministro, una muchacha de buena reputación con una familia decente y capaz de vivir sin lujos excesivos. Las damas a que me refiero suelen resultar francamente recomendables... Podría citar unos cuantos nombres, pero prefiero no hacerlo. Cuando se instalan en la corte, son las que acaban acumulando más favores. Conozco muchos casos.

(Del capítulo 2, «El *hahaki-gi*»)

La ironía de Murasaki nos lleva a preguntarnos sobre cuáles deben ser esos «detalles no del todo convincentes», a los que se refiere. En lo que quizás sea la ironía última de la *Novela*, el gran amor de Genji es una niña de diez años a quien llama Murasaki, y a la que decide adoptar y educar. Su nombre (y el de la autora) es el de una planta aromática, la lavanda o espliego, y la relación que Genji mantiene con ella es completamente atípica desde el primer momento:

Cuando Genji no estaba o en anocheceres sombríos, (Murasaki) echaba de menos a la monja y lloriqueaba un poco, pero no pensaba nunca en su padre, al que sólo había visto en contadas ocasiones. Ahora tenía otro padre, y estaba muy orgullosa de él. Cuando Genji llegaba a casa, Murasaki era la primera en lanzarse al jardín a saludarle. Luego montaba en sus rodillas y le hablaba de mil cosas sin el menor asomo de timidez o desconfianza. A su lado, se sentía la niña más dichosa del mundo.

También Genji vivía en una nube de felicidad: las mujeres inteligentes suelen ser complicadas, y, siempre a punto de mostrarse celosas, obligan a los hombres a estar perpetuamente en guardia. En cambio, Murasaki era la compañera perfecta, un juguete maravilloso que siempre le sorprendía con su fantasía y agudezas. No se hubiese sentido tan cómodo y libre de inhibiciones con una hija, porque la intimidación entre padre e hija no deja de

tener sus límites... ¡A veces tenía la impresión de que el cielo le había regalado una auténtica joya!

(Del capítulo 5, «Murasaki»)

Una vez más la narración vuelve a estar dominada por un *pathos* irónico, que, a mi juicio, es el tono que mejor caracteriza a Murasaki. Ella misma procedía del «segundo nivel» de la aristocracia cortesana, al que su familia había descendido desde un rango más elevado. Cuando encontramos por primera vez a la niña que será llamada como Murasaki, el nombre de su niñera es Shonagon, lo cual parece una referencia irónica a Sei Shonagon, cuyo *Libro de la almohada* fue el principal rival de *La novela de Genji*, y a quien Murasaki acusa en su *Diario* de ser «terriblemente presuntuosa» por alardear de una falsa erudición, que la lleva a usar caracteres chinos como si fuera el Ezra Pound de su tiempo.

Nueve siglos antes de Freud, Murasaki adivinó que todas las transacciones eróticas son de algún modo formaciones sustitutivas de afectos anteriores. Siglos atrás, Platón también había pensado lo mismo, aunque para él la relación arquetípica procedía de la Idea, y no de la imagen paterna. Cuando la pequeña Murasaki tiene catorce años, Genji la posee:

Durante las semanas que siguieron el príncipe Genji no podía quitarse a Murasaki del pensamiento; le parecía incomparable, la mujer que se acercaba más a su ideal de perfección que había hallado en el mundo. Como la muchacha ya había dejado de ser demasiado joven para el matrimonio, le insinuó repetidas veces sus sentimientos y anhelos, pero ella no parecía entenderlo. Cuando estaban solos, jugaban algo o a las adivinanzas chinas. Murasaki era muy lista y sabía complacerle de mil maneras. Genji, que hasta entonces no había contemplado en serio la posibilidad de convertirla en su esposa, tomó al fin la decisión, aunque sabía que la muchacha se resistiría y se sentiría muy incómoda en los primeros tiempos.

Un día Genji se levantó de la cama temprano, pero Murasaki permaneció en el lecho hasta muy entrada la mañana. ¿Qué había sucedido entre los dos durante la noche? Las sirvientas que la atendían estaban perplejas. Antes de abandonar la estancia, Genji introdujo una caja-

escritorio detrás de las cortinas de la cama. Al encontrarse sola, Murasaki levantó la cabeza de la almohada y descubrió una hoja de papel doblada, escrita con una caligrafía sin pretensiones. El poema decía así:

«Hemos pasado muchas noches como dos hermanos. Tarde o temprano, tenía que llegar el momento.»

(Del capítulo 9, «Aoi»)

Al ser su padre adoptivo, Genji inflige a Murasaki un estigma ilusorio de incesto, y ella nunca llegará a ser madre. El narrador, como siempre, no emite juicio alguno, y la muchacha violada de catorce años experimenta poco a poco la transición hasta alcanzar un período de felicidad junto a Genji, aunque este período, marcado por las continuas infidelidades de él, presente también mucho de irónico. El héroe, en su búsqueda perpetua de lo que no puede hallar, acude a otras amantes, mientras mantiene a Murasaki en su lugar de favorita indiscutida. Pero ella posee una fuerte personalidad, y no se aferra a él, sino que recurre a la fe budista como camino de regreso hacia sí misma y hacia su infancia. Como Genji no le permite tomar los hábitos de monja, organiza una ceremonia en honor del Sutra del Loto, que reconoce a las mujeres su parte en la salvación. Después, cae en «una larga agonía para aliviar su pena», como hubiese dicho John Milton. Habiendo recobrado la belleza de su infancia, muere la dama perfecta, y deja a Genji completamente solo.

Murasaki no culpa más a Genji de sus inconstancias de lo que culparía a una estación por remplazar a otra. Un año después, el príncipe comienza a prepararse también para la partida, y muere «fuera del escenario», entre los capítulos 41 y 42, como si la propia Murasaki se sintiera demasiado ligada a su creación para presentarnos su fin. El capítulo 42 comienza diciendo «El resplandeciente Genji había muerto sin dejar atrás a nadie que se le pareciera». La novela se prolonga unas trescientas cincuenta páginas, en las que Murasaki sigue poniendo de manifiesto su genio incomparable para lo que hemos llamado el *pathos* irónico, pero que son ya «otro cuento».

El libro se convirtió, y sigue siéndolo hasta hoy, en una especie de Biblia secular de la cultura japonesa. Lo que *Don Quijote* representó casi exclusivamente para Miguel de Unamuno, lo ha hecho *La novela de Genji*

para miles de hombres y mujeres japoneses con sensibilidad estética. En tanto que obra secular, la vasta novela amorosa de Murasaki adquiere un estatus muy ambiguo, debido a que es casi imposible definir la relación del libro con el budismo. El deseo, la atracción hacia otra persona, es la mayor de las faltas según casi todas las formas de budismo. Este deseo destruye a Genji, y a las mejores de sus amantes. Pero ésta es la esencia del personaje, y, como lectores de la obra, quedamos fascinados por él y por las pasiones que despierta. Lo mejor que he leído sobre la obra maestra de Murasaki es un estudio de Norma Field, titulado de forma precisa y elocuente *El esplendor del deseo en «La novela de Genji»* (1987). Y ahí, pienso, en este contradictorio «esplendor del deseo», es donde debe situarse el genio de Murasaki. Un deseo es un anhelo que nunca puede ser satisfecho, un ansia jamás apaciguada. Tras leer a Murasaki, ya nunca se sentirá igual el amor o el enamoramiento. Ella es el genio del deseo y nosotros sus aprendices, incluso antes de leerla por primera vez.

Harold Bloom

Introducción

El ocaso Heian

La novela de Genji transcurre en Japón durante la segunda mitad del siglo X y el primer cuarto del XI. En aquellos tiempos —oscuros en el resto del mundo, donde el esplendor de Roma era puro recuerdo y la pobre Europa empezaba a levantarse a trancas y barrancas de su inmensa decadencia— tan sólo China y Japón podían enorgullecerse de contar con unas civilizaciones dignas de tal nombre.

En el año 784 la capital de Japón fue trasladada a una ciudad de nueva planta, diseñada a imitación de Ch'ang-an, la capital de China, y que fue bautizada Heian Kyo, «La Ciudad de la Paz y de la Tranquilidad», la actual Kyoto. Aunque desde el punto de vista geográfico la nueva capital sólo distaba sesenta y cinco kilómetros de la antigua, el traslado dio lugar al inicio de un nuevo período absolutamente decisivo en la historia de Japón,

que ha tomado su nombre del de la nueva capital. Nunca la civilización nipona volvió a ser tan refinada, tan culta, tan llena de *glamour*, hasta el extremo que algunos han comparado esta época con el *Grand Siécle* de Luis XIV, pero un *Grana Siécle* de casi cuatro siglos de duración. Claro está que esta «civilización» era patrimonio exclusivo de un uno por mil de los habitantes del país. El nivel de educación (por no hablar de cultura) de las clases inferiores —la inmensa mayoría— era inferior al de las sociedades primitivas actuales de Nueva Guinea. La cultura de la nobleza, en cambio, se manifestaba en un modo de vida extraordinariamente artificioso en torno a una utopía de carácter estético (nunca político, militar o social: no querían cambios, pero tampoco conquistas), un esteticismo sutil y al servicio de un lujo sin precedentes en la historia. También conocieron la magnificencia las civilizaciones de Egipto, de Persia y del Indo, pero su modo de entenderla era muy distinto: allí la vida «lujosa» era vacía, fría y estereotipada, mientras que en la corte de Japón la belleza en las formas, en el vestir y en las diversiones despertaba el entusiasmo de las «almas sensibles», y todos querían ser «almas sensibles» (del mismo modo que en la corte de Luis XIV todos querían dárseles de *beaux esprits*) porque no serlo significaba hacer el ridículo, no estar *à la page*.

Cuando se escribió el *Genji*, el período que los historiadores llaman Heian (794-1185), esa cima insuperada de la cultura nipona de la que acabamos de hablar —baste recordar, sólo en el ámbito de las letras, títulos como *Los cuentos de Ise*, que tanto entusiasmaban a Borges, y el *Kokin shu*, la primera antología poética imperial, y autores como la gran poeta Ono no Komachi o las narradoras Murasaki y Sei Shonagon—, empezaba a dar ya muestras de extenuación. La que había sido una época de oro, gracias al apogeo del poder del emperador y la asimilación del inmenso legado espiritual de China y del budismo, se encaminaba fatalmente a su ocaso. El divino *tenno*, descendiente directo de Amaterasu, la diosa del Sol, mandaba un poco menos cada día. De hecho, a partir de mediados del siglo x el poder real se desplaza sin violencia alguna a un clan de políticos natos, los Fujiwara, que, sin destronar al *mikado*, se hace con todas sus funciones salvo las religiosas y «culturales» por el procedimiento de imponerle —a él

y a sus hijos— matrimonios con mujeres Fujiwara. Durante casi ciento cincuenta años no hay emperador que no tenga a una Fujiwara por primera o incluso por segunda y tercera esposa, y será el suegro, el hermano, el tío o el primo de la emperatriz quien realmente lleve las riendas del gobierno mediante una administración paralela a la oficial, pero mucho más eficaz. Tanto Murasaki Shikibu, la autora, como su marido pertenecían a una línea de la numerosísima familia Fujiwara.

Esta situación de sumisión del emperador se consolidó, con otras características, en el período histórico siguiente (Kamakura: 1185-1333) con la toma del poder efectivo por el clan militar de los Minamoto. Los Fujiwara, que no eran militares sino políticos sagacísimos, siempre tuvieron la delicadeza de mantener la ficción de que el emperador era el único señor de Nipón. A partir de 1185 desaparece también la ficción y el emperador, prisionero en la capital «antigua», queda reducido a mero figurón decorativo —algo así como un *sumísimo sacerdote* encargado de mantener y officiar los ritos religiosos milenarios del gran archipiélago del este asiático— mientras que el poder político real pasa de una vez por todas a manos de un general omnipotente, el *shogun*, que establecerá su propia capital en la otra punta de la isla, primero en Kamakura (1185) y luego en Edo, nuestro Tokyo (1600). Esta situación de falsa diarquía —pues *de facto* sólo mandaba el *shogun*— se mantiene con muy pocos cambios hasta el desembarco de Perry en 1853.

Con todo, del período Heian puede decirse lo mismo que Gibbon dijo del Imperio romano: no debemos sorprendernos de su derrumbamiento final, sino de que consiguiera mantenerse en pie durante tanto tiempo. Todos los otoños son hermosos y el de Heian no fue una excepción. Testigo privilegiado de su suntuosa decadencia fue Murasaki Shikibu, dama de la corte, mujer inteligentísima y escritora de fuste excepcional —una de las más notables de la historia de la literatura—, a la que debemos este relato incomparable que ponemos al alcance de los lectores de habla hispana del siglo XXI.

LA NOVELA

La novela de Genji —*Genji Monogatari*— es la obra maestra indiscutible de la prosa narrativa japonesa de todos los tiempos y, para muchos, la primera novela psicológica de la literatura universal. Merece estar, pues, junto al *Quijote*, *Guerra y paz* (a las que dobla en extensión) o la *Recherche*, tanto por la ambición de la autora al imaginarla como por su destreza al componerla, y no queda por debajo de ninguna de ellas. Si se quisiera hablar de un «canon oriental», en el sentido en que Harold Bloom confeccionó un «canon occidental», ocuparía en él un lugar de privilegio y toda la literatura japonesa en prosa posterior es deudora de ella. De ella ha afirmado nada menos que Marguerite Yourcenar: «No se ha escrito nada mejor en ninguna literatura».

Como todas las obras maestras, el *Genji* resulta muy difícil de clasificar. Podría describirse como una combinación genial de *Bildungsroman*, novela psicológica, saga familiar, relato de costumbres, descripción minuciosa de una época y crónica de aventuras eróticas. Una mezcla (pues de todos hay en ella) de Margarita de Navarra, Goethe, Marivaux (hay mucho de *marivaudage* en las aventuras galantes del príncipe), Flaubert (el Flaubert de *La educación sentimental*), Tolstoi, Thomas Mann, Proust e, incluso, del mejor Nabokov. Nada hay en la literatura europea anterior a ella que nos parezca tan «moderno». Si el ya citado Bloom define a Shakespeare como el «inventor de lo humano» en la literatura occidental, no cabe duda de que Murasaki ya lo había descubierto y contado —¡y de qué soberbia manera!— cinco siglos antes. En cuanto al tono, variadísimo, de la obra, destaca por un equilibrio perfecto entre lo trágico, lo irónico y lo cotidiano, sin renunciar a muy puntuales intervenciones de lo sobrenatural: exactamente igual que en el mejor Shakespeare.

Los acontecimientos que narra se extienden a lo largo de más de medio siglo y en sus páginas aparecen más de cuatrocientos cincuenta personajes. En su versión definitiva se divide en cincuenta y cuatro libros o capítulos de extensión muy variable, que en su época circularon con independencia unos

de otros. Se cree que los títulos con los que se les conoce les fueron atribuidos con posterioridad. Según testimonios contemporáneos, aquel que tenía en su biblioteca los cincuenta y cuatro libros podía considerarse muy afortunado. Todas las traducciones completas (Waley, Benl, Sielfert, Seidensticker, Tyler) tienen más de mil páginas cada una. Aunque tal vez lo que ha llamado más la atención del público occidental —y también del oriental— es la acumulación de aventuras galantes del protagonista a lo largo de los trece primeros libros, la obra es mucho más que eso, y no son pocos los especialistas que consideran lo mejor de ella su última parte —los llamados «libros de Uji»—, en la que, fallecido Genji, el protagonismo se desplaza a Kaoru, un complejo proto-Hamlet hijo aparente de Genji y su esposa la Tercera Princesa, aunque en realidad es producto de una relación adúltera de ésta. Sabiamente estructurada, desarrolla una serie de temas de interés universal.

Seguramente tiene razón K. L. Richard cuando afirma que el tema fundamental de la novela es la lucha del protagonista por recuperar los derechos derivados de su nacimiento (es hijo de un emperador) y de los cuales se ve injustamente privado en su infancia. Nos encontramos, pues, ante un auténtico *agón* en el sentido que los griegos daban al término. Un joven (pensemos en figuras como Teseo, Perseo o Belerofonte, por ejemplo) se ve obligado por el destino a vivir una serie de experiencias más o menos iniciáticas hasta que se le reconoce lo que es legítimamente suyo. Así Genji debe abandonar la casa paterna, tiene una serie de encuentros amorosos con mujeres de todo tipo (Fujitsubo, Utsusemi, Yugao, Rokujo, Murasaki, Suetsumuhana, Oborozukiyo, la dama de Akashi, etc.), no le faltan enemigos que hacen todo lo posible para perjudicarlo (empezando por Kokiden, la esposa principal de su padre, que le persigue con la saña que Fiera puso en perjudicar a Heracles), es condenado al exilio pasando tres años entre Suma y Akashi, hasta que finalmente regresa a la capital y obtiene la posición que le corresponde en la sociedad. A partir de aquí se convierte por un tiempo en una especie de «emperador en la sombra» que gobierna los destinos del país desde su enorme palacio de la Sexta Avenida de Heian.

Los primeros treinta y tres libros de la obra nos narran esta primera parte de la historia, al final de la cual Genji y cuantos le rodean ven cumplidos casi todos sus deseos. El «príncipe resplandeciente» vive en una gran mansión con casi todas sus mujeres y es respetado por todo el mundo. El hijo secreto de Genji y Fujitsubo, Reizei, sube al trono imperial tutelado por su padre «biológico». Genji se interesa por una dama, Akikonomu, hija de Rokujo, una de sus amantes, y la convierte en emperatriz. La hija del protagonista y de la dama de Akashi vive con su padre y su esposa preferida, Murasaki, que la adopta. Andando el tiempo, también será emperatriz.

En el capítulo 34 —Genji ha cumplido ya cuarenta años— el testigo pasa a la siguiente generación, y el protagonismo a otros personajes, todos ellos más o menos directamente vinculados con el protagonista (Tamakazura, Yugiri, Kumoi no Kari, Kashiwagi). En los siguientes y hasta el cuarenta y uno, los éxitos empiezan a contar casi tanto como los fracasos. Kashiwagi, amigo de Genji, muere avergonzado por su relación ilícita con la Tercera Princesa, esposa del protagonista, de la que nace un hijo, Kaoru, que Genji cree suyo. De algún modo la historia se repite y lo que hizo Genji con la esposa de su padre, lo hace un amigo con la suya. El mundo que rodea al héroe, que, en un determinado momento, parecía perfecto, ha dejado de serlo, y empieza a resquebrajarse: Genji va perdiendo poco a poco el control del mismo.

La última parte de la narración (libros cuarenta y dos al cincuenta y cuatro) transcurre después de la muerte de Genji, y la acción se traslada de la capital, Heian, a un sórdido pueblecito, Uji. Allí acuden Niou, nieto de Genji, y su falso hijo Kaoru para visitar a dos mujeres, Oigimi y Nakano Kimi. Pero las cosas no marcharán bien y la felicidad se negará a sonreír a la tercera generación. La tercera parte de la novela es, pues, la historia de un fracaso. Si en la primera parte de la obra se acumulan los éxitos amorosos de Genji, al final Kaoru se ve desbancado siempre por un rival más atrevido que frustra sus anhelos.

Para muchos críticos, esta tercera parte es «la obra maestra dentro de la obra maestra» aunque en ella no aparezca ya Genji. Oigamos a Sieffert,

traductor de la obra al francés: «... si le roman s'achevait la (esto es: *con la primera mitad*), il serait deja un chef d'oeuvre immortel, approché ou égalé quelques siècles plus tard seulement par *La Princesse de Clèves* ou les romans de Proust. Et pourtant, toute cette première moitié de l'oeuvre paraîtra bien maladroite encoré á qui aura lu la suite...»^[2] Tomada, pues, en su conjunto, la novela de Genji y su descendencia es, como tantas sagas clásicas de la narrativa europea, una narración de afirmación, auge, triunfo, declive y catástrofe. Recoge muy bien esta idea el citado Sieffert, al dividir su versión en dos partes, que titula *Magnificence e Impermanence*, idea que hemos hecho nuestra para esta versión. Aunque no disponemos de datos ciertos sobre la forma de escribir de Murasaki, la propia novela nos da a entender que no se limitó —al modo de los escritores de novelas por entregas del siglo XIX— a ir encadenando episodios a medida que iba imaginándolos, sino que la obra responde a un plan general en el que las vinculaciones, paralelismos o contraposiciones son constantes. Murasaki «prepara» al lector para lo que vendrá luego, y conecta continuamente presente, pasado y futuro. Por poner un solo ejemplo, el personaje de la dama de Akashi, que tanta importancia tendrá en la vida del protagonista y a la que dedica el capítulo 13, aparece ya mencionado en el capítulo 5 («Murasaki»). Un Genji de dieciocho años acaba de llegar a una región montañosa para ser curado de la malaria por un chamán y la autora escribe:

Un hombre se puso a entretenerlo con una descripción de las montañas y las costas de la parte occidental del país.

— *Entre los lugares cercanos destaca con mucho por su belleza la costa de Akashi, en Harima. Sin tener nada de excepcional, el panorama sobre el mar ofrece a la vista un reposo incomparable. Hay allí la casa de un ex gobernador —acaba de hacer votos y se ocupa mucho de su única hija—, una mansión realmente espléndida. El hombre es hijo o nieto de un ministro y hubiese podido hacer carrera en la administración, pero tiene un carácter muy raro y evita el trato con la gente. Dimitió de su grado en la guardia imperial y pidió la provincia de Harima. Pero la gente de la provincia no se lo tomaba muy en serio, y, como él consideraba que regresar a la capital equivalía a reconocer su fracaso, se hizo monje. Tal*

vez te preguntes por qué ha elegido vivir en la costa y entre montañas. Seguramente piensa que así olvidará sus frustraciones. Estuve en su provincia no hace mucho y me dejé caer en su casa. Quizás no tuvo éxito en la capital, pero lo cierto es que el terreno y los edificios que ocupa allí son espléndidos. Al fin y al cabo era gobernador e hizo cuanto pudo para asegurarse una jubilación placentera. Se pasa la vida recitando plegarias y eso, al parecer, ha mejorado su carácter.

— ¿Y su hija?

— Bonita y agradable. Todos los gobernadores que han pasado por allí han pedido su mano, pero el padre no se ha dejado convencer. Se retiró como gobernador de una provincia sin importancia, afirma, pero alberga grandes proyectos en relación con su hija. ¡Si muere sin haber culminado sus proyectos, ha dado instrucciones a su hija de que se arroje al mar!

Genji sonrió.

— ¡Una muchacha encerrada y reservada al dios del mar! —comentó, riendo, a sus hombres— ¡Qué extravagancia!

El que acababa de explicar la historia era hijo del gobernador actual de Harima y había sido promovido al quinto rango por los servicios prestados a la secretaría imperial. Famoso por sus aventuras amorosas, se decía que había ido a la costa de Akashi para convencer a la muchacha de que debía desobedecer las absurdas instrucciones de su padre.

Ocho libros más tarde y diez años después del momento relatado, la dama entrará por la puerta grande en la vida del protagonista, que se enamora perdidamente de ella, y será la madre de su única hija. Los ejemplos podrían multiplicarse hasta el infinito. Ello resultaría inconcebible si Murasaki no hubiese trabajado sobre un plan previamente trazado, sujeto a modificaciones, claro está, pero que contenía ya las líneas maestras de su novela.

Conviene advertir, de entrada, que la impresión que el *Genji* produce sobre el lector del siglo XX puede resultar engañosa. Es indudable que la autora está retratando un mundo que conoce, una manera de pensar y una manera de vivir que son los de su tiempo —y ello otorga al libro un valor añadido de crónica de «mores»—, pero lo que nos cuenta no es una crónica

de sucesos ocurridos sino una auténtica novela en el sentido más moderno del término. Es más, del famoso *Diario* de Murasaki resulta que ya en su tiempo había una tendencia a considerar su obra como una «crónica», idea que ella rechazaba de plano, reivindicando su carácter de novela, es decir, de obra de ficción. Por esta razón hemos preferido en nuestra versión hablar de «La novela de Genji» en lugar de «La historia de Genji». Los traductores ingleses hablan de *tale* (palabra de doble sentido, pero preferentemente aplicada a historias inventadas), Sieffert de *le dit* (y no de *histoire*) y Benl de *Geschichte*.

Sus personajes, como los de Proust, han sido compuestos a partir de seres de carne y hueso, pero deben mucho a la imaginación de su creadora. Como todos los grandes escritores, Murasaki Shikibu llevó a cabo la hazaña sublime de inventarse una realidad ficticia, aunque paralela a la real, que, diez siglos más tarde, puede parecerse más real que la realidad misma (que desconocemos), del mismo modo que nos resulta muy difícil imaginarnos el asedio de Troya de forma distinta a como nos lo relata Homero.

La crítica marxista, con su consabida tendencia a la simplificación, quiso ver en el *Genji* una crítica a la «clase dominante» y a sus crímenes. La postura es insostenible: la posición de la autora respecto a las clases populares es tan aristocrática (y despectiva) como la del más tieso de sus contemporáneos. Baste leer este párrafo correspondiente al capítulo 9 («Aoi»):

No parece decente ni razonable que damas pertenecientes a rangos dignos de ser tenidos en cuenta o monjas que han abandonado el mundo se peleen por ocupar un punto desde el cual poder admirar el desfile, pero aquel día resultaba lo más normal. Mujeres del pueblo, con las manos haciendo visera sobre sus ojos, saltaban como langostas para atrapar alguna imagen del acontecimiento. Caras plebeyas mostraban sonrisas bobaliconas, cuyos titulares no hubiesen querido ver reproducidas en ningún espejo. Un montón de hijas de funcionarios de provincias, cuyos nombres Genji no había oído pronunciar siquiera, se habían presentado en carricoches adornados y luchaban por ocupar un lugar desde donde poder

contemplar al príncipe resplandeciente. Lo cierto es que el espectáculo de los espectadores resultaba casi tan fascinante como la procesión misma.

La crítica «feminista» se limita a ver en la obra una denuncia de la poligamia masculina propia de la aristocracia de la época. También parece exagerado. Murasaki describe una sociedad poligámica y la describe tal como es y los sufrimientos que produce en las mujeres que pierden el favor de sus esposos, pero en ningún momento parece cuestionarla. Otra cosa es que la obra esté narrada desde un punto de vista claramente femenino, característica obvia tratándose de la novela de una mujer.

Yendo un paso más allá, algunos han creído detectar una voluntad que podríamos llamar subversiva (o por lo menos «radical») en la gran autora. De alguna forma, aducen, la conducta de su héroe —sobre todo en los doce primeros capítulos— va totalmente en contra de las normas de la sociedad de su tiempo. A guisa de ejemplo recordemos que, para empezar, se enamora locamente de su madrastra Fujitsubo (con la que más tarde tendrá un hijo) y poco después se encapricha de la esposa de un gobernador (Utsusemi), con cuya hijastra se acostará al no ser capaz de vencer los escrúpulos de su adorada «gobernadora». Seduce a una pobre muchacha (Yugao) que encuentra en una casa medio abandonada, la rapta y se la lleva a un lugar solitario sólo para verla morir entre sus brazos ante su impotencia para salvarla. Conoce luego a una niña de diez años (Murasaki) y se la lleva a su casa para convertirla algún día en su esposa sin contar en absoluto con su consentimiento ni el de su familia. Cuando le parece que ha llegado el momento (o se ha hartado ya de esperar), la desvirga sin contemplaciones en uno de los episodios más emotivos de la obra. Añadamos que, mientras ocurren todos esos lances, Genji está casado con la hija de un ministro, Aoi, y tiene una amante «estable», la princesa Rokujo.

No debe olvidarse que los moralistas japoneses de épocas posteriores desaprobaban completamente las costumbres de la época Heian del mismo modo que los Victorianos encontraban los tiempos de Isabel I y de Shakespeare terriblemente «inmorales», por no hablar de los de Carlos II. Cierta historiador inglés definió en 1949 el mundo de Genji y los suyos como una época de «artistas aficionados codiciosos y frívolos, (...)»

incapaces de evitar el fatal hundimiento de su Sodoma intelectual». La hecatombe estaba servida, pero hay que reconocer que se hizo esperar mucho.

De todos modos, aunque la ética sexual Heian no fuera exactamente la misma que la nuestra, lo cierto es que todo lo narrado estaba ya muy mal visto en su época —y ello a pesar de que la poligamia era (ya se ha dicho) una institución totalmente aceptada entre la aristocracia, pero Genji va mucho más allá: se pueden tener tres esposas pero acostarse con la de tu padre o violar a una menor es algo muy distinto— y no resultaba mucho más *comme il faut* entonces de lo que lo sería ahora, después de la famosa revolución sexual de los sesenta.

Durante su juventud, Genji es un auténtico irresponsable (y así lo percibieron ya sin duda los primeros lectores de la obra) y sólo se redimirá con el paso del tiempo. En este sentido, nos recuerda la evolución del príncipe Hal, un auténtico gamberro en las dos partes del shakespeariano *Enrique IV*, que cambia completamente deviniendo otra persona completamente distinta cuando es coronado rey (*Enrique V*). Probablemente ello explica el enorme éxito que la obra tuvo en su época: la figura del pecador arrepentido que acaba convertido en un héroe virtuoso ha ejercido siempre una enorme fascinación sobre el público. Lo sabía don José Zorrilla cuando decidió que su don Juan Tenorio, a diferencia de sus antecesores, se arrepintiera en el último momento: tal vez eso explique la popularidad de su versión en España, muy superior a la de Tirso en la que el antihéroe se condena.

Con todo, no debe verse en Genji un seductor clásico a la manera occidental —pensamos en prototipos como el citado don Juan en sus múltiples versiones, en Valmont, Casanova, Tom Jones, Grandison, Ievgueni Oneguín, Jean Sorel, Anatol Kuragin o el mismo lord Byron—, porque no «funciona» de la misma manera. Si examinamos su evolución en perspectiva, nos daremos cuenta de que, para Murasaki, Genji es mucho más una víctima de su inagotable fascinación por las mujeres que un verdugo insensible de corazones femeninos. La mayor parte de sus *liaisons* le dejan un regusto amargo en la boca, y jamás abandona a su suerte a una

mujer que ha seducido. Cuando Genji pierde la cabeza por una mujer, puede comportarse como un truhán, pero a la postre triunfa invariablemente el «señor» que lleva dentro. En su época de gloria, acoge en su casa a todas sus amadas necesitadas de protección, incluso a la feísima y desgraciada Suetsumuhana, y se ocupa de sus necesidades como un providente *paterfamilias*.

Algunos críticos freudianos han pretendido explicar y justificar el anhelo sexual casi enfermizo del protagonista como una incesante búsqueda de la «madre ideal» que no llegó a conocer por haberla perdido en su más tierna infancia. Para complicarle aún más la vida y reforzar su frustración sexual, lo casan a los doce años con una dama cuatro años mayor que él, que no le hace caso alguno, y muy pronto cae en las redes de la seductora y posesiva princesa Rokujo, que le aventaja en siete años, a la que siempre hemos imaginado como una *madame Potiphar* nipona, pero con más categoría. Con estos antecedentes, ¿tiene algo de raro que se lance en busca de aventuras de todo tipo —trágicas o patéticas unas, otras francamente cómicas como la de la vieja rijosa, Naishi, que acaba con una pelea con su cuñado To no Chujo—, de las cuales nunca sale completamente satisfecho, porque el ideal, la perfección, el eterno femenino sin mácula que persigue, no existe en este mundo?

Sea como fuere, no debe perderse nunca de vista que el mundo de la aristocracia Heian dentro del cual se mueven los personajes de Murasaki era una sociedad polígama en la que los hombres de clase elevada (a los plebeyos se les imponía la monogamia aunque podían divorciarse) tenían a su disposición primeras, segundas y terceras esposas por no hablar de sus concubinas extraoficiales. Nada que ver, pues, con las sociedades que aparecen en las novelas de Jane Austen, George Elliot o Virginia Woolf, o la que describen Balzac, Dostoyevski y Pérez Galdós. En el mundo occidental, la diferencia entre la esposa legítima y la «entretenida» estaba perfectamente marcada y resultaba totalmente insalvable. Piénsese, sin ir más lejos, en las protagonistas femeninas de *Fortunata y Jacinta* o de *El idiota*.

De algún modo, «las mujeres de Genji» recuerdan mucho más el *démimonde* que encontramos en Proust, en el cual —como ocurre con Odette, Gilberte, Rachel o la misma Albertine—, la diferencia entre la prostituta y la mujer decente es poca y resulta relativamente fácil de salvar (*monsieur* Swann «convierte en decente» a la cortesana Odette cuando, después de una relación irregular, contrae matrimonio con ella para legitimar a la pequeña Gilberte, aunque paradójicamente se casa cuando ya ha dejado de quererla). Dicho de otro modo, hay que aparcar todos los prejuicios «judeocristianos» que han marcado la literatura erótica y sentimental en Occidente desde la Edad Media hasta el siglo XX, si queremos entrar en el universo de Genji y entenderlo.

En este mundo, maravillosamente descrito, el juego del amor y del sexo funciona con otras reglas, si bien para la mujer (que suele ser el sujeto paciente de la relación) la diferencia de culturas no supone en modo alguno la supresión de la consecuencia natural de toda situación de poligamia: el tormento de los celos. El hecho de que la sociedad aprobara la coexistencia de una pluralidad de esposas en un mismo hogar no evitaba que muchas de aquellas pobres mujeres vivieran en un auténtico infierno de rivalidades sexuales.

En la lista de amantes del protagonista hay mujeres de todas las condiciones sociales. Murasaki es, con mucho, la mujer que Genji amará más, aunque el hecho de que pertenezca a la pequeña aristocracia le impide tomarla como primera consorte cuando fallece Aoi. Genji y Murasaki son la personificación de las virtudes masculinas y femeninas del mundo de la época. La autora los modeló sobre personajes que conocía, y, aunque los idealizó considerablemente, nunca llegó al extremo de que perdieran su humanidad. Tal como ha escrito Miyeko Murase, «Genji se nos aparece como un hombre excepcionalmente refinado y sensible, siempre dispuesto a reconocer la belleza en la naturaleza, las artes, los colores, las formas o los perfumes. Es el símbolo por excelencia de los ideales que cultivaba la sociedad del último período Heian (del 900 al 1185). Murasaki, por su parte, representa el ideal femenino: su belleza y gracia excepcionales no

tienen parangón, así como su carácter compasivo y refinados instintos. Su único defecto es que no puede tener hijos». [3]

Antes de concluir este breve repaso de las muy variadas interpretaciones que de la novela se han hecho, no queremos pasar por alto (por lo atípico) el punto de vista de algunos críticos budistas que han «dado la vuelta» al sentido de la obra. Partiendo del hecho de que «el resplandeciente» es un epíteto búdico, han querido hacer de Genji un iluminado. Sea como fuere, se trata de un *bodhisattva* [4] totalmente anómalo desde el punto de vista religioso porque no tiene conciencia de su perfección y «cree» seguir ligado a los bienes del mundo. Con todo, de sus meditaciones resulta muy claro que, a pesar de su sensualidad y su mundanidad, en el fondo de su pensamiento anida la idea de que no existe ser ni no ser, paz ni ilusión, pecado ni salvación, verdad ni responsabilidad. Todo en el universo es fantasmagoría, cambio, impermanencia. Por ello piensa tantas veces — sobre todo cuando está pasando un «mal momento»— en retirarse a un monasterio aunque nunca se decide a hacerlo. [5] Tomemos este breve fragmento del capítulo 20 («Asagao»):

Las palabras del portero deprimieron al príncipe. «¡Qué extraño es el mundo en que vivimos! —pensó para sus adentros—. Han pasado casi treinta años desde que estuve aquí por primera vez, y se diría que todo ocurrió ayer. A veces me turba pensar en la transitoriedad de las cosas, siempre en perpetuo cambio... Pero basta con que me sea dado contemplar las flores de una nueva primavera para que me aferré a la realidad visible, por más que sepa que es sólo un sueño volátil...»

Siguiendo con esta manera de pensar, los críticos que atribuyen un sentido religioso a la obra (un sentido muy ligado a la herencia taoísta china, el budismo de tipo *shingon*, muy en boga en la época Heian, y la filosofía de Wang Tch'ong, que afirman que tanto nuestras emociones como nuestros pensamientos y actos reprobables tienen tendencia a encarnarse) subrayan el hecho de que, en el fondo, la historia de Genji es la historia de un mal *karma* y sus consecuencias. Recuérdese el sentido del *karma* en el pensamiento búdico: no es sino la materialización de los errores cometidos en una vida y su mala influencia en las reencarnaciones sucesivas. Así, se

dice, los errores cometidos por Genji y su amigo y cuñado To no Chujo mientras están en la tierra se transmiten a las generaciones siguientes, haciéndolas desgraciadas, y no serán destruidos hasta que una joven, Ukifune, amada por dos de sus descendientes, Kaoru y Niou, sea capaz de escapar al ciclo de las reencarnaciones gracias a una sucesión de actos gratuitos y de un rechazo perfectamente natural de lo mundano (primero un intento de suicidio, seguido de la toma de hábito): ella será, en última instancia, el último avatar de Genji.

Por lo demás, admira la capacidad única de Murasaki para cambiar de registro —de la ironía a la reflexión seria, de la farsa al drama, de la observación casual sobre la sociedad de la época a la crítica inteligente de la música, la pintura o la poesía que se hacían a su alrededor— en un mismo capítulo y, a veces, en un mismo párrafo. Siendo, además, el *Genji* un relato de «costumbres contemporáneas» —aunque todo da a entender que la autora quiere que leamos su obra como si transcurriera en un pasado indeterminado, pero obviamente reciente— constituye el mejor documento de que disponemos para conocer cómo se vivía, se pensaba y se sentía en un momento determinado de la historia de Japón, al menos en cuanto a las clases sociales más poderosas e ilustradas, circunstancia que algunos han reprochado a la autora sin tener en cuenta que tampoco Proust, Mann o Henry James se ocupan demasiado del proletariado. Para eso están ya Zola, Hauptmann o Steinbeck. *A ciascuno il suo*, que dicen los italianos.

SU AUTORA

Poco se sabe de Murasaki Shikibu: nacida entre 970 y 978, parece que era hija de un cortesano de rango medio perteneciente a la poderosa familia de los Fujiwara, que llegó a gobernador de la provincia de Echizen, al norte de la capital. He aquí cómo se describe a sí misma en su famoso *Diario*: «Hermosa pero tímida, poco amiga de miradas ajenas, retraída, amante de las viejas historias, tan aficionada a la poesía que casi todo lo demás no cuenta para ella, y desdeñosa del mundo entero, he aquí la opinión desagradable que la gente tiene de mí. Y, sin embargo, cuando me conocen me consideran dulce y muy distinta de lo que les han hecho creer. Sé que la gente me tiene por una especie de proscrita, pero me he acostumbrado a ello y me digo para mis adentros: «yo soy como soy».

En el año 999 casó con un pariente lejano, también Fujiwara, del que tuvo una hija y enviudó muy joven. Entre los años 1006 y 1007 entró al servicio de Shoshi (o Akiko), una de las consortes del emperador Ichijo, seguramente cuando ya había empezado a escribir su *Genji* y quizás por la admiración que la obra *in progress* había despertado en la emperatriz. Muy pronto se convirtió en la figura central de un círculo literario femenino junto con las poetisas Izumi Shikibu y Akazome Emon. Este círculo rivalizaba con otro, formado en torno a otra esposa del emperador, Teishi o Sadako, cuya figura más brillante fue la famosa y descarada Sei Shonagon, autora del delicioso *Libro de cabecera (o de la almohada)*.

A la vista de todo ello resulta evidente que aunque Murasaki tenía indudablemente un talento natural que la sitúa muy por encima de sus contemporáneas —y de la gran mayoría de sus sucesoras en el arte de novelar—, no fue en absoluto un personaje «excepcional» en el sentido de anómalo o raro en la cultura Heian. Desconocemos cuándo y dónde murió (seguramente entre 1015 y 1031, habiendo cumplido más de cuarenta años), aunque en algún lugar del norte de Kyoto aún se enseña su tumba.

Como es sabido, los japoneses basaron su sistema de escritura en los caracteres chinos, a los que llamaban *kanji* (en mandarín *hanzf*). Al adoptar los caracteres chinos (que tenían carácter de ideograma), cambiaron su pronunciación china adecuándola a los sonidos del japonés. Con el tiempo los japoneses inventaron un sistema relativamente reducido de símbolos

suplementarios, que, en realidad, eran versiones simplificadas de los *kanji*: así dieron lugar a unos símbolos fonéticos que se conocían con el nombre de *kana*, y tenían por objeto fundamental aclarar la pronunciación de los *kanji* utilizados para escribir el japonés y transcribir las palabras indígenas. Dentro de la escritura *kana*, los japoneses distinguen dos silabarios: el *hiragana* (o *kana* fácil) y el *katakana* (o *kana* suplementario), cada uno de los cuales consta de cuarenta y seis signos aumentados con dos diacríticos especiales. Cualquier frase japonesa puede escribirse enteramente en *kana*, y de ello es buen ejemplo el *Genji*, escrito en su integridad en *hiragana*.^[6] Murasaki Shikibu compuso, pues, su obra en el lenguaje coloquial de la época que se escribía mediante el alfabeto de caracteres fonéticos conocido como *hiragana*, la dividió en cincuenta y cuatro libros, de los cuales algunos críticos reputan tres apócrifos, y la adornó con setecientos noventa y cinco *waka* (poemas de treinta y una sílabas), que eran el medio que los hombres y las mujeres de la aristocracia Heian utilizaban para expresar, reducidos a una forma epigramática, sus pensamientos y emociones más íntimos.

Por curioso que pueda parecernos, las mujeres dominaban esta lengua coloquial —y su plasmación por escrito mediante el *kanabun*— mucho mejor que los hombres, porque ellos estaban obligados, cuando querían «hacer literatura», a escribir en chino para demostrar que eran personas auténticamente cultas (el chino era, para los japoneses, el equivalente del griego para los romanos, o del latín para los hombres del Renacimiento). A la misma novela nos remitimos: «Genji vivía en la corte y, cuando cumplió siete años, protagonizó la ceremonia de la lectura de los clásicos chinos, y los que le escucharon decían que nunca antes nadie lo había hecho tan bien», nos explica la autora en el libro primero. Esta ceremonia de iniciación cultural estaba reservada a los hombres. No faltaban damas cultas como la misma Murasaki o Sei Shonagon que también conocían el chino, pero se consideraba algo excesivo que las convertía en algo así como las ridículas *femmes savantes* de Moliere. Sea como fuere, era muy raro que las mujeres escribiesen en chino o en japonés utilizando caracteres *kanji*.

Resulta significativo que en la época se refiriesen a la literatura escrita en *kanabun* o *hiragana* como «literatura femenina».

Los primeros manuscritos que nos han llegado del *Genji* datan de finales del siglo XII (es decir, de más de un siglo después de su conclusión), [7] el primer texto completo con los cincuenta y cuatro libros, del siglo XIV, y los primeros comentarios, del XIII. Con el paso del tiempo el lenguaje del *Genji* se hizo ininteligible para los mismos japoneses y en 1381 se confeccionó el primer diccionario especializado para entenderlo. En los primeros siglos lo que más interesaba a sus lectores eran los poemas y no fue hasta el siglo XVIII que se empezó a contemplar y disfrutar de la obra como una «totalidad». A partir de entonces, los trabajos y libros que se han escrito sobre la obra —sobre todo en Japón— se cuentan por miles. Quizás sólo Shakespeare ha dado lugar a tantas páginas de análisis y exégesis.

Como era de esperar, los filólogos se han planteado una serie de cuestiones sobre la novela que vamos a resumir para el lector curioso.

¿Es toda la novela de la misma autora?

Algunos estudiosos sostienen (y no es imposible) que los libros 42 a 44, que constituyen una especie de transición dentro de la historia, son un añadido posterior. Otros han defendido (sin demasiado fundamento) que los últimos capítulos (la historia de Kaoru, el hijo de la Tercera Princesa) son obra de otra autora, habiéndose sugerido el nombre de Daini no Sammi, la hija de Murasaki. Resulta muy difícil de creer. Si se toma en consideración la extraordinaria calidad y madurez de esta parte (los llamados «libros de Uji»), para muchos lo mejor de toda la novela, cuesta imaginar la existencia casi simultánea de otra escritora de talento equiparable al de Murasaki, la cual, además, una vez concluida la obra ajena, calla y desaparece de escena sin dejar rastro. Sería casi como afirmar que *La Tempestad* no la escribió Shakespeare, sino su hija Elisabeth o su yerno el doctor Hall en un arrebato de inspiración «prestada». Por lo que nos ha llegado de la literatura Heian, la autora del *Genji* no dejó sucesores.

Es indudable (puesto que ocurre siempre en toda tradición escrita, conforme a la cual lo que llega a nuestras manos es una copia de una copia de una copia) que a lo largo de los casi dos siglos que separan la

composición de la novela de los primeros manuscritos que han sobrevivido su texto ha sido objeto de retoques, interpolaciones y lecturas erróneas que la filología «científica» se ha encargado de cribar en las ediciones críticas, estableciendo una versión definitiva si no segura, sí al menos muy probable. De hecho, si hay que hacer caso de Ikeda Kikan, ^[8] uno de los grandes especialistas en el tema, el estudio comparado de los textos conservados nos muestra que están muy próximos entre sí, y sólo difieren en detalles de poca importancia.

¿Nos ha llegado la obra completa?

No faltan los estudiosos que creen que se han perdido fragmentos. No se nos explica, por ejemplo, el inicio de la relación del protagonista con la princesa Rokujo o los detalles de la muerte de Genji. De hecho, el héroe fallece «entre bastidores». En contra de esta opinión, en absoluto desdeñable, puede argumentarse que la autora del *Genji* —auténtica inventora del género «novela realista» en Japón, puesto que todo lo que la precede o es crónica o es leyenda— nunca aplicó a su obra los criterios que en otro tiempo y en otro lugar siguieron Balzac, Hugo, Dickens o Tolstoi. Por otra parte, si es cierto, como parece, que la novela está inspirada en un personaje histórico, quizás pensó que el lector tenía conocimientos suficientes para llenar sus lagunas. Recuérdese que el poeta de la *Hiada* da por sentado desde el primer verso que el lector sabe quiénes son Agamenón, Menelao o Aquiles.

Finalmente, ¿está terminado el Genji?

El *Genji* acaba de una manera abrupta. Ello ha dado lugar a dudas sobre si puede estimarse una obra concluida o no. Tratándose de una saga familiar (y no de una historia «cerrada»), resulta muy difícil afirmarlo puesto que, en teoría, nada impide alargarla *ad infinitum*. Que cada cual piense lo que quiera. Es posible que la autora no se planteara nunca esta cuestión. Un día consideró que ya había escrito bastante y dejó la pluma. Por poner un ejemplo de la literatura occidental, hoy se sabe que, según el plan original de Tolstoi, su novela *Guerra y paz* tenía que empezar justamente donde finaliza, pues debía girar sobre la participación del conde ilustrado Pierre Bezukov en el intento revolucionario frustrado de los oficiales

decembristas. De modo que el gran ruso empezó a escribir el libro tal como lo conocemos solamente para contarnos la evolución del carácter de Pierre, primero un joven juerguista y despreocupado y luego, tras la dura experiencia de la invasión napoleónica, un padre de familia comprometido. Pero he aquí que cuando el autor llega al umbral de los acontecimientos que más le importaba relatar, cierra el libro sin pasar a una segunda parte. ¿Ello nos da derecho a sostener que *Guerra y paz* es una novela inacabada? O, por poner otro ejemplo, ¿podría considerarse acabado el *Quijote* si Cervantes no hubiese escrito nunca una segunda parte? Indudablemente sí. ¿Admiraríamos su obra tanto como la admiramos «entera»? Indudablemente no.

La obra de Murasaki se convirtió en un éxito extraordinario desde su publicación, y se consideraban muy afortunados los que guardaban en su biblioteca sus cincuenta y cuatro capítulos. Ininteligible para los japoneses a partir del siglo xiv debido a la evolución del idioma, y patrimonio de especialistas, filólogos y anticuarios hasta fines del xix, fue reivindicada como obra maestra absoluta por la gran poetisa y ensayista Akiko Yosano (1878-1942), autora de la primera traducción al japonés moderno (1912-1914). Hoy contamos con numerosas versiones, destacando las del gran novelista Junichiro Tanizaki, que llegó a preparar tres, la muy libre de Fumiko Enji y la de la monja budista Jakucho Setouchi, quizás la más popular y leída. El premio Nobel Kawabata estaba preparando una cuando le sorprendió la muerte. Otros prefieren leerla en la versión clásica del inglés Waley.

En cualquier caso, resulta difícil exagerar su influencia en la cultura nipona. La novela de Murasaki ha sido «saqueada» por los poetas de todas las épocas, y, cuando empieza la moda del teatro No a fines del siglo XIII, sus autores acuden a ella en busca de argumentos para sus piezas. No resulta menos notable su huella en las artes plásticas —pintura, grabado, porcelana decorada, bordado—, por no hablar de la música, tan presente en la obra. Sin el *Genji* toda la cultura japonesa posterior al siglo XI sería indudablemente distinta. ¿Podemos imaginar cómo sería la cultura griega

sin las obras de Homero o la literatura inglesa sin Shakespeare? Creo que no. Seguramente ésta es la mejor comparación posible.

NUESTRA VERSIÓN

Si toda traducción es, de algún modo, una recreación del original, una traducción del japonés lo es especialmente. Ello se debe a las características especiales de esta lengua, que, desde sus orígenes más remotos, ha funcionado al margen de la precisión del chino o de la mayoría de las lenguas indoeuropeas. La falta de pronombre relativo es, seguramente, una de las causas principales de esta imprecisión, que llevó a los primeros europeos que visitaron Japón a mediados del siglo xix a pensar que el japonés era poco más que una «lengua de salvajes» y que jamás podría servir para dar forma al pensamiento abstracto.

Sirva para corroborar lo dicho un párrafo de George Bousquet, periodista francés que vivió en Japón y escribió sobre él allá por los años 1870: «La estructura de la frase (japonesa) resulta muy poco adecuada al razonamiento lógico, a la exposición clara de las ideas. Como consecuencia de la falta de relativo las proposiciones se siguen las unas a las otras como frases trinchadas carentes de un vínculo que las una. *He visto el hombre que vino ayer* se dirá en japonés *Ayer vino un hombre*—. *Yo lo he visto*. Todas las palabras copulativas que nos sirven para articular los miembros de una oración —*a pesar de que, salvo que, a menos que*— son relegadas al final de la proposición que rigen, y esta proposición se coloca delante de la oración principal. (...) En consecuencia, conviene conocer antes de empezar

una frase cuál será su última palabra: el concepto que a nosotros nos parece principal, pasa a ocupar un segundo lugar en el cerebro de un japonés. (...) Para comprender un discurso hace falta poner muchísima atención: de ahí la costumbre entre los japoneses de marcar cada proposición que llega al oyente con un movimiento de la cabeza o un *hé*, para que el orador sepa que ha sido entendido y puede seguir adelante.»^[9]

Si la opinión de Bousquet puede oler a prejuicios eurocentristas, veamos lo que escribió treinta años después otro europeo, éste enamorado de Japón, país en el que vivió los últimos catorce años de su vida y durante los cuales se casó con una japonesa, tuvo hijos japoneses y acabó recibiendo del mikado la nacionalidad nipona: «La frase japonesa más vulgar, traducida a cualquier idioma occidental, resulta completamente absurda, y la traducción literal al japonés de la frase inglesa más sencilla resulta ininteligible para un japonés que desconozca el inglés.»^[10] Lafcadio Hearn lo justifica explicando que la superestructura mental de los japoneses evoluciona hacia formas que no tienen nada en común con el desarrollo psicológico del hombre occidental. Los japoneses piensan «hacia atrás» o «al revés» que los occidentales, y ello determina la estructura de su lenguaje. Téngase en cuenta que, para conjurar equívocos y disparates, un autor con tanta conciencia literaria como Yukio Mishima se hacía traducir sus novelas al inglés, lengua que conocía muy bien, corregía personalmente la traducción y luego imponía a sus editores que partieran siempre del texto inglés «homologado» para todas las ulteriores traducciones que se pudiesen hacer, evitando el original japonés.

Si Mishima, que escribía en japonés «moderno», tomaba tantas precauciones, piénsese en las dificultades añadidas del lenguaje de la literatura *kanabun* del período Heian en el cual se evitan los nombres propios, se abusa de la primera persona sin que el autor aclare quién es el que habla, el sujeto de una frase cambia en mitad de la oración sin que se sepa por qué, pasado, presente y futuro se confunden y resulta muy difícil establecer si una oración es afirmativa, negativa o interrogativa. Por otra parte, si la gramática nipona del período Heian era complicadísima, el léxico del que disponían los autores era bastante limitado. Refuerza esta

imprecisión la vinculación estrecha existente entre la prosa artística y la poesía japonesa clásica de Ono no Komachi y sus contemporáneos. Los que conocen esta poesía saben que se caracteriza por una fraseología extremadamente lacónica y se apoya en meras sugerencias. No son infrecuentes los poemas sin verbo. Sirvan estos tres ejemplos de muestra, que traducimos de la versión inglesa de Donald Keene: ^[11]

Las malas hierbas son tan espesas
Que apenas se ve el camino
Que conduce a mi casa.
Crecieron mientras esperaba
A alguien que nunca llegó.

Sojo Henjo (815-890)

Estoy tan sola... Mi cuerpo es una brizna
de hierba flotante Separada de sus raíces. Si
hubiera un río cerca, Pienso que me dejaría
llevar por la corriente.

Ono no Komachi

Porque había una semilla Incluso entre
esas rocas estériles Ha crecido un pino: Si
realmente amamos a nuestro amor, ¿Qué
impide que nos encontremos?

Anónimo

Ante un texto de tales características, el traductor occidental no tiene más remedio que «recrearlo» a su manera. Nuestra versión se basa, como la alemana de Herberth E. Herlitschka (1937), la italiana *a cura* de Adriana Motti y de Piero Jahier, que todavía hoy publica Einaudi, y la rusa de Tatiana Sokolova-Deliusina (1991-1993), en la clásica del inglés Arthur Waley, publicada entre 1924 y 1933, ^[12] que, para algunos, constituyó un auténtico hito de la literatura inglesa. Waley optó por una amplificación del texto para hacerlo más inteligible para el lector dando lugar a un estilo que hoy nos parece en exceso recargado, un poco a la manera del de Henry

James o de los momentos menos afortunados de Proust, dos autores que Waley, perfecto bloomsburiano, conocía bien y admiraba mucho. Sea como fuere, la versión de Waley sigue siendo, a pesar de los peros, la que mejor «explica» la historia, seguramente porque Waley amaba el *Genji* como no lo ha vuelto a amar nadie. Diríase que con pasión de descubridor.

En nuestra versión nos hemos esforzado en simplificar su texto (sin sacrificar nada esencial de él) y ofrecer una puntuación más ágil, racional y moderna, pues Waley incrusta los diálogos y los poemas dentro de unos párrafos narrativos larguísimos y amazotados como *plumcakes*, que resultan en exceso farragosos. Sin embargo, a diferencia de los autores de las versiones mencionadas, hemos tenido a la vista casi todas las traducciones posteriores hechas a partir del original y redactadas en algún idioma inteligible para nosotros y las hemos cotejado con el texto base para aclarar dudas, llenar lagunas cuando Waley corta escenas enteras sin dar explicaciones o suprimir añadidos superfluos.

Estas traducciones son las siguientes, por orden cronológico, que no de méritos: la alemana de Oscar Benl (*Genji-Mono-gatari*, 2 volúmenes, Zúrich, Manesse Verlag, 1966, reeditada en 1995 por Insel Verlag, Francfort), muy cuidada y «germánica», pero que resuelve mejor que ninguna los poemas; la inglesa del norteamericano Edward G. Seidensticker (*The Tale of Genji*, Nueva York; Alfred A. Knopf, 1976), una de las más literales y, por ello, a veces un tanto confusa a la hora de hilvanar los acontecimientos; la francesa de Rene Sieffert (*Le Dit du Genji*, 2 volúmenes, París, POF, 1978-1985), que adolece de la falta de notas y resulta ininteligible en cuanto a los poemas, y la también inglesa (parcial, pero muy hermosa) de Helen Craig McCullough (*Genji & Heike: Selections from The Tale of Genji and The Tale of the Heike*, Stanford, 1994). El libro tantas veces citado de Morris nos ha resuelto dudas, sobre todo en la interpretación de los nombres y títulos de los personajes. Vaya a todos ellos nuestra admiración y agradecimiento más sinceros.

La última traducción completa publicada hasta la fecha es la también inglesa de Royall Tyler (*The Tale of Genji*, Nueva York: Viking Press, 2001, hoy en Penguin Classics), hecha con criterios notablemente distintos de las

anteriores y profusamente anotada y comentada. Sin embargo, habiendo llegado a nuestras manos cuando ya teníamos la labor muy avanzada, hemos prescindido de este texto nuevo para no eternizarnos en ella, aunque hemos acogido algunas observaciones de su autor en nuestros comentarios. Nos consta que se está llevando a cabo una nueva traducción al italiano que promete mucho, a partir del original, a cargo de la gran especialista Maria Teresa Orsi, profesora de filología japonesa de la universidad La Sapienza de Roma, pero no hemos tenido acceso a su trabajo (creemos que todavía pendiente de publicación).

No existe hasta la fecha, que nosotros sepamos, una traducción completa del *Genji* al español. Sin embargo, en el año 1941 Editorial Juventud publicó los nueve primeros capítulos de la obra, bajo el título de *Genji Monogatari* («Romance de Genji»). El responsable, Fernando Gutiérrez, tradujo de la versión francesa de Kiku Yamata a partir de la inglesa de Waley (es decir, de un texto de 1928, año en el que ni siquiera Waley había terminado su traducción). Es un texto cuidado y elegante, aunque un tanto pasado de moda: la prosa «de arte» que se escribía en la España de aquellos tiempos. Sorprende que los personajes se traten de «vos» y que se hable de «Romance de Genji» como si del Cid se tratase. Sea como fuere, resulta aún hoy una versión digna y aceptable, pero presenta el inconveniente de recoger sólo una sexta parte del original. ^[13]

Como era de esperar, en líneas generales las traducciones mencionadas «se parecen» aunque muchas veces «no coincidan», pero hay algunos puntos de discrepancia notables en tres áreas concretas, seguramente achacables a la vaguedad del léxico de la época en determinados campos semánticos: los colores, los nombres de las plantas y los títulos o cargos. Centrándonos en estos últimos, donde una versión traduce «tesorero», «gobernador» u «obispo», otra habla de «secretario», «vicegobernador» o «abad». Benl mantiene los nombres de títulos y cargos en japonés (así como los de muchas plantas: para él, pues, «ministro del centro» es *Naidaijin*, y las glicinias, *Fuji*), que es la mejor manera de no equivocarse pero que hace el texto excesivamente exótico para el occidental.

En los casos, no tan infrecuentes (especialmente en la traducción de los colores, los nombres de las plantas, los títulos y cargos y los poemas), en que las versiones cotejadas presentaban divergencias, nos hemos inclinado siempre por la traducción que tenía, a nuestro juicio, más sentido en el contexto o nos gustaba más. En algún momento hemos «llenado» por nuestra cuenta y riesgo una posible laguna textual, para facilitar la comprensión (por ejemplo en el principio del capítulo dedicado a *Yugad*), pero siempre advirtiendo de ello al lector y con información procedente de la misma novela. También nos hemos permitido algunos cortes (siempre muy breves) para evitar repeticiones y redundancias y obtener un texto más trabado. Es decir, hemos «peinado» un poco la obra, por usar el lenguaje de los viejos teatreros. ^[14]

Quizás la libertad mayor que nos hemos tomado —de la que no nos arrepentimos, y que el espíritu de la autora nos perdone— ha sido el desplazamiento del famoso «Diálogo en una tarde de lluvia», que constituye la primera mitad del capítulo 2 («El *hahaki-gi*») al lugar privilegiado de prólogo del mismo, por las razones que aducimos en la nota pertinente. Con ello nuestra versión gana un libro (o un capítulo) sobre el original, pasando a tener cincuenta y cinco, aunque todos ellos se deben a la pluma de Murasaki Shikibu.

Vale la pena explicar al lector el problema que los nombres propios han planteado siempre a los traductores del *Genji*: siguiendo una práctica muy japonesa y Heian, la autora evita los nombres propios de la mayor parte de los personajes de la obra y, muy especialmente, los de las damas. Mientras los hombres son nombrados por sus títulos y cargos, para referirse a las mujeres se sirve de perífrasis varias a partir de características físicas, objetos, lugares o poemas a ellas asociados. Así Yugao (flor de luna) es en realidad «la dama que vive en la casa de las flores de luna», Rokujo (la Sexta Avenida), «la dama que vive en la Sexta Avenida», Suetsumuhana (la flor del azafranillo), «la dama que tiene la nariz como la flor del azafranillo», Utsusemi (el caparazón de la cigarra), «la dama a la que alude el poema sobre el caparazón de la cigarra», Kiritsubo (*Kiri* significa «paulonia»), «la dama que vive en el pabellón de las paulonias», Fujitsubo

(*Fuji* significa «glicinia»), «la dama que fue instalada junto al jardín de las glicinias», etc.

Para evitar esas largas perífrasis, todos los traductores (empezando por los autores de las versiones japonesas) han optado por tomar como nombre propio de esas mujeres la palabra principal que sirve para caracterizarlas, olvidándose del resto. Resulta pertinente observar que, de acuerdo con esta práctica, es muy posible que la autora de la obra no se llamara realmente Murasaki, sino «la dama que escribió sobre Murasaki» o bien «la dama que creó el personaje de Murasaki», y ello explicaría la coincidencia del nombre de la autora con el de su heroína.

Para dar una mayor coherencia a nuestra versión, agruparemos los cincuenta y cuatro capítulos de la obra original (a los que hay que añadir el prólogo) en dos volúmenes ^[15] que titularemos *Esplendor* (Primera época) y *Catástrofe* (Segunda época). El primero recoge los treinta y tres primeros libros del original y está dedicado a relatarnos la vida del protagonista hasta el momento en que consigue casar por todo lo alto a sus dos hijos «reconocidos»: a Yugiri con su prima Kumoi, y a la niña «de Akashi», concebida durante el exilio, con el futuro emperador; mientras que el segundo gira en torno a la tercera y la cuarta generación, mucho menos afortunadas en todos los aspectos.

Para no recargar el texto de notas a pie de página ^[16] ni añadirle un montón de apéndices que, por regla general, nadie lee, cerraremos todos los capítulos de la primera parte de este volumen (en las siguientes ya no será necesario) con una nota más o menos monográfica que permita a los lectores —carentes en su mayoría de referencias históricas, literarias, pictóricas, cinematográficas o televisivas ^[17] sobre la época— ir «visualizando» o acabando de entender la narración. Téngase en cuenta que el *Genji* no se escribió —a diferencia de la *Iliada*, *Los tres Mosqueteros*, *Ivanhoe*, *Guerra y paz*, *Salambó*, *Los últimos días de Pompeya* o *Sinuhé el egipcio*— como un relato histórico, sino como una novela absolutamente contemporánea, y, en consecuencia, la autora no se sintió obligada a aportar datos

«de ambientación», que sus lectores conocían perfectamente. Leerla «visualizándola» como si de una película de Kurosawa, Kobayashi o Shindo se tratase, vendría a ser como leer *La Celestina* o *El alcalde de Zalamea* con una representación de la ópera *Carmen* en la cabeza.

Si estos detalles no interesan al lector o ya los conoce, puede saltárselos con toda tranquilidad y atacar el capítulo siguiente.

Xavier Roca-Ferrer

NOTA SOBRE EL AUTOR DE LA VERSIÓN

Xavier Roca-Ferrer (Barcelona, 1949) es doctor en Filología Clásica y licenciado en Derecho. En el campo de la literatura ha simultaneado la creación con la traducción. Galardonado en 1993 con el prestigioso premio Josep Pía de prosa catalana, es autor de varias novelas y colecciones de relatos. En el campo de la traducción, ha vertido al castellano y al catalán numerosas obras del latín, el alemán, el francés y el inglés. Su versión del clásico *Ievgueni Onegin* de Pushkin (Columna, 2001) ha sido reconocida por el prestigioso eslavista Sergio Viaggio en un reciente estudio (P. U.Alicante, 2004) como la mejor de cuantas se han publicado hasta hoy en un país hispánico.

Desde que, hace más de treinta años, leyera por primera vez la traducción «pionera» de A.Waley de la novela de Murasaki Shikibu, la idea de hacer su propia versión de la obra se convirtió para él en una auténtica obsesión, pero no se decidió a embarcarse en la empresa hasta no disponer de las versiones directas del original de Benl, Seidensticker y Sieffert, para asegurarse un resultado con las máximas garantías de fidelidad a la autora.

Con la publicación de este segundo volumen, pone punto final a un sueño largamente acariciado.

Advertencia preliminar

«Si se pregunta a un occidental culto sobre las cosas que asocia con el Japón tradicional, con toda seguridad nos recitará la lista siguiente: en el ámbito de la cultura, los dramas *No* y *Kabuki*, los poemas conocidos como *haiku*, las xilografías «del mundo flotante» (*ukiyo-e*), la música de *samisen*, la ceremonia del té, el arte de disponer las flores (*ikebana*) y los paisajes en miniatura que reflejan mejor que nada el espíritu Zen; en el terreno de la sociedad, los samurais con sus dos espadas y las geishas; en el de las ideas, la filosofía Zen, la ética samurai o *bushido* —que comporta una auténtica obsesión por los problemas morales que se presentan cuando deber y amor se contraponen—, una actitud muy tolerante frente al suicidio en general y al pasional en particular; en arquitectura, los suelos recubiertos de esteras de paja o *tatami*, los grandes establecimientos destinados a baños públicos, las alcobas *tokonoma* con las paredes adornadas con *kakemonos*; finalmente, en gastronomía, el pescado crudo y la salsa de soja.

Nada hay que objetar a esta relación, que es absolutamente correcta. Y sin embargo, ninguno de los elementos citados existía en el mundo de Murasaki, puesto que su incorporación a la cultura nipona se produce en tiempos bastante posteriores especialmente en las épocas conocidas como Muromachi y Tokugawa». ^[18]

Ivan Morris, *The world of the Shining Prince* ^[19]

¿Cómo era Heian Kyo?

La ciudad en que Genji vio la luz fue levantada por orden del gran emperador Kamu en un lugar absolutamente privilegiado. Encerrada por tres lados en un circo de suaves colinas, marcaba su frontera este un río, el Kamo. El «topos» elegido conjugaba, pues, a la perfección los elementos masculino—Yin (la montaña) y femenino—Yang (el agua), y la ciudad que allí se construyó estaba perfectamente integrada con sus alrededores, puesto que los japoneses nunca concibieron vivir de espaldas a la naturaleza ni, mucho menos, en contra de ella. Cuando soplaba el viento, en el centro de la ciudad se podían escuchar los bramidos de los ciervos y los gritos de las ocas silvestres que habitaban los bosques cercanos. La surcaban multitud de canales y riachuelos que bañaban los jardines de los palacios y casas particulares. En las colinas, numerosos pequeños templos la congraciaban con los dioses, cerrando el paso a las «malas influencias» que tanto preocupaban a sus muy supersticiosos habitantes.

Siguiendo el modelo de la capital china Ch'ang-an, Heian Kyo estaba diseñada como un rectángulo de cinco kilómetros de largo por tres de ancho, encerrado por una muralla de unos dos metros de altura, en la que se abrían dieciocho puertas de acceso, la más famosa de las cuales (incluso por razones literarias y, posteriormente, cinematográficas) era la de Rasha Mon, al sur de la ciudad. Con todo, las murallas no duraron mucho tiempo, pues, a falta de guerras y conflictos violentos, nadie se ocupó de repararlas cuando se fueron deteriorando. Ello permitió el gran crecimiento

experimentado por Heian Kyo hacia el este (es decir, por el lado del río Kamo), mientras que los barrios del oeste, bordeados por el río Katsura, fueron paulatinamente abandonados.

Antecesora del «plan Cerda» barcelonés, Heian fue diseñada como una inmensa cuadrícula. Nueve avenidas principales paralelas (numeradas de norte a sur de la uno a la nueve, como en Nueva York) discurrían de este a oeste, cortadas perpendicularmente a su vez por las calles transversales. Todas estas avenidas (jo) tenían una gran amplitud. Se calcula que su anchura media oscilaba entre 25 y 50 metros (¡piénsese que la Via Appia romana tenía 6 metros en tiempos de Augusto!). Entre las vías transversales destacaba por su longitud (casi 5 kilómetros) y su anchura (más de cien metros: es decir, más que la de los Champs Elysées parisienses) la llamada Suzaku Oji o Avenida del Ave Roja, que comunicaba la puerta principal del palacio imperial con la puerta de Rasho Mon. Todas las avenidas estaban flanqueadas de árboles y los sauces de la Suzaku Oji eran justamente famosos.

Al norte de la ciudad se hallaba el palacio imperial, que ocupaba unas ciento cincuenta hectáreas. De hecho, venía a ser como una pequeña ciudad dentro de la capital. Allí se encontraban las oficinas de la alta administración del Estado y la residencia del emperador, sus mujeres, hijos y domésticos. Mientras los edificios «administrativos» habían sido construidos a la usanza china (bases de piedra, maderas lacadas y techos de tejas de porcelana), los de uso residencial se conformaban al modelo «nacional» (madera, papel, tatami). Se conectaban entre sí mediante corredores o senderos de grava adornados con tiestos.

Ante el Palacio de las Ceremonias había un gran espacio descubierto para las ceremonias oficiales, adornado por los árboles emblemáticos del reino: el Cerezo de la Izquierda y el Naranja de la Derecha. Al sur del recinto se extendía el Shinsen En o «Jardín de la Fuente Divina», de unas 15 hectáreas, que contaba con un lago, una fuente, una colina artificial y un pabellón. Allí se celebraban los banquetes y justas poéticas a que tan aficionados eran los aristócratas japoneses de la época.

Toda la nobleza japonesa y las familias medianamente acomodadas del país vivían en Heian, pues no se concebía la vida en provincias sino como una dura obligación para los funcionarios o un terrible castigo, mil veces peor que la muerte, para los exiliados. Cuando el príncipe Genji es exiliado a Suma, se siente como fuera del mundo... ¡y está a cien kilómetros escasos de la capital! Tal vez ayudaba a fomentar esta idea la dificultad de los transportes en la época Heian, por regla general mediante pesadas carretas tiradas por bueyes (sólo el emperador y unos pocos privilegiados se podían permitir el palanquín movido por energía «humana»), pues el caballo no se usaba por aquel entonces como animal de tiro.

En tiempos de Murasaki, la capital se había deformado notablemente respecto de su diseño originario, desplazando su centro de gravedad hacia el este (y el río Kamo). Correlativamente, los barrios del suroeste habían sido abandonados y las casas aún ocupadas se hallaban en muy precarias condiciones. Es probable que la destartada casa de la pobre Yugao se encontrase en esta zona.

Una de las características que más nos sorprendería si, pudiendo viajar en el tiempo, apareciéramos de pronto en la avenida central de Heian Kyo, sería sin duda la «unidad racial» de sus habitantes. A diferencia de las grandes capitales de la historia —Roma, Cartago, Alejandría, Antioquía o Palmira, auténticos crisoles de pueblos y etnias—, Heian Kyo tan sólo estaba poblada por japoneses. Ello se explica por la insularidad y la poca afición de los japoneses de aquella época a viajar.

¿Quién mandaba realmente en el Japón de Genji?

El apogeo del poder imperial en Japón tuvo lugar en los tiempos en que el emperador Kamu trasladó la capital a Heian Kyo y los años que siguieron. Fue la culminación de la «Gran Reforma» del siglo vii, en virtud de la cual un clan —el imperial— y un hombre —el emperador, descendiente directo de la diosa solar— asumieron la jefatura política suprema de Japón porque, tal como proclamaba el edicto redactado en chino que haría las veces de Constitución: «No hay dos soles en el cielo ni dos señores en la tierra.» Por debajo del emperador, una poderosa y complicada administración, concebida también a la manera de China (la China de los T'ang), se encargaba de los diversos aspectos que habían de determinar el buen gobierno del país. Nos encontramos, pues, ante una forma de gobierno absolutamente autocrática y centralizada. Para no quedar atrás, todos los años se enviaban funcionarios a China a fin de que tomaran nota de las novedades y progresos que se iban introduciendo en la maquinaria administrativa del reino tomado como modelo.

Con todo, este complicado aparato de gobierno —como ocurrió con la estructura de la capital Heian Kyo— sufrió con el paso de los años dos modificaciones notables. La primera fue la desvinculación del modelo chino. A finales del siglo IX -es decir, cien años— antes del nacimiento de Murasaki Shikibu— los políticos nipones se sintieron lo suficientemente

seguros como para prescindir definitivamente de su modelo. Cesaron las embajadas informativas, y China dio la espalda a su discípula, a la que contemplaba desde una posición de superioridad y con inmenso desprecio. En el reino continental la caída de la dinastía T'ang y la subida al poder de los Sung modificaron muchos aspectos de la vida política y cultural. Curiosamente, cuando algún viajero chino —eran muy pocos— visitaba Heian a principios del siglo XI, no podía dejar de sonreír ante una vida política y una sociedad que le parecían una versión anticuada y periclitada de las de su país.

El otro gran cambio fue el auge extraordinario del clan de los Fujiwara, que acabaron por convertirse a partir del siglo X en los auténticos dueños del país. Después de luchar durante tres siglos con los clanes rivales y dentro de la propia familia (había cuatro ramas Fujiwara, y acabaron imponiéndose los Fujiwara «del norte») en el año 967 eran ya dueños absolutos del poder, que conservaron durante más de un siglo. El último vástago de los Fujiwara se suicidó en 1945 cuando iba a tener que enfrentarse a un consejo de guerra.

Curiosamente los Fujiwara nunca recurrieron a la fuerza física para mandar, pues no tuvieron ejército propio ni nada que se le pareciera. Sus éxitos se debieron al genio político de sus miembros —y aquí debe dejarse muy claro que, para ellos, «política» no quería decir ideología de ninguna clase ni, mucho menos, una vocación definida de gestionar de la mejor manera posible la cosa pública, sino lisa y llanamente la ciencia de perpetuarse en el poder para medrar gracias a él y hacer medrar a sus allegados y simpatizantes— y a su habilidosísima política de matrimonios.

Consiguieron que el emperador y sus más allegados tomaran invariablemente como esposas a damas Fujiwara (tal vez el clan contaba con mujeres de excepcional belleza, pero eso no lo dicen las crónicas), de modo que el jefe del clan era siempre suegro o abuelo —y a veces ambas cosas— del emperador reinante, pues, al tener los emperadores primeras, segundas y aun terceras esposas, era habitual que el heredero aparente matrimoniara con una Fujiwara y luego, al subir al trono, con otra y, si no tenía bastante, con una tercera. Uno de los mejores políticos del clan,

Michinaga, tuvo la satisfacción de ver a cuatro de sus hijas casadas con emperadores, las cuales le dieron, a su vez, tres nietos que subieron al trono imperial. Fue, por tanto, suegro de dos emperadores, abuelo de un tercero, bisabuelo de un cuarto y abuelo y suegro de un quinto.

Si a eso se añade la práctica común, ampliamente fomentada por el clan, de que el emperador subiera al trono muy joven (casi siempre antes de los doce años de edad) y abdicara sin haber cumplido los treinta en otro emperador-niño, y que el regente del emperador infantil fuese siempre un Fujiwara, el cual, en cuanto el *tenno* alcanzaba la mayoría, pasaba a ejercer las funciones de gran canciller, no resulta difícil responder a ¡a pregunta de quién mandaba realmente en el Japón de entonces. En tiempos de Murasaki (que, por cierto, también pertenecía a una rama del clan), el Consejo administrativo de los Fujiwara había reemplazado completamente a la administración central «legal» (que se mantenía aparentemente en su integridad, no obstante, como figura decorativa), y las órdenes que de él emanaban (*kudashibumi*) hacían las veces de los antiguos decretos imperiales (*senji*).

Por regla general, todos los grandes Fujiwara se contentaron con cargos poco vistosos, desde los que dirigían hasta los más mínimos detalles la vida de la corte y del archipiélago. Hay que decir, en honor de estos señores de la alta política, que jamás cayeron en la tentación —y en el error— de pretender usurpar el trono imperial (a diferencia, por ejemplo, de lo que hicieron en otro lugar, pero casi en los mismos tiempos históricos, los famosos «mayordomos de palacio» con la debilitada monarquía merovingia).

Como consecuencia de las abdicaciones prematuras de los emperadores y de la poligamia que se practicaba en la corte (no así entre los plebeyos, que sólo podían casarse con una nueva esposa previa repudiación de la primera), coexistían en el palacio imperial y sus alrededores una serie de cortes también más o menos imperiales: la del emperador «reinante», las de dos o tres ex emperadores (o emperadores dimisionarios), la de la emperatriz viuda, y las de otras emperatrices secundarias. Estas situaciones

contribuían a minimizar el poder imperial y a repartir las riquezas a él vinculadas, y dejaban plena libertad de acción a los listos Fujiwara.

Los tabúes «de orientación» en el marco de las supersticiones japonesas

En los tiempos Heian las capas superiores de la sociedad japonesa (alrededor de una milésima parte de la población) eran profundamente supersticiosas. Ello puede comprobarse en el capítulo que precede. Se ha dicho que en Japón —como en China— las supersticiones afectaban mucho más la vida de las personas que las religiones, aunque a veces no es fácil trazar la línea divisoria entre unas y otras. Como tantos elementos de la civilización nipona, muchas supersticiones tenían origen continental, es decir, chino, pero calaron tan hondo (y se adaptaron tanto a la vida y a la manera de ser nipona) que acabaron siendo profundamente japonesas.

Destacan entre ellas los tabúes «de orientación» o *kataimi*. Según las doctrinas del Yin-Yang, había orientaciones fastas y nefastas. La orientación noreste era siempre de mal augurio. A veces, la edad o las circunstancias influían en la cuestión. Así, a los dieciséis años había que evitar la orientación (o la dirección) noroeste. Finalmente, la posición eventualmente ocupada por ciertas divinidades ambulantes (especialmente los astros) creaba un tabú transitorio que desaconsejaba tomar una determinada dirección. Así, en el capítulo anterior la posición de Saturno impide que Genji se marche a su casa. Para conjurar esos tabúes, cuando no había más remedio que ir a un sitio determinado, los japoneses eran capaces de hacer larguísimos rodeos. Curiosamente estas supersticiones —que

«ralentizaban» aún más unas vidas ya de por sí premiosas— sólo se comunicaron a los estratos inferiores de la población a partir del siglo XV.

Huelga decir que había otras supersticiones que nada tenían que ver con la orientación. No era aconsejable cortarse las uñas de los pies el día del Tigre ni las de las manos el día del Buey. Entre baño y baño habían de pasar cinco días. Se creía que la proximidad de un crisantemo alargaba la vida. Proliferaban los adivinos del porvenir que basaban sus profecías en los movimientos de los planetas, los sueños o los presagios. Encontrar una gran tortuga era de buen augurio. Se daba mucho crédito a los sueños, sobre todo cuando el «soñador» era un personaje importante. Para tener sueños agradables se aconsejaba dormir con los vestidos puestos al revés. En el *Genji* una serie de presagios funestos relacionados con el sol, la luna y las nubes anuncian la muerte del viejo emperador como en el *Macbeth* o el *Julio César* shakespearianos.

El mundo Heian estaba plagado de duendes, brujas, espíritus, diablos y un sinfín de criaturas que interferían en la vida de los humanos y no precisamente para bien. Entre los más temidos estaban los *tengu* (seres alados provistos de largas narices en sus rostros de color rojo, que habitaban los bosques) y los zorros, a los que se atribuían dotes sobrenaturales, en especial la de tomar forma humana para causar daño. Los espíritus rencorosos de los muertos podían perjudicar a los vivos mediante enfermedades, accidentes u otras desgracias. Personas todavía vivas podían tener una existencia secundaria e incontrolada que atacaba a sus enemigos como un espíritu invisible. Eran los terribles *ikiryo*, que los lectores del *Genji* asocian enseguida con la celosa princesa Rokujo, que tanto mal causa, en vida y después de su muerte, a las mujeres más amadas por el príncipe.

Aunque muchas de esas creencias parecen estrechamente vinculadas a la religión antigua de los japoneses, es decir, al shintoísmo, la llegada del budismo no acabó con ellas ni mucho menos, y no era raro que monjes budistas se ocupasen de conjurar con exorcismos maleficos incompatibles con su religión.

Las casas de Heian Kyo

Las casas en que vivían Genji y todos los aristócratas que pululaban en la corte de Heian se correspondían al tipo conocido como shinden. Este tipo de construcciones, de carácter absolutamente japonés, elevadas sobre el suelo mediante postes a la manera de las construcciones palustres para conjurar la humedad, con techos de vigas entrecruzadas o recubiertos de lamas de madera (jamás de tejas de porcelana, como en la arquitectura china, porque resultaban muy calurosas en verano) y con pilares cilíndricos también de madera se caracterizaban por la ligereza de su aspecto. Normalmente tenían una sola planta y sus dimensiones medias rondaban las dos hectáreas. Cada mansión consistía en una pluralidad de construcciones rectangulares independientes comunicadas entre sí mediante corredores cubiertos o senderos de arena. Un muro de piedra encalada, en el que se abrían al este y al oeste portalones para permitir el acceso a las carretas tiradas por bueyes (medio habitual de transporte de la época), delimitaba el perímetro del conjunto, casi siempre de figura rectangular y abierto por el lado sur.

En el interior del rectángulo había un jardín con un lago artificial, un conjunto de rocas artísticamente dispuestas, una isla con pinos y una o dos colinas en miniatura, habitualmente surcadas por dos arroyuelos que unos puentecitos de un solo arco permitían cruzar. Este jardín constituía el verdadero centro de la casa. A él se abría el edificio principal, ocupado por el señor de la casa, flanqueado a derecha e izquierda por los pabellones de

sus parientes, amigos, esposas e hijos. El pabellón del norte correspondía a la primera esposa (a la que, por esta razón, se denominaba «la persona del norte») y detrás de él se encontraban las habitaciones del servicio, la despensa y la cocina. Los pabellones eran estancias espaciosas de un solo ambiente susceptibles de ser divididas, de acuerdo con las necesidades del momento, mediante paredes de madera y papel (los famosos *shoji*) o simples biombos.

Los japoneses utilizaban —y siguen utilizando— muy pocos muebles. La costumbre de cubrir todo el pavimento con *tatamis* de paja es posterior a la época Heian. Había muy pocas sillas (mueble importado de China) y jamás se llegó a generalizar su uso. El japonés vivía sobre el suelo. De todos modos en ninguna estancia japonesa faltaban un brasero, un cofre, un biombo y una mesa para jugar al *go*. En medio de las estancias grandes había un estrado más elevado de unos tres metros cuadrados (el *chodai*), susceptible de cerrarse mediante cortinas que se usaba para dormir o retirarse. De todos modos, cualquier rincón de la pieza podía servir de dormitorio si se le aislaba del resto mediante cortinas o biombos. En las habitaciones de las damas elegantes solía haber un mueble denominado *kichó* (o «biombo de aparato») que consistía en un armazón de madera lacada de unos dos metros de altura del que colgaban ricas telas formando una especie de cortina desplazable. Gracias a este ingenioso invento las pudorosas damas niponas podían escuchar los requiebros de sus galanes sin ser vistas.

Cuando hacia buen tiempo, las estancias de la casa japonesa se abrían completamente al exterior, quedando totalmente integradas con el jardín. Ya hemos dicho que a los japoneses les gustaba vivir en estrecho contacto con la naturaleza y la estructura de sus mansiones es una prueba más de este gusto. Como contrapartida, hay que reconocer que el grado de confort de esos bellísimos *shinden* era mínimo, sobre todo en invierno, puesto que el brasero resultaba del todo insuficiente para calentar a sus habitantes. Por ello los japoneses dormían vestidos y las mujeres podían llegar a llevar encima de la túnica hasta doce *uchikis*.

Los interiores de los *shinden* (que carecían de ventanas) se caracterizaban por su mala iluminación. Cuando el sol se ponía, la semipenumbra se convertía en una oscuridad absoluta, a la que se procuraba poner remedio mediante lámparas de aceite y candelas, que, sobre resultar insuficientes, solían provocar terribles incendios. Esta penumbra insalvable explica que, como ocurre en tantas aventuras del *Genji*, los japoneses y japonesas se acostaran a veces por error con una persona distinta de la que creían tener a su lado (un lugar común en la literatura occidental, con ejemplos en Chaucer, Boccaccio, Shakespeare y Lope, entre otros) o no se enteraran de si habían compartido el lecho con una mujer hermosa o un horrible adefesio.

Las jerarquías en el mundo Heian

Como todas las sociedades de tipo aristocrático, la de Heian se basaba en una jerarquía regulada con una precisión milimétrica. Sólo se concebía una aristocracia: la de la sangre. En eso Japón funcionaba de un modo absolutamente distinto de China, país en que, mediante los exámenes periódicos que permitían a cualquier aspirante preparado y con total independencia de su cuna entrar en la administración imperial e ir escalando puestos en ella, se fue creando una meritocracia que llegó a superar en influencia y riqueza a la vieja *noblesse* «de la sangre». Se calcula que la aristocracia nipona representaba una milésima parte de la población —una población que, en tiempos de Murasaki, se estima en unos cinco millones de habitantes distribuidos por todo el archipiélago— y era eminentemente cortesana, es decir, se concentraba en Heian. La obligación de ir a vivir a cualquier otro lugar, aunque fuera en calidad de gobernador de una provincia, era percibida como un auténtico destierro.

Una centésima parte de la población total (y casi toda la aristocracia) vivía en la capital. La gente «de provincias» era mirada con sumo desprecio por la clase gobernante, y no se conocía en Japón adjetivo más despectivo que *inacabitaru*, «que vive en el campo». Los militares, que tanta importancia cobrarán en épocas posteriores, contaban muy poco en los tiempos de Genji: el país estaba en paz, no había invasiones a la vista y la gente de armas se consideraba más un estorbo (y una clase inculta, vinculada a «la provincia» como los pequeños funcionarios que no tenían la

suerte de estar en Heian) que otra cosa. En el otro extremo de la escala social estaban los campesinos, los pescadores, los leñadores y todos los demás trabajadores. Formaban la gran mayoría de la población y constituían la única clase productiva del país. A pesar de ello, la nobleza —empezando por la propia Murasaki Shikibu— los ignoraba por completo.

No se olvide que, por aquel entonces, Japón era un país fundamentalmente agrícola, y toda esta nobleza cortesana que vivía en la capital y se dedicaba a componer poemas, tocar el koto y contemplar la luna (empezando por la familia del emperador), subsistía casi en exclusiva de las rentas «libres de impuestos» que les llegaban de sus dominios rurales (los *sho*), unos dominios que visitaban tan poco como podían. Parece que casi el ochenta por ciento de la tierra japonesa estaba en manos de la aristocracia. Puede resultar curioso, pero es verdad, que el sofisticado Japón de Genji funcionara como una economía de trueque (en el año 960 se deja de acuñar moneda, que acaba por desaparecer). Todo se pagaba en especias (telas, medicinas, obras de arte, armas, carros, caballos), y la «medida de valor para todas las cosas» era el arroz.

La nobleza nipona se articulaba en diez rangos, y dentro de cada uno de ellos podían existir subdivisiones. El gran salto se producía entre el tercer y el cuarto rango. Los miembros de los tres primeros —llamados *Kugyo* o «nobles de la corte»— gozaban de numerosos privilegios. Los de los rangos cuarto y quinto eran nombrados por el emperador y también gozaban de gran consideración, pudiendo asistir a las audiencias imperiales. Los rangos inferiores eran conferidos por el Consejo de Estado. A diferencia de lo que ocurría en China, el rango en la corte determinaba el cargo que se desempeñaba en la administración estatal. Así, y por poner un solo ejemplo, en tiempos de Murasaki el cargo de jefe de la policía imperial era desempeñado por un jovencuelo de dieciséis años. El rango determinaba también los ingresos: un aristócrata de primer rango tenía derecho a percibir la renta (en valor arroz) de cien hectáreas de tierra cultivable. En cambio, si pertenecía al quinto rango, sólo de diez hectáreas.

Pero la jerarquía determinaba incluso los detalles más nimios de la vida cotidiana. Así, solamente los miembros de los tres primeros rangos podían

llevar abanicos de veinticinco varillas. Las del cuarto sólo podía aspirar a veintitrés varillas y los del sexto para abajo, a doce. Otro tanto puede decirse de la vestimenta, gorros, calzado, carruajes, número de servidores, etc. Los que tenían la suerte de pertenecer a los rangos superiores eran considerados *yoki hito*, que podría traducirse por «personas de calidad» o *gentlemen*. Prácticamente todos los personajes del Genji *forman parte de esta exclusivísima* cotterie. Paralelamente, en el mundo «del gineceo» la jerarquía de esposas y amantes —la esposa principal, la segunda, la tercera, las concubinas «oficiales», las concubinas «secretas»— no era sino un reflejo del principio sacrosanto del rango, determinado en cada caso por las conexiones familiares de la mujer. No tiene el mismo rango Murasaki (hija ilegítima de un príncipe imperial) que la dama de Akashi (que sólo es hija de un gobernador de provincia). Ni una ni otra «dan la talla» para que Genji las tome por esposas, pero cuando la dama de Akashi le da una hija, el príncipe la hace adoptar por Murasaki, que goza de rango superior.

La religión de Genji

¿Qué religión profesaban y practicaban los personajes del *Genji*? Cuando el budismo —del tipo denominado Mahayana, o místico— entró en Japón, procedente de China y a través de Corea, se encontró con una religión más o menos nacional preexistente, el shintoísmo, con el que se vio obligado a convivir. Examinados en abstracto, difícilmente podemos hallar dos credos más divergentes. Como es sabido, el budismo se caracteriza a grandes rasgos por poner de relieve la triste condición de los seres humanos, perseguidos por mil angustias y la idea de la muerte, y propone como solución el abandono del mundo y la destrucción de los deseos en aras de una auténtica transformación de la conciencia que nos haga auténticamente libres y nos prepare para disolvernó en el nirvana final. En cambio, el shintoísmo supone una aceptación del mundo de la naturaleza tal como es, por el que debemos dar las gracias a sus innumerables dioses, y un horror supersticioso ante la enfermedad y la muerte, es decir, ante la aniquilación del ser.

Sin embargo, se produjo un curioso sincretismo entre las dos creencias, al que contribuyó grandemente la simplicidad extrema de la religión preexistente, tan vaga y maleable que sólo después de la entrada del budismo recibió un nombre (*Shin-to*: el camino de los dioses) en oposición al «camino de Buda» (*Butsu-do*). Esta curiosa mezcla se iba modificando a medida que se ascendía en la escala social: entre las clases populares predominó siempre el shinto, mucho más sencillo y rudimentario, mientras

que la aristocracia se apuntó al budismo, sin por ello desligarse de conceptos claramente shinto, como los de impureza y abstinencia. Con todo, se ha podido afirmar que en tiempos de Murasaki el budismo tenía en el mundo Heian un papel comparable al del cristianismo en la Europa de la Edad Media. Dentro del budismo nipón de la época pueden distinguirse diversas corrientes o sectas, entre las que destacan el budismo *Tendai*, basado en el Sutra del Loto, que proponía la salvación universal mediante el culto a Sakyamuni (Gautama Buda), y el llamado *Shingon*, que se caracterizaba por un exagerado ritualismo y su afición a las ceremonias suntuosas.

Al lado de ambas corrientes, se extendió muy pronto una forma más elemental y popular de budismo conocida como *amidismo* (por *Buda Amida*), destinada a calar rápidamente entre las clases inferiores, que aseguraba la salvación para todos sus fieles por el sencillo procedimiento de repetir incansablemente, un poco a la manera del rosario católico, una fórmula más o menos mágica, el llamado *nembutsu*: *Namu Amida Butsu* («Yo te invoco, Amida Buda»). Los amidistas tenían prometido que, al morir, renacerían en el «Paraíso del Oeste» o «Tierra Pura», en donde esperarían la llegada del nirvana definitivo en un mundo de felicidad y de delicias sin cuento.

Con todo, el shinto, en cuanto religión «nacional», estuvo siempre estrechamente vinculado a la familia imperial y el gran santuario shinto de Ise se mantuvo siempre como el equivalente japonés del Vaticano o de la Meca. La familia Fujiwara, por su parte, se mostró siempre gran protectora del budismo. No debe extrañarnos, pues, que la idea búdica de que la vida humana no es sino un «puente de sueños» que debemos atravesar para pasar de una existencia a otra esté tan presente en toda la obra de Murasaki (una Fujiwara, al fin), y sobre todo en sus últimos capítulos relativos al príncipe Kaoru, el personaje más complejo (y tal vez el más moderno) del libro. Otro tanto cabe decir de la idea, también profundamente búdica, del *karma*: es decir, que los acontecimientos de nuestra vida presente están predeterminados por una vida anterior, a la cual se alude con gran frecuencia a lo largo de la obra.

Vale la pena transcribir la «profesión de fe» que la propia Murasaki nos hace en su espléndido *Diario*, redactado paralelamente a su novela: «Todo en este mundo es triste y acaba por fatigar. Pero desde ahora en adelante ya no temeré nada. Que los demás hagan y digan lo que quieran: yo recitaré mis plegarias a Amida Buda sin desfallecer, y cuando en mi espíritu la importancia de las cosas de este mundo haya quedado reducida a la del rocío, haré cuanto esté en mi mano para convertirme en una persona sabia y santa.» De ahí que algunos «biógrafos» de la novelista hayan sugerido que acabó sus días como monja. No hay nada, sin embargo, que lo indique, si bien entrar en religión no dejaba de ser un uso bastante habitual entre mujeres de especial espiritualidad con independencia de su clase (piénsese en Fujitsubo, en la abuela de Murasaki o en el ama de Genji, madre de Koremitsu, tres mujeres de rango muy distinto que «toman el hábito» en la novela).

Conviene subrayar que uno de los aspectos del budismo que más influyó en la vida Heian fue su actitud ante la mujer. Los sufras otorgan invariablemente a la mujer una condición inferior a la del hombre. Tal como dice el del Loto, «no hay ninguna mujer en el paraíso del oeste». Las mujeres que rezan a Amida renacen en su paraíso convertidas en hombres.

Finalmente dos palabras para referirse a la presencia en Japón, junto a las religiones examinadas, del confucianismo chino. El confucianismo había penetrado en el archipiélago en el siglo V, es decir, un siglo antes que el budismo, y el estudio de los clásicos confucianos estuvo siempre en la base de toda educación. Aunque la actitud confuciana ante la muerte no tenía nada que ver con la del shinto, lo cierto es que no se produjeron oposiciones inconciliables. Cuando fueron tres las religiones de los japoneses, el viejo confucianismo no fue arrinconado por completo y en el siglo VIII un edicto imperial ordenaba que en todos los hogares tenía que haber una copia del *Hsiao Ching*, el «Clásico de la piedad filial» de Confucio. Sorprendentemente, la misma emperatriz responsable del edicto hizo fabricar un millón de pagodas en miniatura para su distribución entre todos los templos budistas del país.

En tiempos de Murasaki la influencia confuciana en los círculos aristocráticos se notaba sobre todo en la concepción de los vínculos familiares. La vieja doctrina china que subrayaba la importancia esencial del respeto a los antepasados, la piedad filial y la continuidad de la raza vino a coincidir, en gran medida, con algunas ideas básicas del shinto que, como se ha dicho, se apoyaba fundamentalmente en el culto a los antepasados (de la familia, del clan y de la familia imperial). De manera que también fue asimilada sin excesivos problemas. De todos modos, en Japón no se llegó nunca a la divinización de los ancestros que encontramos en China. No encontramos referencias directas a preceptos confucianos en la obra de Murasaki.

El ideal de belleza femenina y masculina en el mundo Heian

La pobre Suetsumuhana es el más cumplido ejemplo de fealdad del *Genji*, y a pesar de ello, gracias al interés absurdo que despierta en el príncipe resplandeciente y a la lealtad de éste hacia todas las mujeres que le han otorgado sus favores, tendrá una buena jubilación. Ahora bien: ¿qué se entendía en Heian por una mujer hermosa? ¿Según qué canon de belleza femenina medían Genji y sus compañeros los encantos de las Kiritsubos, Fujitsubos, Murasakis, Aois, Tamakazuras, Yugaos y Rokujos que aparecen en el libro? Obviamente, no se trataba del canon de las Venus griegas y romanas ni el de las estrellas de Hollywood, pero tampoco tenía nada que ver con los ideales de belleza del Japón de la época Tokugawa, representados por las grandes geishas de peinados complicadísimos y brillantes kimonos que se paseaban con sus sombrillas y sus «*acolitas*» por el barrio de placer de Edo para cautivar corazones y vaciar bolsas.

Muy poco nos dice la literatura sobre el tema. Murasaki y su gran contemporánea y rival Sei Shonagon se muestran muy parcas en sus descripciones de la belleza física femenina, como si no les interesara. En un punto —importante punto— difiere el mundo Heian del occidental: el cuerpo desnudo de la mujer no despierta interés alguno. Y no se trata de mera indiferencia, sino de auténtica aversión. La mujer deseable es la mujer bien vestida. No se olvide que la desnudez, tan ligada en Occidente al lecho

y al amor, pierde sentido en una sociedad que dormía completamente vestida. Por ello —y a pesar del enorme erotismo que rezuman ciertas partes del libro—, jamás se habla en él de pechos, de vientres, de muslos o de nalgas. Murasaki escribe en su famoso diario: «Un cuerpo desnudo es la cosa más horrible del mundo. No tiene el menor encanto.»

Entonces, ¿qué partes de la mujer despertaban mayor interés en el varón de la época? Lo primero, sin duda, eran los cabellos, que debían ser lisos, brillantes y muy largos. Los llevaban sueltos y con una pequeña raya en medio de la cabeza. Con frecuencia se arrastraban por el suelo. Las damas nobles se depilaban las cejas y se pintaban unas manchas negras unos centímetros más arriba. También se teñían los dientes mediante una tintura que fabricaban con hierro y cáscara de nuez mezclados con vinagre o té. Con el paso de los siglos esta costumbre (tan poco «atractiva» para un occidental) se democratizó, alcanzando a toda la sociedad, si bien quedó restringida a las mujeres casadas.

Vestían una larga túnica, encima de la cual solían llevar una o más uchikis amplios de seda (hasta doce) de diversos colores, que las mujeres de buen gusto combinaban con enorme imaginación para lograr resultados espectaculares. Cada uchiki era un poco más corto que el que había debajo, de modo que el espectador podía disfrutar del efecto de la combinación de las sedas teñidas o estampadas como «en una cascada». Por regla general no llevaban ceñidor, de manera que su aspecto debía de recordar el de una flor acampanada invertida de pétalos de colores. A veces aparece alguna muchacha que lleva calzas debajo de los uchikis, a la usanza de China.

Tampoco la belleza masculina tenía nada que ver con los cánones occidentales, muy ligados a la exaltación de la virilidad y el ideal atlético. Por el contrario, los rollos de pintura (algo posteriores a la época de la composición de la novela) nos muestran unos hombres emperifollados de aspecto asexuado, cara redonda y boca pequeña. Un personaje de la novela, el príncipe Higekuro, es objeto de burla por ser hombre grande, robusto y barbado, y sólo despierta horror en Tamakazura, la dama que pretende ganarse. Nada que ver, pues, con el dulce y frágil príncipe resplandeciente que «todas», princesas o daifas, adoran a primera vista.

El noble de Heian se empolvaba la cara para parecer más pálido y se perfumaba profusamente cabellos y vestidos. Es más: nada parecía más admirable en un hombre ni le otorgaba mayor prestigio social que su dominio del arte de «diseñar» sus propios perfumes para resultar olfativamente «inconfundible». Estos héroes, además, eran de lágrima fácil y a la menor alarma se asustaban y echaban a correr sin que les avergonzara luego confesarlo. No se olvide que el período Heian se caracterizó por casi cuatrocientos años de paz ininterrumpida, de modo que el mundo de la milicia y de la guerra era totalmente extraño a los elegantes cortesanos que deambulaban por la corte imperial de la Ciudad de la Paz y de la Tranquilidad.

El buen cortesano de Heian —como el de Castiglione en Italia cinco siglos después— debía saber tocar algún instrumento, danzar con elegancia, improvisar versos ante los cerezos en flor y escribir con una buena caligrafía. Todo lo demás era secundario. Cuando se retaban, lo hacían a juegos de erudición o de habilidad poética. Las famosas artes marciales de Japón son un elemento que ingresará mucho más tarde en su cultura. Los únicos «deportes» que se practicaban en el mundo de Genji eran una especie de fútbol que se llamaba kemari, el tiro con arco, la equitación y la caza menor, aunque los budistas más estrictos la repudiaban. El sumo, que se ofrecía como espectáculo en determinadas festividades religiosas, estaba relegado a luchadores montañeses, que no gozaban en absoluto de popularidad. La única afición que compartían nobles y plebeyos eran las peleas de gallos, muy difundidas todavía hoy en el este y el sudeste asiáticos.

Monogamia y poligamia en el Japón Heian

Observa Lafcadio Hearn que, aunque la sociedad japonesa más primitiva no era monógama sino polígama o, mejor, poliginica, su tendencia natural fue hacia la monogamia porque era el sistema que mejor se correspondía con la religión de la familia y la sensibilidad moral de las masas. ^[85] Centrándonos ya en la época de Genji, aunque el matrimonio del período Heian suele describirse como polígamo (*ippu tasai sei*), un gran conocedor de la época, Kudo Shigenori, corrige esta noción, y nos informa de que, con arreglo a la legislación entonces vigente, mo (*ippu issai*). Las leyes *ritsuryo* declaraban ilegal que un hombre tuviese más de una esposa, y si un plebeyo casado quería casarse con otra mujer, debía repudiar previamente a la primera, es decir, divorciarse.

Sin embargo, ello no impedía a los nobles (y sólo a los nobles) tener, junto a la mujer legítima, una o más concubinas o «esposas secundarias» jerárquicamente subordinadas con arreglo a su cuna y su influencia en el mundo. Parece que esta costumbre (como tantas otras) fue importada de China. Nada que ver, pues, con la poligamia islámica, por ejemplo, accesible a todos los fieles y en la que no existen rangos. Tampoco había, en principio, límites legales en cuanto al número de concubinas posibles. Esta situación cambió en el período Edo (XVII-XIX). Un decreto de Tokugawa Iyasu, que estuvo vigente hasta el siglo XIX, dispuso lo siguiente:

«La posición de la esposa frente a la concubina es la misma que la del señor frente al vasallo. El emperador puede tener hasta doce concubinas

imperiales. Los príncipes hasta ocho. Los altos funcionarios hasta cinco. Los samurais hasta dos criadas. Por debajo de ellos, cada hombre tendrá una sola mujer.»

Centrándonos, pues, exclusivamente en el mundo de la aristocracia Heian —y advirtiendo que lo que expondremos no es extrapolable al 999 por mil de la población de la época—, puede decirse que conocía tres tipos de «uniones de hombre y mujer» distintas. La primera (y seguramente el único matrimonio *stricto sensu*) era la unión de un hombre con su «esposa principal» (la que vivía en el ala norte de la mansión, y recibía el nombre de *persona del norte*). Esta esposa principal era elegida muy pronto por la familia del novio después de largas negociaciones. No era infrecuente que tuviera más edad que su pareja, como en el caso de Aoi, cuatro años mayor que su novio de doce, Genji. Estos matrimonios venían determinados por consideraciones jerárquicas y solían contraerse entre personas de rangos muy parecidos. Piénsese que Genji, al enviudar de su esposa principal Aoi, nunca podrá tomar a Murasaki como nueva esposa principal porque, aunque es hija de un príncipe imperial, su abuelo materno no pasó de ser un funcionario de provincias. No se consideraban incestuosos (a diferencia de lo que ocurría en China, país que se caracterizaba por un auténtico horror al tabú del incesto desconocido en Japón) los enlaces entre primos hermanos o entre tío y sobrina o sobrino y tía.

Por regla general la primera esposa seguía viviendo en casa de sus padres después del matrimonio (véase lo que ocurre con Aoi). Sólo cuando el padre del marido moría o se retiraba a un monasterio y el marido se convertía en cabeza de la familia, la esposa dejaba su casa paterna y se iba a vivir a la de su esposo en calidad de *persona del norte* o *materfamilias*, a la cual estaba subordinada toda la servidumbre. Si era una mujer con gran patrimonio, contaba con sus propios secretarios que se ocupaban de administrarlo.

Con todo, la preocupación principal de una primera esposa era evitar que una esposa secundaria (o concubina) la suplantara en el afecto de su marido. Sin ir más lejos, el marido de la autora de la novela había tenido ya tres o cuatro esposas secundarias cuando se casó con ella. Estas relaciones

se hallaban reconocidas oficialmente y se formalizaban mediante ritos sustancialmente idénticos a los que precedían el matrimonio con la esposa principal. Las relaciones con una concubina solían empezar como una *liaison* más o menos pasajera, hasta que sus protagonistas decidían formalizarla públicamente con el ritual pertinente, si bien nunca llegaban a tener el carácter irrevocable de un matrimonio principal. El marido podía optar por traer la concubina a su casa o instalarla en otra distinta. Pero había algo que tenía absolutamente prohibido: reemplazar a una esposa principal por otra secundaria, incluso en el supuesto de que la primera no le diera hijos. En este caso, el marido solía hacer adoptar a su esposa principal el o los hijos habidos con una concubina. En la novela, Genji hace adoptar a la estéril Murasaki la hija que tiene con la dama de Akashi.

El tercer tipo de relaciones entre hombres y mujeres del período Heian —y, con mucho, el más frecuente— consiste en lo que podríamos llamar «relaciones pasajeras». Precisamente de este tipo de relaciones se habla en el famoso «diálogo en una tarde de lluvia», que aparece en el capítulo segundo de la novela, y que nosotros hemos convertido en prólogo por su carácter emblemático. Sobre el matrimonio con la esposa principal los jóvenes no tienen nada que discutir, puesto que les viene impuesto a muy temprana edad y en él carecen de voz y voto. En cuanto a las esposas secundarias, prácticamente todas ellas han comenzado como relaciones más o menos eventuales que se han ido consolidando con el paso del tiempo.

En este tipo de relaciones la mujer suele ser de una clase inferior al hombre (piénsese en el episodio de Yugao, que ha sido amante de To no Chujo y luego lo será de Genji). Si hay que creer a Morris, ^[86]

«en la historia del mundo pocas sociedades evolucionadas han dado pruebas de tanta tolerancia en materia de relaciones sexuales como el mundo de *La novela de Genji*. Estuviera casado o no, el prestigio de un noble Heian exigía de él que mantuviera cuantas más relaciones de este tipo pudiera». Eran relaciones que no imponían ningún tipo de obligación a las partes. Y no se crea que estaban reservadas exclusivamente a los hombres, pues no era raro ni estaba mal visto que una dama de la corte tuviera un amante principal, un amante secundario y numerosos «ligues» más o menos

pasajeros. Piénsese, sin ir más lejos, en el personaje de la promiscua Naishi (como una *Ninon de Lenclos avant la lettre*), que, aunque caricaturesco, por fuerza está inspirado en modelos reales.

La vida social Heian: entre el ceremonial y la dulce vita

En los tiempos de Genji la vida de familia resultaba extremadamente protocolaria, tanto en el palacio imperial como en los palacios de los nobles, por influencia de los usos del primero sobre los demás y la tendencia imitativa y competitiva que suele caracterizar a todas las sociedades fuertemente aristocráticas. A pesar de la importancia que revestía la familia en aquella sociedad, no parece que, a diferencia de lo que ha ocurrido en otras épocas, se viera en ella una fuente de placeres y alegrías. Era muy frecuente que miembros de una misma familia convivieran durante años en la misma mansión (en alas separadas, eso sí) sin verse jamás.

Lo dicho contrasta mucho con la falta absoluta de formalismo que preside frecuentemente las relaciones entre los hombres y las mujeres. El príncipe Niou, nieto de Genji y de la dama de Akashi, sólo puede hablar con su hermana a través de un *kichó*. En cambio, el mismo Niou se acuesta con Naka no Kimi, la hija del príncipe Hachi que acabará siendo su concubina oficial, desde la primera cita, y lo mismo cabe decir de Kashiwagi y la Tercera Princesa, que es la esposa de su mejor amigo, Genji. También la relación del héroe con la hermana pequeña de Kokiden, Oborozukiyo, empieza sin demasiados «preliminares».

A pesar de la libertad de que gozaban en tantos aspectos de la vida, las mujeres Heian vivían enclaustradas en los palacios y mansiones a que pertenecían, al igual que peces exóticos de largas colas en peceras de agua turbia, y pocas veces se aventuraban más allá de sus puertas o abandonaban la penumbra artificial creada a su alrededor por biombos, persianas y cortinas. Por ello no debe sorprendernos que sus admiradores mismos no supieran a veces cómo eran exactamente desde un punto de vista puramente físico. Sirva de ejemplo lo que le ocurre al protagonista con la feísima Suetsumuhana.

En el mundo cerrado de la nobleza Heian, un universo paradójicamente sujeto a un estricto ceremonial y al mismo tiempo dotado de una extraordinaria libertad de costumbres, a nadie le interesaba asomarse al exterior. Ni siquiera China, cuya cultura dejó una huella tan profunda en su civilización, les tentaba lo más mínimo. Nadie deseaba viajar a ella para verla «de cerca» y comprobar cómo eran sus paisajes, sus costumbres o su gente. Y si todos los países que están más allá de China se hubiesen hundido en el océano, ni Genji ni ninguno de sus amigos lo hubiesen considerado una catástrofe digna de lamentar, sino que habrían seguido tocando el koto y escribiendo poemas sobre los cerezos en flor o la luna envuelta en brumas como si tal cosa. Nada que ver, pues, con el *civis romanus* de la época del imperio, siempre muy interesado por lo que ocurría más allá del *limes*, ya fuera en Alejandría, en Siria o en la Bética, capaz de planificar y llevar a término viajes de placer o negocios a lugares del planeta que distaban miles de kilómetros de su hogar.

Por otra parte, su budismo, que constituye la espina dorsal del pensamiento «serio» Heian, no les lleva jamás a preocuparse por cuestiones metafísicas sobre temas que quitaban ya el sueño a los filósofos griegos presocráticos como la naturaleza de la existencia humana, la estructura y razón última de ser del cosmos, la teoría del conocimiento o el origen del mal. Tampoco les interesa lo más mínimo su propio pasado inmediato o remoto y si se interesan algo más por el futuro, sólo lo hacen en la medida que puede repercutir en su propio bienestar.

Todos los afanes del noble Heian se dirigen a gozar de los placeres sociales y culturales que tiene a su disposición, y, si es hombre, a obtener el rango o el cargo que le permita ascender en la jerarquía social e incrementar dichos placeres. Como contrapartida, ninguna sociedad llevó tan lejos como aquélla el refinamiento estético en todo lo que decía, hacía y tenía, y el objeto más humilde que tocaba un noble de la corte de los tiempos de Murasaki Shikibu era, con toda seguridad, una obra de arte.

¿Es Genji un violador?

De todos los temas de la obra, ninguno deja al lector contemporáneo tan perplejo como éste, y, concretamente, el episodio que explica la violación de la joven Murasaki por el héroe. ¿Cómo compaginar este momento de violencia sexual —narrado con una sobriedad y delicadeza ejemplares por la autora— con la imagen del príncipe refinado y culto que danza y toca la flauta mejor que nadie y compone deliciosa poesía china, cuya biografía constituye el eje de tres cuartas partes del libro? Tradicionalmente, los admiradores de la novela y de su héroe han visto en él un ideal masculino (posición que parece compartir la autora), un hombre arrebatador *malgré lui* que seduce a las mujeres con sólo mirarlas, cae rendido a los hechizos de algunas de ellas —unas doce en el libro— y jamás ¡as abandona a su suerte una vez han sido suyas —a diferencia de los donjuanes de la tradición occidental—, cuidando de ellas hasta su vejez.

En los últimos años, sin embargo, se ha producido una reacción contra esta visión del «príncipe resplandeciente» tanto en Japón como en Estados Unidos. Los «enemigos de Genji» le acusan de un montón de crímenes contra el llamado sexo débil. Jakucho Setouchi, autora de la última «traducción» del *Genji* al japonés moderno, declaraba en el *New York Times* de 28 de mayo de 1999 que el príncipe de marras no era un seductor, sino lisa y llanamente un despreciable violador, un depredador sexual sin principios. En Japón, esta actitud, muy extendida en los ambientes universitarios, ha llegado a recibir un nombre, el de *Genji-girai*

(«abominación de Genji»), dando lugar a nuevas interpretaciones de la obra, según las cuales las verdaderas heroínas del libro son las víctimas del desaprensivo protagonista.

Los que así piensan probablemente exageran y, sobre todo, pretenden aislar los acontecimientos del contexto sociocultural en que se desarrollan. No se olvide que el *Genji* es una novela contemporánea... del siglo X. ¿Podemos juzgar a los héroes de la *Iliada* con criterios del presente y criticarlos porque no seguían las reglas de la Convención de Ginebra sobre los prisioneros de guerra? Es obvio que cometeríamos un anacronismo, un gravísimo error de juicio, puesto que no era así como los percibían Homero y sus lectores de la Antigüedad. Al juzgar a Genji y sus compañeros de correrías hay que tener muy presente cómo funcionaban las relaciones entre los sexos en su tiempo, no en el nuestro.

La primera reflexión que puede hacerse sobre esas relaciones es, siguiendo a Royall Tyler, que las ha estudiado en profundidad, que resultan profundamente «humanas». No hay, en líneas generales, trazas de violencia física de los hombres contra las mujeres ni los hombres otorgan especial valor a la pureza y a la virginidad de las damas como en las culturas influidas por el cristianismo, el judaísmo o el Islam. En una relación entre sexos de tipo Heian, ninguno —ni él ni ella— aspira a ser «el primero» o «la primera» para el otro, ni la castidad o la virginidad previas son vistas como un valor añadido del sujeto.

Por otro lado, no hay que olvidar que, como en tantas sociedades pretéritas, son los hombres quienes dominan el mundo, pues son ellos los que ocupan los cargos políticos, los que cursan estudios superiores y conocen el chino: es decir, mientras el hombre Heian tiene una vida pública y otra privada, la mujer sólo conoce la segunda, viviendo enclaustrada en sus estancias del ala norte (si tiene la suerte de ser una primera esposa). Encerrada en su apartamento, la mujer es espiada y descubierta por el hombre, y este hecho puede dar pie a una aventura pasajera o a un matrimonio con una «segunda esposa» (puesto que la primera es invariablemente elegida por la familia).

A la vista de todo ello, pasemos a examinar *sine ira et studio*, como quería Tácito, el episodio de la violación de la joven Murasaki por su tutor-amante (y luego marido) Genji. De una lectura atenta de la obra resulta que una muchacha de buena familia que quisiera mantener una buena reputación no podía, en teoría, dar vía libre a una relación sexual sin obtener el consentimiento previo de alguien con autoridad suficiente para dárselo. Otra cosa es que se relacionase con un pretendiente o enamorado por carta o a través del kichó que protegía su intimidad. Esta convención social colocaba a las mujeres cuyo padre había muerto en una situación claramente poco ventajosa frente a las que contaban con un padre vivo. Cuando falta este padre, se produce un vacío de poder que deja inerte a la muchacha, pues, en teoría, ni puede consentir por sí misma ni tiene a nadie que pueda consentir por ella.

Veamos qué ocurre con Murasaki. La muchacha tiene diez u once años cuando Genji, que a la sazón tiene diecisiete, la «descubre» en su casa de las montañas. Enseguida se enamora de ella (no se olvide que ¡a ley autorizaba el matrimonio de las niñas a partir de los doce años). Pero obtenerla no es nada fácil: su madre ha muerto y Murasaki vive con su abuela, una monja, al norte de la capital. Su padre, un príncipe, vive todavía pero nunca fue esposo formal de la madre de la niña. Genji solicita la custodia de la niña prometiendo cuidar de ella, a lo que se niega su abuela. Cuando ésta muere, su padre quiere recuperarla. Todos los que rodean a la niña temen que, si su padre se sale con la suya, ésta será maltratada por la esposa del príncipe (es decir, se convertirá en una especie de «cenicienta Heian» en casa ajena), o, en el mejor de los casos, será entregada en matrimonio a alguien de un rango mínimo. Por ello, cuando Genji decide raptarla, su ama, Shonagon, se va con ella y, tras ella, todas sus sirvientas, convencidas de que la niña estará mejor en el palacio de Genji que en ninguna otra parte.

Genji la trata con enorme afecto y la colma de atenciones hasta que llega el día en que, habiendo enviudado de Aoi, decide tomarla por esposa. Para entonces Murasaki tiene ya catorce o quince años (es, por tanto, absolutamente nubil). El joven teme, sin embargo, acudir a su padre, el

príncipe, a solicitar su consentimiento por temor a que se lo deniegue. Es evidente que la muchacha lo ama —y lo ama mucho—, aunque no se ha planteado todavía la posibilidad de establecer una relación «distinta» con él, sobre la cual no tiene seguramente las ideas muy claras.

En estas circunstancias, Genji decide tomar la iniciativa y una noche la posee sin más contemplaciones, si bien cuida de rodear la «violación» de todas las ceremonias y detalles que caracterizan un verdadero matrimonio.

La muchacha, sorprendida en su ingenuidad, se muestra primero muy furiosa con Genji (seguramente el acto ha conllevado dolor físico para ella: es la primera vez que Genji «le hace daño»), pero este encono acaba también por desaparecer y nunca más vuelve a aludirse a este episodio en los capítulos que seguirán.

El refinamiento Heian

Se ha dicho que el «caballero Heian» puede compararse al cortesano europeo del Renacimiento o del Barroco, que conocía el latín y el griego, dominaba la mitología clásica y citaba a Horacio y a Virgilio pero evitaba a toda costa parecer pedante. Genji y los suyos no querían saber nada de la especulación abstracta y preferían las formas de cultura no académicas a las propias de los eruditos, que siempre son tratados irónicamente en la novela. La cultura Heian es la quintaesencia del *dilettantismo*.

Aquellos hombrecillos empolvados y elegantes como cortesanos de Luis XVI no hubiesen podido vivir sin poesía y nada les hacía disfrutar tanto como componer, citar o intercambiarse poemas. Y ¿qué decir de sus mujeres? A veces, el lector admirador del teatro de Moliere no puede evitar recordar alguna escena de *Las preciosas ridículas*, «deliciosas criaturas perfumadas» siempre dispuestas a escuchar un madrigal de un admirador o a componer o alabar un soneto sobre... nada. La calidad del resultado era lo de menos: bastaba con que cumpliera las reglas métricas y se adaptase a las circunstancias. En determinados momentos de la vida o incluso del día — durante un viaje, al ver caer las primeras nieves, ante un nacimiento, cuando los cerezos se cubrían de flores— el hecho de no ser capaz de componer un poema adecuado a la situación era una gravísima falta de lo que antes se llamaba «urbanidad» que la sociedad no perdonaba. Pero lo más imperdonable de todo era recibir un poema de alguien y no ser capaz de contestar con otro. Y también, como en el mundo satirizado por Moliere, el

camino más corto para llegar al corazón de una dama era un poema más o menos ingenioso.

La mayor parte de esta poesía ocasional era de una banalidad asombrosa. No debe extrañarnos, pues aquellos cortesanos doblados de poetas contaban con un vocabulario muy limitado y la producción era tan grande que resultaba prácticamente imposible mostrarse original. Con todo, era una poesía que pretendía ser tremendamente «sutil», y en la que la alusión velada se cotizaba mucho más que las expresiones demasiado explícitas. Después del mérito de componer poesía, se apreciaba no poco el de saber reconocer la poesía ajena: es decir, adivinar a quién pertenecían las citas poéticas que proponían los demás. Ni que decir tiene que una de las actividades a las que la corte dedicaba más tiempo eran los concursos de «hacer poesía» o de «reconocer poesía».

Casi tan apreciado como la poesía era el arte de la caligrafía, también importado de China. Arthur Waley llegó a decir, exagerando un poco, que la verdadera religión del mundo Heian era la caligrafía. Nótese la importancia que los personajes de la novela dan a la manera de escribir de los demás, infinitamente mayor que a sus cualidades físicas o morales. Como señala Morris, en los tiempos de Murasaki la sensibilidad artística tenía mucha más importancia que la virtud moral ^[127]Genji y los suyos veían en la letra (y no en la cara, como nosotros) el espejo del alma y esperaban la primera carta de una mujer que les interesaba y con la que consideraban la posibilidad de establecer una relación con una enorme impaciencia. Una caligrafía burda o mediocre podía resultar tan intolerable como un grave defecto físico. No faltan hombres que «se enamoran» de una caligrafía, aun antes de conocer a la dama autora de la misma.

Basta con lo dicho para comprender la importancia capital que tuvo en la época el arte de la epistolografía, pues combinaba las habilidades poéticas con las caligráficas. En las novelas Heian los personajes se están enviando cartas continuamente, lo cual se explica por el hecho de que muchas mujeres vivían, como se ha dicho, semiencerradas. También era práctica habitual que la destinataria o el destinatario de un mensaje lo mostrara a su círculo como una pequeña obra de arte.

La música y la danza representaban asimismo un gran papel en la vida cultural de la época. Ningún caballero bien educado podía ignorar los rudimentos de la flauta o de la cítara, y una dama incapaz de hacer sonar medianamente el koto era un desastre social. En cuanto a las danzas, se conocían y bailaban muchísimas. Unas procedían de China, de Corea o de la India, otras tenían su origen en el folclore de las provincias y finalmente algunas estaban ligadas a determinados ritos *shintó*, como los *kagura* que se bailaban en el festival de Kamo. Especial importancia tenían las danzas «de la corte» (*bugaku*), en las que se ha querido ver el origen del teatro. No posterior, y las *Gosechi*, que danzaban las hijas de las mejores familias en determinadas ocasiones. También los hombres bailaban, y de la novela resulta que tanto Genji como su cuñado To no Chujo eran expertos danzarines.

¿Y qué decir del arte secreto y admirable de preparar el incienso para dotar a las ropas de cada cual de un olor que las hiciera «socialmente» inconfundibles? Parece que tanto Genji como su hijo Yugiri fueron maestros perfumistas inigualables y las mujeres «les olían venir» mucho antes de que se presentaran ante ellas.

Citando una vez más a Morris, cabe afirmar que «si la época de Murasaki ^[128] contribuyó muy poco al progreso intelectual de la humanidad y menos aún al de los métodos de buen gobierno y de organización social, ha quedado con todo en la historia por la manera, seguramente nunca igualada, en que los nobles de aquel tiempo se entregaron al culto del arte y de la naturaleza, un culto que, desde entonces, ha ocupado un lugar de privilegio en la historia de la civilización del país del sol naciente. Probablemente estemos hablando de la mayor aportación de la cultura japonesa a la del mundo».

El culto a la naturaleza en el mundo Heian

«El paisaje y el clima del Japón han ejercido una influencia primordial sobre su literatura. El papel de la naturaleza en la literatura Heian es capital. Japón es un país donde las diferencias entre las estaciones están muy marcadas, y, por tanto, un país donde resulta muy difícil ignorar la naturaleza. También es un país que conoce una inmensa variedad de catástrofes naturales (tifones, mareas, inundaciones, terremotos casi cotidianos) y que ha enseñado a sus habitantes la importancia de la influencia de la naturaleza en la vida.»^[131]

Nada tiene, pues, de extraño que, si en el mundo occidental ha prevalecido una tendencia a luchar contra las fuerzas naturales y subyugar los fenómenos «incómodos» para vivir, en Extremo Oriente las tradiciones religiosas y filosóficas hayan puesto el acento en la unidad de la vida y negado la oposición radical entre hombre y naturaleza. Parece que el origen de la religión japonesa se halla justo en la adoración de los fenómenos naturales (en semejanza con la vieja religión romana, más tarde modificada con la irrupción de corrientes extrañas, empezando por la religión griega). También el taoísmo y el budismo inciden, con matices, en esta concepción hondamente «unitarista» del mundo.

Por ello Genji y sus compañeros no buscan nunca aislarse del mundo natural que les rodea, sino todo lo contrario: fundirse con él en lo posible. Ningún hombre de buen gusto de la época podía ignorar la naturaleza: de ahí las excursiones que se organizaban todos los años para admirar las

primeras nieves, el deshielo, los cerezos o los ciruelos en flor. En el trasfondo de todos los poemas japoneses de esta época encontramos una imagen natural, que, en algunas ocasiones, se utiliza como punto de comparación con los sentimientos «humanos» del poeta. Obsérvese con qué detalle la autora del *Genji* nos hace saber en qué estación o en qué habitat natural se desarrollan casi todas las escenas importantes de su obra.

En su delicioso *Libro de cabecera*, la otra gran autora Heian, Sei Shonagon, nos confiesa que en primavera su hora del día predilecta es la aurora con sus nubes violáceas; en verano, en cambio, su favorita es la noche con sus claros de luna incomparables; en otoño, se inclina por la tarde, sobre todo cuando grandes bandadas de cuervos o de patos silvestres surcan el cielo para emigrar a otras tierras. Por fin, en invierno prefiere las primeras horas de la mañana para poder admirar «la pureza de la blanca escarcha adornando las ramas de los árboles», en especial si dispone de un buen fuego cerca. Ciertamente, un gusto refinado.

Un paseo occidental por las mujeres de Genji

Decía el sabio hispanista Menéndez Pidal que España (y ello sería extrapolable al mundo hispánico, que nace con la conquista y colonización de las Indias Occidentales por audaces extremeños, vascos y andaluces) fue siempre el país de las reacciones tardías, y seguramente no le faltaba razón. Es un hecho fácilmente comprobable que, en España, todos los grandes movimientos de la civilización europea llegaron con más o menos retraso. Pero llegaron, y esto es lo verdaderamente importante. Así, España fue románica y gótica después de Francia, renacentista y barroca después de Italia y romántica después de Alemania e Inglaterra. No obstante, en todos esos movimientos culturales (con la excepción, quizás, del romanticismo, a menos que se considere a Goya un romántico) ofreció al mundo obras maestras, algunas de ellas profundamente originales, sin las cuales cada uno de ellos perdería algún pináculo esencial de su gloria. Tal vez para compensar este retraso endémico, a finales del siglo XIX España regaló al planeta dos hombres providenciales, Pablo Picasso y Joan Miró, que pusieron las bases de la modernidad pictórica de occidente al renovar *la esencia* misma del lenguaje de las artes plásticas. A ellos siguieron, invirtiendo lo que había sido habitual hasta entonces, franceses, rusos, alemanes e italianos.

También en la traducción de los grandes clásicos extranjeros España anduvo siempre con retraso. Quizás contribuyó a ello, al menos en otros siglos, el ojo vigilante del Santo Oficio, siempre temeroso de que los catoliquísimos españoles se vieran desviados de sus creencias o contaminados en sus «buenas costumbres» por libros «embusteros y perversos» llegados de allende sus fronteras. Si el *Quijote* tardó muy poco en contar con versiones inglesas y francesas, *Hamlet* hubo de esperar a que don Leandro Fernández de Moratín, un mediocre comediógrafo neoclásico, lo tradujera, seguramente del francés, más que mediado ya el siglo xviii. Tampoco ha tenido hasta hoy demasiada fortuna entre el público hispanohablante la obra cumbre de la novelística japonesa (y, seguramente, de la asiática) que se conoce como *La historia* -aquí *La novela*— de *Genji*, de Doña Murasaki, que ésta sería la traducción más fiel del nombre de la autora, Murasaki Shikibu, aunque puedo comprender que el traductor no se haya inclinado por él: los ingleses, en cambio, escriben sin rubor *Lady Murasaki*.

Más de setenta años después de que el gran sinólogo británico Arthur Waley la diera a conocer a occidente en su traducción inglesa —y cuando el público anglosajón dispone ya de tres *Genjis*, los alemanes y los franceses cuentan asimismo con sendas versiones del original en ambas lenguas, y rusos e italianos pueden leerlo también completo en su propio idioma, el lector hispano tenía que conformarse hasta hace muy poco con una versión de los nueve primeros capítulos que viene republicándose desde la posguerra española. No existía nada más. Al fin se ha acometido (a lo que parece por partida doble) una versión entera de la obra.

Tengo la seguridad de que la obra será recibida como se merece. Es decir, con honores de *capolavoro assoluto*. Tras muchos años de enseñar literatura comparada «por esos mundos de Dios», que dicen los españoles, llegué al convencimiento de que Doña Murasaki formaba, con el ruso Tolstoi y el español Cervantes, la tríada suprema de la novelística universal. Sabemos que, por suerte para los aficionados al insuperado placer de la lectura, existe una pléyade de excelsos novelistas, pero todos están, al menos a juicio de quien esto escribe, un poquito (o un mucho) más abajo. Si

Cervantes nos deslumbra por su dominio inigualado de la prosa narrativa, Tolstoi lo hace por su capacidad casi divina de «invención». Ambos son, además, excepcionales psicólogos, y sus hombres y mujeres son más reales que los que pasean por la calle.

Doña Murasaki conjuga todas esas virtudes y aún me atrevería a decir que añade otra, que comparte con el divino Shakespeare: la de la invisibilidad. Si el gracejo escéptico de Cervantes y las obsesiones morales y sociales del conde Tolstoi acaban por asomar invariablemente en sus páginas (y ello no debe leerse como una crítica, sino como una característica de su manera de hacer novela, por lo demás extraordinaria), Murasaki consigue «no existir». Sus personajes están ahí, como Rosalinda, Macbeth, Shylock, Ricardo II, Polonio o Falstaff en las piezas del gran dramaturgo inglés, sin que el lector llegue a averiguar nada (excepto lo que pueda haberle contado la introducción del libro) sobre la personalidad e ideas de quién mueve los hilos de esas criaturas inolvidables que, en la obra nipona, se llaman Murasaki, Aoi, Kaoru, Hanachirusato, Suetsumuhana, Rokujo, Tamakazura, To no Chujo, Omi o Yugao.

Murasaki es, probablemente, la novelista más «ausente» de todos los tiempos. Ni siquiera su estilo la marca, como ocurre con Flaubert, Proust, Joyce o Kafka. Para recordarnos que existe y que está allí, de vez en cuando se deja escuchar en el relato con frases exiguas (diríase que casi tímidas) en primera persona como «Creo que ya he hablado más de la cuenta de este tema...» o «No puedo recordar más versos de los recitados en aquella ocasión...» Poco más que una broma que nos hace pensar en esos personajes anónimos y furtivos que asoman la cabeza por una ventana en los cuadros de David Teniers el Joven. Tal vez se trate de un sutil recurso para que el lector no acabe olvidando que está leyendo ficción y no crónica. Sus «hijos» e «hijas» son auténticas creaciones divinas. Si se ha dicho que la naturaleza «se parece a Shakespeare», no sería descabellado afirmar que «también se parece a Murasaki».

No es nuestro propósito hablar de esta gran autora que vivió en Japón a caballo de los siglos X y XI, ni analizar su obra. Lo hace con suficiencia quien se ha encargado de la presente versión, y cuanto a ello pudiéramos

añadir, sería forzosamente redundante o pedantesco. Tan sólo queremos tratar de responder a la gran pregunta que muchos se harán ante la aparición en el idioma de Cervantes, de Clarín, de Borges y de García Márquez, de esta obra maestra de la literatura tan lejana en el espacio como en el tiempo.

¿Qué puede aportar a los lectores de habla hispana del siglo XXI una obra que refleja un mundo tan alejado de ellos en el tiempo y en el espacio, para que merezca la pena invertir en ella el tiempo que exige la lectura de más de mil quinientas páginas?

Ésta es mi respuesta. Siendo una excepcional novela, de ella cabe esperar todo lo que una obra de esta enjundia suele ofrecer. Una peripecia —larga peripecia— sólidamente construida, unos personajes absolutamente creíbles, brillantes descripciones de lugares muy diversos y diálogos siempre adecuados y fluidos. El lector entrará, a través de ella, en esta especie de «mundo de cuento de hadas», que fue (creo que no hace falta añadir que sólo para unos *happyfew*) la corte de Heian Kyo, la Ciudad de la Paz y de la Quietud, ámbito al que se circunscribe prácticamente la acción del Genji, salvo en los excepcionales «libros de Uji», a juicio de algunos lo mejor de la obra. La intromisión de personajes de inferior condición como Yugao, Ukon, la dama de Akashi, Koremitsu, Jiju o la pobre Omi tiene, pues, carácter excepcional. Un mundo de hadas en el que la vida de los privilegiados gira sólo en torno a «comer, beber y amar», a lo que hay que añadir, para ser fieles a la verdad, «hacer música, danzar y componer poesía».

Y, mientras tanto, los maquiavélicos Fujiwara, manejando al emperador y su entorno como títeres de *bunraku*, procuraban que las cosas funcionaran lo suficientemente bien para que el país no se hundiera y los arrastrara consigo en el desastre general. Andando el tiempo, la emergente casta militar, presidida por el *shogun*, acabará por suplir con el poder del sable los sibilinos tejemanejes de los temibles Fujiwara. Pero cuando la novela acaba aún falta más de un siglo para que ello ocurra.

Y será, precisamente, al enfrentarse con esos personajes —el príncipe y su entorno— cuando el lector occidental avisado tendrá la Gran Sorpresa, que encierra esa esplendorosa caja lacada de rojo y negro que es *La novela*

de Genji. A poco que conozca su propia gran literatura, bastará con que ponga un poco de atención para que empiece a reconocer a «viejos amigos» (y, sobre todo) a «viejas amigas» de libros que le son familiares. Por más que el tiempo y el marco parezcan inmensamente lejanos y exóticos, Genji, sus amigotes y sus mujeres le resultarán, estoy segura, enormemente familiares, pues la gran hazaña de Murasaki, aunque ella muriera sin enterarse, es haber creado una galería que agota prácticamente los tipos femeninos que se darán en la mejor novelística occidental posterior.

Me limitaré a un repaso casi telegráfico. ¿Buscáis un espíritu virtuoso y noble, atormentado por un único «pecado de amor» que es incapaz de perdonarse, como la Princesa de Cléves de Madame de Lafayette? Fijaos en Fujitsubo, esposa del emperador padre de Genji, al que, en un momento de debilidad, engaña con su hijastro. ¿Os divierten las *madames Potiphar*, mujeres maduras a las que encanta encargarse de la educación sexual de los jovencitos? Entre las páginas del Genji os espera la culta, apasionadísima y experta princesa Rokujo, que se ocupa de instruir al tierno protagonista, siete años más joven que ella, en el *ars amandi* nipón, suponiendo que exista tal cosa. Luego, cuando el alumno supere a la profesora, y llegue la hora fatal de los desvíos, Rokujo se convertirá en una vengativa Mme de Renal o en una Medea de pies a cabeza, que hará pagar con la vida a las que le han robado a su ya insustituible *garçon*.

¿Preferís la putillas sentimentales y de buen corazón, condenadas por el destino insensible (y un novelista más insensible aún) a una muerte prematura, como Margarita Gautier, Nastasia Filipovna, Mimí o la Fortunata del español Pérez Galdós? La desgraciada Yugao es la versión nipona de esas entrañables mariposas nocturnas que tanto han hecho llorar a los espíritus románticos. Por contraste, la grotesca Naishi, vieja libidinosa y gárrula, a medio camino entre Falstaff y Ninon de Lénélos, evocará forzosamente en el lector occidental la desmesura de algunos personajes de Chaucer o del mismo Shakespeare. ¿Qué hombre no ha soñado al leer *Guerra y paz*, *Ana Karenina* u *Orgullo y prejuicio*, con hallar una compañera perfecta y «para toda la vida» como las adorables Natasha Rostova, Kitty Levin o Elizabeth Bennet? Cuando lea el *Genji*, se

enamorará fatalmente de Murasaki, la niña que se convierte en mujer al lado del protagonista, y que es epítome de gracias, saberes y virtudes femeninas. Curiosamente, los inicios de la relación entre ambos recuerdan mucho *Lolita* de Nabokov, pero con una «nínfula» de mucha más categoría que la que imaginó el ruso americanizado, capaz de convertirse en cuatro o cinco años en una espléndida mariposa.

Examinarlas una a una sería el cuento de nunca acabar. La indecisa Utsusemi, que desea «nadar y guardar la ropa», es un personaje de Stendahl. La pobre Hanachirusato, tan llena de frustraciones que sabe llevar con ejemplar dignidad, parece salida de la pluma de George Elliot o de Virginia Woolf. La fea y patética Suetsumuhana, vestida con kimonos harapientos y encerrada en el pasado dentro de un palacio cochambroso, podría ser perfectamente una creación del Dickens de *Great Expectations*. Makibashira, la esposa loca del general Hige-kuro, es juntamente con su imponente marido, una versión *avant la lettre* del matrimonio Rochester, de la popular *Jane Eyre*. La locuaz Omi, uno de los grandes hallazgos del libro, es una cenicienta cómica, que hace olvidar, con sus desternillantes intervenciones, las penas de la huérfana de Perrault y sirve para rebajar la tensión del relato cuando conviene a la autora, como los mejores bufones shakespearianos.

¿Y qué decir de *la belle dame sans merci* Tamakazura, al igual que Salomé seductora de su padre adoptivo, *la femme fatale* del *Genji*, a la vez *victime et bourreau*, calentapijos a ratos e inalcanzable objeto de deseo de casi todos siempre? Tamakazura es puro Marivaux: la hermosa coqueta que no sabe lo que quiere, ni si realmente lo quiere o cómo lo quiere. En cuanto a la llorona Quinta Princesa, una solterona que pasa la vida quejándose, está a medio camino entre la Falsa Tortuga Marina de Lewis Carroll! y la hipocondríaca Miss Crawley de *Vanity Fair*, de Thackeray. La depresiva y *déclassée* «dama de Akashi» podría aparecer con empaque de protagonista en cualquier melodrama del *deep south* de Faulkner o de Tennessee Williams... ¿Para qué continuar?

No queremos seguir adelante para no quitar a los *connoisseurs* el gusto de jugar a los redescubrimientos. Dejemos, pues, que sea el propio lector

quien se encargue de establecer correspondencias con las demás —y, ¿por qué no, también con los demás personajes que le irán saliendo al paso. ¿No es, acaso, Kashiwagi un perfecto pre-Werther, y Kaoru el mejor pre-Hamlet imaginable?

Entre las páginas de Doña Murasaki le espera, disfrazada y vestida a la japonesa, media humanidad.

Keiko Sukagawa [334]

Breve antología de poesía Heian

Ya hemos dicho cuán indispensable era la poesía para la vida de los nobles Heian. Siendo la composición de poemas una auténtica obligación de clase, la mejor —y casi única— manera de aprender a cumplir con ella era empapándose de poesía. Leer y memorizar poemas ajenos ayudaba muchísimo a redactar los propios, y nadie se escandalizaba si el resultado se parecía en exceso a algún modelo anterior, siempre que el autor hubiese introducido alguna variante en el texto de su predecesor. Era, lo hemos dicho ya, una poesía mucho más imitativa que original, aunque hubo buenos poetas, incluso grandes poetas, como la celeberrima Ono no Komachi, cuya personalidad trascendió a su obra y se convirtió siglos después en un personaje muy utilizado en el teatro No.

El Siglo de Oro de la poesía Heian fue el IX, mientras que el X se consagró a la imitación y a la compilación de la obra anterior. La primera gran compilación de poesía realizada por orden de un emperador es el *Kokin-Shu*, que se publica en el año 905 y contiene 1.111 poemas, casi todos ellos del tipo *waka* (es decir, de 31 sílabas), y la gran mayoría anónimos. Durante un siglo fue el modelo indiscutible para los aficionados a improvisar *waka*. Ello lo distingue del *Manyo-Shu*, la primera antología conocida de poesía japonesa, que lo precede en medio siglo, y contiene una variedad mucho mayor de formas poéticas. Tal como ha observado la crítica, los mejores poemas del *Manyo-Shu* destacan por un apasionamiento y una espontaneidad que desaparecen en la poesía posterior, mucho más

académica y convencional, limitaciones que no harán sino aumentar con el paso del tiempo. Al *Kokin-Shu* seguirán a lo largo del siglo X y primeros años del siguiente otras antologías menos famosas como el *Gosen-Shu* de 951, el *Shui-Shu* de 997 o el *Kinyo-Shu* de 1128.

Recogeremos aquí —a partir de la traducción inglesa de Donald Keene —^[145] unos cuantos poemas procedentes del *Kokin-Shu* especialmente ilustrativos de la manera de hacer nipona en aquellos años:

Como el hielo se funde con la llegada de
la primavera sin dejar rastro, ¡así se fundiera
tu corazón con el mío!

(Anónimo)

¡Si por lo menos al oír acercarse la vejez
fuera posible cerrar la puerta, decir: «No
estoy en casa», y negarse a recibirla!

(Anónimo)

¿Ha sido desde sus orígenes siempre tan
triste el mundo o se volvió así sólo en mi
honor?

(Anónimo)

Pensando en él me dormí sólo para que se
me apareciera. De haber sabido que era un
sueño, nunca hubiese despertado.

(Ono no Komachi)

Ni siquiera en sueños soy ya capaz de
encontrarme con él... Y todas las mañanas mi
espejo me muestra un rostro tan gastado que
siento vergüenza de mí misma.

(Ise)

Si considero mi cuerpo como los campos agostados por el invierno, ¿puedo esperar que, aunque me quemen, la primavera regresará algún día?

(Ise)

Las hierbajos son tan espesos que ni siquiera se distingue el camino que conduce a mi casa. Crecieron mientras esperaba al que nunca llegó.

(Sojo Henjo)

El día de primavera, bañado por la suave luz del cielo, es de una placidez perfecta. ¿Por qué se desprenden, pues, de sus ramas las flores de los cerezos inquietos?

(Ki no Tomonori)

Aunque estoy segura de que él no vendrá, cuando cantan las cigarras a la luz de la luna, me acerco a la puerta y espero.

(Anónimo)

Las flores se marchitaron y sus colores se borraron mientras, carentes de sentido, iban pasando mis días en el mundo. Y la lluvia persistente no dejaba de caer.

(Ono no Komachi)

La novela de Genji, tragicomedia de celos

Subraya Harold Bloom en su excelente estudio sobre la *Recherche* de Proust^[153] dos aspectos de la obra que la hermanan con la novela de Murasaki. Después de señalar como el máximo mérito del autor francés su talento extraordinario para la creación de caracteres, el crítico afirma que «ningún escritor del siglo XX ha dejado un catálogo tan largo de seres vivos de ficción» y pasa a darnos un elenco de nombres que, efectivamente, para los lectores de Proust son como de la familia: «Charlus, Swann, Albertine, Bloch, Bergotte, Cottard, Françoise, Elstir», etc. Seguramente es verdad, aunque los admiradores de Thomas Mann y de Faulkner tal vez tendrían algo que alegar en defensa de los méritos en el mismo campo del alemán y del norteamericano.

Sea como fuere, el elenco de personajes «de carne y hueso» que desfilan por las páginas del *Genji* es también asombroso y nada tiene que envidiar a los diseñados por el creador de Odette y Madame Verdurin. ¿Qué decir de Fujitsubo, Murasaki, la princesa Rokujo, Utsusemi, la infeliz Yugao, la oficiosa Tayu, Suetsumuhana, la dama de Akashi y su padre, el gobernador metido a monje, la vieja Naishi, la fiel y oportunista Shonagon, el «calavera» To no Chujo, el hamletiano Kaoru, el mismo Genji, cúmulo de contradicciones, el hermoso y superficial Niou, la altiva Kokiden, ¡a hermética Aoi, la tonta Omi y tantísimos otros que se graban indeleblemente en la memoria del lector gracias al talento descriptivo de una autora que no tiene nada que envidiar a nadie? Todos ellos, como las

criaturas de Proust, son humanísimos y perfectamente identificables. Nada que ver, pues, con los personajes tipo de rasgos exagerados hasta la caricatura que pueblan tantas novelas decimonónicas.

Prosigue Bloom señalando como tema esencial alrededor del cual gira prácticamente todo el acontecer de la novela de Proust la *sexual jealousy*, es decir, los celos amorosos (en contraposición a los profesionales o a los que puede sentir un artista de otro). Como muy bien apunta el ilustre ensayista, a lo largo de la *Recherche* el autor introduce al lector en tres atormentadas «sagas de celos» y que son, por este orden, los de Swann, los de Saint-Loup y los del narrador-protagonista. El «ojo» de Proust hace de esas tres historias que se entrelazan y se suceden perfectas tragicomedias en las que, a diferencia de lo que ocurre en *Otelo* o en *El cuento de invierno*, la sangre nunca acaba de llegar al río, y, si el lector sufre un poco con el personaje del celoso, al mismo tiempo se divierte a costa de él. No en vano es Proust, también, un gran maestro de lo cómico.

Al hablar de la visión proustiana del hombre y del mundo, Bloom, citando a otro gran estudioso (Roger Shattuck), llega a la conclusión de que, curiosamente, es más oriental que occidental. Con ello no quiere dar a entender que el budismo o el hinduismo hayan influido en él, sino que, a fuerza de autoanalizarse y quizás algo inspirado por el misticismo secular de su maestro Ruskin, Proust acabó sufriendo una importante transformación interior como consecuencia de la cual, al plasmar en sus criaturas los sufrimientos que en él producían los celos, consiguió trascenderlos ampliamente, haciendo de lo que hubiera podido resultar banal o melodramático algo exquisitamente trágico y, a la vez, profundamente irónico.

Es, precisamente, gracias a este «despego inspirado» sin precedentes que «el narrador» consigue al fin la proeza de convertirse en Marcel Proust —y no en una mera réplica de su antecesor, el esteta Swann—, y de escribir «su libro» para, entre otras cosas, analizar el calvario (propio y ajeno) de los celos con la frialdad de un científico que disecciona una rana. Esta «nueva objetividad» que define las mejores páginas del francés le permite a la postre superar a sus tres antecesores: Balzac, Stendhal y Flaubert. Bloom

concluye su estudio afirmando que Proust es el único autor de Occidente que, de algún modo, está por encima de los cánones occidental y oriental.

Otro tanto puede decirse de Murasaki Shikibu: no existe ningún autor oriental más accesible al lector occidental ni con el que éste pueda identificarse más. Por poner dos ejemplos, los personajes de Yukio Mishima o de Kenzaburo Oé, dos escritores indudablemente de primera fila y mucho más cercanos en el tiempo, nos resultan mucho más ajenos (más «extraños») que cualquiera de los que salen en el *Genji*. Además, al igual que Proust, la gran dama de la literatura nipona construye su obra monumental sobre el tema —que conocía muy bien, pues seguramente también los sufrió— de los celos, celos que toda mujer Heian tenía que experimentar forzosamente tarde o temprano como consecuencia de la «cultura de poligamia» en la que estaba condenada a vivir.

Por citar una vez más a Morris, «en *La novela de Genji*, los celos acompañan casi siempre todas las relaciones entre hombres y mujeres y nos son pintados como uno de los mayores tormentos de la humanidad. A la manera de Proust, Murasaki estudia los orígenes de los celos, su desarrollo y sus efectos sobre las diversas clases de personas (en especial las mujeres)»^[154] Como se ha dicho muy gráficamente, el noble Heian tenía la movilidad de la abeja mientras que la mujer estaba clavada en el suelo como una flor. Al hablar de la poligamia en el Japón de Genji hemos hecho referencia al temor que sentía toda «esposa principal» a ser suplantada en el afecto de su marido por una concubina, temor que en la mayoría de los casos se cumplía fatalmente, repitiéndose luego la historia en la persona de la concubina. Esta coexistencia de mujeres de un solo hombre bajo el mismo techo (aunque, en la práctica, cada cual tuviera su ala o pabellón específico) provocaba una cruel maraña de celos en la que «las víctimas» (todas menos una, la favorita «del momento») quedaban atrapadas como moscas sufrientes.^[155]

Además de la tortura de los celos, el temor ante el futuro, su propio futuro, fue otra característica de la psicología de las mujeres de la época. Todas las mujeres de Genji (con la excepción de Yugao, que es la más alocada, y de Rokujo, que tiene sus propios ingresos y no depende

económicamente del príncipe) viven atemorizadas por lo que pueda ser de ellas cuando «su hombre» pase a interesarse por otra. No debe extrañarnos, pues, que la máxima ambición de una dama Heian fuera asegurarse el afecto de un hombre que —como hará el príncipe Genji—, por más segundas esposas que tenga, esté dispuesto a protegerla ante las contingencias desagradables a las que la sometería la sociedad Heian en caso de abandono.

De ahí la «grandeza» —a los ojos de los primeros lectores (y sobre todo lectoras) de la novela— del protagonista: a diferencia de los donjuanes de la tradición occidental, a quienes, tras cada nueva conquista, les basta «una hora para olvidarlas», el héroe nipón jamás se desentiende del futuro de una mujer que ha amado, por breve que haya sido su historia de amor. Incluso la fea y desgarbada Suetsumuhana nunca será abandonada por Genji, que la acabará acogiendo en su casa como una concubina más, aunque prescinda en la práctica de sus más que dudosos «encantos».

Desde su superior inteligencia y «desapasionamiento búdico», Murasaki nos desvela esas historias de amor, celos e inseguridades femeninas con la misma maestría y precisión casi científica que Proust exhibe en sus dilatadas sagas de hombres celosos. Si en el francés sufren «ellos», en la japonesa las que suelen sufrir son «ellas», aunque en la historia de Kaoru y Niou se nos muestre también soberbia a la hora de describir unos celos masculinos. De hecho, al centrar su relato en los celos, la autora del *Genji* no hace sino insistir en el tema que más preocupa a todas las escritoras de su época (ya se ha explicado que la literatura en japonés era por aquel entonces cosa de mujeres), del mismo modo que en los tiempos de Jane Austen uno de los temas fundamentales de la novelística de mujeres o para mujeres era la caza de «un buen partido». En el bellissimo relato anónimo conocido como *El diario de una libélula*, una dama Heian, celosa hasta la histeria, se libera mediante la creación literaria de las amarguras que la sociedad de su tiempo le impide manifestar por otros cauces.

Primera época

Diálogo en una tarde de lluvia (A modo de prólogo)

[20]

Tarde de verano lluviosa en el palacio imperial de Heian Kyo, la Ciudad de la Paz y de la Tranquilidad o «de la Luna».

Aposento del príncipe Genji, segundón del emperador, capitán de la guardia y esposo de la hija del ministro de la izquierda.

Genji, en *deshabillé*, lee a la luz de una lámpara de aceite. Encima de un estante se acumulan hojas de papel de colores dobladas con arte delicado, pues sólo al japonés se le ha ocurrido hacer un arte de algo tan prosaico como doblar una hoja de papel. Seguramente son cartas de amor, y algunas conservan todavía restos de perfume.

Aunque aún no ha cumplido quince años, por su apostura y méritos es ya famoso en todo el país, y se le conoce como «Genji, el resplandeciente». El favor que el soberano ha derramado a manos llenas sobre él desde que nació hace que su conducta sea observada con lupa y criticada con más frecuencia de lo deseable. A pesar de ser el yerno de un ministro, la corte no lo tiene por un modelo de fidelidad conyugal, hecho que sus amigos achacan a la extrema frialdad con que siempre lo ha tratado su esposa Aoi, cuatro años mayor que él, perpetuamente encerrada en el palacio que su padre tiene en Sanjo. ^[21]

Entra en la estancia To no Chujo, hermano mayor de su esposa Aoi y, como él, oficial de la guardia imperial. Algo más alto y robusto que Genji y

de rostro hermoso y viril, el recién llegado aventaja a su cuñado en años y experiencia, pero carece de su encanto casi divino.

TO NO CHUJO: *(Señalando las cartas de colores.)* ¿Qué son esos papeles? ¿Una pequeña colección de las cartitas que recibe un día sí y otro también mi querido cuñado? ¿Quién no pagaría por echarles un vistazo? Espero que a mí no me harás pagar... Por algo soy de la familia.

GENJI: Está bien. Pero no las tendrás todas. Te dejaré ver algunas, pero hay otras que preferiría que no vieras...

TO NO CHUJO: Justamente las que más me interesan! Todas las cartas de amor se parecen (lamento decir que suelen ser de una vulgaridad extrema), y he tenido montones en mis manos. De manera que sólo quiero ver las realmente apasionadas, las misivas que ha escrito al anochecer una dama llena de resentimiento por no haber sido visitada en todo el día por su hombre tal como ella esperaba...

Genji coge un puñado de cartas y las pone en manos de su cuñado. Seguramente han sido escritas por damas de poca monta, que nunca llegaron a interesarle de verdad. De lo contrario, no las habría dejado tan a la vista.

TO NO CHUJO: *(Examinando las cartas muy por encima.)* Las hay de todas clases. ¿Quieres que pruebe a adivinar quiénes son las autoras? Aquí hay una cuya caligrafía me resulta extremadamente familiar...

GENJI: *(Riendo.)* Porque la autora también te ha escrito a ti... y a cincuenta más. ¡Quizás a todos los oficiales de la guardia de palacio! No sería la única... ¡Seguro que tu colección de cartas no es inferior a la mía! Cuando me la hayas mostrado, te dejaré ver el resto. De momento me las reservo.

TO NO CHUJO: Mucho me temo que no tienes nada que pueda interesarme. Ocurre con las mujeres como con todo: muy pocas merecen ser puestas en la categoría de «perfectas». Puede parecer triste pero es la única conclusión a la que he llegado después de muchos años de trato. A primera vista todas parecen interesantes. Sus cartas, sus contestaciones a las nuestras..., todo parece indicar que la dama en cuestión es un prodigio de sensibilidad y de cultura. Pero cuando la cosa avanza, ¡qué pocas son

capaces de pasar la prueba definitiva! Todas tienen sus recursos, su repertorio de truquitos para hacernos caer en la trampa... Todas se admiran a ellas mismas como si tuviesen el talento de la gran Ono no Komachi [22] y hablan mal de sus rivales con una grosería que a veces abochorna. Muchas viven guardadas por progenitores que sueñan con un futuro brillante para sus pollitas, y les celebran todas las gracias que son capaces de escribir o pronunciar... Son jóvenes, moninas, afectuosas y despreocupadas, y para no aburrirse empiezan a imitar algún modelo que tienen a mano hasta que acaban aprendiendo mejor o peor alguna técnica o arte menor. Luego, cuando sus amigas hablan de ellas, sólo se refieren a lo favorable, y ensalzan sus habilidades como si de veras fueran algo excepcional... Tampoco puede decirse que mientan descaradamente pero lo cierto es que, cuando empezamos a juzgarlas con nuestros propios ojos, la realidad no tiene nunca nada que ver con lo que la fama nos ha vendido...

A To no Chujo se le escapa un suspiro. Se nota que la experiencia habla por su boca. Genji parece no estar de acuerdo, sonríe y pregunta:

GENJI: ¿Has conocido alguna mujer que no tuviera ninguna gracia?

to no chujo: ¿Quién iba a fijarse en ella? Pienso, además, que hay tan pocas mujeres sin mérito alguno como mujeres perfectas. A mi entender existen tres clases de mujeres: las damas de alcurnia, que todo el mundo alaba haciendo caso omiso de sus defectos, hasta el extremo de que nos parecen seres excepcionales; las de categoría intermedia, sobre las cuales todo el mundo dice lo que quiere, de manera que, para llegar a una conclusión, no nos queda más remedio que perdernos en comparaciones, y las de categoría inferior, que a nadie interesan.

GENJI: Tres clases de mujeres, dices... Tal vez tengas razón, pero no resulta nada fácil establecer las líneas divisorias... Las hay de alta cuna que acaban en burdeles de ínfima categoría. Otras, en cambio, empiezan por lo más bajo para acabar en la cúspide de la sociedad... ¿Dónde las colocarías dentro de tu sistema?

Huyendo de la lluvia, entran por el fondo dos jóvenes tarambanas más: son el oficial de la guardia Una no Kami y el funcionario del ministerio de los ritos Shikibu no Yo, ambos buenos aficionados a las intrigas amorosas y

a la chachara de amigos. To no Chujo les pone al corriente del tema que están debatiendo, y ellos se incorporan de mil amores a la tertulia, con ánimo de enriquecerla mediante sus experiencias personales.

una no kami: Las damas que han alcanzado una categoría elevada no despiertan el mismo interés que las que la ostentan desde la cuna. En cuanto a las que, nacidas en las alturas, la fortuna se ha ensañado con ellas o les falta una protección adecuada, por muy orgullosas que se muestren, siempre acaban poniéndose en evidencia, de modo que yo las colocaría en la clase de en medio. En cuanto a las que pertenecen a la familia de un gobernador de provincias, ^[23] no se las puede considerar en rigor de un rango excelso, lo cual no quiere decir que no tengan su lugar dentro de la sociedad, que variará con arreglo a sus méritos. Las hay dignas de figurar en la lista de cualquier hombre de buen gusto. Yo mismo me inclinaría sin dudarle un instante por una mujer de esta clase, y la preferiría a otras de rango más elevado. Pienso en la hija de un consejero sin categoría de ministro, una muchacha de buena reputación con una familia decente y capaz de vivir sin lujos excesivos. Las damas a que me refiero pueden resultar francamente recomendables... Podría citar unos cuantos nombres, pero prefiero no hacerlo. Cuando se instalan en la corte, son las que acaban acumulando más favores. Conozco muchos casos.

GENJI: *(Sonriendo.)* ¿No sería mejor olvidar las categorías y cortejar muchachas capaces de aportar buenas dotes?

to no chujo: Esa observación no te hace ningún honor.

una no kami: No pongo en duda que la mujer perfecta existe, pero esta clase de damas está fuera del alcance de un hombre humilde como yo. Por ello prefiero colocarlas en una categoría aparte, al margen de la clasificación que nos ocupa. Lo cierto es que existen damitas preciosas pudriéndose detrás de muros cubiertos de enredaderas que ningún jardinero ha podado jamás. Si las conociéramos, tendríamos una gran sorpresa, y todas nuestras clasificaciones se irían al traste. Voy a hablaros de una de ellas. Imaginad a la hija de un padre bobo y gordo, que vive con un par de hermanos carentes de toda educación en una casita que, siendo generosos, podría describirse como vulgar. Pero ella ha ido aprendiendo un poco de

todas partes hasta convertirse en una criatura capaz de hacernos soñar. No es la perfección, pero le sobra encanto. Si os sale al paso una muchacha así, os aseguro que no pasaréis de largo.

Genji empieza a dar cabezadas. Viste una túnica de seda blanca con un *uchiki* de corte encima que no se ha tomado la molestia de ceñirse. Sus compañeros lo observan a hurtadillas —está recostado en un escabel y la linterna ilumina su perfil—, y piensan cuánto lo desearían si fuese mujer, pues ni las más bellas entre las bellas merecen sentarse a su lado.^[24] Vuelve a romper el silencio el oficial de la guardia.

UNA NO KAMI: El problema se plantea a la hora de buscar esposa. Es tan difícil como cuando el emperador quiere nombrar un ministro que cumpla todos los requisitos para el cargo. Y, con todo, el emperador lo tiene más fácil, porque los asuntos de Estado no se ponen en manos de un solo hombre, por más sabio que sea, o de dos o tres, sino de todo un sistema jerárquico en el que el superior se apoya en un inferior y así sucesivamente... Cuando se trata, en cambio, de elegir una consorte para que se haga cargo del gobierno de una casa, todas las virtudes nos han de parecer pocas.

»Todos conocemos muchachas jóvenes y bonitas que saben aparentar que nunca han roto un plato... Cuando escriben cartas, eligen palabras sencillas para no cometer faltas de ortografía o temas inocuos que no las comprometan. Suelen, además, servirse de una tinta pálida que dificulta la lectura. Cuando un hombre va a visitarlas y les pide una respuesta definitiva, le hacen esperar y al fin le sueltan un par de observaciones casi inaudibles. Son maestras en el arte de ocultar sus defectos. Las que parecen más delicadas y femeninas son las que más engañan. Procuramos complacerlas en todo y ellas miran hacia otro lado.

»En cuanto al arte de llevar una casa, hay mujeres que padecen un exceso de sensibilidad, y creen que lo importante es tener siempre en la punta de la lengua una expresión elegante para quedar bien. A veces resulta preferible una mujer de temperamento más frío, menos inclinada a hacer ostentación de sus sentimientos... Por otro lado, ¿qué os parecen las que son excesivamente «domésticas»? Me refiero a las que se pasan el día en casa

yendo de un lado a otro con los cabellos en desorden y sin maquillaje para asegurarse de que todo esté en orden. El marido necesita algo más que un ama de llaves desaliñada. Suele llegar a casa con la cabeza llena de lo que ha visto y oído en la corte o en la calle, por regla general anécdotas públicas o privadas, tristes o divertidas... ¿Ha de verse obligado a hablar de todo ello con un extraño? De ningún modo. Lo que desea es tener a una persona al lado capaz de entenderle. Imaginemos que llega de mal humor porque en la corte ha ocurrido algo que le ha desagradado o herido profundamente... ¿Cómo va abrir su corazón a una mujer de esa clase? Forzosamente se la ha de mirar como a una sirvienta más, de modo que se apartará de ella, furioso o resignado, y guardará su historia o su problema para sí.

»Si se inclina por una muchacha inocente y gentil (una criatura sin experiencia alguna, para entendernos), deberá hacerla educar y mostrarse indulgente con sus faltas. Aunque le parezca insegura, deberá pensar, si no quiere perder la paciencia, que sus esfuerzos se verán recompensados algún día. Cuando esté a su lado, sus encantos le harán olvidar seguramente sus defectos. Pero cuando se encuentre de viaje y le ordene por carta que haga esto o lo otro, por sencillo que parezca el encargo, es muy probable que sea mal ejecutado por falta de experiencia.

»No, mejor dejar de lado rango y belleza... Conformémonos con una mujer que no sea excesivamente exigente ni excéntrica. Elijamos una muchacha tranquila y seria. Si luego resulta que está dotada de algún talento o habilidad poco usuales, considerémoslo un premio inesperado. No perdamos el tiempo corrigiendo sus defectos. Si se muestra mínimamente razonable y no hace disparates, las demás cualidades se darán por añadidura.

»Las hay que parecen la encarnación de la placidez, que ignoran el significado de la palabra "lamentarse", pero que un buen día, sin motivo aparente, desaparecen de su hogar dejando sobre el lecho una nota horrible o un poema extravagante para que su pobre marido se sienta culpable, y huyen a las montañas o a una playa remota. Esas damas pertenecen a la categoría de las «lunáticas». Supongamos que la fugitiva ha abandonado a un esposo que todavía la quiere, y le ha provocado una agonía quizás con la

única intención de ponerle a prueba. Todo ha empezado como una broma, como una farsa... Pero he aquí que luego le sale al paso un alma gemela que le dice, llena de admiración: "¡Qué corazón tienes! ¡Qué profundidad de sentimientos!" Estimulada por tanto elogio, la mujer empieza a tomarse en serio lo que al principio era mera representación, se vuelve lúgubre y solemne y acaba encerrándose en un monasterio como una heroína de novela.

»Cuando el esposo se entera de que su mujer ha ingresado en un monasterio, se deshace en llanto hasta que una ama o una anciana sirvienta se apiadan de él y corren a explicarlo todo a la interesada que ha provocado la catástrofe. Entonces la monja, que ya no recuerda qué ha hecho ni por qué lo ha hecho, levanta la mano para acariciarse los cabellos y descubre con horror que la han rapado al cero... Se desploma al suelo y empieza a llorar amargamente. ¡Todo está perdido! Luego empieza a pensar que hizo mal tomando los hábitos, y ya no puede quitarse de la cabeza esta idea maldita hasta que Buda mismo empieza a juzgarla peor persona que antes de que entrara en religión. Sólo si tiene la suerte de contar con un buen karma gracias a méritos acumulados en vidas anteriores, el marido la encontrará antes de que haya hecho los votos definitivos y podrá dar marcha atrás.

»Luego tenemos las que temen ser engañadas y se pasan la vida espionando a sus maridos. Basta que intuyan en ellos la más mínima predisposición a la infidelidad, aunque no puedan reprocharles ningún acto concreto, para que les monten una escena terrible y declaren a gritos que no quieren volver a verlos. En estos casos hay que tener en cuenta que, por regla general, aunque la imaginación del marido se haya dejado inflamar por otra mujer, el afecto anterior acabará pesando más, y el amor del esposo permanecerá donde siempre estuvo. En cambio, si ella le monta una escena, corre el peligro de abrir un foso entre los dos que ya no volverá a cerrarse. La experiencia enseña que la mujer que es capaz de cerrar los ojos ante algún "salto" de poca importancia, o, si la ofensa es más grave, sabe reprochársela con inteligencia y sin excesiva dureza, será más amada y respetada por su marido que antes de la aventura.

»De todos modos, las que muestran mucha tolerancia o una disposición ilimitada a perdonar, quizás porque confían demasiado en su belleza y buen carácter, tampoco actúan bien porque su indiferencia aparente puede ser interpretada como una falta de sentimientos auténticos y, como dice el refrán, «la barca que no está atada, acaba siendo arrastrada por la corriente».

to no chujo: Se mire por donde se mire, el sentido común, la generosidad y la tolerancia siempre acaban recompensando a la dama que sabe utilizarlos, aunque puedan darse excepciones.

Poco a poco, arrastrados por los recuerdos que el tema tratado despierta en ellos, los interlocutores pasan de lo general a lo particular, y empiezan a contar historias que han vivido o conocen de primera mano para reforzar o contradecir las teorías expuestas. To no Chujo despierta a Genji, que ha dormitado durante las últimas disquisiciones de Una no Kami, y el oficial de la guardia, incapaz de guardar silencio, empieza su

Historia de una mujer celosa

UNA NO KAMI: Sucedió que cuando yo era muy joven, casi un paje, me sentí atraído por una muchacha abnegada, fiel y tirando a feúcha. Llevado por la frivolidad de la juventud, no pensé de momento en convertirla en mi esposa. Era una personita adecuada para visitar de vez en cuando, pero no para consagrarle todas mis atenciones. Tenía a mi alrededor mil cosas que me interesaban mucho más. Pero aquella mujer era celosa hasta la violencia. Ojalá fuese un poco más comprensiva, pensaba yo a veces, y deseaba que se acabaran nuestras continuas peleas. Por otra parte, a veces me extrañaba que se tomara tan en serio un galán de tan poca monta como era yo por aquel entonces, de manera que procuré comportarme mejor y hacerle más caso.

»Por contentarme procuraba hacer cosas que estaban muy por encima de su talento, y pretendía lucirse en habilidades para las que no estaba dotada en absoluto. Hacía cuanto yo le pedía y más, y evitaba contrariar mis deseos por insignificantes que fuesen. Primero la tuve por voluntariosa, pero luego comprobé que era dulce y complaciente, y que si intentaba ocultar sus defectillos, lo hacía para que no la abandonase. En conjunto, era un modelo de devoción, y no habría tenido queja de ella de no haber sido tan extremadamente celosa.

»Pensé que me quería tanto que si le daba a entender que podría acabar dejándola de una vez por todas, quizás se mostraría menos suspicaz y aficionada a los reproches, de modo que adopté una actitud muy fría. Tal

como imaginaba, explotó. Entonces le dije que ni el vínculo que une a unos esposos podría resistir aquella presión, y añadí:

»—Si quieres que tú y yo acabemos así, sigue poniendo en duda mis palabras continuamente. Pero si deseas que pasemos juntos los años que todavía nos esperan, acepta las cosas según se presentan, por difícil que te parezca. Si consigues reprimir tus celos enfermizos, mi amor crecerá. Seguramente obtendré un cargo en alguna provincia y tú me acompañarás.

»El discurso me salió que ni pintado, pero ella se limitó a sonreír, y respondió:

»—No veo razón por la que hayamos de esperar a que obtengas un cargo y te conviertas en una persona importante. La idea de pasar los meses o años que faltan para tu promoción esperando que empieces a comportarte de un modo más responsable no me cabe en la cabeza. Seguramente no te falta razón, y ha llegado la hora de romper definitivamente.

»Estaba furioso, y se lo dije. Ella me contestó en el mismo tono. De pronto, me cogió la mano, y de un mordisco me arrancó un pedacito de dedo. La reñí violentamente, y la dejé para irme a curar la herida jurándole que no me volvería a ver nunca más. A pesar de todo, no era mi intención abandonarla, pero estaba muy ocupado y durante semanas no le envié mensaje alguno. Un anochecer iba a salir de palacio para ir a casa (el fin del año se acercaba y preparábamos el festival de Kamo), pero caía una nevada terrible. Entonces se me ocurrió que el techo más cercano de que disponía era el de aquella dama. No me ilusionaba la idea de dormir solo en palacio, y, si visitaba a alguna «damita sensible», me tocaría congelarme mientras ella admiraba los copos blancos e improvisaba versos, de modo que decidí dirigirme a su casa a comprobar de qué humor estaba. Confiaba en que, al ver cómo se fundía la nieve sobre mi ropa, también se fundiría su resentimiento.

»Entré en su alcoba sin dificultad: una débil luz iluminaba la pared mientras una túnica vieja de seda gruesa se calentaba en un rincón. Las cortinas del lecho estaban abiertas. Se hubiera dicho que me esperaba... Pero ella no estaba. Su sirvienta me dijo que había ido a visitar a sus padres. Entonces mi seguridad masculina se vino abajo. Me inquietaban su silencio

y la ausencia total de cartas y poemas de amor. Llegué a preguntarme si sus ataques de celos no iban dirigidos a que yo me hartase de ella y la dejase, pero descubrí que guardaba algunas prendas de ropa mías, y ello evidenciaba que seguía pensando en mí a pesar del abandono.

»Pese a todo, seguí enviándole mensajes, mientras intentaba convencerme de que la muchacha no tenía el propósito de prescindir de mí. Me contestó: en sus respuestas evitaba lamentarse y parecía no querer herirme, pero se negaba a perdonar mis faltas pasadas. Si yo cambiaba, me decía, estaba dispuesta a ser mi compañera. En un exceso de confianza le hice saber que no era mi intención reformarme ni renunciar a mi independencia. La dama se puso triste, y un día murió de repente. No he dejado de llorarla hasta hoy, porque era una mujer con tantas cualidades que hubiera sido una buena esposa. Era capaz de hablar con la misma soltura de frivolidades y temas profundos, y sabía teñir el brocado con la habilidad de la princesa Tatsuta. [25]

El orador suspira y guarda silencio. Toma la palabra el cuñado de Genji. to no chujo: Tu dolor no me causa extrañeza. Cuando los colores de una ropa no están en armonía con los de la estación —las flores de la primavera y los tonos pardos del otoño, por ejemplo— o resultan poco definidos, nuestros esfuerzos no sirven de nada. Lo mismo ocurre con las mujeres. Todos nos pasamos la vida buscando un ideal inencontrable...

Aunque parezca extraño, el oficial de la guardia vuelve a tomar la palabra para instruirlos con otra de sus aparentemente infinitas experiencias con el sexo opuesto.

Historia de una mujer frívola

UNA NO KAMI: Había otra mujer que yo visitaba por aquella misma época. Era mucho más amable y el colmo del refinamiento. Su caligrafía, sus poemas, su manera de tocar el koto... ^[26] Todo lo que hacía era perfecto. Y, sin embargo, la casa de la celosa se había convertido en mi hogar, y yo sólo acudía a visitar a la otra de vez en cuando y en secreto. Al morir la celosa, mis visitas se hicieron más frecuentes, porque no podemos pasarnos la vida llorando. Al conocerla mejor empecé a pensar que su sensualidad era un tanto agresiva. Finalmente descubrí que era una mujer frívola, y que yo no era su único amante. Dejadme que os cuente en qué circunstancias tuvo lugar esta revelación.

»Una noche de luna llena abandoné la corte en compañía de un amigo. Me dijo que quería pasar por cierta casa donde alguien lo esperaba, y que aquella casa se hallaba precisamente en nuestro camino. A través de las grietas y agujeros del muro pude ver la luna, que brillaba sobre el estanque. Parecía absurdo pasar de largo ante un lugar tan hermoso, de modo que escalé el muro tras él. Resultaba obvio que no era su primera visita a la casa. ¡Ni la mía tampoco! Enseguida reconocí el hogar de mi amiguita de las mil gracias...

»Mi amigo se acercó corriendo a la terraza, se sentó al lado de la puerta y se puso a contemplar la luna. Los crisantemos, aún intocados por la escarcha, estaban preciosos, y las hojas encarnadas, que la brisa otoñal mecía suavemente, eran una maravilla. Mi amigo desenfundó su flauta, y se

puso a tocar y después a cantar «El pozo de Asuka» y otras melodías. No hube de esperar mucho: muy pronto nos llegó el son de un koto de seis cuerdas que acompañaba a la flauta. Parecía recién afinado y a punto para el dúo que estaba sonando. Mi amigo se lanzó a la ventana. Cogió un crisantemo, y lo introdujo por debajo de la persiana, recitando:

—Me sorprende que la música del koto,
las flores y los rayos de la luna no hayan
atraído otros pies a esta casa.

»La dama le contestó en el mismo tono de buen humor:

—Si el viento invernal ahoga el rumor de
las hojas secas, ¿tendré que borrar el son de
la flauta que acompaña los vientos?

»Ignorando que yo estaba cerca, la dama cambió el koto japonés de seis cuerdas por el chino de trece, y empezó a tocar arpeggios. Aunque reconocía el talento de la muchacha, me sentía rabioso. Resulta divertido intercambiar chistes y frases ingeniosas con una dama frívola de vez en cuando, y siempre que las cosas no vayan demasiado lejos. Pero en aquel caso *las cosas habían ido demasiado lejos*, de manera que nunca más volví a visitarla.

»Esas dos historias que acabo de relatar (las más significativas que me han sucedido hasta hoy) me han enseñado a esperar poco del sexo opuesto. Luego mi opinión sobre las mujeres no ha hecho sino empeorar. A vuestra tierna edad por fuerza hallaréis deliciosas *esas gotitas de rocío que se desprenden de las hierbas cuando las tocamos* o *esos brillantes copitos de nieve que se funden en la palma de la mano que los sostiene*. Y, sin embargo, tarde o temprano me daréis la razón. Haced caso, pues, de mi consejo de experto, y os ahorraréis muchas desilusiones. Por lo que más queráis, no os fiéis de las zalameras, porque si cedéis ante sus caricias y halagos, acabarán por poneros en ridículo a los ojos del mundo, y lo lamentaréis el resto de vuestras vidas.

El orador se dirige ahora a Genji, el más joven de los cuatro, como un maestro a su discípulo.

UNA NO KAMI: Todavía te faltan siete años para alcanzar mi edad. Si no te sabe mal escuchar el consejo de un hombre experimentado, hazme caso y evita las mujeres frívolas. Más pronto o más tarde acaban poniendo en ridículo a los hombres que las han servido.

Genji sonrío. To no Chujo asiente una vez más, y toma la palabra.

Historia de una mujer enigmática

TO NO CHUJO: Dejad que os cuente la historia de una mujer muy rara que conocí hace algún tiempo. La visitaba en secreto pensando que la aventura no había de durar, pero era muy hermosa, y con el paso de los meses decidí que la seguiría visitando, aunque con menos asiduidad. Como era huérfana, y un día me confesó que yo era todo lo que tenía en este mundo, llegué a creer que dependía de mí y que acabaría por mostrarse celosa.

Y, sin embargo, nunca mostraba el resentimiento propio de las damas que se visitan de ciento a viento. Mi interés por ella aumentó, quizás porque me enteré de que había otro hombre al que también interesaba, y que estaba dispuesto a todo por hacerla suya. Lo cierto es que me resultaba profundamente atractiva.

»Siempre estaba contenta, aunque a veces pasara yo semanas sin visitarla. Luego me enteré de que había sufrido mucho, porque mi esposa, que se había enterado de la historia, le había enviado mensajes para asustarla. Estuve mucho tiempo sin decirle nada, aunque no conseguía quitármela de la cabeza. Parece que la mujer estaba muy sola y desesperada. Había dado a luz una niña que la llenaba de congojas, y un día me envió una carta acompañada de un clavel silvestre.

Tiembla la voz de To no Chujo, y su cuñado le interrumpe.

GENJI: ¿Y qué te decía?

TO NO CHUJO: Nada en especial. Pero recuerdo su poema:

«Aunque la cerca del campesino se pudra
y se deshaga, no dejes de regar suavemente,
roció, el clavel silvestre.»

»Fui a verla y hablamos de todo sin tapujos, pero ella parecía pensativa mientras contemplaba el jardín de su casa destartada. Me pareció que había estado llorando: «uniendo sus quejas al canto de los insectos de otoño», como diría una novela anticuada. Me atreví a murmurar un poema:

»No quisiera pisar negligentemente ni
una sola flor del húmedo bosque, pero
ninguna me resulta más cara que el clavel
silvestre.

»Al citar el clavel silvestre, ella pensaba en su hija y yo en ella misma. Me contestó con estos versos:

»El rocío humedece la manga que
acaricia el clavel silvestre, pero sopla el
vendaval porque se acerca el otoño.

»Habló plácidamente, como si no estuviera enfadada. De vez en cuando dejaba caer una lágrima, pero parecía avergonzarse de su propio llanto y querer evitar una escena. La dejé, reconfortado, y, una vez más, pasé mucho tiempo sin visitarla. Pero cuando quise verla de nuevo, había desaparecido sin dejar rastro. Si vive aún, seguro que es muy desgraciada. ^[27] Todo habría sido muy distinto si en el tiempo que pasamos juntos se hubiese mostrado más sincera. Nunca debió tolerar mis ausencias, y yo me hubiese ocupado de ella y de su hija sin regatearles nada. Era una criatura preciosa, y ha desaparecido junto con su madre.

»He aquí un ejemplo perfecto de las mujeres del tipo «enigmático», que son incapaces de exteriorizar sus celos. Nunca tuve la intención de abandonarla. Solamente ahora empiezo a olvidarla... El mundo es así... ¿Dónde hallar una mujer libre de defectos y con todas las virtudes

imaginables? Seguramente la solución consistiría en casarse con la diosa Kichiyo, aunque casarse con divinidades conlleva sus riesgos.

Todos ríen a carcajadas la ocurrencia del orador. To no Chujo se dirige al joven funcionario del ministerio de los ritos, que no ha contado nada todavía, y le anima a hacerlo:

TO NO CHUJO: Vamos, amigo, cuéntanos algo... ¡No puede ser que no hayas tenido ni una sola aventurilla en toda tu vida! No me dirás que acabas de caer de la luna...

SHIKIBU NO YO: Sinceramente, no puedo competir con vuestros historiales en materia de galantería... Mis experiencias os aburrirían...

Pero To no Chujo está empeñado en hacerle hablar, y deja caer que «quizás las aficiones del funcionario de los ritos van por otros caminos». Ante la maliciosa insinuación del oficial, el interpelado se siente obligado a reivindicar su hombría y lo hace con la

Historia de una marisabidilla

SHIKIBU NOYO: Dadme tiempo para que piense un poco... En mis tiempos de estudiante conocí a una mujer muy inteligente y culta. Su erudición hubiese hecho palidecer de envidia al hombre más sabio, pues era muy capaz de aconsejar en cuestiones de estado, y con ello no quiero insinuar que no dominara las privadas... En cuanto a mí, me sentía incapaz de articular palabra en su presencia.

»Por aquel entonces yo estudiaba bajo la tutela de un profesor eminente que tenía un montón de hijas, y este portento era una de ellas. Cuando el hombre supo que nos conocíamos, hizo sacar las copas que se utilizan para el rito nupcial, llenó de vino una de ellas, y me la ofreció mientras citaba un poema chino que alaba los méritos de una esposa pobre. Aunque no podía afirmarse que yo estuviera enamorado de la chica, me había aficionado a ella y respetaba mucho a su padre. La muchacha me distinguía con mil atenciones y aprendí mucho a su lado. Sus cartas mostraban una lucidez ejemplar, y estaban escritas en un chino perfecto. ¡Le parecía una vulgaridad escribir en japonés! Me costaba decidirme a abandonarla, porque gracias a su ayuda era capaz de traducir mis trabajos a un chino pasable... No quería parecer ingrato, pero la idea de ser perpetuamente inferior a tu esposa no puede entusiasmar a nadie... ¡Y yo era un auténtico ignorante! ¿Qué podía hacerse con aquella mujer? Intuía que me había embarcado en una relación estúpida, y, sin embargo, era incapaz de cortarla como si ya hubiésemos estado unidos en una vida anterior.

»Cierta día me presenté en su casa. Hacía tiempo que no la visitaba, y se empeñó en recibirme detrás de un *kichó*. Primero pensé que quería castigarme y me pareció una idea absurda. Con todo, si iba a mostrarse tan mezquina, tal vez me daría pie a abandonarla de una vez por todas. Pero me equivocaba. No era de las celosas porque estaba de vuelta de todo. En pocas palabras: empezó a explicarme (resumo lo que dijo porque el discurso de la dama fue muy largo y enrevesado) que había estado enferma durante semanas, había tomado un cordial preparado con ajo, y tenía muy mal aliento. Esa era la razón del *kichó*. Si quería decirle algo importante, estaba dispuesta a escucharme. No se me ocurrió nada, y me despedí con un «quedo a tu servicio» de compromiso. Entonces soltó un grito, y añadió: «En cuanto me haya librado de este hedor, podemos volver a vernos».

«Parecía cruel echar a correr, pero la situación no prometía nada bueno. Mientras me iba, compuse un poema:

»La araña te había anunciado mi visita.
¿Por qué pretendes que acuda a hacer
compañía al ajo pasado mañana? [28]

»Y no volví a acercarme a ella. Así se acaba mi historia. Ya veis que no es gran cosa.

una no kami: Si de mujeres se trata (y lo mismo podría afirmarse de los hombres), no hay nada peor que la que, con cuatro conocimientos auestas, pretende lucirlos a todas horas. Nunca tuve por recomendable una mujer empapada de las Tres Historias y los Cinco Clásicos, aunque he de confesar que la ausencia total de cultura tampoco me atrae. Una mujer sensata y despierta puede saber y entender muchas cosas aunque no sea una erudita. ¡Las hay que emborronan sus cartas con letras chinas hasta el extremo de que parecen escritas por un hombre!

Me temo que entre las damas de primer rango de nuestra corte encontraréis más de dos y más de tres de esta clase...

»Luego están las que se creen poetas, y aprenden de memoria antologías enteras... Cuando redactan sus cartitas, son incapaces de escribir una frase sin aludir a los clásicos, vengan o no a cuento. Y lo peor del caso es que

esperan que el que les contesta haga lo mismo. He aquí que el día de la Fiesta de los Iris el hombre ha de ir a la corte y, ocupada su mente por otros cuidados, no piensa en la flor homenajeada, pero ella le hace llegar una misiva llena de sutiles referencias a la *raíz incomparable* o, si se acerca la Fiesta de los Crisantemos, al *rocío que cae sobre los crisantemos...* Poemas que, en otra ocasión, podrían parecer graciosos o emotivos, resultan fuera de lugar, y sólo provocan la risa. La mujer que versifica en momentos poco oportunos no es persona de buen gusto. Las listas se fingen más ignorantes de lo que son, y dicen la mitad de lo que podrían decir...

Mientras el oficial discursa, Genji sólo tiene una dama en el pensamiento: su recuerdo le embarga el alma como una obsesión enfermiza. Posee todas las gracias, se dice, y ningún defecto de los que acaban de criticar. Y sabe que puede tener a cuantas desee, pero aquélla, precisamente aquella mujer que no puede apartar de su cabeza, nunca será suya.

**Primera parte EL PRÍNCIPE
RESPLANDECIENTE**

Capítulo 1 Kiritsubo

I

En la corte de cierto emperador, cuyo nombre y año en que subió al trono omitiré, vivía una dama que, aun sin pertenecer a los rangos superiores de la nobleza, había cautivado a su señor hasta el extremo de convertirse en su favorita indiscutida. Como es natural, su posición de privilegio en el corazón del soberano le ganó muy pronto la enemistad y el desprecio de otras damas de mayor categoría que le reprochaban haber hecho añicos esas aspiraciones y sueños de poder que ninguna dama de la corte confesaría nunca, aunque casi todas los tengan. No le mostraban más simpatía sus antiguas compañeras de rangos inferiores, pues, al verla tan por encima de ellas, se sentían profundamente humilladas.

La infeliz dama, expuesta a celos y malquerencias de todo tipo y objeto constante de los agravios más mezquinos, acabó cayendo enferma y se convirtió en una criatura triste y melancólica que pasaba más tiempo en su casa que en palacio. Con todo, el emperador nunca le reprochó que hubiera dejado de ser la muchacha sana y alegre que le había cautivado, y cada día que pasaba le demostraba mayor ternura y afecto. Eran muchos los que le reprochaban su conducta insensata, pero el soberano no les hacía ningún caso. Poco a poco la pasión imperial se convirtió en tema favorito de todas las conversaciones. Comentaban que, en China, una historia muy parecida

acabó provocando rebeliones y desastres, y se la comparaba en voz baja con la infortunada Yang-Kuei-Fei. [29]

Su padre, un consejero imperial, había muerto, pero su madre, que siempre tuvo muy presente la importancia de su marido, consiguió darle una educación tan exquisita como la de las hijas de padres vivos y pudientes. Hubiera hecho cualquier cosa por contar con un protector influyente en la corte capaz de interesarse por la muchacha, pero la pobre mujer estaba sola, y, cuando llegaban a sus oídos las humillaciones que había de sufrir su hija por culpa de sus rivales, lamentaba amargamente carecer de un valedor adecuado.

Llegado el momento, la joven favorita regaló al emperador (quizás porque en una vida anterior ya habían estado unidos de algún modo) un príncipe hermosísimo. La costumbre dictaba que el padre debía aguardar algunas semanas hasta ver al recién nacido: el soberano pasó este tiempo sobre ascuas, y, cuando la criatura fue finalmente presentada a la corte, pudo comprobar que los rumores no habían exagerado un ápice la belleza de su retoño. Amando a la madre como la amaba, recibió al niño como un tesoro muy especial que le pertenecía exclusivamente a él.

La madre, de rango intermedio, no estaba obligada a atender al emperador personalmente como otras de menor categoría, de modo que el hombre se empeñó en tenerla siempre a su lado, e incluso exigía su presencia en fiestas improvisadas que se celebraban de noche y en las que se cantaba y tocaba en su honor. A veces dormían juntos hasta muy entrado el día, y ni siquiera entonces la dejaba marchar con gran escándalo de la corte, que acusaba a la muchacha de falta de modestia. El nacimiento del niño había reforzado su posición de favorita indiscutible del soberano. No es de extrañar, pues, que Kokiden, hija del ministro de la derecha, esposa principal del emperador y madre del primogénito, empezara a temer que el niño que acababa de llegar sería nombrado sucesor de la corona si ella no tomaba medidas drásticas. Confiaba en que todavía estaba muy por encima de su rival: contaba con el apoyo de su influyente familia, había entrado en palacio mucho antes y había dado numerosa descendencia al soberano, el cual no podía permitirse el lujo de ignorarla. Los detractores de la nueva

favorita, en cambio, eran legión y estaban continuamente al acecho de la falta más leve para acusarla. Tarde o temprano la muchacha cometería fatalmente algún error irreparable que provocaría un alud de acusaciones y entonces, ¿quién iba a defenderla?

La favorita vivía en el pabellón que llamaban «de las paulonias». ^[30] De ahí que se la conociera como Kiritsubo. Para llegar a su habitación el emperador debía atravesar una serie de aposentos asignados a otras damas, pero este pequeño inconveniente no impedía que la visitara con frecuencia ni que ella acudiera a su lado siempre que tenía ganas de estar con él. Los paseos continuos en uno u otro sentido generaban resentimiento entre las damas afectadas en su intimidad, y ellas se vengaban sembrando de basura el suelo de corredores y estancias para que las ropas de la favorita y sus sirvientas se mancharan. Como los escarnios y humillaciones que había de sufrir no hacían sino aumentar con el paso de los días, el emperador se negó a soportarlo por más tiempo, y desalojó a una dama que ocupaba un aposento contiguo al suyo para asignarlo a Kiritsubo.

Cuando el príncipe cumplió tres años, el Tesoro imperial no ahorró nada para que la fiesta de sus primeras calzas ^[31] resultase tan fastuosa como la que en su día se celebrara en honor del heredero aparente. Una vez más muchos lo criticaron con dureza, pero como, a medida que se iba haciendo mayor, su hermosura y virtudes no hacían sino aumentar, nadie osaba detestarlo ni criticarlo públicamente. Incluso los hombres más inteligentes estaban asombrados de que en unos tiempos tan degenerados ^[32] hubiese nacido una criatura tan extraordinaria.

A principios de verano Kiritsubo pidió licencia para marchar a su casa porque, decía, su salud era mala, pero el emperador se resistía a separarse de ella. No era la primera vez que la dama se quejaba de achaques e indisposiciones, de modo que el hombre, que la tenía por un poco hipocondríaca, le rogó que permaneciera a su lado hasta que se aclararan los síntomas de su enfermedad. Pero la muchacha no hizo sino empeorar, y tanto insistió su madre para que la dejaran marchar, que el emperador acabó cediendo.

Temiendo ser víctima de nuevas humillaciones, la dama decidió irse sin ceremonia alguna y dejar al niño en palacio. Todo en esta vida tiene su fin, pero el emperador no permitió que la persona que más quería en la tierra se fuera sin despedirse, y corrió a su lado. Aquella criatura que fue tan bella estaba tan delgada y mustia que daba lástima. Cuando trató de participarle sus tristes pensamientos, el murmullo a que había quedado reducida su voz resultó prácticamente inaudible. El emperador

estaba desesperado, y en su corazón de amante el recuerdo de pasadas alegrías se mezclaba con los peores augurios sobre el futuro que les esperaba. Lloraba como el caño de una fuente, y le juró mil veces amor eterno sin obtener respuesta. ¿Vivía aún o ya había muerto aquella figurilla pálida y extenuada que parecía ajena a cuanto pasaba a su alrededor? El emperador ordenó que se le concediera el honor de una litera y cuatro portadores para el traslado, pero, en cuanto todo estuvo ya a punto para el viaje, volvió una vez más al aposento de la dama.

—Nos juramos que recorreríamos juntos el camino que a todos nos espera —le dijo, incapaz de resignarse a la separación definitiva—. No puedes dejarme atrás, amada mía.

Kiritsubo le miró con tristeza y le contestó, improvisando unos versos:

—Si hubiese imaginado que las cosas sucederían así...

»Te dejo porque me toca seguir el camino
de todos. Si tuviera elección, no sería éste el
camino elegido.

Hubiese querido añadir muchas cosas, pero se sentía tan débil que apenas fue capaz de decir lo que dijo. El emperador seguía reacio a la partida, hasta que llegó un mensaje de la madre exigiendo que se apresuraran. «Hemos convocado sacerdotes ilustres para que se encarguen de las plegarias», escribía, «y deben empezar esta misma noche». A la vista del mensaje, el hombre se rindió y dio su licencia para la marcha, desconsolado, pero no pegó ojo en toda la noche por culpa del dolor.

Al alba, angustiado e impaciente, le faltó tiempo para enviar un mensajero a casa de la dama. Cuando llegó, se encontró con la mansión

llena de lágrimas y suspiros: la enferma había expirado poco después de la medianoche. Al conocer la terrible noticia el emperador se encerró en sus aposentos. Hubiese deseado conservar el niño a su lado, pero no podía ser: la costumbre exigía que estuviera presente en el entierro de su madre. La pobre criatura era incapaz de entender lo sucedido y contemplaba, desconcertada, el llanto de su padre, de cortesanos y servidores: a pesar de su tierna edad, intuía que había ocurrido algo terrible.

Tomáronse medidas para el funeral. La madre no se cansaba de repetir cuánto hubiera deseado que el humo de su cuerpo subiera al cielo mezclado con el de su hija. Iba en el mismo coche que las damas de la corte que habían acudido para la ceremonia fúnebre. La incineración se celebró con la máxima solemnidad en la cima del monte Otaki, al este de la capital. La pobre mujer no apartaba los ojos del cadáver de su hija y se negaba a aceptar su muerte mientras las damas hacían todo lo que estaba en su mano para consolarla.

Un mensaje de palacio les anunció que la difunta había sido elevada al tercer rango. Un pregonero especial se encargó de leer públicamente el decreto. El caso es que el emperador, incapaz de perdonarse su falta de coraje en vida de la dama, pues no osó proclamarla oficialmente emperatriz, quiso compensarla elevándola de rango dentro de la jerarquía cortesana. Una vez más fueron muchos los que le criticaron, pero otros, más sensibles, admitían que la infortunada dama fue en vida un ser realmente excepcional, y no sólo por su belleza, sino por su sencillez, discreción y afabilidad, y se alegraron profundamente de la medida que se acababa de tomar. Sólo el amor excesivo del emperador, que enviaba sin parar ofrendas para los servicios fúnebres, y la mezquindad del corazón humano explicaban que hubiese sido tan detestada. A pesar de todo, había una dama que mantenía incólume su malquerencia contra la muerta: la implacable Kokiden, primera consorte del soberano.

—¡Qué vergüenza! —se quejaba la madre del primogénito—. ¿Quién hubiese dicho que su enamoramiento iba a durar tanto?

Llegó el equinoccio de otoño, y los atardeceres empezaron a refrescar. Hundido todavía en su dolor, el soberano, que no había dejado en ningún

momento de enviar mensajeros para seguir de cerca los progresos de su hijo, mandó una carta a la madre de su favorita por medio de Myobu, una mujer de rango intermedio, hija de un oficial de la guardia. La envió una bellísima noche de luna que había llenado su corazón de recuerdos. En noches como aquella, los dos enamorados solían tocar el koto alternándose en las cuerdas. El koto de la muerta sonaba de un modo distinto al de todos los kotos que había escuchado a lo largo de su vida, y, cuando ella dejaba de tocar para hablarle, también su voz estaba llena de resonancias incomparables. Todo en ella resultaba excepcional: su rostro, su voz, sus maneras... por más que ahora aquellos méritos no tuvieran ya *más sustancia que la de un luminoso sueño*,^[33] como escribiera el poeta.

Cuando Myobu llegó a casa de la abuela y su coche atravesó el portal, ¡qué lugar más solitario le esperaba! La mujer era viuda desde hacía relativamente poco tiempo, y, aunque vivía retirada, procuró siempre mantener su casa presentable para que su hija no tuviera que avergonzarse de los suyos. Pero después de su muerte la desolación se había adueñado del lugar y el jardín era una selva de raíces y malas hierbas en el que los vientos de otoño amenazaban paredes y puertas. Sólo los rayos de la luna llena se abrían paso entre tanta ruina.

Cuando Myobu se apeó del coche, la anciana no supo qué decirle.

—¡Mi vida ha durado demasiado! —se excusó—. Cuando pienso que una mensajera imperial como tú se ha visto obligada a abrirse camino entre los hierbajos que casi imposibilitan el acceso a mi casa, se me cae la cara de vergüenza.

—Una dama de la corte que te visitó hace poco —le contestó Myobu— nos contó que, de no haberlo visto con sus propios ojos, no habría dado crédito a tu triste situación. No soy persona de poco carácter, y me cuesta retener las lágrimas ante tanta soledad...

Hizo una pausa y pasó a recitar el mensaje del soberano.

—El emperador ha declarado que en los últimos tiempos su vida ha sido sólo una pesadilla, un mal sueño que teme no ha de acabar ya nunca. Su único anhelo es contar con alguien a su lado que le permita compartir su dolor... Si tú estuvieras dispuesta a trasladarte a palacio, te lo agradecería

muchísimo. Con el niño, claro está. La idea de que su hijo está creciendo en esta casa desolada le resulta insoportable. Os suplica que vayáis a la corte cuanto antes: he aquí lo que ha dicho, suspirando como un moribundo, nuestro emperador.

—Veo muy mal —dijo la madre—, pero déjame su carta.

En la carta halló por escrito la misma petición que acababa de oír. Al final el emperador había escrito un poema, pero los ojos arrasados en lágrimas de la anciana casi no se lo dejaban leer:

«Al escuchar la canción del viento que
esparce el rocío sobre la llanura de Myagi,
pienso en los tiernos tréboles de los
pantanos.»^[34]

—Dile al emperador —contestó la abuela tras reflexionar un poco— que mi larga vida ha sido una prueba muy dura. *Avergonzada ante los pinos de Takasago*, como dice el poeta, no quisiera ahora ser vista en la corte, de modo que, por mucho que me lo pida, no aceptaré. En cuanto al niño, no sé qué quiere hacer. Parece que está impaciente por regresar. Me temo que pesa sobre mí una maldición ganada en una vida anterior, y que sería terrible querer mantener al niño a mi lado a toda costa. Cuéntale lo que te he dicho al emperador.

—Me hubiese gustado verlo pero me han dicho que duerme —dijo Myobu, mientras se levantaba para irse—. Y no puedo demorarme porque su padre me está esperando y ya es muy tarde.

—Ven a visitarme siempre que puedas. Un poco de conversación arrojará un rayo de luz *sobre este corazón perdido en las tinieblas...* El destino no se ha mostrado muy clemente con nosotros. Todas nuestras esperanzas descansaban sobre nuestra hija desde el día que nació. Su padre no paraba de repetir que había que enviarla a palacio, y que, si él moría antes, ésta era su última voluntad. Yo sabía perfectamente que, faltándole a mi hija una protección adecuada, hubiese sido más feliz por otros medios, pero no podía pasar por alto mis promesas, y acabé haciendo lo que mi esposo quería. Aunque contaba con el favor imperial, la muchacha hubo de

sufrir insultos y groserías que muy pocas damas hubiesen tolerado. Pero ella aguantó hasta que la tensión constante y el resentimiento acabaron por romperla. ¡Ojalá el emperador no se hubiese fijado nunca en ella!

El llanto no la dejó proseguir. La luna empezaba a ocultarse tras las montañas. El aire era transparente como el cristal y la brisa fresca y el canto de los insectos entre las matas hubiesen hecho llorar al hombre más alegre. Myobu se despidió con un poema:

—La noche de otoño es demasiado breve
para contener todas mis lágrimas por más que
el canto de grillo insista en romper el
silencio.

Era un poema de despedida al que contestó la abuela con otro:

—Triste es el canto de los insectos entre
las cañas, pero más triste resulta todavía el
rocío que cae de las nubes.

Aunque no parecía ocasión para regalos, la madre entregó a la dama vestidos, peines y adornos que habían pertenecido a su hija para que los hiciera llegar al emperador. Las mujeres que habían acompañado al príncipe todavía lloraban a su madre, pero echaban de menos la vida en la corte, de modo que insistieron en que se plegara a la invitación del emperador. Todo fue en vano: la anciana había decidido quedarse en su casa aunque la idea de perder de vista a su nieto le partía el corazón.

Cuando Myobu llegó a palacio, el emperador la estaba esperando en el jardincillo que había hecho plantar delante de sus aposentos y que ya lucía los colores gloriosos del otoño. Se entretenía conversando con cuatro o cinco damas, las más discretas y sensibles de su entorno. Le gustaba admirar en su compañía las ilustraciones que el emperador Uda había encargado para *La canción del dolor infinito* ^[35] y leer los poemas de Ise, Tsurayuki y algunos literatos chinos sobre la historia de Yang-Kuei-Fei. Comparaban su legendaria belleza con el loto del Estanque Sublime y los sauces del Palacio Eterno, pero cuando él trató de evocar a la dama que

había perdido, no halló flor ni canto de ave comparables a sus encantos. Sólo recordaba cómo, noche tras noche, se leían el uno al otro dos versos de *La canción del dolor infinito* que parecían escritos para ellos:

«En el cielo, como dos pájaros que comparten una misma ala. En la tierra, como dos árboles que comparten una misma rama.»

¡Vanas promesas que acabaron convertidas en mera ilusión!

Después de oír la narración de Myobu, el hombre cogió la carta de la abuela del príncipe, que acababa con un poema comparando al niño con una flor que había perdido la protección del árbol que la cobijaba por culpa del huracán. Esta pobre mujer se explica de una forma muy extraña, pensó el soberano, sin querer entender que aquel árbol incapaz de proteger a la flor era seguramente él mismo.

—Muy bien... Que haga lo que quiera... —concluyó con un profundo suspiro—. Tal vez algún día, si desea ver al chico...

Luego pasó a examinar los regalos que le había traído Myobu, y deseó con toda su alma —¡imposible deseo!— que un mago le trajese un peine desde el país en que habitaba su amor, tal como le ocurrió al emperador de China. Con los ojos clavados en el rollo pintado, murmuró:

—¿No hay ningún brujo que quiera hacerme feliz y me haga saber dónde se encuentra ahora el espíritu de mi amor?

Mientras, el bordoneo de los insectos y los gemidos del viento no hacían sino estimular su dolor. No ocurría lo mismo en los aposentos de Kokiden. Como la noche de luna era tan hermosa, ordenó que tocaran música, pero el emperador, sintiéndose injuriado, mandó hacerle saber que, en aquellas circunstancias, le parecía una idea de mal gusto. Kokiden tenía un carácter arrogante, y, con su capricho, sólo pretendía dejar bien patente que el dolor del emperador no la afectaba lo más mínimo.

La luna desapareció del cielo y el aceite de las lámparas se consumió hasta la última gota. Pero el emperador se sentía incapaz de acostarse, y,

con su amada y su hijo en la cabeza, escribió este poema:

«Las lágrimas hacen empalidecer la luna,
incluso encima de las nubes. Pálido es, por
tanto, su reflejo entre los juncos del
estanque.»

Oyó el ruido del cambio de guardia: era la hora del Toro. ^[36] Al fin se encerró en su dormitorio pero no durmió en toda la noche y se levantó antes del alba. No probó el desayuno, y cuando los criados le preguntaron qué quería para comer, los echó a gritos. Pero no todos sus súbditos le compadecían: unos afirmaban que era una cuestión de su karma y otros recordaban, una vez más, que en la lejana China una actitud absurda como la suya había resultado funesta para el país.

Pasaron los meses y el príncipe regresó a palacio. Era un mocito tan bello que no parecía una criatura de este mundo. ¡Tanta hermosura tenía que ser forzosamente efímera! Cuando en la primavera del año siguiente llegó la hora de designar heredero para el trono, el emperador estaba empeinado en pasar por alto al primogénito y elegir a Genji, aunque la familia de este último carecía de toda influencia. Pero sus consejeros le hicieron ver que la decisión que se proponía tomar era muy peligrosa: un exceso de favores podía perder al muchacho del mismo modo que había perdido a su madre. El emperador optó de momento por guardar silencio, y la corte pensó que su afecto tenía un límite. Incluso la suspicaz Kokiden se tranquilizó.

La abuela permaneció inconsolable hasta que el cielo escuchó sus plegarias y la dejó morir. Para entonces Genji tenía ya seis años y la lloró mucho: nunca dejó de recordar lo que había visto durante las visitas que hiciera a aquella pobre mujer que tanto le amó. Vivía en la corte, y al cumplir los siete años protagonizó la ceremonia de la lectura de los clásicos chinos. Los que estuvieron presentes declararon que nunca nadie lo había hecho con tanta competencia. El emperador volvió a asustarse: ¿cuánto tiempo permanecería en la tierra aquel prodigio?

Un día decidió llevarlo a los aposentos de su primera consorte, pensando que, al ser huérfano de madre, la mujer ya no tenía motivos para

odiarlo.

—Espero que te muestres afectuosa con él —dijo a Kokiden, y se retiró.

El más feroz de los guerreros o el más implacable de los enemigos no hubieran podido reprimir una sonrisa al contemplar al príncipe, y Kokiden también se rindió a su fascinación.

Pronto se aficionó tanto a su compañía que no le dejaba partir. Tenía dos hijas, pero no se le podían comparar en belleza. Además, el joven no sólo dominaba los clásicos y todas las ciencias a su alcance sino que era un auténtico maestro en el arte de tocar el koto y la flauta. Si quisiera glosar todos y cada uno de sus méritos, el lector llegaría a la conclusión de que pretendo engañarle o de que me estoy excediendo en adulaciones. Las damas que acompañaban a Kokiden solían sentarse a su alrededor para admirarlo y divertirlo, y no se avergonzaban de mostrar sus rostros aun sabiendo que no podían rivalizar con el del joven príncipe.

Un día llegó a la capital una misión diplomática de Corea. Cuando el emperador se enteró de que entre sus miembros había un fisonomista ilustre, quiso consultarlo, pero como un decreto del emperador Uda prohibía recibir extranjeros en el palacio real, envió a su hijo al pabellón del sur de la ciudad donde se alojaban los emisarios coreanos. Lo hizo presentar como un hijo de un cortesano principal, el gran moderador. El sabio coreano lo examinó detenidamente, lleno de admiración, y dijo en voz baja como hablando consigo mismo:

—Tiene el rostro de quien ha sido elegido para llegar a lo más alto y ser padre de la nación. Pero si esto llegase a ocurrir, sería el origen de infinitas desgracias. Por otro lado, no descubro en él los rasgos de un ministro...

Aunque el soberano procuró que aquella historia se mantuviera en secreto, algo trascendió de ella. El ministro de la derecha, padre de Kokiden y abuelo del primogénito, tuvo conocimiento del juicio del fisonomista coreano y su natural inquietud aumentó. Pero el emperador ya había hecho examinar los rasgos fisonómicos de su hijo por adivinos japoneses, y el de Corea no había hecho sino darles la razón. Para acabar de asegurarse, hizo llamar a un fisonomista hindú, que coincidió en todo con los demás. Finalmente el padre se decidió: al carecer el niño de valedores por el lado

materno, nombrarle heredero aparente hubiese supuesto exponerlo a peligros innecesarios, porque el soberano no sabía cuánto tiempo duraría su propio reinado. En cambio, el muchacho podía prestar servicios muy valiosos al país como cortesano y funcionario de alto rango. De momento, se limitó a animarle para que perseverara en sus estudios, en los que siempre había destacado muy por encima de sus compañeros. El príncipe sería, pues, sólo un cortesano de alto rango y se llamaría Minamoto o Genji.

II

Pasaron los meses y los años, y el emperador seguía sin resignarse a la pérdida de su gran amor. Se rodeó de damas para que le consolasen, pero parecía locura pretender que existiera otra mujer en el mundo comparable a la madre infortunada de Genji, y el hombre pasaba la vida hundido en sus recuerdos sin interesarse por nada. Un día le hablaron de la Cuarta Princesa, hija de un emperador difunto, dama famosa por su belleza excepcional y por haber sido educada con infinitos cuidados por su madre, una emperatriz jubilada. Cierta azafata de la corte que servía al soberano había estado muy ligada a la princesa en tiempos de su antecesor cuando todavía era una niña, e iba a visitarla de vez en cuando.

—He vivido en la corte durante el reinado de tres emperadores —le dijo—, y aún no he conocido a nadie capaz de rivalizar con la dama difunta. Pero ahora que la hija de la emperatriz se ha convertido en una mujer, lo cierto es que se le parece muchísimo. No sé de ninguna otra que la supere en méritos.

Tanto insistió que el soberano acabó pidiendo que le enviaran la princesa a la corte. Su madre se oponía, temerosa de las consecuencias.

—Recordad —decía— que la madre del príncipe heredero es una mujer de muy mal carácter que hizo sufrir mucho a la dama del pabellón de las paulonias. Puede decirse que la mortificó hasta matarla.

Pero cuando la madre hubo muerto, y la Cuarta Princesa se quedó sola en el mundo, el emperador reiteró su solicitud y prometió a la familia que, una vez en palacio, la princesa sería tratada como una de sus hijas.

A la vista de tanta insistencia, los parientes maternos de la dama y su hermano, el príncipe Hyobu, se reunieron para tomar una decisión. La conclusión a la que llegaron fue que era preferible enviar a la muchacha a la corte que obligarla a quedarse en casa hasta que su esplendor se agostase. De modo que la enviaron al palacio imperial. La llamaban Fujitsubo porque fue instalada en el pabellón de las glicinias.^[37] Tal como habían comentado al emperador, se parecía mucho a la difunta, pero, como pertenecía a un linaje mucho más elevado, los aduladores que pululaban por la corte (y eran muchos, como suele ocurrir en todas las cortes) proclamaron que era infinitamente más graciosa y delicada. Por su alta categoría el emperador podría mostrarse a su lado sin vergüenza alguna. La madre de Genji no hizo nada por estimular su amor: de hecho, fue la pobre víctima de una pasión excesivamente intensa. Sería falso decir que Fujitsubo borró del corazón del soberano su antigua pasión, pero era una mujer tan maravillosa que el hombre empezó a interesarse por ella, pues a su lado se consolaba de tanto dolor. Así es la vida.

Como Genji nunca se alejaba de su padre, la princesa recién llegada, cuyos aposentos visitaba el emperador con frecuencia, no pudo ocultarse de él. Las damas que la rodeaban ya no eran jóvenes, y la belleza de Fujitsubo resplandecía entre ellas por su perfección y frescura. Aunque, dominada por una timidez casi infantil, procuraba no dejarse ver, Genji tuvo múltiples ocasiones de contemplar su rostro y, no pudiendo recordar el de su madre, cuando le dijeron que la princesa era su vivo retrato se emocionó hondamente. ¡Hubiera deseado pasar la vida a su lado!

—No te muestres arisca con el muchacho —dijo el emperador a la princesa—. A veces yo mismo creo estar viendo a su pobre madre... Tus ojos, tu expresión... ¡Eres su viva imagen! No le juzgues impertinente y trátale con afecto.

La admiración de Genji por Fujitsubo aumentaba de día en día para disgusto de Kokiden. La madre del primogénito no simpatizaba con la Cuarta Princesa, y la antipatía que había sentido contra Genji volvió a avivarse. Era infinitamente más bello que su hijo, el heredero aparente, y toda la corte lo comentaba a sus espaldas. Le llamaban «el resplandeciente Genji», y a Fujitsubo, la nueva favorita, «la dama del sol radiante», y el emperador les colmaba de atenciones muy por encima de las que dedicaba a sus demás mujeres e hijos. Se decía que el calificativo de «resplandeciente» —*hikaru*— le había sido impuesto por el fisonomista de Corea.

Aunque parecía disparatado vestir de adulto a aquel muchachito tan encantador, al cumplir doce años llegó la hora de su iniciación. Su padre se ocupó personalmente de dirigir los preparativos de la ceremonia, temeroso de que los intendentes y encargados de los graneros imperiales no pusiesen en ella el celo que exigía. Hacía ya algunos años que había sido iniciado el heredero aparente en el Gran Salón, pero la ceremonia de Genji no resultó menos brillante. El soberano añadió nuevos detalles a los ritos ancestrales, y los banquetes fueron realmente extraordinarios.

La fiesta tuvo lugar en el ala oriental de los aposentos imperiales, y el trono se colocó mirando al este. Delante del sitial había los escabeles destinados a Genji y al ministro de la izquierda, que era quien había de imponer el gorro oficial al príncipe. Genji llegó a la hora del Mono ^[38], y, al contemplar su rostro fresco y el peinado infantil que tanto le favorecía, el emperador lamentó una vez más la ceremonia que iba a empezar. Pero el secretario del Tesoro procedió a cortarle los cabellos, y, mientras los rizos oscuros iban cayendo al suelo, su padre no pudo eludir el recuerdo de su difunta madre. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para no echarse a llorar.

Cuando hubo concluido la primera parte de la ceremonia, el muchacho fue a ponerse las calzas de adulto, y, vestido ya «de hombre», descendió al patio para la ceremonia de acción de gracias en presencia de todos los

espectadores. El emperador, que en los últimos tiempos creía haberse librado definitivamente de los recuerdos del pasado, notó que todo volvía a hacérsele presente. No obstante, su temor a que las ropas de adulto restaran belleza a Genji no se vio confirmado: vestido de hombre, el muchacho resultaba más «resplandeciente» que nunca.

El ministro de la izquierda sólo tenía una hija a la que llamaban Aoi, y la madre de la muchacha y primera consorte del ministro, Omiya, pertenecía a la casa imperial con el rango de princesa. Aunque el heredero de la corona se había interesado por ella, el ministro decidió que prefería casarla con Genji. Le habían hecho saber que el emperador estaba de acuerdo, de modo que cuando el soberano le comunicó que, a falta de padrinos adecuados para la ceremonia de iniciación, habría que recurrir a los parientes por matrimonio, el ministro aceptó.

Los cortesanos se retiraron a las estancias exteriores, y Genji se sentó entre los príncipes imperiales. Entonces el ministro le susurró sus planes al oído, pero Genji, que todavía era muy joven, no supo contestarle. Notando su confusión, el ministro se disponía a explicarse mejor cuando se presentó un chambelán reclamando su presencia en la cámara real. Partió de prisa: le esperaban los obsequios de rigor, un gran *uchiki* blanco y otras prendas de vestir, que agradeció cumplidamente. Mientras servía una copa de vino al ministro, el emperador recitó un poema que ocultaba una proposición muy seria:

—Cortados los rizos de la infancia, ya es todo un hombre. ¿Será conveniente atar un vínculo de larga duración para el futuro?

El ministro le respondió:

—Apretad el nudo, obra de un corazón honesto, y que el espliego conserve su color purpúreo con la misma perseverancia.

El ministro atravesó un puente y salió al jardín para dar las gracias. Allí le regalaron un caballo procedente de los establos imperiales y un halcón.

También fueron obsequiados según sus rangos los príncipes y cortesanos principales que habían asistido al acto con bandejas, cestas y cajas chinas de vituallas, que el ministro había hecho preparar siguiendo instrucciones del emperador. En conjunto, fue una ceremonia mucho más espléndida que la que se había organizado cuando le tocó el turno al hijo de Kokiden.

Al caer la tarde Genji acompañó al ministro de la izquierda a su casa como invitado de honor, y al día siguiente se pusieron en marcha los preparativos de la boda. Todos los miembros de la familia estuvieron encantados con Genji, con la única excepción de la que iba a convertirse en su mujer. Tenía cuatro años más que él, y la notoria diferencia de edades la hacía sentirse profundamente incómoda. Pero su padre y su madre, hermana del emperador, se mostraban entusiasmados con la idea de convertir al «príncipe resplandeciente» en su yerno.

El ministro de la derecha, abuelo del heredero aparente, no podía evitar sentirse un tanto humillado. Aunque Aoi era la única hija de su colega de la izquierda, éste tenía un montón de hijos varones de sus esposas y concubinas, y uno de ellos, To no Chujo, joven apuesto de rostro viril y atractivo, era ya teniente de la guardia imperial. A pesar de que nunca había simpatizado con el de la izquierda, el de la derecha no había pasado por alto los méritos del joven oficial, y lo había casado con su cuarta hija. El cariño que profesaba a To no Chujo no era inferior al del ministro de la izquierda por Genji, de modo que ambas familias tenían razones sobradas para tratarse en público con cortesía y evitar desaires recíprocos que forzosamente las pondrían en ridículo a los ojos de los cortesanos.

Como solía hacer compañía a su padre, Genji pasaba muy poco tiempo en casa de su futura esposa. Para él Fujitsubo era la encarnación de la belleza suprema y soñaba con hallar a alguien que se le pareciera, empresa nada fácil. También era hermosa su prometida, y había vivido siempre rodeada de lujos, pero Genji dudaba que estuvieran hechos el uno para el otro.

El deseo que Fujitsubo había despertado en él se convirtió muy pronto en una auténtica agonía. Como ya era un adulto, había dejado de tener libre acceso a los aposentos de la dama. A pesar de todo, si se tocaba música al

caer la tarde, el joven soplaba la flauta con dulzura para acompañar la voz y el koto de Fujitsubo, aunque ahora debía hacerlo desde el otro lado de una cortina. De este modo procuraba hacerle saber su anhelo y se consolaba escuchando la voz de la dama de sus sueños.

Prefería la vida en la corte a alojarse en casa de su futuro suegro, de modo que por cada dos o tres días que pasaba en el palacio de Sanjo, estaba seis o siete junto a su padre. El ministro no daba importancia a esta actitud, que atribuía a la juventud del novio, y seguía entusiasmado con su yerno. Eligió las azafatas más bonitas que pudo encontrar para que se ocupasen de la joven pareja, y continuamente organizaba juegos y espectáculos para que Genji se divirtiese cuando estaba bajo su techo.

El emperador le asignó en palacio las estancias que su madre había ocupado y todo el personal que la había servido, e hizo reconstruir para él la casa de su abuela en Nijo con resultados espléndidos. La mansión contaba ya con unos bosquecillos y un lago artificial de un gusto exquisito y no resultó difícil devolverle el esplendor de otros tiempos. Aquella iba a ser «su» casa, por si le apetecía estar solo sin el agobio de los parientes. Cuando, terminadas las obras, Genji la recorrió parándose a admirar todos los detalles, no hacía sino pensar en cuánto mejoraría aquella casita encantadora de lograr traer a ella a la dama de sus sueños...

Capítulo 2 El hahaki-gi

[39]

Poco cambiaron las cosas después del matrimonio de Genji y Aoi. El joven esposo pasaba mucho más tiempo en el palacio de su padre que en el de su suegro. Aunque procuraba esconder sus indiscreciones para no ganarse fama de frívolo, todo acababa sabiéndose en un mundo tan cerrado como el de la corte de Heian. Tampoco deseaba que, si en un exceso de pudibundez evitaba todas las aventurillas que le salían al paso, sus amigos se mofasen de él a sus espaldas. Corría la voz de que el joven capitán de la guardia vivía en el más puro desenfreno. En realidad, aunque no aprobaba la promiscuidad de sus compañeros que perdían el tiempo en sórdidos burdeles, no podía evitar sucumbir a veces a los encantos de ciertas personitas que pululaban a su alrededor como mariposas sin que le importara provocar con ello la infelicidad de la familia de su esposa.

Cuando llegaron las lluvias de estío, la vida en la corte resultaba muy aburrida y, sin embargo, Genji permanecía lejos de la mansión de Sanjo durante semanas enteras. Aunque ello causaba un profundo dolor a su familia política, en cuanto el príncipe iba a visitarlos se deshacían en atenciones para que se encontrase a gusto en su casa. Los hijos del ministro le querían más que al emperador y, muy en especial, To no Chujo, con el cual compartía la afición por la música y otras distracciones menos inocentes. To no Chujo era muy rijoso y no se sentía bien en la casa que su suegro, el ministro de la derecha, había puesto a su disposición sin reparar

en gastos. Prefería alojarse en el palacio de su padre, y, cuando Genji se presentaba, no se separaban ni un instante y compartían sin reservas estudio y placer.

Cierta tarde lluviosa Genji, To no Chujo y dos compañeros de palacio —un oficial de la guardia y un funcionario del ministerio de los ritos— estuvieron charlando largo y tendido sobre los pros y los contras de las mujeres, a las que clasificaron de mil maneras distintas según sus propias experiencias. ^[40] No llegaron a ninguna conclusión definitiva —aunque todos parecían dar preferencia a las mujeres «de la clase de en medio» a la hora de embarcarse en una aventurilla—, y, a medida que la tarde lluviosa dejaba paso al anochecer, las historias resultaban cada vez más estrafalarias. Temiendo que su suegro se enfadase, Genji partió a Sanjo. Allí le esperaban el acogedor pabellón nupcial, su esposa —el summum de las gracias, según sus amigos— y un orden exquisito. Desgraciadamente aquella dama resultaba demasiado perfecta, demasiado fría, demasiado dueña de sí misma para que Genji se encontrase cómodo a su lado, de manera que prefirió quedarse en la antesala y ponerse a charlar con Chunagon, Nakatsukasa y otras azafatas de su esposa.

El ministro se presentó a saludarlo y, al encontrarlo en *deshabillé* —hacía calor y Genji se había desabrochado la túnica—, le saludó desde detrás de una cortina. Aunque la idea de recibir a un personaje tan distinguido no hacía ninguna gracia a Genji, su mirada expresiva hizo callar las risas que empezaban a aflorar en las bocas de sus bellas interlocutoras, divertidas por su embarazo. Entonces se dejó caer en un diván, francamente avergonzado de su actitud.

Ya era casi de noche, y un anciano sirviente muy versado en tabúes astronómicos observó que la posición del Señor del Centro ^[41] en el cielo desaconsejaba que el joven pasase la noche en la casa de Sanjo.

—¡Seguro que tienes razón! —dijo el joven—. Pero mi casa está en la misma dirección, y me siento muy fatigado...

Y se echó en la cama, dispuesto a pernoctar allí sin hacer caso de la posición de los astros.

—No lo hagas, señor, pues te traerá muy mala suerte —insistió el anciano.

—El gobernador de Iyo —comentó uno de los pajes de su cortejo— tiene una casita maravillosa. Ha desviado el curso del río del Medio, y ahora riega su jardín... ¿Por qué no te refugias allí?

El príncipe tenía a su disposición muchos lugares agradables para pasar la noche y conjurar el tabú, pero se había presentado en la casa de Sanjo después de una larga ausencia, y el ministro o Aoi podían pensar que lo había hecho en una noche poco propicia justamente con la intención de partir deprisa. Con todo, al fin decidió aceptar el ofrecimiento de Ki no Kami, hijo del gobernador de Iyo. Su padre, le dijo, estaba de viaje y le había encargado que cuidase de su esposa, una mujercita joven con la que recientemente había contraído matrimonio. Sólo podía ofrecerle sus propios aposentos, que no eran muy grandes, pero los ponía gustosamente a su disposición.

—Tal vez no te encuentres muy cómodo...

—¡Todo lo contrario! —le tranquilizó Genji—. Me encanta tener gente a mi alrededor y, si hay una damita cerca, aún me gusta más... Búscame un rinconcito detrás de la cortina de su dormitorio...

—Si eso es lo que quieres —le dijeron sus hombres—, la casa del gobernador parece el lugar más adecuado.

Ki no Kami envió un mensajero a su casa con la orden de que se hicieran los preparativos necesarios, y Genji se puso en marcha inmediatamente con unos pocos pajes sin despedirse del ministro. El hijo del gobernador se asustó de las prisas que le habían entrado al príncipe en cuanto había oído mencionar la presencia en la casa de su joven madrastra y se reprochó duramente haberlo invitado en un exceso de celo cortesano.

Los criados limpiaron las estancias que se encontraban al este del pabellón central. El efecto del riachuelo era delicioso. Una cerca tejida con ramas de acacia, de aspecto muy rústico, marcaba los linderos del jardincillo, y las plantas habían sido elegidas con sumo acierto. Soplaban una brisa fresca, y el zumbido de los insectos, casi invisibles, llenaba el aire de

una música rara. El vuelo de las luciérnagas evocaba unos fuegos artificiales improvisados pero difíciles de superar.

Los acompañantes de Genji bebían al aire libre allí donde el riachuelo pasaba por debajo de una galería, mientras el hijo del gobernador iba a buscar la cena. Al observar la casa que le acababa de acoger, Genji llegó a la conclusión de que estaba en una mansión característica de la clase media, y recordó que, en la conversación del día anterior, había oído encomiar a las damas que pertenecían a ella. Le constaba que la madrastra de su huésped, una mujer con fama de espiritual e ingeniosa, se encontraba bajo aquel mismo techo, y empezó a buscar señales de su presencia.

Muy pronto empezaron a llegar a sus oídos rumores procedentes del ala oeste. Distinguió un frufú de sedas y el son de voces juveniles y alegres... Parecían proceder de un grupo de muchachas que procuraban ahogar sus risas para no ser oídas. El hijo del gobernador ordenó cerrar las persianas. Una luz mortecina atravesaba las paredes de papel del corredor, y Genji se acercó a ellas pero no halló el agujero o la rendija que esperaba. Sólo podía escuchar. Tuvo la impresión de que las damas se habían reunido en la sala principal, que se hallaba al lado de la que le había sido asignada, y que hablaban de él.

—Se dice que es muy serio y que ha hecho un gran matrimonio —susurró una vocecita—. ¡Tan joven! Por fuerza ha de encontrarse muy solo... También se comenta que de vez en cuando no desdeña embarcarse en aventuritas...

Genji no pudo evitar un sobresalto. En aquel tiempo sólo una dama ocupaba su pensamiento. La posibilidad de que hubiese trascendido algo de su pasión por Fujitsubo le espantó. Otra muchachita citó —mal— un poema que había escrito y enviado a su prima Asagao junto con unas flores. Llegó a la conclusión de que las muchachas que estaban de chachara no eran nada del otro mundo, y pensó que si llegaba a conocer a su señora, le decepcionaría con toda seguridad, de modo que se alejó de la pared y dejó de prestarles atención.

El hijo del gobernador se presentó con un farol en la mano, lo colgó de una viga de la galería, y, tras apagar la luz de la habitación, ofreció una

bandeja de fruta a Genji.

— *¿Ya has colgado todas las cortinas?* —le preguntó Genji, citando un poema famoso—. Si no lo has hecho, eres un mal anfitrión.

—¿Qué te apetece comer? —le contestó el otro—. Espero que te conformes con algo sencillo...

Genji eligió un lugar fresco cerca de la galería exterior, y se tendió encima del césped. Sus pajes callaban y contemplaban con curiosidad un grupito de mocitos muy bellos y magníficamente ataviados que, por su edad y aspecto, sólo podían ser hijos del gobernador o de Ki no Kami. Uno de ellos resultaba particularmente atractivo. Tenía doce o trece años, y Genji fue informado de que era el hermano pequeño de la madrastra de su anfitrión. Su padre, un oficial de la guardia, se había hecho muchas ilusiones sobre su futuro porque era muy listo, pero había muerto cuando su vástago todavía era un crío, de manera que, al casarse su hermana con un funcionario, se fue a vivir con ella. Según Ki no Kami, tenía un gran dominio de los clásicos y un carácter muy apacible, pero no le iba a resultar fácil prosperar porque carecía de los apoyos necesarios.

—¿Qué lástima! ¿Y dices que su hermana es tu madrastra?

—Sí.

—Una madrastra muy joven. Tengo entendido que mi padre había pensado invitarla a la corte. El otro día le oí preguntar qué había sido de ella. ¡Qué vueltas da la vida!

—Fue cosa del destino —comentó Ki no Kami—. La fortuna determina la vida de la gente, especialmente la de las mujeres, pues eleva a unas y hunde a otras...

—Tu padre debe de estar muy enamorado...

—Muchísimo. En casa ya no se sabe quién lleva las riendas. Y la situación dista mucho de satisfacernos... Nos quejamos, pero nadie nos hace caso.

—¿Y cómo la ha dejado bajo la tutela de un hombre joven como tú? ¿Es que se ha vuelto loco? Tuve siempre al gobernador por hombre sesudo y razonable. ¿Dónde está la dama?

—Las mujeres tienen órdenes de no salir del gineceo, pero todavía no se han recluido todas.

Bajo los efectos del vino, algunos hombres del cortejo del príncipe se estaban amodorrando en la galería. En cambio, Genji estaba muy despierto: no soportaba la idea de dormir solo. Su olfato le decía que en el ala norte estaba la dama de que acababan de hablar. Aguantándose la respiración, se acercó a la puerta y se puso a escuchar.

—¿Dónde estás? —preguntó una voz musical y oscura que pertenecía al muchacho que le había llamado la atención.

—¡Estoy aquí!

Genji tuvo la seguridad de que acababa de oír la voz de su hermana. Ambas voces, aunque soñolientas, se parecían mucho.

—¿Y dónde está nuestro huésped? —prosiguió ella—. Creí que estaba cerca, pero debe de haberse alejado.

—Está en el ala este. Lo he visto y es tan hermoso como dicen.

—Si fuese de día, iría a verlo —dijo la hermana, bostezando.

Al ver que la dama no hacía más preguntas sobre su persona, Genji se sintió decepcionado.

—Dormiré junto a la galería. ¡Qué luz tan débil! —comentó el muchacho y se puso a despabilar la lámpara. Todo inducía a creer que la muchacha dormía en el otro lado del aposento.

—¿Dónde está Chujo? No me gusta estar sola —dijo la dama.

—Está tomando un baño. Ha dicho que regresaría enseguida.

Cuando todos hubieron callado, Genji intentó abrir la puerta. No habían puesto el pestillo, de modo que pudo correrla y avanzó en las tinieblas hasta hallarse en una especie de antecámara dividida por una gran mampara. A pesar de la paupérrima iluminación, pudo ver unos baúles chinos llenos de ropa desordenada. Siguió avanzando a tientas hasta llegar al lado de la dama, una figurita delicada que yacía de lado procurando dormir. La dama lo confundió con su criada Chujo y se incorporó de mal humor.

—¡He oído que gritabas «Capitán»^[42]—le dijo Genji—, y he pensado que mis plegarias habían sido escuchadas!

La dama soltó un chillido que quedó ahogado por la colcha que la tapaba.

—Si me reprochas no haber actuado correctamente, te doy la razón... Pero quiero que sepas que durante años he vivido admirándote. Y el hecho de que, habiéndome presentado una ocasión para confesártelo, no haya callado, indica que mis sentimientos no eran superficiales.

Se expresó de un modo tan gentil y cortés que ni los diablos se hubiesen enfadado con él.

—Creo que te has equivocado de persona —le contestó la dama en tono ultrajado pero evitando levantar demasiado la voz.

Aquella personita frágil, que parecía a punto de morir de vergüenza, le pareció una preciosidad.

—No, no me he equivocado... Y eres muy cruel conmigo. No voy a hacer nada indigno de los dos. Sólo quiero que me escuches.

Era tan pequeña que la levantó de la cama sin dificultad y se la llevó a su aposento. Por el camino tropezó con Chujo y se le escapó un grito. También la pobre Chujo se sorprendió y trató de ver qué estaba ocurriendo en las tinieblas que la envolvían. El perfume inconfundible del vestido del príncipe proclamaba con quién había topado, y la sirvienta, muy confusa, no sabía qué hacer. De haberse tratado de un hombre de linaje inferior, hubiera saltado encima de él para defender el honor de su señora y de su amo, pero, conociendo con quien se enfrentaba, prefirió no dar pie a un escándalo y se limitó a seguirle.

—Vuelve a buscarla mañana por la mañana —le dijo Genji, y le cerró la puerta en las narices.

El cuerpo de Utsusemi —pues con este nombre ha pasado a la historia la mujer del gobernador de Iyo— estaba húmedo de sudor. Temblaba al imaginar qué pensarían Chujo y las demás sirvientas si llegaban a enterarse de su secuestro. Aunque Genji era un maestro consumado a la hora de improvisar respuestas a toda clase de preguntas, y contestó a los reproches e insultos de la mujer con la mayor ternura, no logró obtener el éxito que esperaba.

—¿Cómo quieres que no piense que te estás burlando de mí? Las mujeres humildes como yo sólo merecen esposos humildes... Además estoy casada.

El la compadecía y se avergonzaba de sí mismo, de manera que se explicó con mucha prudencia:

—¿Me tomas por uno de esos libertinos que tienes a tu alrededor? Soy muy joven todavía y no entiendo de rangos ni de linajes. Si te han hablado de mí, sabrás que detesto las aventuras frívolas... Soy el primero en ignorar qué poder irresistible me ha obligado a actuar de este modo... Tal vez nos conocimos ya en otra vida...

La dama siempre había destacado por su carácter dulce y complaciente, pero se mostró firme. Al igual que el bambú joven, se dobló pero no se rompió. Lloraba y el príncipe la compadecía, aunque en el fondo de su alma disfrutaba de la escena.

—¿Cómo es posible que yo no te agrade? —le preguntó, suspirando, impotente ante el llanto de Utsusemi—. ¿No sabes que esos encuentros inesperados son obra del destino? Querida mía, se diría que ignoras cómo funciona el mundo.

—Si te hubiese conocido antes (antes de casarme, quiero decir) —respondió la dama—, habría podido consolarme pensando que quizás algún día llegarías a amarme de verdad. Pero ahora ya no hay esperanza. Cuando te pregunten si me has visto, di que no.

Genji intentó consolarla con la mayor ternura hasta que cantó el gallo y sus hombres se despertaron.

—¿Habéis dormido bien? —decía una voz.

—Preparad el coche —ordenaba otra.

Ki no Kami salió al jardín y preguntó por la razón de tantas prisas.

—¡Si os mueve el tabú del Señor del Centro, proclamo que esas historias son cuentos de mujerucas ignorantes!

Genji se sentía muy desgraciado. No sabía cuándo volvería a ver a la dama y carecía de pretextos para visitarla o hacerle llegar cartas. Cuando Chujo se presentó a reclamar a su señora, Genji se resistía a dejarla partir.

—¿Cómo te voy a escribir? —dijo, levantando la voz para que la sirvienta le oyera—. Ni mi amor ni tu crueldad son vulgares. ¡Nunca me ha sucedido una cosa tan inexplicable!

Genji lloraba, y las lágrimas hacían resplandecer aún más su belleza. Mientras los gallos cantaban insistentemente, el príncipe improvisó un poema:

—¿Por qué turban el alba con este
alboroto cuando hacen falta tantas horas para
que el hielo se funda?

Utsusemi se avergonzaba de haber despertado el deseo de un hombre tan por encima de su rango, y no hacía caso de sus palabras de afecto. Pensaba en su marido, al cual, por cierto, siempre había considerado un payaso y un imbécil, pero temía que un sueño le hubiese revelado los acontecimientos de aquella noche fatal. Contestó a Genji con este poema:

—El día ha llegado sin poner fin a mi
llanto. Ahora hay que sumar a mis quejas el
canto de los gallos.

Genji la acompañó hasta la puerta porque la gente de la casa empezaba a moverse. De todos modos, el muro que les separaba había desaparecido. Genji, a medio vestir, se puso a mirar el jardín desde la galería encarada al sur mientras se alzaban las persianas del ala oeste. Aparecieron unas mujeres que se pusieron a contemplarlo con no poco placer. La luna, que todavía no se había borrado del cielo matinal, contribuía a aumentar la belleza de la escena. Genji se sentía angustiado... ¿Cómo se las arreglaría para enviarle un mensaje? Con esta idea —que ya empezaba a ser obsesión— en la cabeza, se presentó en casa de su esposa, donde fue recibido con las atenciones de siempre. Tan sólo su mujer continuaba mostrándose distante como el Fuji y fría como la nieve que lo corona.

Encerrado en la mansión de Sanjo, Genji pasaba las noches en blanco. La idea de que no volvería a ver nunca más a la mujer del gobernador lo atormentaba. La dama no era una belleza excepcional, pero le había

parecido atractiva y culta. «De la clase de en medio», se repetía. El tipo de mujer que el oficial de la guardia recomendaba por encima de todas las demás.

Un día decidió llamar al hijastro de Utsusemi.

—Me cayó muy bien el mocito que me presentaste el otro día en tu casa, tu jovencísimo tío...—le dijo—. Un muchacho francamente prometedor. Estoy considerando la posibilidad de tomarlo a mi servicio y presentarlo a mi padre el emperador.

—Te agradezco tus buenos propósitos. ¿Quieres que hable con su hermana?

Al oír hablar de Utsusemi el corazón del príncipe estuvo a punto de estallar.

—¿Tiene hijos?

—No. Lleva dos años casada con mi padre, pero me temo que no es feliz. Su padre quería enviarla a la corte, pero las cosas se torcieron con su muerte.

—Lo siento. Dicen que es preciosa. ¿Tú qué crees?

—No sé qué decir. Recuerda que hijastros y madrastras nunca se han llevado bien...

—Excepto cuando se llevan *demasiado* bien —dijo el príncipe a Ki no Kami, guiñándole el ojo.

Al cabo de cinco o seis días le llevó a Kogimi, que así se llamaba el mocito. No era perfecto, pero tampoco carecía de encantos. Genji le habló con suma familiaridad —y ello le desconcertó—, y le interrogó sobre su hermana sin averiguar gran cosa. ¡Aquel pillo sólo contestaba abiertamente a las preguntas carentes de interés! El príncipe le dio a entender qué había sucedido entre la dama y él, y el mozo se asustó un poco, pero tampoco le dio excesiva importancia. Finalmente, Genji puso en sus manos una carta dirigida a su hermana, carta que ella recibió con los ojos arrasados en lágrimas. ¿Qué sabía exactamente su hermano?, se preguntaba, mientras procuraba ocultar detrás del papel el rubor de sus mejillas. Era muy larga, la caligrafía espléndida y acababa así:

«Deseo volver a soñar el sueño de aquella noche... Mientras, mis noches son un infierno de insomnio y soledad.»

Al día siguiente Genji llamó al muchacho y le exigió la respuesta.

Ella le había dicho: «Dile que no me has encontrado», pero él replicó: «¿Cómo quieres que le diga eso?». Utsusemi estaba horrorizada: daba por seguro que Genji había contado a su hermano todo lo sucedido entre ambos, y tal vez *lo no sucedido*.

—Ayer pasé el día entero esperando tus noticias... —le regañó Genji—. Estoy convencido de que no piensas tanto en mí como yo en ti.

Kogimi se sonrojó.

—¿Dónde está la respuesta? ¿Dices que no hay? ¡Qué mensajero más incompetente! Esperaba otra cosa de ti.

Y le dio más cartas para que se las llevase a la dama.

—Recuérdale que yo la conocí antes que ese vejstorio que se ha casado con ella —añadió—. Entonces le parecí poco, y buscó un protector más poderoso. Tal vez ella me desprecie, pero tú no lo harás. Serás como mi hijo. Tu cuñado es ya muy viejo y no puede durar...

Las explicaciones de Genji parecían divertir al mensajero, y pronto se hicieron inseparables. El príncipe le trataba como a un hijo, le regalaba túnicas y *uchikis* de su guardarropa y lo llevaba a la corte. Y no dejaba de escribir a la dama. Ella temía que, por culpa de la inexperiencia de su hermano, el secreto acabaría haciéndose público y se la acusaría de promiscuidad.

Sus respuestas (cuando se dignaba contestar) parecían frías por el exceso de formalidades que ponía en ellas. No podía quitarse de la mente la belleza y la elegancia del príncipe, pero pertenecía a otro hombre, y nunca obtendría nada de su relación con Genji. El joven pensaba sin parar en la frágil Utsusemi, y no se hartaba de evocar todos los detalles de la noche que pasaron juntos. Hubiese deseado visitarla en secreto, pero la casa de la dama estaba tan llena de gente que daba por seguro que lo descubrirían.

Una tarde —Genji llevaba semanas viviendo en el palacio imperial— se repitió el tabú astronómico: una vez más el Señor del Centro se interponía entre su casa y el lugar donde el príncipe se encontraba. El joven fingió que iba a la mansión de su suegro, pero en realidad se dirigió a la del gobernador de Iyo. Ki no Kami se alegró muchísimo de verlo, pensando que sus jardines y riachuelos le habían impresionado y quería admirarlos de nuevo.

Informada de la visita por su hijastro, la desconcertada Utsusemi tuvo que admitir que el afecto de Genji era grande, pues le impulsaba a hacer cosas como aquélla, pero la idea de mostrarse abiertamente ante él y que la experiencia de aquella noche fatídica se repitiese la llenaban de angustia. No, no estaba dispuesta a volver a pasar por aquella vergüenza. Su hermano no estaba en casa, de modo que llamó a sus sirvientas:

—Creo que parecería poco delicado instalarnos demasiado cerca de nuestro huésped. No me encuentro bien, y me gustaría que me dieseis un masaje en una habitación alejada de la suya para no molestarlo.

Su criada Chujo vivía al final de la galería, en la otra punta de la mansión: buscaría, pues, refugio en aquel lugar. Todo ocurrió tal como temía: Genji envió a sus hombres a la cama pronto y ordenó al muchacho que fuera a buscarla. Kogimi la buscó por todas partes hasta que la encontró en el dormitorio de Chujo. Casi con lágrimas en los ojos le repitió el mensaje del príncipe.

—¿Qué dirá de mí si no le haces caso?

—¿Qué pretendes? Eres un crío y no sirves para alcahuete. Cuéntale que no me encuentro bien y que me he retirado con mis sirvientas para recibir un masaje. Y en cuanto a ti, desaparece cuanto antes, que no quiero despertar sospechas.

Aunque hablaba con determinación, en su fuero interno no se sentía tan segura de sí misma. Hubiese dado cualquier cosa por no haber contraído aquel matrimonio infeliz y seguir viviendo en su casa, entre los recuerdos de sus padres. Allí hubiese podido recibir las visitas del príncipe resplandeciente, cuantas visitas él hubiera tenido a bien hacerle... Ahora no le quedaba otro remedio que mostrarse fría ante sus atenciones y ocultar sus

sentimientos auténticos si llegaba a enamorarse de Genji. Pero ya no le quedaba elección y debía representar su papel hasta el final.

Genji, en la cama, se preguntaba sobre el éxito de su mensajero. Finalmente el mocito se presentó aunque sólo para admitir su fracaso. ¡Qué mujer más fuerte! Genji hubo de reconocer que, comparado con ella, él parecía la parte más débil... Suspiró profundamente, y envió a la dama este poema:

«Me he perdido entre los marjales de
Sonohara porque ignoraba de qué modo suele
engañarnos el hahaki-gi.»

Se dice que el *hahaki-gi*, contemplado desde lejos, parece un árbol tupido de copa generosa pero que, visto de cerca, resulta un arbusto insignificante. Por ello pensó en él al escribir a la mujer que no había correspondido a sus expectativas. Ella tampoco dormía, y le respondió con otro poema:

«Estoy y no estoy en este humilde
chamizo. ¡Ojalá que, al igual que el hahaki-
gi, pudiese desaparecer!»

El mocito iba de un lado a otro con sus mensajes. Su afán por ser útil le mantenía despierto. Al fin su hermana le prohibió que regresara a molestarla y le ordenó la máxima discreción. Los criados de Genji roncaban mientras el príncipe se compadecía a sí mismo, teniéndose por el hombre más desgraciado del mundo.

—Por lo menos llévame junto a su puerta —suplicó a Kogimi.

—Se ha encerrado en una estancia sucia y desordenada y mantiene un montón de mujeres a su alrededor. No sería una buena idea —le dijo su confidente.

—En tal caso no me abandones tú.

Genji pidió al mocito que se tumbara junto a él, y Kogimi se alegró de poder estar tan a la vera de un príncipe tan joven y hermoso. Cuentan que

aquella noche Genji halló al muchacho mucho más complaciente que a su inabordable hermana. [43]

Capítulo 3 Utsusemi

Se acercaba el alba, y Genji seguía sin pegar ojo.

—No estoy acostumbrado a que me traten de este modo —se quejaba amargamente—. ¡Ahora sé lo que es capaz de hacer una mujer sin entrañas! Estoy tan avergonzado que dudo mucho que pueda seguir viviendo...

Kogimi lloraba de compasión, y sus lágrimas le hacían parecer todavía más encantador. Sus formas delicadas, sus cabellos no muy largos... ¿Se parecía muchísimo a su hermana o era un espejismo de la imaginación de Genji? Más de una vez estuvo el príncipe a punto de saltar de la cama y de lanzarse en busca del escondrijo de la dama, pero su dignidad se lo prohibía, de modo que pasó toda la noche desconcertado y lleno de resentimiento. Se marchó antes del alba, triste y sin llevarse a su amigo.

También Utsusemi había pasado una noche difícil. Su sensatez le hacía desear que la historia se acabase de una vez por todas, pero su corazón no decía lo mismo. Con todo, la posibilidad de otra visita la aterrorizaba. Mientras tanto, Genji, en palacio, seguía sufriendo: por más que lo intentaba, no podía olvidarla, y tenía la impresión de que había hecho el ridículo a ojos de la dama.

—Me siento muy desgraciado —dijo al mozuelo—. Hago todo lo posible por quitármela de la cabeza, pero no lo consigo. ¿Podrías facilitarme otra entrevista, aunque sea la última?

La aventura no era fácil en absoluto, pero el muchacho se sentía muy orgulloso de poder corresponder a la confianza que el príncipe había

depositado en él, de modo que empezó a buscar una ocasión. El hijo del gobernador se iba a Kii, y la dama tendría poco que hacer durante los largos atardeceres. Un día, después de la puesta del sol, el muchacho acompañó a Genji a la casa en el coche del príncipe. El joven se sentía incómodo, pero no podía permitirse el lujo de perder el tiempo dudando. Disfrazado de plebeyo, pidió al muchacho que llegasen a la casa cuando las puertas estuviesen ya cerradas. El coche se detuvo delante del portón de atrás, y Genji se apeó.

Kogimi y el príncipe disfrazado que le acompañaba no llamaron la atención de los guardias. Genji se ocultó delante de una puerta situada al este del pabellón principal, mientras su guía llamaba a la puerta del sur y entraba en la casa.

—Cierra, cierra —gritaron las mujeres—. ¡La gente nos verá!

—¿Cómo estabais tan encerradas en una noche tan calurosa?

—La dama del ala oeste ha estado con nosotras todo el día, y ahora está jugando al *go* con una amiga.

Ansioso por hallarla aunque estuviese acompañada, Genji abandonó su escondrijo y se metió en la casa. La puerta por donde había entrado su amigo estaba aún abierta, y el campo de visión de Genji se extendió a través de ella y a lo largo del corredor hasta la estancia que había en la otra punta, justo en el ala oeste. Uno de los bastidores del biombo estaba plegado, y la cortina que hubiese debido ocultar el espacio de atrás había sido retirada por el calor, de modo que todo quedaba a la vista.

La luz de una linterna revelaba la presencia de dos mujeres. La silueta de una de ellas —¿su adorada?— se recortaba sobre el pilar contra el cual se apoyaba. Fue la primera que Genji examinó: iba vestida de color púrpura y llevaba un *chai* encima de los hombros. Era una dama pequeña y de facciones delicadas pero sin nada que llamase especialmente la atención. Mantenía las manos en las mangas. La otra miraba en dirección al este, y Genji pudo ver su cara perfectamente. Llevaba una túnica blanca y encima un *uchiki* ^[44] amplio y rojizo lleno de flores bordadas. Túnica y *uchiki* estaban desabrochados y dejaban al descubierto el cuello y los pechos de la dama a partir del ceñidor que le sujetaba las calzas.

La dama en *deshabillé* era preciosa: alta, llena y muy blanca de piel. Su cara resplandecía de buen humor, y la expresión juguetona de ojos y boca resultaba especialmente atractiva. La cabellera, no muy larga, era espesa y caía sobre sus hombros de un modo encantador. Se decía que su padre, el gobernador de Iyo, la adoraba. De haberse mostrado un poco más silenciosa y tranquila, habría resultado perfecta. Y no parecía tonta: con una sonrisa de resignación puso con un movimiento enérgico su pieza sobre el tablero. El juego había terminado, y ella se daba por vencida.

—Un momento, por favor —dijo la otra—. El juego no se ha acabado todavía. Puedes intentar un contraataque...

—He perdido, he perdido. Contemos lo que me queda...

Y se puso a contar con los dedos: —Diez, veinte, treinta, cuarenta...

Y siguió hablando de su derrota en un tono que no destacaba por su elegancia. La otra jugadora, en cambio, se comportó como un modelo de modestia, y se cubrió el rostro con las mangas como si supiera que la estaban observando. Genji la miró de cerca: tenía los párpados hinchados y los rasgos de la nariz no ofrecían interés alguno. Aquel rostro desprendía una sensación general de fatiga, de falta de esplendor. Nadie hubiese afirmado que era bella, aunque resultaba obvio que se cuidaba.

Con todo, había detalles en su maquillaje e indumentaria que revelaban una sensibilidad mucho más sutil que la de su compañera de juego. La otra exhibía sus encantos con una risa estrepitosa. No dejaba de resultar interesante... a su manera. Seguro que era superficial y boba, pero merecía que un hombre le dedicara un poco de atención.

Todas las damas que Genji conocía se caracterizaban por su artificiosidad y afectación, y he aquí que, por primera vez, daba con una que no se avergonzaba de mostrarse tal como era. El príncipe se sentía vagamente culpable de la nueva atracción que empezaba a sentir, pero no tan culpable como para echar a correr de no haber oído los pasos del mocito. Al oírlo volvió a refugiarse en su escondrijo. El muchacho se deshizo en excusas por haber tardado tanto.

—Me temo que no hay nada que hacer: tiene visita.

—¿Vuelves a ponerme en la calle con las manos vacías? ¡No lo puedo tolerar!

—No, señor. Pero habrá que esperar a que la otra se marche. Después lo arreglaremos todo, te lo prometo.

Pero las cosas se arreglaron solas. Kogimi era muy joven, pero no tenía un pelo de tonto. La partida de *go* había terminado, y se oía el ruido de alguien que se estaba despidiendo. «¿Dónde se ha metido ese chico?», decía una voz mientras las persianas se cerraban. «Atrancadlo todo bien...»

—Pero si no se marcha nadie —se quejó Genji—. Corre y haz lo que puedas.

El muchacho sabía que su hermana no pertenecía al tipo de mujer dado a actuaciones precipitadas y que sólo dejaría entrar a Genji si no había testigos.

—¿Todavía está su amiga con ella? Me gustaría echarle un vistazo... —dijo Genji.

—¡Imposible! Han cerrado las persianas.

Genji se estaba divirtiendo de lo lindo, pero no quiso que el muchacho supiera que ya había puesto el ojo en la dama. El chico llamó a la puerta del dormitorio de las criadas, y le dejaron pasar.

—Dormiré aquí mismo y dejaré las puertas abiertas para que circule la brisa —proclamó el hermano de Utsusemi, eligió un colchón y se tumbó encima, dejando la ropa a su alrededor.

Fingió dormir un rato, pero luego se levantó y colocó una mampara a fin de evitar que la luz molestase a las durmientes. Genji aprovechó esta mampara para introducirse sin ser visto. Una vez dentro, empezó a dudar del éxito de su aventura, pero no se desanimó y siguió al chaval. En el fondo del corredor halló una cortina, la levantó y se deslizó de puntillas en el dormitorio principal, asustado por el crujido de la seda de su propio vestido.

Utsusemi estaba contenta (o quería creer que lo estaba) porque Genji no se había presentado, pero el recuerdo de su anterior visita, extraña como un sueño, no la dejaba dormir. Su hijastra, fatigada por las emociones de la partida de *go*, dormía a su lado plácidamente. De pronto Utsusemi detectó

el perfume inconfundible que impregnaba las ropas de Genji, tuvo la certeza de que el príncipe se le estaba acercando y levantó la cabeza. Aunque reinaba la oscuridad, vislumbró una forma que atravesaba la puerta. Entonces saltó de la cama, se arrebujó en su *chai* y salió corriendo del dormitorio por la galería.

El príncipe se acercó al lecho y se alegró mucho al descubrir que sólo lo ocupaba una persona. Cuando hubo retirado la colcha, tuvo la impresión de que la dama era más alta y robusta de lo que recordaba. Tras un detallado examen, adivinó lo ocurrido. ¡Qué aventura más estúpida! De poco serviría, pensó el príncipe, decirle que me he equivocado de estancia, ni tiene sentido alguno continuar persiguiendo a la otra, pues no se hubiese escapado si me quisiera *sólo un poco*. ¿Y si la durmiente era la jugadora de *go*? Si lo era —y cada vez estaba más convencido de que acertaba—, no le faltaban razones para pensar que se trataba de una personita más bien frívola.

La chica se despertó con un sobresalto. Se sorprendió, pero menos de lo que Genji hubiese esperado porque era superficial y estaba acostumbrada a aceptar las cosas según se presentaban. Él no se identificó, convencido de que ella adivinaría su identidad. Y si no, ¿qué importaba? En cuanto a la otra, la fugitiva, tan preocupada por las apariencias, Genji no quiso comprometerla, y dijo a la muchacha de la cama que, atraído por la fama de sus raras cualidades, había decidido aprovechar el tabú astral para visitarla. Era una historia absolutamente increíble, pero, por extraño que pueda parecer, la muchacha se la tragó sin ponerla en duda y se apartó para hacerle sitio en su lecho.

La dama que acababa de encontrar no le disgustaba, pero aún tenía el corazón embargado por la otra. Seguro que Utsusemi estaba en algún escondrijo, felicitándose por haberle dado esquinazo. Se había ido a enamorar de la criatura más obstinada del mundo, y parecía locura perseguirla. Pero la muchacha que tan bien lo acababa de acoger era joven y encantadora, y, entre abrazo y abrazo, se puso a hablarle de amor.

—Dicen los clásicos que los amores secretos son más profundos que los públicos —le susurró en tono persuasivo—. No me juzgues mal, pero he de

guardar las formas y no puedo lanzarme siempre de cabeza a donde el deseo me empuja. En cuanto a ti, seguro que muchos te criticarían si supieran... Pero no me olvides...

—Me temo —dijo Nokiba no Ogi, que así llamaban a la muchacha— que no seré capaz de escribirte.

—Mejor será que no participemos nuestro secreto a la gente vulgar, pero no hay nada que impida que mi paje te traiga alguna notita mía de vez en cuando... y que tú me contestes, si te apetece. Mientras tanto, hagamos como que no ha pasado nada.

Así le habló, saltó del lecho y, al salir del dormitorio, sus pies se enredaron con el chai de seda que había caído de los hombros de la fugitiva Utsusemi. Poco le costó reconocer la prenda de su adorada, y se agachó a recogerla. Al irse pasó junto a Kogimi, que dormía, y le despertó. El chico se puso en pie de un salto y abrió la puerta, pero una criada le llamó.

—¿Qué pasa?

—Soy yo —contestó el chaval, confuso.

—¿Puede saberse a dónde diablos vas a estas horas de la noche?

—A ninguna parte —respondió Kogimi escuetamente.

Hizo salir a Genji por la puerta, y la anciana vislumbró su silueta a la luz de la luna.

—¿Quién está contigo? ¡Seguro que es Mimbú! Sólo Mimbú es tan alta...

Mimbú era una criada de la que todos se burlaban por su estatura excepcional, y la llamaban «el espantajo». De modo que el chico había salido a pasear con Mimbú.

—Algún día tú serás tan alto como ella —añadió la mujer, y se puso a seguirlo. Genji no sabía cómo dar esquinazo a la vieja, y se refugió en el lado más oscuro de la galería. Pero la criada no se daba por vencida:

—Has estado con la señora... En los últimos días me ha dolido mucho el estómago y he permanecido encamada, pero la noche pasada me llamó porque quería tenernos a todas a su lado. ¡Ha sido terrible! Tu hermana es muy caprichosa. ¡Que tengáis una buena noche!

Al fin pudo huir. El muchacho le acompañó hasta su casa, y Genji le contó los sucesos de aquella noche tan movida y le riñó por su incompetencia. El aprendiz de alcahuete se justificaba como podía y achacaba su fracaso al temperamento frío de su hermana.

—Me rechaza y no hay nada a hacer —se quejaba el príncipe—. Pues ¿qué le costaría enviarme una respuesta cortés? Quizás la explicación del enigma está en el hecho de que *ama* de veras a su marido... Seguro que ésta es la causa de todo...

Genji se metió en la cama envuelto en el *chai* de Utsusemi.

—Te aprecio mucho —dijo a Kogimi—, pero me temo que en el futuro no podré verte sin recordar este desgraciado episodio y nuestra amistad se acabará.

Esta última observación puso triste al chico y se retiró cabizbajo.

El príncipe, incapaz de pegar ojo, pidió recado de escribir y compuso este poema:

«Bajo el árbol, el caparazón vacío de una
cigarra. Tristes pensamientos debajo del
caparazón de una dama.» [45]

Se preguntaba qué estaría pensando de él la bonita y sensual hijastra de Utsusemi, pero no se decidió a enviarle ningún mensaje. El *chai* seguía despidiendo el perfume delicado del cuerpo de su propietaria, y Genji pasó la noche besándolo apasionadamente.

Cuando Kogimi se presentó en la estancia de Utsusemi, fue recibido con reproches e improperios:

—¡Lo ocurrido ayer resulta intolerable! Por mucho que me esfuerce en contar lo que realmente sucedió, nadie me creerá. ¿Cómo es posible que tu amo no deje de hacer bobadas de una vez por todas?

Apaleado por ambos lados, el pobre paje se debatía en un mar de confusiones. Finalmente sacó del bolsillo la carta de Genji, y su hermana no pudo evitar abrirla y echarle un vistazo. Al leer la referencia al caparazón de la cigarra, supo enseguida que se trataba de su *chai*. ¿Por qué lo citaba? Recordó entonces unos versos famosos: *los húmedos vestidos que los*

pescadores de Ise abandonaron en la playa..., pero no fue capaz de entender qué quería decir con ello exactamente el príncipe.

Mientras, la hijastra volvió al apartamento del ala oeste. Se sentía incómoda porque le hubiese encantado explicar su aventura nocturna a todo el mundo, pero no se atrevía. La llegada del hermano de Utsusemi la llenó de excitación. Pensaba que le traería un mensaje, pero se equivocaba, de modo que su corazón, tan alegre casi siempre, se vio envuelto en una nube de tristeza.

Aunque Utsusemi había procurado acorazarse contra el amor del príncipe, deseó una vez más ser libre al leer la carta que Genji le había enviado. ¡Con qué nostalgia evocó los días de su juventud! Al margen del billete garrapateó estos versos de la dama de Ise:

«Como el rocío sobre las frágiles alas de
la cigarra, mis lágrimas se pierden en la
manga de seda.»

Capítulo 4 Yugao

I

Dos años después de su matrimonio con Aoi, Genji conoció a la princesa Rokujo, ^[46] viuda del príncipe Zembo, hermano mayor de su padre. El matrimonio tenía una sola hija, Akikonomu, que aún no había cumplido el año al quedar sin padre. Exceptuando la inaccesible Fujitsubo, Rokujo era, con mucho, la dama más inteligente, hermosa y culta de cuantas se movían en torno a Genji. Con el pretexto de querer consolarla por la pérdida sufrida, el príncipe empezó a dejarse caer por la mansión que la dama ocupaba en la Sexta Avenida, y pasaban las tardes juntos, hablando de poesía o haciendo música.

Al principio a nadie extrañaba aquella asiduidad que no parecía en absoluto criticable, pues no sólo era Rokujo tía del príncipe, sino que tenía siete años más que él. Pero, sea porque ya había existido un vínculo entre ambos en una vida anterior, sea por la frialdad y el desinterés que Aoi reservaba tanto en público como en privado para su joven esposo, en poco tiempo la viuda, mujer de temperamento apasionado, y Genji se convirtieron en algo más que una tía y un sobrino «en buenas relaciones». En cuestión de pocas semanas el secreto se hizo público y llegó a oídos de la familia del ministro de la izquierda para tormento de todos sus miembros

salvo la más afectada, Aoi, que mostró (o, por lo menos, aparentó) la mayor indiferencia ante aquel rumor insidioso que todos daban por cierto. [47]

Cierto día Genji, de camino a casa de su amante Rokujo, se detuvo en la casa que tenía en el barrio de Gojo la madre de su escudero Koremitsu, una buena mujer que había sido su nodriza en los años no tan lejanos de su infancia. Gravemente enferma, la mujer se había hecho monja. Como la puerta de los coches estaba cerrada, el príncipe llamó a Koremitsu, y, mientras le esperaba, se puso a observar el entorno, un barrio sucio y lleno de gente. Al lado de la casa de su ama había una cerca nueva construida con una celosía de ciprés, y detrás de las persianas, blancas y limpias, vislumbró hermosas frentes que parecían corresponder a mujeres. ¿Qué clase de damas podían vivir en aquel lugar mísero?

Llevaba un coche muy sencillo y no le acompañaban pajes ni heraldos. Convencido de que no iba a ser reconocido, asomó la cabeza y examinó la casita detenidamente. La puerta principal —otra celosía de ciprés— estaba abierta de par en par, y pudo comprobar que se trataba de una mansión pequeña y modesta. Por un momento compadeció a sus habitantes, pero enseguida recordó el poema que nos enseña que todas las mansiones de este mundo son provisionales: un palacio y una barraca, al fin y al cabo, vienen a ser lo mismo. Había otra pared que recubría una calabacera trepadora, y Genji observó que los pétalos blancos de las flores parecían labios que sonreían entre las hojas.

—Las llaman «flores de luna» [48]—le explicó su criado—, y sorprende ver tantas en la misma pared.

Tenía razón: resultaba extraño y delicioso a la vez ver tantas flores blancas sobre las paredes, los techos y las vallas de aquel barrio miserable.

—Una flor poco afortunada —observó Genji—. Coge una para mí.

El hombre atravesó la puerta y cogió un par de flores. Una muchacha vestida con calzas de seda amarilla salió por una de las puertas correderas de la casa, hizo una señal al hombre y le dijo, alargándole un abanico:

—Colócalas encima del abanico. No puede afirmarse que sean flores extraordinarias, pero el abanico tampoco lo es.

Entonces se presentó Koremitsu, el hijo del ama, y se excusó por haber hecho esperar al príncipe.

—No daba con la llave. Afortunadamente la gente de este barrio no te conoce, y no creo que te hayan molestado. Pero reconozco que no es un lugar agradable para esperar delante de una puerta...

Abrieron el portalón de los coches de par en par y el de Genji entró en el patio de la casa de la monja. Le esperaban el hermano de Koremitsu, su cuñado Mikawa no Kami y su hermana, y todos se mostraron encantados con aquella visita inesperada. No sabían cómo agradecerle el honor, y la pobre mujer se levantó de la cama para abrazarlo:

—No me importaba abandonar el mundo salvo por el deseo que tenía de volver a verte. Pero tú no aparecías por aquí, y acabé perdiendo la esperanza. Entonces hice los votos, unos votos que me han alargado la vida, y tu visita de hoy me anuncia que la luz del señor Amida ^[49] me sonreirá cuando llegue el fin.

La pobre anciana rompió a llorar. Genji, hondamente emocionado, le respondió:

—Me contaron no hace mucho que estabas muy enferma y la noticia me llenó de angustia. También he lamentado profundamente que hayas abandonado el mundo al tomar los hábitos. Quiero que vivas muchos años y seas testigo de mi carrera. Estoy convencido de que, si lo consigues, renacerás en las cumbres más altas de la Tierra Pura, pues he oído decir que los que mueren sin ver satisfechos todos sus deseos, se van con un mal karma que perturba su futura reencarnación.

El amor que sienten las nodrizas por los niños que han alimentado con su leche determina que los tengan por unos seres extraordinarios por muy estúpidos que sean. No ha de parecer extraño, pues, que el ama de Genji, que había representado un papel tan importante durante su infancia, hubiese considerado siempre su oficio en la corte como la cosa más importante del mundo. Como no era capaz de dejar de llorar, sus hijos se avergonzaron de que su madre, que había recibido órdenes sagradas, se sintiese todavía tan atada a su pasado en el mundo, y se miraban, confusos. Pero Genji se emocionó:

—Todos los que me amaban me abandonaron cuando yo era todavía muy joven. Luego llegaron otros a ocuparse de mí, pero tú fuiste la única que amé de veras. Cuando crecí, no pude estar a tu lado todo el tiempo que hubiese deseado y tampoco he podido acudir a tu casa hasta hoy. Y, sin embargo, nunca he dejado de pensar en ti de la mañana a la noche, ni de desear, como el poeta, que nuestra separación en la tierra no fuese definitiva.

Habló con solemnidad, y el perfume que emanaba de la manga de su túnica llenó la estancia. Incluso los hijos del ama, que le habían reprochado tácitamente su falta de control, se pusieron a llorar y comprendieron los sentimientos de su madre.

Genji ordenó que se celebrasen servicios y se rezasen plegarias por la salud de la mujer, y se despidió de ella y de su familia. Al irse pidió un antorcha y se puso a examinar el abanico sobre el cual le habían entregado las flores blancas. En la seda alguien había escrito disfrazando la letra — una letra que, aun tergiversada, revelaba elegancia y buen gusto— este poema:

«La flor que te ha seducido es sólo la flor
de luna, la más rara de todas por su túnica
resplandeciente de rocío.»

—¿Quién vive en la casa de la izquierda? —preguntó a Koremitsu—. ¿Lo sabes?

Koremitsu, que detestaba el papel de alcahuete, le contestó que sólo había pasado los últimos cinco o seis días en casa de su madre, y que, preocupado por la salud de la anciana, no había hecho preguntas sobre el vecindario.

—No te enfades conmigo pero este abanico me intriga. Pregunta a alguien que conozca a los vecinos.

Koremitsu entró en su casa e interrogó a un criado. He aquí lo que sacó de él: la casa contigua pertenecía a un subprefecto. El marido pasaba la vida de viaje y la mujer, una dama joven y educada, tenía hermanas que la visitaban con frecuencia. No sabía nada más.

Seguro que la autora del poema es una de las hermanas, pensó Genji, e imaginó una persona despierta y con experiencia, quizás incluso un poco vulgar, pero la sencillez familiar de los versos no le había parecido mal. Enseguida supo que le costaría quitársela de la cabeza. Disfrazando su caligrafía, escribió una nota y la hizo llevar a la casa por el mismo hombre que había cogido las flores:

«Acércate un poco y sabrás de quién era
el rostro que el atardecer ocultaba.»

El mensajero regresó con las manos vacías, y Genji se fue, francamente decepcionado, iluminando sus pasos con un par de antorchas. Las persianas de la casa estaban ahora cerradas, y a través de las rendijas se adivinaba una luz mortecina.

Cuando llegó a la mansión de la princesa Rokujo, le esperaba una escena muy distinta: un magnífico parque y un jardín plantado con un gusto exquisito, todo ello muy espacioso y digno. Pero la dama se mostró extrañamente fría y taciturna. El príncipe olvidó pronto la casita de las flores blancas y se durmió enseguida. Como pasó más tiempo junto a su amante del que pensaba, cuando se puso en marcha para regresar a su casa el sol ya estaba alto. Parecía tan hermoso a la luz de la mañana que las mujeres entendieron las razones de tanta admiración.

Al regresar a su residencia de Nijo, volvió a pasar por delante de la casita de las flores de luna como había hecho tantas veces sin darle mayor importancia. Pero el incidente de la noche anterior había despertado su curiosidad y quería averiguar a cualquier precio quién vivía bajo aquel techo.

—Mi madre no está bien y he ido a visitarla —le dijo Koremitsu, pasados unos días—. Al ver que te interesaba, hice llamar a un hombre que conoce bien al vecindario y le interrogué. Parece que en el quinto mes cierta dama fue en secreto a vivir a la casa de las flores blancas y que ha estado viviendo allí hasta hoy, pero ignora su identidad. Espiando a través de la celosía, he podido comprobar la existencia de muchachas jóvenes detrás de las persianas. Sus túnicas indican que sirven a alguien de cierta relevancia.

Ayer mismo, al anochecer, pude ver a la señora escribiendo una carta. Es francamente hermosa, y parecía perdida en sus pensamientos mientras las mujeres que tenía a su alrededor lloraban.

La historia no sorprendió a Genji, pero no se conformó con ella: quería saber más. Koremitsu pensaba que, por muy importante que fuera Genji, teniendo en cuenta su juventud y la admiración que despertaba entre las mujeres, resultaba cruel impedirle que se embarcara en alguna aventura de vez en cuando. El rango no coloca a nadie por encima de las tentaciones.

—Escribí a la dama para obtener más información —prosiguió el escudero—, y me hizo llegar una respuesta llena de seso y muy bien escrita. La mayor parte de las mujeres que tiene a su alrededor parecen muy presentables, aunque la familia no sea obviamente de alcurnia.

—Investiga todo lo que puedas. No me consideraré satisfecho hasta saberlo todo.

Volvamos ahora a la sensata Utsusemi.

La frialdad de la dama había desconcertado a Genji. Si le hubiese dado alas, seguro que se habría hartado de ella en poco tiempo y la habría abandonado. Pero su evidente fracaso determinó que no se la pudiese quitar de la cabeza, de modo que se pasaba la vida trazando planes para volverla a ver. La discusión con To no Chujo y sus compañeros durante aquella memorable tarde lluviosa en palacio había despertado su interés por las mujeres de todo tipo. Antes una mujer como Utsusemi no le hubiera atraído lo más mínimo, pero aquella conversación había ampliado notoriamente su interés por el sexo contrario. Incluso se había interesado por la hija del gobernador de Iyo, aquella muchacha que parecía tan frívola y fácil de conseguir a poco esfuerzo que uno pusiera. Y, sin embargo, la sospecha de que su madrastra había sido testigo oculto de su «conversación» con la otra le atormentaba. Con todo, el príncipe resplandeciente confiaba todavía tanto en sus encantos que no había descartado aún recibir alguna señal de parte de la dama cuyo adorado chai mantenía en su poder.

El gobernador de Iyo regresó a la capital, y se presentó en casa de Genji. Su tez quemada por el sol y el desaliño de su indumentaria le daban un aspecto francamente desagradable.

Y, sin embargo, era un hombre de buena familia al que los años no habían hecho olvidar cómo hay que comportarse ante un superior. Se pusieron a hablar de las peculiaridades de la provincia de Iyo y sus fuentes termales, y Genji se permitió algunas bromas. De pronto, el príncipe calló, confuso. Tuvo compasión del pobre gobernador. Aunque seguía dolido por la frialdad de la mujer, pensó que, si se ponía por un momento en la piel del marido —un pobre anciano patético y aburrido—, no se podía pedir más.

El funcionario le comunicó que estaba buscando un marido para su hija y que pensaba llevarse a su esposa a la provincia que gobernaba. Genji acusó el golpe y le faltó tiempo para volver a llamar a su joven alcahuete y pedirle que le consiguiera otra entrevista con su hermana. Ella volvió a negarse, pero consintió en mantener una discreta correspondencia ocasional con el príncipe siempre que él estuviera dispuesto a «guardar las formas» y a no pedir imposibles.

Y así fue. Como ella no quería que la olvidase del todo, ponía en las respuestas que le enviaba observaciones y detalles que llenaban a Genji de admiración. A pesar de la distancia el joven seguía mostrándose interesado en la dama «del caparazón de la cigarra». En cuanto a su hijastra, estaba absolutamente convencido de que le recibiría en su lecho con los brazos abiertos cualquiera que fuese el marido con el que la casaran, de manera que el matrimonio anunciado por su padre no le quitó ni un instante de sueño.

Cuando llegó el otoño, Genji se había complicado tanto la vida que cada vez pasaba menos tiempo en la mansión de San-jo con gran dolor de su suegro. En cuanto a su relación con la princesa Rokujo, una vez que hubo vencido la resistencia de la dama y se hubo salido con la suya, la pasión del joven empezó a enfriarse. La mujer, en cambio, empezó a sufrir depresiones y angustias, sobre todo durante las largas noches que pasaba sin dormir esperando su visita en vano.

Una mañana brumosa, Genji, despertado por sus criados, abandonó el dormitorio de la princesa bostezando y de mal humor. Una de las sirvientas levantó una persiana para que su señora le viera partir. Rokujo se incorporó, clavando el codo en el lecho, y miró en dirección al jardín. ¡Qué hermoso le pareció Genji, de pie delante de las flores que crecían al otro lado de la galería! Cuando estaba a punto de salir, se le acercó una criadita esbelta y graciosa vestida con una túnica verde claro llena de flores bordadas que hacía resaltar la elegancia natural de su figura. El príncipe miró hacia atrás, la vio y le pidió que se sentase a su lado en un banco. Al ver el efecto de los largos cabellos que caían sobre la túnica, la tomó de la mano y le recitó este poema:

—Aunque no quisiera que me acusaran
de ir de flor en flor, no me disgustaría coger
este dondiego de día. ^[50]

Ella le contestó con la mayor naturalidad como si estuviese hablando con su señora:

—Te corre prisa desaparecer entre las
brumas matinales. Se diría que no tienes
corazón para con las flores que pisas.

Salió entonces al jardín un paje muy elegante vestido con bombachos de seda que el rocío empapó enseguida, y se puso a hacer un ramo de dondiegos para Genji, que hubiese deseado poder pintar la escena.

Volvamos ahora a la misteriosa vecina de la madre de Koremitsu. El escudero había llegado casi hasta el final en su labor de investigación y

estaba comunicando los resultados a Genji.

—No he sido capaz de averiguar quién es exactamente la señora que te interesa —hubo de confesar al príncipe—. Parece decidida a ocultarse del mundo. Sus sirvientas y amigas matan el tiempo sentadas en la galería, viendo pasar los carruajes. A veces la dama que parece ser su señora se sienta entre ellas. Aunque no he podido verla bien, parece muy hermosa. No hace mucho pasó un coche con un cortejo de pajes, y las mujeres se pusieron a llamar a una tal Ukon, diciéndole que saliera deprisa porque pasaba «el capitán». Entró entonces una anciana y las hizo callar. ¿Cómo podían estar tan seguras?, les preguntó. El jardín y la calle se comunican mediante una especie de puente levadizo. La pobre mujer tropezó y cayó de cabeza en la cloaca. «¡Maldito sea el dios de los puentes!», exclamó, y se desentendió del carruaje. Le dijeron que «el capitán» no iba vestido de gala, pero que le acompañaban pajes. Alguien dejó caer el nombre de To no Chujo...

—¡Me gustaría ver el coche con mis propios ojos! —dijo Genji, y se preguntó si se trataría de la misma dama de la que había hablado su cuñado en aquella tarde lluviosa, diciendo que temía haberla perdido para siempre. Koremitsu prosiguió sonriendo al notar la curiosidad del príncipe.

—He de confesarte que tengo mis motivos para estar interesado en las bonitas habitantes de la casa de las flores de luna y, a fuerza de preguntar, me he enterado de que la señora se dirige a las mujeres que la rodean como si fuesen sus iguales. Pero cuando empecé a visitarlas, pude comprobar que, aunque las viejas fingen muy bien, las más jóvenes suelen referirse a la dama que te interesa como «la señora».

—La próxima vez que vaya a visitar a tu madre echaré un vistazo —dijo Genji y recordó la imagen de aquella casa medio en ruinas. Estaba seguro de que la dama pertenecía a la más baja de las clases, aquella clase que su cuñado había asegurado despreciar tanto. Al cabo de unos días Koremitsu le hizo saber que le había conseguido una cita con la señora de la casa de las flores de luna, a la que llamaremos Yugao.

Genji no sabía quién era la dama ni quería que ella le reconociese, así que se presentó sin coche ni cabalgadura y vestido con enorme sencillez. Ha

de estar terriblemente interesado, pensó el escudero, e insistió hasta que el príncipe aceptó montar en su caballo mientras él andaba a su vera. Para mantener en secreto la expedición, Genji se hizo acompañar por el mismo servidor que había sido su intermediario en la aventura de las flores de luna y un paje que nadie conocía, evitando detenerse en casa de su ama. Tantas precauciones desconcertaron a Yugao y, en cuanto el príncipe se despidió al despuntar el alba, le hizo seguir para averiguar dónde vivía, pero sin resultado.

Genji se aficionó mucho a ella y decidió que la seguiría visitando pese a la diferencia de rangos, de modo que iba a verla con enorme frecuencia. En aventuras anteriores —unas aventuras capaces de confundir al hombre más serio del mundo—, Genji había sabido conservar siempre el dominio de la situación para evitar la censura de los de su clase. Ahora, por primera vez en su vida, en cuanto, tras una visita nocturna, abandonaba la casa de Yugao por la mañana, empezaba a preguntarse si sería capaz de aguantar un día entero hasta regresar a ella. Por más que se riñera casi con violencia, no podía actuar de otro modo. Era una locura, no había razón alguna para obsesionarse tanto, se reprochaba, incapaz de entenderse a sí mismo. Lo cierto es que la muchacha tenía un carácter amable y reposado y, aunque a veces podía parecer un poco apática o infantil, resultaba evidente que sabía más de lo que aparentaba sobre los hombres. No parecía de muy buena familia... ¿Qué tenía, pues, que tanto le fascinaba? ¿Por qué no era capaz Genji de prescindir de ella?

El príncipe procuraba ocultar su rango por todos los medios y vestía siempre ropas de viaje. Llegaba de noche, cuando todos dormían, y Yugao se asustaba como si fuese el aparecido de una leyenda antigua. No necesitaba ver la cara del hombre para saber que era un noble. Pero ¿quién podía ser? Empezó a sospechar de Koremitsu. Era él quien le había metido en casa el misterioso visitante... Koremitsu se ocupaba de su propio idilio y se mostraba indiferente a la otra historia. ¿Qué significaba todo aquello? La pobre dama se pasaba la vida haciendo cabalas.

También Genji vivía continuamente angustiado: si un día la mujer huía o se ocultaba, ¿dónde iría a buscarla? Aquella casita era a todas luces un

domicilio provisional, y temía que, en cualquier momento y sin darle aviso, se mudara a otra parte. ¿Sería capaz de olvidarla? No estaba muy seguro. Las noches que, para no llamar la atención, se abstenía de visitarla, eran un infierno. Al fin decidió que la llevaría a su mansión de Nijo, aunque sabía que si la descubrían allí se armaría un escándalo, por más que él proclamase que todo estaba predeterminado por sus vidas anteriores.

—Te llevaré a un lugar precioso donde nadie nos molestará —le dijo.

—¡De ningún modo! —contestó ella—. La idea de seguir a un hombre tan misterioso como tú me da terror.

Le sobraban motivos para tener miedo, pero su terror infantil hizo sonreír a su amante.

—Seguro que uno de nosotros dos es un zorro disfrazado, ¿pero cuál? —dijo el príncipe—. No tengas miedo y hazme caso.

Vencida su resistencia, Yugao se sometió a la voluntad de Genji y pareció dispuesta a aceptar las proposiciones más disparatadas. El príncipe no pudo evitar el recuerdo de la dama a la que To no Chujo se había referido como «clavel silvestre» durante aquella larga tarde de lluvia. Prefirió, sin embargo, no hacerle preguntas, convencido de que ella no tenía ningunas ganas de recordar su pasado. Por otra parte, se dijo, no parecía una mujer aficionada a la sensiblería y a desaparecer súbitamente, de modo que si su relación con su cuñado había acabado mal, la culpa debía achacarse a To no Chujo con toda seguridad. No, él no se mostraría tan negligente, y haría lo posible por serle relativamente fiel...

La luna espléndida del octavo mes brillaba a través de las grietas de la techumbre. No estaba acostumbrado a casas tan destartadas, pero aquel ambiente le fascinaba. Al alba le despertaron voces estridentes y plebeyas procedentes de las barracas de la callejuela. Escuchó cosas como ésta: «¡Qué frío hace! Tengo los pies helados. No sé qué pasará este año con las cosechas y, si no podemos viajar, todo se torcerá... Esperemos lo peor... ¿Me escuchas, compadre?»

Se oía todo: el estrépito que causaban los vecinos —pobres gentes que marchaban de mala gana a sus tareas cotidianas— hubiese debido avergonzar a Yugao, y, de haber sido una mujer vanidosa, habría deseado

morir. Pero, siendo de temperamento plácido, no se tomaba nada demasiado en serio por muy desagradable que fuese. Sus maneras elegantes y un tanto infantiles proclamaban que pasaba por alto el jaleo que llegaba de la calle como si no lo oyese. El prefería aquella actitud sosegada a un rubor exagerado de las mejillas o a cualquier otra muestra de consternación. Súbitamente explotó el estruendo del molino de grano, más terrible que el trueno, que parecía surgir de la almohada sobre la que reposaba su cabeza, y le dejó sordo. Genji desconocía el origen de aquel estrépito, pero se dijo que podía despertar a los muertos. El aire fue llenándose de rumores: la maza del tintorero que golpeaba el tejido chorreante, los gritos de los patos que pasaban volando sobre sus cabezas...

Abrieron las persianas y miraron al exterior. Habían estado durmiendo junto a la galería, y delante de sus ojos las cañas de bambú negro aparecían llenas de gotas de rocío. Los insectos de otoño hacían sonar sus instrumentos y, aunque el príncipe había oído ya el canto de los grillos en otras ocasiones, nunca lo había percibido desde tan cerca. El mundo le pareció lleno de sonoridades maravillosas, y su admiración por la muchacha borraba los detalles menos agradables que la rodeaban. Vestida con una sencilla túnica blanca y un *uchiki* de color espliego parecía una personita bella y frágil. Ninguno de sus rasgos era excepcionalmente hermoso y, con todo, sus formas esbeltas la hacían tan delicada y atractiva que Genji temía oír su voz. Aunque le faltaba un punto de ingenio, le parecía irresistible y quería llevársela a un lugar donde no fuesen molestados.

—Te llevaré a un lugar cercano, y allí pasaremos lo que queda de la noche.

—¿Qué quieres decir? —respondió Yugao—. ¿Pretendes raptarme por sorpresa?

Genji le prometió que sería su amor en esta vida y en todas las futuras. Lo cierto es que aquella dama le desconcertaba: le costaba creer que hubiese mantenido ya relaciones con otros hombres. Sea como fuere, hacía tiempo que había dejado de preocuparse por la opinión del mundo, de manera que ordenó a Ukon que llamase a sus hombres y a su coche. Las

mujeres de la casa se asustaron al ver los preparativos de fuga, pero, convencidas del amor del príncipe, decidieron confiar en él.

Ya era casi de día, y los gallos habían dejado de cantar. Sólo se oía la voz de un anciano que invocaba a Buda antes de emprender un viaje de peregrinación a Mitake. La voz sonaba triste y fatigada. ¿Qué imploraba aquel hombre?

—Gloria al Buda que ha de venir —canturreaba el anciano.

—Escúchale —dijo Genji—. Está pensando en el otro mundo. Es una señal de buen augurio:

»El hombre devoto nos guiará mientras nos juramos amor por todas las vidas que nos esperan.

El voto del emperador chino y Yang-Kuei-Fei no parecía el más apropiado —su historia de amor había acabado de muy mala manera—, de modo que Genji profirió una invocación al señor Maitreya, Buda del futuro, pero ella no se sentía tan segura y recitó:

—He conocido tanto dolor en los años ya vividos que pienso que no es sensato hacer votos para el futuro.

La luna rozaba ya las colinas del oeste y Yugao no acababa de decidirse a acompañarlo. Mientras él insistía, la luna desapareció completamente detrás de las nubes que adornaban el cielo matinal. Como Genji quería marchar antes de que la luz de la mañana lo delatara, levantó a la mujer del suelo como si fuese una pluma, la metió en el coche y se la llevó a un pabellón cercano medio abandonado, al que había recurrido en alguna aventurilla. Ukon les acompañó.

Cuando llegaron al pabellón, el príncipe reclamó la presencia del guardián. Mientras lo buscaban, Genji observó el mal estado de la puertas y la jungla de helechos que lo había invadido todo. La bruma era espesa y caía tanto rocío que, al sacar el brazo del coche, la manga del príncipe quedó empapada.

—Se diría que me estoy embarcando en una nueva aventura y que no me van a faltar quebraderos de cabeza —murmuró Genji, e improvisó este poema:

—Seguro que este camino nuevo y extraño que atraviesa el alba confundió a los hombres de otros tiempos como ahora me confunde a mí.

Yugao le contestó con otro poema:

—Soy como la luna que vaga, perdida, en el cielo vacío temiendo desaparecer entre las montañas que la asedian.

Parecía deprimida y nerviosa, pero Genji lo atribuyó al hecho de que la muchacha había vivido siempre en casas pequeñas y llenas de gente. El coche entró en el jardín y los dejó delante de la galería. Habían dispuesto una estancia para ellos en el ala oeste. Aunque Ukon intentaba fingir inocencia, en su fuero interno comparaba lo que estaba pasando con anteriores aventuras de su señora. El entusiasmo que el servicio ponía en satisfacer a Genji lo delataba. Cuando la pareja bajó del coche, ya era de día. A pesar de las prisas, la estancia que les esperaba parecía limpia y ordenada.

—Lo siento, señor, pero no tenemos sirvientas —dijo un criado que había servido en casa del suegro del príncipe—. ¿Quieres que busque alguna?

—No. Quiero estar solo. Prefiero que nadie me conozca.

El hombre improvisó un desayuno, mientras Genji prometía a la muchacha que le demostraría la fuerza de su amor, un amor que, paciente como un río, no se acabaría nunca.

III

Cuando despertaron, el sol estaba en su cenit. El joven levantó las persianas y contempló el jardín abandonado que rodeaba la casa: los troncos de los árboles estaban podridos y llenos de musgo, y, como ningún jardinero se había ocupado de que plantas y flores destacaran por su variedad, las pocas que había eran tristes como las que crecen en los pantanos durante el otoño. Las malas hierbas se habían adueñado del estanque y el conjunto tenía un aspecto patético. La soledad era total. Un poco más lejos, una construcción sencilla parecía destinada a alojar al guardián.

—¡Un lugar poco estimulante! —observó Genji—. Pero estoy convencido de que si aparece algún demonio, pasará de largo...

Genji llevaba todavía el rostro medio cubierto, y ella se lo había reprochado. Sus relaciones habían llegado a un punto que ya no justificaba aquella discreción. Entonces Genji improvisó un poema:

—La flor que el azar nos ha brindado
junto al camino, se abre y expone a los ojos
del mundo cuando cae el rocío del atardecer.

Yugao le contestó, susurrando:

—El rostro parecía brillar con el rocío del
atardecer, pero la luz del sol poniente me ha
cegado.

La dama hallaba al joven todavía más hermoso de lo que el poema daba a entender.

—Te he ocultado mi nombre hasta ahora porque tú, ingrata, no has querido revelarme el tuyo. Dímelo ahora. Este silencio parece de mal augurio.

—Soy como la hija del pescador del poema, que no tenía casa ni nombre... —respondió ella, ocultando su nombre como una niña.

—Como tú quieras —dijo él, y la conversación de la pareja prosiguió con un intercambio de reproches y frases tiernas durante horas.

Koremitsu se presentó en la casa con víveres. Como se sentía culpable del modo en que había tratado a Ukon al hacer posible el rapto de su señora, no se entretuvo mucho. Llegó a la conclusión de que la muchacha tenía gracias especiales que él no había sido capaz de descubrir: solamente así se explicaba que Genji se hubiera lanzado a aquella aventura disparatada. También se admiró de su propia generosidad, pues acababa de poner en manos de Genji una presa que hubiera podido hacer suya fácilmente.

Genji y Yugao contemplaban el cielo immaculado del atardecer. La oscuridad del pabellón —una mansión grande y laberíntica— asustaba a la dama, de manera que Genji levantó las persianas de la galería. Yacían el uno junto al otro y se miraban a medida que el cielo se iba oscureciendo. Ella estaba asombrada: todo le parecía tan, tan extraño... Poco a poco fue borrando el recuerdo de pasadas faltas y cada vez se sentía mejor al lado de aquel hombre misterioso que la arrullaba como un pájaro a sus crías. Genji la encontraba maravillosa. El rumor más leve hacía que ella se estremeciese, y el príncipe se burlaba de la dama como de una criatura deliciosa. Al fin echó las persianas e hizo traer luces.

—Se diría que empiezas a encontrarte bien a mi lado... Me gustaría saber en qué estás pensando —dijo a la muchacha.

¿Qué comentarios estarían circulando ya en la corte? ¿En qué lugar empezarían a buscarlo? Seguro que Rokujo estaba furiosa, aunque no le faltaban razones para sentirse ultrajada. Sus ataques de celos no eran en absoluto agradables. En todo eso pensaba Genji mientras contemplaba a la muchacha que yacía a su lado, tan sencilla y poco exigente... Rokujo, en cambio, no le dejaba nunca en paz. ¡A veces deseaba librarse de aquel yugo de una vez por todas!

Después de la medianoche se le apareció al lado de la almohada una mujer alta y majestuosa que se puso a increparle:

—¿Por qué no acudes nunca a visitarme cuando me paso la vida pensando en ti? Y mientras tanto pierdes el tiempo al lado de una criatura sin mérito alguno... ¡Es un juego cruel y no voy a tolerarlo!

Le pareció que la mujer misteriosa iba a hacer daño a la muchacha pero en este instante de su sueño despertó con la sensación de que se había apoderado de él un ser maligno. La lámpara se había apagado. Asustado, puso la espada bajo la almohada y despertó a Ukon, que también parecía asustada.

—Sal a la galería y despierta al guardián. Que traigan luces.

—¡Qué oscuro está todo! —se lamentó Ukon.

—Hablas como una niña... —dijo él, con una sonrisa en los labios.

Bromeando, dio unas cuantas palmadas que solamente contestó el eco. La muchacha temblaba violentamente, empapada en sudor como si estuviese a punto de desmayarse.

—Es una cosita tan tímida... —comentó Ukon—. Mírala, tan asustada cuando no hay motivo alguno para estarlo...

Sí, pobrecita, pensó Genji. Se la veía tan frágil y había pasado todo el día contemplando el cielo.

—Iré a buscar a alguien. ¡Qué eco más terrible! Quédate tú con ella.

Dejó a Ukon junto a Yugao. La galería occidental estaba a oscuras y soplabla una brisa agradable. Sus tres acompañantes dormían. Les llamó, y le respondió una voz.

—¡Traednos luces! Despierta a los demás y preparad vuestros arcos. ¿Desde cuándo se ponen a dormir los guardias en una casa desierta? Creía que Koremitsu estaba aquí.

—Ha venido, pero ha dicho que no ha recibido ninguna orden, de modo que se ha ido y volverá por la mañana.

Aquel hombre había sido arquero imperial y, haciendo sonar el arco, corrió a casa del guardián gritando: «¡Fuego! ¡Fuego!» Si estuviésemos en la corte, pensó Genji, los cortesanos de servicio ya habrían desfilado y se estaría cambiando la guardia: de hecho, no era tan tarde. Luego volvió a entrar y halló a la muchacha como la había dejado. Ukon estaba echada a su lado.

—¿Qué estáis haciendo? —les gritó—. ¡No seáis bobas! ¿Teméis acaso a los espíritus con cuerpo de zorro que hacen travesuras en las casas abandonadas? ¡No tengáis miedo que no se me van a acercar!

De mal humor apartó a Ukon del lecho, arrastrándola por las piernas.

—No me encuentro bien —se lamentó la criada—. Y mi pobre señora está muerta de terror. —Lo está, y no entiendo el motivo.

El príncipe se acercó a Yugao: no respiraba. La levantó de la cama y era como un peso muerto. Desde el primer momento le pareció una criatura indefensa y ahora estaba seguro de que un poder maligno se había apoderado de ella. Entonces se presentó un hombre con una antorcha. Como Ukon estaba demasiado asustada para hacer algo, Genji desplegó un biombo delante del lecho.

—Acércame la luz —ordenó al hombre que, no teniendo acceso en circunstancias normales a la presencia de Genji, no osaba entrar en la estancia.

—Deprisa, deprisa... dame la luz. Olvida las ceremonias...

A la luz de la antorcha vislumbró la sombra errática de una figura al lado de la almohada. Correspondía a la mujer de su sueño. Súbitamente, aquella forma vaga se disolvió como las apariciones de que nos hablan las consejas antiguas. Asustado y confuso, sólo le preocupaba la muchacha, de modo que se arrodilló a su lado y se puso a llamarla, pero ella estaba fría y había dejado de respirar. La situación era espantosa. ¿A quién iba a dirigirse en busca de consejo en aquellas circunstancias? Hubiese dado cualquier cosa por tener un sacerdote a mano... Siempre había confiado en sí mismo y en su buena estrella, pero aquella situación le superaba. Al fin, desesperado, se abrazó al cuerpo inerte.

—¡Vuelve, vuelve, querida mía! ¡No me hagas eso!

La dama parecía de hielo. Ukon había conseguido dominar el terror que la paralizaba y se retorcía las manos llorando. Genji recordó vagamente la historia de un ministro que había topado con un demonio al pasar por el pabellón del sur.

—No es posible que esté muerta —dijo en voz alta, y luego se dirigió a Ukon—: ¿Qué significan esos llantos a medianoche? Hazme el favor de gritar un poco menos...

Luego volvió a dirigirse al hombre de la antorcha:

—En esta casa hay una persona muy enferma. Dile a tu amigo que averigüe dónde pasa la noche Koremitsu, y que lo haga venir inmediatamente. Si el sacerdote está todavía en casa de su madre, hazle venir también a él con discreción. Pero procura que su madre no se entere, pues desapruera esta clase de aventuras.

Aunque hablaba con mucha calma, tenía la mente confusa. La convicción de que él había sido el culpable de la muerte de la muchacha le pesaba como una losa. Y, por si fuera poco, el lugar y cuanto le rodeaba le llenaban de terror. Había pasado la medianoche, y el viento soplaba entre los pinos con fuerza creciente. Un silbido extraño, que atribuyó a un pájaro invisible, se mezclaba con el fiero ulular del ventarrón. ¿Sería una lechuza? Una siniestra soledad lo embargaba todo. Nunca debió llevarla a un sitio como aquél, pero los reproches ya eran inútiles. La lámpara parecía a punto de apagarse y Genji la despabiló. Tuvo la impresión de que algo se movía detrás del biombo que disimulaba un rincón de la estancia principal, pero seguramente se trataba de un efecto de la luz. Al poco rato el efecto se repitió en otro rincón. Al fin le llegó el rumor de los pasos de alguien que se estaba acercando.

Koremitsu era un ave nocturna sin dormitorio fijo: seguro que resultaba imposible de hallar... ¿Nunca volvería a salir el sol? ¿Había pasado una noche o mil noches? Desde muy lejos le llegó al fin el canto del gallo. ¿Qué horrible falta cometida en una vida anterior le había conducido a aquella situación? Lo castigaban por un amor culpable, por algún pecado suyo y de nadie más, y los hombres recordarían su historia execrable durante siglos. Todos los secretos acaban por saberse. Muy pronto se enteraría todo el mundo, empezando por su padre, y los pajes más humildes de la corte también cuchichearían sobre su desventura. Con el paso del tiempo, Genji se convertiría fatalmente en la imagen inmortal del perfecto imbécil.

Koremitsu se presentó en la casa del dolor: era el servidor ideal, incapaz de oponerse jamás a la voluntad de su amo, pero Genji estaba furioso porque durante *aquella* noche le había dejado solo y había tardado tanto en regresar. Le hizo pasar, pero no sabía cómo explicarle lo que acababa de

suceder. Ukon rompió a llorar otra vez de pena y de horror, y Genji, que había conservado una cierta claridad de ideas, se desmoronó.

—Ha ocurrido algo muy raro —le dijo—, algo auténticamente increíble... Lo hubiese dado todo por un sacerdote y he pedido a tu cuñado que venga...

—Ayer se fue a las montañas. ¿Se encuentra mal?

—No.

El dolor hacía a Genji tan bello que Koremitsu casi se echó a llorar también. Si hubiera sido un hombre más maduro, quizás habría podido ayudarlo, pero ambos eran aún muy jóvenes y se sentían absolutamente desconcertados. Koremitsu habló el primero:

—Hay que procurar que el guardián no se entere. Seguramente es un hombre de fiar, pero su familia no tanto. Hay que huir de este lugar como sea.

—¿Y adonde?

—Si la lleváramos a su casa, las mujeres se pondrían a chillar, y aquel barrio está muy poblado... Muy pronto habría una cola de gente en la puerta haciendo preguntas... Los templos de la montaña son algo muy distinto. Allí el peligro de llamar la atención no existe.

Calló durante unos instantes para reflexionar y luego prosiguió:

—Conozco a una mujer que acaba de entrar en un monasterio de las montañas del este. Es muy anciana —fue nodriza de mi padre—, y, aunque se encuentra en un distrito muy poblado, el monasterio está en un lugar solitario.

Aún no había apuntado el día cuando Koremitsu volvió a presentarse con el coche. Como Genji era incapaz de hacer nada, el escudero se encargó personalmente de envolver el cuerpo de la dama con una colcha y depositarlo en el coche. Era un cuerpo pequeño y bello que no daba asco. Los cabellos negros sobresalían de la mortaja como si quisiesen nublar los ojos de Genji.

El príncipe se había propuesto asistir a las ceremonias fúnebres, pero Koremitsu se lo desaconsejó.

—Monta en mi caballo y vete a tu casa de Nijo. A estas horas no encontrarás a nadie en las calles.

Ayudó a Ukon a subir al coche y se puso a andar delante de los bueyes, arremangándose la túnica. Era un cortejo fúnebre muy extraño, pensaba, pero estaba dispuesto a arriesgar su vida con tal de ayudar a su amigo. Genji regresó a su casa de Nijo.

—¿Dónde has estado? —le preguntaron sus sirvientas—. Tienes mala cara...

Genji no contestó. Solo en su dormitorio se apretaba el corazón con la mano. ¿Por qué no había ido con los otros? ¿Qué diría ella si resucitaba? Pensaría que la había abandonado. Entonces empezó a cubrirse de duros reproches. Le dolía la cabeza y tenía fiebre. ¿Y si también él se estaba muriendo? A la mañana siguiente no se levantó. Al ver que no salía de su aposento, las mujeres le entraron el desayuno, pero el príncipe no tenía apetito. Un mensajero se presentó a anunciarle que su padre estaba furioso porque no le había visitado el día anterior. Al poco rato llegaron sus cuñados, pero sólo dejó entrar a To no Chujo y le recibió detrás de una cortina.

—Mi pobre nodriza estaba muy enferma y se hizo monja en el quinto mes —le explicó—. Se afeitó la cabeza y se puso a hacer penitencia. Durante las primeras semanas pareció que mejoraba, pero luego volvió a recaer. Vinieron a buscarme para que fuera a despedirme de ella. No podía negarme a visitarla por última vez. Pero he aquí que uno de sus criados también estaba enfermo y murió de repente mientras yo me encontraba allí. Por deferencia hacia mi persona esperaron hasta la noche para retirar el cadáver, pero de todo eso me enteré después. No hubiera sido correcto presentarse en la corte contaminado por una muerte tan reciente cuando están a punto de empezar las fiestas del noveno mes, de modo que he permanecido en casa. Además tengo dolor de cabeza y me temo que me he resfriado. Os pido perdón a todos.

—Transmitiré tu mensaje al emperador, pero debes saber que ayer por la noche, durante el concierto, te hizo buscar, y, al no dar contigo, se puso muy furioso.

To no Chujo parecía a punto de irse, pero inesperadamente dio media vuelta y le espetó:

—¡Ea, muchacho! ¿Cuál es tu verdadero problema? No me he tragado ni media palabra de lo que me acabas de contar.

Genji se sorprendió mucho, pero fingió estar tranquilo. —Ahórrate los detalles —le ordenó—. Diles que estoy contaminado por una muerte.

A pesar de la frialdad que pretendía aparentar, no se veía con ánimo de reunirse con gente. Pidió a un cuñado más joven que explicase a su padre «sus razones» para no presentarse en la corte y envió un mensajero con la misma historia a la casa de sus suegros.

Koremitsu se presentó al anochecer. Como se sentía mancillado, Genji no permitía la entrada a las visitas, y había muy poca gente en la casa. Con todo, recibió a Koremitsu inmediatamente.

—¿Estás seguro de que ha muerto? —inquirió, cubriéndose los ojos con una manga. Koremitsu también lloraba.

—Sí, me temo que ha muerto. No podía permanecer encerrado en el templo indefinidamente, de modo que he llegado a un acuerdo con el sacerdote, y la ceremonia de los funerales se celebrará mañana.

—¿Y la otra mujer?

—Parecía a punto de morir. No quería abandonar a su señora bajo ningún pretexto... Esta mañana he llegado a temer que iba a lanzarse por un precipicio... Quería contarle todo a la gente de Gojo, pero le he rogado que tuviese un poco de paciencia.

—Me encuentro muy mal y temo lo peor.

—Ten paciencia tú también. Nada puede hacerse, y no tiene sentido que te estés torturando. Convéncete de que lo que ha de suceder, sucede. Nadie lo sabrá. Yo me encargo de todo.

—Es cierto. Todos dependemos del destino. No me canso de repetírmelo. Pero resulta espantoso pensar que he enviado una mujer a la muerte. No se lo digas a tu hermana y procura que tu madre no lo sepa. Sus reproches me matarían. He engañado a mi familia con una historia plausible...

Koremitsu era un hombre de recursos. Las criadas de Genji se olían que algo grave estaba ocurriendo, pero no sabían de qué se trataba. El príncipe repetía una y otra vez que estaba contaminado por una muerte reciente y debía permanecer alejado de la corte, lo cual, a los ojos de la servidumbre, no explicaba sus lágrimas y gemidos. ¿Tanto desespero por la muerte de un criado de su vieja nodriza? Parecía absurdo.

Genji dio instrucciones a su escudero para el funeral.

—Asegúrate de que todo salga bien.

—Naturalmente. No hará falta una gran ceremonia.

Cuando Koremitsu estaba a punto de irse, el príncipe le detuvo.

—Sé que te parecerá mal —le dijo con voz dolorida—, pero nunca me perdonaría no volver a verla. Iré a caballo.

—Haz lo que quieras —le contestó Koremitsu, aunque consideraba la idea muy desacertada, y añadió—: En todo caso vete deprisa y vuelve antes de que se haga de noche.

Genji se puso en marcha vestido con la ropa que utilizaba para sus escapadas. Estaba desesperado, y el terror que la noche le inspiraba a punto estuvo de hacerle dar la vuelta, pero prevaleció el dolor y se puso en marcha. Si no volvía a verla, ¿cómo podría mantener la esperanza de encontrarla de nuevo en otro mundo?

Aunque le acompañaban Koremitsu y un criado, el camino le pareció interminable.

IV

Cuando llegaron al río, salió la luna: habían pasado dos días desde la luna nueva. A la luz escasa de las antorchas la oscuridad que envolvía el monte Toribe parecía ominosa, pero Genji estaba demasiado triste para sentir miedo. Al fin llegaron al templo.

Era una comarca adusta y desierta. La austeridad de la barraca de madera y la capilla en que la monja practicaba sus devociones resultaban sobrecogedoras. A través de las grietas de las paredes se adivinaba el resplandor de la lámpara que ardía encima del altar. En el interior de la barraca lloraba una mujer mientras, en otra pieza, dos sacerdotes conversaban e invocaban el nombre sagrado en voz baja. En los demás

templos de la zona los oficios habían concluido y un silencio de mal agüero reinaba por doquier. Desde allí se avistaban luces y grupos de gente por el camino de Kiyomizu. Cuando el sacerdote principal, que era hijo de la monja, empezó a recitar los sutras con voz impresionante, Genji rompió en sollozos.

Entró en el templo. La luz no iluminaba el cadáver, y Ukon yacía detrás de una mampara. Lo está pasando muy mal, pensó Genji. La cara de Yugao no había cambiado, y parecía más hermosa que nunca.

—¿Por qué no me dejas volver a oír tu voz? —imploró, cogiéndole una mano—. ¿Cómo es que tuve tan poco tiempo para amarte? ¿Por qué te has ido y me has dejado sumido en el dolor?

Los sacerdotes no sabían quién era. Con todo, su comportamiento les emocionó, y las lágrimas velaron también los ojos de los hombres santos. La muchacha parecía exactamente igual que aquella noche... Se habían intercambiado las ropas, y Yugao llevaba todavía el *uchiki* rojizo de Genji.

—Acompáñame a Nijo —dijo a Ukon.

—He estado a su lado desde que era muy joven. Nunca me aparté de ella. ¿Dónde quieres que vaya? Tendré que contar a las demás lo que ha pasado y aceptar sus reproches y acusaciones. ¡Pobrecilla, acababa de cumplir diecinueve años! ¡Quiero ir tras ella!

—Así es la naturaleza. El mundo funciona así. Todas las despedidas son tristes pero tarde o temprano no hay vida que no se apague. Ten confianza en mí.

El príncipe procuraba consolarla con lugares comunes, pero al fin se le escapó lo que realmente pensaba:

—¡Pobre de mí! ¡Yo también quisiera seguirla!

—Pronto amanecerá —le recordó Koremitsu—. Hay que ponerse en camino.

Genji salió del templo con el corazón deshecho. El camino estaba empapado de rocío y la niebla matinal era muy espesa. En aquel momento no sabía dónde se encontraba. Aunque Koremitsu sujetaba al animal por la brida, le costaba mantenerse en la silla. Al llegar al río, Genji cayó al suelo y no pudo volver a levantarse.

—¿Moriré aquí, junto al camino? Dudo que pueda seguir adelante...

Koremitsu estaba muy asustado: nunca había sido partidario de aquella expedición y sus más negros presagios se estaban cumpliendo. Metió las manos en el río y se puso a rezar a Nuestra Señora Kwannon ^[51] de Kiyomitsu. Genji se recobró un poco y, sin dejar de invocar el nombre sagrado, ^[52] llegó a su casa de Nijo.

Aquel viaje imprevisto pareció a todos el colmo de la imprudencia. En los últimos tiempos se le notaba inquieto. ¿Por qué había vuelto a salir si no se encontraba bien? Enfermo de consideración, Genji se metió en la cama y permaneció en ella unos cuantos días adelgazándose a ojos vista. Cuando el emperador oyó hablar de la enfermedad, se alarmó y ordenó que se celebrasen ceremonias *shinto*, confucianas y budistas para su pronta recuperación en los principales templos y santuarios. La hermosura tan alabada de Genji parecía ahora nefasta, y toda la corte estaba convencida de que duraría poco. A pesar de su enfermedad, hizo llamar a Ukon y la instaló en su casa de Nijo entre sus sirvientas. Koremitsu se encargó de darle las lecciones pertinentes, y los días que Genji se encontraba algo mejor la llamaba a su lado y hablaban de manera que, poco a poco, la pobre Ukon se fue acostumbrando a su nueva residencia. Vestida de riguroso luto, parecía severa y distante, pero su trato resultaba agradable.

—Mientras yo viva —le decía el príncipe con los ojos llenos de lágrimas—, nada ha de faltarte... Sólo por ti sentiría morir pronto...

El servicio se sentía completamente desorientado y no sabía qué hacer. El hecho de que todos los días se presentase un ejército de mensajeros procedentes del palacio imperial no hacía sino aumentar la confusión. Genji procuraba fingir que se estaba recuperando para complacer a su padre y su suegro iba a visitarlo a diario. Quizás gracias a tantas atenciones, ceremonias y plegarias, la crisis, que había durado veinte días, acabó por pasar sin dejar rastro. La recuperación total de Genji coincidió con el fin de su contaminación, ^[53] y, consciente de que el emperador estaba muy preocupado, decidió tranquilizar a la corte y regresar al palacio imperial.

Durante los primeros tiempos todo le parecía extraño, como si hubiese ido a parar a un mundo desconocido, pero al llegar el fin del noveno mes ya

volvía a ser el mismo. Había perdido peso y ganado en apostura. Como pasaba muchas horas mirando el vacío y se ponía a llorar de repente, no pocos cortesanos pensaban con consternación que le había poseído un espíritu maligno. Un día dijo a Ukon:

—Hay algo que no entiendo... ¿Por qué no quiso revelarme nunca quién era? Aunque hubiese sido, tal como me dijo un día, «la hija de un pescador», me parece francamente cruel mostrarse tan reticente con alguien que te quiere tanto...

—No había ningún motivo para guardar el secreto —le respondió Ukon—. Le daba vergüenza confesar su propia insignificancia... Nunca entendió tu actitud hacia ella... Solía decirme que no sabía si soñaba o estaba despierta. Tampoco tú le dijiste quién eras, aunque ella lo adivinó... Se sentía tratada como un juguete, y le dolía...

—Fue una cadena de malentendidos... —dijo Genji—. Yo no quería que nada, empezando por mi rango, se interpusiera entre ambos. Piensa que la posición de las personas como yo no es fácil. Temía la cólera de mi padre y las burlas de un mundo estúpido que nunca entiende nada... ¡No se me permite ni la menor indiscreción! El incidente de la casa de las flores de luna me afectó extrañamente, e hice cuanto pude por verla. Seguro que ya existía un vínculo entre los dos... Si no, ¿cómo pudo adueñarse de mí de ese modo? ¡Explícamelo todo! No tiene sentido seguir guardando secretos de muertos... Todas las semanas le dedicaré ofrendas, y tengo derecho a saber a quién las hago.

—Tienes razón. ¿A qué guardar secretos, después de todo? Debes saber que sus padres murieron cuando todavía era muy joven. El era capitán de la guardia y la adoraba, pero su carrera no prosperó y murió antes de hacer por ella todo lo que se había propuesto. Entonces conoció al teniente To no Chujo. A lo largo de tres años la colmó de atenciones, pero el otoño pasado su suegro tuvo conocimiento de la relación y la amenazó severamente. La muchacha era muy tímida y se asustó. Huyó de su casa y se fue a la de su ama, un mísero agujero en la parte occidental de la ciudad... Había decidido partir a las montañas, pero la dirección que quería tomar era tabú desde el año nuevo, de modo que se refugió en la casucha donde la hallaste. Era más

reservada y taciturna que la mayoría, y, obsesionada por ocultar sus emociones, podía a veces parecer distante...

Una piedad inmensa se apoderó del corazón de Genji.

—Cierta día To no Chujo me habló de una hija que había perdido... ¿Sabes si vive aún?

—Sí. Es una niña preciosa que nació hace dos primaveras.

—¿Dónde está? Tráemela sin decírselo a nadie, y me servirá de consuelo... Tal vez debería contárselo todo a To no Chujo, pero sólo serviría para complicar más las cosas. Dudo que nadie pueda reprocharme nada si decido hacerme cargo de la niña. Procura que no se enteren los que la han cuidado hasta ahora...

—Me alegraría que te ocuparas de la niña. No quisiera dejarla donde está ni podríamos tenerla en la casa donde nos encontraste por falta de personal adecuado... [54]

Bajo el cielo sereno del crepúsculo, las flores que crecían al pie de la galería estaban mustias y el canto de los pájaros y de los insectos apenas se oía. Los arcos lucían ya los colores del otoño. Al contemplar la escena, que parecía una pintura, Ukon pensó en la suerte que había tenido al hallar aquel refugio... Quería borrar de su cabeza todos los recuerdos de la casa de las flores blancas. Se oyó el grito de un pájaro —seguramente de un *iyebato*—, procedente del bosquecillo de bambúes. Al recordar que un grito como aquél había asustado a la muchacha en la casa abandonada, Genji imaginó a Yugao como una aparición.

—¿Cuántos años tenía? Parecía tan delicada...

—Unos diecinueve. Mi madre, que había sido su ama, murió y su padre se aficionó a mí, de manera que crecimos juntas. Nunca me separé de ella... Aunque parecía tan débil, era mucho más fuerte de lo que imaginas.

Ukon se echó a llorar. Mientras, el cielo se había llenado de nubes y soplaban un viento gélido. Genji dijo, mirando el horizonte:

—Las nubes evocan el humo de una pira,
y de repente el cielo del crepúsculo nos
parece más cercano.

Ukon fue incapaz de contestarle. Genji, ya en cama, se repitió unos versos de Po Chu-I:

«En los meses octavo y noveno, cuando
las noches se alargan, la maza del tintorero
[55] resuena una y mil veces.»

Kogimi iba a verlo de vez en cuando, pero Genji no le confiaba ya mensajes. Utsusemi se puso triste al escuchar noticias sobre la enfermedad del príncipe. La idea de acompañar a su marido a una provincia lejana no la entusiasmaba en absoluto, de modo que envió una nota al príncipe para averiguar si la había olvidado.

«Me dicen que no te has encontrado bien en los últimos tiempos...

»Pasan los días, y tú no me preguntas por
qué razón yo no te hago preguntas. ¡Piensa
cuan solitaria llega a ser mi vida!

«¿Quieres que te hable del estanque de Masuda?»

La carta le sorprendió no poco, pero no la había olvidado. Le contestó con una caligrafía que revelaba el temblor de la mano del autor:

«Me pregunto a cuál de los dos ha tocado en suerte una vida más absurda...

»Por vacío que esté, el caparazón de la
cigarra me ha dado fuerzas para sobrevivir en
un mundo sombrío.

»Al menos por el momento...»

A pesar de todo no se había quitado aún a Utsusemi de la cabeza. Su respuesta puso a la dama triste y alegre a la vez. Resultaba hermoso poderse escribir sin rencores, pero no estaba dispuesta a que las cosas fueran más allá ni a ganarse el desprecio del príncipe. A los pocos días Genji tuvo noticia de que la hijastra de la dama se había casado con un teniente de la guardia. Le pareció un enlace extraño, y no pudo evitar compadecer la suerte del oficial. Tenía curiosidad por conocer los sentimientos de la recién

casada, y le envió, a través de Kogimi, una nota atada a un junco que decía así:

«¿Sabes que tu recuerdo por poco me mata?

»Junté un haz de juncos de los que crecen
bajo el alero para hacerme una almohada, y
ahora se ha deshecho...»

Cuando llegó el mozo a la casa, el marido no estaba. La dama se sintió un tanto herida por la desfachatez de Genji, pero le costó poco perdonarle. Incluso se atrevió a responder con otro poema, ciertamente mediocre, que compuso a vuelapluma disfrazando su escritura:

«Una suave brisa desparrama palabras
entre los juncos, pero el dolor ha helado los
brotes más tiernos.»

En el santuario del monte Hiei los servicios fúnebres en memoria de Yugao se prolongaron durante cuarenta y nueve días. Se puso especial cuidado en los ritos, la indumentaria de los oficiantes, los rollos de plegarias y la ornamentación de los altares. El príncipe llamó a un amigo suyo, buen conocedor de la literatura china —un auténtico erudito que le orientaba en cuestiones de poesía—, y le pidió que redactase la plegaria final a partir de un borrador que él mismo había preparado. Con palabras transidas de emoción encomendaba la dama a la misericordia de Buda Amida sin mencionar su nombre.

En cuanto el maestro leyó el borrador, le dijo, profundamente conmovido:

—Es perfecto. No toques ni una palabra.

Al contemplar las lágrimas que Genji derramaba, se preguntó quién podía ser la dama cuya muerte tan desgraciado le había hecho. El príncipe sujetó un poema a una prenda de la muchacha que se disponía a ofrecer:

«Hoy lloro desconsoladamente mientras
ato este cordón. Será desatado en un mundo

futuro que llegará algún día.»

Por última vez invocó el nombre sagrado. En las últimas semanas el espíritu de la muchacha había estado vagando en el vacío, y justamente aquel día le tocaba iniciar una nueva existencia en la tierra bajo otra forma. [56]

Siempre que veía a To no Chujo estaba a punto de decirle que su hija vivía, pero luego pensaba que la historia no le haría gracia alguna, y acababa callando. Las mujeres de la casa de las flores de luna estaban desconcertadas porque nadie les había comunicado qué había sido de su señora. Con todo, tenían sospechas sobre la identidad de su seductor y se las hicieron saber a Koremitsu, que seguía acudiendo a la casa por motivos personales, pero él fingió una ignorancia absoluta. La vida de aquellas pobres criadas se convirtió en una auténtica pesadilla. ¿Y si el libertino, temiendo a To no Chujo, se la había llevado al campo? La propietaria de la casa era parienta lejana de Ukon, pero Ukon tampoco daba señales de vida, y los días se sucedían sin que el misterio se aclarara.

Genji hubiese dado cualquier cosa por volver a ver a la difunta, aunque sólo fuera en sueños. Al día siguiente del último funeral tuvo una visión fugaz de la mujer que se le había aparecido durante la noche fatídica, [57] y llegó a la horrible conclusión de que había sido él quien había atraído un mal espíritu sobre la casita abandonada.

A principios del décimo mes el gobernador de Iyo partió a hacerse cargo de su provincia, llevándose consigo a su esposa Utsusemi. Genji eligió sus regalos de despedida con sumo cuidado. A los abanicos y peines exquisitamente labrados y a las piezas de tela especialmente teñidas para la dama, añadió el chal de seda que se había llevado aquella noche inolvidable junto con este poema:

«Confíaba devolverte esta prenda el día
de nuestro reencuentro, pero las lágrimas han
podrido las mangas de mi túnica.»

Kogimi le hizo llegar la respuesta de la dama:

«Llega el otoño y la cigarra pierde sus alas. Me devuelves mis vestidos de verano, y los recibo llorando amargamente.»

¡Qué mujer más complicada era Utsusemi!

El primer día de invierno llovió a cántaros, el viento sopló sin parar y el cielo no se iluminó de la mañana a la noche. Genji andaba como un sonámbulo, y escribió:

«Una de ellas se ha ido y ahora me toca despedir a la otra. Cada una sigue su propio camino mientras muere el otoño.»

Quizás hubiera sido mejor callar esos detalles, pero las cosas son como son y «el príncipe resplandeciente» no carecía de defectos.

Capítulo 5 Murasaki

I

Poco tiempo después de los acontecimientos que acabamos de relatar Genji cayó enfermo de malaria, y, por más ceremonias que, cumpliendo órdenes del emperador, se celebraron en palacio para obtener su curación, la enfermedad se negó a remitir. Los médicos de la corte estaban desconcertados y no daban con el remedio adecuado. Un día alguien les hizo saber que en un templo del norte del país vivía un sabio eremita especialista en curaciones.

—Durante la epidemia que asoló el país el verano pasado, gentes de todas clases fueron a visitarlo, y él los curaba inmediatamente, gentes que los médicos habían desahuciado... Llámalo enseguida —le aconsejaban.

Genji le envió un mensajero, pero el chamán le contestó que era muy viejo y se sentía débil y sin fuerzas para abandonar su cueva. Si el príncipe necesitaba sus servicios, tendría que ir él a su encuentro. Genji se puso en camino de madrugada con cuatro o cinco hombres de su confianza.

El templo estaba escondido entre las montañas del norte. Aunque los cerezos de la capital ya habían perdido sus flores —el tercer mes tocaba a su fin—, los de las montañas estaban todavía espléndidos. Cuando los viajeros llegaron a la comarca montañosa, la niebla se hizo más espesa, y todo ganó en hermosura a los ojos del príncipe que, por culpa de su rango,

no gozaba de libertad de movimiento y no solía hacer excursiones como aquélla. El lugar en que se hallaba el templo era muy triste, y la cueva del eremita estaba en un sitio más elevado, rodeada de rocas.

Aunque Genji no se dio a conocer al entrar e iba vestido con gran sencillez, el hombre adivinó enseguida que se trataba de un personaje importante.

—Es un gran honor para mí. ¿Eres tú el príncipe que solicitó mis servicios? Mi espíritu no está ya en este mundo y he practicado tan poco mis ritos en estos últimos tiempos que no sirvo de gran cosa. Mucho me temo que has hecho el viaje en balde.

Pero se puso a trabajar, sonriendo de placer por la augusta visita. Preparó la medicina y Genji la tomó mientras el sabio recitaba ensalmos y el sol se levantaba en el cielo. Genji salió de la cueva a contemplar la escena. El templo estaba en la cima de un monte y había otros a su alrededor. Un caminito serpenteaba cuesta abajo, y al pie de la colina el príncipe distinguió una casita muy digna rodeada por una valla. Las galerías y el interior parecían espaciosos y el jardín estaba lleno de árboles esbeltos.

—¿Quién vive en esta casa?

—Dicen que un abad desde hace un par de años.

—Ante un abad no puedo presentarme de cualquier manera. Más vale que no sepa que estoy aquí.

Cuando menos lo esperaba, salió un grupo de muchachas al jardín a cortar flores y a sacar agua del pozo para el altar.

—Me han dicho que también vive aquí una dama. Me cuesta imaginar que sea una amiguita del abad. ¿Quién puede ser?

Sus hombres fueron a investigar y le contaron lo que acababan de ver:

—Hay muchachas muy bellas, alguna mujer mayor y también niñas de corta edad...

A pesar de los esfuerzos del chamán, que no había dejado de rezar y gesticular, al acercarse el mediodía Genji temió un nuevo ataque de fiebre.

—Piensas demasiado en tu mal —le dijo el santón—. Deberías pensar en alguna otra cosa.

Genji subió a la colina que había detrás del templo y dirigió su mirada a la ciudad. Una neblina primaveral envolvía el bosque.

—Parece una pintura —dijo—. La gente que vive en este lugar no puede pensar en mudarse a otra parte.

—Eso no son montañas —comentó uno de sus hombres—. Son las montañas y los mares que se vislumbran a lo lejos, como el Fuji, lo que nos hace pensar en un cuadro.

Un hombre se puso a entretenerlo con una descripción de las montañas y las costas de la parte occidental del país.

—Entre los lugares cercanos destaca por su belleza la costa de Akashi, en Harima. Sin tener nada de excepcional, el panorama sobre el mar ofrece a la vista un reposo incomparable. Hay allí la casa de un ex gobernador —acaba de hacer votos y se ocupa mucho de su única hija—, una mansión realmente espléndida. El hombre es hijo o nieto de un ministro, y hubiese podido hacer carrera en la administración, pero tiene un carácter muy raro y evita el trato con la gente. Dimitió de su grado en la guardia imperial y pidió la provincia de Harima. Pero la gente de la provincia no lo tomaba muy en serio, y, como él consideraba que regresar a la capital equivalía a reconocer su fracaso, se hizo monje. Tal vez te preguntes por qué ha elegido vivir en la costa y entre montañas. Seguramente piensa que así olvidará sus frustraciones. Estuve en su provincia no hace mucho y me dejé caer por su casa. Quizás no tuvo éxito en la capital, pero lo cierto es que el terreno y los edificios que ocupa allí son espléndidos. Al fin y al cabo era todo un señor gobernador, e hizo cuanto pudo para asegurarse una buena jubilación. Se pasa la vida recitando plegarias, y eso, al parecer, ha mejorado su carácter.

—¿Y su hija? ^[58]

—Bonita y agradable. Todos los gobernadores que han pasado por allí han pedido su mano, pero el padre no se deja convencer. Se retiró como gobernador de una provincia sin importancia, afirma, pero alberga grandes proyectos en relación con su hija. ¡Si muere sin haber culminado sus proyectos, ha dado instrucciones a la joven de que se arroje al mar!

Genji sonrió.

—¡Una muchacha encerrada y reservada al dios del mar! —comentó, riendo, a sus hombres—. ¡Que extravagancia!

El que acababa de explicar la historia era hijo del gobernador actual de Harima, y había sido promovido al quinto rango por los servicios prestados a la secretaría imperial. Famoso por sus aventuras amorosas, se decía que había ido a la costa de Akashi para convencer a la muchacha de que debía desobedecer las absurdas instrucciones de su padre.

Alguien comentó:

—Mucho me temo que la joven resulte un tanto rústica, una campesinita o poco más... Ha pasado toda su vida en el campo y al lado de un padre que lo ignora todo del tiempo en que vivimos y de sus modas.

—Su madre supo evitarlo. Usó sus influencias en la capital para que la muchacha creciera rodeada de damas pertenecientes a las mejores familias. Si llegáis a verla, su belleza os turbará...

—Si la ve un hombre de pocos escrúpulos, ni la maldición de su padre evitará que haga todo lo posible por conquistarla...

Genji bromeó:

—He aquí una ambición grande y profunda como el mar, pero me temo que no podremos ver a la muchacha por culpa de las algas...

Sabiendo cuánto le fascinaban las historias extrañas, sus hombres estaban convencidos de que la que acababa de escuchar estimularía su fantasía.

—Como ya ha pasado el mediodía y no he sufrido ningún ataque de fiebre, quiero salir a pasear un rato —dijo el príncipe, harto de tantas ceremonias.

Pero el chamán se opuso:

—Te ha poseído un poder hostil, señor. Continuaremos con el rito por la noche y procuraremos no hacer ruido...

Los hombres de Genji, sin embargo, se apuntaron a la idea de su amo —también ellos necesitaban un poco de diversión—, y se despidieron del chamán.

—Volveremos a casa al anochecer— le tranquilizó el príncipe, y pidió a Koremitsu que le acompañara.

Tenían toda la tarde por delante, y los dos amigos aprovecharon la espesa niebla para observar la casa del abad desde el otro lado de la cerca. Para poder ver sin ser vistos, se ocultaron junto a la estacada. Las persianas medio levantadas permitían contemplar en la estancia del oeste una monja postrada ante una imagen a la que ofrecía flores. Apoyada en un pilar, la mujer parecía totalmente concentrada en el esfuerzo de leer un texto sagrado extendido sobre un escabel. Tenía alrededor de cuarenta años, la piel blanca y delicada y un rostro agradable en el que la enfermedad había dejado huella. Sus rasgos proclamaban una cuna de alcurnia y que había recibido una educación esmerada. Llevaba los cabellos cortados a la altura de los hombros, pero la hacían parecer más hermosa que una larga melena.

Junto a ella había dos damas muy atractivas y unas cuantas niñas que jugaban. Destacaba una muchachita de unos diez años vestida con una túnica azul y un *uchiki* de color púrpura. A juzgar por como era ya entonces, prometía convertirse con el paso del tiempo en una belleza espectacular. Una cabellera espesa le cubría los hombros como un abanico de azabache. Se notaba que había llorado, y sus ojos aún estaban rojos.

—¿Qué ha sucedido?—inquirió la monja—. ¿Os habéis vuelto a pelear?

Genji notó que la monja y la niña se parecían mucho: ¿serían madre e hija?

—Inuki ha dejado escapar a mis gorriones —la criatura estaba furiosa—. Yo los había metido en una cesta...

—¡Criatura estúpida! —dijo una guapa mujer a la que llamaban Shonagon y que parecía ser el ama de la niña—. Siempre hace lo que no debe, y me paso la vida regañándola. ¿Dónde estarán los gorriones? Si el cuervo ha dado con ellos, no quiero ni pensar en las consecuencias...

—¡Qué niña tan boba eres! —la reprendió la monja—. No sé si sobreviviré hasta mañana, y tú sólo piensas en los gorriones. Estoy harta de decirte que es un gran pecado enjaular pájaros... ^[59] Acércate.

La niña se arrodilló a su lado. Con sus gruesas cejas y su frente despejada, resultaba francamente encantadora. Genji pensó que le gustaría volver a encontrarla cuando hubiese crecido un poco más. Súbitamente

descubrió algo que le turbó profundamente hasta hacerle llorar: aquella niña se parecía muchísimo a Fujitsubo.

La monja acariciaba los cabellos de la criatura.

—No te peinas y, a pesar de ello, tienes una melena preciosa... Lo cierto es que me preocupas: eres aún tan infantil... A tu edad la mayoría de las niñas son mucho más maduras. Tu madre, por ejemplo, que sólo tenía doce años cuando murió su padre, sabía ya gobernarse perfectamente. ¿Qué será de ti cuando yo falte?

La mujer estaba llorando, y Genji, aunque las contemplaba desde lejos, se puso triste. La niña miró a la monja y bajó los ojos. Una cascada espesa y brillante de cabellos cayó sobre su frente, mientras la monja improvisaba un poema:

—¿Habrá de crecer esta hierba sin el beneficio del rocío que el cielo avaro retiene, alejándolo de los que lo esperan desesperando?

Entonces entró el abad.

—¿Qué significa eso? ¿Tenéis las persianas levantadas? ¿Y justamente hoy os habéis apostado junto a la ventana? Me han dicho que el general Genji está con el eremita, que procura curarlo de cierta enfermedad. Viaja de incógnito, y no se me ha avisado para que fuera a presentarle mis respetos.

—¿Crees que puede habernos visto? —dijo la monja, e hizo bajar las persianas.

—Es «el príncipe resplandeciente»: todo el mundo habla de él... ¿No os gustaría verlo? Dicen que es un hombre tan hermoso que incluso los santos se olvidan de sus pecados y penas al verlo, y desean vivir unos cuantos años más para poder seguir admirándolo...

El abad salió de la estancia, y Genji, siempre con Koremitsu detrás, regresó a la cueva del chamán. ¡Qué criatura tan maravillosa acababa de descubrir! ¿Acaso no decían sus amigos que los mejores hallazgos se hacen en días de lluvia y en medio de excursiones extrañas? ¿Quiénes eran sus

padres? Y empezó a imaginar que aquella criatura adorable podría acabar sustituyendo a la dama a la que tanto se parecía...

Cuando estuvieron acostados, se presentó en la celda un acólito del abad y preguntó por Koremitsu. Como la celda era pequeña, Genji pudo oír la conversación.

—Mi amo se ha enterado de que el príncipe Genji se aloja muy cerca de su casa, y, aunque está dolido porque no le ha hecho el honor de visitarlo, hubiese acudido a presentar sus respetos de no pensar que seguramente tu señor prefiere pasar inadvertido. Pero quiere haceros saber que tenéis lechos a vuestra disposición en casa del abad.

Genji contestó desde el interior que estaba enfermo de malaria y que había ido allí para que el chamán le curase.

—Temiendo que, si fracasaba conmigo, su reputación de sabio sería puesta en entredicho —dijo—, he preferido mantener en secreto mi visita. Ruega a tu amo que acepte mis excusas y, si quiere acudir a mi cueva, será muy bien recibido.

El abad se presentó de inmediato: era un hombre culto y extremadamente cortés, de modo que Genji se avergonzó de su disfraz plebeyo. El religioso le habló de su vida solitaria entre las montañas, e insistió en que Genji visitase su casa.

—Es poco más que un humilde chamizo de madera, pero a través de nuestro jardín discurre un arroyuelo de agua fresca muy digno de verse...

Genji no se hizo rogar y le acompañó ardiendo secretamente en deseos de averiguar más cosas sobre aquella niña que le había fascinado.

Las plantas y las flores del jardín del abad, aun no siendo nada del otro mundo, tenían un encanto particular. Como la noche era oscura, habían colocado antorchas a lo largo del arroyo y colgado farolillos de los aleros. Una delicada fragancia perfumaba el aire y se mezclaba con el olor, más fuerte, del incienso que quemaba en el altar y las esencias que impregnaban la ropa de Genji. Aquella fortuita combinación de olores sorprendió gratamente a las mujeres que vivían en la casa.

El abad habló de este mundo efímero y del mundo que nos espera. Mientras le escuchaba, Genji empezó a reflexionar acerca de sus faltas: se

había visto tentado por una relación ilícita de la que no había extraído grandes satisfacciones... [60] ¡Toda la vida lo lamentaría y también en sus vidas posteriores! ¡Cuánto le alegraría retirarse a un lugar como aquél! Pero esta idea le hizo evocar la carita que acababa de ver aquella misma tarde...

—¿Vive alguien contigo aquí? Lo cierto es que he tenido un sueño que empieza a cobrar sentido...

—¡Poco te cuesta soñar, alteza! Pero me temo que mi respuesta te decepcionará. El inspector general del imperio Azechi no Dainagon (seguramente habrás oído hablar de él) murió no hace mucho. Era el marido de mi hermana. Al enviudar, renunció al mundo, y, como tiene mala salud, ha venido a vivir conmigo. Fue ella la que me pidió que la acogiera.

—Creo haber oído decir que tu hermana tenía una hija...

—Sí, una sola hija, pero también murió hace diez años. El inspector general se tomó muchas molestias para educarla, pero murió antes de conseguir lo que se proponía hacer de la muchacha, de modo que mi hermana hubo de hacerse cargo de ella. Ignoro por qué razón el príncipe Hyobu empezó a visitarla en secreto. Pero su esposa pertenece a una familia muy principal y orgullosa, y, en cuanto se enteró del asunto, se revolvió como una fiera contra mi pobre sobrina. No puedes imaginar los efectos que el dolor causa en las personas...

Si Genji había entendido bien la historia, la niña que había visto era hija del príncipe Hyobu y de la infortunada hija del inspector imperial. No tenía, por tanto, nada de extraño que se pareciera mucho a Fujitsubo, pues Fujitsubo y Hyobu eran hermanos. ¡Ahora deseaba más que nunca volver a verla! Decidió que se la llevaría a su casa por todos los medios y haría de ella la encarnación de su ideal...

—Una historia en verdad muy triste —comentó. Y para estar más seguro, añadió:

—¿Y llegó a tener descendencia?

—Poco antes de morir tuvo una niña, que es fuente de continuas preocupaciones para su abuela, mi pobre hermana... No cabía ya duda alguna.

—Tal vez te sorprenda lo que voy a decirte: ¿quieres que me haga cargo yo de la criatura? —sugirió Genji—. Aunque mi proposición pueda parecer irreflexiva, tengo buenos motivos para hacerla. Si piensas que soy aún demasiado joven, eres injusto conmigo. Tal vez otros hombres ocultarían motivos poco confesables, pero yo no.

—Tus palabras me hacen un grandísimo honor, pero todavía eres muy joven, tan joven que no podemos asumir ni en broma la responsabilidad de dejar la niña a tu cargo —contestó el abad, sorprendido—. Sólo el hombre destinado a ser su esposo podría hacerse cargo de ella. Sea como fuere, no puedo responder a una cuestión tan importante sin hablar previamente con mi hermana.

De repente la voz del abad empezó a sonar fría y remota. Genji había hablado con toda la impetuosidad de sus pocos años, y ahora no sabía qué añadir.

—Suelo recitar mis servicios en la capilla de Amida —dijo el religioso, y se levantó para irse—, y ahora toca el de vísperas. Regresaré en cuanto acabe.

Genji no se encontraba bien. De pronto se puso a llover a cántaros mientras soplaba un viento helado desde las montañas que casi borraba el estrépito de la catarata. De vez en cuando le llegaba a los oídos un voz solemne, monótona y ominosa que leía un texto sagrado. Aunque el oficio de vísperas era muy largo y se hacía tarde, el príncipe no se durmió.

Mientras, las mujeres que vivían en casa del abad seguían levantadas. Aunque se mantenían en silencio, se oían el sonido que producen las cuentas de un rosario al golpear un reclinatorio y un frufú de sedas. Unas mamparas dividían la estancia formando dos espacios. Genji apartó un poco la de en medio, e hizo sonar su abanico abriéndolo violentamente. Era imposible que las mujeres no le oyeran. Una de ellas se acercó, retrocedió unos pasos y dijo:

—¡Esto es muy extraño! Si no estoy equivocada, diría que...

—La mano de Buda que nos guía no se equivoca ni en la más oscura de las noches —le contestó la voz joven y bien timbrada de Genji.

—¿Y en qué dirección nos guía? —preguntó la mujer, como si albergara dudas—. ¡Qué situación más confusa!

—¡Muy confusa!

»En cuanto el viajero ha descubierto la hierba fresca y tierna, el rocío no ha dejado de empapar sus mangas.

»¿Podrías repetir mis palabras a tu señora?

—Este mensaje no parece dirigido a ninguno de los habitantes de esta casa.

—Tengo mis razones, puedes creerme.

La mujer entró en la casa. Cuando la monja hubo escuchado el poema que Genji acababa de improvisar, se sorprendió mucho. Obviamente alguien le había oído mientras recitaba el poema en que comparaba a su nieta con la hierba privada de rocío, y le contestaba.

—¡Qué hombre más osado! Estoy segura de que piensa que la niña es mayor de lo que es. ¿Cómo habrá interpretado mi poema sobre la hierba y el rocío?

Pensando que resultaría grosero diferir la respuesta, le envió estos versos:

«¡Rocío que empapa las mangas de un viajero! No pretendas compararlo con el rocío amargo que humedece las mangas de los que viven en la montaña...»

—No estoy acostumbrado a comunicarme por medio de mensajes —le mandó decir Genji—. Quiero hablar con ella de un asunto muy serio.

La monja volvió a dudar.

—Temo que haya un malentendido. No tengo nada que tratar con ese caballero.

Pero las mujeres insistieron: parecería de mala educación no recibirle.

—Tal vez tengáis razón. La reacción de los jóvenes es imprevisible —dijo ella, y le recibió.

—Seguramente me tomarás por un hombre frívolo porque me he dirigido a ti sin presentarme debidamente —le dijo Genji tras saludarla—, pero el Iluminado sabe que mis intenciones nada tienen de frívolo.

La tranquila dignidad de la monja le intimidó un poco.

—Quien sabe si una vida anterior ha determinado que esta conversación tenga lugar —aventuró la mujer.

—He oído la triste historia de tu nieta —explicó finalmente el príncipe—. También era yo muy joven cuando perdí lo que más quería en este mundo, y desde entonces la vida me ha parecido carente de sentido... Comparto con ella un mismo destino, y me pregunto si no podríamos hacernos compañía mutuamente. No volverá a presentarse una ocasión como ésta. Ya ves que no te oculto nada.

—Mucho me agradecería acceder a tu petición, pero me temo que es un error. Ciertamente la criatura vive aquí privada de la protección que se merece, pero todavía es muy joven, y no puedo obligar a otro a soportar sus faltas. Por consiguiente, debo declinar tu proposición aun agradeciéndola en lo que vale.

—Te repito que conozco toda la historia. Supongo que no resulta fácil entender unos sentimientos tan especiales como los míos...

La monja los encontraba sencillamente *indecentes*, aunque no se atrevió a decirlo. Entonces regresó el abad.

—Muy bien. Todo es empezar: tarde o temprano lo conseguiré —pensó el príncipe y corrió el biombo.

En la capilla del Loto las voces se alzaban en un acto solemne de contrición, y se mezclaban con el estrépito de la cascada y el viento que llegaba de las montañas.

He aquí el poema que Genji dirigió al abad:

«Un ventarrón llega de las montañas para
arrebatar me mi sueño, y mis lágrimas caen
sobre el agua al oír su voz.»

Y el abad le respondió:

«El agua humedece tus mangas. Nuestras mangas están secas, y nuestros corazones en paz, pues sólo los lava el pacífico arroyuelo.»

Una espesa bruma cubría el cielo matinal, e incluso el canto de los pájaros había perdido su habitual alegría. Ante los ojos maravillados de Genji se extendía un tapiz sembrado de árboles y plantas que era incapaz de identificar. Los ciervos que se acercaban a la cueva a comer y luego seguían su paseo le llenaban de tanta curiosidad que casi olvidó su dolencia. Aunque el chamán no acostumbraba salir de su refugio, esta vez lo hizo para celebrar el último servicio del día. Su voz oscura manando de la boca sin dientes hacía pensar en largos años de disciplina, y los místicos ensalmos que pronunciaba sugerían poderes profundos y terribles.

Entonces se presentó un grupo de amigos de la ciudad, y, al comprobar la ostensible mejoría de Genji, todos se alegraron mucho. También acudió un mensajero de su padre. Desde el fondo del valle el abad les hizo llegar unas cuantas cestas llenas de frutas y bayas exóticas para obsequiarles.

—He prometido permanecer entre estas montañas hasta fin de año —se excusó el abad, mientras servía vino a Genji—, y no podré acompañarte a tu casa... He aquí como un voto sagrado puede dar lugar al efecto perverso del arrepentimiento...

—No me queda otra alternativa que abandonar estas montañas y estos arroyos porque mi padre está muy preocupado y debo obedecer sus órdenes. Con todo, te prometo que regresaré antes de que los cerezos hayan perdido su flor...

»Diré a mis amigos de la ciudad: apresuraos si queréis ver los cerezos en flor de las montañas, no sea que los visiten antes los vientos.

Se expresaba de un modo hermoso. El abad le respondió:

—El áloe florece una vez cada tres mil años. Mis ojos lo han visto y desprecian los

cerezos silvestres.

—¡Qué cosa más extraña! —dijo Genji, sonriendo—. ¡No sabía que las flores de este árbol se hacían esperar tanto!

El chamán improvisó unos versos de agradecimiento, mientras Genji le llenaba la copa:

—Mi puerta de rústico pino se ha entreabierto y me ha dejado atisbar una flor radiante.

Con lágrimas en los ojos, le regaló un mazo sagrado con poderes especiales. También el abad le hizo presentes de despedida: un rosario de ébano labrado que el príncipe Shotoku había adquirido en Corea en su caja china original, envuelta a su vez en una red y adornada con una ramita de pino, frascos de medicina de cristal decorados con ramas de cerezo y glicinias, y otros objetos que evocaban las montañas. Los amigos de Genji habían traído regalos para el chamán, sus colaboradores y el servicio. Genji empezó los preparativos para marcharse.

Mientras, el abad entró en casa a comunicar a su hermana la proposición del príncipe.

—Es prematura —dijo la religiosa—. Si dentro de cuatro o cinco años no se ha echado atrás, podemos volver a tomarla en consideración.

El abad se mostró de acuerdo. Genji, muy decepcionado, envió un poema a la monja por medio de un acólito.

«La bruma que descendió sobre los árboles floridos al caer la tarde, se resiste a marcharse con el sol de la mañana.»

Ella contestó con caligrafía soberbia:

«¿Cómo es posible que la bruma ofrezca tanta resistencia? Observaremos el cielo matinal en busca de indicios.»

Cuando estaba a punto de subir al carruaje, llegaron unos compañeros de casa de su suegro. Había entre ellos algunos cuñados del príncipe, y no faltaba el mayor, To no Chujo.

—¡Sabes que son precisamente estas excursiones las que más placer nos causan! ¿Por qué no nos has dicho nada? Aquí estamos... Queremos disfrutar de las «cerezas» que has encontrado...

Y sin más ceremonias se sentaron sobre la alfombra de musgo junto a la pared de roca, y pidieron vino. Era un lugar muy ameno al pie de la cascada. To no Chujo desenfundó la flauta, y uno de sus hermanos se puso a cantar «Al oeste del templo de Toyora», marcando el compás con el abanico. Todos eran jóvenes y hermosos, pero ninguno igualaba en belleza a Genji, que escuchaba la música recostado en la roca. En ninguna de estas fiestas faltan los aficionados al flautín y al *sho*. El abad hizo traer un koto japonés, y pidió a Genji que tocara.

—Basta con una melodía... para sorprender a las aves de la montaña...

Genji se excusó, alegando que aún no se encontraba bien del todo, pero acabó por tocar algo que no estuvo mal antes de partir. Sacerdotes y acólitos lloraban, y las monjas más ancianas, que nunca habían visto un joven tan bello, se preguntaban si era realmente una criatura de este mundo. ¿Cómo se explica —pensaba el abad, enjuagándose una lágrima— que haya nacido en un mundo tan corrupto y confuso como el nuestro?

La niña también le admiró.

—Aún es más hermoso que mi padre...

—¿Entonces por qué no quieres ser su «niñita»? —le preguntó su ama.

La idea entusiasmó a la criatura, y empezó a llamar «Genji» a sus muñecas más bonitas y a los hombres más apuestos que aparecían en las pinturas.

Al llegar a la capital, Genji se presentó ante su padre y le contó su viaje. El emperador, que nunca lo había visto tan desaliñado, se sorprendió mucho y le preguntó acerca de los méritos del chamán. Genji le contestó con mucho detalle.

—Hace tiempo que debimos conferirle algún título... Un hombre tan extraordinario, y es la primera vez que oigo hablar de él.

El suegro de Genji y ministro de la izquierda estaba en la estancia.

—Me hubiese gustado mucho acompañarte, pero te fuiste en secreto. ¿Por qué no descansas unos días en mi casa? ¡Deja que te lleve!

El proyecto no entusiasmó a Genji, pero se fue con su suegro. El ministro hizo traer su coche e insistió en que Genji subiese primero. ¡Tantas atenciones ponían enfermo al príncipe!

La casa del ministro resplandecía de lujo. Las obras que acababa de hacer la habían convertido en una auténtica joya, perfecta hasta el último detalle. La esposa de Genji, según costumbre, se encerró en sus aposentos y sólo se dejó ver cuando su padre se lo ordenó. Entonces se presentó ante su esposo inmóvil como una princesa de una ilustración antigua. El príncipe esperaba oír de sus labios algún comentario sobre su viaje a las montañas, aunque fuese desfavorable, pero no lo oyó: se mostró tiesa y lejana como si perteneciese a otro mundo. Era extraño que aquel distanciamiento no hiciera sino crecer con el paso del tiempo.

—Me encantaría —le dijo— que alguna vez te mostrases un poco más afectuosa conmigo. He estado muy enfermo, y me duele, aunque no me sorprende, que no te hayas interesado ni una vez siquiera por mi salud.

—¿Es como el dolor que produce esperar una visita que nunca llega?

Mientras le contestaba, la mujer le miró de reojo, y su fría belleza intimidaba no poco.

—Nunca me dices nada, y, cuando lo haces, sólo me toca escuchar injurias. ¡«Una visita que nunca llega»! ¡He aquí una manera extraña de describir a un marido, y ciertamente poco gentil! Hago todo lo posible por acercarme a ti, y tú me das la espalda. Supongo que algún día conseguiré algo, si vivo lo suficiente.

El príncipe se encerró en su estancia pero ella no le siguió. Aunque le hubiese gustado decirle muchas cosas, Genji se echó en cama, suspirando. Cerró los ojos, pero le dolía mucho la cabeza y no pudo dormir. Pensaba en aquella niña deliciosa de las montañas, y cuánto le agradecería volver a verla convertida en toda una mujer. Su abuela tenía razón al decir que aún era demasiado joven para él, y seguramente no estaba bien mostrarse demasiado interesado. Pero, a pesar de todo, ¿tan difícil era dar con un

pretexto para llevársela sin llamar la atención a su palacio de Nijo y tenerla cerca para que le consolara y le hiciera compañía? El príncipe Hyobu era un perfecto dandy pero nadie lo hubiese descrito como un hombre hermoso. ¿Cómo era posible que la niña se pareciera tanto a su tía? Tal vez porque su tía y su padre eran hijos de la misma emperatriz... Con estos pensamientos en la cabeza, cada hora que pasaba deseaba con más fuerza tenerla a su lado.

Al día siguiente no pudo resistir más y escribió a la monja y al abad. He aquí lo que escribió a la religiosa:

«Creo que, temiendo tu severidad, no supe explicarme bien. ¡Qué feliz sería si pudiese hacerte entender que no se trata de un simple capricho!»

Acompañaba a la carta una nota para la niña:

«Aún siento a mi lado los árboles en flor de la montaña. Y yo me quedé allí como prenda de mí mismo.

»Temo el daño que pueden haber provocado los vientos nocturnos...»

La caligrafía y la elegancia con que había sido doblada la carta asombraron a la anciana. Le compadeció, pero su respuesta fue la siguiente:

«No me tomé en serio lo que dijiste al partir. Recuerda que la niña aún hace faltas de ortografía. ¿Cómo quieres que te conteste como es debido? Permite que te conteste yo en su lugar:

»Breve es el tiempo que separa el florecer de los cerezos de las tempestades de otoño que acaban con sus flores ¡He aquí el tiempo que pensarás en mí!

«¡Estoy profundamente turbada!»

El abad le respondió en el mismo tono. Dos o tres días después Genji envió a Koremitsu a las montañas del norte.

—Hay allí un ama, una mujer llamada Shonagon. Habla con ella.

—¡Qué hombre más sensible! —se dijo Koremitsu, pensando en la niña que habían visto aquella tarde. El abad consideró un gran honor recibir una

carta de Genji. Luego Koremitsu fue a buscar a Shonagon, y le confió el estado de ánimo de Genji. Era un joven muy persuasivo, y defendió con bravura las pretensiones de su amo, pero la monja y todos los demás seguían considerando descabelladas estas pretensiones, y fruto de un capricho pasajero. También tenía un mensaje para la niña:

«Déjame ver tus ejercicios de pincel...

»Hazme caso, mi corazón no es un charco sin profundidad... ¿Por qué he de vivir tan lejos de la fuente de ¡a montaña?»

Y la monja le contestó:

«Quieres beber en el arroyo de la montaña pero estás pensando en otras cosas. ¿Esperas ver la imagen que tú mismo destruyes?»

De regreso a la capital, Koremitsu no dio al príncipe esperanza alguna. Shonagon le había dicho que, en cuanto la monja recobrara sus fuerzas, regresaría a la capital y le daría una respuesta definitiva. Eso era todo.

II

Fujitsubo estaba enferma y había abandonado el palacio para ir a vivir con su familia. Aunque el dolor del soberano le conmovía, Genji sólo anhelaba volver a ver a Fujitsubo. Dejó de visitar a todas las demás mujeres

por las que se había interesado hasta entonces, y pasaba la vida en su casa o en la corte viendo flotar las nubes. Después de mucho porfiar consiguió que una criada llamada Omyobu llevase un mensaje suyo a la favorita de su padre, y un día, gracias a la capacidad persuasoria de la misma mujer, obtuvo la promesa de una cita. Fujitsubo recordaba las atenciones que hasta entonces había recibido de Genji como una pesadilla que quería relegar al olvido a toda costa. [61]

Firmemente decidida a no recibirlo nunca más, le admitió por última vez a su presencia.

Fujitsubo se mostró seria y dolorida, pero su actitud hostil no hizo desaparecer sus encantos. No conozco a nadie que se le pueda comparar, se repetía Genji con desesperación. De haber notado en la dama el menor atisbo de vulgaridad, el príncipe no se habría sentido tan ligado a ella. A pesar de sus esfuerzos para impedirlo, su corazón se llenó de pensamientos y emociones que hubiese preferido consignar al País de la Oscuridad Eterna. Quizás hubiera sido mejor renunciar a aquella última visita... ¡Qué corta le pareció la noche! Antes de despedirse improvisó este poema:

—¡ Tan pocas han sido las noches
compartidas, tan pocos los sueños! ¡Ojalá el
sueño de esta noche se me llevara para
siempre!

Luego calló y se deshizo en lágrimas, y ella no pudo evitar compadecerle:

—Si yo desapareciese con el último de
tus sueños, ¿acaso no dejaría en el mundo un
nombre infame?

Fujitsubo tenía pleno derecho a sentirse infeliz, y él también la compadecía. Concluida la entrevista, Omyobu recogió la ropa del príncipe y la llevó a su casa.

Refugiado en su casa de Nijo, Genji pasó una triste jornada postrado en el lecho. La fiel criada le hizo saber que la dama se había negado como de

costumbre a leer su carta: siempre ocurría lo mismo, pero el príncipe se sentía tan desgraciado como la primera vez. Durante semanas no quiso salir del dormitorio, y la idea de que su padre podía estarse haciendo preguntas sobre su ausencia le aterrorizaba. [62]

Mientras, Fujitsubo, aplastada por el peso de un pecado que no podía quitarse de encima, iba de mal en peor y no osaba regresar a palacio aunque el emperador la reclamara casi a diario. No era ella misma... Cuando llegó la estación del calor, casi no se movía del lecho. Habían pasado tres meses desde su encuentro con Genji, y tenía perfecto conocimiento de *cuál era su verdadero problema*. Pronto se descubriría su falta, y todos hablarían de ella. Pero sus azafatas, convencidas de que no había motivo alguno para ocultar el embarazo de su señora, se preguntaban por qué razón no se había informado aún al emperador.

Ben, hija de su ama, y Omyobu, que solía ayudarla a bañarse, fueron las primeras en advertir su estado. La alcahueta quedó horrorizada al comprobar que su pobre señora había sido víctima del más cruel de los destinos. Cargada de buenas intenciones, le aconsejó anunciar al emperador que había sido poseída por un espíritu maligno y hacer todo lo posible para que la corte diera crédito a la historia. El soberano estaba preocupadísimo y enviaba mensajeros a diario para informarse de la salud de Fujitsubo.

Por aquel tiempo Genji tuvo un sueño extraño y terrible. Consultó a un augur, y el hombre le respondió que estaban a punto de suceder acontecimientos tan extraordinarios que parecerían increíbles.

—Tampoco faltan elementos de mal augurio en tu sueño. Debes ir con sumo cuidado.

—No te he contado un sueño mío, sino el de un amigo —le tranquilizó el príncipe—. Ya veremos qué pasa. Mientras tanto no digas nada.

¿Qué había querido decir el augur?

En cuanto el príncipe tuvo noticia del estado de Fujitsubo, recordó la noche que habían pasado juntos y empezó a preguntarse si habría alguna relación entre ambos hechos. Lleno de angustia, solicitó otra cita, pero Omyobu no pudo obtenerla. En los días que siguieron le llegaron algunos mensajes de dos o tres líneas, pero también se acabaron.

Fujitsubo regresó a la corte en el séptimo mes. Al comprobar su estado, el emperador todavía la amó más. Había adelgazado un poco, y su belleza rayaba por aquel entonces la perfección. Los cielos del otoño que se acercaba parecían reclamar música, y el soberano solía pedir a Genji que tocara algún instrumento. El príncipe sacaba fuerzas de flaqueza para no perder el control, pero a veces no podía evitar recordar a la dama lo que ella quería olvidar a toda costa.

También había vuelto a la capital la monja que conoció en la casa de las montañas, muy recobrada. Genji consiguió averiguar dónde vivía, y le escribía de vez en cuando. Las respuestas daban a entender que la oposición de la mujer a la idea de confiarle a su nieta no había disminuido, pero ahora hacían menos mella en el joven, atormentado por problemas de mayor enjundia. A fines de otoño cayó en un estado de postración tristísimo, hasta que una hermosa noche de luna llena consiguió reunir las fuerzas necesarias para visitar, muy a pesar suyo, una casa que había estado visitando en secreto durante años. [63]

La casa se hallaba al este de la ciudad, cerca de la muralla, y el camino que había que hacer para llegar hasta ella le pareció larguísimo. De pronto se puso a llover a cántaros y, al buscar un refugio para protegerse, Genji advirtió que se encontraba delante de una casa medio en ruinas rodeada de árboles centenarios.

—Era la mansión del inspector imperial Asechi no Dainagon —le explicó Koremitsu, que le acompañaba como casi siempre—. Hace un par de días que me enviaste aquí con un mensaje, y me dijeron que la monja había empeorado mucho y no sabían qué hacer.

—¡Debías habérmelo dicho y yo hubiese tomado cartas en el asunto! Llama ahora, y pregunta si me quiere recibir.

Koremitsu envió a un hombre con el mensaje. Hacía días que la monja parecía al borde de la muerte, y las sirvientas pensaban que no estaba para recibir a nadie. No se atrevieron, sin embargo, a cerrar la puerta a un personaje de la importancia del príncipe, y le hicieron poner un cojín en una estancia del ala sur.

—La señora teme que todo te parecerá sucio y desordenado, pero quiere agradecerte la visita. Te ruega que nos perdones por el estado lamentable de la mansión... Seguro que estás acostumbrado a casas mejores...

—No he dejado de pensar nunca en vosotras —dijo el príncipe a las muchachas—, pero la actitud reservada de vuestra señora me imponía respeto y me mantenía alejado... Lamento no haberme enterado antes de su estado de salud.

—Hace mucho tiempo que estoy enferma, pero en esta situación... Está bien: debo reconocer que su visita me alegra —declaró la monja en cuanto fue informada de la presencia de Genji—. Decidle que lamento no poder recibirlo como quisiera. En cuanto al asunto que le trae aquí, espero que la niña siga interesándole cuando deje de serlo. Transmitidle también que agradezco sus atenciones y que quisiera que la niña tuviera edad para agradecerlas también...

En cuanto se le informó de las manifestaciones de la anciana, el príncipe le hizo llevar este mensaje:

—¿Crees que me colocaría en una posición tan desairada si mis intenciones no fuesen serias? Seguro que existe algún vínculo entre la niña y yo. Si no, ¿cómo se explica la atracción que desde el primer momento he sentido por ella? Todo procede de una vida anterior... Quizás te parezca un capricho absurdo, pero deseo volver a escuchar la voz de tu nieta...

—La criatura duerme. No podíamos imaginar que iba a tener visita.

Entonces alguien entró corriendo en la estancia de la enferma.

—Ea, decid a la abuela que ha venido aquel señor tan guapo que conocimos en el templo. ¿Por qué no sale a hablar con él? Las mujeres procuraron hacerla callar.

—¿Por qué no lo hace? ¿No decía, cuando estábamos en la montaña, que le bastaba con mirarle para encontrarse mejor?

Genji, muy divertido, hizo como que no la oía. Después de expresar su simpatía por todos, se despidió y partió hacia su casa pensando que la conducta de la niña había sido la propia de una criatura de su edad. ¡Cuántas ganas tenía de convertirse en su maestro!

Al día siguiente envió una carta a la monja y añadió una notita, cuidadosamente doblada, para la niña:

«Después de escuchar el grito de la grulla joven, mi pobre bote embarrancó entre las cañas.»

La escribió con una letra grande e infantil que hizo las delicias de las criadas. Tanto les gustó que obligaron a la niña a copiarla en su libro de poemas sin cambiar un solo trazo. Pero Shonagon le envió una respuesta muy triste:

«Dudamos que mi señora, sobre la que has tenido la gentileza de informarte, sobreviva al día de hoy. Estamos a punto de volverla a enviar a las montañas. Estoy segura de que te dará las gracias desde el otro mundo.»

En las tardes de otoño, mientras pensaba en la inalcanzable Fujitsubo, Genji deseaba ardientemente la compañía de aquella niña que llevaba su misma sangre. Recordaba el día que la vio por vez primera, y el poema que su abuela recitara, en el que la comparaba con un prado privado de rocío, y su impaciencia no paraba de crecer. Temía, sin embargo, que si llegaba a llevarse a casa a aquella niña que llamaremos Murasaki, ^[64] seguramente acabaría por decepcionarlo. Entonces improvisó este poema:

«Quiero tener a mi lado la mata de espliego de raíces rojizas, que hasta hoy ha vivido en los marjales.»

En el mes décimo estaba previsto que el emperador visitara el pabellón Suzaku con motivo del Festival de las Hojas Rojas. Eligieron los mejores músicos y bailarines entre todas las familias que frecuentaban la corte para que le acompañasen, y príncipes y nobles empezaron a ensayar los espectáculos. Con tantas obligaciones encima, Genji olvidó preguntar por la monja, y cuando finalmente envió un mensajero a las montañas, el abad le hizo llegar una sombría repuesta:

«La perdimos a finales del último mes. Así es la vida, lo sé, pero estoy desolado.»

La noticia llenó a Genji de un sentimiento amargo y extraño de futilidad: ¡cuán breve e inconsistente resulta la existencia humana! ¿Qué debía de pensar la niña de todo ello?, se preguntaba el príncipe. Siendo tan joven, daba por seguro que se sentía totalmente perdida. Recordaba vagamente cómo se había sentido él al morir su madre, y le remitió una nota muy formal de pésame. La contestación de Shonagon fue esta vez más cálida.

Cuando el funeral y el luto hubieron concluido, trajeron de nuevo a la niña a la capital. En cuanto Genji se enteró, dejó pasar unos cuantos días y decidió presentarse de nuevo en la casa solitaria. Al verla tan destaralada y oscura, pensó que la pobre criatura debía de sentirse por fuerza muy desamparada entre sus paredes. Las criadas le acompañaron a la estancia que ya conocía. Una vez allí, Shonagon, deshecha en llanto, le relató los últimos días de la religiosa.

—La dama pensaba enviarla a casa de su padre, el príncipe Hyobu, pero no se decidía. Recordaba con cuánta crueldad trataron allí a su madre. Ya no es una niña, pero todavía no es una adolescente. La idea de que la tutele la misma dama que tan implacable se mostró con su madre me espanta. Y sus hermanas también harán todo lo posible para amargarle la vida. Mi pobre señora se llevó este temor al otro mundo, y no le faltaba razón. Agradecemos tu interés, y nos quitarías un gran peso de encima haciéndote cargo de ella aunque sólo fuese por una temporada. No voy a preguntar qué será de ella luego, pues sonaría a descortesía. Pero debes saber que la niña

dista mucho de ser perfecta. Todavía es muy infantil y no ha recibido la mejor de las educaciones...

—Deja de lado tus excusas... Conozco mis propios sentimientos, y es precisamente esta deliciosa ingenuidad a la que tú llamas infantilismo lo que me ha arrebatado el corazón y me ha decidido a llevármela a casa. Estoy seguro de que en una vida anterior ya existió un lazo entre ambos. Permíteme que hable con ella.

Y añadió un poema:

—Una cortina de juncos oculta las algas
en la playa de Wakanoura. ¿Deberán hacer
marcha atrás las olas que van en su busca?

»¿No sería pedir demasiado?

Shonagon le contestó con otro:

—Las algas de Wakanoura se mostrarían
muy imprudentes si se dejasen arrastrar por
las olas sin saber a dónde las llevaban.

«Pero quizá estoy preguntando demasiado...

La habilidad admirable con que Shonagon improvisó su poema determinó que Genji pasase por alto su sentido, en absoluto favorable a sus designios. Las criadas fueron a informar a la niña, que yacía en la cama llorando por su abuela, y le dijeron que un caballero en traje de corte —¿su padre?— estaba hablando con Shonagon.

—No soy tu padre, pero soy casi tan importante como él —le dijo Genji.

La niña le reconoció enseguida, y, a pesar de sus pocos años, se sonrojó.

—Vamonos —dijo a Shonagon en voz baja, tirándole de la manga —. Tengo sueño.

—¿Por qué te escondes de mí? Acércate. Puedes dormir sobre mis rodillas si quieres —le dijo el príncipe.

—Todavía es muy joven, señor —la excusó Shonagon, pero pidió a Murasaki que se arrodillase ante su «futuro tutor».

Genji acarició el vestido arrugado y la cabellera larga y espesa de la niña. Luego le cogió la mano, pero ella la retiró porque, aunque ya lo había visto otras veces, no dejaba de ser un extraño.

—He dicho que tenía sueño —murmuró Murasaki, acercándose a Shonagon.

El príncipe la siguió.

—De hoy en adelante has de mirarme a mí. Y no has de ser tan tímida.

—Perdónala, señor —repetía Shonagon—. ¿Cómo puedes decirle esas cosas? No tiene edad para entender tus pensamientos.

—Eres tú quien no los entiende. No le haré ningún daño, te lo aseguro. Mis sentimientos hacia ella son tan hondos como puros.

Aquella noche estalló una tempestad, y el granizo caía sobre el tejado de la casa como una lluvia de flechas.

—¿Cómo puedes obligada a vivir en un lugar tan sombrío? ¡Ha de ser terrible!

La niña temblaba, atemorizada por la tormenta, y los ojos del príncipe se llenaron de lágrimas. No, no estaba dispuesto a dejarla allí.

—Seré tu guardián —proclamó él con voz firme—. Y en noches tan terribles como ésta agradecerás tenerme a tu lado. ¡Venid todas conmigo!

Y, ante el desconcierto de las sirvientas, se metió en el dormitorio de la criatura. La pobre Shonagon parecía la más confusa de todas. ¿Y si aquel hombre estaba loco? Pero no se atrevió a protestar. Genji cubrió con la colcha a la niña, que se estremecía como una hoja a merced del viento. Se daba cuenta de que su comportamiento podía parecer extraño, pero se puso a hablarle de cosas que pensaba que podrían interesarle procurando no asustarla.

—Has de venir a mi casa. Tengo pinturas de todas clases y muñecas para que juegues con ellas.

Murasaki ya no estaba tan asustada pero no podía dormir. La tempestad duró toda la noche y Shonagon no se movió de su lado. Tenían que reconocer que, si el príncipe no hubiese estado allí, habrían muerto de miedo. ¡Cómo lamentaba la mujer que su señora no fuese un poco más mayor!

Todavía era de noche cuando la tormenta empezó a amainar, y Genji se despidió de Murasaki como si de una de sus amantes se tratara.

—Lo que he visto ha acabado de decidirme —declaró a Shonagon por última vez—. No puedo perderla de vista. Ha de venir a mi casa y vivir conmigo. Este lugar es espantoso.

—Su padre ha dicho que pasaría a recogerla —le dijo la mujer—. Me temo que lo hará en cuanto terminen los funerales de la abuela.

—Sí, debemos pensar en él —concluyó Genji—. Pero no han vivido nunca juntos, y le resultará tan extraño como yo. Además, estoy convencido de que mis sentimientos hacia ella son infinitamente más intensos...

Mientras hablaba, sonreía y acariciaba la cabeza de la niña. La niebla era muy espesa y el suelo estaba blanco del granizo que acababa de caer. Si hubiera estado acercándose a la mansión de alguna de sus damas, la escena le habría parecido intensamente romántica, pero las especiales circunstancias del momento le hacían sentirse deprimido. Al pasar por delante de la casa de una dama que había visitado en tiempos, ordenó llamar a la puerta, pero nadie respondió. Entonces mandó a un hombre que le acompañaba, famoso por su hermosa voz, que cantase dos veces este poema, de manera que llamara la atención de sus habitantes:

«Aunque me siento perdido entre las
brumas matinales, tropiezo con tu puerta y no
soy capaz de pasar de largo.»

La dama le envió una sirvienta que, adoptando un tono impertinente, le recitó este mensaje:

—¿Tan difícil te resulta entrar? Entonces,
¿por qué no entras? No hay obstáculos en tu
camino, y la puerta es sólo de hierba.

Algo le faltaba para rematar la noche a su gusto, pero el alba estaba apuntando y se refugió en su casa de Nijo. Echado en cama, sonreía al pensar en Murasaki. Cuando se levantó, el sol estaba ya muy alto. Lo primero que hizo fue ponerse a escribir una carta a la niña: la ocasión exigía

un poema muy especial. Falto de inspiración, dejó el pincel y se limitó a enviarle unas ilustraciones bonitas.

Al día siguiente el príncipe Hyobu fue a visitar a su hija, y, al ver la casa en que vivía, le pareció más destartalada que nunca: la muerte de la monja no había hecho sino acelerar su

—¿Cómo puedes soportada? Debes acompañarme y vivir conmigo — dijo a la niña—. En mi palacio hay lugar de sobras, y tu ama tendrá una habitación para ella sola... Además está llena de niñas que jugarán contigo...

Al oler los cabellos oscuros de la niña, notó el perfume que había dejado Genji la noche anterior, y añadió:

—¡Qué aroma tan delicioso! Lástima que tus ropas estén tan sucias y arrugadas... Nunca me gustó que vivieses al lado de una anciana enferma y quería tenerte conmigo, pero tú te negabas. Tampoco parecía entonces muy conforme la mujer que a partir de ahora deberá hacerte de madre... Pero la muerte de tu abuela lo ha cambiado todo...

—Por favor, señor, preferimos seguir viviendo solas... —le interrumpió Shonagon—. Déjala que crezca y pueda entender las cosas un poco mejor. Aún llora a su abuela y se niega a comer.

Tenía razón, pero la extrema delgadez de la niña aún la hacía parecer más graciosa y elegante.

—¿Por qué ha de llorar? Su abuela se ha ido para siempre, y eso no tiene remedio. Pero tiene la suerte de poder contar conmigo...

Murasaki y su padre lloraron juntos mientras caía la noche.

—No has de estar triste. Mañana mismo enviaré a por ti.

El príncipe Hyobu se marchó, pero la niña seguía hecha un mar de lágrimas al pensar en el futuro que le esperaba. Tenía edad suficiente para entender que la dama que había estado siempre a su lado se había ido para no volver. Sus compañeras de juegos dejaron de interesarle. Pasaba los días como podía pero, al anochecer, no era capaz de contener el llanto, y las mujeres que le atendían lloraban también al sentirse impotentes para consolarla.

Genji envió a Koremitsu a casa de Murasaki para que presentara allí sus excusas: se moría de ganas de visitarla, pero el palacio le reclamaba.

—Ya no es el de antes —se quejó Shonagon al mensajero del príncipe—. Sé perfectamente que esta historia no tiene la misma importancia para él que para nosotras, pero la costumbre exige que el hombre que desea empezar una relación con una muchacha la visite con regularidad. Si el padre de Murasaki se entera, nos reñirá con toda la razón. ¡No se lo cuentes a nadie, niña mía!

Pero la niña no escuchaba con la atención que Shonagon hubiese deseado.

—Quizás, llegado el momento —prosiguió el ama—, deberemos aceptar que lo que el destino tiene decretado se cumpla, y Murasaki se convertirá en la esposa de Genji, pero hoy no cabe ni pensar en ello. Tu señor actúa de un modo muy extraño, y el padre de la niña no facilita las cosas. Dile a tu amo que se muestre un poco más cauteloso a la hora de actuar.

Koremitsu regresó a Nijo y contó a Genji lo que había visto y oído. El príncipe lo lamentó profundamente, pero no se atrevió a hacer la visita que de él se esperaba: le preocupaban los rumores que circulaban sobre su frivolidad. Murasaki tenía que ir a Nijo. Envió más cartas y, al caer la tarde, volvió a enviar a Koremitsu, su hombre de confianza, para que insistiera ante Shonagon: aunque numerosos obstáculos impedían que Genji acudiese en persona, ello no debía interpretarse como una falta de seriedad.

—El príncipe Hyobu nos ha prometido que vendrá mañana a buscar a su hija —contestó Shonagon—. Esta es la razón principal de que estemos tan confusas. ¿A quién no entristece abandonar una morada donde se ha vivido tanto tiempo, por más inhóspita que sea? Tiene que perdonarnos.

Por lo demás, contestó a las preguntas de Koremitsu de tan mala gana que el joven se despidió.

IV

Genji estaba en casa de su suegro, en Sanjo, donde Aoi seguía mostrándose tan glacial y reservada como siempre. Muerto de aburrimiento, cogió el koto japonés y se puso a tocar y a canturrear «El campo de Hitachi». Mientras hacía música, se presentó Koremitsu y le transmitió las últimas noticias. No le quedaba más remedio que actuar. Si se llevaba a la criatura más adelante, cuando ya estuviese en casa del príncipe Hyobu, le llamarían perverso y ladrón de niñas. Tenía que anticiparse a su padre y llevarla a Nijo inmediatamente, tras hacer jurar a las mujeres que guardarían el secreto.

—He tomado una decisión. Iré mañana a primera hora. Haz que me preparen el carruaje y envíame un par de hombres para que me acompañen.

Koremitsu siguió las instrucciones del príncipe al pie de la letra. Genji conocía el riesgo que corría: dirían de él que tenía unos gustos muy amplios, que no había fruta demasiado verde para su paladar... Si Murasaki hubiese sido un poco más mayor, se la consideraría una conquista más y la historia se acabaría aquí, pero, habida cuenta de su edad, nadie le libraría de críticas y reproches. Aunque sabía que el príncipe Hyobu se sentiría terriblemente agraviado, Genji no estaba dispuesto a permitir que la niña se le escapara de las manos.

Aoi callaba como casi siempre, y él le dijo:

—Tengo asuntos que resolver en Nijo, y debo irme. Volveré pronto.

Sin despedirse de nadie más, pasó por su habitación para cambiarse de ropa y partió en su coche. Koremitsu le acompañaba, montado a caballo. Al llegar a la casa del difunto inspector imperial, uno de sus hombres llamó a la puerta. El portero dejó entrar el carruaje de Genji sin sospechar nada. Entonces Koremitsu se acercó a la puerta de la esquina y tosió dos veces. Shonagon le reconoció y salió inmediatamente.

—Mi señor ha llegado —dijo el escudero.

—Y mi señora duerme. ¡Elegís unas horas francamente intempestivas para ir de visita!

Shonagon sospechó que Genji iba de regreso a su casa después de alguna aventura galante, pero el príncipe se acercó a ella y le imploró:

—He de hablar urgentemente con la niña antes de que su padre se la lleve. Shonagon sonrió:

—Seguro que Murasaki tiene un montón de respuestas interesantes preparadas para ti.

El príncipe entró en la casa sin pedir permiso.

—¡No esperábamos a nadie, señor! Las viejas están que asustan... — gritó Shonagon.

—Voy a despertarla —dijo Genji—. La bruma matinal es demasiado hermosa para que la niña no la vea.

Mientras las criadas callaban, horrorizadas, el príncipe se dirigió al dormitorio, cogió a la niña en brazos y se puso a acariciarle los cabellos. Murasaki, medio dormida, pensó que era su padre.

—Vamos —le dijo él para que no se asustase—. Tu padre me envía.

Pero cuando la niña se dio cuenta de que no era su padre, se asustó mucho.

—¡No tengas miedo, preciosa! Ya te he dicho que has de ver en mí a un segundo padre —la instruyó Genji, y se la llevó sin hacer caso de las protestas de Shonagon y de las demás criadas.

—Creo que os lo he explicado bien —prosiguió el presunto raptor, dirigiéndose a las mujeres—. Me resulta muy difícil visitarla aquí. Quiero que viva en un lugar más confortable y accesible. ¡Y lo único que se os ocurre es enviarla junto a su padre! Que la acompañe una de vosotras...

—¡Ten piedad, señor! —suplicó Shonagon, retorciéndose las manos—. No podrías haber elegido peor momento. ¿Qué le diremos al príncipe Hyobu cuando venga mañana? Nos pones en una situación muy difícil...

—¡Ven tú mas tarde, si quieres!

El carruaje les estaba esperando. Al ver que las mujeres iban de un lado a otro llorando y suplicando, Murasaki también lloraba. Pero Genji estaba decidido a salirse con la suya. Entonces Shonagon cambió de idea, recogió unas ropas que había estado consiando la noche anterior y se metió en el

carruaje de un salto. Cuando llegaron a la casa de Nijo, que no estaba lejos, apuntaba el alba. Genji ordenó parar delante del ala oeste, y sacó a la niña.

—¡Es una pesadilla! —se quejaba Shonagon—. ¿Pero qué puedo hacer yo?

—Te haré acompañar a tu casa, si así lo deseas —le contestó Genji.

La pobre Shonagon bajó del coche desconsolada, pensando en cómo reaccionaría el padre de Murasaki cuando fuese a buscarla. ¿Qué futuro les aguardaba en aquella mansión desconocida? Pero llegó un momento en que ya no pudo derramar más lágrimas, y, haciendo un gran esfuerzo, logró serenarse un poco.

Como nadie vivía en el ala oeste, no había ninguna estancia a punto, de manera que Genji mandó a Koremitsu que hiciese poner persianas, cortinas y biombos, hizo traer ropa de cama nueva del ala este y se echó a dormir. La niña temblaba violentamente, pero había dejado de llorar.

—Siempre duermo con Shonagon —murmuraba con voz débil.

—¡Una chica tan mayor durmiendo con el ama!

Shonagon se instaló en la misma habitación, entre Genji y Murasaki. Cuando el alba apuntó, se puso a contemplar el exterior. Pabellones y jardines lucían espléndidos, y la arena parecía una alfombra de piedras preciosas. No estaba acostumbrada a aquella magnificencia, y el hecho de que no hubiese ninguna otra mujer en aquella ala, que Genji utilizaba sólo para visitas ocasionales, la tranquilizaba. Por motivos de seguridad el príncipe había puesto unos guardias al otro lado de las persianas, y Shonagon pudo oír fragmentos de sus conversaciones: se preguntaban sobre la identidad de la dama que Genji acababa de traer al pabellón.

—¡No sé quién es, pero seguro que es digna de verse! —apuntaba uno de ellos.

Obedeciendo órdenes de su señor, aquellos hombres les llevaron cubos de agua para que se lavasen y arroz hervido para desayunar. Genji no se levantó hasta mediodía.

—Necesitaremos a alguien que se ocupe de ti —dijo a la niña—. ¿Quieres que llamemos a tus criadas favoritas? Dime sus nombres, y esta

noche estarán a tu lado. También te enviaré niñas que están viviendo en el ala este para que tengas compañeras de juego.

Cuando llegaron las niñas, Murasaki estaba todavía envuelta en la colcha con que Genji la había cubierto para llevársela.

—Me sabría muy mal que te mostrases desabrida con ellas —le dijo—. ¿Habría hecho todas estas cosas, si yo no fuese un hombre bueno? Las niñas deben obedecer a los adultos.

Esta fue su primera lección. Murasaki resultaba infinitamente más hermosa contemplada de cerca que cuando la vio de lejos. Adoptando los aires de un padre afectuoso, hizo cuanto pudo para entretenerla con libros ilustrados y juguetes, que hizo traer del ala este, y consiguió que se le acercara y se pusiera a jugar con él. Sus ropas de luto eran frescas y ligeras, y le quedaban muy bien. Cada vez que sonreía, Genji, cautivado por el encanto de la criatura, le respondía con otra sonrisa. Finalmente hubo de dejarla para ir al ala este.

Murasaki salió al jardín a ver los árboles y el estanque. Las flores, adornadas de escarcha, parecían pintadas. Grupos de cortesanos (ella no sabía aún qué eran) paseaban tranquilamente de un lado a otro. Tomado en su conjunto, le pareció un lugar interesante, de manera que se puso a admirar las pinturas, los biombos y todas las maravillas que la rodeaban hasta que, poco a poco, fue olvidando sus penas, como suele ocurrir con los niños.

Genji no pisó la corte durante varios días, un tiempo que consagró a Murasaki para conseguir que se sintiese como en su propia casa. Le escribía poemas que la niña copiaba, le hacía dibujos —algunos realmente bonitos—, y en una hoja de papel del color del espliego escribió unos versos de cierto poema muy conocido sobre la comarca de Musashi, famosa por sus marjales y campos de lavanda:

«¡Suspiro al oír tu nombre, aunque nunca
estuve en Musashi! ¡Suspiro como si todo
aquel campo de espliego fuera mío!»

La niña leyó los versos, y la caligrafía le pareció maravillosa. Genji añadió otro poema, que improvisó para la ocasión:

«Espesa es la hierba húmeda de rocío de
Musashi, y se parece mucho a la hierba que
tengo prohibida.» [66]

—Ahora te toca a ti escribir algo...

—No sé —dijo la niña, y le miró de un modo tan natural y poco afectado que él no pudo dejar de sonreír.

—Tal vez no eres aún capaz de escribir lo que te gustaría, pero una cosa u otra has de escribir. Deja que te enseñe.

Incluso la manera torpe con que sujetaba el pincel le fascinaba. Temiendo haber cometido alguna falta, la niña trató de ocultar lo que acababa de escribir, pero él se lo quitó. Decía:

«Ignoro qué te hace suspirar tanto, y no
sé a qué hierba me comparas.»

La caligrafía de la niña era muy inmadura, pero ya revelaba fuerza y carácter. Hacía pensar en la de su abuela. Si Genji conseguía añadirle un toque de modernidad, el resultado sería más que aceptable. [67] Le hizo construir casas de muñecas, y, jugando con ella, empezó a olvidar sus propias penas.

Cuando el príncipe Hyobu se presentó en casa de la monja tal como había anunciado, las mujeres no supieron qué decirle. Genji quería mantener en secreto la presencia de la niña en su mansión de Nijo, y Shonagon se puso definitivamente de su parte. Para su desconcierto, sólo consiguió averiguar que Shonagon se había llevado a la niña sin decir a dónde.

—Su abuela no quería que viviese conmigo —les dijo, procurando hallar una explicación a lo que acababa de oír—, y supongo que Shonagon, en un exceso de celo, la ha ocultado en alguna parte siguiendo instrucciones de la difunta. En cuanto averigüéis algo, hacédmelo saber.

Hyobu les preguntó también por el abad que vivía en las montañas, y no obtuvo información alguna. Entonces, por primera vez en la vida, tuvo la desagradable sensación de que acababa de perder un tesoro. ¡Había visto muy poco a su hija, pero parecía una criatura tan deliciosa! Y su mujer, que ya había olvidado el odio que la madre de Murasaki le inspirara, se indignó al saber que, por razones muy poco claras, no se le iba a confiar la educación de la niña.

Poco a poco, todas las criadas que habían servido a Murasaki en casa de su abuela volvieron a reunirse con ella, y las niñas que el príncipe había elegido para que le hiciesen compañía se sentían muy felices a su lado. Cuando Genji no estaba o en anocheceres sombríos, la criatura echaba de menos a la monja y lloriqueaba un poco, pero no pensaba nunca en su padre, al que solamente había visto en contadas ocasiones. Ahora tenía otro padre, y estaba muy orgullosa de él. Cuando Genji llegaba a casa, Murasaki era la primera en lanzarse al jardín a saludarlo. Luego montaba en sus rodillas y le hablaba de mil cosas sin el menor asomo de timidez o desconfianza. A su lado se sentía la niña más dichosa del mundo.

También Genji vivía en una nube de felicidad: las mujeres inteligentes suelen ser complicadas, y, siempre a punto de mostrarse celosas, obligan a los hombres a estar perpetuamente en guardia. En cambio, Murasaki era la compañera perfecta, un juguete maravilloso que siempre le sorprendía con su fantasía y agudezas. No se hubiese sentido tan cómodo y libre de inhibiciones con una hija, porque la intimidad entre un padre y una hija no deja de tener sus límites... ¡A veces tenía la impresión de que el cielo le había regalado una auténtica joya!

Capítulo 6 Suetsumuhana

A pesar de la pasión avasalladora que la inalcanzable Fujitsubo había despertado en él y de su interés por la pequeña Murasaki, Genji no había olvidado la muerte inesperada de Yugao, que tan poco tiempo le había acompañado en la tierra y se había fundido entre sus manos como el rocío de la mañana. Todas las damas que conocía eran orgullosas y frías: ninguna parecía capaz de ofrecerle los sencillos encantos que hallara en la mujercita de la casa de las flores de luna. Reconocía que la historia había acabado muy mal, pero, con todo, se preguntaba si le sería posible dar con otra muchachita hermosa y de rango poco elevado que le permitiera sentirse despreocupado y feliz. Con esta idea en la mente, tomaba especial nota de cuantos rumores le llegaban sobre muchachas potencialmente «interesantes». Siempre que oía mencionar alguna mujer que presentaba algún interés, le enviaba una cartita que solía ser bien recibida. Incluso las que de entrada parecían mostrarse difíciles, acababan por ceder, y la relación se prolongaba hasta que ella se casaba con algún personaje —de poca categoría por lo común—, con lo cual la correspondencia se acababa.

A veces pensaba en Utsusemi y la echaba de menos. En cuanto a su hijastra, de vez en cuando le enviaba algún mensaje. Le hubiese encantado volver a verla como aquella noche: en *deshabillé* y a la luz de una linterna, porque la naturaleza había hecho al príncipe de tal manera que jamás olvidaba a una mujer que le hubiese llamado mínimamente la atención.

Una de sus amas —por la que sentía casi el mismo afecto que por la madre de Koremitsu— tenía una hija llamada Tayu que servía en la corte y que de vez en cuando hacía pequeños favores a Genji. Su padre estaba emparentado de lejos con la familia imperial. Como la madre vivía en una provincia con su segundo marido, que era gobernador de Chikuzen, Tayu moraba en casa de su difunto padre e iba todos los días a la corte. Un día contó a Genji que el príncipe Hitachi, fallecido algunos años atrás, había tenido una hija siendo ya un hombre mayor. Mientras el príncipe Hitachi vivió, nada faltó a la princesa, pero ahora vivía sola y se sentía muy desgraciada. La historia despertó enseguida la simpatía de Genji y empezó a investigar por su cuenta.

—Me temo que sé muy poco sobre su aspecto y cualidades —le confió Tayu—. Me consta que vive sola y que ve a muy poca gente. Algunas tardes voy a darle un poco de conversación —desde el otro lado de la cortina, claro está— y tocamos dúos. Podría decirse que compartimos la amistad del koto.

—¡Ardo en deseos de escucharla! —exclamó Genji—. Su padre tenía fama de ser un gran virtuoso del koto, y es posible que su hija lo sea también.

—Dudo mucho que pueda satisfacer unos oídos tan exigentes como los tuyos.

—¿Lo dices en serio? Elegiremos una hermosa noche de luna llena e iremos a visitarla. Espero que puedas sustraerte a tus deberes para hacerme este pequeño favor.

Por más que ella repetía que no se trataba de una empresa fácil, se pusieron a urdir proyectos y eligieron una plácida noche de primavera pensando que la corte estaría tranquila. Tayu marchó a casa del príncipe Hitachi, y Genji se le unió a la hora prevista. El astro nocturno resplandecía porque la noche anterior había sido de luna llena.

—Es una lástima —dijo Tayu—, pero no parece una noche adecuada para un concierto de koto.

—Dile que toque algo. Si no, habré dado el paseo en balde.

Tayu le introdujo en la casa, pensando que aventuras como aquélla estaban por debajo de la dignidad de un príncipe de la talla de Genji. Las persianas estaban levantadas y se notaba un perfume delicado de ciruelos en flor. Tayu dijo a la dama:

—En noches hermosas como ésta pienso en tu habilidad con el koto, y desearía que nos conociéramos mejor. Es una lástima que siempre tenga que dejarte a toda prisa para que no me riñan en la corte.

—¡Temo que hayas escuchado demasiados músicos realmente buenos! —le respondió la otra—. Mi forma de tocar no puede impresionar demasiado a quienes frecuentan el palacio del emperador.

A pesar de sus protestas, tomó el koto y desgranó una melodía suave que Genji escuchó con agrado. Tayu estaba muy nerviosa y se preguntaba si el concierto tendría éxito o no. Lo cierto es que su manera de interpretar no tenía nada de excepcional, pero el instrumento era de una gran calidad y algo del talento de su padre se le había pegado. Resultaba obvio que la dama había sido educada a la antigua usanza por un gentilhomme de categoría, pero en aquel lugar solitario y mal cuidado no quedaba casi nada del esplendor de antaño. Todo allí evocaba los lugares que, en las novelas antiguas, sirven de telón de fondo a las escenas más emocionantes. El príncipe hubiese querido hacerle saber su presencia, pero temía pecar de atrevido.

Tayu, que era muy lista, decidió que cuanto más corto fuese el concierto, tanto mejor.

—El cielo se ha llenado de nubes —dijo—, y yo espero una visita. No quisiera que mi amigo imaginara que trato de darle esquinazo. Volveré otro día, y espero que me harás el honor de dejarme que te escuche durante más tiempo.

Dicho esto, regresó a su habitación.

—Ha tocado muy poco —se quejó Genji—. Me faltan elementos de juicio para saber si es realmente buena o no. (Lo cierto es que estaba interesado.) Quizás en nuestra próxima visita pueda escucharla desde más cerca...

Tayu pensó que, de momento, no convenía llevar las cosas más allá y no quiso comprometerse a nada.

—Me temo que no, señor. Piensa que es una persona solitaria e indefensa, que vive para sus recuerdos. No quisiera provocar una situación que pudiera contribuir a angustiarse.

Genji reconoció que tenía razón. Debía tener en cuenta la posición de la dama: había rangos y rangos, y eran las damas de menos categoría las que solían mostrarse más accesibles. La tocadora de koto pertenecía a otra esfera porque era hija del príncipe Hitachi.

—A pesar de todo, háblale de mí.

Le esperaban en otro lugar, y se fue sin hacer ruido mientras Tayu le decía, sonriendo con la familiaridad propia de quien se sabe hija de un ama muy querida:

—Me divierte pensar que, a juicio de tu padre, eres un hombre demasiado serio. ¡No sé qué diría si te viera disfrazado así y embarcándote en esas aventurillas!

—No creo que seas la persona más adecuada para criticar a nadie —replicó él—. Si «esas aventurillas» merecen algún comentario, ¿qué habría que decir de la conducta de ciertas muchachas que conozco muy bien?

Tayu no respondió porque sabía que su forma de actuar, tan libre de prejuicios, podía dar pie a comentarios como el que acababa de oír.

Deseoso de ver un poco más de la misteriosa tocadora de koto, Genji se acercó a la ventana con la intención de ocultarse en un lugar en que la valla de bambú estaba medio rota, pero ya encontró allí a otro hombre que, aparentemente, se le había anticipado. ¿Quién podía ser? ¡Seguro que se trataba de un joven que se disponía a hacer la corte a la dama! Entonces dio un paso atrás y desapareció en la sombra. No podía imaginar que se trataba de su amigo y cuñado To no Chujo: aquella tarde habían salido los dos de palacio a la misma hora. Genji se despidió del otro sin ceremonias, y To no Chujo, aunque tenía un compromiso, se puso a seguirlo. Genji, disfrazado y a caballo, se había dirigido a aquella casa que el otro desconocía. Mientras To no Chujo se interrogaba sobre estos misterios, le llegó el sonido del koto, y, al oírlo, decidió esperar pacientemente, convencido de que Genji no

tardaría en aparecer. Genji procuró huir, pues no había reconocido a su cuñado y no deseaba ser descubierto, pero To no Chujo salió de su escondrijo y le retuvo por el brazo.

—No me gusta cuando te me quieres quitar de encima, de modo que decidí seguir tus pasos.

»Aunque los dos hemos dejado a la vez las cimas del monte Ouchi, ^[68] esta luna de la noche décimo sexta me ha revelado cosas muy extrañas.

Genji se sintió molesto y divertido a la vez.

—¡Qué sorpresa!

»La luna reparte sus rayos con imparcialidad. ¿A quién le importa detrás de qué palacio irá a ocultarse?

—Otra vez juntos... En este tipo de lances resulta muy conveniente llevar escolta —le contestó su cuñado en tono sarcástico—. La próxima vez no me dejes atrás. ¡Si sales solo y disfrazado, te puede pasar cualquier cosa!

La historia de siempre: To no Chujo pasaba la vida espiándole para descubrir sus secretos. Genji se felicitó porque, cuando tuvo noticia de la existencia del «clavel silvestre», ^[69] no había dicho nada a su amigo. Con todo, se apreciaban demasiado para

separarse peleados, de manera que ambos subieron al mismo carruaje y tocaron la flauta durante todo el trayecto que les condujo a la mansión de Sanjo a la luz de una luna brumosa. Como no llevaban cortejo, entraron por una galería apartada para no llamar la atención.

Una vez en casa del ministro de la izquierda, se hicieron traer ropas de corte y se presentaron en el pabellón principal como si acabasen de llegar del palacio del emperador. El ministro, que era un músico experimentado, se unió al concierto tocando la flauta coreana, y, detrás de él, las damas más diestras en el koto tocando detrás de las cortinas. Destacaba una, especialmente dotada, que se llamaba Nakatsukasa, que To no Chujo

perseguía sin éxito. Genji, en cambio, aun dejándose caer tan poco por la casa, se había ganado su afecto. La princesa Omiya, madre de To no Chujo, conocía algo del asunto y lo desaprobaba completamente. De modo que la pobre Nakatsukasa estaba sentada en un rincón apoyándose en un escabel: pensaba si no valdría la pena irse a vivir a otro palacio donde Genji no pusiera los pies, pero la idea de dejar de verlo la hacía sentir muy desgraciada.

Durante toda la noche ambos jóvenes sólo pensaron en aquella música de koto y la casa triste y extraña en que la habían escuchado. To no Chujo procuraba imaginarse qué había detrás de la historia: su olfato de seductor creía adivinar la existencia de una dama encantadora que, con un poco de paciencia, podía acabar conquistando, pero ¿y si luego resultaba que sus supuestos encantos dejaban mucho que desear? Esta última posibilidad le paralizaba. En cambio, Genji, de temperamento más vehemente y romántico, daba por seguro que la aventura valdría la pena.

Ambos escribieron cartas a la hija del príncipe Hitachi, pero ella no les contestó. To no Chujo no entendía las razones de aquel silencio y sufría más que su rival. Estaba ansioso por relacionarse con una dama de sensibilidad refinada, por muy modesta que fuese, una dama capaz de comunicarle sus sentimientos a través de cartas y poemas, mientras las nubes iban y venían y la hierba y las flores nacían y se secaban. La princesa había sido educada en la soledad, pero tanta reticencia parecía ya de mal gusto. Incapaz de ocultar nada, To no Chujo preguntaba a Genji:

—¿Has recibido alguna nota de la hija de Hitachi? Le he enviado un par de mensajes, y no me ha hecho llegar ni media palabra.

Genji sonrió y le contestó:

—Tampoco yo he recibido nada, aunque quizás no he hecho nada por merecerlo.

Aquella respuesta ambigua dejó a su amigo más inquieto que antes. ¿Y si Genji era ya el favorito de la dama? Lo cierto es que el príncipe no estaba realmente interesado en ella, aunque también le reprochaba su silencio. Sólo seguía insistiendo porque To no Chujo era un joven elocuente y persuasivo, y Genji no estaba dispuesto a permitir que su cuñado le tomara

la delantera, sobre todo en este lance, pues él había sido el primero en fijarse en la misteriosa dama. Harto de esperar, volvió a llamar a Tayu por ver si averiguaba algo más.

—Me molesta que se muestre tan poco comunicativa. Tal vez me tenga por un hombre frívolo e inconstante. Si es así, se equivoca. Mis sentimientos son firmes como una roca. Reconozco que si una mujer me niega su confianza, no me cuesta cambiar de afectos, pero si la dama se fía de mí y no tiene una familia que se entrometa en nuestros asuntos, si es capaz de hacerme sentir realmente cómodo a su lado, puedo resultar el amante más agradable y fiel de este mundo.

—Me temo, señor, que esta dama no será nunca una distracción pasajera. No sé qué buscas. Hay muy pocas mujeres tan, tan reservadas...

Y le contó algo más sobre el carácter mediocre de la princesa.

—A juzgar por lo que me explicas —dijo Genji—, tal vez no sea una persona excepcional, pero las mujeres tranquilas e ingenuas tienen un encanto difícil de resistir.

Y mientras hablaba, pensaba en la pobre Yugao.

Poco tiempo después la malaria volvió a atacar a Genji, y el príncipe hubo de resignarse a sufrir en silencio. Así pasó toda la primavera y todo el verano. Cuando llegó el otoño, su estado de ánimo seguía dominado por la melancolía. Una vez más el estrépito del mazo del tintorero le destrozaba los oídos martirizándolo con recuerdos y anhelos insatisfechos. Escribió un montón de cartas a la hija del príncipe sin recibir respuesta. Aquella resistencia le exasperaba. El joven se sentía herido en su honor porque no toleraba la derrota. Un día volvió a quejarse a Tayu.

—¿Qué significa todo eso? Nunca he vivido nada semejante. La muchacha le compadeció.

—No me culpes, porque no le he dicho nada que pueda perjudicarte. Lo que pasa es que es terriblemente tímida, y no hay manera humana de hacerla cambiar.

—Estoy aburrido y me siento solo sin razón aparente —dijo Genji—, y si supiese que ella comparte mi estado de ánimo, me daría por satisfecho. Me bastaría con que me permitiera estar en su galería, aunque no me dejara

ir más allá... Procura entender mis sentimientos por raros que te puedan parecer, Tayu, y acompáñame a su lado prescindiendo de su consentimiento. Te prometo que no voy a hacer nada que la pueda molestar.

Lo cierto es que cuando Tayu mencionó la princesa a Genji por primera vez, lo hizo únicamente por hablar de algo. ¡Cuánto se arrepentía ahora de sus palabras! No sabía cómo poner fin a las preguntas y apremios del joven... La pobre dama carecía de todo encanto especial (por no hablar de talento artístico), y no parecía en absoluto la mujer más adecuada para el príncipe. Si, cediendo a los ruegos del joven, se convertía en alcahueta de la pareja, acabaría provocando la infelicidad de la princesa, pero si rehusaba, se ganaría la enemistad de Genji.

La buena sociedad había empezado a olvidar la casa cuando aún vivía el príncipe Hitachi. Ahora nadie ponía los pies en ella. Y, de pronto, se les aparecía una luz resplandeciente que había deslumbrado a las criadas de la princesa, hasta el extremo de que se pasaban el día suplicándole que contestara a su admirador. Pero la muchacha era tan absurdamente tímida que ni siquiera osaba leer las cartas que recibía. Al fin Tayu tomó una decisión: buscaría una ocasión propicia para acompañar a Genji hasta la cortina que ocultaba a la princesa. ^[70] Si la muchacha no lograba entusiasmarlo, la historia se acabaría allí. Si se caían bien —aunque la relación durase poco—, no había ningún pariente vivo de la dama que se lo pudiese reprochar. Tayu era una muchacha impulsiva y testaruda, y no comentó el asunto con nadie.

Una noche de finales del octavo mes —las estrellas brillaban y el viento suspiraba entre los pinos— la princesa decidió no acostarse para ver aparecer la luna en el cielo. En noches como aquella la muchacha se ponía muy triste evocando pasados esplendores. Esta era la ocasión que Tayu estaba esperando, de modo que citó a Genji y le exigió la máxima discreción. La princesa estaba contemplando la valla de bambú rota mientras la luna asomaba en el cielo, y Tayu le pidió que tocara una melodía suave con su koto, que no sonó mal a los oídos del príncipe, aunque Tayu la encontró muy pasada de moda. Genji se acercó a la galería y llamó a Tayu, que fingió una gran sorpresa.

—¡Alabado sea Buda Amida! —exclamó la alcahueta—. Genji se nos ha presentado sin avisar. Se pasa la vida quejándose de que no contestas a sus cartas, y yo le he dicho que no era culpa mía. De manera que finalmente se ha presentado en tu casa con la intención, según dice, de enseñarte buenas maneras. ¿Qué quieres que le diga? Parecería cruel despedirle... ¿Por qué no le hablas? Aunque sea a través de la persiana...

La princesa se puso a tartamudear y se refugió en la estancia interior. Tayu, mucho más experta, juzgó tremendamente infantil su comportamiento.

—Tienes muy poca experiencia, señora —le dijo, sonriendo—. Si fueses una muchacha sometida a la vigilancia de padres, hermanos, tíos o tutores, todavía podría entenderlo, pero que una dama de tu posición tenga tanto miedo a enfrentarse al mundo resulta francamente extravagante. La princesa empezó a ceder.

—Si no es preciso que le hable... Quiero decir, si se limita a hablar él y se da por satisfecho con que yo le escuche a través de la persiana, estoy dispuesta a recibirlo.

—¿Y vas a dejarlo en la otra punta de la galería? ¡De ningún modo! No es de los que se toman libertades impropias...

Tayu habló con firmeza, cerró las puertas y puso un cojín para Genji en la estancia de al lado.

La princesa era muy tímida, e, ignorando cómo comportarse con un caballero como el que la había ido a visitar, se puso en manos de Tayu. Su ama, una vieja enfermiza, había ido a hacer la siesta, y las dos o tres muchachas que la servían se morían de ganas de ver al hombre que tanta admiración despertaba por doquier.

Como la princesa no tomaba ninguna iniciativa, Tayu le hizo cambiar de vestido para que estuviera más presentable. También Genji se había ataviado para la ocasión con discreta elegancia, y estaba arrebatador. ¡Cuánto me gustaría presentarlo a alguien capaz de hacer justicia a sus méritos!, pensaba Tayu. La hija del príncipe Hitachi era un caso perdido. Tan sólo le consolaba pensar que, a pesar de sus limitaciones, nunca le soltaría una impertinencia que pudiese ofenderlo...

Genji notó un perfume sutil y placentero de sándalo y oyó un crujir de sedas, mientras las criadas obligaban a la dama a acercarse a la puerta para recibirle. Toda la casa parecía respirar un ambiente de serenidad y calma que acabó de convencerlo de que no iba desencaminado al exigir aquella cita. Con gran despliegue de elocuencia, le hizo saber cuánto había pensado en ella durante los últimos meses, pero el mutismo de la dama parecía aún más incómodo de cerca que de lejos.

—Mil veces me ha hecho enmudecer tu silencio, pero espero que el silencio no sea la sentencia definitiva.

»¿Por qué no reconoces claramente que no te gusto? *Nada hay que teja una red tan triste y enmarañada como el silencio...*

Tayu no pudo soportar el silencio de la princesa, y contestó en su lugar:

—No está en mis manos tocar una campana que imponga silencio, ^[71] y, sin embargo, el silencio es mi única respuesta.

La voz de la muchacha tenía un toque de frivolidad. Genji, creyendo que había sido la princesa la que había hablado y no Tayu, se sorprendió del tono desenvuelto y lleno de coquetería de la respuesta, que no se correspondía con el rango de la dama.

—Me has dejado sin palabras.

»El silencio, por cuanto se me alcanza, es mucho más hermoso que las palabras. Pero su hermano, el mutismo, resulta mucho menos agradable.

Genji siguió hablando medio en broma medio en serio, pero no obtuvo respuesta. Era extraño: parecía como si la cabeza de la dama no funcionara con normalidad. Al fin el joven perdió la paciencia y abrió la puerta que separaba las dos estancias. Tayu se asustó, porque el príncipe le había prometido que se comportaría como un caballero. Aunque el destino de la

princesa la preocupaba, la muchacha huyó a su dormitorio y se desentendió de la cita. Las sirvientas de la princesa no se sorprendieron tanto: ¿qué falta no se perdona a un culpable tan apuesto? De modo que no se alborotaron, aunque se dieron perfecta cuenta de que la aparición inesperada del príncipe había dejado muy confusa a la joven, que se encerró una vez más en un mutismo absoluto. ¡Que maravilloso resulta pensar que todavía existen damas como ésta en el mundo!, se dijo el príncipe, creyendo ver en la vida aislada que le había tocado en suerte una explicación razonable de la excentricidad de la princesa, y la compadeció de todo corazón.

Abandonó la mansión muy decepcionado. En su casa de Nijo se tumbó en la cama, maldiciendo su suerte, una suerte que se negaba contumazmente a proporcionarle la mujer ideal. To no Chujo interrumpió sus pensamientos.

—¡Eres un dormilón!

—Solo en la cama, ¿qué puedo hacer sino descansar?

—Ayer me dijeron que hoy tocaba la elección de los músicos y los bailarines para la gran celebración, e iba a ver a tu padre para hablar del asunto. Volveré pronto.

Genji decidió acompañarlo. Aunque disponían de dos coches, prefirieron ir en uno solo. Durante el trayecto, Genji estuvo adormilado y poco comunicativo. Había que decidir un montón de detalles, de modo que el príncipe pasó el día entero en palacio y ni siquiera pensó en enviar una carta a la hija de Hitachi. Tan sólo cuando cayó la noche, envió un mensajero. Aunque se había puesto a llover, Genji evitó de nuevo visitar a la princesa.

Tayu compadecía a la pobre muchacha, muy abatida porque pasaban las horas y no llegaban noticias de Genji. Y, sin embargo, no se quejaba. Cuando, muy entrada la noche, llegó la nota, decía:

«Las sombrías brumas del anochecer aún no se han disipado. Y viene la lluvia a aumentar nuestra tristeza.

»Estoy muy impaciente esperando que el tiempo mejore...»

En cuanto supo que él no iría a verla, la princesa se sintió profundamente decepcionada. Con todo, las criadas le exigieron que contestase a la carta y, como la pobre princesa era incapaz de escribir media frase, Tayu tomó la iniciativa y redactó estos versos:

«Mi pueblo espera que salga la luna
durante la noche brumosa. Puedes imaginar
la oscuridad, aunque no la compartas.»

La princesa los copió sobre un papel tan viejo que había dejado atrás el color púrpura para ser gris, con una caligrafía anticuada pero grande y contundente. Genji le echó un vistazo mientras se preguntaba, perplejo, qué clase de esperanzas había podido despertar en el corazón de la joven. Decidió que seguiría visitándola.

A última hora de la tarde partió a casa de su suegro. Allí reinaba una agitación terrible por la ceremonia que se les echaba encima. Los jóvenes discutían sobre detalles, ensayaban danzas y canciones para el gran acontecimiento y por todas partes se oía el son de la flauta y del flautín cuando el tambor no redoblaba en la galería. Víctima de toda aquella actividad, Genji sólo pudo hacer las visitas imprescindibles, entre las que no se contaba la casa medio en ruinas del difunto príncipe Hitachi, de manera que, cuando el otoño tocó a su fin, la princesa había perdido la esperanza de volver a ver a Genji.

Un día —el festival estaba a punto de celebrarse y los preparativos eran febriles—, Tayu se presentó sin anunciarse en el pabellón de Genji. Parecía a punto de echarse a llorar.

—¿Qué me cuentas? —le preguntó el príncipe, sintiéndose culpable.

—Te has olvidado tanto de ella en estos últimos tiempos —le dijo—, que las que estamos a su lado vivimos en el infierno.

Genji sospechaba que el propósito inicial de Tayu había sido hacerle creer que la princesa era un ser misterioso y excepcional para sacar algún provecho económico de su enamoramiento. Por desgracia para ella, él había descubierto la verdad: la muchacha no tenía nada de extraordinario. ¡Y aún osaba presentarse ante él y reprocharle su falta de sensibilidad! Y sin

embargo, la imagen de la dama solitaria no dejaba de entristecerlo, pero no podía hacer nada por falta de tiempo.

—Confío en que muy pronto tendré ocasión de enseñarle a no ser tan tímida y altiva —dijo el príncipe, sonriendo.

Tayu tampoco pudo evitar sonreír: era un hombre tan hermoso que tenía derecho a ser un poco egoísta. Desde que la pequeña Murasaki le había capturado con sus gracias, no tenía tiempo ni para su amante oficial, la princesa Rokujo. ¿Cómo podía pretenderse que lo tuviera para la hija del príncipe Hitachi, por mucho que la compadeciera? Reconocía que la noche de su última visita fue muy oscura, y las circunstancias que la rodearon no le habían permitido formarse una idea exacta del aspecto real de la muchacha. Quería contemplar su rostro con tranquilidad, y, al mismo tiempo, temía acercarse demasiado a ella.

Un atardecer, mientras la princesa estaba con sus criadas, Genji se introdujo en el vestíbulo de la casa, entreabrió un poco la puerta y contempló el interior. No esperaba ver a la muchacha y no la vio, de momento. Lo que sí vio fue una colección de persianas, cortinas y biombos estropeados que llevaban siglos allí y que nadie había renovado: en conjunto, un espectáculo patético a más no poder. Había cuatro o cinco criadas que estaban cenando, y, aunque el servicio parecía de porcelana china, la comida que se servían daba asco. Dos o tres más, de cuclillas en un rincón, temblaban de frío, y sus ropas, que algún día debieron de ser blancas, estaban sucias y remendadas como las de los mendigos. A pesar de todo, parecían querer respetar las formas, y las mujeres llevaban los cabellos adornados con peines, unos peines que respondían al gusto del siglo pasado... Recordaban a las viejas que se encargaban de guardar los tesoros en el santuario del palacio imperial, pero Genji no hubiese pensado nunca encontrarlas en la mansión de la hija de un hombre tan refinado como el príncipe Hitachi.

—¡Un invierno horroroso! —se quejó amargamente una de ellas—. ¡Hay que ver lo que te toca soportar si vives demasiados años!

—¿Quién hubiese dicho, mientras vivía tu real padre, que acabaríamos así? —se lamentó otra—. ¡El sí que se ocupaba de nosotras!

La mujer que acababa de hablar, seguramente dirigiéndose a su ama, temblaba tanto que parecía a punto de echarse a volar por los aires. A Genji le pareció mal escuchar quejas que no iban dirigidas a sus oídos, de manera que se retiró, cerró la puerta y llamó discretamente sobre el marco de madera como si acabase de llegar. Tayu, única mujer presentable de la casa, había pasado a servir a la gran vestal de Kamo, y las que se habían quedado con la princesa eran de clase muy inferior —probablemente procedentes de familias campesinas—, lo cual se manifestaba en su comportamiento zafio y poco refinado. Genji, acostumbrado a otro tipo de servicio, no daba crédito a sus ojos.

La anciana que se había quejado del duro invierno tenía mucha razón: la nieve lo cubría todo, el cielo estaba oscuro y el viento bramaba sin parar. Cuando la luz se apagó, nadie volvió a encenderla. Genji recordó su última noche con Yugao: la casa de la princesa era tan destartada como la de las flores de luna, pero como la de Yugao era mucho más pequeña y había más gente, no parecía tan solitaria. El lugar donde se hallaba no tenía nada de acogedor, y Genji durmió muy mal. Tampoco la dama hizo nada por alegrarle la visita, y se mostró tan sosa y retraída como siempre. Y, sin embargo, le dejó actuar a su antojo sin oponer una resistencia excesiva.

Cuando amaneció, Genji levantó una persiana y contempló el jardín y los campos que se extendían al otro lado de la cerca rota. A pesar de la soledad que dominaba el paisaje, la inmensa sábana de nieve blanca aún no hollada por los pies de nadie no dejaba de tener su encanto. Como no parecía cortés partir sin despedirse antes, dijo:

—Ven a ver este cielo precioso. Se mire por donde se mire, eres *excesivamente* tímida.

La luz de la mañana se reflejaba sobre el espejo de nieve, y el príncipe parecía mucho más joven y apuesto que la noche pasada. A su alrededor, las viejas de la servidumbre no paraban de sonreír y adularlo. Tampoco la muchacha fue capaz de resistirse a sus encantos. Puso en orden relativo sus ropas y salió a la galería. Aunque giró la cara con recato, el príncipe hizo todo lo posible por observarla de soslayo, confiando en que un rostro auténticamente bello pudiera compensar las muchas limitaciones de aquella

pobre muchacha. ¡Vana ilusión! Cuando la dama se arrodilló junto a él, comprobó por la longitud de su espalda que era altísima. Tenía la frente abombada, la cara demasiado larga y una piel que, de tan blanca, parecía azul. Estaba delgadísima —por no decir esquelética— y tenía los hombros muy estrechos. ¡Pero lo peor de todo era su nariz: larga, colgando como un moco y de color rojo! El apéndice terrible dominaba su rostro como el colmillo encarnado del elefante sobre el que cabalgaba el *bodhisattva* Samntabhadra. A partir de aquel momento pasó a llamarla para sus adentros Suetsumuhana, por la flor colorada del alazor, ^[72] pues era lo más parecido que había visto nunca a la nariz de la pobre muchacha.

¡Cómo había hecho el ridículo al intentar ganarse su afecto! Y, a pesar de todo, aquel rostro tenía algo especial que le impedía dejar de mirarlo. La forma de la cabeza y la cabellera eran magníficas, absolutamente dignas de ser puestas al lado de las de bellezas famosas. Su melena le llegaba hasta los pies y caía por encima de sus vestiduras cuya descripción (en contra de lo que suelen hacer las novelas antiguas) reservo para el final. Sobre una túnica descolorida se había puesto un *uchiki* viejo y arrugado, y, encima de este primer *uchiki*, lucía otro encarnado y perfumado en mejores condiciones, aunque completamente pasado de moda. Aquella indumentaria extravagante era un auténtico atentado contra todas las reglas de la elegancia femenina, pero la finalidad de aquellas prendas era, ante todo, protegerla del frío.

Entonces fue él quien enmudeció, aunque no por mucho tiempo. Sin desanimarse, volvió a iniciar sus esfuerzos para hacerle decir algo, y dejó caer unas cuantas observaciones banales, a las que la dama replicó colocándose la manga delante de la boca con un gesto tan artificioso como anticuado. Suetsumuhana le recordaba el comportamiento ridículo de algunos maestros de ceremonias durante los funerales de la corte, y no pudo evitar sonreír. Ella le contestó con otra sonrisa, la sonrisa más bobalicona que había contemplado en su vida. Genji empezó a recoger sus cosas para marcharse.

—Estoy seguro de que, antes de que yo me interesara por ti, no habías recibido las atenciones de ningún hombre —le dijo—. De hoy en adelante

deberías mostrarte más franca conmigo. Si no, pensaré que eres una princesa grosera y desagradecida.

Y añadió este poema:

—Cuando apunta el sol de la mañana, los carámbanos que adornan los aleros de los tejados se funden. ¿Por qué no ha de fundirse también el hielo que hay debajo?

La dama se puso a reír como una boba. Convencido de que resultaba perverso seguir experimentando con la imbecilidad de la princesa, Genji salió a la calle. La puerta de la fachada principal amenazaba con caerse, y el panorama que desde allí se veía era desolado y triste como el de un pueblucho perdido entre montañas. Lo único que en alguna medida alegraba la vista era la nieve que se amontonaba en las ramas de los pinos. El joven empezaba a culpar al espíritu del difunto príncipe Hitachi de haber despertado en él un interés enfermizo por conocer a la dama.

Ordenó a uno de sus hombres que sacudiese la nieve que cubría un naranjo. Como si estuviese celoso, un pino que se erguía a su lado sacudió sus ramas con la ayuda del viento, y dejó caer una lluvia de nieve que le recordó la gran ola de que habla el poema sobre *la famosa Sue, la montaña de los pinos*. ¡Cómo deseaba poder mantener una conversación reconfortante y tranquila con alguien, aunque no fuese una persona especialmente fascinante! La puerta aún estaba cerrada, y llamó al portero, que era un hombre viejísimo. El anciano acudió, acompañado por una muchacha sucia y mal vestida que tanto podía ser su hija como su nieta. La chica abrazaba un braserillo lleno de carbones encendidos. Al ver cómo el anciano luchaba con la puerta para abrirla, la muchacha se puso a ayudarlo. Al fin tuvieron que abrirla dos hombres de Genji. El príncipe, recordando un verso de Po Chu-I, compuso este poema:

«Mis mangas no están menos mojadas por la nieve matinal que las de este hombre de la corona de nieve.»

Genji no podía quitarse de la mente aquella dama que temblaba de frío y tenía la nariz larga y roja como la flor del azafranillo. Si To no Chujo la llegaba a ver, ¿a qué la compararía? Y daba por seguro que su cuñado, que se pasaba la vida espiándole o haciéndole espiar, acabaría por enterarse de aquel «detalle». Si Suetsumuhana hubiese sido una dama sin especiales virtudes ni defectos, la habría abandonado inmediatamente, pero desechó esta idea al descubrir a la fría luz del alba la trágica fealdad de la muchacha, de modo que siguió escribiéndole aunque evitaba ya mostrarse apasionado. Empezó a enviarle regalos —piezas de damasco, de algodón y de seda— para que pudiese cambiar las cortinas y renovar el vestuario de sus criadas, y tomó las medidas necesarias para que no les faltase de nada. El hecho de que aquellos presentes no fuesen acompañados de encendidas protestas de amor no parecía preocupar a la dama. El príncipe se convirtió en su protector, pero evitaba toda clase de intimidades.

Tampoco Utsusemi resultó una belleza deslumbrante cuando descubrió su perfil inclinado sobre la mesa de *go*, pero la esposa del gobernador sabía comportarse con elegancia y quitar importancia a sus defectos. Resultaba muy difícil creer que Suetsumuhana estuviese tan por encima de Utsusemi en la escala jerárquica de Heian. Tal como había declarado su amigo en aquella inolvidable tarde lluviosa en palacio, no es el rango el factor determinante de las diferencias esenciales entre las mujeres. Lo cierto es que Genji seguía pensando en la gobernadora, y lamentaba haberla perdido.

Un día —el fin del año se acercaba— Tayu fue a visitar a Genji en palacio. Existía una buena relación entre ambos porque él no se tomaba a la muchacha demasiado en serio y bromeaba cuando ella se ofrecía a peinarlo. Tayu se dejaba caer en sus aposentos sin que él la llamase siempre que creía tener alguna noticia que le podía interesar.

—Ha sucedido algo tan absurdo que no sé por donde empezar... —le dijo en cuanto estuvieron solos.

—¿A qué te refieres? Ya sabes que detesto los misterios...

—De tratarse de una cuestión mía personal, no dudaría en explicártela... Pero es un asunto completamente distinto y muy difícil de contar...

La muchacha parecía esta vez realmente desconcertada.

—¡La timidez nunca ha sido tu principal virtud! —le animó Genji.

—La princesa te ha escrito una carta.

Y se la sacó de la manga.

—¡Lo último que podía esperar!

Tayu parecía incómoda. La carta había sido caligrafiada sobre un papel grueso que no tenía nada que ver con los que utilizaban las damas elegantes para su correspondencia personal. Con todo, la princesa la había perfumado en abundancia, y la caligrafía era muy decorosa. Decía:

«Mis mangas están siempre húmedas
como éstas porque te muestras tan frío
conmigo.»

Genji no entendió el sentido del poema.

—¿«Húmedas» como *qué*?

Sin abrir la boca, Tayu le puso delante un cesto anticuado envuelto en un trapo. Dentro de la cesta había una túnica de color rosa muy pasada de moda y un *uchiki* encarnado forrado de seda del mismo color. Nunca había visto Genji dos prendas menos distinguidas. ¡Y alguien se había tomado la molestia de *humedecer con agua abundante* las mangas de la túnica y del *uchiki*! ¿Cómo iba el «príncipe resplandeciente» a ponerse aquellos ropajes grotescos?

—Me daba vergüenza mostrártelos —dijo Tayu, bajando la vista—. Te las envía como un obsequio muy especial para que te las pongas el día de año nuevo. No se las puedo devolver... ¡Se sentiría tan herida! Hubiera podido quedármelas, pero no me parecía bien... Ya lo has visto.

—Hubiese sentido no verlo. Es un regalo perfecto para alguien como yo que *no tiene quien le ayude a secar su almohada empapada en llanto*.

Y no dijo más. La carta de Suetsumuhana era un auténtico *tour de force* poético. Daba por seguro que la dama había trabajado sola, porque, con la ayuda de Tayu, el resultado hubiese sido muy distinto. Genji sonrió al imaginar a la princesa devanándose los sesos sobre el poema y poniendo en él toda su alma. Conociéndola, no dejaba de ser una proeza considerable. Tayu estaba roja de vergüenza.

Genji escribió unos versos al lado del poema, que Tayu leyó por encima de sus hombros:

«Mucho me temo que el rojo no sea mi color preferido. ¿Por qué he de dejar que la flor del azafranillo me manche la manga?»

Tayu pensó que «la flor del azafranillo» significaba alguna cosa, y recordó cierto perfil que había visto más de una vez a la luz de la luna. ¡Qué malignidad la del príncipe, y qué humillante resultaba la situación para la princesa! No pudo evitar componer este poema:

—Este paño de color rojo acaba de salir del tintorero. Ten la bondad de no ensuciarlo irreversiblemente.

Tayu versificaba con una enorme facilidad, como si estuviera hablando consigo misma, aunque el resultado no acostumbraba a ser extraordinario. ¡Ojalá Suetsumuhana hubiese tenido esa misma habilidad! Esto, al menos, es lo que pensaba Genji. Tranquilizó a Tayu y le dijo que en modo alguno quería manchar el nombre de la princesa. Entonces se presentaron unas mujeres.

—¿Y si guardásemos todo esto? —sugirió él—. No es la clase de regalo que uno esperaría.

Y salió de la estancia tarareando una vieja canción sobre «la dama de la colina de Micasa». [73]

—¿Por qué sonreía de ese modo? —preguntó una de las mujeres.

—¡Una historia sin importancia! —contestó Tayu—. ¡Pienso que el príncipe ha descubierto una nariz que, con el alba y el frío, tiende a ponerse encarnada! Pero tal vez esta canciñcilla esté de más...

—Pero no hay narices rojas entre las que estamos aquí. Otra cosa sería si Sakon o Higo nos acompañasen...

Tayu se negó a darles más explicaciones. Al día siguiente Genji le hizo llegar una carta para la princesa, que la dama recibió muy excitada. Había sido escrita en papel blanco y con una caligrafía poco rebuscada.

«Las noches de soledad se amontonan entre ambos. ¿Pretendes que estas vestiduras nos separen más todavía?» [74]

La noche de fin de año mandó devolver a Suetsumuhana la cesta que Tayu le trajera, pero esta vez llena de vestidos realmente espléndidos. Puso en ella túnicas teñidas de un delicado color espliego y azafrán que le habían regalado en años anteriores y que no había llegado a estrenar. Ninguna de las criadas de la princesa pensó que el regalo de su ama no había gustado a Genji. «Por muy bellas que sean estas ropas, el *uchiki* rojo que le envió nuestra señora no era inferior», comentaban. También les parecía mejor el poema de Suetsumuhana que el del príncipe, porque «iba directamente al grano y no se limitaba a ser ingenioso». Como le había dado tanto trabajo, la princesa lo copió cuidadosamente y lo guardó en un cajón.

Durante los primeros días del año la vida en palacio fue una fiesta continua. Las galerías se llenaron de músicos y de coros de cortesanos que no paraban de cantar mientras se desplazaban de un palacio a otro. [75] Genji no podía dejar de pensar en la casa de Hitachi, y un día, después de la ceremonia de la inspección imperial de los caballos blancos, abandonó el palacio con permiso de su padre como si se fuera a su casa, pero en realidad se dirigió a la de Suetsumuhana.

La vieja mansión parecía más animada y comunicada con el mundo exterior que antes, y la princesa se mostró menos retraída. Genji confiaba en que, con su ayuda, también Suetsumuhana mejoraría un poco. Cuando la luz del sol se filtró en la estancia, el príncipe se levantó y se dirigió a la puerta principal, que estaba abierta. El techo de la galería se había hundido irremisiblemente, y el sol, que, al reflejarse en los copos de nieve, parecía más brillante todavía, lo bañaba todo con su resplandor. Mientras Genji se ponía el vestido de corte, la princesa salió de su estancia y se sentó a su lado procurando no mirarle. ¡Su cabellera era realmente espléndida! Lástima que el resto no estuviese a la altura...

Genji se sentó en un escabel y empezó a ocuparse de sí mismo. Una criada le trajo un espejo medio roto, una caja china de peines y otros

accesorios necesarios para una *toilette* masculina. Genji se sorprendió al comprobar que en la casa de la dama había todo aquello, pero se alegró. Suetsumuhana tenía mejor aspecto porque se había puesto las ropas que le había enviado Genji para celebrar el año nuevo.

—Quizás este año —dijo a la pobre muchacha— tendré el privilegio de recibir algunas palabras tuyas...

—*Con la primavera llega el canto de las aves...*—balbuceó la dama, tratando de citar un poema que apenas recordaba.

—Muy bien. Eso es lo que espero de ti. Tengo la impresión de que estamos empezando un nuevo capítulo —la felicitó él.

Genji se fue con una sonrisa en los labios canturreando el poema de Narihira sobre el sueño y la nieve, y dejó a la dama tendida sobre el tatami. La «flor del azafranillo» sobresalía de la manga con que la muchacha se cubría la boca. No era precisamente un espectáculo digno de verse.

En su casa de Nijo encontró a Murasaki, que le esperaba. A punto de convertirse en mujer, era una personita preciosa. Le recibió con una túnica blanca y amplia forrada de seda de color cereza que le quedaba muy bien. ¡Si uno se para a pensar, hay rojos preciosos!, se dijo Genji, comparando el color de aquel forro con otros encarnados que acababa de ver. Como la abuela de la niña era un mujer muy conservadora, no le depiló las cejas ni le tiñó los dientes de negro. ^[76] El príncipe ordenó a una sirvienta que le alargase las cejas con un poco de maquillaje, acentuando el arco gracioso que tenían de natural. ¿Cómo es posible que pierda el tiempo buscándome quebraderos de cabeza por la calle cuando tengo en casa un tesoro como éste?, se repetía Genji, mientras ayudaba a la niña a ordenar sus casas de muñecas.

Murasaki hacía dibujos y los coloreaba con enorme fantasía. Genji le quitó los pinceles de la mano, dibujó una dama de largos cabellos y le pintó una gran nariz encarnada. Aunque sólo era un dibujo, el príncipe sintió un escalofrío al contemplarlo. Queriendo hacer reír a Murasaki, se miró en el espejo y se pintó la nariz con pintura roja: a pesar de la belleza de su rostro, la faz de Genji se convirtió en algo grotesco. Al verla la niña rompió a reír.

—¿Qué te parecería si siempre fuese así?

—Creo que no me gustarías.

Se la veía muy preocupada. Genji se puso a fingir que se restregaba la nariz con todas sus fuerzas para quitarse la pintura sin resultado alguno.

—¡Pobre de mí! Me temo que mi nariz no volverá a ser nunca blanca. ¿Qué dirá mi augusto padre cuando me vea? —declamó solemnemente Genji.

Murasaki le contempló angustiada, mojó un pedazo de papel en agua y se puso a limpiarle la nariz.

—¡No se te ocurra pintármela de negro —se quejó él— como le ocurrió al pobre Heichu! ^[77] Prefiero seguir con mi napia roja...

Formaban una pareja encantadora. El sol empezaba a calentar como si la primavera ya hubiese llegado, y ambos se morían de ganas de ver como las ramas de los árboles, todavía envueltas por la neblina que anuncia la llegada del buen tiempo, empezaban a cubrirse de flores. Los ciruelos eran los que más prometían: sus capullos se estaban abriendo ya como labios que aprenden a sonreír. Destacaba un ciruelo rojo que crecía junto a la escalinata y que siempre era el primero en florecer. El árbol inspiró un poema al príncipe:

—El color rojo, cuando de narices se trata, no suele agradarnos. Y, sin embargo, lo esperamos en la flores que cubrirán las ramas del ciruelo.

»¡Que gran lástima! —suspiró Genji.

Capítulo 7 Una excursión de otoño

I

La excursión imperial al palacio de Suzaku debía tener lugar el día diez del décimo mes. Las esposas y concubinas del emperador lamentaban no poder presenciar un concierto que se anunciaba como extraordinario, porque no se les permitía abandonar la residencia principal. No pudiendo soportar la idea de que Fujitsubo se viese también privada del espectáculo, su majestad ordenó que se celebrase un ensayo general en palacio.

Genji y To no Chujo bailaron «Las olas del océano azul». To no Chujo era un joven de buena presencia y sabía moverse con gracia pero, comparado con Genji, parecía un arbusto insignificante al lado de un cerezo en flor. En un momento especialmente mágico, la luz del atardecer se concentró sobre la figura del príncipe mientras la música crecía en intensidad: aunque la danza era muy conocida, bailada por Genji parecía algo auténticamente sobrenatural. Cuando le tocó cantar, los que le escuchaban creían estar oyendo la voz dulcísima de Kalavinka, el ave del paraíso de Buda. El emperador se secaba las lágrimas de alegría, y todos los príncipes y cortesanos lloraban de emoción. Cuando Genji, una vez terminada la canción, se arregló el vestido, y la orquesta retomó la melodía, la belleza del joven resplandecía como nunca.

Kokiden, madre del príncipe heredero, comentó en un tono sarcástico que disgustó a sus damas de compañía:

—¡Estoy segura de que incluso los dioses se han quedado mudos de admiración! ¿Qué duda cabe de que Genji es realmente *incomparable*?

Fujitsubo lo miraba todo como si estuviese soñando. ¡Ojalá no hubiesen tenido lugar ciertas cosas que procuraba no recordar! Se habría sentido infinitamente más feliz... Pasó la noche con el emperador.

—Lo mejor de todo ha sido la danza de «Las olas del océano azul» — comentó él—. ¿Estás de acuerdo?

—Me ha parecido sorprendente —contestó ella.

—To no Chujo es un buen bailarín. Sus gestos más nimios traicionan su cuna elevada. Los danzarines profesionales son muy buenos (¿a qué negarlo?), pero suele faltarles frescura y espontaneidad. Cuando el ensayo general ha resultado tan bien, siempre cunde el temor de que la excursión y el espectáculo definitivo no estén a la altura. ¡Pero hoy he disfrutado mucho, y por nada del mundo me lo hubiese dejado perder!

Al día siguiente Fujitsubo recibió una carta de Genji.

«¿Qué te ha parecido? Yo me sentía muy confuso. Me temo que mi pregunta no te va a gustar, pero

»¿Supiste vislumbrar a través de las mangas que se movían imitando las olas, un corazón tempestuoso que sólo deseaba dejar de palpitar?»

La imagen evocada por el danzarín resultaba tan irresistible que Fujitsubo no pudo evitar responderle:

«¡No soy quién para juzgar mangas chinas que dibujaban olas! Pero no hubo paso ni gesto que no me llegara al corazón.

»Te aseguro que mis pensamientos no eran los de siempre.»

Genji recibió la carta como un auténtico tesoro. Sonrió al pensar que la dama tenía unos conocimientos de danza, de música y de las artes de China

dignos de una emperatriz, y pasaba los días con la carta delante de los ojos como si de un sutra mágico se tratase.

El día de la excursión el heredero aparente, los príncipes y toda la corte acompañaron al emperador. El lago se llenó de botes de remos con orquestas que tocaban, y había representaciones de danzas chinas y coreanas por doquier mientras el aire vibraba con los sonos de la flauta y el tambor. El conjunto de flautistas estaba compuesto por miembros de los dos rangos más elevados, y los directores de las danzas chinas y coreanas eran oficiales de la guardia imperial con escaño en el Consejo de Estado. [78] Durante semanas los bailarines habían estado recluidos en un monasterio como monjes para que ensayasen todos y cada uno de sus movimientos hasta alcanzar la perfección absoluta. El emperador estaba convencido de que la danza de Genji en el ensayo general había sido un prodigio casi milagroso, y ordenó que se leyesen sutras en los santuarios más importantes. La mayor parte de la corte lo aplaudió, pero a Kokiden le pareció absolutamente ridículo.

El conjunto de cuarenta flautistas, dispuestos formando un círculo, tocaba maravillosamente, y el sonido de los instrumentos, al mezclarse con los suspiros que parecían desprenderse de las ramas de los pinos, evocaba un viento fantástico surgido de un valle profundo. En medio del círculo formado por los músicos y bajo una lluvia de hojas pardas, doradas y rojizas que los árboles dejaban caer, volvióse a representar «Las olas del océano azul», y el resultado fue de una belleza insuperable. Como la rama de arce que ceñía la frente de Genji había perdido sus hojas y parecía un poco triste y desnuda sobre su rostro maravilloso, el ministro de la izquierda la sustituyó por una corona de crisantemos, que no hacía sino añadir gracia y atractivo a los movimientos del bailarín.

Cuando la danza hubo concluido, los espectadores experimentaron un raro escalofrío que parecía llegar del más allá. Incluso los criados analfabetos que habían tenido la suerte de contemplar el espectáculo entre las rocas y los árboles —al menos, aquellos que tenían un mínimo de sensibilidad— se emocionaron hasta el llanto. El cuarto príncipe, hijo de Shokyoden, [79] bailó «Vientos de otoño», y fue la mejor de las danzas

después de «Las olas del océano azul», aunque no faltó quien dijo que había estropeado lo que hubiese podido ser un día perfecto. Aquella tarde misma Genji fue elevado al primer orden del tercer rango y To no Chujo al segundo del cuarto, juntamente con otros cortesanos que también habían hecho un buen papel a lo largo del festival, aunque, a decir verdad, todas las promociones fueron consecuencia del éxito personal de Genji, que había sabido dar placer a los ojos de los espectadores y llenar de serenidad los corazones de toda la corte.

Fujitsubo estaba con su familia, y Genji seguía viviendo lejos del palacio de su suegro para escándalo de todos sus parientes políticos. Empezaron a correr rumores sobre Murasaki: las mujeres de Sanjo comentaban *sotto voce* que Genji había llevado una dama «nueva» a su mansión de Nijo, rumor que disgustó profundamente a su esposa Aoi, pues ignoraba que aquella «dama» era solamente una niña. Si se hubiese quejado como cualquier otra esposa, su marido le habría explicado la verdad y la habría tranquilizado, pero su terrible frialdad la mantenía muda. Aquella frialdad extrema era la razón principal de las aventuras de Genji. Aoi tenía pocos defectos —Genji era el primero en reconocerlo—, y había sido la primera mujer de su vida. El príncipe la admiraba y respetaba profundamente, y esperaba que algún día se humanizaría y sería capaz de exteriorizar sus auténticos sentimientos. Como era una mujer inteligente, el joven estaba convencido de que tarde o temprano su actitud cambiaría. Murasaki, en cambio, era la compañera perfecta. Aunque era obvio que estaba madurando tanto por fuera como por dentro, no había perdido en ningún momento aquella confianza inocente con que le acogiera desde el primer día. Pensando que aún no había llegado el momento de presentarla al mundo, Genji la mantenía en un ala lateral del palacio que había arreglado especialmente para ella sin reparar en gastos. Pasaba la vida a su lado, educándola, y, sobre todo, mejorando su caligrafía.

Se sentía como el padre que recupera a una hija de la que ha estado separado durante largo tiempo. Había examinado hasta el último detalle los méritos de las mujeres que estaban a su servicio, y procuraba que no le faltase de nada. Como es natural, todas aquellas mujeres —con la excepción

de Shonagon— se morían de curiosidad por saber quién era aquella afortunada criatura.

A veces Murasaki lloraba por su abuela, pero cuando Genji estaba a su lado, olvidaba todas sus penas. El príncipe no solía quedarse en casa por las noches, pues se le esperaba en otros lugares, y Murasaki se despedía de él con una sonrisa triste. No era raro que pasara dos o tres días seguidos en Nijo, y luego fuera a la mansión de Sanjo a visitar a su esposa. Al regresar hallaba a Murasaki esperándole en silencio como una huerfanita. Con el paso del tiempo, cada vez se sentía menos tentado por sus habituales aventuras nocturnas. Informaba puntualmente al abad sobre el estado de salud y progresos de la niña, y el anciano se sentía a la vez halagado y desconcertado por las noticias. También le enviaba generosas ofrendas para que celebrase funerales en memoria de la monja difunta.

Deseoso de saber algo sobre Fujitsubo, el príncipe fue a visitarla. Salieron a su encuentro Omyobu, Chunagon, Nakatsukasa y otras damas, pero la que había ido a ver no apareció. Mientras hablaba con ellas, se presentó el príncipe Hyobu, hermano de Fujitsubo y padre de Murasaki, para saludarlo. Tuvo que reconocer que era un hombre culto y elegante, y que, de haber pertenecido al otro sexo, le habría interesado profundamente. Hablaron mucho, y Hyobu observó que el otro le trataba con una afectuosa deferencia que nunca antes le había demostrado y que agradeció en su interior. ¡No podía imaginar que Genji lo contemplaba ya como su futuro suegro! También él pensó cuánto le habría interesado Genji, de ser mujer.

Cuando, al caer la tarde, Hyobu se despidió para ir a ver a su hermana, Genji tuvo un ataque de celos. En tiempos había acompañado a su padre cuando el emperador visitaba a Fujitsubo, y en estas visitas dirigía la palabra a la dama con toda naturalidad. Pero ahora ella se había vuelto inaccesible, y no le quedaba más remedio que aceptarlo porque no tenía nada que reprocharle.

—Me temo que esta visita no ha sido una buena idea —dijo en tono formal a Hyobu, antes de partir precipitadamente—. No se me ha perdido nada en este palacio, y no quisiera que me tomarais por un impertinente.

Sea como fuere, si crees que puedo servirte en algo, no dudéis en pedírmelo.

Omyobu, la criada que había propiciado el encuentro fatal de Genji y Fujitsubo, hacía cuanto estaba a su alcance para que la dama le devolviese su favor, pero sin resultado. Se hubiese dicho que Fujitsubo encontraba su presencia más insoportable que nunca, y no daba señal alguna de apaciguamiento. Los días pasaban, tristes. ¡Qué efímera y frágil había resultado la relación entre ambos!

Shonagon, el ama de Murasaki, no paraba de maravillarse ante la forma en que estaban evolucionando sus vidas, gracias quizás a alguna divinidad benigna que la abuela había invocado en sus plegarias. A pesar de todo, la situación distaba mucho de ser perfecta, pues la esposa de Genji, tan altiva y glacial, empujaba a su marido a perder el tiempo en aventuras frívolas. ¿Qué ocurriría el día que Murasaki se convirtiese en mujer? De momento, el príncipe parecía quererla más que a ninguna otra, y se podía dar casi por seguro que la convertiría en su segunda consorte.

El luto por la abuela duró tres meses, y al llegar el año nuevo Murasaki se quitó los vestidos de duelo. Con todo, como quiera que la monja había sido casi una madre para ella, se limitó a llevar túnicas y *uchikis* lisos de tonos pálidos: rosa, azul o amarillo.

—¡De hoy en adelante serás toda una dama! —le dijo el príncipe, contemplándola con una sonrisa radiante en los labios.

Estaba a punto de partir a la corte para participar en las celebraciones del nuevo año. La niña había sacado sus muñecas y las ordenaba. Su estancia estaba llena de casas de juguete, biombos, taburetes, jarrones y kotos en miniatura.

—Inuki rompió este escabel ayer por la noche mientras expulsaba a los demonios, ^[80] y yo lo estoy pegando —dijo la niña, a punto de echarse a llorar.

—¡Sí, Inuki es una boba! Vamos a pedir que alguien te lo arregle. Pero no llores... ¡Llorar es la peor manera de empezar el año! Trae mala suerte.

Genji, espléndidamente ataviado, se encaminó a la corte, y su servicio se asomó a la galería para verlo marchar como si de un auténtico

espectáculo se tratase. También estaba allí Murasaki.

De regreso a sus estancias, la niña tomó una de sus muñecas, a la que llamaba «Genji», y la movió como si se fuese a palacio.

—¡Este año debes dejar atrás todas esas distracciones tan infantiles! — le aconsejó Shonagon—. Tienes casi once años y aún juegas con muñecas. Eso no está bien. Tu marido es un hombre encantador, y deberías mostrarte más adulta con él. Si no, quizás se harte de ti antes de empezar. ¡Todavía te pones furiosa cuando pretendemos cepillarte el pelo!

De manera que tenía «un marido encantador», pensó Murasaki. Los maridos de las demás mujeres no eran precisamente «encantadores» — repasó mentalmente los que recordaba, y todos le parecieron feos y poco interesantes—, pero el suyo era joven y guapísimo. Nunca antes había reflexionado sobre ello, prueba evidente de que, a pesar de sus muñecas y sus juegos, estaba haciéndose mayor. Las criadas que la rodeaban se sorprendían de su comportamiento infantil sin pensar que, gracias a él, su presencia en la mansión de Genji no despertaba sospechas que hubiesen podido hacer peligrar el matrimonio.

Al salir de palacio Genji fue a felicitar el año nuevo a su familia política, que le esperaba en Sanjo. Una vez más su esposa Aoi se abstuvo de mostrar ternura o afecto alguno hacia él, y Genji se sintió tan incómodo como siempre.

—¡Cuánto me gustaría que algún día fueses un poco más amable conmigo!

Pero Aoi había oído ya rumores sobre la «nueva dama» que el príncipe ocultaba, según se decía, en su casa de Nijo, y le recibió con un aire aún más distante, severo y adusto que en ocasiones anteriores. Estaba convencida de que aquella dama era su actual favorita, y esta idea la humillaba profundamente. Él procuraba hablarle medio en broma, como si no se diese cuenta de su mal humor, pero sin resultado. Vale la pena subrayar que la dama tenía cuatro años más que él, era muy inteligente y hablaba como un erudito, y todo ello no hacía sino reforzar la impresión del esposo de que lo tenía por un don nadie. Aquel cúmulo de perfecciones le

anonadaba, y se vengaba de ella y de sus continuas humillaciones con sus deslices.

Aoi era una dama orgullosa, hija de una princesa y de un ministro que, por su influencia, estaba por encima de toda la nobleza cortesana, ^[81] y no toleraba la más mínima descortesía hacia su persona. Genji pensaba, en cambio, que Aoi exageraba su importancia y se atribuía unos méritos que seguramente no tenía. No debe extrañarnos, pues, que su vida en común fuese un desastre.

Aunque su suegro también lamentaba profundamente sus travesuras, en cuanto Genji pisaba su casa, olvidaba su resentimiento y se deshacía por complacerlo. Al día siguiente, cuando Genji se disponía a ir a la corte, el ministro le hizo llevar un cinturón antiguo valiosísimo, un auténtico tesoro de familia, para que se ciñese su traje oficial con él, y le ayudó a calzarse. Había mucho de patético en la manera de comportarse del anciano con Genji: seguramente un deseo excesivo de complacerlo.

—Me lo pondré para asistir a la cena de la familia imperial que se anuncia para fin de mes —dijo Genji.

—He visto cinturones más ricos y más dignos de ceñirte las ropas en una ocasión así —repuso el ministro—, pero debe reconocerse que éste es muy especial.

A veces daba la impresión de que servir a Genji constituía su máxima aspiración, y no imaginaba mayor honor que tener un hijo o un hermano parecidos al príncipe, por poco que éste se dejase ver por Sanjo.

Genji hizo pocas visitas aquel año nuevo. Fue a ver a su padre, al príncipe heredero y, finalmente, a Fujitsubo, a cuyas criadas pareció más hermoso y arrogante que nunca. Con el paso de los años, Genji se había desarrollado y hecho más hombre, ganando en atractivo. Sin embargo, sólo pudo ver a la princesa desde lejos, y partió con los peores presagios en el corazón.

Por más que la corte esperara que Fujitsubo diese a luz en el duodécimo mes, el mes transcurrió entero sin novedad. Las mujeres apostaban por los primeros días del año nuevo, y todo estaba a punto para el gran acontecimiento. Y, sin embargo, el primer mes también pasó sin que llegase

el momento que todos aguardaban. Fujitsubo vivía atormentada por rumores de que se hallaba bajo una influencia maligna. Sus depresiones pasajeras habían degenerado en enfermedad, y se preguntaba con frecuencia si no estaría acercándose a su fin.

A medida que los días pasaban, la sospecha de Genji de que él era el padre de la criatura ganaba firmeza, y encargó en secreto ceremonias en varios templos. Estaba tan convencido de que, con independencia de lo que ocurriese con el niño, la muerte de Fujitsubo era inevitable, que, cuando la princesa dio a luz un niño en el décimo día del segundo mes, no se lo podía creer.

El palacio imperial y el de la familia de la favorita estallaron de alegría. Pero mientras se sucedían fiestas y celebraciones, Fujitsubo, angustiada por la certeza de que Genji era el padre, no fue capaz de unir su voz a las plegarias del emperador, que impetraban una larga vida para la madre y el niño. A pesar de todo, no quería dar una alegría a Kokiden, cuyas maldiciones contra su persona le eran sobradamente conocidas, de modo que pronto recuperó las ganas de vivir y poco a poco se fue rehaciendo. El emperador quería ver al niño lo antes posible y Genji también, aunque el príncipe procuraba ocultar su impaciencia. Pero llegó un día en que ya no pudo aguantar más, y se presentó en casa de Fujitsubo con la esperanza de hallar pocas visitas.

—El padre se muere de ganas de conocer a la criatura. Dejádmelo ver, y yo le llevaré noticias del niño que le tranquilizarán.

Fujitsubo rehusó su solicitud y le hizo contestar que el niño estaba todavía muy arrugado. El recién nacido se parecía mucho a Genji, y ello no hacía sino aumentar el terror y el complejo de culpa que devoraban el corazón de la madre. Estaba convencida de que cuantos viesan la criatura adivinarían la verdad y la condenarían, porque nada hace tan feliz a la gente como descubrir y condenar las faltas ajenas, por leves que sean, y la suya era inmensa. Seguro que ya corrían por Heian los rumores más espantosos...

Genji veía a Omyobu de vez en cuando, y le rogaba que intercediese por él, pero ella decía que su señora se negaba a escucharla.

—Tu insistencia, señor, me resulta muy molesta —se quejaba la criada ante los apremios del príncipe, aunque le compadecía sinceramente—.Tendrás tiempo de sobras para verlo.

—Me pregunto en qué mundo me será otorgado volver a ver a su madre...

»¿Qué legado arrastramos de existencias anteriores para que la soledad sea nuestro lote en ésta?

—No te entiendo, no te entiendo y prefiero no entenderte...

Las lágrimas del príncipe hacían llorar a Omyobu que, sabiendo cuan infeliz era su señora, no se decidía a quitárselo de encima de una vez por todas. Entonces improvisó un poema:

—Resulta triste no ver al niño, pero también resulta triste verlo: los corazones del padre y de la madre se han extraviado en la oscuridad.

Y añadió en voz baja:

—Por el momento no vislumbro el fin de vuestros sufrimientos...

Y contempló como Genji se marchaba, sintiéndose impotente para ayudarlo. Su señora había declarado que no volvería a verlo nunca más para conjurar los peligros de la maledicencia, y ya no trataba a Omyobu con el afecto de antes. Seguía comportándose correctamente con ella y evitaba cualquier expresión o gesto que pudiesen dar a entender que había caído en desgracia, pero Omyobu era responsable de cosas que ella no podía aprobar. Esta nueva frialdad de Fujitsubo hacía sentir a la sirvienta más desgraciada que nunca.

El niño fue llevado a palacio en el cuarto mes. Era una criatura alta, robusta y vivaracha, sobre todo si se consideraba su edad, y se parecía muchísimo a Genji, aunque este detalle no despertó suspicacia alguna en el emperador, convencido de que todos los recién nacidos se parecen. Estaba tan loco por el niño como lo había estado en otro tiempo por Genji.

Entonces, sólo la terrible oposición de casi todos le impidió designarlo heredero aparente —hecho que cada día lamentaba más, pues Genji superaba a todos sus demás vástagos en apostura y méritos—. Y he aquí que otra dama principal le había obsequiado con un hijo casi tan «resplandeciente» como el de Kiritsubo. Pero si el niño era fuente constante de alegría y orgullo para el emperador, su existencia llenaba a Fujitsubo de sentimientos de culpabilidad y de temor al futuro.

Un día que Genji estaba tocando la flauta en el pabellón de Fujitsubo, el emperador entró con el niño en brazos. Parecía el hombre más feliz del mundo.

—He tenido muchos hijos —le confesó—, pero sólo a ti he querido como ahora quiero a éste. Quizás es el recuerdo de aquellos días que me induce a creer que se te parece. ¿O será que todas las criaturas del mundo se parecen mientras son pequeñas?

Genji se sonrojó, sintiéndose a la vez complacido, emocionado, avergonzado y asustado, y sus ojos se llenaron de lágrimas. El niño, que no paraba de reír y balbucear, era tan bello que los cortesanos temían que viviría poco. Fujitsubo no se encontraba bien, y un sudor frío empapaba su cuerpo continuamente. Genji se decidió a partir con el ánimo más agitado que nunca.

Regresó a su mansión de Nijo pensando que, en cuanto hubiese conseguido vencer la inquietud de espíritu que le embargaba, iría a Sanjo a visitar a su esposa. Al pasar por delante del jardín que bordeaba la galería, observó que la hierba empezaba a verdear y los claveles silvestres a florecer. Cortó unos cuantos y los envió a Omyobu junto con una carta muy larga dirigida a su señora:

«¡Cómo se te parece el clavel silvestre regado por mis lágrimas! ¿O se trata del rocío?

»Sé que cuando florezca en mi jardín, pensaré en ti...

»¿Hay en el mundo entero dos corazones tan próximos y a la vez tan distantes como los nuestros?»

Omyobu mostró la carta a su señora, quizás porque la halló de buen humor.

—Respóndele —le animó—, aunque tu contestación no pese más que el polvo sobre el pétalo de una flor.

Fujitsubo le envió una nota escrita con pulso tembloroso.

«De poco te servirá el clavel japonés, culpable de tu llanto. Pero no dejaré que se mustie.»

Satisfecha de su éxito, Omyobu entregó la nota. Genji estaba en el jardín con la cabeza gacha y perdido en ideas melancólicas porque creía que sólo le esperaba un nuevo silencio de la dama. Cuando divisó a Omyobu, su corazón dio un salto y sus ojos se llenaron de lágrimas de gozo. Entonces decidió que no era bueno entregarse a la depresión, y se fue al ala oeste en busca de diversión y compañía. Despeinado y vestido de cualquier manera, entró en la estancia de Murasaki tocando la flauta. Ella descansaba sobre un tatami, reservada y hermosa como un clavel silvestre húmedo de rocío. Le pareció encantadora. La niña, dolida porque se había retrasado, se dio la vuelta y le mostró la espalda.

—Ven conmigo —dijo él, arrodillándose junto a la galería, pero ella no se movió.

—*Como las aguas cuando sube la marea...* —murmuró ella dulcemente, cubriéndose la boca con la manga, citando un poema.

—No te has mostrado especialmente amable... —le reprochó Genji—. ¿De modo que ya has aprendido a quejarte? No quisiera que te hartases de mí, como dice el poeta que los pescadores se hartan de las algas de Ise...

Y ordenó que le trajesen un koto de trece cuerdas.

—¡Ándate con cuidado, que la segunda cuerda se rompe con facilidad, y no quisiera tenerla que cambiar!

Genji tomó el instrumento, lo afinó bajándolo de tono, hizo sonar unos cuantos acordes y lo pasó a la niña. Incapaz de mantenerse enfurruñada mucho tiempo, Murasaki tocó con enorme destreza una melodía breve pero muy difícil. Al verla inclinada sobre el instrumento para pulsar las cuerdas con la mano izquierda (pues no le bastaba con la derecha), el príncipe la halló absolutamente fascinante. Entonces se sacó la flauta de la manga y le dio una lección de música. Murasaki era muy lista y podía repetir cualquier melodía por complicada que fuera con sólo haberla oído una vez. ¡Sí, pensaba Genji, es dulce y brillante y todo lo que se pueda desear! Cuando él tocó el exótico «Hosoroguseri», ella le acompañó a la perfección. A pesar de su extrema juventud, ya era evidente que estaba excepcionalmente dotada para la música.

El servicio aportó lámparas de aceite y linternas, y se pusieron a mirar pinturas. Pero Genji había dicho que aquella noche saldría, y sus hombres se pusieron a toser nerviosamente para recordarle que ya era hora de partir. Si no se apresuraba, se pondría a llover. Súbitamente Murasaki volvió a ser una criatura solitaria e infeliz. Dejó las pinturas y se echó en la cama, enterrando la cabeza debajo de las almohadas.

—¿Debo pensar que me echas de menos cuando me voy? —le preguntó Genji, acariciando los cabellos que cubrían la espalda de la niña.

Ella afirmó con un movimiento enfático de la cabeza.

—¡Yo también te echo de menos! No puedo soportar dejar de verte ni un solo día. Pero, de momento, debemos resignarnos. Todavía eres una niña, y hay una dama celosa y difícil, a la que debo seguir visitando para que no nos perjudique. ^[82] Pero cuando seas mayor, no te dejaré nunca. Quiero evitar incurrir en su odio para que podamos vivir juntos los muchos años felices que todavía nos aguardan.

La solemnidad con que Genji se expresó hizo desaparecer la tristeza de Murasaki, aunque lo que acababa de oír la hubiera inquietado. No contestó, y se durmió con la cabeza recostada en las rodillas del príncipe.

—Ya es demasiado tarde para salir —dijo el príncipe a las criadas, despidió a sus hombres, pidió la cena y despertó a la niña.

Murasaki se sentó a su lado, más feliz que nunca, pero comió poco.

—¿Y si nos fuésemos a la cama, ya que has decidido quedarte? —dijo la niña, que temía que la abandonase. Mientras se retiraba de mala gana a sus aposentos, Genji deseó que el tiempo volara.

Era del dominio público que Genji pasaba muchas noches en su casa, y su suegro tuvo conocimiento de ello. «¡Qué cosa tan rara!», comentaban las mujeres de Sanjo, «¿Quién debe de ser la afortunada? Seguro que no es mujer de alcurnia, a juzgar por la manera en que se aferra a él y no le quiere soltar. Alguna damita de poca monta que le ha sorbido el seso... Si la mantiene tan escondida, será porque la da vergüenza mostrarla... ¡Pero lo más curioso del asunto es que dicen que parece una cría!»

—El ministro de la izquierda está muy descontento de ti, y lo lamento profundamente —dijo el emperador a Genji—. No eres tan joven ni tan ingenuo para que ignores cuánto ha llegado a hacer tu suegro por favorecerte desde que eras casi un niño. Te ha servido con la mayor abnegación. ¿Te parece bien pagarle el favor con este insulto?

Genji no supo contestar a los reproches del emperador. Entonces su padre cambió de tono y empezó a compadecerlo, porque pensaba que seguramente su hijo no era feliz con su esposa.

—Si he de hablar por mí mismo, lo cierto es que no me ha llegado rumor alguno —dijo, más conciliador—. Hasta el día de hoy nadie me ha venido con el cuento de que eras un libertino y te relacionabas con mujeres de dudosa reputación en la corte o fuera de ella... Seguro que el ministro ha descubierto algún secreto tuyo...

El emperador seguía interesándose por las mujeres bonitas. Siempre había procurado que las damas de compañía, las criadas que le servían o las sastresas que le hacían sus ropas fuesen hermosas, de manera que en todos los rangos de la corte había mujeres atractivas.

Si Genji hubiese querido, le habría bastado con un gesto o una mirada para seducir a cualquiera de ellas, y el emperador hubiese cerrado los ojos, pero el príncipe no les hacía el menor caso. Alguna de ellas, humillada por el desinterés que mostraba el joven, llegó a sugerir que a Genji no le gustaban las mujeres. Otras se consolaban haciendo correr el rumor de que «el hermoso Genji» era también un hombre aburrido, corto de alcances y

puñibundo en exceso. ¡Y qué poco digna de alabanza les parecía aquella «puñibundez»!

II

Vivía en palacio una dama de cierta edad que se llamaba Naishi, y a pesar de su alcurnia, talento y cultura, que habían ganado para ella el respeto de la corte, en cuestiones sentimentales era terriblemente frívola. Genji, curioso por ver cómo reaccionaría, empezó a fingir que se interesaba por ella, y ella acogió sus avances apasionadamente. Entusiasmado por su éxito, siguió adelante hasta obtener una cita. Cuando hubo conseguido una vez lo que buscaba y no queriendo que el mundo viera en él al galán de una vieja rijosa, rehusó las ulteriores invitaciones de la dama. Como era de esperar, Naishi se lo tomó muy a mal.

Entre las funciones de Naishi estaba la de peinar al emperador. Un mañana que, concluida la ceremonia del peinado, el emperador había ido a cambiarse de ropa, la dama quedó sola en la estancia con Genji. Naishi iba adornada y pintada a más no poder, y procuró atraer la atención del joven. El príncipe se sorprendió de la coquetería de la anciana, pero tenía ganas de ver hasta dónde era capaz de llegar, y le tiró del vestido por detrás. Naishi se dio la vuelta, cubriéndose la cara con un abanico de colores chillones, y le lanzó una mirada abrasadora desde sus ojos oscuros y hundidos. Su melena, que el abanico no ocultaba, parecía hecha de alambres. Esta señora carece de gusto en cuestión de abanicos, pensó Genji, le quitó el que llevaba y le dio el suyo. El abanico de la dama era tan encarnado que su reflejo

encendió las mejillas del príncipe, y había sido decorado con un bosquecillo de bambúes dorados. En un rincón y con una caligrafía anticuada pero todavía aceptable, alguien había escrito: *¡La hierba de Oaraki está mustia!*, una cita poética bastante acertada, habida cuenta de la avanzada edad de la autora.

—¡Supongo que quieres decir —dijo él— que tu bosque es la residencia estival del cuco!

Conversaron un rato, pero Genji estaba nervioso porque no quería ser visto en compañía de aquel personaje. Ella recitó:

—Por más mustia y seca que esté la hierba, el poni no tendrá queja si se decide a acudir.

¡Aquella mujer no tenía vergüenza! Él le contestó:

—Si decidiese acercarme a los bambúes de tu bosque, temería que otros ponis me echasen a patadas.

Genji estaba a punto de irse, pero ella le cogió de la manga.

—¡Nunca nadie se había mostrado tan grosero conmigo! —gritó Naishi, llorando de furia—. A mi edad tengo derecho a que me traten con un poco de cortesía...

—Ya te escribiré. Ten por seguro que he pensado mucho en ti durante las últimas semanas... —dijo él para quitársela de encima.

—*¡Firme como el poste que sostiene el puente pienso en ti... mientras los años pasan!* —recitó ella.

El emperador, habiendo acabado de vestirse, asomó la cabeza y les observó, divertido. ¡Qué pareja tan estrafalaria formaban!

—¡La gente de palacio hace correr que no te interesan las aventuras románticas —dijo en broma a su hijo—, pero juraría que no eres tan tímido como cuenta la fama!

Las damas de la corte empezaban a comentar la historia, una historia sorprendente, y también To no Chujo oyó algo del asunto. Aunque el

cuñado del príncipe había mantenido relaciones con damas de todas clases, nunca había contemplado la posibilidad de una aventura con una anciana. Pensándolo bien, una *liaison* con una vieja verde podía resultar divertida, de modo que también se hizo conceder una cita. To no Chujo era, ya se ha dicho, un hombre apuesto, y la dama consideró que, perdido Genji, el hijo del ministro no sería un mal consuelo, aunque el que de verdad le había robado el corazón era el otro. Como To no Chujo mantuvo su relación en secreto, Genji ignoraba que había sido sustituido en el corazón de la dama. A pesar de todo, siempre que Naishi le encontraba, le llenaba de reproches e insultos. El joven la compadecía —¡cada día estaba más estropeada, la pobre!—, y le hubiese gustado hacer algo por ella, siempre que este «algo» no le supusiera un gran esfuerzo.

Un fresco atardecer —había estado lloviendo todo el día— el príncipe se hallaba paseando junto al pabellón Ummeiden mientras Naishi tocaba el koto con sentimiento arrebatado. Tenía un dominio verdaderamente excepcional del instrumento, y no era extraño que la invitasen a tocar con hombres en conciertos que se celebraban delante del emperador. Aquella noche, seguramente bajo la influencia de su amor frustrado, se estaba superando a sí misma.

—*¿Me casaré con el muchacho que cultiva melones?* —cantaba con voz melodiosa.

Aunque la idea de que un «cultivador de melones» lo suplantase en el corazón de la dama no le entusiasmaba, Genji se paró a escucharla. Entonces Naishi enmudeció: quizás meditaba. El príncipe se puso a canturrear «La granja del este» y se dirigió hacia la entrada. Para su sorpresa, ella se unió a su canto justo cuando la canción dice: *Abre la puerta...* ¡Era la mujer más osada que había conocido en su vida! Y aún fue capaz de añadir unos versos de su propia cosecha:

—Nadie espera bajo la lluvia ante la
puerta de la granja del este, pero las mangas
de la que espera dentro están empapadas.

No era razonable, pensó Genji, que Naishi le dirigiera aquellos reproches. A su edad, ¿aún no había aprendido a ser paciente? Hubiese preferido pasar de largo, pero acabó aceptando la invitación de la dama. Estuvieron conversando un rato medio en broma medio en serio, pero pronto empezaron *a tomarse confianzas* el uno con el otro. Mas he aquí que To no Chujo, que se sentía molesto por el fingido puritanismo con que Genji le reprochaba sus aventuras y detestaba la falsa imagen de «buen chico» que el príncipe mostraba al mundo, se había propuesto atrapar a su cuñado en una situación comprometida para desenmascararlo públicamente. La ocasión acababa de llegar, y el gran hipócrita iba a recibir la lección que merecía.

Era muy tarde y soplaban un viento helado. Seguramente Genji se había dormido, de manera que To no Chujo entró en el pabellón de puntillas. Pero Genji estaba demasiado nervioso para dormirse del todo, y le oyó entrar aunque no supo quién era. Seguramente se trata del sobreintendente de palacio, pensó, pero no quería que aquel anciano oficioso le sorprendiera junto a la proveya Naishi.

—¡Una situación incómoda! Estoy seguro de que la araña te ha anunciado la llegada de tu amante, y tú no me has dicho nada... —dijo a la dama, recogió su ropa y se escondió detrás del biombo.

A punto de estallar de risa, To no Chujo empezó a retirar el biombo que ocultaba a Genji, pero la mujer no perdió la cabeza: a lo largo de su vida amorosa había vivido numerosas experiencias parecidas, y ya no se asustaba de nada. Ahora bien, ¿qué propósito guiaba al intruso? ¿Qué iba a hacer su Genji? En el fondo sólo quería parar los pies al desconocido sin hacer demasiado escándalo. Ignorante aún de la identidad del hombre, Genji sólo pensaba en huir, pero la idea de que iba medio desnudo y con sus ropas bajo el brazo le inmovilizaba... To no Chujo esgrimía una larga espada como si estuviese furioso.

—Por favor, señores, por favor...—gritaba la dama.

Naishi se arrodilló delante del intruso, retorciéndose las manos. La carcajada de To no Chujo estaba a punto de estallar. Por más que, de día, pintada y peinada, la dama conservaba un cierto encanto, en aquel momento

era un vieja ridícula de sesenta años brincando entre dos jóvenes apuestos. To no Chujo se mostró implacable, pero Genji le reconoció y se dio cuenta de que todos los esfuerzos de su cuñado iban encaminados a ponerlo en evidencia. ¡Aquello era una farsa para hacer reír a la corte! Entonces el príncipe pellizcó con fuerza la mano que sostenía la espada, y To no Chujo no pudo reprimir la risa por más tiempo.

—Estás loco —le increpó Genji—. ¡Y esos juegos pueden acabar mal! Déjame vestir...

Pero To no Chujo no quería dejarle que se vistiese.

—¡Muy bien! Entonces... ¡todos desnudos! —gritó Genji, y, lanzándose por sorpresa encima del otro, le deshizo el cinturón y procuró arrancarle el *uchiki*. Mientras peleaban, se descosió una costura de la túnica de Genji, suceso que To no Chujo celebró con estos versos improvisados:

—¡Tu fama de frívolo tiene tantas ganas de darse a conocer al mundo, que se ha abierto camino ella sola a través de tu preciosa túnica!

Genji le contestó:

—¡Me riñes, señor, porque soy todo un espectáculo, cuando todo el mundo sabe que tu ropa de verano no puede ser más chillona!

Un poco avergonzados por la aventura, se fueron juntos, reconciliados una vez más, pero, cuando Genji se metió en la cama, tuvo la impresión de que había sido el perdedor al dejarse sorprender en una situación tan poco airosa. Al día siguiente se presentó en sus aposentos una Naishi ultrajada a devolverle un cinturón y unas calzas, e hizo llegar a Genji esta nota:

«No hace falta que comente mis sentimientos: las olas que llegaron juntas, juntas se fueron dejando el río seco.»

El reproche estaba fuera de lugar, pensó Genji, pero podía imaginar la ira de aquella vieja rijosa. He aquí lo que le respondió:

«No me quejaré de la ola que entró violentamente, sino de la playa que resultó demasiado acogedora.»

El cinturón pertenecía a To no Chujo y era de un color demasiado oscuro para combinar con el *uchiki* de Genji. El príncipe había perdido una manga en la pelea, y no sabía dónde ir a buscarla. La gente que se lanza a ciegas por los laberintos del amor suele verse envuelta en situaciones absurdas, y la idea le hizo sonreír.

Al día siguiente, To no Chujo, de guardia en palacio, le envió la manga perdida, cuidadosamente envuelta, sugiriéndole que la hiciera coser a la prenda de la que formaba parte. Genji no recordaba cuándo y dónde la había perdido. Como tenía el cinturón del otro, se lo remitió también con una nota que decía:

«Para que no se diga que acepto regalos sin devolverlos, recibe este cinturón azul sano y salvo.»

La respuesta no se hizo esperar:

«Nunca he dudado que me quitaste el cinturón del mismo modo que ahora me acababas de quitar una dama.

»¡Tarde o temprano me lo pagarás!»

Aquella misma tarde ambos se encontraron en la corte. To no Chujo sonreía, irónico, al ver a Genji que, fingiendo ignorarlo, despachaba órdenes y solicitudes con semblante frío y altivo. También la seriedad marcial con que To no Chujo cumplía sus funciones hacía sonreír a Genji. Finalmente, aprovechando que estaban cerca el uno del otro, To no Chujo se acercó a su cuñado y le dijo, mirándole de reojo con furia mal disimulada:

—¡Supongo que ya has tenido una ración más que suficiente de aventuras clandestinas!

—¿Por qué lo dices? ¡Al fin y al cabo, eras tú el que no estaba invitado a la última de ellas, y eso no deja de tener su importancia si, tal como se comenta, la vieja y tú os queréis tanto!

Finalmente decidieron hacer voto de silencio: no hablarían a nadie de aquella aventura nocturna. A pesar de todo, To no Chujo no dejaba pasar ocasión de recordar a Genji el lance, y todo por culpa de aquella vieja ridícula que aún les perseguía con reproches cuando se cruzaban en los corredores de palacio. Genji se juró que nunca más volvería a caer en tamaño error, y To no Chujo no contó la historia a su hermana.

Como Genji era el hijo predilecto del emperador, incluso los príncipes nacidos de madres de mayor rango le trataban con gran respeto. Sólo To no Chujo se creía con derecho a regañarlo porque tanto él como Aoi eran hijos de una hermana del soberano. Aunque Genji pertenecía a la familia imperial, el hijo del más poderoso de los ministros y su hermana no tenían por qué sentirse inferiores a él. Lo cierto es que la rivalidad existente entre ambos dio pie a numerosas anécdotas chuscas que sería prolijo contar en este libro.

En el séptimo mes Fujitsubo fue elevada al rango de emperatriz y Genji pasó a ser consejero de estado. ^[83] El emperador se disponía a abdicar y le hubiese gustado mucho proclamar heredero de la corona al hijo de Fujitsubo, pero el niño no contaba con una facción política capaz de protegerlo porque los parientes de Fujitsubo eran miembros de la familia imperial. ^[84] Precisamente por esta razón quería otorgar a Fujitsubo una posición dominante en los asuntos de Estado. En cuanto tuvo conocimiento de esta decisión, Kokiden se puso furiosa.

—No lo tomes a mal —la consoló el emperador—. Nuestro hijo está a punto de subir al trono, y entonces tendrás el rango de emperatriz madre.

La corte hacía sus comentarios. No resultaba fácil de entender que, a la hora de elegir emperatriz, el emperador hubiese pasado por alto a la que durante veinte años había sido su primera esposa y era, además, la madre del heredero aparente. Genji estaba de servicio en la corte el día que

Fujitsubo hizo su primera aparición en calidad de emperatriz. Nadie podía negarle méritos ni virtudes: era, a todas luces, una joya incomparable. Sólo un corazón en toda la corte se sentía profundamente desgraciado por aquella elección. Genji pensaba, angustiado, en la dama que se acercaba dentro del palanquín imperial, pues desde aquel día estaría más lejos de su alcance que nunca.

«Veo como desaparece detrás de nubes
doradas, y me siento condenado a abrirme
paso entre las tinieblas.»

Pasaron los meses, y el hijo de Fujitsubo se asemejaba cada vez más a Genji, pero, aunque la madre estaba aterrorizada, nadie más parecía darse cuenta. Era completamente imposible que alguien fuera tan hermoso como Genji y *no fuera Genji*.

¿Pueden el sol y la luna estar juntos en el mismo cielo?

Capítulo 8 La fiesta de los cerezos en flor

A finales del segundo mes el emperador dio un banquete chino debajo del gran cerezo en flor del pabellón del sur. La emperatriz y el príncipe heredero se sentaron a la izquierda y a la derecha del trono, respectivamente, con gran disgusto de Kokiden, la cual, no obstante, quiso asistir también. El sol brillaba sobre un cielo añil y los pájaros cantaban. Los aficionados a la poesía china y los cortesanos más nobles participaron en el sorteo previo para determinar los esquemas métricos y los temas de sus composiciones.

—¡Me ha tocado «la primavera»! —proclamó Genji.

Luego le tocó el turno a To no Chujo, que, sintiéndose observado por todos y queriendo causarles una impresión favorable, procuraba moverse con la máxima distinción. Con voz firme anunció su nombre, su rango, sus títulos y su tema, este último casi tan complicado como el de Genji. Numerosos cortesanos se mostraban pálidos y nerviosos y se resistían a continuar el juego por temor a hacer un mal papel, pero, mejor o peor, casi todos fueron capaces de defenderse. Estaban sentados en el jardín y se les notaba profundamente asustados, pues les constaba que tanto el emperador como el príncipe heredero eran auténticos especialistas en poesía china y que la corte estaba llena de buenos poetas. Nunca ha sido fácil componer un poema chino decente, pero para algunos supone un auténtico tormento. No faltaban los grandes profesores, que aprovechaban la ocasión para darse aires de superioridad aunque su indumentaria dejaba bastante que desear.

El emperador se sentía feliz de verse rodeado de gente tan diversa. Había ordenado que el concierto previsto se celebrase con las máximas garantías de calidad, y se interpretó el «Rruiseñor de primavera» coincidiendo con la puesta de sol. Resultó una maravilla. Para homenajear a Genji por la forma en que bailó durante la excursión otoñal, el heredero aparente le regaló una rama en flor y le pidió que se la pusiese en torno a la cabeza y volviese a danzar. Aunque bailó poco, el movimiento de sus mangas en el momento culminante de la danza resultó incomparable. Incluso el ministro de la izquierda olvidó temporalmente la cólera que la conducta lamentable de su yerno le había provocado, y aplaudió a rabiar con los ojos húmedos.

—¿Dónde está To no Chujo? ¡Que venga inmediatamente! To no Chujo danzó «El jardín de los sauces y de las flores», y lo hizo con más cuidado y sofisticación que Genji, porque esperaba la orden del emperador y se había preparado a conciencia. Su actuación resultó sumamente brillante, tanto que el soberano le regaló un *uchiki* para demostrar que el joven contaba con su favor.

También bailaron otros cortesanos, pero, como ya era casi de noche, no resultó fácil decidir quién lo había hecho mejor. Se leyeron los poemas, y el de Genji resultó tan hermoso que el lector se fue parando después de cada verso para comentarlo. Los profesores estaban hondamente emocionados. También el emperador, que admiraba mucho a Genji, se sintió profundamente conmovido. La emperatriz se preguntaba cómo era posible que Kokiden odiase tanto al joven, y lamentaba sentirse tan atraída por él.

—Si pudiese mirar las flores como se las
mira el resto del mundo, no cubriría mi
corazón una nube de rocío.

Éstos son los versos que se recitó a sí misma, procurando que nadie la oyese.

La fiesta concluyó bien entrada la noche. El emperador, el príncipe y los cortesanos se fueron a acostar, y en el jardín se hizo el silencio. Pero Genji, animado por el vino, no fue capaz de resistirse a aquella escena espléndida.

Seguramente las damas de servicio ya dormían, y no parecía imposible que Fujitsubo, que no esperaba visitas, se hubiese olvidado de cerrar su puerta. El joven se dirigió a los aposentos de la emperatriz sin hacer ruido, pero estaban cerrados. Suspiró, pero no se resignó a abandonar la empresa y se metió por la galería que bordeaba el pabellón de Kokiden. La tercera puerta a contar desde el norte estaba abierta y, como Kokiden estaba en compañía del emperador, sus estancias estaban vacías. Más allá, en el otro extremo del corredor, una puerta medio abierta parecía invitarlo a entrar. ¡He aquí cómo juegan a provocarnos!, pensó el príncipe, y, deslizándose por el corredor, llegó hasta la puerta entreabierta. Dio un vistazo a la estancia de al lado en la que todos parecían dormir, y oyó una voz que recitaba un verso de Chisato:

— *¿Qué merece compararse a la luna de primavera envuelta en bruma?*

Era una voz tan delicada que no podía pertenecer a una simple sirvienta. La dama se acercó a la puerta ante el asombro de Genji, y él la sujetó por una manga.

—¿Quién eres? —preguntó ella, muy asustada.

—No tengas miedo.

»Entrada la noche, nos place contemplar
la luna envuelta en bruma, pero no habrá
bruma alguna entre los dos.

Sin pensárselo dos veces, la levantó del suelo, la llevó al interior del pabellón y cerró la puerta. La muchacha se azoró mucho y empezó a pedir ayuda.

—De nada te servirá. Siempre acabo saliéndome con la mía. Tranquilízate, te lo ruego.

La dama reconoció la voz del príncipe y se serenó un poco. Aunque estaba muy agitada, no quería que el otro la tomase por una muchacha excesivamente recatada y sin educación. Como los efectos del vino no acababan de pasar, Genji se negaba a soltarla, y ella, aún joven e inexperta, no sabía como zafarse de sus garras.

El príncipe acabó saliéndose con la suya, pero, al ver apuntar el alba, se puso nervioso. La dama no quería que los sorprendiesen juntos.

—Has de decirme cómo te llamas —suplicó él—. Si no lo haces, ¿cómo voy a escribirte? Supongo que no imaginas que todo se ha acabado aquí.

»Si la dama solitaria desaparece súbitamente, ¿tendré que ir a los marjales cubiertos de hierba a preguntar su nombre?

La voz de la chica sonó dulce y quejumbrosa.

—No me he explicado bien...

—Una cosa más... —insistió él, y recitó:

—Quiero saber a quién pertenece la cabaña húmeda de rocío antes de que los vientos hagan saltar por los aires sus paredes de bambú.

»Piensa que una acogida fría podría destruir mi deseo de visitarte. ¿Podrías decirme en qué estás pensando?

Como ella se negara a responder a su pregunta, se intercambiaron los abanicos y él se despidió. Mientras se dirigía a sus aposentos, salieron unas damas de los de Kokiden. Al llegar a su ala, el joven encontró a sus servidores aparentemente dormidos, aunque *sotto poce* estaban bromeando sobre la sed insaciable de mujeres de su príncipe.

Genji era incapaz de cerrar los ojos. ¡Qué muchacha más bonita acababa de conocer! Probablemente se trataba de una de las hermanas pequeñas de Kokiden, la quinta o la sexta de la familia... ¡Sabía tan poco de los hombres, la pobre! Había oído comentar que tanto la cuarta hija, esposa de To no Chujo, como la consorte del príncipe Hotaru eran beldades famosas. ¿Y si acababa de acostarse con la mujer de su cuñado? La posibilidad no dejaba de divertirlo, aunque le parecía difícil de creer. Esperaba que no fuese la quinta hija, destinada a casarse con el príncipe heredero, pero no tenía modo de asegurarse. ^[87] Tenía razones para creer que ella no había quedado satisfecha con un solo encuentro. Pero entonces, ¿por qué no le había hecho

saber su nombre para que pudiera escribirle? Se sentía francamente interesado... Y, sin embargo, cuando pensó en Fujitsubo, tan misteriosa e inaccesible, hubo de reconocer que le interesaba mucho más.

Todavía tomó parte en un festejo de primavera que se celebró aquella misma noche ^[88] para olvidar sus penas. Tocó el koto de trece cuerdas y lo hizo mejor que el día anterior. Al alba Fujitsubo se retiró a los aposentos del emperador. Genji estaba angustiado y se preguntaba si la dama que había conocido a la luz de la luna abandonaría el palacio. Envío a sus espías habituales, Yoshikiyo y Koremitsu, a inspeccionar, y, cuando escuchó lo que habían visto, su angustia aumentó.

—Acaban de salir de palacio por la puerta del norte tres carruajes —le aseguraron sus confidentes—. Han ido a despedirlos dos hermanos de Kokiden y algún miembro más de su familia. Probablemente había damas de una cierta importancia en los carruajes...

¿Cómo iba a descubrir Genji con cuál de las hermanas se había acostado? Si el padre de ella, que era el ministro de la derecha, se enteraba del asunto y le daba la bienvenida en la familia... El problema estaba en que no había examinado suficientemente a la dama e ignoraba si la idea sería de su agrado o no. ¡Pero se moría de curiosidad por saber quién era!

Se sentó y se puso a contemplar el jardín. Seguramente Murasaki estaba aburrida y triste porque hacía bastantes días que no iba a verla. Entonces empezó a examinar el abanico que le había dado la muchacha a la luz de la luna. Era un objeto francamente curioso. La pintura que adornaba la cara principal (una luna que se reflejaba en el agua) no tenía nada de extraordinario, pero aquel abanico desencadenó en su mente una serie de asociaciones de ideas muy agradables. Recordó con especial ternura el poema de los marjales cubiertos de hierba, y escribió este poema junto a la imagen de la luna envuelta en brumas:

«Nada sabía del sentimiento de soledad
repentina que provoca la luna al borrarse del
cielo matinal.»

Hacía tiempo que no pisaba la casa de su suegro, pero pensaba muchísimo en Murasaki y se sentía obligado a consolarla. Cada vez que la veía, le parecía más hermosa y despierta, y le gustaba más. Quizás su esperanza de convertirla en su ideal femenino no era completamente absurda. Con todo, temía que el hecho de que un hombre —aunque fuese él mismo— se encargara de la educación de la muchacha podía contribuir a que Murasaki acabase teniendo demasiada confianza en los hombres en general, y se volviese frívola. Cuando estuvo con ella, le contó detalladamente todo lo que había ocurrido en la corte (sin mencionar, claro está, a la dama del claro de luna), y luego le impartió la lección de música de costumbre. Cuando fue la hora de despedirse, ella sintió su partida, pero ya no se quejó de quedarse sola como hacía antes.

En Sanjo ocurrió lo de siempre: su mujer le hizo esperar sin contemplaciones. Muerto de aburrimiento, Genji procuraba pensar en cosas diversas hasta que decidió coger el koto y ponerse a tocar una melodía. Luego cantó «No habrá más dulces noches», acompañándose él mismo.

Todavía estaba cantando cuando el ministro salió a su encuentro para comentar los últimos festejos.

—Soy muy anciano y he servido en la administración de tres emperadores, pero nunca había presenciado un festival que me alargara tanto la vida como el que se acaba de celebrar. El ingenio de los poemas, la buena música, las danzas... He comprobado que conoces a los mejores intérpretes del momento y que eres capaz de organizar estos acontecimientos como un maestro. Incluso a los vejestorios como yo nos entraron ganas de ponernos a bailar...

—No me atribuyo mérito alguno, señor, salvo el de haber dejado caer algún consejo en el oído adecuado. ¡«El jardín de los sauces y de las flores» fue lo mejor de todo! Un auténtico modelo para el futuro... ¡Y qué honor nos hubieras hecho a todos, si, a pesar de tu edad avanzada, te hubieses dejado arrastrar por la música y nos hubieras bailado un poco!

Entonces se presentaron los hermanos de Aoi, se instalaron en la galería y dieron un pequeño concierto.

La dama que había protagonizado la aventura con Genji a la luz de la luna estaba triste: el proyecto de su padre de casarla con el príncipe heredero no le ilusionaba en absoluto. En cuanto al príncipe, no le faltaban medios para dar con ella, aunque ignoraba de cuál de las hermanas de Kokiden se trataba.

A fines del cuarto mes los príncipes y los cortesanos se reunieron en casa del ministro de la derecha, padre de Kokiden, para participar en un campeonato de tiro con arco. ^[89] Aunque la mayoría de los cerezos ya habían perdido la flor, quedaban dos árboles que, tal vez conscientes de que los cerezos de las montañas florecen más tarde, aún conservaban flores espléndidas. La casa del ministro había sido rehecha hacía poco de acuerdo con la última moda para celebrar las ceremonias de iniciación de sus nietas.

Un día el ministro encontró a Genji en palacio y le invitó a la fiesta. El príncipe hubiese preferido no ir, pero todos le decían que, si él no estaba, la fiesta sería un fracaso. El ministro mismo le envió a un hijo, oficial de la guardia, con un mensaje reiterando su invitación:

«Si las flores que tengo en casa fuesen
vulgares, ¿crees que insistiría tanto para que
vinieses a verlas?»

Genji mostró el poema a su padre.

—¡Parece muy orgulloso de sus flores! —dijo, riendo, el emperador—. Debes ir inmediatamente. Te ha enviado una invitación personal. Recuerda que tus hermanas se están educando en casa del ministro. No puedes considerarte un extraño...

Genji se puso sus mejores galas y se presentó en la fiesta cuando ya caía la tarde. Llevaba un *uchiki* de damasco chino blanco forrado de amarillo y, debajo, una larga túnica de color carmesí. Vestido con aquella indumentaria informal y fantasiosa, destacaba entre los demás huéspedes, ataviados de un modo mucho más convencional, y le recibieron con gran cordialidad. Seguramente su presencia contribuyó al éxito de la velada más que todos los árboles en flor del ministro, y, por si ello fuese poco, tocó como un experto varios instrumentos.

A medianoche se levantó, fingiéndose borracho. Alguien le había dicho que la primera y la tercera princesas vivían en el ala principal, de modo que se dirigió a la galería oriental y se apoyó en una puerta. De pronto alguien levantó las persianas y unas mujeres asomaron la cabeza para admirar las glicinias en flor. Las largas mangas de sus *uchikis* colgaban como banderolas por debajo de las persianas, exactamente igual que en las asambleas de poetas que se celebran por año nuevo. A Genji le disgustó profundamente y, una vez más, pensó en la reserva de Fujisubo.

—No me encuentro bien... demasiado ruido... demasiada bebida... ¿Podría refugiarme entre vosotras, hermanitas? —dijo, mientras retiraba una cortina.

—¡Nos pides refugio! —chilló una de las muchachas, riendo estrepitosamente—. Deberías saber que son los parientes pobres los que piden refugio a los miembros más afortunados de la familia.

Aunque obviamente no pertenecían a los primeros rangos, aquellas mujeres no parecían vulgares criadas. Por fuerza eran hermanas o amigas de Kokiden. El aire se llenó de olor a incienso, y se oía un frufú de sedas por doquier. Las muchachas eran decididamente partidarias de los gustos modernos, y toda la escena que Genji estaba contemplando pecaba, a su juicio, de una cierta falta de misterio. No era el lugar más indicado para empezar una aventura romántica. A pesar de todo, el príncipe sentía más curiosidad que nunca: ¿cuál de ellas era la dama del claro de luna brumoso?

—Me ha ocurrido algo terrible —dijo, bromeando.

Y se puso a canturrear una canción de moda que decía así:

—En Ishikawa, en Ishikawa un coreano
me ha quitado el cinturón...

Pero en lugar de decir «cinturón» dijo «abanico».

—¡Qué cosas más absurdas hacen los coreanos! —comentó una joven que no sabía nada del asunto.

Pero otra dama suspiró profundamente, y él se inclinó hacia adelante, le tomó la mano y le dijo:

—Ando perdido por el monte de la Flecha ^[90] y me pregunto: ¿volveré a ver la luna que tan brevemente contemplé?

»¿O me tocará seguir caminando? La muchacha no pudo callar:

—Sólo los frívolos, los hombres poco serios, siguen mirando el cielo cuando el arco de la luna ha desaparecido...

¡Era la misma voz!

Capítulo 9 Aoi

I

El acceso al trono del nuevo emperador no resultó favorable a los intereses de Genji, ^[91] y, como había subido de rango, se veía obligado a ser más discreto y a divertirse menos. A pesar de todo, se le criticaba por doquier por negligir sus deberes. Una dama le atormentaba especialmente con su indiferencia: Fujitsubo. Ahora pasaba la vida al lado del emperador que acababa de abdicar, como si fuese su única esposa. Kokiden, molesta al sentirse injustamente relegada, no le siguió cuando abandonó el palacio imperial, con gran alegría de Fujitsubo. Los conciertos que se ofrecían en el palacio del ex emperador llamaban la atención de toda la corte, y la pareja se sentía mucho más feliz que cuando él reinaba. Sólo echaban de menos una cosa: al hijo de Fujitsubo, que había sido nombrado heredero aparente y debía alojarse en palacio. Al carecer de protectores en la corte, el emperador designó a Genji como su tutor, decisión que agradó y a la vez confundió al príncipe.

A ello había que añadir la historia de la princesa Rokujo. Con el cambio de emperador, su hija, que lo era también del príncipe Zembo, difunto hermano del ex emperador, fue elegida gran vestal del santuario de Ise. Desconfiando del afecto de Genji, Rokujo decidió acompañar a su hija a

Ise. ^[92] Cuando el ex emperador oyó hablar del proyecto, dijo a Genji de mal humor:

—¡Mi hermano la quería tanto! ¡Es una vergüenza que la hayas tratado como a una cualquiera! Amo a mi sobrina como a una hija, y exijo que trates bien a su madre en atención a su dignidad y a la de su difunto esposo, el príncipe Zembo. No te honra en absoluto que te dejes arrastrar por tu frivolidad sin respetar los sentimientos de los demás.

Como le sobraba razón, Genji prefirió callar.

—Debes tratar a las damas con tacto y cortesía, y asegurarte de que no se sienten humilladas por tu comportamiento. No hagas enfadar nunca a una mujer.

¿Qué diría el ex emperador si llegase a enterarse del mayor de sus pecados? La idea hizo temblar a Genji, que se inclinó ante su padre y se retiró.

Lo que su padre le había dicho acerca de su relación con Rokujo era verdad: aquella vieja historia era la comidilla de toda la corte. En los primeros tiempos pensaba mucho en ella, pero nunca se había decidido a tomarla por esposa. Poco a poco la mujer se había ido enfriando, y, con el paso del tiempo, la diferencia de edades resultaba cada vez más notoria. ^[93] Genji fingía que no iba a visitarla porque ella se lo había prohibido, pero lo cierto es que la princesa no le perdonaba que no la hubiese amado con mayor entrega y constancia. También había otra dama: su prima hermana Asagao. No queriendo compartir la suerte de Rokujo, siempre se había negado a contestar a las cartas de Genji. A pesar de todo, tuvo siempre buen cuidado de no herirlo y Genji se lo agradecía.

En el palacio de Sanjo Aoi y su familia padecían mucho por culpa de sus infidelidades, pero —tal vez porque él no las negaba— procuraban no hacer pública su humillación. Aoi estaba esperando un hijo, y su estado de salud física y mental dejaba mucho que desear. Genji se sentía completamente desconcertado, pero la familia del ministro contemplaba con ilusión el nacimiento inminente. Tal vez la paternidad cambie el carácter del príncipe y lo convierta en un hombre responsable, pensaban, pero, al mismo tiempo, intuían un peligro vago que les mantenía inquietos, de manera que

la dama vivía retirada y sujeta a las abstinencias rituales. Genji disponía de muy poco tiempo para hacer lo que quería, y, aunque no tenía especiales ganas de ver a Rokujo y a sus demás amantes, seguía visitándolas de vez en cuando.

En aquel tiempo la gran vestal del monasterio de Kamo ^[94] renunció a su cargo. La sustituyó la tercera hija del emperador, cuya madre era Kokiden. El nuevo soberano amaba mucho a la sacerdotisa, su hermana, y todos pensaban que era una auténtica lástima que la muchacha se hubiera de ver privada de los placeres de la vida en la corte, pero lo cierto es que no había ninguna otra candidata con méritos suficientes para ocupar un cargo tan importante.

Las ceremonias de iniciación, celebradas según las austeras tradiciones del *shinto*, fueron especialmente solemnes. Quiso su majestad que se añadiesen detalles nuevos al festival de Kamo del cuarto mes para que resultase el más hermoso de la estación. Aunque el número de cortesanos que habían de acompañar a la sacerdotisa venía prescrito en el ritual, eligieron hombres apuestos y de buena fama. También escogieron con sumo cuidado las guarniciones de los caballos. El nuevo emperador ordenó que su hermanastro Genji participase en la ceremonia.

El día de las lustraciones todos sacaron sus carruajes a la calle, y el tráfico en Ichiyo resultaba auténticamente diabólico: ni introduciéndolo con calzador hubiese cabido un coche más. En todas partes se levantaban catafalcos suntuosos, y las largas mangas de las espectadoras que colgaban de las galerías parecían banderolas de fiesta.

La esposa de Genji no salía casi nunca a ver espectáculos, y su estado era una razón de peso para mantenerla encerrada en casa. Pero sus azafatas protestaron:

—¡No tendrá gracia alguna si vamos solas, señora! ¡Piensa que han acudido forasteros, gente del campo y de otras ciudades y provincias con el único objeto de admirar a *nuestro* Genji! ¿Qué dirán si tú no estás?

Su madre, la princesa Omiya, dio la razón a las muchachas.

—Te encuentras bastante bien de salud, y, si no acudes, decepcionarás a muchos.

Finalmente ordenó que engancharan los carruajes, ^[95] y todas las damas se pusieron en marcha sin cambiarse de ropa (no tenían tiempo) cuando el sol estaba ya en su cénit. Los coches que llenaban la esplanada impedían el paso a la comitiva que salía del palacio de Sanjo. Algunas damas reconocieron a Aoi, y ordenaron a sus lacayos y cocheros que retrocedieran un poco para dejarle paso. En medio de aquella multitud destacaban dos coches contruidos con mimbre un tanto pasados de moda aunque adornados con cortinas propias de un personaje de importancia. Detrás de las cortinas se recortaban las siluetas de damas vestidas con ropajes magníficos, seguramente el cortejo de una figura principal que no deseaba ser reconocida.

Cuando les tocó el turno de desplazarse para dejar paso a la esposa de Genji, los dos cocheros no movieron un dedo como si estuvieran al margen del asunto. Los pajes que rodeaban ambos grupos habían bebido más de la cuenta y buscaban un pretexto para pelearse, y, aunque los lacayos procuraron controlarlos, los otros no les hicieron el menor caso. Los dos coches de mimbre pertenecían a la princesa Rokujo, que había decidido ir al festival a distraerse un poco. A pesar de sus esfuerzos por mantener en secreto su identidad, unos criados de Aoi acabaron por descubrirla, pero fingieron que la ignoraban.

—¡No pueden obligarnos a hacer marcha adelante o atrás según su conveniencia! ¿Qué se han creído? ¿Será que la esposa del príncipe se cree con más derechos que los demás? —gritaban los hombres de Rokujo.

Entonces unos hombres de Genji se pusieron del lado de los de Aoi, y al fin fue el cortejo de la hija del ministro de la izquierda el que se salió con la suya y avanzó hasta colocarse en primera fila, mientras la otra dama quedaba abandonada en medio de un laberinto de coches, carretas y palanquines que no dejaban ver nada. La princesa Rokujo se sintió profundamente humillada, no sólo porque se perdió el espectáculo sino porque estaba convencida de que Aoi la había reconocido e insultado premeditadamente. Además los caballetes en los que se apoyaban los ejes de sus carruajes se rompieron, y no tuvo más remedio que apuntalarlos de cualquier manera sobre las ruedas de coches de plebeyos.

Se preguntaba, furiosa, por qué había ido y a punto estuvo de regresar a casa sin ver el desfile, pero todos los caminos estaban bloqueados. Cuando todavía luchaba por partir, apareció el desfile. Al fin consiguió distinguir a Genji, pero Genji no la vio a ella. El joven pasó montado a caballo, y la mujer se sintió mucho más desgraciada que si se hubiese quedado en casa. El príncipe parecía indiferente a todos aquellos carruajes tan adornados y a las mangas largas de colores que colgaban por debajo de las cortinas de sus ventanas. A veces dedicaba una mirada o una sonrisa a algún conocido, y, al pasar por delante de su esposa, adoptó un aire respetuoso y solemne mientras sus hombres se inclinaban ante ella. Rokujo se sintió completamente derrotada y recitó, llena de rabia:

—Una mirada distante al río de las lustraciones: su frialdad sólo es comparable a mi terrible angustia.

Le daba vergüenza llorar pero, a pesar de todo, pensaba cuánto hubiera lamentado perderse la hermosa figura del príncipe destacando entre la multitud. Los cortesanos principales iban suntuosamente vestidos y lucían ricas armaduras, pero el esplendor de Genji hacía palidecer cuanto tenía a su alrededor. Entre sus hombres había un oficial de la guardia de sexto rango, aunque los funcionarios de este nivel solían reservarse para las procesiones imperiales más importantes. Su cortejo particular era tan magnífico que incluso los árboles y los arbustos que crecían junto al camino parecían inclinarse ante él, rendidos de admiración.

Si bien no parece decente ni razonable que damas pertenecientes a rangos dignos de ser tenidos en cuenta o monjas que han abandonado el mundo se peleen por ocupar un punto desde el cual poder admirar el desfile, lo cierto es que aquel día resultaba lo más normal. Mujeres del pueblo, con las manos haciendo visera sobre sus ojos, saltaban como langostas para atrapar alguna imagen del acontecimiento. Caras plebeyas mostraban sonrisas bobaliconas, cuyos titulares no hubiesen querido ver reproducidas en ningún espejo. Incontables hijas de funcionarios de provincias, cuyos nombres Genji no había oído pronunciar siquiera, se habían presentado en

carricoches adornados y luchaban por ocupar un punto desde donde contemplar al príncipe resplandeciente.

La verdad es que el espectáculo de los espectadores resultaba casi tan fascinante como el desfile mismo.

Entre la muchedumbre congregada, no faltaban damas que Genji había visitado en secreto y que ahora suspiraban más que nunca al comprobar cuánta distancia les separaba de su ídolo. El príncipe Shikibu [96] contemplaba el desfile desde un palco: su sobrino había madurado y ahora era un joven que destacaba entre todos por sus gracias. Al verlo tan hermoso, temió que despertara la envidia de algún dios y muriese prematuramente. Su hija, la princesa Asagao, que durante años había estado recibiendo cartas de su primo Genji, conocía sus sentimientos, pero hasta entonces se había resistido a sus solicitudes. Las sirvientas que la acompañaban lo alabaron también con los adjetivos más exagerados.

Genji, informado de la pelea callejera, se apiadó de Rokujo y se enfadó mucho con su esposa. Lamentablemente la perfecta y educada Aoi desconocía el significado de la palabra «compasión» y se negaba a aceptar que damas de su categoría y de la de Rokujo tenían la obligación de tratarse con tolerancia y cortesía, al menos en público. Estaba seguro de que había sido Aoi la que, de algún modo, había inducido a sus hombres a actuar con tanta violencia. Genji, que había sufrido con frecuencia las consecuencias del orgullo de Rokujo, imaginaba la rabia que debía de sentir la dama al haberse visto humillada delante de todos.

Fue a visitarla para hacerse perdonar, pero como su hija, la futura vestal de Ise, todavía estaba en casa, la dama se negó a recibirlo, pretextando que estaban celebrando juntas el rito de la adoración del árbol sagrado. Rokujo tenía razón, pero Genji se dijo:

—¿Por qué han de ser así? ¿No podrían mostrarse ambas un poco menos susceptibles?

Llegó el día del festival de Kamo, [97] y el príncipe se dirigió a su palacio de Nijo. Allí ordenó a Koremitsu que le hiciese preparar el carruaje.

—¿Nos acompañarán las damitas? —preguntó Genji, sonriendo al contemplar a Murasaki vestida con un atuendo precioso—. Nos lo

miraremos juntos.

Entonces se puso a acariciar los largos cabellos de la niña, que parecían más lustrosos que nunca, y añadió:

—Hace tiempo que no te los cortas. Hoy sería un buen día para hacerlo.

Hizo llamar a un astrólogo, ^[98] y, en cuanto el hombre hubo hecho su trabajo, ordenó que se empezase por «las damitas de honor». Una azafata les recortó las trenzas que caían por encima de sus calzas bordadas. Genji se encargó personalmente de los cabellos de Murasaki, y, mientras trabajaba, dijo:

—¡Qué melena tan espesa! Va a mellarme las tijeras... ¡Imagina cómo será cuando seas mayor! Incluso las damas de cabelleras larguísimas se recortan el flequillo que les cubre la frente de vez en cuando, pero tú no haces ni eso. ¿Quieres que se diga que te abandonas?

—No nos merecemos tantos honores —apuntó Shonagon, su ama.

—No, no me siento con fuerzas para seguir cortando...—dijo el príncipe y dejó las tijeras—. ¡Que crezcan cuanto quieran!...

»Míos serán tus cabellos, espesos como las algas que crecen en el fondo del mar, en las profundidades del insondable océano.

La muchacha cogió un pincel y escribió la respuesta:

«Por muy profundo que sea el mar, las algas van y vienen a merced de las olas que, como tú, nunca se están quietas.»

La multitud se había vuelto a echar a la calle, y Genji, seguido por su cortejo, pugnaba por acercarse a los establos reales.

—¡Qué complicado resulta desplazarse en un día como hoy! —se quejaba el príncipe—. ¡Hay demasiada gente importante!

De pronto, un elegante carruaje lleno de damas se acercó a la comitiva y una mano hizo una señal con un abanico a los hombres de Genji.

—¿Por qué no os ponéis aquí? No nos importaría dejaros un poco de sitio.

El ofrecimiento resultaba un tanto descarado, pero el lugar que les ofrecía no parecía malo, y Genji aceptó la invitación.

—Creo que no está bien que ocupemos este lugar... —empezó a decir el príncipe—. ¿Cómo has dado con él?

La dama escribió la respuesta sobre el abanico:

«¡Ay, la inconstancia de los hombres!
Alguien me invitó un día a una cita, pero
puso la corona de acebo ^[99] en la cabeza de
otra!

»Hubiese jurado que eran los dioses mismos que me llamaban, aunque al fin no se me ha admitido en el recinto sagrado.»

Genji reconoció la caligrafía de Naishi, la vieja rijosa, que no se resignaba a darse por vencida, y le respondió con otro poema en el que se burlaba de la edad proveya de la dama y de su largo historial de aventuras galantes.

«¡Te atreves a hablar de inconstancia!

»¡La corona de acebo que tú me prometes
ha adornado la cabeza de las ochenta tribus!»

La mujer no pudo evitar replicarle y lo hizo llena de resentimiento:

«¡La corona de acebo! ¡Una planta inútil,
cuyo nombre evoca sólo promesas vanas!»
[100]

Los carruajes estaban uno al lado del otro, pero Genji no se dignó levantar las cortinas, y muchas damas quedaron profundamente decepcionadas al no poder admirarlo. Todos recordaban su última aparición pública el día de las lustraciones, y muchos atribuyeron su discreción a que acompañaba a alguna beldad de la corte que no quería dejarse ver. Genji temía que su vecina le pusiese en evidencia, pero las compañeras de Naishi fueron afortunadamente más discretas y le hicieron callar.

El dolor de Rokujo no había amainado: sabía que no podía esperar de Genji que dejase de mostrarse frío con ella, pero si se armaba de valor y partía a Ise con su hija, se encontraría muy sola y la gente se reiría de ella. Pero también se burlarían de su amor desdeñado si permanecía en la capital. Su humor cambiaba continuamente como el rastro de las olas sobre la arena en la playa de Ise hasta que acabó por enfermar.

«Comprendo que tengas ganas de perder de vista a un reprobado como yo y pienses en abandonarme», le escribió Genji, «pero si te quedas a mi lado, demostrarás la grandeza de tus sentimientos». Con todo, esta carta y otras de parecido tenor no sirvieron de gran cosa y la cólera de Rokujo aumentó.

Mientras, en el palacio de Sanjo la esposa de Genji parecía dominada por un espíritu maligno. No era un buen momento para pasearse de noche, y Genji sólo iba a su casa de Nijo de vez en cuando. No podía decirse que su matrimonio hubiese sido feliz, pero Aoi era importante para su carrera política y ahora, además, estaba a punto de dar a luz. El joven dio órdenes de que se recitasen plegarias y se celebrasen exorcismos en casa de su suegro, y, gracias a ellos, algunos malos espíritus fueron desviados a una médium y pudieron ser identificados. Pero había uno que se negaba a abandonar el cuerpo de Aoi. Aunque la posesión no resultaba muy dolorosa, no dejaba tranquila a la víctima ni un solo instante.

Aquel espíritu que se resistía tenazmente al esfuerzo de los exorcistas más experimentados tenía mucho de siniestro. Los habitantes de Sanjo repasaban en voz baja la lista de las amantes de Genji. De entre ellas, sólo la princesa Rokujo y la misteriosa dama que vivía con él en el palacio de Nijo habían sido especialmente distinguidas por el príncipe y tenían motivos para sentirse celosas. Preguntados los exorcistas sobre esta cuestión, no supieron qué contestar. Ninguno de los espíritus interrogados parecía sentir un resentimiento especial contra Aoi, y todo apuntaba a que, al introducirse en su cuerpo, habían actuado obedeciendo al azar y no a un propósito concreto. Entre ellos pudo identificarse el espíritu de su difunta nodriza, como es natural, y otros que habían convivido con la familia a lo largo de generaciones y que se habían limitado a aprovecharse de su debilidad física. Pero la pobre dama pasaba los días llorando ruidosamente

y era continuamente presa de ataques de náuseas y de ahogos. Lo cierto es que en Sanjo reinaban la confusión y la tristeza.

El ex emperador enviaba un mensajero tras otro a preguntar por la salud de la esposa de su hijo e hizo celebrar servicios religiosos para su curación. El hecho de que una personalidad tan augusta considerase a Aoi digna de tantas atenciones hacía todavía más lamentable la posibilidad de su muerte. Rokujo oyó hablar de los sufrimientos de Aoi con gran preocupación, pues, aunque siempre la hubiese considerado su rival en los favores del príncipe y el desgraciado incidente de los carruajes no hubiera hecho sino amargarla más todavía, nunca deseó conscientemente daño alguno a la dama. Tampoco ella se encontraba bien, y decidió dejar la casa en que vivía con su hija para instalarse en otra donde poder celebrar ritos budistas. ^[101] Cuando Genji lo supo, se apresuró a ir a visitarla. El refugio de la dama se hallaba fuera de los muros de la capital, y Genji se presentó allí disfrazado. Una vez admitido a su presencia, procuró justificar su negligencia de los últimos tiempos y le pidió perdón. También le habló de la extraña dolencia que sufría Aoi y de cuánto le preocupaba.

—No te ocultaré mi angustia, pero debes saber que la de sus padres es mucho mayor aún... Por esto he creído prudente instalarme en su casa. Me sentiría mucho más tranquilo si supiera que tu actitud hacia ella es más generosa...

Genji conocía la causa real de la enfermedad de Aoi y la compadecía, pero sus palabras sirvieron de poco: aunque Rokujo se mostró aún más hostil que antes, el príncipe no se enfadó ni se sorprendió, pues la conocía bien. Pero cuando se separaron al amanecer, Rokujo abandonó su proyecto de dejar la capital: estaba demasiado enamorada de Genji para alejarse de su lado... Su rival pertenecía al rango más elevado de la nobleza y estaba a punto de darle un hijo: el afecto del hombre acabaría volcándose por fuerza en su mujer, y ella, la princesa Rokujo, sería definitivamente abandonada. La última visita del príncipe la había hecho todavía más infeliz. Aquella noche le llegó una carta:

«Aunque parecía que Aoi había mejorado, la situación ha cambiado y ahora está peor que nunca. No puedo dejarla sola.»

Las excusas de siempre, pensó Rokujo, pero le escribió:

«Ahora me toca a mí deshacer el camino del amor con las mangas húmedas, y marchar más allá, hacia los campos embarrados...

»¡Lástima que tu pozo tenga tan poca agua!»

Tenía la mejor caligrafía que Genji había visto nunca. El joven se debatía en una red de sentimientos encontrados. ¿A cuál de las damas que había amado le faltaba alguna gracia que la hiciese interesante y deseable? Por otra parte, ¿cuál de ellas merecía *todo* su amor y que se lo negara a las demás? Aunque ya era muy tarde, compuso una respuesta:

«Tú sólo te mojas en aguas superficiales, mientras que a mí me traga el marjal. [102]

«¿Crees que te contestaría con una carta y no personalmente, si no se encontrase tan enferma?»

En el palacio de Sanjo el espíritu maligno se mostraba cada vez más activo y Aoi empeoraba a ojos vista. No faltaban rumores que apuntaban a Rokujo, insinuando que el espíritu torturador era el de ella o el de su padre, el difunto príncipe.

Mientras, la acusada trataba de analizar minuciosamente sus sentimientos hacia Aoi: aunque se sintiera muy desgraciada, nunca había deseado conscientemente daño a nadie. ¿Era posible que el espíritu de una persona tan postrada como Rokujo abandonase su cuerpo para ir a molestar a los vivos? A lo largo de los años en que había amado y sufrido, no se había sentido nunca tan infeliz y maltratada como en los últimos tiempos... Y no dejaba de ser cierto que la otra le había insultado gravemente al pasar por alto su existencia y su dignidad el día de las lustraciones...

Empezó a tener un sueño recurrente: en la estancia magníficamente amueblada de una dama que Rokujo identificaba con su rival, ella la sacudía y la golpeaba violentamente... ¡Era terrible! A veces se preguntaba, desconcertada, si su alma había salido de su cuerpo y estaba actuando por su cuenta. El mundo no solía hablar bien de gente que había hecho cosas

mucho menos graves que ella. Si Aoi moría, todos la señalarían con el dedo. No era infrecuente que los espíritus de los muertos, ofendidos en vida, continuaran arrastrándose por el mundo para vengarse. Siempre le había parecido algo odioso, pero he aquí que ahora le tocaba protagonizar una situación como aquélla *antes* de morir... ^[103] No, no podía permitirlo... ¡Tenía que dejar de pensar en el hombre que tan cruel se había mostrado con ella, pero el esfuerzo ingente de no pensar en él la llevaba a no quitárselo de la cabeza!

Su hija debería haber ocupado ya el cargo de gran vestal de Ise, para el cual había sido elegida el año anterior, pero se habían presentado complicaciones. Decidieron trasladarla al Palacio de los Campos, residencia temporal de la sacerdotisa durante el noveno mes. A partir de aquel momento la casa de Rokujo entró en efervescencia para completar en poco tiempo los preparativos necesarios para la ceremonia de purificación de la muchacha, pero la madre se mostraba indiferente a todo y no se levantaba del lecho. Y, sin embargo, no mostraba síntomas de enfermedad concreta alguna, limitándose a repetir, cuando alguien le preguntaba, que no se encontraba bien del todo. Profundamente inquieto, Genji enviaba mensajeros a la casa de Rokujo con mucha frecuencia.

Tampoco su esposa, que le preocupaba mucho más, notaba signos de mejoría. Todavía era pronto para que Aoi diese a luz, y las mujeres que la servían no estaban preparadas, cuando, súbitamente, se presentaron los dolores del parto. Inmediatamente se aumentó el número de sacerdotes que rezaban por ella, pero el espíritu maligno seguía negándose a abandonarla. Los exorcistas repetían que aquella obstinación no era normal en absoluto, pero que no se sentían capaces de expulsarlo. Al fin, después de una sesión de exorcismos más intensa que las habituales, el espíritu rompió a llorar, como si sintiese un gran dolor.

—Deteneos un momento, por favor —suplicó—. Quiero hablar con el general Genji.

Era tal como habían imaginado. Las mujeres indicaron un lugar a Genji detrás de las cortinas que protegían el lecho de Aoi. Pensando (porque la enferma parecía a punto de morir) que quería despedirse de su esposo con

unas últimas palabras, sus familiares abandonaron la estancia. El momento respiraba solemnidad porque los sacerdotes leían el Sutra del Loto en voz baja. Genji separó las cortinas y miró a su esposa: se la veía muy deformada por el embarazo pero, a la vez, muy hermosa. Incluso un hombre sin vínculo alguno con ella se hubiese sentido profundamente triste al verla en aquel estado. La trenza larga y gruesa que caía por un lado de su rostro destacaba sobre el blanco de su camisa y la ropa de la cama. En aquella ocasión le pareció mucho más bella que cuando se presentaba ante él perfectamente vestida, pero glacial como un témpano, y le cogió la mano.

—¡Qué terrible! —susurró la moribunda—. ¡Qué terrible resulta todo esto para ti!

No pudo decir más. Ella, que siempre se había mostrado tan altiva y distante, le miró con ojos lánguidos llenos de lágrimas. ¿Podía Genji dejar de conmoverse? Aquel llanto estaba dedicado, pensaba, a los padres de Aoi, que pronto tendría que abandonar definitivamente, y quizás también a él...

—¡No hay razón para que sufras tanto! —trató de consolarla—. Y si llega a suceder lo peor, volveremos a encontrarnos. Y también volverás a encontrar a tu padre y a tu madre, pues el vínculo que une a padres e hijos se prolonga a lo largo de muchas vidas. Repítete a ti misma que volveremos a vernos...

—No, no... Ordena que detengan las plegarias que de nada me sirven. Nunca hubiese imaginado que me acercaría a ti de este modo... Cierto es que las almas angustiadas huyen de sus cuerpos...

Y con voz suave y afectuosa recitó:

—¡Cosed el dobladillo de mi vestido para
que no escape el alma dolorida que quiere
huir a otra parte!

Aquella no era la voz de Aoi ni su modo de hablar. Genji advirtió súbitamente que aquella voz pertenecía a Rokujo, y quedó petrificado. Había oído decir que aquellas cosas ocurrían, pero siempre le parecieron supersticiones sólo aceptadas entre gente vulgar e ignorante. Y he aquí que, ante sus propios ojos, tenía una prueba palpable de que aquel fenómeno

monstruoso que le habían contado resultaba perfectamente posible. Estaba horrorizado: todo aquello le superaba y repelía.

—No sé con quién estoy hablando. No me dejes en la duda... —dijo él.

Era ella, Rokujo, estaba seguro. Aterrorizado, expulsó a las mujeres que había en la estancia.

Los padres de la muchacha volvieron a acostarse. Aoi guardaba silencio, y, viéndola más tranquila, su madre le hizo administrar una pócima. En aquel momento la esposa de Genji dio a luz un niño. Todos saludaron el acontecimiento llenos de alegría, salvo los espíritus que se habían trasladado a la médium. Dolidos por su fracaso, se agitaban y hacían ruido de un modo muy desagradable. Aunque la madre no parecía todavía completamente fuera de peligro, el abad de Hiei y los demás clérigos partieron, convencidos de que acababan de obtener un gran triunfo. Querían creer que lo peor ya había pasado.

Una vez más la casa se llenó de oraciones y ensalmos, pero la sensación predominante era de confianza: la alegría de contemplar al niño que acababa de nacer hacía olvidar a todos la angustia de las últimas semanas. Celebraron las fiestas del ritual con la máxima solemnidad, y los cortesanos principales enviaron regalos magníficos a la criatura.

La princesa Rokujo recibió la noticia con sentimientos encontrados. Había oído decir que su rival estaba muy enferma y ahora se aseguraba que la crisis había pasado. Sea como fuere, no se sentía ella misma: lo más extraño del caso era que sus vestidos olían a esencia de cascajo, planta que sólo se usa en las ceremonias de exorcismo. Se cambió la ropa y se lavó los cabellos, pero aquel olor se negaba a desaparecer. ¿Qué iban a pensar los demás? De momento, no podía comentar la cuestión con nadie, y sólo le quedaba sufrir en silencio. Un poco más tranquilo, Genji vivía aún en un estado de profunda angustia debido a la conversación mantenida con el espíritu. Quería enviar una carta a Rokujo o ir a visitarla, por más que supiera que le costaría comportarse con un mínimo de educación si se encontraban. No quería tampoco herirla con sus reproches por un crimen del que no era responsable. Al fin decidió enviarle una nota.

La enfermedad de Aoi había sido muy grave, y la muchacha seguía bajo estricta vigilancia. Habían convencido a Genji para que pasara las noches en casa de su mujer pero todavía no había hablado con Aoi porque su estado lo desaconsejaba. El recién nacido era tan hermoso que su familia temía futuras desgracias: con todo, se decidió darle una educación exquisita desde el principio. El ministro se sentía eufórico y sólo lamentaba que su hija no se hubiese recuperado del todo, pero se repetía que no había razones especiales para preocuparse. Al fin y al cabo, el mal había sido muy grave, de manera que la convalecencia debía ser forzosamente lenta.

Los ojos del niño se parecían mucho a los del hijo de Fujitsubo, el heredero aparente, y Genji deseó volver a verlo. No se sentía tranquilo en la mansión de Sanjo y necesitaba regresar a palacio cuanto antes.

—Hace tiempo que no cumplo con mis deberes filiales —dijo a las mujeres—, y me siento culpable. Creo que partiré hoy. Sea como fuere, me gustaría ver a mi esposa antes de marchar. No podéis considerarme un extraño...

—Tienes razón, señor —le contestaron—. Nadie tiene más derecho a verla que tú. Está muy desmejorada, la pobre, pero no es motivo suficiente para que se oculte de ti...

Hicieron poner un escabel junto al lecho de Aoi. La dama contestaba a sus preguntas, cuando lo hacía, con voz débil y trémula. Y, sin embargo, parecía un milagro en una mujer que acababa de regresar de la muerte hacía tan pocos días. El marido le habló de las terribles experiencias que acababan de vivirse en la casa. Mientras la escuchaba, recordó que, no hacía mucho, aquella misma mujer le había hablado de un modo completamente distinto, y sintió un estremecimiento de repugnancia.

—¡Quisiera decirte tantas cosas —le dijo para animarla—, pero aún te veo muy postrada!

A continuación le administró personalmente el medicamento que había de tomar para admiración de las criadas. ¿Cuándo se le había visto tan atento con su esposa? Aoi, todavía bella como el sol, aunque débil y apagada, yacía inmóvil como a punto de extinguirse. Sus cabellos, esparcidos por encima de las almohadas que le sostenían la cabeza, parecían

más negros y relucientes que nunca, y Genji se dijo que nunca había contemplado una melena comparable. La miró largamente, y se preguntó cómo había podido sentir tan poco interés por ella durante tantos años.

—He de ver a mi padre —le dijo—, pero no permaneceré mucho tiempo lejos de ti. Si te encuentras mejor, debes procurar que tu madre se serene después de tantos sinsabores. Haz por recobrar tus fuerzas para que te puedan llevar a tus aposentos lo antes posible. Tu madre está demasiado encima de ti y eso dificulta tu recuperación.

Cuando Genji, magníficamente ataviado, empezó a retirarse, Aoi se quedó mirándole como no lo había hecho nunca hasta que desapareció de su vista.

II

Había una conferencia anunciada para tratar de promociones y nombramientos, y el ministro se dirigió a la corte con sus hijos mayores porque todos tenían algo que decir. La mansión de Sanjo quedó casi vacía. Súbitamente, Aoi volvió a sufrir graves ahogos, y su madre envió un mensajero a palacio para anunciar a su familia que la muchacha se estaba muriendo. Al recibir la noticia, Genji, su suegro y sus cuñados abandonaron la conferencia a toda prisa. De repente, las promociones y los nombramientos que se estaban discutiendo habían dejado de interesarles. Cuando llegaron a casa, todo había terminado.

Como la crisis se había producido a medianoche, no fue posible llamar al abad ni a ningún sacerdote. Todos estaban convencidos de que lo peor ya

había pasado, de manera que el terrible acontecimiento les cogió por sorpresa. Los miembros de la familia deambulaban de una estancia a otra mientras llegaban mensajeros de todas partes con cartas y notas de condolencia. Nadie les hacía caso: la mansión vivía unos momentos de confusión total. La intensidad del dolor de los familiares de la difunta resulta indescriptible. Como la dama había sido atacada por espíritus malignos, su padre ordenó que su cuerpo no fuera tocado durante dos o tres días por si resucitaba. Pero las señales de la muerte resultaban cada vez más patentes en el rostro de Aoi, y su familia tuvo que aceptar al fin que se había ido para siempre.

Genji, que tenía razones personales para experimentar más dolor que los demás, no cesaba de pensar en las terribles desgracias que puede provocar un amor incontrolado y se hubiese dicho que no se enteraba de las manifestaciones de pésame que le hacían llegar los personajes más importantes del reino. El ex emperador, profundamente afectado, envió un mensaje personal que honró mucho al ministro y alivió un tanto su dolor, aunque no llegó a secarle las lágrimas que le resbalaban por las mejillas.

Aceptaron todas las sugerencias mínimamente razonables para devolver la vida a la dama, pero, al no obtener resultado alguno, se decidió que el cuerpo fuese transportado a la explanada de Toribe para su cremación. A lo largo del desplazamiento tuvieron lugar numerosas escenas profundamente patéticas. La multitud de sacerdotes y oficiantes del duelo que invocaban el nombre sagrado de Buda ocupaba toda la llanura. Mientras tanto, no paraban de llegar mensajeros del emperador, la emperatriz y el príncipe heredero, por no hablar de los que enviaban todas las familias de la nobleza. El pobre ministro se mostraba inconsolable:

—¡Que a mis años me haya abandonado una hija que hubiese debido sobrevivirme! —se lamentaba.

Era imposible escucharlo sin compartir su dolor. Los oficios religiosos duraron toda la noche, y, a la mañana siguiente, los que habían tomado parte en ellos regresaron a la capital con un puñado de cenizas por todo recuerdo. Como el mes octavo estaba a punto de terminar, se dibujaba en el cielo un cuarto de luna que evocaba ideas de melancolía. La figura de su suegro, que

todavía parecía flotar entre tinieblas, inspiró a Genji un poema, que recitó a media voz con los ojos clavados en el cielo de la mañana:

—¿Es posible que esas nubes sean el humo que se escapa de la pira? Llenan mi corazón de sentimientos imposibles de expresar con palabras.

Encerrado en la mansión de Sanjo, no podía dormir, pensando en los años que habían pasado juntos. ¿Por qué había dado por seguro con tanta ligereza que algún día acabarían por entenderse, y, mientras tanto, se había comportado como un idiota? ¿Por qué se había lanzado de cabeza a aventuras y flirteos absurdos, que constituían una provocación para su esposa y llenaban su corazón de una ira más que justificada? Había dejado que la hostilidad de su mujer contra él le acompañase hasta la tumba: por grande que fuera su arrepentimiento, ahora resultaba totalmente inútil.

Como en una pesadilla, se vistió el hábito gris de luto. Si Aoi le hubiese sobrevivido, el vestido de ella habría sido de un gris más oscuro todavía. [104] Se dijo:

«Incluso las plantas viven sometidas a las normas. Mi color es más claro, pero las lágrimas oscurecerán el tono gris de mis mangas.» [105]

Cerró los ojos para rezar y, embargado por la pena, parecía más hermoso que nunca. Entonces entonó a media voz:

—Yo te invoco, Samantabhadra, el del pensamiento sereno, que lo eres todo.

La invocación producía en sus labios un efecto mucho más poderoso que cuando la recitaba el sacerdote más experimentado. Al levantar al niño en brazos, lloraba amargamente, pero su pena habría sido todavía mayor sin la criatura.

La princesa Omiya se metió en cama, y empezaron a celebrarse servicios para su pronta mejoría. La preparación de los funerales

conmemorativos resultó más triste de lo habitual porque nadie se lo esperaba. Los padres lloran la muerte del peor de sus hijos, de manera que la intensidad del dolor provocado

por la muerte de Aoi, que era su única hija, no extrañaba a nadie. Genji no se atrevió a ir a su casa de Nijo y pasaba los días llorando y rezando. Envió algunas cartas —sin olvidar a Rokujo—, pero como la hija de la dama y futura gran vestal de Ise se había instalado provisionalmente, bajo la custodia de la guardia, en un santuario de palacio para purificarse, la princesa Rokujo no se dignó contestar.

Genji se sentía tan decepcionado por el modo en que le había tratado la vida que consideró seriamente tomar los hábitos y abandonar el mundo. Pero el recuerdo de Murasaki, que le esperaba en Nijo, le hacía dudar. Dormía solo, aunque tenía un ejército de mujeres a su alrededor que no se hubiesen hecho de rogar... Incapaz de pegar ojo, se preguntaba por qué todo había tenido que suceder en otoño... Por más que contratara a un coro de sacerdotes dotados de buena voz para invocar el nombre sagrado de Buda continuamente, todos los amaneceres se sentía el más infeliz de los mortales.

Una mañana de finales de otoño —una de esas mañanas en que el viento parece mordernos el tuétano de los huesos—, se levantó de su lecho, en el cual no había podido cerrar los párpados, y se puso a contemplar el jardín envuelto en bruma. Entonces le trajeron una carta escrita en papel azul y atada a un capullo de crisantemo a punto de abrirse, señal de un gusto exquisito. La caligrafía era de Rokujo, y decía:

«Conoces la razón de mi silencio...

»También lloro yo, y el recuerdo de su vida, tan breve y triste, por fuerza humedece las mangas del que permanece en la tierra.

»Pero este cielo de otoño me impide seguir callando...»

La caligrafía de la dama era más acabada y perfecta que nunca: Genji hubiese querido destruir la carta, pero no fue capaz. La compasión de Rokujo —a su juicio, falsa— le hirió en lo más vivo, aunque no se atreviera

a romper definitivamente con ella porque hubiese parecido que la estaba acusando de un crimen. Aoi había sido víctima del destino. Y, sin embargo, tuvo un ataque de cólera al recordar aquella escena terrible de la que fue testigo involuntario, durante la cual su esposa fue presa del demonio de los celos de su amante. Por mucho que se esforzase, no era capaz de definir sus auténticos sentimientos hacia la princesa Rokujo. Después de meditar mucho, llegó a la conclusión de que valía más guardar silencio por respeto a la hija de la princesa, que estaba a punto de convertirse en gran vestal de Ise. No quiso tampoco mostrarse frío e insensible, de manera que le contestó, utilizando para la tarea un delicado papel de color púrpura:

«Estoy seguro de que entenderás las razones de mi largo silencio. He pensado mucho en ti, pero he estimado preferible mantenerme alejado de tu persona.

»Nuestras vidas, como las gotas del rocío, obedecen a las circunstancias que las gobiernan... ¡No habríamos de permitir que tuviesen tanto poder sobre nosotros!

»Tú también deberías librarte de muchas cosas... Seré breve porque tal vez no te agrade recibir una carta procedente de un hogar deshecho por el dolor.»

En cuanto la carta llegó a manos de Rokujo, la dama esperó a estar sola para leerla. No le costó mucho entender qué quería decir Genji: el príncipe estaba al corriente de todo y la acusaba de la muerte de Aoi. ¡Resultaba espantoso! Nadie había sido tan maltratado por el destino como ella, pero se hubiera dicho que, a los ojos de los demás, esto no era suficiente. ¿Qué pensaría el ex emperador? Su difunto marido y él eran hijos de la misma madre y habían estado siempre muy unidos. El príncipe había solicitado con frecuencia protección para su hija, y el ex emperador había hecho todo lo que estaba en su mano para darle satisfacción. De haberle hecho caso, nunca hubiesen abandonado el palacio imperial, pero Rokujo no quiso, de modo que madre e hija se trasladaron al palacio que ahora ocupaban junto a

la Sexta Avenida. He aquí como Rokujo había llegado a la situación actual y se había ganado una reputación terrible. Ahora se encontraba muy mal.

Y, sin embargo, Rokujo se engañaba: su fama distaba mucho de ser tan mala como ella imaginaba. La corte la había admirado siempre por su inteligencia y refinamiento, y, cuando su hija se trasladó a un nuevo santuario provisional, al oeste de la capital, el llamado Palacio de los Campos, el lugar se hizo famoso enseguida por sus exquisitos detalles. Genji se sorprendió al enterarse de que los cortesanos más cultos pasaban la vida visitando el santuario para admirar el maravilloso jardín que lo rodeaba. Tenía que reconocer que Rokujo era una mujer de una elegancia y un buen gusto casi excesivos. Si, asqueada de su amor, partía con su hija a Ise, el joven acabaría por echarla de menos.

Los funerales conmemorativos concluyeron, pero Genji permaneció recluido en el palacio de Sanjo durante siete semanas. Su cuñado To no Chujo le compadecía e iba a visitarlo siempre que podía para entretenerlo con las últimas noticias. Cuando se ponían a hablar de la anciana Naishi, siempre acababan riendo a carcajadas.

—No deberías bromear sobre aquella pobre abuela —decía Genji, pero las historias de la vieja romántica resultaban invariablemente divertidas.

Un atardecer frío y lluvioso de otoño, To no Chujo se presentó vestido aún de luto pero en tonos más claros. Su figura varonil y elegante llamaba la atención: no había muchos hombres que se le pudieran comparar en la corte. Genji se hallaba en la galería occidental contemplando el jardín, cuyas plantas se empezaban a ataviar de escarcha invernal. El viento y la lluvia atacaban duramente las ramas de los árboles, y el príncipe parecía a punto de echarse a llorar.

— *¿Dónde está su alma? ¿Quizás en la lluvia? ¿Quizás en las nubes? Lo ignoro...* —murmuraba.

Se sentó y apoyó el mentón en la mano. Si él hubiese sido el alma de Aoi, se dijo To no Chujo, habría permanecido ligada al mundo de los vivos con toda seguridad. Al acercarse su amigo, Genji, que no esperaba visitas, puso en orden sus ropas. Llevaba una túnica roja sobre la cual lucía un *uchiki* de un tono gris más oscuro que el de To no Chujo. El atuendo del

príncipe, conservador y modesto, le sentaba muy bien. To no Chujo levantó los ojos al cielo mientras Genji improvisaba un poema:

—¿Y si la lluvia fuese ella? ¿A qué punto del cielo tempestuoso, a cuál de esos amenazadores nubarrones habré de mirar para encontrarla?

»No sabría decirlo...

Y recitó, como hablando consigo mismo:

—Estamos en una estación de tormentas, durante la cual incluso las nubes a que ha ascendido mi dama, son borradas del cielo sin piedad.

Aunque resultara difícil de creer para los que sabían cómo había funcionado su matrimonio, Genji no fingía su dolor, pensó To no Chujo, recordando cuántas veces se había quejado su padre de la conducta del príncipe. No era ningún secreto que las atenciones del ministro incomodaban a Genji: sólo razones objetivas —el estrecho parentesco que le unía a su suegra, la princesa Omiya, hermana de su padre— evitaron que Genji abandonase definitivamente a Aoi, pero si permaneció a su lado hasta el final, nunca intentó disimular que lo hacía a disgusto. To no Chujo solía compadecerlo al verlo atado por un vínculo tan poco satisfactorio. Pero ahora comprobaba que, en contra de las apariencias, su hermana había ocupado un lugar en el corazón de su amigo, y que él la había amado y respetado a su manera. Al darse cuenta, la pena de To no Chujo se hizo más intensa: parecía que se había apagado una luz.

Las gencianas y los claveles silvestres empezaban a apuntar sobre la nieve helada. Cuando To no Chujo se hubo ido, Genji ordenó a Saisho, el ama de su hijo, que llevase un ramo a la princesa Omiya con este mensaje:

«Los claveles que apuntan en el jardín ventoso me traen recuerdos de un otoño que

hemos dejado atrás.»

«¿Verdad que tienen un color muy bello?»

Aunque las lágrimas de la princesa eran más abundantes que las hojas que el viento del otoño arrancaba a los árboles, se hizo leer la nota de Genji y respondió:

«Lloro todavía, pero son lágrimas de gozo, al contemplar cómo ha florecido el jardín que dábamos por muerto.» [106]

Genji se dijo que su prima, la princesa Asagao, que siempre se había mostrado tan fría con él, comprendería sus sentimientos en un atardecer como aquél. Hacía tiempo que no le escribía, aunque nunca le había escrito con regularidad. Utilizó papel chino de color azul para hacerlo.

«He vivido muchos otoños desolados, pero nunca había vertido tantas lágrimas como esta tarde.

»No hay otoño sin lluvia...»

La caligrafía era espléndida: incluso la servidumbre se había dado cuenta de que, siempre que Genji escribía, se esforzaba por superarse. Una carta así no podía quedar sin respuesta. Asagao le dio la razón:

«Imagino el estado de ánimo que prevalece en la mansión de Sanjo, pero, ¿qué puedo hacer yo?»

»Desde que desaparecieron las brumas de otoño, he pensado en ti muchas veces mientras contemplaba el cielo negro de nubarrones.»

Asagao escribió su nota con tinta pálida y Genji sacó la conclusión — porque seguramente su imaginación iba por delante de la realidad— de que la dama quería sugerir cosas profundas y misteriosas. El misterio nos atrae y Genji siempre había tendido a enamorarse de las mujeres que menos caso

le hacían. Por más glacial que se hubiese mostrado una dama con él, creía que, si conseguía despertar mínimamente su interés, éste crecería con el recuerdo de todas las negativas y desaires anteriormente infligidos.

La mujer excesivamente afectada y refinada puede llamar la atención, pero acaba fatalmente por mostrar defectos de los que ni ella misma tiene idea. No quería que Murasaki se educase siguiendo este modelo. Nunca había dejado de preguntarse si la niña se sentiría muy aburrida y sola sin él, pero siempre acababa diciéndose que se trataba de una huérfana que había acogido en su casa, y que no había razón alguna para preocuparse demasiado de lo que podía estar haciendo o pensando o de si le afectaban sus actividades o no.

Hizo traer una luz y ordenó a algunas mujeres de Sanjo que fuesen a hacerle compañía. Hacía tiempo que se interesaba por una de ellas —una tal Chunagon—, pero durante los meses de luto había ocultado sus sentimientos, que hubieran parecido inapropiados. Les dirigió la palabra afectuosamente, pero sin excesivas familiaridades, y les dijo:

—Durante esos días tan tristes me he sentido muy cerca de vosotras. Sin vuestra presencia, me habría encontrado más solo todavía. No tiene sentido seguir hablando de lo que ya ha terminado, pero temo que aún nos esperen problemas.

Las damas lloraban. Una de ellas dijo:

—Sé, señor, que una nube oscura ha descendido sobre tu vida, y no osaría comparar nuestro dolor con el tuyo. Pero la idea de que vas a dejar esta casa definitivamente y de que no volveremos a verte resulta difícil de soportar...

La voz de la mujer se quebró y no pudo continuar. Profundamente conmovido, Genji las miró:

—Cuando haya abandonado esta casa para siempre... ¿Cómo podéis decir tal cosa? ¿Me tenéis por alguien sin corazón? Tened paciencia y veréis como os equivocáis. Aunque el futuro es siempre incierto...

Entre las mujeres que le escuchaban había una niña, una huérfana, a la que Aoi había querido mucho. Genji observó que estaba más triste que las demás, y le dijo:

—Permíteme que me haga cargo de ti, Ateki.

La niña se puso a sollozar violentamente. Vestida con una túnica gris y un *uchiki* negro, resultaba una figurita preciosa. Genji les volvió a pedir que tuviesen paciencia.

—Las que no la habéis olvidado, debéis ser fuertes y cuidar de nuestro hijo. ¿Qué será de él si todas le abandonáis? Sólo eso os pido... Y os prometo que vendré a visitaros.

Las mujeres tenían sus dudas, pues temían que el príncipe se dejara ver poco y que la vida en Sanjo acabase resultando aburridísima. Aquella misma noche el ministro repartió entre ellas, siempre con arreglo a sus rangos, prendas de vestir y objetos que habían pertenecido a Aoi para que conservasen un recuerdo de ella.

Genji no podía seguir encerrado en el palacio de Sanjo. Mientras los criados sacaban el carruaje y sus hombres se preparaban para acompañarlo, descargó una tempestad muy violenta que acabó de arrancar las pocas hojas que quedaban en los árboles y caló hasta los huesos al cortejo del príncipe. Pensaba ir a palacio y luego a casa, pero en vista del mal tiempo ordenó a sus hombres que fuesen directamente a Nijo. Tenía la impresión de que estaba liquidando un capítulo de su vida.

Cuando el ministro y su esposa supieron que Genji no iba a dormir en su palacio aquella noche, se sintieron más desolados que nunca. Genji dejó una nota para la princesa Omiya:

«Mi padre quiere verme y hoy iré a visitarlo. Cuando salga de esta casa, un nuevo dolor se añadirá a los que ya soporto. Me pregunto cómo he podido sobrevivir tanto tiempo. Supongo que debería despedirme de ti personalmente, pero temo que perdería el control de mí mismo. Espero que te conformes con esta carta.»

La princesa no le contestó —estaba demasiado postrada y no se veía con fuerzas para levantarse de la cama—, pero el ministro salió a despedirle hecho un mar de lágrimas:

—No es difícil hacer llorar a un anciano —se excusó—. Seguro que te pareceré senil. Esta es la razón de que, hasta ahora, me haya resistido a

visitar a tu padre, el ex emperador. Si te lo comenta, hazle saber la verdad. Resulta muy doloroso perder a una hija al final de la vida.

Tenía dificultades para hablar, y Genji le escuchaba procurando ocultar su emoción.

—Todos sabemos cómo va el mundo —le contestó—, y que ciertas cosas no se pueden prever. Ignoramos quién se irá primero y a quién le tocará seguirlo, pero esta circunstancia no disminuye nuestro dolor ante una pérdida inesperada. Mi padre lo comprenderá.

Genji contempló las estancias que estaba a punto de dejar. Detrás de las cortinas y a través de las puertas descubrió más de treinta mujeres vestidas de diferentes tonos de gris que lloraban desconsoladamente. El príncipe se fue y el ministro entró en su casa. Los adornos y los muebles eran los de siempre, pero el conjunto daba la impresión de falta de vida, de vacío... Junto al lecho de Genji halló un pastilla de tinta y unos papeles sobre los que Genji había estado haciendo ejercicios de caligrafía.

A través de la lágrimas que enturbiaban sus ojos el ministro intentó leerlos. Genji había copiado fragmentos de poemas antiguos chinos y japoneses, ensayando diversos tipos de letra. Una caligrafía sublime, se dijo el ministro, y lamentó que el autor de aquellos trabajos excelentes se hubiese convertido de pronto en un extraño para su familia.

La vieja almohada, la vieja colcha, ¿con quién voy a compartirías ahora? Era un verso de Po Chu-I. Genji había escrito debajo un poema propio:

«Llorando junto a la almohada de la que se ha ido, quizás no podré partir yo: ¡tan estrecho era el vínculo que nos unía!»

La flor está blanca de escarcha era otro verso del mismo poema chino, y el joven había escrito:

«El polvo tapiza el lecho recién abandonado. ¿Cuántas noches húmedas de rocío he dormido solo?»

Entre los papeles había algunos claveles silvestres secos, probablemente cortados el mismo día que envió un ramo a la princesa Omiya. El ministro los recogió y los llevó a su esposa.

Las criadas viejas temblaban de frío —la mañana era gélida— y lloraban a moco tendido. Las más jóvenes formaban grupos de tres o de cuatro, y cada una de ellas se quejaba de algo en particular. No era improbable —el ministro se lo había prometido— que Genji acudiese a visitarles de vez en cuando para ver a su hijo, pero dudaban que estas visitas hiciesen muy feliz al príncipe. Algunas mujeres decidieron irse a sus casas a pasar unos días, prometiendo volver pronto, y, al despedirse unas de otras, corrieron abundantes lágrimas.

Genji fue a ver a su padre.

—Has adelgazado mucho —le dijo el ex emperador, preocupado—. Supongo que han sido los ayunos.

Y empezó a insistir para que comiera. Luego fue a visitar a la ex emperatriz con gran sorpresa de sus damas de compañía. Fujitsubo no le recibió, pero le envió a través de Omyobu un mensaje escrito que decía:

«Si pienso en cuánto te ha tocado sufrir, los ojos se me llenan de lágrimas. Sé que acabas de pasar unos días terribles.»

«La vida está llena de incertidumbre» respondió él en una nota, «pero no tomamos conciencia de ello hasta que no nos toca atravesar una situación trágica como la que acabo de vivir. Con todo, tus cartas me han consolado mucho.»

A continuación se excusó por no haber ido a ver al príncipe heredero en los últimos tiempos y partió cuando era casi medianoche.

III

La mansión de Nijo le estaba esperando, resplandeciendo de limpia como un espejo, y toda la servidumbre se reunió en la entrada principal para darle la bienvenida. Las azafatas de mayor rango habían rivalizado entre sí a la hora de adornarse para la ocasión. ¡Qué diferencia con las pobres mujeres que había dejado gimiendo en casa de su suegro! Genji se quitó las ropas de luto y se fue al ala occidental para comprobar que las cortinas y los vestidos de las azafatas y las niñas reproducían los colores brillantes e intensos, rojos y dorados, que se suelen asociar con el otoño. Todo evidenciaba un gusto exquisito. Durante su ausencia Shonagon había gobernado su casa con gran acierto.

Murasaki le recibió maravillosamente vestida.

—Has crecido —dijo él, levantando una cortina para que la niña pasase. [107]

Como hacía tiempo que no lo veía, Murasaki se mostró tímida al principio. Pero su perfil, a la luz amarillenta de la linterna, recordaba el de Fujitsubo más que nunca.

—He pensado mucho en ti —dijo él, acercándose a la niña—. Me gustaría explicarte toda mi historia, pero es muy poco alegre. Quizás será mejor que me vaya a descansar al ala oriental... Pero no permaneceré allí por mucho tiempo. Me temo que en los tiempos que se avecinan no te librarás de mí fácilmente. Incluso puede ser que llegues a aborrecerme...

Las palabras de Genji complacieron a Shonagon aunque desconfiaba de él porque era mujer de temperamento seco y poco sentimental. El joven viudo tenía tantas damas bonitas y de alto rango a su alrededor que cualquiera de ellas podía acabar sucediendo a la difunta Aoi. El príncipe regresó a su estancia y pidió a Chujo que le diera un masaje en las piernas antes de dormir. Al día siguiente por la mañana escribió una nota reclamando información sobre su hijo —le habían puesto Yugiri porque era hermoso como la bruma del atardecer—, y, al recibir la respuesta, se puso triste. Al llegar la noche se sentía todavía desanimado y no le apetecía salir como había hecho en otros tiempos.

Durante las semanas que siguieron el príncipe Genji no podía quitarse a Murasaki del pensamiento; le parecía incomparable, la mujer que se acercaba más a su ideal de perfección que había hallado en el mundo. Como la muchacha ya había dejado de ser demasiado joven para el matrimonio, le insinuó repetidas veces sus sentimientos y anhelos, pero ella no parecía entenderlo. Cuando estaban solos, jugaban al *go* o a las adivinanzas chinas. Murasaki era muy lista y sabía complacerlo de mil maneras. Genji, que hasta entonces no había contemplado en serio la posibilidad de convertirla en su esposa, tomó al fin la decisión, aunque sabía que la muchacha se resistiría y se sentiría muy incómoda en los primeros tiempos.

Un día Genji se levantó de la cama temprano, pero Murasaki permaneció en el lecho hasta muy entrada la mañana en contra de su costumbre de madrugar. ¿Qué había sucedido entre los dos durante la noche? Las sirvientas que la atendían estaban perplejas. Antes de abandonar la estancia, Genji introdujo una caja-escritorio detrás de las cortinas de la cama. Al encontrarse sola, Murasaki levantó la cabeza de la almohada y descubrió una hoja de papel doblada escrita con una caligrafía sin pretensiones. El poema decía así:

«Hemos pasado muchas noches como dos
hermanos. Tarde o temprano tenía que llegar
el momento.»

El hecho de que Genji hubiese estado esperando aquel momento la desconcertó mucho. No podía imaginar que aquel suceso desagradable de la noche anterior supusiera el inicio de una amistad distinta y mucho más íntima entre ambos. ¿Cómo había podido mostrarse tan boba y confiar en aquel sujeto grosero y poco escrupuloso?

Genji regresó cuando ya era casi mediodía.

—Me han dicho que no te encuentras bien —le dijo—. ¿Qué te ocurre? Esperaba jugar una partidita de *go*...

Murasaki ocultó la cabeza bajo la colcha mientras las mujeres se retiraban.

—¡Te estás comportando de una manera absurda y desagradable! ¿Qué van a pensar las criadas? —la riñó él, y retiró la colcha que la tapaba. Murasaki estaba bañada en sudor, y tenía el flequillo negro pegado a la frente y los ojos llorosos.

¡Pobre de mí! Esto no augura nada bueno, se dijo él, y trató de consolarla de la mejor manera que supo, pero ella seguía tan confusa y alterada que no fue capaz de articular una sola palabra.

—Muy bien. No volveremos a vernos nunca más. También yo tengo derecho a ser orgulloso... —declaró Genji, y abrió la caja-escritorio que le había dejado, pero no encontró nota alguna dirigida a él. Un comportamiento infantil, concluyó, y sonrió ante tanta inocencia. Permaneció a su lado todo el día y halló el enfado de la muchacha y la manera en que rechazaba sus esfuerzos por consolarla realmente encantadores.

Era el día del Puercoespín, ^[108] y se hizo servir las pastas propias de la festividad, aunque, como aún estaban de luto, no tuvo lugar una gran celebración. Al ver las pastas dispuestas en hilera sobre la bandeja de ciprés que las criadas habían traído a la estancia de Murasaki, Genji fue a buscar a Koremitsu.

—Llévate las pastas y mañana las vuelves a traer. Parece que hoy no es un día propicio.

Koremitsu le entendió enseguida:

—Sí, hay que buscar días favorables para los comienzos —replicó, y añadió con solemnidad irónica—: ¿Quieres que todas las pastas sean de la misma clase y tengan el mismo color?

—Como tú quieras. Pero sólo quiero una por cada tres de las que me han servido hoy. ^[109]

Koremitsu se marchó dándoselas de hombre bien informado. Un chico listo, pensó Genji. El muchacho hizo preparar los pastelillos en su propia casa sin explicar a nadie para qué los quería. El príncipe se sentía como un niño al que han sorprendido robando nidos, pero el nuevo papel le divertía. Además, el amor que ahora sentía por la muchacha era infinitamente mayor que el que había sentido antes. ¡Qué desconcertante resulta a veces el

corazón del hombre! Ahora se veía incapaz de pasar una sola noche lejos de ella. Los dulces fueron servidos sin testigos, ya muy entrada la noche. Koremitsu sospechaba que Shonagon, que no dejaba de tener sus años, hacía sentir incómoda a Murasaki, y llamó a la hija del ama.

—Mete esto detrás de las cortinas, por favor —le dijo, dándole los dulces guardados dentro de un incensario—. Y procura que los reciba ella y nadie más. Se trata de una celebración solemne y no nos podemos permitir errores.

La chica no lo acababa de entender.

—¿Errores? ¿Qué errores? Yo tengo muy poca experiencia...

Y, sin embargo, hizo lo que se le ordenaba. Cuando al día siguiente encontraron el incensario detrás de las cortinas, empezó a hacerse la luz. Los restos de pastelillos que quedaban y los platos llenos de migajas esparcidos por encima y por debajo de la cama daban a entender que no había sido una sola persona la que había estado comiendo del contenido del misterioso incensario. ¡Todas las pruebas apuntaban a un espléndido banquete para dos! Resulta emocionante que el señor se haya tomado tantas molestias para complacerla, pensó Shonagon, derramando lágrimas de placer y de gratitud. Había que reconocer que el novio no había pasado por alto ningún detalle...

—¿Y por qué no nos ha dejado participar del secreto? —murmuraban las mujeres—. ¿Qué habrá pensado de nosotras el hombre que trajo el incensario?

A partir de aquel día, siempre que Genji iba a ver a su padre o se presentaba en la corte, lo hacía con prisas, pues sólo pensaba en Murasaki. Incluso él hallaba su comportamiento exagerado y fuera de lugar, pero no podía evitarlo. No pasaba día sin que recibiera una o más cartas de alguna dama, objeto de sus atenciones durante los últimos años, que ahora se sentía abandonada o negligida. Pero no estaba dispuesto a separarse de su amada ni una noche. Como no deseaba estar con ninguna otra mujer, se excusaba diciendo que todavía no se había recuperado del todo. «Espero ir a verte pronto, cuando haya superado esos días tan difíciles...», les escribía para quitárselas de encima.

Kokiden observó que su hermana Oborozukiyo, la dama del claro de luna brumoso, parecía enamorada de Genji y lo comentó con su padre.

—Mientras vivía su esposa —le respondió el ministro de la derecha—, teníamos que oponernos forzosamente a la relación. Pero la situación ha cambiado, y, si lo que sugieres es cierto, no seré yo quien diga que no.

Kokiden detestaba a Genji y había decidido que su hermana iría a la corte para convertirse en concubina del emperador, proyecto al que no estaba dispuesta a renunciar. Genji también se había interesado por la dama y lamentaba el futuro que le esperaba en palacio, pero había llegado a la conclusión de que la vida es demasiado corta para malgastarla en aventuras sin sentido. Ahora tocaba concentrarse en una sola mujer. Aunque compadecía a la princesa Rokujo, estaba convencido de que no sería nunca una esposa satisfactoria. A pesar de todo, no quería romper definitivamente con ella porque admiraba mucho su inteligencia y conocimiento del mundo. Se repetía que, si ella era capaz de ver en él sólo un buen amigo, podrían consolarse mucho uno al otro en un futuro siempre incierto.

Nadie conocía aún la identidad de Murasaki. Se decía que el príncipe Genji convivía con una dama, pero nadie sabía con exactitud quién era. Antes había que proceder a la ceremonia de iniciación de la muchacha, y se hizo discretamente procurando evitar solemnidades excesivas. Aunque no hubo invitados, la fiesta fue magnífica. Desde el día en que Genji la poseyera, Murasaki no era la misma. Las atenciones del príncipe le parecían inconvenientes y de mal gusto: había confiado en él, se había atado estrechamente a su persona, considerándole su mejor amigo... y Genji se había comportado ignominiosamente. Cuando estaban juntos, evitaba mirarlo, y los chistes y frases ingeniosas que el príncipe soltaba para deslumbrarla y apaciguarla, sólo servían para que ella se encerrase más detrás de un muro de silencio. Había dejado de ser la Murasaki de siempre. Genji hallaba aquel cambio a la vez triste e interesante.

—Parece que mis esfuerzos de años no han servido de nada. Estaba convencido de que la familiaridad daría paso a un afecto mayor y más tierno, pero no ha sido así. Me he equivocado —le decía el príncipe de mil maneras distintas.

Por año nuevo Genji fue a visitar a su padre y al heredero aparente, y, al salir de palacio, se encaminó a casa de sus suegros. Encontró al padre de Aoi tan triste y deprimido como le había dejado meses atrás. El cambio de año no había dado lugar a una renovación de su espíritu. El anciano sólo hablaba del pasado y siempre en tono compungido. El ministro no quería que aquellas visitas se estropearan por culpa de sus lágrimas, y, sin embargo, estuvo todo el tiempo a punto de llorar. Genji parecía más adulto y maduro que antes y también más hermoso: había transcurrido un año desde la muerte de Aoi. También el niño había crecido y ya se mantenía sentado, hablaba por los codos y reía sin parar. Todos le admiraban: cada vez resultaba más evidente su parecido con el hijo de Fujitsubo. Los ojos y la boca eran idénticos... Genji se preguntó si la gente no acabaría por fijarse en el parecido... Nada había cambiado allí. En el armario le esperaban una túnica y un *uchiki* nuevos, pero todos los vestidos de Aoi habían sido retirados. Mientras estaba con el niño, le trajeron esta nota de la princesa Omiya:

«He mejorado en el arte de controlar las lágrimas, pero tu visita me ha afectado mucho. El conjunto de túnica y *uchiki* que has encontrado en el armario es un regalo de año nuevo para ti. Tanto me ha cegado el llanto en los últimos meses que temo haber elegido mal los colores. Pero te agradecería que te lo pusieses, aunque no te entusiasme...»

Un criado le trajo el conjunto: la túnica había sido tejida y teñida de una manera bastante singular, y, tal como temía la princesa, no gustó demasiado a Genji, pero, para no parecer desagradecido, se la puso. Contestó a la princesa con una nota:

«Aquí estoy —escribió— para que puedas comprobar por ti misma si la primavera ha llegado o no ha llegado este año. Pero los recuerdos me fuerzan a guardar silencio.

»Una vez más me pongo la ropa de año nuevo, mientras lloro lo que el pasado me quitó.

»No puedo controlar mis lágrimas.»

Ella respondió a su poema con otro:

«El año nuevo comporta fatalmente renovación —lo he comprobado—, pero las mismas viejas lágrimas mojan las mejillas de la misma pobre anciana.»

El dolor que rezumaban sus poemas improvisados era completamente sincero.

Capítulo 10 El árbol sagrado

I

A medida que se acercaba la partida de su hija, la princesa Rokujo estaba cada vez más deprimida. Desde la muerte de Aoi las visitas de Genji, ya poco frecuentes antes, cesaron por completo. Sus mujeres le esperaban siempre llenas de excitación, y el cambio repentino de actitud del joven las sorprendió desagradablemente. Genji debía de tener razones de mucho peso para haberse vuelto contra ella: no cabía explicar de otro modo su actual frialdad. Aunque no había precedentes de que la madre acompañase a una gran vestal de Ise, Rokujo estaba decidida a hacerlo alegando la extrema juventud y falta de experiencia de Akikonomu. ^[110] Lo cierto, sin embargo, era que quería huir de recuerdos que la llenaban de dolor.

A pesar de todo, Genji se entristeció cuando le llegó la noticia de su decisión. Empezó a escribirle para pedirle que se quedase, pero ella se negó a admitirlo en su presencia. Prefería decepcionarlo de una vez por todas a reanudar una historia que tan funestas consecuencias había tenido. De vez en cuando Rokujo abandonaba el santuario en que se encontraba para visitar su mansión de la Sexta Avenida, pero sus visitas eran tan breves y las hacía con tanto secreto que Genji no tuvo conocimiento de ellas y no se atrevía a acudir al templo. Aunque pensaba mucho en ella, dejó que pasaran días y meses sin tomar iniciativa alguna. Por otra parte, su padre, el viejo

emperador, había empezado a sufrir achaques y calambres, y Genji tenía muy poco tiempo para sí mismo. Pero no quería que la dama se fuese a Ise con la idea de que era un hombre sin corazón ni ganarse en la corte reputación de insensible.

El día siete del noveno mes la dama estuvo muy agitada porque su partida era inminente: faltaban un día o dos a lo sumo para el «gran día». Genji había solicitado varias veces ser recibido: estaba dispuesto a no entrar en el santuario, si ella no quería. Se conformaría con hablarle desde la galería. Rokujo se sentía profundamente confusa, pero acabó por tomar una resolución: le recibiría aunque con un *kichó* entre los dos.

El joven se dirigió al santuario atravesando un cañizal de melancólica belleza. Las flores de otoño ya habían desaparecido y los insectos se dejaban oír entre los arbustos invernales. El viento, soplando a través de los pinos, aportaba ráfagas de música que parecían llegar de tan lejos que el príncipe era incapaz de distinguir qué melodía se estaba tocando. No deseando llamar la atención, sólo se había hecho preceder por diez pajes y un puñado de guardias de probada confianza. Se había vestido con sumo cuidado. Los más sensibles de entre sus acompañantes se admiraban de cómo destacaba la figura de su príncipe sobre aquel melancólico telón de fondo, y Genji lamentó no haber hecho aquel recorrido antes. El complejo del templo estaba rodeado por una valla baja que parecía improvisada.

Una sobriedad grandiosa caracterizaba las puertas del santuario, construidas de madera sin pulir, y la impresionante austeridad del lugar se veía reforzada por grupos de sacerdotes y monjes que paseaban hablando entre ellos en voz baja y tosiendo para aclarar sus gargantas. Genji nunca había presenciado una escena parecida. El «pabellón del fuego» resplandecía discretamente. En aquel lugar tranquilo y solitario, alejada del mundo, una dama acababa de pasar, sumida en el dolor, semanas y meses. Ocultándose en la parte exterior del ala norte, Genji hizo comunicarle su llegada. De pronto la música cesó en seco y sólo distinguió el crujir de ropas de seda.

Intercambiaron varias notas por medio de un mensajero pero la dama no se dejaba ver.

«Seguramente sabes que estas visitas están mal vistas», le escribió él. «Me extraña que me pidieras que aguardara en el exterior del recinto sagrado. Quiero contártelo todo, mis penas, mis preocupaciones...»

Las mujeres le daban la razón. Era patético contemplarlo allí fuera, sin un lugar para sentarse. ¿Qué hacer?, se preguntaba la dama. Estaba rodeada de gente, y su hija esperaba de ella una conducta irreprochable. Le parecía mal recibirlo a estas alturas, pero aún le parecía peor quitárselo de delante de cualquier manera. Rokujo suspiraba y volvía a suspirar, hasta que finalmente se decidió a salir a su paso.

—¿Me dejas subir a la galería? —le preguntó el joven, mientras subía ya la escalera.

En aquel momento salió la luna y la figura que reveló a la dama era mucho más hermosa de lo que nunca pudo soñar.

Como no quería excusarse por sus semanas de silencio, Genji introdujo una rama del árbol sagrado ^[111] por debajo de la persiana con este poema:

«Con el corazón inmutable como este
verde perenne del árbol sagrado, atravieso la
sagrada puerta.»

Ella le respondió con otro:

«Te equivocas al hablar del árbol sagrado
y de la sagrada puerta. No hay ante la puerta
de mi casa cedros que te inviten a pasar.»

Y él replicó con un tercero:

«Pensando hallarte aquí entre las
sacerdotisas, seguí el perfume inconfundible
de las hojas del árbol sagrado.»

Aunque la escena no parecía dar pie a familiaridades, el joven se introdujo por debajo de la persiana. Genji había echado a perder los días en que hubiese podido visitarla y hacerla feliz, y la dama le daba un poco de miedo ahora que su ardor se había enfriado hasta ver en ella casi a una

extraña. Pero, al contemplarla de nuevo, los recuerdos regresaron en tropel y con más fuerza que nunca, y Genji se echó a llorar como un niño.

Ella procuró no imitarlo. Contemplarla luchando con todas sus fuerzas por controlarse entristeció aún más a Genji. Miró el cielo —la luna había empezado a difuminarse—, y dio rienda suelta a sus quejas y ruegos para borrar la amargura acumulada en el corazón de la dama. Rokujo empezó a ceder mientras el jardín se iba llenando de cortesanos jóvenes. En cuanto el príncipe hubo terminado su discurso, la amargura que los separaba se había fundido completamente y les faltaban palabras para decirse todo lo que querían.

Empezó a amanecer y Genji, que se resistía a abandonarla, la tomó de la mano, diciendo:

—Las despedidas a la luz del alba están siempre húmedas de rocío, pero hoy el cielo de otoño parece más triste que nunca.

Soplaba un viento frío y se oía el canto de un grillo como si quisiera dar una serenata para alegrar el corazón de un enamorado feliz. Rokujo estaba tan inquieta que no se veía capaz de componer el poema que la ocasión parecía exigirle. Finalmente replicó:

—En otoño una despedida no necesita nada para hacerla más triste aún. ¡Pon fin a tus cantos, maldito grillo del marjal!

No querían volver a comenzar con los reproches, y Genji partió para evitar ser descubierto en aquel lugar a la luz del día. La dama, no tan fuerte como se creía, quedó sumida en una triste ensoñación. El perfume que Genji dejó flotando en el aire puso a sus acompañantes al borde de perder el sentido.

—¿Qué viaje resulta tan importante para este hombre —dijo una de ellas—, como para que nos deje de este modo?

Al día siguiente Genji le envió una carta tan tierna y cálida que ella estuvo a punto de reconsiderar su decisión de abandonar Heian. Pero ya era

demasiado tarde: volver al pasado no serviría de nada. Por otra parte, sabía que Genji podía mostrarse muy persuasivo incluso cuando la dama en cuestión no le interesaba especialmente. Además, su partida respondía a razones muy poderosas. El príncipe envió un baúl lleno de ropas de viaje espléndidas para Rokujo y sus azafatas, pero no sirvió de nada.

La gran vestal estaba muy satisfecha de que se hubiese fijado una fecha para la partida. El hecho insólito de que su madre fuese a acompañarla daba pie a numerosos comentarios, favorables unos, hostiles otros, pero son las servidumbres de los grandes: no se puede ocupar un puesto elevado sin estar sometido a críticas.

El día dieciséis hubo una espléndida lustración en el río Katsura. [112] Quizás porque el viejo emperador amaba tanto a la gran vestal, [113] el soberano reinante ordenó que fuese acompañada hasta Ise por un cortejo sin precedentes de personajes de altísimo rango. Genji se limitó a enviar una nota atada con un cordón ritual. Escribió en el sobre: «Para aquélla a la cual sería blasfemia dirigirse en persona». Decía:

«Hubiese dicho que *ni el trueno del cielo era suficiente para mantenernos separados...*

»Si mi señora la gran vestal, al recorrer sus extensos dominios, tiene piedad de los que se encuentran debajo de ella, que la tenga también de mi.

»Pienso que así debe ser, pero no estoy del todo seguro.» A pesar de la confusión reinante, recibió una respuesta escrita por una dama de honor de la vestal:

«Si el señor de la tierra está observando desde las alturas, esta manifestación de dolor no se le puede haber pasado por alto.»

A Genji le hubiese gustado estar presente en la última audiencia con el emperador, pero detestaba hacer el papel de pretendiente rechazado. Pasó el día encerrado y de mal humor, aunque se le escapó una sonrisa al leer el

poema de la vestal. Era muy lista para su edad, y le interesó. De hecho siempre le habían interesado las relaciones difíciles y poco convencionales.

Quizás hubiese podido hacer algo por ella en otros tiempos, pero ahora era ya demasiado tarde. ¡Tal vez volverían a encontrarse más adelante, en otro momento! Nunca se sabe... [114]

La fama de Rokujo atrajo mucha gente a la ceremonia, y las calles estaban llenas de carruajes. El cortejo entró en palacio a media tarde. Al subir al palanquín la madre de la vestal pensó en su padre difunto, que había albergado tantas esperanzas en relación con ella y la había preparado con los mayores cuidados para el papel de emperatriz. [115] ¡Cómo se había torcido todo luego! Después de un montón de años, volvía a entrar en el palacio imperial. Había contraído matrimonio con Zembo a los dieciséis y enviudado a los veinte. Ahora, a los treinta, volvía a cruzar aquellas puertas. Entonces improvisó para sí:

—Las cosas pasadas pertenecen al pasado. No quiero pensar en ellas, pero mi corazón está triste.

La vestal era una muchacha preciosa de catorce años y su madre la había vestido con gran encanto. Era una figurilla tan hermosa que parecía que no había de durar en este mundo. El emperador pareció a punto de echarse a llorar cuando le puso el peine de despedida. Los carruajes de las damas se alineaban ante los ocho ministerios a la espera de recibir la orden de partir. Las mangas que colgaban por debajo de las persianas eran de colores delicados en perfecta combinación, y no faltaban los cortesanos que se despedían en silencio y con el corazón dolorido de damas que les importaban no poco.

La procesión abandonó el palacio al anochecer. Pasó por delante de la casa de Genji al dar la vuelta por la avenida de Nijo en dirección sur, es decir, hacia Doin. Incapaz de dejarla pasar en silencio, Genji envió un poema atado a una rama de *sakaki*:

«Me dejas de lado, pero ¿no mojarán tus mangas largas y ondulantes las ocho olas del río Suzuka?» [116]

Reinaba la oscuridad y había una confusión enorme. La respuesta de la dama, breve y acertada, llegó a la mañana siguiente desde más allá de la puerta de Osaka.

«¿ Y quién nos observará en nuestro camino hacia Ise para ver si esas ocho olas han cumplido su cometido?»

La caligrafía de Rokujo no había perdido ni un ápice de su elegancia, aunque era una elegancia fría y austera. La mañana despertó triste y llena de brumas. Genji se dijo, como ausente:

«La estoy viendo mientras viaja... Nieblas, no cerréis este otoño la puerta de la Colina de los Encuentros.» [117]

El príncipe pasó el día solo y ni siquiera fue a visitar a Murasaki. Pensaba cuan tristes debían de ser los pensamientos de la dama que estaba viajando.

A partir del décimo mes la mala salud del viejo emperador hizo cundir la alarma en la corte. El nuevo se interesó por él.

A pesar de encontrarse muy débil, el anciano pidió a su hijo que se mostrase amable con el heredero aparente [118] y también le recomendó a Genji:

—Pídele consejo en los asuntos importantes y también en los que no lo son tanto, tal como has venido haciendo hasta ahora. Es joven pero está capacitado para resolver cualquier tipo de cuestión. No hay cargo que no merezca ostentar ni misión que esté por encima de sus capacidades. Lo hice emparentar con un clan de sangre no real [119] para que pudiera servirte mejor. No dejes caer en saco roto mis últimos deseos.

Le dirigió otras solicitudes, pero no corresponde a una mujer ponerlas por escrito. Es más, pido perdón por haber transcrito lo que ya he puesto.

Profundamente conmovido, el emperador prometió a su padre una y otra vez que sus deseos serían cumplidos. El anciano se congratuló al ver que su sucesor había madurado hasta convertirse en un hombre que evidenciaba tanta dignidad. La entrevista no duró mucho porque la salud del ex emperador, cada vez más postrado, no daba para más.

El heredero aparente hubiera querido ir también a visitar al enfermo, pero le convencieron de que no lo hiciera: hubiese supuesto una excitación suplementaria y seguramente excesiva para su padre. Era un muchacho francamente hermoso y muy espabilado para su edad. Finalmente se salió con la suya y, al día siguiente, se le permitió entrar en la estancia del enfermo acompañado de Genji. Emociones sin cuento asaltaron al ex emperador al ver aquellos ojos, que tanto le recordaban los de Fujitsubo, húmedos de llanto. Quería decirle muchas cosas, pero el niño le pareció poco maduro aún para entenderlas. Lo encomendó repetidamente a Genji, y le rogó que velara por él. No salieron del dormitorio imperial hasta entrada la noche, aunque la visita pareció al enfermo demasiado breve.

También Kokiden quería vedo, pero no se acababa de decidir por no encontrarse con Fujitsubo. Cuando finalmente se decidió, el emperador ya había muerto. La defunción cogió a la corte por sorpresa. Aunque ya hacía tiempo que no reinaba, su influencia no había dejado de notarse. El nuevo emperador era joven, y su abuelo materno, el ministro de la derecha, pasaba por tener un carácter impulsivo y rencoroso. ¿Cómo iban a funcionar las cosas con un hombre de tales características al timón?

La posición de Genji y de Fujitsubo empeoró notablemente. Durante el funeral a nadie extrañó que el príncipe ocupase un lugar entre los hijos del difunto, y no faltaron los que le compadecían más que a sus hermanos. El luto le sentaba muy bien y, habiendo enviudado recientemente, parecía más merecedor de consuelo que los demás. Por un momento llegó a pensar en hacerse monje, pero todavía le ataban al mundo demasiados vínculos.

Las damas del ex emperador permanecieron en palacio hasta que se hubo celebrado el servicio del cuadragésimo noveno día. Luego se

desperdigaron. Era el día doce del duodécimo mes, y el cielo parecía a Fujitsubo privado de la luz del sol. Conocía perfectamente los sentimientos de Kokiden hacia ella y se imaginaba lo que iba a ser su vida al servicio de esta dama, pero aún la atormentaban más los recuerdos del pasado que los temores del futuro. No podía dejar de pensar en los años transcurridos junto al emperador difunto: ahora su palacio había dejado de ser un hogar para ella y sus damas de honor.

Su hermano, el príncipe Hyobu, vino a buscarla para llevársela al palacio de su familia en Sanjo. Con la llegada del invierno, los patios del palacio del ex emperador se llenaron de remolinos de copos de nieve y el viento cortaba como una navaja. Genji acudió a despedirse y conversaron mientras contemplaban las ramas oscuras de los árboles cargadas de nieve.

El poema de despedida de Hyobu no resultó especialmente bueno, pero hizo llorar a Genji:

—Se ha secado el pino cuyas ramas nos daban cobijo... A fines del año, sus agujas caen...

El estanque estaba helado. También Genji improvisó un poema que no era seguramente el mejor de su vida:

—Estas aguas heladas son claras como un espejo. Pero la figura que solían reflejar ha dejado de existir. ^[120]

Y éste fue el poema de Omyobu:

—Cuando el año se acaba, el hielo sella las fuentes, y los rostros que vimos entre las rocas han desaparecido para siempre.

Hubo otros poemas, pero carece de sentido recogerlos.

La procesión fue tan magnífica como en otros años, aunque a algunos les pareció que un sentimiento generalizado de tristeza flotaba en el

ambiente. El palacio de Fujitsubo en Sanjo hacía a la dama el efecto de una posada, y sólo pensaba en los años en que había vivido fuera de él.

Llegó el año nuevo, pero todo continuaba igual. La vida seguía su curso, triste y apagada. Genji se mantenía apartado y más triste aun que los demás. Durante el reinado de su padre en las fiestas de año nuevo los carruajes formaban largas colas ante su puerta para rendirle homenaje. Ahora, en cambio, no había casi nadie. Solamente sus propios hombres deambulaban sin saber qué hacer por sus estancias, y todo amenazaba con empeorar en los años venideros.

En el segundo mes Oborozukiyo, hermana de Kokiden, fue nombrada intendente de la cámara imperial, cargo que hasta entonces había ocupado otra dama que, muy afectada por la muerte del viejo emperador, se había hecho monja. ^[121] La nueva intendente era amable y culta, y el emperador se aficionó enseguida a ella. Kokiden pasaba la mayor parte del tiempo con su familia y cuando estaba en la corte, ocupaba el pabellón de los ciruelos, pues había cedido sus viejas estancias, mucho más alegres que las que había venido ocupando la muchacha en el ala norte, a Oborozukiyo. Aunque la intendente vivía rodeada de damas, no había olvidado su extraño encuentro con Genji durante la noche del claro de luna brumoso, y ambos seguían carteándose en secreto por iniciativa de la dama. Aquella relación ponía muy nervioso al príncipe, y el hecho de que ella hubiese sido elevada a un cargo tan relevante constituía a la vez un nuevo motivo de temor y un desafío.

Mientras vivió el viejo emperador, Kokiden hubo de disimular mal que bien sus sentimientos, pero era una mujer obstinada y, creyendo que finalmente había llegado la hora de su venganza, hizo cuanto pudo para humillar y postergar a Genji. Aunque el ataque no cogió al príncipe por sorpresa, como estaba acostumbrado a ser el favorito de todos durante años, no dejó de desconcertarlo. Su suegro, el ministro de la izquierda, tampoco simpatizaba con los nuevos gobernantes. Kokiden no había olvidado que aquel hombre se había negado en tiempos a entregar en matrimonio a su hija Aoi a su hijo y heredero aparente, y la había casado con Genji. Era notorio que los dos ministros nunca habían simpatizado, pero mientras vivió

el viejo emperador, el de la izquierda prevalecía sobre el de la derecha. Ahora las cosas cambiaron radicalmente.

Genji seguía visitando la mansión de Sanjo y procuraba mostrarse más amable que nunca con las damas que allí vivían mientras velaba sobre la educación de su hijo para satisfacción del ministro de la izquierda. Se mostraba más sobrio y menos frívolo y parecía, más que nunca, un joven modélico. La corte sabía de la buena fortuna de la dama de Nijo, la joven Murasaki: Shonagon y las demás sirvientas la atribuían a las oraciones de su abuela, la monja. También su padre, el príncipe Hyobu, había aceptado los hechos consumados y se carteaba con su hija asiduamente. Paradójicamente, aunque había puesto muchas esperanzas en las hijas de su esposa principal, no parecían tener mucha suerte para desesperación y envidia de su madre. Observada en conjunto, la situación tenía mucho de novelesco.

Muy afectada por la muerte de su padre, el viejo emperador, la gran vestal de Kamo renunció a su cargo y su puesto fue deferido a la princesa Asagao. Era poco habitual que lo desempeñara una nieta de emperador y no una hija, pero, por la razón que fuera, en aquel momento no hallaron mejor candidata. La princesa no había dejado nunca de despertar el interés de su primo Genji, y el príncipe lamentó profundamente que se viera obligada a abandonar el mundo. A pesar de todo, seguía en contacto con Chujo, su criada de confianza, y continuaba enviándole notas y mensajes para pasar el tiempo.

El emperador hubiese querido obedecer las instrucciones de su padre y buscar el apoyo de Genji, pero era joven y dócil, y su madre y su abuelo se impusieron a sus deseos muy en contra de su voluntad. Por otra parte, la suerte no acompañaba al príncipe resplandeciente. Por suerte Oborozukiyo, que no había dejado nunca de amarlo, le hacía la vida más placentera. A pesar de los peligros que les acechaban, de vez en cuando se veían en secreto.

Se acercaba la festividad del Homenaje a los Cinco Señores, vinculada al inicio de un nuevo reinado, y el emperador debía retirarse. Genji aprovechó el retiro para visitar a la dama, y todo fue como un sueño desde

el instante mismo en que Chunagon le dio acceso a la galería en que se habían encontrado por primera vez. Oborozukiyo le pareció más joven y radiante que nunca: tal vez no era tan tranquila y digna como otras damas, pero sus encantos juveniles fascinaban al joven.

Cuando apuntó el alba, un miembro de la guardia imperial anunció su presencia muy cerca del lugar donde se encontraba el príncipe. Al parecer otro miembro de la guardia se había introducido en la estancia vecina de una dama y el primero había sido enviado a detenerlo. Genji se sentía molesto y divertido a la vez mientras en la galería una voz estentórea anunciaba: «¡La primera hora del Tigre!» ^[122] Cada vez que los guardias daban el alto a un intruso, se oían gritos.

La dama estaba triste (la tristeza la hacía más bella) y recitó este poema:

—Dicen que se acerca el alba, y tú
pareces preocupado. Mientras yo lloro,
condenada a soportar sola mis penas.

Y él le contestó:

—¿Dices que esas penas no tendrán fin?
Tampoco lo tendrán las mías aunque tú no lo
creas.

Como tantas otras veces, se retiró con gran sigilo. La luna brillaba, glacial, y solamente una leve bruma empañaba su silueta. Aunque iba disfrazado, era demasiado hermoso para no llamar la atención. Un oficial de la guardia, hermano de una concubina imperial y muy fiel al ministro de la derecha, acababa de salir de uno de los pabellones y estaba apostado a la sombra de una celosía de cañas. Para su desgracia, Genji no se dio cuenta.

II

A pesar de sus aventuras, el príncipe no podía quitarse del pensamiento a la dama que siempre se mostrara tan poco misericordiosa con él. Aunque la actitud distante de Fujitsubo tuviera mucho de admirable, no hacía sino avivar el resentimiento de Genji. Como no le gustaba visitar la corte, la dama se veía obligada a cuidar desde la distancia de su hijo, el heredero aparente. Para agravar las cosas, Genji, el hombre cuyas atenciones rechazaba, era el único que podía ayudarla, y esta circunstancia la mortificaba profundamente. La certeza de que el ex emperador había fallecido sin sospechar la verdad no cerraba el paso a la posibilidad de que otros la conocieran o la sospecharan, y ello podía redundar en grave perjuicio para su hijo. Encargó servicios religiosos para que las atenciones de Genji cesaran y hacía cuanto podía por evitarlo. Una noche, cuando menos lo esperaba, se presentó ante ella. Fue una auténtica pesadilla.

Las palabras que utilizó el príncipe para confortarla fueron tan astutas y sutiles que me siento incapaz de reproducirlas, pero no sirvieron de nada. Al poco tiempo, Fujitsubo empezó a notar una extraña opresión en el pecho, y Omyobu y Ben acudieron a asistirle. Genji, en un frenesí de despecho, no recordaba ya cómo había ido a parar a aquella antecámara, pero no abandonó el lugar ni siquiera cuando empezó a apuntar el día. Llegaron otras mujeres, alertadas por el ruido, y, para evitar el escándalo, Omyobu y Ben encerraron a un Genji medio enloquecido en un armario junto con sus ropas. Fujitsubo perdió el sentido, y su hermano, que acabó por acudir también, hizo llamar a un sacerdote. El príncipe era testigo de todos estos incidentes desde su escondrijo del armario.

La tarde del día siguiente la dama empezó a encontrarse algo mejor, pero ni siquiera sospechaba que Genji seguía en su casa, pues sus sirvientas se habían guardado mucho de hacérselo saber. Regresó a su estancia, y el príncipe Hyobu, profundamente tranquilizado, se marchó dejándola rodeada de sus mujeres de confianza. Omyobu y Ben se preguntaban cómo

conseguirían sacar a Genji del armario sin que las demás se apercibieran. Temían que, si Fujitsubo se enteraba, tendría un nuevo ataque.

El joven consiguió abrir la puerta y deslizarse sigilosamente entre un biombo y la pared. No pudo evitar ver a la dama —estaba detrás de una cortina—, y sus ojos se llenaron de lágrimas. Todavía muy postrada, Fujitsubo contemplaba el jardín y su perfil parecía más delicado y perfecto que nunca. ¿Iba a ser éste el fin de todo? se preguntaba. Sus mujeres procuraban tentarla con bandejas de dulces, pero ella ni siquiera las miraba, de manera que, conscientes de que su presencia le estorbaba, acabaron por dejarla sola. La cascada de su pelo y el brillo de su piel de marfil seguían siendo irresistibles y se parecía a su sobrina Murasaki más que nunca, hasta el extremo de que Genji llegó a preguntarse si realmente eran *dos personas distintas*. Con todo, no podía negarse que Fujitsubo era más tranquila y, por su mayor edad, parecía más madura y digna.

Una vez más el joven fue incapaz de controlarse, se deslizó detrás de la cortina que le separaba de su amor y le cogió de la manga. Llevaba un perfume tan inimitable que, a pesar de la semipenumbra que la envolvía, ella le reconoció enseguida y cayó al suelo aterrorizada. Genji exigía que le mirase a los ojos y la arrastró hacia sí. La dama procuró huir, pero su cabellera se había enredado con el cinturón del príncipe, y, por más esfuerzos que hacía, no lograba soltarse. Un Genji delirante dio rienda suelta a todo su resentimiento, y le dijo cosas que nunca hubiera pensado que le diría. Fujitsubo se puso furiosa.

—No me encuentro bien —repetía—. Tal vez en otra ocasión podré recibirte.

Pero él era incapaz de interrumpir su discurso y no dejó de aludir a episodios que, de algún modo, parecieron conmover a Fujitsubo. No era, claro está, su primer encuentro, pero la dama decidió que iba a ser el último. Respondiéndole con evasivas, estuvo con él hasta el alba. Genji se contuvo y no intentó nada, y, al final, ella se despidió llena de dignidad, dejándole completamente avergonzado.

—Si me permites que te vea de vez en cuando para aliviar el sombrío dolor que me amarga la vida —imploró el príncipe—, te prometo que no

haré nada que pueda ofenderte.

Las fieles Omyobu y Ben asomaron la cabeza y les recordaron que el tiempo apremiaba.

—Pienso que habré de morir —dijo él al final, en un arrebatado de pasión—. No quiero que tengas que soportar la idea de que sigo existiendo. Pero si muero, mi amor por ti será un obstáculo para mi salvación.

»Si me esperan otros días como éste, me pasaré llorando dos o tres vidas más. Y tu compartirás mi pecado.

Y ella le contestó, suspirando:

—Recuerda que en ti solo está la causa de un pecado que pretendes compartir conmigo en vidas futuras.

Fujitsubo pareció resignarse. Con el corazón destrozado, Genji pensó que carecía de sentido poner más tiempo a prueba la paciencia de la dama. Partió convencido de que volver a verla conllevaría una nueva derrota y se encerró en su casa de Nijo sin visitar al emperador ni al heredero aparente: su actitud sombría parecía dar a entender a los que convivían con él que había perdido las ganas de vivir... Llegó a pensar en el suicidio, pero la niña le necesitaba y no podía abandonarla.

Fujitsubo se sentía enferma: todo la llenaba de temores. ¿Y si Genji se ordenaba sacerdote o se volvía contra su hijo? ¿Quién iba a proteger al joven Reizei en el futuro? Temiendo la implacable hostilidad de Kokiden, decidió renunciar al título de ex emperatriz que todavía llevaba. No quedaba ya ni sombra del pasado, y, aunque no se imaginaba sufriendo el destino de cierta concubina de un emperador chino que fue asesinada por su viuda, sabía que, en el mejor de los casos, sólo le esperaban el desprecio y la burla de la corte. No debe extrañarnos, pues, que al fin decidiera hacerse monja. Pero antes de dar el paso definitivo quiso ver de nuevo al príncipe heredero y fue a visitarlo discretamente. Al tener conocimiento de ello, Genji le hizo saber que se encontraba mal y no podía acompañarla.

—¿Qué pensarás de mí si dejas de verme durante mucho tiempo y luego, cuando nos volvamos a encontrar, te parezco muy fea? —preguntó la madre al niño cuando las mujeres les dejaron solos.

El niño la miró fijamente.

—¿Como Shikibu? —dijo riendo—. ¿Pero por qué te has de parecer a ella?

Fujitsubo tenía ganas de echarse a llorar.

—No, no. Shikibu es vieja y arrugada. No me refiero a eso. Quiero decir si llevo el pelo corto y visto ropas oscuras y me parezco a esos sacerdotes que pasan la noche recitando plegarias... Y te veré mucho menos...

—Te echaré de menos —dijo el niño solemnemente, apartándose de ella para ocultar su llanto.

Los cabellos que caían sobre sus hombros relucían como el azabache y el resplandor que brillaba en el fondo de sus pupilas se había hecho más cálido con la edad: parecía que se había puesto la cara de Genji como si de una máscara se tratase. Todavía no había perdido los dientes de leche y un par de ellos eran oscuros, dando a su sonrisa un extraño encanto. Por un momento Fujitsubo deseó que hubiese nacido niña... El parecido con su padre verdadero resultaba cada día más evidente, y su madre temía que tarde o temprano acabaría siendo la perdición de ambos.

Genji decidió retirarse unos días al templo de Uji, que se encontraba al norte de la ciudad y cuyo abad era un hermano de su madre. El anciano le ofreció su celda, y allí se encerró para ayunar y entregarse a la meditación. Los campos que se extendían a su alrededor, pintados con los colores del otoño, eran de una belleza más que suficiente para hacerle olvidar la ciudad. A ratos se juntaba con monjes eruditos y prestaba mucha atención cuando discutían sobre las escrituras. Aunque procuraba pasar las noches meditando sobre la transitoriedad de lo mundano (todo cuanto le rodeaba contribuía a ello), en cuanto apuntaba la aurora no podía evitar el recuerdo de la dama que tan cruel se había mostrado siempre con él. A veces, cuando los monjes ponían flores frescas ante las imágenes, le llegaba el sonido de las bandejas de plata, y los crisantemos y las hojas caídas que tapizaban de

oro la tierra parecían brindarle paz en esta vida y esperanza para la futura. ¡Qué absurda le parecía la vida presente!

—Todos los que invocan el sagrado nombre del señor Amida serán admitidos a su presencia y ninguno se verá abandonado —proclamaba su tío con voz campanuda, y Genji le envidiaba su fe y su confianza. ¿Por qué no se decidía a entrar en religión? Sabía —porque se conocía muy bien— que la razón última era la niña que le esperaba en su casa de Nijo.

Había estado lejos de ella durante más tiempo de lo habitual, pero pensaba en Murasaki y le escribía asiduamente: «He venido al lugar donde estoy», le decía en una de sus cartas, «para comprobar si soy capaz de abandonar el mundo. Pero la serenidad que andaba buscando me elude y sólo noto que mi soledad aumenta. Me queda mucho que aprender. ¿Me has echado mucho de menos?» Su caligrafía, lejos de parecer afectada, llamaba la atención por lo contundente y distinguida.

«En una morada frágil como el rocío
sobre las cañas te dejé sola, y los cuatro
vientos me despedazan.»

La carta hizo llorar a la niña y le contestó con un poema escrito sobre papel blanco:

«Débil como la tela que la araña teje
entre los juncos, los juncos que el rocío
otoñal humedece, me sacuden los vientos.»

Al leerlo, Genji sonrió: la caligrafía estaba mejorando. Cada vez se parecía más a la suya, aunque con un toque mucho más delicado y femenino. No pudo evitar felicitarle por el éxito de sus tareas pedagógicas.

Los santuarios de Kamo no estaban lejos, y decidió enviar una carta a Asagao, la gran vestal, a través de Chujo. Decía así:

«Los dioses no quieren seguramente que
hable de ellos, pero el recuerdo de pasados

otoños me impulsa a colgar este exvoto en su templo.

»¿No hay manera de recuperar el pasado y convertirlo en presente?»

Le escribió como si la relación existente entre ambos le diera derecho a una cierta intimidad. Había escrito su mensaje en una hoja de papel chino azul y luego lo había sujetado a una rama de *sakaki* mediante un cordón ritual. También la princesa le respondió por medio de una nota atada con un cordón ritual.

«¿Otros otoños, dices? ¿De qué estás hablando? ¿Quizás de un tesoro secreto de pensamientos y cordones sagrados?»

»¿Y qué me dices del tiempo presente?»

Seguramente la caligrafía no era la mejor que Genji había visto en su vida, pero demostraba un dominio perfecto de la cursiva y le interesó. Su corazón dio un brinco —un brinco blasfemo— al recordar un rostro que sobrepasaba en belleza aquella caligrafía. A pesar de todo siguió escribiendo a Asagao, y cuando ella se dignaba contestarle, su tono no resultaba en absoluto seco ni descortés. ¡Cuánto lamentaba ahora no haber hecho más en tiempos para ganarse el afecto de su prima!

Mientras, leyó los sesenta capítulos del Tendai, y, si hallaba pasajes difíciles de entender, preguntaba a los sacerdotes sobre su significado. Las plegarias de aquellos hombres santos habían dado una fama inmensa al monasterio y la presencia y afanes de Genji no parecían desagradar a Buda Amida. Pero el recuerdo de Murasaki, que se interfería constantemente con sus meditaciones, acabó por poner fin a su estancia en aquel lugar. Antes de partir y haciendo honor a su generosidad habitual llenó de regalos no sólo a los monjes sino también a los campesinos de las montañas. Incluso los leñadores bajaron de las colinas para arrodillarse junto al camino y verlo pasar. Todavía llevaba luto, y negras cortinas cerraban el carruaje. Y, sin embargo, los pobres leñadores creyeron entreverlo en el fondo del coche y se dijeron que era tan hermoso como contaba la fama.

A pesar de su corta separación, Murasaki le pareció mucho más bonita y madura que antes. Resultaba evidente que la joven había estado reflexionando sobre el futuro y qué tipo de relación iba a establecerse entre ambos. Quizás porque lo sabía casi todo de sus aventuras había escrito el poema sobre «los juncos de otoño», pero hubo de reconocer que cada día le agradaba más y la saludó con el corazón alborozado.

Genji había traído consigo de la montaña ramas otoñales de colores maravillosos, mucho más bellas que las que adornaban su jardín. Temiendo que la gente pudiera reprocharle su falta de cortesía para con Fujitsubo, le envió unas cuantas junto con un mensaje para Omyobu. Decía así:

«Las nuevas que me llegaron sobre la visita de tu señora al palacio imperial no dejaron de sorprenderme y despertaron en mí el deseo de retirarme del mundo durante unos cuantos días. Me temo que no os he prestado mucha atención últimamente. Lo cierto es que tenía mis propios planes y no me pareció bien cambiarlos. Pero he decidido compartir con vosotras mi cosecha. Admirar una rama otoñal en soledad es como *vestir una ropa de damasco en la oscuridad de la noche*. Muéstraselas a tu señora cuando se presente una ocasión favorable.»

Fujitsubo hizo colocar las ramas en un jarrón junto a la galería. A partir de entonces sólo se comunicó con Genji mediante notas muy escuetas que hacían referencia exclusivamente al heredero del trono.

La primera visita de Genji fue para el emperador. Le encontró desocupado y con muchas ganas de hablar sobre acontecimientos pasados y recientes. Se parecía mucho a su padre, aunque tal vez era más guapo, y su expresión resultaba mucho más franca y afable. Había oído contar (y no le faltaban razones para sospechar que era cierto) que Genji y Oborozukiyo continuaban viéndose en secreto, pero se decía que esta historia resultaría criticable si hubiese acabado de empezar, pero que, teniendo su origen en un momento anterior, no debía considerarse extraño ni impropio que dos amigos siguieran interesados el uno por el otro. No vio motivo, pues, para llamar la atención de Genji. Le preguntó su opinión sobre algunos textos chinos, y, al pasar a referirse a ciertos poemas que se habían intercambiado, aludió a la partida de la gran vestal de Ise. ¡Qué hermosa le pareció

Akikonomu durante la ceremonia! Genji le explicó su encuentro al rayar el alba en el santuario que constituía su residencia temporal. La luna estaba en cuarto menguante y la plácida noche invitaba a la música, según observó el emperador, pero el luto de la corte la prohibía.

—Su majestad la ex emperatriz Fujitsubo abandona el palacio esta noche —dijo Genji—, y estaba pensando en ir a visitarla. Nuestro padre dejó unas instrucciones muy detalladas sobre el particular y no hay nadie que se ocupe de ella. Tampoco debemos olvidar al heredero aparente...

—Sí. Nuestro padre se preocupaba por él, y una de sus últimas peticiones fue que yo lo adoptara como mi propio hijo. Te aseguro que pienso mucho en el muchacho, pero conviene andar con pies de plomo para no parecer parcial y establecer un precedente incómodo. Su caligrafía es ya excelente, sobre todo si se la compara con la mía, que deja mucho que desear.

—Es un chico muy listo para su edad. Pero todavía es muy joven.

Mientras Genji se retiraba, se cruzó con un sobrino de Kokiden que iba a visitar a una hermana. Se paró para ver pasar a Genji con su pobre cortejo.

—Cuando un arco iris blanco atravesó el sol, el heredero aparente se puso a temblar —proclamó, burlón.

Genji se sintió dolido pero no dijo nada. Sabía que la hostilidad de Kokiden había aumentado e infectado a todo su clan. Aunque resultara muy desagradable, la mejor política era ignorarlo. A pesar de todo, la impertinente observación del joven llevó a Genji a meditar sobre lo que la gente pensaba realmente de él. La vida en la corte le resultaba cada vez más incómoda. Pasaban los días y no hallaba manera de hacer llegar una nota a Oborozukiyo. Los cielos de otoño anunciaban que las lluvias de invierno se estaban acercando. Finalmente recibió un mensaje de la muchacha, que parecía tomar la iniciativa:

«Días llenos de ansiedad y de inquietudes. Sopla una ráfaga de viento y luego otra, que tampoco me trae noticias tuyas...»

El hecho de que se hubiera decidido a escribirle en aquellos tiempos de melancolía le llegó al alma, de manera que pidió al mensajero que aguardase, seleccionó una hoja de papel especialmente elegante que guardaba en su escritorio, y tomó pluma y tinta. Las mujeres que le servían se preguntaban de quién podía proceder el mensaje. Escribió:

«Estoy cansado de escribir sin obtener respuesta... ^[123] ¿Puede ser que tú también hayas estado esperando durante largo tiempo?

»No te engañes pensando que son los chubascos de otoño: son las lágrimas que vierto por el deseo que tengo de verte.

»¡Que, pensando el uno en el otro, logremos conjurar las tristes lluvias que atormentan a nuestras almas!»

No era la única dama que le escribía, pero las respuestas de Genji a las demás eran pura formalidad.

III

Fujitsubo se estaba preparando para la lectura solemne del Sutra del Loto que había de seguir a los funerales conmemorativos del primer aniversario de la muerte del viejo emperador. El día del aniversario, que cayó a principios del undécimo mes, nevó abundantemente, y Genji le envió este poema:

«Saludamos una vez más el día del último adiós... ¿Cuántas nevadas habrán de

caer para que llegue el día de nuestro reencuentro?»

Fue un día triste para todos. He aquí la respuesta de la dama:

«Vivir estos meses sin él ha sido un gran dolor... Pero hoy parece retrotraernos a los días del pasado.»

La caligrafía carecía de pretensiones, y, sin embargo, a él le pareció de una gracia y una dignidad únicas. Aunque no podía esperarse de ella la elegancia propia de las que dominaban las últimas tendencias de este arte, [124] el príncipe pensó que Fujitsubo seguía teniendo muy pocas rivales. Pero aquel día la nieve y los recuerdos le impidieron pensar en ella y se lo pasó rezando.

La lectura tuvo lugar a mediados del mes duodécimo. Como era de esperar, todo se desarrolló a la perfección. Admirando los ornamentos de Buda, la disposición de las flores sobre los altares, los instrumentos de jade, los cobertores de seda o los ropajes de brocado, Genji se sintió transportado en sueños al País de la Felicidad Eterna de Amida. Tanta perfección no sorprendió a nadie, pues todos sabían cómo había cuidado siempre los detalles la ex emperatriz. Las lecturas del primer día fueron dedicadas a su padre, un emperador, las del segundo a su madre, una ex emperatriz, y los del tercero a su esposo, el padre de Genji. Fue precisamente en este día que se leyeron los sutras del quinto libro. Para desesperación de Kokiden y sus partidarios, los cortesanos hicieron acto de presencia en gran número. El lector había sido elegido con sumo cuidado, y, aunque los pasajes leídos resultaban muy familiares a la audiencia, parecieron más grandiosos e impresionantes que nunca. Los príncipes hicieron ofrendas, y, una vez más, Genji destacó como el más apuesto de todos.

El último día Fujitsubo ofreció sus plegarias y votos para su propia salvación y en el curso de la ceremonia anunció públicamente su intención de hacerse monja ante la corte incrédula. Su declaración afectó visiblemente a los príncipes Hyobu y Genji, hasta el extremo de que el primero de ellos

fue a la estancia de su hermana antes de que el servicio terminara. Allí ella le dejó bien claro que su decisión era irrevocable. Al final de la lectura, la dama solicitó la presencia del gran abad de Hiei y le rogó que aceptara sus votos.

Mientras su tío, el abad de Yokawa, se acercaba a ella para afeitarle la cabeza, un murmullo de horror recorrió la gran estancia. Muchos lloraban, y era clara señal de mal augurio. Si incluso cuando gente anciana y anónima abandonan el mundo resulta profundamente triste, ¡qué acongojante hubo de parecer la entrada en religión de una mujer tan joven y bella! Su hermano no trataba de disimular su llanto. Entristecidos y asustados por lo que acababan de presenciar, la asamblea de cortesanos se dispersó. Los hijos del emperador fallecido, recordando qué había significado Fujitsubo para su padre, le dedicaron palabras de simpatía antes de partir.

A Genji le pareció que la noche se había instalado definitivamente sobre la tierra. Incapaz de moverse de su sitio, no sabía qué decir. El joven luchaba con todas sus fuerzas por controlar sus sentimientos, pues, si daba rienda suelta a su dolor, por fuerza acabaría llamando la atención. Cuando Hyobu se hubo retirado, se acercó a hablar con Fujitsubo. La luz de la luna en una noche sin nubes reflejándose en la alfombra de nieve que cubría el jardín pintaba de plata las paredes de la estancia.

Luchó como pudo para contener sus lágrimas, recordando el pasado.

—¿En qué estabas pensando? —le hizo decir—. ¡Nos has cogido a todos por sorpresa!

Fujitsubo contestó a través de Omyobu:

—Hacía tiempo que estaba considerando esta decisión. No quise hacerla pública antes para que mi voluntad no se debilitara.

Genji percibió evidentes pruebas de dolor: sus sirvientas se movían con cuidado para no hacer ruido mientras el viento volvía a soplar y un misterioso olor a «incienso oscuro» entraba a través de las persianas para mezclarse con el que quemaba en los altares y el perfume que despedían las ropas de Genji. Era imposible no pensar en el Paraíso de Occidente.

El heredero aparente envió un mensajero. Recordando su última entrevista con el niño, Fujitsubo perdió la compostura y fue incapaz de

redactar nada. Genji contestó en su lugar.

Fue un momento especialmente difícil y temió no haberse expresado bien. Escribió:

«Mi corazón está con ella en el claro de luna y encima de las nubes, pero, con todo, sigue estando a tu lado en este mundo sombrío.»

Cuando Fujitsubo se hubo calmado, envió a su hijo una nota que decía:

«Aunque dejo atrás un mundo que no puedo soportar, mi corazón sigue contigo en este mundo lleno de tristeza.»

Y eso fue todo.

Ya en su mansión de Nijo, Genji se refugió en sus aposentos, y pasó la noche en vela. No se podía quitar al heredero del pensamiento. Sin la madre en el mundo, ¿se iba a ver él también privado del muchacho? He aquí lo que más le preocupaba. Al día siguiente envió a la dama presentes acordes con sus votos y, en cuanto Fujitsubo se hubo recluso, se sintió con mayor libertad para visitarla. A veces ella salía de su encierro y le recibía afablemente. Las viejas pasiones no habían muerto, pero ahora las circunstancias habían cambiado completamente.

Cuando llegó el año nuevo, la corte entró en ebullición con los preparativos de los festivales, el tradicional banquete «poético» del emperador y los conciertos. Mientras, Fujitsubo vivía en su casa, consagrada a sus rezos y a su rosario, y procuraba ignorar los rumores que le llegaban del mundo. Sólo pensaba en la vida futura y trataba de desterrar de su mente todos los pensamientos mundanos. Un día decidió abandonar la vieja capilla de su palacio, se hizo construir otra nueva al sur del ala occidental y pasó a residir en ella.

El príncipe fue a visitarla el día de año nuevo. En el palacio de la dama, medio abandonado, reinaba un silencio absoluto. Sólo sus sirvientas más queridas seguían a su lado e incluso ellas parecieron a Genji mustias y sombrías. A pesar de todo, salieron a presenciar la ceremonia de los caballos blancos, que consiguió animarlas un poco. En otros tiempos los cortesanos habían llenado aquellas estancias a rebosar: ahora habían invadido el palacio del ministro de la derecha al otro lado de la avenida. Genji se mostró tan solícito como siempre con las mujeres de Fujitsubo, como si nada hubiese ocurrido, pero casi no daba crédito a sus ojos.

Lo que había sido hasta no hacía mucho un palacio encantador se había convertido en un monasterio. Persianas y cortinas eran ahora de un color gris verdoso al igual que las mangas de las túnicas que vestían las mujeres que lo habitaban. A pesar de los cambios, el lugar no dejaba de tener una belleza —distinta de la anterior, si se quiere— tan melancólica y misteriosa que llegaba al alma. El príncipe echó una ojeada al jardín antes de irse y comprobó que el hielo que había cubierto el arroyo y el estanque se estaba fundiendo y los sauces empezaban a brotar. Fujitsubo le estaba observando desde detrás de una persiana cuando él se puso a canturrear quedamente para sí: *Felices los pescadores que viven...* ^[125] La dama hubo de reconocer que en todo el mundo no había otro hombre comparable a él.

Una de sus azafatas, casi una anciana, comentó al verlo partir:

—¡Mirad en qué caballero se ha convertido! Cuando todo le iba sobre ruedas y parecía el dueño del mundo, esperábamos que algo le saliera al paso que le hiciera recapacitar sobre sus excesos. Vedle ahora, tan tranquilo, tan contenido, tan serio... ¡Me duele verlo tan triste!

También Fujitsubo recordaba con nostalgia el tiempo pasado.

Con la primavera llegó la época en que se anunciaba la distribución anual de cargos y honores, y los parientes y allegados de Fujitsubo fueron completamente ignorados. También le fueron recortadas sus rentas: no tenía ningún sentido argumentar que, habiéndose hecho monja, ya no tenía derecho a los mismos emolumentos que antes recibía, pero eso es lo que se dijo. Todo cambió para los que dependían de ella: aunque a ratos se sentía humillada y dolorida (no tanto por ella misma como por su gente), se entregó con más fervor que nunca a sus oraciones, repitiéndose sin cesar que lo más importante era la seguridad de su hijo. Para asegurarle el trono, hacía recitar continuamente servicios en la capilla de su casa. Genji, que seguía encerrado en Nijo, le comprendía y le apoyaba en todo lo que podía aunque el reciente reparto de honores no había resultado mejor para él y su gente que para la ex emperatriz.

También el ministro de la izquierda pasaba días amargos. Todo había cambiado, tanto en la vida pública como en la privada. Presentó la dimisión, pero el emperador no se la aceptó, recordando cuánto había apreciado su padre a aquel hombre, hasta el extremo de que, poco antes de morir, le aconsejó que lo mantuviera siempre a su lado, pues de él dependía en gran parte la estabilidad del reino. El anciano insistió una y otra vez pero sin resultado. A la vista de ello, se encerró en su mansión de Sanjo mientras el ministro de la derecha parecía más poderoso cada día. El emperador y todos los cortesanos sensatos y honestos lamentaban profundamente el nuevo estado de cosas.

Los cuñados de Genji, hijos del ministro de la izquierda, habían gozado siempre de gran popularidad y predicamento en la corte, y la vida les había sonreído hasta entonces. Pues bien, también ellos participaron de los sinsabores que el partido de Kokiden repartía entre los que no contaban con sus simpatías. Cada vez que To no Chujo iba a visitar a su esposa, que era hija del ministro de la derecha, se le daba a entender que no era persona grata ni el favorito entre los yernos del ministro. Tampoco se le tuvo en cuenta en la lista de promociones de primavera, pero no le dio importancia. Genji y él seguían siendo compañeros a la hora de estudiar o hacer música,

y de alguna manera continuaba manteniéndose entre ellos la rivalidad que marcara su alocada juventud aunque el príncipe había cumplido ya veinticinco años.

Genji se interesó más de lo habitual en las lecturas de las sagradas escrituras que tenían lugar cada medio año, y encargó algunas por su cuenta. Se rodeó de profesores con poco trabajo y pasaba el día componiendo poesía china o tomando parte en concursos de adivinanzas mientras no pocos le criticaban su vida indolente. Un plácido atardecer de verano —Genji estaba muerto de aburrimiento—, se presentó de visita To no Chujo y le trajo algunas colecciones magníficas de poesía china. Genji fue a su biblioteca y sacó unos cofres que llevaba mucho tiempo sin abrir y que contenían también buenas antologías de poesía china. A continuación envió invitaciones a los mejores especialistas en el tema de la corte y la universidad y, cuando se hubieron presentado, los dividió en dos equipos, los de la derecha y los de la izquierda, y organizó un concurso de rimas ofreciendo suntuosos premios a los ganadores. A medida que las rimas se complicaban e incluso los profesores más sabios no acertaban, Genji les deslumbró a todos con soluciones brillantes que se les habían escapado.

Dos días después To no Chujo ofreció un banquete a los vencedores. Aunque no quiso mostrarse excesivamente ostentoso, la comida fue magníficamente servida en cajas de ciprés. Se intercambiaron regalos y hubo los entretenimientos de rigor, sin que faltara un poco de poesía china. Algunos invitados tomaron sus instrumentos e improvisaron un concierto. Uno de los hijos de To no Chujo, que acababa de cumplir nueve años y había sido presentado hacía poco al emperador, cantó para ellos con una bonita voz y tocó el *sho*. Genji le tenía en gran estima: el muchacho, segundo hijo varón de To no Chujo y nieto del ministro de la derecha, era listo, inteligente y hermoso, y había recibido una educación esmerada. A medida que la fiesta se fue animando cantó «Takasago», demostrando su facilidad en el registro agudo. Genji, entusiasmado, le regaló un *uchiki* bordado. El príncipe, al que el vino había pintado de rosa las mejillas, parecía más bello que nunca y su piel de marfil relucía bajo las ligeras ropas

de verano. Los eruditos invitados le contemplaban desde las mesas bajas con ojos velados.

To no Chujo le ofreció una copa de vino con un poema:

—Dice que quizás ha encontrado el primer lirio de primavera, pero yo estoy contemplando una flor no menos agradable a la vista. ^[126]

Genji le respondió:

—La flor de la que estás hablando tuvo una corta vida: se abrió al alba sólo para mustiarse bajo las lluvias del estío.

»Y lo cierto es que ya no es lo que era... Y, como puestos de acuerdo, todos los huéspedes se pusieron a improvisar poemas en chino y en japonés en loor de Genji.

Oborozukiyo estaba pasando unas semanas con su familia. Había tenido un ataque de malaria y pensaba que unos días de descanso y unos cuantos servicios religiosos le ayudarían a restablecerse. No le faltó razón, pues, en muy poco tiempo, mejoró notablemente. Además, a pesar de lo complicado de su situación, se puso de acuerdo con Genji y pudieron verse casi todas las noches. Era una muchacha lista, alegre y en la flor de la edad, y, habiendo perdido algo de peso como consecuencia de la malaria, resultaba más deseable que nunca. A pesar de que Kokiden vivía en la misma mansión, el peligro que ello suponía no hacía sino estimular al príncipe, que recurría a todas las argucias imaginables para introducirse secretamente en la estancia de su amada. Como es natural, cada vez eran más las mujeres de la casa que sospechaban lo que estaba ocurriendo, pero se resistían a delatar los hechos a su augusta señora y el ministro no sabía nada del asunto.

Pero he aquí que una noche se desencadenó una tormenta espantosa. Los hijos del ministro y las damas de Kokiden corrían, confusos, de un lado a otro. Algunas mujeres fueron a refugiarse junto al lecho de Oborozukiyo, y Genji, asustado detrás de las cortinas, no veía manera de escapar. Cuando

llegó el día, el príncipe tenía fiebre, pero no podía salir de su escondrijo porque el lecho estaba materialmente asediado por un tropel de mujeres, y las dos únicas sirvientas que estaban en el ajo no atinaban con una solución para sacarlo de allí.

Cuando cesaron los truenos y la lluvia amainó, el ministro se dirigió primero al ala que ocupaba Kokiden y luego a la de Oborozukiyo. El repicar de la lluvia sobre el tejado apagaba el ruido de sus pasos, de modo que se presentó por sorpresa en la estancia de la muchacha.

—¿Cómo habéis sobrevivido a la tormenta? —preguntó—. Me tenías francamente preocupado y quería venir a verte. ¿Has visto a tu hermano el teniente o al chambelán de su majestad por aquí?

Y siguió hablando sin ton ni son, como era costumbre en él. A pesar de la situación en que se hallaba, Genji no pudo evitar compararlo con el ministro de la izquierda y constató la enorme diferencia que había entre ambos dignatarios. Oborozukiyo, sonrojada y temblorosa, se deslizó entre las cortinas de su lecho. Al verla aparecer, su padre temió que había recaído.

—¡Te veo muy rara! —le dijo—. Y eso no es sólo malaria. Te ha poseído algún mal espíritu, y de los más tozudos. No hubiésemos debido despedir a los sacerdotes... De pronto descubrió un cinturón carmesí que se había enredado con la abotonadura de la túnica de la muchacha y, detrás de la cortina, un trozo de papel en el que se apreciaban trazos de escritura.

—¿Qué es todo eso? —preguntó, sorprendido—. ¡Desde luego, nada que yo esperara encontrar aquí! Dámelo inmediatamente. Quiero verlo ahora mismo.

La muchacha miró hacia atrás y vio los objetos que la incriminaban. ¿Qué podía hacer? La falta de tacto de su padre —al fin y al cabo, un ministro— la desconcertó. Pero era un hombre muy obstinado y carecía del sentido de la proporción. Al inclinarse para hacerse con el papel apartó de un manotazo las cortinas del lecho, sólo para descubrir a un hombre medio desnudo echado en la cama que trataba de ocultar la cara y ponerse las ropas al mismo tiempo. Aunque estaba furioso, el ministro quiso evitar una

confrontación física, cogió el papel, se lo metió en el bolsillo y salió al vestíbulo en estampida.

Oborozukiyo pensó que iba a morir en el acto y también Genji se sintió hundido. Durante años se había entregado a este tipo de aventuras sin darles importancia y finalmente había estallado el escándalo tantas veces anunciado. A pesar de todo, consideró que su primera obligación era tranquilizar a su dama.

El ministro había sido siempre incapaz de callarse nada y, con la edad, este defecto no había hecho sino aumentar. Lo primero que hizo, pues, fue acudir a su hija Kokiden y manifestarle sus agravios:

—¡Era la caligrafía de Genji! —le dijo, tras contarle lo que acababa de suceder—. Este lamentable asunto empezó hace algunos años y yo no tomé las medidas adecuadas. Pero Genji era Genji y se lo perdonaba todo, confiando en que un día u otro acabaría convirtiéndose en mi yerno. No me agradaba el hecho de que no pareciera tomarse a mi hija demasiado en serio y a veces hacía cosas absolutamente reprobables, pero los jóvenes son como son y hay que aceptarlos o matarlos. Viendo que, a pesar de haber enviudado, no se decidía la suerte de tu hermana, retomé mi plan primitivo y la envié a la corte. Estaba convencido de que el emperador pasaría por alto las habladurías y acabaría tomándola como concubina aunque nunca iba a ser ya su favorita, pero su majestad se mantuvo al margen y

la nombró intendente de la cámara imperial ¡No se lo puedo reprochar! A nadie le apetecen las sobras... ¡Y todo el mundo excusa a Genji como si todavía fuese un adolescente, pero eso tiene que acabarse! Se dice que también se relaciona con la gran vestal de Kamo y que se cartean secretamente. Algo de verdad debe de haber en ello. Lo cierto es que Genji es una calamidad para su hermano, el emperador, para la corte y para todos nosotros. ¡Y pensar que se le tenía por uno de los hombres con más talento del reino! Jamás hubiera podido imaginar este final!

Kokiden tenía un temperamento aún más colérico que su padre y se expresó en términos muchísimo más duros:

—Mi hijo es el emperador y nadie se lo toma en serio. Hace doce años el ministro de la izquierda se negó a entregarle la mano de su única hija y se

la cedió a su hermanastro, un crío a la sazón, sin ni siquiera el título de príncipe. En cuanto a mi hermana, ¿cómo iba a casarse con el emperador si toda la corte se hubiese burlado del «augusto esposo»? De todos modos, todavía no habíamos perdido las esperanzas de encontrarle un mando decente con pocas exigencias. ¿Y qué ha hecho ella? Ponerse en evidencia ante el mundo entero... ¿Quién va a aceptarla cuando este escándalo se haga público? ¡También doy por seguro el asunto con la gran vestal! Genji es insaciable... ¡Y tiene puesto el ojo en el trono (no te quepa la menor duda), de modo que debemos vigilarlo con sumo cuidado!

Kokiden siguió discurseando contra Genji con tanto rencor que el ministro, que se enfadaba con enorme facilidad pero olvidaba con rapidez, empezó a sentir lástima del «culpable» y a lamentar haber revelado la historia a su hija mayor.

—Sea como fuere —dijo antes de marcharse—, no pienso hablar con nadie más del asunto. Y harías bien no explicárselo a su majestad. ¡Tal vez ella cuente con la bondad de tu hijo y espere que le perdone incluso este último desliz! Dile a tu hermana que ande con más cuidado y que, si no se encuentra bien, nos lo haga saber.

Pero no logró calmar la furia de Kokiden: aquel «hombre terrible» se había introducido en la casa en que ella estaba viviendo con su hermana y lo había hecho deliberadamente para insultarlas. Hora era ya de tomar medidas.

Capítulo 11 Hanachirusato

Las perspectivas resultaban francamente sombrías. No sólo los asuntos privados de Genji se complicaban por momentos, sino que su posición en la corte se hacía cada vez más difícil. Tan deprimido se sentía que llegó a pensar en abandonarlo todo y marcharse de la capital, pero no resultaba fácil, pues de él dependía el bienestar de mucha gente.

Entre las concubinas del viejo emperador había una llamada Reikeiden. No tenía descendencia, y, al morir el padre de Genji, nadie se quiso ocupar de ella. Tan sólo Genji parecía recordarla. Un encuentro casual en la corte le hizo pensar en una hermana más joven que vivía con ella y por la que el príncipe se había interesado brevemente. Ahora, hundido en los pesares, volvió a recordarla y le entraron ganas de volver a verla. Aprovechando que las lluvias del quinto mes habían dejado paso a un tiempo muy agradable, fue a visitarla a la casa que ocupaba con su hermana mayor.

Partió solo y eligió un coche que no llamase la atención. Al cruzar el río de en medio descubrió una casita rodeada de árboles. De su interior le llegaron los sonos de un koto chino acompañado por un koto japonés que alguien estaba tañendo con destreza. También los instrumentos parecían de primera calidad. La puerta de la casa estaba junto al camino, de manera que se asomó por la ventana del carruaje para contemplar la escena. La fragancia que, procedente de un alto laurel, embargaba el aire, le hizo evocar el festival de Kamo. Era una visión muy agradable que —estaba seguro— había contemplado ya en otras ocasiones. ¿Le recordarían

todavía? Entonces cantó un cuco en un árbol vecino, como animándole, y descendió del coche. Una vez más Koremitsu actuó de mensajero y éste fue su mensaje:

«Otra vez junto a la cerca sobre la que cantó tan poco tiempo, el cuco tiene ganas de volver a cantar.»

Las mujeres parecían estar junto a la cerca del edificio principal. Habiendo oído aquellas voces en otra ocasión, Koremitsu tosió para atraer su atención y les hizo llegar su mensaje. Tuvo la impresión de que eran varias las mujeres que se interesaban por la nota y, sobre todo, por la persona que la enviaba. Esta fue la respuesta:

«Parece que se trata de un cuco que conocimos hace largo tiempo. Pero, bajo un cielo lluvioso, no tenemos certeza de ello.»
[129]

Koremitsu se dio cuenta de que la perplejidad era fingida, pero dijo:

—Seguramente me he equivocado. Esos no son los árboles ni la cerca en que pensaba...

Y se fue. Carecía de sentido seguir adelante y aquí se acabó todo. Mientras se alejaba de la casa, la mente de Genji se iluminó con la imagen de una dama que bailaba con otras cuatro en el palacio imperial unas danzas Gosechi ^[130] durante el invierno del año anterior. Sí, era ella... ¡Cuánto la había admirado! Nunca la había olvidado del todo: he aquí lo que le pasaba con todas las damas que le habían llamado la atención por más que pasara meses o años sin verlas, y por eso, a pesar de su fama de infiel impenitente, tenía tantísimas admiradoras.

Al fin llegó a la mansión de Reikeiden, que resultó ser un lugar tan solitario y triste como se había temido. Entró en la estancia de la hermana mayor, que se alegró mucho al verlo, y permanecieron juntos mucho tiempo hablando del pasado hasta bien entrada la noche. Era el vigésimo día del mes y la luna estaba en cuarto menguante aunque los altos árboles del jardín

la ocultaban. Reikeiden había dejado de ser joven pero era muy culta y sensible. Aunque el emperador no la tuvo nunca entre sus favoritas, siempre le dispensó una gran simpatía. Recordando un montón de situaciones y anécdotas de otros tiempos, Genji acabó deshecho en lágrimas. Súbitamente cantó otro cuco, ¿o era el mismo que había oído no hacía mucho, en cuyo caso le había seguido? Genji improvisó un poema:

—Es el perfume de los naranjos que atrae
el cuco a la aldea de las flores que se
deshacen.

»Sabía que me harías recordar muchas cosas que no quisiera olvidar jamás —le dijo—. Por eso me he dirigido a tu casa. Tu compañía me resulta un gran consuelo, aunque también despierta en mí nuevas tristezas. Las personas cambian con el tiempo y no hay muchas con quienes yo pueda intercambiar recuerdos, pero me temo que tú aún estás más sola. La dama improvisó a su vez:

—El perfume de los naranjos ha atraído
al cuco a un triste lugar que el mundo ha
olvidado.

Seguramente aquella mujer no fue nunca uno de los grandes amores de su padre, pero no le cabía ninguna duda de que había sido «diferente».

Luego se fue al ala oeste en busca de la hermana menor a la que llamaban Hanachirusato. No le ocultó que el objetivo principal de su visita había sido reencontrarse con Reikeiden, pero su llegada encantó a la joven. No se reciben todos los días visitantes tan apuestos y, si tenía algún reproche que hacerle por historias pasadas, lo olvidó enseguida. Encontró comprensible que hubiese visitado primero a su hermana mayor, y juntos pasaron un rato muy agradable. La dama tuvo la impresión de que, de algún modo, también importaba al príncipe. Cuanto había salido de sus labios, se dijo, reflejaba sus auténticos sentimientos.

No se trataba en absoluto de mujeres vulgares como las que habían protagonizado algunas aventurillas pasajeras del príncipe, ni de personas

totalmente desprovistas de méritos. Por ello había resultado posible mantener a lo largo del tiempo un delicado vínculo de afecto a pesar del escaso trato. Otras damas habían preferido darle la espalda como la que vivía en la casa de la cerca. ¡Peor para ellas!

Capítulo 12 Exilio en Suma

I

La vida de Genji se había convertido en una cadena de reveses y sinsabores. Si continuaba fingiendo que nada pasaba, podía acabar ocurriendo lo peor, de manera que pensó en la costa de Suma: ^[132] se decía que gente principal había estado viviendo allí, pero que ahora la había abandonado y sólo quedaban unas cuantas cabañas de unos pocos pescadores. Pero, si se decidía a partir, ¿sería capaz de quitarse los asuntos de la corte de la cabeza? Y, sin embargo, la alternativa —quedarse en la capital— parecía todavía peor. El príncipe, con veintiséis años cumplidos, se debatía en un mar de dudas.

Bastaba con que pasara dos días sin ver a Murasaki para que se sintiera el más desgraciado de los hombres y otro tanto le ocurría a ella. Llegó a pensar en llevársela consigo, pero los rigores que cabía esperar de la vida en la costa brava de Suma, donde las únicas visitas imaginables serían las del viento y las olas, no le parecían el premio que la devoción de aquella frágil damita hacia él se merecía. Tenerla a su lado aumentaría sus cuidados, aunque ella, adivinando sus pensamientos, le hizo saber que no quería que la dejara atrás, por muy dura que resultase la vida que les esperaba. Por otro lado, no sabía cuánto tiempo iba a durar su ausencia. ¿Y si no regresaba nunca más?

Y luego estaba Hanachirusato: no la visitaba con demasiada frecuencia. Sin embargo, le constaba que ahora él era su único protector, y, si partía, se sentiría muy sola e insegura. En cuanto a Fujitsubo, aunque vivía pendiente de los rumores que le llegaban, le seguía escribiendo mucho. Genji no dejaba de hallarlo amargamente irónico, porque nunca antes le había pagado su amor arrebatado como él creía merecer. De todos modos reconocía que ambos habían compartido muchas penas y que esta circunstancia había creado un vínculo indestructible entre ellos.

Abandonó la capital a finales del tercer mes, llevando consigo solamente siete u ocho servidores. No lo anunció, procurando que su partida pasara lo más desapercibida posible. No obstante, escribió cartas a varias personas respecto de las cuales se consideraba con el deber de informarles de un acto de tanta trascendencia. Estoy segura de que estas cartas contenían pasajes que apenaron el corazón de muchas damas, pero, apenas también yo por otros motivos, no he tenido acceso a ellas ni puedo reproducirlas.

Dos días antes de su partida visitó a su suegro: su coche, de aspecto muy humilde y construido con madera de ciprés, parecía el de una mujer. Los aposentos que ocupara su difunta esposa ofrecían un aspecto tristísimo. Al presentarse inesperadamente el augusto huésped, el ama del niño y las demás mujeres que le atendían salieron a contemplarlo por última vez. Incluso las de menos luces se sintieron profundamente afectadas al comprobar la impermanencia de todo lo humano. Yugiri, el hijo de Genji y de Aoi, era muy hermoso y no paraba de hacer ruido.

—Ha sido una separación muy larga... —dijo el joven padre—. Me sorprende que no me haya olvidado.

Y se puso el niño encima de las rodillas. Parecía a punto de echarse a llorar cuando llegó su suegro, el ministro:

—Me consta que has pasado mucho tiempo en tu casa con poco que hacer y más de una vez he pensado en irte a visitar para conversar contigo. Ya sabes que, cuando empiezo a hablar, me cuesta mucho detenerme. Pero continuamente se me recuerda que estoy enfermo, de modo que me he mantenido al margen de la corte y he renunciado a todos mis puestos. Me

criticarían si forzara mis pobres piernas para mi placer. Por otra parte, me indignan las acusaciones falsas. Hubiese preferido que el mundo acabara antes que contemplar todo esto, porque no atisbo ni un rayo de luz en las tinieblas que nos envuelven.

—Señor, tenemos que soportar los sinsabores que nos hemos ganado en vidas pasadas —repuso Genji—. Todo lo que ha sucedido es el resultado de mis propias faltas en esta vida o en otras. Es obvio que he perdido el favor de la corte, pero hasta ahora no he sido privado de ninguno de mis cargos, de modo que el odio que sienten contra mí tampoco debe de ser tan grande. Pero cuando el gobierno ha demostrado claramente que alguien ha perdido su confianza, no parece correcto que este «alguien» siga mostrándose públicamente como si nada ocurriera. El castigo del exilio sólo está reservado a aquellos que han cometido faltas muy graves. En cuanto a mí, tengo la conciencia tranquila, pero me parece muy peligroso quedarme aquí y esperar acontecimientos. De modo que he preferido abandonar la capital voluntariamente para evitar posibles humillaciones.

A continuación reveló al ministro una serie de detalles sobre su huida. El anciano le respondió evocando un sinfín de recuerdos, en particular relacionados con el emperador difunto, hasta que ambos acabaron con los ojos húmedos. Mientras tanto el niño correteaba y jugaba por la estancia. El ministro prosiguió:

—Aunque la muerte de mi hija fue un golpe del que no me recobraré jamás, ahora me alegro de que no haya vivido lo suficiente para ver estos días terribles. ¡Cuánto hubiese sufrido con esta pesadilla! Pero lo que más lamento es que vuestro hijo se quede aquí, rodeado de viejos, y que durante meses o incluso años no puedas abrazarlo ni besarlo... Tal como has dicho, hasta hoy el exilio ha sido siempre un castigo reservado a crímenes muy graves, aunque tanto en China como en Japón no han faltado casos de personas inocentes condenados a exiliarse por culpa de calumnias de enemigos sin escrúpulos. Si te han amenazado con el exilio, no entiendo por qué...

Entonces se presentó To no Chujo y bebieron hasta muy tarde. Genji fue invitado a pasar la noche en la casa. Una vez en su estancia, hizo llamar a

las mujeres que habían servido a Aoi entre las cuales su favorita secreta había sido siempre Chunagon, y una vez más aprovecharon la quietud de la noche para hablar largo y tendido. Al apuntar la aurora él se levantó: era hora de partir. La luna, medio borrada del cielo, lucía más bella que nunca y, aunque los cerezos en flor ya no se encontraban en su apogeo, la luz que se filtraba entre sus ramas había inundado el jardín de plata. Una bruma matinal —más triste que la del otoño— lo envolvía todo, y mientras Genji contemplaba el jardín apoyado en un poste de la galería, Chunagon le esperaba en la puerta para verlo partir.

—Me pregunto cuándo nos será permitido volvernos a ver —dijo Genji, y se le hizo un nudo en la garganta—. Nunca soñé que esto ocurriría, y confieso que me he olvidado de ti en unos días en que me hubiese resultado muy fácil venir a verte.

Saisho, el ama de Yugiri, se presentó con un mensaje de despedida de la princesa Omiya, en el que se excusaba por su mala salud. A la vista de la carta, Genji improvisó un poema que se recitó para sí:

«Allí en la costa me esperan los hornos
en que se obtiene la sal. ¿Me recordará su
humo el que se elevó sobre el marjal de
Toribe?»

—Siempre he odiado la palabra «adiós» —dijo Saisho, y su dolor parecía sincero—. Y nuestro «adiós» de hoy no se parece al de otros días.

Al abandonar la mansión de Sanjo, Genji regresó a la de Nijo. La luna brillaba todavía, ominosa, en un rincón del cielo, y a su luz rojiza la hermosura de Genji resplandecía una vez más de tal manera que hubiese derretido los corazones de tigres, lobos y demonios del infierno. Todas las mujeres que vivían en la casa estaban en pie para verlo marchar. En cuanto a los hombres, sólo los que iban a acompañarlo estaban allí, despidiéndose de los suyos. Los funcionarios de la corte habían sido amenazados con sanciones si acudían a despedirlo, y los patios, tan llenos de aduladores en otros tiempos, estaban casi vacíos. Las mesas que se utilizaban para

obsequiar a los huéspedes estaban arrinconadas contra la pared y llenas de polvo y telarañas.

El príncipe se dirigió al ala que ocupaba Murasaki. La muchacha había estado toda la noche en vela sin ni siquiera cerrar las persianas. Los niños que la atendían estaban durmiendo en la galería y, al oírle llegar, se pusieron en pie deprisa, bostezando y restregándose los ojos. Genji le contó su visita al ministro de la izquierda.

—Siento haberte dejado sola la noche pasada —añadió—. Todo se alargó, y, cuando hubiese podido regresar, ya no valía la pena. Seguro que pensaste lo peor. Sé que nos queda muy poco tiempo y detesto alejarme de ti, pero mi partida de la corte me impone una serie de obligaciones y no puedo hacer lo que realmente deseo. Hay personas a las que presumiblemente ya no veré nunca más y de las que me he de despedir para no parecer un maleducado...

—Es tu partida lo que me destroza —dijo Murasaki—. Lo demás no tiene ninguna importancia.

Genji sabía que nadie lloraba y temía tanto la separación como ella. Desde su más tierna infancia Genji había sido la persona que más cerca había tenido, mucho más que a su padre, que ahora seguía los dictados del poder y no manifestaba simpatía alguna hacia su esposo. Desde que Genji había caído en desgracia, el príncipe Hyobu había dejado de escribirle y de interesarse por ella. Murasaki estaba avergonzada y se había jurado dejarse morir antes que acudir a él a pedirle nada. Alguien le contó que su madrastra solía decir de ella cosas así:

—¡He aquí las consecuencias de querer triunfar deprisa y a toda costa! Tuvo un golpe de suerte, pero ahora todo se le ha ido al garete. Es como para echarse a temblar. Poco a poco, todos los que medraban a su alrededor la acabarán abandonando...

Genji le dijo para consolarla:

—Si pasan los años y sigo exiliado, vendré a buscarte y te llevaré a mi «cueva entre las rocas», pero no nos precipitemos. Aquéllos a quienes el gobierno persigue deben arrastrarse tristemente en la oscuridad, y si procuran buscarse una vida agradable, están muy mal vistos. Yo no he

hecho nada malo, pero mi infortunio se debe seguramente a alguna falta cometida en una vida anterior. Si hiciera algo tan cruel y desconsiderado como llevarte conmigo, el destino no me lo perdonaría.

Finalmente se acostó y durmió hasta el mediodía. Por la tarde fueron a verlo To no Chujo y su hermanastro Hotaru. Les recibió vestido con sencillez: llevaba una túnica de seda sin estampados ni divisas, pero la indumentaria informal le sentaba muy bien.

Mientras se peinaba los cabellos, su esposa no dejó de notar que la pérdida de peso había incrementado su belleza.

—Estoy en la piel y los huesos —dijo a Murasaki, que estaba sentada junto a él, con los ojos llenos de lágrimas—. ¿Realmente estoy tan delgado como el espejo me muestra? Siento pena de mí mismo.

»Ahora debo partir al exilio, pero en este espejo una imagen de mí mismo permanecerá a tu lado.

Y ella le respondió:

—Si al separarnos, queda aquí tu imagen, algo tendré de ti que me consolará en mi pena.

Genji hubo de reconocer que era única, y esta revelación le partió el alma. Hotaru le hizo compañía y se fue por la noche. Al día siguiente Genji hizo una última visita a Reikeiden y Hanachirusato, y, al contemplar una vez más su desolada mansión, se preguntó si la «cueva entre rocas» que le estaba esperando en Suma no sería algo parecido. Al despedirse de ellas, Genji trató de consolar a la hermana menor con un poema:

—La luna volverá a brillar sobre esta casa. Procura no mirar las nubes que ahora te la ocultan.

Una vez más partió al amanecer con el primer canto del gallo.

Todo estaba en orden. Confió la dirección de los asuntos de la mansión de Nijo a servidores que habían permanecido leales a él a pesar de su caída en desgracia, y eligió a siete para que le acompañaran a Suma. Se llevó lo estrictamente necesario para una vida campestre sin olvidar un cofre con una selección de las obras de Po Chu-I y otros poetas y un koto de siete cuerdas. Evitó introducir en su equipaje nada que pudiera parecer demasiado ostentoso. Ordenó que todas las mujeres de la casa fuesen a vivir en el ala de Murasaki y le confió cuantos documentos proclamaban sus derechos sobre granjas y pastos distribuidos por todo el país. Sabedor de los méritos de Shonagon, puso en sus manos la administración de sus almacenes y graneros, y le asignó un par de asistentes para que le facilitasen la tarea. Como en los últimos tiempos se había mostrado un tanto seco con sus propias criadas, las reunió y les dijo:

—Me temo que os aburriréis un poco mientras esté fuera, pero volveremos a vernos si todos vivimos lo suficiente. Poneos a disposición de la dama del ala oeste y todo os irá bien...

Y así empezaron todos una nueva vida.

Antes de partir envió regalos elegantes y provisiones al ama de Yugiri y a las mujeres que le servían, y también a Hanachirusato, la dama de los naranjos en flor. No dejó de escribir a Oborozukiyo y lo hizo en estos términos:

«Sé que no tengo derecho a esperar una carta tuya, pero no me siento capaz de describir el dolor que supone para mí abandonar este mundo sin saber cuándo podré regresar.

»El torrente lleno de reproches de tus
lágrimas me ha arrastrado al océano del
exilio y la desgracia.

»El único crimen que no puedo negar es el de seguir recordando.»

No escribió más por temor a que su carta fuese interceptada. Ella le respondió (y el dolor no había estropeado su espléndida caligrafía):

«Antes de que me alcance la marea del gozo de tu regreso, me habré fundido para siempre como la espuma en un río de llanto.»

La noche anterior a su partida fue a visitar la tumba de su padre, pero antes pasó a despedirse de Fujitsubo. La monja le recibió en persona y le confió sus preocupaciones en relación con el heredero aparente. Seguía tan digna y hermosa como siempre, y él estuvo a punto de referirse a viejos resentimientos, pero no lo hizo. En las presentes circunstancias, ¿qué sentido hubiese tenido agravar la inquietud de la dama? Se limitó a decir (y era una observación razonable):

—Sólo puedo pensar en una ofensa susceptible de hacerme acreedor de este triste castigo, y por culpa de ella hace años que tiemblo ante los cielos. [134] Lo cierto es que no me importaría nada morir mañana mismo, pero deseo fervientemente que el heredero tenga un reinado largo y feliz.

Fujitsubo le escuchaba en silencio, procurando controlarse, y cuando le dijo que se dirigía a la tumba real, le recitó este poema:

—Serví a uno que ya se fue; ahora debe partir el otro. Cuando dejé el mundo atrás, no dije adiós a mis penas.

La luna había aparecido y se había borrado del cielo, y el príncipe se puso en marcha en compañía de seis o siete hombres de poca categoría pero incondicionalmente leales a su persona. Genji cabalgaba como los demás. ¡Qué distinto a los cortejos a los que estaba acostumbrado! Entre sus acompañantes el más abatido era Ukon, que había formado parte de su cortejo durante el espléndido desfile del festival de Kamo unos años atrás. Desde aquel día había confiado en que se vería elevado de rango, pero los años fueron pasando y no se le tuvo en cuenta hasta que se le borró definitivamente de las listas. Recordando aquel día inolvidable, en cuanto avistaron el santuario inferior de Kamo, desmontó, tomó la brida del caballo de Genji y recitó:

—Nuestras cabezas estaban coronadas de
acebo y yo guiaba tu caballo. Y ahora, en
este mismo lugar, maldigo a los dioses.

Sí, el recuerdo debió de ser muy doloroso, pues aquel joven había sido el de más mérito y apostura entre todos los que formaban el cortejo del príncipe resplandeciente. Genji también desmontó, se inclinó en dirección al santuario y recitó:

—Abandono este mundo de sombras,
pero dejo mi nombre en manos del dios que
imparte justicia.

El oficial de la guardia que le acompañaba le miró lleno de admiración. En cuanto estuvo delante de la tumba de su padre, le pareció que el difunto le estaba contemplando sentado en su trono en los días de su máximo esplendor. ¿Qué quedaba del poder y de la posición cuando el hombre había abandonado el mundo? Llorando, le contó mentalmente su historia, pero no recibió respuesta alguna ni juicio condenatorio o aprobatorio. ¿De qué habían servido cuantos consejos y advertencias repartiera entre sus allegados antes de morir? Una hierba muy crecida se había apoderado del sendero que conducía al sepulcro, y, al pisarla, su calzado quedó empapado de rocío. Las nubes ocultaban la luna y el bosque, a ambos lados del camino, que parecía amenazarlo con su oscuridad. Cuando se inclinó de nuevo para despedirse, un escalofrío le recorrió la espalda. Una vez más, le pareció entrever la imagen de su padre. Recitó:

—¿Me estará mirando? Levanto los ojos
al cielo y la luna se desvanece detrás de las
nubes.

Regresó a Nijo al amanecer y envió un último mensaje al heredero aparente. Ató a la carta una rama de cerezo que había perdido las flores, y la dirigió a Omyobu, que se encargaba de su hijo por orden de Fujitsubo. Decía así:

«Hoy debo partir. Siento profundamente que no pueda volveros a ver. Imagina mis sentimientos y comunícelos al príncipe:

»¿Cuándo podré, pobre de mí, rústico proscrito harapiento, volver a ver florecer los árboles de la capital?»

Para su sorpresa, Genji recibió una respuesta, aunque no supo decidir quién era su autor: ¿Omyobu? ¿El niño? ¿Fujitsubo quizás?

«Las flores se mustian deprisa. Aunque esta primavera se acabe, tú regresarás, lo sé, a una ciudad llena de flores.»

La partida de Genji afectó hondamente a cuantos se movían a su alrededor. En Nijo todos —sí, hasta la última fregona, que nunca se atrevió a soñar que el príncipe le dirigía la palabra y se hubiese sentido muy feliz con una sonrisa casual— lamentaban profundamente la marcha del señor de la casa, sin el cual la vida les parecía incierta y triste como la bruma invernal. También el país sentía su caída en desgracia. Desde que tenía siete años había gozado del privilegio de entrar y salir a su gusto de los aposentos imperiales. Cuanto pedía le era concedido de inmediato, y eran muy pocos los que no le debían algún favor cuando no el cargo mismo que ostentaban. Y, sin embargo, tanto temían al gobierno y a sus métodos implacables de persecución y represión, que muy pocos se atrevieron a dejarse ver en las puertas de la mansión de Nijo.

Por todas partes se escuchaban tímidas expresiones de condolencia, más musitadas que proclamadas, pero la mayor parte de los cortesanos reservaban para su fuero interno el dolor que la partida de Genji les causaba, y evitaban cuidadosamente criticar a nadie. ¿Qué ganas de indisponerse con el poder o arriesgar el cargo cuando el único que podía defenderlos estaba a punto de desaparecer tal vez para siempre? El príncipe llegó a la conclusión de que la naturaleza humana dista mucho de ser perfecta y que muchos de sus representantes son más despreciables que los insectos y los reptiles.

II

Pasó el último día tranquilamente junto a Murasaki en su palacio. Había decidido partir después de medianoche. La dama apenas le reconoció al verlo levantado ante ella y vestido con sencillas ropas de viaje.

—La luna está saliendo —le dijo él—. Sal a despedirme por favor. Sé que luego me vendrán a la cabeza un montón de cosas que hubiese querido decirte y no dije, pero ya te escribiré.

Levantó las persianas y le invitó a salir a la galería. Tratando por todos los medios de no llorar, Murasaki le obedeció. Resultaba preciosa a la luz de la luna y Genji se preguntaba qué clase de hogar sería en el futuro para ella aquella ciudad, la más inhóspita de todas, en cuanto él se hubiese ido. Pero no le dijo lo que pensaba para no entristecerla más aún. Le recitó, fingiendo bromear:

—Nosotros, que tantas veces nos juramos que sólo la muerte nos separaría, somos testigos de que la vida ha cancelado nuestras promesas

»¡Qué necios éramos! Y ella le respondió: —Daría una vida entera sin dudarlo un instante por posponer un poco el momento de la separación.

Genji sabía que no eran palabras vanas, pero tenía que marchar porque no quería que la ciudad entera fuese testigo de su partida. El rostro de Murasaki le acompañó todo el día y subió a la embarcación que le había de transportar a Suma con el corazón destrozado. Le tocó un día hermoso de primavera y el viento sopló a favor del viajero, de modo que al anochecer arribó a la costa en que había de vivir. No había hecho nunca un viaje parecido a aquél, aunque no puede describirse en absoluto como largo. ^[135] Todo lo que pudo contemplar a lo largo del recorrido le pareció nuevo y exótico, pero profundamente triste. Del pabellón de Oe, rodeado de pinos,

donde solía descansar la gran vestal de Ise en su viaje de regreso a la capital, quedaba poco más que una ruina. Genji pensó:

«El lugar de mi exilio se me aparece, me temo, más lejano que las tierras que, según cuentan los libros, están allende los mares.»

Genji contemplaba el vaivén de las olas con sus crestas de espuma. *Envidio a las olas...* Era un poema muy conocido ^[136], pero pareció nuevo a los que lo escucharon de sus labios. Dirigió la vista hacia donde sabía que se encontraba la ciudad, y vio las montañas envueltas en niebla. Entonces pensó que ya había recorrido las clásicas «trescientas leguas» de que suelen hablar los poetas chinos. El goteo continuo de los remos le pareció insoportable. Recitó:

—La niebla de las montañas me separa de la vieja ciudad. ¿ Y es el cielo que contemplo el mismo cielo que la cubre?

Su nueva casa se encontraba no lejos del lugar en que vivió en otros tiempos otro exiliado ilustre, Ariwara noYukihira. ^[137] La «mansión» de Genji se hallaba a una cierta distancia de la costa, entre colinas solitarias y desoladas. Las cercas parecían nuevas pero todo el conjunto le resultó muy extraño. Los techos, contruidos con cañas y heno, a los que no estaba acostumbrado, le sorprendieron mucho. De todos modos, era una cabaña relativamente confortable aunque propia de una costa remota y totalmente distinta de cuanto había conocido hasta entonces. Genji siempre había sentido curiosidad por lo desconocido ^[138], pero las circunstancias especiales en que había llegado a Suma le impidieron admirarlo como seguramente merecía.

El fiel Yoshikiyo asumió las funciones de mayordomo, convocó a los administradores de unas granjas que Genji tenía en aquella provincia, y solicitó de ellos mano de obra. En muy poco tiempo el exiliado dispuso de una casita encantadora que él fue el primero en admirar. Se plantó un jardín delicioso, por en medio del cual discurría un arroyuelo dejando oír su

murmullo, y, poco a poco, el príncipe empezó a sentirse casi como «en casa». El gobernador de la provincia, que en otros tiempos había estado al servicio de Genji, hizo cuanto pudo con la máxima discreción, y el lugar mejoró hasta extremos insospechados, aunque el hecho de que no hubiese en ella nadie con quien hablar le recordaba constantemente que seguía siendo la casa, extraña y ajena, de un pobre exiliado. ¿Qué iba a hacer en los meses que tenía por delante?

Llegó la estación de las lluvias, y sus pensamientos volaron a la ciudad lejana. Allí vivían muchos que anhelaba ver, y, por encima de todos, la dama de Nijo, cuya figura sufriente y patética no había abandonado su pensamiento ni un instante desde que se separaron. También pensaba en el heredero aparente y en Yugiri, al que recordaba correteando entre su padre y su abuelo durante su última visita a la mansión de Sanjo. Envío cartas a la ciudad y algunas, sobre todo las dirigidas a Murasaki y a Fujitsubo, le llevaron mucho tiempo, pues los ojos se le llenaban de lágrimas cada vez que se ponía a escribir. También escribió a Oborozukiyo a través de Shonagon, a su suegro y al ama de Yugiri.

Murasaki no se levantaba de la cama, y los esfuerzos que sus damas hacían para alegrarla resultaban vanos. Bastaba con que se mencionase en su presencia cualquier cosa relacionada con Genji, que viera un koto que él había tocado o que oliese un perfume que recordara vagamente los que él solía usar, para que la pobre dama sufriera un paroxismo de dolor. Se comportaba como si su esposo no estuviese exiliado sino muerto. Finalmente Shonagon, muy alarmada, hizo llamar a su tío, el abad, para que rezase por ella. El hombre lo hizo y rogó fervientemente no sólo para que su sobrina se recobrase sino para que algún día volviera a reunirse con su amado.

No se cansaba de enviar ropas de cama y otros artículos a Suma. Entre los vestidos que le envió figuraba un pijama de seda blanca sin adorno alguno, tan distinto de los que solía usar en Heian que le llenó el corazón de amargura. ¡Y luego estaba su espejo! Siempre tenía a su lado el espejo al cual había dirigido él su último discurso de adiós... También la puerta por la que se había ido definitivamente o el pilar de ciprés que se erguía junto a su

asiento predilecto despertaban en ella un sinfín de recuerdos. Aquella soledad hubiese destrozado el alma de la mujer con más experiencia del mundo: imaginemos ahora a la infeliz Murasaki, para la cual Genji había sido a la vez padre, madre, hermano, amigo, amante y marido... ¡Nunca hubiese podido imaginar que la vida le tenía reservado un golpe de aquella magnitud! Temía que él muriera, temía que, si no moría, conociera otras mujeres y su afecto hacia ella se enfriase... Aunque por lo que le habían contado, Suma tampoco estaba tan lejos, nadie sabía cuándo regresaría ni si llegaría a regresar nunca...

También Fujitsubo sobrellevaba muy mal la ausencia de Genji. El pecado que supuso para ambos la concepción del heredero aparente no dejaba de atormentarla. Intuía que hasta entonces había conseguido escapar milagrosamente a su karma y que, cuando fatalmente le tocara pagar por su crimen, el precio sería terrible. Temerosa de que su secreto llegara a ser conocido, durante años había tratado a Genji con exagerada indiferencia, y recordaba muchos momentos en que, aun anhelando ardientemente su simpatía y amor, había adoptado una actitud fría y se había apartado de él. También él se había movido con sumo cuidado porque los chismosos son gente extraordinariamente suspicaz (la monja lo sabía por experiencia), aunque, hasta la fecha, no parecía que hubiese corrido rumor alguno acerca de su paternidad. Reprochándose una vez más su dureza de otros días, le contestó con una carta llena de ternura que contenía este poema:

«La monja de Matsushima hierve la salmuera de sus lágrimas,^[139] y alimenta el fuego con los maderos de sus lamentos.»

También Oborozukiyo le escribió en un tono parecido:

«La mujer del pescador hierve la salmuera y oculta el fuego hasta que muere ahogada, porque no hay chimenea para que el humo escape.»

Y éste fue el poema de Murasaki que acompañó a sus regalos:

«Cuando recoja salmuera en la playa, que compare sus mangas goteantes con el goteo de las de mi camisa de dormir.»

Las ropas que Murasaki le envió estaban magníficamente teñidas y cortadas: el gusto exquisito de la dama se notaba en todo cuanto hacía. Mientras, la vida en Suma era terriblemente aburrida, y a veces Genji no podía dejar de pensar en lo agradable que resultaría compartir su destierro con ella. Su imagen no le abandonaba ni de día ni de noche hasta resultarle casi insoportable. ¿Y si la hacía venir en secreto? No, hubiese sido injusto: ahora le tocaba hacer penitencia por sus faltas pasadas, y se entregó al ayuno, a la meditación y a las plegarias en la confianza de que Buda acabaría apiadándose de él y el exilio se acabaría.

También mandó una carta a la princesa Rokujo, y ella envió a un mensajero para obtener noticias fidedignas del lugar en que vivía el exiliado. Con él le hizo llegar otra carta que rezumaba afecto. El estilo y la caligrafía, los mejores que Genji había tenido ocasión de admirar jamás, revelaban la extraordinaria cultura y sensibilidad de la dama.

«Habiendo recibido nuevas del lugar terrible en que te encuentras, me siento como si estuviera viviendo una horrible pesadilla. Quiero pensar que regresarás a la ciudad dentro de poco, pero me temo que pasará mucho tiempo hasta que yo, hundida en el pecado, pueda volverte a ver.

»Imagina junto al mar salado de Suma, a la dama de Ise recogiendo algas empapadas de salmuera.»

La carta era larga y contenía otro poema:

«La marea se retira en la costa de Ise sin dejar ni un atisbo de esperanza en las conchas vacías.»

Estuvo días escribiendo la respuesta, y tomaba o dejaba el pincel según la inspiración llegaba o le abandonaba hasta llenar cinco hojas de papel

blanco chino. El dominio que demostraba en el uso de las intensidades de la tinta resultaba asombroso. La había amado mucho en tiempos, y ahora se reprochaba haber dado tanta importancia a determinados sucesos de los que la dama no podía en estricta justicia considerarse culpable. ^[140] Tan sólo había conseguido indisponerse con ella y que le abandonara. La carta le emocionó tanto que despertó su simpatía hacia el mensajero que se la trajo, un joven muy listo que servía a la hija de Rokujo. Le pidió que se quedara junto a él durante unos días y le hizo relatar detalles sobre la vida en Ise. Es fácil imaginar la respuesta de Genji a la misiva de Rokujo:» «De haber sabido que abandonarías la ciudad, hubiese sido mucho mejor (tan grandes son el tedio y la soledad que reinan en Suma) acompañarte a Ise.

»Con la dama de Ise hubiese podido surcar en un ligera embarcación las olas tranquilas, evitando el mar proceloso.

»Ignoro cuándo volveremos a vernos...»

También le llegaron cartas de Hanachirusato y su hermana mayor, que le llenaron de tristeza:

«Los helechos crecen como los recuerdos en los aleros de nuestro tejado, y gruesas gotas de rocío caen, implacables, sobre nuestras mangas.»

Estaba seguro de que nadie se ocupaba de cuidar el jardín de aquellas pobres mujeres. Habiendo tenido conocimiento de que las largas lluvias habían dañado su cerca, envió órdenes a la ciudad para que algunos hombres todavía leales a él se encargaran de repararla con materiales procedentes de granjas del príncipe.

Oborozukiyo había dado ya mucho de qué hablar a los chismosos, y ahora se encontraba profundamente desolada. Su padre, el ministro, que la quería con locura, trató de interceder por ella ante Kokiden y el joven emperador. El emperador decidió finalmente perdonarla. Lo cierto es que había sido duramente castigada por su falta, pero no con la severidad que

hubiese correspondido a una concubina del soberano, pues sólo era intendente de la cámara imperial. En el séptimo mes se le permitió regresar a la corte. Aunque seguía pensando en Genji, el emperador nunca había dejado de amarla y prefirió mantenerla a su lado e ignorar las críticas de los demás. Su conducta hacia ella no dejaba de ser desconcertante: tan pronto la reñía como le declaraba sus sentimientos apasionados. El soberano era un hombre hermoso y de buen carácter, pero un muro de recuerdos se interponía entre la dama y él.

—Todo parece andar mal desde que *él* se fue —le dijo el emperador una noche que estaban haciendo música juntos—. Estoy seguro de que son muchos los que lamentan su ausencia más que yo. De todos modos, no ceso de acusarme de haber actuado en contra de los últimos deseos de mi padre, y temo que tarde o temprano pagaré por ello. Poco placer obtengo de mi vida... A veces tengo la impresión de que no duraré mucho. ¿Y cómo reaccionarás tú el día que yo muera? Temo que lamentarás mucho menos mi desaparición definitiva que la ausencia temporal de otro.

Hizo una pausa. Estaba a punto de llorar, pero se contuvo y prosiguió con voz entrecortada:

—Ha sido una verdadera lástima no tener hijos varones. Podría adoptar al heredero aparente, el hijo de Fujitsubo, tal como me pidió mi padre, pero me temo que encontraría mucha resistencia en la corte. Más vale dejar las cosas tal como están por lamentables que nos parezcan.

Tal como acababa de reconocer, el gobierno del país distaba mucho de estar en sus manos, y no pasaba día en que sus deseos no se vieran incumplidos o sus planes desbaratados. Todos se aprovechaban de su inexperiencia y debilidad de carácter y su vida era un continuo debatirse entre la pena y el furor.

En Suma los vientos del otoño melancólico habían empezado a soplar. Aunque la casa de Genji estaba alejada de la playa, las galernas nocturnas, soplando por encima de sus cercas y tejados igual que en los días del exilio de Yukihiro, parecían traerle la espuma de las olas gigantescas hasta el pie de su cama. Tenía pocos compañeros. Una noche, mientras todos dormían, levantó la cabeza de la almohada y se puso a escuchar el bramido del viento

y de las olas que retumbaban como si estuviesen al otro lado del muro. Genji cogió el koto, pero el sonido de sus cuerdas sólo sirvió para entristecerlo más. Canturreó:

«Las olas de la playa, gemidos de una nostalgia infinita... Y los vientos... ¿serán los mensajeros de los desconsolados?»

Sus compañeros se despertaron al oír su canto y se pusieron a escucharlo atentamente. Pero sus palabras les llenaron de tristeza, y sus labios temblaban de nostalgia cuando se levantaron y empezaron a vestirse. ¿Qué pensarán de mí?, se dijo Genji. Por él habían abandonado hogares, padres, hermanos y amigos de los que nunca antes se habían separado un día entero. Pensar que aquellos infortunados estaban pagando también las consecuencias de su falta de discreción le atormentaba, de manera que hizo todo lo posible por alegrarlos.

Durante el día les contaba chistes y anécdotas divertidas, y no paraba de organizar juegos de todas clases. Luego trató de enseñarles los rudimentos de la caligrafía y dibujó ante sus ojos asombrados imágenes de todo tipo sobre seda a la manera china. Algunos de los dibujos que salieron de sus manos eran auténticas obras maestras. Había oído hablar de la costa de Suma y se había formado de ella una serie de imágenes mentales de considerable belleza, pero tenía que reconocer que la realidad las superaba a todas. De modo que aprovechó su exilio para tratar de captar aquella hermosura con sus pinceles... ¡Lástima que no pudieran contar con pintores como Tsunenori o Chieda para que iluminaran con brillantes colores los dibujos que Genji hacía con tinta oscura! Hay que reconocer que los esfuerzos de Genji acabaron por surtir efecto, y los hombres empezaron a encontrarse a gusto a su lado y no le hubiesen abandonado por nada del mundo.

Con la llegada de la primavera su jardín se llenó de flores. Un atardecer Genji salió a la galería de su casa, y se apostó en un lugar desde donde gozaba de una magnífica vista de la costa. Sus hombres le observaron con aprensión: su figura solitaria hacía pensar en un visitante procedente de

otros mundos. Llevaba una blusa blanca, unas calzas del color de las resedas y, encima, un *uchiki* suelto muy oscuro. Con los ojos clavados en el horizonte, se proclamó «discípulo de Buda» y empezó a entonar un sutra con una voz magníficamente timbrada. A lo lejos, más allá de la bahía, unas cuantas barcas de pesca surcaban el mar como otras tantas aves y los pescadores también cantaban al remar. Mientras, en el cielo de púrpura resonaban los chillidos de una bandada de patos salvajes. ¡Qué suerte más alejada de la suya! El proscrito levantó una mano blanca como el marfil para enjugarse una lágrima, y las cuentas oscuras de su rosario tintinearón. Los que tuvieron la suerte de presenciar aquel espectáculo, se sintieron consolados por la belleza del instante, olvidando momentáneamente las esposas y familias que habían dejado atrás.

Koremitsu, que también estaba allí, recitó este poema:

—Esos patos que sobrevuelan las nubes
no son mis camaradas. Ellos abandonan sus
nidos porque quieren, pero yo no.

Y Ukon, el oficial que se había distinguido en el desfile del festival de Kamo, improvisó:

—Gritan tristemente mientras vuelan
alejándose de su hogar. Y, con todo, no tienen
derecho a quejarse, pues se hacen compañía
unos a otros.

Por aquel tiempo el secretario del virrey de Kyushu ^[141] viajaba de regreso a la capital. Tenía una familia numerosa y, sobre todo, un gran número de hijas, y, como el camino por tierra resultaba incómodo y dificultoso, había optado por transportar a su esposa y a las muchachas por mar en una embarcación bien pertrechada, de manera que navegaban sin prisas bordeando la costa, y cada día atracaban en un lugar distinto. La costa de Suma tenía fama de ser muy pintoresca y la noticia de que Genji estaba viviendo allí llenó de mejillas arreboladas y profundos suspiros la nave. Una de las hijas, en especial, que en cierta ocasión había bailado unas

danzas Gosechi delante del príncipe, hubiese dado cualquier cosa por desembarcar y cuando, al costear la playa, le llegaron los sones del koto de Genji, a punto estuvo de lanzarse a las olas e ir a su encuentro nadando. El secretario compuso un mensaje para el exiliado:

«Tenía previsto visitarte el primero al llegar a la capital, pero se me ha anunciado para mi sorpresa (y lo lamento profundamente) que estás viviendo retirado en esta costa abrupta. Somos muchos en la embarcación, y, si desembarcáramos todos, turbaríamos tu tranquilidad de espíritu innecesariamente. Espero tener ocasión de reencontrarte lo más pronto posible.»

El hijo del gobernador de Chikuzen, que acompañaba al alto funcionario en su viaje de regreso, se encargó de llevarle la carta. Genji se había interesado en tiempos por el joven y le había conseguido un cargo en la secretaría imperial. El muchacho se compadeció profundamente de la suerte del príncipe e hizo todo lo posible por no parecer ingrato, pero le constaba que en el barco había muchos que le estaban espiando y que, si se demoraba junto a Genji más de la cuenta, sería delatado a las autoridades, de manera que puso el mensaje en sus manos y se despidió.

—Eres el primero de mis amigos que me visita desde que dejé la capital —le dijo el príncipe—. Te lo agradezco mucho...

El joven regresó a bordo muy desanimado, y su relato sobre cómo vivía el «príncipe resplandeciente» despertó la simpatía no sólo de las damas sino del mismo secretario del virrey. La danzarina de Gosechi resultó especialmente afectada y se las ingenió para hacer llegar a Genji un mensaje que decía así:

«Seguro que no pensaste que, al oír el son de tu koto, alguien estuvo a punto de lanzarse a las olas del mar.

»No me tomes por una descarada si, en estas extrañas circunstancias, me he atrevido a enviarte una carta», añadió. Genji sonrió al leer su misiva y le respondió:

«Si tanto anhelabas venir a verme, ¿por qué no cortaste el cabo que sujeta la vela mayor?»

»Nunca hubiese pensado reencontrarte aquí...»

Muy en contra de sus deseos, la bailarina de Gosechi hubo de partir, pero dejó un pedazo de su alma en Suma.

III

En la capital eran muchos los que lamentaban profundamente la ausencia de Genji empezando por el emperador, que pensaba continuamente en él. Un día su ama y Omyobu le encontraron llorando en un rincón e hicieron cuanto pudieron por consolarle sin conseguirlo. Incluso Fujitsubo, que había estado tan pendiente de los rumores de la corte temiendo que acabaran por perjudicar a su hijo, sentía mucho que el príncipe estuviera ahora tan lejos de ambos. En los primeros tiempos de su exilio siguió carteándose con sus hermanastros y amigos favoritos, y algunos de los poemas chinos que les envió fueron muy leídos y alabados en los círculos intelectuales. Cuando Kokiden tuvo conocimiento de ello, enfureció:

—Un hombre que ha perdido el favor de su majestad —dijo públicamente— merece morir de hambre, pero ahí le tenéis, en una casita preciosa y contando mentiras horribles sobre todos nosotros.

A partir de entonces se acabó la correspondencia con los cortesanos por temor a las represalias del poder.

Pasaron los meses y Murasaki seguía inconsolable. Las mujeres que habitaban en las demás alas de la mansión se sintieron un tanto humilladas cuando Genji las puso al servicio de la dama, pero, en cuanto empezaron a tratarla, su carácter bondadoso y sus maneras exquisitas se ganaron todos los corazones, y ninguna pensó ya en buscar un empleo en otra parte. Todas estaban de acuerdo en que se merecía el afecto que el príncipe le profesaba.

Mientras, en Suma, Genji la echaba terriblemente de menos. Muchas veces estuvo a punto de ordenar que acudiera, pero no fue capaz de decidirse: la vida en la costa era dura y difícil, y temía que podía llegar a afectar a su salud. Por otra parte, estaba seguro de que sería interpretado como un nuevo desafío por aquellos que habían propiciado su caída en desgracia. Mataba el tiempo contemplando la vida de los lugareños y sacando conclusiones sobre sus costumbres, que le parecían extrañas y, en general, bastante sucias. Por la noche el aire se llenaba de un olor acre a humo. Al principio pensó que aquel olor desagradable procedía de los hornos de sal, hasta que se dio cuenta de que las gentes de Suma hacían fuego usando madera húmeda.

En invierno las tormentas de nieve ensombrecían los cielos. Genji se distraía haciendo música: él mismo tocaba el koto, Koremitsu la flauta y Yoshikiyo cantaba. A veces, durante el concierto, se perdía en una ensoñación, y los demás callaban con los ojos turbios de lágrimas. Pensaba en aquella pobre dama de un emperador chino que fue enviada a la tierra de los hunos, porque, habiéndose negado a sobornar al artista que la retrató, éste se vengó pintándola muy fea. Cuando atisbaba la luna, el príncipe recuperaba algo su ánimo y componía poemas como éste:

«Mi viaje entre las nubes carece de
sentido. Me avergüenza que la luna
inmutable me vea.»

La costa de Akashi no estaba lejos, y Yoshikiyo se acordó de la hija de un ex gobernador, que se había hecho monje, y le escribió, pero la dama no le respondió. ^[142] En cambio, llegó un mensaje de su padre que decía:

«Me gustaría verte brevemente cuando te vaya bien. Tengo algo que preguntarte.»

Pero Yoshikiyo, que, habiendo oído hablar del atrabiliario anciano, sabía qué le esperaba, no se animó. Estaba convencido de que haría el ridículo viajando hasta Akashi sólo para ser rechazado como tantos otros pretendientes, y no fue. Le constaba que el ex gobernador era un hombre muy orgulloso y de ideas profundamente anticuadas. Durante años los funcionarios de mayor rango de la provincia habían estado solicitando la mano de su hija, pero él no quiso saber nada de ninguno de ellos. En cambio, así que tuvo conocimiento de la presencia de Genji en Suma, dijo a su esposa:

—Me han dicho que el hijo de Kiritsubo, el muchacho «resplandeciente», se ha peleado con las autoridades de Heian y se ha ido a vivir a Suma. He de confesar que la noticia me ha encantado. Eso es lo que yo llamo una oportunidad de oro para nuestra hija...

—De ninguna manera —le respondió su esposa—. He oído contar que tiene un montón de amantes en la capital y que se ha atrevido a seducir a una dama destinada al emperador. ¡Éste es el origen del escándalo! ¿Qué tiene nuestra hija, poco más que una campesina, que pueda interesarle?

—No tienes ni idea del asunto. Cuento con muy buenas razones para insistir en mi idea. Hay que trazar un plan. El primer paso será, naturalmente, atraerlo a nuestra casa.

El hombre no estaba dispuesto a dar su brazo a torcer: había gastado mucho dinero en la educación de su hija y quería lo mejor para ella.

—Nadie pone en duda que se trata de un personaje importante —insistió la madre—, pero no parece en absoluto sensato elegir a un hombre que acaba de ser condenado por un crimen muy serio. Si al menos fuera él quien diese el primer paso, tal vez entonces... Pero darlo nosotros, de ningún modo. Se diría que estás bromeando.

—¿Un crimen muy serio? —replicó el monje—. La historia de China está llena de hombres de gran talento y valía que, en algún momento de su vida, se han visto obligados a exiliarse. No debe considerarse, pues, algo infamante. Su madre era hija de mi tío, que ostentó el cargo de inspector

provincial. Kiritsubo era una mujer de talento y se abrió camino en la corte por sus propios méritos, despertando los celos de todas las demás, unos celos que lamentablemente acabaron con su vida... Pero dejó un hijo que todos han considerado siempre una auténtica joya. En cuanto a nuestra propia hija, una dama que se precie debe tener orgullo y ambiciones. Tal vez yo sea para muchos poco más que un campesino, pero mi hija no tiene nada de qué avergonzarse...

La muchacha no destacaba ciertamente por su belleza, pero era inteligente y sensible y estaba dotada de una gracia exquisita que muchas damas de superior rango le hubiesen envidiado. Pero ella reconocía sus limitaciones y se había resignado a la idea de que ningún hombre realmente importante se interesaría por ella. Con todo, no estaba dispuesta a unirse con alguien de rango inferior al suyo. ¿Qué perspectivas se le ofrecían para el día fatal en que sus padres fallecieran? Muy pocas: tendría que elegir entre hacerse monja o lanzarse al mar. Su padre había hecho todo lo posible para ayudarla y la enviaba dos veces al año al santuario de Sumiyoshi con la secreta esperanza de que el dios acabaría apiadándose de ella. ^[143]

El año nuevo había llegado a Suma y los días se alargaban, pero el tiempo seguía discurriendo con suma lentitud. Los cerezos jóvenes que Genji había plantado en su jardín el año anterior empezaron a florecer mientras el aire tibio y suave se iba llenando de olores que le hacían llorar de tristeza al recordar tiempos pasados. Pensaba con enorme nostalgia en todas las damas de las que se había despedido antes de abandonar la capital. Si cerraba los ojos, le parecía estar contemplando los cerezos en flor del pabellón del sur de palacio, la maravillosa fiesta de las flores que tuvo lugar seis años atrás y el rostro delicado del heredero aparente. Incluso fragmentos de poemas que él mismo había compuesto en otros tiempos mucho más felices tomaban posesión de su mente y le atormentaban.

To no Chujo tenía un puesto en el consejo, y, aunque todo el mundo parecía apreciarlo, no se sentía feliz. Por más que pensaba continuamente en Genji, hacía todo lo posible por disimularlo para no incurrir en las sospechas de los officiosos. Y, sin embargo, un día no pudo aguantar más, y, despreciando los peligros y amenazas que flotaban en el ambiente, decidió

ir a ver a su amigo y cuñado, de modo que marchó a Suma sin dar explicaciones a nadie. Cuando lo tuvo delante, rompió a llorar de dolor y de alegría a la vez: la casa que habitaba le pareció extraña y exótica, pero la belleza de los alrededores le hizo desear tener talento suficiente para pintarlos. La cerca era de bambú, los pilares de pino y las escaleras de piedra como en las casas rústicas y provincianas. También Genji iba vestido con enorme sencillez, y la comida que se le ofreció respondía al gusto local, aunque hubo de reconocer que era buena. Genji ordenó a los pescadores que trajesen pescado y marisco. To no Chujo les interrogó sobre su vida junto al mar, y ellos le contestaron hablándole de los peligros y tribulaciones que comportaba. Para compensarlos por sus desvelos —que apenas comprendía: tan raro le sonaba el dialecto que hablaban aquellas pobres gentes—, les obsequió generosamente con ropas y otros regalos.

No dejó de informar ampliamente a su amigo de la vida en casa de su padre y de los progresos de Yugiri:

—A veces se diría que nos va a hundir la casa con sus travesuras, y mi padre se preocupa mucho por él.

Pasaron el resto de la noche componiendo poesía china. La visita de To no Chujo fue breve porque, al haber desafiado a los maliciosos y a los calumniadores, tenía fundados temores de pagar caro su viaje.

Trajeron vino, y ambos brindando recordaron unos versos de Po Chu-I:

—Somos un par de borrachos tristes.
Nuestras copas de primavera rebosan
lágrimas...

Una bandada de gansos salvajes cruzó el cielo, y Genji improvisó:

—¿En qué primavera volveré a ver mi
pueblo natal? Envidio a los gansos, que
regresan al lugar del cual partieron.

Más melancólica todavía fue la respuesta de To no Chujo:

—Los gansos están tristes al abandonar sus cuarteles de invierno, pero el camino que me ha de conducir a la ciudad florida está muy oscuro.

Había traído consigo regalos de la ciudad (objetos prácticos para hacer más comfortable la vida de su amigo), y Genji se los agradeció con un poni negro, obsequio muy adecuado para un viajero. To no Chujo añadió a sus regalos una flauta china de jade.

—Para que te acuerdes de mí.

Los hombres de To no Chujo empezaban a dar señales de inquietud.

—¿Cuándo volveremos a vernos? No puedo creer que vayas a pasar aquí el resto de tus días...

Genji respondió, levantando los ojos:

—Miradme bien, grullas que surcáis el cielo, y vedme limpio como este día sin nubes.

»Sí, supongo que algún día regresaré, pero cuando pienso en lo difícil que ha resultado para algunos hombres de mérito retomar sus vidas de antes del exilio, no sé si tengo ganas de volver a ver la ciudad...

»Que tristemente suena la voz de la grulla entre las nubes, cuando los camaradas que volaban a su lado han desaparecido.

Era el día de la Serpiente, primero del tercer mes. Genji pensó que un hombre que se hallaba en sus circunstancias haría bien en participar en la ceremonia de las lustraciones, y se dirigió a la playa. Los lugareños habían colgado unas cortinas de tela basta entre los árboles ^[144] y requerido los servicios de un adivino que estaba viajando por la región para que procediera a las purificaciones rituales. Cuando lanzaron al mar el burdo muñeco, que se supone arrastra consigo los pecados y las tribulaciones de

los fieles, el príncipe tuvo la impresión de que él también se estaba deshaciendo de algo de sí mismo.

«Arrojado a la deriva a la vastedad
extraña del mar, me duele el alma por algo
más que por un muñeco lanzado a las olas.»

La superficie del mar relucía, plácida e inmensa, mientras Genji pensaba en todo lo que le había ocurrido y en lo que aún estaba por llegar.

«Vosotros, los ochocientos dioses, debéis
ayudarme, pues sabéis cuán inocente soy de
las faltas que se me atribuyen.»

Súbitamente se puso a soplar un viento muy fuerte, y, antes de que terminara el servicio religioso, el cielo estaba negro.

Empezó a llover a cántaros y los hombres de Genji se desperdigaron. Lo lógico hubiese sido refugiarse en casa, pero nadie había traído paraguas. El viento era ya un huracán espantoso que arrancó las cortinas de los árboles y las hizo jirones. El mar estaba blanco de espuma como si alguien lo hubiese recubierto de tela blanca. Huyendo de los rayos, consiguieron alcanzar la casa.

—Nunca había visto algo parecido —dijo uno de los hombres—. De vez en cuando sopla el viento en Suma, pero siempre avisa. Se está acercando algo terrible...

Mientras rayos y truenos parecían anunciar el fin del mundo y los chorros de lluvia asaeteaban la tierra como otras tantas lanzas de agua, Genji se sentó en el suelo y se puso a leer un sutra con toda tranquilidad. Al caer la noche dejó de tronar, pero siguió lloviendo hasta el amanecer.

—Nuestras plegarias han sido escuchadas. Un poco más y el diluvio y el temporal nos barren a todos... Ha ocurrido algunas veces, pero en Suma jamás, que yo sepa —comentó uno de los servidores.

Finalmente Genji pudo dormir. Poco antes del alba se le apareció en sueños un hombre que no fue capaz de reconocer, y le dijo:

—La corte te reclama. ¿Por qué no regresas a Heian?

Quizás fue el Rey Dragón, famoso por su afición a los hombres guapos.
Al despertar, Genji tomó la decisión de abandonar Suma cuanto antes.

Capítulo 13 La dama de Akashi

I

El mal tiempo continuó, y Genji y sus compañeros no podían salir de su casa, asediados por la lluvia y los truenos. La tristeza los embargaba a todos, y el príncipe renunció a nuevos esfuerzos para divertirlos. ¿Qué podía hacer en aquellas circunstancias? Si regresaba a la ciudad sin haber recuperado el favor imperial, sería el hazmerreír de la gente. ¿Refugiarse en la montaña? Sus enemigos lo tildarían de cobarde y asustadizo, y se burlarían de él sin misericordia. Por otra parte, el tiempo infernal había puesto fin a la llegada de mensajeros a Suma. ¿Le tocaría acabar sus días en aquel lugar? En sueños, seguía viendo la misma aparición.

Finalmente llegó un mensajero de Murasaki, una figura patética y mal vestida que daba pena mirar. De haberle encontrado en la calle, Genji no hubiese sabido decir si se trataba de un hombre o de un animal —de hecho, era un humilde campesino— y nunca le habría invitado a su casa. Cuando supo quién le enviaba, sin embargo, no cupo en sí de gozo y le acogió en su casa con los brazos abiertos. La carta de Murasaki, larga y melancólica, decía:

«Este diluvio terrible se niega a amainar. Incluso los cielos están cerrados a cal y canto, y ni siquiera me queda el consuelo de mirar en dirección al lugar en que vives.

»¿Con tanta violencia soplan los vientos sobre el mar de Suma que, en mi casa, la espuma de las olas no para de salpicar mis mangas?»

Al leer aquellas palabras, Genji rompió a llorar. El mensajero le contó que Heian también había sido víctima de terribles vendavales y tormentas, hasta el extremo de que se habían ordenado lecturas especiales del Sutra Prajnaparamita para obtener la intercesión de las fuerzas celestiales.

—Las calles están intransitables, todo está inundado y los cortesanos no pueden ir al palacio del emperador —añadió el buen hombre.

Genji le pidió más información.

—Nadie recuerda tantos días de lluvia seguidos y con el vendaval soplando sin cesar —le explicó—. La gente está aterrorizada. Pero aquí es mil veces peor: al menos en la capital no truena... En estas condiciones resulta imposible pensar.

El rostro aterrorizado del hombre no mejoró los ánimos de la gente de Suma. ¿Se acercaba el fin del mundo? Al amanecer del día siguiente, el viento soplaba con tanta violencia, la marea había subido tanto y los rayos y truenos menudeaban de tal manera que las montañas que cerraban el golfo parecían a punto de desmoronarse. El pánico se apoderó de todos, y los hombres de Genji se preguntaban, angustiados, por qué se les castigaba con tanto rigor. Estaban convencidos de que nunca más volverían a ver a sus padres y madres, a sus esposas y a sus hijos...

Genji no cesaba de repetirse que no era culpable de ningún crimen por el cual hubiera forzosamente de morir en aquella costa desolada, y se puso a hacer ofrendas al dios de Sumiyoshi mientras recitaba:

—Oh tú, señor de Sumiyoshi, que proteges estas tierras. Si realmente eres un avatar del Iluminado, ^[146] sálvanos a todos.

También los hombres rezaban y algunos especialmente leales a su señor llegaron a ofrecer sus vidas a cambio de que la de Genji fuese respetada. Mirando en dirección al santuario de Sumiyoshi, se deshacían en promesas y votos por la salvación del príncipe resplandeciente. Uno de ellos dijo:

—Aunque fue criado y educado en un palacio y creció desde la cuna rodeado de delicias y comodidades, nuestro señor nunca se desentendió de los humildes. Su paciencia y amabilidad son famosas en las Ocho Islas. ¿A cuántos infelices no ha ayudado desde su grandeza? Dinos, Cielo, dinos, Tierra, ¿de qué crimen se le acusa para que haya de perecer víctima de los vientos y del mar? Siendo inocente, ha sido castigado y privado de su rango, de su hogar y de sus bienes, y su vida es ahora un continuo penar. Dioses, si sois clarividentes y justos, poned fin a tanta injusticia...

Mientras Genji dirigía sus plegarias al Rey Dragón y a otras muchas divinidades, el estrépito de los truenos aumentaba por momentos hasta que un rayo incendió la galería de la casa y la destruyó completamente. Genji corrió a refugiarse en un edificio trasero, que en tiempos había servido de cocina o de granero. Cuando él llegó, ya estaba lleno a rebosar de gentes de todo tipo que habían ido a buscar refugio bajo aquel techo. El griterío de aquellos desgraciados casi borraba el estruendo de los truenos hasta que finalmente cayó la noche sobre un cielo negro como la tinta.

Poco a poco el viento y la lluvia amainaron y las estrellas empezaron a aparecer. Como estaban muy apretados en aquella antigua cocina, decidieron regresar al edificio principal. El espectáculo de la galería destruida por las llamas resultaba patético, y la estancia principal estaba sucia de humo y de fango. El vendaval había arrancado persianas y cortinas, sin que, de momento, fuera posible hacer mínimamente habitable el lugar, de manera que resolvieron esperar a la mañana siguiente. Mientras tanto Genji procuraba concentrarse en el Nombre Sagrado, ^[147] aunque sin demasiado éxito porque se sentía muy inquieto.

Movido por la curiosidad, abrió una puerta de madera: la luna había salido, pero la línea de espuma que marca la cresta de las olas discurría peligrosamente cerca del lugar en que se encontraba, proclamando que la marea aún no había empezado a retirarse. No tenía a quién dirigirse. ¿Qué no hubiese dado por disponer de un estudioso de lo oculto para preguntarle la causa de aquellos extraños acontecimientos? Todos los pescadores de la zona se habían reunido junto a su casa, en la cocina de que se ha hablado, y

su chachara inagotable y escandalosa era la de una bandada de aves. Con todo, Genji no quiso ordenar que se retirasen.

—Si el vendaval hubiese durado un poco más —dijo uno—, todo y todos habríamos acabado bajo el agua. En el último momento los dioses nos han hecho un gran favor.

»Sin la intervención de la mano piadosa del Señor de los Mares, las ochocientas olas nos hubiesen arrastrado al abismo.

Genji estaba deshecho: no existen palabras para explicar cómo se sentía en aquellos momentos. Parecía que todos los rayos y truenos de los últimos días habían caído sobre su cabeza. Ahora estaba amodorrado, con la cabeza apoyada en un taburete. Entonces se le apareció el viejo emperador.

—¿Qué haces en este lugar miserable?— le dijo, y luego le tomó de la mano y le obligó a ponerse en pie—. Debes obedecer al dios de Sumiyoshi y hacerte a la mar inmediatamente. No puedes seguir en esta costa.

—Desde que te vi por última vez, señor —respondió Genji, lleno de alegría—, he sufrido una serie interminable de desgracias. Incluso llegué a pensar en arrojarme al mar.

—No lo hagas. Tus faltas no fueron tan grandes como para que debas pudrirte en vida en un lugar como éste. Desgraciadamente yo mismo estoy ahora expiando algunas ofensas de poca importancia, aunque los jueces de los muertos no han podido demostrar que durante mi reinado hiciese un daño realmente grave a nadie. A pesar de todo, ello me ha impedido prestar más atención a lo que ocurría en la tierra... Pero los infortunios que te ha tocado vivir en los últimos tiempos han sido de tal naturaleza que no he podido soportarlo por más tiempo y, aunque me ha costado mucho esfuerzo, he conseguido abrirme camino por las profundidades del océano hasta llegar a tu lado. Aunque lo sienta, no puedo permanecer aquí por más tiempo porque el deber me llama a la ciudad: allí hablaré de ti a tu hermano, el emperador...

Y desapareció tan misteriosamente como había aparecido. Genji le llamó, angustiado, implorándole que se le llevara consigo, pero no obtuvo

respuesta. Sólo le consoló la faz brillante de la luna. Pensaba que la presencia de su padre había resultado demasiado real para ser sólo un sueño, de modo que seguramente todavía estaba a su lado. Cuando se convenció de que estaba solo, su corazón se llenó de agradecimiento por los últimos acontecimientos vividos, e incluso llegó a dar las gracias a las tormentas que tanto le habían hecho sufrir. Al día siguiente se sintió por primera vez en mucho tiempo un hombre feliz.

Mientras estaba sentado en una roca preguntándose si su padre se le volvería a aparecer, una embarcación atracó en la playa y dos hombres saltaron de ella. Uno dijo:

—El monje reverendo que en tiempos fue gobernador de Harima ha llegado de Akashi y está en la embarcación. Si el ilustre señor Yoshikiyo, hijo del actual gobernador, está aquí, quiere conferenciar con él.

Cuando hicieron saber el mensaje a Yoshikiyo, le sentó muy mal porque había tratado íntimamente al monje en Harima hasta que el hombre, sin razón aparente alguna, se molestó con él y empezó a ignorarlo, negándose a contestar a sus cartas. ¿Qué razones le habían traído ahora a Suma en aquella embarcación?

Pero Genji, creyendo ver en todo aquello señales de que su sueño iba finalmente a cumplirse, le convenció para que acompañara al mensajero y se presentara ante el religioso, cosa que el otro hizo de no muy buena gana y solamente por el afecto que sentía hacia el exiliado. Una vez en presencia del ex gobernador de Harima, éste le habló así:

—El primer día de este mes tuve un sueño muy interesante. Al principio me dejó un tanto confuso: una misteriosa voz me decía que, si quería ver mis deseos cumplidos, debía tener aparejada una embarcación para el día trece y, en cuanto se notaran las primeras señales de bonanza, dirigirme a esta costa sin titubear. El sueño se repitió varias veces en términos parecidos y empecé a aparejar la embarcación. Mientras se desencadenó una terrible tempestad, el agua caía a cántaros y el trueno pavoroso no cesaba de retumbar. No parecía el tiempo más propicio para hacerse a la mar, pero la historia está llena de héroes que han salvado un país obedeciendo un sueño aparentemente insensato. Temí que si retrasaba mi

partida más allá de la fecha señalada por aquella voz misteriosa, todos mis esfuerzos no servirían de nada, de manera que el día indicado me hice a la mar. ¿Y cuál no fue mi sorpresa al comprobar que el tiempo cambiaba, la galerna amainaba súbitamente y empezaba a soplar un vientecillo muy agradable que nos empujaba hacia esta costa? No tengo la menor duda de que todo ello debe atribuirse a la intervención de una divinidad benévola. No me extrañaría que vosotros también hayáis recibido algún mensaje sobrenatural en el mismo sentido... Te agradecería que comunicaras todo esto a su alteza...

Yoshikuyo regresó al lado de Genji y se lo explicó todo. Aunque el príncipe había recibido también señales en sueños, hasta entonces se había resistido a abandonar Suma para no ser tildado de cobarde, pero ahora los dioses mismos parecían estar invitándole a partir y no hacerles caso sólo podía redundar en su perjuicio. Los maliciosos dirían seguramente que había sido la fama de la hija del ex gobernador, de la que Genji había oído hablar, la razón principal de su partida, pero no era hora de preocuparse por los comentarios de los chismosos cuando una divinidad había decidido intervenir en su destino. «Ponte en manos de los dioses, y no temas los reproches de los hombres», había escrito Lao-Tze, y eso es lo que Genji decidió hacer. Sea como fuere, su situación difícilmente podía empeorar y no tenía sentido continuar dudando para no mancillar su buen nombre. ¿No le acababa de visitar su propio padre? ¿A qué seguir como si nada hubiese ocurrido?

He aquí su respuesta al ex gobernador:

—He sufrido mucho en esta región apartada, y no tengo noticias de la ciudad. Exceptuando la luna y el sol, todo lo que me rodea me resulta extraño y hostil y no puedo dejar de pensar en la vida que llevaba en otro tiempo. La llegada de tu embarcación me llenó de alegría y de esperanza... Dime si cerca de donde tu vives hay algún rincón agradable en el que yo pudiera encontrar la paz y la tranquilidad que tanto necesito...

El anciano se puso muy contento y los hombres de Genji insistieron en partir antes del amanecer. El príncipe embarcó con cuatro o cinco de sus

fieles, y el viento volvió a soplar, de nuevo a su favor como si de un nuevo milagro se tratase, de manera que en muy poco tiempo llegaron a Akashi.

II

Akashi era un lugar completamente distinto y aún más hermoso de lo que Genji esperaba. Sólo le incomodaba un poco que hubiera tanta gente. El ex gobernador se había hecho construir una serie de mansiones a lo largo de la costa y en las colinas más cercanas, cada una de ellas adecuada a una determinada estación del año. Cerca de la playa había una casita de tejado rojo con magníficas vistas; junto a un arroyo de la montaña se levantaba un santuario muy digno para celebrar los ritos y fiestas que la liturgia prescribía e invocar el Nombre Sagrado y por todas partes se divisaban graneros y almacenes para guardar los frutos de las cosechas. Durante las recientes tormentas, el monje, temiendo la subida de la marea, había enviado a su esposa y a su hija a otra casa que tenía en las montañas, de modo que puso la de la playa a disposición de Genji.

Aún era de noche cuando desembarcaron, pero mientras se trasladaban en un carruaje a lo largo de la costa, el sol empezó a escalar el cielo. Durante el trayecto el monje no cesaba de «inspeccionar» a su huésped, que viajaba a su lado, y cada vez le gustaba más. El anciano, casi siempre severo y malhumorado, se relajó, y su sonrisa luminosa y llena de afabilidad asombró a quienes le trataban a diario. Recitó por lo bajo una plegaria al dios de Sumiyoshi, agradeciéndole el favor que le había hecho: se hubiese dicho que el sol y la luna habían bajado del cielo para ponerse en

sus manos. También Genji se sentía feliz: la casa que el monje le había brindado era muy confortable y estaba adornada con un gusto tan exquisito que tenía poco que envidiar a las mansiones de la capital que recordaba.

Cuando hubo descansado lo suficiente, empezó a escribir a sus amigos. Hizo venir al mensajero de Murasaki que todavía estaba en Suma recobrándose de los horrores de su viaje, y le cargó de presentes antes de permitirle regresar a Heian. Con él envió noticias de sus recientes experiencias a varios sacerdotes, rogándoles que no dejaran de tenerlo presente en sus plegarias y servicios. En cuanto a Fujitsubo, le mandó una larga carta contándole la tempestad que había vivido en Suma y cómo había logrado escapar de todos los peligros sin sufrir daño alguno. La carta que más le costó redactar fue la dirigida a Murasaki, que finalmente decía así:

«Muchas veces me he sentido tan desesperado que he estado a punto de renunciar al mundo definitivamente, pero la imagen que tú confiaste al espejo nunca me ha abandonado. A veces temo que no te volveré a ver...

»Más lejos aún, en la playa de Akashi,
sigo pensando en una ciudad lejana y en ti.

«Todavía me siento como si anduviera en sueños... Perdona, pues, que esta carta resulte un poco confusa...»

Aunque la carta era, efectivamente, un tanto desordenada, sus fieles, que la leyeron por encima de su hombro, la hallaron espléndida. ¡Cuánto debía de amar a aquella dama!

Las lluvias, que parecían inacabables, dejaron de caer y el cielo aclaró definitivamente. Los pescadores del lugar estaban radiantes ante el cambio de tiempo que les permitía distinguir el horizonte como si lo tuvieran al alcance de la mano. Mientras que Suma era un sitio solitario con unas cuantas barracas diseminadas entre las rocas, la costa de Akashi estaba muy poblada, casi demasiado a juicio de Genji, que detestaba el bullicio excesivo casi tanto como la soledad absoluta. Y, sin embargo, hubo de reconocer que era un lugar realmente agradable, que le interesaba de verdad y conseguía hacerle olvidar sus preocupaciones.

Su anfitrión vivía totalmente entregado a sus devociones. Sólo su hija parecía interferirse con su piedad, y no tardó en comentar a Genji cuánto le preocupaba el futuro de la muchacha. El príncipe se interesó por ella, pues había oído decir que era muy hermosa. A veces se preguntaba si no existiría algún vínculo entre ambos procedente de una vida anterior ya que había ido a parar a aquel lugar de una manera tan insospechada. Sin embargo, no podía deshacerse del recuerdo de sus recientes sufrimientos, y, evitando pensamientos excesivamente «mundanos», procuraba concentrarse seriamente en sus ayunos y plegarias. Por otra parte, ¿cómo iba a volver a mirar a Murasaki si traicionaba todas las promesas que le había hecho? Pero no podía evitar seguir interesado en la muchacha porque todos daban a entender que tanto su aspecto como su carácter y méritos no eran en absoluto vulgares.

Para no molestar a su huésped, el monje se había trasladado a otra casa, pero cuando estaba lejos de Genji, se sentía inquieto y desgraciado y rogaba fervientemente a los dioses y Budas que su secreto deseo se hiciera realidad. Aunque ya había cumplido los sesenta, se había cuidado mucho y parecía más joven de lo que era. Seguramente la vida religiosa y el hecho de que procedía de un linaje muy orgulloso habían tenido algo que ver. Por regla general se mostraba testarudo e intratable como mucha gente mayor, pero era un buen conocedor de la historia (muchos le habrían descrito como un auténtico erudito) y no carecía de agudeza y facilidad de expresión. Lo cierto es que su amena conversación aliviaba el aburrimiento de Genji, y gracias a él el príncipe aprendió muchas cosas interesantes sobre las costumbres y los usos de otros tiempos que, de no haber sido por el ex gobernador, no habría llegado a conocer nunca.

Aunque se había hecho amigo de su huésped, el monje no podía evitar sentirse un tanto intimidado en su presencia y le trataba con reservas como a un superior. Aunque se moría de ganas de revelar su proyecto, a la hora de la verdad nunca sabía por dónde empezar. Un día se vio obligado a confesar a su esposa que no había avanzado nada. La mujer fue incapaz de aconsejarle. En cuanto a la muchacha, durante años había vivido sin poner los ojos en un hombre pasable y los que trataba estaban muy por debajo de

su rango, de modo que, por primera vez en la vida, tuvo conocimiento de que, a poca distancia de su casa, se alojaba alguien digno de ella, cuyos méritos todos alababan. Cuando llegó el cuarto mes, el anciano hizo cambiar todas las cortinas y persianas de la casa de Genji por otras más frescas pensando en el verano que se acercaba. El príncipe se sintió embarazado ante tantas atenciones: obviamente aquel hombre se estaba excediendo. A pesar de todo, no puso objeciones por temor a ofender su delicadeza.

Con la llegada del buen tiempo empezaron a menudear los mensajes de la ciudad interesándose por su bienestar. Una plácida noche de luna llena, hallándose Genji echado bajo un cielo sin nubes, casi se sintió transportado junto a su amado estanque del jardín de la mansión de Nijo. Lleno de nostalgia, tomó el koto de siete cuerdas, que había traído consigo de la ciudad, y empezó a tocar unas cuantas notas al azar. Luego tocó de un tirón una pieza muy bella llamada «Koryo» con tanta habilidad y gusto que nadie hubiese dicho que llevaba mucho tiempo sin hacer música. La melodía se abrió camino por el aire y llegó a las casas de la colina mezclada con el son de la brisa y de las olas. No hace falta que me detenga en el efecto que causó sobre las mujeres sensibles e impresionables que habitaban allí. Baste añadir que incluso rústicos que no habían oído en su vida una canción china, sacaron las cabezas por las ventanas de sus chozas, aun a riesgo de resfriarse, para escuchar aquellas notas maravillosas que parecían llegar del palacio de Buda.

El gobernador fue incapaz de contenerse e, interrumpiendo sus plegarias, fue a la estancia de Genji.

—¡Tu música me transporta a mis días en la corte, antes de que diera la espalda a los placeres del mundo! —exclamó—. Pero el encanto de esta música no es solamente mundano... ¿Acaso no nos permite intuir las delicias celestiales que nos saldrán a recibir el día afortunado que lleguemos al divino palacio de nuestros deseos?

Genji se puso a pensar en los conciertos que se celebraban en los palacios de la capital, en los cuales invariablemente participaba. Recordaba con qué destreza y gracia éste tocaba el koto, aquél la flauta o cantaba el de

más allá, y evocaba sus propios éxitos, los aplausos y parabienes que solían rubricar sus actuaciones, el homenaje que todos, empezando por el emperador, tributaban a sus méritos de músico... Estos pensamientos teñían de melancolía la música que ahora estaba tocando. También al monje le entraron ganas de interpretar algo y se hizo traer de la casa de la colina un laúd y un koto de trece cuerdas. Mientras tocaba con sus vestiduras clericales, recordaba a uno de esos sacerdotes mendicantes que andan por el mundo tocando la *biwa*. Y lo cierto es que lo hacía admirablemente. Luego puso el koto de trece cuerdas en manos de Genji, que también lo hizo sonar con habilidad envidiable. Era evidente que el príncipe dominaba toda clase de kotos.

Incluso la música más anodina puede emocionar cuando es interpretada en un momento y un lugar adecuados. Allí, el panorama que la costa ofrecía, que nada tenía que envidiar a los bosques en primavera o cuando lucen dorados por el otoño, resultaba un marco perfecto para las interpretaciones de ambos mientras los alcaudones, golpeando con sus picos los maderos que flotaban cerca de la playa, parecían estar llevando el compás. Era forzoso reconocer que el anciano dominaba un estilo delicado que deleitaba a Genji.

—Se supone que el laúd es un instrumento de mujeres, y sorprende y admira escucharlo tocado por un hombre con tanta competencia —le dijo Genji.

—¡Me cuesta imaginar una manera de tañer más refinada y sabia que la tuya! —le respondió el monje—. Este koto fue un regalo a mi familia del emperador Daigo y ha permanecido en ella durante tres generaciones. Desde que me retiré debo confesar que lo he tocado muy poco. Sólo en momentos de especial depresión o tensión espiritual he buscado en él solaz y apoyo. No obstante, en mi casa hay alguien que, observándome atentamente en esos momentos, ha sido capaz de desarrollar por su cuenta una competencia sorprendente, y que hoy toca de un modo que (me atrevería a suponer) no disgustaría a aquel emperador, hoy difunto, que fue en tiempos dueño del instrumento. Aunque tal vez se trate sólo de una ilusión de este pobre monje que ha vivido tanto tiempo escuchando

solamente el canto del viento entre los pinos... Me pregunto si no te gustaría escucharla tocar un poco, por supuesto sin ser visto, si no deseas mostrarte...

El monje se enjugó una lágrima.

—No imaginaba que estuviera tocando tan cerca de talentos como el que me describes —dijo Genji, y dejó el koto—.

No sé porqué, pero desde siempre los mejores intérpretes del koto han sido mujeres. Seguro que recuerdas que la Quinta Princesa, formada por su padre el emperador Saga, fue la intérprete de koto más famosa de su generación, pero ninguno de sus sucesores parece haber heredado su talento. A su lado, el mejor intérprete de cuantos ostentan una cierta fama en nuestra época no pasa de ser un buen aficionado. Me asombra enterarme de que, en esta costa remota, vive alguien que toca de un modo tan excelente... No pierdas tiempo en prepararme una audición...

—Nada más sencillo, si tú lo deseas —le respondió el ex gobernador—. Incluso estoy dispuesto a hacerla acudir a tu casa. Y también domina maravillosamente el laúd, aunque se trata de un instrumento que hoy casi nadie sabe ya tocar con un mínimo de competencia. En cambio, cuando ella se pone a tañerlo, ¡qué delicadeza, qué elegancia, que fluidez al desgranar las melodías! Ignoro de dónde ha sacado tanta habilidad... ¡Y pensar que se ve obligada a competir solamente con el retumbar de las olas! Pero he de confesar que en mis horas bajas, cuando me embargan pensamientos sombríos, me basta oírla tocar para que mis penas desaparezcan.

Habló con tanto entusiasmo que Genji, muy interesado en el tema, puso el laúd en sus manos. El anciano se puso a tocar magníficamente, improvisando ornamentaciones que habían pasado de moda. Había una elegancia china en su manera de tocar, y era capaz de extraer un curioso y solemne trémolo de su instrumento que Genji no había oído nunca. Uno de los servidores, que poseía una voz espléndida, rompió a cantar una vieja melodía sobre las conchas de la playa de Ise, mientras Genji subrayaba el ritmo con palmadas y, a veces, incluso se atrevía a introducir una segunda voz. Maravillado por su competencia, el monje paraba de tocar de vez en cuando para dedicarle unas palabras de alabanza. Luego trajeron dulces y

refrescos, y el ex gobernador cuidó personalmente de que las copas no estuvieran nunca vacías, de manera que fue una velada en la que todas las penas fueron arrinconadas.

Ya muy entrada la noche —la brisa que llegaba del mar había refrescado mucho y la luna parecía más brillante y clara que nunca en su declinar hacia poniente— el anciano, animado por la bebida, empezó a hablar de sí mismo: peroró largo y tendido de sus sentimientos cuando fijó su residencia en Akashi y de sus esperanzas en una vida futura que sus devociones debían encargarse de hacer realidad. Sin que Genji le preguntase nada, se extendió sobre las gracias de su hija.

—Puede parecer extraño por mi parte señalar el hecho de que, siendo un pobre clérigo —dijo el anciano—, a veces me pregunte si no han sido mis plegarias lo que te ha traído a este remoto lugar... Dirás que, si es así, tienes muy poco que agradecerme, pero deja que te explique... Durante los últimos dieciocho años me he puesto bajo la protección del dios de Sumiyoshi y le he rogado fervientemente que asegure a mi hija un futuro digno de ella... Todos los años la llevo dos veces al santuario, en primavera y en otoño. Al recitar todos y cada uno de los seis servicios diarios a los que estoy obligado, tres durante el día y tres nocturnos, he dejado invariablemente en segundo lugar las preces por mi propia salvación y dado importancia principal a que el dios tuviera en cuenta mis deseos relativos a la muchacha. Ya sabes, alteza, que mi padre fue ministro de estado, mientras que yo, seguramente por culpa de algún disparate cometido en una vida anterior, no soy más que un rústico patán, un infeliz que vive oscuramente entre montañas desoladas. Si el proceso sigue imparable y mi hija está destinada a caer aún más bajo, ¡qué triste destino le espera! Desde el día que nació, mi única obsesión ha sido ponerla a salvo de esta catástrofe casándola con alguien de alcurnia para que pudiera vivir en la capital. Con esta idea, me he visto obligado a rechazar a muchos pretendientes locales, ganándome aquí muy mala fama, pues se me llama a mis espaldas soberbio y orgulloso. No me importa. Mientras yo viva, le daré toda la protección que esté en mi mano. Cuando yo falte, quedará en libertad para hacer lo que quiera.

Sentiría mucho que, al morir yo, no tuviera otras alternativas que arrojarse al mar o entregarse a un lugareño sin rango ni categoría algunos.

El hombre se había expresado a corazón abierto y ahora estaba llorando. Genji, muy emocionado, le respondió:

—Nunca he sabido con exactitud por qué caí en desgracia y me vi obligado a vivir en lugares tan remotos, pues nunca hice nada que mereciera un castigo tan tremendo. Finalmente tú me has dado una explicación que me satisface completamente. Todo ello ocurrió como respuesta de los dioses a tus plegarias y solamente lamento que no me lo hayas contado mucho antes. Desde que dejé la ciudad, he vivido tan obsesionado por la incertidumbre de la vida humana que sólo me he dedicado a mis devociones, y estoy tan debilitado por meses de ayuno y penitencia que el deseo amoroso ha desaparecido de mi cuerpo por completo. Aunque me llegaron noticias de la dama de que me estás hablando, pensé que no le agradaría la compañía de un pobre proscrito condenado a una muerte en vida por la sociedad. Pero, muy animado por lo que acabas de contarme, confieso que nada agradecería tanto como la compañía de esta dama... Sé mi guía y mi mensajero por favor...

El anciano estaba encantado y le contestó con un poema:

—¿También tú conoces la tristeza de las
noches en la costa de Akashi sin más
compañía que tus propios pensamientos?

«Imagina, pues, lo que han supuesto para nosotros tantos años de soledad y abandono...

La voz del viejo temblaba, y Genji pensó que seguramente tenía razón, pero le dijo:

—Tú te llegaste a acostumbrar a la costa mientras que...

»El vagabundo pasa noches insomnes en
Akashi, pues la hierba que le sirve de
almohada no le deja soñar.

Su franqueza hizo las delicias del monje, que siguió discursando sin parar y se puso muy pesado.

A mediodía del día siguiente Genji envió una carta a la casa de la colina. Pensando que seguramente le esperaba un tesoro oculto en aquel lugar extraño, redactó su nota en papel coreano de color azafrán y con sumo cuidado.

«Durante largo tiempo mis ojos han errado por los cielos sin ver más que nubes, y de pronto la bruma se ha desvanecido, y he vislumbrado un bosquecillo junto a una casa.

»He tomado una decisión...»

El monje se había instalado ya en su mansión a la espera de la carta que estaba seguro de recibir. El mensajero de Genji regresó muy sorprendido porque había sido recibido con los brazos abiertos, pero la muchacha se tomó tiempo para contestar. Consideraba que su caligrafía no estaba a la altura y la diferencia de rangos también la llenaba de perplejidad. Se excusó diciendo que no se encontraba bien y se acostó. Aunque contrariado por la conducta de la muchacha, el ex gobernador decidió responder en su lugar:

«Tal vez te extrañe que te conteste yo en lugar de mi hija, pero te ruego encarecidamente que no atribuyas su actitud a falta de respeto o de gratitud hacia ti, sino a una cierta timidez derivada de su educación un tanto campestre. Por otra parte, no ha estado todavía nunca en tu compañía...

»La muchacha mira a los mismos cielos que tú miras. ¡Que los cielos pongan sus pensamientos de acuerdo con los tuyos!

»Pero no quisiera parecer demasiado audaz...»

La caligrafía de la nota era anticuada y dejaba mucho que desear y estaba escrita en una hoja de papel basto de Michinoku, pero no faltaban algunos detalles que llamaban la atención por su dignidad y elegancia. Sí, «audaz» parecía la palabra más adecuada para describir el tono de la misiva. Genji volvió a enviar al mensajero con un cofre lleno de ropas de calidad y

al día siguiente escribió otra nota, caligrafiada en una hoja de papel delicado que decía:

«Estoy acostumbrado a recibir cartas escritas por secretarios...

»No deja de ser una triste experiencia saludar a un viajero que pasa y no recibir ni una sonrisa a cambio.

»Pero no es fácil poner por escrito lo que siento...»

Resultaba inconcebible que aquella carta no llamara la atención de una muchacha por muy «campestre» y «rústica» que hubiese sido su educación, y su destinataria no era en absoluto insensible, pero seguía pensando que el autor de la nota estaba demasiado por encima de ella en rango como para mantener con él una correspondencia. Con todo se sintió obligada a pergeñar una respuesta, de manera que eligió un papel de lavanda muy perfumado y se esmeró mucho en las gradaciones de intensidad de la tinta:

«¿Cómo puede dirigirse una sonrisa a quien no se conoce ni se ha visto jamás?»

El tono y la caligrafía eran dignas de una dama de la corte. La nota sumió al príncipe en una extraña ensoñación al recordar su vida en la capital, pero no quiso llamar la atención de momento y guardó la carta.

Genji, temeroso de que llegaran a su casa noticias de su nueva relación, dejó pasar unos cuantos días antes de volver a escribir. A partir de entonces cada seis o siete días, tomando como pretexto un bello crepúsculo, un amanecer radiante o un plácido mediodía, siguió enviando cartas a la dama. Ella le respondía, pero sus notas mostraban un tono reservado y distante que confundía no poco al príncipe. Y, además, estaba Yoshikuyo, que había hablado de la dama como si ya le perteneciera. Aunque no fuera así, le constaba que su joven amigo llevaba mucho tiempo cortejándola. ¿Cómo interferirse en su relación, si ya existía? De todos modos, el hecho de que los progenitores de la dama insistieran en ofrecérsela a él, le otorgaba unos derechos indudables. Con esta idea como excusa para su conducta, siguió escribiéndole lo más discretamente posible aunque la muchacha no se lo

ponía nada fácil. Sus respuestas, rebosantes de altivez y frialdad, parecían escritas por la dama más orgullosa de la corte.

III

En la capital el último año se había caracterizado por una serie de portentos y fenómenos extraños que mantenían perpleja a la gente. El día trece del tercer mes, mientras lluvias torrenciales causaban estragos en la ciudad, el emperador tuvo un sueño. Vio la imagen resplandeciente de su padre de pie en las escaleras que conducían al dormitorio imperial y tuvo la impresión de que tenía mucho que decirle, especialmente acerca de Genji. Profundamente turbado, explicó el sueño a su madre.

—En noches de tempestad la gente suele soñar cosas que lleva ya en la mente —le dijo Kokiden—. Yo no volvería a pensar en ello.

Quizás porque los ojos del emperador habían topado con la mirada de fuego de su padre, el caso es que empezó a perder visión. Los sacerdotes recomendaron que se retirara a ayunar, y no sólo él, sino toda la gente de la corte de Kokiden. A los pocos días murió de repente el ministro de la derecha. Aunque ya era mayor, su muerte les cogió a todos por sorpresa. También su hija Kokiden empezó a encontrarse mal, empeorando a medida que iban pasando los días. El emperador estaba muy preocupado, pues relacionaba los sufrimientos y desgracias que se estaban abatiendo sobre su familia con el sufrimiento de Genji, al que siempre tuvo por inocente, de modo que empezó a sugerir que se le llamara otra vez a la corte y se le restituyeran su rango y cargos.

Su madre seguía oponiéndose a la idea con todas sus fuerzas: —La gente te llamará débil e indeciso. ¿Crees de verdad que se puede desterrar a un hombre y hacerle volver antes de que hayan pasado tres años?

Y mientras el emperador dudaba, su salud y la de su madre se deterioraban de día en día.

En Akashi soplaban vientos muy fuertes desde el mar, tal como suele ocurrir en otoño, y Genji se sentía muy solo en su lecho de exiliado. A veces se dirigía al ex gobernador y le decía: «¿Por qué no la traes un día a mi casa sin que la vea nadie?» No parecía en absoluto correcto que fuera Genji quien se desplazara a la casa de la colina para visitar a la muchacha. En cambio ella tenía otro punto de vista. Sabía que las rústicas lugareñas se lanzaban a visitar a todo «un señor de la capital» por poco que éste mostrase interés en conocerlas, pero ella era distinta. La dama seguía pensando que la separaba un abismo del rango de Genji, y que, si (cediendo a las absurdas esperanzas de sus padres) pasaba por alto este detalle, sólo conseguiría atraer la desgracia sobre su cabeza. Se sentía más que satisfecha por haber podido intercambiar unas cartas con él mientras vivía en la costa de Akashi, y, cuando rezaba a los dioses, se limitaba a pedirles que le permitieran ver, aunque fuese por una sola vez y de lejos, al hombre del que tanto había oído hablar. Su deseo se había cumplido: un día tuvo ocasión de verlo de lejos, y casi todos los días le llegaban las notas del koto del príncipe, cuya habilidad y talento para la música encontró superiores a cuanto había oído ponderar. Una pobre muchacha que vivía perdida entre cabañas de pescadores no tenía derecho a aspirar a nada más, y la mera idea de que él se le acercara la llenaba de confusión.

También su padre estaba inquieto: cuando parecían haberse cumplido sus deseos, empezó a tener la sensación de que había fracasado. La idea de que, a pesar de su ofrecimiento, Genji había rechazado a su hija, tenía que resultar por fuerza humillante para la joven. Ahora lamentaba su excesiva confianza en los dioses invisibles, pasando por alto las preferencias e inclinaciones de los humanos. Pero Genji no se hartaba de repetir:

—Sería muy agradable escucharla tocar el koto sobre el fondo de la música de las olas. Esta es la estación más propicia para este tipo de

esparcimientos y no deberíamos dejarla pasar.

El anciano tomó una resolución. Dejando de lado las reservas de su esposa y sin decir nada a sus discípulos, eligió un día fasto y se puso a hacer los preparativos que estimó oportunos. Faltaban pocos días para la luna llena y envió una nota a Genji que decía: *No hay que dejar pasar esta noche...* ^[148] El príncipe comprendió enseguida que se trataba de la invitación que había estado esperando, se vistió de manera informal pero sumamente elegante y salió de su casa entrada la noche. El ex gobernador había puesto a su disposición un coche magníficamente engalanado, pero le pareció excesivo y prefirió acudir a la cita a caballo. La casa de la dama estaba a poca distancia detrás de las colinas, y durante el breve trayecto Genji tuvo ocasión de admirar la bahía que resplandecía bajo los rayos de plata de la luna. Le hubiera encantado mostrársela a Murasaki y tuvo la tentación de dar media vuelta y galopar en dirección a la capital.

«Vuela por el cielo iluminado por la luna,
caballito bayo, y llévame en un instante junto
a aquélla por la que suspiro.»

La casa, rodeada de un bosquecillo de árboles, era muy bella notándose que en su construcción se había cuidado hasta el último detalle. Si la de la playa era sólida y digna, ésta parecía, en cambio, mucho más cerrada y oscura, y resultaba fácil imaginar que los que habitaban en ella vivían por fuerza sumergidos en una atmósfera de melancolía. No lejos de allí había un pequeño santuario, el lúgubre son de cuyas campanas llevaba el viento hasta sus puertas. Incluso los pinos, que hundían sus raíces entre las rocas del lugar, parecían sostenerse precariamente. El jardín rebosaba de insectos de otoño que cantaban sin cesar. Genji miró a su alrededor y descubrió un pabellón más hermoso que los demás. La puerta de ciprés, que la luna iluminaba, estaba ligeramente entornada, y el príncipe se acercó hasta el umbral. En medio de la estancia distinguió un *kichó* detrás del cual sonaban las notas delicadas de un koto.

Tras titubear un poco, Genji saludó a media voz a los habitantes invisibles de la mansión sin recibir respuesta. Era obvio que la dama había

decidido no permitir que se le acercase más. Todo parecía excesivamente «aristocrático», pensó Genji, muy descontento por la manera en que se le recibía. Estaba acostumbrado a que damas mucho más principales se volcaran en atenciones en cuanto él se les acercaba, y llegó a sospechar que, si le trataba de aquel modo, era porque había caído en desgracia y no veía en él sino a un pobre exiliado. Sea como fuere, no estaba dispuesto a tolerarlo, y, aunque la idea de montar una escena de violencia estaba lejos de su ánimo, no iba a permitir que le pusieran en ridículo ante los ojos de los padres de la muchacha. Furioso y sin saber qué hacer, pensó por un momento en dar media vuelta y regresar a su casa.

Súbitamente, una ráfaga de viento providencial tumbó el *kichó* que la ocultaba a su vista, y la dama se levantó de un salto para ponerlo de pie otra vez. Por un instante sus miradas se cruzaron. Genji quedó absolutamente fascinado por la hermosura de la dama y, acercándose a la cortina con paso firme, le susurró con voz implorante:

—¿Por qué no tocas algo para mí en este koto del cual tanto he oído hablar?

»Ojalá hallara a alguien con quien compartir mis pensamientos, y así poder librarme de una vez por todas de mis tristes sueños.

Ella le respondió:

—Te diriges a una para quien la noche no tiene fin. ¿Cómo quieres que distinga los sueños de la realidad?

La dama habló en voz muy baja, una voz profunda y sensual que a Genji le recordó por un instante la de la princesa Rokujo. La muchacha no se había preparado para aquel encuentro y, tras improvisar su poema, huyó despavorida al interior de la casa atrancando la puerta tras de sí. Genji se lanzó detrás de ella e intentó abrir la puerta pero sin éxito. Sin embargo,

cuando ya iba a darse por vencido, la misma mano que había cerrado la puerta volvió a abrirla y el príncipe no se hizo de rogar.

Resulta difícil imaginar cómo se desarrolló aquel primer encuentro entre ambos, teniendo en cuenta la timidez y falta de experiencia de la muchacha, pero fue la primera de una serie de visitas inolvidables.

Delicada y esbelta como una caña de bambú joven, la belleza de la dama de Akashi resultaba indescriptible. Era mil veces más hermosa de lo que había oído decir, y, si al principio había acudido a la cita movido por la piedad, ahora era su ansia inagotable de placer la que dictaba sus leyes. La noche de otoño, por lo común tan larga y tediosa en Akashi, pasó con la rapidez vertiginosa de un cometa. Era esencial que no le vieran partir, y, tras un sinfín de caricias y palabras llenas de pasión, Genji abandonó el dormitorio al amanecer.

Lleno de mala conciencia, le envió una carta al día siguiente en secreto por temor a que algo del asunto pudiera llegarse a saber en la capital. También la dama fingió no dar importancia al mensaje y trató al emisario con displicencia. A partir de aquella noche Genji siguió visitándola regularmente. Como las dos casas estaban a una cierta distancia, temía ser descubierto por algún pescador en el curso de sus desplazamientos. Para conjurar este peligro y evitar los rumores de los chismosos, procuraba espaciar las visitas y elegir las noches más oscuras. La dama le reprochaba falta de entusiasmo, y el propio ex gobernador, que, aunque fingía ignorarlas, estaba al corriente de todas aquellas idas y venidas, vivía mucho más pendiente de las atenciones de Genji hacia su hija que de la salvación de su alma. No sabía a qué atribuir la frialdad del joven, y se preguntaba en qué se había equivocado. ¡Tantos años de devociones para acabar con el espíritu agitado por una historia como aquella!

Genji no quería que su aventura llegase a oídos de Murasaki. La amaba más que a nadie y no hablaba de ella jamás, ni siquiera en broma. La idea de que, buscando un rato de placer efímero, le podía haber causado un gran dolor, le destrozaba. A veces hubiese querido reescribir el pasado, y que su relación con la dama de Akashi no hubiera tenido lugar.

Un día le envió una carta más afectuosa de lo habitual, al final de la cual le decía:

«Me angustia pensar que, por culpa de ciertos actos míos completamente irreflexivos a los que me he dejado arrastrar en contra de mi corazón, pueda llegar a aparecer como un ser despreciable a tus ojos. Lo cierto es que he mantenido una relación pasajera con una persona, pero el hecho de que yo mismo te la revele, demuestra que no te quiero ocultar nada. ¡Que los dioses me juzguen!

»Aunque el pescador juguetea a veces con las algas brillantes junto a la orilla, sólo lo hace para consolarse de la pena que ha llenado sus ojos de ardientes lágrimas.»

Ella le contestó sin hacerle reproches, pero al final de su carta escribió:

«¡Inocente de mí, quizás, pero hicimos una promesa, y ahora contemplo cómo las olas se estrellan contra la Montaña de la Larga Espera!»

Eso era todo lo que le decía, y el reproche implícito que el poema contenía afectó tan profundamente a Genji que pasó bastantes noches sin acercarse a la casa de las colinas.

La dama de Akashi estaba convencida de que sus peores temores se habían confirmado: Genji no quería saber ya nada más de ella. No le quedaba más remedio que arrojarle al mar. Sus padres eran demasiado ancianos, no podía esperar nada de nadie y la posibilidad de contraer un matrimonio medianamente digno resultaba más remota que nunca. De todos modos, nunca había sido aficionada a entregarse al llanto o a actitudes melodramáticas. Sabía que el mundo era profundamente cruel y procuraba ocultar sus penas para no aburrir a Genji, el cual no pudo evitar que su ternura y simpatía hacia ella aumentasen con cada una de sus visitas.

Pero la imagen de la otra dama, esperándole en la ciudad, lo paralizaba completamente. No quería hacer nada que pudiese entristecerla lo más

mínimo y pasaba las noches solo. Para complacerla empezó a enviarle álbumes de dibujos acompañados de poemas que parecían solicitar una respuesta por parte de ella. Esos regalos llenaban de alegría a las mujeres que la atendían, y cuando Murasaki se sentía infinitamente desolada, también hacía dibujos y añadía notas como si de un diario se tratara. ¿Qué pruebas insospechadas les reservaba el futuro?, se preguntaba en sus noches de insomnio.

IV

Llegó el año nuevo y en palacio sólo se hablaba de la enfermedad del emperador. La corte entera pasaba el tiempo en especulaciones. El soberano tenía un único retoño habido de su esposa Shokyoden, hija a su vez del nuevo ministro de la derecha, pero el niño tenía sólo dos años y no contaba mucho. Parecía lógico que abdicara en favor del heredero aparente, el hijo de Fujitsubo y del ex emperador, ^[149] pero también era menor de edad. En aquellas circunstancias Suzaku se debatía en un mar de confusiones y lamentaba profundamente no poder contar con Genji para aconsejarse. Finalmente tomó una decisión y, prescindiendo de la aprobación de Kokiden, decretó una amnistía general.

A lo largo de todo el año anterior Kokiden había estado enferma, y los prodigios y augurios no habían dejado de producirse, asustando a los espíritus más timoratos de la corte. Si, en un principio, los problemas de visión de su majestad habían mejorado considerablemente, quizás gracias a sus estrictos ayunos, en los últimos tiempos parecían haber vuelto a

agudizarse. En el séptimo mes, con el ánimo profundamente deprimido, el soberano hizo proclamar un segundo decreto reclamando expresamente el regreso inmediato de Genji.

El exiliado estaba seguro de que tarde o temprano el perdón llegaría, y, en cuanto comprobó que llegaba mucho antes de lo previsto, se alegró profundamente. Y, sin embargo, la idea de abandonar la costa de Akashi no dejaba de provocarle inquietud. La noticia llenó de desazón al pobre monje por más que reconociera la justicia de la medida imperial, y procuraba convencerse de que debía prevalecer el interés de Genji, que tan injustamente había sido tratado. Por aquel entonces Genji visitaba ya a la dama todas las noches.

Desde el sexto mes la muchacha había mostrado unos síntomas que complicaron mucho su relación. Una aventura desafortunada parecía a punto de culminar justamente en el mismo momento en que iba a desintegrarse. Genji maldecía la perversidad del hado, que parecía gozar sirviéndole todos los días nuevas sorpresas desagradables. La pobre dama se había hundido en la depresión y nadie podía criticarla por ello. Genji, por su parte, había partido hacia su exilio con el pensamiento reconfortante de que algún día regresaría a la capital, y ahora lamentaba perder de vista la costa de Akashi para siempre.

Los hombres de su cortejo estaban encantados con los preparativos para la partida definitiva. Un día llegó una pequeña embajada de la ciudad para ayudarles a empaquetar para la marcha, y sólo se mostraba extremadamente sombrío su anfitrión, el monje y ex gobernador. A fin de mes Genji se sentía de nuevo embargado por tristes pensamientos, y se reprochaba duramente haberse dejado arrastrar por su debilidad de carácter a aventuras amorosas absurdas por las que ahora estaba pagando un precio exorbitante que le impedía participar de la alegría que vibraba a su alrededor.

«En qué complicaciones se mete a la menor ocasión...», comentaban los que conocían su secreto. «Siempre le pasa lo mismo. Durante un año pareció ignorarla por completo. Y ahora que debía haberse acostumbrado a estar solo, empieza de nuevo con la vieja historia de siempre...» Yoshikuyo era quien más incómodo se sentía: sabía que sus compañeros le hacían

responsable de cuanto había pasado. Sus continuas alabanzas a la muchacha habían acabado despertando el interés de Genji.

Dos días antes de su partida Genji fue a visitar a la dama y salió de su casa antes de lo habitual. Fue la primera vez que la vio a la luz del día y su radiante belleza le asombró. Procuró confortarla prometiéndole que se la llevaría a la capital en cuanto se presentase una ocasión favorable, y rubricó sus promesas con abundantes lágrimas. Ella se dijo que aquella muestra de afecto era todo cuanto se merecía y podía desear, y que la apostura sin igual de él —los ayunos no habían hecho sino incrementar su gallarda esbeltez— sólo ponía de relieve cuan por encima de ella estaba. Las olas se quejaban bajo la acción de los vientos de otoño, el humo que salía de los hornos de sal trazaba sutiles líneas en el cielo y todo en la naturaleza que les envolvía se combinaba para conjurar una imagen de soledad y melancolía. El dijo:

—Aunque debamos separarnos durante un tiempo, el humo de estos fuegos me seguirá a donde vaya.

Y ella respondió:

—Dejemos que los pensamientos tristes se quemen en la playa como algas secas. ¿Qué sentido tiene pedir más de momento?

Luego calló, llorando en silencio: aquel poema un tanto convencional expresaba mucho más de lo que parecía.

Hacía tiempo que no tocaba el koto para él.

—Déjame escucharte una vez más, y que la melodía se grabe en mi corazón como un recuerdo indeleble.

El príncipe tomó el koto de siete cuerdas que había traído de la capital y desgranó una melodía extraña que voló como un pájaro exótico en alas de la brisa de la medianoche. Incapaz de resistirse, el anciano puso su koto de trece cuerdas en manos de su hija que, sintiéndose inspirada, procedió a afinarlo con sumo cuidado. Su manera de tocar revelaba una esmerada educación unida a una elegancia natural. Genji había considerado siempre

incomparable la manera de tocar de Fujitsubo, que la corte tenía por la mejor especialista de koto japonés de su tiempo, aunque quizás influyeran también en la opinión general su rango y su hermosura. La música que hacía la dama que tenía delante era muy distinta: mucho más tranquila y misteriosa y tan rica en armónicos que parecía llegar de otros mundos. Desgraciadamente, en cuanto cesó el asombro inicial del príncipe y se dispuso a escucharla con la máxima atención, ella dejó de tocar. Genji se sintió profundamente defraudado, aunque se culpaba a sí mismo. ¿Cómo era posible que, habiendo vivido casi un año en aquel lugar, no hubiese insistido para que le tocara una y otra vez?

—Toma este koto —le dijo, acercándole el suyo— para que me recuerdes. Algún día tocaremos juntos.

Su respuesta no se hizo esperar:

—Palabras vanas y un koto para tranquilizarme. Su voz se convertirá en la de mi llanto por toda la eternidad.

Al ver que no confiaba en sus promesas, Genji replicó:

—No cambies nunca la afinación de la cuerda de en medio. ^[150] Si no lo haces, nos volveremos a encontrar.

»Y prometo que ocurrirá antes de que el instrumento se haya desafinado...

La dama rompió a sollozar amargamente.

El día de la partida Genji se levantó antes del alba. Aunque tuvo muy poco tiempo para sí mismo, consiguió escribirle una nota:

«Tristes están las olas al retirarse de la playa. Triste estoy yo, al dejarte atrás.»

Y ella contestó:

«Si te vas, mi cabaña de bambú será pronto una ruina. ¡Ojalá pudiera retirarme con las olas!»

No era un mal poema, e hizo llorar a Genji muy a pesar suyo. Después de todo, no es imposible llegar a amar lugares hostiles, decían los que desconocían su secreto. Los que lo sabían, empezando por Yoshikiyo, estaban un poco celosos, porque pensaban que Genji había conseguido un éxito más. Pero no voy a extenderme sobre las lágrimas que se derramaron.

El anciano había preparado unas ceremonias de despedida fastuosas cuidando hasta el menor detalle. Distribuyó generosamente espléndidas ropas de viaje entre todos, empezando por los pajes de inferior categoría (la gente se preguntaba de dónde las había sacado), y los regalos que hizo a Genji fueron también magníficos, hasta el extremo de que hubo de prestarle hombres para que llevaran el montón de cajas que los guardaban. Su hija había sujetado con un alfiler una nota a un *uchiki* de viaje, que decía:

«Lo hice para ti, pero el agua salada lo ha mojado. Me pregunto si te desagradará y lo tirarás.»

A pesar de la confusión que reinaba por doquier, el príncipe le envió una de sus camisas con una nota: «Tuviste una buena idea...

»Recibe esta camisa, y que sea un símbolo de los días que separan este momento del de nuestro reencuentro.»

Ella la guardó en el cofre de sus tesoros: era de un tejido finísimo y despedía una fragancia exquisita. ¿Cómo podía dejar de conmovérla? El anciano monje, cuyo rostro arrugado recordaba ciertas conchas que abundan en aquella playa, hacía sonreír a los jóvenes de la comitiva del príncipe, diciendo:

—He renunciado al mundo, pero la idea de que no os veré regresar a la ciudad... Lo cierto es que

»Cansado de vivir y atezado por los vientos marinos, me siento incapaz de abandonar ya esta costa.

Y añadió, dirigiéndose a Genji:

—Déjame al menos que te acompañe hasta la frontera de la provincia. Y si alguna vez piensas en mi hija, envíale alguna cosa que se lo dé a entender...

—Existen razones muy especiales que harán imposible que la olvide —le respondió el príncipe—. Muy pronto sabrás cuáles son mis verdaderas intenciones. Si ahora te parezco poco alegre, achácalo al dolor que me causa partir...

»Lloré en primavera al dejar la ciudad.
Lloro en otoño al abandonar mi casa junto a las olas.

»¿Qué más puedo hacer?

Y una vez hubo pronunciado estas palabras, se puso en marcha con su cortejo.

Pasaron los primeros días y la dama de Akashi procuraba por todos los medios que nadie se percatara de su pena: estaba convencida de que, a pesar de las protestas de Genji, la diferencia de rangos haría imposible cualquier clase de vínculo. Su madre trataba en vano de consolarla:

—¿En qué hemos estado pensando? —dijo, y, dirigiéndose a su marido, añadió:— ¡Tú y tus ideas extravagantes! Y yo hubiera debido andar con mucho más cuidado...

El pobre hombre trataba de animarlas aunque sin demasiada convicción, mientras todas las mujeres de la casa, empezando por la madre y el ama de la muchacha, le culpaban por haber recurrido a métodos absurdos para asegurar el futuro de su hija:

—Durante años hemos estado rogando a los dioses para que nuestra hija tuviera la vida que una muchacha como ella se merecía, y todo parecía ir bien... ¡Y ahora todo se ha torcido!

Tenían razón: seguramente el monje se había mostrado demasiado exigente. En pocos días envejeció considerablemente, y se pasaba la vida en cama. Una noche se levantó y buscó su rosario de cuentas sin encontrarlo. Viendo que no aparecía por ninguna parte, se presentó ante sus discípulos con las manos vacías. Los juntó y se puso a suplicar, y los muchachos se rieron para sus adentros. Aún se rieron más cuando el pobre viejo se lanzó a una peregrinación a la luz de la luna en el curso de la cual se cayó a un arroyo y se torció el pie con una de las piedras de su jardín, una piedra que había escogido en tiempos con sumo cuidado por su extraña forma. Y, sin embargo, el dolor físico tuvo el efecto de hacerle olvidar temporalmente sus preocupaciones.

Mientras Genji, de regreso a su casa, se detuvo en Naniwa para purificarse. No tuvo tiempo de ir al santuario de Sumiyoshi, pero envió un mensajero a fin de que informara a los sacerdotes de que tenía intención de visitarlo en un futuro próximo para cumplir sus votos. Su cortejo había ido aumentando y ahora parecía casi un ejército. Cuando llegó a la ciudad, se dirigió a la mansión de Nijo. Allí le esperaban muchos que, sabiendo que había recuperado el favor imperial, deseaban ser los primeros en congradarse con él. Murasaki no cabía en sí de gozo. En el tiempo que había durado el exilio había madurado y parecía más bella que nunca. Su larga cabellera lucía gruesa como el tronco de un árbol. Al fin vivirían juntos y en paz, pensó Genji, pero en este mismo instante le vino a la mente la imagen de la dama que acababa de dejar atrás junto a la playa de Akashi. ¿Por qué se buscaba siempre complicaciones?

Cuando estuvieron solos, le habló de la dama de Akashi. Mientras lo hacía, una nube sombría pareció cubrirle la cara, pero ella le susurró, citando un poema muy conocido: —*En cuanto a mí, no me preocupa en absoluto.* ^[151] Genji sonrió: ¡con qué elegancia había expresado Murasaki su reproche ante lo que le acababa de contar! Incapaz ahora de apartar su mirada de ella, se preguntaba cómo había logrado sobrevivir tanto tiempo lejos de su amor.

En muy poco tiempo le fueron devueltos todos sus cargos y se le nombró presidente del Consejo de Estado. También sus hombres se vieron

rehabilitados. Fue como si, en una noche, la primavera estallara en un árbol moribundo llenándolo de hojas. El emperador le hizo llamar, y, mientras hablaban, el soberano notó enseguida cuánto le había mejorado físicamente el exilio, mientras los cortesanos les observaban llenos de curiosidad. Las que más se alegraron de su regreso —y no dudaron en expresar su alegría de forma bastante ruidosa— fueron las damas que ya habían servido en la corte en tiempos de su padre. El emperador, que era muy tímido, se había vestido con magnificencia para recibirlo, y, a pesar de ello, se le veía pálido y enfermizo al lado de Genji, aunque había que reconocer que en los últimos días su estado de salud había mejorado notablemente. Hablaron largo y tendido de muchas cosas hasta que se hizo de noche y la luna iluminó la escena. *El* emperador estaba muy emocionado.

—Hace tiempo que no tenemos música —le dijo—, y hace años que no escucho algunas de mis canciones favoritas...

Genji le respondió:

—Abandonado junto al mar, pasaron los años... Los mismos años que la sanguijuela tardó en ponerse de pie. ^[152]

El emperador le contestó haciendo votos para que nunca más la vida volviera a separarlos.

La primera cosa que hizo Genji después de tomar posesión de sus cargos fue mandar que se procediera a una lectura del Sutra del Loto en memoria de su padre. Luego fue a visitar al heredero aparente, que había crecido mucho durante su ausencia, y se emocionó profundamente al notar la alegría del muchacho al saludarlo. Le informaron de que había superado sus estudios con brillantez y de que estaba perfectamente capacitado para gobernar. También fue a ver a Fujitsubo, y ambos mantuvieron una conversación afectuosa y tranquila.

Cuando la danzarina de Gosechi que había pasado en barco por Suma junto con su padre, el secretario del virrey de Kyushu, tuvo conocimiento del regreso y la rehabilitación del príncipe, se sintió un tanto decepcionada

porque Genji no le había enviado ninguna carta, y le hizo llegar una nota prohibiendo al mensajero revelar su origen. Decía:

«Un navegante que, con el corazón dolorido, dejó atrás la costa de Suma, quisiera que vieras sus mangas, húmedas desde aquel día.»

El príncipe hubo de reconocer que su caligrafía había mejorado notablemente desde los días de Suma, pero no tanto como para que él no reconociera a la autora del poema. Le respondió así:

«Soy yo y no tú quien debería quejarse...
Mis mangas no se han secado desde tu última carta.»

No la había tratado mucho, pero conservaba un buen recuerdo de ella. Se juró, sin embargo, que no volvería a embarcarse en nuevas aventuras. También envió un mensaje a Hanachirusato, anunciándole su regreso, que la hizo más desgraciada que feliz. ¡Al menos mientras estaba en Suma podía compadecerle!

Al enviar los hombres que el monje le había prestado de vuelta a Akashi, les confió una carta compuesta en secreto para la dama que había dejado allí esperando un hijo suyo. Decía:

«¿Cómo pasas las noches mientras las olas retumban?

»Me pregunto si la bruma matinal todavía se levanta en Akashi, la playa de las noches solitarias...»

**Segunda parte EMPERADOR EN LA
SOMBRA**

Capítulo 14 Las boyas del estrecho

I

Desde la noche en que vio a su padre en sueños durante su exilio en Suma, el príncipe Genji no había dejado de pensar en el viejo emperador. Deseando contribuir a aliviar sus penas, una vez en Heian ordenó que se leyera el Sutra del Loto en el décimo mes, y toda la corte se dispuso a preparar la ceremonia de las Ocho Lecturas como si nada hubiese ocurrido. Su exilio había sido olvidado y Genji había recuperado el favor de todos, o de casi todos, pues Kokiden, la esposa principal de su padre y madre del emperador reinante, a pesar de hallarse gravemente enferma, continuaba furiosa por no haber sido capaz de acabar con él de una vez por todas.

Pero el emperador Suzaku, por más que temiera a su madre, estaba convencido de que, si desobedecía las instrucciones de su difunto padre, caería una gran calamidad sobre el reino. Desde que había ordenado el regreso de Genji poniendo fin a su castigo, su vista había mejorado considerablemente, pero no conseguía librarse de la melancolía que embargaba su espíritu. Como estaba convencido de que sus días en el trono estaban contados, quería dejar resueltas una serie de cuestiones importantes mientras aún estuviera en condiciones de hacerlo, y llamaba continuamente a Genji a palacio para consultarle sobre temas de estado. Con ello el emperador se ganó el favor de todos.

A medida que se acercaba el día de su abdicación, su preocupación por el futuro de Oborozukiyo aumentaba.

—Tu padre ha muerto —le dijo—, y mi madre está peor cada día. Siento que me queda poco tiempo en este mundo y temo que todo cambie a peor el día que yo muera. Me consta que hay alguien que siempre has preferido a mí, pero puedes estar segura de que no hay nadie que te quiera más que yo. Me consumo pensando en qué vas a hacer. Aunque tu amigo esté dispuesto a velar por tu persona, mucho me temo que no se tome las molestias que yo me tomaría para hacerte feliz.

El emperador estaba deshecho en llanto. Al oírlo, las mejillas de la dama se tiñeron de escarlata. Al darse cuenta de que la había hecho avergonzarse, el hombre se compadeció de ella, y, vencido por su encanto, hizo cuanto pudo para darle a entender que había olvidado sus agravios.

—¿Por qué no me has dado un hijo? Estoy seguro de que no tardarás mucho en tener uno con el hombre por el que siempre te has sentido atraída, y será una lástima que su padre sea él y no yo, porque nunca podrá aspirar al trono imperial.

Las observaciones de Suzaku sobre su pasado y su futuro humillaron profundamente a la dama, y no se sentía capaz de mirar a su interlocutor a la cara. El emperador era un hombre hermoso y educado, y sus atenciones hacia ella a lo largo de los últimos años, que le habían otorgado un lugar de indudable privilegio en la corte, mostraban un afecto sincero y profundo, pero lo cierto es que nunca había sido feliz. Genji, con todo su atractivo y capacidad de seducción, no se había portado bien con ella. ¿Cómo había podido ceder a sus encantos con la inconsciencia de una niña mimada, dañando irreparablemente su nombre y provocando el castigo de él? Ahora se hacía mil recriminaciones y hubiese dado lo que fuera por reescribir su pasado.

En el segundo mes del año nuevo tuvo lugar la ceremonia de iniciación del heredero aparente. Aunque sólo tenía once años, estaba muy desarrollado para su edad y todos opinaban que se parecía asombrosamente a su tutor, el príncipe Genji. Nada había de malo en ello: ¿podía la naturaleza haber elegido mejor modelo a la hora de formar al que iba a regir

los destinos del país en un futuro no muy lejano? Sólo su madre, Fujitsubo, ahora abadesa, observaba el creciente parecido con horror, convencida de que tarde o temprano daría lugar a las peores sospechas. El primero en sentirse orgulloso de los méritos del jovencito era el propio emperador, y, cuando su madre menos lo esperaba, abdicó. Kokiden, cogida por sorpresa, se sintió profundamente disgustada, por más que su hijo le aseguró que la razón última de su abdicación había sido disponer de más tiempo para estar a su lado y cuidarla. Designaron heredero aparente al hijo que había tenido con Shokyoden.

Todo cambió en cuestión de días y la impresión de la corte era que se acababa de vivir una auténtica «restauración». La alegría que había reinado en tiempos del viejo emperador volvió a adueñarse de palacio. Genji, hasta entonces presidente del Consejo, fue promovido a ministro de palacio o del «centro», pues, hallándose ya ocupados los puestos de ministro de la derecha y de la izquierda, de momento hubo que investirlo con este cargo de carácter extraoficial.

—No estoy capacitado para tanto —se quejó Genji, y pidió que se llamara a su suegro, el padre de su difunta esposa Aoi, que en tiempos fuera ministro de la izquierda, y se le nombrase regente.

—Dimití por mi mala salud —protestó el anciano—, y ahora soy más viejo aún y todavía más inútil.

Genji replicó que en China grandes estadistas, que en tiempos de discordias civiles se habían retirado a las montañas, no habían considerado vergonzoso volver a la política con sus luengas barbas blancas a cuestras una vez alcanzada la paz. Es más: el pueblo había acabado venerándolos como auténticos sabios y santos. Y todo el mundo estaba de acuerdo en que, si un funcionario había dimitido por enfermedad, una vez curado podía volver a hacerse cargo de sus funciones. Incapaz de encastillarse en su negativa, el hombre acabó cediendo y fue nombrado gran canciller con plenos poderes a la edad de sesenta y tres años. Se había retirado en parte porque los asuntos de estado no se llevaban a su gusto, pero todo volvía a ser como antes. También sus hijos, cuyas carreras se habían visto seriamente perjudicadas en el reinado anterior, volvieron a ser requeridos para puestos de

responsabilidad. To no Chujo se convirtió en consejero privado de segunda clase, y una de sus hijas, que tenía a la sazón doce años, empezó a ser educada para ser enviada a la corte en cuanto tuviera edad suficiente. El muchacho que en tiempos cantara con tanta gracia la balada «Takasago» pasó a ser paje del emperador y se le pronosticaba un gran futuro. De una forma u otra, toda la numerosa progenie de To no Chujo fue tratada con enorme generosidad para envidia de Genji, que sólo tenía un hijo, Yugiri.

Yugiri era muy hermoso y fue destinado al cortejo del heredero aparente. Y, sin embargo, su abuela, la princesa Omiya, siguió encerrada en su dolor a pesar del cambio experimentado por cuantos la rodeaban. La reciente felicidad sólo sirvió para devolverle el recuerdo de su hija Aoi, cuya muerte prematura había supuesto el comienzo del período de adversidades que acababan de atravesar. Sólo se consolaba pensando que su desaparición le había ahorrado compartir la caída en desgracia de su esposo y su largo exilio, que hubieran sido una tortura casi insoportable para su orgullo. Ahora que Genji había recuperado el favor imperial, ni siquiera esta idea podía ya aliviarla. Genji siguió tan devoto de la familia de su esposa como siempre y no dejaba pasar ocasión de gratificar con algún regalo a quienes habían permanecido a su lado en los tiempos difíciles. Todas las mujeres que servían en la casa de Sanjo le adoraban.

También se mostró generosísimo con las mujeres que, como Chujo o Nakatsukasa, habían prestado fielmente sus servicios en su mansión de Nijo durante su ausencia. La primera medida importante que tomó respecto a su palacio fue hacer reconstruir el ala este, que pensaba utilizar para dar cobijo a ciertas mujeres infortunadas por las que sentía un indudable cariño, como la infeliz Hanachirusato.

Nada se ha dicho hasta ahora sobre la dama de Akashi, a la que había dejado esperando un hijo al regresar de su exilio. En los primeros tiempos, la cantidad de asuntos públicos y privados que hubo de atender habían hecho prácticamente imposible que se interesara por ella tal como hubiese deseado. Cuando llegó el tercer mes, y aunque no se lo confió a nadie, empezó a pensar en ella con especial intensidad, pues le constaba que no faltaba mucho para el parto. Incapaz de esperar por más tiempo, envió un

mensajero, que regresó con la noticia de que el día dieciséis de aquel mismo mes la dama había dado a luz una niña. La idea de que tenía una hija —su primera hija— le llenó de alegría. Se reprochaba vivamente no haber traído consigo a la madre a la capital para atenderla como se merecía en el trance del parto... Lo cierto es que su ternura hacia la dama de Akashi renació con fuerza y apenas podía soportar la idea de cómo se había comportado con ella...

En cierta ocasión un adivino le hizo saber que tendría tres hijos, de los cuales el primero y el tercero subirían al trono imperial, mientras que el segundo sería gran canciller y el hombre más poderoso del país. Todo hacía pensar que el oráculo, confirmado por numerosos fisonomistas y astrólogos, iba a cumplirse. Por el momento, la ascensión de su hijo Reizei al trono era prueba indudable de que alguna verdad había en ello. Sabía que él mismo no podía aspirar al título de emperador, a pesar de haber sido el hijo predilecto de su padre, y se había resignado a ello. Y, aunque el mundo ignoraba que el nuevo emperador era hijo suyo, a él le constaba que era así, de modo que las profecías se estaban cumpliendo. Si la hija que acababa de nacer estaba destinada a ser emperatriz, resultaba vergonzoso que hubiese permitido que naciera en un lugar tan extraño. Quería enmendar esta falta y esperaba poder alojar a la madre y a la hija en su propio palacio en cuanto las obras del ala este estuvieran concluidas.

El temor de que en Akashi resultara difícil encontrar amas de cría capaces no le dejaba vivir. Entonces recordó la historia de una joven huérfana, hija de una dama de la corte del viejo emperador y de su esposo, que había desempeñado el oficio de chambelán, que, embarazada por un hombre poco honorable que luego la abandonó, acababa de parir. La mandó a buscar con el propósito de contratarla, y, siendo la chica pobre y viéndose en un trance desesperado, no fue difícil convencerla para que dejase su casa medio en ruinas y aceptara el trabajo que se le ofrecía. No obstante, no acababa de decidirse y a punto estuvo de echarse atrás. Un día, el propio príncipe fue a visitarla en secreto. La joven consideró su visita un gran honor y se puso a su disposición. Como el día era propicio, Genji la envió inmediatamente a Akashi.

—Puede parecer duro —se excusó Genji— que se te envíe a una provincia para que cuides a la hija de otros, pero tengo sumo interés en que vaya allí alguien de tus características. Me consta por experiencia que te resultará aburrido, pero procura soportarlo como lo soporté yo.

Y pasó a describirle el lugar y a informarla de cuáles iban a ser sus obligaciones.

Como la muchacha había estado en la corte, Genji la había entrevisto alguna vez. Había adelgazado considerablemente por los sinsabores que le había tocado sufrir. En cuanto a su casa —dignísima en otro tiempo—, estaba muy abandonada y el jardín parecía una jungla tapizada de hierbajos. ¿Cómo había podido sobrevivir tanto tiempo en una casa como aquélla?

—Imagínate que cambio de idea y te hago quedar aquí —dijo bromeando el príncipe, porque, a pesar de su delgadez, la muchacha seguía siendo francamente hermosa y Genji no podía apartar los ojos de ella.

Ella pensó que, si su destino era servir a Genji, mejor hacerlo en Heian que en un lugar remoto. El hombre improvisó un poema:

—Cierto es que no he tenido la suerte de conocerte antes. Y resulta triste poner fin a una amistad que hace tan poco que ha nacido.

»Tal vez debiera acompañarte.

Ella le respondió, sonriendo:

—No lamentas, creo, que debemos despedirnos. Lamentas no acompañarme para visitar a alguien...

Admirado por su ingenio, Genji sintió aún más que se marchara.

Escoltada por hombres de absoluta confianza —nadie debía saber nada de todo aquello—, la muchacha partió de Heian en un carro de bueyes. La acompañaba un generoso cargamento de regalos que Genji enviaba a madre e hija, desde una espada para las ceremonias hasta ropas y objetos de lo más variado, todos de un gusto exquisito. Tampoco faltaban obsequios para el

ama de cría, para que la compensaran de algún modo por el largo viaje que le esperaba.

Genji sonreía al pensar en la alegría que la llegada de aquella nieta tenía que haber provocado en el eclesiástico, y lo importante que se debía de sentir el buen hombre. Al fin sus dudas se habían disipado: la dama de Akashi le importaba mucho y probablemente ello tenía algo que ver con alguna vida anterior. Quería hacerle saber que cumpliría todas las promesas que le había hecho y que, de un modo u otro, se la llevaría a vivir a la capital con su retoño. En una carta confiada al ama se lo comunicaba con este poema:

«Un día mis mangas serán tu refugio
aunque llegues a cumplir tantos años como el
Fuji.»

La viajera llegó a la frontera de Harima en una embarcación y desde allí prosiguió su viaje hasta Akashi a caballo. El anciano era el hombre más feliz del mundo y sentía hacia Genji una gratitud infinita. Para demostrarlo, se inclinó solemnemente en dirección a la capital con las manos levantadas. Al comprobar el favor del príncipe, su hija y su nieta pasaron a convertirse a sus ojos en criaturas casi celestiales. Y hay que reconocer que la recién nacida había sido agraciada con una belleza casi sobrenatural que el ama fue la primera en percibir: no, la ansiedad de Genji estaba más que justificada. Al contemplar aquella criatura hermosa que dormía en sus brazos, todas las dificultades y molestias de su largo viaje se borraron de su mente como una pesadilla.

Durante los últimos meses la dama de Akashi había estado profundamente deprimida y creía que no se recuperaría nunca, pero las inmejorables intenciones que Genji le dio a entender la reconfortaron de inmediato. Se levantó del lecho por primera vez después de meses de postración y recibió a sus mensajeros, dándoles la bienvenida. La escolta del ama tenía órdenes de regresar sin demora a la capital, pero ello no impidió a la madre garrapatear un poema para Genji:

«Las mangas que dices son demasiado estrechas para asegurar protección a nadie. El capullo que acaba de florecer necesitará la de las mangas de Buda.»

Genji no había contado aún nada a Murasaki sobre el nacimiento de su hija y estaba seguro de que nadie lo había hecho por él. Pero en cualquier momento la revelación podía producirse. Decidió, pues, anticiparse a los acontecimientos y explicárselo todo:

—Desearía que no hubiese ocurrido —le confesó al final de su narración—. Durante mucho tiempo he estado esperando que tú me dieras descendencia y el hecho de que la criatura haya surgido de donde menos se esperaba no deja de resultar irritante. Pero se trata sólo de una niña, lo cual no deja de complicar menos las cosas. Tal vez debí negarme a reconocerla como mía, pero no fui capaz. Tengo intención de traerla a palacio para que la conozcas. Sólo te ruego que no sientas celos de ella ni de su madre.

Murasaki se ruborizó y le dijo:

—Eres un hombre extraño. Acabarás consiguiendo que me odie a mí misma a fuerza de atribuirme rasgos de carácter que nunca he mostrado. ¿Cuándo y de quién me has visto a mí tener celos? Y sabes perfectamente que no me han faltado motivos...

Genji sonrió.

—No te enfades conmigo, querida mía —le dijo—. Tú también eres una mujer complicada. A veces se te ocurren cosas que ninguna otra mujer pensaría...

La dama recordó cuánto se habían echado de menos el uno al otro durante los años del exilio y las cartas y mensajes que se habían cruzado. Por fuerza este asunto de Akashi no pasó de ser una anécdota, un pasatiempo momentáneo perfectamente perdonable en un hombre que estaba atravesando una situación tan infortunada. De pronto, todo le pareció una broma más del destino.

—Era una muchacha encantadora —prosiguió el príncipe—, pero me temo que mis sentimientos tuvieron mucho que ver con el lugar y las

circunstancias.

Y volvió a hablarle del humo de los hornos de sal que cubría el cielo de Akashi y de la dama que tocaba el koto, de los poemas que se habían intercambiado y de muchas cosas más difíciles de olvidar. Mientras él hablaba, Murasaki pensaba en lo desgraciada que había sido durante todo aquel tiempo, mientras su amado se dejaba arrastrar a una aventura romántica en una playa lejana. Por más que el asunto no hubiera pasado de ser (y en ello insistía él ahora) un mero pasatiempo, no dejaba de resultar admirable la capacidad de Genji para hallar pasatiempos en las circunstancias más adversas. Sin ocultar un deje de amargura, le recitó:

—Me temo que seré yo ahora la que se convertirá en humo y partirá para siempre, aunque no en dirección a Akashi...

Él se defendió:

—¡Esas cosas no se dicen! Estás siendo muy injusta...

»¿Por qué mujer, entre montañas y costas hostiles, estuvo a punto de ahogarme el torrente de mis lágrimas?

«Quisiera que me entendieras... Nuestra vida no va a durar eternamente. Aquí me tienes, haciendo todo lo que puedo para no darte razón alguna para que sientas celos, y este asunto medio olvidado va a interponerse entre los dos...

Genji tomó un koto, lo afinó y se lo acercó. Murasaki, tal vez disgustada por las alabanzas que él acababa de tributar a la excepcional manera de tocar aquel instrumento de la madre de su hija, lo rechazó, diciendo:

—No, no... No estoy dispuesta a competir con virtuosas que me superan en mucho...

A veces sucedía que su buen carácter y dulzura habituales la abandonaban, y se mostraba celosa y resentida, pero Genji seguía adorándola y encontrándola tan incomparable como el primer día. Nunca podría acostumbrarse a vivir sin ella.

La niña iba a cumplir cincuenta días el día cinco del mes quinto y él ardía en deseos de verla. ¡Qué gran fiesta podría organizarse ^[156] en la ciudad! ¿Cómo había podido dejar que la criatura naciera en un lugar tan detestable? De haber sido un niño, tal vez el detalle no hubiese importado, pero tratándose de una niña... Aquella niña había adquirido una importancia inusitada para él, pues, nacida después de tantas penas y sufrimientos, había llegado a la conclusión de que era lo único que daba algún sentido a su absurdo exilio. El destino había querido que él sufriera tanto para que, al final, obtuviera como recompensa del cielo aquella criatura.

No pudiendo hacer otra cosa, envió mensajeros cargados de regalos y vituallas con órdenes estrictas de llegar a Akashi aquel día y ningún otro, y les confió un mensaje con un poema:

«El alga oculta entre las rocas inmutables
disputa en este día la atención de todos a los
iris más bellos.»

Y proseguía, dirigiéndose ahora a la madre:

«La añoranza me consume. Tienes que prepararte para dejar Akashi. No puede ser de otro modo. No debes preocuparte por nada.»

Cuando la dama leyó la carta a su padre, la cara del anciano se distorsionó en una mueca indescriptible de dolor y de alegría. Aunque ya habían hecho preparativos para celebrar adecuadamente la fiesta del quincuagésimo día, sin los mensajeros de Genji y sus presentes no habría resultado tan espléndida como fue.

La madre había simpatizado enseguida con el ama de cría: ambas sabían por experiencia de la dureza de la vida y se entendieron a la perfección. Su padre la había rodeado de mujeres elegidas entre las que se encontraban en el lugar que, por cuna y rango, poco tenían que envidiar a la recién llegada, pero todas eran vejestorios y reliquias del pasado que, desechadas por la corte, habían ido a acabar sus días en aquel triste lugar. El ama destacaba entre ellas por su juventud y elegancia, estaba al corriente de lo que ocurría en el gran mundo y hablaba de la vida en la corte y de Genji con admiración, lo cual llenaba de orgullo a la dama de Akashi. Tanta confianza

puso en ella que le dejaba leer las cartas del príncipe, y, aunque la muchacha demostraba el máximo interés y parecía alegrarse, no dejaba de sentirse un poco celosa al comparar la buena suerte de su ama con su dolorosa experiencia. Genji solía preguntar por ella en sus mensajes, y este detalle la hacía sentirse importante.

La dama de Akashi contestó al príncipe sin afectación:

«La grullita, perdida en una isla, te llama insistentemente, y tú no acudes, por más que estemos en el quincuagésimo día...

»No sé cuánto puede durar una vida ensombrecida por la soledad y sólo iluminada muy de vez en cuando por mensajes que llegan del mundo exterior, pero te ruego que pongas a tu hija a salvo de la incertidumbre cuanto antes...»

Genji se pasaba la vida leyendo la carta y suspirando. Murasaki se dio cuenta de su preocupación y, cierto día en que él paseaba otra vez con la carta en la mano, canturreó: *Estás más lejos de mí que las barcas que, dejando atrás la costa de Mikuma, se dirigen a alta mar..* Él entendió el texto de la canción, y le dijo en tono sarcástico:

—Estás haciendo una montaña de un grano de arena. Sólo puedo decirte que, de vez en cuando, se me presentan recuerdos de la costa y de lo que junto a ella viví, y no puedo reprimir los suspiros. Se diría que te pasas la vida contándolos.

Y le mostró la parte exterior de la carta, en donde aparecía escrito el nombre del destinatario. La caligrafía era digna de la dama más cultivada de la corte. Tal vez así entenderá, pensó, que la dama de Akashi no carece de méritos.

A pesar del cúmulo de preocupaciones que pesaban sobre él, a veces pensaba en Hanachirusato y se reprochaba no haberla visitado todavía desde que estaba de vuelta en la capital. Y, sin embargo, no era suya toda la culpa, pues ella tampoco se había dirigido a él. Cuando llegaron las lluvias del comienzo del verano, se decidió a visitarla. Le constaba que, aunque hacía mucho tiempo que no se veían, él seguía siendo la persona más

importante del mundo para la dama. Por otra parte, el carácter de Hanachirusato no tenía nada que ver con el de tantas damitas que sólo saben recompensar el interés de su hombre con manifestaciones de resentimiento y de coquetería fuera de lugar.

La casa estaba en peores condiciones que nunca. Como de costumbre fue primero al encuentro de la hermana mayor, y sólo bien entrada la noche pasó a los aposentos de la otra. La luz de la luna, tamizada por la bruma, hacía parecer a Genji un personaje de belleza sobrenatural. La encontró sentada junto a la baranda de la galería exterior, y, tímida como era, no fue capaz de levantarse al verlo. La conversación se desarrolló sin que ninguno de los dos se moviera de donde estaba; ella en la galería y él en el porche. Hanachirusato se mostró tan entera y firme como siempre. Mientras hablaban, se oyó el canto metálico de un rascón:

—Si esta ave viene llamando a mi puerta,
¿por qué no he de dejar entrar en mi casa a la
luna?

Su voz se fundió en un susurro que encantó a Genji. El príncipe suspiró: ¿cómo era posible que todas las damas que le habían interesado tuvieran algo especial que las hacía imposibles de olvidar? Con ello sólo conseguían complicarle la vida.

—Si atiendes a la llamada del rascón
acuático, alguna luna habrá a la que abrirás
tus puertas...

«Estoy preocupado...

Con ello no quería dar a entender que dudara de la fidelidad de la dama, pues estaba seguro de que le había estado esperando sin pensar en nadie más. Por eso la quería él también.

Hanachirusato le recordó que, antes de irse, le había advertido que no mirara a la luna brumosa.

—Resulta extraño —dijo ella— que yo, entre todos tus amigos, sea de los que más han llorado tu ausencia, teniendo en cuenta lo poco que te veo

cuando estás aquí. Y no parece que esto vaya a cambiar.

Pero su comentario no sonaba a reproche: incluso cuando le estaba recriminando sus descuidos, aquella dama sabía dar a sus palabras un toque de gentileza y de sentido del humor. La respuesta de Genji estuvo a la altura de las circunstancias, y durante unas horas Hanachirusato se sintió la mujer más feliz del mundo.

Mientras tanto el ex emperador Suzaku vivía plácidamente en su palacio. Ahora que habían cesado los cuidados que su cargo llevaba consigo, se mostraba más animado que antes y se interesaba por las fiestas y los conciertos que se celebraban en su casa a medida que una estación sucedía a la otra. A pesar de todo lo sucedido, su concubina favorita seguía siendo Oborozukiyo. Resultaba sorprendente que, de entre todas las mujeres que aún conservaba a su alrededor, fuera Shokyoden, madre del heredero aparente, la que menos atenciones recibía del soberano jubilado. Destinada a velar por el príncipe heredero, ahora vivía con su hijo en el Pabellón de la Pera, no lejos de Genji. No era infrecuente que los que se ocupaban del futuro emperador fueran a pedir consejo e instrucciones al «príncipe resplandeciente».

En cuanto a Fujitsubo, al haber entrado en religión no pudo ya recuperar su rango, pero se le reconocieron los emolumentos propios de una emperatriz madre y se le asignaron los servidores que le hubiesen correspondido de no haber abandonado el mundo. La monja pasaba el tiempo dedicada a toda suerte de devociones y ritos, que celebraba con la mayor solemnidad imaginable. Durante el exilio de Genji había tenido cerradas las puertas del palacio imperial: ahora todo había cambiado y, siendo su hijo el nuevo emperador, Fujitsubo podía entrar y salir de la corte siempre que le venía en gana para desesperación de Kokiden, su antigua rival. Genji, que no era vengativo, procuró que a su enemiga de siempre no le faltase de nada, pero Kokiden se sintió más humillada que nunca, y seguía detestándolo con todas sus fuerzas. Como es natural, la corte la criticaba duramente por ello. En lo que respecta al príncipe Hyobu, padre de Murasaki, que se había puesto del lado de la facción dominante cuando

Genji cayó en desgracia, tampoco tomó medida alguna contra él, pero procuró mantenerlo a distancia.

Genji y su suegro se dividían la gestión de la cosa pública, y cuando la hija de To no Chujo se presentó en la corte en el octavo mes, el mismo gran canciller se ocupó de que las ceremonias fuesen magníficas. En cambio, cuando el príncipe Hyobu quiso introducir a su segunda hija en el palacio imperial, por más que derrochó tiempo y dinero, hubo de chocar fatalmente y muy a pesar suyo con la frialdad de Genji.

II

En otoño Genji peregrinó al santuario de Sumiyoshi para dar las gracias porque todas sus preces habían sido escuchadas. Quiso el azar que llegara el mismo día que la dama de Akashi había elegido para visitar el templo, tal como venía haciendo cada medio año. Esta vez, sin embargo, tenía un especial significado: quería disculparse por no haber acudido en todo el año anterior. Llegó en barco y cuando la embarcación hubo atracado, la playa estaba llena de ofrendas maravillosas, numerosos porteadores iban en dirección al santuario cargados de regalos y grupos de danzarines animaban el lugar con sus evoluciones.

—¿Quién habrá organizado este festejo? —preguntó uno de sus hombres.

Y un pobre hombre que le oyó, le dijo, riendo:

—¿Cómo es posible que ignores que el ministro Genji ha venido a Sumiyoshi para cumplir sus votos?

La dama quedó atónita: ¿cómo había elegido precisamente aquel día entre todos los del año? Ahora le tocaría contemplar la gloria que rodeaba a su amante como una espectadora más entre la multitud y sufrir la tortura de ver públicamente puesta en evidencia su inferioridad respecto del príncipe. ¿Qué pecado había cometido en una vida anterior para que hubiese tomado la decisión de viajar sin enterarse previamente de quién iba a estar allí durante su visita? No le quedaba más remedio que irse lo más deprisa posible y ocultar su dolor al mundo.

El cortejo de Genji era numerosísimo. Sus hombres, vestidos en tonos oscuros y brillantes, destacaban como las hojas del arce y las flores del cerezo sobre el color verde profundo de las copas de los pinos. Entre los cortesanos de sexto rango, impresionaba el secretario imperial por sus ropajes verde y oro. También estaba allí Yoshikiyo, ahora oficial de la guardia, que parecía muy orgulloso de su atavío escarlata. Casi todos los hombres que la dama había tenido ocasión de conocer en Akashi se encontraban allí, mezclados con la muchedumbre, prácticamente irreconocibles debido al lujo de su vestuario. Las sillas, arreos y gualdrapas de los caballos de la comitiva eran tan espectaculares que los pobres rústicos de Akashi, mudos de admiración, no sabían qué cara poner.

El hecho de contemplar todo aquel esplendor y no ver a Genji desesperaba a la pobre dama. Para honrar al príncipe se le había concedido una guardia de diez pajes que cabalgaban junto a su coche, distinción muy especial que se asociaba con el gran ministro Toru, cuya afición a la magnificencia resulta todavía proverbial. Todos los muchachos tenían la misma estatura, iban vestidos con suma elegancia y llevaban los cabellos recogidos a ambos lados de la cabeza con cintas blancas y rojas. Incluso Yugiri, que no podía faltar, llevaba consigo a sus mozos de establo vestidos al modo de pajes imperiales.

La dama de Akashi creía estar contemplando un mundo de dioses que se movían entre nubes doradas, al lado del cual su hijita resultaba del todo insignificante, de modo que optó por inclinarse ante el santuario y rezar con fervor mientras el gobernador de la provincia salía a recibir a Genji y le invitaba a un banquete digno de un emperador. La dama no pudo más: si

sigo con mis miserables ofrendas, pensó, haré el ridículo, porque el dios ni se dará cuenta... Pero mi viaje carecerá de sentido si doy media vuelta y me voy a casa... De modo que sugirió a sus hombres que se dirigieran por mar a Naniwa para celebrar allí las ceremonias de purificación.

Ignorante de todo, Genji pasó la noche entera cumpliendo sus votos. Preciso es reconocer que se excedió a sí mismo en cuanto a la novedad y belleza de las danzas que organizó en honor de la divinidad. Sus hombres, empezando por Koremitsu, sabían cuánto debía él al dios, de modo que cuando Genji regresó del santuario, Koremitsu le hizo entrega de este poema:

«Los pinos de Sumiyoshi me hacen
recordar aquellos días en que éramos vecinos
del dios.»

Muy adecuado, pensó Genji, y añadió por su cuenta:

«Recordando aquellos terribles vientos y
olas, ¿voy a olvidarme del dios de
Sumiyoshi?

»Sí, no hay duda alguna. Todo lo debo a su intervención...»

Genji escuchó con gran sorpresa la narración que le hizo Koremitsu sobre una embarcación procedente de Akashi, que había fondeado delante del santuario, para luego, a la vista de la multitud que había tomado el templo y sus alrededores, hacerse a la mar otra vez. El príncipe pensó inmediatamente en la dama, y la posibilidad de que con su presencia le hubiera cerrado el acceso al santuario le dolió profundamente. Ahora estaba, además, totalmente convencido de que había sido el dios de Sumiyoshi quien había propiciado su encuentro con la madre de su única hija. Deseoso de dar con ella, abandonó Sumiyoshi y visitó varios lugares cercanos, ordenando grandes ceremonias en los siete estrechos de Naniwa. Allí, al contemplar las boyas del estuario del Horiye, murmuró las palabras de un antiguo poema: *Si me arrojo a las olas de Naniwa, tal como sugieren*

las boyas, tal vez nos encontremos en el otro lado...^[157] Al punto le facilitó Koremitsu papel, pluma y tinta, y el príncipe compuso estos versos:

«¿Qué mejor presagio de que nuestro amor saldrá a flote que la visión de esas boyas que sobresalen de las aguas del canal?»

Koremitsu se apresuró a enviar el poema a la dama a través de un mensajero que conocía muy bien el camino. Cuando lo recibió, la joven madre, emocionada por el detalle, se deshizo en lágrimas de alegría.

Era la hora del crepúsculo, y la escena que Genji tenía delante resultaba encantadora: la marea estaba subiendo mientras las grullas chillaban surcando el aire. Estaba ansioso por ver a la dama, y nada importaba lo que la multitud pudiera pensar. No faltaban en el lugar las prostitutas,^[158] que buscaban clientes entre los rangos más elevados, y lo cierto es que muchos cortesanos jóvenes no les hacían ascos. Genji, en cambio, se apartó de ellas: el lugar y la hora eran demasiado hermosos para disfrutarlos en compañía de determinada clase de personas. Detestaba la frivolidad, y los gestos y miradas lascivos de aquellas mujerzuelas no causaban efecto alguno en él.

Genji y su cortejo prosiguieron su viaje de regreso a la capital. Al día siguiente (aprovechando que se trataba de un día propicio), la dama de Akashi regresó a Sumiyoshi y procedió a hacer sus ofrendas con arreglo a sus votos. El incidente sólo había servido para hacerla sentirse más desgraciada. ¿Cómo iba el príncipe a querer saber nada de una persona tan insignificante? Para su sorpresa, se presentó un mensajero: aunque Genji todavía no había llegado a la ciudad, le enviaba una carta. Muy pronto mandaría a buscarla, le aseguraba. La carta la alegró, pero no pudo evitar decirse que se estaba embarcando en un viaje peligroso y de resultados inciertos. ¿Cómo sería su nueva vida bajo un cielo desconocido? ¿Y si todo acababa en desastre? También su padre se mostraba profundamente inquieto. Por otra parte, tampoco la entusiasmaba la idea de seguir viviendo en Akashi. No es de extrañar, pues, que su respuesta a Genji estuviera llena de reticencias y temores.

Olvidé contar que, con la llegada del nuevo emperador, se había nombrado una nueva gran vestal de Ise y que la princesa Rokujo había llevado a su hija de nuevo a la capital. Genji le envió cartas de felicitación, poniéndose a disposición de ambas, pero Rokujo, aunque se alegró de sus mensajes y buenos deseos, no había olvidado la frialdad mostrada por Genji en otras épocas y no estaba dispuesta a ver repetida una historia que tanto dolor le había causado, de manera que le dio a entender que sólo estaba dispuesta a tratarlo «de lejos» como a un viejo amigo, pero nada más. Tampoco él hizo especiales esfuerzos por verla: desconfiaba de sus propios sentimientos y se hallaba en un momento muy delicado de su vida en el que ya no le era posible mantener tantas relaciones simultáneas como había mantenido en el pasado. Y, sin embargo, sentía curiosidad por ver cómo le había sentado el paso de los años a Akikonomu.

Rokujo había hecho reformar y decorar de nuevo su palacio de la Sexta Avenida, y la vida en él recomenzó con brío, convirtiéndose una vez más en lugar de encuentro de espíritus selectos. Aunque se sentía bastante sola, procuraba distraerse volcándose en placeres intelectuales y rodeándose de pintores, músicos y literatos. Y súbitamente cayó enferma. Desde los primeros síntomas tuvo el convencimiento de que tenía los días contados: había estado viviendo durante años en un lugar pecaminoso ^[159] y Buda se sentía ofendido. Cuando Genji se enteró de que se había hecho monja, canceló todos sus compromisos y corrió a su lado porque, aunque la antigua pasión se había extinguido, aquella mujer seguía importándole mucho.

La encontró completamente postrada. Habían rodeado su cama de biombos y colocaron una silla para él junto a la almohada de la princesa para que pudieran conversar. Al comprobar que las fuerzas la estaban abandonando por momentos, Genji se arrepintió amargamente de no haber acudido antes a su lado... Mientras él no paraba de llorar, Rokujo, asombrada ante aquella manifestación de dolor sincero, le perdonó todos sus olvidos e infidelidades e hizo todo lo posible por despertar su interés por otros temas. Le habló de su hija, que acababa de cesar en el cargo de gran vestal de Ise:

—Esperaba vivir lo suficiente —le dijo con un hilo de voz— para dejarla instalada en el mundo, de manera que fuera capaz de defenderse por sí misma... Pero no será así. Te ruego que la tomes bajo tu protección. Ha sido una criatura muy desdichada y debo reconocer que no he sido precisamente la mejor de las madres...

—Me estás hablando como si fuéramos extraños —le respondió Genji—. Esta recomendación sobra: te prometo que haré cuanto pueda por ella...

—Incluso las muchachas que han tenido la suerte de que sus padres se ocupasen de ellas se encuentran como perdidas al fallecer su madre —prosiguió la dama—. Pero mucho me temo que tu tarea será infinitamente más complicada que la de un padre viudo, porque todas las atenciones que tengas para con Akikonomu serán mal interpretadas. Todos las criticarán y tus mejores amigos se pondrán en su contra, empezando por tus mujeres. Estoy entrando en un terreno difícil y que roza el mal gusto, pero debes entenderme... Quisiera morir con la seguridad de que no la harás objeto de un amor *distinto* del de un padre hacia su hija... Si ella contase con mi experiencia, no temería por ella, pero se trata de una persona sin malicia alguna en este terreno que sufrirá lo indecible si llega a ser o a ser confundida con una de tus amantes... ¡Ojalá pudiera dejarla en otras manos!

Genji se sintió casi ofendido por lo que acababa de escuchar. ¿Cómo había podido imaginar Rokujo lo que le estaba diciendo? Con todo, procuró mantenerse en calma y le respondió en tono firme:

—Soy una persona mucho más seria y formal de lo que fui en tiempos, y me asombra y mortifica que aún sigas considerándome un joven atolondrado. Espero que vivas lo suficiente para darte cuenta del cambio...

El cielo estaba oscuro y de vez en cuando se atisbaban relámpagos. Genji se levantó procurando no hacer ruido y se acercó al biombo. A través de una rendija pudo distinguir la silueta yacente de Rokujo. Llevaba la cabeza rapada como las novicias antes de profesar, pero no había perdido ni un ápice de su elegancia y encanto, de modo que aquella cabeza, recostada en la almohada, parecía digna de ser pintada. En el rincón este de la estancia descubrió a otra mujer sentada y con la barbilla apoyada en una mano. Tenía la desesperación pintada en el rostro; Genji intuyó que se

trataba de Akikonomu. Aunque la habitación estaba prácticamente a oscuras, le pareció de una gran belleza. Su cabellera caía, majestuosa, por encima de sus hombros hasta rozar el suelo y la forma de su cabeza era de una rara perfección. A pesar de su aire digno, casi orgulloso, había a la vez en ella algo tierno y delicado que la hacía extremadamente atractiva. Genji procuró sacudirse de encima los efectos que tanta hermosura empezaba a desencadenar en él para no dar la razón a los temores de la madre.

—Me siento mucho peor —dijo la enferma—. No quisiera que fueses testigo de mi agonía. Retírate, por favor.

La enferma hablaba con dificultad, mientras dos mujeres la sujetaban por ambos lados.

—¡Cuánto me hubiese alegrado —dijo Genji— si mi visita hubiera contribuido a mejorar tu salud! ¿Qué enfermedad te aqueja?

La dama se dio cuenta de que Genji la había visto.

—Debo de parecer una bruja horrible... —musitó—. De todos modos, por fuerza hay algún vínculo muy fuerte entre ambos. De lo contrario, no se explica que hayas venido a verme en estos momentos. Ahora que he podido descargar mi mente en tu corazón, ya no tengo miedo a morir.

—Me siento profundamente honrado por el hecho de que me hayas elegido para tus confidencias —le contestó Genji—. Como muy bien sabes, mi padre, el viejo emperador, tenía un montón de hijos e hijas, con los cuales tengo muy poco trato. Pero cuando murió su hermano, el príncipe Zembo, empezó a ver en su sobrina Akikonomu una hija más, de modo que para mí será como una hermana y la ayudaré en todo lo que pueda. Aunque soy bastante más mayor que ella, tengo una familia muy reducida y puedo ocuparme de otras personas...

El príncipe regresó a su mansión y en los días que siguieron envió continuamente mensajeros a casa de Rokujo. A la semana de la visita relatada la dama murió. Su muerte causó un profundo pesar a Genji, que, una vez más, volvió a experimentar en carne propia lo incierto y pasajero de la vida humana, de modo que después de dar las instrucciones oportunas para el entierro, se retiró unos días a un monasterio. Afortunadamente

Akikonomu contaba aún con el servicio que había tenido a su alrededor mientras fue gran vestal de Ise, y ahora le resultó de gran ayuda.

Poco antes del funeral, el príncipe fue a visitarla, pero una criada le hizo saber que Akikonomu se hallaba en un estado lamentable y no podía recibirlo. Genji envió un segundo mensaje recordando a la muchacha que su madre la había confiado a él y no debía considerarlo un intruso o un entrometido. Desde aquel momento se puso a dar órdenes e instrucciones, que el personal de la casa acataba respetuosamente, viendo en él una fuente de autoridad que nada tenía que ver con su frívolo pasado. El funeral resultó magnífico, y en él participaron no sólo los servidores de Rokujo sino casi todo el personal y escuderos de la casa de Genji.

Concluido el funeral, Genji prosiguió su retiro, aunque no dejaba de enviar mensajeros a interesarse por Akikonomu. Cuando la muchacha se encontró algo mejor, empezó a contestarle. Por más que la idea de cartearse con el príncipe la intranquilizaba, tanto su ama como la mayor parte de sus sirvientas insistieron en que sería grosero por su parte negarse a responder a tanta solicitud.

Un día de invierno en que el viento soplaba como mil diablos y la nieve y el granizo caían del cielo sin piedad, Genji se puso a pensar en qué efecto debía de estar produciendo aquel tiempo infernal en la pobre muchacha. Entonces le escribió una carta.

«Ignoro si te gustan las tormentas...

»Desde un cielo dominado por la nieve y
el granizo, su espíritu vela sobre un hogar
dolorido.»

Había elegido un papel azul oscuro, y cuidado todos los detalles que podían llamar la atención de una muchacha joven. Akikonomu no sabía qué contestar pero sus mujeres insistieron en que debía responder ella misma y no confiar la redacción de la carta a sus secretarios. Finalmente tomó un papel de color gris, que hacía resaltar los trazos de tinta, y le envió este poema:

«Quisiera marcharme, pero, cegada por las lágrimas, me siento desamparada como la nieve a quien nadie pregunta sobre qué quiere caer.»

Tenía una caligrafía juvenil, no especialmente estudiada, pero que permitía entrever una buena educación. Lo cierto es que Genji no había dejado de pensar en ella desde que se fue a Ise y ahora no había obstáculo alguno entre ambos. Pero, una vez más, su razón se rebeló contra sus sentimientos. Los temores de la madre no carecían de fundamento —y, de hecho, ya habían empezado a correr rumores por la corte—, pero tomó la decisión firme de actuar tal como la difunta quería y mostrarse un modelo de padre con respecto a Akikonomu.

Cuando el emperador tuviera unos años más, la llevaría a la corte. Como todavía no tenía hijas medianamente crecidas, la trataría como a una hija, de modo que veló para que todos sus deseos se vieran cumplidos y sólo la visitaba de tarde en tarde.

—Tal vez te parezca atrevido por mi parte decirte lo que vas a escuchar —le dijo un día—, pero sólo quisiera que vieras en mí a un sustituto de tu madre. ¿Por qué no procuras tratarme como si fuera un viejo amigo? Me haría muy feliz.

Akikonomu era muy tímida y retraída y, por más que porfiaran sus mujeres para que se mostrase más abierta, le costaba mucho incluso dirigirle la palabra. Genji se consolaba pensando que, como muchas damas de compañía de la muchacha tenían conexiones con la familia imperial, no se encontraría desastida, si su proyecto de introducirla en la corte prosperaba. Le hubiese gustado poder juzgar su aspecto, pero ella le recibía siempre detrás de un *kichó*, y él no se atrevía a tomarse las libertades propias de un padre de verdad ni se sentía suficientemente seguro de sí mismo como para poner a prueba sus sentimientos «paternales». Tan poco seguro estaba de sus verdaderas intenciones que, de momento, no comentó sus planes con nadie. Sea como fuere, se excedió en la preparación de los funerales de Rokujo, que asombraron a todos por su magnificencia.

Pasaban los días y la casa de la muerta respiraba tristeza. Poco a poco los que habían servido a la gran vestal se fueron despidiendo. La mansión se levantaba en el extremo este de la Sexta Avenida, en una zona solitaria de campos y templos. Sólo la voz lastimera de las campanas servía de algún consuelo a la pobre Akikonomu, que se pasaba la vida pensando en la difunta. Aquella madre y aquella hija habían estado más unidas que la mayoría, no se habían separado prácticamente nunca y cuando la madre decidió acompañarla incluso al santuario de Ise mientras la muchacha oficiaba de gran vestal, todos se asombraron muchísimo, pues no se conocían precedentes. La hija hubiese querido acompañar a su madre en su último viaje, de haber sido posible.

No faltaban pretendientes de rangos muy diversos que procuraban acercarse a ella a través de alguna de las mujeres que la servían. Adoptando de una vez por todas el papel de padre, Genji les prohibió que se metieran en estos asuntos. Ni el ama ni nadie tenían derecho a inmiscuirse en una cuestión tan delicada. Temiendo que sus indiscreciones pudieran llegar a oídos de Genji, las mujeres anduvieron desde entonces con sumo cuidado y evitaron dar esperanzas a nadie.

El ex emperador Suzaku recordaba todavía cómo le había impresionado la belleza de Akikonomu cuando tuvieron lugar los ritos de su consagración y partida hacia el santuario de Ise, de modo que, cuando la muchacha regresó a la capital con su madre —entonces él aún no había abdicado—, pidió a la princesa Rokujo que la muchacha fuera a vivir al palacio imperial, donde sería tratada como una hermana más del emperador, una de las cuales había sido nada menos que gran vestal de Kamo, pero Rokujo se resistió a la solicitud, pensando que el emperador tenía ya varias consortes y que a su hija le faltaría en la corte una protección adecuada, sobre todo si el hombre, que no gozaba de buena salud, moría. Fallecida la madre, el ex emperador Suzaku reiteró su solicitud.

Cuando Genji tuvo conocimiento de la petición de su hermanastro, decidió oponerse a ella, porque interfería con sus propios planes dirigidos a asegurar la posición de la muchacha en la corte del emperador reinante. De todos modos, a veces se preguntaba si no estaba actuando por otros motivos

que no osaba confesarse al resistirse tanto a poner a la hermosa joven en manos de otro hombre. Finalmente tomó la decisión de hablar del asunto con Fujitsubo.

—Es un tema que me preocupa mucho —confesó a la monja—. Como ya sabes, la madre de la muchacha era una mujer muy orgullosa e inteligente. He de reconocer que, dejándome arrastrar por mi frivolidad de aquellos años, me porté muy mal con ella y perjudiqué gravemente su reputación. No debe extrañarte, pues, que acabara odiándome. Y, sin embargo, poco antes de exhalar su último suspiro pareció perdonarme y me habló del futuro de Akikonomu en unos términos impensables si no hubiese mejorado sensiblemente su opinión sobre mi persona. Me resulta imposible recordar su último discurso sin echarme a llorar. Sus instrucciones pesan sobre mi corazón como una losa y estoy dispuesto a hacer cuanto haga falta para mostrarme digno de su confianza. Quiero que el espíritu de la dama descansa en paz y me acabe de perdonar del todo, si no lo ha hecho todavía. Nuestro emperador es maduro para sus años, pero todavía es muy joven. [160] Pienso que sería bueno que tuviera alguien cerca que conociera el mundo. Pero debes ser tú quien tome la decisión definitiva.

—Soy de tu misma opinión —respondió la monja—. No parece prudente ofender al ex emperador, pero los deseos de la madre difunta deben prevalecer en todo caso, y tú eres su único depositario. Si yo estuviera en tu lugar, fingiría ignorar las pretensiones de Suzaku, y presentaría a la muchacha en palacio sin dar más vueltas al asunto. A decir verdad, no creo que a Suzaku le importen ya demasiado esas cosas. La poca energía que le queda la emplea en plegarias y meditaciones... Pienso que, si le expones las cosas tal como son, lo comprenderá perfectamente y no te guardará rencor alguno...

—Sea como fuere —dijo Genji—, todo resultaría mucho más fácil si fueras tú quien presentara la candidatura de

Akikonomu... En tal caso yo me limitaría a añadir mi solicitud a la tuya. Tal vez te parezca que estoy siendo excesivamente escrupuloso, pero he pensado mucho en la situación y en lo que más conviene a la muchacha y a

todos. No quisiera que la gente me criticara por mostrarme poco respetuoso con mi hermano...

Ésta pareció a ambos la mejor solución, pero, como paso previo a su presentación en el palacio imperial, Akikonomu debía primero acomodarse en el palacio de Genji en Nijo. El príncipe se lo explicó a Murasaki.

—Tiene tu edad —le dijo—, y te resultará una compañera muy agradable. Estoy convencido de que os llevaréis muy bien...

Murasaki pareció entusiasmada con la idea y empezó a hacer preparativos para recibir a la muchacha.

Fujitsubo estaba muy preocupada por el futuro de su sobrina, la hija del príncipe Hyobu, pues el resentimiento que Genji sentía hacia él por haberle dado la espalda en los tiempos difíciles de su caída en desgracia parecía cerrarle las puertas del palacio imperial. Mientras, la hija de To no Chujo y nieta del que fuera ministro de la izquierda y ahora era el gran canciller, convertida en consorte imperial, ocupaba los aposentos que había ocupado Kokiden. Un día Fujitsubo dejó caer en presencia del príncipe:

—La hija de mi hermano Hyobu tiene la misma edad que el emperador. Se divertirían mucho jugando juntos, y ello ahorraría trabajo y tiempo a muchos que se ven obligados a distraerlo. Y, si Akikonomu va a vivir a palacio, podrá velar por ambos.

Pero Genji no se dio por enterado y, como tenía tantas cosas en la cabeza, la monja no osó insistir más en el asunto por el momento. Sea como fuere, la idea de que Akikonomu iba a ir a vivir junto a su hijo le tranquilizaba mucho. Sabía que Genji hacía cuanto podía por ayudar al joven emperador, pero a su tierna edad necesitaba aún los cuidados de una mujer mayor y ella misma se encontraba cada día más debilitada. A pesar de que visitaba el palacio de vez en cuando, no podía ya responsabilizarse de la educación de Reizei tal como hubiese querido. Aunque hubiese dado cualquier cosa por ver a su sobrina admitida en palacio, la seguridad de la inminente llegada de la sensible y sensata Akikonomu suponía ya mucho para ella.

Capítulo 15 La casa de la amargura

Mientras Genji, como el viejo Yukihiro, vivía en la costa de Suma entre algas y agua salada, muchos lamentaban su ausencia —unos más y otros menos, como es lógico— en la capital. Incluso aquellos que no dependían de su protección y buenos oficios, echaban de menos su trato y su conversación, invariablemente amenos y agradables. Murasaki recibía cartas constantemente informándole de que se encontraba bien, cartas que mitigaban en alguna medida su pena. Ella las contestaba y hacía coser ropas para él adecuadas a la situación en que se encontraba y según las diversas estaciones del año, que le eran periódicamente enviadas. Todo esto la mantenía ocupada y no dejaba de ser un consuelo. Había otras damas, en cambio, mucho menos afortunadas, que tras ser objeto de sus favores, habían perdido todo contacto con el príncipe exiliado.

Entre las más desfavorecidas estaba la hija del príncipe Hitachi, a la que Genji llamara Suetsumuhana por su nariz encarnada. Después de la muerte de su padre, nadie se había ocupado de ella y su existencia había sido francamente triste hasta que Genji entró en ella como la aparición de una divinidad.

Las atenciones que el príncipe le tuvo, insignificantes para él, representaron muchísimo para la muchacha: la dama se sentía como si hubiera sido agraciada con la caída de una estrella en su cuenco de agua. Y luego toda la corte se movilizó contra él y hubo de exiliarse. Durante su ausencia de la capital, no encontró un momento para escribir a la infortunada princesa, que quedó completamente sin noticias del que consideraba su salvador. No debe extrañarnos, pues, que Suetsumuhana pasase los tres años llorando y echándole de menos.

—¡Pobre princesa! —decían las ancianas que la servían—. ¿Qué habrá hecho esta muchacha en sus vidas anteriores para tener un karma tan malo? Y he aquí que de pronto, un buen día descende para su consuelo de las nubes este hombre resplandeciente como el propio Buda. Claro que a él nunca le importó demasiado, pero la princesa tenía más que suficiente con

pensar que había conseguido llamar su atención y que de vez en cuando se acordaba de ella. Y, de pronto, tal como llega, desaparece. Nos consta que no ha huido de nuestra ama y que su desaparición es culpa del nuevo gobierno, pero resulta imposible no compadecer a la muchacha.

Parecía una broma de mal gusto del Iluminado. Una dama pobre puede llegar a acostumbrarse a la soledad y las privaciones, pero, cuando han desaparecido de su vida durante un tiempo, no volverá a aceptarlas fácilmente. Mientras Genji visitó la casa, otras visitas que la animaban se dejaron caer también y la ayudaban en lo que podían. Ausente Genji, las visitas cesaron y la soledad volvió a instalarse en el palacio de Hitachi. El jardín, que nunca destacó por lo bien cuidado, era ahora una selva de la que habían tomado posesión los zorros y un sinfín de criaturas malignas mientras las lechuzas dejaban oír su voz desde sus escondrijos noche y día. Se decía que aquel jardín, otrora ameno, se había llenado de espíritus de árboles que se habían hecho los reyes del lugar. La servidumbre hablaba de apariciones y monstruos terribles que acechaban a todas horas.

—No podemos seguir así, señora —le dijo una de las pocas criadas que aún se mantenían a su lado—. Hoy en día todos los gobernadores y sus subordinados inmediatos andan buscando terrenos para levantarse casas suntuosas. A todos les agrada tu casa... ¿Por qué no decides venderla? Con ese dinero podrías comprar una morada algo menos tétrica. Piensa en la servidumbre, que vive realmente aterrada... Creo que exiges demasiado de nosotros.

—¡No digas esas cosas! —la riñó la princesa—. ¿Qué diría la gente? ¿Qué pensaría si te oyera? Mientras yo viva, no cometeré tamaña falta de respeto a la memoria de mi padre... Reconozco que el palacio está muy mal conservado y a veces yo soy la primera en tener miedo. Pero siento que el espíritu del príncipe Hitachi está aquí y no estoy dispuesta a alejarme de él, mi único consuelo, por nada del mundo...

Dicho esto, rompió a llorar y no hubo manera de volver a hablar del tema.

El mobiliario de la casa era antiguo pero de exquisita calidad: justamente el tipo de piezas que buscan los coleccionistas de antigüedades.

Corrió la voz de que tal pieza era obra de tal maestro y tal otra pertenecía a tal época, y los comerciantes se lanzaron como buitres a hacer averiguaciones en su propio provecho. Estaban seguros de que la pobre muchacha sería presa fácil de su codicia. Pronto empezaron a llover las ofertas de compra. Las sirvientas se mostraban partidarias de vender, pero ella se resistía.

—Señora, todos lo hacen —se lamentaban—. ¿Por qué hemos de actuar de manera diferente?

A sus espaldas procuraban entablar negociaciones por su cuenta. Pero cuando ella se enteró, se enfadó mucho.

—Mi padre no las hubiese mandado hacer de no haber querido que yo las conservara —exclamó—. Son mías y sólo mías. ¿Cómo voy a permitir que esa gentuza sin entrañas puje por ellas? Me moriría de vergüenza si supiera que mi padre el príncipe me está observando.

No tenía a nadie a quien recurrir. Cierto que su hermano mayor, un monje budista, solía parar en la casa cuando se encontraba en la ciudad, pero se limitaba a asomar la cabeza y a seguir su camino. Además era un hombre muy espiritual —tal vez en exceso—, sin sentido práctico alguno. Entre sus colegas tenía fama de santidad y seguramente no se daba cuenta de que aquella casa estaba siendo devorada a marchas forzadas por el tiempo y la maleza. Sea como fuere, aunque se hubiese dado cuenta, tampoco habría sido capaz de sugerir remedio alguno. Los juncos eran tan gruesos que ya resultaba imposible saber si crecían en el agua o en la tierra, el ajenjo y las malas hierbas se estaban apoderando de todo, la carcoma se comía los pilares y las vigas de madera, y las puertas no eran ya practicables, porque los matojos las habían atrancado formando auténticas barricadas a uno y otro lado. Tal vez esto hubiera debido dar seguridad a los habitantes de la casa, a no ser por el hecho de que los caballos y las vacas del vecindario se habían abierto camino en busca de pasto a través de los muretes y las cercas, casi todos rotos y tumbados. En verano y en otoño los pastores no se avergonzaban de llevar sus rebaños a pastar por aquellas tierras que, en otro tiempo, fueron suntuosos jardines y ahora eran sólo yermo y maleza.

Durante el octavo mes un tifón violentísimo arrancó la techumbre del pabellón de los criados dejando la construcción reducida a una estructura tambaleante, y la mayor parte de la servidumbre de menos nivel se marchó. Pocos quedaron viviendo en la casa. Los fuegos de la cocina permanecían continuamente apagados y la comida brillaba por su ausencia. Ladrones y vagabundos hubiesen podido entrar y salir con toda libertad sin que nadie les opusiera resistencia alguna, aunque las contadas habitantes de la mansión tuvieron la suerte de que no se les acercaron nunca. ¿Cómo podían imaginar que aquella casa que parecía a punto de hundirse contuviera algo digno de ser robado? Se paraban ante sus muros, sacudían la cabeza con incredulidad y seguían su camino. Y, sin embargo, la sala principal conservaba su espléndido mobiliario, lleno de polvo, eso sí, porque no había nadie dispuesto a limpiarlo. De manera que hubiera podido afirmarse que la dama vivía en un ambiente de elegantísimo polvo y telarañas suntuosas.

Los solitarios que tienen mucho tiempo que perder suelen echar mano de viejas canciones y poemas para matar el tiempo, pero ella ni siquiera se interesaba por estas cosas. Incluso en la vida de aquéllos poco dados a la poesía existen períodos vacíos en los cuales se dedican a intercambiar correspondencia con algún corresponsal amable, pero, fiel a los principios que su padre le había inculcado, la hija del príncipe Hitachi no quería cartearse con personas que por fuerza serían poco educadas, y estaba convencida de que el hábito de exteriorizar los sentimientos revelaba muy poca dignidad por parte de la persona que se rebajaba a ello. Con esta actitud se mantenía al margen de muchas personas que hubiesen agradecido alguna nota o mensaje ocasional.

Muy de vez en cuando abría un cofre pasado de moda y sacaba de él viejos rollos que contenían novelas ilustradas como *El prefecto de China*, *La dama de Hakoya* o *La princesa Kaguya*. También poseía bellas colecciones de poesía, con el nombre del autor y el título espléndidamente caligrafiados junto a los poemas, escritos sobre valioso papel Kanya o Michinoku, dignos de un emperador, y, aunque no cabe pretender que la lectura repetida *ad infinitum* de los mismos poemas pueda reportar siempre

un placer inagotable, lo cierto es que la infeliz dama se pasaba muchas horas sentada en el suelo y rodeada de estas colecciones que hojeaba desganadamente cuando se sentía incapaz de seguir soportando la soledad y la tristeza de sus días. En cuanto a leer los sutras o celebrar ceremonias budistas —costumbre que se ha puesto muy de moda hoy entre la buena sociedad—, no quería ni oír hablar de ello, y antes hubiera tocado una serpiente que un rosario aun teniendo la seguridad de que nadie la vería. [162] He aquí los altos principios que se había autoimpuesto.

De sus criados tan sólo Jiju, la hija de su nodriza, había permanecido a su lado. Una ex gran vestal de Kamo, que había visitado con cierta frecuencia en otros tiempos, había muerto, y la vida de Suetsumuhana se había convertido en algo muy difícil de sobrellevar. Tenía una tía, hermana de la princesa que fue su madre, pero se había arruinado y se había casado con un funcionario de provincias. Aquella mujer tenía hijas y contaba con un servicio francamente presentable, y a veces Jiju iba a visitarlos porque no vivían lejos. Habiendo servido de niña a la misma familia, se encontraba a gusto entre ellos. Pero la princesa, sobre cuyo carácter y principios inamovibles ya hemos hablado, se negó siempre a tratarse con su tía y su servidumbre, porque consideraba que había traicionado a su clase y a los suyos.

—Me temo que mi sobrina me considera una deshonra para la familia —solía comentar la tía—, de modo que, aunque la compadezco, no puedo ayudarla. Supongo que por eso no pisa nunca nuestra casa.

Con todo, de vez en cuando le mandaba una carta.

Los hijos y las hijas de los gobernadores de provincias [163] son a veces más nobles que la aristocracia cortesana, porque tratan de imitar a sus superiores. En cambio, los aristócratas venidos a menos suelen ser el colmo de la mezquindad, por muy sorprendente que pueda parecer. La tía de la princesa era un ejemplo perfecto de lo que se acaba de decir. Sabía que, tras su matrimonio con una persona absolutamente vulgar, las gentes del palacio de Hitachi habían empezado a despreciarla como un baldón para la familia. Ahora que la casa de su hermana se había ido al traste, le habría encantado contratar a su sobrina para el cargo de institutriz de sus hijas. Este y no otro

era su sueño y su máxima aspiración: con ello su venganza hubiese sido completa. La princesa era una mujer anticuada, pero de fiar.

—Dile que venga a visitarnos de vez en cuando —decía la tía a Jiju—. Hay mucha gente en mi casa ansiosa por escucharle tocar el koto.

Jiju insistía para que su señora aceptase la invitación, y la princesa, que era de carácter dócil, no ofrecía al principio una fuerte resistencia, pero luego, a la hora de la verdad, el pánico se apoderaba de ella y no salía de su casa.

Cuando el marido de la tía fue nombrado tesorero imperial de Kyushu, la mujer colocó a sus hijas lo mejor que pudo y se dispuso a acompañarlo. La idea de llevar consigo a una princesa «de verdad» a aquella isla lejana fascinaba a la tía, de manera que volvió a la carga. A través de Jiju envió una carta a la muchacha en la que le decía entre mil zalamerías:

«Voy a estar muy lejos de ti. Reconozco que en esos últimos años no me he interesado por ti con la frecuencia que hubiera sido de desear, pero me consolaba pensando que te tenía cerca y podía ayudarte si se presentaba un imprevisto. Pero ahora debo irme muy lejos.»

Cuando la princesa volvió a rechazar su ofrecimiento, la mujer del funcionario puso el grito en el cielo:

—¿Qué se habrá creído esa imbécil vanidosa? ¡Seguramente tiene una gran opinión de sí misma, pero nadie le hace el menor caso! ¿Quién cree que va a acudir a pedirle la mano en ese cochambroso chamizo que habita? ¿Tal vez el príncipe Genji en persona?

Cuando se extendió la noticia del perdón de Genji y de su regreso a la capital, los nobles rivalizaron en dar muestras de gozo y sumisión. Todos querían ser los primeros a la hora de demostrar un afecto incondicional. Estos testimonios de popularidad, que sembraron en el corazón del recién llegado muchas dudas sobre la sinceridad de los humanos, ocuparon gran parte de su tiempo, pues, con independencia de que fuesen o no auténticos, Genji se sentía obligado a corresponder. No debe extrañar, pues, que no pensara en la infeliz Suetsumuhana. Ella, en cambio, vio cómo se fundían sus únicas esperanzas. Se había pasado años llorando su ausencia y confiando en que algún día regresaría y se dejaría ver por su casa. Ahora

todos estaban ocupados en celebraciones y nadie parecía acordarse de ella, que se sentía más miserable y abandonada que nunca. ¿Tenía la culpa de que el mundo resultara cada día más inhóspito? ¿Cómo iban a consolarla los éxitos de Genji si no participaba en ellos?

La tía no cabía en sí de gozo al ver que sus profecías se habían cumplido. ¿Quién iba a acordarse de aquella muchacha que vivía poco más que como una mendiga? Los hay a quienes ni Buda ni todos sus santos son capaces de redimir (lo dicen los textos sagrados), y aquella damita necia era un ejemplo. Se esforzaba por aparentar que todo seguía igual que cuando su padre y su madre vivían, y seguía despreciando al resto del género humano para perpetuar en el mundo la insensata y ridícula altivez de sus progenitores.

La tía le envió otra carta:

«Haz el favor de tomar una decisión y ven a vivir con nosotros. Dice el poeta que en los malos tiempos conviene hacer un viaje a las montañas. No va a pasarte nada por acompañarnos.»

Pero la princesa seguía en sus trece, para desesperación de las que la servían.

—¿Por qué se niega a escuchar? —se decían—. No tiene ni un árbol del que ahorcarse, y sigue tan testaruda como el primer día. ¿Cómo se explica?

Jiju se acababa de prometer con el primo del tesorero de Kyushu, y el joven funcionario no estaba dispuesto a dejarla atrás cuando le tocara irse a su provincia. Aunque lo sentía en el alma, porque adoraba a su ama, no podía negarse. Incluso llegó a pedirle que les acompañara, pero la princesa seguía soñando con Genji, por más que éste llevara casi cuatro años sin acordarse de ella. «Por años que pasen», se decía, «llegará un día en que se acordará de mí... Me quería de verdad y han sido sus muchas desgracias las que me han borrado temporalmente de su mente... Si supiera el triste estado al que me he visto reducida, acudiría inmediatamente a mi lado...»

Así siguió aguantando semanas y meses mientras la mansión se iba deteriorando más y más. A pesar de todo, continuaba aferrada a sus tesoros y se negaba a desprenderse de nada. El mundo iba oscureciendo a su alrededor como en un crepúsculo irreversible, y ella no se cansaba de llorar

hasta que su nariz se puso más encarnada que nunca. Los arrieros suelen llevar flores de aquel color detrás de la oreja. En cuanto a su perfil, sólo alguien que la hubiese querido mucho habría sido capaz de contemplarlo con simpatía. Pero evitaré entrar en detalles: no quiero que el mundo me tilde de maliciosa ni diga que disfruto con la desgracia ajena.

Llegó el invierno con sus fríos, y la vida en el palacio de Hitachi se hizo más difícil de día en día. La pobre dama no tenía a quién acudir mientras, en la capital, Genji ordenaba una magnífica lectura del Sutra del Loto de la que hablaba toda la corte. Llegó al extremo de no aceptar la presencia de clérigos ordinarios en la ceremonia, exigiendo que acudieran los eruditos más prestigiosos y venerables con los que se pudo contar, entre los cuales figuraba el hermano de Suetsumuhana, el abad de Daigoji. Al regresar a su monasterio se presentó en casa de su hermana, y le explicó los suntuosos oficios en que acababa de participar:

—Acabo de tomar parte en las ocho lecturas del Sutra del Loto que ha organizado el príncipe Genji en su palacio. ¡Qué magnificencia! Me cuesta imaginar nada más hermoso e impresionante... Aquello es un auténtico paraíso, dicho sea con el máximo respeto, y, en el centro de todo, el príncipe Genji reina como si de un Buda o de un santo *bodhisattva* se tratase. ¿Cómo se explica que naciera en un mundo tan corrompido e impuro como el nuestro?

Dicho esto, regresó a su templo. Ambos hermanos destacaban por lo discretos y taciturnos y eran incapaces de mantener una conversación sobre temas ociosos o de poca monta. Seguramente por ello las palabras que acababa de pronunciar el abad causaron gran impresión en la muchacha. ¿Cómo era posible que, si Genji se asemejaba en algo al misericordioso Buda, pudiera pasar de largo ante su miseria y su desgracia? Por primera vez en mucho tiempo empezó a considerar la posibilidad de no volver a ver nunca más a Genji. Y súbitamente su tía volvió a presentarse en la casa.

La dama llegó preparada para verse rechazada una vez más por aquella sobrina tan singular que le había tocado en suerte, pero, como había acudido con el carruaje lleno de presentes de todas clases, albergaba la secreta esperanza de lograr vencer la mala disposición de Suetsumuhana. La

desolación del lugar le impresionó: las puertas habían perdido sus goznes y, medio caídas, resultaban imposibles de abrir. Incluso los «tres senderos» que impone la tradición china en moradas como aquella se habían borrado completamente. Con mucho esfuerzo el carruaje se abrió camino entre la maleza y los restos de cerca hasta detenerse ante una ventana de la fachada sur, cuyas cortinas amarillas estaban abiertas. Parecía imposible que alguien viviera allí, pero salió a saludarlos Jiju. La muchacha tenía muy mal aspecto: los años y los sufrimientos habían dejado huella en la fiel sirvienta, pero no habían estropeado su buen carácter. La tía lamentó que no participara de su dulzura y buena disposición su sobrina, la princesa.

—Estamos a punto de marcha —gritó la mujer, dirigiéndose a su sobrina, cuya silueta adivinó tras las cortinas mugrientas—. Lamento tener que dejarte aquí, pero he venido a buscar a Jiju. Espero que no serás tan desconsiderada como para torcer los planes de esa pobre muchacha y condenarla a la infelicidad... Ya sé que yo te disgusto profundamente y que no me acompañarías a ninguna parte, pero eso no te da derecho a hundir las vidas de los demás... ¿Cómo puedes seguir viviendo en un lugar como *éste*?

La tía fingía estar emocionada e incluso hacía como que se secaba los ojos, pero la alegría de ser la esposa del tesorero de un virrey se le escapaba por todos los poros. Prosiguió en estos términos:

—Me consta que el príncipe difunto no estaba orgulloso de nosotros, y, mientras fuiste una niña, se explica que estuvieras de su parte y compartieras su modo de pensar y de actuar, pero de eso hace ya mucho tiempo. Dirás que si luego no nos visitamos con asiduidad fue por mi culpa, pero recuerda que en otros tiempos el príncipe Genji en persona honraba esta casa. ¿Crees que pobres gentes como nosotros hubiesen sido bien recibidas, cuando aquí sólo se hablaba del «resplandeciente»? Pero eso ya pasó. La fortuna de la gente mediocre como nosotros no está sujeta a los altibajos que sufren los grandes. Durante años he sido testigo del declive imparables de tu suerte, pero, mientras vivía cerca de ti, no me preocupaba demasiado, pues sabía que en un momento de apuro siempre estaría en condiciones de echarte una mano... Pero ahora me voy a vivir a una provincia y la idea de estar lejos de ti me tiene muy preocupada...

La princesa le contestó sin abandonar el tono altivo que usaba cuando se dirigía a gente que, en el fondo, despreciaba profundamente.

—Eres muy amable al invitarme a acompañaros pero intuyo que no os gustaría tenerme entre vosotros. De modo que, mientras este palacio se mantenga en pie, permaneceré donde estoy que es donde he estado siempre. Muchas gracias. Eso es todo.

—Muy bien, al fin y al cabo a ti te toca decidir —repuso su tía—, pero dudo mucho que nunca nadie se haya enterrado en vida en un lugar tan siniestro como éste, pudiendo evitarlo. Estoy segura de que Genji podría convertir esta pocilga en un palacio de ensueño en un abrir y cerrar de ojos, pero tengo entendido que sólo tiene ojos y oídos para la hija del príncipe Hyobu ^[164] y no quiere saber nada de nadie más. Parece que siempre ha sido un mujeriego empedernido, pero sus inclinaciones desaparecen con la misma rapidez que nacen. ¿Crees que algún día te agradecerá que te estés pudriendo «en su honor» bajo este techo medio ruinoso?

La princesa estaba hecha un mar de lágrimas —en el fondo sabía que su tía tenía razón—, pero, a pesar de todo, ambas estuvieron discutiendo el resto del día sin que Suetsumuhana se moviera un ápice de su parecer, hasta que la tía perdió la paciencia y dijo:

—¡Muy bien! Me llevo a Jiju. Date prisa, moza, que se hace tarde.

Jiju arrastró a su señora a la alcoba, llorando: —Sólo la acompañaré hasta llegar a las puertas de la ciudad o un poco más lejos y luego regresaré —le dijo para tranquilizarla—. Tiene mucha razón tu tía en lo que te dice, pero, por otra parte, me cuesta muchísimo dejarte atrás. Esas decisiones apresuradas son terribles...

De modo que al fin Jiju iba a partir también. La pobre princesa luchaba para disimular los sollozos, mientras se preguntaba qué regalos de despedida podía hacer a la muchacha que tanta fidelidad le había mostrado en los últimos años. Si repasaba sus ropas, todas sus túnicas y *uchikis* estaban usadísimos y la mayor parte de ellos manchados o estropeados sin remedio. Al fin recordó que en algún rincón de la casa conservaba una trenza de su propio pelo de más de siete pies de longitud. Fue a buscarla y

la puso en una caja preciosa, junto con un recipiente de incienso y este poema:

«Siempre pensé que la trenza no se iba a romper jamás. ^[165] Mas, ay de mí, he aquí que se ha roto cuando menos lo esperaba.»

—Sé que soy una persona absolutamente inútil, pero estaba segura de que obedecerías los últimos deseos de tu madre. ¿Recuerdas que te instó a no abandonarme nunca? —susurraba la princesa, llorando amargamente—. Pero debes irte... Aunque, ¿qué voy a hacer sin ti?

Jiju no sabía qué decir.

—Claro, tienes razón... —se defendía—. Me parece estar oyendo las palabras de mi madre... No me las recuerdes, señora... ¡Hemos pasado tantos apuros juntas! Pero no he sido yo quien ha pedido a tus parientes que me lleven consigo...

»Por más que se rompa la trenza que tú me has dado, juro por los dioses que protegen a los viajeros, que nunca me desharé de ella.
[166]

»Sólo ignoro cuánto tiempo me queda aún por vivir... La tía se mostraba impaciente y acabó gritando sin consideración alguna:

—¿No puedes apresurarte un poco más? ¡Ya está cayendo la noche!

La muchacha subió al carruaje como una sonámbula y mientras los bueyes echaban a andar, giró la cabeza porque no podía apartar los ojos de la casa medio en ruinas que tantos recuerdos evocaba en su ánimo.

Jiju la había abandonado, la fiel Jiju que durante tantos años no se había apartado ni un instante de su lado renunciando a placeres y asuetos. Pero no fue el final: incluso criadas viejísimas que sólo podían esperar la muerte empezaron a plantearse dejar la mansión del príncipe Hitachi.

—No seré yo quien la critique —rezongó una de ellas refiriéndose a Jiju—. ¿Por qué se iba a quedar? Incluso nosotras nos merecemos algo un poco mejor...

La princesa fingía no oírlos, aunque estos comentarios la llenaban de desazón.

Y llegó el undécimo mes con la nieve y el granizo que suele traer consigo. En campo abierto, aunque las nevadas eran frecuentes, la nieve duraba poco porque se fundía en cuestión de horas. No ocurría lo mismo en el jardín del príncipe, donde la maleza y las copas de los árboles, que nadie podaba, formaban un toldo protector que cerraba el paso a los rayos del sol. Por ello los montones de nieve se acumulaban en el suelo e iban creciendo paulatinamente en altura como si quisieran copiar el aspecto de un paisaje nevado. ¡Todo un Shirayama de Koshi en pequeño! La princesa contemplaba tristemente aquel jardín sin jardineros. Había perdido a su última amiga y ya no le quedaba nadie con quien intercambiar dos palabras.

Después de su larga ausencia, Genji estaba muy ocupado en su palacio de Nijo y no tenía tiempo para visitar a damas poco importantes. Murasaki ocupaba casi todos sus ratos libres. De vez en cuando pensaba en Suetsumuhana y se preguntaba qué habría sido de ella. ¿Habría muerto quizás? Sea como fuere, no le apetecía ponerse a buscarla, de modo que el año nuevo llegó y pasó sin que él hubiese dado paso alguno en esta dirección. En el mes cuarto, como le apeteciera volver a ver a Hanachirusato, dijo a Murasaki que tenía que llevar a cabo una misión muy delicada y, habiendo obtenido su licencia, se ausentó de Nijo una tarde, discretamente vestido. Llevaba una semana lloviendo pero, justo cuando Genji se decidió a partir, la lluvia cesó casi por completo y la luna se dejó ver. La fresca y clara noche de primavera le hizo recordar excursiones galantes de otros tiempos. De camino a la casa que se proponía visitar, pasó junto a un jardín tan abandonado que le llamó la atención. De la copa de un pino colgaban tallos de glicinias cargados de flores que la brisa mecía esparciendo su perfume por doquier. Había salido de palacio pensando en el perfume de la flor del naranjo, ^[167] mas he aquí que otra fragancia venía a interponerse en su camino.

Se asomó por la ventana de su carruaje: estaban pasando junto a un sauce cuyas ramas barrían la tierra. La cerca en que se había apoyado en tiempos se había desplomado, y el árbol con ella, y ahora su tronco yacía

prácticamente en el suelo. Súbitamente la imagen le resultó familiar. Estaba pasando junto a la casa de aquella extraña mujer que era hija del príncipe Hitachi. Entonces hizo parar su carruaje y preguntó a su fiel Koremitsu si aquella ruina era realmente el palacio del príncipe difunto, a lo que éste asintió.

—¡Pobre princesa! —se lamentó Genji—. Qué existencia más desagradable le ha tocado vivir, suponiendo que todavía viva... He pensado en ella más de una vez, pero todos sabemos lo que habría dicho la gente si hubiese intentado visitarla... Mas he aquí que ahora la oportunidad se ha presentado sin que la buscáramos, de modo que hazme el favor de entrar en la casa y preguntar. Pero ándate con mucho cuidado y observa todos los detalles antes de inquirir. Si estamos equivocados, haríamos un triste papel.

Sin saberlo había elegido un momento especialmente delicado para enviar un mensajero. La dama había pasado la mañana entera contemplando el vacío hasta caer dormida. Luego había soñado con su padre: en su sueño el hombre vivía aún y se encontraba perfectamente. Al despertar se sintió más desgraciada que nunca. Las lluvias se habían llevado por delante una pared de la estancia: Suetsumuhana cogió un trapo y se puso a secar el suelo encharcado mientras buscaba un rincón en que colocar su silla para poder sentarse sin tener los pies en remojo. Se hubiese dicho que, de pronto, volvía a preocuparle el aspecto que su casa ofrecía. Improvisó un poema, no gran cosa como todos los suyos:

—A las lágrimas vertidas por aquel que
ya no está, hay que añadir las goteras que
caen sin cesar del techo destrozado.

Precisamente en aquel momento entró Koremitsu. Deambulaba por las estancias en busca de algún ser humano y casi había llegado ya a la conclusión de que se encontraba en un lugar completamente abandonado. Iba a regresar donde le esperaba Genji cuando la luna se desembarazó de las nubes y se mostró en todo su esplendor. Entonces observó que había un par de persianas levantadas y que una cortina se movía levemente. Al

contemplar estas primeras «señales de vida», dio a conocer su presencia con una tos sonora y forzada.

Le respondió otra tos, a la que siguió una voz cascada de anciana que decía:

—¿Quién anda por ahí?

Koremitsu se identificó y solicitó hablar con Jiju.

—Jiju ya no está. Se ha ido para siempre y nos ha dejado atrás — prosiguió la voz—. ¿Por qué no hablas conmigo, pues?

Koremitsu creyó reconocer aquella voz de rana. Pertenecía a una sirvienta de edad con la que había tratado años atrás. Para los que vivían en la casa la aparición de aquel joven envuelto en un manto de caza resultó del todo inexplicable y lo primero que pensó la vieja fue que se trataba de un zorro, un tejón o cualquier otra criatura maligna de las que pueblan las noches en los lugares solitarios. Pero la forma se le acercó y, hablando en un tono extremadamente cortés, le dijo:

—Quiero que me digas con exactitud qué está ocurriendo aquí. Si tu señora no ha cambiado de manera de pensar, mi amo sigue deseando visitarla. Cuando descubrió vuestra casa, no fue capaz de pasar de largo e hizo detener a los bueyes. ¿Qué quieres que le diga? No debes tener miedo...

La anciana sirvienta y sus compañeras se echaron a reír.

—¿Piensas que, de haber cambiado de forma de vida, mi señora continuaría alojándose en esta jungla impenetrable? —dijo la que había asumido el papel de portavoz de todas—. Con lo que has visto tienes más que suficiente para imaginar cómo es nuestra existencia... De haber contado con alguien dispuesto a protegernos, nos habríamos mudado de este lugar hace años... No existen ya casas como ésta en el mundo... Que venga el príncipe Genji y dé un vistazo a este palacio... Y ha sido en gran medida por su culpa que la princesa no ha querido ir a otra parte. Siempre pensó que algún día bajaría de las nubes a visitarla...

Parecía que las quejas de la mujer no iban a tener fin, de modo que Koremitsu se despidió de ella, diciéndole:

—Voy a contárselo todo... —y se marchó al carruaje.

En cuanto le vio aparecer, Genji le riñó:

—Te has tomado mucho tiempo para tus averiguaciones... Será que te ha tocado cortar mucha maleza para abrirte paso...

Koremitsu le hizo saber los resultados de su visita de inspección y le contó que había estado hablando con Shosho, tía de Jiju, y lo que ésta le había confiado. El príncipe quedó mudo de horror. ¡Cuánto hubo de sufrir la pobre dama, enterrada en vida durante años entre aquel montón de ruinas! ¿Cómo era posible que durante tanto tiempo hubiese sido él capaz de vivir como si ella no existiera?

—No pensaba visitarla esta noche, pero cada vez me resulta más complicado salir solo después del atardecer, y si dejo pasar esta ocasión, seguramente me costará encontrar otra...

Se disponía ya a entrar en la casa cuando se puso a dudar. ¿No sería mejor enviar primero una nota o una carta? Pero enseguida recordó cuánto le costaba a la pobre muchacha contestar por escrito al mensaje más sencillo. No, tenía que acudir en persona. Koremitsu trató de disuadirlo.

—Todo está completamente mojado. Déjame ir delante, y que te sacuda las gotas de lluvia de las ramas... Si no, por fuerza te mojarás como un pez.

Genji repuso, hablando para sí:

—Para visitar tu corazón inmutable he llegado hasta aquí, a esta jungla de la que se apoderó la maleza como un espíritu maligno.

Sin pensarlo dos veces, saltó del carruaje a pesar de la oposición de Koremitsu. Su escudero le precedió, azotando los helechos que les cerraban el paso con una fusta de montar, pero, cuando llegaron a la zona arbolada, las gotas que caían de las copas formaban un auténtico diluvio. Por suerte, Koremitsu tenía un paraguas a mano que puso a disposición de su amo con una cita poética —*No hay que olvidar el paraguas al atravesar los bosques de Miyagino, pues las gotas que caen de sus ramas son peor que torrentes*—. Cuando Genji llegó al umbral de la mansión, tenía los pies empapados. Incluso los días en que visitaba regularmente a Suetsumuhana la galería del sur resultaba difícil de recorrer: ahora era una ruina y su suelo, unas cuantas

planchas de madera en un barrizal. Genji se alegró profundamente de que no hubiese testigos de su visita.

¡Tal como había estado esperando la muchacha, al fin Genji había ido a verla! Pero, a pesar de la alegría inmensa que la llegada del príncipe le produjo, las circunstancias que la rodeaban la avergonzaron. Iba vestida miserablemente porque, despreciando a la donante, se había negado a ponerse los vestidos que le había dado la esposa del tesorero del virrey. Cumpliendo sus órdenes, la anciana sirvienta las había guardado en un baúl chino de madera de sándalo. Ahora se las hizo traer a toda prisa y, tras pedir al visitante que tuviera un poco de paciencia, se vistió con aquellas ropas de segunda mano pero aún aceptables que se habían contagiado de la fragancia del baúl. Así ataviada, recibió al visitante detrás de las cortinas amarillas.

Genji entró en la estancia y le dijo:

—Aunque hace tanto tiempo que no nos vemos, no he dejado de pensar en ti durante todos estos años. He estado esperando impacientemente alguna señal de tu afecto, una señal que no ha llegado... Aunque no he hallado *cedros hospitalarios dándome la bienvenida delante de tu puerta*, el laberinto de maleza que rodea tu casa ha llamado mi atención al pasar... Y aquí me tienes, con los mismos sentimientos de siempre en el corazón.

Genji apartó un poco la cortina y descubrió a Suetsumuhana, tan tímida y retraída como siempre, que parecía incapaz de hablar. Al fin, impresionada por el hecho de que Genji hubiese osado atravesar aquella jungla para ir a verla, rompió a hablar con notoria dificultad.

—Has sido muy amable... —murmuró entrecortadamente, poniéndose encarnada de vergüenza— al abrirte camino para llegar aquí... Reconozco que mi jardín está impracticable... y la culpa es sólo mía...

—Imagino que estos últimos tiempos han resultado extremadamente difíciles —le dijo Genji—. Ya sabes que soy incapaz de olvidar y de cambiar de afectos. No debe extrañarte, pues, que me haya lanzado a esta maraña de vegetación empapada de lluvia sin ni siquiera contar con una palabra tuya invitándome a hacerlo. Estoy convencido de que me perdonarás mi negligencia de tantos años, pero te prometo que no sólo te he desatendido a ti, sino a muchos más. Quiero pensar que, a partir de hoy, tanto si me

escribes como si no, seguiré siendo bienvenido en tu casa. Y, si vuelvo a comportarme mal contigo, imponme el castigo que quieras.

Arrepentido por su conducta descuidada y profundamente afectado por el estado en que ella se encontraba según acababa de comprobar, se lanzó a protestas de cariño que no se correspondían exactamente con sus auténticos sentimientos. A punto estuvo de quedarse allí a pasar la noche, pero rectificó a tiempo y empezó a buscar una excusa para marcharse. La encontró en los altos pinos que crecían junto a la casa, unos árboles que él no había plantado pero que alguien había puesto allí muchos, muchos años atrás. Le pareció que habían crecido mucho desde su última visita. Improvisó:

—He obedecido la orden de las glicinias, que, colgadas de la copa del pino que crece junto a tu puerta, me han revelado tu larga espera.

»Sí, han pasado muchos años... Muchas cosas han cambiado, y no siempre para mejor. Algún día te hablaré de mi vida en el exilio entre pescadores y hornos de sal... También espero que algún día me contarás la historia de tus infelices primaveras y otoños, una historia que, estoy seguro, has mantenida oculta hasta hoy a todos los demás... No soy perfecto, pero sé escuchar como nadie...

Y ella le contestó con este poema, sorprendentemente bueno para ser de la pobre Suetsumuhana:

—Se diría que te he estado esperando en vano, y que han sido las glicinias y no el pino solitario quienes te han traído hasta mi puerta.

Mientras recitaba estas palabras, la dama movió tímidamente las mangas y al notar el suave perfume que despedían, Genji pensó que seguramente el entendimiento de la muchacha había progresado con los años. La luna, antes de borrarse del firmamento, llenaba de reflejos

plateados la galería donde puertas y persianas habían desaparecido tiempo atrás. Su vista llegaba hasta el fondo de la estancia, y los muebles espléndidos que la dama había conservado a su lado a toda costa le daban una categoría que pasaba por encima del pobrísimo estado de la techumbre, a punto de hundirse bajo el peso de una gruesa capa de heléchos. Por un momento recordó la historia de la muchacha pobre que, para hacerse un vestido, rasgó un pedazo de la tela que colgaba del *kichó*. El estoicismo con que Suetsumuhana se enfrentaba a la pobreza otorgaba una indudable dignidad a su figura y, al compararla involuntariamente con su propio egoísmo, Genji se sintió avergonzado.

Tampoco podía afirmarse que Hanachirusato, la dama que en un principio había ido a visitar, fuera un modelo de vivacidad y de alegría. Contempladas objetivamente, lo cierto es que no había grandes diferencias entre ambas. Es más, comparados con los de la otra, los defectos de Suetsumuhana le parecieron de poca monta.

Llegó el tiempo del festival de Kamo y de las purificaciones rituales, y Genji empezó a ocuparse de los regalos que le tocaba repartir. Los eligió y distribuyó equitativamente entre sus damas, procurando que la hija del príncipe Hitachi no tuviera motivos de queja. Envió a su casa una brigada de artesanos para que sustituyeran las paredes caídas por un sólido vallado de madera. No los acompañó por temor a que empezaran a correr rumores sarcásticos sobre el renovado interés que en él había despertado la princesa, a la que enviaba notas y cartas afectuosas con cierta frecuencia. Estaba reconstruyendo un pabellón junto a su mansión de Nijo, y la invitó a que fuera a vivir allí mientras se acababan las obras del palacio del príncipe Hitachi. También se ofreció a proporcionarle una servidumbre a su gusto y le pidió que se encargara ella misma de elegir criadas y lacayos. Todos los que no habían abandonado la casa de la amargura se deshacían en muestras de agradecimiento dirigidas al discreto protector de su señora.

Rumores de lo que estaba ocurriendo llegaron a oídos de la corte, y todos se sorprendieron mucho: Genji tenía fama de elegir para su lecho sólo mujeres de categoría superior. Su repentino interés por la princesa Hitachi resultaba francamente incomprensible, porque aquella dama no pasaba de

mediocre. ¿Cómo explicar tan extraña relación? Muchos apuntaban a un vínculo procedente de una vida anterior. La mayor parte de las criadas de la princesa habían abandonado su servicio y buscado nuevos empleos en palacios mejores. Ahora se peleaban por regresar y ser admitidas de nuevo. Lo cierto es que Suetsumuhana siempre fue muy bondadosa con ellas y las había malcriado con su falta de exigencias. No podía decirse lo mismo de las amas que les habían tocado en suerte en las mansiones de los gobernadores de provincias a las que habían ido a parar: allí toparon con una severidad y una falta de miramientos que nada tenían que ver con el trato al que estaban acostumbradas. De modo que, cabizbajas y arrepentidas, las más afortunadas fueron readmitidas por su antigua señora.

A medida que crecían la influencia y prosperidad de Genji, también empezó a mostrarse más prudente y reflexivo en todas sus actuaciones. Gracias a sus instrucciones minuciosas, el palacio del príncipe Hitachi renació de sus cenizas. Poco a poco desapareció la maleza que había sepultado el jardín, se limpiaron las aguas del arroyo que discurría por él, el aire volvió a circular libremente entre los árboles y los visitantes volvieron a dejarse ver. Todos los que intervinieron en los trabajos de la casa pusieron el máximo interés en ellos, convencidos de que, si lo hacían, se ganarían el favor de Genji. Una vez concluida la obra, la princesa vivió allí durante dos años más, al cabo de los cuales Genji la trasladó al ala oriental de su palacio de Nijo para que estuviera mejor atendida. Allí podía visitarla siempre que le viniera en gana (aunque nunca se alargaban demasiado estas visitas), de modo que Suetsumuhana no tenía razón alguna para sentirse abandonada.

En otro momento me extenderé sobre la sorpresa que tuvo su tía al regresar a la capital y encontrar a su sobrina tan bien instalada, así como sobre la alegría y el sentimiento de culpa que se apoderaron de Jiju, pero lo cierto es que en este momento me duele la cabeza y me siento un tanto deprimida. Si se presenta la ocasión y no se me ha olvidado del todo, volveré sobre el tema en otro punto de esta obra.

Capítulo 16 Encuentro junto a la frontera

En el año que siguió a la muerte del padre de Genji el ex gobernador de Iyo fue enviado con el cargo de vicegobernador a la lejana provincia de Hitachi. Le acompañó su esposa Utsusemi, la dama «del caparazón de la cigarra», y fue allí donde la mujer tuvo noticia del exilio de Genji. Aunque se sintió obligada a fingir indiferencia, se moría de ganas de escribirle, pero la empresa era prácticamente imposible. No se atrevía a confiar *en los vientos que soplaban por encima de la montaña de Tsukuba*, y, mientras esperaba dar con algún medio más seguro de comunicación, fueron pasando los años. Las noticias que llegaban de la capital eran escasas y confusas, y todos temían que el exilio del príncipe durara más que el tiempo que el vicegobernador iba a pasar en su cargo, pero no fue así. Cuando el vicegobernador regresó, el príncipe Genji llevaba ya un año en Heian.

Quiso el azar que el mismo día que el cortejo del ex gobernador de Iyo, de regreso a la capital, llegó a la frontera de Osaka, Genji había partido de peregrinación al templo de Kwannon que constituye el orgullo de Ishiyama. Familiares y amigos del ex gobernador, entre los que no faltaba su hijo Ki no Kami, se apresuraron a salir a su encuentro. Temiendo que, si ambos cortejos llegaban a coincidir en el paso fronterizo, la confusión fuera grande, el vicegobernador decidió ponerse en marcha al alba, pero los carruajes de las mujeres se movían con extrema lentitud y el sol estuvo muy pronto en su cénit. Cuando llegaron a Uchidenohama, en la costa del lago Biwa, la avanzadilla de Genji ya estaba barriando la carretera mientras el príncipe entraba por las colinas del este de la ciudad. A la vista de ello, el vicegobernador dio orden de que sus carruajes se detuvieran al pie de la colina por la que discurría la frontera. De acuerdo con sus instrucciones, los cocheros desuncieron los bueyes de las carretas y se arrodillaron respetuosamente en el lugar por donde había de pasar Genji. El cortejo del vicegobernador era realmente espléndido: había más de diez coches, por debajo de cuyas cortinas colgaban como banderolas las mangas multicolores de las mujeres. El espectáculo hizo recordar a Genji las

ceremonias que rodearon en su día la partida de las grandes vestales de Ise y de Kamo. Los nobles y cortesanos que tenía a su alrededor admiraban aquella procesión de la que las mujeres, con sus abigarradas vestimentas, eran las auténticas protagonistas.

Era el noveno mes, y las hojas de otoño, encarnadas unas y otras descoloridas junto con la hierba medio seca y las flores que empezaban a acusar los efectos de la escarcha, formaban un delicioso telón de fondo sobre el que irrumpió el carruaje de Genji rodeado de sus pajes y escuderos, todos ellos vestidos de viaje pero con ropas bellísimas confeccionadas de brocado y luminosos estampados. El príncipe reconoció a Kogimi, hermano de Utsusemi y su confidente y alcahuete ocasional de otros tiempos, ahora convertido en un apuesto oficial de la guardia del vicegobernador. Genji le hizo llamar y le dijo:

—Ya ves... He llegado hasta la frontera... Espero que tu hermana sepa apreciar el detalle...

Aunque intentó restar importancia a lo que estaba diciendo, su corazón latía evocando historias pasadas. También Utsusemi percibió la presencia de Genji, su cabeza se llenó de recuerdos e improvisó un poema de significado evidente:

—Manaba cuando me fui y sigue
manando a mi regreso, ejemplo de
constancia, la fuente cristalina que está junto
a la barrera.

Cuando Genji regresó de Ishiyama, el capitán de la guardia Kogimi se acercó a la barrera para saludarlo y se excusó por haberse tomado un día de asueto para estar al lado de su hermana. Genji le había protegido desde su infancia y gracias a sus buenos oficios había alcanzado el quinto rango. Durante el exilio de Genji, temiendo que su amistad con el príncipe pudiera redundar en su perjuicio, prefirió ir a servir a su cuñado, el vicegobernador, y a su hermana, que estaban en Hitachi. Genji se sintió muy dolido por lo que consideraba una traición de quien había sido su favorito y le debía su carrera, pero evitó poner de manifiesto sus sentimientos. Nada volvió a ser

como antes, pero Genji seguía admirando los muchos méritos del joven. Mientras tanto Ki no Kami, ex gobernador de Kii e hijastro de Utsusemi, había sido investido con el cargo de gobernador de Kawachi. Su hermano menor, en cambio, perdió su cargo y acompañó a Genji durante su exilio. Ahora las riquezas llovían sobre él. Fueron muchos los que hubieron de lamentar su prisa en ponerse al servicio de los que enviaron al exilio al príncipe resplandeciente.

Genji hizo llegar un mensaje a Utsusemi a través de su hermano. Kogimi se sorprendió: ¿cómo era posible que aquella relación hubiese sobrevivido después de tanto tiempo? La nota del príncipe decía:

«Me pregunto si te diste cuenta el otro día del fuerte vínculo que sigue existiendo entre nosotros dos...

»Estaba seguro de que tarde o temprano nos reencontraríamos, pero el mar de agua dulce ^[168] no se ha dignado ofrecernos molusco alguno.

«¡Cuánto envidia al guardián del paso fronterizo! ^[169]e estado lejos de ti durante tanto tiempo que pienso que me he vuelto a enamorar. Pero nada ha cambiado en mi corazón y el antiguo amor se funde hoy con el nuevo...»

Kogimi aceptó respetuosamente el encargo y se dispuso a entregar el mensaje.

—Pienso que deberías contestarle —dijo a su hermana—. Tenía razones de sobras para mostrarse hostil conmigo y, sin embargo, me ha tratado con la máxima gentileza. Se lo agradezco de todo corazón. No me gusta hacer el papel de alcahuete, pero no he sido capaz de negarme. Al fin y al cabo, eres mujer y nadie criticará que cedas un poco y le envíes una respuesta.

La dama se había vuelto más taciturna con el paso de los años, pero acabó por hacer caso a Kogimi, y escribió:

«Dime cómo se llama el paso de la colina del reencuentro. Ahora nos tocará vagar de nuevo por el bosque de las lágrimas...

»Todo es como un sueño.»

Y como nunca pudo deshacerse del mundo de recuerdos —hermosos unos, tristes los más— que aquella dama evocaba en su alma, Genji siguió escribiéndole breves cartas con el propósito de ganársela. El marido de Utsusemi, viejo y achacoso, estaba muy preocupado por el futuro que esperaba a su esposa después de su muerte y pasaba la vida encomendándola a sus hijos.

—Por lo que más queráis, ocupaos de que nunca le falte nada —les repetía a todas horas—. Tratadla exactamente igual como la tratasteis mientras me tuvo a mí a su lado.

Cuando la dama meditaba sobre su vida pasada, tenía que reconocer que nunca había sido feliz, pero, si pensaba en la suerte que le esperaba el día que enviudase, se echaba a temblar. El ex gobernador notaba su angustia y hubiera dado cualquier cosa para que sus días en la tierra se prolongaran, pero hay deseos que están fuera de las posibilidades de los hombres y de los dioses. Se hubiese contentado con permanecer en la tierra en calidad de espíritu para seguir velando sobre ella... Estaban sus hijos, pero confiaba poco en ellos. Al fin por más órdenes e instrucciones que les dio y por más que se esforzó en vivir a fuerza de remedios y de plegarias, un día fatalmente murió.

Durante los primeros tiempos parecía que sus hijos hacían caso de los deseos de su difunto padre. No obstante, las muestras de afecto y cuidado que dedicaban a su madrastra no pasaban de superficiales, hasta el día que se cansaron de fingir y ella empezó a notar que su posición en la casa resultaba cada vez más incómoda, aunque la dama procuraba no quejarse. Sólo Ki no Kami, el gobernador de Kawachi, parecía sentir un afecto real hacia ella, y solía decirle cosas como ésta:

—Mi padre hablaba siempre de ti. No debes mostrarte tímida conmigo; pídemelo lo que quieras, por insignificante que yo te parezca.

Para demostrarle su incondicional buena disposición, la seguía a todas partes. No le costó mucho a Utsusemi descubrir cuáles eran las verdaderas intenciones de su hijastro, y se apartó de él, horrorizada. Ya había sufrido bastante en esta vida y no estaba dispuesta a seguir siendo objeto de

humillaciones que acabarían por hundirla. Sin decir nada a nadie, hizo llamar a su confesor y tomó los hábitos de monja.

Su súbita entrada en religión llenó de asombro a la servidumbre, que juzgaba la conducta de su señora absurda e impremeditada, y Ki no Kami lo tomó casi como una ofensa personal. El gobernador de Kawachi iba repitiendo a cuantos querían escucharle:

—Lo ha hecho sólo para humillarme y mostrar al mundo que me detesta. Pero todavía es joven y le queda mucha vida por delante. Veremos cómo se mantiene en el futuro. Sorprende pensar que pasaba por ser una mujer inteligente. ¡Hay que ser *muy inteligente* para hacer un disparate de esta magnitud!

Pero casi todos los que le oían notaban el despecho de un amante rechazado bajo sus continuas quejas y sarcasmos.

Capítulo 17 El concurso de pintura

La ex emperatriz Fujitsubo tenía mucho interés en que Akikonomu, la hija de la difunta princesa Rokujo (que había ocupado el cargo de gran vestal de Ise), fuera presentada en la corte del emperador Reizei. Genji sabía que la muchacha carecía de valedores fiables en palacio, pero, no queriendo malquistarse con el ex emperador Suzaku, no se había atrevido a llevársela a su palacio de Nijo. Quiso, pues, mostrarse en todo momento ecuánime, si bien actuó siempre con el decidido propósito de favorecerla como si de su propia hija se tratase.

El ex emperador recibió la noticia con enorme tristeza, pero pensó que de nada serviría participar su desilusión a la muchacha. El día de la presentación en la corte le envió ropas magníficas y numerosos juegos de peines, cofres y pebeteros. También le mandó bolsas de un incienso exquisito capaz de perfumar el aire más allá de los cien metros legendarios. Y todo lo hizo de modo que Genji pudiera admirar estos presentes.

La primera azafata de Akikonomu se encargó de mostrárselos al príncipe. Genji tomó un estuche de peines primorosamente trabajado, lo abrió y en su interior encontró un poema escrito por el emperador Suzaku que decía:

«El peine de despedida que un día me
diste, lo tomaron los dioses en prenda de que
viviríamos perpetuamente separados.»

Genji leyó este texto varias veces, meditó sobre el sentido de sus palabras y una profunda compasión por el infeliz ex emperador se apoderó de su alma. Si recordaba las emociones que él mismo había experimentado el día que Akikonomu partió hacia Ise, podía imaginar perfectamente qué debió de sentir el ex emperador que, a juzgar por el poema que acababa de leer, se hallaba profundamente enamorado de la muchacha. También pensó en la desilusión del hombre cuando, habiendo regresado ella a la capital, un nuevo obstáculo vino a interponerse entre ambos. El emperador Suzaku había abdicado y ahora vivía retirado y seguramente amargado por el resentimiento. Genji se ponía en su lugar y entendía profundamente su frustración. Y era él, precisamente, quien había llevado a Akikonomu a la corte del nuevo emperador Reizei, aun conociendo el dolor que con ello causaba a su antecesor. Hubo un tiempo —los años dolorosos de su caída en desgracia y ulterior destierro— durante el cual albergó un justificado rencor hacia su hermanastro Suzaku, por más que reconociera que era un hombre de natural bondadoso y sensible y que sólo actuaba contra él por debilidad y bajo el influjo de su madre y su abuelo, el ministro de la derecha. Ahora no sabía qué pensar.

—¿Qué contestará a eso la dama? —preguntó a las azafatas—. ¿Ha recibido cartas anteriores?

La primera azafata se negó a enseñarle carta alguna. Genji pudo escuchar la conversación de Akikonomu y sus mujeres a través de las cortinas y persianas que la ocultaban a su vista. Ellas insistían en que respondiera «porque el ex emperador merecía respeto», pero Akikonomu se mostraba muy reacia a hacerlo.

—Tienen razón —intervino Genji, alzando la voz para ser oído—. Resulta de todo punto inconcebible que no le diga nada. Debe escribirle aunque sólo sean dos líneas.

Lo cierto es que le daba vergüenza contestar, pero poco a poco fue recordando las horas pasadas junto al ex emperador y cómo lloraba él cuando hubo de partir a Ise. Aunque por aquel entonces era casi una niña, aquellas lágrimas la impresionaron profundamente. Y sus pensamientos incontrolados la llevaron a evocar la imagen de su propia madre, que también la había dejado atrás. Al fin se decidió a contestar a Suzaku y lo hizo con este breve poema:

«Un día me dijiste para despedirme que
ojalá no regresara, y ahora que he vuelto
recuerdo con dolor aquellas palabras.»

Akikonomu obsequió generosamente al mensajero de Suzaku que se encargó de llevarle la nota. Genji hubiese dado cualquier cosa por leer la respuesta, pero no se atrevió a decirlo. A pesar de todo, el príncipe estaba inquieto: el ex emperador era realmente hermoso (tanto que muchos hombres hubiesen deseado que fuese una mujer para amarla apasionadamente), y con Akikonomu hubiera podido formar una pareja perfecta. Estaba seguro de que la tierna edad de Reizei ^[170] preocupaba también a la muchacha, aunque callase por discreción. Sin embargo, las cosas habían ido demasiado lejos para alterar su curso.

Genji decidió tomar firmemente el asunto en sus manos, pero, para evitar que el emperador Suzaku pensara que se estaba entrometiendo demasiado en la vida de Akikonomu, le hizo sólo una breve visita cuando

llegó a la corte. La dama había vivido siempre rodeada de azafatas y sirvientas bonitas, hábiles y bien dispuestas, muchas de las cuales habían regresado a sus pueblos respectivos al morir la princesa Rokujo. Ahora que su hija iba a vivir en el palacio imperial, casi todas volvieron a su lado para atenderla. Nada tiene de extraño, pues, que su «corte particular» fuese la más brillante de palacio. En aquellas circunstancias, Genji no podía quitarse la princesa difunta de la cabeza. ¡Con qué orgullo hubiese presenciado Rokujo la fulgurante ascensión de su hija! ¡Y qué gran mujer fue! ¡Cuan pocas podían comparársele!

Fujitsubo estaba entonces también en la corte. Cuando el emperador recibió la noticia de que se le había elegido una nueva esposa, se sintió un tanto confuso. Aunque estaba notablemente bien informado para su edad, cuando su madre le comunicó que se trataba de «una mujer madura», el corazón le dio un vuelco: temía profundamente *a las mujeres maduras*.

La dama se presentó en sus habitaciones bien entrada la noche. Akikonomu era menuda, tímida y dulce, y causó muy buena impresión en el emperador, pero él estaba acostumbrado a la pequeña Kokiden, ^[171] porque a su lado se sentía mucho más seguro. La presencia de la recién llegada, una persona tranquila y silenciosa, puso a To no Chujo a la defensiva porque pensó que hacía peligrar el futuro de su hija como posible emperatriz. Había presentado a su hija en la corte con la ambición de que escalara el lugar más alto, y le preocupaba que hubiese surgido una rival.

Al emperador Suzaku le costaba resignarse y el poema de Akikonomu sólo había servido para inflamar más aún su imaginación. Un día Genji se presentó de visita y mantuvieron una larga conversación durante la cual se hizo referencia a las ceremonias que acompañaron la partida hacia Ise de la joven. Era un tema que habían tocado infinitas veces y que volvió a aflorar. Suzaku evitó revelar la razón por la que esta historia le interesaba tanto, y Genji se guardó mucho de dar a entender que conocía el secreto de su interlocutor. A pesar de la reticencia de ambos, era obvio que Suzaku no había dejado nunca de amar a la muchacha que le deslumbrara desde el primer instante que la contempló, y Genji le compadeció profundamente. Tan sólo lamentaba no haber podido ver por sí mismo durante la ceremonia

de la iniciación aquella belleza excepcional que parecía fascinar a cuantos la contemplaban, porque Akikonomu, que era la personificación del recato, únicamente se había mostrado sin velo al emperador encargado de coronarla, y el afortunado —para su desgracia— había sido Suzaku. Y lo cierto era que la situación no había variado, pues Genji había tenido que contentarse con ver siempre a Akikonomu en la penumbra o detrás de un *kichó*. Sin embargo, por lo poco que había podido entrever había llegado a la conclusión de que la muchacha era la perfección misma.

De momento, el emperador tenía ya dos esposas —Kokiden y Akikonomu—, de modo que una tercera parecía fuera de lugar, y el príncipe Hyobu hubo de posponer sus planes de enviar a una de sus hijas a la corte. Se consoló pensando que, cuando el emperador creciera, tal vez lograría salirse con la suya.

El soberano era un enamorado del arte y le encantaba contemplar pinturas. Él mismo era un pintor más que competente. También Akikonomu resultó ser una artista muy hábil. Aunque en los primeros tiempos Reizei trató de dividir sus favores por igual entre ambas damas, cuando descubrió la afición de Akikonomu empezó a pasar largos ratos en sus aposentos pintando con ella. Entre los jóvenes cortesanos que los rodeaban muy pronto convirtió en favoritos a aquellos que ya eran pintores o estudiaban pintura. Le encantaba contemplar a su nueva esposa, un auténtico dechado de belleza y distinción, mientras pintaba o se quedaba inmóvil y pensativa con el pincel en el aire frente a la obra en la que estaba trabajando. Cada vez le gustaba más Akikonomu.

To no Chujo se enteró pronto de todo ello y, siendo hombre fuertemente inclinado a velar por sus intereses, trazó un astuto plan para poner fin a una situación que consideraba muy peligrosa para su hija. Mandó llamar a cuantos pintores de calidad se le ofrecieron y les suministró los mejores materiales.

Para estimular su imaginación, les sugirió temas y obras literarias de autores clásicos que le gustaban especialmente y les ordenó que las ilustraran. También encargó pinturas de las estaciones del año y mostró notable olfato al hacer la selección. Como era de esperar todas las obras

encargadas se colocaron en los aposentos de Kokiden. El emperador las admiró profundamente y manifestó su deseo de que Akikonomu las pudiera contemplar también, a lo que se opuso To no Chujo. Aquellas obras no podían salir de los aposentos de su hija. Genji tuvo conocimiento de la anécdota, y se sonrió al pensar que To no Chujo seguía comportándose como un niño.

—Lamento mucho —dijo al emperador— que la princesa oculte sus pinturas a tu vista. No pienso que su majestad se merezca tales cosas. Voy a enviarte toda mi colección para que hagas con ella lo que te plazca.

En Nijo había armarios enteros llenos de pinturas antiguas y nuevas. Guiándose por el criterio de Murasaki, el príncipe eligió las más bellas y adecuadas al gusto moderno. Destacaban los retratos de dos famosas beldades chinas, Yang-Kuei-Fei y Wang Chao-Chun, pero, habiendo tenido ambas un triste fin, Genji pensó que no resultaban un obsequio de buen augurio. Aprovechó la ocasión para mostrar a Murasaki los apuntes que había tomado durante su exilio en Suma, y que adornaban su diario de aquellos tiempos. Cualquiera espectador ocasional se hubiese emocionado al verlos. Murasaki guardaba un recuerdo imborrable de aquellos tiempos, durante los cuales tanto llegó a sufrir. ¿Cómo no se los había dejado ver antes? E improvisó:

—Hubiese preferido a estar sola y triste en la ciudad, pensando en ti, poder pintar cuadros a tu lado de la vida de los pescadores.

»Esos cuadros me hubiesen servido de enorme consuelo... Y Genji le respondió, compadeciéndola:

—Más lloro ahora que entonces, en los tiempos de mi exilio, al evocar las lágrimas que entonces derramé.

Súbitamente deseó mostrárselos a la emperatriz Fujitsubo. Y a continuación eligió los rollos más hermosos —los que mejor mostraban la

vida en la costa de Akashi— y, al contemplarlos, tuvo la sensación de que volvía a estar allí.

Cuando To no Chujo se enteró de estos preparativos, redobló sus esfuerzos para presentar la mejor colección. Encargó los mejores forros, los cartuchos más lujosos y los cordones más ricos para que sus rollos superaran a todos los demás. Y llegó el día décimo del tercer mes: el tiempo era delicioso, la tranquilidad reinaba por doquier y la gente de la corte parecía feliz. No había ceremonias ni fiestas públicas en perspectiva, de manera que cada cual podía dedicarse a lo que más le complaciese. Genji quería a toda costa llamar la atención del emperador con algo realmente asombroso, reunió las mejores obras que había guardado en Nijo y se las regaló a Akikonomu.

Las pinturas se fueron acumulando en los pabellones de ambas damas. El de Akikonomu destacaba por contar con las obras más antiguas y de pintores de más renombre. En cambio, las obras que podían contemplarse en el pabellón de Kokiden correspondían más al gusto de los tiempos, de modo que, a primera vista, parecían las más atractivas. Las damas del emperador no se ponían de acuerdo a la hora de otorgarle la primacía, aunque solían inclinarse por las que mejor representaban el gusto de su época.

En aquel tiempo, Fujitsubo estaba de visita en la corte. Aunque al entrar en religión había procurado desprenderse de sus aficiones más mundanas, no había podido librarse de su exquisita sensibilidad artística. Al escuchar los debates en curso sobre los méritos de la pintura clásica y la moderna, sugirió que todos los presentes formaran dos equipos. El de la izquierda — que correspondía a la dama del Pabellón de los Ciruelos, es decir, a Akikonomu— estaba encabezado por Heinaishi no Suke, y se alineaban en él personalidades como Jiju no Naishi o Shosho no Myobu; mientras que en el de Kokiden se contaban Daini no Naisihinosuke, Chujo no Myobu y Hyoe no Myobu. ^[172] Se las consideraba las mujeres más brillantes del momento, y Fujitsubo se prometió un buen rato de entretenimiento a su costa: bastaba dejar que intercambiaran opiniones y procuraran —como era habitual en ellas— superarse en ingenio.

La primera escaramuza se centró en dos obras: una ilustración del *Cortador de bambúes* ^[173] la más antigua de las novelas conocidas, y una escena perteneciente a *La historia del árbol hueco*.

Las de la izquierda dijeron:

—Admitimos que la historia, como el viejo bambú en que fue encontrada la heroína, resulta un tanto absurda. Pero el personaje de Kaguya, la princesa de la luna, es tan puro, tan noble y de sentimientos tan elevados, que nos retrotrae a los tiempos de los dioses, y, si esta historia no despierta vuestra admiración, sólo debe atribuirse a vuestra frivolidad femenina.

Pero las de la derecha replicaron:

—Debemos confesar que ese cielo del que habláis nos queda muy remoto... Es más: dudamos que exista un lugar como éste. Si nos atenemos a los detalles «realistas» de la historia, la heroína sale de una caña de bambú. Eso coloca la narración en un ambiente rústico que nos resulta profundamente desagradable. Se nos dice que de esa personita emanaba una luz que iluminaba la cabaña de su padre adoptivo... ¿Qué tiene que ver todo eso con las luminarias que resplandecen en el palacio de su majestad? El noble Abe tiró mil piezas de oro y luego otras mil más para adquirir la piel de la rata de fuego, y el objeto ardió en un instante. ¡Vaya desilusión! Lo mismo cabe decir del príncipe Kuromachi que, para evitarse un molesto viaje al país de las hadas, encargó la rama del árbol de las joyas a un joyero... ¡Valiente farsante! ^[174]

Las ilustraciones del *Cortador de bambú* eran obra de Kose no Omi, y la caligrafía del texto de Ki no Tsurakui ^[175] sobre soporte de papel *kanya* forrado de seda china con ejes de sándalo: en conjunto, nada excepcional.

—Veamos ahora el moderno —dijeron las de la derecha—. Toshikage ^[176] tuvo que enfrentarse a tempestades y olas gigantescas, y recorrió medio mundo sin dejarse vencer por los desastres ni los sufrimientos hasta que finalmente llegó a su casa. Gracias a sus habilidades musicales se hizo famoso y su nombre fue reconocido y admirado tanto en su país como en el extranjero. Esta pintura combina maravillosamente elementos chinos y japoneses, lo antiguo y lo nuevo, y declaramos que no tiene rival.

Pintada sobre papel blanco forrado de seda azul con ejes de jade, la ilustración era obra de Tsunemori y la caligrafía se debía a Michikaze. ^[177] Todos reconocieron que el efecto era extraordinario, y las de la izquierda hubieron de admitir su derrota.

A continuación compararon *Los cuentos de Ise* ^[178] con *La leyenda de Jo-zammi* ^[179] La pintura que propuso el bando de la derecha era, una vez más, una obra brillante, del gusto contemporáneo, con detalles que recordaban el palacio imperial. Al verla, Heinaishi no Suke, del grupo de la izquierda, improvisó:

—¿Vamos a olvidar la profundidad del mar de Ise sólo porque las olas han borrado antiguas huellas?

Y se puso a cantar las alabanzas de la pintura antigua sin excesiva convicción.

—¿Vamos a menospreciar los méritos del noble Narihira ^[180] a causa de una pequeña historia de amor regularmente representada?

Entonces habló Daini no Naishi, por el partido moderno:

—A Jo-zammi, que habitaba encima de las nubes augustas, el insondable mar de Ise le parecía de muy poca profundidad.

A continuación tomó la palabra Fujitsubo: —Por más admirable que resulte la ambición de Hyoe no Ogimi, nadie criticará nunca al noble Narihira.

»¿Debe el viejo pescador de Ise, antes querido y admirado por todos, como las algas que la marea deja en la playa, perderse eternamente en el olvido?

Esas disputas de mujeres pueden eternizarse y resultaría casi imposible recoger todos los argumentos en pro y en contra que sobre las pinturas se expresaron en aquella ocasión. Las damas y azafatas más jóvenes que

habían acudido a admirarlas —incluso las vinculadas al palacio del emperador o a la mansión de Fujitsubo—, aunque hubieran dado cualquier cosa por poderlas contemplar a medida que se extendían los rollos, quedaron relegadas al fondo de la estancia y casi no pudieron ver nada, circunstancia que ocasionó muchos celos y malas voluntades.

Cuando Genji llegó a palacio, el espectáculo de las disputas en curso le divirtió profundamente. ¿Por qué no tomar la decisión final en presencia del emperador?, sugirió. Siempre había pensado en una visita imperial a la colección, de manera que había cuidado mucho la selección ofrecida, dentro de la cual no faltaba un rollo de Suma y Akashi pintado por él mismo. También To no Chujo había aportado lo mejor que había podido hallar.

—Pienso que el concurso debería limitarse a obras preexistentes —dijo Genji—. No tiene ningún sentido ponerse a hacer encargos especiales...

Pero To no Chujo no pudo resistir la tentación de hacer trabajar a destajo a sus pintores favoritos en un estudio improvisado al que se accedía por una puerta secreta. Con ello confiaba superar a sus rivales. A pesar de que se suponía que aquello era un secreto, lo sabía toda la corte. El mismo ex emperador Suzaku envió a Akikonomu pinturas de su propiedad, entre las cuales destacaba un rollo representando los festivales de la corte caligrafiado por el emperador Daigo y otro pintado durante su propio reinado en el que se representaba la escena imborrable de la partida hacia Ise de la joven Akikonomu.

Había encargado la escena al gran Kose no Kimmochi ^[181], y se notaba que el propio emperador había intervenido en ella, discutiendo con el artista hasta sus más mínimos detalles. Se conservaba en una delicada caja de madera de áloe fabricada según el gusto moderno. Mandó sus rollos al palacio imperial por medio de un capitán de la guardia. Junto a la figura de la vestal llegando en litera puso un poema que decía:

«Aunque ahora vivo fuera de los
sagrados recintos, ^[182] lo que sentí entonces
no lo he olvidado.»

Akikonomu contestó inmediatamente. Tomó un peine sagrado y sujetó entre dos púas un papel azul de China con este poema:

«En estos sagrados recintos todo ha
cambiado. Recuerdo con nostalgia los días en
que serví a los dioses.»

El emperador Suzaku se emocionó profundamente y, por primera vez en su vida, deseó no haber abdicado. Estaba dolido con Genji, pero pensaba que tal vez ahora le tocaba sufrir por la manera en que le había tratado. La mayor parte de pinturas del ex emperador habían pertenecido a su madre Kokiden, aunque una parte importante de la colección había pasado a manos de Oborozukiyo.

Cuando llegó el gran día del concurso y aunque no había habido demasiado tiempo para hacer los preparativos, el lugar elegido —el salón del trono— lucía espléndido. Las damas de uno y otro bando se alineaban a ambos lados del trono imperial, ocupando el norte y el sur de la pieza, mientras los cortesanos ocupaban la parte oeste. El bando de Kokiden mostraba sus pinturas en cajas de madera rojiza de sándalo montadas sobre pedestales recubiertos de brocado de Corea de color verde dispuestos sobre una bellísima alfombra de seda china también de color verde. Seis niñas, vestidas con túnicas encarnadas y *uchikis* blancos forrados de púrpura, se encargaban de ayudar a desenrollar y enrollar las pinturas cuando así se les ordenaba. ^[183]

Las cajas de Akikonomu eran de madera de áloe, y habían sido colocadas sobre unas mesas de la misma madera pero de tono más claro. La alfombra era de brocado de Corea de un tono azul verdoso, mientras que las niñas que se encargaban de mostrar los rollos iban vestidas con *uchikis* azules y chales del color del sauce sobre túnicas pardas forradas de amarillo. Cuando todo estuvo a punto, las azafatas del emperador se pusieron a ambos lados de él integrándose en uno y otro bando.

El heraldo anunció a Genji y a To no Chujo, y ambos hicieron su entrada en la sala, acompañados por el más joven de los hermanastros de Genji, el príncipe Hotaru, hombre de gusto exquisito y gran entendido en

pintura, que se sentó discretamente entre los cortesanos. No obstante, en cuanto el emperador le vio, le llamó a su lado y le confirió públicamente el papel de arbitro del concurso, pues no se fiaba de su propia capacidad decisoria y quería apoyarse en alguien absolutamente imparcial.

Tenían delante una inmensa colección de pinturas, y la función del arbitro no iba a ser sencilla. Entre la colección de Akikonomu destacaban los ciclos de las cuatro estaciones magistralmente pintados por artistas clásicos llenos de fuerza, fluidez y gracia, y que, a pesar de su tamaño reducido, daban margen a la imaginación del espectador para que los «completase» a su gusto. Frente a ellos (y en el lado de Kokiden) había muestras de pintura contemporánea sobre el mismo tema. Eran imágenes más superficiales, que llamaban poderosamente la atención por la habilidad y espontaneidad de las pinceladas de sus creadores. A primera vista, no parecían inferiores a las piezas de Akikonomu, y aun algunos las habrían juzgado más brillantes y alegres. Era difícil decidirse entre unas y otras.

Entonces se abrió la puerta que separaba el salón del trono de la estancia del desayuno, y entró Fujitsubo. Recordando sus enormes conocimientos en la materia, Genji esperaba que se pronunciaría sobre las obras expuestas,

pero no fue así. Por su parte, él se mostró un tanto tímido, limitándose a algún comentario ocasional sobre esta o aquella pieza. De todos modos, si no estaba conforme con alguna de las opiniones manifestadas por el príncipe Hotaru, era capaz de defender su punto de vista con notable vigor.

Anocheció, y el príncipe Hotaru no había tomado aún una decisión definitiva. Para terminar la velada, el bando de Akikonomu presentó un rollo que representaba la vida en la costa de Suma de modo tan admirable que To no Chujo se alarmó profundamente al examinarlo. Viendo que el concurso estaba a punto de acabar, la facción de Kokiden se decidió a presentar un rollo ciertamente magnífico, pero que no podía compararse con la sutil delicadeza con que Genji había ido describiendo en el suyo sus estados de ánimo a lo largo de los años de destierro. Todos los presentes, empezando por el emperador y Hotaru, guardaron silencio, haciendo visibles esfuerzos para no echarse a llorar. Lo habían compadecido y se habían imaginado a sí mismos sufriendo a su lado, y ahora estaban

contemplando la «realidad» de aquellos años dolorosos. Ante sus ojos se mostraba la soledad de aquellas playas inmensas y sin nombre. El texto había sido escrito en cursiva china y a veces en japonés, y no se limitaba a una narración prosaica de los acontecimientos, sino que estaba plagado de breves poemas auténticamente fulgurantes. Nadie quiso perder el tiempo en la contemplación del rollo presentado por el bando de Kokiden. El rollo de Suma lo había arrinconado y hecho desaparecer de una vez por todas. El triunfo de Akikonomu y sus partidarias fue completo.

Se acercaba la aurora y todos se sentían vagamente melancólicos. Por otra parte, el vino empezó a circular y estimuló sus recuerdos:

—Desde mi más tierna infancia —empezó a decir Genji— he amado los libros. Y mi padre, el viejo emperador, temiendo que los estudios acabaran absorbiéndome por completo, solía decirme: «Seguramente la erudición atrae tanto la admiración del mundo que, para compensar, el sabio, una vez ha llegado a cierto nivel de conocimientos, está condenado a pagar por ellos con la pobreza o la mala salud. Los que han nacido para ser grandes deben saber que, estudien más o menos, las ventajas de su cuna serán suficientes para distinguirles de entre sus contemporáneos. Y, hablando ya de ti, el ansia por adquirir conocimientos que no te llevarán a ninguna parte me parece del todo superflua. Espero que no pierdas demasiado tiempo con ellos.» Quiso, pues, que se me educara básicamente en materias relacionadas con la administración y la economía nacionales. Me defendí bien, aunque en ninguna rama destacué especialmente. Sólo en pintura mostré un talento fuera de lo común, para desesperación de mis preceptores, que la tenían por un pasatiempo trivial e indigno de mí. Casi no tenía tiempo para dedicarlo a esa actividad que tanto me fascinaba, hasta que, al fin, con mi larga estancia en tierras remotas llegó el momento de que las semillas que la naturaleza había puesto en mí germinaran. En poco tiempo descubrí los secretos del oficio y me volqué en describir sobre el papel lo que yo mismo veía y sentía... Esa es la razón de que haya conservado hasta el día de hoy la obra de aquellos años no tan lejanos y espero —añadió para acabar, dirigiéndose a Hotaru— que el hecho de que me haya decidido al fin a mostrarla no sea interpretado como un acto de vanidad impertinente.

Su hermano el príncipe le contestó:

—Puede afirmarse en relación con cualquiera de las artes que el auténtico magisterio requiere un esfuerzo concentrado y que las buenas intenciones no bastan. Pero puede aprenderse mucho contemplando la obra de los grandes maestros, de manera que una persona mínimamente dotada, sin esforzarse en profundizar demasiado en la materia, sería seguramente capaz de salir airosa imitando las formas «externas» de cualquier arte. Pero el dibujo y la pintura exigen un notable talento natural y nos deparan a veces grandes sorpresas: ¡Todos conocemos el caso de personas de pocas luces, incapaces de llevar a cabo actividad seria alguna, que son unos auténticos genios con el pincel en la mano! No es raro, pues, que familias muy nobles produzcan muchachos capaces de defenderse muy bien en el terreno artístico.

El príncipe hizo una pausa y prosiguió, dirigiéndose ahora a Genji y había un claro deje del vino trasegado en su voz:

—Mi padre, el viejo emperador, procuró que sus hijos e hijas recibieran una educación artística lo más completa posible, pero extremó sus cuidados en la persona de Genji, seguramente porque le consideraba el más dotado de todos. Llegaste a dominar la poesía y la música y siempre se te ha considerado un excepcional intérprete de la flauta y del koto. Nos pareció que te tomabas la pintura más como un divertimento que como un auténtico estudio y que recurrías a ella sólo para relajarte cuando la poesía te había dejado exhausto. Y ahora nos sorprendes también con estas obras maestras pintadas en Suma y Akashi, que harán palidecer de envidia a nuestros mejores profesionales. Eres un auténtico prodigio.

El mes tocaba a su fin y lo que quedaba de la luna se mostraba en el cielo inundando de plata la región occidental. Llamaron al conservador de los instrumentos, y To no Chujo se hizo traer un koto japonés, Genji y Hotaru kotos chinos, mientras Shosho no Myobu, azafata de Akikonomu, se hacía cargo del laúd. Los cortesanos que destacaban por su sentido del ritmo se encargaron de llevarlo y, en conjunto, resultó un concierto muy digno de oírse. Con la llegada de la aurora, la luz del nuevo día empezó a difundirse sobre las flores y las caras de los asistentes. Fujitsubo hizo traer

regalos de sus aposentos y el emperador regaló una túnica al príncipe Hotaru.

A partir de aquella noche, en la corte sólo se hablaba de los diarios de Genji. El príncipe solicitó que su rollo sobre la costa de Suma fuese entregado a Fujitsubo. Cuando la monja se enteró de que se trataba sólo de uno que formaba parte de una colección mucho más numerosa, se interesó por el resto.

—Ya los verás a su debido tiempo —la tranquilizó Genji—. Hay demasiados para ser contemplados en una única sesión.

El emperador estaba entusiasmado, para consternación de To no Chujo, que temía que el triunfo de Genji redundara en beneficio de Akikonomu. Sin embargo, cuando comprobó que, terminado el concurso, su majestad seguía considerando a la pequeña Kokiden su compañera de juegos favorita, se tranquilizó no poco.

Genji tuvo el presentimiento de que las ceremonias cortesanas y los festivales de aquel reinado estaban destinados a ser tomados como modelo en el futuro. Por ello se esforzó en que todas las fiestas y acontecimientos, desde los menos importantes a los más trascendentales, se celebraran de la manera más perfecta posible. Y, al mismo tiempo, también le obsesionaba la impermanencia de lo humano. A medida que el emperador se iba acercando a la edad adulta, empezó a pensar seriamente en abandonar el mundo y abrazar la vida monástica. Los precedentes históricos enseñaban que, cuando un hombre se eleva a un nivel de rango y de poder que no se corresponde con sus años, no puede esperar una larga vida. Ahora, durante el pacífico reinado de Reizei y quizás como compensación por lo sufrido en los años de desgracia y exilio, Genji había alcanzado unas cotas de honores y de poder que nunca hubiera podido soñar. Pero lo cierto es que anhelaba retirarse poco a poco y prepararse para la otra vida, hasta el extremo de que había comprado un terreno en una comarca montañosa y levantado un templo en él, que estaba llenando de imágenes y escrituras. Pero todavía le quedaban hijos que educar y colocar en el sitio adecuado, y eso era seguramente prioritario.

Capítulo 18 El viento en los pinos

Cuando hubo concluido el pabellón oriental de Nijo, instaló en él a Hanachirusato. El ala oeste y las galerías que la rodeaban fueron dedicadas a oficinas para los funcionarios que estaban a su servicio por razón de su cargo de gran ministro. También se proponía instalar en el ala este, pero en unos aposentos distintos de los de Hanachirusato, a la dama de Akashi. El ala norte correspondía, naturalmente, a Murasaki. En la parte trasera del palacio hizo construir una serie de aposentos muy confortables, con la intención de alojar en ellos a damas que, habiendo recibido sus favores en el pasado, se dirigían ahora a él para que les prestara su apoyo, ya que no había sido capaz de cumplir todas sus promesas al pie de la letra. Aunque se trasladó a vivir al edificio nuevo, mantuvo abierto y amueblado el gran salón de toda la vida para su uso ocasional.

Seguía escribiendo regularmente a la dama de Akashi, y le instaba a trasladarse a la capital, pero ella había oído tantas historias sobre cómo había hecho sufrir a otras mujeres, algunas de rango infinitamente más elevado que el suyo, y jugado con sus sentimientos para luego olvidarlas a los pocos meses, que no quería vivir una experiencia semejante en su propia carne. La mujer tenía clara conciencia de su rango y no estaba dispuesta a que su hija acabara sufriendo las consecuencias de todo ello. Sabía de la existencia de Murasaki y del enorme cariño y respeto que Genji le profesaba. Si aceptaba ir a vivir en su palacio, ¿qué papel le tocaría representar en él? Con suerte algún día, yendo a los aposentos de Murasaki, el príncipe «indiferente» se dejaría caer en los suyos para una breve visita. Sería el hazmerreír de todos y se negaba a consentirlo. Pero estaba su hija: no quería que creciera en un lugar apartado del mundo como *la hija de las sombras*. Sus padres entendían su posición, pero se mostraban favorables a que se marchase a la ciudad.

El abad recordaba que el abuelo paterno de su esposa, príncipe Nakatsukasa, había tenido una casa junto al río Oi al oeste de la ciudad. Nadie se había hecho cargo de ella después de su muerte, y la casa se había

ido arruinando. Entonces decidió dirigirse al guardián, bajo cuya custodia se encontraba ahora la propiedad:

—Me había resignado a pasar el resto de mis días en el campo —le dijo—, pero he aquí que un acontecimiento inesperado ha venido a interferirse con mis planes y necesito volver a vivir en la capital. No me veo con ánimos de ponerme a vivir en el centro de Heian: demasiado ruido, demasiado ajetreo para un hombre acostumbrado a la vida rústica como yo... Necesito algo más tranquilo y familiar, a ser posible un lugar que lleve ya tiempo en la familia y nos haga sentir en nuestra propia casa. ¿Podrías encargarte de las obras de reforma? Como es natural yo correré con todos los gastos.

—Me temo que te decepcionará mucho cuando lo veas... —le respondió el otro—. Nadie ha habitado allí durante años y todo se cae a pedazos. Yo mismo intenté vivir en una de sus habitaciones, pero, aunque tenía un techo relativamente aprovechable, carecía de tejado... Y después de la primavera se han puesto a construir un templo por orden del príncipe Genji que va a cambiar el aspecto de todo el barrio. Será, a lo que parece, algo grandioso, pero el paso de obreros por el lugar es constante... Si lo que buscas es tranquilidad, no esperes hallarla allí.

—No me importa —replicó el abad—. De hecho cuento ya con el ministro, que es mi amigo, para ciertos favores... Yo mismo me haré cargo del importe de los trabajos de reconstrucción y decoración de la casa... Sólo te ruego que procures que esos trabajos se terminen lo antes posible.

El guardián protestó, sonrojándose:

—Con todos los respetos, pienso que el lugar me pertenece o, por lo menos, que tengo tanto derecho a ocuparlo como cualquier otro... Los campos que lo rodean iban a echarse a perder, de modo que pagué a la difunta Mimbú no Tayu una cantidad más que razonable para que me permitiese cultivarlos, y he estado ocupándome de ellos hasta hoy.

—No quiero tus campos —le tranquilizó el abad—. Puedes seguir trabajándolos con plena libertad y hacer tuyos sus productos. A mí me sobran rentas para atender a las necesidades de mi familia. Por otra parte,

creo que si lo buscara, encontraría mi título de propiedad. Estoy seguro de que daré con él y te lo mostraré.

La referencia que el abad había hecho a su vínculo con Genji puso sobre aviso al guardián, que quiso ahorrarse problemas, de manera que accedió a los deseos del anciano y, tras asegurarse una sustanciosa recompensa, se apresuró a reconstruir la casa.

Genji estaba muy dolido por la negativa de la dama de Akashi a regresar a la capital. Pero, tan pronto como se enteró de que la mansión junto al Oi había sido reconstruida, lo entendió todo. La dama tenía miedo a la gran ciudad. Entonces comprendió sus precauciones e incluso las encontró dignas de encomio. Sin esperar más, envió a Koremitsu, su confidente y consejero habitual, para que examinara el terreno y le diera su opinión.

—El lugar es francamente hermoso —le confió el otro—. Recuerda un poco la playa de Akashi.

El príncipe estaba encantado: el templo que Genji levantaba se encontraba al sur de Daikakuji, junto a una cascada que rivalizaba con la del propio Daikakuji. La estancia principal de la casa del Oi era sencilla y sin pretensiones, casi como la de una granja, y la mansión se erguía junto a un bosque de pinos magníficos no lejos del río. Genji se ocupó de amueblar la casa y luego, con gran sigilo, envió unos hombres de su confianza a Akashi para que escoltaran a la dama hasta allí.

Y llegó el día de la partida. La dama lloró al despedirse de su padre, pensando en la soledad que le esperaba, y ante todos y cada uno de los detalles de la casa que durante tanto tiempo ocupara. Cuando recordaba lo ocurrido, maldecía su relación con el príncipe y todas sus consecuencias. ¡Felices aquellas que nunca se habían cruzado con él!

En cuanto al abad, no podía negarse que acababa de ver realizados sus sueños de años, pero cuando llegó el momento inevitable de la separación pudo más en él la tristeza que el sentimiento de haber triunfado. No volvería a ver a su nietecita y esta idea, a la que daba vueltas sin parar, lo mantenía ensimismado en un rincón. También su esposa estaba triste: había vivido siempre al lado de su hija y, por tanto, había decidido acompañarla. Aunque cuando llegó a Akashi no le gustó nada, con el tiempo llegó a amar

aquel mar y aquella arena, y le costaba despegarse de ellos. Su marido era un hombre extraño, que no siempre la había apoyado como ella creía merecer, pero existía un vínculo indudable entre ambos. Ella había sido su esposa y él su marido. La inesperada separación final les parecía a ambos demasiado precipitada. En cuanto a las sirvientas, no cabían en sí de gozo ante la idea de partir y dejar atrás aquel lugar aburrido y solitario, y sólo las más sentimentales derramaban alguna lágrima por los días pasados.

Era otoño, la estación melancólica por antonomasia. El viento soplaba helado y los insectos cantaban con todas sus fuerzas celebrando el amanecer del día de la partida. La dama de Akashi estaba sentada y con la vista perdida en el mar, y su padre, que siempre fue un gran madrugador, se había levantado más pronto de lo habitual para atender a los servicios del alba. Al reemprender sus rezos se puso a sollozar, porque, aunque las lágrimas no resultaran la más propicia de las señales en un momento así, aquella mañana todo el mundo lloraba. La pequeña relucía como el jade en la oscuridad. El abad siempre había despreciado a los hombres que, habiendo renunciado al mundo, actúan luego como si aún formasen parte de él. Pero su hija estaba a punto de abandonarlo... Improvisó:

—Los viejos lloran con facilidad y yo estoy llorando. Sólo pido a los dioses que le otorguen incontables años de dicha...

»No quiero ser ave de mal agüero... —concluyó, llevándose una manga a los ojos.

Su mujer, que también sollozaba, compuso este poema:

—Juntos dejamos la ciudad y hoy vuelvo sola. Terrible sino vagar sin compañía por la oscuridad...

La dama rogaba a su padre que las acompañase hasta las riberas del Oi, aunque sólo fuera para hacerles de escolta, e improvisó:

—En cuanto yo me haya ido, ¿cuándo volveremos a vernos? ¿Acaso podemos confiar en este mundo impermanente?

El hombre se negó a abandonar su Akashi y, para justificar su negativa, explicó:

—Cuando renuncié al mundo y me refugié en este lugar, esperaba poder asegurar tu futuro tal como te merecías. Convencido de que no había nacido bajo el mejor de los auspicios, sabía que, regresando a la ciudad como un gobernador de provincias derrotado más, nunca sería capaz de poner mi cabaña en orden y adecentar mi jardín. Todos me considerarían un fracaso, tanto en el aspecto público como privado, un oprobio para la memoria de mi padre que llegó a ocupar las magistraturas más altas del Estado, de modo que resolví que, el día que dejara la ciudad, la dejaría para siempre. Y no me defendí mal abandonando el mundo, en el sentido de que logré librarme de todas las ambiciones mundanas. Con todo, nunca pude deshacerme de una pregunta, la más dolorosa de todas: ¿cómo podía estar ocultando el más precioso de mis brocados en un lugar tan remoto? [184]

»En relación con ella, me limité a confiar y a rezar a los dioses para que, por culpa de un padre indigno, no se te condenara a pasar la vida sola y entre rústicos gañanes. Luego tuvo lugar este acontecimiento inesperado y feliz que sólo sirvió en última instancia para poner de relieve cuan bajo era nuestro lugar en la sociedad. Pero desde el nacimiento de tu hija veo las cosas con mayor optimismo, pues intuyo que tu unión con el príncipe está destinada a durar. Estoy convencido de que tiene un gran futuro por delante. Por ello siento todavía más perderla de vista. Pero basta ya. Será vuestra luz, no la mía, la que iluminará el mundo. Mientras habéis vivido aquí, habéis hecho felices a muchos. Las escrituras nos hablan de seres celestiales que descienden a mundos mezquinos para otorgarles un tiempo de alegría. [185] Vuestro tiempo entre nosotros ha tocado a su fin y debéis partir. No os toméis la molestia de dedicarme servicios cuando os llegue la noticia de mi muerte. Carece de sentido preocuparse ante lo inevitable.

El abad calló por un momento. Luego, torciendo la cara en una mueca de dolor, añadió:

—Aunque el recuerdo de mi pequeña seguirá clavado en mi alma hasta el día que me eleve por los aires convertido en humo..., rezaré por ella hasta mi muerte.

Como había que transportar abundante equipaje, hubiesen hecho falta muchos carruajes de hacerse el viaje por tierra. También habría resultado complicado enviar parte del equipaje por mar y viajar por tierra. Genji había dado instrucciones a sus hombres para que evitasen en lo posible ser reconocidos, de modo que el regreso se hizo en barco. Zarparon a la hora del Dragón, ^[186] y la embarcación *se perdió entre las brumas* como en el poema famoso. El anciano pensó que su serenidad le había abandonado para siempre y no podía apartar la vista de la bruma que cubría la superficie marina. También su esposa se sentía muy confusa e improvisó:

—Vivía sólo para el más allá como una monja, pero la barca que me lleva ha dado media vuelta.

Y su hija le contestó:

—¡Durante cuántos años viví aquí otoños sin cuento, y, de pronto, en un frágil madero regreso a la capital!

El viento sopló regularmente y alcanzaron el Oi a la hora esperada. Tal como Genji quería, habían procurado no llamar la atención durante el viaje. Hallaron la casita muy a su gusto y tan parecida a la de Akashi que minimizó su añoranza, aunque no la hizo desaparecer del todo. Las galerías acabadas de construir eran de exquisito gusto, y el estanque y el riachuelo francamente agradables. Aunque las obras no habían terminado del todo, ya se podía vivir perfectamente allí. El mayordomo, hombre de confianza de Genji, había preparado una pequeña fiesta de bienvenida e hizo todo lo posible para que se sintieran cómodas en su nueva morada. Pero iban pasando los días y Genji no se dejaba ver. La dama de Akashi, que había

confiado en encontrarlo esperándola al llegar a su nueva morada, se sumió en una nueva depresión. Tenía poco o nada que hacer y sus pensamientos volaban hacia Akashi. De vez en cuando, tomando el koto de siete cuerdas que Genji le regalara, tocaba la melodía que su fantasía le dictaba. Era la estación de la tristeza y no tenía que temer que la oyeran mientras el viento la acompañaba soplando entre los pinos. La música despertó a su madre, e improvisó:

—Se diría que he renacido, en otro mundo, y vuelvo a oír el viento entre los pinos como en otros tiempos.

Y su hija respondió:

—Echo de menos a aquellos que me escuchaban en mi tierra, y me comprendían. Aquí nadie parece interesarse por mi koto.

Mientras la vida en la casa del Oi no se caracterizaba por la alegría, Genji se sentía profundamente inquieto. Haber hecho venir a las mujeres de Akashi para que se instalaran junto a la capital y no hacerles ningún caso parecía a todas luces un comportamiento monstruoso. No le importaba lo que la gente pudiera pensar ni comunicó a Murasaki los detalles del asunto, limitándose a enviarle una nota en la que le decía que debía ausentarse brevemente. De todos modos, estaba seguro de que tarde o temprano la historia llegaría fatalmente a sus oídos. La nota decía así:

«Tengo un asunto pendiente al otro lado del Katsura que he desatendido demasiado tiempo. Ciertas personas a las que prometí visitar se han instalado allí y debo ir a verlas. Además tengo que pasar por el santuario que estoy haciendo construir en Saga y ver el Buda antes de que lo pinten. Estaré fuera dos o tres días.»

La nota levantó sospechas en Murasaki. Temía que esos dos o tres días de que hablaba la carta se convirtieran en una eternidad, como en la vieja leyenda del leñador chino, ^[187] y se puso muy triste. Sin pensarlo dos veces, le hizo saber sus temores:

—¿Habré de esperar —le dijo, aludiendo a la historia— a que el mango de mi hacha empiece a echar hojas?

—Me temo que vuelves a mostrarte quisquillosa —se defendió él—. ¿No oyes decir a todo el mundo que he cambiado tanto?

Cuando partió con un puñado de hombres que sabían quién vivía junto al Oi, el sol estaba en su cénit. Llegaron a su destino al anochecer. La dama, que sólo lo había visto con los burdos atavíos de un pobre exiliado, lo contempló esplendorosamente vestido de cortesano, y no cabía en sí de gozo. Entonces Genji vio a su hija por vez primera, y le pareció el más preciado de los tesoros. Maldecía todos los días y semanas que había estado lejos de aquellas tres mujeres. La gente aseguraba que su hijo, el nieto del ex ministro de la izquierda y actual canciller, era un muchacho muy hermoso, pero no había que olvidar que los que así hablaban eran aduladores, y a veces Genji dudaba si realmente Yugiri era tan bello como se decía. En cambio, aquel capullo que tenía delante era una auténtica maravilla. Además la niña se reía como si fuera la criatura más feliz del mundo.

La nodriza estaba mucho más guapa que cuando partió para Akashi y le contó a Genji sus experiencias junto al mar. Genji le pidió disculpas: al fin y al cabo, él tenía la culpa de que hubiese tenido que vivir entre las chozas de los «quemadores de sal».

—Todavía vives demasiado lejos —dijo a la dama—, y me resultará difícil visitarte. Deberíais acercaros más a mí, y yo podría hacer mucho más por vosotras...

—Deja que me acostumbre primero un poco a todo eso —le pidió ella, y parecía una solicitud muy razonable.

Pasaron la noche haciendo planes. Al día siguiente, Genji reiteró sus órdenes de que la casa debía concluirse. Como había corrido la voz de que iba a estar en las cercanías del Katsura, llegó gente de todas partes para verlo y le encontraron en la orilla del Oi. ^[188] El príncipe les mandó que se pusieran a limpiar el jardín.

—El jardín tiene posibilidades —comentó dirigiéndose a la dama—, y podría llegar a convertirse en algo extraordinario, pero ¿tiene sentido

tomarse tanto trabajo? Puedes estar segura de que no vas a pasar aquí el resto de tus días y sabes por experiencia qué gran error supone aficionarse demasiado a un determinado lugar.

El príncipe parecía tan abierto, tan seguro de sí mismo, que la dama de Akashi le amaba más que nunca. También la anciana sonreía con su boca sin dientes. Todos sus sufrimientos desaparecieron como por ensalmo y se puso a supervisar directamente la labor de los que estaban limpiando el arroyuelo que discurría por debajo de la galería oriental. Genji se había quitado el *uchiki* y la anciana lo encontró muy atractivo en túnica. Pero, en cuanto el príncipe se sintió observado por la mujer, pensó que había cometido una falta de educación, se hizo traer el *uchiki* y se lo puso rápidamente.

—Estoy seguro de que debemos a tus plegarias que la niña sea tan hermosa —dijo a la mujer—. Te lo agradezco profundamente. Y también te doy las gracias porque te has prestado a cambiar la paz y serenidad de tu vida en Akashi por el ruido y la confusión que reina aquí. Has dejado atrás a tu santo esposo, sin otra ocupación que pensar en vosotras. Tiene que haber sido muy difícil para todos...

—Sí, creía que lo había abandonado todo, y me sentía un tanto confundida en mi nueva morada —le respondió la anciana, hablando suavemente—. Pero tu amabilidad y comprensión es el regalo mejor a que podía aspirar y me siento pagada con creces. Mucho me preocupaba el porvenir de nuestro pinito en aquellas playas inhóspitas. Nadie duda que las perspectivas han cambiado para mejor, pero sus raíces siguen siendo aún cortas y tiernas... Tengo miedo por él...

Genji le preguntó cómo había sido aquella casa en tiempos de su abuelo. El arroyo, limpio de hierbajos, hojas y cortezas, volvía a dejar oír su voz alegre. La anciana improvisó:

—Cuando regresé a este lugar después de tanto tiempo, vagué de un lado a otro como perdida, hasta que la voz cristalina del agua

me recordó que ella seguía siendo la dueña de la casa.

Y Genji le contestó:

—La fuentecita se negó a olvidar quién fue su dueña, pero dime ¿te has dignado lavarle la cara como se merece?

Mientras él estaba de pie ante ella, contemplándola con ojos llenos de afecto y compasión, la anciana pensó que era lo más hermoso que había visto jamás en este mundo inseguro. Entonces Genji se dirigió a su santuario de Saga, ordenó una lectura del Samantabhadra Sutra en honor de Amitabha y Sakyamuni, y dio instrucciones sobre cómo quería que se decorasen la capilla y las imágenes. Finalmente regresó a la casa del Oi cuando la luna resplandecía en medio del cielo.

La dama le esperaba y, en cuanto lo tuvo a su lado, le alargó el koto que él le había regalado. Genji desgranó una melodía, mientras su memoria volaba en dirección a otros días y otros lugares. La inconfundible afinación del instrumento le devolvió en un soplo a la playa de Akashi. Recitó:

—Tal como te prometí, este koto sigue afinado igual que entonces. ¿Entiendes que mi corazón tampoco haya cambiado?

Y ella le respondió:

—Tu promesa de no cambiar me ha acompañado durante todo este tiempo. Pero con el viento que soplaba entre los pinos se han mezclado mis suspiros hasta ayer.

La dama demostró una gran competencia poética, y había ganado en belleza y porte desde que Genji la viera por última vez. Pero, él seguía sin poder apartar los ojos de la criatura. Era un hecho que la madre pertenecía a un rango inferior, pero había que salvar este problema en relación con la

hija. A su juicio, la mejor solución consistía en llevarla a Nijo y atender a su formación tal como él quería, pero había que tomar en consideración los sentimientos de la madre, que no conocía con exactitud. Se comía a la niña con ojos llenos de lágrimas. La criatura, tímida y retraída al principio, se fue animando a medida que su padre le decía cosas y la acariciaba. La madre los contemplaba a ambos muda de gratitud.

A la mañana siguiente Genji se levantó tarde. Tenía que regresar a la capital, pero, aunque había decidido en un principio ir directamente allí, una ingente multitud se había reunido junto al Katsura para verlo, y algunos se habían acercado al Oi.

—¡Qué situación más molesta! —murmuró, mientras se vestía—. Pensaba que el lugar era más tranquilo... En todas partes me conocen...

Tuvo que salir y mostrarse al gentío, pero luego volvió a la casa y se detuvo en el umbral con la niña, en brazos de su nodriza, a su lado.

—Seguramente pareceré egoísta, pero no me siento capaz de dejarla —se quejó—. ¿Qué voy a hacer? ¿Por qué os habéis ido a instalar tan lejos?

—Desengáñate, señor. Todo sería infinitamente más complicado si vivieras cerca —le contestó el ama.

La niña extendía las manitas como si quisiera tocar la cara de Genji.

—¿Cuándo acabarán mis penas? —se preguntó el príncipe—. Detesto la idea de estar lejos de ti ni siquiera un segundo y estoy seguro de que sentirás verme partir. Pero tu madre no ve las cosas del mismo modo. Ni siquiera se ha dignado salir a despedirme.

La nodriza se limitó a sonreír, y transmitió el mensaje a su señora. La dama de Akashi estaba confusa, pero parecía oponerse a la partida. Genji llegó a la conclusión de que se estaba comportando por encima de su rango y sus sirvientas pensaban lo mismo. Al fin la dama se presentó y su perfil, medio oculto por la cortina, era dulce y lleno de encanto. Hubiese podido ser una princesa. Entonces Genji apartó la cortina y le dirigió unas palabras de despedida. Sus hombres tenían prisa por volver y él debía seguirlos. A pocos pasos de la casa, volvió la cabeza para contemplarla una vez más. Aunque la dama de Akashi dominaba el arte de ocultar sus sentimientos, en aquel momento la sorprendió mirándole con profunda melancolía. Lo

encontraba más hermoso que en Akashi. Entonces estaba demasiado delgado. Ahora se le veía más lleno y proporcionado, y de toda su figura se desprendía la dignidad de la madurez. Es perfecto de pies a cabeza, se dijo la mujer, aunque no podía afirmarse que fuese una espectadora objetiva.

El joven oficial de la guardia cuya fortuna había discurrido paralela a la de Genji, hundiéndose y levantándose con la suya, y que un día se dirigiera al dios del Kamo profiriendo palabras de reproche, había sido elevado al quinto rango y se sentía en la gloria. Mientras aguardaba a que Genji le confiase su espada, entrevió una mujer detrás de la persiana. Era una criada de la dama, que había conocido durante el exilio de Genji, y el joven quiso averiguar si continuaba contando con su simpatía. La tomó de la manga y le dijo:

—No he olvidado las horas pasadas en deleitosa conversación, pero no es mi deseo molestarte ahora. Suelo salir a pasear solo a primera hora de la mañana, y, al escuchar la canción del viento entre los pinos o las olas rompiendo en la playa, me acuerdo de Akashi... Siento no haber tenido hasta ahora ocasión de escribirte.

—Las ocho capas de nubes que cubren esta aldea sobre la colina nos protegen del mundo como la bruma que defendía nuestra intimidad en aquella playa remota... —le contestó ella, entornando los ojos lánguidamente—. Aunque estos pinos no sean los mismos de allá, resulta muy reconfortante hallar a alguien que no ha olvidado...

—Volveremos a vernos —le contestó él, y corrió junto a su señor.

El príncipe se dirigió a su carruaje entre los gritos de los que habían de escoltarlo. Invitó a un capitán de la guardia y a cierto Hyoe no Kami a acompañarlo.

—No sabéis cuánto me desagrada encontrar gentío donde imaginaba que estaría prácticamente solo...

—También nosotros sentimos que no se nos permitiera compartir el claro de luna de la última noche contigo —se quejó el capitán—, de modo que esta mañana nos hemos levantado temprano y hemos acudido a toda velocidad atravesando las nieblas de otoño para acompañarte. Pero el viaje

ha valido la pena. Tal vez las hojas otoñales no estén ya en su apogeo, pero las flores eran maravillosas...

Y se puso a contar una expedición de cetrería que entretuvo a sus amigos más de lo que éstos hubiesen deseado.

—Me temo que he de pasar por la orilla del Katsura —dijo Genji, para consternación de su cortejo, que hubo de improvisar un pequeño banquete.

Llamaron a los cormoraneros, ^[189] que abundan junto al río, para comprarles alimentos, y Genji se sorprendió al oírlos hablar: su lengua parecía casi tan incomprendible como la de los cormoranes de que se servían para sus capturas. Una vez más se sintió transportado a la costa de Akashi. Habían pasado la noche pescando en los marjales y entregaron a Genji uno de sus pájaros sujeto a una caña, nombrándolo «cormoranero de honor». En un periquete organizaron una gran cena al aire libre y pusieron a navegar por el arroyo copas llenas de vino a la usanza china. Cada «concurante» estaba obligado a improvisar un poema antes de sacar su copa del agua. A medida que fue anocheciendo y la luna se puso a brillar sobre ellos, la música se dejó oír cada vez con mayor intensidad. Dominaba el son de la flauta, porque había numerosos intérpretes francamente buenos de dicho instrumento entre los reunidos, pero no faltaban tampoco un koto y un laúd. La flauta es un instrumento otoñal cuya voz combina a la perfección con las brisas de otoño, especialmente en noches de luna tranquilas y radiantes como aquélla.

Ya era muy tarde cuando llegaron cuatro o cinco cortesanos más procedentes del palacio del emperador, donde se había estado celebrando también un concierto. Contaron que el soberano se había sentido muy decepcionado por la ausencia de Genji en el primer día de la semana de las purificaciones. Alguien le dijo dónde encontrar al príncipe, y el emperador le envió este mensaje:

«Aunque nadie pone en duda que la luna parece más radiante al otro lado del río Katsura, también aquí brilla con reflejos de plata.

»Te envidio...»

Genji pidió humildemente disculpas por su ausencia, y los mensajeros hallaron aquel concierto más agradable que el que habían dejado atrás en palacio, de modo que se dispusieron a beber y a escuchar música por segunda vez en la misma velada. Como allí no había nada, Genji envió a un par de sus hombres a la casa del Oi para que trajeran regalos con los que obsequiar a los mensajeros del emperador. Regresaron con dos cajas llenas de ropa procedente de los armarios de la casa del Oi, que fue repartida entre todos. Genji gratificó al principal con un maravilloso vestido de mujer.

He aquí la respuesta que Genji compuso para el emperador:

—El río Katsura no hace honor a su nombre. ^[190] De la mañana a la noche la niebla lo envuelve todo.

El capitán que estaba con él se dejó arrastrar y compuso también su poema:

—¡Qué plácida es la noche en que, tras haberse ocultado brevemente entre nubes, aparece de pronto la luna e ilumina el cielo entero!

Allí había un oficial de más edad, Udaiben, que había servido a las órdenes del padre de Genji, y no quiso ser menos que los demás, de manera que improvisó a su vez:

—La luna de aquella noche en que abandonó su casa entre las nubes, ¿en qué valle recóndito oculta hoy su esplendor?

Parece que hubo otros poemas, pero me faltó paciencia para transcribirlos todos. Genji reinaba una vez más entre sus compañeros, sereno y seguro de sí mismo como siempre. Nadie se hubiera cansado de estar junto a él.

—Hoy hemos de regresar a casa —dijo Genji—, y lo más deprisa posible. No vamos a permitir que el mango del hacha vuelva a florecer.

Una vez más hubo reparto de regalos con arreglo a los rangos de los favorecidos, y las olas de cortesanos que iban y venían, apareciendo y desapareciendo entre las brumas de la mañana, parecían bancales de flores de otoño mecidas por la brisa. Algunos oficiales, cantores y poetas más que correctos, se habían hartado de tanto refinamiento y empezaban a inclinarse por lo subido de tono. Uno de ellos interpretó la canción «del poni» [191] con tanta gracia que numerosos cortesanos se quitaron los *uchikis* y se los regalaron. Era como si el viento hubiese extendido un manto de brocado en forma de hojas de otoño por encima del jardín.

Las nuevas del regreso no tardaron en llegar a la casa del Oi, y entristecieron profundamente a la dama de Akashi. Genji lamentaba no haber tenido tiempo de enviarle ni siquiera una carta. Cuando llegó a Nijo, descansó un poco y luego corrió hacia Murasaki para relatarle la excursión.

—Debo pedir disculpas por haber permanecido fuera más tiempo de lo previsto —le dijo antes de retirarse a su dormitorio—, pero aquella buena gente me retuvo y, por más que lo intenté, no pude librarme de ellos. Estoy muy cansado y espero que me excuses si duermo un poco.

Cuando volvieron a verse, Genji se dio cuenta enseguida de que la dama estaba disgustada, pero hizo como que no se enteraba y, cuando ella se quejó abiertamente, le contestó de mal talante:

—No seas ridícula. Sabes perfectamente que tu posición y la de ella no pueden compararse. Procura dejar de pensar en ello y aprovecha el tiempo en que me tienes a tu lado.

Poco antes de abandonar Nijo para dirigirse al palacio imperial, el príncipe se acercó furtivamente a su escritorio y garrapateó una nota. Murasaki sabía a quién estaba escribiendo e imaginó el contenido del escrito. Parecía tener mucho que decir... Las azafatas de Murasaki vieron cómo daba la carta a un mensajero y le susurraba algo al oído, y se sintieron profundamente heridas.

Genji regresó a Nijo muy entrada la noche. En circunstancias normales hubiera dormido en el palacio real, pero le preocupaba Murasaki. Acababa

de llegar una respuesta procedente de la casita del Oi, que Genji leyó sin ocultarse, y, como el contenido era absolutamente inofensivo, la puso en manos de Murasaki, diciéndole en tono irónico:

—Rásgala en mil pedazos y tíralos si quieres. No deseo ver papelitos rasgados en mis aposentos. ¡Producen tan mala impresión! Un hombre de mi posición debe mostrarse cauteloso.

Aunque le había puesto la carta delante de los ojos, Murasaki no la miró. Genji se sentó a su lado, con los ojos clavados en la lámpara que iluminaba la estancia, porque sus pensamientos estaban en la casita del Oi.

—Estoy seguro de que has echado una mirada a la carta... —dijo a la dama, pretendiendo mostrarse encantador—. Hay que reconocer que la criatura es una auténtica preciosidad. No dejo de pensar que es un regalo procedente de otra vida y que no debo darle la espalda. Pero la cuestión me preocupa. Me gustaría que tú pensaras un poco en el asunto y me ayudaras a encontrar una solución. Por ejemplo: ¿estarías dispuesta a admitirla aquí y a educarla como si fuera tu hija? Casi tiene tres años, y a esa edad los niños son tan bellos e inocentes que es imposible sentir resentimiento contra ellos... ¿Estarías dispuesta a ocuparte de la ceremonia del abandono de los pañales? ^[192]

—He estado muy enfadada contigo hasta hace poco —contestó Murasaki—, porque te empeñabas en fingir que no pasaba nada entre nosotros, cuando algo estaba pasando. Puedes contar conmigo para criar y educar a la niña. Lo haré encantada. Tiene la edad que más me gusta...

Murasaki se echó a reír porque adoraba a los niños y se moría de ganas de tener una niña entre los brazos. A pesar de la reacción de Murasaki, Genji no las tenía todas consigo. ¿Era realmente una buena idea traer la criatura a Nijo? No era fácil desplazarse a la ribera del Oi, y no solía poder escaparse allí más de un par de veces al mes con la excusa de que iba a supervisar la construcción de su santuario junto a Saga. Y aunque la suerte de la dama de Akashi era mejor que la de la princesa Tanabata, ^[193] la mujer se sentía bastante infeliz.

Capítulo 19 Velos de nubes

A medida que se acercaba el invierno, la vida en la casita del Oi se hizo más triste y sombría. En otro tiempo la perspectiva de una visita de Genji era más que suficiente para que la dama de Akashi abandonara su habitual melancolía, pero ahora el príncipe la encontraba siempre desolada y deprimida, y no parecía existir medio humano de hacerla sonreír.

—Esto no puede seguir así —se quejaba Genji—. Debes venir a palacio y ocupar los aposentos que he preparado para ti.

Ella se mostraba reacia a moverse, porque temía que en la mansión de Nijo sólo la esperaban humillaciones y afrentas. Era imposible predecir cómo iba a resultar el cambio de casa, y si al final ella tenía razón, el resentimiento vago que sentía contra él se convertiría fatalmente en un agravio que les separaría para siempre.

—En tal caso, permite al menos que me ocupe de nuestra hija. He hecho muchos planes en relación con su futuro ^[194] que se frustrarían si la dejara aquí. He discutido el asunto con mi esposa y tiene muchas ganas de verla... Está dispuesta a preparar la ceremonia de iniciación y los demás ritos pertinentes, y lo hará con la máxima discreción, si tú quieres.

La dama de Akashi estaba convencida de que Genji tramaba algo como lo que le acababa de confesar y ahora ella acababa de oír con horror.

—Quítame la niña, si quieres —le dijo—, y dásela a esa gente importante para que la eduquen como si fuera suya. Pero puedes estar seguro de que, tarde o temprano, el secreto de sus orígenes saldrá a la luz, y ¿qué harás entonces?

—Sí, debemos andar con cuidado —convino el príncipe—. Como tú sabes, aunque llevo años casado con Murasaki, no hemos tenido descendencia hasta el día de hoy y esta circunstancia la hace sentirse muy desgraciada. A punto estuvo de adoptar a la que fuera gran vestal, la joven Akikonomu, a pesar de que ya no era una criatura. Te aseguro que adora a los niños, y nuestra hija no tendrá queja de ella.

Mientras el príncipe estaba hablando, la madre de la niña recordó las historias sobre los amoríos de Genji que habían llegado a Akashi cuando ella aún vivía allí. ¿Y si Murasaki acababa siendo abandonada como tantas otras de sus predecesoras en el corazón del príncipe? ¿Qué iba a ser entonces de su niña? Pero si, por el contrario, Murasaki era un ser tan excepcional que conseguía mantener contra viento y marea el favor de su esposo durante muchos años, con toda seguridad se tomaría muy a mal que entrara en escena la dama de Akashi. Sólo podía esperar muestras de orgullo y de celos que le amargarían la vida... Por otra parte, si dejaba partir a la niña, ¿qué iba a hacer en el futuro con sus días? Le esperaba la más tediosa de las existencias... ¿Podía imaginar que Genji seguiría visitándola aunque fuese de ciento a viento si el principal motivo de sus visitas ya no estaba en aquella casa? ¿Qué falta había cometido en una vida anterior para que tuviera que cargar con tanta desgracia? Finalmente decidió consultar el asunto con su madre.

La anciana era una persona sensata y supo ver más allá de las circunstancias presentes.

—Te estás comportando de una forma absurda —le dijo—. Sé que no será fácil vivir sin la niña, pero debemos tener en cuenta su interés por encima de todo. Estoy convencida de que su alteza está seriamente preocupado por su futuro. Incluso cuando un niño es hijo del emperador, la posición de su madre resulta decisiva. Fíjate en el caso del príncipe Genji. Era el más hermoso y el mejor dotado de todos los hijos de su padre, pero nunca fue designado heredero aparente, porque su madre no cumplía los requisitos necesarios. Y no digamos si se trata de una niña... Incluso la hija de un príncipe o de un ministro tiene muy pocas probabilidades de hacer algo en la vida si la familia de su madre carece de influencia. El rango de la madre limita forzosamente la capacidad de maniobra del progenitor. Cierto que la suerte de tu hija podría verse seriamente afectada si el príncipe llegara a tener en el futuro una hija de una dama de mucha categoría, pero ello no ha sucedido todavía aunque ha cumplido ya los treinta y dos años. En tal caso seguramente se vería relegada... Pero no la privemos de la posibilidad de tener suerte. Piensa que, por mucho que gastemos en su

educación, nadie le hará ningún caso en este lugar perdido entre colinas. Habla con el padre, y que te explique qué pretende exactamente hacer con ella.

La dama se dirigió también a adivinos y astrólogos, y todos coincidieron en que la niña fuese confiada a Murasaki. Ante tanta unanimidad, con gran dolor de su corazón empezó a ceder. Genji seguía en sus trece, pero procuraba no parecer demasiado insistente para no aumentar el dolor de la madre. Le envió una carta en que se limitaba a preguntarle cuáles eran sus deseos en relación con la ceremonia del abandono de los pañales. Ella le contestó:

«Finalmente he comprendido que, siendo quien soy, no puedo conservar a la niña a mi lado sin dañar seriamente sus posibilidades de futuro. Estoy dispuesta a separarme de ella, aunque temo que en su nueva morada...»

Genji sabía a lo que se refería y le dio mucha pena, pero ordenó que se seleccionara un día fasto para la ceremonia prevista y se hicieran los preparativos necesarios. Entregar un hijo propio a otra mujer resulta siempre una prueba difícil, pero la dama de Akashi no dejaba de repetirse que con ello estaba haciendo un inmenso favor a la criatura. La nodriza que Genji contratara y enviara a Akashi iba a acompañar a la niña al palacio de Nijo, y la idea de separarse de su señora, a la cual había tomado gran afecto y hecho confidente de sus penas y alegrías durante años, la hacía sentirse muy desgraciada.

—Señora —dijo a la dama—, nunca olvidaré tus atenciones desde el día que, sin que yo lo esperara, pero seguramente gracias a la intervención de algún destino predeterminado, me tocó servirte. Nunca dejaré de pensar en ti del mismo modo que tú me recordarás siempre. Me niego a aceptar la idea de una separación definitiva. Ir a vivir entre extraños me asusta, y sólo accedo a hacerlo porque pienso que pronto volveremos a estar juntas.

Cuando llegó el mes duodécimo, a la tristeza que ya reinaba en la casa del Oi se añadieron la nieve y el granizo. ¿Qué había hecho en una vida anterior, se preguntaba la dama, para que tuviera que soportar todo aquello? Pasaba mucho tiempo al lado de la pequeña, peinándola o cambiándole las ropas. Una oscura mañana en que nevaba violentamente salió a la galería y

contempló el hielo que cubría el río, pensando en el pasado y en el triste futuro que seguramente le esperaba. No solía exponerse al aire libre, pues prefería las estancias interiores de la casa. Allí, calentándose bajo unos cuantos *uchikis* blancos, ^[195] pasaba las horas muertas perdida en sus pensamientos. Sus sirvientas se pusieron a admirar la forma de su cabeza y la hermosura de sus cabellos y ropajes, y llegaron a la conclusión de que no podía haber en todo el país una dama más encantadora.

Haciendo por no llorar, dijo a la nodriza:

—El tiempo sólo irá de mal en peor...

»Que no dejen de llegar tus cartas con la asiduidad de los copos, por más que el camino de la montaña esté cubierto de nieve.

Y la nodriza le respondió:

—Aunque te fueras a vivir a la montaña Yoshino, la de las nieves eternas, te visitaría, pues no existen murallas para un corazón como el mío.

Cuando Genji volvió a visitarla, la nieve empezaba a fundirse. La dama se hubiese sentido encantada de verlo, de no ser porque conocía la razón de la visita. Pero ella había aceptado. De haberse mantenido firme, el príncipe no la habría forzado a entregar a la niña. Ahora pensaba que se había equivocado, pero no quería parecer caprichosa y sin voluntad tratando de echarse atrás. La niña estaba sentada frente a su madre y era hermosa como una muñeca. Habían dejado crecer su pelo desde la última primave ahora había alcanzado la longitud habitual en una monja. Nada diré de sus ojos brillantes ni de sus facciones exquisitamente moldeadas. Genji podía imaginar la angustia de la mujer al enviar a su niña a una dama lejana y extraña, pero no se cansaba de repetirle que era la única solución.

—No hablemos más del asunto —dijo ella sin poder contener las lágrimas—. Me sentiré muy feliz si la ves convertirse en algo mucho mejor de lo que yo he sido.

La niña saltaba inocentemente en el carruaje junto a la galería. Su madre la había llevado hasta él, y ahora la criatura se aferraba a su manga y, balbuceando a su manera, la instaba a subir también al vehículo. La dama dijo:

—Se están llevando mi pinito, tan joven y tierno. ¿Qué día me será concedido ver cómo su sombra cubre la tierra?

Tenía todo el derecho del mundo a llorar, pensó Genji, e improvisó:

—Un pinito, si, pero dotado de raíces suficientes para igualar los dos pinos centenarios que han hecho famoso Takekuma.

»Debes tener paciencia...

Sólo acompañaron a la niña la nodriza y otra joven que se llamaba Shosho, y llevaron consigo la espada que Genji había enviado a Akashi, emblema de que la niña era de sangre imperial, y unos cuantos «niños celestiales». ^[197] En el coche había ya unas mujeres de aspecto inmejorable y algunas niñas-paje. Y el carruaje arrancó.

Era de noche cuando llegaron a la mansión de Nijo. Genji temía que el lujo que reinaba allí iba a intimidar a la niña y a sus acompañantes, pero Murasaki se había tomado muchas molestias para que se sintieran cómodas. La estancia oeste del ala occidental había sido decorada imitando una casa de muñecas, y asignó a la nodriza una habitación en la parte norte de la galería que estaba al lado.

La niña se había pasado el viaje durmiendo y no lloró cuando la sacaron del carruaje. Sólo cuando pusieron golosinas delante de ella, se dio cuenta de que su madre no estaba allí, y su bonita cara se ensombreció. La nodriza hizo cuanto pudo por consolarla, mientras Genji no dejaba de pensar en la casa de las montañas y en el tedio y la tristeza que allí debían de reinar. Pero la educación de la niña tenía que pasar delante de todo. Era una joyita,

un tesoro, la perfección... ¿Por qué no quisieron los dioses que naciera en Nijo?

La criatura lloró y se puso a buscar a su madre, pero era de natural dócil y afectuoso, y pronto se dejó ganar por las atenciones de Murasaki. La esposa de Genji no cabía en sí de gozo: se sentía como si le hubiesen hecho un regalo de valor incalculable. Se pasaba la vida con la niña en brazos y en pocos días trabó buena amistad con el ama. Con todo, incorporaron a la casa otra ama, una mujer de muy buena familia.

La ceremonia de iniciación se convirtió en algo muy especial y entrañable para todos los implicados en ella. Los ornamentos parecían especialmente diseñados para la casa de muñecas más hermosa del mundo. Mientras duró la fiesta, los visitantes no cesaron de acudir a presentar sus felicitaciones, aunque la mansión de Nijo solía estar siempre llena de gente que entraba y salía para cumplimentar a su propietario con un pretexto u otro. Y, cuando la niña levantó los bracitos para la ceremonia de «atar las mangas», todos quedaron encantados por su gracia. Las mujeres de Akashi se mantuvieron, muy a su pesar, al margen de la celebración, pero enviaron ropas para la nodriza y las demás mujeres, confiando en que los colores elegidos parecieran de buen gusto a las destinatarias.

La casa del Oi no se borró del pensamiento de Genji y se presentó en ella poco antes de fin de año. Siempre le pareció un lugar muy poco interesante, pero antes la dama tenía a la niña cuyos cuidados le llenaban las horas. ¿Cómo era ahora su vida, privada de la criatura? El príncipe estaba seguro de que resultaba muy dura de sobrellevar y escribía cartas casi a diario. Por suerte los celos de Murasaki habían desaparecido del todo.

Era como si, teniendo ella la niña, todo lo demás que pudiese existir entre su esposo y la dama de Akashi hubiera dejado de interesarle.

Al llegar el año nuevo el cielo se mostró de un azul diáfano y el tiempo extremadamente benigno. En la mansión de Nijo todo marchaba sobre ruedas. Las obras de reforma habían concluido, y el palacio estaba más lleno que nunca de huéspedes y visitas. Los visitantes de más edad y casados se presentaron el día siete, según costumbre, acompañados de sus hijos, para asistir a la ceremonia de las felicitaciones. Luego acudieron los

más jóvenes y, aunque a algunos no les faltaban motivos para estar descontentos o sentirse agraviados, no los mostraron y se deshicieron en sonrisas y parabienes.

Hanachirusato, que vivía en el ala oriental, parecía muy satisfecha con su suerte. Contaba con un puñado de sirvientas muy eficientes y el mero hecho de estar tan cerca de Genji había cambiado su vida por completo. Cuando no tenía mejor cosa que hacer, el príncipe se dejaba caer en sus aposentos y conversaba un rato con ella, aunque nunca se quedaba allí a pasar la noche. Como tenía pocas exigencias, no esperaba nada más. Vivía una existencia plácida, libre de acontecimientos que pudieran inquietarla, y observaba el cambio de las estaciones sin sentirse jamás infravalorada o desatendida. En público, Genji le mostraba todo tipo de consideraciones — casi como si de la misma Murasaki se tratara—, de manera que nadie de palacio ni de cuantos iban allí de visita hubiera osado jamás faltarle el respeto por temor a ganarse la enemiga del señor.

Genji tenía muy presente la casa del Oi, y, en cuanto hubieron concluido las celebraciones de año nuevo en la suya y en palacio, decidió ir a visitar a la dama de Akashi. Se puso sus mejores ropas: una bellísima túnica azafranada y, encima, un *uchiki* de color cereza, todo ello perfumado con la fragancia que desprendía el cofre de sándalo en que había estado guardado durante meses. Así ataviado fue a despedirse de Murasaki, que le contempló, muda de admiración, comprobando que el resplandor que irradiaba la figura de su esposo oscurecía el del sol. La princesita se agarró a los faldones de su túnica con sus manitas como si no quisiera dejarlo partir. Genji se desprendió delicadamente de los dedos de la niña y se marchó por el corredor tarareando una canción aldeana muy popular que decía: *Tengo un campo que sembrar, pero mañana regresaré...* [198]

En la puerta le esperaba una azafata de su esposa con una nota escrita y dirigida a él:

«Si nadie se ocupa allí de atar la barca
para que la corriente no se la lleve, en vano

he de esperar al esposo que «mañana regresará.»

Genji le respondió:

«Me voy por poco tiempo y regresaré pronto, aunque tal vez ella prefiera no verme nunca más.»

Lo cierto es que Murasaki casi no pensaba ya en su rival, por la que sentía más compasión que otra cosa. La pequeña, que se pasaba el día correteando y jugando a su vera, llenaba todas sus horas. De pronto, la cogió en brazos y le puso uno de sus pechos en la boca. Era una escena deliciosa, y las mujeres que la servían se preguntaban cómo era posible que aquella criatura no fuese hija de su señora.

La casa del Oi no dejaba de tener su encanto, que hacía muy feliz a Genji durante sus visitas. Además, la dama parecía más hermosa a cada día que pasaba. Si aquel hombre extravagante que

era su padre no se hubiese empeñado en mantenerla alejada del mundo, hubiese podido hacer una carrera extraordinaria por sus propios méritos, pues le sobraban belleza e inteligencia. En cuanto a él, siempre abandonaba la casa insatisfecho por lo breve de su estancia y comparaba su vida a *un puente flotando entre dos sueños*.

A veces le pedía que sacase el koto y, recordando la música de los tiempos de Akashi, le rogaba que tocase para él. Ahora ella se negaba a tocar sola, y únicamente se prestaba a acompañarlo. Genji le hablaba de los progresos de la niña. A veces, con cierta mala conciencia, hacía una cena ligera y se quedaba a pasar la noche. La construcción del santuario junto al Katsura era su gran excusa. Aunque no trataba a la dama como a una esposa, tampoco se le podía acusar de frío ni de falta de sensibilidad. Procuraba mostrarse siempre tierno y cálido y ella entendía su difícil posición y se sentía razonablemente satisfecha. Por su parte, la dama hacía todo lo posible por parecer deferente y evitaba por todos los medios tanto el descaro como el servilismo. Quería ser a toda costa lo que él quería que

fuese. Había oído decir que solía mostrarse más tieso y formal con las demás mujeres, y le pareció prudente mantener una cierta distancia entre ambos. Si se acercaba demasiado a él, su posición acabaría siendo más vulnerable, y las restantes mujeres de su entorno procurarían perjudicarla. Así pues se conformaba con sus visitas ocasionales y no exigía más. En cuanto a su padre, el abad, a veces enviaba espías desde Akashi para informarse sobre el comportamiento del príncipe, y, según las noticias que le llegaban, se alegraba o se entristecía.

Por aquel tiempo murió el padre de Aoi, y, como había sido en vida un funcionario muy útil y leal, su desaparición causó una gran pena al emperador. Pero Genji lo lamentó más todavía, porque había compartido el gobierno con su suegro, que siempre le asistió con muy buenos consejos. Nada tiene de extraño, pues, que superara a los hijos del difunto a la hora de organizar un funeral digno de su memoria. Ahora toda la responsabilidad de gobierno recaería en él. De todos modos, el emperador había madurado mucho y sus opiniones merecían ya ser tenidas en cuenta, aunque seguía necesitado de consejo y de apoyo. ¿Y a quién podía recurrir si no era a Genji? El príncipe hubo de aceptar que sus planes para una vida tranquila de retiro y de meditación habían de ser pospuestos una vez más. No contribuía a facilitar las cosas el hecho de que aquel año, como ya habían profetizado astrólogos y adivinos, se caracterizara por las catástrofes y calamidades públicas. Y, si había que hacer caso del curso irregular de los astros, la forma de las nubes y las alarmantes apariciones que se anunciaban por doquier, lo peor parecía aún por llegar. ^[199]

A fines del año anterior, Fujitsubo había caído enferma y a partir del tercer mes su condición se agravó. Su hijo, el emperador, fue a visitarla. Cuando ella dejó de ocuparse de él era un niño aún y no llegó a conocer a su padre, de manera que resultaba casi un extraño para su madre, aunque ello no disminuía el dolor de la dama al verlo sufrir junto a ella.

—Hace tiempo que tengo la seguridad de que éste será el último año de mi vida —dijo con voz débil a su hijo—. Pero mientras mi enfermedad me permitía llevar una vida relativamente normal, a nadie comuniqué mis aprensiones, porque temía las ceremonias y los exorcismos a que mi

confesión hubiera dado lugar. Incluso pensaba visitarte en palacio para hablar un rato contigo de estos últimos tiempos. Pero no me sentía con fuerzas... y ahora ya es demasiado tarde.

Parecía aún muy joven para los treinta y siete años que tenía. Al verla tan postrada, el emperador se acusó en silencio de no haber cuidado de ella como merecía, y encargó un sinnúmero de servicios religiosos con la intención de recuperar el tiempo perdido. También Genji estaba desesperado: durante los últimos meses la dama había sido víctima de continuos dolores sin participárselo, e hizo todo lo posible, que no era mucho, para poner remedio a la situación.

El protocolo no permitía alargar indefinidamente las visitas del emperador y hubo de regresar a palacio, muy angustiado. La dama se puso a examinar (¿cuántas veces lo había hecho ya?) el curso de su vida, y hubo de reconocer una vez más que, aunque externamente había alcanzado los máximos honores con que una mujer pueda soñar, los había pagado! carísimos a fuerza de aprensiones y desgracias que hubo de mantener siempre en secreto. Nada sabía aún el joven emperador del secreto de su concepción. El hecho de no habérselo confiado la llenaba de remordimientos. Llevarse el secreto al otro lado de la tumba le aseguraba, además, nuevas inquietudes en vidas futuras hasta que consiguiera librarse de aquella culpa inmensa.

Sólo en su calidad de jefe de gobierno, la inminente pérdida de la madre del emperador (y, con ella, del apoyo de su familia al soberano reinante) constituía ya un gravísimo problema para Genji. Venía, además, a sumarse a la reciente desaparición del padre de Aoi, el viejo gran canciller. Y luego estaba el «terrible secreto», y el dolor que causaba en los pocos que lo compartían. Además, sabía cuánto iba a echarla de menos. Hizo lo que pudo para que las ceremonias destinadas a aliviar los sufrimientos de la enferma y, de ser posible, a alargarle la vida, no cesaran en ningún momento. Un día fue a visitarla y se acercó a su lecho, preguntándole cómo se encontraba. Respondió por ella una de sus mujeres:

—Durante toda su enfermedad no ha dejado ni un solo día de rezar. Y, sin embargo, ha ido empeorando continuamente. Es incapaz de tragarse un

bocadito de comida ni de morder una fruta... Nos tememos que no hay esperanzas.

—Te agradezco mucho —dijo la dama a Genji— lo que has hecho en interés del emperador. Cumpliste al pie de la letra los deseos de tu padre. He esperado una ocasión propicia para darte las gracias, y seguramente este reconocimiento, aunque sincero, llega un poco tarde.

Apenas se la entendía, y las lágrimas impidieron a Genji contestarle. Hubiese preferido que la servidumbre de la enferma no le viera llorar, pero fue incapaz de contenerse. De todos modos, a nadie podía sorprender su dolor, pues Fujitsubo había sido universalmente querida en la corte.

—A pesar de mis débiles fuerzas —le respondió—, he intentado ser de alguna utilidad a tu hijo siempre que me ha necesitado. La muerte del canciller ha sido un duro golpe, y ahora esto... Me temo que es más de lo que puedo soportar y que no permaneceré mucho tiempo en este mundo.

En cuanto él hubo terminado, ella murió como una luz que se apaga. Y no añadiré ni una palabra más sobre el dolor de Genji.

De entre todas las grandes damas de la corte de aquel tiempo, Fujitsubo fue, con mucho, la de corazón más tierno y la más universalmente amada. Las mujeres de su clase suelen perseguir sus fines sin tener en consideración los sentimientos y las conveniencias ajenas. En cambio, Fujitsubo liberó siempre a sus azafatas y sirvientas de cuantos deberes atentaban contra su libertad. Era muy devota, pero, a diferencia de otras damas que también lo eran, nunca hizo exhibición de su piedad mediante donaciones impresionantes procedentes del dinero recaudado por otros. Siempre que hizo limosna, la hizo a costa de su propio patrimonio. Distribuyó rangos, títulos y beneficios con justicia y acierto, y tan generosa y caritativa se mostró a lo largo de toda su vida en religión, que no había en el país sacerdote o monje al cuidado de un templo remoto que no tuviera motivos para lamentar su pérdida. La corte se tiñó de negro y los últimos días de la primavera perdieron el toque de brillo y de alegría que solemos asociar con esta época del año.

Genji se acordaba de los festejos que se habían celebrado hacía doce años ^[200], y mirando los árboles, les apostrofó citando al poeta: *¡Este año*

hubieseis debido llenaros de flores negras! Notando que iba a echarse a llorar, se refugió en la capilla y permaneció

allí sollozando amargamente hasta que empezó a anochecer. Los árboles se recortaban sobre el cielo a la luz del crepúsculo, mientras retazos de nubes de color gris flotaban a baja altura. La falta de color no dejaba de tener su belleza. Improvisó, aprovechando que nadie le escuchaba:

—El velo de nubes que a la luz del ocaso cubre las cimas, tal vez por compasión hacia mí se ha teñido del gris de mis mangas.

Se acabaron los funerales, pero el emperador seguía sumido en el dolor. Vivía aún un anciano abad que había contado con la confianza de varias emperatrices desde la madre de Fujitsubo. La propia Fujitsubo lo había distinguido mucho y había recurrido con frecuencia a sus servicios. Era un hombre santo de más de setenta años. Se había retirado durante una larga temporada, para hacer sus propios preparativos para la otra vida, pero bajó de la montaña para estar al lado de Fujitsubo. El emperador quería a toda costa que se quedase en palacio.

También Genji insistió en que permaneciera allí durante aquellos días difíciles, y se ocupara de sus necesidades espirituales como en los viejos tiempos. El abad respondió que, aunque no se veía ya capaz para los servicios nocturnos, por lo demás se sentía muy honrado por la invitación y muy agradecido de que se le hubiese permitido servir a las damas de la familia imperial durante tantos años.

Una noche plácida —faltaba poco para que empezase a clarear— el abad estaba hablando con el soberano y, mientras hablaba, tosió como suele hacer la gente mayor.

—Existe un asunto, majestad, que me resulta muy difícil de atacar. Hay momentos en que hablar es pecado, pero a veces el pecado consiste en callar. No obstante, resulta un dilema porque tu augusta ignorancia respecto a una determinada cuestión puede dar lugar a un daño irreparable. ¿De qué serviría que decidiera morir temiendo enfrentarme con el ojo de Buda

clavado en mí? No quisiera topar con su desprecio como el peor de los hipócritas...

El emperador se inquietó. ¿A qué se estaba refiriendo el santo hombre? ¿Quizás a algún resentimiento o enfado del que no había sido capaz de librarse? Era casi imposible imaginar que aquel corazón purísimo se hubiera dejado envenenar por sentimientos de envidia.

—Nunca te oculté nada desde que empecé a hablar —dijo el soberano— y no te perdonaré que me ocultes ahora tú algo a mí.

—Te equivocas, majestad, y debes perdonarme. Se te ha permitido mirar en las profundidades guardadas por el Iluminado. ¿Por qué iba a esconderte yo nada? Es una cuestión que puede proyectar una influencia maléfica en el futuro. Pienso que el silencio perjudica a todos. Estoy pensando en el viejo emperador, en tu madre recientemente fallecida y en el ministro Genji.

—Tengo edad suficiente para escuchar lo que sea —dijo el emperador.

—Debo hacerte saber con toda humildad que lo que voy a decirte me fue revelado por el Iluminado mismo —prosiguió el eclesiástico—. Había algo que inquietaba profundamente a tu madre mientras te llevaba en su seno. Entonces los detalles escapaban a un pobre monje como yo. Luego hubo una terrible crisis en la corte, durante la cual Genji fue acusado de un crimen que no había cometido. Tu madre se vio muy afectada y, a instancia suya, tuve que dirigir los servicios religiosos más elaborados. El ministro tuvo conocimiento de ellos y por propia iniciativa me hizo celebrar los ritos que se oficiaron cuando tú subiste al trono.

Fue una revelación anonadadora que llenó al emperador de espanto. Durante un rato se mantuvo en silencio, tratando de interpretar y dar algún sentido a la información que acababa de recibir. Temiendo haberle ofendido, el anciano empezó a retirarse de la estancia.

—No, reverencia —dijo el soberano—. Sólo siento que hayas callado durante tanto tiempo. De haber ido a la tumba con el secreto auestas, hubiese pesado como una losa sobre mí en mis vidas futuras. ¿Conoce alguien más estos hechos?

—Pienso que sólo dos personas: Omyobu y yo. Pero esa circunstancia no ha hecho sino empeorar el asunto. Tal vez entiendas ahora la causa de los portentos que nos ha tocado vivir en los últimos tiempos. Los poderes celestiales se han mantenido quietos mientras tú eras un niño, pero ahora que has alcanzado la edad del juicio están anunciando su descontento. La culpa de todo es de tus padres y hubiese sido criminal por mi parte guardarles el secreto.

El hombre estaba llorando. Rompía el alba cuando el abad salió de la estancia.

Apenas se hizo cargo del sentido último de lo que acababa de escuchar, la mente de Reizei se agitó en un mar de confusiones como en una pesadilla. Primero se indignó por el viejo emperador, al que siempre había considerado su padre sin que lo fuese, y luego por Genji, al pensar que tenía mucho más derecho al trono que él y que debía conformarse con el cargo de ministro. Desde todos los puntos de vista, la situación actual resultaba muy dolorosa y se quedó en su estancia hasta bien entrado el día. Cuando Genji se enteró de que el emperador se hallaba indispuesto, fue a visitarlo.

Le encontró llorando, incapaz de ejercer control alguno sobre sí mismo. El visitante no se sorprendió: el joven emperador acababa de perder a su madre hacía poco y era lógico que aún la llorase. Lamentablemente aquella mañana Genji debía anunciarle otro fallecimiento, el del príncipe Momozono, hermano del viejo emperador y padre de Asagao. El soberano tuvo la impresión de que el mundo entero se desplomaba sobre su cabeza hecho añicos. Durante las primeras semanas de luto Genji no se movió de palacio y habló mucho con él.

—Me temo —dijo Reizei un día— que mi vida no va a durar mucho. Intuyo que pasa algo raro, que las cosas no son como deberían, que el mundo anda a la deriva... Desde que empezó esta situación, pensé en dejar el trono, pero mientras mi madre vivía no quise darle ese disgusto. Ahora que las cosas han cambiado, tengo plena libertad para hacer lo que quiera y estoy empezando a pensar en una forma de vida más tranquila.

—Espero que no se te ocurra hacer nada de eso —le interrumpió Genji—. No hay relación alguna entre las calamidades públicas y el carácter del

gobernante. En tiempos pasados hemos sido testigos de catástrofes terribles en reinos perfectamente gobernados. Algo parecido ha ocurrido aquí. Había ciertas personas que estaban maduras para la muerte y que han muerto. Estás haciendo un castillo de un grano de arena.

Se extendió contando numerosos precedentes que no voy a recoger. Vestido con los ropajes austeros del luto, el emperador se parecía muchísimo a Genji. Siempre había percibido la semblanza, pero la historia que acababa de oír le obligó a contemplar lo que podía ser mera casualidad de otro modo. Quiso dárselo a entender a Genji, pero todavía era muy joven y el príncipe le imponía mucho respeto. Cambiaron de tema, y su conversación fue larga y afectuosa.

Genji era demasiado listo para no darse cuenta de que algo había cambiado en el joven, aunque no llegó a sospechar que estaba al corriente de toda la verdad. El emperador se moría de ganas de interrogar a Omyobu, pero le parecía que actuaría contra la memoria de su madre al hacer público un secreto que ella había guardado tan celosamente. Pensó en interrogar a Genji como de pasada, pero no tuvo ocasión. Tenía que llegar a la verdad por otros caminos y se entregó con ardor renovado a sus estudios. Buscaba casos parecidos al suyo. En China, por poner un ejemplo, irregularidades como aquélla habían permanecido a veces largo tiempo ocultas y otras habían sido toleradas desde el principio. No encontró nada parecido en las crónicas de Japón, pero pensó que, de haber ocurrido algo semejante, lo más probable era que los cronistas se hubiesen abstenido de recogerlo. Por otro lado, ¿no tenía Genji méritos suficientes para que él abdicara y dejara el trono en sus manos? No paraba de dar vueltas a todo ello.

Finalmente decidió que en la promoción de otoño Genji sería designado para el cargo de gran canciller. Cuando se lo comunicó, aprovechó la ocasión para desvelarle sus ansias de abdicar y llamarlo al trono. El príncipe se quedó mudo de asombro y se opuso a la idea con todas sus fuerzas, pero sin atreverse a mirarle a la cara.

—Nuestro padre me favoreció por encima de todos sus demás hijos, pero nunca pensó en dejarme el trono. ¿Cómo quieres que vaya yo ahora en contra de su augusta voluntad y me adueñe de un cargo que, además, nunca

he ambicionado? Prefiero seguir siendo ministro y, cuando seas mayor y ya no me necesites, retirarme a un lugar tranquilo...

No hubo manera de hacerlo recapacitar. También protestó ante la idea de ser nombrado canciller: Genji quería seguir todavía un tiempo de ministro, y se conformaba con que el emperador lo elevara a un rango superior y le permitiera acceder a palacio con su carruaje por la Gran Puerta del Sur. El emperador quería ir más allá y conferirle rango imperial, pero Genji rechazó firmemente tal honor. Perdería independencia a la hora de asesorar al soberano, se excusó, ¿y quién se iba a encargar de hacerlo si no lo hacía él? Su cuñado To no Chujo era todavía consejero y general. Cuando hubiese alcanzado uno o dos rangos más, Genji pensaba encomendarle la gestión de los asuntos de gobierno y retirarse definitivamente de la vida pública.

Y, sin embargo, había algo tan extraño en el comportamiento del emperador que Genji empezó a sospechar la verdad. Alguien le había informado sobre quién era su verdadero padre. Sólo así se explicaban la angustia del joven y su obsesión por abdicar. Resultaba impensable que hubiese sido la propia Fujitsubo, pero, entonces, ¿a quién se debía la revelación? Pensó en Omyobu, que tras el fallecimiento de su señora había pasado a residir en los aposentos reservados a la intendente de la cámara imperial. Fue a su encuentro y la interrogó. ¿Sabía si la ex emperatriz había revelado su secreto a alguien antes de morir?

—No, señor, de ninguna manera —respondió la azafata—. Vivió perpetuamente aterrorizada ante la idea de que el emperador se enterara de la verdad. Le producía tanto horror como el secreto mismo y sus consecuencias en vidas futuras.

Y ambos coincidieron en reconocer el escrupuloso respeto que Fujitsubo había mostrado siempre por las formas: el temor a un escándalo, que otras mujeres hubiesen contemplado con la mayor indiferencia, había amargado toda su vida.

En cuanto a Akikonomu, su comportamiento en la corte sólo merecía alabanzas y se había convertido en el centro de la admiración de todos gracias a su sensibilidad y diligencia. Servía al emperador abnegadamente y

en poco tiempo el soberano se aficionó mucho a ella. En otoño le fue concedido permiso para pasar unos días en el palacio de Nijo. Allí se le reservó el pabellón principal, que fue adornado para la ocasión con sedas de brillantes colores, y Genji asumió el papel de padre amoroso.

Un día que la lluvia de otoño caía suavemente sobre los parterres de flores que bordeaban la galería, tamizando sus colores, Genji se puso a recordar el pasado y sus ojos se nublaron. Los últimos acontecimientos le habían hecho recapacitar y salía poco. Todavía iba vestido de luto, y, con un rosario siempre en la mano como un penitente, su figura respiraba dignidad. Así ataviado, se presentó en los aposentos de Akikonomu, y se dirigió a la muchacha a través de la cortina de un *kichó*.

—¡Mal año nos ha tocado! —dijo a la dama—. Es una lástima que llueva ahora que el jardín luce más espléndido que nunca. Observa las flores... ¿No te dan pena? ¡Nacieron cuando tocaba y mira la bienvenida que les esperaba!

Genji se apoyó en un pilar, y, a la luz del crepúsculo, parecía más hermoso que nunca. La conversación empezó a fluir, pues ambos compartían muchos recuerdos. *Cuando pienso en ella...* ^[201]¿También pensaba la princesa en su madre? ¿Recordaba, por ejemplo, aquella mañana terrible en que fue a visitar a su madre al Palacio de los Campos? En este punto, creyó oír un rumor apagado detrás de la cortina y adivinó que la dama estaba llorando. ¡Cuánto lamentaba que no le estuviera permitido contemplarla!

—Pasé muchos años complicándome la vida con asuntos que hubiese podido evitar —se confesó él—. Pero de entre todas las mujeres que amé (y ahora lamento profundamente el mal que pude causar a muchas), dos han permanecido clavadas en mi corazón, y pienso que nunca podré librarme de su recuerdo. Una de ellas fue tu madre. Un día ella llegó a la conclusión de que mi conducta era intolerable, pero sé que hasta el fin de mis días no dejaré de llorarla. Confiaba en que sirviéndote y contando con tu confianza habría conseguido apaciguar su espíritu y el mío, pero, a pesar de todo, el humo de aquel fuego se niega a desaparecer, y he de continuar viviendo con este peso encima.

Había hablado de dos mujeres, pero no reveló quién era la otra. [202]

—En los tiempos de mi destierro pensé mucho en todo ello —prosiguió Genji—, y tracé un plan para hacer felices a las que con mi conducta irreflexiva había hecho desgraciadas. Vive, por ejemplo, en el pabellón oriental de este palacio una dama [203] a la que he rescatado de la pobreza y la precariedad, y que ahora disfruta de una existencia segura y en paz. Es una persona de trato fácil, nos entendemos a la perfección y ninguno de los dos tiene queja del otro (al menos, eso espero). Al poco tiempo de regresar de mi exilio hube de ponerme al servicio del emperador para ayudarlo a resolver los asuntos de Estado. No es una tarea que me apasione, pero me alegré de prestarle mi colaboración. Entre mis deberes estaba encontrarle una esposa digna de él, que pudiera ser emperatriz algún día... No quiero ocultarte que a veces me resulta aún difícil luchar contra mis instintos e impulsos naturales... ¿Sabes lo que me costó entregarte al palacio imperial? Me gustaría oírte decir que comprendes mis sentimientos y te sientes agradecida... Así pensaré que no me sacrificué en vano...

La dama calló, y un muro de silencio se levantó entre ambos.

—Perdóname si te he molestado —se apresuró a decir él, y cambió de tema—. No sabes cuánto deseo que me sea dado retirarme lo antes posible a prepararme para la otra vida por todos los años que me quedan... Sólo lamento lo escaso de mi progenie. Hay (supongo que ya lo sabes) una niñita cuya madre es tan poca cosa que el mundo no la tendrá en cuenta. Espero con impaciencia que crezca. Y aquí quisiera poder contar contigo. Tal vez no debería decirlo, pero me tranquilizaría mucho poder esperar que, si consigues hacer florecer la casa imperial dando un vástago al emperador, la tengas en cuenta aunque yo haya abandonado ya este mundo [204]

La dama contestó con muy pocas palabras, mas su tono fue amable y esperanzador. Genji hubiese querido abrazarla, pero tuvo que limitarse a seguir conversando con ella hasta que se hizo de noche.

—Dejando ahora de lado hogar y familia —prosiguió—, nada hay que me proporcione mayor placer que la naturaleza, el cambio continuo de las estaciones, ver florecer los árboles en primavera, admirar las hojas doradas en otoño, perderme en las variaciones del azul del cielo y las nubes

flotantes... Mucho se ha discutido comparando los méritos del otoño y de la primavera. He oído decir que en China no hay cosa que despierte mayor admiración que «el brocado de flores» que despliega esta última estación sobre la tierra, pero, entre nosotros, los poetas parecen inclinarse por dar primacía a los tonos otoñales. Yo observo el ir y venir de las estaciones y, al fin, me resulta imposible decidirme entre el canto de este pájaro o el color de aquella flor. Voy más allá todavía. Dentro de los límites de mi propio jardín, he procurado reunir cuanto he podido de todas las estaciones del año: árboles que florecen en primavera, plantas que alcanzan su máxima belleza en otoño, insectos cuya música evoca las cálidas noches del estío... Puedes compartir el placer de mis jardines siempre que quieras... Dime: ¿cuál es tu estación favorita?

La dama halló un tanto abstrusa la deriva que la conversación había tomado, pero la cortesía la obligaba a contestar y lo hizo tímidamente:

—Si su alteza no acaba de decidirse, ¿cómo puede pretender que lo haga yo? Repito lo que has dicho: unos opinan de un modo, otros de otro. Sea como fuere, me inclino por los crepúsculos de otoño cuando sopla el viento y por sus mañanas llenas de rocío, que tanto entusiasmo han despertado en los poetas... Me hacen pensar en mi madre... [205]

La falta de lógica de la muchacha desconcertó un tanto a Genji, e improvisó este poema:

—Ambos pensamos de igual manera.
Conoces mi secreto: nada me emociona más
que los vientos otoñales.

»A veces me resultan casi insoportables...

¿Qué respuesta esperaba de ella? Akikonomu prefirió fingir que no le había entendido. Parecía que el príncipe tenía ganas de quejarse, y es muy posible que se hubiese lanzado por peligrosos vericuetos de no haberle dado a entender ella el horror que sentía ante la manifestación de determinados sentimientos que no estaba dispuesta a escuchar. Súbitamente hizo marcha atrás: se había comportado como un niño. Comparada con él, Akikonomu parecía un dechado de madurez y de sentido común. Hubo de reconocer que

ni sus suspiros ni su aire lánguido producían efecto alguno sobre la muchacha, y se sintió profundamente desanimado. La dama se disponía a abandonar la estancia y, para retenerla, le dijo el príncipe:

—Me temo que te sientes muy ofendida. Está bien: seguramente no te faltan razones. Supongo que no debería mostrarme tan impetuoso... Reconozco que tengo yo la culpa... *No te muestres arisca conmigo...*

Genji se marchó. Incluso el perfume que desprendían sus ropas y que había dejado atrás al partir molestaba a la dama, de modo que llamó a sus sirvientas y les mandó que abrieran puertas y ventanas.

—¡Acercaos y oled el perfume que permanece en el cojín en que se ha sentado! —dijo una criada a las demás—. ¡Qué fragancia más exquisita! Ignoro cómo la consigue...

Y una azafata le respondió:

—Un poeta antiguo escribió: *¡Ojalá el sauce tuviera la fragancia del ciruelo y las flores del cerezo!* Genji es la respuesta a sus plegarias; en él se combinan todas las perfecciones.

El príncipe se dirigió al ala que ocupaba Murasaki, pero no llegó a entrar. Se instaló en un punto de la galería alejado de la estancia iluminada en que se hallaba su esposa, y se puso a pensar. Murasaki estaba dentro leyendo una novela a sus mujeres. Genji reflexionó sobre lo que acababa de ocurrir. ¿Cómo se explicaba que aquellos arrebatos súbitos de pasión no le hubiesen abandonado todavía? Hubo de confesarse que sentía vergüenza de sí mismo. ¡Tenía ya treinta y dos años, y a su edad resultaban completamente ridículos! En otro tiempo se había comportado de un modo horrible, pero entonces era joven y poco juicioso. Por otra parte, estaba seguro de que las faltas de entonces le habían sido perdonadas. ¿Iba a volver a empezar? Trató de consolarse, y acabó reconociendo —¡triste consuelo!— que ahora tenía más conciencia de los peligros que corría, de manera que algo había ganado con la edad.

Akikonomu se arrepentía ya de lo poco que había dicho. Su comentario sobre el otoño hubo de sonar forzosamente poético y estimulante a los oídos del apasionado príncipe, y habría sido mejor callar. El descontento consigo misma le produjo una fatiga inmensa, pero no contó a nadie lo ocurrido.

Sólo cuando, días más tarde, Genji volvió a presentarse ante ella y la trató con la máxima deferencia —la deferencia debida a una esposa imperial—, la dama empezó a recuperar la confianza en sí misma.

Cuando el príncipe se decidió a entrar en los aposentos de Murasaki la misma noche de su encuentro con la hija de Rokujo, la saludó diciendo:

—Akikonomu me ha estado contando que su estación favorita era el otoño. Puedo entenderlo, pero tampoco me extraña que tú prefieras, tal como me has dicho tantas veces, las primeras horas de las mañanas de primavera. ¡Me gustaría poder pasar mucho más tiempo a tu lado! No nos moveríamos del jardín durante todas las estaciones del año y decidiríamos juntos qué árboles y flores nos gustan más... En estos últimos tiempos, sin embargo, mis tareas de gobierno me han agobiado mucho. Espero que no te sientas muy sola... Por fuerza todo ha de cambiar algún día.

Y luego estaba la dama de Akashi. No podía apartarla de su mente, pero tenía tantas obligaciones que le resultaba muy difícil visitarla. Ella parecía haber llegado a la conclusión de que el vínculo que los unía no significaba nada para él. Por más que Genji había insistido en que abandonara las colinas y se fuera a vivir a un lugar más convencional, ella seguía negándose. ¿Alavez de su parte? Quizás, pero Genji no podía evitar compadecerla y aprovechaba todas las visitas que hacía a su santuario junto al Oi para ir a verla. Aquel lugar era mucho más triste de lo que la dama había pensado al elegirlo para instalarse en él, y poco a poco afectó a su sistema nervioso. Incluso Genji se ponía melancólico en cuanto lo pisaba. Aunque el vínculo que los unía parecía muy poderoso, hasta entonces sólo había provocado sufrimiento e insatisfacción en ambos. Tal vez había llegado el momento de romperlo definitivamente.

Miraron por la ventana: las antorchas de los cormoraneros brillaban a través de los árboles del bosque como hojas llenas de luciérnagas arrastradas por la corriente de un arroyo.

—Debe de ser hermoso vivir en un lugar tan extraño y diferente como éste —dijo Genji—. Al menos eso pienso yo, que no estoy acostumbrado a vivir junto al agua.

Y ella le respondió con este poema:

—Observa las antorchas que recuerdan las hogueras de los pescadores en Akashi. ¿Ha sido la nostalgia la que ha empujado sus barcas hasta aquí?

»Mis pesares, como esos fuegos, permanecen inalterados...
Y Genji le dijo:

—Sólo porque desconoces la profundidad de mis sentimientos, vives apesadumbrada y tu ánimo tiembla como las llamas de esos Juegos.

»¿Quién de nosotros es el auténtico responsable de la infelicidad de ambos?

No habiendo grandes asuntos que tratar en la corte, Genji pudo prestar más atención a sus devociones y a las obras de su santuario de Saga. Durante aquel tiempo permaneció en el distrito y esta circunstancia reconcilió un tanto a la dama de Akashi con su suerte.

Capítulo 20 Asagao

El fallecimiento del príncipe Momozono tuvo como consecuencia inmediata la renuncia de su hija Asagao ^[206] a su cargo de gran vestal de Kamo. Genji, incapaz de olvidar dama alguna que le hubiera interesado mínimamente, le había enviado numerosas cartas preguntándole por su salud, pero las respuestas de ella siempre fueron muy distantes, porque no estaba dispuesta a ser objeto de habladurías ni rumores de clase alguna. Aquellas respuestas tan desapasionadas irritaban profundamente al príncipe, que esperaba otra cosa.

Se enteró de que había regresado al palacio de su padre en el noveno mes. También habitaba en él la Quinta Princesa, que era la hermana más joven del viejo emperador y tía a la vez de Genji y de Asagao. Utilizando esta circunstancia como excusa, el príncipe se presentó en palacio a visitar a su tía. El viejo emperador había sentido un gran afecto tanto por su hermana como por su sobrina, y Genji pretendía convencerse y convencerlas de que debía velar por ambas como lo hubiese hecho su padre. Ocupaban, respectivamente, las alas oriental y occidental de la mansión, que empezaba a dar señales de deterioro. La Quinta Princesa le recibió amablemente. Tosía sin cesar y parecía haber envejecido mucho en los últimos tiempos. Aunque hermana menor de la princesa Omiya, madre de la difunta esposa de Genji, no se parecía a ella. Omiya se había mantenido bella casi hasta el final mientras que la Quinta Princesa estaba muy estropeada y su voz, oscura y cascada, parecía afectada por una ronquera permanente.

—El mundo se ha vuelto un lugar tan triste y sombrío desde la muerte de tu padre... —dijo a su sobrino con su voz inconfundible—. Y todo va de mal en peor. ¡Y ahora me acaba de dejar mi hermano, el príncipe Momozono! Pensaba que ya nadie se acordaba de mí y, sin embargo, aquí estás tú. Confieso que tu amable visita me ha traído una alegría y un sosiego de los que ando muy necesitada en estos últimos tiempos.

Había envejecido mucho. Genji se dirigió a ella con enorme cortesía:

—Todo pareció cambiar al morir mi padre. Luego llegaron los años en que, sin razón alguna que se me alcance, me tocó languidecer en provincias hasta que mi hermano tuvo a bien hacerme regresar. Cuando me restituyó mis cargos y me impuso nuevos deberes, me encontré privado de tiempo libre y me temo que entonces te olvidé de forma imperdonable. Pero he pensado en ti muchas veces, y he deseado visitarte para poder conversar largo y tendido con mi querida tía...

—Sí, todo ha cambiado, todo ha cambiado y no precisamente a mejor... —se lamentó la mujer con su voz de cuervo—. Incertidumbre y desorden: ésta parece la divisa del mundo en que vivimos. No existe hoy nada que pueda llamarse seguro y a veces pienso que hubiese sido realmente afortunada de haber muerto antes de que empezaran estos tiempos horribles... De todos modos, me alegro de haber vivido lo suficiente para ser testigo de tu regreso. No soporto la idea de haber muerto durante tu ausencia...

La voz de la princesa se quebró, obligándola a hacer una pequeña pausa en su discurso.

—¡Te has convertido en un hombre muy guapo! —prosiguió, un poco más animada—. Eras un niño *realmente* precioso, tan precioso que no parecías hecho para este mundo. Lo pensaba cuando aún no habías echado a andar y lo he pensado luego todas las veces que te he visto. Se dice que el emperador reinante es tu viva imagen, pero no es cierto. ¡No caben dos hombres tan hermosos en un mismo mundo!

Aquellas alabanzas le hubiesen hecho sonrojar de haberlas expresado otra persona, pero en boca de aquella anciana extravagante sólo consiguieron hacerle sonreír.

—Me adulas demasiado —le contestó—. Temo que me abandoné un tanto durante el tiempo que pasé en provincias y que mi persona conserva aún cierto aire tosco y rústico de aquellos días. En cuanto al emperador reinante, nadie del pasado ni del presente puede rivalizar con él en cuanto a hermosura. Tienes razón cuando dices que no pueden coexistir dos hombres tan hermosos en la misma tierra.

—Me siento con ánimos de seguir viviendo *un poco más* —dijo la anciana—, si de vez en cuando me honras con una visita como la de hoy. Por un momento me has hecho olvidar años y sinsabores... (En este punto la princesa lloriqueó un poco.) Confieso que siempre envidié a mi hermana, la princesa Omiya, porque había conseguido establecer un vínculo tan estrecho contigo al convertirte en su yerno. Y me consta que mi pobre hermano, el príncipe Momozono, la envidiaba también...

Parece que la conversación toma un cariz interesante, pensó Genji.

—¿Un vínculo con el príncipe Momozono? —dijo, con una buena dosis de ironía en sus palabras—. Un vínculo como el que tú dices hubiese sido para mí un honor y un placer inmensos. Pero siempre pensé que yo no resultaba especialmente bien visto en esta casa.

Sus ojos no se apartaban de la otra ala del palacio. Las plantas del jardín, que parecían todas del mismo color, no carecían de un encanto especial pero en aquel momento Genji estaba demasiado inquieto para apreciarlo. ¿Cómo se sentiría Asagao, encerrada en aquel lugar melancólico?

—Pienso que me acercaré a la otra ala. No quiero que tu sobrina me considere un maleducado si no le digo nada.

Se deslizó por una galería. Empezaba a anochecer y las cortinas que se entreveían tras las persianas pintadas de gris parecían más oscuras todavía. Un delicioso perfume de incienso llegó hasta él. Le invitaron a entrar en la estancia del sur, pues no parecía correcto dejarle en la galería. Una azafata de Asagao salió a recibirlo y él le dio un mensaje que había preparado. Decía así:

«Sigues tratándome como a un niño testarudo. ¡He esperado tanto tiempo que casi he alcanzado una edad venerable! Después de tantos años

de silencio por respeto a tu cargo, creo merecer un recibimiento menos formal...»

Este fue el mensaje que la princesa le envió:

«Los tiempos en que mi padre vivía son ahora poco más que un sueño lejano. Tal vez porque acabo de despertar de él hace muy poco, el mundo que me rodea me parece un lugar extraño y fútil en el que me siento terriblemente insegura.»

Sí, pensó Genji, el mundo es un lugar impermanente como un sueño. Le contestó con este poema:

«¿Quién no es capaz de esperar largamente durante meses llenos de tristeza, si le anima la esperanza de que algún día los dioses le concederán su bendición?»

»¿Qué prohibición esgrimes ahora como pretexto para mantenerte apartada de mí? Desde que el destierro envolvió mi existencia en un manto oscuro, no han hecho sino acumularse los dolores sobre mi cabeza. ¡Cuánto me alegraría poder contarte algo de todo ello si tú me lo permitieras!»

La azafata que se encargó de llevar la carta comentó a la dama que el hombre que se la enviaba parecía haber madurado notablemente. No obstante, aunque sus ropajes e insignias eran los de un alto dignatario, se le veía muy joven para el cargo que ostentaba. La princesa contestó a Genji:

«Prestar oídos a tus quejas iría en contra del voto que hice en su día a los dioses, y ellos me castigarían con dureza.»

»Pensé que los vientos te habían librado ya de tus recuerdos dolorosos.»

Aunque Genji era incomparable —pensó la azafata—, su señora hablaba totalmente en serio al negarse a recibirlo. Para interceder en su favor, le dijo que el dios de Kamo no se la tomaría más en serio de lo que se había tomado a Narihira cuando se puso a colgar de los árboles que bordeaban el río de las purificaciones rollos de papel con la promesa: «No volveré a amar». Como es sabido, los dioses no aceptaron aquel voto. Con

los años, la misantropía de Asagao había aumentado para disgusto de las mujeres que la servían.

—Me he tomado muchas molestias por ti —dijo Genji, disponiéndose a partir—, y ni siquiera te dignas dedicarme una mirada para decirme adiós. Cuanto más viejo me hago, más indignidades me toca sufrir. ¿Por qué me tratas como a un ser abyecto?

Cuando se hubo ido, las mujeres le dedicaron las mayores alabanzas. Hacía un tiempo delicioso y el viento ponía música en los árboles. Aquella bonanza estimulaba la memoria y las damas se pusieron a recordar el pasado, cuando el príncipe Momozono aún vivía. Entonces Genji solía visitarlo con relativa frecuencia y se esforzaba visiblemente por dedicar a su hija toda clase de muestras de afecto.

Genji regresó a Nijo de pésimo humor, se echó en su lecho, pero fue incapaz de pegar ojo. Mandó levantar las persianas al rayar el alba y se quedó contemplando la bruma matinal desde la galería. Entre las flores mustias destacaba un dondiego de día que aún lucía unos capullitos medio helados por las escarcha. Lo cortó y se lo envió a Asagao junto con esta nota:

«El mal recibimiento con que me obsequiaste ayer noche, me ha hecho sentir profundamente humillado. Y estoy seguro de que a mis espaldas te reíste de mí.

«¿Cabe que el dondiego de día que otrora descubrí, tan hermoso y lozano, se haya convertido en tan poco tiempo en una flor seca y gélida?

»¿Nada cuenta para ti que no haya dejado de admirarte durante tantos años de sufrimientos y dificultades? Pero, con todo, perseveraré a la espera de que un día te apiades de mí.»

Hay que reconocer que era una carta educada y que no merecía ser pasada por alto. Las sirvientas de Asagao le instaron a contestarla, acercándole el tintero. Ella escribió:

«El otoño se muere, y, envuelto en
brumas invernales, se pudre entre la maleza
el humilde dondiego de día.

»Tús sonrisas me hacen llorar...»

La respuesta no podía describirse como estimulante, y, sin embargo, Genji se negó a darse por vencido. Tal vez fue la elegancia de la escritura, que destacaba sobre un exquisito papel de color gris, lo que le animó, porque el poema en sí mismo no tenía nada de excepcional. Pero a veces ocurre que el valor de una carta crece por la destreza de la mano que la ha caligrafiado. No debe extrañarnos, pues, que Genji se pasara el día con aquella nota en la mano.

Quería evitar a toda cosa parecer demasiado impulsivo, y que no se decidía a contestar. Pero, cuando recordó los meses y los años en que ella, mostrándose fría como un témpano, había sido capaz de mantener su interés incólume, volvió a inflamarse con el ardor de sus años mozos. Finalmente se decidió a escribirle de nuevo y lo hizo en el ala oriental ^[207] y en un tono muy serio. Mandó a buscar a una azafata de Asagao para confiarle la nota. Las mujeres de Asagao eran más frívolas de lo que aparentaban y se hubiesen dejado tentar por hombres con muchos menos méritos que Genji. Alabándole siempre sin reservas, habían puesto en guardia a su señora. Ella se había mostrado siempre indiferente y ahora pensaba, además, que ambos habían alcanzado una edad ^[208] y una notoriedad en la corte tales que una relación sentimental entre ambos resultaría ridícula por fuerza. Incluso una correspondencia limitada a referencias a las flores, a los árboles y a «las estaciones cambiantes» daría pie a críticas. Los años no habían modificado los sentimientos de la dama, y, por más que le doliera, Genji tenía que reconocer que aquella mujer era distinta de las demás. Seguramente ésta era la razón principal de su admiración hacia ella.

Pronto empezaron a circular rumores sobre su relación: se decía que Genji enviaba constantemente cartas apasionadas a la muchacha con la aprobación de la tía de ambos, la Quinta Princesa, la cual se había convertido en su principal valedora. Parecían hechos el uno para el otro,

repetían muchos, y, desde todos los puntos de vista, costaba imaginar mejor esposa para el príncipe que su prima Asagao. Estas habladurías llegaron fatalmente a oídos de Murasaki, que no quiso darles crédito, convencida de que Genji nunca le escondería un secreto de aquella magnitud, pero empezó a vigilarle atentamente y notó una inquietud en su conducta que antes no había detectado.

La relación de Genji y Asagao venía de antiguo, pero él siempre se había referido a ella como una broma entre parientes a la que no daba la menor importancia, pero ¿y si las cosas habían cambiado? Ambas eran nietas de emperadores, pero tenía que reconocer que la otra contaba con unos apoyos que ella no podía ni soñar. Si las intenciones de Genji eran serias, Murasaki se hallaría en clara situación de inferioridad frente a su rival. Quizás, demasiado confiada en sus méritos, se había engañado sobre el verdadero alcance del afecto del príncipe. No parecía probable que la repudiara, al menos en un futuro próximo, pero hacía mucho tiempo que estaban juntos y tal vez él se había cansado un poco de ella, de modo que no era impensable que acabara relegándola a una posición secundaria. Aunque Murasaki solía regañar al príncipe en cuestiones de poca importancia (y le constaba que a él le divertía), hizo lo posible por evitar que adivinara cuánto le preocupaba este nuevo asunto. Cuando estaba en casa, Genji se pasaba la vida paseando inquieto por el jardín. También pasaba muchas noches en palacio y, cuando volvía, se encerraba en sus aposentos a «despachar correspondencia oficial». Murasaki empezó a temer que los rumores contenían más verdad de la que en un principio había imaginado, pero ¿por qué callaba él? Se estaba comportando como un extraño en su propia casa.

Aunque se acercaba el fin del año, no hubo preparativos de festivales porque todavía duraba el luto por Fujitsubo. Un atardecer Genji partió en dirección al palacio del príncipe Momozono. Se había pasado el día entero preparando aquella visita y llevaba sus mejores ropas (¡cuánto le había costado elegirlas!) delicadamente perfumadas para la ocasión. ¿Qué mujer del mundo hubiese sido capaz de resistirse a sus encantos? Antes de partir, dijo a Murasaki:

—La Quinta Princesa está enferma y debo visitarla.

Esperaba una respuesta, pero en aquel momento Murasaki se estaba ocupando de la pequeña y calló. El príncipe intuyó que algo no marchaba bien, y le dijo:

—Te estás comportando de un modo muy extraño estos últimos tiempos... Creo que no he hecho nada que pueda ofenderte. Por otra parte, hay suficiente confianza entre ambos para que yo pueda pasar una o dos noches de vez en cuando en el palacio imperial sin que te pongas a sospechar cosas raras. ¿O se trata de algo distinto?

—Te entiendo muy bien. Supongo que esa «confianza» de que me hablas quiere decir que debo acostumbrarme a sufrir en silencio —le respondió ella, y se echó en la cama de espaldas a él.

Genji hubiese preferido quedarse, pero había prometido a la Quinta Princesa que la visitaría, de modo que hubo de partir. Ésta es la idea que tiene él del matrimonio, pensó Murasaki, y se riñó por haber sido demasiado ingenua. Aunque Genji se había marchado vestido de luto, su túnica y su *uchiki* de tonos grises diferentes pero perfectamente combinados producían un efecto espléndido a la luz de la luna que se reflejaba en la nieve. ¡No podía soportar la idea de perderle para siempre!

Sólo llevó consigo algunos hombres de su confianza.

—He alcanzado una edad en la que aborrezco salir de noche, salvo si debo ir al palacio del emperador —dijo en voz alta, para que las sirvientas de la casa le oyeran—. Pero ahora que la tristeza reina en el palacio del príncipe Momozono, no me queda más remedio que dejarme ver por allí. Antes estaba el príncipe para ocuparse de mi tía y de mi sobrina, pero ahora que ha muerto resulta absolutamente natural que acudan a mí en busca de consuelo.

Las mujeres de Murasaki no se dejaron convencer por lo que acababan de oír.

—Sigue tan poco constante como siempre —comentó una de ellas—. Éste ha sido siempre su principal defecto. ¡Esperemos que no nos traiga alguna desgracia!

La puerta principal del palacio de Momozono estaba en la fachada norte, pero solía haber mucho tráfico de gente que entraba y salía por ella, de manera que Genji se aproximó a una entrada lateral, que era la misma que solía usar el príncipe difunto, y envió a un criado para que le anunciara. La Quinta Princesa, que no imaginaba que Genji se iba a presentar de noche y en medio de una copiosa nevada, mandó abrir para él la puerta del este. El anciano portero se acercó a la puerta con la llave en la mano, aterido de frío y soplándose las puntas de los dedos. Pero el cerrojo no funcionó, pues con el desuso se había llenado de herrumbre. El pobre hombre dio la vuelta y pidió ayuda, pero nadie le hizo caso.

—Está lleno de herrumbre —repetía para sí, y Genji se apiadó de él.

Las palabras del portero deprimieron al príncipe. «¡Qué extraño es el mundo en que vivimos!», pensó para sus adentros. «Han pasado casi treinta años desde que estuve aquí por primera vez, y se diría que todo ocurrió ayer. A veces me turba pensar en la transitoriedad de las cosas, siempre en perpetuo cambio... Pero basta con que me sea dado contemplar las flores de una nueva primavera para que me aferré a la realidad visible, por más que sepa que es sólo un sueño volátil...

»En un abrir y cerrar de ojos esta mansión que ahora cubre la nieve, se llenará de hojas y de flores... ¡Gran verdad es que sólo el cambio existe!«

Finalmente el portero pudo con el cerrojo, y la puerta se abrió. La Quinta Princesa le recibió y se puso a hablar —como siempre— del pasado. A Genji le empezó a entrar sueño, y la princesa misma empezó a disimular bostezos.

—Me duermo enseguida —se excusó la dama—. Ya no soy la infatigable conversadora que fui en tiempos.

Y se puso a roncar de una forma que sorprendió a Genji, pues nunca había oído roncar de aquella manera a nadie. Muy contento al sentirse liberado de las atenciones de la princesa, Genji empezó la retirada, pero le

detuvo otra anciana con una tos seca que revelaba una edad más que proveya.

—Esperaba que me recordarías —le dijo, procurando mostrarse afable—, pero me temo que ya no me cuentas entre los vivos. Tu difunto padre solía llamarme «abuelita» y se reía mucho bromeando conmigo.

Se identificó y Genji reconoció en ella a la vieja Naishi, su grotesca «pasión» de otros tiempos. Había oído decir que se había hecho monja y que de vez en cuando iba a rezar con la Quinta Princesa, pero se sorprendió mucho de encontrarla todavía con vida.

—Parece que hace mucho tiempo que mi padre murió —dijo el príncipe—, y todavía me pongo triste al recordar aquellos tiempos. ¡Con qué placer escucho tu voz de nuevo! Debes mostrarte amable conmigo como lo harías con un *peregrino huérfano*.

Las palabras de Genji parecían dar a entender que había sentido la cabeza y la estaba escuchando con agrado, de modo que la coquetería inveterada de la dama volvió a aflorar a la superficie. La anciana se había quedado sin dientes. La idea de que la ancianidad había caído encima de aquella mujer súbitamente y cuando menos se lo esperaba divirtió a Genji, pero también le hizo reflexionar. De las damas que habían rivalizado por obtener el favor del viejo emperador cuando Naishi era joven y hermosa la mayoría había muerto ya, y las demás estaban a las puertas de la sepultura o soportaban una existencia muy poco envidiable. ¡Qué poco había vivido su adorada Fujitsubo! Un mundo que siempre le había parecido inseguro se revelaba más inseguro, absurdo y cruel que nunca... Aquí tenía otro ejemplo: aquella mujer que había acudido al palacio de Momozono para practicar sus devociones junto a la Quinta Princesa hacía tiempo que era candidata a la muerte y no había mucho en su historial que la recomendara a Buda.

Contenta de haber despertado la atención del príncipe, la dama improvisó:

—Por más que tu padre me llamaba «abuelita», no pasaba de ser un chiste, y tú

yo fuimos amantes en tiempos si la memoria
no me falla.

Genji le respondió:

—Sólo un desagradecido podría olvidar
el maternal afecto con que en tiempos me
distinguiste. Sinceramente espero que en otra
vida volvamos a encontrarnos.

»Estoy seguro de que el vínculo que nos une es resistente. Algún día
volveremos a hablar de ello...

Terminado el poema, la dejó sin volverse a mirar atrás. Las persianas de
la mansión estaban echadas y las puertas cerradas porque era de noche,
salvo una ventana, que Asagao había entreabierto pensando que dejar
completamente a oscuras al visitante era una falta de atención. La luna
acababa de salir y sus rayos se confundían con el resplandor de la nieve
recién caída. Era una noche realmente espléndida. «Una vieja enamorada y
la luna en invierno, he aquí las dos cosas más extrañas del mundo», dice un
proverbio, y Genji pensó que acababa de tropezar con ambas. Llamó
discretamente, y envió mediante una criada un mensaje a su prima, que
decía:

«Si en una noche como ésta te dignas hacerme llegar una carta que
exprese tu indiferencia hacia mi persona, me resignaré de una vez por todas
a lo inevitable.»

Ella no ponía en duda los sentimientos del príncipe, pero si, en tiempos,
cuando ambos eran jóvenes y se les podía perdonar ciertas indiscreciones,
por más que su padre estuviera empeñado en unirlos en matrimonio, ella se
había negado siempre y sin el menor titubeo a someterse a él, ¿qué sentido
podía tener ahora admitirle en su presencia o enviarle una carta? Genji
comprobó que su nota la había dejado del todo indiferente, se sorprendió
mucho y se sintió herido.

Ya era muy tarde y el viento había empezado a soplar, más helado que
nunca. Aunque estaba lleno de autocompasión, el príncipe decidió, mientras

se secaba una lágrima, escribirle una última nota antes de regresar a su casa.

«Nunca quise creer que tu corazón se mostraría siempre tan duro conmigo, pero hoy se añade un nuevo pesar a mi dolor de tantos años.»

»No puedes imaginar cuan inmensa es mi tristeza...»

Las mujeres que servían a la dama seguían quejándose de que le tratara tan mal.

Asagao le envió esta contestación:

«¿Por qué iba a querer de repente recibirte ahora? No puedo cambiar a estas alturas. Sé que otras lo hacen pero yo no soy como ellas.

»Los vientos me cuentan todos los días que sigues siendo el de siempre...»

Genji estuvo a punto de montar en cólera como un niño contrariado, pero se contuvo.

—No se lo cuentes a nadie —dijo a la criada que habían utilizado para intercambiar sus mensajes—. Por nada del mundo quiero que se sepa cómo me ha tratado tu señora. Y dile a la dama que, ya que no ha querido recibirme, guarde silencio sobre mi presencia aquí esta noche...

Todas las mujeres que servían a Asagao estaban de parte del príncipe.

—¿Cómo ha podido hacerle esto? —se decían—. Ciertamente es una dama muy testaruda... ¡Un hombre incapaz de cometer groserías o indiscreciones!

Lo cierto es que Genji no disgustaba a Asagao. Su belleza excepcional la deleitaba, y estaba segura de que podía resultar un compañero encantador. Pero estaba convencida de que, en cuanto traicionara su simpatía y su gusto hacia él, Genji pasaría a ver en ella una más de sus conquistas y creería que también estaba dispuesta a soportar el trato que reservaba a la demás. De ahí que se hubiera hecho el firme propósito de no

tolerar jamás una situación tan humillante. Ni siquiera estaba dispuesta a permitir una relación amistosa mínimamente cálida. Siempre se dirigía a su primo través de mensajeros, y en sus notas y cartas, cuidadosamente redactadas y separadas por largos intervalos de tiempo, se expresaba siempre en un tono cortés pero glacial. Tenía la secreta esperanza de que tarde o temprano él se hartaría de ella e interrumpiría el trato.

Asagao aspiraba a poder entregarse en cuerpo y alma a la expiación de cuantas ofensas contra su religión había cometido mientras ocupó el cargo de gran vestal de Kamo. ^[209] En cualquier caso se había propuesto entrar en religión, pero temía que, si lo hacía precipitadamente, se diría que había obrado movida por una relación amorosa frustrada. Como no se fiaba de sus propias sirvientas, siempre aficionadas a los comadreos y habladurías, se encerró en su mundo y se pasaba el día rezando. Su padre, el príncipe Momozono, había tenido muchos hijos, pero sólo a Asagao de la mujer que fue su madre. Apenas se trataba con sus hermanastros y hermanastras, y sólo despertaba interés en los demás —un interés que ella consideraba malsano— por el hecho de que su radiante sobrino la fuera a visitar y se dijera que la amaba.

El amor que Genji creía sentir por Asagao no era tan arrebatado como podía parecer. La razón última de aquella pasión había que buscarla en la actitud distante de ella. Genji nunca estuvo dispuesto a admitir una derrota, y el rechazo de Asagao le ponía fuera de sí. Pero como la opinión de la gente sobre Genji había mejorado mucho en los últimos tiempos (le constaba, pues sus espías le informaban puntualmente de lo que se decía de él), el temor a un escándalo por culpa de su prima le horrorizaba. Procuraba, pues, comportarse con la mayor dignidad posible, aunque en su interior se sentía terriblemente ridículo al no haber sido capaz de conseguir nada de Asagao.

Sus frecuentes ausencias de Nijo habían llevado a Murasaki a dar por seguro que la relación temida con Asagao iba absolutamente en serio, y aunque procuraba ocultar su agitación, a veces tenía que dar rienda suelta a las lágrimas.

—No tienes buen aspecto —le dijo un día Genji, acariciando su cabellera— ¿Qué te pasa?

La miró con ternura y, por unos instantes, parecieron una pareja perfecta digna de ser retratada.

—Piensa que el emperador ha estado muy deprimido desde la muerte de su madre —prosiguió—, y, muerto el canciller, a mí me toca tomar todas las decisiones importantes. He estado muy ocupado. No estás acostumbrada a que me ausente tanto de casa, y comprendo que te sientas infeliz, pero no hay nada que deba preocuparte. Has dejado de ser una niña hace tiempo y me cuesta entender tu falta de comprensión.

Le acarició el flequillo suavemente, pero ella retiró la mirada.

—¿Quién te educó —le dijo— para que te niegues a convertirte en una auténtica adulta?

Todo en el mundo era caprichoso, incierto y escurridizo, y por ello lamentaba que algo pudiera interponerse entre ambos.

—Me pregunto si no has interpretado mal las breves notas que he estado enviando a la ex gran vestal de Kamo. Si es así, estás muy equivocada y pronto serás testigo de ello. Mi prima Asagao ha sido siempre una mujer muy fría, y he procurado distraerla medio en broma con lo que podía interpretarse como cartas de amor. Piensa que su vida es muy aburrida. A veces se ha dignado contestarme, aunque siempre sin apearse de su rigor. Eso es todo lo que ha habido entre nosotros: como ves, nada que merezca que tú derrames lágrimas por ello. Si es esto lo que te angustiaba, olvídalo por favor...

Pasó el día entero a su lado, tratando de recuperar su confianza, y al final su constancia se vio recompensada.

A media tarde cayó una gran nevada que, lejos de cubrir los bambúes y los pinos, hizo que se recortaran sobre el paisaje blanco con mayor contundencia, confiriéndoles una nueva hermosura. Aquella noche Genji resplandecía más que nunca.

—La gente suele encomiar las flores de la primavera y las hojas doradas de otoño —dijo a Murasaki—, pero a mi juicio una noche clara como la de hoy con la luna reluciendo sobre la nieve es la mejor visión posible, y eso

que no hay ni una pincelada de color. Me resulta imposible describir las emociones que despierta en mi alma, unas emociones extrañas como si no fueran de este mundo. No comprendo a los que dicen sentirse incómodos durante las noches de invierno.

Entonces hizo levantar las persianas. La luna había convertido los rincones más recónditos del jardín en manchas de un blanco resplandeciente. No había flores en los parterres, el arroyuelo se dejaba oír con voz estrangulada y el lago estaba completamente helado. A la vista de aquella escena tan austera, el príncipe envió a unas sirvientas jóvenes al jardín para que hicieran muñecos de nieve. Las muchachas llevaban vestidos claros y sus cabelleras brillaban a la luz de la luna. Las mayores resultaban especialmente atractivas con sus calzas, *uchikis* y cintas multicolores, y las trenzas negras realzadas por la blancura de la nieve. Las más jovencitas, llenas de excitación, corrían de un lado a otro y ni siquiera se cubrían las caras con sus abanicos. Entre todas hicieron una bola de nieve tan enorme que luego no fueron capaces de moverla mientras un grupo de amigas las saludaba con gritos y cantos desde la puerta del este.

—Recuerdo —dijo Genji a Murasaki— que en cierta ocasión la emperatriz Fujitsubo se hizo construir una montaña de nieve delante de su palacio. Es un entretenimiento muy común en invierno, pero aquella dama tenía el don de convertir las cosas más vulgares y poco interesantes en obras de arte. Todo lo que nos rodea me la recuerda. Durante la mayor parte de su vida no pude tratarla con la asiduidad que hubiese deseado y tuve pocas ocasiones para observarla de cerca, pero mientras vivió en palacio me permitió muchas veces que le prestara pequeños servicios. Yo le consultaba aquellos asuntos que más me preocupaban, y, aunque primero solía mostrarse callada y taciturna, siempre acababa por dar las respuestas más acertadas a mis preguntas. Dudo que tengamos ocasión de conocer a nadie que se le pueda comparar. Era dulce y un poco tímida, pero tenía el don de leer en el corazón de los hombres. Aunque tú me la recuerdas mucho —no en vano eres su sobrina—, ella estaba dotada de una serenidad que a veces echo de menos en ti.

»Mi prima Asagao es harina de otro costal. Hemos intercambiado algunas cartas —de hecho, sólo le escribo cuando no tengo nada mejor que hacer—, y he de reconocer que algunas de sus respuestas resultan francamente desconcertantes. Domina el sarcasmo y la ironía como ninguna otra dama de la corte.

—Siempre he oído decir que Oboruzukiyo —intervino Murasaki— era una dama muy lista y culta. También la tenía por una persona sensible y discreta, aunque ciertas historias poco edificantes acerca de ella que me han llegado me inducen a dudar.

—Oborozukiyo está entre las damas más bellas e interesantes de la corte, y es muy triste que se produjera ese desgraciado episodio al que aludes. Siento profundamente lo ocurrido, del mismo modo que lamento muchos otros incidentes que pertenecen a mi pasado y no se repetirán. Una juventud alocada como la mía pesa mucho sobre la conciencia a partir de cierta edad... Aunque hay juventudes infinitamente peores. (Al pensar en la dama del claro de luna brumoso a Genji se le escapó un suspiro.) Y luego está esta otra dama, la que conocí en las montañas, de la que tienes tan pobre opinión. Es mucho más sensible y está mucho más preparada de lo que uno pensaría conociendo su rango. De todos modos, perteneciendo a la clase a la que pertenece, no debe sorprendernos que sea muy distinta de nosotros. Soy el primero en reconocer que tiene algunas ideas estrafalarias y exageradas que no puedo aprobar en absoluto. De todos modos, hay que reconocer que nunca me he interesado por ninguna mujer que careciera completamente de méritos. En cuanto a las «extraordinarias», no puede decirse que abunden. Hanachirusato es un caso aparte. Aunque ni su belleza ni su talento sean excepcionales, me admiran su devoción hacia mí y su buen carácter. Empezó a interesarme cuando descubrí estas cualidades. Desde que vive en el pabellón oriental, nunca he notado nada en su conducta que resulte impertinente o fuera de lugar. Nos hemos acostumbrado mucho el uno al otro y la idea de separarnos nos resultaría insoportable a ambos.

En estas pláticas pasaron la noche. La luna parecía brillar cada vez con mayor intensidad y llenaba la escena de paz. Murasaki improvisó:

—Convertido en hielo el arroyo del jardín se ha detenido entre las piedras. Pero de la luna siguen fluyendo rayos de plata.

Se inclinó para contemplar mejor el jardín, y a Genji le hizo el efecto del summum de la hermosura. Su delicioso perfil y su magnífica cabellera eran la exacta reproducción de los de la inolvidable Fujitsubo, y el príncipe volvió a amarla con todo su corazón. Súbitamente el chillido de un pato rompió el silencio, y Genji improvisó:

—En esta noche de nieve que nos hace recordar con nostalgia el pasado, el grito del pato pone en el agua una nueva nota de tristeza.

Se echó en su lecho pensando todavía en Fujitsubo. Entonces tuvo un breve sueño en el que la dama aparecía dando muestras de enfado.

—Dijiste que guardarías nuestro secreto, y no ha sido así. Me siento incapaz de enfrentarme al mundo. ¡Tan grandes son mi dolor y mi vergüenza! —le pareció que le decía.

Genji iba a contestarle y a defenderse del ataque, pero alguien le sacudió.

—¿Qué te ocurre?

Era la voz de Murasaki. Genji se despertó, sobresaltado, sin dejar de tener ante los ojos la imagen de la dama muerta. Se notó el pulso desbocado y rompió a llorar como un niño.

Murasaki lo miró temiendo por su vida y luego se echó de nuevo a su lado, procurando tranquilizarlo. Genji murmuró, hablando consigo mismo:

—Por culpa de profundos pesares no puedo dormir y me siento solo en la noche invernal. ¡Cuan breve fue el sueño que por un instante nos unió!

Al día siguiente se levantó muy temprano. Se sentía como si no hubiese pegado ojo en toda la noche y lo primero que hizo fue encargar servicios para el descanso de la ex emperatriz sin explicar sus razones a nadie. Estaba seguro de que la dama le reprochaba sus sufrimientos y por eso se había mostrado en el sueño tan severa con él. Mientras vivió, Fujitsubo hizo cuanto pudo para obtener el perdón de sus faltas, pero la más grave de todas la acompañó a la tumba. Nunca se había parado a pensar en ello en el pasado, pero ahora no podía pensar en otra cosa. Hay leyes inquebrantables que no se pueden burlar así como así. Hubiese dado cualquier cosa por poderla visitar en el lugar donde se encontraba —se la imaginaba vagando sola como una extraña en un desierto sin horizonte— para quitarle de encima su falta y cargar con ella. Entonces pensó que, si se excedía en los servicios, podía levantar sospechas en la corte y, temiendo que con ello pudiera inquietar todavía más al emperador, se colocó bajo la protección de Buda, repitiendo sin cesar su santo nombre. Si al menos le fuera dado compartir con ella el mismo loto en el mundo del más allá...

Y recitó para sí:

—Temo que si voy en su busca tal como mi anhelo me impone, no he de encontrar su sombra en la orilla del Río de la Muerte.

He aquí los pensamientos que le atormentaban.

Capítulo 21 La doncellita

I

El año nuevo llegó y puso fin al luto por Fujitsubo. Los atuendos grises de duelo dieron paso a las vestiduras elegantes y abigarradas habituales en la corte. Parecía que los cielos azules y cálidos del mes cuarto y el festival de Kamo hubiesen traído consigo una renovación general. Sólo Asagao se mantenía al margen y no daba a entender sus auténticos pensamientos mientras asistía a las ceremonias de las que había sido protagonista años atrás. Se pasaba las horas contemplando el laurel que crecía delante de su ventana y, aunque el árbol era realmente hermoso, sobre todo cuando la brisa mecía sus ramas cargadas de hojas verdes, se la veía triste y aburrida como si la visión le llenase la cabeza de recuerdos agridulces que prefería guardar para sí. También las mujeres de su servidumbre se sentían afectadas por la visión del árbol emblemático tan ligado a aquella festividad. [210]

El día de las lustraciones llegó una nota de Genji escrita sobre papel de color espliego, exquisitamente doblada y atada a una ramita de glicinia. Decía:

«Puedo imaginar los recuerdos que te embargan en un día como hoy...

»Nunca pensé que cuando las aguas lústrales regresaran, lo harían para llevarse las algas del luto.»

Ella le contestó:

«¡Qué cambio tan súbito! Ayer el luto riguroso y hoy las aguas amables de las lustraciones.

»Todo en la vida parece tan fugaz e insustancial...»

El mensaje no incluía ningún comentario, pero, como solía ocurrir con las notas de aquella dama, Genji lo guardó. No se desprendió de él durante mucho tiempo y lo releía constantemente.

Cuando llegó el fin del luto, la dama que se encargaba de llevar sus mensajes se sintió anonadada al ver cómo Genji la llenaba de regalos, tantos que casi no cabían en el aposento que ocupaba en el palacio de Momozono. Resultaba obvio que los obsequios iban en realidad dirigidos a su señora. Aquella generosidad (aparentemente para con su dama de honor) pareció del todo fuera de lugar a Asagao y, si los presentes hubiesen llegado acompañados de notas o mensajes de tono familiar e impertinente, los hubiese devuelto al donante, prohibiéndole nuevas liberalidades. Pero durante el último año la conducta de Genji había sido irreprochable, de manera que no supo qué contestarle.

También envió una carta a la Quinta Princesa con sus mejores deseos para el fin del luto.

—Parece que fue ayer que era un crío adorable —dijo la anciana, y su entusiasmo por Genji divertía mucho a las sirvientas—, y ahí lo tenemos, con treinta y tres años cumplidos, tan cariñoso y gentil como entonces. Es el hombre más guapo que he visto jamás, y nadie le gana en inteligencia y buen carácter. Puedo considerarme muy afortunada de ser su tía.

Con su carta en la mano, se dirigió a la estancia de Asagao.

—¡Esas cartitas que el ministro Genji nos envía de vez en cuando resultan admirables! No, no me interrumpas, por favor... Cualquiera diría que sólo hace cuatro días que se ha puesto a hacerte la corte... Recuerdo perfectamente la decepción de tu padre cuando se casó con Aoi y no tuvimos la suerte de ganárnoslo para nosotros. Y todo fue por tu culpa. Por tu culpa y por las intrigas de la princesa Omiya, esposa del ministro de la izquierda... Pero estoy convencida de que tu modo de tratarle tuvo bastante que ver con el asunto y con el disgusto de tu padre. El pobre hombre se pasó la vida lamentándolo. Mientras Aoi vivió, no me sentí con ánimos de estimular las esperanzas de tu padre, porque, al fin y al cabo, Omiya también era mi hermana. Pero hace diez años que Aoi ya no está en este mundo. ¿Se puede saber por qué razón no cumples la voluntad de tu padre y haces lo que él deseó siempre y con toda su alma que hicieras? Ahí lo tienes, a tus pies, exactamente igual que si nada hubiese ocurrido. Yo creo que está escrito en el libro de tu destino que has de casarte con él.

—Parecí obstinada mientras mi padre vivió —contestó la sobrina—. ¿Qué diría la gente si, después de su muerte, accediera a sus deseos?

La Quinta Princesa prefirió no seguir hablando del tema. La existencia de Asagao resultaba cada vez más incómoda, porque no sólo su tía sino todos los habitantes del palacio de su padre estaban de parte de Genji. El príncipe, tras dejar claras sus intenciones, parecía esperar pacientemente un cambio de actitud en ella. Era evidente que quería evitar a toda costa una situación violenta.

Aunque lo lógico hubiese sido que las ceremonias de iniciación de Yugiri, que acababa de cumplir doce años, se celebraran en Nijo, su abuela, la princesa Omiya, cuya salud iba de mal en peor, quería presenciarlas, de modo que se decidió que tuvieran lugar en la mansión de Sanjo. Tanto To no Chujo como sus hermanos estaban muy bien situados en la corte y todos gozaban de la confianza del emperador y rivalizaban por quedar bien con Genji y con su hijo. Muchos cortesanos, deseosos de congraciarse con el padre del chico, cuya influencia decisiva en la corte conocían, se entregaron en cuerpo y alma a los preparativos de la fiesta.

Todo el mundo esperaba que Yugiri sería promovido al cuarto rango. Genji pensó mucho sobre ello, y llegó a la conclusión de que las promociones demasiado rápidas olían a nepotismo y a abuso de poder. Tiempo habría para mejorar su posición paso a paso, de modo que, de momento, optó por el sexto rango. Cuando la abuela del chico le vio con el atuendo azul correspondiente a dicha categoría, se puso furiosa y exigió una explicación a Genji.

—No hay ninguna necesidad de colocarle en un rango donde se vería obligado a tratar con muchachos bastante mayores que él —le explicó su padre para justificar su decisión—. Quiero que mi hijo curse estudios, y debemos contemplar los próximos años como un tiempo sabático, al margen de promociones que sólo interferirían en sus tareas de estudiante. Cuando tenga la edad suficiente para prestar servicios en la corte, haremos por él lo que convenga hacer. Recuerda que yo crecí en palacio, siempre al lado de mi padre. No tenía ni idea de lo que era el mundo, y casi no aprendí nada de los clásicos. Mi padre quiso ser mi profesor, pero, aunque debo

reconocer y agradecer como se merecen sus buenas intenciones, mi educación se resintió de esta circunstancia. Lo que aprendí sobre los clásicos y la música fue de pura casualidad.

»Tengo observado que hijos de buenas familias, contando desde muy jóvenes con que obtendrán los títulos, los honores y los emolumentos que deseen, no se esfuerzan y evitan los estudios que consideran demasiado arduos y difíciles. Prefieren divertirse, hacer música y darse a otros placeres, convencidos de que todo lo demás se les regalará «por añadidura». Los que tienen por debajo les alaban por delante y se burlan de ellos a sus espaldas. Todo está muy bien mientras dura, pero llega un momento en que las cosas cambian y se modifica la relación de fuerzas. Entonces los que son capaces de sobreponerse a las circunstancias adversas prosperan y los demás pasan a la cola, cuando no acaban pidiendo limosna. En estos momentos se pone de manifiesto la falta de una educación adecuada como la que se recibe en China. Sin una sólida base conseguida mediante la lectura de muchos libros, este tan cacareado «espíritu japonés», del que tan orgullosos parecemos estar, no sirve de gran cosa. Volviendo a Yugiri, si ahora puede parecer que estoy haciendo menos por él de lo que podría, deseo ardientemente que algún día esté capacitado para desempeñar las más altas magistraturas del Estado, incluso si yo no estoy a su lado para orientarle. Sea como fuere, aunque por el momento le haya conferido un rango que puede parecer mediocre, haré cuanto esté en mi mano para que no se le menosprecie como un mero aspirante al saber...

La princesa Omiya suspiró y dijo:

—Muy bien. Supongo que tienes razón. No había pensado en ello. Mis hijos me dicen que eres muy severo con él, y le noté tan compungido cuando hubo de pasar entre sus tíos y primos vestido con el atuendo azul claro del sexto rango... Parecía tan avergonzado que me dio mucha lástima.

Genji sonrió.

—El chico es muy maduro para su edad y superará estas cosas en cuanto haya adquirido unos cuantos conocimientos de los que ahora carece.

La ceremonia de matriculación ^[211] en la universidad tuvo lugar en el ala este de Nijo, cuyas estancias orientales fueron engalanadas para la

ocasión. Se trataba de un acontecimiento poco común y numerosos cortesanos, que no habían presenciado nunca nada parecido, se aglomeraban en los alrededores para averiguar «cómo era» una ceremonia de aquel tipo. Incluso los profesores estaban sorprendidos.

—Debéis tratarle como ordena el reglamento —les dijo Genji—. No quiero excepciones ni favoritismos de ningún tipo.

La asamblea de los académicos resultaba bastante grotesca. Los profesores ponían cara solemne y tanto en sus maneras como en sus discursos el sentido del humor brillaba por su ausencia. Y, sin embargo, aquella reunión de vejestorios revestidos de atuendos de alquiler hacía desternillar de risa a los cortesanos más jóvenes. Para evitar situaciones desagradables, Genji había ordenado que se encargaran de llenar las copas a los profesores sirvientes de cierta edad. Pero a pesar de esta y otras medidas, hubo diversión generalizada, e incluso To no Chujo y el príncipe Mimbú ^[212] hubieron de ser reprendidos por su comportamiento poco serio.

—Todo parece muy poco adecuado. ¿Cómo se proponen gobernar el país sin el consejo de los sabios? Esta ceremonia es una vergüenza —se quejaban los profesores en una mezcla de japonés anticuado y de chino clásico que hacía reír a quienes les oían—. Nosotros no queremos saber nada de las distinciones y privilegios de la corte, que muy poco significan. Que corrijan sus maneras... Silencio, por favor. Exigimos silencio. Exigimos que se ponga fin a las conductas impropias y que los que no sean capaces de comportarse, se vayan...

Casi todo el mundo se burlaba de los profesores. En cambio, los cortesanos que habían pasado por la universidad se sentían muy satisfechos y les parecía muy bien que Genji hubiera elegido una educación académica para su hijo. Los profesores se esforzaron en moderar la alegría reinante y criticaron duramente aquellas actuaciones que, a su juicio, resultaban poco decorosas. Pero a medida que la noche fue avanzando, las luces de las linternas revelaron aspectos bastante distintos de aquellos severos profesores, que no le habían hecho ascos al vino y que, abandonando sus austeras máscaras de eruditos, empezaban a comportarse como payasos.

Genji se ocultó detrás de una cortina, riendo como el que más y pensando en cómo lo hubieran reñido aquellas eminencias ridículas de haberlo puesto su difunto padre bajo su férula. ^[213] No había espacio suficiente para todos los eruditos, y ordenó preparar un lugar especial para ellos en el pabellón de estío. Cuando la ceremonia hubo concluido, invitó a algunos cortesanos aficionados a la literatura a permanecer en el palacio y a componer poemas en chino. A los profesores se les pidió que compusieran estrofas de cuatro versos, y a los aficionados, entre los que se hallaba Genji, sólo de dos. También correspondía a los académicos elegir los temas. Cuando se inició la lectura de los poemas empezaba a amanecer. Se encargó de la lectura el vicesecretario del Consejo de Estado, un hombre de aspecto imponente, con una voz privilegiada que daba un tono de grandiosidad a cuanto leía. Su manera de recitar resultaba insuperable. Todos los poemas parecieron interesantes: para conmemorar el evento, casi todos glosaban el tema del hijo de buena familia que, nacido en el lujo y la gloria, prefiere, como aquellos estudiantes pobres de que nos habla el famoso poema chino, estudiar a la luz de las luciérnagas o aprovechando el reflejo de la luna en la nieve. Todo lo que se compuso y leyó allí merecía ser llevado a China, en donde hubiese sido acogido y admirado con el mayor entusiasmo. Durante muchos días no se habló en la corte de otra cosa.

El poema de Genji resultó especialmente afortunado. Puso en él todo su afecto paternal y, cuando fue leído, la audiencia lloró. Pero no parece adecuado que una mujer hable tan detalladamente de temas relacionados con la poesía china, de modo que no diré ni una palabra más.

Al poco tiempo los estudios empezaron. Genji instaló a Yugiri en el ala este, acogió en ella también a sabios tutores, y los puso a su disposición. Ocupado en sus estudios, el muchacho visitaba a su abuela muy de vez en cuando. Temiendo que la mujer le echara de menos, dispuso también una estancia para él en la mansión de Sanjo, y el muchacho iba a visitar a su abuela tres veces al mes.

Encerrado con sus libros, Yugiri acusaba al principio a su padre de ser excesivamente severo con él, pues le constaba que sus amigos iban escalando rangos sin dificultad alguna. Pero era un muchacho serio que no

perdía el tiempo en frivolidades, y tomó la decisión de dominar los clásicos en poco tiempo y así poder empezar su carrera política cuanto antes. En unos pocos meses leyó no sólo las *Crónicas históricas* de Ssuma Ch'ien [214] sino también muchos otros libros que se consideraban imprescindibles para su formación. Cuando se acercaron los exámenes, Genji decidió montar un simulacro para que el muchacho se acostumbrara a ellos. Para ello contó con To no Chujo, el vicesecretario, Shikibu no Tayu y algunos más. También estuvo presente el tutor principal de Yugiri. Fue interrogado acerca de textos entresacados de las mencionadas *Crónicas históricas*, y el alumno se explayó desarrollando todas las teorías que sobre el sentido de lo que acababa de leer se habían escrito. No dejó punto sin aclarar. El público estaba encantado y numerosos pares de ojos mostraban lágrimas de emoción. Fue una actuación espléndida, pero que sorprendió a pocos. To no Chujo lamentaba amargamente que su padre, el difunto canciller, no la hubiese podido presenciar y Genji procuraba ocultar su orgullo, pero le resultaba imposible.

—¡Qué viejo me siento! —comentó—. Muchas veces me ha sido dado contemplar a un hijo que va ganando en sabiduría a medida que su padre la va perdiendo. He aquí lo que me ocurre, y no me considero tan viejo para ello.

To no Chujo había llenado repetidas veces la copa del tutor principal, que cada vez parecía estar más delgado. Se trataba de un hombre raro, cuyos méritos académicos nunca habían sido bien aprovechados. Como despertara una simpatía especial en Genji, éste decidió hacerle responsable supremo de los estudios de su hijo. Tan lleno de atenciones se sentía el buen hombre, que pensaba que acababa de empezar una nueva vida para él, y, muy satisfecho consigo mismo, se decía que el futuro que le esperaba sería brillantísimo.

El día de los exámenes resultaba imposible acercarse a las puertas de la universidad por la gran cantidad de carruajes de lujo que se habían dado cita allí. A nadie sorprendía que incluso gente que no estaba directamente implicada en lo que iba a suceder, no quisiera quedarse en la calle. El joven candidato, ataviado con suma elegancia y rodeado de pajes, parecía un

personaje tan fuera de lo corriente por su belleza y dignidad que muchos se preguntaban qué estaba haciendo allí. Aunque parecía un tanto afectado —sobre todo cuando se sentó justo en la punta del banco porque era el más joven de los estudiantes presentes—, tampoco sorprendió a nadie. Los profesores impusieron silencio y orden a gritos, según costumbre, y se procedió a la lectura. Yugiri leyó su texto de principio a fin sin el menor titubeo.

Aquel acontecimiento tuvo consecuencias importantes para la propia universidad pues, gracias a él, empezó a recuperar parte de su antiguo prestigio, no poco deslucido en los últimos tiempos. A partir de entonces, no sólo los rangos medios y bajos siguieron surtiéndola de estudiantes, sino que volvió a ponerse de moda entre los rangos elevados enviar a los jóvenes a sus aulas. Yugiri pasó los demás exámenes —el de literatura y los que aún restaban— con brillantez, y se ganó el grado de bachiller y de doctor en letras. Su éxito sirvió de ejemplo a maestros y alumnos, que se lanzaron a superarse en conocimientos de todo tipo. Genji empezó a invitarles periódicamente a su palacio para que participaran en concursos de composición de poesía china, y les trataba y obsequiaba regiamente, como huéspedes de honor. Nunca antes los estudios y el saber se habían visto tan estimulados desde la cúpula misma de la corte.

II

Finalmente llegó el momento de elegir una nueva emperatriz. Genji tomó la defensa de Akikonomu, recordando a todos cuáles eran los deseos

de Fujitsubo para con su hijo. Ello suponía otra emperatriz estrechamente ligada a la casa reinante, y este tipo de vinculaciones no eran por regla general bien vistas en el país. ^[215] Además, la hija de To no Chujo, la joven Kokiden, había sido la primera dama en llegar a la corte imperial. La cuestión era realmente complicada.

El padre de Murasaki, príncipe Hyobu, recientemente elevado a la categoría de presidente del Consejo de los Ritos, se había convertido en un personaje importante por su condición de tío materno del emperador. Durante largos años había intentado por todos los medios enviar una hija a la corte, y al final se había salido con la suya, de modo que dos de las principales contendientes para el título eran nietas de emperador. Se decía que, si la elección debía limitarse a ellas dos, seguramente el emperador se inclinaría por la sobrina de su madre. ^[216] Pero al fin prevaleció la candidatura de Akikonomu, la cual fue elevada a una posición muy superior a la que había conseguido su madre. Su elección y buena fortuna cogió al país por sorpresa, pues muy poco se sabía de ella fuera de los ambientes cortesanos.

Para compensarlo de alguna manera, To no Chujo fue nombrado ministro del centro. El emperador designó a Genji gran canciller, el cargo que había ostentado su suegro antes de morir. Genji dejó las tareas cotidianas de gobierno en manos de su amigo y ex cuñado, un hombre honesto y decidido con una mente despierta y una preparación más que regular. Aunque en los concursos de poesía Genji le superaba siempre, To no Chujo era un buen administrador. Tenía más de media docena de hijos de diferentes esposas, todos ellos hombres hechos y derechos que se estaban abriendo camino en la administración.

Además de Kokiden, primera esposa del emperador, tenía otra hija llamada Kumoi, fruto de su relación con una dama con la que no llegó a casarse. Su madre pertenecía también a la familia imperial, de modo que la niña no era inferior en nada a Kokiden, pero el hecho de que, concluida la aventura con Chujo, la dama hubiera contraído matrimonio con un inspector provincial, del cual había tenido otros hijos, colocaba a Kumoi en una posición un tanto delicada.

Para evitar que la niña creciera junto a su padrastro, To no Chujo la había llevado al palacio de Sanjo, poniéndola bajo la custodia directa de su propia madre, la princesa Omiya. Aunque se ocupó mucho más de su otra hija, la pequeña Kokiden, Kumoi era una criatura amable y bonita y creció al lado de Yugiri como hermana y hermano en los aposentos de su abuela Omiya. Tenían poco más o menos la misma edad, y, cuando alcanzaron los diez años, To no Chujo les separó, porque sabía cuanto se querían. «La niña ya es demasiado mayor para jugar con muchachos», declaró su padre para justificar su actuación. No obstante, Yugiri siguió pensando en ella de un modo aún infantil y solía hacerle pequeños regalos para celebrar el cambio de las estaciones o cuando encontraba alguna cosilla graciosa que podía servirle para sus casas de muñecas. Ella nunca se mostró tímida en su presencia. El ama de ambos no era capaz de explicarse lo ocurrido.

—Son todavía tan jóvenes —decía en tono de reproche—, y han convivido durante tanto tiempo... ¿Por qué hubo de separarles el ministro? De todos modos, es cierto que muy pronto tanto el uno como la otra dejarán de ser niños...

Sea como fuere, aquella separación inesperada les conmocionó a ambos. Las cartas que se intercambiaban, infantiles si se quiere pero ya llenas de un cariño sincero, acababan siempre yendo a parar a manos de quien no correspondía, porque a su edad aún no eran duchos en esta clase de intrigas. Pero afortunadamente las mujeres que las interceptaban, las leían, sonreían y callaban. ¿Qué ganas de ir contando cuentos tratándose de dos criaturas?

Concluido el período de celebraciones y banquetes, To no Chujo fue a visitar a su madre. Llovía a cántaros y el viento soplaba agitando violentamente los bosquecillos de bambúes. Una vez en palacio, hizo comparecer a su hija Kumoi, para presenciar una lección de koto, instrumento en el que la instruía su abuela.

—Se mire como se mire, una dama tocando el koto resulta un espectáculo muy poco estético ^[217] —comentó el ministro—, aunque hay que reconocer que el sonido del instrumento es maravilloso. Lamentablemente resulta difícil escuchar un buen koto en la actualidad... Pensando mucho, sólo se me ocurren un par de nombres de intérpretes

decentes. El canciller me ha dicho confidencialmente que la mujer que se trajo de Akashi es una auténtica virtuosa del koto. Parece que viene de una prestigiosa saga de músicos, aunque hoy la familia dista mucho de ser lo que fue, y ella ha pasado mucho tiempo lejos de la capital. Sorprende que toque tan bien. Parece que Genji la admira mucho, a juzgar por el modo en que habla siempre de ella. La música es un arte muy especial: a diferencia de la literatura o de la pintura, requiere compañía, conciertos y estar familiarizado con los estilos más nuevos. No es frecuente encontrar músicos autodidactas...

To no Chujo puso el koto en manos de su madre.

—¡Fíjate! —dijo la mujer con falsa vergüenza—. Ni siquiera me acuerdo de cómo se coloca el puente correctamente... (Entonces se puso a tocar y lo hizo mejor que bien, mientras seguía hablando.) Parece que la muchacha que dices tiene muchas virtudes, además de una suerte envidiable. Al fin y al cabo, le dio la hija que siempre había deseado. Al principio Genji temió que una madre un tanto «rústica» fuera a perjudicar la carrera de la muchacha, y optó por ponerla en manos de una dama irreprochable. He oído decir que es una auténtica joyita.

La mujer dejó de tocar.

—Tienes razón —le respondió su hijo—. Hace falta algo más que suerte para estar donde está en la actualidad. Pero a veces se producen situaciones francamente injustas. No sé en qué aspectos puede afirmarse que la muchacha que envié a la corte resulta inferior a sus rivales. La hice educar en cuantas artes y habilidades puedan imaginarse. ¡Y he aquí que, en el momento menos pensado, aparece alguien de no se sabe dónde, y le toma la delantera! Espero que la historia no se vuelva a repetir con ésta... El heredero aparente ^[218] pronto tendrá la edad legal y yo ya he trazado mis planes. ¿Volveré a topar con rivales inesperadas? (Aquí To no Chujo dejó escapar un profundo suspiro.) El día que la hija de la dama de Akashi esté en la corte, su posición resultará muy difícil de combatir...

La princesa Omiya estaba furiosa con Genji por lo ocurrido.

—Tu padre estaba decidido a enviar a tu hijita a la corte y consideraba impensable que el título de emperatriz fuera a recaer en otra dama. ¡Esta

injusticia no hubiese tenido nunca lugar si mi marido no estuviera muerto!

To no Chujo contempló con orgullo a la pequeña Kumoi, que era realmente una criatura preciosa. Al inclinarse sobre el koto pudo admirar a placer su flequillo y su cabellera, uno y otra realmente espléndidos. Ella giró la cabeza, mostrando un perfil también encantador. Mientras tañía las cuerdas con la mano izquierda, todo en ella hacía pensar en una muñequita perfectamente construida. También la abuela estaba encantada. La niña afinó el koto pero lo apartó de sí.

To no Chujo mandó ir a buscar un koto japonés y lo afinó en modo menor, de manera que un instrumento pasado de moda pasó a servir para interpretar música de la época. Resultaba admirable ver a aquel gran señor en su casa haciendo música, y todas las mujeres de la servidumbre acudieron y se escondieron detrás de biombos y mamparas, deseosas de ver sin ser vistas.

—*Las hojas esperan la brisa que ha de dispersarlas* —se puso a cantar el hombre— *¡Qué brisa más gentil!* Mi koto no suena tan bien como el tuyo, pero este atardecer maravilloso hace que todo parezca más bello de lo que es. Incluso la música de este pobre aficionado. ¿Por qué no nos interpretas otra canción?

La niña interpretó «Vientos de otoño», cantando a dúo con su padre. La anciana les miraba con el afecto pintado en los ojos. De pronto entró Yugiri en la estancia, y su presencia no hizo sino añadir alegría a la escena doméstica.

—¡Qué hermoso! —dijo su tío To no Chujo, y le acompañó junto al *kichó* detrás del cual estaba tocando su hija—. En estos últimos tiempos no te vemos tanto como desearíamos, muchacho. Se nota que estudias mucho. Tu padre sabe tan bien como yo que un exceso de conocimientos no siempre es bueno, pero supongo que tendrá sus razones. Sea como fuere, es una lástima que te pases la vida enclaustrado porque un poco de diversión de vez en cuando no te iría mal. La música también tiene su tradición y sus secretos, ya lo sabes.

Y le ofreció una flauta. El muchacho se puso a hacer música y la hizo con brillantez y con una alegría juvenil tan contagiosa que To no Chujo

apartó el koto y se puso a llevar el compás con el abanico. Yugiri cantó una balada antigua, «¿Queréis que me ponga mi vestido de flores?».

—Este es el tipo de concierto que encanta a Genji —dijo To no Chujo—. Tu padre tiene muy abandonados los asuntos de estado y seguramente con razón. La vida es ya de por sí demasiado sombría. Me gustaría seguir su ejemplo y no hacer nada que no me apeteciese.

Pidió que les sirvieran vino. Mientras tanto cayó la noche y se encendieron las linternas y las lámparas. Por orden de To no Chujo, Kumoi hubo de irse a su habitación sin que Yugiri la oyera tocar. «Nada bueno saldrá de todo esto», se decía la princesa, muy dolida. Antes de partir, el ministro fue a visitar a una dama a la que hacía la corte, y al salir de su dormitorio oyó susurros. Entonces se detuvo y se puso a escuchar: unas voces femeninas estaban hablando de él.

—Se cree muy listo, pero es igual que cualquier otro padre —decía una sirvienta a otra detrás de una persiana—, puedes estar segura de que esto acabará mal.

—Los viejos no sabían lo que se decían cuando afirmaban que los padres son los que mejor conocen a sus hijos. ¡Qué idiotez! —le respondió la otra.

Aquella conversación escuchada a hurtadillas le desconcertó. Era evidente que la amistad del niño y de la niña había adquirido, a los ojos de la servidumbre de la casa, un aire de historia romántica. Siempre había sospechado algo por el estilo y tal vez había tomado pocas precauciones pensando que sólo eran crios. Y, sin embargo, el mundo era más complicado de lo que parecía. Al fin se decidió a salir del palacio del difunto canciller sin hacer ningún comentario sobre lo que acababa de escuchar. Súbitamente las mujeres oyeron gritos en la calle. Eran los escuderos de To no Chujo, que recibían a su señor.

—¡De manera que ahora sale el ministro! —gritaban los hombres—. ¿Dónde habrá estado a estas horas? ¡Y nosotros que le teníamos por demasiado mayor para esos trotes!

Las sirvientas oyeron los gritos, y comentaron, muy asustadas:

—¡Todo el corredor olía a perfume! Y nosotras pensando que era cosa del joven Yugiri...

—¡Qué horror! Seguramente el ministro ha oído nuestra conversación...

—¡El ministro tiene fama de ser un hombre muy difícil!

Mientras se dirigía a su casa, To no Chujo volvió a meditar sobre todo. Un matrimonio entre primos no era en absoluto deshonesto, pero nadie lo consideraría el enlace ideal, al menos para Kumoi. Su hija mayor, Kokiden, no había conseguido convertirse en emperatriz por culpa de Genji, que había hecho triunfar a su rival Akikonomu, hija de su difunta amante Rokujo, y si su otra hija contraía matrimonio con Yugiri, no le quedaría más remedio que renunciar a toda esperanza también respecto a ella.

Aunque To no Chujo y Genji fueron siempre muy buenos amigos, desde sus años mozos existía una rivalidad curiosa entre ambos que no había desaparecido con el paso del tiempo. No pudo pegar ojo en toda la noche. Su madre, la princesa Omiya, sabía perfectamente qué estaba pasando, pero Yugiri era su nieto predilecto y todo lo que hacía le parecía de perlas. Lo que acababa de oír había puesto a To no Chujo de muy mal humor y, siendo un hombre de carácter un tanto violento e intemperante, le costaba mucho controlar su furia.

Dos días después se presentó en los aposentos de su madre. Cuando la dama supo que la estaba esperando, se hizo retocar el peinado de monja y eligió sus vestidos con sumo cuidado, porque, aunque se trataba de su propio hijo, era un hombre tan hermoso y había llegado tan alto que tenerlo delante le imponía no poco. Aun así, sólo se le mostró de perfil y a través de una cortina semitransparente. To no Chujo estaba muy enfadado:

—Sé lo que las mujeres estáis comentando —dijo—, y he dudado mucho antes de venir a verte. Aunque no puedo compararme con mi difunto padre en talento ni virtudes, he hecho todo lo que he podido para estar cerca de ti y para que nada te faltara. Pero ha llegado el momento de hablar de un tema desagradable que me preocupa enormemente y te confieso que, si pudiera, no lo compartiría con nadie.

El ministro se secó una lágrima, mientras su madre le contemplaba profundamente sorprendida. Bajo la capa de polvos, el color de su faz

cambió en un instante. Finalmente le respondió con voz alterada:

—¿De qué se trata? ¿Qué puedo haber hecho yo, una pobre anciana, para alterarte tanto?

El ministro se serenó un poco pero siguió adelante:

—Se trata de Kumoi. Reconozco que he sido muy negligente con ella desde su más tierna infancia, confiando en que tú te ocuparías de todo. Me volqué en mi otra hija, Kokiden, para asegurarle una posición en el palacio imperial, convencido de que tú te bastabas y sobrabas para educar a la otra. Y he aquí que acabo de descubrir algo realmente lamentable. Nadie pone en duda que Yugiri es un joven talentoso y erudito que sabe más historia que cualquier otro cortesano, pero incluso entre las clases más bajas está mal visto que los primos matrimonien entre sí. En este caso no sería bueno para ninguno de los dos. Al chico le convendría una novia rica y de alcurnia procedente de fuera de la familia. Estoy seguro de que esta situación desagrada a Genji tanto como a mí. Sea como fuere, pienso que deberías haberme informado de lo que estaba pasando. ¿Cómo has permitido que nos pusiéramos en ridículo de este modo? Incluso la servidumbre no habla de otra cosa... ¡Cuánta negligencia, cuánta falta de discreción por tu parte! Nunca debiste dejarles pasar tanto tiempo juntos...

La princesa Omiya no sabía nada del asunto.

—Comprendo tu indignación —le dijo, poniéndose de su parte—. La verdad es que nunca sospeché nada y, de ser cierto, me siento tan engañada como tú. Y, sin embargo, eres muy injusto acusándome de complicidad... Échales la culpa a ellos dos y no a mí. No tienes ni idea de cuánto he llegado a hacer por tu hija desde que la dejaste conmigo. En esta casa ha disfrutado de privilegios fuera de lo común, y todos hemos procurado que tuviera una educación esmerada... De todos modos, ¿quién te ha contado esas historias? Un hombre tan importante como tú no debería andar por ahí haciendo caso de chismes de criadas y magnificándolos. Estoy convencida de que no ha ocurrido nada grave, y tú, contando a todo el mundo tus sospechas, sólo conseguirás ensuciar el buen nombre de Kumoi.

—Algo ha ocurrido —se defendió To no Chujo—. Puedes estar segura de que todas tus sirvientas se están riendo de nosotros a nuestras espaldas, y

me resulta muy desagradable.

Dicho esto, se levantó y se fue sin ocultar su furia. Antes de abandonar el palacio, To no Chujo pasó por los aposentos de su hija y la halló jugando con sus muñecas, pero le pareció tan hermosa que no fue capaz de regañarla.

—Sí —dijo al ama que se ocupaba de ella—, Kumoi es todavía muy joven e inocente, pero me temo que yo he sido más inocente aún haciendo planes para su futuro...

—¿Cómo pueden evitarse esas cosas? —se defendió el ama—. En las novelas antiguas incluso las hijas de los emperadores dan a veces un paso en falso y no se me oculta que siempre hay una dueña al acecho que hace todo lo posible para favorecer la relación de la pareja joven. A nosotras no se nos puede acusar de haber actuado de este modo. La princesa Omiya ha pasado un montón de años al lado de sus dos nietos, vigilándolos personalmente de noche y de día. No se podía pretender que fuéramos más severas que ella y separáramos a dos criaturas cuya convivencia diaria su abuela parecía aprobar, de modo que optamos por no inmiscuirnos en el asunto. Hace un par de años pareció que la política de nuestra señora había cambiado y procuraba separarles dentro de lo razonable. Hay jovencitos que se escudan tras su aire casi infantil para hacer cosas reprobables, pero Yugiri no pertenece a esta clase. No hemos notado trazas de impropiedad alguna en su conducta. Los comentarios que acabas de hacer me sorprenden no poco.

—Lo hecho, hecho está —sentenció To no Chujo—. Ahora conviene que el secreto no trascienda. Hay cosas que no pueden mantenerse totalmente ocultas, pero debéis dar a entender, tú y tus compañeras, que se trata de algo nimio, sin importancia alguna, y que las habladurías carecen de todo fundamento. Me llevaré a la niña a mi casa. Estoy furioso con mi madre, pero no os culpo a vosotras.

—Puedes estar seguro, señor, de que sabremos guardar el secreto —le dijo el ama—. Mas ¿qué ocurrirá si se entera el padrastro de la niña? En cuanto a Yugiri, es un muchacho encantador, pero no se trata de un príncipe.

Las sirvientas mejor informadas se compadecían de la joven pareja. «La separación pondrá muy triste a la niña, pero peor hubiese podido ser...», comentaban entre ellas. Kumoi era muy infantil todavía y le iba a costar entender las instrucciones que su padre quería que se le impartieran.

La princesa Omiya amaba a sus dos nietos, pero Yugiri era su favorito. Siempre observó con simpatía las tiernas muestras de afecto que el muchacho tributaba a su prima, y ahora su hijo pretendía convertirlas en un crimen o un escándalo. To no Chujo no entendía nada. Nunca se había interesado lo más mínimo por la chica y sólo cuando ella, la princesa, le hubo dado una educación esmerada, empezó a fantasear imaginando planes grandiosos en relación con el futuro de Kumoi. Si sus planes fracasaban y la muchacha no se casaba con un miembro de la familia imperial —y era más que probable—, ¿qué mejor partido podía desearse que Yugiri? ¿Qué muchacho de la corte se le podía comparar en inteligencia y hermosura? No: To no Chujo no tenía razón, y el auténtico problema era muy distinto. En realidad era Yugiri quien podía aspirar legítimamente a casarse con una dama de la familia del emperador. Sin embargo, la dama se alegró de que su hijo no pudiese leer sus pensamientos, pues se habría puesto mucho más furioso todavía.

Yugiri, que ignoraba lo que estaba ocurriendo, se presentó a visitarlas unos días más tarde. La última vez que estuvo en la mansión de Sanjo había tanta gente que le fue imposible hablar en privado con Kumoi. Ahora llegó muy entrada la noche, esperando hallar más tranquilidad. Su abuela solía recibirlo con los brazos abiertos y bromeando, pero aquella noche parecía otra persona.

—Me encuentro en una posición difícil, porque tu tío está descontento de ti —le dijo, tras un solemne prólogo pronunciado casi con severidad—. Parece que albergas ambiciones de las que él no quiere ni oír hablar... Resulta francamente reprobable que abuses de la confianza de todas nosotras para tus propios fines, porque luego me toca a mí soportar los reproches... Pero eso me importa relativamente. Si he decidido hablar contigo del asunto es porque, de no hacerlo, nunca sabrás que estás cayendo en desgracia... ¿Tienes algo que reprocharte?

Las mejillas de Yugiri se tiñeron de encarnado: sabía perfectamente de qué estaba hablando su abuela, pero prefirió disimular.

—¿Qué he hecho yo? —le dijo—. He pasado estos últimos tiempos encerrado con mis libros y sin ver a nadie. No sé qué razones le he dado al ministro para que se incomode...

La princesa observó su confusión y le pareció a la vez patética y encantadora.

—Muy bien. Pero en el futuro ándate con cuidado, por favor.

Y pasó a tratar de otros asuntos.

El muchacho se dio cuenta de que, en aquellas circunstancias, sería difícil mantener una relación epistolar con su prima. Le sirvieron la cena pero no tenía apetito. Se acostó en los aposentos de su abuela, mas era incapaz de dormir. Cuando el silencio se adueñó de la mansión, probó de abrir la estancia de la joven, pero aquella puerta, que nadie cerraba antes, estaba ahora sellada. Se apoyó en la puerta sintiéndose muy solo. Parecía que ella también estaba despierta. El viento silbaba tristemente entre los bosquecillos de bambúes y a lo lejos sonó el chillido de un pato silvestre.

—*¿Está el pato silvestre entre las nubes tan triste como yo?»* [219]— dijo en la estancia vecina la voz de la joven, llena de melancolía.

—Ábreme por favor. ¿Está Kojiju contigo? —suplicó Yugiri. Kojiju era la hija del ama de la muchacha.

Kumoi había metido la cabeza debajo de la colcha, temiendo haber sido oída, pero el amor, incansable a la hora de perseguir a sus víctimas, andaba detrás de ella por más que quisiera ocultarse. Rodeada de sus sirvientas, la muchacha temía moverse. Yugiri improvisó:

—Solo en el cielo, el pato silvestre llama
en la noche a su compañera, y la canción del
viento entre las cañas suena más lastimera
todavía.

Suspirando, el joven desanduvo lo andado y se tumbó al lado de su abuela, sin hacer ruido para que no se despertara. Al amanecer se deslizó a su propia estancia para evitar preguntas incómodas. Al fin escribió una

carta a la muchacha, pero no pudo dar con Kojiju para que la entregara, y la nota no llegó a su destinataria.

Aunque tenía una idea vaga de lo que ocurría, Kumoi no estaba especialmente preocupada ni por su futuro ni por las habladurías. Hermosa como siempre, se sentía incapaz de hacer lo que de ella se exigía y de ponerse a aborrecer a su primo. No pensaba que se hubiese comportado de un modo tan horrible como se pretendía, pero, rodeada por todas aquellas mujeres que la vigilaban continuamente, no podía escribir lo que hubiese querido. En cuanto a él, un muchacho mayor hubiese encontrado seguramente un sistema, pero Yugiri era más joven todavía que su prima y no le quedaba otro remedio que lamerse las heridas en solitario.

El ministro no se dejó ver en los aposentos de su madre durante bastante tiempo, pero seguía muy enfadado. Nada dijo de este asunto a su esposa, pero sí le habló de su otra hija, Kokiden:

—Lo siento mucho por ella —le dijo—. Debe de sentirse muy incómoda en el palacio del emperador. Creo que sería mejor para todos que mientras duren las ceremonias de coronación de la nueva emperatriz no esté en la corte. Solicitaré que nos dejen traerla a casa una temporada. Parece que pasa la vida al lado del soberano y, según cuentan las mujeres de la servidumbre, la situación resulta francamente tensa.

Y la hizo traer a su casa sin más dilaciones. El emperador se resistía a dejarla partir, pero To no Chujo insistió mucho. Cuando la tuvo en casa, le dijo:

—Me temo que te aburrirás bastante aquí. ¿Qué te parecería si llamáramos a tu hermana para que te hiciese compañía? Me consta que tu abuela se ocupa de ella, pero también pulula por allí ese mocito, Yugiri, que está creciendo demasiado deprisa para mi gusto, y ambos han alcanzado una edad francamente peligrosa.

Y ordenó que se trajera a Kumoi del palacio de Sanjo. Sus órdenes no gustaron a la princesa Omiya, que protestó airadamente:

—Al morir tu hermana Aoi, me sentí muy sola: mi vida carecía de sentido sin ella. Por eso cuando me trajiste a la niña, me hiciste un gran

favor. Pensé que la tendría siempre a mi lado y que sería mi consuelo durante mi vejez. Nunca pensé que fueras capaz de tanta crueldad.

El ministro respondió en un tono muy correcto:

—Te he informado de ciertas cuestiones que me preocupan. No creo haber hecho nada que pueda considerarse «cruel». Debes tener en cuenta que mi otra hija está muy conmovida por lo que ocurre en la corte y me la he llevado a casa. Juntas podrán hacer música y se lo pasarán mucho mejor:

eso es todo. Sólo la retendré unos pocos días. Con ello no quiero minimizar tus esfuerzos de todos estos años y siempre te agradecerá que hayas hecho de ella la dama cultivada en que se ha convertido.

Viendo que su hijo estaba decidido y que no iba a poder hacer nada para que cambiara de idea, vertió lágrimas de pena.

—¡Qué ingratos y desconsiderados son los hombres! —le dijo—. Tengas o no razones para hacer lo que has hecho, lo cierto es que por tu culpa he perdido la confianza de ambos niños. Creía que eras más comprensivo, pero sigues cubriéndome de reproches por todo, y ahora me quitas a la niña. Veremos si estará más segura bajo tus ojos vigilantes.

Pocos días después, Yugiri se presentó de nuevo en Sanjo. Solía dejarse caer por allí con más frecuencia de la estipulada esperando poder hablar con Kumoi. Pero lo primero que vio fue el carruaje de To no Chujo, de modo que se introdujo en su estancia, que la abuela mantenía siempre a punto para él. Acompañaban a To no Chujo varios de sus hijos, pero tenían prohibido el acceso a los aposentos de las damas. Ninguno de ellos podía compararse con Yugiri en belleza y a nadie extrañaba que fuera el nieto favorito de la princesa. Durante la ausencia de Kumoi, sólo Yugiri se alojaría en aquella mansión. La partida de la niña era inminente y Omiya lloraba ya la soledad que le aguardaba.

—He de pasar por el palacio imperial —dijo To no Chujo—.Vendré a recogerla al atardecer.

El ministro había pensado mucho en todo lo ocurrido y empezaba a verlo con otros ojos. Tal vez su madre tenía razón y la posibilidad de un matrimonio entre ambos primos merecía ser considerada. Sea como fuere,

había que esperar a que el muchacho hubiese subido de rango y se hubiera hecho más hombre, y para entonces estaba por ver si el afecto entre ambos subsistiría. No obstante, si el joven persistía en su deseo de casarse con Kumoi, él supeditaría su consentimiento a que la boda fuese anunciada y se celebrase con las máximas garantías. Mientras nadie le aseguraba que sus órdenes se cumplieran porque los niños son poco de fiar y su madre era demasiado blanda. De momento su excusa iba a ser la presencia de su hija Kokiden en su casa.

Omiya envió una nota a su nieta que decía:

«Tu padre está furioso conmigo, pero espero que tú entiendas mis sentimientos. Ven a verme.»

Maravillosamente ataviada, Kumoi se presentó en los aposentos de su abuela. Aunque sólo tenía catorce años, su porte era a la vez elegante y tranquilo.

—Has sido mi muñequita durante infinitas mañanas y noches —le dijo, llorando—. Me sentiré muy sola sin ti. Sabemos por qué actúa tu padre de este modo, pero procura no caer en el desánimo. Siempre acepté que mi avanzada edad me impediría ver qué os deparaba el futuro, pero siento profundamente perderos antes de tiempo...

La joven sollozaba y no se atrevía a mirar a los ojos de su abuela. En este punto de la conversación, entró el ama de Yugiri, Saisho, y le murmuró al oído:

—Siempre pensé servirlos a los dos hasta el final de mis días... Siento en el alma que te marches de esta casa. Por más que tu padre intente casarte por su cuenta, no le dejes salirse con la suya.

Kumoi clavó los ojos en el suelo, absolutamente desconcertada.

—No hablemos de esas cosas —dijo la princesa Omiya—. La vida es incierta para todos...

—No se trata de esto, señora —dijo Saisho, indignada—. Tu hijo el señor ministro, desprecia a tu nieto sin motivo alguno. Dejémosle que busque a alguien mejor...

Yugiri contemplaba la escena detrás de una cortina. En circunstancias normales, hubiese estado temblando ante la posibilidad de ser descubierto,

pero en aquellos momentos el dolor había prevalecido sobre el miedo. Tenía los ojos empañados de llanto.

«Todo esto es lamentable», pensaba Saisho y, con el consentimiento de Omiya, logró arreglar un último encuentro entre ambos aprovechando la confusión que reinaba en la casa.

Durante largo rato Yugiri y Kumoi estuvieron sentados en silencio, uno frente al otro, llorando quedamente.

—Tú padre es muy severo, pero haré lo que desea aunque sé que me sentiré muy solo sin ti —dijo él—. ¿Por qué no me dejaste pasar más ratos a tu lado cuando hubieses podido?

—¡Ojalá hubiese sido así!

—¿Te acordarás de mí? —le preguntó Yugiri en un tono entre infantil y apasionado.

Encendieron las linternas y se oyeron gritos en la casa anunciando que el ministro acababa de regresar de la corte. Las mujeres corrían de un lado a otro para preparar el recibimiento, mientras su hija temblaba. Kumoi quiso huir de la habitación, pero el muchacho la retuvo, dispuesto a defenderla. El ama de la joven se presentó y se enfrentó a él, aunque sabía que contaba con la bendición de la princesa Omiya.

—No, señora —dijo a la muchacha—, es inútil que os resistáis. Tu padre se pondrá furioso. Nadie duda de las cualidades de tu amigo, pero tú has sido destinada a alguien mejor que ese paje vestido de azul. ^[220]

Al oír estas palabras, la cólera borró el dolor de Yugiri.

—¿Has oído eso? —gritó el muchacho, e improvisó:

—Estas mangas son de color púrpura
pues lágrimas de sangre las han teñido.
¿Cómo te atreves a afirmar que su color es el
azul miserable?

»Ha sido una observación muy injusta...

Y la muchacha le dijo, improvisando a su vez:

—Hasta ahora mi vida se ha visto teñida por colores muy diversos. Dime de qué color es la parte de mi vida que tú y yo hemos compartido.

Apenas había acabado de hablar cuando su padre se presentó para llevársela.

Yugiri, profundamente dolido e infeliz, se refugió en su habitación y se echó en la cama. Le llegó el ruido de tres carruajes que partían en medio de un griterío deferente en honor del ministro del centro. El joven no era capaz de dormir, pero, en cuanto su abuela le mandó llamar, le hizo saber que se había retirado a descansar y no pensaba abandonar su lecho.

Estuvo sollozando toda la noche, y, al rayar el alba, cuando el suelo estaba aún cubierto de escarcha, partió a toda prisa hacia el palacio de Nijo. No quería que su abuela y las criadas vieran sus ojos hinchados y se sintieran obligadas a consolarlo. Prefería estar solo. Durante el camino hacia su casa no dejó de pensar en los problemas que le acechaban. Cuando llegó, aún no era de día, y el cielo estaba encapotado. Entonces improvisó:

—Tan sólo faltaba que en un mundo que el hielo y la escarcha llenan de tristeza, llegaran mis lágrimas para ensombrecer más aún un cielo ya de por sí sombrío.

Entre las tareas que Genji tenía encomendadas aquel año figuraba la de buscar una bailarina adecuada para las danzas Gosechi. [221] Era un asunto de extrema importancia, pues se suponía que debía elegirla entre las hijas de sus escuderos dejando todo lo demás a cargo de sus padres respectivos, pero él se lo tomó muy en serio, y se ocupó personalmente del vestuario de las niñas que debían acompañar a la bailarina principal. Dio, pues, puntuales instrucciones a las modistas que habitaban en el ala este sobre estos extremos, y la propia emperatriz tomó cartas en el asunto.

Parecía que Genji quería compensar con un alarde de solemnidad y brillantez el hecho de que el año anterior, a causa del luto por Fujitsubo, no hubiese habido festival. Las familias a las que tocaba suministrar la bailarina rivalizaban a ojos vista: allí estaban el inspector supremo, hermano de To no Chujo, y, un poco por debajo, Yoshikiyo, ahora gobernador de Omi, y el moderador de la izquierda. Toda la corte hablaba de sus esfuerzos e intrigas para conseguir que sus hijas respectivas fuesen las elegidas. El emperador había anunciado que las afortunadas permanecerían al servicio de palacio, y ello no había hecho sino aumentar el interés de los padres.

La bailarina propuesta por la familia de Genji era una hija de Koremitsu, que en aquel tiempo ostentaba el cargo de gobernador de la provincia de Setzu y del sector occidental de la ciudad. La joven pasaba por ser una de las muchachas más hermosas y con mayor talento de la capital. Koremitsu se sentía un tanto abrumado por la propuesta, pero la gente le hizo notar que el inspector supremo había ofrecido una hija habida de una de sus concubinas más insignificantes. Como siempre había albergado el propósito de enviarla a la corte, pensó que podía debutar con motivo de las danzas Gosechi de aquel año. Preparó cuidadosamente a la joven en casa, sin regatear esfuerzos a la hora de contratar a los mejores maestros del momento, seleccionó con sumo cuidado a las muchachas de su cortejo y la acompañó a Nijo el día señalado para la prueba.

Genji ordenó un último ensayo en su casa antes de la presentación definitiva en la corte. En los últimos tiempos, el príncipe se había ocupado personalmente de elegir las damitas de honor y los pajes que habían de

acompañar a la bailarina, y los escogió de entre las criaturas más hermosas que se hallaban al servicio de las damas de su casa. Hay que reconocer que resultaba difícil imaginar un conjunto más atractivo. Para concluir su preparación, Genji les enseñó personalmente cómo debían inclinarse ante el emperador. Todos lo hicieron con tanta gracia a pesar de no estar acostumbrados a aquellos movimientos y actitudes ancestrales que Genji exclamó, riendo: «¡Poco nos costaría proporcionar un cortejo a una segunda y aún a una tercera bailarina, si fuera necesario!» Como aún había demasiadas damitas de honor y pajes para la ocasión, Genji hubo de hacer la selección definitiva partiendo del rango de sus padres.

Mientras tenían lugar estos preparativos, Yugiri no se movía de su estancia. Había perdido el apetito y pasaba las horas muertas pensando y sin acercarse siquiera a sus queridos clásicos. Teniendo en cuenta su edad, era ya muy apuesto, e iba magníficamente ataviado. Para distraerse y cambiar de aires, decidió darse un paseo por palacio. Las damas jóvenes que toparon con él quedaron boquiabiertas. Fue al ala de Murasaki, pero no le permitieron acercarse a las persianas. Recordando ciertos detalles de su propio pasado, ^[222] Genji había tomado precauciones. Yugiri vivía en el ala este y no tenía contacto con las damas de Murasaki, pero aquel día, aprovechando la confusión que reinaba en la casa, se acercó a los aposentos que ella ocupaba y se puso a observar desde detrás de las cortinas y las mamparas.

La bailarina de Gosechi acababa de llegar y la habían conducido a un recinto creado *ad hoc* junto a la galería mediante unos cuantos biombos. Yugiri se deslizó detrás de uno de ellos. La muchacha parecía fatigada y descansaba en una esquina con aire triste. Tenía la misma altura que Kumoi (quizás era un poco más alta) y le pareció un poco más hermosa que su prima, aunque la poca luz no permitía emitir juicios certeros sobre estos aspectos. El caso es que le recordó mucho a su amor, y, aunque sería exagerado decir que transfirió a ella instantáneamente su afecto, lo cierto es que se sintió poderosamente atraído por los encantos de la muchacha. ^[223] Se acercó a ella y le tocó una manga. La joven se sorprendió, y se sorprendió más aún cuando Yugiri añadió un poema:

—Oh tú, dama que sirves a Toyoka
[224]en los cielos, no debes olvidar que mi
corazón sigue pensando en ti.

»Te he estado observando a través de la verja celestial...

La muchacha oyó una voz masculina y juvenil que no consiguió identificar y se asustó. Pero en aquel momento se presentaron unas mujeres a retocar su maquillaje, y Yugiri se retiró de muy mala gana. Avergonzado por su rango y sintiéndose aún muy solo, no le apetecía participar en el festival que se preparaba cuando se enteró de que el emperador había dado entera libertad de elección de colores en cuanto a la indumentaria. Yugiri se aprovechó de ella, y se presentó en palacio ataviado con ropas de brillante colorido. Parecía maduro para su edad, y todos se fijaron en él, empezando por el soberano.

En la ceremonia de presentación, las participantes se defendieron notablemente, aunque fueron las hijas de Koremitsu y del inspector las que más llamaron la atención por su belleza, sobre todo la primera. Aunque había crecido en un ambiente humilde, la joven, ataviada con el mismo lujo que sus rivales, destacaba muy por encima de las demás. Todas eran algo mayores de lo que suele ser habitual entre las bailarinas de Gosechi, y este detalle introducía cierta novedad en la ceremonia de aquel año.

Genji asistía a la ceremonia de presentación, y no pudo evitar recordar otra ceremonia —de ella hacía ya bastantes años—, durante la cual una bailarina de Gosechi atrajo poderosamente su atención. [225] Era la hija de un secretario provincial, y aprovechó el momento para enviarle una nota a su casa. [226] Decía:

«¿Que habrán hecho los años de la
doncellita [227] de mangas celestiales cuando
el que admiró su movimiento airoso ha
envejecido tanto?»

Fue un capricho pasajero. Cuando la dama recibió la nota, se puso también a contar los años. ¡Cuánto tiempo había pasado desde entonces!

Aunque pensó que aquel mensaje sólo reflejaba un momento de ternura pasajera, se emocionó y le contestó en estos términos:

«Había guirnaldas en mi pelo... El sol fundía la escarcha... ¡Hace tanto tiempo y se diría que fue ayer!»

La respuesta llegó escrita en papel azul como el vestido que llevaba cuando bailó, y la caligrafía pretendía ocultar la identidad de la autora, aunque era mejor de lo que cabía esperar en una dama de rango tan modesto.

La hija de Koremitsu había causado una profunda impresión en Yugiri. Tanta, que no dejó de pensar en ella en todo el día, aunque no le permitieron que se acercara a la damita lo que él hubiese querido. Demasiado joven para inventar estratagemas dirigidas a romper el bloqueo, se compadecía a sí mismo. La bailarina de Gosechi era muy bonita y podía servirle de consuelo por la pérdida de Kumoi.

Se había dicho que las cuatro danzarinas permanecerían de servicio en la corte. Aquel día, sin embargo, todas volvieron a sus casas para prepararse para la ceremonia de la purificación. La hija de Yoshikiyo se fue a Karasaki y la de Koremitsu a Naniwa. El inspector había dispuesto ya todo lo necesario para el regreso de su hija a la corte. En cuanto al hermano de To no Chujo, fue muy criticado en la corte por haber presentado una hija que «no daba la talla».Y, sin embargo, también fue aceptada en palacio.

En aquel momento se hallaba vacante un puesto de azafata de la cámara de la emperatriz, y Koremitsu lo pidió a Genji para su hija. El príncipe le prometió hacer cuanto estuviera en su mano. Cuando Yugiri tuvo conocimiento de ello, sufrió una gran decepción, porque la muchacha, de ser aceptada, quedaría muy lejos de su alcance. Un dolor que venía a añadirse a los que ya le había tocado sufrir en los últimos tiempos...

La muchacha tenía un hermano que era paje en la corte, de cuyos servicios se había valido ya Yugiri en otras ocasiones. Un día Yugiri se le dirigió en términos más amistosos de lo habitual.

—¿Cuándo puede esperarse que tu hermana llegue a la corte?

—A fines de año —le respondió el otro.

—Me pareció muy hermosa. Te envidio por el privilegio que te ha tocado de poderla ver siempre que te plazca. ¿Podría pedirte que me dejaras verla de vez en cuando?

—Me temo que será difícil. Soy su hermano, y, a pesar de ello, se me mantiene a distancia de la chica. Lo veo muy complicado...

Por lo menos podrías hacerle llegar una carta...

El muchacho, aunque había recibido instrucciones muy severas sobre lo que podía hacer y lo que no, acabó por ceder. La bailarina de Gosechi, una damita un tanto precoz para sus años, recibió entusiasmada la carta de Yugiri escrita en papeles de diversos colores exquisitamente doblados. La caligrafía era juvenil pero resultaba evidente que pronto se transformaría en ejemplar. Decía así:

«¿Te diste cuenta, cuando danzabas bajo
la luz del sol, de que llevabas, prendido con
alfileres, un corazón en tus mangas
celestiales?»

Koremitsu entró en la estancia mientras sus hijos estaban comentando la nota.

—¿Qué es eso? ¿Quién lo ha enviado? —preguntó.

La danzarina y el paje se sonrojaron. No les había dado tiempo para ocultar la carta.

—Sabéis muy bien que no tolero esas cosas...

El paje trató de escapar pero su padre le cerró el paso.

—El hijo del canciller me pidió que se lo entregara...

—Está bien. ¡Qué travesura, diablo de chico! Tenéis casi la misma edad y me daría por muy satisfecho si tuvieras la mitad de su talento... —dijo Koremitsu, sonriendo. Su furia había dejado paso a una cierta euforia y llevó la carta a su mujer para que la leyera.

—Si sigue interesado en ella cuando crezca —le dijo confidencialmente —, pienso que nuestra hija estaría mejor en sus manos que en la corte. Conozco muy bien a su padre, el canciller, y puedo asegurarte que, cuando

se ha interesado por una mujer, no la abandona jamás. Podría ser un asunto interesante. Pienso en la dama de Akashi...

Pero de momento lo principal eran los preparativos para enviar a la muchacha a la corte.

Pasado este incidente, Yugiri volvió a reflexionar sobre su problema principal: la muchacha de rango muy superior a la cual tenía prohibido escribir. El caso es que la echaba de menos con más intensidad que nunca. ¿Cuándo se encontrarían de nuevo? Las visitas a la casa de su abuela ya no le divertían y prefería quedarse en Nijo. No podía pensar en el palacio de Sanjo sin recordar las estancias en las que había pasado tantos ratos felices jugando con su prima. Por ello prefería mantenerse lejos del palacio de la princesa.

Genji pidió a Hanachirusato que se ocupase del muchacho.

—Su abuela no vivirá ya mucho tiempo —le dijo—. Por otra parte, le conoces desde que estaba en la cuna... ¿Puedo pedirte que te hagas cargo de él?

Hanachirusato era incapaz de contradecir a Genji. Tampoco lo hizo ahora, y se puso inmediatamente a «llevar la casa» para Yugiri, de manera que el joven no encontrara a faltar nada. Yugiri simpatizó con ella, aunque no le parecía en absoluto hermosa. Le extrañaba que su padre se hubiese podido interesar por ella y le hubiera permanecido fiel durante tantos años. Reconocía que era una persona dócil y tranquila, pero no le parecían méritos suficientes para hacerse amar. Tal vez su padre la encontró en tiempos bella e inteligente, pero lo cierto es que ahora Genji pasaba muy poco tiempo a su lado. De vez en cuando se dejaba caer en sus aposentos para conversar brevemente con la dama desde el otro lado del *kichó* —seguramente para no verla— o hacerle un pequeño obsequio, y eso era todo. El muchacho podía comprenderlo perfectamente, porque tenía una enorme intuición en cuestiones de belleza femenina. Su abuela, por ejemplo, seguía siendo a sus ojos una mujer hermosa a pesar de su edad avanzada y de haberse hecho monja. Rodeado desde su más tierna infancia por mujeres bonitas, le costaba admirar a una dama de las características de

Hanachirusato, poco agraciada de nacimiento, de mediana edad, nariz picuda y cabello ralo.

Se acercaba el fin de año y la princesa Omiya andaba muy ocupada preparando las ropas nuevas que había que confeccionar para Yugiri. Aunque le encargó un guardarropa abundante y espléndido, el muchacho se sentía más triste que nunca.

—No sé por qué te tomas tantas molestias —dijo a su abuela—. Todavía ignoro si iré a la corte algún día.

—¿Qué disparates dices? Pareces un pobre viejo derrotado... —le riñó la anciana.

—No soy viejo —respondió el muchacho, secándose una lágrima—, pero me siento derrotado.

—Un hombre es sólo lo que él piensa que es. Anímate, muchacho. Tantos lamentos no van a hacerte ningún bien.

—No debes preocuparte, pero me consta que la gente se burla de mi sexto rango y me llaman «el prodigio frustrado». No me ilusiona ir a la corte para que sigan riéndose de mí a mis espaldas. Si mi abuelo viviese, todo sería distinto y nadie se atrevería a burlarse de su nieto. Mi padre es como es, y quizás debiera ir a contarle mis problemas. Pero es un hombre tan tieso y distante... Casi nunca se deja ver por el pabellón oriental... No puedo quejarme de Hanachirusato, que es muy bondadosa conmigo, pero a veces desearía tener una madre.

Yugiri intentaba tragarse el llanto, pero su abuela sollozaba copiosamente.

—Resulta muy triste perder a una madre, pero son muchos los que pasan por este trance y, no obstante, se resignan, crecen y persiguen su propio destino. Las picaduras se curan con el tiempo. No debes tomar en serio a los que se ríen de ti. Claro que todo habría ido mucho mejor de haber vivido más tiempo tu abuelo. Parece que tu padre debería actuar como lo hubiese hecho mi esposo, pero me ha decepcionado un poco... Todos alaban a tu tío, el ministro, y sin embargo cada vez me siento más alejada de aquel niño afectuoso que fue en otros tiempos. Cuando te veo tan desgraciado y con tantas incógnitas en tu futuro, me pregunto si no habré

vivido demasiado. Sigo creyendo que exageras y que no tienes razones para lamentarte tanto, pero no puedo evitar sentir pena por ti.

He aquí cómo intentaba consolarlo la princesa Omiya.

IV

El día de año nuevo, el gran canciller Genji no fue a la corte y lo pasó en su casa. Imitando el precedente del canciller Yoshifusa, pasó revista a sus propios caballos blancos en el palacio de Nijo. ^[228] Las ceremonias que organizó allí nada tuvieron que envidiar a las de la corte: es más, en algunos aspectos las superaron en magnificencia.

A fines del segundo mes, el emperador fue a visitar a Suzaku, su antecesor, ahora retirado. El palacio del ex emperador había sido renovado recientemente de arriba abajo, y en su jardín los cerezos empezaban a echar flores. Para cuando se cumpliera el aniversario de la muerte de Fujitsubo estarían completamente en flor. La corte (príncipes de la sangre incluidos) iba ataviada con uniformes verdes forrados de rojo. El emperador vestía de encarnado y Genji también, por orden del primero. Los presentes se comportaban con enorme dignidad. El soberano y su canciller se parecían tanto que costaba diferenciar a uno del otro. También el emperador Suzaku había mejorado con el paso de los años, y ahora exhibía una gracia amable, una afectuosa gentileza en su actitud y sus gestos que cuando estaba en el trono se le desconocían.

Aunque no se había invitado a profesores de la universidad, estaban presentes unos cuantos estudiantes avanzados, todos ellos jóvenes que empezaban a despuntar como poetas, y el emperador les distribuyó temas propios del examen oficial. El público sospechaba que todo aquello se hacía en honor al hijo del canciller, cuyas aficiones literarias eran sobradamente conocidas. Temblando de nervios, los estudiantes se fueron a meditar en solitario sobre sus temas respectivos, cada uno de ellos en un bote especialmente preparado que le esperaba junto a la orilla del lago. Parecían un tanto incómodos, mientras una barca con una orquesta surcaba las aguas del lago y el sol iba declinando poco a poco. Súbitamente llegó una brisa de las montañas, que se mezcló con los sones de los instrumentos, animando a los músicos. Yugiri estaba furioso contra todo el mundo: reducido a la

condición de mero espectador, solamente él tenía prohibido cantar y hacer chistes.

Después se danzó «El trino primaveral», y el emperador Suzaku, recordando cierto festival de los cerezos en flor que habían vivido juntos muchos años atrás, ^[229] susurró a Genji:

—¡Fueron días maravillosos! Dudo mucho que se repitan.

Genji pensaba en los tiempos del reinado de su padre. Cuando la danza hubo concluido, ofreció una copa a Suzaku e improvisó estos versos:

—Estamos en primavera y el trino de los ruiseñores es como el de antaño. Somos nosotros los que hemos cambiado.

El ex emperador Suzaku le respondió:

—Aunque las brumas me oculten ahora la corte nueve veces engalanada, el trino de los ruiseñores me anuncia que la primavera ha llegado.

El príncipe Hotaru llenó a su vez la copa del emperador y recitó:

—El son de la flauta es el que siempre ha sido, y no soy capaz de detectar cambio alguno en el canto de los ruiseñores.

Con enorme tacto, quería dar a entender a todos los presentes que no todo en el mundo había ido a peor. Entonces el emperador ofreció también su poema a los presentes, y lo hizo con enorme dignidad:

—Si es cierto que los ruiseñores cantan con mayor melancolía que en otros tiempos, ¿será porque han descubierto que el color de las flores es más pálido que antaño? ^[230]

Esos poemas fueron recitados para los oídos de unos pocos y, aunque se oyeron otros, nadie tomó nota de ellos, por lo que nada me queda por

añadir.

La orquesta se hallaba un poco lejos, y, no pudiendo oírla como hubiese querido el emperador, pidió a los que estaban con él que trajeran sus instrumentos. El príncipe Hotaru recibió su flauta, To no Chujo un laúd, el ex emperador un koto chino de trece cuerdas y Genji, como siempre, el koto de siete cuerdas. El emperador Reizei les pidió que tocaran para él y, siendo todos instrumentistas de primera categoría, hay que reconocer que se superaron a sí mismos. Algunos cortesanos colaboraron en el concierto con canciones como «¡Qué gran día!» o «La muchacha de los cerezos en flor». Mientras la bruma ponía un velo sobre faz de la luna, se encendieron fuegos en la isla, que ardieron hasta que terminó la fiesta.

Aunque era ya muy tarde, el emperador pensó que resultaría de mala educación ignorar a Kokiden, la madre de su antecesor Suzaku, y fue a visitarla antes de regresar a palacio. Genji le acompañaba. Kokiden era por aquel entonces muy vieja, y el príncipe no pudo dejar de pensar qué gran injusticia suponía que aquella mujer de tan pocas virtudes siguiera con vida y que Fujitsubo, que era mucho más joven, hubiese muerto.

—Soy una pobre anciana que lo ha olvidado casi todo —dijo Kokiden, lloriqueando—. Pero tu visita me hace revivir el pasado.

Su cortesía era fingida, porque estaba muy descontenta con los emolumentos que recibía y no paraba de quejarse por haberle tocado vivir el fin de sus días bajo un emperador «tan miserable». Ni siquiera su hijo, el ex emperador Suzaku, la podía soportar.

—Habiendo perdido a aquellos que me dieron la vida —le respondió afectuosamente Reizei, como si ignorase la animadversión que despertaba en su interlocutora—, apenas me he dado cuenta de la llegada de la primavera, pero esta conversación me ha animado mucho. Si me lo permites, te visitaré de vez en cuando.

También Genji prometió regresar a verla. Kokiden se asombró del esplendor de los atuendos de ambos personajes y de sus acompañantes. ¿Qué debía de pensar Genji de ella y de su comportamiento en el pasado? Ahora lamentaba muchas cosas de las que había sido la principal responsable. El destino había decidido que el poder acabaría en manos de

Genji y todos sus esfuerzos por impedirlo habían resultado vanos. Esta visita trajo también a Genji intensos recuerdos de Oborozukiyo, con la cual no había dejado nunca de cartearse, aunque se escribieran muy de vez en cuando. Ahora, mientras se dirigía a su casa, la imagen de «la muchacha del claro de luna brumoso» se le hizo tan presente que pensó por un momento revivir experiencias que creía del todo olvidadas.

V

Llegaron los exámenes, y el claustro sólo dejó presentarse a los estudiantes más prometedores. El tribunal calificó de «obra maestra» el poema de Yugiri, y el muchacho se graduó con las máximas calificaciones. En otoño fue ascendido al quinto rango y recibió el cargo de chambelán. Aunque seguía pensando muchísimo en Kumoi, no estaba preparado para burlar la estrecha vigilancia a la que su padre la tenía sometida, y ambos se sentían profundamente desgraciados.

Genji había decidido que necesitaba más espacio para la vida de ocio que llevaban él y los suyos. Quería tenerlos a todos consigo, incluso a los que todavía vivían en el campo, como la dama de Akashi. Con esta idea en la mente, había comprado un terreno de cuatro *cho* en Kyogoku, al este de la ciudad, junto a la Sexta Avenida, allí donde viviera la madre de la emperatriz Akiknomu.

El príncipe Hyobu, padre de Murasaki, cumplía cincuenta años en otoño, y su hija se ocupaba de los preparativos para festejar el acontecimiento. Genji había llegado a la conclusión de que seguir

mostrándole rencor por su actitud en los tiempos en que cayó en desgracia sería mezquino, y dio órdenes para que su nuevo palacio de la Sexta Avenida estuviera terminado para su cumpleaños.

Con la llegada del año nuevo, Murasaki se encontró más atareada que nunca. Aunque Genji se hizo cargo —además de discutir con los arquitectos y constructores para darles prisa— de la elección de los músicos y danzarines para el banquete de aniversario y de los preparativos de los servicios religiosos, Murasaki hubo de ocuparse de la ornamentación de las escrituras e imágenes, de las ropas, las ofrendas y todo lo demás. Afortunadamente, Hanachirusato resultó de gran ayuda, y, cuando no estaban juntas, se intercambiaban afectuosas misivas.

El príncipe Hyobu tuvo conocimiento de aquellos preparativos de los que todo el mundo hablaba. Aunque se consideraba a Genji un hombre amable y reflexivo, Hyobu no había tenido todavía ocasión de experimentar su gentileza. Más todavía, parecía que Genji se complaciera humillándole, a él y a su familia. Ante tantos desaires, el príncipe llegó a la conclusión de que su yerno le odiaba a pesar del cariño que siempre había mostrado a su hija Murasaki. Nada tiene de extraño, pues, que, al saber que Genji se estaba tomando tantas molestias para celebrar su quincuagésimo aniversario, se sintiera profundamente aliviado y lo considerara un gran honor. Su esposa, en cambio, no era tan fácil de contentar. Una de sus hijas había sido presentada en la corte, y ¿qué había hecho Genji por ella?

La nueva mansión estuvo terminada en el octavo mes y poco a poco empezó a llenarse. La parte suroeste, que ocupaba el suelo sobre el cual en tiempos se levantara el palacio de la princesa Rokujo, fue destinada a su hija, la emperatriz Akikonomu, para que pudiera descansar allí de las fatigas de la corte. La noreste fue asignada a Hanachirusato, que había ocupado el pabellón noroeste en Nijo, y la noroeste a la dama de Akashi. A la hora de diseñar los nuevos jardines y decidir el emplazamiento de colinas y lagos, se tuvieron muy en cuenta las preferencias de las damas.

En la parte sureste y rodeando un lago delicioso, Genji hizo levantar colinas artificiales de altura considerable y plantar gran cantidad de árboles y arbustos de especies que florecen en primavera, como los arces, los

cerezos, los ciruelos, las glicinias y las azaleas. Tampoco olvidó, sin embargo, plantar otras especies que exhiben su apogeo en otoño, especialmente en el jardín que rodeaba el pabellón de Akikonomu. Cascadas y arroyuelos sonoros se deslizaban o se precipitaban por encima de rocas que enriquecían sus murmullos. Como el otoño había llegado ya, todo el jardín era ahora una fiesta de flores y hojas de suntuosos tonos dorados, que hubiese hecho palidecer de envidia a las colinas que bordeaban el Oi.

En la parte noreste manaba una fuente natural de aguas fresquísimas, ideal para reposar junto a ella en los días calurosos del estío. También despertaban la admiración del espectador o del paseante espesos bosquecillos de bambúes chinos y árboles de gruesos troncos, retorcidos y misteriosos como cuevas sagradas. Había setos de peonías y naranjos para complacer a Hanachirusato, claveles silvestres, rosas y gencianas. Una parte del terreno había sido vallada para practicar en ella juegos de hípica. En las orillas del lago, Genji mandó plantar iris, que florecen en el quinto mes, y en un extremo de la finca se construyeron los establos, que el dueño llenó de caballos de raza.

Especial cuidado puso en la parte noroeste: más allá de las colinas artificiales estaban los almacenes, que un bosque de pinos ocultaba a la vista. ¡Qué maravillosos resultarían aquellos abetos cuando los engalanara la nieve! Tampoco faltaba un seto de crisantemos, que florecen con las heladas matinales de principios de invierno, un puñado de robles de diversas clases y centenares de árboles y arbustos traídos de mil y un lugares distintos, tan poco comunes que nadie sabía a ciencia cierta cómo se llamaban.

El traslado definitivo tuvo lugar en el equinocio de otoño. En un principio se pretendía que todos entraran a vivir en la nueva mansión el mismo día, pero Akikonomu decidió presentarse unos días más tarde. Hanachirusato, tan dócil como siempre, acompañó a Murasaki.

El jardín de Murasaki, en la parte sureste, había sido plantado con especies de primavera, de manera que, siendo otoño, no ofrecía su mejor aspecto, aunque no dejaba de tener encanto. En la procesión pudieron

contarse hasta quince carruajes llenos de mujeres. Casi todos los acompañantes pertenecían a los rangos cuarto y quinto y, excepcionalmente, al sexto, hombres fieles a la casa de Genji donde los hubiera. El príncipe quería evitar que se le criticase por exceso de lujo y ostentación e hizo todo lo posible para que la ceremonia resultara austera. Tanto Murasaki como Hanachirusato recibieron idéntico tratamiento, y Yugiri no se separó ni un momento de la dama de los naranjos en flor. Los aposentos de las azafatas y las sirvientas habían sido decorados hasta los detalles más nimios, y sus ocupantes no cabían en sí de gozo. Los pabellones que componían el nuevo palacio se hallaban unidos por galerías cubiertas y placenteras avenidas para que las damas pudieran vivir con independencia y comunicarse sólo cuando les apetecía.

Cinco o seis días después llegó Akikonomu del palacio imperial y fue recibida con grandes solemnidades. No sólo había sido elevada del anonimato al cargo más importante que una mujer podía desempeñar en el país, sino que, gracias a su carácter apacible y a su belleza y elegancia, era profundamente querida y admirada en la corte. Cuando llegó el noveno mes, el jardín de Akikonomu era una joya otoñal. Un atardecer en que soplaba una agradable brisa, la emperatriz llenó una caja de hojas rojizas y la envió a Murasaki. Su mensajera fue una esbelta muchachita vestida con una túnica de color púrpura forrada de azul, y dos *uchikis* uno encima del otro, lila el primero y de gasa de color azafrán el segundo. Recorrió las galerías, avenidas y puentes que separaban los dos pabellones con enorme dignidad, y su personita resultaba tan atractiva que los ojos de todos los habitantes de la mansión se fijaron en ella. Resultaba evidente que había sido educada para ocupar un lugar destacado entre el servicio de la casa.

He aquí el poema de Akikonomu que acompañaba el regalo:

«Tu jardín espera, paciente, la llegada de
la primavera. Deja que la brisa te traiga un
toque de otoño...»

Las servidoras de Murasaki se deshicieron en elogios para la mensajera, que se sintió profundamente halagada. Murasaki le devolvió la caja llena de

musgo con unas piedrecitas que simulaban rocas y una ramita de pino. Ató a la rama de pino un poema que decía:

«Poco valor tienen las hojas que el viento
arrebata... Prefiero gozar de los colores de la
primavera junto al sólido pino clavado en la
tierra.»

El «pino» parecía de verdad. Akikonomu quedó muy impresionada al recibir al momento una respuesta tan ingeniosa y sus azafatas no sabían qué decir. Cuando Genji conoció la historia, riñó a Murasaki:

—Debo reconocer que la emperatriz no estuvo afortunada con su regalo —le dijo—, pero tú fuiste demasiado impulsiva. Tenías que haber esperado a que tus árboles florecieran. ¿Qué dirá la diosa Tatsuta ^[231] si se entera de que menosprecias los colores del otoño? Replica con dureza cuando tengas a mano los de primavera para darte la razón.

En cuanto a la dama de Akashi, no se mudó hasta que todas las demás damas estuvieron ya instaladas para pasar más inadvertida. Llegó en el décimo mes, y, pensando en el futuro de su hija, Genji procuró por todos los medios que ni su recibimiento ni los aposentos que le fueron asignados resultasen inferiores a los de las demás.

**Tercera parte UNA DIADEMA
PRECIOSA**

Capítulo 22 Tamakazura

[232]

I

Aunque habían pasado muchos años, Genji no había olvidado el rocío que cubría las flores de luna que admiró durante tan poco tiempo. [233] Cuantas más damas conocía con el paso de los años, más lamentaba haber perdido a la infeliz Yugao. Su criada Ukon no procedía de un linaje distinguido, pero Genji la apreciaba mucho, y la conservó siempre a su lado como un recuerdo de su señora hasta que llegó a ser una de las mujeres más viejas de palacio. Cuando hubo de partir a Suma, la colocó en el pabellón de Murasaki del palacio de Nijo, y su esposa se aficionó mucho a ella porque era tranquila y de muy buen carácter. Ukon pensaba con profundo dolor que, si su señora no hubiese muerto, habría sido tratada en el nuevo

palacio por lo menos con los mismos honores que la dama de Akashi, porque Genji era muy generoso y no abandonaba a ninguna mujer por la que se hubiera sentido atraído. Aunque Yugao no hubiera sido una persona importante, habría sido admitida sin lugar a dudas en la mansión de la Sexta Avenida.

Ukon no había intentado jamás comunicarse con la hija de su difunta señora ni averiguar siquiera dónde moraba la criatura que Yugao había dejado con su nodriza en algún lugar al oeste de la ciudad. ^[234] Genji le había dicho siempre que era mejor callar y que no serviría de nada airear el asunto tantos años después. Tampoco había procurado dar con el ama en cuestión, pero un día tuvo conocimiento de que Shoni, el marido de la mujer que se hizo cargo de la niña, había sido nombrado vicetesorero del virrey de Kyushu, y de que su familia le había acompañado a la isla. Por mucho que preguntó, sin embargo, no consiguió averiguar nada más.

Cuando tuvo lugar el nombramiento de Shoni, la niña tenía cuatro años, y, aunque el ama y su esposo pidieron información sobre la madre y la buscaron por todos los medios a su alcance con la esperanza de dar con ella, sus esfuerzos resultaron vanos. Al fin la nodriza decidió que se quedaría con la pequeña como un recuerdo de su madre, pero pensó que no sería bueno embarcarla en un viaje tan largo. Debatieron si valía la pena ir al encuentro de su padre, To no Chujo, y explicarle la historia, pero al fin optaron por no hacerlo. ¿Cómo convencer a aquel hombre de su paternidad si no estaba la madre para asegurárselo? Por otra parte, si les daba crédito y se la llevaba a vivir a su casa, la niña sería una extraña para el resto de la familia, y se sentiría muy sola y desgraciada. Se trataba, además, de una criatura hermosísima que ya daba señales de una indudable distinción.

Finalmente decidieron llevársela con ellos en el barco, un mercante viejo y destartalado. Al alejarse la embarcación del puerto la niña no cesaba de preguntar: «¿Vamos a ver a mamá?», porque había vivido con ella hasta los tres años y todavía la recordaba muy bien. La nodriza y sus hijas estuvieron a punto de echarse a llorar, pero se contuvieron porque un marinero les hizo saber que «en el mar las lágrimas acarrearán mala suerte». Mientras pasaba ante sus ojos el paisaje bellísimo que la costa les ofrecía

como un rollo pintado por un maestro, el ama, recordando cuánto había amado aquellos paisajes su difunta señora, hubiese deseado de todo corazón tenerla allí con ellos.

—A pesar de su juventud Yugao tenía una gran sensibilidad... — comentó—. ¡Cuánto hubiese disfrutado aquí en el barco con todos nosotros! Claro que, de haber vivido, no nos habríamos movido de la ciudad...

Las hijas de la nodriza acabaron rompiendo en sollozos a pesar de la advertencia del marinero. Entre ambas improvisaron con bastante dificultad un par de poemas:

—Nos gustaría saber en qué ser amado
están pensando esos marineros mientras
reman y cantan tristemente bordeando la
bahía de Oshima.

»Una vez en alta mar, ya no sabremos a
dónde mirar o en qué lugar buscar hasta dar
con la dama que perdimos.

Al fin el barco dobló el cabo de Kane, y la nodriza seguía repitiendo que no olvidaría jamás a su señora. La certeza de estar tan lejos de casa volvió a arrasar sus ojos en llanto. Poco a poco empezaron a acostumbrarse a ver en la niña una reencarnación de su señora. Muchas noches la nodriza soñaba con Yugao, pero siempre la veía junto a otra figura femenina que parecía seguirla doquiera que fuese como una hermana gemela o su propia sombra. Aquella visión ponía enferma a la pobre ama y empezó a aceptar la idea de que Yugao estaba muerta.

Pasaron cinco años —los que había de durar el cargo del marido del ama—, y, una vez concluido su servicio, se plantearon regresar a la capital, pero el hombre, un funcionario humilde, tenía muy pocas influencias incluso en un lugar como Kyushu. Además carecía de medios para emprender un viaje tan largo con un mínimo de comodidades. Finalmente cayó seriamente enfermo. Sintiendo en el umbral de la muerte, se dirigió

a la niña, que ya había cumplido diez años, y le dijo, contemplándola tristemente:

—¡Cuántas dificultades te esperan si te dejo! Siempre me pareció una vergüenza que hubieras de crecer tan lejos de la capital e hice todo lo posible para devolverte a ella. Quise presentarte a las personas adecuadas que podían asegurar tu futuro... La capital es muy grande y allí estarías segura. Pero parece que mis días están contados...

Finalmente añadió, dirigiéndose a sus tres hijos:

—No os preocupéis por mi funeral y haced cuanto esté en vuestras manos para devolverla a Heian.

Fuera de su familia nadie conocía la identidad de la niña. El hombre había hecho correr que se trataba de una nieta que le había tocado cuidar. Por más que se había esforzado para asegurarle un futuro digno de ella, nada podía hacer contra la muerte. La familia seguía con los preparativos para el regreso, con muy poca ayuda porque el funcionario no había dejado buen recuerdo ni amigos en el lugar. Lo cierto es que la hija era más hermosa que su madre, seguramente como consecuencia de la mezcla de la sangre de la bella Yugao con la de su apuesto amante. Graciosa y delicada y dotada de un carácter apacible, no hubiese sido fácil encontrar a una muchacha comparable a ella ni en Kyushu ni en la capital. A pesar de que la familia del ama hizo cuanto pudo por mantenerla oculta, los jóvenes del lugar —en su mayoría gañanes y pescadores— oyeron ponderar sus méritos y las cartas no paraban de llegar, pero sólo para chocar contra un muro de silencio. Para justificar esta situación la nodriza solía repetir a quienes querían escucharla:

—La muchacha no es *externamente* deforme, pero tiene un gravísimo defecto que no puedo contar, y que la hace absolutamente inadecuada para el matrimonio. Pronto tomará los hábitos y permanecerá a mi lado hasta que yo muera.

La gente los compadecía:

—¡Un caso muy lamentable! —se decían los unos a los otros—. ¿Habéis oído la historia? Parece que la nieta del ex vicetesorero es algo así como un monstruo...

Los hijos del ama estaban empeñados en devolverla a su padre y rezaban a todos los dioses para que les aseguraran el éxito en su empresa. Habían oído contar que, cuando era pequeña, hacía mucha gracia a To no Chujo, y no parecía probable que ahora fuera a rechazarla. Pero tanto los hijos como las hijas de la nodriza fueron casándose con gente de la provincia, y la idea de regresar a la capital, antes tan presente en el ánimo de todos, empezó a difuminarse. Cuando la muchacha se hizo cargo de su situación, la vida le pareció extraordinariamente difícil y cruel. Tres veces al año se retiraba a hacer penitencia, y cuando cumplió los veinte, Tamakazura, que así se llamaba la hija de Yugao, merecía ser descrita como la perfección misma, una «perfección» que no merecía vivir donde estaba viviendo.

Muerto el marido del ama, se trasladaron a la provincia de Hizen, donde todo el mundo se conoce, y por más historias que la mujer siguió poniendo en circulación sobre «el defecto secreto» de Tamakazura para protegerla de pretendientes indeseados, no logró evitar que la fama de su belleza se extendiera. Los jóvenes del lugar no se desanimaron y las cartas y proposiciones seguían lloviendo sobre la familia.

Entre los pretendientes de la muchacha destacaba cierto funcionario de quinto rango que había estado al servicio del virrey y pertenecía a un clan bastante poderoso de la provincia de Higo. Aquel hombre era una auténtica personalidad en la región, no le faltaban influencias y se había distinguido como guerrero en una campaña reciente. Aunque todos reconocían su carácter altivo e indómito, Tayu no Gen, que así se llamaba, tenía una profunda debilidad por todo lo bello y, muy en especial, por las mujeres bonitas. Cuando oyó hablar de la joven, proclamó en un tono casi amenazador:

—Me tiene sin cuidado que sea el peor de los monstruos. Cerraré los ojos, si es preciso.

—No puede ser —le hizo decir la nodriza—. Explicadle que está a punto de tomar el hábito.

Al tener conocimiento de la actitud de la familia, el pretendiente se presentó en Hizen hecho una furia y convocó a los hijos del ama para

discutir con ellos el asunto. Si accedían a sus deseos, les dijo, serían sus amigos, y, gracias a su influencia, obtendrían numerosos beneficios. Al oír los términos de la proposición, los hijos se sintieron tentados a tomarla en consideración.

—Es cierto que no queríamos casarla con alguien inferior a ella, pero este hombre puede resultar un buen aliado —decían a sus hermanas para convencerlas—. En cambio, tendremos en él a un mal enemigo si lo rechazamos y tal vez debamos huir. Nadie duda que la muchacha lleva sangre de alcurnia, pero ¿de qué le sirve si su padre no la reconoce? Tiene suerte de que Tayu no Gen la desee. Si Tamakazura está aquí, seguro que se debe a que los dioses la han predestinado a este hombre. No tiene sentido querer ocultarse o huir, porque se trata de un sujeto obstinado y sin escrúpulos y, si monta en cólera, puede hacer cualquier disparate.

En cambio, el mayor de los hermanos, Bugo no Suke, no estaba de acuerdo.

—De ningún modo —se resistía—. ¿Habéis olvidado las instrucciones de nuestro padre? Debo llevarla a la capital como sea.

Sus hermanas le daban la razón. La madre de la niña había desaparecido sin dejar rastro, y Tamakazura se había convertido en una carga para toda la familia, pero ellas se sentirían suficientemente recompensadas por el trabajo que les había supuesto criarla si conseguían que hiciera un buen matrimonio. Nunca aceptarían una unión con el brutal «guerrero» de Higo.

El pretendiente, que tenía una gran opinión de sí mismo y no sabía nada de esas discusiones, les asediaba con un sinfín de cartas, todas ellas escritas en caro papel chino de hermosos colores y abundantemente perfumado. No tenía una caligrafía despreciable, pero su idea de la cortesía era muy rústica y provinciana. Gracias a los buenos oficios del segundo de los hijos, un día se presentó en la casa. Rondaba los treinta años, y era alto y vigoroso: no podía decirse que su aspecto resultara desagradable. Era la expresión de su rostro lo que, cuando se dejaba arrastrar por la ira, resultaba francamente intimidante. Estallaba de salud y hablaba con una voz profunda un tanto basta y un fuerte acento de la región, de manera que su discurso resultaba tan extraño como el de ciertos pájaros. Se ha dicho que los enamorados son

aves nocturnas porque suelen hacer sus visitas después del crepúsculo, pero él se presentó a media tarde un hermoso día de primavera. *Aunque no había llegado el otoño, el tiempo era profundamente apacible.* [235]

Para evitar que se ofendiera, la «abuela» salió a recibirlo.

—Señora —le dijo Tayu—, aunque no tuve la suerte de conocer a tu marido, me consta que fue un hombre amable y honrado. Cuando quise ganármelo como amigo, me enteré de que ya había muerto. Ahora quiero poner remedio en lo posible a mi falta de atenciones para con su familia. Haciendo acopio de coraje, he venido a ver a tu nieta. Reconozco que es demasiado para mí, pero sabré corresponder como se merece. Seré su rendido esclavo y jamás tendrá queja de Tayu no Gen, te doy mi palabra. Me consta que tú no deseas nuestra unión y lo atribuyo a que has oído hablar de mis otras esposas y concubinas. No te preocupes: tu nieta no será una más, sino la reina de mi hogar.

—Te agradezco profundamente tu interés —le respondió la mujer—, y lo valoro como se merece. Pero la muchacha sufre una gran desgracia que nos obliga a mantenerla oculta. No creemos posible que se case, ni contigo ni con nadie. Se trata de una historia muy larga y demasiado triste para ser contada.

—¡No te preocupes! No me importa que sea ciega o tenga pezuñas en vez de pies. Lo juro por todos los dioses.

Sin dar su brazo a torcer, les exigió que señalaran un día para que él la fuera a buscar, y la nodriza intentó darle largas alegando la creencia, muy extendida en la región, de que los días finales de una estación no eran propicios para el matrimonio. El hombre pensó que se esperaba de él un poema de despedida y, tras pensar largo rato, improvisó:

—Invoco al dios del espejo del templo de Matura, para que, si un día mis sentimientos hacia ella cambian, me castigue con la mayor dureza.

—¿No está mal? —añadió sonriendo.

Obviamente la poesía no era lo suyo. La nodriza estaba demasiado nerviosa para contestarle y sus hijas aún estaban peor. Se hizo una larga pausa y al fin la mujer recitó los primeros versos que acudieron a su cabeza:

—Seremos nosotras quienes cubriremos
de reproches al dios del espejo de Matura, si
nuestras preces de tantos años no son
atendidas.

—¿Qué significa todo eso? —gritó el hombre con voz temblorosa, y se hubiese dicho que se disponía a atacar.

El ama se puso blanca como la nieve. A pesar de lo confusas que estaban todas, una de las hijas fingió una breve carcajada para deshacer la tensión que pesaba en el ambiente.

—Nuestra sobrina no es normal. He aquí lo que pretendía decirte mi madre, y sentiríamos mucho que acarrearla la desgracia sobre ti y los tuyos. ¡Pobre madre! Ya es muy anciana y no para de decir tonterías sobre sus dioses.

—Entiendo, entiendo... —dijo el hombre, apaciguándose un tanto—. Un poema realmente *precioso*. Me consta que despreciáis a la gente de provincias, pero ¿qué méritos especiales tenéis los de la capital? Todo el mundo sirve para hacer un poema, mejor o peor. Yo mismo puedo superarme con un poco de práctica...

Intentó componer otro, pero, como no le salía, dio media vuelta y se fue. Viendo que uno de sus hijos se había pasado al enemigo, la pobre mujer estaba aterrorizada y pidió ayuda a su hijo mayor.

—¿Qué quieres que haga? —le respondió él, lleno de pesadumbre—. No tengo a nadie a quien pedir ayuda. Mis dos hermanos se han vuelto contra mí y, si hacemos de este hombre nuestro enemigo, nos amargarán la vida. Si asumo algún riesgo, sólo lograremos empeorar la situación.

Aunque nadie había explicado claramente a Tamakazura lo que estaba ocurriendo, la muchacha tuvo conocimiento de ello y proclamó con horror que antes se mataría que unirse a Tayu no Gen. Lo dijo tan rotundamente que Bugo pensó que no estaba bromeando, y, con grandes esfuerzos, logró

reunir una suma de dinero suficiente para costear el viaje. También su madre detestaba la idea de morir en Kyushu, pero estaba demasiado enferma como para viajar sola con Tamakazura. La menor de sus hijas, Ateki, llevaba años casada, pero su hermano Bugo consiguió convencerla para que abandonara su casa y se ocupara de su madre durante el viaje. La mayor llevaba todavía más tiempo casada, tenía más familia y no podía pensar en alejarse de ella.

Los viajeros —la muchacha, el ama, Bugo, Ateki y un reducido número de criados y criadas— abandonaron su hogar de noche, instalándose furtivamente en un barco que zarpaba rumbo a la capital porque se enteraron de que Tayu, que se había marchado de vuelta a Higo, había decidido regresar a Hizen al día siguiente, doce del mes cuarto, para reclamar a la mujer que estaba empeñado en hacer suya a toda costa. Se despidieron llorando de la hermana mayor, porque estaban seguros de que no volverían a verla. Nunca habían amado aquellas tierras, pero los fugitivos no pudieron evitar dirigir tristes miradas al santuario de Matsura mientras encomendaban a los dioses a los que no podían acompañarles. Ateki improvisó estos versos:

—Tristemente dejamos atrás hoy ¡a bahía
de Ukishima. ^[236] ¿Quién va a ayudarnos y
darnos asilo en el sombrío futuro que nos
espera?

Tamakazura, imagen viva de la desolación, no paraba de llorar. Y, sin embargo, aún fue capaz de responder con otro poema improvisado:

—A merced de los vientos nos hacemos a
la mar sin saber a dónde vamos. Nuestro
incierto destino ponemos hoy en manos de
las olas.

Si el hombre de Higo se enteraba de su huida, se lanzaría en su persecución. Por suerte habían podido encontrar una embarcación ligera y rápida y el viento les era propicio, de manera que se desplazaban a gran

velocidad. Muy pronto se hallaron bordeando la bahía de Harima. Súbitamente vislumbraron otra embarcación no muy grande que parecía seguirles.

—¡Mirad ese barquito! Espero que no sean piratas —dijo el capitán.

Bugo proclamó que prefería el peor de los piratas al iracundo pretendiente de Higo. Sólo quedaba seguir navegando cuanto más deprisa mejor. Tamakazura recitó:

—Comparado con el palpitar de mi corazón agitado, el estruendo que ha hecho famosa la bahía del Eco resulta inaudible.

Cuando los marineros les informaron de que se acercaban ya a la desembocadura del Yodo, se sintieron como si acabaran de regresar del país de los muertos. Finalmente entraron en la bahía de Kawajiri. El barquito de Tayu había desaparecido de su vista, y en cuanto empezaron a acercarse al puerto, los pasajeros volvieron a respirar de nuevo. Un marinero se puso a cantar una vieja canción que decía:

«Salí del puerto de China en dirección a Kawajiri sin pensar en mi triste amor y el niño que lloraba sobre sus rodillas...»

La canción hizo pensar por vez primera a Bugo en los que dejaba atrás. ¿Qué desgracias les esperaban? Incluso tres o cuatro mozos que trabajaban en su hogar, y que hubiesen podido prestarles alguna ayuda, se habían empeñado en seguirle. ¿Qué venganza estaría preparando el guerrero de Higo? Tenía fama de ser implacable... Ahora reconocía que había actuado con una gran precipitación y se deshizo en llanto. Recordó el poema del prisionero rescatado de Po Chu-I: *He abandonado a mis esposas e hijos en tierra extraña....*, y se puso a recitarlo quedamente entre sollozos. Su hermana Ateki le oyó y empezó también a pensar que se había portado muy mal con su esposo al abandonarle a medianoche y sin darle explicaciones. ¿Qué estaría diciendo de ella?

En la capital carecían de casa y de amigos. Habían abandonado una provincia que les había acogido durante años y se habían puesto a merced de las olas y los vientos pensando sólo en la felicidad de la niña. No sabían qué iban a hacer ni de qué modo podían ayudar a su protegida, pero se dirigieron a Heian sin pensarlo dos veces. Una vez allí, Bugo consiguió dar con un viejo conocido de su madre que todavía vivía en Kujo ^[237] y que les acogió provisionalmente en su humilde morada. Aunque Kujo se encuentra aún dentro de los límites de la capital, queda muy lejos del centro, y sólo viven allí gentes sencillas como artesanos y vendedores ambulantes.

Ya se estaba acercando el otoño y no habían conseguido ayuda de nadie ni había esperanza de que su situación mejorara en un futuro próximo. Ateki, que había confiado en su hermano para abrirse camino en la ciudad, se sentía muy desilusionada, porque se había dado cuenta de que el pobre Bugo era allí como un pez fuera del agua. Su hermano no salía de casa, se sentía impotente para buscarse una posición o para hacer amistades nuevas y era tan incapaz de cuidar de sí como de aquellos pobres muchachos que les habían seguido desde Kyushu. Dos de ellos encontraron trabajo y los demás optaron por regresar a su tierra. La pobre ama no paraba de llorar y de lamentarse.

—No estoy en absoluto preocupado —le dijo Bugo para consolarla—. Voy a arriesgarlo todo en beneficio de nuestra señora, y ¿qué importa si de momento las cosas no están saliendo como quisiéramos? De haberse casado con aquel hombretón de Higo, no le habrían faltado riqueza y seguridad... Tarde o temprano nuestras plegarias serán atendidas y ella recuperará el lugar que le corresponde. La señora rezó a Hachiman en los templos de Matsura y Hakozaiki antes de partir, y ahora que ha llegado sana y salva, debe ir a darle las gracias.

Y envió a la muchacha al santuario de Hachiman que había en Iwashimizu. Se había enterado de que un clérigo eminente que su padre había conocido se encontraba aún entre los sacerdotes budistas del templo, y el hombre se ofreció a hacerle de guía.

—Y luego está el santuario de Hatsuse, en el que se venera a la Kwannon de Hasegawa, que es famoso incluso en China ^[238] por los

milagros que en él se obtienen. Por fuerza ha de hacer algo en beneficio de nuestra señora.

De modo que la envió también a Hatsuse. Como el peregrinaje había de ser a pie, la muchacha obedeció y se puso en camino aunque no estaba acostumbrada a andar. ¿Qué crímenes había cometido en vidas anteriores, se preguntaba, para verse obligada a superar todas aquellas pruebas? Al borde de la desesperación, rogaba a los dioses que se apiadaran de ella y la llevaran junto a su madre. Si todavía estaba con vida, deseaba volver a verla aunque sólo fuera por un instante, pues ya no se acordaba de su rostro. A mediodía del cuarto día de viaje llegaron a Tsubaichi, justo al pie de Hatsuse. Habían viajado muy despacio, pero la muchacha tenía los pies tan destrozados que temieron que no podría seguir.

Acompañaban a Tamakazura Bugo no Suke, dos arqueros y cuatro porteadores con el equipaje. Las tres mujeres llevaban las faldas arremangadas como las campesinas y las atendían un par de ancianas que habían servido de pinches en la cocina de una familia. Los expedicionarios habían hecho todo lo posible por no llamar la atención y se les hizo de noche arreglando las lámparas sagradas y preparando las ofrendas que pensaban llevar a la diosa del santuario al día siguiente. El monje que se ocupaba de la posada de los peregrinos era un tipo grosero y gruñón, y se acercó de mal talante a las dos viejas mientras estaban preparando la cama para la muchacha.

—¿Quién es esa gente? —las increpó a gritos—. Tenemos huéspedes importantes que están a punto de llegar. Y ni siquiera habéis pedido permiso... ¡Largaos inmediatamente!

Las pobres ancianas empezaban a deshacerse en explicaciones cuando llegó también a pie la comitiva de peregrinos a que el monje se había referido. La formaban dos mujeres que parecían de calidad y sus servidores. Cuatro o cinco de los hombres que la integraban iban a caballo. [239] Aunque todos vestían con sencillez, a juzgar por los arreos de los caballos se trataba de gente principal. El monje iba de un lado a otro rascándose la gran calva con el firme propósito de dar acomodo a los que acababan de llegar. Al fin permitió que los otros permanecieran allí también, pero hizo

dividir la estancia con una cortina para que ambos grupos no se mezclaran. Afortunadamente los recién llegados, aun siendo de muy superior categoría, se mostraron en todo momento afables y comprensivos con los que les habían precedido y se conformaron con lo que se les pudo dar.

La principal peregrina de esta segunda comitiva no era sino Ukon, que no había cesado jamás de llorar a su ama, la infortunada Yugao. Gracias a la comprensión y ayuda material de Genji, en cuya mansión vivía, todos los años hacía un peregrinaje a Hatsuse para rezar por su señora y la hija que había dejado sola en el mundo. Aunque estaba acostumbrada a viajar, el último tramo recorrido la había dejado exhausta. Estaba echada y descansando cuando Bugo no Suke apartó la cortina con un plato en la mano y le pidió:

—Dale esto a mi señora, por favor, y dile que lamento no poder traerle algo mejor.

Ukon pensó que la destinataria de aquel plato debía de ser una dama de rango más elevado que las gentes que le acompañaban. También tuvo la impresión de que había visto antes a aquel hombre que le acababa de hablar: creía recordar vagamente sus facciones, aunque de una época lejana en que era mucho más joven y parecía menos robusto y quemado por el sol. ¿Quién podía ser? Entonces Bugo dijo, dirigiéndose a una de las dos ancianas que formaban parte de su comitiva:

—Sanjo, la señora te necesita...

También el nombre de la anciana despertó un eco en la memoria de Ukon, y, en cuanto la observó detenidamente, la reconoció enseguida: se trataba de una pobre mujer que en tiempos había ayudado en la cocina en casa de Yugao y que ésta se había llevado consigo junto con Ukon cuando se mudó a la casita de las flores de luna. A partir de este momento, Ukon empezó a vivir la realidad como si fuera un sueño. Se moría de ganas de ver a la que todos llamaban «la señora», pero ésta seguía oculta por las cortinas y no se atrevía a apartarlas. Haciendo un gran esfuerzo de memoria, reconoció al hombre que le había alargado el plato hacía un momento... Se trataba del hijo mayor del ama de la niña de Yugao y de su esposo Shoni, al que, de mocito, llamaban Hyotoda... Atando cabos, llegó a la conclusión de

que «la señora» a la que con tanto respeto se referían los de la primera comitiva sólo podía ser Tamakazura. Incapaz de permanecer quieta por más tiempo, se acercó a las cortinas y llamó a Sanjo, cuya silueta se distinguía al otro lado de la tela. La vieja Sanjo se resistía a abandonar la comida que, hambrienta como un perro después del largo viaje, estaba engullendo de una escudilla, pero Ukon insistió. Al fin Sanjo se presentó:

—Es imposible que quieras verme a mí —le dijo—. Soy una pobre mujer que ha pasado en Kyushu esos últimos veinte años y dudo que viva nadie que pueda reconocerme. Ha de tratarse de un error.

Iba vestida de un modo muy rústico y había engordado mucho desde la última vez que se vieron. Pero Ukon insistió:

—Mírame —le dijo, pensando en cuánto debía de haber cambiado también ella—. ¿Es que no me reconoces?

Sanjo se dio una fuerte palmada en la frente.

—¡Claro! ¡Eres tú! ¡Eres tú! —chilló, poniendo unos ojos como platos de asombro—. ¿De dónde vienes? ¿Traes a nuestra señora contigo? [240]

Ukon rompió a llorar: conocía a aquella mujer desde que era una niña. ¡Cuántos meses y años habían pasado!

—¿Está contigo el ama de mi señora? —preguntó a la otra—. ¿Qué le ocurrió a la pequeña? ¿Y dónde está Ateki?

—Sí, están todas conmigo —dijo Sanjo, evitando referirse a Yugao—. La pequeña ya es toda una señora. Tengo que decírselo a la nodriza...

Y se dirigió al fondo de la estancia. Cuando Sanjo hubo hablado con el ama, la mujer no cabía en sí de gozo:

—Es como un sueño —repetía—. ¿Ukon, dices? Tenemos todo el derecho del mundo a estar furiosas con Ukon...

Y, cuando la tuvo delante, le dijo sin preámbulos:

—¿Qué le ocurrió a mi señora? Durante años he rezado para dar con ella... Y luego hube de sufrir un destierro interminable en un lugar lejano sin que ni siquiera los vientos me dieran noticias de ella. Creo que he vivido demasiado, pero los intereses de la niña me han mantenido atada a este mundo impidiéndome partir a cualquier otro. Y ya me ves... Cojeo.

Ukon estuvo a punto de desear que regresaran los días en que tenía prohibido hablar, pero debía dar alguna explicación.

—Carece de sentido hablar de nuestra señora. Murió hace muchos años — dijo al fin, y las tres mujeres se fundieron en un abrazo rivalizando entre sí en cuál derramaba más lágrimas.

Ya era casi de noche y los hombres insistían en que se pusieran en camino para llegar al templo cuanto antes. Ukon sugirió que fueran todos juntos, pero Bugo recomendó discreción, y ambas comitivas se separaron provisionalmente para emprender la marcha. Ukon iba detrás y distinguió entre el grupo del ama la figura de una muchacha pobremente vestida cuya espesa cabellera recogía un sencillísimo velo. La joven abría la procesión, y, aunque Ukon la vio de espaldas, enseguida llegó a la conclusión de que se trataba de una belleza excepcional y de un rango muy superior a cuantos la acompañaban. Una explosión de sentimientos y recuerdos dentro de su pecho le confirmó sin lugar a dudas quién era aquella preciosidad.

Ukon llegó al templo la primera porque estaba acostumbrada al viaje, y la acompañaron al lugar que tenía reservado junto al altar principal. La comitiva del ama llegó un poco después con Tamakazura, cuando estaban a punto de empezar los oficios nocturnos, y se les asignó un lugar a la izquierda detrás de la imagen. En cuanto Ukon les vio, les mandó a buscar. La nodriza, un tanto intimidada por el lugar de privilegio que ocupaba la otra, habló brevemente con su hijo Bugo, le explicó de quién se trataba y, habiendo obtenido su permiso, Tamakazura, el ama, Ateki y Sanjo aceptaron la invitación de Ukon.

—No penséis que me he convertido en una personalidad —les explicó Ukon en voz baja—, pero sirvo en la mansión del canciller Genji. Aunque venga poco acompañada, puedo tener la seguridad de que nada me ocurrirá. Aquí hay mucha gente y de todas clases. Nunca se sabe qué puede ocurrir si te mezclas con rústicos y vagabundos... Por nada del mundo quisiera que la señora tuviera que sufrir algún incidente desagradable.

Hubiese querido seguir dándoles explicaciones, pero había mucho ruido en el santuario y hubo de callar. Se puso a orar: aquello que tantas veces había pedido se acababa de cumplir. Tenía la casi completa seguridad de

que Genji no había olvidado la existencia de aquella joven que no había llegado a conocer, y ahora rezaba para que hiciera cuanto estuviese en su mano para asegurarle la felicidad.

El templo estaba lleno de peregrinos de todo el país, entre los cuales destacaba por sus suntuosos ropajes la esposa del gobernador de la provincia de Yamato. Sanjo estaba totalmente consternada y no podía evitar sentir una cierta envidia del magnífico atuendo de la gobernadora.

—Señora de la Misericordia —oró, llevándose las manos a la frente—, me llamo Sanjo y sólo te pido que, si mi señora no llegó a casarse (como siempre esperé) con el virrey de Kyushu o su lugarteniente, al menos permitas que se case con el gobernador de Yamato. Y si, además, consigues para todas nosotras un acomodo decente, vendré a darte las gracias mientras viva cuantas veces pueda.

Ukon la oyó y pensó que Sanjo hubiese podido aspirar a algo bastante mejor. Como reprendiéndola, le dijo medio en serio medio en broma:

—Tienes mucho que aprender todavía. Debes saber que el padre de la joven, To no Chujo, estaba ya destinado a grandes empresas cuando venía a vernos. Ahora es ministro todopoderoso... ¡Nuestra señora procede del más excelso de los linajes ^[241] y tú piensas en casarla *sólo* con un pobre gobernador de provincia!

—Perdóname —se disculpó Sanjo—, soy una mujer ignorante y no sé mucho de ministros y señorías, pero puedo asegurarte que he visto a la esposa del lugarteniente del virrey de Kyushu dirigiéndose con todo su cortejo al templo de Kwannon en Kiyomizu, y ni el emperador tiene un cortejo igual. De manera que no me hagas callar...

Y siguió perorando con ambas manos sobre la frente. La comitiva del ama había decidido permanecer tres días en el lugar. Ukon no había pensado quedarse tanto tiempo, pero no solía despreciar las ocasiones que se le presentaban de conversar con conocidos y ahora concurrían, además, circunstancias muy especiales. Para darse este gusto, hizo saber a un sacerdote que conocía su súbito deseo de retirarse allí durante unos días. El clérigo sabía qué cosas solía pedir la mujer, pues había leído los rollos que colgaba de las lámparas votivas. Ukon se justificó en estos términos:

—Vine siempre aquí a rezar y a traer ofrendas pensando en Tamakazura, una gran dama de la familia Fujiwara cuyo rastro había perdido hace mucho tiempo. Hace poco se me ha informado acerca de su paradero y quiero dar las gracias a la divina Kwannon por ello.

—Me alegro de que nuestras plegarias de tantos años hayan sido al fin escuchadas —dijo el sacerdote.

Durante la noche prosiguieron los oficios hasta que amaneció. Al día siguiente todos se reunieron en la celda que el sacerdote había puesto a disposición de Ukon para su retiro y allí pudieron hablar a placer. Al fin contempló a sus anchas a la hija de Yugao: a pesar de su timidez y del humilde vestido de viaje que llevaba, Tamakazura era una dama de una belleza radiante que nada tenía que envidiar a nadie.

—Me ha sido dado conocer damas tan hermosas como muy pocos tienen la fortuna de contemplar —explicó Ukon—. En otras circunstancias tampoco yo hubiera tenido el privilegio de tratarlas, pero gozo de la confianza de la esposa del príncipe Genji y vivo en su palacio. Durante mucho tiempo creí que Murasaki, la esposa del canciller, no tenía rival, pero un buen día llegó a nuestra mansión una personita que podía ponerse a su lado sin parecer en absoluto inferior en méritos a ella. No me sorprendió, porque se trata de la única hija del canciller que promete convertirse en una belleza esplendorosa. ^[242] Su padre la protege y doy por seguro que llegará muy lejos. Mas he aquí que la dama que está entre nosotros no les cede un ápice en hermosura.

»En cierta ocasión oí decir al príncipe Genji que, de entre todas las damas que había conocido en la corte o en otros lugares desde los tiempos de su padre, la madre del emperador reinante ^[243] y la hija que tuvo en Akashi eran dos seres aparte. Nunca llegué a conocer a la emperatriz fallecida y, por tanto, no puedo opinar sobre ella. En cuanto a la niña, es muy joven aún y de momento sólo cabe imaginar lo hermosa que llegará a ser algún día. No habló entonces de Murasaki, pero me consta que, en el fondo de su corazón, la coloca por encima de todas ellas, tan por encima que ni siquiera se le ocurrió mencionarla. Además ella se encontraba delante mientras el canciller hacía estas observaciones y seguramente no

quiso herir su modestia. Más todavía: en alguna ocasión he oído como el príncipe le confesaba que se merecía un esposo mil veces mejor que él... Seguramente hablaba en broma.

»Siempre pensé que, en cuanto a belleza, formaban una pareja insuperable. Cuando los veía juntos, tenía la impresión de que mi vida se había alargado, y que en ninguna parte del mundo existían dos seres comparables a ellos. Y, sin embargo, ahora debo reconocer que me equivocaba, porque esta dama que nos acompaña está a la altura de ambos. No voy a cantar sus alabanzas con expresiones grandilocuentes como «el resplandor que emana de su rostro es más brillante que el halo dorado que rodea la cabeza de Buda Amida...» o algo parecido. Me limitaré a decir: «Observadla detenidamente, y no os defraudará.»

Mientras Ukon hablaba, sonreía a Tamakazura. La nodriza tomó entonces la palabra:

—Poco faltó para que tanta belleza se agostara en Kyushu. Como no podía soportar la idea, dejé atrás hijos, nueras, yernos y nietos, y la traje conmigo a la capital. Y la hubiese llevado a China de ser preciso. Ayúdala a llegar a un lugar mejor todavía. Tienes la suerte de estar en una de las mejores casas y de conocer a mucha gente importante. Considera la posibilidad de hacérselo saber a su padre para que la acoja entre sus hijos.

La dama aludida se sentía incómoda al oír aquellos discursos y no sabía dónde mirar.

—Tal vez has creído entender que tengo una influencia de la que lamentablemente carezco —se apresuró a añadir Ukon—, pero el canciller se digna dirigirme la palabra de vez en cuando, y, cuando en cierta ocasión le dije que me preguntaba qué habría sido de la hija de Yugao, me contestó que él también se lo preguntaba a veces. Incluso me pidió que le informara si llegaban a mis oídos noticias de ella.

—Lo comprendo —insistió la nodriza—. El canciller es sin duda un hombre muy gentil y educado, pero ya tiene un montón de damas bonitas a su alrededor. Me sentiría mejor si informaras directamente a su padre.

Entonces Ukon le contó la historia de la muerte de Yugao. —El príncipe Genji quedó muy afectado —le explicó—. Dijo que quería a la pequeña

para recordar a la madre. Lo dijo entonces y lo ha venido repitiendo durante años, y añadía que tenía tan pocos hijos propios que la acogería como una hija perdida y hallada. Cuando murió su madre, yo era joven e inexperta, y me dio miedo ponerme a buscarla. Reconocí el nombre de Shoni, tu marido, cuando le nombraron vicetesorero del virrey, e incluso le recuerdo cuando vino a despedirse de mi señor. Pensé que tal vez habrías dejado a la criatura en la casa en que te vi por última vez. ¡La idea de que hubiese podido pasar el resto de su vida en Kyushu me hace temblar!

Desde la ventana contemplaron las colas de peregrinos que llegaban al santuario y el curso del río Hatsuse. Ukon improvisó:

—De no haber ido yo al templo de los
dos cedros, nunca la habría encontrado junto
al viejo río.

»Me siento muy feliz...

Y Tamakazura contestó:

—Poco sé yo, me temo, del anciano río,
pero sí sé cómo fluyen las lágrimas de
alegría.

El llanto la hacía parecer más hermosa. Ukon no acababa de entender cómo la ruda existencia provinciana que se había visto obligada a soportar no había dejado señales en aquella joya perfecta. Recordaba a la madre de la dama, a la que tanto había amado: era una personita bella y bondadosa, pero con muy poco carácter. La hija casi parecía altiva y orgullosa en comparación, y había en ella algo misterioso que Ukon no era capaz de definir pero que sugería un espíritu profundo. Tal vez Kyushu no era como ella imaginaba, aunque los demás —la nodriza y sus hijos— parecían bastante pueblerinos. Al atardecer acudieron todos al santuario y pasaron el día siguiente entregados a la meditación, los oficios y las rogativas.

Aunque el viento de otoño soplaba frío y desapacible, no le prestaron atención porque tenían otras cuestiones de que ocuparse. Los de Kyushu habían dejado atrás su desesperación y no hacían sino hablar de To no

Chujo y de cómo había ayudado a hacer carrera en la corte a los hijos que había tenido de numerosas damas con independencia del rango de sus madres respectivas. Era como un sol generoso que no había negado la luz ni a la más insignificante de las hojas del bosque... Cuando llegó el momento de partir, Ukon y el ama intercambiaron sus direcciones antes de abandonar el templo para poder seguir en contacto.

II

En cuanto Ukon se encontró sola, se sintió presa del pánico. ¿Y si Tamakazura huía de ella como Yugao había huido de To no Chujo en otro tiempo? Cuando regresó al palacio que Genji acababa de estrenar, decidió que hablaría con el príncipe a la primera ocasión. Mientras su carruaje cruzaba la puerta, volvió a admirar una vez más las vastas dimensiones del conjunto, pero había tantos coches que entraban y salían al mismo tiempo que la mujer se preguntó si llegaría a su destino aquel mismo día.

Aquella noche nadie requirió sus servicios y la pasó dando vueltas en la cama. Al día siguiente el canciller la hizo llamar por su nombre, un gran honor teniendo en cuenta que muchísimas mujeres, jóvenes y viejas, algunas bastante más importantes que ella, habían llegado la noche anterior de sus vacaciones.

—Te has tomado unas vacaciones muy largas —le dijo Genji en cuanto la tuvo delante—. Pero has cambiado. Aquella actitud adusta y tristonca que siempre te había caracterizado ha dado paso a una expresión mucho más afable. ¿A qué se debe este cambio?

—Mi intención era pasar una semana fuera —le dijo la anciana—, pero ocurrió algo imprevisto en el templo de las colinas.

—Cuéntamelo —le ordenó él.

Ukon solicitó contar su historia a él y a Murasaki, y prometió regresar por la noche. Genji la dejó partir de mala gana, pero la criada cumplió su palabra y volvió a última hora de la tarde, cuando Genji y su esposa se encontraban reunidos en una estancia espaciosa generosamente iluminada para pasar juntos una velada tranquila. Murasaki, rodeada de sus principales azafatas, rondaba los treinta años pero parecía más hermosa que nunca. Ukon se dijo que en los días que había estado fuera de palacio, su señora había ganado en belleza, aunque seguía pensando que Tamakazura podía ponerse perfectamente a su lado. Genji le ordenó que le diera un masaje en las piernas.

—A las criadas jóvenes no les gusta hacerlo. Parece que ya estoy muy viejo —dijo, riendo, para sorpresa de la azafatas y sirvientas que estaban allí, pues todas hubiesen dado cualquier cosa para tener el honor de hacerlo.

—Incluso los vejesterios como yo debemos andar con cuidado para no despertar celos —siguió en broma Genji, mirando de reojo a su esposa—. Se dice que corremos peligro...

A continuación se dirigió a Ukon:

—Mientras me masajeas, cuéntenos quién es esa persona tan interesante que encontraste en las colinas...

—Por favor, señor... Alguien podría oírnos —dijo la mujer—. Encontré una dama que tiene algo que ver con cierta casita cubierta de flores de luna... ¿Te acuerdas? Las flores de luna tienen una vida muy breve... [244]

—Sí... Parece que recuerdo... ¿Dónde ha estado todo este tiempo?

La mujer no sabía por dónde empezar.

—Ha estado muy lejos de aquí. Algunas de las personas que cuidaron de ella en este lugar lejano siguen a su lado en la capital. Hablamos del pasado y nos pusimos muy tristes.

—No olvides que tu auditorio no sabe de qué va el asunto —le advirtió Genji.

—No te preocupes —se apresuró a decir Murasaki, haciendo como que se tapaba los oídos—, tu auditorio tiene demasiado sueño como para interesarse por tus cuentos.

—¿Es tan hermosa como su madre?

—Creía que eso era imposible, pero he de reconocer que casi la supera en belleza.

—¡Muy interesante! ¿Qué dirías si te pidiera que la compararas con mi esposa Murasaki?

—No sabría qué decir. Creo que sería ir demasiado lejos...

—Pero te veo muy convencida. ¿Se parece a mí? —dijo Genji de pronto, para sorpresa de Ukon.

Ignoraba que el príncipe estaba acariciando la idea de hacerla pasar por hija suya.

Al día siguiente el canciller llamó a Ukon y le dijo sin testigos:

—Quiero que la traigas aquí. ¡He pensado tantas veces en ella! Tus noticias me han llenado de alegría y siento profundamente que la perdiéramos hace tantísimo tiempo. No puedo tolerar que siga lejos de nosotros... En cuanto a To no Chujo, ¿por qué íbamos a contárselo a su padre? Tiene la casa llena de crios y me temo que la pobre damita sería relegada a un segundo plano indigno de ella. En cambio, yo tengo muy pocos hijos. Hasta el día de hoy sólo sé de una hija, nacida en un lugar remoto y en circunstancias muy especiales. Esta joven será nuestro tesoro secreto... Y todos los galanes de la capital rivalizarán por casarse con ella.

—Lo dejo todo a tu buen criterio, señor —respondió Ukon—. Si lo ha de saber su padre, eres tú quien debe decírselo. Sea como fuere, estoy convencida de que todo lo que hagas en beneficio de la progenie de la dama que murió de manera tan trágica servirá para aliviar el peso de sus pecados.

—El peso de *mis* pecados, querrás decir... —repitió el canciller—. Yo fui el culpable de la muerte de Yugao... He pensado mucho en aquella historia breve y triste. Ya ves cuántas damas tengo en mi casa, y a veces me pregunto si he sentido nunca por alguna de ellas la misma ternura, el mismo afecto que entonces sentí por tu ama Yugao. Me conoces lo suficiente como para saber que no soy hombre que olvide con facilidad. Durante todos estos

años el hecho de tenerte a mi lado y poder hablar de ella contigo de vez en cuando ha sido para mí un enorme consuelo. No, no la he olvidado en absoluto, y pensaré que todas mis preces han sido escuchadas si me traes a la niña para que viva con nosotros.

Genji decidió escribir a Tamakazura. Por un momento el recuerdo de su aventura con Suetsumuhana le turbó: a veces las mujeres que estimulan nuestra fantasía no son como nos las imaginamos. Claro que en el caso de la hija del príncipe Hitachi su educación había dejado mucho que desear. Estaba ansioso por ver cómo contestaría Tamakazura. La carta era muy afable, y al pie decía:

«En cuanto a mis razones para escribirte,

»Aunque aún no me conoces, al fin he dado contigo. Como los juncos que se aferran a la orilla del río Mishimae, soy muy porfiado.»

Ukon se encargó personalmente de llevar la carta a la dama y le explicó su entrevista con el príncipe. La misiva iba acompañada de numerosos vestidos que muy poco o nada tenían que ver con los que se llevaban en Kyushu, no sólo para la joven sino también para el ama y su familia. Genji había contado toda la historia a Murasaki y ambos recorrieron los almacenes de palacio eligiendo juntos los obsequios que creyeron más adecuados.

Y, sin embargo, Tamakazura no pareció alegrarse de las noticias: para que su gozo fuera completo, declaró, tenía que conocer a su padre y ser aceptada por él. Por otra parte, no tenía sentido ir a vivir a casa de un extraño cuando tenía su propia familia o, al menos, una parte de ella. Ukon, que tenía mejor opinión de Genji que de To no Chujo, procuró hacerla cambiar de idea:

—Puedes estar segura de que tu padre oír hablar de ti en cuanto estés acomodada, porque el vínculo entre el padre y el hijo no se rompe fácilmente. No soy nadie, y te encontré gracias a mis plegarias. No cabe

otra explicación. Esas cosas suceden; basta con vivir el tiempo suficiente para presenciarlas. Debes escribirle una respuesta.

Tamakazura era muy tímida y temía que cualquier respuesta que pudiera imaginar sonaría «provinciana». Al fin tomó papel chino perfumado y, con delicada caligrafía de trazos finos, escribió sólo esto:

«Hablas de los juncos de la orilla del río
Mishimae: si su corriente no los arrastra
hasta el mar inmenso, lo deben a sus raíces,
hundidas en el suelo.» [245]

La caligrafía resultaba bastante inmadura, pero ya denotaba carácter y un innato buen gusto. Genji se alegró y empezó a hacer los preparativos para la llegada de la muchacha. El problema residía ahora en dónde colocarla. Ya no había sitio en las alas del pabellón del sureste, que ocupaba Murasaki. Era la parte más espaciosa y noble del palacio y todos sus aposentos se usaban. Solía, además, estar muy frecuentada y la presencia de otra persona no sería pasada por alto. El pabellón del suroeste, destinado a Akikonomu, era mucho más tranquilo y apropiado, pero Genji no quería en modo alguno que Tamakazura fuera confundida con una de las azafatas de la emperatriz. Aunque algo oscura y alejada, podía disponer aún del ala occidental del pabellón del noreste, que hacía las veces de biblioteca. Se decidió por ella a falta de nada mejor, y mandó que los libros fueran trasladados a otra parte. No lejos de allí estaban los aposentos de Hanachirusato, pero ésta era una dama pacífica y de muy buen conformar, y podía llegar a ser una magnífica compañera de la recién llegada.

Cuando el canciller se decidió a contar detalladamente la historia de la dama de la casa de las flores de luna a Murasaki, su esposa lo riñó por habérsela mantenido oculta durante tantos años.

—Dime, amada mía —se defendió Genji—, ¿por qué iba a contarte todo eso sin motivo alguno? Te consta que tuve bastantes aventuras parecidas antes de conocerte, pero la de Yugao fue algo muy distinto, pues me marcó profundamente. Había oído narrar casos relativos a otros hombres que demostraban cuan fuerte y destructora puede resultar la pasión de una mujer

incluso en lo que en apariencia no pasa de ser una relación insignificante, pero nunca pensé que me tocaría vivir una experiencia tan terrible. Si te la explico ahora, lo hago en primer lugar porque tú significas mucho para mí, pero, por encima de todo, para que sepas quién es la dama que va a venir a instalarse en nuestro palacio y procures tratarla con afecto. Su madre, la pobre Yugao, no era ni la más inteligente ni la más cultivada de las mujeres que he conocido, pero era bonita y tenía algo realmente especial. En este mundo nadie es exactamente igual que otra persona. Creo que, de no haber muerto mi infortunada «flor de luna», habría hecho por ella tanto como me has visto hacer por la dama de Akashi.

—Me alegro por la hija de la dama de Akashi —dijo Murasaki en un tono algo irónico—. Así tendrá con quien entretenerse, aunque dudo mucho que nuestra futura huésped se le pueda comparar en nada...

Murasaki ya había «tomado posiciones» al lado de la joven cuya educación se le había confiado y a la que ya se había acostumbrado a mirar como una hija, y no estaba dispuesta a tolerar que otra viniera a discutirle su posición de privilegio en aquella casa. La «princesita», que se pasaba la vida en los aposentos de Murasaki, estaba jugando con sus muñecas no lejos de ambos, y al verla tan hermosa e inocente, Murasaki, cuya esterilidad había acabado generando en ella un extraño complejo de culpa, perdonó una vez más a su esposo el desliz que le había proporcionado aquella amiguita deliciosa.

Esta conversación tuvo lugar durante el noveno mes. El traslado de Tamakazura presentaba ciertas complicaciones, siendo la primera la necesidad de contar con un grupo de azafatas y sirvientas adecuadas que la atendieran. Incluso en Kyushu la nodriza había logrado hacerse con un puñado de muchachas y niñas para cuidarla, pues no era infrecuente que gentes arruinadas de la ciudad se trasladaran a la isla, y aceptaran ponerse a servir a la «nieta» del vicetesorero del virrey, pero la huida resultó tan precipitada que todas quedaron atrás. El primer paso consistió en llevar a Tamakazura y a sus «parientes de Kyushu» a casa de la familia de Ukon, en donde se instalaron provisionalmente y en secreto. En el décimo mes todo

estuvo ya a punto y se mudaron al palacio de la Sexta Avenida. Genji se había confiado a Hanachirusato:

—Una dama que amé hace mucho tiempo —le contó—, enfermó un día de melancolía, abandonó la corte y se fue a morir en un lugar remoto entre las colinas. Dejó en el mundo una hija que no conseguí encontrar hasta hace muy poco por más que durante largos años la busqué por todas partes. Sólo por casualidad me enteré de su paradero. Hoy es ya una joven crecida, aunque me temo que su educación deje mucho que desear. Espero que no sea demasiado tarde para pulirla... ¿Me dejas que la traiga aquí? Creo que sería excesivo pedirte que hicieras por ella lo mismo que has hecho por Yugiri y seguramente detectarás en sus maneras cosillas que te disgustarán, pero no hay que olvidar que la joven ha tenido la desgracia de crecer en el campo. No obstante, ayúdala en todo lo que puedas con tus consejos y te estaré siempre reconocido.

La dama le agradeció su confianza calurosamente:

—No podía ni soñar con una cosa igual... ¡Qué suerte has tenido! Debías de sentirte muy solo con una única hija...

—Su madre fue una damita afectuosa y gentil que la mala suerte me arrebató. Te agradezco tu interés...

—Estaré encantada. Y si es mayor, me dará tan poco trabajo...

Cuando sus demás mujeres recibieron la noticia, no reaccionaron con el mismo entusiasmo:

—¿Con qué va a salir ahora el señor canciller? Realmente es un auténtico coleccionista de damas...

La mudanza requirió tres carruajes, y Ukon dirigió los preparativos para disimular en lo posible ante los habitantes del palacio la rusticidad de la mayoría de las personas que iban a instalarse en él. Genji puso a su disposición rollos enteros de damasco y otras telas preciosas, y aquella misma noche fue a visitar a los recién llegados. Las mujeres de Kyushu habían oído hablar del «príncipe resplandeciente», pero lo consideraron siempre alguien muy fuera de su alcance, casi como si de un *bodhisattva* se tratase. No debe extrañarnos, pues, que cuando finalmente pudieron verlo a través de las telas que colgaban del *kichó* quedaran boquiabiertas —por no

decir, aterrorizadas— al comprobar que su resplandor sobrehumano dejaba en ridículo la luz de las linternas. Ukon le había hecho pasar y le guiaba por el aposento.

—Me resulta imposible atravesar esta puerta —dijo él, riendo, mientras tomaba asiento al otro lado del *kichó*— sin que el corazón se me desboque. Una iluminación suave y sugerente... Me han dicho que querías contemplar el rostro de tu padre. Pues ahí lo tienes.

Y levantó una de las telas que colgaban del *kichó* que los separaba. Tamakazura apartó la mirada, pero Genji pudo ver lo suficiente como para sentirse enormemente complacido.

—¿No podríamos tener un poco más de luz? —pidió el canciller, y Ukon despabiló una lámpara y se la acercó.

—Todos los comienzos son difíciles —prosiguió Genji—, pero algún día hay que empezar...

Tamakazura era bellísima y le recordó mucho a su madre.

—Durante este tiempo estuviste siempre presente en mis pensamientos —dijo a la dama— y, ahora que estamos juntos, todo me parece un sueño. (Le hablaba en tono íntimo como si fuese su padre.) Reconozco que me siento anonadado y no sé qué decir. (La emoción le embargaba, y se secó una lágrima mientras contaba los años que había durado la separación.) Ha sido una historia tan triste... No es frecuente que padres e hijos estén tanto tiempo separados y sin saber los unos de los otros... Háblame, por favor. Ya eres demasiado mayor para pretextar timidez, y tú y yo tenemos mucho que contarnos. No debes tratarme como a un extraño...

La dama no se atrevía a mirarlo. Al fin le respondió con un hilo de voz que a Genji le recordó mucho la de Yugao:

—Tenía tres años cuando se me llevaron. No podía tenerme de pie. A veces dudaba de si lo que me estaba sucediendo me ocurría de verdad o no...

Genji le sonrió: la respuesta no había estado mal.

—Muchos te han compadecido hasta el día de hoy, pero a partir de hoy nadie volverá a compadecerte. De eso me encargo yo.

Muy satisfecho con la recién llegada, el canciller se levantó de su asiento, dio unas cuantas instrucciones a Ukon y fue a contárselo todo a Murasaki.

—La pobre muchacha ha estado viviendo tanto tiempo en el campo que no me hubiese extrañado encontrarla un tanto rústica y aburrida, pero debo presentarle disculpas por mis temores... Te aseguro que la damita se puede presentar en todas partes, y resultará divertido observar el efecto que causa en nuestros amigos cuando empiecen a tratarla. Estoy pensando en el príncipe Hotaru, por ejemplo. Debemos hacer público que vive con nosotros... Durante los últimos tiempos hemos visto demasiadas caras adustas y solemnes a nuestro alrededor. Con Tamakazura todo va a cambiar, y muchos hombres que vienen a visitarnos regularmente saldrán de nuestro palacio temblando de fiebre...

—¡Eres el más extraño de los «padres»! —le recriminó su esposa—. Acabas de recuperar a tu «hija» y la primera cosa en la que piensas es en utilizarla como cebo para volver locos a los más libertinos de entre tus amigos... ¡Me parece sencillamente monstruoso!

—Si se me hubiese ocurrido hace unos cuantos años —dijo él, bromeando—, te habría utilizado a ti con el mismo propósito. Pero creo que no me equivoqué guardándote para mí solo.

Murasaki se sonrojó, y el arrebol de sus mejillas la hizo parecer mucho más joven. Mientras tanto Genji había echado mano del tintero y estaba escribiendo un poema que decía así:

«Sólo eso tenemos en común: ambos
lloramos a la misma persona. ¿Qué extrañas
circunstancias han puesto la diadema
preciosa de la muerta en mis manos? [246]

»Aquella historia me afectó profundamente...»

Al leer lo que Genji había escrito, Murasaki tuvo la certeza de que Yugao había significado para su esposo mucho más de lo que ella pensaba o él nunca le dio a entender. El canciller ordenó a Yugiri que fuera muy afectuoso con la «nueva» dama.

—No es que yo importe mucho aquí —dijo Yugiri solemnemente al ser presentado a la joven—, pero creo que soy la *primera persona* que deberías haber visitado. ^[247] Te ruego que me perdones por no haber estado entre los que salieron a recibirte.

La situación resultó francamente embarazosa para ambos, pero el muchacho le puso fin despidiéndose precipitadamente.

Mientras vivía en Kyushu, la dama consideró su morada el summum del lujo y de la elegancia, pero, cuando empezó a familiarizarse con el palacio de la Sexta Avenida, advirtió que la casa del vicetesorero del virrey había dejado mucho que desear. Aquí todo era infinitamente más elegante y a la última moda, y Tamakazura pasó a ser considerada un miembro más de la familia con los mismos derechos que los demás. Incluso la pobre Sanjo se dio cuenta de que el gobernador de Yamato o el hombretón de Higo que porfiaba tanto por unirse a la dama, de cuya candidatura había sido antes firme defensora, eran muy poca cosa comparados con el canciller y los suyos. La joven y el ama se sentían profundamente agradecidas a Bugo no Suke, gracias al cual lo imposible se había hecho posible. Genji eligió a los servidores de Tamakazura con mucho cuidado, porque quería que no tuviera queja de nada y no dudó en poner entre ellos a Bugo. Aunque en circunstancias distintas el hijo mayor de Shoni y la nodriza no hubiese sido aceptado en un palacio como aquél, la fidelidad que había demostrado hacia la joven —un hermano no se hubiese portado mejor— compensaba generosamente sus deficiencias, y lo que no sabía lo aprendería en poco tiempo. Bugo se dio cuenta de que se le había hecho un gran honor y se prometió estar a la altura de las circunstancias.

Resultaba asombroso cuánta atención ponía Genji en los detalles más nimios de la vida cotidiana. Cuando empezó a acercarse el año nuevo, se puso a distribuir tejidos para la confección de los atuendos de gala, y todas las damas fueron tratadas con la misma generosidad. Aunque Tamakazura había resultado sorprendentemente avispada, Genji temía que su educación provinciana pudiera notarse en algún detalle de su indumentaria de gusto dudoso, y la aconsejó minuciosamente en materia de colores y cortes para

que las modistas le prepararan un vestuario que hiciera resaltar sus encantos.

—No quiero que nadie envidie a nadie —dijo a Murasaki—. Debemos repartir los tejidos y obsequios de manera que nadie tenga motivos para sentirse tratado peor que los demás.

El canciller ordenó que expusiesen delante de él lo mejor que se guardaba en sus almacenes y Murasaki contribuyó a la exposición sacando de sus baúles prendas maravillosas que Genji le había ido regalando a lo largo de los años. Aquella dama tenía un talento especial para estas cosas y no había mujer en el mundo capaz de elegir los tonos de las sedas y las hechuras de los *uchikis* con mejor acierto. Genji fue examinando todas y cada una de las prendas, y las que más le llamaban la atención —ésta por su color granate encendido, aquélla por su delicadísimo estampado o su combinación de tonos—, las colocaba aparte. Con la ayuda de unas cuantas servidoras expertas las distribuyó luego entre varias cajas. También Murasaki estaba presente y contribuía a la difícil tarea con sus consejos.

—A veces resulta difícil escoger la prenda apropiada—le dijo—. Hay que tener siempre presente la dama que lo ha de llevar. No hay cosa peor que cuando el atuendo no se adecúa a la mujer que lo viste.

—¿De modo que todo es una cuestión de frío razonamiento?— dijo Genji sonriendo—. Entonces ¿qué ropas elegirías para ti misma?

—Dudo que el espejo sea aquí y ahora el mejor consejero posible —contestó Murasaki, bajando los ojos con coquetería.

Genji entendió que su esposa quería que fuera él quien se encargara de mostrarle sus preferencias y eligió para ella una túnica de color púrpura forrada de amarillo y un *uchiki* añil con un bellissimo estampado en tonos rojizos de flores de ciruelo. Para la niña de Akashi apartó una túnica blanca forrada de rojo y un *uchiki* de gasa brillante. Pensando en Hanachirusato puso en otra caja una túnica de color azul oscuro con un estampado de caracoles de mar y un *uchiki* carmesí muy brillante. Cuando le llegó el turno a la dama «nueva», el canciller seleccionó una túnica de brillante amarillo y un *uchiki* marrón claro forrado de rojo. ^[248] Aunque Murasaki fingía estar pensando en otras cosas, se estaba preguntando cómo sería la

dama desconocida que iba a recibir aquellas prendas. Seguramente se parecía a su padre To no Chujo, un hombre ciertamente muy hermoso pero un poco rudo. Genji se dio cuenta de que estaba inquieta.

—Es injusto establecer comparaciones entre las damas a partir de su atuendo —le dijo—. El vestido puede ayudar hasta cierto punto, e incluso la dama menos agraciada tiene algún mérito.

Y mientras hablaba de «la dama menos agraciada», eligió una túnica blanca forrada de verde y decorada con viñetas chinas para Suetsumuhana. No se quedó sin ropas nuevas la dama de Akashi: a ella le tocó un *uchiki* de seda china blanca profusamente bordado con pájaros y mariposas revoloteando alrededor de ramas de ciruelo y una túnica brillante de color púrpura oscuro. A Murasaki le pareció excesivo. El príncipe pensó también en Utsusemi, que había tomado los hábitos, y apartó para ella una túnica de color gris azulado, una camisa amarilla que había sido suya y un *uchiki* de color espliego. A continuación ordenó que todas las damas y sus azafatas se vistiesen de gala, porque sentía curiosidad por saber si habría logrado que las prendas elegidas para cada una de ellas se adecuasen a sus gracias y personalidades.

Las damas se esforzaron mucho a la hora de escribirle y darle las gracias y no faltaron obsequios para los mensajeros. Quizás Suetsumuhana, que seguía viviendo en el pabellón oriental de Nijo, se sintió un poco frustrada, pero no quiso ser menos que las demás. Para demostrar su «clase», regaló al mensajero una túnica (femenina) amarilla muy descolorida, sobre todo en las mangas, y escribió su nota en un papel (también amarillo por lo viejo) profusamente perfumado. Decía así:

«Tus regalos me dejan siempre muy triste...

»Si me lo pongo, te odiaré profundamente... De buena gana te devolvería la túnica china con las mangas empapadas en lágrimas.»

La caligrafía era tan pasada de moda como siempre, pero Genji leyó una y otra vez el poema sin dejar de sonreír, mientras Murasaki se preguntaba

qué pudo ver algún día en aquella pobre mujer. El mensajero salió huyendo porque no quería que el canciller se burlase también del regalo que había recibido. Sea como fuere, la historia corrió y las mujeres la celebraron con risas y comentarios. La princesa huérfana de la nariz colorada, tan rabiosamente conservadora en sus modales y reacciones, podía resultar un personaje de lo más absurdo.

—Una dama tan elegante como cortés... —dijo Genji—. Lástima que su estilo anticuado no sea capaz de librarse de las consabidas referencias a las «túnicas chinas» y a las «mangas empapadas». También yo me considero un poco anticuado y he de admirar a regañadientes su tenacísima fidelidad. Su estilo es de los que no dejan nunca de referirse a «la augusta compañía» si hay alguien de la familia imperial cerca, y, cuando el poema es de tipo sentimental, nunca falta la palabreja «inconstancia» para redondear el número de sílabas... (El canciller no dejaba de sonreír mientras hablaba.) Esos poetas de ocasión se leen de cabo a rabo todos los manuales que les salen al paso y se esfuerzan por memorizar cuanto pueden. Luego, cuando les toca componer, aprovechan algo de aquí y algo de allá, de manera que el resultado carece por completo de originalidad. En cierta ocasión me mostró el libro de instrucciones de su padre, una obrita íntegramente dedicada a ilustrar al lector sobre los «errores a evitar». Un tanto intimidado por tantas reglas, se lo devolví, pensando que si el príncipe Hitachi era hombre de tanta erudición y destreza poética como suele decirse, no dejó al morir nada memorable.

Murasaki notó que Genji parecía demasiado excitado, y le dijo:

—¿Y por qué no lo hiciste copiar antes de devolvérselo? Hubiésemos podido darle una copia a nuestra niña. También yo tuve en tiempos manuales de poesía, pero me temo que se los han comido las polillas. Debo confesar que nunca fui una buena estudiosa del «arte poética».

—Poco habrían contribuido a la educación de nuestra princesita —repuso Genji—. No es bueno que las niñas sean demasiado eruditas. No defiende la ignorancia del sexo femenino, pero no es malo dosificarle los conocimientos...

No tenía ganas de contestar al poema de Suetsumuhana, pero su esposa le indicó que debía hacerlo:

—La dama habla de devolverte tu regalo, de manera que deberías enviarle algo *a cambio* de sus versos.

Genji, que era hombre amable, estuvo de acuerdo y le garrapateó esta respuesta:

«En lugar de devolver la túnica, dale la vuelta y duerme con ella puesta. Tal vez sueñes así algo placentero, y te sientas menos sola.» [249]

Capítulo 23 El primer trino

El día de año nuevo amaneció esplendoroso sin ni una sola nube a la vista. En todos los jardines, de los más humildes a los más sofisticados, la hierba verde empezaba a apuntar sobre las grandes manchas blancas de nieve y las copas de los árboles aparecían envueltas en una bruma que presagiaba la pronta llegada de la primavera. Los parques y avenidas del palacio de la Sexta Avenida resplandecían con sus senderuelos que parecían cubiertos de polvo de jade, sus bosquecillos y sus lagos. Lo mismo puede decirse de los pabellones de las damas, en los que todos y cada uno de los detalles habían sido cuidados con el máximo rigor.

El jardín del pabellón del sureste, ocupado por Murasaki, era entonces el más hermoso de todos. El perfume de las flores del ciruelo, transportado

en alas de la brisa y mezclándose con el olor de los inciensos que se quemaban en el interior de las estancias, hacía pensar que el paraíso de Buda había descendido a la tierra. Aunque Murasaki tenía sus quebraderos de cabeza, vivía en paz y tranquilidad. Había asignado las más bonitas y jóvenes de sus mujeres al servicio de la hija de Genji y de la dama de Akashi, reservándose para sí azafatas más maduras y de belleza más serena que dominaban a la perfección todos los secretos del arte de vestirse y arreglarse.

El tercer día del año se habían reunido formando pequeños grupos y consumían los pastelillos de rábano y naranja propios de aquella festividad, recitándose las unas a las otras poemas de buen augurio como aquel que dice «que por mil años podamos vivir bajo tu sombra» entre risas y bromas. Cuando menos lo esperaban, entró Genji y las sorprendió «con las fajas desatadas», por decirlo de algún modo, de manera que todas procuraron poner en orden sus vestiduras para ofrecer el mejor aspecto posible.

—¿Todas esas felicitaciones son para mí? —preguntó sonriendo: parecía la encarnación de la alegría que el año nuevo trae consigo—. Ahora decidme qué deseáis para vosotras.

Chujo, una de sus azafatas que había cedido a Murasaki cuando se exilió, le respondió:

—El pastel de año nuevo nos ha asegurado ya que vivirás mil años. ¿Qué más puedo desear para mí?

Durante toda la mañana llegaron y se fueron un sinfín de visitas a la mansión de la Sexta Avenida. Genji se vistió con suma elegancia para ir a ver a sus damas. Una vez concluida la ceremonia del atavío, resultaba imposible cansarse de mirarlo.

—Tus mujeres se lo estaban pasando tan bien que me han dado envidia —confesó a Murasaki—. Dedicuémonos ahora un poema de felicitación el uno al otro.

E improvisó estos versos:

—El espejo de este lago, libre ya del
hielo, nos devuelve nuestras propias

imágenes gozosas y brillantes.

Y ella respondió:

—Sobre la superficie sin nubes de este lago de cristal, se refleja la imagen de diez mil años de felicidad futura.

Todo en la escena parecía poner de manifiesto un vínculo afortunado que iba a subsistir durante toda una eternidad... Y aquel año el día de año nuevo había coincidido precisamente con el de la Rata. [250]

Luego fue a la estancia de su hija. Los pajes y damitas de honor que la atendían habían salido al jardín a arrancar pinos enanos, [251] una ocupación propia de aquellas fiestas que entusiasmaba a la juventud. El tiempo era demasiado agradable como para permanecer entre cuatro paredes. La dama de Akashi había enviado pasteles y golosinas en las que llamaban «cestas barbudas», porque parecían a medio tejer. También le envió un ruiseñor artificial sobre una rama de pino con este poema:

«Durante muchos meses unos ojos cansados no han dejado de contemplar el pino enano, a la espera de oír el primer trino del ruiseñor primaveral.» [252]

Al leer el poema, el príncipe hubo de reconocer que eran días muy tristes para la madre de su hija, y, aunque parece de mal augurio llorar por año nuevo, no pudo reprimir las lágrimas.

—Respóndele tú —dijo a su hija, acercándole tinta y papel—. No puedes negarle la gracia del primer trino del año...

La niña era tan hermosa que resultaba imposible tenerla al lado y no sonreír. Al verla en aquellas circunstancias tan especiales, su padre no pudo evitar sentirse culpable por todos los años que había mantenido separadas a la madre y a la hija. La niña escribió lo primero que le pasó por la cabeza:

«Aunque el ruiseñor dejó su nido hace muchos años, no ha olvidado jamás las raíces

del pino que lo está esperando.»

A continuación Genji se dirigió al pabellón de estío que ocupaba Hanachirusato. Nada había aún en su jardín que llamase la atención — todavía faltaban meses para que floreciera—, pero resultaba discreto y elegante. A pesar del paso de los años, Genji y la dama de los naranjos en flor seguían entendiéndose muy bien. Se trataba de una amistad cómplice que ninguno de los dos quería que cambiase y, cuando conversaban, lo hacían de un modo fluido y sincero que muy pocos matrimonios serían capaces de imitar. El apartó un poco la cortina que los separaba y observó que la túnica azul que le había regalado le sentaba muy bien. La cabellera de la dama era menos espesa de lo que fue en tiempos y Genji pensó que le aconsejaría, a través de alguna de sus azafatas, que usase un postizo que no llamase demasiado la atención. Estaba seguro de que ningún otro hombre se había portado con ella tan bien como él, y esta convicción le hacía sentirse orgulloso. ¡Qué vida más infeliz le hubiese tocado en suerte a la pobre dama de haber ido las cosas de otra manera! Siempre que estaban juntos, se admiraba Genji de su insólita «fidelidad dentro de la infidelidad» así como del «buen conformar» de Hanachirusato. Eran, a su manera, una pareja perfecta. Hablaron un buen rato de lo sucedido en el año que acababa de concluir, y luego Genji se despidió para ir a visitar a Tamakazura.

Aunque no estaba completamente instalada en sus aposentos, todo lo que la rodeaba era de muy buen gusto. Contaba con una servidumbre numerosa de mujeres y niñas, y, aunque todavía faltaban detalles de decoración, las estancias a ella asignadas se caracterizaban ya por su dignidad y limpieza. Pero lo más admirable de todo era la elegancia de su ocupante. El resplandor de su atuendo amarillo llenaba el apartamento de luz como un llama encendida y hacía desaparecer las sombras de todos los rincones. A diferencia de la dama que acababa de visitar, todo en ella resultaba extraordinario. Incluso su cabellera, que la joven había recortado un poco (quizás como consecuencia de algún voto), fluyendo como riachuelos de tinta por encima de su uchiki, le otorgaba una gracilidad de movimientos absolutamente encantadora. ¿Qué habría sido de ella si no la

hubiese traído a su palacio?, se preguntó, pensando ya en hacer algunos cambios. Como se había reservado el papel de padre, podía contemplarla a su gusto mientras iba de un lado a otro por la habitación. [253] De todos modos notó que la muchacha se mostraba un tanto recelosa y evitaba toda muestra de confianza. Debía reconocer que era una situación extraña que recordaba vagamente un sueño y que interesó y divirtió no poco al canciller.

—Se diría que has estado viviendo entre nosotros durante años —le dijo—. Estoy seguro de que nunca te arrepentirás de haber venido. Espero sinceramente que tú te sientas también como en tu casa y sólo lamento que no visites a Murasaki. Confío que en el futuro hagas también uso de sus aposentos como si fuesen una prolongación de los tuyos... Además allí vive una niña encantadora a la que podrías ayudar mucho... ¿Por qué no le das lecciones de música? No debes temer que nadie te diga nada desagradable o poco cortés...

—Haré lo que me dices... — le contestó ella, y por el tono de su voz se veía que pensaba obedecerlo.

Al caer la tarde el canciller fue a visitar a la dama de Akashi que vivía en el pabellón del noroeste. Cuando se acercaba, le recibió una nube de perfume que atravesaba las persianas e indicaba un gusto refinadísimo. Pero ¿dónde estaba la dama? Encontró la estancia vacía y sólo pudo ver cuadernos y recado de escribir diverso diseminados por el suelo, que Genji examinó con mucho interés. También había un koto magnífico apoyado en un cojín de damasco chino y en un brasero había estado ardiendo incienso del que llaman «el favorito del cortesano», cuyo olor, mezclándose con el de almizcle que dominaba en la estancia, daba lugar a aquel perfume delicioso que le había salido a recibir. Se puso a examinar los ejercicios de caligrafía y enseguida llegó a la conclusión de que era realmente soberbia y muy personal. La cursiva de la dama destacaba por lo natural sin traza alguna de pretensiones exageradas. Entre los papeles estaba la carta de la niña con el poema sobre el ruiseñor. Tal vez habían sido aquellos versos la causa de que la madre se pusiera a hacer ejercicios literarios... Genji descubrió un poema de la dama que decía:

«¡Qué felicidad! El ruiseñor entre las flores llama a través de los campos a la puerta del que en tiempos fue su viejo nido.»

Y había añadido una cita poética:

«¡He estado esperando durante tanto tiempo! *Vivo sobre una colina de ciruelos en flor...*»

Genji reaccionó con una sonrisa radiante. Acababa de coger un pincel para escribir algo por su cuenta cuando la dama entró en la estancia y el príncipe hubo de reconocer al contemplarla que el lujo no había influido en su modestia y natural compostura. Entre todas sus mujeres, la dama de Akashi seguía siendo «distinta» y él también la amaba de una forma «distinta». Sus trenzas oscuras, no demasiado gruesas, destacaban sobre su indumentaria blanca. Genji decidió pasar la noche con ella, aunque ello pudiera desatar ataques de celos en otros pabellones. No se equivocaba: las mujeres de Murasaki intercambiaron comentarios muy duros sobre su conducta.

La dejó antes del amanecer. La dama de Akashi pensó que hubiese podido permanecer un poco más a su lado. En el pabellón del sureste se le recibió con extrema frialdad.

—Me quedé dormido como un niño en un rincón del parque y nadie acudió a despertarme —se excusó mientras se acostaba junto a Murasaki, que, muerta de celos, fingía dormir.

No se levantó hasta que el sol estuvo en su cénit y, gracias al hecho de que no cesaron de llegar visitas de año nuevo durante todo el día, pudo evitar una confrontación con su esposa. Acudió toda la corte y hubo música e intercambio de regalos. Todos los visitantes procuraron presentarse bajo su mejor aspecto, aunque ninguno de ellos podía competir con su huésped. Al lado del canciller los mejor ataviados parecían personalidades mediocres. Incluso los ciudadanos más humildes se sintieron sobrecogidos por tanta belleza al entrar en el palacio nuevo de la Sexta Avenida, y ¿qué decir del efecto que produjo Tamakazura sobre los jóvenes? Todo parecía infinitamente mejor que en años anteriores.

Una suave brisa arrancaba el perfume de las flores y muy en especial del ciruelo que crecía junto a la galería y que estaba empezando a florecer. Se cantaron canciones y, entre ellas, la de «la casa nueva», y Genji unió su voz a las de los demás cantantes. La estrofa final (que contiene la palabra *Sakigusá*) ^[254]sonó especialmente bien, clavándose en todos los corazones. Mientras tanto las otras damas de la casa, ocultas tras sus *kichós*, oían poco más que un rumor confuso de pezuñas de caballos y ruedas de carruajes, y se sentían excluidas del paraíso como los más indignos de entre los iluminados que, aunque les es dado renacer en el paraíso, se ven obligados a morar en el interior de un loto de pétalos cerrados. Su vida en palacio era bastante monótona, pero nada les faltaba y todas coincidían en que hubiera parecido muy fuera de lugar quejarse. A pesar de que se sentían un poco abandonadas y hubiesen preferido tomar parte más activa en la vida de palacio, sus existencias discurrían plácidas y seguras. La monja podía rezar y la poetisa aficionada entregarse a sus ejercicios literarios sin que nadie las molestara.

Cuando hubieron pasado aquellos días, Genji siguió haciendo sus visitas. Le tocó el turno ahora a Suetsumuhana, que no dejaba de ser una princesa. Su cabellera había sido su principal —por no decir único— atractivo cuando era joven, y ahora era de un blanco sucio. De su perfil, mejor no hablar, y sus pobres dientes castañeteaban de frío como si no llevara ropa interior. Cuando Genji se presentó en sus aposentos, la mujer retiró la mirada. Iba muy mal vestida y, sin embargo, la flor del azafranillo que tenía por nariz ardía como en sus mejores tiempos y habría podido divisarse a través de la niebla más espesa. El príncipe suspiró profundamente y arregló las cortinas sin que ella adivinara las razones de su actitud y proceder. La dama no pudo evitar darle a entender la alegría que la visita le producía: si Genji la visitaba, era porque Genji seguía pensando en ella. El príncipe se sintió emocionado ante aquella veneración casi sobrehumana. ¡Pobre infeliz! *Debía* hacer algo por ella de vez en cuando. También ella era un caso «especial». Silenciosa como siempre, se hubiera dicho que el frío del invierno le había congelado la voz.

—¿Quién se ocupa de tu guardarropa? —le dijo él—. Tu vida aquí es completamente informal y, en consecuencia, deberías vestir informalmente. No creo que lo que llevas encima te favorezca mucho ni que te caliente... Este *uchiki*, por ejemplo: si no puedes prescindir de él, llévalo al menos sobre una túnica de un color complementario... No puedes vestirte de cintura para arriba de un modo y de cintura para abajo de otro... ¡Es absurdo!

—Tengo que ocuparme de mi hermano, el clérigo de Daigo —dijo ella con una risita breve y forzada—, y me falta tiempo para pensar en mis propios vestidos. Los más calientes se los llevó él porque yo se lo exigí. Una capa de martas cebellinas, por ejemplo.

Genji imaginó al hermano de la dama con una inmensa nariz colorada sobresaliendo de una capa de piel de marta. La inocencia es una gran virtud pero la de Suetsumuhana rayaba en la tontería. De todos modos, cuando se encontraba junto a ella se sentía muy cómodo porque podía prescindir de toda afectación.

—Creo que obraste muy bien regalándole tus martas —le dijo—. En las montañas llueve mucho y aquella capa resultará un magnífico impermeable. ¿Pero y tú? Necesitas ropa interior. Debes ponerte encima siete u ocho *uchikis* si no quieres caer enferma. Si no los tienes, me los pides. A veces me olvido de ciertas cosas, pero tú tienes la obligación de recordármelas.

En cuanto salió de su apartamento hizo traer para ella sedas lisas y estampadas de los almacenes de Nijo. ^[255] La casa de Nijo seguía funcionando, pero, desde que él se había mudado a su nuevo palacio, el servicio no era tan eficiente. Y, sin embargo, los jardines estaban muy bien cuidados. Era una auténtica lástima que no viviera nadie allí capaz de apreciar la belleza de las flores rosadas que estaba echando el viejo ciruelo. El príncipe improvisó:

—Me paré para mirar los jardines de mi antigua casa, y las flores que allí vi me recordaron la flor del azafranillo.

Recitó el poema en voz muy baja de modo que nadie le oyera.

Siguiendo su recorrido, fue a ver a Utsusemi. Ahora que había abandonado el mundo, aquella dama refinada y culta vivía modestamente en una habitación desnuda sólo adornada con imágenes sagradas, aunque tanto los rollos como los utensilios de culto que tenía evidenciaban muy buen gusto. Su forma de vida recogida y austera le conmovió. La dama le recibió detrás de un *kichó* de cortinas grises, a través de las cuales se veían las mangas bien cortadas de la túnica que él le había enviado.

—Supongo que hubiese debido contentarme con verte desde lejos —le dijo con lágrimas en los ojos—. Nuestra relación nunca ha sido fácil, pero rezo a Buda para que no se interrumpa jamás.

—Por alguna razón que desconocemos, existe un vínculo muy fuerte entre nosotros dos —le respondió ella, profundamente conmovida—. En caso contrario, yo no habría puesto jamás mi confianza en ti.

—Me atrevería a decir que más de un enamorado hubo de sufrir en tiempos tanto como me tocó sufrir a mi después —le dijo Genji—, y Buda te ha condenado a esa vida de penitencia por todos los corazones que has destrozado. ¡Y cuánto debieron de sufrir los otros si les tocó vivir una experiencia como la mía! Supongo que ya te has dado cuenta de que no todos los hombres son tan honestos como yo.

Utsusemi no fue capaz de mirarle a los ojos. Sabía que Genji se estaba refiriendo al acoso de que fue objeto por parte de su hijastro, y, aunque no tenía remordimientos de conciencia porque sabía que no había cedido nunca a las poco decentes exigencias de Ki no Kami, ignoraba qué habladurías podían haber llegado a oídos de Genji.

—Mi penitencia consiste en mostrarme a ti tal como soy y que puedas seguir viéndome así hasta el final —le dijo ella.

Utsusemi parecía más tranquila y serena que antes, y el hecho de que se hubiese hecho monja hizo sentir al canciller la necesidad de mantenerla siempre a su lado aunque no quería hablarle de ello aún. Trataron de generalidades, pero Genji, recordando su reciente visita a Suetsumuhana, apreció más que nunca el placer de estar con una mujer que dominaba el arte de la conversación.

Todavía visitó a algunas damas más y lo hizo sin pompa ni solemnidades innecesarias, dirigiéndose a cada una de ellas con la máxima cortesía porque las apreciaba a todas, aunque a cada cual a su modo.

—Por más que a veces pueda parecer desmemoriado y negligente —se excusó ante todas y cada una de ellas—, no te he olvidado ni te olvidaré nunca. Pero la vida humana esté rodeada de incertidumbres y tarde o temprano llegará la hora del adiós definitivo.

El día catorce salieron según costumbre los comparsas de la Otokotoka a cantar y bailar por los palacios. Empezaron en el palacio imperial, y de éste pasaron al del ex emperador Suzaku (sin olvidar los aposentos de su madre, la anciana Kokiden), para concluir en el de la Sexta Avenida. Como el camino era largo, llegaron a la mansión de Genji después del crepúsculo. La luna dominaba un cielo sin nubes mientras que una leve nevada había puesto en el jardín un delicado toque fantástico. Aunque era un tiempo en el que no faltaban los buenos músicos, los elegidos intentaron superarse a sí mismos empezando por los flautistas al pensar que serían juzgados por un hombre tan entendido como el canciller. Genji había invitado a todas las damas de su casa a gozar del espectáculo y las melodías, de manera que las alas este y oeste y todas las galerías estaban atestadas de mujeres vestidas con sus mejores galas. Tamakazura fue especialmente invitada a contemplarlo junto a la niña de Akashi, mientras Murasaki lo observaba detrás de una cortina.

Aunque la tradición sólo exigía que se invitase a los comparsas a un ligero refrigerio, Genji había hecho preparar un gran banquete. Mientras comían y bebían, el viento empezó a soplar a través de los pinos. La indumentaria de suaves verdes, amarillos y blancos de los coristas y danzarines, así como sus gorros adornados con flores artificiales, otorgaban una gracia especial a la escena del jardín manchado por la nieve, y la belleza del conjunto hacía pensar a los afortunados que la contemplaban que seguramente su vida sería más larga por haber sido testigos de tanta hermosura. Entre los comparsas destacaban por su gracia y apostura Yugiri y Kashiwagi, hijo mayor de Tono Chujo. Cuando empezó a amanecer, volvió a nevar y, mientras se interpretaba la canción clásica del «Río de los

bambúes», el aire refrescó notablemente. Reconozco que quisiera pintar mejor la escena, pero me temo que mis esfuerzos no me llevarán muy lejos, de modo que prefiero dejarlo aquí.

Las mujeres de la mansión rivalizaban entre sí en la decoración de sus «palcos». Mangas y chales de colores brillantes colgaban por doquier de las galerías, y se entreveían soberbios vestidos de año nuevo cada vez que las grandes damas apartaban las cortinas del *kichó* para coger un abanico caído o hacer alguna indicación a sus criadas. Parecían un prado lleno de flores espléndidas medio oculto por una bruma de primavera. Resulta difícil imaginar un espectáculo más mágico y encantador. No faltaba un toque de belleza salvaje en los turbantes adornados de flores de los danzarines y, cuando entonaron el último número, la magia de la celebración alcanzó su punto culminante aunque se trataba de una canción disparatada y sin sentido alguno. Todos los presentes aprovecharon el momento para intercambiar felicitaciones y abrazos. Bien entrado el día, los comparsas se fueron cargados de regalos debidos a la generosidad de Genji, las damas se retiraron a descansar y el canciller dio las últimas instrucciones al servicio y se retiró también.

—Quizás Yugiri ha cantado algo peor que Kobai ^[256] —dijo Genji a Murasaki—, pero *muy poco*. Vivimos una época de músicos espléndidos. Tal vez antes hubo mejores eruditos y el saber alcanzó cimas hoy desconocidas, pero las artes amables se encuentran en uno de sus mejores momentos. En cuanto a Yugiri, siempre quise hacer de él un funcionario serio y evitar que dilapidase sus años mozos en frivolidades y tonterías... como hice yo. Pero el exceso de austeridad también es malo y no me parece criticable que participe de vez en cuando en espectáculos festivos como éste.

Orgullosa de la intervención de su hijo, se puso a canturrear «La alegría de las diez mil fuentes», canción con la que los comparsas se habían despedido.

—Tenemos que organizar un concierto para nosotros solos —dijo, ilusionado como un niño—. Nuestro Otokotoka particular.

Al día siguiente tomó las disposiciones oportunas para ello, y los instrumentos de cuerda que guardaba en su palacio como auténticos tesoros fueron sacados de sus magníficas fundas de seda, desempolvados y afinados mientras las damas empezaban a practicar para estar a la altura de lo que de ellas se esperaba.

Capítulo 24 Mariposas

A fines del tercer mes, cuando en otras partes del palacio los huertos y jardines de las damas no estaban ya en su apogeo y el canto de los pájaros silvestres había perdido gran parte de su frescura, el jardín de primavera de Murasaki parecía cada día más hermoso. Genji lamentaba que las mujeres jóvenes sólo pudieran admirar de lejos el musgo que recubría la isla, cada vez más verde, de modo que encargó a sus artesanos una flotilla de botes de placer chinos, y el día que fueron estrenados llamó a un grupo de músicos para que interpretaran melodías acuáticas. Príncipes y cortesanos de alto rango concurren al acto.

Akikonomu estaba en el palacio de la Sexta Avenida. Había llegado el momento, pensó Murasaki, de preparar una respuesta adecuada al poema que la emperatriz le enviara sobre el jardín que «espera a la primavera». Hubiese valido la pena mostrar el esplendor floral a la emperatriz pero, dada su posición, no cabía hacerla acudir en persona. En cambio, numerosas azafatas y servidoras jóvenes que la atendían fueron invitadas a un paseo en bote que las llevó hasta el lago del sur, que se extendía desde el pabellón del suroeste al del sureste, ocupado por Murasaki, estando ambos

separados por una colina. Las mujeres de Murasaki se instalaron en el pabellón de los Pescadores que se encontraba entre los otros dos.

Los botes, cuyas formas imitaban el dragón y el fénix, habían sido ricamente ornamentados a la manera china y los pajecitos que hacían las veces de remeros o de timoneles llevaban el cabello recogido a la manera china e indumentarias exóticas que evocaban los fastos de aquel país. Las mujeres fueron invitadas a embarcar, y, a continuación, con ellas a bordo, los botes pasaron por debajo de un puente de rocas colgantes que había en la isla. El espectáculo parecía un cuadro. Las ramas de los árboles se mecían envueltas en una sutil bruma que recordaba una gasa bordada de oro. A lo lejos, en los jardines de Murasaki, un sauce dejaba colgar displicentemente sus ramas recubiertas de hojitas verde oscuro mientras los cerezos floridos eran un auténtico estallido de sensualidad gracias al color blanco de sus pétalos. Aunque en otras partes ya habían perdido sus flores, allí las conservaban todavía y destacaban entre las glicinias y la lavanda plantadas a lo largo de las galerías. *Yamabuki* amarillos ^[257] se reflejaban en el lago como si quisieran besar su propia imagen. Patos de todas clases surcaban majestuosamente las aguas solos o en parejas y a veces echaban a volar con una ramita en el pico. ¿Qué pintor no se hubiese sentido fascinado por aquellos patos mandarines de tan variados colores? Si el leñador del cuento hubiese estado presente, habría estado contemplando aquella visión sublime hasta que el mango de su hacha se hubiese cubierto de hojas. Con la llegada del anochecer, los presentes empezaron a componer poemas, de los que consignamos algunos ejemplos:

«Cuando sopla la brisa, esparce los pétalos por encima del agua y las olas mismas parecen florecer. ¿Será éste el cabo de los *yamabuki*?»

«¿Es éste el lago en que desemboca el río de Ide, ^[258] de modo que los *yamabuki* surgen de sus profundidades?»

«No hay necesidad alguna de visitar la isla famosa de la Tortuga. ^[259] Nuestros botes de placer Acabarán siendo igualmente míticos.»

«Nuestros botes surcan el lago bajo el sol de primavera y las gotas de agua se desprenden de los remos como pétalos de cristal.»

Y siguieron componiendo y recitando poemas hasta que se quedaron sin inspiración. Tan entusiasmados estaban todos que hubo que recordar a las jóvenes que ya era hora de retirarse a sus aposentos respectivos.

Con la llegada de la noche, los botes se dirigieron otra vez al pabellón de los Pescadores a los sonos de la marcha china del «Ciervo real», y las mujeres hubieron de desembarcar allí muy a su pesar. Se trataba de una construcción muy sencilla pero extraordinariamente elegante. Cuando damas y azafatas, vestidas todas con sus mejores galas, volvieron a ocuparlo, parecía una tapicería sobre la que hubiese caído una lluvia de pétalos de colores. La música no paraba ni aburría porque Genji había elegido músicos que dominaban un repertorio largo y variado.

Aunque ya era noche cerrada, nadie parecía dispuesto a abandonar. El lugar había sido iluminado con antorchas y los invitados más ilustres fueron invitados a pisar la alfombra de musgo que bordeaba la galerías, mientras los más expertos tocaban el koto o la flauta en unos estrados dispuestos para la ocasión, haciendo gala de su virtuosismo. El mejor de los flautistas hizo sonar una melodía en la tonalidad de *sojo*, ^[260] y los cortesanos se pusieron a acompañarla con sus kotos, y, cuando pasaron a tocar «¡Qué día glorioso!», incluso los lacayos más ignorantes que tenían a su cargo los carruajes y los caballos se sintieron embargados por la emoción del momento. El cielo, la música, la primavera y los ecos... todo parecía mejor en el palacio de la Sexta Avenida que en ninguna otra parte. Con «Alegría de primavera» ^[261] la tonalidad mayor dio paso a otra menor. El príncipe Hotaru cantó el «Sauce verde» con tanto acierto y voz tan bella que fue

obligado a repetirlo. De vez en cuando el mismo canciller se dignaba unir su canto al de los demás.

Cuando llegó la mañana, Akikonomu oyó el canto de los pájaros al otro lado de las cercas que delimitaban el espacio de su jardín otoñal, y tuvo la impresión de que había sido derrotada.

Aunque el palacio de la Sexta Avenida era famoso por su magnificencia y fiestas continuas, muchos jóvenes se quejaban de que faltaban en él damas realmente interesantes. Hacía poco, sin embargo, habían empezado a circular rumores sobre cierta damita que vivía en el pabellón noreste bajo la protección personal y directa de Genji y que pasaba por ser hermosísima.

Como era de esperar, empezaron a llegar cartas de todas partes dirigidas a ella. Incluso algunos que, debido a su rango y fortuna, se creían con derecho a aspirar a su mano, habían movilizado ya intermediarios y casamenteras. Otros se mostraban más discretos, sin dejar por ello de estar profundamente intrigados. Los hijos de To no Chujo pensaban, como la mayoría de los cortesanos, que se trataba de una hija de Genji y se interesaron muchísimo por ella.

El príncipe Hotaru, hermanastro de Genji, había enviudado hacía tres años y no se le conocían amantes ni concubinas estables. Cuando tuvo noticias de la existencia y méritos de Tamakazura, enseguida tomó la decisión de tomarla por esposa y casarse con ella lo antes posible. La mañana que siguió a la fiesta, todavía bajo los efectos de la bebida, no paraba de cantar lánguidas canciones de amor, abrazado a un sauce y con la cabeza coronada de glicinias, para regocijo de quienes lo estaban observando. Genji ya se lo esperaba pero hizo ver que no se daba cuenta.

Volvieron a pasarle la jarra de vino, y el príncipe fingió hallarse completamente confuso.

—Si no hubiera aquí algo muy especial que me ata a este lugar —dijo, exagerando su borrachera—, trataría de escapar cuanto más lejos mejor. Todo eso es demasiado para mí...

Negándose a seguir bebiendo, se arrancó parte de la guirnalda de glicinias que le ceñía las sienes y la puso encima de la cabeza de Genji, recitando:

—Precisamente porque ella está tan íntimamente vinculada a ti, la quiero tanto, y se me han quitado las ganas de arrojarme a un pozo.

Genji sonrió y le respondió, devolviéndole las glicinias:

—¿Crees tú realmente que vale la pena arrojarse a un pozo? Mejor gozar aquí de las delicias de la primavera. ¡Guarda para ti esas flores purpúreas!

El príncipe aceptó la sugerencia y se quedó con los demás, y el concierto de la mañana aún resultó más animado que el de la noche anterior.

Aquel día tocaba proceder a la lectura del Sutra Prajnaparamita encargada por la emperatriz Akikonomu. Se habían puesto a disposición de los huéspedes algunas estancias del palacio para que pudieran cambiarse de ropa. Aunque algunos se excusaron alegando compromisos previamente adquiridos, el prestigio de Genji no dejaba lugar a dudas de que se trataría de una ceremonia tan grandiosa como solemne. Al mediodía el canciller les acompañó a los aposentos de Akikonomu.

Murasaki había preparado las ofrendas florales y eligió las ocho niñas más bonitas que encontró para entregarlas, disfrazando a cuatro de ellas de aves y a las otras cuatro de mariposas. Las «aves» llevaban ramas floridas de cerezo en jarras de plata y las «mariposas» *yamabuki* en jarras de oro. Sentadas en los botes, fueron transportadas desde la colina al pabellón de Akikonomu junto al lago. Aunque el día era magnífico y las muchachitas un verdadero encanto, en el momento de desembarcar sopló una leve brisa y esparció unos cuantos pétalos de las ofrendas por el suelo. Akikonomu había rechazado el ofrecimiento de Murasaki de una tienda para los músicos y había hecho instalar asientos en una de las galerías que rodeaban la estancia principal. Las niñas subieron las escaleras con las ofrendas en las manos, que fueron recibidas por los encargados del incienso y colocadas delante de las imágenes sagradas.

Yugiri entregó a la emperatriz un poema de Murasaki. Decía así:

«Lamentándose entre las hierbas, espera el grillo la llegada del otoño, y observa con desprecio las mariposas que revolotean entre las flores.»

Akikonomu sonrió, porque reconoció en aquellos versos una respuesta a su poema sobre las hojas de otoño.

—No, majestad, no hay nada que supere la belleza del jardín primaveral de la esposa del canciller —dijo una de sus azafatas, todavía bajo los efectos de las experiencias vividas el día anterior.

Una vez entregadas las ofrendas, las «aves» bailaron la danza del Kalavinka, el pájaro mágico del paraíso de Buda Amida. La música que las acompañaba se mezcló con el canto de los ruiseñores, y de vez en cuando resonaba en el aire el chillido o el graznido de alguna ave acuática. El efecto era realmente prodigioso. El rápido pasaje que precede al final llegó antes de lo que la audiencia, completamente fascinada, hubiese querido. Luego fue el turno de las «mariposas». Con mayor ligereza si cabe que las «aves», danzaron moviendo sus grandes alas de colores a la sombra de un seto y bajo una auténtica cascada de *yamabuki*. El mayordomo de Akikonomu indicó a los cortesanos que había llegado el momento de distribuir los regalos: las «aves» recibieron túnicas blancas forradas de rojo y las «mariposas» túnicas rosa pálido forradas de amarillo. También la emperatriz se había preparado para la ocasión y estuvo a la altura de los demás. Los músicos fueron obsequiados con blusas de seda blanca y piezas de tela. Yugiri obtuvo un *uchiki* azul para él y un conjunto de mujer para su guardarropa y se encargó de llevar la respuesta de la emperatriz a Murasaki. Decía así:

«De buena gana me dejaría guiar por tus mariposas hasta llegar a ti, pero me lo impide un espeso seto de radiantes *yamabuki*.»

Tal vez penséis que el poema que acabo de reproducir no está a la altura de lo que debería esperarse de una emperatriz, pero cuando se compone *in promptu*, las cosas no siempre salen como uno quisiera. Tampoco Akikonomu quedó muy satisfecha de sus versos.

Desde aquel día Tamakazura y Murasaki empezaron a cartearse. Todavía es pronto, pensaba la esposa de Genji, para decidir si la nueva dama es digna de mi confianza, pero aparentemente se trata de una persona afectuosa y poco amante de querellas. Lo cierto es que la hija de Yugao se había ganado la simpatía de mucha gente y tenía ya un montón de pretendientes, pero Genji no parecía tener prisa en decidirse. Inseguro de sus propios sentimientos —a veces le costaba mucho representar junto a ella sólo el papel de «un buen padre»—, empezó a pensar en revelar toda la verdad a To no Chujo.

Yugiri tenía permiso para acercarse a su *kichó* y ella contestaba dócilmente a sus preguntas aunque la confianza con que el muchacho entraba y salía de sus aposentos la hacía sentirse bastante incómoda. A sus mujeres les parecía, en cambio, lo más natural del mundo, porque todas daban por seguro que eran medio hermanos. Hay que reconocer que Yugiri se mostraba siempre muy solemne y educado cuando estaba con ella. En cambio sus amigos, los hijos de To no Chujo, no paraban de rondar por la mansión de la Sexta Avenida, suspirando como condenados a muerte, y siempre que había ocasión dejaban entrever el vivo interés que la joven despertaba en ellos. La actitud de aquellos muchachos la hacía sufrir y no precisamente porque le disgustaran sino porque sabía que eran víctimas de un espejismo. Sin embargo, ésta era una cuestión que no se atrevía a discutir con el canciller. La certeza de que aquella muchacha tímida y casi infantil veía en él a su tutor y único protector en la tierra encantaba a Genji. No podía decirse que se pareciera mucho a su madre, aunque a veces se la recordaba por el tono de su voz o alguno de sus gestos. Algo quedaba fuera de dudas: la hija era mucho más inteligente.

Llegó el cuarto mes y reaparecieron los atuendos ligeros de colores claros propios del verano. También el tiempo se comportó como de él se esperaba. Genji tenía muy poco trabajo en el palacio imperial, y su nueva

mansión de la Sexta Avenida se llenó de música y de diversiones de todo tipo. Tal como esperaba, no dejaban de llegar cartas de amor dirigidas a su pupila.

Cuando iba a visitada, las examinaba minuciosamente y le aconsejaba a cuáles debía contestar y a cuáles no. Tamakazura no podía evitar escuchar sus discursos con suma frialdad.

El príncipe Hotaru describía en una inflamada misiva los sufrimientos del amor no correspondido.

—Era mi hermano predilecto cuando éramos niños —comentó Genji, sin tomárselo demasiado en serio—. No teníamos secretos el uno para el otro. Sólo se callaba su «vida amorosa». En estas cuestiones era discretísimo... Resulta interesante (y también un poco patético) comprobar que todavía es capaz de arder con la pasión juvenil de aquellos tiempos. Debes contestarle. Cuando una mujer le interesa de verdad, no hay nadie que se le pueda comparar a la hora de hacérselo saber. Por otra parte, puede resultar un compañero muy divertido...

El canciller parecía querer pintarle una imagen muy atractiva de su hermano Hotaru, pero ella desvió la mirada como si el tema no le interesase lo más mínimo. También estaba en la lista el general Higeкуро, ^[262] un hombre severo y serio como el que más. Y, sin embargo, a juzgar por el tono de sus cartas, parecía ilustrar la vieja teoría de que los mejores hombres, empezando por Confiado, ^[263] pueden tropezar al abrirse camino a través de la jungla del amor. Pero sus cartas tenían un interés indudable. Genji se sintió especialmente atraído por una de ellas, escrita en papel chino de color azul muy perfumado que su autor había doblado de un modo muy ingenioso formando una especie de nudo.

—Ni siquiera la has abierto —dijo a la dama, deshaciendo aquel extraño nudo—. ¡Hay que reconocer que su caligrafía es potente y muy acorde con el gusto moderno!

Este era su poema:

«No puedes adivinar cuán profundos son
mis sentimientos hacia ti, porque sus colores

están ocultos como el arroyo que se desliza
entre las rocas.»

—¿Y cuáles son sus sentimientos? —preguntó a la joven. Tamakazura respondió con evasivas. A la vista de ello, llamó a Ukon.

—Debes considerarlos uno por uno detenidamente y permitirle contestar sólo a los que se lo merecen— le ordenó—. Los libertinos y disolutos que pululan hoy por la corte son capaces de todo, aunque no siempre son los únicos culpables de sus tropelías. Muchas veces un poco de severidad por parte de la dama evitaría las angustias y quebraderos de cabeza que nos toca sufrir a los que hacemos del amor nuestro principal pasatiempo. Al principio (hablo por experiencia) el galán frustrado maldice la severidad de la dama que lo castiga, y la riñe y trata de «cruel» e «insensible» de palabra y por escrito. Pero llega un día en que el hombre mira el pasado con otros ojos y le queda sinceramente agradecido por haber evitado que la relación fuera más allá de lo razonable.

«Puede ocurrir también que algún pretendiente de rango poco elevado (y, por tanto, impensable como esposo), aunque esté enamorado de la joven, se limite a enviarle cartas convencionales con observaciones sobre los pájaros o la estación del año, por temor a verse rechazado de plano si manifiesta sus verdaderos sentimientos. En estos casos, lo procedente es una respuesta educada, en términos parecidos a los de la carta recibida, que ponga discretamente fin a las esperanzas del hombre y le induzca a abandonar sus pretensiones. Por otra parte, malinterpretar los cumplidos y atenciones que hoy está de moda poner en toda correspondencia entre personas de distinto sexo y tomarlos por manifestaciones de una pasión exaltada resulta harto más peligroso que ignorarlos por completo. Un error de percepción de este tipo puede llevar a una dama, erróneamente ilusionada por un hombre, a situaciones muy desagradables por no decir humillantes. Tampoco es infrecuente que una muchachita inexperta deje de lado la reserva que de ella se esperaría como consecuencia de un cortejo trivial para demostrar al mundo que es persona de elevados sentimientos. En los primeros tiempos el descubrimiento del placer de sentirse admirada

basta para que ella se sienta feliz, pero con el paso de los meses la excitación inicial suele dar paso al tedio, cuando no al disgusto.

»De todos modos, tengo razones para pensar que tanto el príncipe Hotaru como el general Hige-kuro son hombres adultos que saben lo que hacen. La dama debería procurar no darles la impresión de que le resultan poco simpáticos o le disgustan mucho. En cuanto a los pretendientes menos importantes, júzgalos tú misma según sus méritos y procura descubrir si sus propósitos son serios o no. Luego actúa en consecuencia.

Mientras Genji hablaba a Ukon en estos términos, Tamakazura, sentada de espaldas a ellos, escuchaba su discurso desde el otro extremo de la estancia. Llevaba una túnica ceñida según la última moda de color rosa con forro azul y una blusa corta y suelta de los colores de la estación que hacían resaltar su belleza. Cuando llegó a palacio, conservaba aún cierto aire de rusticidad, pero poco a poco este aire había ido dando paso a una actitud que combinaba sutilmente la delicadeza y la calma. No había nada que criticar en su atuendo, y su hermosura parecía aumentar a medida que pasaban los días. Genji empezó a pensar que era demasiado bonita para dejarla marchar.

Ukon los miraba con una sonrisa en los labios: el canciller resultaba muy joven todavía para el papel de padre. ^[264] Cualquiera que los hubiese visto juntos los habría tomado por marido y mujer.

—No le he pasado más cartas —dijo Ukon—. Sólo acepté las que te he mostrado. Me hubiese parecido una grosería rechazarlas. Mi señora sólo ha contestado aquellas que tú le has indicado y aún muy a su pesar.

—¿De quién es ésta doblada de un modo tan curioso? —preguntó Genji, señalando una de las notas recibidas, que el autor había doblado de un modo muy imaginativo hasta hacer de ella algo minúsculo—. La caligrafía es francamente buena.

—De un hombre insistente como pocos —se quejó Ukon—. Se trata del capitán Kashiwagi, el hijo del ministro. Conoce mucho a Miruko, la criadita de mi señora, y se vale de sus buenos oficios para hacerle llegar sus mensajes.

—¡Un muchacho encantador! —exclamó Genji—. Quizás ahora no sea todavía un personaje importante, pero no hay que perderlo de vista. Además se dice que Kashiwagi es el más serio y competente de sus hermanos. Algún día descubrirá la verdad, ^[265] pero de momento no hay ninguna necesidad de desengañarlo. Su caligrafía es realmente excepcional.

Y, volviéndose a Tamakazura, prosiguió:

—Tal vez te parezca raro lo que acabo de decir, pero estoy seguro de que lo pasarías muy mal si fueras a caer de un día para otro en la familia de tu verdadero padre. ¡Allí sí que te sentirías una perfecta extraña! Ya llegará el momento, pero será cuando te hayas ganado tu propio lugar en la corte. El príncipe Hotaru es soltero por el momento, pero tiene fama de muy promiscuo. Si hay que hacer caso de las habladurías, se le relaciona con mujeres de todas clases y no precisamente de lo mejorcito: desde azafatas de tercera categoría a cosas bastante peores. Una dama tolerante y experimentada podría conseguir atraparlo apartándolo de malas compañías pero la primera señal de celos resultaría fatal. Temo mucho que aún te faltan el tacto y la precaución que una empresa de este tipo requiere.

»En cuanto al general Higeкуро, lleva varios años casado, pero parece que no es feliz con su esposa y ahora se ha enamorado de ti. Hay gente que no aprueba su nueva actitud y, aunque comprendo sus argumentos, me resisto a opinar sobre el tema. Aunque no tengas a tu padre verdadero al lado para que te aconseje, pienso que tienes edad suficiente para tomar tus propias decisiones. Mírame como un sustituto de tu madre e imaginemos que hemos retrocedido al pasado. No quiero en modo alguno hacerte desgraciada.

Genji pronunció la última frase en un tono muy solemne y mirando fijamente los ojos de la dama. Tamakazura se sintió terriblemente incómoda y habría preferido no responder, pero, tal como acababa de decir Genji, ya no era una niña. ^[266]

—He sido una huérfana hasta donde me alcanza la memoria—dijo en voz baja y suave—, y me temo que no tengo todavía una opinión formada sobre estas cuestiones.

—Muy bien —dijo Genji—. Suele decirse que un padre adoptivo resulta a veces mucho mejor que un padre de verdad. He decidido comportarme contigo como un padre adoptivo extraordinariamente devoto.

El príncipe prefirió callarse lo que estaba pensando. Ya había dejado caer un par de alusiones, pero ella parecía no haberse enterado. Suspiró profundamente y abandonó la estancia.

Al salir del pabellón se paró para admirar un bosquecillo lujurioso de bambúes chinos que la brisa mecía. Ante aquel espectáculo improvisó estos versos:

—El bambú joven, profundamente
enraizado en la tierra de mi jardín, ¿será
capaz de vivir por su cuenta con el paso de
los años?

Tamakazura, que se hallaba detrás de la persiana, lo oyó y, levantándola, le dio esta respuesta:

—¿Qué motivos podrían inducir al joven
bambú a partir en busca de las raíces que ha
dejado atrás, cuando han pasado ya tantos
años?

»Sería buscarse complicaciones...

Genji la compadeció. De todos modos, aunque el poema de la joven parecía dar a entender que se encontraba a gusto en la mansión de Genji, no era verdad. Tamakazura ardía en deseos de conocer a su padre auténtico, pero todo lo que había visto y oído hasta entonces la hacía temer que aquel hombre misterioso, del cual había estado separada desde su más tierna edad y que no había hecho nada por encontrarla, seguramente no resultaría tan afectuoso con ella como Genji. Por ello prefería callar.

Genji entró en la estancia de Murasaki entusiasmado con la dama que acababa de abandonar:

—Hay algo muy notable en Tamakazura —confesó a su esposa—. Recuerdo que su madre era demasiado seria. De hecho, carecía de sentido

del humor... En cambio, la hija posee una mente ágil y despierta, y en cuanto alguien la trata, desea inmediatamente tenerla por amiga... Estoy convencido de que no resultará una molestia para los que vivimos en esta casa.

Murasaki conocía demasiado bien a Genji para no darse cuenta de lo que estaba ocurriendo.

—Sea como fuere —le dijo—, debe de resultar muy difícil para ella no tener vida propia y depender tanto de ti.

—¿Y por qué no había de depender de mí? —preguntó Genji, fingiendo sorpresa.

—¿Piensas que he olvidado los suspiros y lágrimas que me costó tu manera de hacer las cosas cuando yo era mucho más joven? —dijo ella, sonriendo amargamente.

Genji se admiró de la perspicacia de su esposa.

—Te preocupas por cosas que carecen completamente de fundamento —le dijo en tono de reproche—. ¿Crees que ella permitiría algo de este tipo?

Inmediatamente cambió de tema pero ella ya había sacado sus conclusiones y él no podía evitar tener mala conciencia.

En los días que siguieron visitó mucho a Tamakazura y le hizo cuantos pequeños favores pudo para que estuviera contenta. Un tranquilo anochecer —había llovido y el verde de arces y robles lucía limpio y suntuoso—, Genji levantó los ojos al cielo, teñido de luz crepuscular, y recitó un verso de Po Chu— I: *El mundo es claro y armonioso...* Al repetir aquellas palabras estaba pensando mucho más en la belleza de la dama que no podía quitarse de la cabeza que en «el mundo». Luego se deslizó en sus aposentos. La encontró acuclillada junto a su escritorio. En cuanto le vio, Tamakazura se inclinó cortésmente y se dio la vuelta con timidez. Estaba preciosa: por primera vez le pareció el vivo retrato de su madre. Genji quería echarse a llorar.

—Debes perdonarme —le dijo—, pero no puedo evitarlo. Cuando te vi por primera vez, no me di cuenta de que os parecíais tanto, y ahora hay veces en que te confundo con ella. Yugiri no se me parece en nada, de modo

que llegué a la conclusión de que los hijos no se parecían a sus padres. Pero en vuestro caso... todo es distinto...

Encima del escritorio había una cesta con una naranja. El príncipe improvisó:

—Hace mucho tiempo sus mangas me parecieron perfumadas por la flor del naranjo [267] como ahora las tuyas.

»Han pasado muchísimos años y he sido incapaz de olvidarla... A veces creo que estoy soñando y que el sueño me va a matar... Acéptame y no me reproches mi rudeza.

Y la tomó de la mano. Era la primera vez que lo hacía pero ella no perdió la compostura. La dama improvisó a su vez:

—Me comparas con el perfume de sus mangas... Pero el fruto durará tan poco como duró aquel olor...

La confusión en que la joven parecía sumida conmovió al hombre. Ella inclinó la cabeza sin saber exactamente cómo interpretar la conducta de Genji ni cómo reaccionar. El tenía todavía su mano delicada entre las suyas. Le había confesado sus sentimientos movido a la vez por la belleza y el dolor, y ahora Tamakazura estaba temblando.

—¿Merezco ser castigado? —le dijo Genji—. He luchado mucho por mantener nuestro secreto y tienes que ayudarme. Siempre has sido muy importante para mí... Hoy sigues siéndolo... aunque de un modo *distinto*. No sé si he vivido antes una experiencia como ésta... Creo que no... Pero no veo razón alguna para que hayas de preferir otro hombre a mí. Es imposible que ninguno de tus pretendientes te ame con la vehemencia que yo te amo y no puedo soportar la idea de entregarte a un hombre frívolo como mi hermano...

Genji había sobrepasado con mucho lo que suele entenderse por «los deberes de un padre». La noche era fantástica: la brisa acariciaba suavemente los bambúes, el viento había dejado de soplar y la luna había

salido con todo su esplendor. Las mujeres que atendían a la dama ya se habían retirado. Aunque iba a visitarla con frecuencia, resultaría difícil encontrar otra ocasión más propicia. Con experiencia acumulada a lo largo de años, Genji se deshizo de sus ropas (eran de seda muy fina y no hicieron ruido alguno al caer al suelo), y la tumbó a su lado. ^[268] Ella, anonadada, ni siquiera osó gritar: ¿qué iban a pensar sus mujeres si acudían y veían la escena? No obstante, en cuanto la joven rompió a llorar desconsoladamente, él se puso a apaciguarla:

—¿De manera que me rechazas? —se excusó el hombre—. No te entiendo. Hay muchas mujeres que se ven obligadas a depender de hombres que no significan nada para ellas, pero yo estaba convencido de que significaba mucho para ti por todo lo que he venido haciendo hasta ahora... Me cuesta aceptar tanta insensibilidad de tu parte. Pero no se hable más. No volverá a ocurrir. Me consolaré forzándome a comportarme como el más virtuoso de los padres adoptivos.

Tendida en el suelo a su lado, Tamakazura se parecía tanto a su madre que Genji se sintió incapaz de soportarlo por más tiempo. Era consciente de que su conducta impetuosa resultaba impropia de su edad y de su cargo, de modo que se levantó, se vistió en un momento y se dirigió a la puerta antes de que lo avanzado de la hora hiciera pensar mal a las criadas de la joven. Antes de irse, sin embargo, le dijo:

—No resultará fácil para ninguno de los dos olvidar esta escena, pero no debes tener un mal concepto de mí por lo que acaba de ocurrir. Me consta que hay hombres que nunca se dejan arrastrar por sus impulsos, pero yo soy diferente. Quiero que sepas que estos arrebatos de pasión no nacen en mí de un impulso frívolo y momentáneo. Cuando alguien, queriéndolo o no, se gana mi afecto, la fuerza de mis sentimientos no conoce límites, pero ten la seguridad de que en el futuro no volveré a actuar nunca de manera que pueda dañar tu buen nombre. El inmenso amor que siento por ti me ayudará a evitarlo. Permite sólo que de vez en cuando venga a hablar tranquilamente contigo como un buen amigo.

Tamakazura se sintió incapaz de contestarle.

—Nunca te creí capaz de tanta frialdad. Se diría que me odias de un modo atroz —le dijo el príncipe, suspirando—. Procuremos que nadie se entere de lo ocurrido.

Herido en lo más hondo, el canciller salió de la estancia dejando a la joven completamente hundida. Tamakazura ya no era una niña, pero en cuestiones de sentimientos y amor físico lo ignoraba todo, y, aunque Genji se había limitado a estar echado un rato junto a ella mientras le declaraba su pasión, la dama no podía imaginar peor ultraje ni suerte más horrible que lo que acababa de vivir. Cuando regresaron sus mujeres, pensaron que estaba enferma.

—Nuestro señor ha hecho mucho por todas nosotras —murmuró Ateki—. Seguramente más de lo que merecemos. Dudo mucho que tu verdadero padre hubiese hecho más.

Tamakazura hubiera querido contarle que la pretendida «generosidad» del canciller no le parecía ahora tan noble y desinteresada como antes, pero no halló las palabras adecuadas para expresarlo y prefirió callar.

A la mañana siguiente llegó una carta de Genji. Cuando se la mostraron, la dama estaba todavía en cama y se excusó diciendo que no se encontraba bien pero sus criadas la obligaron a tomarla y abrirla. El papel era blanco y muy delicado, pero su contenido era fuego.

«Me has herido tan profundamente que nunca más llegaré a sanar... ¿Qué conclusiones han sacado de todo ello tus criadas?»

»Aunque no llegamos a dormir juntos como un par de amantes, se diría que la hierba joven se encuentra enferma de muerte.

»Y no parece en absoluto una actitud razonable.»

Le produjo la impresión de la carta de un anciano. De buena gana la hubiese hecho pedazos y los hubiera quemado, pero sus mujeres insistieron en que quedaría muy mal si no le contestaba, de modo que cogió una hoja de papel grueso y ordinario, y se limitó a escribir:

«He tomado buena nota del contenido de tu carta, y te pido disculpas por hallarme demasiado postrada para contestar.»

Genji sonrió mientras leía la nota, pensando que su autora era un ser maravilloso. Pero el canciller no era de los que se dan fácilmente por vencidos y empezó a enviarle cartas a espuestas.

Como ya le había declarado su amor, se limitaba ahora a dejar caer alusiones de diverso tipo como, por ejemplo, al famoso poema sobre el pino de Ota. Aquella correspondencia inacabable y apremiante acabó por hacer enfermar a la dama y al fin hubo de encamarse. Muy pocos conocían las causas de su dolencia, pues, para la mayoría, Genji era un padre modélico para Tamakazura. ¡Cómo se habrían reído de haber sabido la verdad! ¡Y el que más se hubiese reído habría sido sin lugar a dudas To no Chujo!

Hotaru y Hige-kuro se habían dado cuenta de que Genji los consideraba «candidatos aceptables» y hacían todo lo posible para obtener el favor del objeto de sus deseos. También el joven Kashiwagi, recordando el poema del agua y las rocas, se sentía esperanzado. Había oído decir que Genji le había perdonado su atrevimiento, y, desconociendo los lazos de sangre que le unían a la dama, ardía de celos y moría de amor.

Capítulo 25 Luciérnagas

Aquéllos fueron los años del apogeo de Genji, y la vida en la corte discurría segura y tranquila.

Sólo había una excepción: Tamakazura. La joven se debatía en una crisis profunda y, completamente desconcertada, no sabía qué partido tomar. Genji no le inspiraba el terror que el hombre de Higo le causara, pero como muy pocos sabían lo ocurrido entre ellos, tenía que guardar la historia para sí misma y se sentía cada vez más aislada. Aunque tenía edad suficiente para empezar a saber algo del mundo, notaba a faltar más que nunca una madre a la que poder confiarse.

Genji había confesado sus sentimientos y con ello la intensidad de los mismos no hizo sino aumentar. Temiendo que una imprudencia suya le delatara, no sabía cómo afrontar una situación que también resultaba nueva para él. Seguía visitando asiduamente a la dama eligiendo para ello momentos en que Tamakazura tenía poca gente a su alrededor. Por más que se esforzaba en ocultarlos, siempre se le escapaba alguna referencia a sus sentimientos que ella escuchaba con invariable azoramiento. Como no podía echarlo, sólo le quedaba el recurso de hacer como que no se enteraba. La joven era una persona de natural alegre y afectuoso pero la vida que había llevado hasta entonces y, sobre todo, los últimos acontecimientos le habían enseñado a ser cauta y desconfiada.

El príncipe Hotaru seguía haciéndole la corte con mucha determinación. Sin embargo, cuando se presentaron las primeras lluvias de verano, no

puede decirse que hubiera llegado muy lejos.

«Deja que me acerque a ti —le escribió—. Me sentiré mejor si puedo vaciar en tu presencia una parte de lo que llevo en mi corazón.»

Cuando Genji vio la carta, dijo a la dama:

—Hay que escuchar a los príncipes. No está bien mostrarse distante con ellos. Envíale una respuesta de vez en cuando.

Hablando así sólo consiguió empeorar la situación porque Tamakazura alegó que no se encontraba bien y no respondió. Entre las pocas mujeres de una cierta alcurnia que tenía con ella había una prima suya llamada Saisho, hija de un tío materno que había ocupado un cargo en el Consejo de Estado. Genji se enteró de que, al morir su padre, se encontró en una situación muy apurada y había entrado al servicio de Tamakazura. No tenía mala caligrafía y había sido correctamente educada, de modo que el canciller le encomendó la tarea de escribir respuestas para los pretendientes que a su juicio las merecían. Al oír la contestación de la dama acerca de Hotaru, la llamó inmediatamente y la interrogó sobre el tema. Se hubiese dicho que ardía en deseos de leer *todas* las cartas enviadas por su hermano. Saisho le confió que en los últimos tiempos Tamakazura parecía leerlas con más interés que antes. La explicación de ello (que la mujer ignoraba) no había que buscarla en que la joven se hubiese enamorado de Hotaru sino en que, ante la tensión insufrible creada por la conducta de su «tutor», una eventual aceptación de la proposición de Hotaru parecía un medio para escapar de Genji. Poco a poco Tamakazura empezaba a aprender.

Sin saber que era Genji quien le estaba esperando, el príncipe Hotaru se sintió encantado de recibir una invitación y acudió presuroso a la cita con la dama. Habían puesto un asiento para él junto a la puerta de la esquina y le recibió desde detrás de un *kichó*. El canciller había insistido mucho (extraña insistencia tratándose de un tutor) en que no faltara el incienso, pues las nubes espesas y olorosas que se escapan de los pebeteros suelen crear un ambiente misterioso e ilusorio...

Todo resultó mejor de lo esperado. En un principio Saisho no sabía qué responder a las confidencias de Hotaru, y Genji hubo de pellizcarla levemente para recordarle que se suponía que era una dama instruida y

sensible y no una criada tonta e ignorante. La luna estaba en cuarto creciente, y de la figura del príncipe, envuelta en la semipenumbra, emanaban dignidad y encanto indudables. El perfume que desprendían las ropas de Genji se mezclaba con el incienso que impregnaba el aire de la estancia. Hotaru se sentía anonadado. Controlando sus sentimientos lo mejor que supo, declaró su amor a Tamakazura. La dama se había retirado a la parte más oriental del ala y seguía postrada en cama. Saisho, seguida de Genji, se dirigió a su estancia para transmitirle el mensaje del príncipe.

—No te estás mostrando muy afectuosa —la riñó el canciller—. Las personas deben comportarse de acuerdo con las circunstancias. ¿Por qué mostrarse tan tímida? ¿Acaso no te parece cruel hacer recorrer caminos tan largos a los mensajeros? Si no quieres que el príncipe oiga tu voz, estás en tu derecho, pero por lo menos acércate un poco más a él para que te pueda hablar.

Para no enfurecer a Genji, Tamakazura, desesperada y temiendo que el canciller se aprovechara de su actitud frente a Hotaru para volver a las andadas, se levantó de mala gana, le acompañó hasta el *kichó* que la separaba de Hotaru, y tomó allí asiento. Allí permaneció de momento, perdida en sus pensamientos, sintiéndose incapaz de responder a las apasionadas declaraciones de Hotaru. Genji se acercó a ella, levantó la cortina del *kichó*, y la colgó de la parte superior del marco de madera. Súbitamente Tamakazura se vio envuelta en un extraño resplandor que la cogió por sorpresa. Se hubiese dicho que alguien acababa de encender una antorcha, pero no era eso: Genji había llenado previamente un saquito de tela de luciérnagas y las acababa de soltar. Tamakazura se tapó el rostro con el abanico, pero no tuvo tiempo de ocultar su perfil bellísimo. El canciller lo había preparado todo con sumo cuidado para asegurar el efecto.

El príncipe Hotaru ^[269] se volvió para contemplarla. Genji sospechaba que la pasión de su hermano tenía su origen en el hecho de que tomaba a Tamakazura por su hija y no en la belleza de la muchacha. Sólo cuando la vea, se había dicho muchas veces, se sentirá realmente atrapado. Seguramente el canciller no se hubiese tomado tantas molestias de haber sido la dama su hija. De hecho, había algo refinadamente perverso en toda

su manera de actuar. En cuanto hubo logrado el efecto buscado, se deslizó de la habitación en dirección a sus propios aposentos, dejándolos solos.

Hotaru había adivinado donde estaba la dama: ahora le parecía tenerla más cerca que nunca. Apenas les separaba un ma. [270] Con el corazón en un puño, contempló a través de las suntuosas cortinas del *kichó* aquella belleza sublime que una luz maravillosa de origen desconocido estaba iluminando. Transcurridos unos momentos de desconcierto, Tamakazura volvió a dejar caer de un manotazo la cortina que Genji había levantado, mientras las criadas recogían las luciérnagas, y la estancia quedó de nuevo sumida en la oscuridad. Y, sin embargo, la visión que acababa de herir los ojos del príncipe fue más que suficiente para encender la llama de la pasión auténtica en su pecho. Dio por seguro que era Tamakazura (y no Saisho) la dama a la que se había estado dirigiendo desde su llegada al palacio de la Sexta Avenida. Apenas la había avistado unos instantes, pero su perfil insuperable, su cabellera espesa y la gracilidad de su talle hicieron profunda mella en su corazón y sólo pensaba en poder contemplarla durante más tiempo. ¡La añagaza de Genji había triunfado!

El príncipe improvisó, dirigiéndose a la joven:

—Por más que apagues el resplandor de esos insectos mudos, ¿crees que podrás extinguir el fuego del amor en mi corazón?

«Supongo que me entiendes...

Tamakazura respondió enseguida y recitó lo primero que le pasó por la cabeza:

—Más sincero es el amor de la luciérnaga muda que se traduce sólo en chispitas de luz, que los ociosos votos de pasión de los cortesanos de lengua fácil.

Apenas hubo concluido su respuesta, abandonó la estancia deprisa. Hotaru se lamentó en un discurso un tanto prolijo del frío tratamiento de que acababa de ser objeto, pero no se atrevió a quedarse allí hasta el alba.

Las gotas de agua que se deslizaban por encima de las hojas le hicieron saber que la noche era desapacible, de modo que optó por levantarse y despedirse. Yo no dudo que fue un cuco quien le dio la orden de marcha, pero no me preguntéis más detalles.

—¿Qué hermoso, qué elegante y discreto! —exclamaban las mujeres de Tamakazura al día siguiente, recordando a Hotaru—. ¡Cuánto se parece a Genji!

Desconociendo el secreto de la dama, se sentían llenas de gratitud por las atenciones del canciller y repetían que ni una madre se habría tomado tantas molestias. La dama no apreciaba aquellas «atenciones». Si la hubiese reconocido su padre y su posición hubiera sido la que le correspondía, sus sentimientos habrían sido otros. ¡Qué mala suerte la suya! La pobre muchacha vivía aterrorizada por los rumores. También Genji quería evitarlos a toda costa, pero seguía siendo fiel a sí mismo. ¿Se hubiese podido asegurar, por ejemplo, que había renunciado definitivamente a Akikonomu? Cuando estaba con ella, se comportaba de manera distinta, más encantador y seductor que cuando estaba en otra compañía, pero Akikonomu había llegado demasiado arriba para que pudiera pensar seriamente en ella. Tamakazura estaba mucho más a su alcance. A veces perdía el control de sí mismo hasta extremos peligrosos y podía llegar a hacer cosas que, de haber trascendido, habrían levantado sospechas. Era una relación muy complicada, pero debe reconocerse que, a pesar de las confianzas que el canciller se tomaba a veces, el incidente que sobresaltó tanto a la dama no volvió a repetirse.

El quinto día del quinto mes, la fiesta de los Iris, se dejó caer por sus aposentos en su camino hacia al hipódromo. Con aire inocente le preguntó:

—¿Qué ocurrió aquella noche? ¿Se quedó mi hermano el príncipe contigo hasta muy tarde? No debes permitir que se te acerque demasiado porque no es hombre de fiar... ¡Claro que cada día son menos los hombres realmente de fiar!

Y siguió hablando en este tono, tan pronto alabando como criticando a Hotaru. ¡Tamakazura estaba realmente asombrada —y no poco divertida, aunque muy a su pesar— de la conducta de aquel casamentero sorprendente

que tan pronto parecía querer echarla en brazos de Hotaru como apartarla de él, hundiendo la reputación de su candidato! A pesar de sus treinta y seis años de edad, el aspecto de Genji no podía ser más juvenil. Vestido con el atuendo de fiesta, su hermosura resplandecía como pocas veces, según hubo de reconocer la misma Tamakazura. ¿Quién le había teñido aquel finísimo *uchiki* para que los tonos combinaran entre sí de una forma tan extraordinaria? Parecía cosa de magia. Y eso que no había renunciado a los colores tradicionales de aquella festividad, pero el arte del estampador había conseguido efectos impensables... Capítulo aparte era el perfume delicioso que emanaba de su indumentaria. En otras circunstancias la dama se hubiese dejado intoxicar por él hasta perder el sentido...

Un poco más tarde llegó una carta de Hotaru escrita sobre papel de tisú con una caligrafía aristocrática. A primera vista el texto pareció interesante, pero lo cierto es que el príncipe tendía a repetirse. Decía:

«Incluso en un día como hoy me siento tan profundamente solo como la raíz solitaria del iris hundida en agua que nadie quiere arrancar.»

El príncipe Hotaru había sujetado a la carta una raíz de iris. —Debes contestarle —le dijo Genji antes de irse. También sus criadas insistieron, y no tuvo más remedio que contestar. He aquí su respuesta:

«Una vez fuera del agua. ¡qué insignificante parece la raíz del iris, ignorada por todos!

»Temo que tus sentimientos hacia mí son muy superficiales... A veces es mejor no mostrarse...

No quedó muy satisfecho el príncipe de la respuesta y pensó que incluso la caligrafía de la dama dejaba bastante que desear. Tamakazura, en cambio, se había hecho el propósito de pasar un buen día: aquella mañana había recibido numerosos saquitos de medicina bordados procedentes de varios admiradores. También el esplendor de la fiesta contribuía a ponerla de buen

humor y confiaba superar sin problemas aquella nueva prueba. Mientras, Genji fue a visitar a Hanachirusato.

—Yugiri traerá algunos amigos para las pruebas de tiro con arco —le dijo—. Espero que sea antes de la puesta de sol. También acudirá mucha gente de la corte, porque siempre que en el palacio imperial se enteran de que aquí vamos a celebrar algo, todos, empezando por los príncipes, parecen tener un interés extraordinario por participar de nuestras prodigiosas diversiones. Hay que estar, pues, preparados para todo.

El hipódromo había sido montado cerca de la galerías del ala noreste. Habían pintado de verde las persianas del pabellón y puesto cortinas blancas nuevas, todo según la última moda. Mujeres y niñas se apiñaban en las puertas, dificultando entradas y salidas.

—¡Vamos, muchachas! —gritó Genji—. Abrid todas las puertas y divertíos. No perdáis de vista a los guapísimos oficiales que están a punto de llegar. ¡Fijaos en los del cuerpo de guardia de la derecha! Pienso que son mucho más atractivos que todos los funcionarios de la corte juntos...

Las azafatas y sirvientas que rodeaban a Tamakazura se reían a carcajadas. Destacaban entre ellas cuatro jovencitas preciosas vestidas de verde con largas colas de gasa púrpura. Sus azafatas se presentaron, en cambio, con trajes de fiesta sencillos y ligeros, verdes por fuera y forrados del color de la flor del ciruelo. Las jóvenes acompañantes de Hanachirusato tampoco habían descuidado su indumentaria: vestían *uchikis* de color rosa y arrastraban colas encarnadas forradas de verde. Cada una de ellas parecía querer rivalizar con todas las demás y los cortesanos jóvenes no quitaban el ojo de encima de las más bellas y elegantes.

Genji hizo acto de presencia a la hora del Cordero ^[271] cuando todos los príncipes ya habían llegado, tal como había previsto. Todos hubieron de reconocer que los juegos hípicas y de tiro con arco resultaron mucho más variados de lo que solían ser en el palacio imperial. Los oficiales de la guardia que, dejando en casa sus uniformes, se habían vestido con enorme fantasía para la ocasión, tomaron parte en el espectáculo para deleite de las damas, y aunque el numeroso público femenino no entendía algunos

tecnicismos de lo que estaba contemplando, se mostraba extasiado ante los atuendos de los participantes y su enorme dominio de la equitación.

El espacio elegido era muy amplio y lindaba con la zona sureste del parque, reservada al pabellón de Murasaki, desde el cual numerosas adolescentes seguían los juegos. Cuando las carreras tocaron a su fin, se jugó un partido de polo acompañado de música china ^[272]y luego se bailó la danza coreana del dragón. A medida que avanzaba el crepúsculo, la música triunfal sonaba más brillante y estrepitosa y hubo espléndidos galardones para todos los oficiales de la guardia que se habían distinguido en el certamen. Cuando la fiesta terminó era negra noche.

Genji pasó aquella noche junto a Hanachirusato.

—El príncipe Hotaru es un hombre inteligente —le dijo—. Tal vez no sea el más gallardo y guapo de los hombres, pero su buena educación y extensa cultura están muy por encima de las de la mayoría, y puede resultar un compañero muy agradable. ¿Has llegado a verle? De todos modos, aunque, tal como acabo de decir, tiene abundantes méritos, pienso que le falta alguna cosa...

—Le he visto —le contestó la dama—. Es más joven que tú y, no obstante, parece mayor. He oído decir que viene a visitarnos con frecuencia, y, sin embargo, hoy es el primer día que le he visto en años. Recuerdo que hace mucho tiempo le encontré en la corte y debo reconocer que ha mejorado mucho. Por aquel entonces me gustaba más su hermano menor, el que fue virrey de Kyushu, pero, si les comparo ahora, no me cabe la menor duda de que es el príncipe Hotaru quien por su porte principesco y maneras delicadas se lleva la palma.

Genji sonrió: una vez más hubo de admirarse de la agudeza y buen juicio de Hanachirusato, pero no cambió por ello su opinión sobre el príncipe. Aunque no se lo dijo, encontró de mal gusto tributar tantas alabanzas a un hombre que todavía estaba entre los vivos... ¿o es que se sentía celoso? Tampoco acababa de entender qué gracias encontraba la gente en el general Hige-kuro, y no le hacía ninguna ilusión acogerlo en su familia, pero prefirió no tocar este tema.

Como por aquel entonces Genji y Hanachirusato ya eran sólo buenos amigos, se acostaron en lechos separados. El canciller se preguntaba cuándo había empezado a manifestarse este «enfriamiento» y por un momento deseó ardientemente que aquella noche fuese distinta. Pero ella daba por sentado que él quería acostarse solo y, lejos de sentirse deprimida o celosa por el despego actual del que fuera su amante, estaba profundamente orgullosa de que hubiera elegido los aledaños de su pabellón para celebrar el día de los Iris, una fiesta que no había tenido ocasión de presenciar durante muchos años. Para darle las buenas noches recitó con voz queda:

—La hierba seca ante la cual incluso el
poni pasa de largo, hoy se ha dejado trenzar
en una misma guirnalda con los frescos iris
que crecen en la orilla.

No era una obra maestra, pero Genji se emocionó no poco y recitó a su vez:

—¿Cómo quieres que el poni y el cisne
silvestre que surca el cielo, lleguen a
olvidarse de los iris que alegran las orillas del
lago?

Hay que reconocer que tampoco compuso un poema digno de figurar en una antología.

—No te veo tantas veces como quisiera, pero me gusta estar a tu lado — dijo el príncipe a Hanachirusato, hablándole desde su lecho, y sus palabras, aparentemente irónicas, sonaron esta vez cargadas de afecto. Era una dama excepcionalmente gentil: le había cedido su cama y se había improvisado otra con un par de colchas al otro lado del *kichó*. Con el paso del tiempo, Hanachirusato había acabado aceptando esta situación y Genji no manifestó intención alguna de cambiarla.

Aquel año la estación de las lluvias se prolongó mucho más de lo habitual y los días que se iban sucediendo parecían a todos largos y grises a más no poder. Las mujeres que vivían en el palacio de la Sexta Avenida

mataban el tiempo con novelas ilustradas y la dama de Akashi, que tenía un gran talento para pintar, solía enviar ilustraciones de su propia mano a su hija. Tamakazura resultó ser la lectora más voraz de todas. Puede afirmarse que «se perdía» entre imágenes e historias insólitas y pasaba días enteros como encerrada en ellas. Algunas de sus azafatas más jóvenes estaban muy versadas en literatura y la aconsejaban sobre qué leer. A lo largo de sus lecturas dio con numerosas aventuras interesantes y sorprendentes —con frecuencia le costaba decidir si eran reales o imaginadas—, pero nunca leyó nada comparable a la infortunada historia de su propia vida. Cuando leía *La historia de Sumiyoshi*, obra muy popular entonces y que no ha pasado de moda del todo, ^[273] pensaba inevitablemente en su propia fuga del hombretón de Higo.

Un día Genji, al observar la gran cantidad de novelas que había en los aposentos de Tamakazura, dijo a la muchacha, enfrascada como casi siempre en la lectura de su último descubrimiento:

—Realmente te has vuelto incurable... A veces pienso que las jovencitas sólo existen para dejarse engañar porque, aunque saben que en esas narraciones extravagantes no hay ni un ápice de verdad, se dejan atrapar por ellas como las moscas en la miel. Juraría que el libro que te ocupa está lleno de historias a cual más absurda, y, sin embargo, aquí estás tú, entregada en cuerpo y alma a su lectura, sin que parezca importarte el calor que hace y que tienes la cabellera completamente enredada... De todos modos, me consta por experiencia que las novelas han sido siempre algo indispensable cuando llega la estación lluviosa... ¿Qué haríamos sin esas viejas historias para combatir el aburrimiento?

»Y, sin embargo, debo hacerte una confesión: a pesar de su artificiosidad, he de admitir que yo mismo me dejo ganar con frecuencia por las emociones que aparecen en los libros si están bien descritas, y por las aventuras, si el autor ha sabido tejerlas y narrarlas con destreza. Resulta perfectamente posible tener conciencia de que todo ello es sólo el producto de la invención de un autor, y, al mismo tiempo, sentirnos conmovidos o arrastrados por el interés de la historia. He aquí por qué sufrimos con las penas que debe soportar una pobre princesa... que no existe. El gran autor es

capaz de deslumbrarnos con su dominio del lenguaje hasta borrar nuestra incredulidad primera. Más tarde, al evocar las emociones experimentadas, quizás nos avergoncemos de haber tomado en serio tantos dislates, pero al escuchar la historia por primera vez, seguramente nos ha parecido la cosa más fascinante del mundo... A veces, cuando las azafatas de mi hija le leen historias, me paro a escucharlas y casi siempre me admiro del talento de nuestros autores. Probablemente escriben tan bien porque han adquirido el hábito de mentir, aunque supongo que hay algo más que eso.

—Pienso —dijo Tamakazura, apartando el tintero a un lado— que son sólo los que tienen el hábito de mentir los que achacan este motivo a los demás. Las personas sinceras toman lo que leen por la verdad.

—Sí —dijo Genji—, y tal vez me he expresado hasta ahora en términos excesivamente simplistas. Las obras de ficción nos relatan lo que ha ocurrido en el mundo desde los tiempos de los dioses. Las *Crónicas de Japón*, sin embargo, únicamente nos dejan entrever un aspecto del cuadro, mientras que las novelas están llenas de detalles adecuados a cada momento.

El canciller hizo aquí una pausa, sonrió y siguió hablando: —El autor no nos habla de personajes de carne y hueso con una vida «real» detrás de cada uno de ellos, sino que, habiendo conocido multitud de gentes y sido testigo de las cosas que les han ocurrido, lo reelabora todo y lo pone por escrito a su manera para que otros puedan participar y aprender de ello, incluso las generaciones futuras. Esta es la razón de ser última, pienso, de la novela. ^[274] A veces el autor quiere escribir cosas agradables de sus héroes y nos los adorna con cuantas cualidades positivas se le ocurren. Otras, en cambio, si de veras quiere dar una visión completa de la naturaleza humana, introduce elementos extraños o incluso maléficos en los caracteres de su obra. Pero siempre se trata de atributos que existen en el mundo real. ^[275]

»Los narradores chinos son muy distintos de los nuestros y no sólo por su erudición sino también por su estilo. Incluso en Japón la literatura ha evolucionado bastante, sin olvidar que existe una gran diferencia entre las obras que consideramos serias y las de entretenimiento. Rechazar de plano todas las novelas como embustes resulta injusto, desde el momento que

incluso en la Ley de Buda encontramos pasajes que llamamos «verdades modificadas» o «parábolas». [276] En esos puntos encontramos ciertas contradicciones aparentes, sobre todo en

el sutra Vaipulya, que siembran dudas en el espíritu de los que no han alcanzado aún la iluminación. Y, sin embargo, esas parábolas persiguen la misma finalidad que los demás sutras. La diferencia que existe entre la iluminación y la confusión búdicas equivale a la que encontramos entre las cualidades y los defectos de los personajes imaginarios de una obra de ficción. Si sabemos acercarnos a las buenas novelas de la manera adecuada, comprobaremos que no hay nada en ellas que deba despreciarse por frívolo o superfluo.

He aquí como Genji reivindicó la utilidad de la ficción novelesca.

—Y ahora dime —prosiguió el príncipe, acercándose un poco más a Tamakazura—, ¿has encontrado entre las páginas de tus libros algún personaje tan loco como yo? También apostaría cualquier cosa a que, entre las menos humanas de tus heroínas de ficción, no existe ninguna que sea tan distante e insensible como tú. Si pusiéramos por escrito las historias de ambos, daríamos al mundo una novela *realmente* interesante.

—Me temo que es bastante probable que el mundo se entere de esta curiosa historia aunque no nos tomemos la molestia de ponerla por escrito —le dijo ella, y ocultó su rostro detrás de sus mangas para disimular su vergüenza.

—¿Nuestra «curiosa historia»? Sí, la más curiosa de todas las historias, diría yo.

Genji se acercó un poco más a la joven y recitó, sonriendo:

—Profundamente dolido, rebusco entre las viejas historias, y no encuentro en ninguna de ellas una hija menos dócil y obediente que tú.

»Buda ordenó que los hijos respetaran a sus padres...

Mientras hablaba, se puso a acariciarle los cabellos. A pesar de su azoramiento la joven le replicó:

—Lo mismo me ocurre a mí. Por más libros que leo, no hallo en ellos padre alguno que se comporte menos como un padre.

El poema desconcertó a Genji y dejó de tocarla. La muchacha volvió a preguntarse por enésima vez qué iba a ser de ella.

También Murasaki se había aficionado últimamente a las novelas y pretendía justificarlo diciendo que la hija de Genji insistía en que le leyera cuentos. Le gustaba especialmente *La historia de Caamaño*, ^[277]y, mostrándole a Genji una copia ilustrada de ella, le dijo:

—¿No te parecen espléndidas estas ilustraciones?

Admiraba profundamente aquellos dibujos porque en uno de ellos se veía a la protagonista de la historia, una niña, durmiendo en una silla, y la imagen recordaba a Murasaki su propia infancia. Genji observó:

—¡Qué precoces y apasionados eran los niños en aquellos tiempos! Si me comparo con ellos, yo fui un auténtico modelo de paciencia y candidez en mi relación contigo.

Pese a sus palabras, era un hecho que Genji, cediendo a su sensualidad irreprimible, había protagonizado en tiempos más de un episodio muy parecido a aquellas historias extravagantes.

—No debes leerle historias de amor —aconsejó a Murasaki—. Aunque mi hija desaprobe la conducta de esa niña tan fogosa que aparece en las ilustraciones, no conviene que piense que este tipo de sucesos son corrientes.

¿Qué hubiese pensado Tamakazura de haber podido oír las observaciones que el canciller estaba haciendo a su esposa, tan diferentes de las que acababa de escuchar ella?

—Nada más lejos de mi intención que ponerle como modelos muchachitas licenciosas —replicó Murasaki—, pero tampoco me entusiasman las demasiado perfectas. Pienso en mujeres como Até, la de *El árbol hueco*, por ejemplo. ^[278] Se diría que lo tiene todo bajo control y es incapaz de equivocarse en nada, pero hay algo en sus maneras frías y su tajante forma de hablar que me resulta muy poco femenino.

—No sólo había mujeres como ésta en aquel tiempo —le dijo Genji—, sino que las hay todavía. La culpa la tiene la educación que reciben. Por regla general sus padres y tutores son personas ariscas, por no decir inhumanas, que les meten en la cabeza ideas demasiado extremas. No es raro que los enormes esfuerzos que gentes de buena familia invierten en la educación de sus hijas acaben produciendo criaturas del todo carentes de espíritu, tanto más infantiles cuanto más cuidado se ha puesto en su formación. Tarde o temprano su ignorancia y su mediocridad acaban saliendo a la luz, y la gente que las trata empieza a pensar que las muchachas son un fraude y sus padres... otro. Si da la casualidad de que la niña está dotada de algún talento natural, este tipo de progenitores suelen atribuir tales méritos a la eficacia de su sistema educativo. Se sienten profundamente orgullosos de sí mismos y derraman a la menor ocasión los elogios más exagerados sobre su hija. En cambio, el mundo espera mucho más de aquellas pobres muchachas de lo que son capaces de ofrecer, y, tras hartarse de esperar que hagan o digan algo realmente valioso, acaba despreciándolas...

Genji tenía mucho interés en que la educación de su hija resultara modélica. Son numerosos los libros que tratan de los nefastos efectos que la educación de una madrastra ha tenido sobre su «víctima», pero ahora estaba comprobando que, en la vida real, no siempre ocurre lo mismo, de modo que, al elegir libros para su hija, procuraba dejar fuera todos aquellos en que la figura de una madrastra es sinónimo de maldad o estupidez. Los que más le gustaban los hacía copiar e ilustrar para la niña.

Manténía a Yugiri apartado de Murasaki pero procuraba que se tratara con su hija. Mientras él estuviera vivo, pensaba, la cosa no tenía mayor importancia, pero, si llegaba a faltar, prefería que fuesen buenos amigos y pudiesen ayudarse el uno al otro. Yugiri tenía libre acceso a la estancia exterior, pero la interior le estaba prohibida. Al canciller le sobraba tiempo para ocuparse de Yugiri, que parecía un muchacho serio y de fiar. La niña se pasaba aún la vida jugando con sus muñecas. Al verla, Yugiri no podía evitar acordarse de su propia infancia y de sus juegos con Kumoi. A veces, «montando guardia» junto a una princesita de juguete, se le llenaban los

ojos de lágrimas. Solía entretenerse charlando y bromeando con azafatas de una cierta posición, pero siempre procuraba que las cosas no fueran demasiado lejos. Le obsesionaba la idea de volver al palacio de Sanjo y encararse con la nodriza que se había burlado de sus mangas azules. Estaba seguro de que, si se lo proponía, acabaría venciendo la testarudez de To no Chujo, pero a veces su corazón volvía a llenarse de los odios y dolores de otros días y deseaba que To no Chujo pagara de algún modo por el mal que le había hecho al separarlo de su amada, pero sólo se atrevía a revelar estos sentimientos a Kumoi. A los ojos de todos los demás era un modelo de compostura.

Los hermanos de la muchacha solían encontrarlo un tanto pagado de sí mismo. A pesar de todo, Kashiwagi, que por aquel tiempo andaba loco por Tamakazura, se le acercó un día suspirando y le pidió que fuese su portavoz frente a la dama. La amistad de la primera generación se repetía en la segunda.

—No sirvo para casamentero —le respondió Yugiri, irritado porque jamás se le hubiese ocurrido confiar sus mensajes para Kumoi a Kashiwagi o a cualquier otro de sus hermanos.

To no Chujo se había convertido en un hombre muy importante y todos sus hijos estaban haciendo grandes carreras en la corte. Sólo tenía dos hijas, una de las cuales había sido enviada a la corte, donde no había obtenido el éxito esperado. La posibilidad de que la segunda fracasase también le amargaba la vida. No se había olvidado de Yugao, y a veces hablaba de ella con sus amigos más íntimos. No dejaba de preguntarse qué había sido de la hijita de ambos. Había confiado en exceso en la gentileza y falta de carácter de la madre y había acabado perdiendo a la hija. Se había equivocado al perderla de vista. A veces imaginaba que la joven se le presentaba en el momento menos pensado y le hacía saber que era hija suya: ni que decir tiene que estaba dispuesto a acogerla como tal.

—No os quitéis de delante a ninguna mujer que asegure ser hija mía —había dicho a sus hijos—. Durante mi juventud hice muchas cosas muy poco ejemplares, de las que ahora me arrepiento. Hubo en tiempos una dama de cuna no del todo despreciable que perdió la paciencia conmigo por

no recuerdo qué, y junto con ella perdí a una hija... Y ya veis que no tengo tantas.

Pasó unos años sin acordarse de Yugao, pero, cuando vio lo que estaban haciendo sus amigos por sus hijas, empezó a lamentar tener tan pocas. Una noche tuvo un sueño. Al día siguiente fue a visitar a un vidente famoso y le pidió que se lo interpretara.

—A lo mejor recibirás noticia de una criatura que dabas por perdida y que ha sido acogida y está siendo educada por otro hombre —le dijo el vidente.

La respuesta le dejó desconcertado, porque no recordaba haber dado en adopción a ninguna de sus hijas. Súbitamente pensó en Tamakazura.

Capítulo 26 Claveles silvestres

Un día de verano muy caluroso Genji se refrescaba en el pabellón de los Pescadores de su palacio. Estaban con él Yugiri y numerosos amigos, por lo general cortesanos de rangos intermedios, que se entretenían asando truchas procedentes del Katsura y carpas pescadas en el propio lago del parque para preparar el almuerzo. No faltaban entre ellos algunos hijos de To no Chujo. Genji se alegró mucho de verlos porque empezaba a aburrirse. Hizo traer vino y agua helada y se sirvió una deliciosa sopa fría junto con otras viandas delicadas. Aunque soplaba una brisa agradable, el aire era pesado y el sol parecía desplazarse con mayor lentitud de la habitual por el cielo sin nubes. El canto insistente de las cigarras resultaba casi opresivo.

—No recuerdo un día parecido a éste —dijo Genji—. Casi da lo mismo estar fuera que dentro de palacio. Perdonadme si no hago grandes esfuerzos por divertirlos, pero creo que ni siquiera la música ayudará con un tiempo como éste, y, a pesar de todo, no me satisface pasar un día entero sin hacer nada en absoluto. Ya sé que os espera mucho trabajo en vuestros despachos y que aquí, por lo menos, podéis relajáros y ponerme al corriente de las últimas habladurías. Empiezo a estar viejo ^[279] y al margen de todo, y he de apoyarme en vosotros para mantenerme informado y alejar los bostezos.

Lo que el canciller pedía de ellos parecía una gran responsabilidad. Muchos de los presentes se habían ido a las galerías para estar más frescos. Genji se dirigió a Kobai, uno de los hijos de To no Chujo, y le dijo:

—¿Dónde he oído decir que tu padre ha encontrado una hija perdida y se la ha llevado a su casa para que viva con él? ¿Es cierta la historia?

—Sí, pero no especialmente interesante —repuso el joven—. No sé por qué extraños vericuetos una mujer de la provincia de Omi se enteró de cierto sueño que tuvo mi padre la primavera pasada y le faltó tiempo para proclamar que tenía una revelación muy importante que hacerle. Siguiendo instrucciones, mi hermano Kashiwagi fue a ver a la muchacha y le preguntó qué pruebas podía presentar para acreditar que era hija de nuestro padre, según aseguraba. Eso es todo lo que sé del asunto, y me temo que aquí no hay nadie que sepa una palabra más que yo. Por otra parte, ¿a quién puede interesar esa historia salvo a los directamente afectados?

De manera que era verdad, pensó Genji, y se preguntó si To no Chujo pensaba que aquella muchacha era la hija de Yugao o el fruto de algún otro amor secreto.

—Me sorprende que, siendo ya tantos en la familia —dijo a Kobai—, vaya el señor ministro del centro buscando más hijos por ahí. ¿A qué codiciar más pollitos cuando se tiene el gallinero lleno? Yo, en cambio, tengo tan pocos que me encantaría saber que existe alguno perdido por el mundo. Tal vez deba atribuirse a mi humilde estado que nadie acuda a verme con reclamaciones de paternidad. Al menos hasta la fecha... ¡Claro que tu padre fue un auténtico caso! (En este punto Genji sonrió

maliciosamente.) Hay que ver la de veces que removi6 las aguas cuando era joven, [280] y cuando el lago est1 lleno de barro, puede salir cualquier cosa...

Yugiri, que hab1a o1do toda la historia, sonre1a tambi6n. En cambio los hijos de To no Chujo parec1an profundamente molestos.

—¿Qu6 te parece, jovencito? —dijo Genji a Yugiri—. Creo que obrar1as bien busc1ndote una de esas «flores perdidas» del se1or ministro en vez de seguir porfiando por obtener lo que se te quiere negar a toda costa. ¡En una guirnalda tan larga no puede faltar un clavelito para ti!

Aparentemente Genji y To no Chujo hab1an sido siempre los mejores amigos del mundo, pero siempre hab1a habido diferencias y rencillas entre ambos. Genji desaprobaba la forma en que el otro hab1a tratado a Yugiri, y se mor1a de ganas de que Kobai llevara a su casa noticias que incomodaran a su padre. Estaba seguro de que, si llegaba a enterarse de qui6n era Tamakazura, To no Chujo la recibir1a en su casa con todos los honores, porque el ministro era un hombre de car1cter fuerte y juicio r1pido, y ten1a muy clara la diferencia entre la gente «como es debido» y la «impresentable». Cuando alguien satisfac1a sus exigencias, se volcaba en 6l y le ayudaba en todo lo imaginable. Si llegaba a enterarse de lo que hab1a pasado, condenar1a rotundamente el proceder de Genji, pero no rechazar1a en modo alguno a su propia hija, sino que, muy al contrario, la acoger1a en su casa con las mayores ceremonias.

Una brisita fresca les anunci6 que se acercaba el crep1sculo, pero los j6venes no ten1an ningunas ganas de marcharse.

—Est1 bien. Divirt1monos todos un poco, aunque tengo ya una edad que no me hace bien recibido entre gente como vosotros... —dijo Genji, y se puso en marcha en direcci6n al pabell6n del noreste que ocupaba Tamakazura.

Le siguieron los dem1s. Iban vestidos de un modo tan parecido que, a la luz del atardecer, resultaba casi imposible distinguir a uno de otro. Genji se acerc6 a la muchacha y le dijo en voz baja para no ser o1do:

—¿Por qu6 no te acercas un poco a la galer1a? Me acompa1an Kobai y algunos de sus hermanos. Se mueren de ganas de ser presentados a ti... y nuestro impasible Yugiri permanece de brazos cruzados. Piensa que incluso

en las familias más sencillas la llegada súbita de una dama joven despierta inevitablemente todo tipo de especulaciones entre los visitantes habituales de la casa, y aunque existe una enorme curiosidad por verla, está claro que todos han tomado previamente la decisión de enamorarse de ella. ¡Por desgracia incluso antes de tu llegada mi casa era ya famosa por la belleza de las damas que habitan en ella! No hay visitante que llegue a nuestras puertas sin su equipaje de mano de discursitos, flores y obsequios para «mis» beldades... Pero las que te han precedido están ya todas colocadas — y algunas muy arriba, ^[281] por cierto—, de modo que, siendo tú la única disponible de momento, te he traído a tu pabellón unos cuantos jóvenes para que les conozcas y decidas si son personas inteligentes o no... Espero que no me decepciones.

En aquella zona del jardín, Genji había evitado disponer bancales complicados de flores, pero había un enorme parterre de claveles silvestres junto a un seto de plantas altas chinas y japonesas que se recortaban en el cielo a la luz del crepúsculo. Los jóvenes tenían muchas ganas de meterse en el parterre y empezar a cortar claveles.

—Son muchachos muy bien educados... —siguió diciendo Genji—, aunque cada cual tenga sus peculiaridades. No hay ninguno que me desagrade, pero seguramente Kashiwagi es el más serio de todos. A veces me llego a sentir un tanto incómodo en su presencia. ^[282] ¿Te ha escrito alguna carta? No debes mostrarte arisca con él.

Yugiri destacaba por su hermosura. Señalándolo discretamente, Genji prosiguió:

—No entiendo por qué razón desagrada a mi amigo el ministro. ¿En tan alto concepto tiene su nombre y su estirpe ^[283] que llega hasta el extremo de despreciarnos a nosotros, pobres miembros de la familia imperial?

—Antes no se trataba así a los príncipes «de la sangre» —apuntó Tamakazura, y citó la vieja canción *Ven a mi casa, príncipe mío, y toma a mi hija por esposa...*

—No pido que le invite a sus banquetes, sino sólo que le deje entrar en su casa. Está estropeando una relación limpia e inocente, y eso no me gusta. ¿Le parece poca cosa mi hijo? Que me deje hacer y ya verá...

Esta historia preocupaba mucho a Tamakazura, que no cesaba de preguntarse cuándo se le permitiría conocer a su padre. De algún modo, Genji le estaba haciendo pagar la actitud de To no Chujo para con su hijo Yugiri. Como era luna nueva, hubo que traer linternas.

—No tan cerca, por favor —dijo Genji a los criados—Y poned unas cuantas antorchas en el jardín.

A continuación tomó un koto japonés que estaba en la estancia, lo probó y, hallándolo bien afinado, desgranó unas cuantas notas. Tenía un sonido espléndido.

—Si me has defraudado en algo —siguió diciendo a Tamakazura—, ha sido por tu falta de interés por la música. ¿Me permites que te recomiende el koto japonés, por ejemplo? Resulta un instrumento excepcionalmente brillante y muy a la moda, sobre todo si se toca sin buscar excesivas filigranas y dejando que los grillos lo acompañen con sus vocecitas estridentes en una noche de luna de otoño. Por alguna razón no queda a veces del todo bien en un concierto formal, pero combina magníficamente con determinados instrumentos. Algunos lo critican y tildan de instrumento casero, prefiriendo el koto chino, pero míralo atentamente y comprueba qué bien ensambladas están sus piezas. Es el instrumento más adecuado para las damas que no se vuelven locas por todo lo exótico. Te lo recomiendo encarecidamente si quieres empezar a tomar lecciones de música. La técnica básica es sencilla, pero a partir de aquí la dama creativa puede dar rienda suelta a su fantasía y hacer música muy bella. Si quieres combinarlo con otros instrumentos, la cosa se complica... El mejor intérprete de koto japonés de la corte es sin lugar a dudas tu propio padre. Basta que toque un par de compases de la melodía más insignificante para que el resultado supere en empaque y elegancia el sonido de todos los kotos de importación conocidos.

Tamakazura se había familiarizado ya con el instrumento, pero quería oír más.

—¿Piensas que sería posible organizar aquí un concierto y pedirle que participe en él? —preguntó a Genji, llena de ansiedad—. Es el instrumento que toca la gente del pueblo (pude comprobarlo durante mis años en

provincias) y nunca le concedí excesiva importancia. Pero seguro que tienes razón. Todo depende de las manos que lo toquen.

—También lo llaman el koto oriental —dijo Genji—, y ello nos hace pensar en la frontera este del país, de donde se cree que procede. Pero cuando hay concierto en el palacio imperial el primer instrumento que solicita el soberano es precisamente el koto japonés. Se ha dicho que es el abuelo de todos los demás instrumentos y repito que no hay intérprete más diestro que el ministro. Se le puede escuchar de vez en cuando, pero hay que decir que es muy tímido cuando se le pide que toque. Todos los grandes músicos suelen serlo. Espero sinceramente que tengas pronto ocasión de escucharlo.

Genji tocó unos cuantos acordes y escalas, y las notas sonaban mucho más ricas y limpias que todo lo que Tamakazura había oído hasta entonces. ¿Era posible que su padre fuese un intérprete todavía mejor? En aquel momento deseó más que nunca conocerlo, y poder admirar su maestría con el koto.

—*Las olas del río Nuki son suaves como una almohada de juncos...* — cantó el príncipe suavemente, y sonrió con intención al llegar al pasaje que dice—: *Oh, dama separada de los tuyos...*

Una vez que hubo concluido su interpretación con un acorde delicadísimo, dijo a la muchacha:

—Ahora te toca a ti. En cuestiones de arte la modestia no es virtud. Sé de algunas damas que no cantan jamás «Ardo en deseos por él» en público, pero las demás canciones del repertorio se pueden interpretar sin sonrojarse.

Tamakazura había tomado algunas lecciones de koto en Kyushu de una anciana que aseguraba, sin dar más detalles, que había nacido en la capital y llevaba sangre imperial en las venas. Pero esas credenciales no le inspiraban demasiada confianza, y rehusó tocar.

—No, déjame escucharte un poco más y luego trataré de imitarte —le dijo, y se sentó a su lado: he aquí como el koto hizo que se le acercara cuando tantos medios ideados por Genji habían fallado—. ¿Cómo es que no siempre suena así de bien?

—Tal vez depende de dónde sopla el viento —le respondió Genji, riendo.

La muchacha, inclinada sobre el instrumento e iluminada por la luz de una linterna cercana, estaba preciosa.

—No siempre te he encontrado tan dispuesta a escucharme —prosiguió el príncipe, apartando el instrumento de sí.

Las azafatas de la dama entraban y salían de la estancia sin parar y, ya fuera por esta o por otra razón, Genji siguió comportándose con la máxima corrección.

—No veo señales de los caballeros que me han acompañado hasta aquí —dijo al fin—. Me temo que se han hartado de contemplar una por una todas las flores de tu parterre... excepto la que más les interesaba, y se han ido alicaídos y contrariados. Pero ya toca que muestre este jardín a mi buen amigo el ministro. La vida es incierta y mañana todos podemos estar muertos. ¡Cuántos años han pasado desde que me contó por primera vez que tu madre había huido de él y se te había llevado consigo! Recuerdo que fue en el palacio imperial durante una tarde de lluvia. Te llamábamos entonces «el clavel silvestre»... [284]

E improvisó este poema:

—Si llega a ver sus delicados colores,
que el tiempo no ha cambiado, ¿cómo podrá
dejar de acercarse al seto de los claveles
silvestres?

»Eso lo hubiera complicado todo. Por ello te he mantenido como una crisálida dentro de su capullo. Me temo que te has sentido un poco secuestrada.

Tamakazura se secó una lágrima y recitó a su vez:

—¿Quién ha de querer preguntar por un
clavel silvestre, que ha crecido en un seto tan
rústico y mísero?

—Si *no se digna venir...*^[285] —susurró Genji, temiendo perder el control sobre sí mismo.

Convencido de que tarde o temprano ello acabaría sucediendo, Genji procuró visitarla con menos frecuencia y se puso a escribirle cartas, que llegaban al pabellón de la dama a montones. ¿Por qué razón, se preguntaba, se había implicado tanto en un asunto que no le concernía? Sabía que dar rienda suelta a sus sentimientos suponía ganarse una muy merecida fama de frívolo en la corte y causar un gran daño a la muchacha. También estaba seguro de que, por más que se sintiera atraído por la joven, nunca sería la rival de Murasaki. ¿Qué vida esperaba a Tamakazura entre sus mujeres «de segunda»? Aunque él fuera el hombre más importante del país, una concubina no pasaba de ser una concubina. Se sentiría mucho mejor como esposa principal de un consejero de Estado. ¿Por qué no cederla, pues, a Hotaru o a Hige-kuro? De proponérselo, confiaba que acabaría por resignarse a una solución de este tipo. No se sentiría feliz, lo sabía, pero sería lo mejor para ella. Pero en cuanto la veía, todos sus buenos propósitos se iban al traste.

El koto japonés era ahora la excusa de sus visitas. Al principio Tamakazura se sentía un tanto incómoda en su papel de alumna de su «tutor», pero, al comprobar que el hombre no se aprovechaba de su papel para otros fines, empezó a aceptar sus visitas como algo normal y correcto. Aunque cuando él estaba a su lado, ella se mostraba un tanto tiesa y evitaba cualquier actitud que pudiera oler a coquetería, lo cierto es que gustaba cada vez más a su «maestro». Algo había que hacer.

¿Por qué no buscarle un marido pero mantenerla en su palacio, de modo que él la pudiera seguir visitando clandestinamente? Tamakazura sabía muy poco de hombres, y sus atenciones la molestaban. De momento él la compadecía, pero en cuanto la dama estuviera un poco mejor informada en cuestiones de sexo gracias a su marido, él se abriría camino desafiando a los guardias más cuidadosos y haría de ella su amante por la fuerza si era preciso. Genji reconocía, sin embargo, que este plan, aunque seguramente posible, distaba mucho de ser honorable... El pobre canciller ardía en deseos y moría de contradicciones.

To no Chujo se sentía muy decepcionado por la hija que acababa de encontrar. Y ciertamente no le faltaban razones: su familia y la servidumbre tenían una pésima opinión de ella considerándola poco menos que una retrasada mental. Kobai le explicó que Genji se había interesado por ella.

—Me he traído a casa una hija que permití que creciera en las montañas. No me sorprende que Genji haya preguntado por ella. Ya sabes que el señor canciller es muy dado a criticar a todo el mundo, pero a mi familia le reserva una especial inquina.

—Genji tiene una dama nueva en su palacio de la Sexta Avenida —prosiguió Kobai—, y todos piensan que es una beldad casi perfecta. Parece que el príncipe Hotaru está muy interesado en ella y no es imposible que al fin la haga suya.

—¡Naturalmente! Estoy seguro de que todos están interesadísimos en ella —dijo To no Chujo, dando rienda suelta a su indignación—, pero ello se debe sólo a que es hija del gran canciller. Así va el mundo. Dudo mucho que tenga unos méritos tan excepcionales... En caso contrario, la habría encontrado mucho antes. «El resplandeciente Genji», el gran hombre de la fama impoluta, demasiado perfecto para una época degenerada como la nuestra... he aquí lo que la gente opina de él. Es una verdadera lástima que su dama favorita, una auténtica joya, no le haya dado descendencia. Seguro que lo lleva muy mal. Se dice que tiene planes muy ambiciosos respecto de la niña que se trajo de Akashi, aunque la madre es poco menos que impresentable. Veremos qué ocurre... En cuanto a esa nueva dama, un espíritu suspicaz se preguntaría con razón si de verdad se trata de una hija suya. A pesar de sus muchos méritos y virtudes públicos, el señor canciller tiene sus cosillas, y a lo mejor se trata de una ingeniosa farsa para meter a una nueva concubina en su hogar sin tener que pelearse con Murasaki.

»Me pregunto qué planes tiene para la nueva dama y qué papel juega en ellos el príncipe Hotaru. Siempre han estado muy unidos como hermanos, y seguramente se entenderían muy bien como padre e hijo...

To no Chujo seguía furioso por culpa de Kumoi. Hubiese querido convertirla en la sensación de la corte, la belleza más deseada de su tiempo, pero al enamorarse la joven de un cortesano de rango menor como Yugiri,

estaba echando a perder sus grandiosos proyectos. Tampoco el temperamento frío e imperturbable del muchacho contribuía a hacer progresar la situación. Quizás si Genji se dignaba intervenir y le suplicaba unas cuantas veces, él acabaría prestando su consentimiento graciosamente.

El ministro se presentó en los aposentos de Kumoi sin hacerse anunciar. La muchacha, pequeña y bonita, estaba haciendo la siesta en un rincón fresco de la estancia porque hacía mucho calor. Su piel brillaba bajo una túnica de gasa casi transparente. Aún conservaba un abanico en una mano y tenía la cabeza reclinada en el otro brazo. La cabellera que adornaba su cabeza no pecaba ni de excesivamente larga ni de demasiado espesa, y la llevaba cuidadosamente peinada. Sus sirvientas dormían también detrás de biombos y mamparas y no se despertaron. Cuando él la golpeó levemente con su abanico, se despertó sobresaltada y se lo quedó mirando con los ojos muy abiertos. Su expresión de inocencia y el arrebol que tiñó sus mejillas encantaron al padre.

—De modo que te encuentro durmiendo a pierna suelta cuando me he hartado de repetirte que para ser una dama *comme il faut* hay que estar continuamente alerta —le dijo en tono de reproche—. Nadie parece despierto en estos aposentos esta mañana. ¡Debería darte vergüenza! Os estáis abandonando mucho y los peligros acechan a las mujeres por todas partes... Tampoco pretendo que te pases la vida yendo de un lado a otro como un mono enjaulado o sentada y con los brazos cruzados recitando los encantamientos de Fudo. Pero fijate sólo en cómo se comporta la joven que Genji prepara para futura emperatriz... [286]

»Parece que se toma muchas molestias para que la niña de sus ojos cause sensación en la corte. Se ha embarcado en un programa educativo que podría calificarse de amplio y liberal, y procura que la chica aprenda un poco de todo sin especializarse en nada concreto... La corte no necesita «expertas» ni «eruditas», según el canciller. Y, sin embargo, todos tenemos nuestras preferencias y estoy seguro de que, más tarde o más temprano, esta muchacha también mostrará las suyas. Estoy deseando presenciar su llegada a la corte... Tú, en cambio, no me has puesto las cosas nada fáciles. Procura al menos que la gente no se ría de nosotros. He recibido informes detallados

sobre unos cuantos jóvenes de la corte que se dicen interesados, pero de momento todavía eres demasiado joven para aceptar el cortejo de ninguno de ellos. No hagas caso, pues, de sus cartas, de sus serenatas ni de sus lágrimas y deja este asunto en mis manos.

Mientras la sermoneaba sin piedad, se admiraba de la hermosura de su hija. Kumoi sentía mucho darle tantos quebraderos de cabeza y no sabía cómo pedirle perdón. Ni siquiera se atrevía a mirarle a los ojos. Su abuela, la princesa Omiya, se quejaba de que Kumoi no iba a visitarla, pero la razón de que no lo hiciera había que buscarla en los reproches que la joven recibía de su padre un día sí y otro también.

To no Chujo se alegró muchísimo al descubrir una hija «perdida» en la provincia de Omi, pero su alegría no duró mucho. Aquel «tesoro recuperado» se había convertido en pocos días en una auténtica pesadilla. ¿Qué camino tomar? Porque, si después de haber hecho tanto para traerla a la ciudad y acogerla en su casa, ahora, atendiendo a las críticas y burlas de los que convivían con ella bajo el mismo techo, la devolvía a su casa, se sentiría mal consigo mismo, juzgándose caprichoso y excéntrico. Pero permitir que la muchacha apareciera en sociedad, si era cierto lo que le habían contado sobre ella personas de su confianza, resultaba poco menos que impensable. Mantenerla encerrada en sus aposentos para que la gente se hiciera la ilusión de que se trataba de una belleza excepcional que el día menos pensado los deslumbraría a todos, era prepararse para hacer un ridículo monumental. No parecía mala solución ponerla en contacto con su hermana Kokiden, la esposa del emperador, que estaba pasando una temporada fuera de la corte en casa de su padre. Luego Kokiden podía llevársela a palacio como una dama de compañía más, aunque con sus extravagancias hiciera reír a más de uno. Tampoco era tan fea como para que se la pudiese considerar un monstruo.

—Te la voy a regalar —dijo a Kokiden—. Y si te parece rematadamente necia, diles a las azafatas de más edad que se encarguen de educarla y procura que las jóvenes no se burlen demasiado de ella. Reconozco que a veces parece un poco *especial*...

—Estoy segura de que no es tan desastrosa como parece dar a entender —respondió ella—. Lo que ocurre es que Kashiwagi se excedió en alabanzas, y la realidad ha resultado bastante más modesta. ¿No crees, padre, que el hecho de sentirse el centro de la atención de tanta gente no confunde y descompone a la pobre muchacha?

Aunque no resultó «el asombro de la corte» que su padre hubiera deseado, Kokiden era elegante y discreta y no había nada que criticar en sus maneras agradables y naturales. Era como un capullo de flor de ciruelo que se abre al apuntar el día. Su padre admiraba mucho el talento que demostraba en decir ciertas cosas sin llegar a decirlas. Sus silencios *expresivos*, por llamarlo de algún modo.

—Kashiwagi es joven e inocente —replicó el ministro—, y detuvo sus investigaciones antes de conocer *toda* la verdad.

Realmente no se mostraba en absoluto entusiasmado con su hija «nueva», a la que todos llamaban «Omi» por la provincia en que había sido hallada. Pensó en ir a echarle un vistazo, pues sus aposentos no estaban lejos, y la encontró con las persianas levantadas y jugando al *sugoroku* [287] con otra muchacha famosa en la corte por lo bien que bailaba las danzas Gosechi. La joven se ceñía la cabeza con ambas manos como si estuviera suplicando a todos los dioses y recitaba plegarias a una velocidad de vértigo.

—¡Dadle un doble, dadle un doble! —repetía sin cesar la jugadora con voz gritona—. ¡Dadle un doble, dadle un doble!

To no Chujo se horrorizó y, ordenando a los que le acompañaban que guardasen silencio, se ocultó detrás de una puerta desde donde podía contemplar perfectamente la escena.

—¡Desquite! ¡Desquite! —se puso a chillar la joven danzarina que jugaba con su hija, probablemente no mucho más lista que su contrincante.

Y mientras chillaba, agitaba con ademán frenético el cubilete de los dados. Ninguna de las dos parecía tener gran cosa en la cabeza. Omi era de corta estatura, bastante linda y con una cabellera más que aceptable. Absolutamente correcta a primera vista, de no haber sido por dos defectos sobresalientes que la estropeaban no poco: una frente demasiado estrecha y

un discurso torrencial que no se acababa nunca. No era una belleza, ciertamente, pero resultaba imposible poner en duda quién era su padre. To no Chujo se reconoció con un escalofrío en aquel rostro que tanto se parecía al que le devolvía el espejo todas las mañanas.

—¿Qué tal te encuentras aquí? —preguntó a la muchacha—. ¿Te sientes como en casa? ¿Te tratan bien? Estoy muy ocupado y no puedo venir a visitarte todas las veces que quisiera.

—Me basta con estar aquí. No tengo quejas, ninguna queja —la joven seguía hablando (o chillando) con la misma velocidad que hacía un momento—. He pasado años deseando sólo ver tu cara. De todos modos, no me molestaría verte un poco más...

—Lo siento —dijo él—. Debo confesar que andaba un poco desasistido últimamente y siempre deseé tener a alguien como tú a mi lado para que me ayudase en mis asuntos, pero es imposible. Si se tratara de una criada corriente y moliente, no plantearía problema alguno porque se mezclaría con las demás y nadie se fijaría en ella. Pero cuando se trata de una muchacha que se llama así o asá y es hija de tal o de cual, la situación resulta profundamente embarazosa para padres y hermanos. ¡Y da la casualidad de que tú eres la hija de todo un señor ministro del centro!

La pobre Omi no entendió casi nada del discurso de su progenitor.

—¡De ningún modo! —replicó—. A mí no me importa lo más mínimo mezclarme con las demás criadas y que nadie se fije en mí. Es más: si me metieras entre damas de verdad, no sabría dónde mirar. Prefiero que me mandes vaciar orinales. Lo hago muy bien.

El ministro soltó una carcajada.

—¡No será necesario! Pero si de verdad quieres demostrarme tu sentido del deber, obedéceme en esto al menos: procura que las palabras salgan de tu boca más despacio, sin «pisarse» las unas a las otras, con un silencio mínimo entre ellas... Y con menos estrépito, si es posible. También te entenderé y si consigues espaciar un poco el ritmo de tu discurso y moderar su volumen, me alargarás la vida...

—Es que tengo una lengua muy veloz —se justificó la joven—. Mi madre me viene regañando por ello desde que era una niña. Un día me

contó que cuando me dio a luz tenía al lado un sacerdote del templo de Myohoji que rezaba sutras sin parar, y que me contagié para toda la vida de la velocidad con que los recitaba. De todos modos prometo hacer todo lo que pueda para corregirme...

Pronunció su voto con tanta solemnidad —se hubiese dicho que estaba dispuesta a sacrificar su más preciado tesoro al deber y al amor de una hija — que To no Chujo se emocionó.

—No te hizo ningún favor el sacerdote de marras asistiendo a tu parto —dijo el ministro, sonriendo—. Seguramente tenía muchos pecados de que acusarse. El Sutra del Loto enseña que la mudez y la tartamudez sirven para castigar a los que en una vida anterior han sido blasfemos...

Le daba un poco de miedo la idea de que su hija se instalara en la corte, y empezaba a preguntarse si acertaba confiándola a Kokiden. La culpa de todo la había tenido Kashiwagi, que la había traído a su casa antes de comprobar no sólo quién era sino también *cómo* era. La gente se estaba riendo ya, y no había manera de remediarlo.

—Tu hermana está pasando unos días con nosotros —le dijo—. Fíjate en ella y procura aprender de sus maneras. Sólo mezclándose con gente de clase consiguen progresar los que carecen de ella... Piensa en lo que te estoy diciendo cuando estés con Kokiden... Seguro que puede enseñarte muchas cosas.

—¡Estaré encantada! No soñaba con otra cosa desde que era niña: ser una más de tus hijas y que ellas me aceptasen como una compañera —dijo Omi, palmoteando de alegría—. Quiero estar con ella de noche y de día, durante meses y años... Eso es todo lo que pido, todo a lo que aspiro... Dile que me haga sentir como una compañera y que me ordene lo que quiera. Omi obedecerá sin rechistar. Le llevaré agua, si es preciso. Sé transportar jarras encima de la cabeza y cortar leña...

En este punto el discurso de la joven se había vuelto casi *vertiginoso*, hasta el extremo de que resultaba prácticamente ininteligible.

—No creo que te pida precisamente *eso* —dijo el ministro—. En cambio, te pedirá que olvides de una vez por todas al sacerdote de los sutras y configures tu discurso siguiendo otros modelos...

La ironía resbalaba por el cerebro de la muchacha, que ignoraba completamente la relevancia que en la corte y en el país tenía el hombre que se dignaba dirigirle la palabra. To no Chujo era, además de su padre, el ministro del centro, pero Omi desconocía incluso el significado de la palabra «ministro» y le hablaba con la mayor confianza.

—¿Cuándo me la presentarás?

—Quizás valdría la pena esperar a un día propicio... O tal vez no. No vale la pena. Ve a visitarla cuando te apetezca, hoy mismo sin esperar a mañana, si quieres.

Omi estaba muy orgullosa del padre que acababa de encontrar: bastaba darse un paseo por su casa para topar con un sinfín de personas de cuarto y de quinto rango. Intuía que era un hombre importante, aunque no sabía exactamente cuánto.

—¡Y pensar que yo soy su hijita! ¡La hija de un padre importante! —comentó a su amiga, la bailarina de Gosechi—. ¿Por qué hube de crecer y criarme en Omi?

—Quizás demasiado importante —le contestó la otra—. ¿No hubieras preferido tener un padre más ordinario pero que se hubiera ocupado más de ti?

—¡Aguafiestas! —gritó Omi, poniéndose colorada de ira—. Siempre poniendo pegas a todo... Pero no se te ocurra volver a hacerlo, porque estoy a punto de convertirme en una dama, y entonces sólo podrás dirigirme la palabra cuando yo te lo permita. Tengo un gran futuro por delante...

Pero resultaba imposible enfadarse con ella: su solemne vulgaridad y su honesta indignación eran encantadoras. El único problema era su manera de expresarse, porque había crecido entre gente de pueblo y nadie le había enseñado a hablar con elegancia. La observación más vulgar, expresada mediante un lenguaje claro y preciso, puede resultar hondamente distinguida. Incluso un poema improvisado, que en sí mismo no es gran cosa, si se recita con musicalidad, y haciéndolo preceder y concluyéndolo con un pequeño suspiro, puede parecer que tiene mucho más sentido y valor de los que realmente tiene. En cambio, un torrente de observaciones encadenadas produce invariablemente el efecto contrario. El énfasis

exagerado que Omi ponía en todo lo que decía hacía parecer ridículas todas sus frases, pero lo había mamado del pecho de su nodriza y no tenía ningún reparo en servirse de él. Este defecto la hacía parecer más tonta de lo que era, porque era muy capaz de confeccionar poemas de treinta y una sílabas, aunque el principio de cualquiera de sus «obras» podía ser perfectamente el final de otra.

—Padre dice que puedo ir a ver a mi hermana —dijo a su compañera de juego—, y eso voy a hacer. No quiero decepcionarlo por nada del mundo. Voy a ir ahora mismo... O tal vez esperaré hasta el anochecer... Soy la favorita de mi padre, pero eso no servirá de mucho si no consigo ganarme su amistad... Su amistad y la de todos los demás, claro está...

Cuando estuvo sola, se puso a redactar una carta para su hermana:

«Aunque estoy junto a ti y (como suele decirse) *apenas nos separa un seto de juncos*, no he tenido el placer de pisar tu sombra, porque albergaba muy serios temores de que hallaría un gran letrero de «*prohibida la entrada*» colgado de tu puerta. Pero, aunque detesto mencionarlo porque aún no hemos sido presentadas, ambas estamos teñidas (como dice el poeta) con *la púrpura del marjal de Musashi*. Si te parezco demasiado osada, dímelo y, por favor, no lo tomes a mal.»

Puso luego una línea de puntos, subrayó algunas palabras y añadió un *post scriptum* que decía así:

«Estoy considerando, por cierto, la posibilidad de visitarte esta tarde a última hora. Y perdona esas feas manchas de tinta que (como suele decirse) no limpiaría *toda el agua del río Minase*.»

No satisfecha con lo escrito, puso en el margen el siguiente poema:

«Como una caña joven, no del mar de
Hitachi, sino del cabo Ikaga, deseo
ardientemente verte en la bahía de Tago.

»Y mi deseo no es menos ancho que *la corriente del río Okawa...*» ^[288]

Escribió su carta en una sola hoja de papel verde y con una caligrafía llena de curvas y florilegios que parecía haberse generado espontáneamente. Las líneas estaban torcidas y parecían a punto de caerse

del papel que las soportaba. Pero la autora se sentía muy orgullosa de su obra (la próxima vez, sin embargo, elegiría una hoja de papel más grande), tanto que no se decidía a separarse de ella. Finalmente, la dobló mientras suspiraba profundamente, la ató a un capullo de clavel silvestre y se la dio a su mensajero favorito, un guapo muchacho de origen campesino que había empezado limpiando sus aposentos. El simpático mocito llevaba poco tiempo a su servicio, pero ya se había ganado su corazón.

—Es para *ella* —dijo el chico a las azafatas de Kokiden.

—Acaba de llegar una carta procedente del ala norte —proclamó la mujer que se hizo cargo de la misiva, reconoció la letra y la abrió sin pensarlo dos veces.

Otra azafata llamada Chunagon se encargó de llevar la carta a su señora y se puso a observar con curiosidad cómo la hija del ministro recibía el mensaje y se disponía a leerlo.

—Vista desde lejos parece una carta muy a la última moda —dijo la azafata a su señora.

—No entiendo ni una sola palabra... —comentó Kokiden, devolviendo la carta a la otra—. A decir verdad, la cursiva siempre se me ha resistido... Pero su autora me despreciará mucho si no le contesto en un tono igualmente sofisticado y literario. Preparadme un borrador, por favor.

Las azafatas jóvenes se morían de risa.

—No ha sido fácil —dijo Chunagon al entregarle el borrador solicitado — ponerse a la altura de su tono poético. Y no queríamos insultarla con algo de segunda mano...

Habían fingido que la carta era obra de su señora.

«Parece francamente cruel que no tenga el placer de tu compañía cuando estamos tan cerca una de otra.

»Así como en Hitachi, en el mar de Suruga junto a la bahía de Suma, se alzan las olas, no hagas esperar al pino de Hakosaki.»

—No, por favor —exclamó Kokiden—. ¡Todo el mundo me culpará de haber compuesto *eso!* —No lo pensará nadie, señora...

De manera que metieron la carta en un sobre y la enviaron.

—¡Qué poema más hermoso! —gritó Omi—. ¡Qué poema más *hermosísimo*! Y dice que me está esperando...

A continuación se puso a perfumar generosamente sus ropas exponiéndolas al humo de un incienso que parecía mezclado con miel, se embadurnó las mejillas de rojo y se cepilló el cabello casi con furia. Aunque cueste creerlo, el resultado fue realmente encantador.

En cuanto a la entrevista que siguió, resultó como era de esperar.

Capítulo 27 A la luz de las antorchas

Las excentricidades de Omi eran la comidilla de la corte. Todo el mundo opinaba sobre la conducta de la hija que el ministro se acababa de sacar de la manga y casi nadie favorablemente.

—No me gusta nada —decía Genji—. Debía haberla mantenido oculta. No tenía ninguna necesidad de meterla en su casa por la puerta grande y dejar que todos se burlaran de ella. To no Chujo ha actuado siempre de manera impulsiva y probablemente la hizo ir a buscar sin enterarse previamente de cómo era. Y cuando se la encontró aquí, hizo lo que pudo. Esas situaciones requieren mucha discreción...

Esta historia hizo recapacitar a Tamakazura: después de todo, su suerte no había sido tan mala. Si se hubiese acercado a su padre como una extraña, sin tener en cuenta lo que él había estado pensando y sintiendo durante tantos años, se habría expuesto a humillaciones parecidas. Ukon compartía su punto de vista y se lo hizo saber. La joven no aprobaba todo lo que Genji

hacía o decía, pero debía reconocer que, hasta el momento, su «tutor» se había sabido controlar bastante bien.

Era indudable que senda un gran afecto por ella y poco a poco Tamakazura fue perdiéndole el miedo. Finalmente hubo de reconocer que se sentía feliz en el palacio de la Sexta Avenida.

Llegó el otoño y, como suele pasar, los primeros vientos de la nueva estación trajeron consigo pensamientos melancólicos para todos los que vivían en el palacio. Genji se pasaba la vida de visita junto a Tamakazura, y dedicaba la mayor parte del tiempo que pasaban juntos a darle lecciones de música.

Una noche —se estaba acercando la luna nueva y el cuarto menguante lucía en el cielo tras un sutil velo de nubes mientras el murmullo de los juncos ponía tristeza en los corazones— Genji fue a verla según tenía por costumbre. Ambos yacían en el suelo, el uno junto al otro, y reclinaban las cabezas en el koto. El permaneció hasta muy tarde, suspirando y preguntándose si había en el mundo otro afecto comparable al que sentía por la muchacha. Muy a su pesar y por temor a las habladurías, decidió al fin partir a sus aposentos.

Al mirar hacia fuera, advirtió que las antorchas que iluminaban el parque se estaban apagando, y mandó a un criado que las avivara o encendiera de nuevo. Le ordenó también que plantara otras nuevas junto a la casa, bajo la copa de un *mayumi* ^[289] que se arqueaba graciosamente sobre las aguas frescas del arroyo. El resplandor de las teas del jardín, filtrado por las paredes de papel, iluminó suavemente la estancia en que la pareja se encontraba y realzó la belleza de la muchacha, que parecía más hermosa que nunca. Su rostro mostraba una expresión de desconfianza y timidez que aumentaba su encanto. Genji decidió retrasar su partida.

—Siempre deberías tener antorchas ardiendo en las cercanías de tu pabellón —le dijo—. Un jardín a oscuras da miedo... ^[290] Entonces improvisó:

—Las teas arden y mi corazón también
despidiendo nubes de humo, pero el humo de

mi corazón se niega a deshacerse en el aire.

»¿Por cuánto tiempo?

¡Qué extraño poema!, pensó la muchacha, y luego respondió:

—Si el humo de las teas y el de tu corazón son iguales, hay que pensar que uno y otro hallarán su lugar en el cielo.

»Estoy convencida de que estamos dando lugar a habladurías...

—¿Quieres que me vaya? —preguntó él.

Al mismo tiempo, en otra ala de palacio, alguien estaba tocando la flauta con gran destreza, mientras un koto chino lo acompañaba.

—Ese es Yugiri con sus compañeros. Y apuesto a que el del koto es Kashiwagi —observó Genji, parándose a escuchar atentamente—. Sí, es Kashiwagi...

A continuación les envió un mensajero para decirles que la luz de las teas le había mantenido despierto y levantado, y les invitaba a acudir.

Al poco rato se presentó Yugiri con un par de amigos. Todos se instalaron con el canciller en el jardín, a la luz de las antorchas.

—Noté la brisa otoñal en las notas de tu flauta —dijo Genji al joven—, y tuve que pedirte que vinieras para poderte acompañar.

Genji se puso a tocar el koto con suma delicadeza, mientras Yugiri tocaba una melodía en modo *banjiki* [291] con su flauta. Kashiwagi, en cambio, se negó a cantar a pesar de la insistencia de los demás.

—No te hagas tanto de rogar... —le decían los otros.

Su hermano menor, menos tímido, entonó una estrofa y luego la repitió llevando el compás con su abanico, y su voz grave y llena de armónicos hacía pensar en la de algunos insectos como el grillo de los pinos. Finalmente consiguieron convencer a Kashiwagi para que tocara el koto y demostró una maestría sólo inferior a la de su padre.

—Estoy seguro de que dentro del palacio hay alguien con un oído muy fino que sabe apreciar estas cosas —dijo Genji, sin apartar los ojos de la persiana detrás de la cual creía distinguir a su pupila—. ¡Tendré que

hacerme abstemio! Los viejos borrachos suelen decir cosas de las que luego se arrepienten...

Tamakazura les estaba escuchando con la máxima atención y agradeció de corazón al príncipe que pusiera freno a su lengua. La presencia de dos de los visitantes le interesaba profundamente —al fin y al cabo, eran sus hermanos—, y la idea de que ambos ignoraban aún el parentesco que los unía la llenaba de confusión. Kashiwagi parecía el que se sentía más atraído hacia ella, si no estaba ya completamente enamorado. Pero, cualquiera que fuese su estado de ánimo, si se le juzgaba sólo por su manera de tocar era un hombre en paz consigo mismo.

Capítulo 28 El huracán

Aquel año se hizo mucho por mejorar el jardín de otoño que correspondía al pabellón de Akikonomu: con la llegada de la estación preferida de la emperatriz, las plantas que había en él alcanzaron su máximo esplendor. Todos los colores del otoño estaban allí y las pérgolas nuevas, de madera negra y roja, destacaban sobre un fondo suntuoso de hojas doradas y marrones. Aunque las flores eran corrientes, allí tenían otro aspecto infinitamente más sofisticado. Los senderos, cubiertos por el rocío matinal o el del anochecer, evocaban alfombras adornadas con gemas. Aquel jardín hermosísimo parecía prolongarse en los campos otoñales que había más allá de sus límites, y hacía que las mujeres se olvidasen del jardín primaveral de Murasaki que tanto habían admirado pocos meses antes. Estoy segura de que los admiradores del otoño han sido siempre más que los partidarios de

otras épocas del año, y ello aparece ya en los antiguos debates sobre los méritos de las estaciones. Mujeres que habían ponderado en extremo el jardín de primavera, ahora ponían por las nubes el de otoño, porque la naturaleza humana es mudable y tiene poca memoria.

Akikonomu estaba allí y le hubiese gustado organizar un concierto, pero dio la casualidad de que, siendo el octavo mes, se cumplía el aniversario de la muerte de su padre. A medida que el otoño avanzaba, la dama temía cada vez más por sus flores, pero éstas no parecían sino mejorar con el paso de los días y lucían más frescas y esplendorosas que nunca. Hasta que, de pronto, llegó un tifón mucho más violento que los de los últimos años y lo arrasó todo.

El espectáculo de los árboles despojados de sus hojas, y las flores arrancadas y podridas en el suelo resulta siempre descorazonador, pero cuando se da en un jardín tan exquisito como aquel, resulta insoportable. Cierta poeta pedía una gran manga para resguardarse de los vientos de primavera: ¿qué no hubiese dado Akikonomu por disponer de una manga mayor todavía para cortar el paso a las galernas de otoño? Bajo un cielo oscuro y terrible la furia de la tormenta lo devastaba todo, mientras Akikonomu, detrás de sus persianas, lloraba por sus flores de otoño.

El jardín que Murasaki tenía al sureste había sido podado pensando en el invierno, pero los vientos que llegaron fueron más violentos de los que podía soportar el pequeño *kohagi*.^[292] Rompieron y torcieron sus ramas arrasando las gotas de rocío que antes las habían adornado. Cuando Murasaki salió a la galería, halló a Genji jugando con su hijita. Mientras tanto Yugiri se acercó por la galería del este y vio por encima de un biombo bajo que había una puerta abierta en una esquina del vestíbulo principal. La curiosidad le obligó a detenerse para observar a las mujeres que había en el interior del pabellón. Como todos los biombos y mamparas habían sido retirados, nada obstaculizaba el espectáculo que le apetecía ver.

La dama que había junto a la galería le dejó atónito. Era Murasaki. Su noble belleza le hizo pensar en un cerezo silvestre lleno de flores visto a través de las brumas de la primavera.

Entonces algo etéreo se desprendió de ella y envolvió al muchacho de un modo imperceptible. La dama se reía mientras sus azafatas luchaban con las persianas, que el viento agitaba y ponía en peligro, aunque Yugiri estaba demasiado lejos para oír lo que les estaba diciendo. Murasaki, de pie, contemplaba la escena y, en especial, el daño que los vientos habían infligido a todas y cada una de sus queridas flores. Aunque todas las azafatas y criadas que tenía alrededor eran muy bonitas, ni las miró. De pronto entendió la razón por la que Genji le había mantenido siempre alejado de ella y sintió terror. Aquella beldad era irresistible y la única manera de ponerse a salvo de ella era evitándola a toda costa.

Mientras empezaba a retirarse, Genji llegó a través de una de las puertas occidentales, la puerta que separaba las estancias de Murasaki de las de su hija.

—Un viento impaciente y desconsiderado —comentó el canciller—. Tienes que cerrar las persianas. Hay hombres en la casa y podrían verte.

Yugiri se volvió para contemplarlos. Genji, que estaba sonriendo a Murasaki, parecía tan joven y hermoso que Yugiri apenas podía creer que se trataba de su propio padre. También Murasaki estaba radiante. Es imposible que exista otra pareja tan perfecta en el mundo, pensó Yugiri, y no sabía si alegrarse o echarse a llorar. El huracán había arrancado las persianas de la galería y se sentía expuesto a los ojos de todos. Se escondió lo más rápido que pudo y, dando la vuelta a la galería, se presentó ante su padre como si acabase de llegar en aquel instante. Antes de dirigirle la palabra, tosió para advertirle de su presencia. En cuanto su padre advirtió su presencia, dijo a Murasaki:

—¿No te lo decía yo? Deberías andar con más cuidado...

Nunca antes había ocurrido algo como aquello. Sabido es que los huracanes pueden arrancar peñascos, pero nunca antes habían puesto patas arriba la mansión del canciller. Y, sin embargo, Yugiri se lo agradeció en el fondo de su corazón.

Entonces llegaron unos hombres que habían recibido el encargo de reparar los destrozos.

—Y lo peor está por llegar... —dijo uno de ellos—. El viento sopla del noreste, y éste no es el peor lugar de palacio. Pero los establos y el pabellón de los Pescadores peligran mucho... El huracán puede arrasarlos en cualquier momento...

—¿De dónde vienes? —preguntó Genji a Yugiri.

—Del palacio de la abuela —respondió el joven—, pero cuando me llegó noticia del tifón, me preocupé por tu seguridad. La situación en Sanjo es peor que la de aquí y la pobre abuela está temblando como un niño. Si no te importa, regresaré a su lado...

—Sí, hazlo, por favor. Resulta ridículo que, con el paso de los años, nos volvamos cada vez más infantiles, pero así son las cosas y no parece que tengan remedio...

Puso en manos de Yugiri una nota para su abuela. Decía así:

«Estamos padeciendo una tempestad terrible pero pienso que Yugiri te cuidará mejor que nadie.»

Aunque los vientos le atacaron sin piedad mientras se dirigía a Sanjo, el sentido del deber de Yugiri prevaleció. Todos los días fue a visitar a su padre y a su abuela, salvo cuando debía permanecer en la corte. El camino que recorría —incluso cuando sus obligaciones oficiales le mantenían muy ocupado—, empezaba y acababa en su aposento de palacio, y pasaba por el palacio nuevo de su padre y la mansión de Sanjo.

Su abuela le recibió con una alegría inmensa aunque temblaba violentamente.

—¡Soy muy vieja, pero juraría que nunca he visto una tormenta igual!

El viento quebraba y arrancaba gruesas ramas de los árboles, y cada fractura sonaba como una explosión. Los tejados perdían las tejas, que volaban por los aires a merced del huracán, con el consiguiente peligro para los que estaban debajo.

—Eres un muchacho muy valiente...

Yugiri había sido su principal apoyo desde que muriera su esposo. La vida solitaria y monótona de la anciana princesa contrastaba mucho con la que había llevado en tiempos del que fuera, primero, ministro de la izquierda y, luego, gran canciller.

Aunque el mundo no la había olvidado del todo, la situación había cambiado no poco, y en aquellos años finales de su existencia se sentía mucho más próxima a su nieto Yugiri que a su hijo To no Chujo.

Yugiri cayó en un extraño estado de ensoñación mientras escuchaba el rugido de la tormenta. La imagen recién descubierta de Murasaki había borrado la que hasta hacía muy poco llevaba siempre consigo. ^[293] Trató inútilmente de pensar en otras cosas, pero aquella visión regresaba sin parar, y provocaba en él una sensación terrible. ^[294] Estaba convencido de que en el pasado habían existido muy pocas damas capaces de rivalizar con ella en belleza, y en el futuro tampoco habría muchas. Pensó en Hanachirusato, pero no se le podía comparar. ¡Ahora se admiraba de que Genji la hubiese mantenido a su lado siendo tan poco agraciada! Yugiri era un joven decente y sobrio que no se permitía pensamientos licenciosos, pero no pudo dejar de pensar en cuan afortunado sería el hombre que pudiera pasar junto a aquella beldad todos los días y noches de su vida.

Al rayar el alba la tormenta amainó poco a poco, aunque seguían cayendo chaparrones de vez en cuando. Llegaron noticias de que algunas construcciones auxiliares del palacio de la Sexta Avenida habían quedado destruidas. La estructura principal, en cambio, no parecía haber sufrido daños. En cuanto lo oyó, Yugiri pensó enseguida en Hanachirusato, y corrió a interesarse por ella. El palacio y el parque ocupaban una gran extensión de terreno, y el pabellón de Genji, en la zona sureste, había sido construido a prueba de catástrofes, pero el pabellón de Hanachirusato, que se hallaba en la zona noreste, era distinto. Seguramente la pobre dama había pasado mucho miedo.

El joven partió hacia el palacio de Genji antes de que se hubiera hecho de día. El viento tenía aún fuerza suficiente para desviar el agua de la lluvia hacia el interior del palanquín a través de las ventanas, de manera que el único pasajero que lo ocupaba se hallaba sometido a una ducha helada intermitente. Las calles parecían tan desoladas como el cielo, y en su interior notaba también Yugiri una sensación extraña y desconocida hasta entonces, que parecía acercarlo a la locura.

En cuanto llegó al palacio de su padre, se dirigió corriendo al pabellón noreste, y allí encontró a Hanachirusato aterrorizada y exhausta. Hizo cuanto pudo para calmarla, y dio órdenes para que se procediera de inmediato a las reparaciones imprescindibles. Luego fue al pabellón de Genji, que se alzaba en la parte sureste del parque. Todavía no habían levantado las persianas. Yugiri se apoyó en la balaustrada, y examinó los daños sufridos en los alrededores. El ventarrón había arrancado de cuajo árboles enteros, y sus ramas cubrían el jardín. Las flores se habían perdido en su casi totalidad, y los escombros —restos destrozados de tejas, persianas y cercas— se acumulaban formando montones sobre la mayor parte del suelo. El cielo, cubierto de negros nubarrones, presentaba aún un aspecto sumamente amenazador mientras algunos rayos de pálida luz solar se filtraban a través de las rendijas de la capota celestial, y hacían relucir las gotitas de agua que lo cubrían casi todo. Yugiri tosió levemente para anunciar su presencia.

—Yugiri está aquí —dijo la voz de Genji—. Y todavía no es de día.

Alguien contestó, pero el muchacho no oyó la respuesta. Genji rió, y dijo a su vez:

—Tú y yo hemos tenido mucha más suerte que la mayoría de las parejas. Nunca hemos sabido qué significa verse obligados a separarse al apuntar la aurora y, después de tantos años, no creo que estemos dispuestos a cambiar de costumbres. Pero hoy tendré que dejarte.

Aquella conversación de alcoba llenó de angustia a Yugiri. Aunque el joven no pudiera oír las réplicas de Murasaki, las divertidas respuestas de Genji ponían de manifiesto lo unidos que estaban ambos, y aquella unión parecía a prueba de cualquier interferencia. El propio canciller levantó las persianas, y Yugiri se apartó de un salto porque no quería ser sorprendido tan cerca de la pareja.

—¿Qué me cuentas del palacio de tu abuela? —preguntó a su hijo—. Supongo que se alegró mucho de verte.

—Pareció complacida. Lloró mucho, pero ahora llora con suma facilidad.

Genji sonrió:

—No le quedan muchos años de vida —dijo—. Debes portarte bien con ella... ¡En los últimos tiempos la pobre anciana tiene tantas quejas de su hijo mayor! To no Chujo la acusa de indiscreta, y le amarga la vida con sus recriminaciones. El caso es que el ministro se preocupa demasiado de lo que la gente piensa de él, y, en relación con su madre, siempre ha querido exhibirse como un ejemplo sin parangón de devoción filial... Pero, entre tú y yo, la realidad es muy distinta. No quiero, sin embargo, criticarlo, porque es un hombre de inteligencia superior, con más virtudes y méritos de los que esta época miserable merece... Es guapo, buen músico, culto, y está siempre bien informado. ¡Lástima que sus sentimientos pequen de superficiales! Claro está que todos tenemos algún defecto... Pero hay que reconocer que tu tío resulta a veces de trato incómodo, aunque su gran valía esté fuera de dudas... ¡Qué terrible huracán! Me pregunto si los hombres que atienden a la emperatriz cumplieron con su deber.

Para asegurarse de ello, envió a Yugiri con una carta que decía así:

«¿Cómo te han tratado los vientos aulladores? Yo me encontré indispuerto durante los peores momentos del tifón, de manera que no estuve demasiado atento al bienestar de los demás. Te ruego que me perdones.»

A la luz de las primeras horas de la mañana, Yugiri parecía casi tan hermoso como su padre mientras se dirigía al ala suroeste, donde se encontraba el pabellón de Akikonomu. Desde la galería del ala sur pudo observar que habían abierto dos ventanas y levantado algunas persianas en el cuerpo principal del palacio. A través de ellas contempló algunas mujeres en el interior, todavía medio en penumbra. Dos o tres muchachas habían salido al exterior y estaban apoyadas en la balaustrada. ¿Quiénes podían ser? Aunque iban vestidas de diario, parecían muy elegantes con sus atuendos multicolores que la luz aún tenue de la mañana destacaba.

Pronto halló la respuesta al enigma: Akikonomu había enviado al jardín unas cuantas jovencitas con su colección de jaulas de cigarras para que los insectos disfrutaran de su desayuno diario de gotitas de rocío. Mientras tanto cuatro o cinco niñas más, provistas de cestas, andaban entre los parterres maltratados, y buscaban flores que hubiesen sobrevivido a la tempestad para hacer ramilletes con los que adornar las estancias interiores.

Llevaban túnicas de color espliego, rosa y granate, y *uchikis* de un amarillo verdoso forrados de verde, todos ellos colores de otoño. En el curso de sus tareas aparecían y desaparecían entre las brumas matinales, y el efecto era mágico. Se hubiese dicho que la brisa traía consigo hasta el joven madrugador vapores perfumados procedentes de los bancales, como si las mangas de Akikonomu los hubiesen acariciado.

Yugiri se paró, pensando que no podía seguir adelante sin anunciarse. El joven les hizo saber su presencia discretamente, y las mujeres se dispersaron. Cuando era un niño aún, siempre que Akikonomu estaba en la corte, disfrutaba de libre acceso a sus estancias. Tampoco en aquella ocasión las mujeres, acostumbradas a su presencia, le trataron como a un extraño. Una vez entregada la carta de Genji, se puso a conversar con «viejas amigas» como Saisho no Kimi y Naishi. A pesar de la aparente informalidad que dominaba el ambiente, Akikonomu era muy estricta en cuestiones de disciplina. Al pensar en ella y en sus modales rígidos, el joven no pudo evitar compararla con un par de damas que pesaban sobre su corazón.

De regreso a los aposentos de Murasaki, halló todas las persianas levantadas. La dama estaba contemplando sus queridas flores, las flores que no se pudo quitar de la cabeza durante la noche anterior, y que, en su mayoría, habían sido devastadas por el tifón. Yugiri entregó a su padre la respuesta de la emperatriz, en la que reprochaba discretamente al canciller su ausencia de la noche anterior.

—Su majestad confiaba en que tú la protegieses de la tormenta —dijo el mensajero a Genji—, aunque ahora se siente un poco incómoda consigo misma por haber tenido tanto miedo de los vientos la noche pasada. Me ha dicho que tu carta la ha confortado mucho.

—Hay que reconocer que no es una dama muy valiente —repuso Genji—, y estoy seguro de que se sintió muy desprotegida al tener sólo mujeres a su alrededor. Temo que esté algo enojada conmigo.

Cuando Genji levantó la persiana para entrar en el apartamento y ponerse el traje de corte, Yugiri vislumbró unas mangas femeninas que asomaban por debajo de un *kichó* que estaba junto a la puerta. No le costó

mucho adivinar a quién pertenecían. Su corazón se disparó en el acto. Muerto de vergüenza, miró hacia otro lado.

—Mira que hermoso parece mi hijo a la luz de la mañana —comentó Genji a Murasaki, arrodillado delante del espejo—. Claro que soy su padre y, por tanto, no se me puede exigir objetividad. Tal vez a otros parezca un muchacho como otro cualquiera... Pero sigo pensando que es un mozo francamente apuesto... aunque *muy joven* todavía.

Hubo un largo silencio, durante el cual pareció que Genji se estaba mirando intensamente en el espejo, como si buscara marcas de vejez en su rostro. Al no encontrarlas, respiró aliviado. Estaba un poco nervioso.

—Debo reconocer que el trato con su majestad me resulta siempre un tanto incómodo —explicó—. No se puede decir que me intimide, pero se muestra siempre tan reservada... Aunque por fuera parece muy amable, por dentro se diría que no para de juzgarte...

Al salir al jardín halló a Yugiri tan ensimismado y meditabundo que no se dio cuenta de la presencia de su padre. Sorprendido por su actitud, Genji dio la vuelta y regresó al interior.

—¿Crees que te vio ayer por la noche en medio de tanta confusión? —preguntó, inquieto, a Murasaki—. Habíais dejado la puerta de la esquina abierta... [295]

—¿Cómo quieres que me haya visto? —le contestó Murasaki, sonrojándose—. No había nadie fuera.

Todo parece muy raro, se dijo Genji, y fue a ver a la emperatriz. Mientras ambos departían las azafatas que se encontraban en la galería intentaron hablar con Yugiri, pero el joven se mostró sorprendentemente retraído. Cuando hubo terminado de visitar a Akikonomu, Genji se dirigió a los aposentos de la dama de Akashi. Aunque no había hecho llamar a su mayordomo, había entre sus azafatas tres o cuatro que destacaban por sus conocimientos de jardinería. Ahora estaban arreglando su jardín, también dañado por el tifón. Jovencitas casi niñas limpiaban y ordenaban los parterres de gencianas y dondiegos de día, mientras la dama, instalada en la galería, improvisaba en el koto. Genji se admiró de la manera en que la dama se ocupaba de la parte de terreno que le había sido asignada. Al oírle

llegar, la madre de su hija se echó encima un *uchiki* y salió a recibirlo. Genji se sentó a su lado, se interesó por sus experiencias durante la «noche terrible» y continuó su recorrido.

La dama de Akashi, decepcionada por su corta visita, musitó este poema:

—Incluso el viento que silba entre las
hojas de las cañas me hace más compañía
durante las noches solitarias de otoño.

Tamakazura pasó gran parte de la noche aterrada, de manera que, cuando finalmente logró conciliar el sueño, durmió hasta muy tarde. Genji la encontró recién levantada y en plena *toilette*. Al verla, impuso silencio a sus hombres, y se acercó a ella por detrás sin hacer ruido. En una esquina se acumulaban biombos y mobiliario, y la estancia parecía patas arriba. A pesar de todo, el sol entraba a raudales, y Tamakazura, contrastando con tanto desorden, estaba preciosa. Genji se sentó cerca de ella para interrogarla, y, una vez más, no pudo evitar ciertas sugerencias que ponían nerviosa a la muchacha.

—Te has comportado conmigo de tal modo que ayer por la noche supliqué al viento que se me llevara consigo —le dijo la joven.

Genji encontró divertida la frase, y le respondió:

—Muy propio de ti... ¿Ya dónde querías que el viento te transportase? Porque imagino que pensabas en algún destino concreto. Espero que tu corazón se haya tranquilizado, aunque temo que cada día te gusto menos... ¿Me equivoco? Muy bien. Tal vez las cosas deban ser así.

Tamakazura, divertida, admiró una vez más la franqueza con que Genji ponía en palabras lo que ella pensaba. Y cuando ambos se echaron a reír, su rostro parecía más atractivo y encantador que nunca, mientras la cabellera oscura brillaba como las negras bayas del *hozuki*. ^[296] Si Genji hubiese querido descubrir algún defecto en la joven, quizás habría señalado su sonrisa *demasiado* radiante, pero era un defecto mínimo.

Mientras ambos seguían conversando en la mayor intimidad, Yugiri deseó contemplar a Tamakazura con mayor detenimiento, de manera que se

acercó a un *kichó* que le ocultaba a las miradas de la pareja, y levantó la punta de su cortina. Allí estaba Tamakazura, tal como él pensaba, bromeando abiertamente con Genji. Yugiri quedó atónito. Por más que Genji siguiera albergando sentimientos de padre cariñoso, una dama de la edad de Tamakazura ya no se deja abrazar por su padre *de aquel modo*. El muchacho temía que al canciller lo descubriera, pero al fin pudo más en él la curiosidad que el temor. La muchacha se apartó del hombre y fue a refugiarse detrás de un pilar, pero Genji la atrajo hacia sí, y la cabellera de la joven le cubrió la cara, ocultándola a los ojos de Yugiri. Aunque se la veía algo incómoda, lo cierto es que dejó hacer a Genji. Era obvio que entre ambos existía una amistad muy íntima.

Yugiri no salía de su asombro. Era indudable que Genji lo sabía casi todo sobre el sexo opuesto, y quizás el hecho de que no hubiese podido estar junto a su hija durante la infancia había determinado que sus sentimientos hacia ella se tiñesen luego con los colores del amor. Tal vez era incluso *natural*, pero le pareció repulsivo. Ante lo que acababa de presenciar Yugiri se sintió avergonzado, casi como si tuviera alguna responsabilidad en el asunto. Y, sin embargo, Tamakazura era *sólo* su media hermana... Pensándolo mejor y para ser franco consigo mismo, ¿acaso no se sentía también él tentado por sus gracias? Porque la joven era extremadamente atractiva, tal vez no tanto como la dama que acababa de conocer, pero su belleza radiante ponía una sonrisa de placer en la boca de quienes la contemplaban. Yugiri pensó en un sinfín de *yamabuki* resplandecientes de rocío a la hora del crepúsculo. Era una imagen de primavera, que no de otoño, pero fue la primera que asaltó su mente. Más todavía: aquella muchacha era mucho más hermosa que los *yamabuki*, pues estas plantas suelen carecer de su delicada pureza.

La conversación de ambos era un susurro. Resultaba obvio que ignoraban que alguien les espiaba. De pronto Genji se levantó con rostro serio, y repitió un poema que la muchacha acababa de improvisar en voz tan queda que Yugiri no lo había oído:

—Ante los ataques del huracán violento tiembla la flor virginal, temerosa de que haya llegado el instante de morir y desaparecer para siempre.

El poema que acababa de oír fascinó y asqueó a Yugiri, pero aún le llenó de mayor desazón la respuesta de su padre, hasta el extremo de que quiso creer que no la había entendido bien:

—Si la flor virginal se confía al rocío que gotea de la copa del árbol protector, no hay razón para que tema la violencia del huracán.

»Basta con que imites a esos dóciles bambúes...

Yugiri escapó en el último momento, y el canciller salió de los aposentos de su pupila sin verle, con la intención de visitar a Hanachirusato. Como el tiempo había refrescado mucho y la dama no esperaba visitas, sus criadas más ancianas estaban cortando y cosiendo, mientras las más jóvenes colgaban colchas y *uchikis* de invierno de *kichós* de madera lacada. El suelo de la estancia estaba lleno de piezas de seda marrón y de fino brocado estampado según la última moda.

—¿Estáis cosiendo túnicas para Yugiri? —preguntó el canciller—. ¡Es una lástima, porque seguramente habrá que suspender la gran fiesta que se estaba preparando en el palacio imperial! Y todo por culpa del huracán que nos ha asolado... ¡Qué otoño más malo estamos teniendo!

Genji admiró los tejidos elegidos, y llegó a la conclusión de que, en cuestión de buen gusto, Hanachirusato no tenía mucho que envidiar a Murasaki. Destacaba un pieza de tela estampada con diseños florales, que acababa de salir del tinte, y que estaba destinada, según le informaron, a convertirse en un *uchiki* informal para el propio Genji. Los tintes parecían insuperables.

—Creo que le quedaría mejor a Yugiri —dijo al partir—. Me parece demasiado juvenil para mí...

Yugiri estaba harto de acompañar a su padre en su ronda de visitas. Debía despachar unas cartas, y muy pronto sería ya mediodía. Sin decir nada a su padre, se dirigió a los aposentos de su hermana, la niña de Akashi.

—Todavía está con la señora —le informó el ama—. Ha pasado tanto miedo esta noche con la tormenta que esta mañana no había manera de sacarla de la cama...

—Fue un huracán terrible y quise permanecer aquí, pero mi abuela está muy delicada y hube de ir a hacerle compañía. ¿Cómo han sobrevivido nuestras casitas de muñecas?

Las mujeres que servían a la niña se echaron a reír.

—¡Pobre criatura! —dijo una de ellas—. Es tan miedosa que incluso el aire que produce un abanico la asusta. Y la noche pasada llegamos a temer que el tejado que cubría nuestras cabezas echara a volar...

Yugiri pidió recado de escribir, y una criada abrió un armario de su señora y le trajo unos rollos de papel y la caja de los pinceles y la tinta. Yugiri protestó: el papel era demasiado fino y caro. ¡Claro que pertenecía a la pequeña de Akashi, sobre cuyo futuro se hacía el canciller tantas ilusiones! Al fin dejó de lado sus escrúpulos y se decidió a usarlo, y, tomando una hoja de color púrpura pálido, deshizo la tinta en agua, eligió un pincel del grosor adecuado, respiró profundamente para infundirse ánimo y se puso a escribir. Pero el poema que compuso no acabó de gustarle: resultaba demasiado formal y académico. Decía así:

«Incluso en una noche de tormenta como
la de ayer, fui incapaz de olvidar a la que está
siempre presente en mi recuerdo.»

A continuación dobló el papel y lo ató a una ramita que el huracán había desgajado. Las mujeres comentaron, en tono de reproche, que el teniente de Katano, héroe de su novela favorita, *siempre* procuraba que las hojas o las flores que acompañaban sus notas tuvieran el mismo color que el papel.

—Demasiado sutil para mi gusto —les contestó el joven—. ¿Qué planta o flor me aconsejaríais, vosotras que sois tan entendidas en la materia?

No era aficionado a perder el tiempo charlando con aquellas mujeres y procuraba mantenerlas a distancia. Luego escribió otra nota, y confió ambas al oficial de caballería Urna no Suke, el cual, de acuerdo con sus instrucciones, las hizo llegar a un pajecito y a un miembro de la guardia muy serviciales. Las azafatas de la niña se preguntaban quiénes era las destinatarias de aquellas cartitas. Mientras tanto, se ocupaban poniendo en orden y limpiando los aposentos de su ama. Yugiri, que en el curso de la mañana había tenido ocasión de admirar unas cuantas bellezas de primer orden, se preguntaba a qué flor merecía ser comparada su hermanita. Lo cierto es que, hasta entonces, nunca le había interesado mucho, pero ahora se arrodilló en un rincón detrás de un *kichó* y buscó una abertura entre las cortinas.

La niña entró en la estancia. Entre los ojos curiosos de Yugiri y su hermana se acumulaban muebles y enseres de todas clases y desfilaban las criadas de un lado a otro sin parar, dificultando no poco su visión. Estaba preciosa: era pequeñita aún, pero el atuendo del color del espliego y la melena que todavía no le llegaba a los pies pero se desparramaba por encima de su espalda como un abanico oscuro la favorecían mucho. ¡Cuánto había cambiado en los dos años que había pasado sin verla! Pronto sería una mujer realmente preciosa... Recordaba que las dos mujeres que acababa de admirar le habían hecho pensar en los cerezo en flor y los *yamabuki*: ¿por qué no comparar a su hermana con las glicinias? ¿Existe nada más elegante que las glicinias descolgándose de lo alto de un árbol y balanceándose a merced de la brisa? Sería maravilloso pasar la vida en la contemplación de aquellas tres beldades... Y no había razón alguna para no hacerlo, pues las tres «eran de su familia». Pero Genji pensaba de otro modo, y quería mantenerle alejado de ellas a toda costa. ¿Por qué tenía su padre tanto interés en hacerle sufrir y mantenerle en un estado de angustia permanente?

Cuando llegó a Sanjo, encontró a su abuela entregada a sus devociones. Tenía a su alrededor más azafatas y criadas que nunca, pero no podían competir en belleza, elegancia y maneras con las que había en el palacio de

Genji. Claro que había que considerar ya la mansión de Sanjo casi como un monasterio...

Al anochecer, cuando se encendieron las linternas, To no Chujo se presentó con la intención de conferenciar con su madre. Una vez más la anciana le recibió con llantos y recriminaciones.

—¿Por qué me has quitado a Kumoi? —le dijo al verle.

—Muy pronto te la enviaré para que puedas verla —le respondió su hijo—. Se ha complicado la vida con un montón de problemas, de los cuales ella es la única responsable, y ha adelgazado mucho últimamente. Tanto, que nos tiene a todos francamente preocupados. ¡A veces pienso en lo afortunados que son los hombres que no tienen *hijas!*

To no Chujo hablaba como si se sintiera todavía profundamente agraviado, de manera que su madre prefirió cambiar de tema.

—¿Sabes que recientemente he encontrado *otra* hija? —le dijo él, sonriendo con amargura—. Bastante rústica y difícil de manejar, por cierto.

—¡Sorprendente! —dijo la anciana, con no poca sorna—. Nunca hubiese pensado que un hombre de tus prendas pudiera engendrar una hija de tales características...

—Cosas que ocurren... —contestó él (o, al menos, eso dicen)—.Tengo que presentártela cuanto antes, porque, con sus virtudes y defectos, no deja de ser *tu nieta*.

Capítulo 29 La cacería imperial

Genji hubiese deseado resolver el problema de Tamakazura, pero su amor secreto hacia ella se interponía invariablemente en cuanto estaba a punto de tomar una decisión. Todo apuntaba a que los temores de Murasaki no carecían de fundamento, y que pronto estallaría un sinfín de rumores escandalosos sobre la «última pasión» del canciller. A pesar de sus defectos, To no Chujo era, en cambio, un hombre que se había caracterizado siempre por su claridad y coraje a la hora de afrontar la opinión pública. Odiaba los subterfugios y el disimulo. ¡Qué papel más ridículo le tocaría hacer, pensaba Genji, el día que su amigo y cuñado se enterara de todo!

Estaba previsto celebrar una cacería imperial en Oharano ^[297] durante el mes duodécimo. Las damas del palacio de la Sexta Avenida partieron en un carruaje, como todas las demás, a presenciarla. El cortejo —realmente espléndido, incluso tratándose de una excursión imperial— salió de palacio muy temprano, y avanzó primero hacia el sur, por la avenida Suzaku, y luego hacia el oeste, por la de Gojo. El camino que llevaba al río Katsura se llenó de coches. Príncipes y altos funcionarios se habían puesto sus mejores galas. Lo mismo podía decirse de los guardias y pajes, y se había procurado que todos fueran de talla similar para que el efecto general resultase más estético. Ministros (encabezados por el de la derecha, el de la izquierda y el del centro), consejeros y toda la corte, casi sin excepción, se habían volcado en el acontecimiento, y los que pertenecían a los rangos más elevados llevaban túnicas amarillas y espléndidos *uchikis* de color lavanda. Incluso el

cielo parecía querer estar a la altura del acontecimiento, y solamente caían algunos copos de nieve. Los príncipes y cortesanos que portaban los halcones ^[298] llevaban vestidos de caza hermosísimos, y los halconeros de la guardia que les acompañaban no les iban a la zaga, con sus ropas espectaculares de estampados llenos de fantasía. El espectáculo resultaba grandioso y poco corriente, y los espectadores se peleaban por encontrar un sitio desde el cual contemplarlo a placer. Algunos carruajes de damas de poca monta acabaron con las ruedas rotas, mientras los coches ocupados por las personalidades más relevantes se congregaron junto al puente flotante.

También Tamakazura, la joven dama del ala occidental, se hallaba entre los espectadores. Al observar las indumentarias espléndidas del cortejo y compararlas con las del emperador, que se había vestido de rojo para la ocasión y cuya actitud era la encarnación de la dignidad, pues evitaba mirar tanto a la derecha como a la izquierda, llegó a la conclusión de que nadie podía rivalizar en porte y elegancia con el soberano. También se hallaba presente su padre To no Chujo (aunque casi nadie, empezando por el propio interesado, sabía que lo era). Su apostura y majeza estaban fuera de duda, pero en su indumentaria se había tenido que adaptar a la que, por su cargo de ministro del centro, le correspondía. Sin embargo, resultaba con mucho el más hermoso de los cortesanos, aunque los ojos de la muchacha no podían apartarse del palanquín imperial. En cambio, los generales y altos oficiales de la guardia por los que no paraban de suspirar casi todas las mujeres que asistían al acto, la dejaban completamente indiferente. No cabía la menor duda: el emperador era el más digno de verse entre todos, aunque Genji, que se sentaba a su lado en el coche imperial, se le parecía tanto que hubiese sido fácil confundirlos. Tamakazura tuvo la impresión de que, al menos en aquel momento, el emperador le aventajaba en belleza. Resulta inconcebible dar con un hombre de aspecto más espléndido.

Siempre había creído, pensando en Genji y Yugiri, que los hombres pertenecientes a familias de alcurnia eran más guapos y apuestos que los demás, pero el espectáculo del día la hizo recapacitar. Comparados con Genji y el emperador, los demás hombres del cortejo parecían

absolutamente vulgares. También estaban presentes sus admiradores el príncipe Hotaru y el general Higeкуро, este último tan solemne como siempre con su uniforme de gala, casco y aljaba llena de flechas. Tenía la piel de la cara oscura y llevaba una poblada barba: había algo de excesivamente viril en él que disgustaba a la muchacha, aunque no podía esperarse que aquel militar rudo (ni seguramente militar alguno) pudiera satisfacer las exigencias de su exquisita femineidad. Al verlo pasar, le miró con el desprecio pintado en el rostro. Pocos días antes Genji había sugerido que fuese al palacio imperial, y Tamakazura, aunque era consciente de las humillaciones e insultos que con frecuencia debe soportar una dama de la corte, empezó a pensar que, después de todo, tal vez no resultara tan desagradable servir al emperador, aunque en modo alguno como una concubina más.

El desfile llegó a Oharano, y los cortesanos hallaron las tiendas ya instaladas. En su interior cambiaron su indumentaria de aparato por atuendos más sencillos y adecuados para una cacería. La mansión de la Sexta Avenida les invitó a todos a vino y frutas. Aunque el emperador había invitado al canciller a unirse a los cazadores, Genji le hizo saber que se hallaba bajo los efectos de un *mono-imi*, ^[299]y que, por tanto, no resultaba conveniente que acompañara a los demás. En vista de su negativa, le envió una rama llena de hojas a la que habían atado unos cuantos faisanes. No transcribiré punto por punto el contenido de la carta imperial, y me limitaré al poema:

«Entre las nieves que cubren el monte
Oshio anduviste otras veces siguiendo las
huellas del faisán silvestre. ¿Por qué no
ahora?»

Es muy probable que por vez primera en la historia un emperador invitara a un canciller a unirse a una cacería imperial. Me atrevería a jurar que el hecho no tiene precedentes en nuestras crónicas. Genji recibió el mensaje con gran ceremonia, y contestó en estos términos:

«La nieve que cubre el suelo plantado de pinos del monte Oshio, no ha tenido hasta hoy la fortuna de ver alguien tan relevante como tú.»

Eso es, más o menos, lo que recuerdo de aquel día, y pido perdón a los lectores si mis transcripciones de los poemas no son estrictamente fieles a los originales.

Al día siguiente Genji escribió a Tamakazura:

«Ayer viste al emperador. ¿Estarías dispuesta a servirlo, tal como te propuse no hace mucho?»

La carta era abierta, familiar y amistosa, y había sido escrita en una hoja de papel blanco. A diferencia de las que estaba acostumbrada a recibir de su tutor, el texto era claro y directo y no contenía insinuaciones de ninguna clase. La dama la leyó varias veces, sonrió y dijo para sí: «¡Qué disparate!», aunque se admiró una vez más de lo bien que, durante la ceremonia del día anterior, había adivinado sus pensamientos el canciller. Respondió:

«Lo cierto es que aún estoy bastante confusa...

»Había niebla y el cielo matinal estaba cubierto de nubes. La nieve no dejaba de caer. En tales circunstancias, ¿cómo iba a poder ver el resplandor del cielo?»^[300]

A Genji le faltó tiempo para enseñar la carta a Murasaki.

—Ya ves que le he sugerido que se vaya a la corte —le dijo—, aunque ya tengo allí a la emperatriz, y quizás resulte imprudente enviar otra dama tan pronto. Por otra parte, si revelo el secreto a su padre, piensa en las complicaciones que le crearé teniendo en cuenta que acaba de encontrar otra hija hace cuatro días. Las muchachas que se sienten libres para actuar según su gusto, suelen desear ardientemente ir a la corte, una vez han visto el rostro del emperador.

—¿No crees que, por más hermoso que sea el soberano, las muchachas *comme il faut* deberían mostrarse más recatadas? —observó Murasaki.

—Te aseguro que, si le vieras, tú serías la primera en sucumbir a sus encantos —le contestó Genji, de buen humor.

Y escribió a Tamakazura este poema:

«El resplandor que emana de su persona
oscurecería un cielo sin nubes. ¿Acaso fuiste
cegada por la blancura de la nieve?

»¡Decídete de una vez!»

Genji pensaba que se saldría con la suya una vez concluida la ceremonia de iniciación de la joven, y empezó a hacer los preparativos. Para que nada fallase, se puso a coleccionar obras maestras de los mejores artesanos del país. Todas las ceremonias en que participaba el canciller solían resultar espectaculares, incluso si no se había ocupado él personalmente de los preparativos, y ahora no hacía otra cosa que atender a los detalles más nimios. Había decidido que aprovecharía la ocasión para revelar el secreto a To no Chujo.

Eligió para ella el segundo mes. El mero hecho de que una dama alcance la edad adulta y haya despertado el interés de la sociedad no exige forzosamente que sea presentada a los dioses si sigue viviendo en su casa. En esta situación un tanto ambigua se encontraba por aquel entonces Tamakazura. Pero si el proyecto de hacerla entrar en palacio que Genji estaba considerando seguía adelante, el dios de Kasuga, patrón de los Fujiwara, podía sentirse molesto. Había, pues, que dar a conocer quién era realmente la joven. Su tutor se sentía incómodo porque temía que, una vez se supiera la verdad, se ganaría la fama de embustero e hipócrita al haber tardado tanto en revelarla. Empezó a pensar en medidas alternativas, entre ellas la de adoptarla formalmente. Pero llegó a la conclusión de que el vínculo de sangre que une a padres e hijos no debe cortarse así como así. Había que contárselo todo a To no Chujo.

Empezó por invitarle a la ceremonia, y le propuso que se encargara de un acto concreto de la misma: la imposición del delantal ritual a la muchacha, pero se le respondió que la princesa Omiya estaba muy enferma desde el año anterior y que no parecía mejorar. En estas circunstancias, no

procedía que su hijo mayor, To no Chujo, compareciera en ceremonias de ninguna clase. También Yugiri estaba viviendo en Sanjo, completamente entregado al cuidado de la anciana. ¿Qué hacer? Todo es incierto en esta vida. Si la princesa Omiya fallecía, y Tamakazura no tomaba parte en las ceremonias fúnebres ni llevaba luto por ella, sería culpable de sacrilegio ante los dioses. Había que informar a la princesa, y Genji partió hacia la mansión de Sanjo con este propósito. Ahora ya no podía desplazarse de incógnito, y sus visitas iban acompañadas de tanto fasto como una cacería imperial. En cuanto le vio, tan hermoso que parecía un dios, la princesa Omiya dejó de sentir dolores y se levantó de la cama para darle la bienvenida. Aunque se sentía muy débil y hubo de apoyarse en un reclinatorio, aún se expresaba con claridad.

—¡Cuánto me alegro de ver que no estás tan enferma como yo pensaba! —le dijo Genji—. Seguramente me han informado espíritus timoratos y alarmistas. Tengo que confesar que temía lo peor. En estos últimos tiempos llevo una vida que muchos tildarían, con razón, de indolente y ociosa. Casi no voy a la corte y no salgo de casa, como si no tuviera obligaciones para con el país. Hay hombres a los que los años y los achaques no impiden seguir trabajando. Yo, en cambio, que ya nací con pocos méritos, he añadido últimamente la pereza a mis múltiples defectos.

—Hace ya tiempo que me di cuenta de que estaba enferma de vejez —respondió la anciana princesa—, pero desde principios de año espero morir de un momento al otro. He llorado mucho al pensar que quizás nunca más volvería a verte, pero ahora estás conmigo, y se diría que mi propia muerte me parece más lejana. He vivido muchos años, y no tengo ganas de vivir muchos más. Poco a poco he ido preparándolo todo. Tan sólo Yugiri me mantiene todavía unida al mundo: siempre se ha mostrado extraordinariamente amable y atento conmigo, y sus problemas son lo único que de veras me preocupa.

Le temblaba la voz, y sus lamentos no eran los que suelen proferir todos los viejos del mundo, sino que parecían brotar de lo más profundo de su corazón, de modo que, al oírlos, Genji se conmovió profundamente. Estuvieron conversando largo rato del presente y del pasado.

—Supongo que tu hijo te visita con frecuencia —le dijo Genji—. Me hubiese gustado mucho encontrarle hoy aquí a tu lado. Hace tiempo que quiero hablar con él de un asunto, pero no resulta fácil hallarlo si no es para tratar de temas verdaderamente importantes.

—Le veo poco —dijo la anciana—, tal vez porque, aunque él lo negaría si estuviese presente, no es precisamente un modelo de devoción filial. ¿De qué quieres hablar con él? Yugiri tiene razones de sobra para estar molesto. Como yo misma he dicho mil veces a mi hijo: «No deberíamos seguir hablando del asunto, quiero decir de lo que ocurrió entre los niños, pero los rumores que corrieron por la corte, y que os han convertido en enemigos, están aquí, y no hay quien los haga desaparecer. ¡Todos te lo reprocharán!» No tiene sentido empeñarse en mantener separados a Yugiri y Kumoi: To no Chujo sólo conseguirá ponerse aún más en ridículo. Pero no es hombre fácil de tratar, y aún no se ha dado cuenta de lo débil de su posición.

Al comprobar que aquella buena mujer no podía quitarse a Yugiri de la cabeza, el canciller sonrió:

—Tenía entendido que tu hijo es partidario de aceptar los hechos consumados, pero no parece que sea así. En cierta ocasión le lancé algunas indirectas sobre el tema, pero luego me arrepentí de haberlo hecho porque sólo sirvieron para que él descargara sus iras sobre mi hijo. Para que las cosas estén limpias no hay como lavarlas, dice el refrán, y me asombra que no haya dejado que el agua se encargara de ponerlo todo en su sitio. Claro que el refrán sólo es una media verdad. Existen cosas que se resisten a ser lavadas, pero que empeoran con el paso del tiempo si nadie toma la decisión adecuada. Lamento profundamente todo lo que has tenido que sufrir por culpa de esta historia.

«Cambiando de tema, hay una muchacha de cuya existencia en el mundo tu hijo es el único responsable, y que, por razones que no vienen al caso, me ha tocado a mí ocuparme de ella. Al principio yo desconocía la verdad, pero reconozco que no actué con la diligencia debida para llegar a descubrirla. Tengo muy pocos hijos, como tú sabes, y quise convencer a la muchacha de que, si ella estaba dispuesta a aceptarlo y se sentía cómoda en mi casa, la consideraría una hija más. Seguramente no me esforcé lo

bastante para que se sintiera como un miembro de mi familia, y el tiempo fue pasando. Un día —ignoro cómo ocurrió—, el emperador me hizo llamar.

»El soberano me dijo confidencialmente que estaba muy preocupado por la manera como funcionaban las cosas en su palacio. Si falta en el gineceo una persona competente y con carácter, las mujeres viven en perpetuo estado de desorientación. De ahí que el cargo de intendente de la cámara imperial, vacante en los últimos tiempos, tenga una importancia decisiva. Y no es que falten candidatas, pero son demasiado mayores o no acaban de gustar al emperador. Siempre se dio preferencia a damas de alcurnia con pocas cargas familiares. Claro está que también se tienen en cuenta la inteligencia y los méritos de la dama, así como el hecho de que haya servido fielmente en cargos de menor importancia, pero ninguna de las candidatas actuales reúne todos estos requisitos, de modo que estaría dispuesto a aceptar a una dama joven que empiece a llamar la atención en la corte.

«Inmediatamente se me ocurrió que la joven de que te acabo de hablar resultaba idónea para ocupar este puesto, y me pregunté qué le parecería a tu hijo proponerla al emperador. Todas las damas que van a la corte albergan la secreta esperanza de ganarse el afecto del soberano, pero, en su gran mayoría, no quieren saber nada del trabajo que supone ocuparse de algo tan importante como la supervisión del funcionamiento de la vida de palacio. La muchacha de que te he hablado reúne todas las condiciones necesarias para triunfar en el cargo. Con esta idea en la cabeza, me puse a hacer más averiguaciones sobre su origen, y, atendida su edad y otras circunstancias que te ahorro, llegué a la conclusión de que es hija del ministro del centro. Quisiera tratar de este asunto abiertamente con él. No le estoy pidiendo una conferencia formal y solemne, sino algo mucho más sencillo. Cuando le escribí para que señalara día y hora para una entrevista, me contestó alegando que tu enfermedad le mantenía demasiado ocupado. Con suma satisfacción compruebo ahora que no estás tan enferma como mis agentes me dieron a entender, e insisto en que quiero hablar con él. ¿Te importaría hacérselo saber, por favor?

—¡Qué curioso! —dijo la anciana—. ¡Me resisto a creerlo! Me consta que en los últimos tiempos se ha dedicado a recoger niñas que aseguraban ser sus hijas, con muy poca fortuna, por cierto. Me sorprende que ésta «se equivocase» de padre. O que fuera a parar *al padre equivocado*, que viene a ser lo mismo. ¿Acaso ignoraba la verdad?

—Todo tiene su explicación —contestó el canciller—. Estoy convencido de que él sabe mucho más que todos nosotros. Son cosas que suelen pasar cuando uno se mezcla con gentes de clases inferiores, y hay mucho escrito sobre casos parecidos. Ni siquiera se lo he contado a Yugiri, y espero que tú te muestres también discreta.

Cuando To no Chujo fue informado de la visita de Genji, se sorprendió no poco.

—No hay gente bastante en Sanjo para recibir a un huésped como él. ¿Quién se ocupará de sus hombres y de que se le atienda adecuadamente? Confío en que Yugiri esté a su lado...

Sin más dilaciones envió a dos o tres de sus hijos y unos cuantos amigos a la mansión de Sanjo. Estuvo a punto de acudir él en persona, pero al fin se echó atrás, para que la cosa no pareciera tan solemne. Al poco recibió una carta de su madre, que decía:

«El canciller se ha presentado en casa para interesarse por mi salud. Tenemos poca servidumbre, y me temo que estamos causando una pobre impresión en nuestro huésped. ¿Puedo pedirte que vengas con la máxima discreción, sin dar a entender que te he mandado llamar?»

El ministro no sabía qué pensar. ¿La tocaría volver a escuchar la historia de Yugiri y de Kumoi? La princesa Omiya se pasaba lo poco que le quedaba de vida intercediendo por su nieto Yugiri, de modo que, si Genji presentaba una petición en regla, To no Chujo se encontraría en una posición francamente delicada. Temía una confabulación de ambos, pero era un hombre muy testarudo (y añadamos que muy poco escrupuloso), y no estaba dispuesto a rendirse sin presentar batalla. Su madre y Genji le estaban esperando. Muy bien. Iría a su encuentro. Por nada del mundo quería ofender a ninguno de los dos, y estaba dispuesto a oír cuanto tuvieran que decirle, de manera que se vistió con sumo cuidado y, para

causar mejor impresión, se hizo acompañar por unos cuantos amigos y casi todos sus hijos. Era alto y robusto, y se movía con una enorme dignidad. Se presentó en la casa con calzas de púrpura y un *uchiki* de larga cola blanca forrado de rojo. Comparado con la elegancia casi *excesiva* del atuendo del ministro, el de Genji, más propio de un príncipe entregado a cultivar su sensibilidad que de un auténtico gobernante, sorprendía por su sencillez. Llevaba un *uchiki* de brocado chino blanco forrado de granate sobre una túnica verde.

También los hijos de To no Chujo eran apuestos, y se había hecho acompañar por dos hermanos que ocupaban cargos relevantes: un gran consejero y un chambelán del heredero aparente. Aunque, según dijo, no quería parecer ostentoso, llevaba en su cortejo nada menos que diez cortesanos de rango intermedio, reconocida buena fama y mejor gusto, entre los que se contaban dos secretarios, dos oficiales de la guardia, y un moderador. El banquete discurrió plácidamente mientras el vino corría sin tasa, y todos (unos más, otros menos) sufrieron sus efectos. La conversación giró alrededor de la vieja princesa, a cuya salud brindaron los presentes hasta hartarse. Como hacía mucho tiempo que el canciller y el ministro no se veían, hablaron con nostalgia de los «viejos tiempos». Curiosamente cuando estaban lejos uno del otro, afloraban las rencillas y rivalidades que les separaban, pero, en cuanto se sentaban a la misma mesa, volvían a ser los mejores amigos del mundo. Mientras hablaban sin parar del pasado y del presente, se les hizo de noche.

To no Chujo insistía en que los huéspedes de su madre bebieran más.

—Hubiese sentido mucho no estar aquí con vosotros —dijo—, pero no me decidía a acudir porque no se me había invitado. ¿Qué hubieras dicho tú, Genji, si no acudo?

—Nada en absoluto —replicó su cuñado—, pero lo hubiese lamentado profundamente. Y, sin embargo, debo confesar que hay algo que me sabe muy mal.

Ahora empezará con la historia de su hijo y mi hija, pensó To no Chujo, y guardó silencio.

—En el pasado —prosiguió Genji—, no tomaba decisión alguna (tanto en cuestiones públicas como privadas y por nimias que fuesen) sin contar con tu opinión. De hecho, uno y otro servíamos al emperador como las dos alas de un mismo pájaro. Con el paso del tiempo, sin embargo, ocurrieron a veces cosas que no se acordaban con mis deseos. Claro que se trataba siempre de asuntos privados. En materia de política general del país hemos estado siempre de acuerdo, y creo que la situación no ha cambiado. Reconozco que en los últimos tiempos seguramente me he encerrado un poco en el pasado, y quizás como consecuencia de ello hemos dejado de tratarnos con la asiduidad que cabía esperar. Pienso sinceramente que desempeñas tu cargo de forma irreprochable, pero en cuestiones particulares valdría la pena a veces dejar de lado las ceremonias. ¿Por qué no me has visitado con más frecuencia?

—No te falta razón —le contestó su ex cuñado—. Supongo que en el pasado mis visitas y consultas constantes te llegaron a parecer casi un abuso de confianza. Pero debes saber que aprendí mucho de ti y que tus consejos me resultaron siempre de gran ayuda. Por otra parte, exageras cuando me alabas hasta el extremo de afirmar que tú y yo éramos como «las alas de un mismo pájaro». Más cierto sería decir que yo me aproveché de tus méritos y conocimientos para compensar mis deficiencias, y así poder servir a su majestad de manera satisfactoria. No quiero que pienses que lo he olvidado y que soy un desagradecido. Pero debo darte la razón en lo principal: en los últimos tiempos nos hemos visto poco.

Genji creyó que había llegado el momento de sacar a relucir el tema que le interesaba: la hija de Yugao. En cuanto lo apuntó, To no Chujo rompió a llorar.

—¡Qué acontecimiento extraordinario! —exclamó el ministro—. Cierto es que la vida da vueltas insospechadas. En aquella conversación inolvidable que mantuvimos en palacio hace un montón de años durante una tarde de lluvia, te hablé de madre e hija y de cuánto había hecho por encontrarlas. Pues bien, a medida que mi posición en la corte ha ido mejorando, no puedes imaginarte la de hijos e hijas, pretendidamente fruto de antiguas relaciones mías, que han ido apareciendo como por arte de

magia, todos con la pretensión de que los reconociera y promocionase, pero nada he sabido hasta hoy de la que de verdad me importaba. La última que ha llamado a mi puerta es la criatura más necia que te puedas imaginar, y a pesar de todo, he cargado con ella... Si pienso en las pérdidas, ninguna me importa tanto como aquel «clavel silvestre»...

Genji y To no Chujo se pusieron a evocar las conclusiones a que llegaron en aquella tarde famosa, y rieron y lloraron juntos, enterrando las diferencias surgidas en los últimos tiempos entre ambos. Se separaron muy a su pesar a altas horas de la noche.

—¡Estar a tu lado me trae tantos recuerdos! —dijo el ministro, secándose las lágrimas—. De buena gana permanecería aquí contigo unas cuantas horas más...

También Genji lloriqueaba: seguramente había bebido demasiado. Pero quien más lloraba de todos era la princesa Omiya: contemplar a Genji en la cúspide de su belleza e importancia en la corte le hizo pensar en su hija Aoi. De todos modos, se dice que las monjas lloran con extrema facilidad.

Genji evitó tocar el asunto de Yugiri. Le pareció de mal gusto introducir un tema que hacía aparecer a su amigo como un hombre injusto, y To no Chujo también calló, pues esperaba que fuera Genji quien lo pusiera sobre la mesa. De modo que la tensión existente entre ambos sólo se suavizó a medias.

—Sé que me tocaría acompañarte a casa —dijo el ministro al canciller—, pero llevo conmigo tanta gente que forzosamente molestaríamos a los pobres ciudadanos que pretenden descansar. Te agradezco mucho tu visita y espero visitarte pronto.

Genji contestó subrayando que se alegraba mucho de haber encontrado a la anciana princesa mucho mejor de lo que temía. Antes de separarse, le recordó una vez más que contaba con él para la ceremonia de iniciación de Tamakazura. Aparentemente se habían reconciliado. Sus respectivos cortejos —ambos muy numerosos— hubiesen dado cualquier cosa por saber de qué habían estado hablando. ¿Por qué se les veía de tan buen humor? ¿Qué había obtenido Genji del ministro o To no Chujo del canciller? ¿Quizás algún cargo para alguno de sus numerosos hijos? Nadie

sospechó que Tamakazura había sido la razón de su encuentro y el tema principal de su conversación.

To no Chujo estaba muy inquieto y quería ver a la muchacha cuanto antes, pero no parecía sencillo llevarla a su casa inmediatamente. Conocía perfectamente a su ex cuñado, y le costaba creer que hubiese tenido a la joven en su casa durante tanto tiempo sin que ella hubiese sufrido las consecuencias de su voluptuosidad. No dudaba que, en atención a sus otras damas, Genji se había guardado mucho de incorporarla públicamente a su colección de concubinas, pero ello no cerraba la probabilidad de una relación clandestina entre ambos, que To no Chujo daba casi por segura. Seguramente la situación se había hecho insostenible y empezaban a correr rumores, de manera que, para quitarse el problema de encima, Genji había decidido revelar la verdad al ministro. Aunque era lamentable, ello no significaba que la fama de la muchacha hubiese quedado mancillada irremediablemente. ¿Quién iba a criticar a To no Chujo por permitir que su hija viviera en casa del canciller? Genji había sugerido que la joven fuese enviada a la corte, idea que desagradaba profundamente al ministro, pues ya tenía una hija allí y no consideraba oportuno ponerle al lado una muy posible rival. Y, sin embargo, también en este punto estaba dispuesto a someterse a los deseos del canciller.

La fecha de la ceremonia de iniciación de que Genji hablara había sido fijada para principios del segundo mes. La festividad de Higan, que celebraba el equinoccio, caía en el día dieciséis, y se consideraba muy propicia para las ceremonias de iniciación, circunstancia que los adivinos corroboraron. Incluso la vida de la princesa Omiya parecía de momento fuera de peligro. Mientras se hacían los preparativos, Genji explicó detalladamente a Tamakazura su conversación con To no Chujo.

Genji no se hubiese podido mostrar más afectuoso de haber sido su padre, se decía la joven, pero estaba encantada con la idea de encontrarse al fin con su verdadero progenitor. El príncipe puso también a Yugiri al corriente de la historia, abriéndole los ojos. ¡Cuántos enigmas quedaron aclarados de una vez por todas! Al constatar que no era su hermana, Yugiri empezó a pensar que era una dama mucho más agradable que la fría y

distante concubina de su padre, y se extrañó de no haber sospechado antes la verdad. A pesar de todo, Yugiri era un joven honesto y sensato, y enseguida se quitó de la cabeza las posibilidades que, en principio, la nueva situación parecía ofrecerle.

El día de la ceremonia llegó un mensajero de la princesa Omiya con regalos. A pesar de que apenas tuvo tiempo para prepararlos, la anciana fue capaz de reunir una hermosa colección de cajas de peines y objetos parecidos. Los acompañaba una nota, que decía:

«Las monjas no suelen escribir cartas, de manera que será breve: me gustaría que me imitaras y gozaras, como yo, de una vida larga y provechosa. Tal vez no debiera confesar cuánto me emocioné al conocer los detalles de tu historia. No quisiera en modo alguno que te lo tomases a mal, pero

»Se mire del lado que se mire, [301]
siempre te consideraré mi nieta, y hago votos
para que estemos unidas mientras el señor
Buda lo permita.»

Cuando la nota, escrita con caligrafía anticuada por una mano poco firme, llegó a la estancia de Tamakazura, Genji estaba allí.

—Un poco pasada de moda —dijo—, pero resulta un detalle entrañable. La princesa ha envejecido: en tiempos tenía una caligrafía admirable. ¡Observa ahora qué trazos más inseguros!

La emperatriz le envió un conjunto espléndido, formado por una túnica blanca y un *uchiki* chino, y no se olvidó de añadir peines y una pequeña colección de frascos de perfume. Todas las damas que vivían en el palacio de la Sexta Avenida hicieron llegar también a la joven magníficas prendas de vestir, y peines y abanicos para sus criadas, cada una de ellas según su gusto particular. Era difícil elegir entre tantos objetos exquisitos. Las damas que vivían en el pabellón oriental de Nijo —Utsusemi y Suetsumuhana— oyeron hablar también de los preparativos de la ceremonia, pero una de ellas consideró fuera de lugar unirse a las felicitaciones. La hija del príncipe Hitachi, en cambio, tan puntillosa y partidaria de guardar las formas como

siempre, no dejó pasar la ocasión ni fingió no haberse enterado. Remitió a Tamakazura una túnica de color marrón verdoso, unas calzas forradas de rosa pálido, color muy admirado en otras épocas, y un *uchiki* púrpura, que el tiempo había desteñido considerablemente, todo muy bien envuelto y dentro de una gran cesta. No faltaba la consabida carta, que decía así:

«Como nadie me conoce, siento un poco de vergüenza, pero, ante la ceremonia que se aproxima, no puedo mantenerme en silencio y al margen. Soy la primera en reconocer que son prendas sin valor alguno, pero puedes repartirlas entre tus criadas.»

Cuando Genji leyó la carta, pensó que era muy propia de su autora, y se sonrojó un poco por ella.

—¡Está muy anticuada, la pobre! —dijo—. El que no quiere mostrarse a los demás, más vale que se oculte cuidadosamente. Todo esto es francamente penoso. De todos modos, deberías enviarle una respuesta. Si no lo haces, se ofenderá mucho. Cuando recuerdo cuánto la quería su padre, me resulta imposible no perdonarle sus ridiculeces.

Al examinar las prendas, observó que la princesa había sujetado a la manga del *uchiki* un poemita, que decía:

«Qué infeliz me siento con mis mangas
chinas, si pienso que no pueden hermanarse
con las de tu túnica china.»

La caligrafía era tan detestable como siempre, pero Genji prefirió tomárselo a broma:

—Se nota que ha puesto los cinco sentidos a la hora de escribir. Claro que no tiene a quien pedírselo.

Y añadió:

—Yo mismo me encargaré de la contestación —dijo, y redactó la siguiente nota:

«¡Qué observadora eres! Adviertes cosas que escapan a los ojos del común de los mortales. Casi preferiría que lo fueras un poco menos.»

»Una túnica china, y otra túnica china, Y
luego, por si fueran pocas, dos túnicas chinas
más.»

—Cuando una expresión le gusta, le encanta repetirla —explicó a Tamakazura.

—¡Se diría que pretendes burlarte de la dama! —dijo ella.

Pero me temo que llevo demasiado tiempo contando bobadas. Quede la cosa aquí.

To no Chujo no se había tomado mucho interés por la ceremonia, pero se moría de ganas de ver a la muchacha. Llegó a primera hora. Cuando comprobó cuántas molestias se había tomado Genji para que resultara fastuosa, se sintió profundamente sorprendido y no poco avergonzado. A última hora de la tarde se le invitó a pasar a los aposentos de su hija, en donde se estaba sirviendo un refrigerio. Había más luz de la habitual, y el lujo resultaba visible por doquier. El rito sólo le permitía echar un vistazo a la joven, pero no pudo evitar contemplarla a placer mientras le ceñía y ataba la faja ceremonial.

Genji le dijo:

—Como todavía no he hablado con nadie del pasado, compórtate al menos durante esta noche como si tú tampoco supieras nada. Para los espectadores, que nada sospechan, se trata de una ceremonia de iniciación más.

—No sé cómo darte las gracias —respondió el ministro—. Tu bondad no tiene parangón en este mundo. Y, sin embargo, debo añadir que me da mucha rabia que la hayas mantenido oculta durante tanto tiempo. ¿Era *realmente* necesario?

»¡Cómo reprocho al cangrejo que, en su
refugio de algas, haya ocultado a los
pescadores la perla más hermosa del océano!

El poema fluyó acompañado de lágrimas. La presencia de ambos gentilhombres, soberbiamente ataviados para la ocasión, mantenía a la

muchacha muda, pero Genji se encargó personalmente de contestar al poema del otro:

—Abandonada como una alga indefensa
en la playa, ningún pescador se dignó durante
años agacharse para recogerla.

»Ya ves que tu rabia no tiene razón de ser...

To no Chujo hubo de reconocer que tenía razón, y calló. Toda la corte asistía a la ceremonia, y muchos se extrañaron de que el ministro pasara tanto tiempo detrás de la cortina que ocultaba a Tamakazura. Sólo Kashiwagi y Kobai habían adivinado la verdad, y la revelación les había alegrado y decepcionado a la vez, pues les obligaba a abandonar sus pretensiones en relación con la joven.

—Me alegro de no haber llegado a confesarle mi amor —susurró Kobai a su hermano.

—Genji es un hombre muy especial —le respondió Kashiwagi—, y de él se puede esperar cualquier cosa. No me extrañaría que hubiese reservado a la joven un futuro tan brillante como el de la emperatriz Akikonomu. Genji les oyó, y observó:

—Hay que procurar que esta historia no redunde en perjuicio nuestro. La gente sin rango ni cargos puede hacer lo que le dé la gana sin preocuparse de las consecuencias, pero nosotros debemos andar con cuidado porque los chismosos tienen siempre un rumor a punto para hacernos daño. Tengamos paciencia, pues, y no demos publicidad a la nueva situación hasta que la gente esté dispuesta a aceptarla.

—Tienes razón —dijo To no Chujo al canciller—. Por fuerza existe algún vínculo procedente de una vida anterior entre tú y la joven. De no ser así, ¿cómo la hubieras encontrado sin ayuda alguna de mi parte? Tú eres, por consiguiente, quien debe decidir sobre su futuro.

Genji había hecho, según tenía por costumbre, numerosos regalos a los huéspedes que habían acudido a felicitar a Tamakazura con arreglo a sus rangos respectivos, y procurando siempre excederse, de manera que todos alababan su generosidad. En atención a la enfermedad de la princesa Omiya

hubo menos música de la habitual en tales celebraciones. Quien más se alegró fue el príncipe Hotaru, y dijo a Genji:

—Ya no tienes excusa...

—Hemos recibido alguna insinuación por parte de su majestad —le contestó el canciller—, y te contestaremos cuando hayamos hablado con él y sopesado su punto de vista.

To no Chujo ardía de curiosidad. Sólo había podido «echar un vistazo» a su hija, y quería contemplarla sin prisas ni restricciones. Estaba convencido de que, si la muchacha hubiese tenido defectos de consideración, Genji no se habría tomado tantas molestias. Volvió a recordar su sueño de la pasada primavera, y, a la vista de lo ocurrido, comprendió al fin su verdadero significado. Le faltó tiempo para contar el secreto a su hija Kokiden, la esposa imperial, y, por más que le recomendó la máxima discreción, la noticia empezó a circular hasta llegar a los oídos de su penúltimo «hallazgo»: me refiero, claro está, a Omi.

—¡Parece que mi padre ha dado con otro retoño! —dijo la muchacha, con la incontinencia verbal que la caracterizaba—. ¡Qué suerte! Debe de ser persona de valía, pues mi padre y tío Genji se han preocupado tanto por ella. Aunque he oído contar que su madre era una pobre desgraciada, algo así como la mía...

Su hermana no sabía qué decir. Entonces tomó la palabra Kashiwagi y dijo:

—Estoy seguro de que merece las atenciones que está recibiendo. Y a ti ¿quién te lo ha hecho saber? Las criadas de oídos afilados, ¿verdad? ¿Y si alguien nos está escuchando?

—Calla, calla... —gritó Omi—. Lo sé todo, y con la máxima *exactitud*. Y también sé que mi padre la va a enviar a la corte para que sea intendente de la cámara imperial. ¡Y eso que yo me he hartado de trabajar y porfiar como una esclava para que el cargo fuese para mí! He hecho *con mis propias manos* cosas que ni las criadas estaban dispuestas a hacer... ¡Mi hermana se ha mostrado muy poco agradecida conmigo!

Kashiwagi y sus hermanos se pusieron a reír.

—Cuando quedó vacante el puesto de intendente de la cámara imperial —dijo el primero—, estuve considerando la posibilidad de solicitarlo para mí. ¿No te parece poco delicado presentar tu candidatura tan abiertamente?

Omi se sentía muy humillada:

—Sé de sobras que no pertenezco a vuestra clase —se defendió la joven—. Pero yo no vine aquí por mis propios pies. Fuiste tú quien me vino a buscar a mi casa y, ahora que estoy aquí, te burlas de mí. ¿Cómo se puede vivir en paz en un sitio como este *sin ser perfecto*? ¡Es terrible! ¡Terriblemente terrible!

La pobre muchacha se refugió en una esquina de la estancia desde allí dirigía miradas de reojo a sus hermanos. No podía negarse que la joven tenía un carácter más fuerte de lo que a primera vista parecía. De pronto, Kashiwagi dejó de sentirse divertido: después de todo, Omi tenía mucha razón. ¡Hubiese sido mejor dejarla en su hogar de provincias!

—No creo que nadie se esté burlando de ti —dijo Kobai, disponiéndose a partir—. En cuanto a tus tareas en palacio, nadie se queja de ti. Nos consta que la emperatriz te aprecia mucho. Por lo que se cuenta, tienes tanta fuerza y energía que, con tus manos, eres capaz de convertir en nieve la roca más dura...^[302] Llegará un día en que verás cumplidas todas tus aspiraciones.

Y Kashiwagi añadió, mientras se levantaba: —Aunque, mientras tanto, harías bien en no salir de tu cueva...

—Sois terribles, terribles —se lamentaba Omi, sin dejar de llorar—. ¡Y pensar que sois mis hermanos! Pero yo trabajo para ti —dijo, dirigiéndose a Kokiden—, y creo que tú me comprendes, aunque ellos se muestren indiferentes.

Lo cierto es que trabajaba mucho, y no desdeñaba tareas que ni las criadas más humildes estaban dispuestas a realizar. Con pasitos rápidos iba de un lado a otro como un rayo, y servía a su hermana, la esposa imperial, con la mejor voluntad. Un día le pidió encarecidamente que solicitara para ella el cargo de intendente de la cámara imperial. Cuando To no Chujo se enteró, lanzó una carcajada.

—¿Qué te parecería si convocáramos a nuestra querida Omi? —preguntó el ministro a Kokiden, durante una de sus visitas.

—Aquí estoy —dijo la aludida, apareciendo por sorpresa de no se sabe dónde.

—Veo que trabajas mucho, y estoy convencido de que resultarías una magnífica intendente. ¿Por qué no me has participado antes tu deseo de ocupar este cargo?

To no Chujo habló con tanta solemnidad que Omi se puso contentísima.

—Quería que me lo propusieses tú. Sabía que podía contar con mi hermana Kokiden, pero en los últimos tiempos he oído decir que existe otra candidata para el cargo. Cuando me enteré, me sentí como el hombre rico que despierta sólo para comprobar que toda su fortuna no era más que un sueño. ¡Pero puse la mano sobre mi corazón! ^[303]

—Eres demasiado apocada... —dijo el ministro—. Tenías que habérmelo dicho mucho antes, y yo me hubiese ocupado de que tu candidatura fuese la primera en llegar a oídos del emperador. Aunque el canciller tenga una hija, si yo le pido algo al soberano, estoy seguro de que no me lo negará. Pero tal vez todavía estemos a tiempo. Prepara tu solicitud, y procura que resulte muy formal y bien escrita. Cuida mucho el lenguaje para que «suene» lo más exaltado posible. Incluso podrías redactarla en verso... ¿Quién sería capaz de negarse a una petición contenida en un largo poema? Nuestro emperador es un gran aficionado a la poesía...

Hay que reconocer que, al animarla en aquellos términos, el ministro no se comportó en absoluto como un buen padre. Y, sin embargo, Omi no se desanimó.

—No soy una gran poetisa, pero puedo intentarlo. Claro que sólo me defiende en japonés. Por tanto te ruego que redactes tú la solicitud en chino, y yo añadiré, por mi cuenta, unos cuantos poemitas que la adornen. De ahora en adelante, seremos cómplices.

Omi juntó las manos y se inclinó levemente ante su progenitor: era su manera de dar a entender que acababan de formalizar un pacto.

Las criadas que los espían detrás de la cortina hacían esfuerzos sobrehumanos para no estallar de risa. Algunas hubieron de refugiarse en otra estancia para no traicionarse. Kokiden se sentía avergonzada, pero su padre le dijo:

—Cuando estoy deprimido, me basta charlar un rato con Omi para recuperar el buen humor.

Pero muchos comentaban que, si aparentemente disfrutaba poniendo en ridículo a la muchacha, sólo lo hacía para ocultar su propia vergüenza, y le criticaban mucho más que a ella.

Capítulo 30 «Calzas de púrpura»

[304]

A pesar de todo, la principal preocupación de Genji seguía siendo el futuro de Tamakazura: quería asegurar su felicidad, pero aún no había decidido cómo. Todos le insistían en que aceptase el cargo de intendente de la cámara imperial, pero ella no se sentía segura, ni siquiera frente a Genji, que tanto parecía interesarse por el asunto. La joven temía que, si en la corte le tocaba vivir algún incidente desagradable como los experimentados en el palacio del canciller, no podría contar con el apoyo de la emperatriz ni de su hermana, la esposa imperial, a las que apenas conocía. Si no estaba a la altura de lo que se esperaba de ella o circulaba algún rumor equívoco que pusiese en duda su honestidad, su propio padre To no Chujo, hombre exigente a más no poder, sería el primero en mostrarse indignado y no tendría en consideración el carácter irrefrenable de su rijoso ex cuñado Genji. Como ya había dejado de ser una niña y empezaba a tener experiencia sobre cómo son los hombres, se sentía asediada por dificultades de todo tipo, y, aunque procuraba ocultarlo a los demás, pasaba las horas sumida en la tristeza. Por otra parte, si rechazaba el cargo en la corte que le

ofrecían, seguiría sometida a Genji en el palacio de la Sexta Avenida, con todos los peligros que ello suponía, pues no se había hablado de su traslado al de su padre el ministro.

Debía reconocer que en los últimos tiempos Genji se estaba comportando bastante bien, pero su relación era invariablemente difícil, y en cualquier momento podía romperse el equilibrio al que habían llegado. Por deferencia hacia el canciller, To no Chujo no parecía dispuesto a asumir sus responsabilidades de padre. Por otra parte, el hecho de que su padre real conociera sus circunstancias, podía dar alas a su antiguo tutor, y convertirla en objeto de habladurías que en nada harían honor a su nombre. Carecía de una madre a la que confiar sus inquietudes, y tanto Genji como To no Chujo eran personajes tan importantes que tenían poco tiempo para dedicarle.

Una triste atardecer la hermosa joven, ataviada con grises ropas de luto [305] que aún hacían resaltar más su belleza, se encontraba sentada junto a la galería, perdida en la contemplación del cielo. A su alrededor, las mujeres que la servían cuchicheaban y sonreían de placer. Yugiri se presentó, también vestido de gris, aunque en un tono más oscuro. Llevaba las cintas de su gorro atadas hacia arriba en señal de luto. Tamakazura se había mostrado siempre muy amable con él mientras el muchacho la tuvo por su hermana, y no había razón alguna para mostrarse ahora fría y distante. Le recibió detrás de su *kichó*, como había hecho siempre, pero a solas. El joven le informó de que le había enviado Genji con un mensaje de parte del soberano. La joven se mostró afectuosa, pero no bajó la guardia. Yugiri no había olvidado lo que había visto durante la mañana que siguió al tifón. En aquel momento no parecía prudente interesarse por ella, pero todo había cambiado mucho en los últimos tiempos y algo había que hacer. No acababa de entender el interés de su padre por enviarla a la corte. ¡Quizás la belleza esplendorosa de la muchacha le estaba causando problemas en su palacio! Yugiri procuró ocultar su excitación y le dijo:

—Me han dicho que se trata de un asunto muy confidencial. Te ruego encarecidamente que lo que te diré no se lo cuentes a nadie.

Al oírle manifestarse en estos términos, las criadas que estaban en la estancia contigua se fueron discretamente. El joven prosiguió, pero las

palabras que atribuía a su padre, eran en realidad cosa suya. Con gran lujo de detalles, le explicó que «su padre le había informado» de que el emperador albergaba ciertas intenciones poco honorables respecto de ella, y venía a advertirla seriamente en su propio interés. Los suspiros que la muchacha profería al otro lado del *kichó* encantaron al mensajero. Tamakazura quería responder, pero no sabía qué decir.

—En principio, el luto por nuestra abuela se acababa este mes —prosiguió Yugiri—, pero no parece que haya un día propicio. Mi padre ha dicho que el día trece iréis al río para la ceremonia de la purificación, y yo os acompañaré.

—¿No llamaremos demasiado la atención si vamos juntos? —inquirió ella—. Pienso que sería mejor que yo tuviera mi propia ceremonia, y seré todo lo discreta que pueda.

—Eres excesivamente cautelosa —dijo el muchacho—. Por mi parte, detesto la idea de abandonar tan pronto estos ropajes de luto, pues me recuerdan a una dama que quise mucho. Tampoco entiendo por qué razón sigues viviendo en esta casa: si no fuera por tus vestidos de luto, no se sabría de quién eres hija.

—No entiendo mucho de esas cosas y te aseguro que estoy mucho más desconcertada que tú. A mí los vestidos oscuros me ponen muy triste...

La ingenuidad de la muchacha deleitaba a Yugiri, el cual, pensando que difícilmente hallaría otra ocasión más propicia para darle a conocer sus sentimientos, había traído consigo un ramo de «calzas de púrpura». Levantando una punta de la cortina del *kichó*, se lo alargó, y le dijo:

—Me gustaría que estas flores fuesen un símbolo del vínculo que nos une.

Cuando Tamakazura fue a cogerlo, Yugiri se apoderó de su manga, y recitó:

—Calzas de púrpura llenas de rocío, que procedéis del mismo campo que yo, tened, os lo ruego, compasión de mí.

La dama se sintió profundamente incómoda, y le preguntó: —¿A qué campo te refieres? ¿Tal vez al que está «junto al camino»? [306]

Se levantó y se fue al otro extremo de la estancia, desde donde respondió a Yugiri:

—Estas flores crecieron en un marjal lejano, y el rocío las empapó. Y si su color púrpura te habla de un lugar más próximo, puedes estar seguro de que te engaña.

»Espero que esta conversación refuerce la confianza entre nosotros...

Yugiri se puso a reír.

—Supongo que sabes qué significa la palabra «confianza íntima». Pero si me paro a pensarlo, seguramente el favor del soberano te parece un gran honor, y, a su lado, ¿quién soy yo, infeliz de mí? Déjame que te hable con claridad: durante mucho tiempo te consideré «fruta prohibida», y no me quedó más remedio que reprimir mis sentimientos. Pero ahora todo es distinto, y ni siquiera las intenciones del emperador han podido con mi pasión hacia ti. ¿Sabes que Kashiwagi te adoraba? ¿Por qué te mostraste siempre tan fría con él? Ahora que nuestras posiciones se han invertido, le envidio profundamente porque él podrá tratarte con la familiaridad de un hermano, y yo no. ¡Apiádate de mí, por lo menos!

Yugiri siguió hablando largo rato, pero no voy a transcribir todo lo que dijo, pues hay cosas poco agradables. La dama se apartó aún más de su interlocutor.

—Haces muy mal actuando de este modo —la riñó el joven—. Ya sabes que no soy de los que actúan precipitadamente.

Tamakazura le interrumpió, alegando que no se encontraba bien, y abandonó la estancia precipitadamente. Yugiri lamentó su conducta, y recordó que en la casa había una dama todavía más hermosa e interesante que Tamakazura, y deseó hablar quedamente con ella —o, por lo menos, oír su voz a través de una cortina—, pero sin intermediarios. De modo que se dirigió a los aposentos de Genji, y le hizo saber la respuesta de Tamakazura.

—Está visto que la idea de servir en palacio —dijo Genji— no parece entusiasmarla. Tal vez sienta alguna inclinación por el príncipe Hotaru, hombre muy ducho en cuestiones de amor y que ha sabido exponerle sus pretensiones con la competencia de un experto. Si así fuera, yo lo lamentaría mucho. De todos modos, durante la cacería imperial en el monte Oharano vio al emperador y me consta que quedó muy impresionada por su apostura. Yo estaba convencido de que una joven que ha contemplado al soberano (aunque sólo sea una vez), únicamente puede desear servirlo. De ahí que resolviera ofrecer a Tamakazura el cargo de intendente de la cámara imperial.

—Puestas así las cosas —dijo Yugiri—, ¿cuál de las dos apuestas parece convenir más a su temperamento? Recuerda que la emperatriz ocupa un lugar encumbrado e inaccesible, y que Kokiden, la esposa imperial, cuenta también con el decidido favor de su majestad. ¿Qué lugar ocuparía la joven entre ambas, por más que el emperador tenga mucha consideración con ella? El príncipe Hotaru parece muy enamorado de la muchacha, y la gente comenta que sería una lástima que los dos, que habéis estado siempre tan unidos, os pelearais por culpa de ella. De todos modos, ambas soluciones no son forzosamente incompatibles: la intendente de la cámara imperial no tiene las mismas obligaciones que una concubina del emperador.

Las observaciones de Yugiri eran muy razonables, sobre todo teniendo en cuenta que acababa de cumplir dieciséis años. ^[307]

—Todo es muy complicado —se quejó el canciller—. Aunque ya no puedo decidir unilateralmente sobre el futuro de Tamakazura (al fin y al cabo, siempre será preciso contar con la aprobación de su padre), el general Higeкуро parece muy furioso conmigo como si yo tuviera la última palabra en el asunto. Y ahora me toca soportar los injustos reproches de ambos pretendientes. Seguramente la culpa la tengo yo por haber actuado demasiado a la ligera. Nunca olvidaré las recomendaciones que me hizo su pobre madre antes de morir, cuando me explicó que su hijita vivía en un poblacho entre las montañas. Al ver que su padre, el ministro, no parecía querer saber nada de la criatura, tomé la decisión de acogerla yo, movido

por la piedad. Estoy convencido de que, si su padre ha empezado a ocuparse un poco de ella, ha sido sólo porque yo di el primer paso.

Genji se expresaba con tanta convicción y firmeza que era imposible escucharlo sin darle la razón.

—Pienso que podría ser una magnífica esposa para mi hermano —prosiguió—. Es una mujer alegre y moderna, ^[308] y le sobra agudeza para no cometer faltas irreparables. Se entenderían a la perfección. De otro lado, está totalmente capacitada para servir en la corte. Es eficaz, tiene magnífica presencia y buen carácter y está muy bien informada en cuestiones de ceremonial. Justamente lo que su majestad está buscando!

Pero Yugiri no se conformó con lo que acababa de oír. Quería saber qué era lo que su padre pensaba *de verdad*.

—No faltan los que interpretan torcidamente el hecho de que la acogieras en tu palacio con tanta generosidad. Incluso el ministro se ha dejado ganar por esta sospecha, y se la dio a entender a un mensajero enviado por el general Higeкуро.

Genji se puso a reír.

—La gente tiene demasiada imaginación —dijo—. A partir de ahora, hágase con ella según la voluntad de su padre. Me sentiré muy feliz enviándola a la corte, y si allí encuentra un buen esposo, seré el primero en alegrarme. La mujer sólo debe obedecer a tres hombres a lo largo de su vida, ^[309] de manera que en esta historia yo estoy de más.

—Alguien me contó no hace mucho que To no Chujo hablaba de ti con enorme admiración —dijo Yugiri—. «¡Nadie como Genji para organizado todo a su gusto! —parece que decía—. Tiene un montón de damas en casa, y, no pudiendo continuar albergando en ella a Tamakazura sin buscarse conflictos con las demás, ha decidido enviarla a la corte... donde seguirá teniéndola a su disposición. ¡Un hombre listo donde los haya!»

¡He aquí lo que se decía de él! Genji lamentó que To no Chujo tuviera esta opinión de su persona.

—Tu tío es un hombre muy tortuoso y suspicaz, seguramente porque tiene mala conciencia o se pone en mi lugar. Pero pronto descubrirá la

verdad, si dejamos que todo siga su curso. ¡El ministro es capaz de inventarse cualquier cosa con tal de hundir reputaciones ajenas!

Aunque Genji parecía restar importancia al asunto, Yugiri tenía sus dudas. Su padre no podía quitarse el problema de encima con tanta ligereza como anunciaba. Mientras, el canciller pensaba que haría un flaco servicio a los intereses de Tamakazura y a su buena reputación, si los rumores que corrían acababan por materializarse. Era absolutamente preciso que To no Chujo diera crédito a sus *auténticas* intenciones. Pero, en cuanto empezaba a hacer examen de conciencia, enseguida chocaba con la pregunta que no le dejaba vivir: ¿sus intenciones eran tan puras y diáfanas como a él le hubiese gustado que fuesen?

El luto de Tamakazura había acabado. Como el noveno mes no parecía propicio para que se incorporara a la corte, señalaron para ello una fecha del décimo. El emperador estaba impaciente y quería que el asunto se resolviera cuanto antes, mientras los dos pretendientes reiteraban sus solicitudes, acompañadas de lágrimas y suspiros, frente a quienes consideraban con capacidad decisoria, pero todo era en vano. Habría que esperar al décimo mes. Yugiri, que lamentaba sus confesiones extemporáneas, se interesaba también mucho por el futuro de la muchacha, pensando que, si demostraba que sólo le guiaba el interés por su felicidad y dejaba claro que no actuaba en beneficio propio, la opinión que Tamakazura tenía de él mejoraría de manera considerable.

Sus hermanos habían dejado de aspirar a su mano y, en consecuencia, ya no la visitaban. Con todo, aguardaban con suma impaciencia su presentación en la corte. Kashiwagi, que se había sentido profundamente atraído por la que resultó ser su hermana, aceptó la nueva situación de buen talante, y no pocos se divirtieron con ello. Su padre insistió en que visitara a Tamakazura, y una noche de luna se presentó en el palacio de la Sexta Avenida. Como aún no se había hecho pública oficialmente la identidad de la joven, informó al criado que le recibió en la puerta del sur de que traía un mensaje para ella de parte de su padre, el ministro, mensaje que, dado su carácter privado, tenía que hacerle llegar personalmente. Mientras el servidor entraba en la mansión a solicitar instrucciones, el muchacho se

ocultó a la sombra de un laurel. Finalmente fue admitido en la estancia de Tamakazura, que le recibió detrás del *kichó* de rigor.

Tamakazura estaba tan nerviosa que delegó en su azafata Saisho la tarea de contestarle.

—Cuando nuestro padre me eligió como mensajero —se quejó Kashiwagi—, estoy seguro de que daba por supuesto que me harías el honor de contestarme personalmente. Al fin y al cabo, tenemos mucho de que hablar. Debes perdonarme si te parezco demasiado insistente, pero todos sabemos ya que existe entre nosotros un vínculo que no podemos romper aunque queramos... Pero no pienso continuar lloriqueando como un viejo chocho. Cuando vine a verte, pensé que un hermano sería bien recibido...

La respuesta de la joven le llegó a través de Saisho:

—Tienes razón. Seguramente vale la pena hablar de lo sucedido durante tantos años, pero en estos últimos tiempos no me he encontrado bien, de modo que, si saliera a recibirte, mi compañía no te haría muy feliz. Tu insistencia me hace sentir muy incómoda, quizás porque soy excesivamente tímida...

—Si no te encuentras bien —insistió Kashiwagi—, ¿por qué no me dejas entrar y permites que me sienta junto a la cabecera de tu cama? (El muchacho habló en voz baja, y Saisho levantó un poco la cortina del *kichó* para oírlo mejor: al ver a Kashiwagi, hubo de reconocer que pocos cortesanos se le podían comparar en belleza y apostura.) Aunque nuestro padre no está del todo informado de los detalles de tu nombramiento para el cargo de intendente, existen cuestiones de carácter íntimo que seguramente te gustaría tratar con él. Tiene la impresión de que se le está observando, y de que, cuando estés en la corte, le resultará mucho más difícil verte que antes.

Kashiwagi hizo una pausa, y luego prosiguió. Ahora ya no transmitía mensajes ajenos.

—Te juro que no volveré a dejarme arrastrar por la pasión, aunque sigo sin entender por qué me rechazaste de una forma tan terminante cuando aún ignorábamos la auténtica naturaleza de nuestro vínculo. Aún comprendo menos el hecho de que ahora que ya nadie puede ver en mí a un posible

amante tuyo, sigas insistiendo en poner una cortina y una azafata entre ambos. ¡Al menos podrías haberme recibido en la galería del norte! No volveré a consentir que se me trate de este modo. Mucho ha de cambiar la buena sociedad para que una grosería de este calibre resulte tolerable...

Saisho se compadeció de él. Después de todo, los hombres guapos son fáciles de compadecer, y le divertía la manera en que torcía la cabeza a un lado cuando se refería a su infelicidad. Repitió el mensaje a su ama, y luego transmitió el que ésta le confiara:

—Todavía no se ha hecho pública la verdadera naturaleza del vínculo que nos une —respondió Tamakazura a través de su azafata—. Por otra parte, si me dejasteis crecer y educarme durante tanto tiempo entre la gente medio salvaje de Kyushu, ¿cómo podéis esperar de mí que me comporte con el refinamiento propio de una educación cortesana?

A guisa de respuesta, Kashiwagi improvisó este poema:

—Sin saber que éramos hermanos, te escribí cartas, y por el camino me extravié en el bosque del amor imposible.

Las quejas del muchacho carecían de fundamento, y su hermana le respondió:

—Sin saber que te habías perdido en el camino del amor, leí con admiración profunda lo que tú me escribías.

«Parece que tus comentarios han desconcertado a mi ama —añadió Saisho, hablando ya por su cuenta—. Aunque todo será distinto de hoy en adelante, de momento este diálogo no puede proseguir.

—Supongo que todavía es demasiado pronto para una conversación fraternal —se resignó Kashiwagi—. No obstante, a partir de hoy voy a servirla lealmente, y algún día regresaré a escuchar de sus propios labios palabras de merecido agradecimiento.

La luna brillaba en el cielo, y, al verlo partir, las mujeres comentaron cuan hermoso resultaba vestido de modo informal. Tal vez no tanto como

Yugiri, ajuicio de algunas, pero mucho. más que la mayoría de los hombres que visitaban la casa.

Kashiwagi servía como oficial en la división de la guardia que comandaba el general Hige-kuro. Conociendo su relación con la muchacha, su superior empezó a utilizarle para que trasladara su pretensiones a To no Chujo. Hige-kuro era un hombre de mucho temple, y se le auguraba un papel relevante en el futuro del país. To no Chujo lo consideraba, de largo, el mejor partido a que su hija podía aspirar, pero, a pesar de todo, remitió la decisión final a Genji.

Hige-kuro era tío del heredero aparente por línea materna, y el emperador le distinguía casi tanto como a Genji y a To no Chujo. Tenía poco más de treinta años y estaba casado con la hija mayor del príncipe Hyobu, una mujer cuatro años mayor que él. Era, pues, cuñado de Murasaki. Por razones que desconozco, nunca llegó a sentir verdadero afecto por la esposa que le había elegido su familia, a la que llamaba «la vieja», y de buena gana se hubiera divorciado de ella. Tal vez por eso Genji nunca vio con buenos ojos sus aspiraciones en relación con Tamakazura, y estaba convencido de que la joven cometería un grave error si le aceptaba.

Y, sin embargo, Hige-kuro no era en absoluto un libertino ni un mujeriego, y jamás habían circulado rumores escandalosos sobre él, pero los encantos de Tamakazura le habían sorbido el seso y estaba dispuesto a hacerla suya a toda costa. To no Chujo le respetaba profundamente y apoyaba decididamente su candidatura, sobre todo teniendo en cuenta que Tamakazura no parecía entusiasmada con la idea de ir a la corte. El general contaba con un agente que lo mantenía perfectamente informado de cuanto le podía interesar.

—No parece que Genji me aprecie mucho —dijo a Ben no Omoto, una de las mujeres que servían en su casa—. En cambio, todo apunta a que el ministro está de mi lado.

Una mañana del noveno mes que las primeras heladas habían engalanado, se presentaron en el palacio de Genji numerosos mensajeros con cartas de los pretendientes de la muchacha. Según tenían por costumbre, las recogieron las azafatas, y Tamakazura se las hizo leer.

La de Higeкуро decía así:

«Si yo fuera un hombre como los demás, odiaría el inacabable noveno mes. Pero, siendo el mes en el que tengo puestas mis esperanzas, no puedo decir lo mismo.

»No obstante, los días vuelan raudos sin que mis deseos más íntimos se realicen, y los cielos de otoño me llenan de ansiedad.»

Con ello daba a entender que sabía que en el décimo mes la dama entraría a formar parte del servicio del emperador. Y ésta fue la misiva de Hotaru:

«No tiene sentido oponerse a lo ya decidido, pero, con todo...

»Aunque el bambú precioso se caliente bajo los rayos del sol matinal, no debe olvidar jamás la escarcha que se extiende a sus pies.

»Dos palabras de ánimo y de comprensión bastarían para apaciguar mi mente atormentada.»

La carta había sido atada a un trocito de bambú enano que presentaba todavía restos de escarcha, y el príncipe se había esmerado a la hora de elegir un paje.

Murasaki tenía otro hermano en la guardia imperial que le informaba regularmente de los proyectos que se tejían y destejían en torno a Tamakazura, y estaba muy preocupada. También él se interesaba por la joven, y le envió un poema del tenor siguiente:

«Pensar que algún día te olvidaré, me entristece profundamente. ¿Qué voy a hacer yo sin ti? ¿Qué vas a hacer tú sin mí?»

Todas las cartas destacaban por el color de los papeles en que habían sido escritas, los delicados trazos de las caligrafías y el perfume que se había quemado junto a ellas para dotarlas de un olor único. Las azafatas de

Tamakazura repetían que, a juzgar por sus notas, todos los aspirantes eran dignos de ser tenidos en cuenta.

Por razones que prefirió guardar para sí, la dama sólo contestó al príncipe Hotaru, y lo hizo con este poema:

«Ni siquiera el girasol, atado al rey del
cielo como el hierro al imán, es capaz de
olvidar la escarcha matinal que le refresca los
pies.»

Los trazos delicados fascinaron al hombre. Aunque el sentido no estaba muy claro, no podía considerarse una mala noticia.

Y no hay nada más de que contar, salvo que los pretendientes siguieron insistiendo. En cuanto a la conducta de Tamakazura, el ministro, el canciller y todos los que se movían a su alrededor hubieron de reconocer que fue absolutamente modélica.

Capítulo 31 Makibashira

—Confío en que no se lo cuentes al emperador —dijo Genji al príncipe Higeuro unos meses más tarde—. Sería el fin de todos mis planes... Por el momento es preferible mantenerlo en secreto...

Pero el hombre estaba haciendo justamente todo lo contrario: la tentación de presumir de su éxito resultaba demasiado fuerte para que fuera capaz de resistirse a ella. Ya habían pasado unos días desde que Tamakazura lo aceptara, anteponiéndolo a todos los demás pretendientes. Aunque seguía

sin gustarle, la muchacha llegó al convencimiento de que en aquel hombre recio e hirsuto, cuyo contacto le producía horror, no debía ver tanto un amante como un instrumento del destino que ella tenía que aceptar del mismo modo que había aceptado otros a lo largo de su azarosa vida.

Al principio Higeкуро fingió ignorar la ostensible falta de entusiasmo de la dama, convencido de que con el paso del tiempo se acostumbraría a él. Y, sin embargo, a medida que pasaban los días y ella seguía igual de triste, empezó a desesperar. Pero cuando tuvo conocimiento de que Tamakazura estaba embarazada, el general recuperó su coraje e hizo acopio de paciencia para soportar su despego. El cielo había sancionado su unión, una unión que él atribuía casi tanto a la astucia de Ben no Omoto como a la compasión de Buda, al que no se había hartado de rezar desde el día que conoció a Tamakazura. Pero la sirvienta de confianza, que tanto le había ayudado a salirse con la suya, estaba ahora purgando sus buenos oficios de alcahueta con un destierro «interior», pues su nueva señora no parecía dispuesta a perdonárselos.

También Genji se sentía desgraciado. Lamentaba la decisión de Tamakazura, pero carecía de medios para cambiarla. Como todo el mundo parecía satisfecho con la unión, si él se negaba a dar su consentimiento, sólo conseguiría incurrir en la cólera de Higeкуро. De modo que se resignó y se hizo cargo de los preparativos de la boda, que fue magnífica.

Higeкуро quería que Tamakazura se trasladase a su casa lo antes posible, pero el canciller sugirió que una prisa excesiva no se correspondería con el rango y posición de la novia. Por otra parte, había que tener en cuenta que en el palacio del general había ya otra dama que difícilmente recibiría a la nueva con los brazos abiertos.

—Si queremos que el mundo no nos critique —dijo el canciller—, habrá que aplicar grandes dosis de tacto y de mano izquierda.

—De todos modos, seguramente sea la mejor solución —le respondió To no Chujo—. La idea de enviarla a la corte despertaba en mí serios reparos. Una dama carente de apoyos y sin parentela influyente no lo tiene allí nada fácil, por más que el emperador la distinga con su afecto. Dirás que yo podría ayudarla, pero recuerda que ya tengo otra hija en la corte.

¿Cómo iba a favorecer a una sin perjudicar a la otra? Hiciera lo que hiciese, estaría mal hecho.

Ambos sabían que, de haber ido a la corte, le hubiese tocado un puesto entre las damas de escasa importancia, y habría tenido pocas ocasiones de tratar con el soberano.

Aunque no se dio publicidad al matrimonio, en la corte no se hablaba de otra cosa. En la carta de rigor que To no Chujo envió a su yerno al tercer día de la ceremonia, ponía de relieve cuánto debía agradecer a Genji la buena educación que había proporcionado a la dama mientras estuvo bajo su tutela, y expresaba en los términos más cálidos su gratitud hacia el canciller. Estaba seguro de que Genji vería la carta, y de que sus palabras contribuirían a mejorar las relaciones entre ambos.

Cuando el emperador se enteró del enlace, se mostró encantado:

—Lamento sinceramente que hayamos de prescindir de ella en palacio —dijo—, pero comprendo que haya elegido otra posición. En su situación actual, no creo que esté dispuesta a aceptar un puesto de responsabilidad en la corte. De todos modos, siempre será bien recibida...

Cuando llegó el undécimo mes, con sus festivales *shinto*, en el palacio de la Sexta Avenida se encargó su organización a Tamakazura y le tocó dar instrucciones a un sinnúmero de chambelanes y azafatas que acudían a pedirle consejo a todas horas. «Su excelencia» el general, convencido de que no estaba de más, se pasaba la vida a su lado, con gran disgusto de la dama. Mientras, Hotaru y los demás pretendientes se sentían profundamente desgraciados por su fracaso. El que más lo lamentaba era el hermano de Murasaki, pues la decisión de Tamakazura le afectaba por partida doble: no sólo suponía su fracaso, sino que introducía una rival de su otra hermana en el hogar del general. Pero prefirió callar y no enemistarse con Hige-kuro, convencido de que nada ganaría con ello.

Ya se ha dicho que Hige-kuro era considerado un modelo de sobriedad, un hombre que jamás había hecho locuras por una mujer. ¡Y ahora se sentía feliz como un niño, y no hacía nada por disimularlo! Entraba y salía sin parar de los aposentos de su esposa de la mañana a la noche, con una sonrisa inmensa de felicidad pintada en el rostro, y parecía, pese a su barba

negra y espesaba viva imagen del joven enamorado! Las mujeres se reían de él a sus espaldas, pues ninguna de ellas envidiaba a Tamakazura.

Nada quedaba ahora de aquel temperamento alegre que había caracterizado en tiempos a la dama. Tamakazura se encerró tras un silencio sombrío, como si quisiera dar a entender al mundo que no se había casado precisamente por amor. Y cada vez trataba a su esposo de un modo más desagradable. ¿Qué pensaba Genji de la nueva situación? ¿Y el príncipe Hotaru, que siempre se mostrara tan atento y jovial? El canciller se avergonzaba del mal gusto mostrado por la muchacha, pero se alegraba de que su unión con Higekuro lo colocaba a él por encima de toda sospecha. Cuando pensaba en ciertos sentimientos que aún se mantenían frescos en su recuerdo, procuraba conjurarlos visitando a Murasaki, a la que recriminaba dulcemente por no haber tenido a veces suficiente confianza en él.

Si ahora volviera a sucumbir a la tentación, se decía, el escándalo sería mayúsculo. Hubo un tiempo en que hubiese hecho cualquier cosa por tener a la joven, y no resultaba tan sencillo renunciar a ella de una vez por todas. Un día que Higekuro había salido fue a visitarla. Deprimida hasta la enfermedad física, la dama se negó al principio a recibirlo. Finalmente accedió de mala gana a una entrevista desde el otro lado de las cortinas del *kichó*. El canciller le dirigió la palabra muy ceremoniosamente, y hablaron durante un rato de asuntos de poca monta. La dama no pudo dejar de comparar la hermosura y elegancia de Genji con la falta de atractivo de su marido, y se sintió más desolada que nunca. Hizo todo lo posible para que el canciller no se diera cuenta de que lloraba. Poco a poco y a medida que la conversación tomaba un tono más íntimo, Genji se inclinó hacia delante y, a través de las cortinas, entrevió a Tamakazura. Aunque la dama había adelgazado mucho, le pareció más bella que nunca, y se acusó severamente de haberla dejado escapar. Improvisó:

—No hice nada para estar junto a ti el día que te tocara cruzar el río de la muerte, pero jamás pude pensar que sería otro quien te ayudaría a atravesarlo.

—Todo es muy extraño...

Ella se dio la vuelta, cubriéndose el rostro, y recitó:

—Preferiría fundirme como la espuma en un río de lágrimas, a llegar a la orilla del Mitsuse mal acompañada.

—No se trata precisamente de mi río favorito... —dijo Genji, procurando sonreír—. Ya que no podré ayudarte a cruzarlo, permite al menos que, llegado el momento, te acompañe hasta su orilla tomándote de la punta de los dedos... Estoy bromeando, aunque espero que ahora veas las cosas de otra manera. Muy pocos hombres se hubiesen portado de un modo tan estúpido como yo... Claro que tu actitud...

Al ver que ella empezaba a sentirse incómoda, el canciller cambió de tema.

—He oído decir que el emperador no ha renunciado aún a tus servicios. Quizás deberías anticiparte y hacer una breve aparición en la corte. El general está convencido de que le perteneces y de que puede hacer contigo según le plazca, y no creo que acepte de buena gana la idea de que ostentes un cargo en palacio. Debo reconocer con pesar que las cosas no han salido tal como yo hubiera deseado, aunque To no Chujo parece muy satisfecho, lo cual no es poco.

Tamakazura callaba y escuchaba. A veces, las reflexiones de Genji le divertían muy a su pesar, otras le angustiaban un poco. Él la compadecía en el alma, pero no se refirió a sus anhelos más íntimos, unos anhelos que no había conseguido todavía eliminar completamente. Hizo unas cuantas sugerencias útiles por si tenía que desenvolverse en la corte. Aunque no lo decía claramente, parecía querer aplazar lo más posible su traslado definitivo a la mansión de Hige-kuro.

El general no era partidario de que su esposa sirviera al emperador, pero finalmente llegó a la conclusión de que resultaría más sencillo trasladarla de la corte a su propia casa que de la mansión de Genji, de modo que dio su consentimiento a que Tamakazura pasara una temporada en el palacio imperial. De momento, Hige-kuro vivía en un rincón de los aposentos

asignados a su nueva esposa, pero se encontraba muy incómodo. De todos modos, si quería llevarla a su casa, previamente tenía que acondicionarla, pues, en su estado actual, dejaba mucho que desear. Durante el último año había permitido que se arruinase, y no existía elemento arquitectónico o decorativo que no clamase por una reparación. Obsesionado por Tamakazura, durante largos meses no preguntó ni una sola vez por el estado de la frágil salud mental de su esposa, e incluso parecía que sus hijos, a los que siempre quiso tanto, habían dejado de interesarle.

En cuanto hubo decidido llevar a la dama a su hogar, dio las órdenes oportunas para que se procediera a las reparaciones y a los trabajos de limpieza necesarios. Poco le importaba que con ello agravara las penas de su primera esposa o causara sufrimientos a sus hijos. Los hombres sensibles piensan primero en los demás, pero Higeкуро era un tipo obstinado e inflexible, cuya agresividad molestaba a muchos.

Makibashira, primera esposa del general, era una mujer de cierta relevancia. Nacida de un príncipe imperial, destacó en su juventud por su belleza y fue objeto en tiempos del aplauso y de la admiración de la corte. Desgraciadamente en los últimos años su carácter sufrió un cambio notable a peor, hasta el extremo de que aseguraban que se había vuelto loca o que la había poseído un mal espíritu. Se comportaba de un modo muy extraño —a veces, terriblemente violento—, y solía dar la impresión de vivir completamente aislada del mundo exterior. Aunque Higeкуро había dejado de amarla (suponiendo que alguna vez la hubiese amado) y ya no vivían como marido y mujer, el general seguía tratándola con arreglo a su rango, y la consideraba su esposa principal.

Cuando el príncipe Hyobu, padre de la dama, tuvo conocimiento de que existía otra mujer, superior en todo a su hija, cuyos orígenes oscuros habían sido lo bastante aclarados, y de que su yerno estaba cada día más loco por ella, montó en cólera.

—¿De manera que tu marido piensa relegarte al rincón más mísero y oscuro de la casa —dijo a su hija—, mientras otra dama, joven y elegante, se apodera del resto? ¿Qué dirá la gente cuando se entere de ese arreglo

vergonzoso? ¡No! Jamás permitiré que ocurra! En última instancia, siempre puedes regresar a mi palacio...

Con esta idea, hizo redecorar el ala este de su casa, y, cuando estuvo concluida, exigió que se la trasladara allí. Pero Makibashira llevaba muchos años de casada y había dejado de considerar la casa paterna como «su hogar», de modo que, cuando tuvo conocimiento de las órdenes de su padre, su mente enferma sufrió una nueva crisis. Sus primeras manifestaciones, de carácter violento como casi siempre, dieron paso luego a una postración anormal que la retuvo en cama largo tiempo. Antes de su enfermedad había sido una mujer plácida y agradable, un poco infantil, pero dócil y de trato fácil, y así se mostraba aún cuando los ataques remitían y volvía temporalmente a ser la que fue. Incapaz de gobernarse, se había abandonado mucho y su aspecto macilento y desaliñado no podía ya agradar a hombre alguno. Pero, a pesar de todo, Higeкуро no estaba dispuesto a dejarla marchar. Eran demasiados años de vida en común, y, si no la amaba, le inspiraba una gran piedad. En sus intervalos de lucidez, el hombre se esforzaba por mantener una conversación con ella y obligarla a razonar.

—Incluso matrimonios que llevan poco tiempo casados —le dijo—, si ambos son personas educadas y de buena familia, saben controlarse, y ésta es la condición principal para que la unión resulte duradera y pueda considerarse feliz. Como estás enferma, no voy a confiarte todo lo que llevo en el corazón, pero hay cosas que ya no puedo callar. ¿Acaso no hemos vivido juntos durante muchos años, confiando el uno en el otro? Estaba firmemente decidido a ocuparme de ti hasta el final, a pesar del extraño mal que te aqueja, y soporté pacientemente tus ataques violentos y tus continuos cambios de humor durante años. Pero las cosas han llegado a un extremo imposible de tolerar. Estoy convencido de que tú me odias.

Siempre te dije que, en atención a que nuestros hijos todavía eran pequeños, nunca rompería definitivamente contigo, pero en los últimos tiempos has perdido completamente la razón y hablas de mí con el mayor desprecio. Creo que te estás precipitando. Mientras no sepas cuáles son mis auténticos propósitos, entiendo que estés furiosa, pero procura mostrarte

más paciente y deja nuestra situación de mi cuenta. Tu padre ha hecho demasiado caso a los rumores y, furioso contra mí, pretendía llevarte con él a la fuerza. A eso lo llamo yo actuar impremeditadamente. A menos que todo sea una farsa, y lo haya hecho sólo para intimidarme...

Higekuro esbozó una sonrisa para quitar hierro al asunto, pero su esposa tomó muy a mal sus palabras y se le quedó mirando con una expresión de reproche y angustia en el rostro. Incluso azafatas de la dama como Moku o Chujo, que tanto tenían que agradecer a la generosidad del príncipe, se pusieron contra él y le hicieron saber su indignación por la próxima llegada de Tamakazura. Makibashira, que atravesaba un momento de relativa lucidez, lloraba quedamente.

—Puedo entender que no apruebes mi estupidez y excentricidades —dijo a su marido—, pero no insultes a mi padre, que no tiene la culpa de que yo sea como soy. Pero con el tiempo me he habituado a tu conducta arbitraria, y no me hago ya ilusiones de cambiarla...

Por unos instantes, la cólera que chisporroteaba en sus pupilas la hizo parecer casi hermosa. Siempre fue una mujer pequeña, pero su dolencia la había dejado en la piel y los huesos. Su cabellera, antes larga y gruesa, parecía ahora rala y descolorida. Y, sin embargo, algo conservaba aún de la gentileza heredada de su padre, muy estropeada lamentablemente por la enfermedad y el abandono. Parecía mucho mayor de lo que era.

—¿Piensas de veras que quiero pelearme con tu padre? —prosiguió Higekuro—. Si sigues sosteniendo estas cosas, sólo conseguirás sembrar cizaña entre ambos. Además, puedes estar segura de que es completamente falso... Lo cierto es que nunca me he encontrado realmente a gusto en el palacio nuevo de la Sexta Avenida. ¡Tanta magnificencia acaba por hartar a un hombre sencillo y natural como yo! Quiero tener a mi segunda esposa aquí para sentirme más cómodo... Ya sé que Genji es un personaje muy importante, pero a mí me tiene sin cuidado. Aquí viviremos mucho mejor los *tres*. Piensa que todos esos rumores que circulan por culpa de tus acusaciones ante las criadas no nos hacen ningún favor... De todos modos, si el canciller se entera de que eres poco amable con la que fue su pupila, se enfadará mucho contigo y conmigo. Intenta, pues, controlarte y ser

afectuosa con Tamakazura. Si te muestras cariñosa, todo irá bien, y yo seguiré amándote y respetándote hasta el final. Seamos fieles a nuestros votos y ayudémonos mutuamente.

Genji le hablaba como a una niña, y Makibashira le contestó: —No estoy preocupada por mí, y me tienen sin cuidado tus amoríos. Haz lo que te dé la gana. Pero no puedo evitar pensar en mi padre. El anciano sabe cuan enferma estoy, y le avergüenza profundamente que, después de tantos años de matrimonio, tú y yo nos hayamos convertido en la comidilla de la corte. ¿Cómo voy a mirarlo a la cara? Y no olvides que la mujer de Genji tampoco es una extraña para mí. Debo reconocer que mi padre no se ocupó de ella durante su infancia, pero le duele mucho que ahora haya aceptado el papel de valedora de Tamakazura... No es que a mí me importe mucho. Digamos que me limito a constatarlo.

El general se apresuró a tomar la defensa de la mujer de Genji.

—Te muestras muy injusta con Murasaki, pero, una vez más, temo que también en este punto te hayan informado mal. Murasaki vive encerrada en su pabellón como una princesa encantada de cuento de hadas, y jamás se metería en la vida de personas como tú y como yo... o como Tamakazura. Si tu padre piensa lo contrario, no conoce a su hija Murasaki, y sentiría mucho que sus opiniones llegasen a oídos del canciller...

Estuvieron hablando toda la tarde, pero cuando Hige-kuro empezó a impacientarse y se disponía ya a partir, se puso a nevar. La nevada era tan espesa que lo retuvo en la estancia. Si ella hubiese sucumbido a un ataque de celos, su marido habría llamado a la servidumbre para desaparecer a continuación. Pero aquella tarde Makibashira no perdió su lucidez y consiguió mantener la calma, de modo que su esposo hubo de quedarse a su lado y compadecerla. ¿Qué otra cosa iba a hacer? Al fin se levantó y se dirigió a la galería, donde las persianas estaban todavía levantadas. Ella le siguió con la vista. A juzgar por sus palabras, se hubiese dicho que quería que se fuese.

—Vete cuanto antes —le animaba, dándole prisa—. Debe de ser muy tarde. Seguro que, con tanta nieve, te costará encontrar el camino... Y tal vez el tiempo empeore todavía más...

Higekuro fingía resistirse, aunque deseaba partir.

—Creo que esperaré hasta que deje de nevar... —murmuraba como si hablara consigo mismo—. Se diría que el tiempo está a punto de cambiar para mejor... Como te decía, la gente habla mucho porque desconoce mis verdaderas intenciones, y lo que se dice en la corte llega a los oídos de Genji y de To no Chujo... Esta es la razón de que tanto el canciller como el ministro se muestren a veces molestos conmigo. No hace falta que te dé más explicaciones...

La dama volvió a insistir en que se fuera, pues se daba cuenta de que el hombre no deseaba otra cosa.

—Tienes razón: ya es muy tarde —dijo al fin Higekuro, como si, muy en contra de su voluntad, diera su brazo a torcer—. No puedo quedarme aquí por más tiempo, pero eres tan buena y paciente que me perdonarás si me voy... Cuando Tamakazura viva con nosotros, todo resultará más fácil... Aunque, si siempre te mostraras tan razonable como esta noche, no tendría sentido traer a otra mujer a esta casa...

—Sé que no tienes ganas de pasar la noche aquí —le reprochó suavemente Makibashira—. No puedo soportar tenerte a mi lado cuando me consta que tus pensamientos están en otra parte... Me basta con que me dediques un recuerdo de vez en cuando... Te prometo que no he de llorar. Mira mi manga: está completamente seca.

Entonces la pobre dama fue a buscar un pebetero, lo llenó de hierbas aromáticas y se puso a perfumar con sus propias manos el *uchiki* de montar de su esposo. Aunque estaba delgadísima y sus ropas arrugadas parecían colgar de un palo, Higekuro se sintió profundamente afectado por la melancolía que desprendía la figura de la mujer. Y, a pesar de que los círculos rojos que rodeaban sus ojos no la favorecían en absoluto, su marido se dejó ganar por la ternura y procuró ignorarlos. No tenía nada que reprocharle, y durante años habían sido felices. Como en otras ocasiones, se sintió culpable. ¿Acaso no debía haber esperado más a embarcarse en una nueva unión que sólo podía acarrear sufrimientos a su primera esposa? Pero, en cuanto pensó en Tamakazura, no fue capaz de permanecer allí por más tiempo. Suspirando profundamente, se puso el *uchiki* de montar y, con

un pebetero minúsculo, perfumó el interior de las mangas. Aunque no era hermoso como Genji, había que reconocer que el general era un hombre alto y robusto de presencia imponente. Sus servidores se impacientaban.

—Parece que la nevada está remitiendo —dijo uno de ellos—. Ya es tardísimo...

Las criadas Moku y Chujo estaban tumbadas en un rincón contándose historias y suspiraban, movidas a compasión por las penas de su señora. Makibashira se había instalado en el suelo, frente al lugar donde estuviera su esposo, y apoyaba su cabeza en un taburete. De pronto se levantó de un salto, cogió un gran pebetero, le quitó la tapa y vació su contenido sobre la cabeza de Higeкуро, que se hallaba ya en el umbral y a punto de salir. Una lluvia de cenizas cayó sobre el hombre, cegándole. Higeкуро empezó a sacudirse la ceniza de su *uchiki*, su túnica, sus calzas y su pelo, mientras tosía y se frotaba los ojos. La mujer actuó con tanta rapidez que las criadas no tuvieron tiempo de impedirselo. Una vez más, el espíritu que la poseía había dado muestras de una perversidad enorme. El general tuvo que cambiarse de ropa, pero seguía con el pelo lleno de ceniza. Estaba furioso y, de no haber actuado la culpable bajo los efectos de una dolencia que todos conocían, Higeкуро se hubiese ido de sus aposentos para no regresar jamás. Lo cierto es que, tal como estaba, no podía presentarse ante Tamakazura.

«Está enferma, muy enferma», se repetía el hombre, de pésimo humor, «pero hay muchas maneras de estar enfermo». Aquello fue la gota que colmó el vaso, y lo que quedaba del afecto de Higeкуро hacia su esposa desapareció para siempre. De todos modos, hizo cuanto pudo para calmarse, porque quería evitar un escándalo a toda costa. A pesar de lo avanzado de la hora, hizo llamar a unos exorcistas, ordenándoles que pusieran manos a la obra, y, mientras los monjes se entregaban a sus ritos y ensalmos, la pobre enferma gruñía y chillaba como si la estuviesen matando. El exorcismo duró toda la noche. En un momento de relativa calma, el príncipe redactó una carta muy seria para Tamakazura.

«Una enfermedad terrible ha visitado mi casa, y el tiempo infernal tampoco ha contribuido a que la abandonara. Mientras esperaba una mejoría, la nieve me ha congelado en cuerpo y alma. Puedes imaginar

cuánto me inquieta lo que podáis pensar tú y tus mujeres, pues no quisiera que mi ausencia fuese mal interpretada.

»Estoy echado, y sólo me abrazan mis propias mangas con su frialdad. Hay ventisca en el cielo, y también en mi corazón.

»¿Es lícito exigir a un hombre que soporte tanto sufrimiento?»

La carta había sido escrita en fino papel blanco, y su caligrafía era la de un carácter impetuoso, pero, tomada en su conjunto, resultaba del todo aceptable, pues, a pesar de su rudeza, Higeкуро era un hombre bastante cultivado. Tamakazura no había lamentado en absoluto su ausencia. Ni siquiera se tomó la molestia de abrir la carta, una carta que había nacido de la profunda agitación de su autor, por no hablar de contestarla.

Al día siguiente el estado de Makibashira no había mejorado en absoluto. Su marido encargó nuevos exorcismos, y pasó el día rezando para que recuperara su lucidez aunque sólo fuese por un par de días, lo suficiente para instalar a Tamakazura en su casa. Recordaba cuan mansa y dulce había sido su esposa antes de que la atacara aquella horrible dolencia, y el recuerdo de aquellos tiempos, que ya no volverían jamás, lo mantenía a su pesar todavía ligado a ella. Un extraño hubiese huido como de un demonio.

Al anoecer se dirigió a casa de Tamakazura. Por culpa de la enfermedad de su mujer nadie se ocupaba de la ropa en casa de Higeкуро, y el general se quejaba continuamente de que las prendas de sus atuendos estaban mal cortadas, mal cosidas, mal lavadas y mal planchadas, de modo que, cuando se vestía para salir, presentaba invariablemente un aspecto ridículo. Su traje de corte, el único que tenía, estaba lleno de agujeros producidos por las quemaduras de las cenizas que su esposa había arrojado sobre él, y apestaba a humo. Seguro que Tamakazura no aprobaría aquel atuendo... Para mejorar de aspecto, se bañó de nuevo y cambió de camisa. Le sacaron un *uchiki* nuevo, pero su corte y acabados dejaban mucho que desear. La pobre Moku procuró mejorarlo quemando nuevos perfumes, mientras recitaba en voz baja, cubriéndose la cara con una manga:

—Si tu nuevo atuendo se quemó, fue por culpa de la llama que consume el corazón de tu esposa, víctima del fuego de la pasión.

»Ni siquiera nosotras podemos contemplar indiferentes cómo tratas a tu pobre esposa...

Higekuro se preguntaba qué podía haber visto en aquella azafata, con la que se había permitido alguna familiaridad, pues no era un prodigio de tacto. Pero no quiso dejar su poema sin responder, y recitó:

—Si pienso en los terribles sucesos que acaban de ocurrir, me arrepiento profundamente de haberla tomado por esposa.

»Si Tamakazura se entera, también la perderé a ella, y entonces estaré completamente destrozado...

Tras suspirar por última vez, fue al encuentro de Tamakazura. Su primera impresión al volver a verla fue que la dama había mejorado mucho durante la noche de su ausencia. Cuando estaba con ella, no pensaba en nada más, y pasó varios días a su lado tratando de olvidar los desgraciados sucesos vividos en su propia casa. No pudo, sin embargo, conjurar el temor de que se produjeran nuevos incidentes que perjudicaran su fama todavía más. A todas horas le llegaban noticias de que los exorcistas seguían actuando de la mañana a la noche, y de que no paraban de salir espíritus malignos del cuerpo de la posesa. Las pocas veces que se acercó a su casa, evitó acercarse a la enferma, y vio a sus hijos, un hija de doce años y dos hijos más jóvenes, en otra parte de la mansión. Hacía ya tiempo que visitaba poco a Makibashira, pero su posición como esposa principal seguía indiscutida, aunque sus azafatas y criadas estaban convencidas de que se estaba acercando el rompimiento definitivo. Esta posibilidad, cada vez más cercana, les dolía mucho.

Su padre volvió a enviar a por ella. En una carta le decía:

«Es un hecho que te tiene abandonada. Si no quieres que toda la corte se ría de ti, debes salir de su casa cuanto antes. No tienes ninguna necesidad de aguantar esta situación, mientras yo viva y pueda ayudarte.»

Con el paso de los días Makibashira recuperó algo de su lucidez. Se dio cuenta de que su matrimonio era una catástrofe, y que, si permanecía en casa de su esposo hasta que éste la echara, mataría a su padre de vergüenza. Después de todo, su hermano mayor estaba al mando de uno de los cuerpos de la guardia imperial, y era una persona muy conocida. Una mañana se presentaron en tres carruajes sus tres hermanos más jóvenes, un capitán de la guardia, un chambelán y un funcionario ministerial, con el propósito de llevársela. Aunque no cogieron a sus mujeres por sorpresa, azafatas y criadas se pusieron a llorar desoladamente. Iba a regresar a una casa que había dejado muchos años atrás, donde la esperaban unos aposentos mucho menos espaciosos que los que ocupaba en la de Higeкуро. No podía, pues, llevarse a toda su servidumbre. Algunas criadas dijeron que, de momento, partirían a sus casas respectivas, pero que, en cuanto la situación se hubiese normalizado, regresarían a su servicio. Al irse, las mujerucas se llevaron sus pobres equipajes. La preparación del de la enferma —¿qué había que llevar y qué no?— dio lugar a notables discrepancias entre las encargadas del mismo. Mientras, sus hijos deambulaban por la casa como espectros, incapaces de entender qué estaban pasando.

—Poco me importa lo que sea de mí —les dijo Makibashira, deshecha en llanto—, y me da lo mismo vivir que morir. Si estoy triste, es por vosotros. Sois aún muy jóvenes, y ahora os separarán y desperdigarán. Tú, querida mía —dijo a su hija—, debes permanecer a mi lado pase lo que pase. Pero quizás os espere a vosotros una suerte aún peor —dijo a sus hijos—. No creo que vuestro padre evite veros, pero se ocupará muy poco de vosotros. Mientras mi padre viva, tendréis a alguien que os ayudará en lo que pueda, pero Genji y To no Chujo son los que de veras detentan el poder. De poco os servirá ser hijos míos... Podríamos escapar juntos y convertirnos en vagabundos, pero no me lo podría perdonar ni en mis vidas futuras...

Mientras los niños sollozaban, la madre llamó a sus amas y les dijo:

—Aquí tenéis un ejemplo de las cosas que se leen en los libros. El día menos pensado un buen padre de familia pierde la cabeza por una nueva esposa, y se deja dominar por ella hasta olvidarse de sus propios hijos. Pero hace tiempo que Hige-kuro ha dejado de actuar como un padre de verdad. Hace años que los tiene completamente abandonados, y dudo mucho que esté dispuesto a hacer algo por ellos...

Como era una noche de ventisca, y todos temían que se acercaba una gran nevada, sus hermanos le metían prisa.

—En cualquier momento nos puede caer encima una tempestad espantosa... —repetían.

Los niños lloraban al contemplar el jardín. Hige-kuro había tenido siempre un cariño especial por su hija, y ésta, temiendo que quizás no volvería a verlo nunca más, estaba perpleja, y se preguntaba, entre lágrimas, si *de verdad* tenía la obligación de partir de aquella casa.

—¿No te gusta la idea de irte conmigo? —le preguntó su madre.

La niña hacía lo posible por retrasar a la partida, pues esperaba la llegada de su padre, pero nadie creía que el general estuviera dispuesto a abandonar a Tamakazura a aquellas horas de la noche. Había un pilar de ciprés a la derecha, ^[310] según se accedía a las estancias de las mujeres. La niña solía sentarse junto a él: era su lugar favorito. Al pensar que pronto lo abandonaría para siempre y que una extraña ocuparía aquel aposento, tomó una hoja doblada de papel marrón oscuro, y, tras escribir algo en ella, la introdujo llorando en una rendija del pilar. Allí la dejó, clavada con una aguja que llevaba en la cabeza. He aquí el poema de la niña:

«Aunque me toque dejar esta casa para siempre, te ruego, pilar de ciprés, que tanto he amado, que no me olvides nunca.»

Le costó llegar al final, y volvió a echarse a llorar. —Vayámonos de una vez —dijo su madre, y añadió este poema:

—Por más que nos recuerdes, fiel pilar de ciprés, ¿cómo podríamos permanecer aquí

por más tiempo?

Las mujeres se despedían de los árboles y las flores deshechas en llanto: mientras vivieron en la casa, no les prestaron atención, pero ahora que se veían en el trance de abandonarla, descubrieron cuan importantes resultaban para ellas. Moku permaneció al servicio de Hige-kuro. Éste fue el poema de Chujo:

—¿Cómo es posible que el agua del estanque del jardín, aunque sea tan poco profunda, permanezca aquí mientras la señora de la casa ha de partir?

»Nunca hubiese dicho que un día tendría que dejar esta casa...

—¿Qué quieres que te diga? —contestó Moku, e improvisó este poema:

—El agua entre las rocas del estanque sólo muestra nubes oscuras. Dudo mucho que en el futuro vuelva a reflejar seres humanos...

»¡Qué triste!

Los carruajes arrancaron, y Makibashira no paraba de girarse, convencida de que nunca más volvería a ver aquella mansión. Contempló todas y cada una de las ramas de los árboles hasta que el jardín se perdió de vista. Aunque no hubiera podido afirmarse que amaba el hogar que dejaba atrás, siempre causa pena abandonar un lugar que ha sido tan familiar durante años. Mientras tanto en casa de su padre se la esperaba con enorme agitación: si su padre estaba furioso, más lo estaba su madre, una mujer que siempre se caracterizó por su mal genio. Cubría a su marido de reproches, pues estaba convencida de que había sido la hostilidad que mostrara con Genji cuando éste cayó en desgracia la causa última de todo lo que había ocurrido luego.

—Se diría que estás muy orgulloso de tener a Genji por yerno —le increpaba en todos los tonos—, y aún no te has enterado de que te odia. Observa que no ha perdido ocasión de hacer cuanto ha podido para

perjudicar a la hija que tenemos en la corte. A él debemos que no se la nombrara emperatriz en su día... Se nota que no te ha perdonado tu cobardía cuando fue exiliado a Suma... Muchos pensaban que con el triunfo de Akikonomu se daría por satisfecho, pero no ha sido así. Hace tiempo que te rogué encarecidamente que hicieses lo imposible por recuperar su favor. Pero no moviste un dedo, y ahora tenemos al príncipe Genji completamente dominada por tu bastarda Murasaki. Lo razonable hubiese sido congradar a Murasaki con sus hermanas en beneficio de todos nosotros. ¡Al fin y al cabo, todos somos parientes! ¡Finalmente, a su edad, el insaciable Genji se mete en casa a una zorra que no sabemos de dónde viene y, para no pelearse con Murasaki, le busca un hombre decente e idóneo para el papel de consentido, y la casa con él! ¡Y da la casualidad de que este hombre ya era yerno nuestro!

—Cállate de una vez, mujer —dijo el príncipe—. Todo el mundo habla bien de Genji y no tienes derecho alguno a criticarlo. No pongo en duda que quería saldar sus cuentas conmigo, pero debes reconocer que fue la mala suerte lo que me indispuso con él. A su manera me ha hecho objeto hasta el día de hoy de castigos y recompensas con discreción e inteligencia. Supongo que si me castigó con tanta dureza, fue porque se sintió traicionado en su amistad. Pero recuerda cómo celebró mi cincuenta aniversario hace algunos años. Hizo mucho más de lo que merecía, toda la corte me felicitó por ello y lo considero uno de los honores más grandes que se me han tributado nunca.

La postura conciliadora del príncipe no hizo sino exacerbar la cólera de su esposa, y siguió dirigiendo a Genji los insultos más groseros que le acudían a la lengua. Cuando el príncipe Hige-kuro se enteró de que su esposa le había abandonado, se sorprendió mucho. «Esas cosas las hacen las esposas jóvenes, pero Makibashira ya es demasiado mayor para ello...», repetía sin cesar. Desde el primer momento atribuyó toda la culpa a su suegro, el príncipe Hyobu. Estaba convencido de que su mujer hubiese preferido seguir en su casa y guardar las apariencias en interés de los hijos comunes.

—¡Lo cierto es que no me lo esperaba! —comentó a Tamakazura—. Claro que, en cuanto a nosotros, nos facilitará las cosas, pero sigo pensando que ha sido un craso error. Makibashira es hoy, por culpa de su dolencia, una pobre infeliz, y yo estaba convencido de que hubiese podido continuar viviendo en algún lugar de la casa. Repito que su padre, hombre testarudo donde los haya, está detrás de todo este asunto. He de ir a su casa y ver qué ha pasado. Si no, me consideraré un irresponsable.

Higekuro llevaba calzas de seda de un gris azulado y un *uchiki* muy elegante blanco y forrado de verde. Con su altura imponente y digno porte, muchas mujeres de la casa pensaban que no estaba tan mal, pero Tamakazura seguía sin ver en él atractivo alguno. Antes de llegar al palacio de Hyobu, Higekuro pasó por su casa, y allí Moku y las sirvientas que quedaban le contaron lo ocurrido. Por más que el hombre procuró contenerse, al oír lo que había hecho su hija, se echó a llorar.

—Vuestra señora no se da cuenta de que ya he hecho mucho aguantando sus extravagancias durante tantos años —dijo a las mujeres—. Un hombre menos indulgente no hubiese sido capaz... Pero no vale la pena perder el tiempo hablando de ello. La pobre dama no tiene arreglo. El problema es ver qué se hace con los niños...

Entonces le mostraron el papel que sobresalía del pilar de ciprés. Aunque la caligrafía era aún infantil, el poema le afectó profundamente, tanto que no dejó de llorar hasta que llegó al palacio de su suegro. Estaba convencido de que no le dejarían ver a la niña. No se equivocaba, pues ni siquiera el príncipe y su esposa se dignaron recibirlo. Hyobu dijo a su hija:

—Tu marido es un buen hombre, pero siempre ha mostrado cierta predisposición a adular a los poderosos. No debe, pues, sorprendernos lo que acaba de ocurrir. Hace años que oigo contar que se había vuelto loco por esta muchacha. ¿Piensas que cambiará de actitud algún día? ¡Imposible! Si permaneces a su lado, sólo debes esperar nuevos insultos. Tampoco tiene sentido que lo recibamos.

En vista de que no se le permitía dirigirse personalmente a su suegro, Higekuro le hizo entregar un mensaje que decía así:

«No creo que tu conducta sea la propia de una persona civilizada. Deja que, ante todo, pida disculpas por mis faltas, que soy el primero en reconocer. Siempre creí que tu hija permanecería a mi lado por los niños, y parece que me equivoqué como un estúpido. Sin embargo, pienso que deberías mostrarte un poco más tolerante y esperar a que resulte evidente que no existe otra alternativa para ella.»

Pidió una vez más que le dejaran ver a su hija, pero nadie parecía dispuesto a traérsela. Su hijo mayor tenía a la sazón diez años y servía en la corte en calidad de paje. Aunque no era excepcionalmente hermoso, era listo y popular entre los de su edad, y tenía conciencia de la situación que atravesaba su familia. Su otro hijo tenía ocho años y era muy guapo. Al verlo, Higekuro se puso a acariciarle el pelo y le dijo que debía regresar a su casa para ayudarlo a recordar a su hermana, con la cual guardaba un gran parecido. Como insistiera en ver a su suegro, Hyobu le hizo decir que padecía un fuerte resfriado y no podía pensar en recibirlo.

Higekuro no quiso insistir más y partió, llevándose a sus dos hijos varones. Mientras se dirigían a su casa, donde pensaba dejarles, pues no parecía apropiado llevarlos a la mansión de Genji, les contó la historia de su matrimonio desde su punto de vista.

—Vosotros seguiréis viviendo donde siempre habéis vivido—les dijo al final, para tranquilizarlos—, y yo procuraré visitaros cuantas veces pueda. Todo irá bien...

Le dieron tanta pena cuando los dejó para ir a dormir con su nueva esposa, que pensó que acababa de crearse una nueva fuente de inquietudes, pero las gracias de Tamakazura, comparadas con los sinsabores que la otra le ocasionara en los últimos años, le consolaron una vez más. En los días que siguieron hizo de la afrenta que, según él, se le había infligido un pretexto para romper todo tipo de relaciones con su suegro, el cual aseguraba, profundamente disgustado, que no había para tanto.

—Me parece muy mal que mi madrastra se enfade conmigo de ese modo—dijo Murasaki a Genji—. Según ella, nunca debiste inmiscuirte en los problemas matrimoniales de mi hermana y el general.

—Es una situación incómoda para todos —contestó él—. Tamakazura siempre fue una dama difícil de manejar, y ahora incluso ha conseguido indisponerme con el emperador. Me consta que el príncipe Hyobu es muy quisquilloso, y que se ha enfadado mucho con nosotros dos, pero también es persona razonable, y al fin he conseguido que aceptara mis explicaciones. Las relaciones sentimentales son difíciles de ocultar, por más precauciones que se tomen, y estoy muy contento de no tener nada que reprocharme.

Aunque Tamakazura era a todas luces el origen de esta situación tan enojosa, su humor empeoraba de día en día. Su esposo Higeкуро estaba muy preocupado: seguramente el soberano le haría responsable del cambio de planes de su nueva esposa, que no parecía dispuesta ahora a aceptar el cargo de intendente de la cámara imperial que le había sido propuesto. Por otra parte, daba por seguro que Genji y To no Chujo se pondrían del lado del emperador. Volviéndolo a pensar, el general llegó a la conclusión de que existían precedentes de esposas de altos funcionarios que habían prestado servicios en la corte, de manera que presentó a la suya en palacio poco antes de la fiesta del Otokotoka, que se celebra a mediados del primer mes.

La ceremonia de presentación fue muy solemne, pues la patrocinaban, además de Higeкуро, el canciller y el ministro, padres adoptivo y verdadero de la protagonista. También Yugiri y los hijos de To no Chujo contribuyeron en la medida de sus fuerzas al éxito del festejo. Nadie dudaba que estaban dispuestos a hacer cualquier cosa por ganarse el favor de la dama. Una vez en palacio, se le asignaron aposentos en la parte este del pabellón Shokyoden, y sólo los separaba de los de la hija del príncipe Hyobu, situados al oeste del mismo edificio, un corredor cubierto. Pero aunque físicamente se hallaban muy cerca la una de la otra, desde el punto de vista de sus simpatías e intereses no podían estar más lejos. Las dos damas no se trataban en absoluto.

Por aquel entonces la vida en la corte era relativamente poco complicada porque el emperador había prescindido de favoritas de baja categoría y de amantes clandestinas. Además de la emperatriz Akikonomu, no había más esposas y concubinas imperiales que la hija de To no Chujo,

la del príncipe Hyobu y otra del ministro de la izquierda. Por debajo de ellas, tenían una cierta relevancia dos jovencitas, hijas del secretario de estado y de un consejero. De todos modos, el hecho de que hubiera pocas damas en el gineceo imperial no impedía que la rivalidad entre ellas fuera grande.

Aquel año los comparsas del Ototoka se superaron en bromas y algazara: todas las damas habían invitado a sus familiares a la fiesta y ninguna fue olvidada a la hora de las visitas y los conciertos. Los pabellones habían sido adornados con banderolas multicolores y no había dama que no quisiera sobrepasar en elegancia y magnificencia a las demás. El heredero aparente era aún muy joven, pero su madre, una hermana de Hige-kuro, ^[311] hizo todo lo posible para que sus estancias no resultaran inferiores en adornos a las demás. Los comparsas visitaron al emperador, a la emperatriz y al ex emperador Suzaku siguiendo este orden. Por voluntad expresa de Genji, no acudieron al palacio de la Sexta Avenida. Al regresar del del ex emperador, se dirigieron a los aposentos del heredero aparente para divertirlo con sus canciones y chanzas. Algunos miembros del grupo estaban ya considerablemente bebidos cuando entonaron «El río de los bambúes». Destacaban entre ellos por su apostura y talento musical cuatro o cinco hijos de To no Chujo. ^[312] Su octavo hijo, habido de su esposa principal, era uno de los favoritos de su padre y el atuendo de paje le sentaba maravillosamente. Tamakazura lo encontró encantador. Acompañaba al hijo mayor de Hige-kuro.

Aunque llevaba poco tiempo en la corte, la dama ya había sabido dar a sus aposentos un tono de elegancia y buen gusto difícilmente superable por las demás mujeres que allí vivían. No se aventuró a utilizar colores nuevos y extravagantes, pero, aun limitándose a los tradicionales, supo dotarlos de una fescura refinada que los hacía parecer novedosos. Tanto ella como sus mujeres se sentían en la corte como el pez en el agua, pues su nueva forma de vida les ofrecía continua diversión. No debe extrañar, pues, que todas desearan que se prolongara indefinidamente.

Por donde pasaban los comparsas se les obsequiaba con ropas, bebida y manjares. Aunque el banquete final no debía celebrarse en los aposentos de

Tamakazura, la dama, con la colaboración de su marido, les ofreció regalos y viandas de enorme calidad, que superaban largamente el «modesto refrigerio» que de ella se esperaba, sin que pudiera decirse tampoco que había actuado en contra de las normas que regulaban este tipo de cosas. El príncipe Hige-kuro estaba también de servicio en palacio, y durante el día no dejó de enviar numerosos mensajes a su esposa que decían, con pocas variaciones:

«No hay necesidad de que duermas aquí otra noche. Podría interpretarse como que has cambiado de parecer y estás dispuesta a hacer del palacio tu residencia permanente.»

Tamakazura no contestó.

—El canciller Genji —argumentaban sus mujeres— dice que no debemos tener prisa. Piensa que el soberano nos ha visto poco y tiene derecho a gozar de nuestra compañía un poco más. ¿No crees que estaría muy mal visto que partiéramos esta misma noche?

Hige-kuro se dio perfecta cuenta de que su esposa era muy reacia a irse. El hombre lamentaba profundamente que prefiriera quedarse en un lugar cuyo principal atractivo para ella (al menos, eso sospechaba él) consistía en ponerla a salvo de sus abrazos.

Aunque el príncipe Hotaru había hecho acto de presencia para disfrutar del Ototoka, la razón principal de su asistencia era ver a Tamakazura. Convencido de que, si le enviaba una nota identificándose, la dama se negaría a abrirla, le escribió y fingió que la carta había sido expedida por su marido, que se encontraba a la sazón en el pabellón de la guardia. Sólo cuando la hubo abierto se dio cuenta, por la caligrafía, de quién era el auténtico remitente. Decía así:

«En lo más profundo de los bosques y con las alas plegadas, ¡cómo envidio desde mi nido solitario el vuelo de los dos por el cielo primaveral!»

»Me parece oír trinos de felicidad desde muy lejos...»

Tamakazura se sonrojó: empezó a temer que no se había portado bien con el pobre príncipe. ¿Qué iba a responderle? En aquel momento el emperador vino a visitarla. Reizei estaba rutilante a la luz de la luna: se hubiese dicho que era un segundo Genji, y el hecho de que coexistieran en la tierra dos hombres como aquéllos parecía un milagro. Genji la había querido de verdad, pero su relación con él resultaba muy complicada. No había, en cambio, complicación alguna con el emperador. El soberano le reprochó con enorme delicadeza que, con su matrimonio, hubiese rechazado permanecer en palacio, y ella respondió ocultando su rostro detrás de un abanico, incapaz de articular palabra.

—¡Cuánto silencio! —dijo él—. No sé por qué razón estoy aquí... Pensé que, cuando te conferí el tercer rango, habrías adivinado cuáles eran mis auténticos deseos... Se dice que te caracteriza la independencia de carácter, y quizás sea verdad.

Y añadió:

—¿Cómo pudo ocurrir que, a pesar de tu vestido lila, que es el color de la indiferencia,
[313] me enamorara de ti tan profundamente?

»¿O será que nuestros destinos no quieren juntarnos?

Tamakazura se sintió intimidada por su belleza y apostura, pero se dijo que, en el fondo, era igual que Genji. Al responderle, intentó darle las gracias por haberla promovido al tercer rango sin haber hecho aún verdaderos méritos para ello.

—Nada sabía yo del significado de este color lila, pero de algún modo me dio a entender que contaba con el favor de un augusto personaje.

»Haré lo que pueda para demostrar mi gratitud...

—¿No crees que ya es un poco tarde —dijo el emperador con una sonrisa— para vestir los colores de la gratitud?

Tamakazura no contestó. No quería parecer tímida, pero se sintió un tanto defraudada al comprobar que, en ciertas cosas, el emperador se parecía demasiado a hombres mucho menos importantes. De momento, la dama no parecía excesivamente receptiva, pensó él, pero confiaba que, con el tiempo, cambiaría de actitud. Higeкуро estaba perdiendo también la paciencia: su esposa debía acompañarlo a casa de inmediato, ordenó. Al fin, y con la excusa de que había que guardar las apariencias, Tamakazura obtuvo, gracias al apoyo de su padre, permiso del soberano para abandonar el palacio.

—Adiós, pues —dijo él (y se notaba que lo lamentaba mucho)—. Pero no dejes que nadie te diga que, después de esta experiencia, no debes volver a poner los pies en mi palacio. Fui el primero en interesarme por ti y permití que otro me tomase la delantera. No me parece bien que se aproveche en exceso de las ventajas conseguidas. Pero así son las cosas. No es la primera vez que ocurre. ^[314]

Tamakazura era mucho más hermosa de lo que contaba la fama. No hay hombre que no hubiese lamentado verla partir de su lado, y, en este sentido, el emperador se consideraba un pretendiente rechazado. No queriendo que ella lo tomara por hombre frívolo e inconstante, le dirigió siempre la palabra con la máxima seriedad e hizo cuanto pudo para que se sintiera cómoda en palacio. Ella se dio cuenta y, en su interior, deseó poder quedarse a su lado. Todavía estaban juntos cuando llegó el carruaje que Higeкуро había mandado para recogerla. Los escuderos de su padre la estaban aguardando y su marido empezaba a resultar francamente molesto.

—Te vigilan demasiado —dijo el soberano, y añadió:

»Acaso, cuando nueve velos de niebla
envuelven mi palacio, ¿no huelen mejor que
nunca las flores de mis ciruelos?

La apostura del emperador obró el milagro de que el poema pareciera mejor de lo que era.

—*Enamorado de los campos, esperé quedarme allí hasta la noche...* — prosiguió su majestad, citando un poema muy conocido—, pero he dado

con alguien impaciente por coger flores. ¿Cómo podré escribirte?

Tamakazura sentía haberle causado tanta pena, y le respondió improvisando a su vez:

—Aunque no me considere digna de competir en belleza con otras flores, quisiera confiar a la brisa un poema como éste para ti.

Aunque le costó mucho, el emperador consiguió al fin arrancarse de ella y empezó a retirarse a su palacio. Pero he aquí que en aquel momento Higeкуро, seguido por el canciller y el ministro, se presentó ante el soberano y Tamakazura, dispuesto a no esperar más tiempo, y dijo, inventando una excusa para que Genji no se opusiera a sus deseos:

—Estoy notando, majestad, el comienzo de un resfriado. Pienso que debo cuidarme, y no quisiera tener a mi mujer lejos de mí.

La conducta de su yerno pareció a To no Chujo un poco precipitada, pero no quiso ofender a Higeкуро.

—Haz lo que quieras —le dijo—. Jamás me he inmiscuido en los planes de mi hija.

Tampoco Genji sabía qué decir, y la dama estaba también muy sorprendida por la audacia del general y el curso que estaban tomando los acontecimientos. Se hubiese dicho que Higeкуро quería interpretar a toda costa el papel de «raptor de mujeres». ^[315] La dama pensó que Higeкуро había hecho muy mal exhibiendo sus celos ante el emperador. Sí, se había entregado a un hombre rudo, vulgar y sin mérito alguno, y cada vez estaba más convencida de ello. Y no estaba dispuesta a ocultar al mundo su disgusto.

Mientras tanto, el príncipe Hyobu y su esposa, que tanto habían criticado e injuriado a su yerno, empezaron a desear que fuera a visitarles, pero Higeкуро no se dejaba ver por su casa. Estaba demasiado ocupado: cuando no le absorbían sus obligaciones, vivía entregado a su nueva esposa.

Y en esto llegó el segundo mes. También Genji, en su interior, tildaba de cruel a Tamakazura. Pensaba muchísimo en ella y se preguntaba qué estaría comentando la gente. Seguro que todo había sido obra del destino,

pero no podía quitarse de la mente la idea de que él era el único culpable de su propia desgracia. Higekuro era un hombre tan impulsivo que el canciller ni siquiera se atrevía a escribir a la dama, por más que la corte la considerara su hija adoptiva, por temor a que el marido se lo tomara a mal si llegaba a enterarse. Una noche en que se hallaba profundamente aburrido (estaba cayendo un diluvio), recordó que, en otro tiempo, en noches como aquella había aliviado su tedio visitando a Tamakazura, y garrapateó una nota pensando en ella. Luego se la hizo llegar secretamente a Ukon. Ignorando cómo se la tomaría la destinataria, se limitó a las trivialidades. Decía:

«En una noche de primavera como esta, en la que no cesa de llover, ¿te acuerdas aún de un hombre que dejaste en tu pueblo al partir?»

»Son horas de tedio... Me quejo, y nadie me hace caso...»

Aprovechando un momento en que estaban solas, Ukon entregó la carta a Tamakazura. La dama se echó a llorar: después de todo, Genji había sido como un padre para ella, pero no hubiese resultado posible seguir manteniendo una relación entre ambos. Nunca había contado a Ukon la verdadera naturaleza de los sentimientos del canciller ni ciertos detalles de su conducta, aunque la anciana sospechaba la verdad. Al ver la expresión del rostro de la dama mientras leía el mensaje, estas sospechas se vieron confirmadas. La única duda que subsistía era hasta dónde habían llegado en su relación... Tamakazura le contestó con otra carta, que decía: «Escribirte me descompone, pero no quisiera darte pena. Tal como tú dices, las lluvias de primavera sólo estimulan el tedio...

»Mientras la lluvia interminable cae sobre el alero, te echo mucho de menos con las mangas empapadas en llanto.»

Se despidió de él en el tono propio de una hija afectuosa. A Genji le costó soportar la lectura de la contestación con los ojos secos, pero no quiso

que las damas que le rodeaban le viesan llorar. Para evitar que «la subida de la marea de su alma» lo engullera, se puso a pensar en Oborozukiyo. Durante años Kokiden hizo cuanto pudo para mantenerlos separados. También ella acabó convertida en consorte imperial, también a ella se le hizo el honor de nombrarla intendente de la cámara regia y fue llevada y encerrada en un lugar al cual él no tenía acceso. Recordaba que todo ello le afectó en su momento, pero en modo alguno de la misma manera que la historia de Tamakazura. ¿Sería que, con la edad, se había vuelto más sentimental o que los sufrimientos del momento nos parecen siempre peores que los del pasado? Sólo esto sabía con certeza: que de la mayor parte de semillas que había ido plantando a lo largo de su vida sólo había obtenido frutos amargos.

Confiaba que, en el futuro, sabría evitar ciertas tentaciones, y que su vida sería, en consecuencia, mucho más tranquila y feliz. Intentó convencerse de que, dadas las circunstancias que la rodeaban, Tamakazura nunca fue un objeto adecuado para sus deseos. De momento, sin embargo, todo estaba aún demasiado cerca y no resultaba fácil embarcarse en una nueva vida de resignación y reposo. Tomó un koto japonés para consolarse y pasar las horas de lluvia, pero, en cuanto le puso la mano encima, empezó a recordar cómo Tamakazura interpretaba determinada melodía o de qué modo lo miraba cuando él le daba lecciones. Al fin logró tocar unos cuantos arpegios y luego cantó, acompañándose, «Kozuke», una canción muy popular a la sazón, que decía: *No arranques la hierba preciosa del estanque de Hará, al cual acuden a beber los patos mandarines y las palomas torcaces... No la arranques de cuajo, porque no volverá a crecer... No, no la arranques de cuajo...* Si la dama en que estaba pensando le hubiera visto en aquel momento, con toda seguridad hubiese dado cualquier cosa por regresar a su lado.

Tampoco el emperador era capaz de olvidar la belleza y elegancia de la «diadema preciosa», que por tan breve tiempo le había sido dado contemplar. Se *marchó, arrastrando la cola encarnada de su túnica...*, repetía, citando un poema famoso. Era un poema pasado de moda y no muy bueno, pero le sirvió para consolarse. De vez en cuando le enviaba alguna

cartita en secreto. Esos mensajes no causaban placer alguno a la dama. Lamentaba su destino, pero se resignaba a él, y decidió no contestarlos. Era Genji quien ocupaba la mayor parte de sus pensamientos.

Finalmente llegó el tercer mes, y el esplendor de las glicinias y de los *yamabuki* invadió parques y jardines en el palacio de la Sexta Avenida. A la luz del atardecer parecían evocar una figura bellísima que, no mucho tiempo atrás, se había paseado entre ellos. Genji se dirigió al pabellón del noreste, donde se había alojado Tamakazura. Allí también florecían, magníficos, los *yamabuki* junto a un delicioso bosquecillo de bambúes. *Me vestiré con ropas del color apagado de las gardenias*^[316], recitó el canciller para sí. Y luego improvisó:

—Por más que nos separe el largo camino de Ide, ^[317] adoro —aunque me lo calle— las flores del *yamabuki*.

»Me parece estar viéndola todavía...

En aquel preciso momento pareció tomar conciencia de que la muchacha se había ido para siempre. Alguien le trajo un cesto de huevos de pato, y él los hizo arreglar de modo que parecieran naranjas, y luego se los envió junto con una nota poco comprometedoras:

«En estos meses tan tristes y aburridos sigo pensando en tu extraño comportamiento. Como sea que hay otro que tiene algo que ver con el asunto, ^[318] sólo me queda lamentar la imposibilidad de verte, salvo si se presenta alguna ocasión muy especial.»

Hizo cuanto pudo para que pareciera un regalo «paternal», y añadió un poema:

«En el nido había otro huevo... Cuando regresé, ya no estaba. ¿Qué manos lo cogieron y se lo llevaron quién sabe dónde?»

Cuando Hige-kuro vio el regalo y leyó las notas, dijo, sonriendo con displicencia:

—Una dama casada necesita muy buenas razones para visitar a sus propios padres. ¡Y aquí tenemos al señor canciller, dando a entender que tiene derecho a que todavía le prestes atención y rehusando aceptar los hechos consumados!

El comentario de su esposo molestó a Tamakazura.

—No sé qué responderle —dijo, clavando los ojos en el suelo.

—Ya contestaré yo en tu lugar —respondió él, y la dama temió lo peor.

He aquí el poema del general:

«El huevo del pato silvestre que
encontraste en el nido, se rompió solo, y la
avecilla echó a volar... ¿Quién iba a robarlo?»

»Pienso, señor, que tu pregunta está muy fuera de lugar. Y, por favor, deja de enviar cartas *excesivamente* afectuosas.»

—No le hubiese creído capaz de tanto sentido del humor —comentó Genji al mensajero que le trajo la nota, pero en su interior estaba dolido y furioso.

La separación había sido un duro golpe para Makibashira, y cada vez tenía menos momentos de lucidez. Su marido seguía, con todo, considerándose responsable de su conducta, y ella dependía cada vez más de él aunque no viviera en su casa. Higeкуро no olvidó en ningún momento sus deberes de padre. Y, sin embargo, el príncipe Hyobu seguía oponiéndose a que viera a su hija. Aunque todavía era muy joven, la niña desaprobaba la actitud de su abuelo, y no entendía por qué tenían que mantenerla encerrada y vigilada de aquel modo. Sus hermanos iban a visitarla con frecuencia y le hablaban de la «nueva dama».

—Parece muy afectuosa...—le decían—.Y siempre está inventando juegos nuevos.

¡Cuánto le hubiese gustado acompañarles! Pero los muchachos eran más afortunados que las chicas, pues se les permitía ir a donde quisieran. Tamakazura era una especialista en el arte de conmocionar vidas ajenas.

En el mes undécimo tuvo un niño, una criatura preciosa. Higeкуро no cabía en sí de gozo: todos sus deseos se habían materializado. La alegría fue

general, y sólo añadiré que To no Chujo no se sorprendió de la buena suerte de su yerno. Le parecía que Tamakazura había resultado mucho más afortunada que sus demás hijas, a pesar de lo mucho que había intentado hacer por favorecer sus intereses. Kashiwagi, incapaz de deshacerse del todo de ciertos sentimientos muy poco «fraternales», hubiese preferido que se hubiera integrado en la corte.

—He oído decir que su majestad lamenta mucho no tener hijos varones —dijo en cuanto le mostraron el hijo de su hermanastra e Higekuro, y no dudó en añadir (y fue una impertinencia)—: Es indudablemente hermoso, pero me parecería más bello si fuera príncipe.

Tamakazura seguía desempeñando las funciones de intendente, pero nadie esperaba que volviera a mostrarse en la corte, al menos durante un largo período de tiempo.

Había olvidado hablar de Omi, la ambiciosa hija del ministro, que anhelaba para sí el cargo de intendente de la cámara imperial. Con los años se hacía cada vez más susceptible e inquieta, y su padre no sabía qué hacer con ella. Su hermana y consorte imperial vivía siempre con el temor de que organizase un escándalo.

—Debemos evitar como sea que la gente la trate —dijo el ministro.

Pero no resultaba nada fácil mantenerla oculta.

Una noche (no recuerdo exactamente cuándo, aunque debió de ser en lo mejor del otoño) se reunieron unos jóvenes elegantes en los aposentos de su hermana, la consorte imperial, para hacer música. Yugiri estaba entre ellos, de bastante mejor humor que de costumbre. Tanto es así que una de las mujeres dijo por la bajo a otra:

—Realmente hay que reconocer que es *distinto*.

Súbitamente Omi se abrió paso a codazos hasta colocarse en primera fila. Aunque trataron de retenerla, se revolvió, desafiante, contra todos y no dejó que le impidieran ponerse donde ella quería. Una vez allí, sin embargo, se limitó a señalar a Yugiri con el dedo, diciendo:

—¡Aquí está! ¡Eso es lo que yo llamo un *tipo guapo*!

Y, a continuación, le dedicó un poema con voz clara y estridente:

—Si el bote anda suelto por el mar y a merced de las olas, dime dónde piensas atracar para que vaya a encontrarte [319]

»Es terrible pensar que ciertos botes se hartan de dar vueltas y más vueltas en torno a la misma boya...

Yugiri se sorprendió muchísimo, y sus mejillas se tiñeron de grana. No son frecuentes proposiciones de este tenor en medio de una compañía tan refinada. Pero enseguida reconoció en la moza a la hija de To no Chujo, que se había ganado una fama enorme en la corte por sus extravagancias y salidas de tono. Poco le costó improvisar un poema para contestarle:

—Ni siquiera un pobre barquero a merced del más terrible de los huracanes, desearía hallar la salvación en una costa tan salvaje.

No puede decirse que el tenor del poema diera ánimos a la muchacha, que prefirió callar.

Capítulo 32 La rama de ciruelo

Aunque aún faltaba bastante, Genji ^[320] se concentró en la preparación de la ceremonia de iniciación de su hija. Otra ceremonia parecida aguardaba al heredero aparente en el segundo mes. Luego la niña pasaría a vivir en la corte. Por aquel entonces el primer mes tocaba a su fin. En sus ratos libres Genji se ocupaba de la confección de los inciensos que la niña habría de llevar consigo a su nueva morada. No le gustaban las fragancias «modernas» que había traído consigo el virrey de Kyushu, y prefirió echar mano de viejos inciensos chinos que se guardaban en los almacenes de su casa de Nijo.

—Ocurre con los aromas como con los brocados —decía—. Cuanto más antiguos, mejor.

También empezó a hacer acopio de piezas de brocado de oro y de seda bordada para los cojines, los cobertores y las alfombras necesarios para la ceremonia de presentación en palacio. Llegó a la misma conclusión: los tejidos recién fabricados no podían compararse con los que había traído a la capital un embajador de Corea en los primeros años del gobierno de su padre. Seleccionó los mejores, y dio el resto a la servidumbre.

Repartió asimismo los inciensos entre sus azafatas con órdenes de que cada una de ellas preparara dos mezclas. En el palacio de la Sexta Avenida todos estaban ocupados preparando obsequios para los sacerdotes que habían de officiar y los huéspedes más importantes. Todo tenía que ser perfecto, decía Genji, mientras las mujeres se afanaban confeccionando sus

combinaciones aromáticas, y el estrépito de las manos de mortero se oía por doquier. Genji se instaló en el salón principal, y se puso a preparar con enorme concentración dos inciensos cuyas fórmulas (por lo demás, secretas) se remontaban a los días del emperador Nimmyo. Mientras, en el ala este, Murasaki, encerrada en una estancia adornada con numerosas cortinas, se dedicaba a la confección de sus propias fragancias según la tradición secreta que derivaba del príncipe Hachijo no Shikibo no Kyo, perfeccionada por Motoyasu, un hijo del citado Nimmyo. Todos daban gran importancia a la competición, y las medidas de seguridad para evitar filtraciones eran muy estrictas.

—¡Cuando todo esté a punto —proclamó solemnemente Genji— Juzgaremos las excelencias de todas las mixturas antes de tomar una decisión!

Se le veía tan entusiasmado con aquella actividad que parecía un niño. Nadie hubiese dicho que era el padre de la dama que iba a ser iniciada. Las azafatas procuraron rodearse de pocas colaboradoras, para evitar traiciones, e hicieron saber que, además de inciensos, también estaban preparando otros accesorios para la fiesta. Sólo se admitirían los mejores jarrones, incensarios y cajas. Cuando todo estuviera a punto, Genji «pasaría revista» a los aromas y sellaría los frascos.

El día diez del segundo mes el príncipe Hotaru se presentó en el palacio del canciller. Caía una lluvia fina y el ciruelo que crecía junto a la galería exterior estaba en plena floración, perfumando el aire. Las ceremonias tendrían lugar al día siguiente. Ambos hermanos, muy unidos desde su infancia, estaban admirando las flores de color rosa cuando llegó una misiva de parte de la princesa Asagao, atada a una ramita de ciruelo que había perdido casi todas sus flores. El príncipe Hotaru, que había oído contar algo acerca de las relaciones de Genji con su prima, le preguntó sobre el asunto.

—Es una carta de negocios —dijo Genji, sonriendo—. Ha oído decir que estamos fabricando perfumes, y, como tiene un gran dominio de este arte, me brinda unos consejos...

El príncipe escondió la carta. A continuación, la mensajera le entregó una caja de cedro que contenía dos frascos, ambos llenos de bolas de incienso. Uno era azul, y había sido decorado con agujas de pino, y el otro, de color blanco, con una ramita de ciruelo florida. Aunque los cordones y los nudos eran de tipo convencional, se apreciaba la mano de una dama de buen gusto. Al inspeccionar el obsequio, Genji encontró un poema escrito con tinta muy tenue. Decía:

«De poco sirve el ciruelo cuando ha
perdido sus flores. Dejemos que su fragancia
perfume la manga de otros.»

Yugiri hizo servir vino a la mensajera y le regaló un conjunto de prendas femeninas, entre las que había una túnica china roja forrada de púrpura. Genji escribió su respuesta en una hoja de papel encarnado, y la ató también a una rama de ciruelo rosa.

—¿Se puede saber qué le has dicho? —le preguntó Hotaru—. ¿Por qué has de ser siempre tan secretista?

—Buda me libre de compartir secretos contigo... —respondió Genji.

Parece que éste fue el poema que escribió y mostró a su hermano:

«Hay que ocultar el incienso para que no
se hable de él, pero no puedo apartar la vista
de un puñado de flores tan hermoso.»

—Tal vez te parezca exagerado y absurdo que dé tanta importancia a este acontecimiento —prosiguió Genji—, pero cuando un hombre tiene sólo una hija, está condenado a un montón de problemas. Conozco perfectamente su aspecto y los puntos que calza, y no es mi intención llamar a un valedor extraño para que la apadrine en la ceremonia. La emperatriz Akikonomu, que está viviendo temporalmente en mi casa con licencia de palacio, se ha prestado, a mi ruego, a encargarse de esta función. Es en atención a ella que deseo que el resultado sea magnífico. No quiero que falle ni el detalle más nimio.

—¿Cabe mejor modelo para una muchacha que una emperatriz?

En aquel momento llegaron mensajeros de todos los lugares en que se habían estado preparando inciensos, e hicieron saber a Genji que las tareas habían concluido. El príncipe había dicho que la prueba tendría lugar a última hora de la tarde, cuando el aire empieza a cargarse de humedad, porque es el momento del día en que mejor se aprecian los aromas.

—Tienes que ayudarme a juzgar los resultados —dijo Genji a su hermano—, pues nadie entiende tanto de inciensos como tú. *¿Quién, si no tú?*

Hizo traer los pebeteros, y resultaron ser casi todos auténticas joyas en su género, pues las mujeres habían hecho lo imposible para que sus «improvisaciones olfativas» se beneficiaran de la mejor presentación imaginable.

—Me parece que exageras... —dijo Hotaru, al oír la alabanza que se le acababa de tributar.

Con todo, obedeció a su hermano y empezó a revisar los inciensos aportados, sorprendiendo a todos por sus conocimientos y delicadísimo olfato. «Demasiado áloe», dictaminaba, después de oler un frasco, o «Demasiado clavo», según viniera al caso. Genji hizo traer los dos inciensos que él había preparado personalmente. Siguiendo una tradición cortesana que se remontaba al emperador Nimmyo, del cual se decía que enterraba sus inciensos junto al foso del cuerpo de guardia, Genji había hecho enterrar los suyos junto al arroyuelo que serpenteaba entre el pabellón principal y la parte oeste. Envió al hijo de Koremitsu, que ya era consejero, a sacarlos de la tierra y traerlos. Cuando los hubo puesto delante de Hotaru, éste dijo:

—Me has asignado una tarea muy difícil. Me temo que la estancia esté demasiado llena de humo para apreciarlos...

La tradición había dejado sus huellas en los productos del esfuerzo de los concursantes, aunque había que reconocer que casi todos supieron añadir un toque de originalidad. A la vista de los inciensos presentados, la posición del arbitro resultaba realmente comprometida. A pesar de la modestia del poema que lo acompañaba, el «incienso oscuro e invernal» de Asagao fue elegido como el mejor de todos, pues daba la impresión de ser

más delicado y, a la vez, más profundo que los otros. El arbitro llegó también a la conclusión de que, entre los llamados inciensos otoñales, debían prevalecer los «del canciller», pues uno y otro eran mezclas deliciosas y sorprendentes. Murasaki presentó a concurso tres variedades, y fue el de ciruelo el más alabado por su originalidad y osadía.

—Nada combina mejor con la brisa primaveral que la fragancia de las flores del ciruelo —sentenció Hotaru.

Hanachirusato, que tenía a su cargo el jardín de estío, tuvo noticia del concurso pero, una vez más, prefirió pasar casi desapercibida y no encargó a sus azafatas la preparación de mezcla alguna. Se limitó a enviar incienso de una sola clase conocida como «hoja de loto», pero de una sutileza tan extremada que Genji hubo de maravillarse una vez más de la discreción de la dama. Desde su jardín de invierno, la dama de Akashi no se atrevía a desafiar a las «señoras» del estío y de la primavera. Finalmente recordó una receta que se remontaba a Minamoto no Kintada, nieto del emperador Uda, de quien mucho había aprendido. El resultado hubiese sido por sí solo excelente, pero el hecho de que lo combinara con la variedad de los «cien pasos»^[321] lo convirtió en auténticamente extraordinario, y Hotaru hubo de proclamar que aquella contribución merecía también las máximas alabanzas. Finalmente declaró que todas las variedades presentadas, cada una a su manera, eran excepcionales y merecían la máxima puntuación.

—Nuestro arbitro está perdiendo el olfato —se quejó Genji—, y se dedica a ensalzar todos los inciensos indiscriminadamente.

Salió la luna, envuelta en un sudario de bruma, sirvieron vino y algunos de los presentes empezaron a contar historias de otros tiempos. A una breve lluvia siguió una brisa suave que trajo aromas de ciruelos en flor, y la mezcla fortuita de fragancias llenó el pabellón principal de un olor casi mágico. Era la vigilia de la gran ceremonia y los hombres del mayordomo habían traído los instrumentos musicales para ensayar. Había numerosos invitados y las galerías se llenaron de ecos del koto y de la flauta. Persuadieron a Kashiwagi, Kobai y otros hijos de To no Chujo, que sólo habían acudido a presentar sus respetos, para que participaran en el concierto. Hotaru tomó el laúd, Genji el koto chino de trece cuerdas y

Kashiwagi se inclinó por el japonés de seis, instrumento que tañía con enorme sutileza. Yugiri se puso a tocar melodías acordes con la estación con la flauta travesera, y las notas agudas que salían del instrumento parecían elevarse hacia las nubes para perderse entre ellas. Kobai, que tenía una voz magnífica, cantó «Una rama de ciruelo», mientras marcaba el compás con el abanico. Genji y Hotaru se lanzaron a reforzarlo cuando llegó el estribillo. Muchos recordaban que, años atrás, Kobai había entonado de modo inolvidable la canción «Takasago» con motivo de cierto concurso de poesía. Aunque informal, el concierto fue excelente.

Mientras se servía más vino, Hotaru cantó este poema de su invención:

—El trino del ruiseñor hunde al que ya ha
sido encantado por las ramas en flor del
ciruelo, en un mar de goces aún mayor.

»Creo que podría permanecer aquí mil años seguidos... Luego pasó la copa de sake a Genji, que recitó:

—Haced el honor de visitarnos
asiduamente esta primavera, para que los
tonos y el aroma de las flores de mi casa
tiñan y perfumen vuestras ropas.

Una vez hubo bebido, Genji cedió la copa a Kashiwagi, que improvisó, dirigiéndose a Yugiri:

—Haz sonar tu flauta de bambú toda la
noche sin cesar, y sacude la rama del ciruelo
hasta que el ruiseñor despierte.

Era el turno de Yugiri, y, con la copa en la mano, le contestó:

—No me obligues a despojar al ciruelo,
con el aire de mi flauta, de su flores y a
esparcir las, cuando hasta ahora los vientos
las han respetado.

Todos se pusieron a reír, y fue Kobai quien improvisó a continuación:

—¿No será que la niebla se ha prestado a velar la luz de la luna, para que los pájaros que hay en estas ramas se conviertan en ramilletes de flores?

Toda la noche hubo música, y, cuando el príncipe Hotaru se disponía a partir, empezaba ya a amanecer. Genji ordenó que llevaran a su coche un conjunto de ropas de corte y dos jarras de perfume. El príncipe recitó:

—Si mi esposa llega a oler la fragancia de esas flores bajo mis ropas, me va a castigar a conciencia jurando que me he portado mal.

—Lo lamento por ti... —dijo Genji, y prosiguió:

«Hubiese dicho que tu esposa se alegraría mucho de verte llegar a casa con paso inseguro pero cubierto de flores y brocados.

»Son cosas que no se ven todos los días...

El príncipe no supo qué contestar.^[322] Los huéspedes de menos categoría recibieron también regalos, modestos pero de indudable buen gusto.

A última hora de la tarde del día siguiente Genji se dirigió al pabellón del suroeste, elegido para la ceremonia que se avecinaba. Los aposentos principales de la parte oeste, que ocupaba Akikonomu, habían sido adornados y las mujeres encargadas de arreglar los cabellos de la damita que iba a ser iniciada se hallaban ya en sus puestos. Murasaki también estaba allí, con su cortejo de azafatas, que, sumadas a las que acompañaban a la emperatriz, llenaban prácticamente todo el espacio. La princesita llegó a la hora de la Rata,^[323] y se procedió a sujetarle la faja ritual. Aunque la iluminación de la estancia era muy tenue, Akikonomu pudo comprobar que la niña era muy bella.

—Es una criatura un poco desmañada... —le dijo por lo bajo Genji—, y tal vez pueda parecer exagerado tomarse tantas molestias por ella. Y, sin embargo, cuento con tu ayuda para que mejore... Creo que ninguna emperatriz anterior a ti se hubiese prestado a tanto...

—Nunca me importó tomar parte en esta ceremonia —contestó Akikonomu—, aunque pensé que sería algo más sencillo y familiar. Estoy segura de que, si te has excedido en solemnidades y lujos, lo has hecho por mí, y, en este sentido, soy yo quien debe mostrarse agradecida...

Genji se sentía en el paraíso al verse rodeado de tantas bellezas, mientras la dama de Akashi lamentaba en su pabellón no poder estar junto a su hija en un momento tan trascendental. El canciller había estado considerando la posibilidad de invitarla, pero llegó a la conclusión de que su presencia provocaría habladurías y chismorreos que no harían ningún bien a la niña.

Omitiré los detalles, pues demorarse en ceremonias de este tipo suele resultar tedioso, sobre todo si el narrador es tan incompetente como yo.

Unos días más tarde tuvo lugar la iniciación del heredero aparente. Parecía más adulto de lo que era, y no pocos progenitores hubiesen dado cualquier cosa por colocar a una de sus hijas en su casa. Sin embargo, tal como había comentado el ministro de la izquierda, los planes que Genji reservaba para su hija ponían las cosas muy difíciles para las demás muchachas. Muchos estaban de acuerdo con él y preferían dejar de momento a sus hijas en casa.

—Miserables! —decía Genji—. ¿Pretenden que el pobre heredero esté solo? ¿Acaso no saben que la vida en la corte sólo es interesante si existe una sana rivalidad entre varias damas?

De todos modos, no envió aún a la muchacha a palacio, circunstancia que aprovechó el ministro de la izquierda para enviar a su tercera hija.

Se fijó el cuarto mes para la presentación en la corte de la princesita «de Akashi», y el heredero de la corona, que la había visto durante la ceremonia de iniciación, ardía de impaciencia. Se asignaron a la joven los aposentos que ocupara Kiritsubo, la madre de Genji, y que el canciller había utilizado temporalmente como sus oficinas en palacio. Para su redecoración fueron

convocados los artesanos más hábiles del país, y Genji revisó personalmente los planos y los diseños. Especial atención prestó a la biblioteca, que quiso fuera modélica, no sólo por su diseño sino por los libros y rollos, obra de calígrafos antiguos, que allí se guardaban, todos ellos auténticas maravillas. ^[324]

—Vivimos en una época sin valor alguno —se quejó Genji a Murasaki—, y lo único que todavía se puede mirar es la *caligrafía femenina*. ^[325] En otros tiempos todos escribían con arreglo a normas muy estrictas. Nadie se tomaba la libertad de dar a sus trazos la dirección y la longitud que más le apetecía, de manera que todos los escritos parecían obra de una misma mano. La variedad de caligrafías hermosas es algo relativamente reciente. Cuando yo mismo estudiaba la escritura *kana*, logré reunir una colección francamente buena de ejemplos. Las muestras más bellas que llegué a obtener procedían de escritos informales de la madre de nuestra actual emperatriz. ^[326] Pensaba que nunca había visto nada igual, y, movido por mi admiración hacia ella, me comporté de manera que temo haber causado daño a su buen nombre. Aunque jamás fue mi intención herirla, ella se enfadó conmigo. Pero como fue una dama muy inteligente, siento que nos está observando desde la tumba y se da cuenta de que trato de reconciliarme con ella sirviendo lealmente a su hija. En cuanto a la emperatriz, también escribe bien, y, sin embargo —y aquí bajó algo la voz—, a veces sus trazos resultan un tanto débiles, como carentes de sustancia. También Fujitsubo tenía una caligrafía espléndida, aunque su manera de desplazar el pincel resultaba a veces un poco floja, y le faltaba algo de «punta». Oborozukiyo es una auténtica maestra, pero a veces se filtra algo de coquetería en sus trazos, que los hace parecer un poco amanerados. De todos modos, de entre todas las damas que conozco, sólo tiene dos rivales: mi prima Asagao y tú.

—Pensar que estoy en tan ilustre compañía me llena de satisfacción —dijo Murasaki.

—Estás pecando de humilde —la riñó Genji—. Tu caligrafía parece a la vez suave e íntima, sin dejar nunca de ser firme y segura. Resulta francamente sorprendente dar con alguien que, al igual que tú, domine tan

bien la escritura china y que, luego, al escribir en japonés, sea capaz de alcanzar el mismo nivel de excelencia.

Genji tomó entonces un par de cuadernos y los hizo forrar con todo lujo. A continuación, los abrió y los puso delante de Hotaru y de cierto oficial de la guardia, que tenía fama de buen calígrafo, respectivamente, pidiéndoles que copiaran en ellos unos versos mientras él escribía en otro.

—Ambos están justamente orgullosos de su técnica —afirmó—, pero dudo mucho que me dejen muy atrás.

Tras elegir las mejores tintas y los pinceles más delicados, envió invitaciones a cuantas damas conocía, pidiéndoles que se sumaran al concurso. Algunas declinaron el honor, al no considerarse a la altura. También tuvo en cuenta los «jóvenes de reconocido buen gusto», como Yugiri o Kashiwagi, e hizo poner a su disposición delicados papeles de Corea de tonalidades maravillosas, con la orden siguiente:

«Haced lo que queráis con ellos. Escribid, dibujad o ilustrad poemas, según os plazca.»

Muy reñida resultó la competición. Genji se encerró, como solía hacer, en sus aposentos. Los cerezos habían perdido ya sus flores pero el color verde dominaba la tierra. La memoria prodigiosa de Genji recorría las antologías que más apreciaba a la velocidad del rayo, mientras ensayaba multitud de estilos con resultados diversos: el chino oficial y el cursivo, así como la variedad más radicalmente cursiva del *kana* nipón. Sólo contaba con la ayuda de tres o cuatro mujeres, que preparaban tinta para él y seleccionaban poemas de las mejores antologías. Había hecho levantar las persianas para que la brisa circulase y se había instalado junto a la galería con un cuaderno delante, y cuando se puso a mordisquear la punta del pincel mientras se concentraba en lo que iba a escribir, aquellas mujeres pensaron que hubiesen podido estarlo contemplando durante miles de años sin cansarse. Su pincel se desplazaba por la superficie de papeles de tonos claros, en su mayoría rojos o blancos, cuando, súbitamente, alguien anunció a su hermano: —¡Su alteza el príncipe Hotaru!

Genji dejó atrás su ensoñación, se puso un vestido de corte relativamente informal y ofreció a su huésped un lugar entre aquella

infinidad de libros y papeles esparcidos por el suelo. Su hermano subió las escaleras y las sirvientas lo hallaron también muy hermoso. Ambos se saludaron con grandes cortesías.

—La verdad es que llevaba demasiado tiempo apartado del mundo —dijo Hotaru—. Te agradezco que hayas procurado poner fin a mi aburrimiento...

Hotaru había acudido a entregarle su manuscrito, y Genji lo leyó inmediatamente. Su caligrafía no era precisamente original, pero destacaba por lo ordenada y regular. Había tomado sus poemas de antologías muy antiguas, y los había copiado, configurando cada uno de ellos en tres breves líneas. Se había inclinado por la cursiva, mostrándose muy parco en la utilización de caracteres chinos.

—No esperaba algo tan bueno —le dijo Genji—. ¡No me quedará más remedio que romper mis pinceles y echar la tinta al estanque!

—¡Me considero sobradamente recompensado por el hecho de que me hayas dejado tomar parte en el concurso! —dijo Hotaru, bajando la cabeza.

Genji no pudo ocultar el manuscrito en el que había estado trabajando. Los caracteres en cursiva china, trazados sobre papel también chino y excepcionalmente tieso, eran muy buenos, pero los pasajes en escritura *kana*, dibujados sobre delicadísimo papel de Corea, le habían salido sencillamente soberbios. Las lágrimas de admiración de su hermano estuvieron a punto de mezclarse con la tinta mientras Hotaru no paraba de repetir que nunca se hartaría de contemplar aquellas maravillas. En un papel especial hecho de encargo para la corte, Genji había copiado unos poemas en una cursiva caprichosa de su invención, cuya novedad dejó boquiabierto a su admirador.

—¡Al lado de esto, todo lo demás no vale nada! —gritaba, lleno de entusiasmo.

También el oficial de la guardia había querido impresionarles con una caligrafía atrevida, pero pecaba de irresoluta, y a la hora de elegir los poemas se había mostrado de gustos notablemente afectados. Sobre los manuscritos de la mujeres, en especial el de Asagao, Genji estuvo muy discreto. Tampoco le parecieron mal las muestras presentadas por algunos

jóvenes: la caligrafía de Yugiri fluía como el agua, y sus trazos verticales, expansivos y rotundos, evocaban los famosos cañaverales de Naniwa. ¡Cañas y agua: magnífica combinación! Y no rehuía sorprender al lector con cambios bruscos: a veces, al girar la página, el que leía se veía enfrentado a masas irregulares como de rocas abruptas.

—¡Excelente! —le felicitó el príncipe, que era hombre de amplios intereses y discurrir sutil—. Se nota que se lo ha tomado muy en serio y ha trabajado con ahínco.

Como la conversación versaba sobre manuscritos y estilos de letra, Genji hizo traer libros que combinaban muestras de escritura antiguas y modernas. No quiso ser menos el príncipe, y envió a su chambelán a por unos rollos que guardaba en su biblioteca, entre los cuales destacaba una pequeña colección en la que el emperador Saga había copiado fragmentos del *Manyo-Shu*, y un *Kokin-Shu* ^[327] del emperador Daigo, escrito de arriba abajo sobre papel chino de tono azulado, con cubiertas de damasco de un azul más oscuro y cordones multicolores también chinos. Todas las escrituras eran de primer orden, variadas hasta el infinito y siempre elegantes. El canciller ordenó que trajesen linternas.

—Podría pasar semanas enteras admirando estas obras maestras... —dijo—, y siempre encontraría en ellas algo nuevo. Hoy sólo somos capaces de imitarlas mal que bien...

El príncipe dijo que eran un regalo para la hija de Genji.

—Incluso si yo tuviera una hija —añadió—, no se los daría hasta tener el convencimiento de que era capaz de apreciarlos. No quiero que se pudran en el rincón de una biblioteca sin que nadie disfrute de ellos como se merecen...

Genji obsequió al chambelán con una espléndida flauta coreana y un delicioso muestrario de caligrafías chinas en una caja magnífica de madera de áloe.

En los días que siguieron se interesó profundamente por los estilos cursivos japoneses, y, habiendo trabado conocimiento con varios especialistas de fama, encargó a cada uno de ellos un libro o un rollo para la biblioteca de su hija. Los calígrafos se superaron y los trabajos presentados

hubieran constituido la joya de cualquier biblioteca de prestigio. También incorporó dibujos y muestrarios de enorme interés, que suelen agradar mucho a los jóvenes, y, aunque quería que sus dibujos de Suma pasaran a sus descendientes, de momento se abstuvo de deshacerse de ellos, pues pensó que su hija era seguramente demasiado joven todavía.

To no Chujo tuvo noticias del certamen caligráfico, al cual no había sido invitado, y le sentó muy mal. Kumoi, su hija, estaba más bella que nunca, y verla pasar los días de su juventud encerrada en su casa mientras en todas partes se comentaba el «brillante porvenir» de la hija de la dama de Akashi le resultaba difícil de soportar. Yugiri se mantenía al margen, y no daba muestras de amarla pero tampoco de haber dejado de hacerlo. Si se daba por vencido y ofrecía a Genji la mano de Kumoi para Yugiri, sentiría que había hecho el ridículo. Empezaba a arrepentirse de haberse mostrado tan opuesto al enlace en otro tiempo, cuando Yugiri estaba tan interesado por su hija. De todos modos, no comentó con nadie sus cuitas y procuró mostrarse amable con el muchacho, pues reconocía que no tenía la culpa de nada. Yugiri conocía la situación, pero la familia de Kumoi le había tratado con desprecio, burlándose de su atuendo azul, y no estaba dispuesto a dar ahora el primer paso. No obstante, dejó entrever que seguía interesado en la joven al no interesarse abiertamente por ninguna otra dama de su entorno. El día que ostentara el cargo de consejero y pudiera vestir con arreglo a su rango, decidiría qué actitud tomar.

El canciller creía que había llegado el momento de que se casara.

—Si no quieres saber ya nada de la hija del ministro —le dijo, recordando las humillaciones de que había sido objeto—, tanto el príncipe Nakatsukasa como el ministro de la derecha estarían encantados de convertirse en tus suegros. ¿Por qué no eliges entre sus hijas?

Yugiri le escuchó respetuosamente, pero no contestó.

—Yo no me distinguí precisamente por hacer caso de los consejos de mi padre —insistió el canciller—, de manera que no estoy en condiciones de darte una lección. Pero ahora me doy cuenta que, de haberle obedecido, las cosas me hubiesen salido bastante mejor. Crecí en la corte y con muy poco margen de libertad. Procuré ser muy cauteloso, pues sabía que el desliz más

nimio era suficiente para que se me acusara de frívolo y de promiscuo. Te equivocarías si pensaras que, por el solo hecho de no ostentar todavía cargo de relevancia alguno, tu conducta pasa desapercibida y puedes hacer lo que te venga en gana. El mejor de los hombres (y ésta es una verdad universal) puede malograrse si no tiene una esposa al lado que lo aleje de las tentaciones. Resulta difícil borrar el recuerdo de un escándalo, una vez que se ha producido, y fatalmente ensuciará también el buen nombre de la dama implicada. Así, vale más un mal matrimonio que ninguno. Aunque un marido no sea feliz con su esposa, siempre podrá contar con sus parientes si necesita ayuda. Y si la mujer carece de parientes, por fuerza el marido se compadecerá de su suerte y la tratará con afecto. El hombre inteligente sabe sacar partido de todas las situaciones...

He aquí cómo aleccionaba a su hijo en los ratos de ocio. Pero Yugiri no podía pensar en trasladar sus afectos a otra dama. En aquellos días Kumoi no se sentía cómoda ante sus atenciones porque sabía las inquietudes que atormentaban a su padre. Aunque se compadecía a sí misma —no había dejado nunca de amarlo profundamente—, la joven procuraba ocultar su tristeza. Las cartas que Yugiri le dirigía de vez en cuando, todas ellas escritas en momentos en que le dominaba la emoción, resultaban tan apasionadas como las del primer día. ¿Pero reflejaban sus auténticos sentimientos? A veces lo dudaba, y, de haber tenido otros pretendientes, seguramente hubiese llegado a la conclusión de que Yugiri la estaba engañando. Pero Kumoi era demasiado inexperta para dudar, pues la duda es privilegio de las damas «con mundo». De hecho, vivía para sus cartas, y pasaba los días leyéndolas y volviéndolas a leer sin parar.

Sus mujeres empezaban a hablar:

—Parece que Genji y el príncipe Nakatsukasa han cerrado un acuerdo... —repetían, agoreras—, que muy pronto se hará público.

To no Chujo estaba acongojado. Un día fue a ver a Kumoi y, con lágrimas en los ojos, le confesó:

—No esperaba esto del muchacho, pero supongo que actúa al dictado de su padre, que quiere vengarse de mí. Y yo no puedo dar el primer paso sin ponerme en ridículo...

Kumoi se echó a llorar también, aunque procuraba ocultarlo para no aumentar el sentimiento de culpa de su padre. To no Chujo estaba completamente desconcertado. No podía soportar la pena de la muchacha por más tiempo, y, decidido a intentar aplacar a Genji como fuera, salió de la estancia. Kumoi se acercó a la galería para verlo partir: ¿qué crimen arrastraba de una vida anterior, se preguntaba la joven, para que todos los días creciera el dolor en su corazón y disminuyeran sus alegrías? Justamente entonces llegó un carta de Yugiri, muy parecida a otras anteriores. Decía:

«Los corazones fríos como el tuyo

parecen ser la regla en esta tierra. ¿Será mi corazón, incapaz de olvidarte, la única excepción a la norma general?»

Cuando vio que no hablaba de ninguna otra mujer, se sintió algo reconfortada, y le respondió:

«Dices que no puedes olvidar, pero has olvidado. ¿No serás tú quien sigue las reglas del mundo?»

Esto fue todo. ¿Qué quería dar a entender la muchacha con su poema? Por más que Yugiri lo leía y releía, no era capaz de adivinarlo.

Capítulo 33 Las hojas de la glicinia

I

A pesar del afecto que sentía por su hermana la princesita, Yugiri se interesó poco por las ceremonias de su iniciación: sumido en la tristeza, no se sentía capaz de participar en el gozo que prevalecía a su alrededor. Había oído decir que To no Chujo, cansado de una espera que ya empezaba a parecer excesivamente prolongada, podía estar a punto de capitular. El muchacho, muy sensible a los desaires, hubiese preferido que fuese la otra parte la que bajara velas, y aunque pasaba la vida planeando acercarse a su tío, a la hora de la verdad se hacía atrás, esperando un signo evidente por parte del ministro de que su actitud había cambiado. En cuanto a Kumoi, cada vez estaba más convencida de que pronto se anunciaría el compromiso de Yugiri y la hija del príncipe Nakatsukasa, y sacaba fuerzas de flaqueza para borrar de la memoria los recuerdos de un amante por el que se sentía traicionada.

Su padre, cuya absurda obstinación había sido la única causa del conflicto, procuraba aparentar indiferencia, pero sentía que estaba perdiendo el control del futuro de su hija y tal vez de un modo irreparable. Si, dando por seguro que Yugiri sería para otra, empezaba a buscar un partido distinto para ella, era probable que el candidato elegido no se sintiera precisamente honrado, pues habían circulado rumores sobre la larga relación existente entre Yugiri y Kumoi, cuyos detalles nadie conocía con certeza. Si pensaba que muchos podían creer que pretendía «colocarles» una mujer con *excesiva* experiencia amorosa, sentía peligrar su dignidad, de la que tanta gala había hecho siempre. Se había equivocado, y ya era hora de reconocerlo. No le quedaba más remedio que rendirse y hacer cuanto estuviera en sus manos para salvar la cara dentro de lo posible. Sea como fuere, había que encontrar el momento adecuado. No podía levantarse una mañana y correr a abrazar a Yugiri como si nada hubiese ocurrido, pues toda la corte se reiría de él. Mientras llegaba el instante propicio, tenía que esperar, fingiendo una calma que no tenía nada que ver con sus auténticos sentimientos.

El día doce del tercer mes era el aniversario de la muerte de su madre, la princesa Omiya, y To no Chujo hizo acto de presencia en los servicios fúnebres que se celebraron en el templo de Gyokurakuji, [328] al sur de la ciudad, rodeado de todos sus hijos. También Yugiri, hermoso como el que más, estaba allí. Aunque había evitado a To no Chujo desde que su tío empezara a mostrarse frío con él, nunca dio públicamente muestras de resentimiento contra el ministro, y To no Chujo lo sabía. Genji encargó también funerales, y Yugiri no quiso ser menos.

Al caer la tarde, mientras regresaban del mausoleo familiar, la brisa primaveral empezó a arrancar las flores de los cerezos, provocando una maravillosa lluvia de pétalos. Ante aquel espectáculo incomparable, To no Chujo se puso a recitar fragmentos de antologías poéticas. También Yugiri se sentía conmovido. Un hijo del ministro dejó caer: «¡Un momento lleno de magia! Debería durar eternamente...», pero Yugiri hizo como que no le oía. Entonces To no Chujo, con el corazón en un puño, le tomó de la manga y le dijo:

—¿Por qué estás enfadado conmigo? ¿No ha llegado el momento de que me perdones y olvides de una vez por todas lo que yo haya podido hacer? ¿Quieres que me queje yo de que me has dado la espalda en los años de mi vejez?

—Mi abuela me rogó —dijo Yugiri, en un tono *excesivamente* educado — que acudiera a ti en busca de consejo y apoyo. Y no parece que mi presencia te haya hecho especialmente feliz.

De pronto se puso a diluviar con enorme violencia y los que formaban parte del cortejo tuvieron que apresurarse para hallar refugio en sus casas respectivas. Una vez en su aposento, Yugiri se puso a dar vueltas a la breve conversación que acababa de mantener con su tío. Las palabras del ministro parecieron producto del azar, pero debía reconocer que se trataba de un hombre ante cuya presencia se había sentido siempre profundamente incómodo. Pasó toda la noche en blanco, tratando de buscarles un sentido. ¿Y si su paciencia estuviera a punto de verse recompensada y To no Chujo no supiera cómo dárselo a entender sin rebajarse? En el fondo, todos querían una reconciliación, ni demasiado aparatosa ni excesivamente

casual, que pusiera fin a la embarazosa situación que tan inquietos los mantenía.

A principios del cuarto mes las glicinias que bordeaban la galería de la mansión de To no Chujo florecieron de un modo espectacular, y el delicadísimo color de las flores del ministro resultaba excepcional, incluso entre las mismas glicinias. El ministro estaba muy orgulloso de ellas, y organizó un concierto convencido de que despertarían la admiración de todos. Con la caída de la tarde los tonos de las flores parecieron ganar en intensidad, y envió a su hijo Kashiwagi con una nota para Yugiri. Decía así:

«Fue una lástima que el vendaval pusiera fin a nuestra conversación bajo la deliciosa lluvia de pétalos del otro día. Si no tienes mejor cosa que hacer, me encantaría verte.

»Esta noche, mientras las glicinias iluminan mi jardín con su oscuro fuego, deberías visitarme antes de que la primavera se nos acabe.»

La carta iba sujeta a un magnífico ramo de glicinias.

¡Cuánto tiempo hacía que esperaba una carta como aquélla! Procurando disimular su excitación, Yugiri respondió en estos términos:

«No es fácil coger flores de glicinia en medio de la oscuridad. Las tinieblas de la noche enturbian la visión de mis ojos...»

—No sé si he acertado —dijo a Kashiwagi—. ¿Por qué no le das un vistazo tú mismo?

—Sólo se te pide que me acompañes —repuso el hijo del ministro.

—Eres demasiado importante para servirme de escudero...

Yugiri envió a Kashiwagi por delante y se fue al encuentro de Genji con la carta de To no Chujo en la mano.

—El hombre debe de tener sus razones —comentó Genji después de leerla, y parecía satisfecho consigo mismo—. Siempre tuvo la impresión de

que no mostraba el respeto debido a su difunta madre, pero esto cambia las cosas.

—Lo dudo mucho —dijo el joven—. He oído contar que este año sus glicinias están excepcionalmente esplendorosas, y me temo que sólo quiera organizar un concierto para festejarlas.

—Te ha enviado un mensajero —insistió Genji—. Tienes que ir.

He aquí como el canciller bendijo el proceder de un Yugiri todavía nervioso y dubitativo.

—Procura no vestirme con un lujo excesivo —prosiguió Genji—, pero tampoco se te ocurra presentarte tal como vas. Aunque tengas ya un puesto en el Consejo, pienso que un color magenta te sentaría muy bien. Hay que poner mucho cuidado en el aspecto... Voy a enviarte algunas piezas de mi propio guardarropa...

Siguiendo los consejos de su padre, Yugiri se vistió con sumo cuidado con las ropas que le prestó el canciller. Viendo que no llegaba, To no Chujo había empezado a impacientarse. Cuando se dejó ver, el ministro suspiró, aliviado, y envió siete u ocho de sus hijos, encabezados por Kashiwagi, a recibirlo. Aunque todos eran guapos y apuestos, Yugiri lo era mucho más, y la dignidad reposada que emanaba de su figura, lo colocaba por encima de todos ellos. El canciller le acompañó a su asiento, cuidadosamente seleccionado y preparado para hacerle un gran honor.

Mientras se ponía su indumentaria festiva, To no Chujo había advertido a su esposa y a sus concubinas que se fijaran en el joven que pensaba invitar.

—Es un muchacho muy preparado y con un gran dominio de sí mismo —les dijo—. En estos extremos juraría que casi supera a su padre, al menos cuando éste tenía su edad. Claro que Genji es aún tan hermoso que le basta con sonreír para que parezca que el mundo es el Paraíso de la Tierra Pura. Por eso a nadie le importa que, a veces, se muestre un tanto superficial y ligero a la hora de afrontar los problemas del país. Yugiri es más serio y profundo, y ha estudiado muchísimo. Lo cierto es que me costaría mucho encontrarle un defecto, y pienso que casi todo el mundo piensa como yo.

Cuando hubo indicado su lugar a Yugiri, el ministro, sin perder el tiempo en formalidades, se puso a cantar las alabanzas de sus glicinias:

—¡Me consta que hay mucho que decir a favor de los cerezos en flor — dijo, contemplando sus adoradas flores—, pero resultan tan efímeros, tan transitorios! Se diría que sus flores tienen prisa en abandonarnos. Afortunadamente, en cuanto empezamos a echarlas de menos florecen las glicinias, y sus flores se mantienen durante todo el verano. No hay nada que pueda ponerse a su lado. Incluso su color resulta insuperable, y estoy seguro de que en estos momentos te dice mucho... [329]

To no Chujo acabó su breve discurso con una sonrisa ladina de complicidad, que le hizo parecer más guapo que nunca. Como la noche impedía ver con claridad el color de sus flores, hizo disponer linternas y antorchas en torno a sus macizos para que su huésped pudiera apreciarlo. El vino corría en abundancia y la música sonaba sin parar. Fingiéndose tan borracho que había perdido completamente los buenos modales, el ministro escanciaba vino en la copa del invitado sin parar. Yugiri, aunque sobrio y morigerado, hubo de aceptarlo con una sonrisa, y procuraba beberlo muy lentamente para no excederse. To no Chujo retomó la palabra:

—Todos están de acuerdo en que tus conocimientos y habilidades superan nuestros merecimientos en unos tiempos tan degenerados como los que nos ha tocado vivir. Espero que tengas la magnanimidad de tolerar a tu lado viejos necios y molestos como yo... ¿Hay en tu biblioteca algún tratado sobre la piedad filial [330] que pueda ayudarte a hacerlo? Voy a quejarme de ti porque, estando mucho mejor informado que la mayoría sobre las enseñanzas de los sabios, me tratas sin tener en cuenta los principios que deben regir la actuación de todo varón justo...

Así hablaba el ministro, dejando fluir lágrimas de borracho.

—Me tratas injustamente, señor —le respondió Yugiri—. Te respeto como al que más, y haría por ti, sin dudarle un instante, cualquier sacrificio que se me exigiese... Me reconozco perezoso y descuidado, pero ignoro qué pueda haber hecho para merecer tu desaprobación.

Había llegado el momento, se dijo el ministro, y, poniéndose en pie, se puso a entonar un viejo poema:

«Si, como las hojas de la glicinia que el sol de primavera atraviesa con sus agudos rayos, me das tu corazón, nunca más volveré a desconfiar de ti...» [331]

Mientras To no Chujo cantaba, Kashiwagi hizo un ramo de glicinias y lo ofreció a Yugiri junto con una copa de vino. Viendo que el invitado no sabía qué decir, To no Chujo improvisó otro poema en torno a las glicinias:

—Pasamos mucho tiempo esperando, y ahora me cuesta hablar.. ¡Echemos la culpa de todo a las glicinias en flor!

Yugiri, con la copa en la mano, se inclinó respetuosamente. Estaba maravillado, y respondió:

—Tengo detrás de mis espaldas el llanto de muchas primavera, pero al fin ha salido a mi encuentro la buena fortuna cargada de flores.

Dicho esto, pasó la copa a Kashiwagi, quien improvisó a su vez:

—Las glicinias son como las mangas de las muchachas. Cuando alguien las ama, parecen más hermosas todavía.

Las rondas de la copa no cesaban, invariablemente acompañadas de poemas sin cuento, pero, entre todos los versos que se recitaron, los que he transcrito fueron sin duda los mejores. La luna, en cuarto menguante, difundía una luz tenue y el estanque era un espejo. Las glicinias lucían, espléndidas, colgando de un pino de altura media, cuyas ramas se inclinaban de un solo lado. Nadie echaba de menos el verde más intenso que caracteriza el estío. Kobai cantó, para sorpresa de su padre, «La barrera de cañas», con su espléndida voz y una suavidad incomparable. To no Chujo unió su voz a la de su hijo en los estribillos, sustituyendo la

expresión «casa desolada» por «casa rebosante de gozo». Fue una fiesta por todo lo alto, y los viejos rencores desaparecieron de una vez por todas.

Yugiri fingía estar muy borracho.

—Me en-cuen-tro mu-y mal... —dijo a Kashiwagi, con voz gangosa—. Me temo que no encontraré el camino de mi casa... ¿Por qué no me dejas dormir en tu estancia?

—Dale un lugar para que descanse, señor —dijo enseguida To no Chujo—. Temo que, con los años, mi resistencia al alcohol ha disminuido considerablemente y puedo acabar creándos problemas... Permitidme que me retire...

Con estas palabras, se levantó y se fue, tambaleándose. ¿O tan sólo lo fingía?

—¿Insinúas que te gustaría pasar una noche entre nuestras flores? —dijo Kashiwagi—. No será fácil buscarte un guía...

—Mira como las flores conversan con el pino sin pudor alguno... —apuntó Yugiri—. ¿No te parecen un tanto frívolas?

Kashiwagi se sentía satisfecho, aunque reconocía que había andado corto de ingenio en sus réplicas. Tenía una gran opinión de Yugiri y no deseaba otro final para la historia. Sin pensárselo dos veces, acompañó a su amigo a los aposentos de Kumoi. ^[332] Yugiri creía estar soñando. ¡Cuánto había tenido que esperar para vivir aquel momento! Kumoi era tímida, pero la halló mil veces más bella que cuando la viera por última vez.

—Me consta que la gente se ha burlado de nosotros —dijo—, pero he dejado que se burlaran, haciendo acopio de paciencia. Al fin he obtenido el consentimiento de tu padre... ¡Me sorprende encontrarte tan indiferente!

Lo dijo para provocarla, y luego prosiguió:

—¿No has oído la canción que ha cantado tu hermano? No ha elegido con acierto... ¿Por qué hablar de «la barrera de cañas»? ¡He estado a punto de contestarle con la canción de la barrera del Kawaguchi, que protege la desembocadura del río, y que tiene fama de estar muy bien vigilada!

La muchacha terció en la polémica, e improvisó:

—Resulta extraño que un río tan poco profundo requiera una barrera tan gruesa para impedirle desembocar en el mar.»

Yugiri la encontró encantadora, y recitó:

—Ha sido todo obra del celoso guardián del paso de Kukida, ^[333] y no hay que culpar sólo a la barrera que ahora maldices.»

»La larga espera ha estado a punto de volverme loco... lo cierto es que ya no entiendo nada...

Con la excusa de su borrachera, Yugiri se tomó ciertas libertades que no fueron mal recibidas. Al rayar el alba, las mujeres de Kumoi no se decidían a despertarlo.

—Dejadle descansar... Bastante ha esperado, el pobre... —dijo To no Chujo al ser informado de la situación.

Sin embargo, dejó el palacio antes de que se hiciera de día, y todas estuvieron de acuerdo en que incluso sus bostezos eran hermosos. A media mañana envió una carta, que la muchacha no sabía en qué términos contestar. A su alrededor, sus mujeres se miraban unas a otras y soltaban risitas de significado nada ambiguo. Entonces se presentó el ministro, aumentando la incomodidad de todas. To no Chujo dio un vistazo a la misiva, que decía:

«Tu frialdad me hace ver cuan poco te merezco. ¡Tal vez debería morir!

«No me riñas por mis mangas, siempre mojadas, que todo el mundo contempla. Todos los días hago lo imposible por secarlas.»

Aunque los términos resultaran un tanto obvios, el ministro admiró la caligrafía del autor. Ya no quedaba ni rastro de anteriores enfados.

—No olvides que espera una respuesta —dijo a su hija con una sonrisa, y se fue para no aumentar la confusión de la joven.

Kashiwagi mandó que trajesen vino y obsequios para el mensajero, un alférez de la guardia imperial que contaba con la confianza de Genji. El hombre se alegró al pensar que ya no se vería obligado a ejercer sus funciones de alcahuete en secreto.

Genji tuvo la impresión de que aquella mañana su hijo resplandecía con una hermosura superior a la habitual. ^[334]

—¿Cómo te encuentras? —le dijo—. ¿Ya le has enviado tu carta? Los hombres más serios y experimentados tropiezan en ocasiones al cruzarse con según qué damas, pero tú te has comportado con mucha dignidad al evitar apresurarte y forzar la situación... To no Chujo se mostró demasiado severo con todos nosotros... Me pregunto qué se estará diciendo por ahí acerca de su rendición incondicional... Ahora debes procurar no mostrarte excesivamente orgulloso de tu victoria y comportarte en todo momento como lo que eres. El ministro pretende aparentar que ha actuado movido por su magnanimidad, pero su corazón es duro y su talante inflexible... Resulta muy difícil entenderse con él. Lo sé por experiencia.

Quien hubiese visto a Genji y a Yugiri juntos, habría pensado que eran hermanos y que no se llevaban demasiados años. A veces la gente los confundía, y se dirigía a uno como si fuese el otro. El canciller llevaba una túnica china blanca bordada en relieve y, encima, un *uchiki* azul. También el *uchiki* de Yugiri era azul, aunque de un tono más oscuro que el de su padre, y sus mangas dobladas permitían admirar el elegantísimo forro azafranado. No cabía imaginar un novio más elegante.

Aquel día se celebraba la conmemoración del nacimiento del Iluminado, y llegó una procesión de sacerdotes que llevaban en andas una estatuilla de Buda-niño. Al atardecer se presentaron unas muchachitas con presentes para las damas de la Sexta Avenida, unos regalos tan espléndidos como los que se repartían en la corte. Tampoco los servicios que hizo celebrar Genji tuvieron nada que envidiar a los del palacio imperial. Yugiri estaba muy impaciente. Se vistió (ya se ha dicho) con enorme cuidado. Mientras hubo de mantenerse alejado de Kumoi, tuvo algún que otro asuntillo, ninguno ciertamente de importancia, pero había mujeres que le observaban con los celos pintados en la cara. Al fin veía recompensados sus años de paciencia,

y el matrimonio que iba a contraer prometía ser a prueba de agua y de fuego. [335] Desde que veía en él a un miembro más de la familia, To no Chujo le tenía en mayor estima. A nadie agrada ser el perdedor, pero la gran constancia mostrada por el joven se sobrepuso a la amargura de la derrota. Una vez casada con Yugiri, Kumoi sería envidiada por numerosas damas, empezando por su propia hermana, la consorte imperial. Su madrastra no pudo ocultar su resentimiento, pero ello no fue suficiente para empañar la alegría general. Su madre verdadera, en cambio, que había desposado el inspector supremo, parecía encantada.

II

Eligieron el día veinte del mes cuarto para presentar en la corte a la princesa de Akashi. Murasaki manifestó su deseo de visitar el palacio que se levantaba junto al templo de Kamo, en el que la tradición situaba el nacimiento del dios del trueno, y no pocas mujeres se ofrecieron a acompañarla, aunque finalmente se limitó a llevar consigo un modesto cortejo de azafatas y sirvientas distribuidas en veinte carruajes de aspecto poco ostentoso y algunos escuderos acompañantes. La visita al templo tuvo lugar muy temprano la misma mañana del festival de Kamo, y Murasaki se colocó en un lugar de honor sobre el estrado. La congregación de coches fue realmente espectacular, pues no sólo estaban los procedentes del palacio de la Sexta Avenida, sino muchísimos más llegados de otros puntos de la ciudad. Los espectadores la miraban de lejos y se preguntaban quién podía

ser aquella dama de porte y belleza admirables, que parecía borrar con su sola presencia a todas las demás.

Genji, que también se encontraba allí, recordó —¿cómo podía *no hacerlo?*— otro festival de Kamo, celebrado muchos años atrás, y lo que en él ocurrió a la princesa Rokujo, madre de la actual emperatriz. Ahora, en cambio, todo parecía ir sobre ruedas.

—¡Estoy muy contento de que todo haya funcionado sin el menor problema! —dijo a Murasaki—. En ocasiones como ésta, se pone de manifiesto la mala voluntad de las personas con resultados que pueden llegar a ser funestos. Así, temo que la favorita actual abuse de su poder, y trate de barrer sin contemplaciones todo lo que encuentre a su paso. En otro tiempo mi esposa Aoi, madre de Yugiri, mujer altiva y voluntariosa, demostró en un festival de Kamo que carecía de piedad y de sentido común al permitir que sus criados se comportaran insolentemente con cierta persona, y hubo de pagarlo muy caro. (Sobre este punto el canciller prefirió no entrar en detalles.) En aquella ocasión la ofendida fue la madre de la emperatriz actual, y resulta sorprendente que, mientras su hija ha alcanzado el puesto más elevado al que una dama pueda aspirar, el hijo de Aoi esté sólo empezando a abrirse camino... No debemos olvidar jamás lo transitorio e incierto de la vida humana y sus avatares... ¿Hasta cuándo permanecerá la situación tal como a nosotros nos satisface? [336]

Poco tiempo... Estoy muy preocupado por ti, amada mía, y me pregunto qué harás cuando yo falte...

Al pie del estrado de Murasaki se habían congregado unos cuantos cortesanos de rango elevado para presentarle sus respetos el canciller se acercó a ellos. Procedían del palacio del ministro y Kashiwagi se hallaba entre ellos, representando a la guardia imperial. La hija de Koremitsu, que ostentaba un puesto en la cámara imperial, estaba también allí con unas compañeras. Había tenido un éxito extraordinario en la corte, y recibía obsequios continuamente de parte del emperador, del príncipe heredero y del mismo Genji. Como Yugiri le había hecho algo la corte (añadamos que sin excesivo entusiasmo) en los días en que se senda rechazado por la familia de Kumoi, la joven empezó a ilusionarse y, en cuanto se enteró de

su inesperado enlace con la hija del ministro, tuvo un gran disgusto. Cuando la muchacha estuvo en su coche, un coche que sus admiradores no dejaban arrancar, le llegó una cartita de Yugiri que decía:

«Hoy, entre todos los días del año, con la corona de acebo que ciñe tus sienes, me recuerdas, por si lo he olvidado, que un día nos encontramos los dos...»

No quedaba muy claro qué pretendía darle a entender. A pesar de la confusión que reinaba alrededor de su carruaje, la joven le respondió:

«Si los estudiosos, adornados de laurel, asocian el acebo con los encuentros, ellos sabrán por qué lo hacen. Pero ignoran quién cogió las flores o quién las tejió para que formaran una corona... [337]

»¿Puede ser que lo ignore un erudito... como tú?»

El poema no pareció a Yugiri nada del otro mundo, aunque hubo de reconocer que era mejor que el suyo. Como se decía que todavía había algo entre ellos, Yugiri prefirió apartarse de su coche para no dar pábulo a más rumores.

Era habitual que, si la esposa del heredero aparente era muy joven, la acompañara a la corte su madre o alguna dama respetable que velara por ella, de manera que Murasaki se desplazó a la corte con la princesita de Akashi, pero, no pudiendo permanecer allí por mucho tiempo, pensó que lo adecuado sería traer a la verdadera madre de la joven. Madre e hija habían llorado en silencio la larga separación que las circunstancias les habían impuesto: Murasaki lo sabía y la idea le producía a veces graves remordimientos de conciencia.

—¿Por qué no envías a la dama de Akashi —sugirió a Genji— para que haga compañía a su hija? Todavía es muy joven, y sería conveniente que tuviera una mujer más madura a su lado. Una ama no es lo mismo... Estaría

mucho más tranquila si supiera que cuenta con su madre... Lo haría mucho mejor que yo.

Genji se alegró de la propuesta de Murasaki, una propuesta digna de la extremada sensibilidad de su consorte favorita. También la dama de Akashi se entusiasmó, pues era lo que más deseaba en este mundo. En cuanto se le comunicó, se puso a hacer preparativos, repitiéndose sin parar que había sido infinitamente más afortunada que su madre, la esposa del monje, la cual, al vivir tan lejos de la corte, había sido privada del placer de ver crecer a su nieta.

La princesita de Akashi y Murasaki llegaron al palacio imperial al caer la tarde, en un lujoso palanquín. La dama de Akashi se había negado a seguir las a pie, y no porque lo estimara contrario a su dignidad, sino porque pensó que su presencia restaría solemnidad y grandeza a la llegada de las otras dos. Prefirió quedarse de momento en sus aposentos, e imaginar, lejos del mundanal ruido, el triunfo social de su hijita. Había sido deseo expreso de Genji que la ceremonia del recibimiento de su hija en la corte no fuera excesivamente fastuosa, pero no resultó así porque el emperador se había dejado llevar por sus propias ideas. Cuando llegó el momento en que Murasaki se disponía a entregar a la niña que durante tantos años había sido lo mejor de su vida, la dama deseó más que nunca que aquella figurita preciosa que estaba vistiendo y adornando con joyas magníficas hubiese nacido de su vientre y no del de otra mujer. Lo mismo pensaban Genji y Yugiri, y esta idea, que flotaba en el ambiente, fue la única nota amarga en una jornada festiva a más no poder.

Murasaki se fue al tercer día, pero antes fue a ver a la dama de Akashi, que acababa de llegar para sustituirla.

—Ya ves en qué dama tan espléndida se ha convertido... —le dijo—. Cuando la trates más íntimamente, te darás perfecta cuenta del efecto que sobre ella han tenido mis cuidados y desvelos... En cuanto a nosotras dos, espero que seamos amigas.

Fue la primera vez que se hablaron sin formalidades. Al fin Murasaki descubrió las razones del hechizo que la fuerte personalidad de aquella mujer había ejercido sobre Genji. También la dama de Akashi llegó a la

conclusión de que la afabilidad, la elegancia y el porte de Murasaki no tenían rival. Dentro de todo, la dama de Akashi se sintió afortunada de poder contar con una compañera como aquella, a pesar de lo mucho que las separaba. Y, sin embargo, cuando vio a Murasaki que partía en dirección a su palacio de la Sexta Avenida en la carroza imperial, como si fuera una de las consortes del soberano, no pudo evitar un sentimiento de envidia.

La niña era bonita como una muñeca. Cuando la dama de Akashi se quedó a solas con ella, rompió a llorar. No, el poeta que escribió que las lágrimas de dolor se parecen mucho a las de alegría no sabía lo que decía. Hasta entonces su existencia había estado consagrada a penar. A partir de ahora, quería que la alegría prevaleciera sobre cualquier otro sentimiento en lo que le quedaba por vivir. Si se paraba a reflexionar, había de reconocer que el dios de Sumiyoshi se había portado bien con ella. La niña era muy inteligente y había sido educada de manera insuperable. Todo el mundo admiraba los resultados, empezando por el heredero aparente, que, a su manera un tanto infantil, parecía realmente entusiasmado con ella. Como era de esperar, sus rivales criticaban a su madre y la ridiculizaban cuanto podían, pero ni la niña ni la dama les prestaban atención. Muy pronto pudo comprobarse que la jovencita no sólo era lista y cultivada, sino que tenía carácter y sabía perfectamente qué quería. Las mujeres que la atendían (por no hablar de sus admiradores) rivalizaban a la hora de satisfacer sus deseos y caprichos. En poco tiempo, sus aposentos se convirtieron en el lugar más *a la page* de palacio, y allí se celebraban continuamente fiestas y recepciones de todo tipo. De vez en cuando la visitaba Murasaki, que cada vez simpatizaba más con la reservada dama de Akashi, a la cual consideraba un auténtico modelo de dignidad y discreción.

Genji consideraba la presentación de su hija en la corte uno de los éxitos más resonantes de sus años de madurez. Como tenía el presentimiento de que no viviría muchos años, el hecho de haber obtenido para la niña una posición de privilegio le llenaba de satisfacción. En tiempos le preocupó Yugiri, pues temió que se acostumbrara demasiado a las frívolas distracciones propias de la vida de los solteros impenitentes. Por tanto, se alegró mucho de verlo al fin felizmente casado. Había llegado el momento

de hacer lo que siempre había deseado: abandonar el mundo de una vez por todas. A pesar de que la idea de dejar a Murasaki le entristecía, sabía que su esposa y la emperatriz Akikonomu se entendían muy bien, así como que la dama seguía profundamente interesada por el destino de la princesita de Akashi, a la cual no había dejado de amar como a una hija en ningún momento. Por otra parte, estaba convencido de que Yugiri se ocuparía de Hanachirusato, pues sentía por ella auténtica devoción desde que se hiciera cargo de él en sus años mozos. A punto de cumplir los cuarenta años, tenía el íntimo convencimiento de que «su mundo estaba en orden».

En todas partes empezaron los preparativos para festejar su cuadragésimo aniversario. En otoño se le asignaron los réditos propios de un ex emperador, por más que él tratara —en vano— de declinar el honor al sentirse ya lo bastante satisfecho con los beneficios, riquezas y satisfacciones acumulados a lo largo de su vida. Incluso se le asignó un cortejo como el que correspondía a un soberano jubilado, honor sin precedentes que Genji no agradeció en absoluto, pues complicaba extraordinariamente sus entradas y salidas de palacio. Y, sin embargo, el emperador vivía secretamente angustiado porque no se atrevía a cumplir su anhelo más ferviente: abdicar en favor de Genji, porque estaba seguro de que la opinión pública se opondría. [338]

To no Chujo fue elevado a la dignidad de canciller y Yugiri a la de consejero de rango medio. Cuando el nuevo canciller vio como su yerno, tan hermoso y juvenil, agradecía su nuevo cargo al emperador, se dijo que su hija podía considerarse muy afortunada de tenerlo por marido, y que nunca hubiese sido tan dichosa en la corte imperial. Yugiri nunca olvidó cuánto despreciara su nodriza sus mangas azules cuando sólo pertenecía al sexto rango, y un día le hizo entrega de un crisantemo adornado de escarcha mientras le recitaba este poema:

—¿Sospechaste en tiempos, al
contemplar a través de la niebla el crisantemo
azul, que algún día luciría este púrpura
espléndido?

»¡No lo he olvidado... —dijo, sonriendo. La mujer estaba muy confusa, pero fue capaz de contestarle con otro poema:

—Nadie miró nunca con desprecio el
tono azul con el que te vistió, siendo tú aún
joven, el crisantemo ^[339] de un famoso
jardín.

¡Lo cierto es que se estaba comportando casi como una suegra!

Teniendo en cuenta su nueva posición, la casa de Nijo resultaba insuficiente para Yugiri, y decidió trasladarse a la de su abuela en Sanjo, un lugar lleno de recuerdos agradables, pero que, abandonado desde que murió la anciana, se hallaba por aquel entonces en un estado deplorable. El jardín no había sido podado en años y las malas hierbas lo habían invadido todo. Yugiri dirigió las tareas de remozamiento general y devolvió al jardín, que surcaba un arroyuelo, su viejo encanto. Tal como era de esperar, se reservó los aposentos de la princesa Omiya, y los hizo decorar de nuevo de arriba abajo.

Un hermoso atardecer se hallaba sentado junto a Kumoi en la galería: hablaban de los años que hubieron de pasar separados, y la dama se sonrojó al imaginar los comentarios sobre ellos que debieron de circular entre sus criadas. Todavía quedaban algunas con vida, y las que se consideraron con fuerzas suficientes para seguir sirviendo, fueron al encuentro del joven matrimonio para ofrecerle sus servicios, siendo casi todas admitidas. Poco a poco, volvía a ser el palacio inolvidable de «la abuela Omiya».

Yugiri contempló el arroyo que serpenteaba entre las rocas y los bancales de flores, y le apostrofó en estos términos:

—Oh, tú, señor de las aguas de este
jardín entrañable, ¿sabes dónde está ahora
aquella cuya imagen solía reflejarse en tu
límpida superficie?

Y Kumoi improvisó:

—¿Cómo es posible que ahora que la sombra de los muertos se ha borrado para siempre, sigas gorjeando alegremente al pasar entre las flores y las rocas como si nada hubiese ocurrido?

En este momento se presentó en Sanjo To no Chujo, que había oído alabar el esplendor renovado del jardín de la que fuera su casa paterna. Se dirigía a la corte, pero quiso detenerse allí para comprobar que la vieja mansión había renacido de sus cenizas gracias al amor de un par de jóvenes. Yugiri, con las mejillas arboladas, estaba evocando la imagen de la anciana princesa. Sí, debo admitir que forman una pareja muy bella, se dijo To no Chujo, pero en su interior hubo de reconocer que, si su hija Kumoi era muy bonita pero no excepcional, la hermosura de Yugiri carecía de rivales en la corte. Las servidoras más ancianas fueron invitadas a tomar parte en la conversación general, a la que aportaron mil recuerdos y anécdotas de los tiempos del ministro de la izquierda y la princesa difunta que los demás habían olvidado. Por todas partes había poemas sobre el arroyo del jardín...

—También a mí me gustaría interrogar al arroyo —dijo el canciller, limpiándose una lágrima—, pero me temo que mis divagaciones seniles no os entusiasmen...

Y escribió:

«No debe extrañarnos que el viejo pino haya desaparecido para siempre, pero los arbolitos jóvenes han medrado y el musgo ya empieza a tapizar sus cortezas.» [340]

Saisho, nodriza de Yugiri, no había olvidado del todo los agravios que To no Chujo le había hecho sufrir, y recitó, triunfante:

—Me siento bajo la sombra de dos pinos soberbios, cuyas raíces han estado siempre

entrelazadas desde que, años atrás, alguien
los plantó.»

El tenor del poema delataba la avanzada edad de su autora, pero alegró a Yugiri y tiñó de grana las mejillas de Kumoi.

III

En el décimo mes el emperador decidió visitar el palacio de la Sexta Avenida, y, como sabía que las hojas de los arces solían estar espléndidas en aquella época del año, rogó al ex emperador Suzaku que le acompañara. No era frecuente que un soberano reinante y su antecesor hicieran una visita juntos, y el acontecimiento fue muy comentado. Pero Genji había tomado medidas para que la recepción resultara digna de sus augustos huéspedes, y todo había sido cuidado hasta el menor detalle.

La comitiva llegó a la hora de la Serpiente ^[341] y fue acompañada al hipódromo, delante del cual la estaban esperando, impecablemente vestidas y formadas, las guardias montadas de la derecha y de la izquierda, exactamente igual que cuando tuvieron lugar las carreras de caballos imperiales del quinto mes. Los caminos y puentes por los que tenían que pasar habían sido cubiertos de alfombras de brocado, y los laterales protegidos de las miradas de los curiosos mediante cortinas de tela sobre las que se habían pintado paisajes maravillosos. Todos se dirigieron al pabellón del sureste, y allí embarcaron en botes engalanados.

Una vez en el lago, los cormoraneros imperiales y los de Genji hicieron una pequeña exhibición de su habilidad y de la preparación de sus aves

amaestradas, y, a la vista de todos, se hicieron con un botín de pesca más que regular. A veces Genji se preguntaba si no se había excedido un poco a la hora de programar espectáculos y entretenimientos para recreo de sus invitados. Lo cierto es que lo había hecho con la intención de que sus augustos huéspedes y su cortejo no se aburrieran ni un solo instante. Las hojas teñidas con los colores del otoño eran un telón de fondo excepcional, sobre todo en el jardín del suroeste, que correspondía a Akikonomu. Para que los emperadores gozaran de una mejor vista, habían quitado paredes y abierto puertas donde no las había.

El tiempo decidió colaborar en el magno evento, y ni la más leve bruma otoñal se atrevió a interponerse entre los ojos de los espectadores y aquel precioso entorno. Genji acompañó a sus huéspedes a sus asientos, que estaban en un nivel más alto que el que se había reservado para él. Cuando el emperador se apercibió de este detalle, le ordenó en términos inapelables que se sentara con ellos, pues no consideraba a su padre verdadero su inferior en nada.

Los dos comandantes de la guardia que les habían recibido, se arrodillaron ante los soberanos y les presentaron los peces cogidos en el lago durante la exhibición de los cormoraneros (el de la derecha) y una gran variedad de aves recién cazadas por los halcones imperiales en las colinas del norte (el de la izquierda). El soberano ordenó a To no Chujo que se encargara de la preparación de aquellos manjares exquisitos para el banquete de la noche. Mientras, se sirvió un refrigerio abundante a los príncipes y a los cortesanos de los primeros rangos. Al declinar el sol, los músicos del palacio imperial empezaron su concierto, precisamente cuando la mayor parte de su público ya se encontraba bajo los efectos del vino. El concierto pareció a todos corto y sin pretensiones, y, para terminar, unos pajes de palacio deleitaron a los asistentes con sus danzas.

El ex emperador Suzaku recordó con extraña intensidad el festival de las hojas rojas que se había celebrado años atrás durante su reinado. ^[342] Uno de los hijos de To no Chujo, un mozuelo de unos nueve o diez años, danzó «Nuestro amado monarca» con tanta elegancia que el emperador se levantó de su asiento, se quitó uno de sus *uchikis* y se lo puso encima de los

hombros. To no Chujo corrió a agradecerse, pues el honor se había hecho a un vástago suyo. La danza del joven hizo recordar a Genji aquellas «Olas del océano azul», que bailara en tiempos junto a su cuñado, amigo y perpetuo rival To no Chujo. Discretamente mandó a un criado que le trajese un crisantemo recién cortado y se lo envió al canciller con este poema:

«Incluso los crisantemos del seto, cuyos colores ganan en belleza cada día, recuerdan con nostalgia incurable nuestra danza de aquel lejanísimo otoño.

»Tu manga y la mía parecían una sola...»

Al recibirlo, To no Chujo pensó que, aunque su carrera debiera considerarse un éxito, no podía compararse con la de Genji. Seguramente había sido cosa del destino. De pronto cayó una breve lluvia de otoño, como bendiciendo aquel momento único, y el canciller escribió a Genji:

«Este crisantemo que parece confundirse con una nube de color lila, luce a mis ojos como la estrella de un tiempo sagrado y sin precedentes.

»Y su resplandor no hace sino aumentar...»

La brisa del atardecer había esparcido miles de hojas de colores variados por el suelo, cubriéndolo de un brocado natural de colores pardos, cobrizos y dorados no menos hermoso que el que se había dispuesto en las galerías. Sobre aquella alfombra única danzaban graciosos pajes pertenecientes a las mejores familias de la capital, soberbiamente ataviados con calzas de color gris y rosa y *uchikis* carmesíes, cuyas mangas dejaban entrever el forro de púrpura. Su baile no duró mucho, y se retiraron bajo los árboles de follaje dorado, mientras los huéspedes lamentaban que se estuviera acercando el ocaso. El concierto fue breve y sin pretensiones, como ya se ha dicho, pero le siguió otro, completamente improvisado, en la planta superior, para el cual se hicieron traer valiosísimos instrumentos que formaban parte de la colección imperial. Cuando la música empezó a

animarse, trajeron kotos para los dos emperadores y para Genji. Suzaku estuvo encantado de volver a oír, después de tantos años, la canción del «monje Uda», y no se cansaba de proclamar que nunca la había escuchado mejor interpretada. En un arrebato de inspiración, improvisó:

—Aunque el anciano campesino ha conocido ya numerosos chaparrones de otoño, no le ha sido dado contemplar jamás unos colores otoñales tan gloriosos.

Todos tenían el convencimiento de que aquel día era irrepetible, y el emperador reinante no quiso desaprovechar la ocasión de mostrar sus habilidades poéticas. Improvisó:

—¿Diríais que esos colores de otoño son los habituales? El brocado que cubre nuestro jardín pretende imitar otro, infinitamente más antiguo...

Con el paso de los años las facciones del emperador no habían hecho sino ganar en hermosura y expresividad, y ahora parecía el hermano gemelo de Genji. Y también estaba allí Yugiri, tres rostros casi iguales sobre los cuerpos de tres personas distintas... Tal vez en Yugiri se echaban de menos la nobleza y la dignidad del emperador, pero, en cambio, el yerno de To no Chujo derrochaba ardor juvenil y tocaba la flauta como nadie... Y mientras acompañaba con ella la canción que estaba interpretando primorosamente su cuñado Kobai, muchos veían en ambos primos el símbolo de la reconciliación de dos grandes familias.

Fin de la primera época de la historia de genji

APÉNDICES

LAS GENERACIONES EN LA NOVELA

No es nuestro propósito marear al lector con complicados árboles genealógicos que casi nadie se toma la molestia de descifrar. Sí le diremos que el *Genji* trata de hombres y mujeres que se distribuyen *grosso modo* en cuatro generaciones. Entre generación y generación hay de veinte a veinticinco años de diferencia, y las edades de las personas que se encuentran *dentro de una misma generación* nunca están separadas por más de diez años. Veamos ahora dónde deben colocarse los principales personajes de la novela:

Primera generación

El príncipe Hyobu — Kokiden — Kiritsubo

Segunda generación

To no Chujo — Yugao — Fujitsubo — Hige-kuro — La princesa Rokujo — El príncipe Hotaru — Utsusemi — Akikonomu — Asagao — Aoi — Suetsumuhana — Oborozukiyo — El emperador Suzaku — Murasaki — El príncipe Genji — La dama de Akashi — Koremitsu — Ki no Kami — El príncipe Hachi

Tercera generación

Tamakazura — El emperador Reizei — La Tercera Princesa — Kashiwagi — Yugiri — La Segunda Princesa — Kumoi — La princesa Akashi — El gobernador de Hitachi

Cuarta generación

Kaoru — Roku no Kimi — El príncipe Niou — Naka no Kimi — Oigami — Ukifune

**Cuarta parte EL CAMBIO
INEXORABLE**



Capítulo 34 Hierba tierna (I)

I

Durante los últimos años el emperador Suzaku había estado enfermo aunque se ignoraba qué mal concreto le aquejaba. En los días que siguieron a su visita al palacio de la Sexta Avenida su estado de salud se agravó de tal modo que llegó a temer que su fin se estaba acercando. Hacía tiempo que hubiese tomado el hábito de monje e ingresado en un monasterio, pero mientras vivió su madre, se abstuvo de hacerlo ante la feroz oposición de la dama.

—Mi corazón anhela la paz que sólo la vida contemplativa otorga —decía a sus allegados—, y, muerta mi madre, ya no hay nada que me impida abrazarla. Ya no me siento vinculado a este mundo... Es tiempo de hacer los preparativos para consagrarme enteramente a Buda.

Pero debía tomar en consideración su situación familiar. Oborozukiyo no le había dado descendencia, pero tenía tres hijas de Shokyoden, además del heredero aparente, y otra más, nacida de una consorte de rango inferior a la que llamaban Jardín de Glicinias, hija del emperador anterior, una dama que no tuvo la suerte de escalar los puestos más altos de la corte. Había entrado a servir en palacio antes de que Suzaku subiera al trono, y durante años confió en que un día llegaría a emperatriz, porque su esposo la amaba muchísimo. Pero como carecía de valedores y el linaje de su madre dejaba mucho que desear, acabó arrinconada por otras damas, sobre todo cuando Oborozukiyo fue nombrada intendente de la cámara imperial con arreglo a los deseos de su hermana y madre del emperador Kokiden. Aunque Suzaku

la compadecía, lo cierto es que no hizo mucho por ella, y después de su abdicación acabó por olvidarla casi por completo, de manera que la infeliz dama murió de tristeza. Y, sin embargo, la hija que le había dado, a la que llamaban la Tercera Princesa, era su preferida entre toda su progenie, y se volcó en atenciones hacia ella.

Por aquel entonces la princesita tenía trece o catorce años, y era la preocupación constante de su padre. El ex emperador se estaba haciendo construir un templo en las montañas para retirarse definitivamente. «¿Qué será de ella», se preguntaba, angustiado, «cuando yo me encierre entre sus cuatro paredes?» Había que proceder a la iniciación de la muchacha cuanto antes. Considerando la ceremonia que se avecinaba y su próxima entrada en religión, el ex emperador ordenó que sus mejores tesoros y los enseres y utensilios más hermosos que tenía en su palacio —sin olvidar objetos que podían parecer insignificantes pero que, para él, tenían mucho valor—, fueran llevados a los aposentos de la Tercera Princesa, y repartió entre las demás lo que nadie hubiese querido.

El heredero aparente, conocedor de la enfermedad de su padre y de sus propósitos inmediatos, fue a visitarle acompañado de su madre. Aunque Shokyoden no había sido nunca una de las consortes favoritas de Suzaku —en realidad, le vino impuesta sólo por razones políticas—, era la madre del príncipe heredero, y no podía ser ignorada cuando de cuestiones importantes se trataba. Hablaron largamente del pasado y del futuro, y Suzaku no ahorró consejos a su hijo para el día en que subiera al trono, pero lo cierto es que le preocupaba poco: el muchacho era serio y maduro para sus años, y contaba, además, con el apoyo firme de la familia de su madre, muy poderosa a la sazón.

—Mucho más que tú me inquietan tus hermanas —dijo el ex emperador a su hijo—. Me consta por experiencia que las mujeres suelen ser tratadas de manera poco decorosa, y se las insulta y humilla, aunque no lo merezcan. La idea de que mis hijas puedan sufrir cualquier tipo de vejación me tortura. Por ello te ruego que las tengas siempre presentes y que te comportes bien con ellas el día que te necesiten. A las hijas de Shokyoden no les faltarán apoyos, pero el caso de la Tercera Princesa es distinto.

Todavía es muy joven y siempre ha dependido directamente de mí. Y pronto tendré que abandonarla a su suerte... ¿Qué va a ser de ella?

Suzaku se secó una lágrima y luego recomendó también la joven a la dama. Recordaba perfectamente que nunca la había tratado con el cariño que mostrara a la madre de la Tercera Princesa y que su actitud desató en tiempos celos y rivalidades en palacio. Aunque sabía que Shokyoden no era rencorosa como lo había sido su madre, estaba seguro de que no iba a esforzarse por hacer feliz a la hija de Jardín de Glicinias.

Al acercarse el año nuevo la salud de Suzaku empeoró notablemente, y se pasaba el día en cama protegido por una cortina. Sufrió ataques que parecían obra de un espíritu maligno y que ya había experimentado antes, aunque nunca con tanta frecuencia, de modo que llegó a la conclusión de que duraría poco. Aunque había abdicado, numerosos súbditos que tenían motivos para estarle agradecidos seguían visitándole y dándole muestras de afecto, y, al ser testigos de sus dolores, le compadecían de todo corazón. Genji enviaba continuamente mensajeros interesándose por su salud, y le hizo anunciar que le visitaría en persona, aunque acabó enviando a Yugiri.

Cuando el joven entró en su dormitorio, el ex emperador le invitó a pasar al otro lado de las cortinas.

—Poco antes de morir —le dijo— mi padre me dio muy sabios consejos. Se sentía especialmente preocupado por tu padre y por el emperador reinante. Pero mientras yo estuve en el trono, me fue imposible hacer todo lo que hubiese deseado porque los emperadores no son seres todopoderosos, por más que algunos lo crean. Siempre sentí un enorme afecto hacia tu padre, pero ocurrió un incidente lamentable y me porté con él de un modo que temo no haya olvidado. A veces me pregunto si su corazón me ha perdonado... Sea como fuere, quiero que sepas que cuanto te estoy contando son cavilaciones mías, pues en todos estos años jamás me ha dirigido recriminación alguna o palabras que denotaran resentimiento. Tampoco lo ha hecho delante de otros, por cuanto me han contado, y se diría que mira con franca simpatía al príncipe heredero. El vínculo nuevo que les une me complace profundamente... Con toda humildad debo reconocer que soy hombre de pocas luces y que las preocupaciones que me

inspiran mis hijos nublan mi mente... Más todavía: me he apartado a conciencia del heredero aparente para no equivocarme, y he permitido que sea Genji quien le aconseje... Estoy seguro de que he acatado todas las instrucciones de su padre en relación con el emperador reinante, cuyos brillantes aciertos iluminan esta época degenerada, haciendo olvidar mis muchos errores, y me congratulo sinceramente por ello. Cuando visité a mi hermano Genji en el pasado otoño, los recuerdos me asaltaron, y me encantaría verle de nuevo. Tenemos tanto de que hablar... (Suzaku lloraba.) Insiste en que acuda a verme.

—Estoy seguro de que le gustaría visitarte —le contestó Yugiri—. No hace falta que te diga que ignoro por completo qué ocurrió en el pasado, pero sí puedo asegurarte que recientemente hemos estado hablando de política con frecuencia, y jamás le he oído expresión alguna que sugiera que te guarda mala voluntad. A veces le he oído quejarse de que, desde que dejó los cargos para dedicarse a sus inclinaciones y aficiones personales, se ha ensimismado no poco y no ha sabido estar a la altura de las expectativas de vuestro padre común. Ahora que se ha retirado de la vida pública, estoy seguro de que le encantaría conversar contigo largo y tendido y con la máxima franqueza... Y, sin embargo, su nueva posición coarta su libertad de movimientos, y los días han ido pasando sin que se decidiera a visitarte...

Yugiri no había cumplido todavía los veinte años, pero ya era un joven muy hermoso, hasta el extremo de que resultaba difícil imaginar un rostro más agraciado que el suyo.

—Me dicen que has entrado a formar parte de la familia del canciller...^[3]—comentó el ex emperador—. Seguí con atención la complicada historia de tus amores, compartí en silencio tus penas y me alegró profundamente que todo acabara bien. A veces dudo incluso de que To no Chujo te merezca como yerno...

La observación aparentemente trivial de Suzaku cogió a Yugiri por sorpresa. ¿Qué había querido insinuar con ella? El muchacho recordaba que en la corte se comentaba la inquietud que el enfermo sentía a causa de la Tercera Princesa y sus deseos de casarla lo mejor posible antes de tomar el

hábito de monje. Pero todavía era demasiado tímido para hacerle saber que había entendido la insinuación, de manera que optó por retirarse.

—Me temo que soy aún poca cosa para resultar el yerno ideal de nadie —dijo al despedirse—, y hasta la fecha nadie ha mostrado excesivo interés por mí.

Y así acabó la conversación. Las mujeres de la casa, que les habían estado espiando, repetían sin parar:

—¡Qué joven más hermoso! ¡Y qué porte ha adquirido!

Con todo, las jóvenes parecían más entusiasmadas que las entradas en años.

—Si hubieseis visto a su padre cuando tenía su edad... —comentaban—. ¡No ha habido otro como él! Le mirabas, y te echabas a temblar...

El ex emperador las oyó y se molestó en apostillar sus opiniones.

—Genji no ha tenido rivales. Pero ¿por qué decís «cuando tenía su edad? ¿Acaso no ha mejorado con el paso del tiempo y ahora parece más «resplandeciente» que nunca? A veces pienso que el término *hikaru* se inventó precisamente para él... En cuanto se pone a hablar de alta política, todos nos ponemos a escucharle como a un oráculo. Y, cuando se pone a bromear, su sentido del humor sigue siendo irresistible... ¡Este es indudablemente el Genji que más me gusta! No hay otro como él.

¿Qué pudo haber sido en vidas anteriores para nacer tan afortunado en ésta? Creció en la corte, y era el favorito de nuestro padre, su tesoro máspreciado y la alegría de sus días. Y, sin embargo, nunca fue vanidoso ni soberbio. Tenía veinte años y todavía no era consejero. Al año siguiente, sin embargo, se le nombró miembro del consejo de Estado y general simultáneamente... Si Yugiri ha progresado con mayor rapidez que su padre, más lo debe a la consideración que su familia merece a los poderosos que a sus propios méritos... De todos modos, soy el primero en reconocer que sus opiniones sobre asuntos serios merecen ser escuchadas, y estoy convencido de que, con el paso de los años, su fama aumentará forzosamente...

Un día, mientras Suzaku contemplaba a la Tercera Princesa, una criatura realmente hermosa pero aún muy inocente, que se había acercado a su lecho de enfermo, le dijo:

—¡Sería estupendo dar con un hombre bueno y de fiar que velase por ti y te educase con esmero para convertirte algún día en su esposa! Tienes mucho que aprender todavía... ¡Me quedaría muy tranquilo!

Luego convocó a su ama y a sus principales azafatas para hablar con ellas sobre la ceremonia de iniciación de la adolescente.

—¡Sería maravilloso hallar a alguien dispuesto a hacer por ella cuanto Genji llegó a hacer por la hija del príncipe Hyobu! ^[4] No se me ocurre un nombre, entre los gentilhombres que pululan por la corte, adecuado para desempeñar este papel... Con el emperador no se puede contar: tiene ya a la emperatriz Akikonomu y a unas cuantas consortes más realmente espléndidas y entrar en rivalidades con ellas resultaría francamente arriesgado. Si pudiera contar con algún apoyo realmente valioso, quizás lo intentaría, pero cuando yo falte, dudo mucho que nadie mueva un dedo por ella... Seguramente tuve una oportunidad mientras Yugiri era soltero, porque es un muchacho muy dotado y tiene un gran futuro por delante, pero debo reconocer que la dejé escapar...

—¡Es un chico tan serio y formal! —dijo el ama—. Durante todos esos años sólo tuvo una mujer en el pensamiento, y no permitió que nada se interpusiese entre ambos. ^[5] Una vez casado con su Kumoi, aún será más difícil de interesar por otra dama. Seguramente su padre resultaría más fácil de tentar. Intuyo que Genji es todavía tan sensible a los encantos femeninos como lo fue en tiempos, y que, aunque procure disimular, sigue interesándose por damas hermosas de linaje impecable... He oído rumores de que aún piensa en la que fue gran vestal de Kamo ^[6] y le envía cartitas de vez en cuando...

—Esto es precisamente lo que más me preocupa: su notoria promiscuidad —observó el ex emperador.

Pero la idea no dejó de hacer mella en Suzaku. Aunque, de salirse con la suya, la Tercera Princesa se encontraría rodeada de todas las mujeres que Genji había ido coleccionando a su alrededor, era perfectamente posible que el príncipe se aficionase a ella y la tratara como una huerfanita muy digna de ser atendida. Genji se lamentaba a la menor ocasión de lo exiguo de su

descendencia... Con un poco de suerte, la adoptaría como había hecho con otras...

—Si alguien buscara un lugar para que una jovencita fuese bien educada y aprendiera a manejarse en el mundo, la mansión de Genji tiene pocas rivales. Por otra parte, con un poco de suerte Genji no sería un mal yerno. Breve es la vida, y hay que sacarle el máximo partido posible. Pienso que si yo fuese mujer, me sentiría profundamente atraída por él, y no de un modo «fraternal»... Ya tuve esta impresión cuando era joven, y nunca me extrañó que las mujeres perdieran la cabeza por él...

Probablemente estaba pensando en su propio fracaso amoroso con Oborozukiyo.

Entre las azafatas de la princesa había una mujer de buena familia cuyo hermano mayor, To Dainagon, era moderador de rango medio. Contaba con la confianza del ex canciller, pues había sido uno de sus secretarios cuando era ministro, y también había prestado pequeños servicios a la Tercera Princesa. Un día su hermana le reveló las dudas y perplejidades que atormentaban al ex emperador.

—Tal vez tú tengas ocasión de hablar de la joven con el príncipe Genji —le confió—. El sino suele condenar a muchas princesas a una vida solitaria, pero resulta preferible que encuentren a un hombre que las ame y las cuide. En cuanto a mi pobre señora, sólo su padre vela por ella, y poco será lo que podré hacer yo cuando el ex emperador tome los hábitos o fallezca. Y, sin embargo, me sentiría más tranquila si la dama dependiera sólo de mi, pero hay otras mujeres a su alrededor, y, si alguna de ellas hiciera un disparate, la reputación de la Tercera Princesa podría verse arruinada. El destino de las princesas es tan incierto como el de los demás mortales, y pueden ocurrir desgracias irreparables. No hay que olvidar que siempre ha sido la favorita de su padre, y los celos y malquerencias que esta situación acarrea.

—Genji es más de fiar de lo que parece —le respondió su hermano—. Cuando se ha relacionado con una dama, por poco que haya durado su aventura, siempre acaba por llevársela consigo e instalarla en su casa con todas las demás. Pero ningún hombre puede repartir indefinidamente su

cariño de forma igualitaria entre sus damas, de modo que siempre hay una que «reina» sobre las demás. Por consiguiente, imagino que, en su colección, hay numerosas mujeres que se sienten bastante negligidas. Pero si tu señora consiguiera casarse con él, dudo mucho que tuviera nada que temer de la «favorita» del momento, aunque tampoco pondría la mano en el fuego. Le he oído decir a veces que su vida ha sido excesivamente feliz, y exigir más sería señal de arrogancia o de codicia de su parte, pero que, por la razón que sea, sus relaciones con el sexo opuesto no han acabado nunca de satisfacerle. Creo entenderle cuando se queja en estos términos: recuerda que ninguna de las mujeres que ha amado debe avergonzarse de su familia, pero que tampoco ninguna de ellas procede de los linajes más elevados, salvo una que perdió cuando era todavía muy joven. ^[7] De algún modo se ha visto obligado a contemplar a sus mujeres como seres de rango inferior. Tu señora, hija de todo un ex emperador, es justamente lo que le conviene.

En cuanto tuvo ocasión, el ama repitió las palabras de su hermano a Suzaku:

—Mi hermano está convencido de que el señor de la Sexta Avenida recibirá de muy buena gana la propuesta de su majestad, pues, aceptándola, vería al fin colmados sus deseos de unirse a una dama realmente «superior». Si su majestad lo permite, él mismo se ofrece a actuar de mensajero. De todos modos, no dejamos de tener nuestras aprensiones. Es un hecho que el príncipe Genji tiene a su alrededor un montón de mujeres, y podemos dar por seguro que la vida de tu hija a su lado, suponiendo que sea aceptada, no estará exenta de tensiones y episodios poco agradables. Por ello debes andar con pies de plomo antes de tomar una decisión, sobre todo si existe la posibilidad de otros enlaces menos arriesgados. Por otra parte, hay numerosas damas que son absolutamente capaces de vivir por su cuenta con total independencia de los hombres y desprecian uniones que otras considerarían muy ventajosas. Sin embargo, mi señora, muy inexperta y desamparada aún, no pertenece a esta categoría, y es poco lo que podrán hacer por ella los que la rodeen.

—También yo he dado muchas vueltas al asunto —le contestó el ex emperador—, y reconozco que muchas princesas aciertan permaneciendo

solteras. Sabemos de sobras que un gran linaje no salva un mal matrimonio, y luego todo es infelicidad y amargura. Pero el destino de las princesas solteras es incierto, sobre todo el día que se encuentran solas en el mundo. En otros tiempos los hombres guardaban las formas, y nadie hubiese osado faltarles el respeto ni, mucho menos, insultarlas. Pero hoy las cosas ya no son así, y la más encumbrada de las damas está en peligro de verse ofendida por un libertino sin escrúpulos. Eso, al menos, es lo que he oído contar. Una joven que hasta ayer estuvo bajo la tutela de unos progenitores dignísimos, se ve hoy arrastrada por el barro por culpa de un sinvergüenza y acarrea el deshonor sobre toda la familia. Esos escándalos son hoy más frecuentes que nunca. De modo que las dos opciones merecen ser consideradas. Haber nacido princesa no es ya garantía de nada... No puedes imaginar cuánto me preocupa este asunto... Piensa que cuando una dama se pone en manos de quienes son sus protectores naturales y es capaz de resignarse ante lo inevitable, su vida resultará más o menos feliz, pero nadie podrá reprocharle nunca nada.

»En cambio, si su talante rechaza el conformismo, cabe que ella misma acabe felicitándose por su independencia, aunque no por ello sean dignas de elogio las afrentas infligidas a sus padres y consejeros al haber actuado en secreto y sin pedirles su opinión. ¡Qué muchacha más necia y desconsiderada!, comentará la gente, aunque se trate de una plebeya. En cuanto a la que, blanda en exceso, permite que la casen con un hombre que le disgusta, y todos comentan luego que el fracaso del enlace era de esperar, también merece ser criticada por su pasividad, aunque quienes la aconsejaron mal debieran llevarse la mejor parte de la censura. Mucho me temo que la Tercera Princesa no es especialmente de fiar en esas cuestiones, y que hay demasiada gente que se está tomando la molestia de arreglarle el futuro. Si esto llegara a saberse, haríamos todos el ridículo más espantoso.

Al escucharle, las mujeres que le servían sufrían los efectos de su inquietud, y se preguntaban qué les tocaría hacer en un futuro próximo.

—He tenido bastante paciencia mientras crecía —prosiguió Suzaku—, con la esperanza de que el paso de los años la haría madurar, pero empiezo a temer que no ha sido así. Lo cierto es que ya no puedo esperar más. No

hay nadie que me inspire más confianza que el príncipe Genji, pues, aunque tenga ya otras mujeres, lo tengo por persona seria y capaz. Además, es muy poderoso y totalmente de fiar. Olvidémonos por un momento de las otras damas y confiemos que ella sabrá ganarse «su lugar» en el palacio de la Sexta Avenida. En algo, al menos, las aventaja a todas. Sería «la pieza» de mejor linaje de «la colección». He aquí una posibilidad que no me disgusta en absoluto. Pero examinemos otras.

»También está mi hermano, el príncipe Hotaru, hombre decente como el que más y que conozco bien. No hay motivo alguno para despreciarle. Y, sin embargo, me preocupa, debo confesarlo, su excesiva afición a las artes, que, lejos de otorgarle mayores méritos, le empequeñece no poco. A veces da la sensación de poca seriedad. La cuestión es demasiado importante para ponerla en sus manos. Me han hablado de cierto consejero que pertenece a la familia Fujiwara y que, por lo que ha dicho, se muestra dispuesto a ocuparse de los asuntos de mi hija. Estoy seguro de que sería un servidor absolutamente fiel pero me parece poca cosa... ¿No podríamos aspirar a algo mejor? La experiencia enseña que lo que cuenta en la vida es la excelencia y que la mera voluntad de servicio no es suficiente. Por último, no hay que olvidar a Kashiwagi. Su tía Oborozukiyo me ha hecho saber que está enamorado en secreto de la muchacha. Tal vez algún día sirva, pero hoy resulta demasiado joven e insignificante. Me han contado que permanece soltero porque aspira a lo mejor: no hay joven más ambicioso en la corte. Ha estudiado muchísimo y algún día será un funcionario de primera categoría, pero no es lo que ahora necesitamos.

No dedicó ni media palabra a sus demás hijas, que, por lo visto, le preocupaban mucho menos. Sus inquietudes, de tanto manifestarlas ante públicos diversos, llegaron a ser del dominio común. Cuando To no Chujo tuvo noticia de ellas, dijo a su cuñada Oborozukiyo:

—Kashiwagi sigue soltero porque ha decidido casarse con una princesa o con nadie. Házselo saber a Suzaku, que está planeando enlaces para sus hijas. Si tuviera en cuenta a mi primogénito, lo consideraría un gran honor.

Oborozukiyo hizo cuanto pudo para favorecer las aspiraciones de su sobrino, mientras el príncipe Hotaru, rechazado por Tamakazura, ansiaba

demostrarle que era capaz de contraer un matrimonio todavía mejor. La Tercera Princesa era, pensaba, un galardón francamente apetecible, y la inquietud del «aspirante» se había apoderado de él una vez más. El consejero Fujiwara era hombre próximo al emperador Suzaku, a quien sirviera como mayordomo durante años. Temía que, en cuanto el ex emperador dijera adiós al mundo, se quedaría sin futuro. Por ello defendía su candidatura con uñas y dientes, postulándose como el hombre más adecuado para hacerse cargo de los asuntos de la princesa.

También Yugiri fue informado de la situación. La idea de que el ex emperador estaría dispuesto a mirar con buenos ojos una proposición suya —Suzaku lo había manifestado ante tantos testigos que no había razones para ponerlo en duda— no dejó de excitarle, pero su destino estaba ya unido al de Kumoi. Durante los años difíciles le fue leal, y no estaba dispuesto a dejar de serlo y hacerla infeliz cuando ya era su esposa. Por otra parte, si cedía ante el ofrecimiento, indudablemente tentador, de Suzaku, se encontraría entre dos fuegos, una situación que, aunque pareciera envidiable a muchos, en la práctica resultaría terriblemente incómoda. ^[8] Siendo muy prudente, optó por callar y se dedicó a observar el curso de los acontecimientos. En el fondo de su alma temía que el día que la Tercera Princesa se prometiera con otro, él se sentiría profundamente decepcionado.

El heredero aparente estaba al corriente de todo. Le preocupaba que se sentaran precedentes que luego pudieran resultar peligrosos. Tras recomendarles que examinaran el caso con suma atención, insistió mucho en que, si la muchacha iba a ser confiada a Genji, debía quedar muy claro que la relación entre ambos sería la de un padre con su hija. El ex emperador se mostró de acuerdo, y a medida que pasaban los días su entusiasmo por la candidatura de Genji iba en aumento. Al fin llamó a To Dainagon, el moderador, hermano del ama principal de la princesa, y le rogó que hiciera saber a Genji sus planes.

Cuando el hombre fue a su encuentro, el príncipe, que estaba perfectamente enterado del asunto, le dijo:

—Lamento sinceramente las noticias que me traes acerca de la salud de tu señor. De todos modos, aunque tema que morirá pronto, ¿cómo puede

estar tan seguro de que yo le sobreviviré? Si todos muriéramos por el mismo orden que nacemos, la cuestión estaría resuelta, pero nos consta que no es así. Supongamos que ocurre tal como él ha previsto y yo permanezco en este mundo algo más que él. [9] ¿Cómo quiere que cuide de su hija sin casarme con ella? Nunca me han sido indiferentes sus hijos, y, si está de veras preocupado por la Tercera Princesa, acataré sus deseos... Aunque todo lo mundano resulta tan inseguro... Por otra parte, aunque todas estas muestras de confianza y afecto sólo pueden honrarme, imaginemos por un momento que yo sigo los pasos de Suzaku y me retiro también a un monasterio. En tal caso, ¿qué sería de ella? La Tercera Princesa se convertiría en un vínculo fuerte que me ataría poderosamente a un mundo que pronto puedo tener ganas de abandonar... ¿Cómo no ha pensado en mi hijo Yugiri? Se dirá que aún es muy joven y poco importante, pero algún día será uno de los principales ministros del país. Le sobran méritos para ello. Puedes decirle que se lo recomiendo de todo corazón. Aunque quizás lo haya descartado por su extraordinaria devoción hacia su esposa Kumoi. «Es demasiado monógamo para hacer felices a dos», se habrá dicho el ex emperador. Tal vez tenga razón...

Genji parecía estar esquivando la candidatura. Sabiendo que Suzaku no había tomado su decisión a la ligera, el mensajero se sentía desconcertado y trató de hacer saber a Genji todas las consideraciones que habían llevado al padre de la joven a hacerle aquella proposición.

—Me consta que es su hija preferida —replicó Genji, sonriendo—, y puedo imaginar las preocupaciones de su padre. De todos modos, existe una solución muy sencilla: ¿por qué no la lleva al palacio imperial? El emperador tiene ya otras consortes, pero este punto puede pasarse por alto. El hecho de que entre en el gineceo del soberano después que otras, no debe redundar forzosamente en su perjuicio. Baste recordar qué ocurrió en tiempos de nuestro padre... Kokiden fue su primera esposa, pero luego llegaron Kiritsubo, mi madre, y finalmente Fujitsubo, y supieron alzarse con el favor del soberano... Tengo entendido que la madre de la princesa era hermana de Fujitsubo, y muy poco inferior a ella en gracia y virtudes...

Estoy convencido de que, con estos antecedentes, la joven debe de ser muy hermosa...

A pesar de todo, Suzaku no se dio por vencido: aquella última observación revelaba que Genji estaba seguramente más interesado en la muchacha de lo que había dado a entender.

Cuando llegó el fin del año, el ex emperador se apresuró a poner en orden sus asuntos. Sus planes para la iniciación de la Tercera Princesa apuntaban a una ceremonia fastuosa que habría de borrar el recuerdo de cuanto se había hecho hasta entonces. Hizo engalanar el ala oeste del Pabellón del Roble, evitando cuidadosamente los materiales del país: todo, desde los brocados y los cojines hasta las alfombras y las linternas, procedía de China, y hubiese entusiasmado a la emperatriz más exigente de aquel país.

Hacía tiempo que había solicitado de To no Chujo que se hiciese cargo personalmente del ritual de la imposición de la faja como había hecho para su hija Tamakazura. Aunque el canciller estaba muy ocupado y nadie osaba pedirle nada, nunca hubiese hecho oídos sordos a una petición de Suzaku. También estaban presentes los ministros de la derecha y de la izquierda, y los cortesanos de los rangos más elevados. Se sabía que algunos habían faltado a compromisos previamente adquiridos para estar allí. Toda la corte del emperador y del heredero aparente hizo acto de presencia, y entre los huéspedes se podían contar hasta ocho princesas reales. El gran acontecimiento combinaba alegría y dolor, pues todos sabían que muy pronto Suzaku se retiraría del mundo para siempre. El emperador hizo numerosos presentes, cuidadosamente elegidos entre lo mejor de sus almacenes, y también el palacio de la Sexta Avenida estuvo a la altura de las circunstancias. Los regalos que se hicieron en nombre de Genji y del emperador Suzaku fueron el asombro de todos.

La emperatriz Akikonomu envió ropas y peines magníficos, muy antiguos pero reparados con sumo cuidado. Algunos le habían sido regalados por el propio Suzaku el día que partiera a Ise para desempeñar sus funciones de gran vestal. Los envió al anochecer por medio de su mayordomo y su gente, con instrucciones muy precisas de que fueran

entregados a la Tercera Princesa en persona. Los acompañaba un poema dirigido a Suzaku:

«Mientras estos bellísimos peines clavados en mi pelo me llenaban la cabeza de recuerdos de tu afecto, ambos hemos envejecido, y los peines con nosotros.»

Cuando el ex emperador leyó el poema, pensó en el tiempo pasado. Parecía que Akikonomu quería compartir su buena suerte con su hija, y, con independencia de las razones que la habían inducido a hacerlo, no dejaba de ser un regalo realmente precioso. Suzaku le remitió una nota expresando sus sentimientos:

«Quieran los dioses que tu sucesora en la propiedad de esos peines de preciosa madera, sea tan feliz como tú, y que su felicidad dure tantos años como los peines.»

Hizo un gran esfuerzo para asistir a la ceremonia, pues sufría intensos dolores. Tres días después tomó el hábito. Oborozukiyo se negó rotundamente a abandonarle.

—He dejado de preocuparme por mis hijas —le confió él—, pero, ¿cómo voy a dejar de preocuparme por ti?

Le costó mucho incorporarse, y el gran abad de Hiei le afeitó la cabeza mientras tres clérigos eminentes se ocupaban de los votos. La renuncia final al mundo, representada por el abandono de la túnica de colores y su sustitución por un hábito oscuro, hizo llorar a todos los presentes. Incluso los religiosos, familiarizados con aquella clase de ritos, fueron incapaces de permanecer con los ojos secos durante el acto. El palacio de Suzaku se llenó de los suspiros y los lamentos de sus hijas y de las azafatas que las servían, así como del resto de la servidumbre. A pesar de todo, Suzaku no había logrado aún encontrar la paz que tanto anhelaba, pues el problema de la Tercera Princesa seguía en pie. El propio emperador y la corte entera le enviaban mensajes continuamente, pero no servían de gran cosa.

En cuanto Genji se enteró de que se encontraba algo mejor, fue a visitarle. Aunque Genji cobraba los emolumentos de un emperador jubilado, había rehusado que se le equiparara a un ex soberano en cuestiones de ceremonial. Viajaba en un carruaje sencillo y con un puñado de escuderos que le escoltaban en lugar de la tradicional guardia montada propia de los emperadores retirados. Suzaku le estaba esperando con febril impaciencia y, haciendo un gran esfuerzo, se sobrepuso a sus dolores para recibirle. La visita, de carácter informal, tuvo lugar en las estancias privadas del ex soberano. El profundo cambio sufrido por su hermano y su hábito impresionaron y entristecieron mucho a Genji. Haciendo un notable esfuerzo por controlarse, dijo al fin:

—Desde que murió mi padre la idea de la impermanencia de la vida y de cuanto nos rodea se ha apoderado de mi espíritu. Más de una vez hice planes para dar el paso irreversible que tú acabas de dar. ¡Ojalá tuviera tu fuerza de voluntad! Verte vestido así constituye un duro reproche a mi actitud perpetuamente dilatoria. Si tú, que has sido emperador, has podido, ¿por qué un pobre súbdito como yo no ha sido capaz? En cuanto creía que finalmente iba a poder renunciar a todo, surgía un obstáculo que me lo impedía...

—No hace falta que te excuses en mi presencia —le respondió el ex emperador, con voz empañada por el llanto—. También yo me he demorado mucho por el camino, y no he sido capaz de hacerlo hasta ahora, cuando noto que la muerte me acecha. Ignoro si llegaré a estrenar el santuario que he mandado construir en los montañas, aunque espero vivir lo suficiente para entonar algunas plegarias en mi propia casa... Me propuse hacer mucho, pero tendré que conformarme con bastante menos: a lo sumo, calmar mi mente e invocar el nombre sagrado de Buda... Sin embargo, no soy hombre de largos alcances y dudo que la gente espere mucho más de mí. También yo he titubeado largos años antes de tomar la decisión final...

Se refirió luego a algunos asuntos delicados, para los que confiaba contar con la ayuda de Genji, y concluyó su discurso con estas palabras:

—Lo siento por todas mis hijas, pero muy especialmente por la que tengo por menos favorecida, la Tercera Princesa...

Genji se dio cuenta de que Suzaku iba a volver a la carga, y, curiosamente, no lo lamentó.

—Entiendo que una muchacha con el rango de la Tercera Princesa —dijo, tratando de parecer objetivo— necesite un hogar adecuado a sus méritos. Pienso que nuestro heredero aparente es una bendición para todos, y todo el mundo habla de él con suma admiración. Estoy convencido de que no rehusará ninguna proposición que tengas a bien hacerle. No hay razón para preocuparse. Y, sin embargo, todos (sin excluir al emperador) tenemos nuestros límites, y el día que suba al trono, aunque no me cabe duda de que manejará los asuntos públicos según su voluntad, es probable que no tenga las manos tan libres en las cuestiones de índole familiar que puedan afectar a sus hermanas. Y será la hija de Jardín de Glicinias la que, tarde o temprano, pagará las consecuencias... Por ello, si de veras quieres morir tranquilo, deberías buscar otro candidato menos comprometido que la adopte, se case con ella o prometa hacerlo el día que tú faltes. Sólo entonces tu espíritu hallará el deseado reposo en el panteón imperial. Y conviene hacerlo deprisa y sin demasiado ruido.

—Tienes razón —replicó Suzaku—. Si todavía ocupara el trono, me resultaría mucho más fácil dar con un esposo idóneo. Retirado y enfermo, todo resulta infinitamente más difícil...

Aquí el ex emperador hizo una pausa, y, viendo que su interlocutor no tomaba la palabra, suspiró y dijo:

—No me resulta fácil hacerte esta proposición, y no te va a resultar fácil contestarla... ¿Podría pedirte que te convirtieras en protector y custodio de la muchacha y, luego, le buscaras con más tiempo un marido adecuado? Se lo hubiese pedido a tu hijo, de no estar casado. Su suegro, el canciller, se lo habría tomado muy a mal y no quiero malquistarme con un hombre tan peligroso...

—Yugiri es un muchacho estupendo y digno de fiar —dijo Genji—, pero aún está un poco verde. Supongamos que yo asumiera la responsabilidad *personalmente*. En tal caso, la vida de la muchacha no cambiaría sustancialmente, aunque debes tener en cuenta que ya no soy joven, y tal vez no pueda protegerla durante mucho tiempo...

Al fin se pusieron de acuerdo, y Genji prometió casarse con la princesa. Para festejarlo, aquella misma noche celebraron un gran banquete en el palacio de Suzaku, al que fue invitado todo el cortejo de Genji. Fue un convite sin pretensiones, aunque no faltó de nada. La tosca vajilla y las bandejas de madera de áloe evocaban la austeridad que se asocia con quien ha abandonado el mundo, y pusieron lágrimas en los ojos de todos. Una extraña melancolía pesaba en el ambiente, y hubo infinidad de detalles conmovedores, pero temo que, si me entretengo en ellos, mi historia saldrá perjudicada. Cuando Genji y los suyos partieron, ya era muy tarde. Iban todos cargados de regalos, y el consejero Fujiwara les acompañó hasta la puerta.

Había nevado, y Suzaku se había enfriado un poco, pero no cabía en sí de gozo porque acababa de asegurar el futuro de la Tercera Princesa.

Murasaki había oído ya rumores sobre las intenciones de Suzaku, pero no les había dado crédito. Cuando Genji negó que albergara propósitos en relación con la que fue gran vestal de Ise, le había dicho la verdad. Desde entonces, prefirió no dar crédito a las habladurías y abstenerse de hacer preguntas incómodas. ¿Cómo se iba a tomar la nueva situación?, se preguntaba Genji, no poco angustiado. El sabía que sus sentimientos hacia ella nunca cambiarían, y, de hacerlo, sólo sería para intensificarse, pero estas cosas sólo se ven con el paso del tiempo, y, mientras tanto, Murasaki viviría sumida en una incertidumbre cruel que no merecía. Durante los últimos años habían sido muy felices y la idea de que existiera un secreto que los separara le parecía insoportable, pero aquella noche prefirió no contarle nada.

El día siguiente amaneció turbio, y a ratos caían ráfagas de nieve. Fue en el curso de una conversación distendida cuando Genji decidió finalmente sacar el tema a relucir.

—Ayer fui a visitar al emperador Suzaku —dijo, procurando quitar importancia a todo el asunto—. Tiene una salud pésima. Me dijo muchas cosas tristes, pero el origen de su principal cuidado, que no le deja vivir, parece ser el futuro de la Tercera Princesa. Ya sabes qué se está diciendo por ahí... Enseguida empezó a atacarme con el tema, y, considerando el

precario estado en que se encontraba, me resultó imposible rehusar... Me consta que ello dará pie a que circulen historias desagradables, pero no puedo evitarlo... Lo cierto es que, no hace mucho, me hizo la misma proposición a través de persona interpuesta, y yo la rehusé sin dudarle un instante. No tengo edad para asumir nuevas responsabilidades. Pero al tenerle delante y oír la proposición de sus propios labios, sentí que resultaba inhumano y profundamente egoísta por mi parte decirle que no. Sencillamente no fui capaz. ¿Crees que cuando el hombre se vaya al fin a su santuario de las montañas podríamos acogerla en nuestra casa? ¿Por qué callas? ¿Piensas que su presencia entre estas paredes te amargarán profundamente la vida? No adoptes esta actitud, por lo que más quieras... Hazme caso si te digo que nada va a cambiar entre nosotros. Ella tiene muchas más razones para sentirse insegura que tú. Estoy convencido de que entre los dos podremos conseguir que la pobre huérfana sea relativamente feliz en esta casa...

En circunstancias normales, bastaba que el príncipe le hablara, bromeando, de las gracias de alguna mujer, para que ella tuviese un ataque de pánico y empezara a torturarse con las peores sospechas. Lo que acababa de oír la horrorizó, y, sin embargo, no se dejó arrastrar por sus sentimientos.

—Sí, tienes razón —respondió con calma—. Será una situación difícil y triste para ella. Sólo temo que no acabe de encontrarse a gusto en esta casa, aunque yo haré cuanto pueda para que así sea. Después de todo, ambas somos parientes cercanas... Su madre era hermana de mi padre.

Genji sabía que lo que Murasaki estaba pensando tenía poco que ver con lo que acababa de decir, pero fingió que daba crédito a sus buenas intenciones, y dijo:

—Siempre he sido víctima de mi debilidad de carácter. Por su culpa acepto situaciones que luego sólo me traen problemas. Procura no dar crédito a lo que dirá la gente. Ocurre algo extraño con los rumores: ignoramos de dónde vienen y quién los ha puesto en circulación, pero tendemos a darles crédito y a permitir que emponzoñen nuestras vidas. Presta oídos únicamente a tus propios sentimientos y convicciones, y deja

que las cosas fluyan por sí solas. No empieces a imaginar historias y a tener celos del aire.

Pensándolo mejor —o tratando de resignarse a lo que parecía inevitable—, Murasaki llegó a la conclusión de que seguramente su esposo no podía negarse a la solicitud del ex emperador, y decidió que no se quejaría ni dejaría entrever resentimiento alguno. Lo cierto es que no tenía constancia de que su esposo se sintiera atraído por la joven... Quería evitar por todos los medios que el mundo pensara que la llegada de la Tercera Princesa iba a sumirla en la desolación. Su madrastra, sin ir más lejos, que todavía la acusaba de la desgracia de Makibashira, pues, según ella, Genji se había deshecho de Tamakazura únicamente para dar satisfacción a los celos de Murasaki. Estaba segura de que la consorte de Hyobu se alegraría mucho de lo que iba a ocurrir, y repetiría hasta la saciedad que Murasaki no merecía otra cosa. La larga duración de su relación con Genji había despertado envidias por doquier, y muchos deseaban verla derrotada de una vez por todas. Pero hizo cuanto pudo por disimular su inquietud.

II

Cuando llegó el año nuevo, y, aunque Suzaku continuaba viviendo en su palacio, más enfermo que nunca, empezaron los preparativos de la boda de la joven con Genji. Todos los hombres que se habían hecho ilusiones — entre los cuales se encontraba el propio emperador— se sentían profundamente desilusionados, pero no tenían otra opción que resignarse. El novio estaba a punto de cumplir cuarenta años, y el gobierno decretó que este acontecimiento fuese muy celebrado en todo el país con gran disgusto de Genji, que cada vez odiaba y rehuía más las pompas y los fastos que solían llevar consigo los festejos de esta clase.

Pero hubo algo que no pudo evitar. El día de la Rata cayó el veintiuno del primer mes, y Tamakazura se presentó en el palacio de la Sexta Avenida con las hierbas tiernas que son promesa de longevidad. ^[10] Llegó casi de incógnito, procurando pasar desapercibida, y no dio a conocer a nadie sus intenciones. De todos modos, como era esposa de un ministro, la acompañaba una escolta muy difícil de ocultar. En cuanto se supo su llegada, adornaron la sala principal del pabellón del sudeste para recibirla. La servidumbre colgó cortinas nuevas, distribuyó biombos de gala y dispuso en el suelo cuarenta cojines, más cómodos y menos ostentosos que las sillas. A pesar de la informalidad que Genji trató de imponer al acto, todos los detalles destacaron por su magnificencia. Sobre cuatro baúles de madera lacada incrustados de madreperla Tamakazura hizo disponer numerosos conjuntos de túnicas y *uchikis* de un gusto exquisito, para el

verano unos, otros para el invierno, y los aparadores se llenaron de cajas de incienso, de pastillas de tinta, de peines y de medicinas así como de toda clase de objetos de lujo de los que se regalan en este tipo de celebraciones. Los soportes de las flores artificiales que exige el ritual habían sido exquisitamente labrados en madera de áloe y de sándalo, y adornados con piezas de metal dorado. Se notaba que la esposa de Higekuro era una dama de una sensibilidad incomparable, incapaz de caer en el menor detalle de gusto dudoso.

Cuando llegaron los invitados, Genji y Tamakazura se saludaron. Fue un saludo formal, pero ¡cuántos recuerdos trajo a los dos! El príncipe parecía tan joven que se hubiese dicho que alguien se había equivocado al calcularle la edad. Más parecía un novio que un padre. Al principio ella se mostró tímida —hacía mucho tiempo que no se veían—, pero se había propuesto no levantar barreras donde no procedía. Había traído consigo a sus dos hijos, dos niños preciosos, habidos de Higekuro en un corto espacio de tiempo. Ella hubiese preferido dejarlos en casa, pero su marido insistió en que debían ser presentados a Genji cuanto antes y en que aquélla era sin duda la mejor ocasión imaginable. Iban vestidos igual, de un modo infantil y sencillo, con el pelo «a lo paje», es decir, con la raya en medio.

—Procuro no obsesionarme con mi edad —dijo Genji—, ni hacer por parecer más joven de lo que soy. Por ello me gusta ser presentado a las nuevas generaciones. Yugiri tiene hijos pero cuentan que no le gusta que yo los vea. Este día de mi aniversario, que tú has sido la primera en recordarme, me llena de sentimientos encontrados. Me hubiese gustado no pensar en mi edad un poco más...

Los años habían pasado para Tamakazura, pero seguía estando muy hermosa. Felicitó a Genji con este poema:

—Te traigo un retoño de pino joven que
crecerá con los años, y rezo para que las
raíces, hundidas en la roca, no cambien
jamás.

Genji llevó a cabo la ceremonia de «inspeccionar» las hierbas tiernas, [11] que le fueron presentadas en cuatro cajas de madera de áloe. Luego levantó la copa para el brindis ritual, y recitó:

—¡Larga vida al pino joven, y que sus años se sumen a los de las hierbas tiernas que nos llegan del campo!

En la estancia del sur se celebraba una asamblea de altos funcionarios. El príncipe Hyobu había estado dudando mucho entre si debía acudir o no, aunque al mediodía llegó a la conclusión de que su ausencia sería muy comentada y no precisamente para bien. Le molestaba que Higeкуро diera tanta publicidad a su estrecha relación con Genji, pero sus hijos habidos con Makibashira y doblemente emparentados con Genji a través de su madre y de su madrastra, también estaban allí —más aún, se les había asignado un papel relevante en la celebración—, y esta circunstancia le decidió a hacer acto de presencia.

Había cuarenta cestas de fruta y cuarenta cajas de comida, que habían traído consigo otros tantos cortesanos empezando por Yugiri. Genji sirvió vino a sus invitados y preparó un caldo con las hierbas tiernas. Por respeto a Suzaku, había decidido prescindir de los músicos de palacio, pero To no Chujo se presentó con su banda de instrumentistas de viento, los mejores de su tiempo, de los que tan orgulloso se mostraba. Fue un concierto informal. El canciller también había traído consigo el koto japonés que tenía entre sus tesoros más preciados. Se le consideraba uno de los intérpretes mejores de su tiempo, y, si estaba inspirado, no tenía rival. Cuando terminaba, nadie se atrevía a desenfundar otro koto japonés. Aunque le costó conseguirlo, Genji logró convencer a Kashiwagi para que hiciera una pequeña demostración, y todos llegaron a la conclusión de que le faltaba muy poco para ser tan bueno como su padre.

Tenía una manera de tocar casi mágica, y, aunque muchos sostenían que el suyo era un talento heredado, otros subrayaban que no tocaba «de la misma manera» que To no Chujo, y que su modo de hacer música resultaba tan nuevo y original como el de su padre en sus años mozos. Dicen los

entendidos que el repertorio chino, aunque amplio y complicado, conlleva pocos misterios. Las partituras, a veces secretas, están perfectamente fijadas y no resultan difíciles de leer. En cambio, el koto japonés ofrece muchísimo más campo a la fantasía y a la capacidad de improvisación, sobre todo cuando se toca en compañía de otros instrumentos. To no Chujo solía afinar su koto en un tono bajo, y ello le permitía extraer de él una serie inagotable de armónicos que llenaban a los oyentes de asombro. Kashiwagi lo afinaba más agudo, y el resultado tenía un efecto directo sobre el auditorio superior al conseguido por su padre. Desconociendo su talento, el público de altos funcionarios y príncipes de la sangre quedó mudo de admiración.

El príncipe Hotaru, hermano de Genji, eligió un koto chino de siete cuerdas que se guardaba en el tesoro imperial tras pasar de emperador a emperador durante generaciones. ^[12] En los últimos años de su reinado el padre de Genji lo había regalado a su hija mayor, que lo tuvo siempre entre sus objetos más queridos. To no Chujo solicitó que se trajese para redondear la celebración. Hotaru, que había bebido mucho y tenía los ojos llorosos, miró a Genji de forma significativa y le alargó el koto. La alegría reinante parecía exigir más música y, aunque Tamakazura y Genji habían querido evitar los fastos excesivos, a la postre resultó un concierto por todo lo alto. Los cantantes se habían colocado en la escalera del sur, y sus voces sonaban mejor que nunca. A medida que iba anocheciendo, empezaron a predominar las tonalidades menores, más íntimas y recogidas. Cuando entonaron «El sauce verde», hasta los ruiseñores se estremecieron en sus nidos. Como el evento no estaba sometido —por excepcional— a las leyes suntuarias, los regalos que recibieron Tamakazura y los demás huéspedes fueron espléndidos. La dama se dispuso a partir en cuanto apuntó el alba.

—He vivido fuera de este mundo —le confió Genji—, y los días y los meses han ido pasando sin que me diera cuenta. Tú me has hecho tomar conciencia del tiempo transcurrido, y ahora me siento melancólico. Ven a verme de vez en cuando para comprobar cómo envejezco. Es una lástima que un estadista entrado en años no pueda moverse con la libertad que quisiera, y te veo poco.

Al verla marchar, su alma se partió entre la tristeza y el gozo. Genji lamentó que tuviera que irse tan pronto y ella tenía muy pocas ganas de partir. Aunque Tamakazura sentía un afecto indudable por su padre verdadero, sus sentimientos hacia Genji eran muy distintos y notablemente más intensos. Él fue el primero en acogerla, y había hecho para ella un lugar en el mundo, ganándose su gratitud para siempre.

La Tercera Princesa llegó al palacio de la Sexta Avenida a mediados del segundo mes. Destinaron la sala del pabellón del sureste, en la que Genji había preparado las hierbas tiernas, a *boudoir* y alcoba de la nueva huésped. A su alrededor, a lo largo de las galerías más cercanas, prepararon las estancias que habían de albergar a sus azafatas y criadas. Su equipaje llegó del palacio de Suzaku con la misma pompa que si se hubiese trasladado al palacio imperial, y su presentación formal fue también un acontecimiento. La seguía un enorme cortejo, con el consejero Fujiwara a la cabeza, que no parecía especialmente satisfecho, pues todos sus planes y expectativas se habían venido abajo. Genji, aunque tenía el mismo rango que un emperador jubilado y no estaba obligado a ello, salió solo de palacio a recibirla y la ayudó a descender del palanquín. Los festejos de la boda duraron tres días, en el último de los cuales y de acuerdo con la costumbre el esposo notificó a su suegro que la unión se había consumado.

Fueron malos tiempos para Murasaki. Genji hizo cuanto pudo para darle a entender que la recién llegada no iba a usurpar su puesto, pero, a pesar de todo, por primera vez en años se sintió realmente amenazada. La Tercera Princesa era muy joven y vistosa, y, por su rango de hija de emperador, quedaba muy por encima de ella. Aunque le sobraban razones para preocuparse, procuró no mostrar sus sentimientos y colaboró en todo con el mayor entusiasmo, mientras Genji se preguntaba si habría otra mujer en el mundo capaz de hacer lo que Murasaki estaba haciendo y del modo en que lo hacía.

Tal como su padre había anunciado, la princesita parecía más joven de lo que era, y su conversación y comportamiento eran los propios de una criatura muy alejada aún de la madurez y sin especiales cualidades. Genji recordó los tiempos en que Murasaki tenía su misma edad: ya entonces

mostraba una personalidad interesante y atractiva, mientras que la Tercera Princesa era una «cosita» más o menos graciosa. Genji pensó para consolarse que todo aquello facilitaría la situación, porque era imposible que Murasaki pudiera sentir celos de la infeliz criaturita. Sin embargo, aunque no lo dijo a nadie, fue él quien se sintió más decepcionado, pues esperaba *algo mejor*.

Genji pasó las tres primeras noches junto a su nueva consorte para desesperación de Murasaki, que no tuvo más remedio que aceptarlo y callar. Hacía años que no dormían separados. Todas las noches ella se ocupaba personalmente de perfumar las ropas de su esposo con el mayor cuidado, mientras él la contemplaba, lleno de admiración. Siguió haciéndolo ahora que dormía con otra. Al comprobar su devoción infinita, Genji maldecía en silencio su debilidad de carácter. Habían bastado las lágrimas de un anciano enfermo para que cediera... Seguramente Suzaku había contado con la fama de inconstante que arrastrara de siempre, y no se había atrevido con Yugiri, cuya fidelidad a Kumoi parecía a toda prueba.

La tercera noche dijo Genji a Murasaki:

—Permíteme cumplir con mi deber un noche más... No tengo alternativa. Si después me aparto de ti, me odiaré mucho más de lo que tú serías capaz de odiarme... Debemos tener en cuenta los sentimientos de su padre.

—Si tú mismo pareces incapaz de decidirte —le respondió con una sonrisa de amargura—, ¿cómo van a decidir los demás por ti? ¡Consulta con el emperador Suzaku!

Genji se alejó de ella, confuso, mientras Murasaki se acercaba al escritorio y componía el siguiente poema:

«¿Quién hubiese dicho que el mundo
entero iba a cambiar para ambos? Siempre
confié en que tu corazón me sería fiel
eternamente.»

Genji cogió el papel con el poema, un poema que distaba de ser perfecto, pero que no podía ser más sincero. Tomó el pincel y escribió a

continuación:

«La vida tiene sus límites, y hay que aceptarlos como la impermanencia de todo. Pero al fin sólo sobrevivirá el vínculo que nos une.»

Después de escribir este poema se negó a volver a acudir junto a la Tercera Princesa, y hubo de ser Murasaki quien le obligara a ir a la alcoba nupcial. El novio llevaba una túnica ligera de seda perfumada por sus manos. Durante años Murasaki percibió amenazas que se cernían sobre su relación con Genji, pero fue vencéndolas una por una, y había llegado a creer que ya habían terminado. Después de lo ocurrido volvió a ser la comidilla de todos. El futuro se ensombreció una vez más, aunque se guardó mucho de exteriorizarlo. Las primeras en comentar «el desastre» fueron, como es natural, las mujeres que la servían.

—¿Quién lo hubiese dicho? —susurraba una de ellas—. Nunca le han faltado mujeres al «príncipe resplandeciente», pero ninguna de ellas constituía una rival digna de nuestra señora, de manera que la tranquilidad había acabado instalándose en palacio. Sin embargo, dudo mucho que nuestra dama, que es hija de un emperador, permita que la derroten. De todos modos, hay que andarse con sumo cuidado, pues el menor error puede resultar fatal.

Murasaki fingía que todo estaba en orden y hablaba con ellas hasta muy entrada la noche. Convencida de que guardar silencio sobre el asunto que estaba en la mente de todas era peor que tratarlo con naturalidad, les dijo:

—¡Estoy tan contenta de que haya venido la princesita! La casa ya estaba llena, pero a veces temía que mi pobre marido empezara a aburrirse de ver siempre las mismas caras. Espero que sea capaz de despertar su interés y me procure también a mí algunas horas de placer, pues, desde que se fue la damita de Akashi, no tengo con quien jugar. Estoy segura de que, con el tiempo, seremos muy buenas amigas. No andéis diciendo que no la quiero y que está aquí en contra de mi voluntad, pues sólo conseguiréis complicar la situación. Además, no es cierto. Si tuviéramos el mismo rango,

tal vez podría caer en la tentación de hacerle notar mi superioridad. Pero, tratándose de la hija de un emperador, resulta impensable...

Nakatsukasa y Chujo se miraron de modo harto significativo, como diciéndose: «Todo tiene sus límites, incluso la amabilidad...». Ambas habían servido —y algo más— a Genji, pero ya llevaban años ocupándose de Murasaki, y se sentían sus aliadas más devotas.

Murasaki soltó un suspiro. Comprendía que sus mujeres sólo querían demostrarle su afecto, pero lo cierto es que no facilitaban las cosas. Sea como fuere, no tenía sentido atormentarse por hechos que no podía cambiar, y uno de ellos era la inconstancia de los hombres. Pensando que sus mujeres se extrañarían si pasaba la noche entera charlando con ellas, se retiró a su dormitorio. Aunque sus azafatas la ayudaron a acostarse, se sentía muy sola y la presencia de aquellas mujeres no contribuía a animarla. De pronto se puso a pensar en los años del exilio de Genji en Suma, y deseó que su esposo volviera a estar tan lejos como entonces, cuando ella se daba por satisfecha sabiendo que estaba vivo. Aunque el temor de que no volvería a verle la hiciera sufrir mucho, bastaba que llegase un mensajero con la noticia de que Genji se encontraba bien para que su corazón saltara de alegría. Luego empezó a desear su propia muerte, seguida de cerca por la de él, y se horrorizó de ella misma.

Soplaba un viento helado, pero como no quería que sus azafatas se dieran cuenta de que no podía dormir, se mantenía inmóvil en el lecho hasta que empezaron a dolerle todos los miembros del cuerpo. En cuanto oyó el primer canto del gallo, abrió los ojos, sólo para comprobar que a su alrededor todo seguía sumido en la oscuridad. Aunque hasta entonces creía haber evitado que Genji percibiera su rencor y sus sufrimientos, su angustia logró abrirse camino hasta introducirse en los sueños de su consorte. ^[13] El hombre notó que su corazón se disparaba. ¿Era posible que Murasaki se encontrara mal? Genji se puso a esperar el canto del gallo, que le iba a permitir abandonar el tálamo sin ofender a su nueva esposa. En cuanto oyó el canto esperado y a pesar de que aún era negra noche, saltó del lecho. Como la Tercera Princesa era muy infantil, quería tener siempre una caterva de criadas a su alrededor incluso mientras dormía, y, cuando Genji abrió la

puerta del corredor, las vio dormitando por doquier. Todas levantaron la cabeza como grullas para mirarle. Empezaba a apuntar el alba por el este, y los primeros rayos de luz solar se reflejaban en la nieve que cubría el sendero, aunque el jardín estaba aún a oscuras. Una de las mujeres musitó, citando un viejo poema: *A pesar de la oscuridad de la noche de primavera...*

Las manchas de nieve se confundían con la blancura de la arena que cubría parcialmente los caminos y el jardín. Mientras llamaba a la puerta de Murasaki, Genji se recitó un poema de Po Chu-I:

—En las ruinas de la muralla del castillo
hay nieve aún, pero en las calles, que el
tambor de la mañana todavía no ha
despertado, no se ve ni un alma.

Hubo de esperar mucho hasta que contestaron a sus golpes, porque las mujeres de Murasaki no solían abrir la puerta tan pronto, y cuando al fin corrieron el pestillo, el hombre se quejó:

—¡Qué perezosas sois! —dijo, deslizándose dentro de la estancia—. Estoy helado, no sé si de frío o de terror... ¡Y no lo merezco!

Se acercó al lecho de Murasaki, retiró la colcha y la halló preciosa una vez más. Ella procuró ganar tiempo para ocultar a su vista la manga húmeda de su túnica, pero no pudo evitar que él se sentara a su lado. Genji se puso a hablarle con la mayor naturalidad del mundo, como si nada ocurriera, y llegó a la conclusión de que, incluso entre las damas de más alta alcurnia, no había ninguna que se le pudiera comparar. ¡Qué personita más insignificante parecía, a su lado, la Tercera Princesa! De todos modos, por más que su esposo bromeara y se mostrara más tierno que nunca, Murasaki permaneció seria y preocupada, y se apartó de él como si hubiese actuado mal acudiendo a verla. Pasó el día a su lado, evocando mil recuerdos comunes y rogándole que no se encerrara en sí misma y le dejara fuera. Cuando llegó la noche, envió una nota a la Tercera Princesa diciéndole que no le esperara. La nota concluía así:

«Creo que ayer me resfrié, y estaré mejor donde estoy.»

Una de las mujeres de su joven esposa le hizo saber secamente que la nota había llegado a manos de la princesa. Genji quería evitar a toda costa que Suzaku se enterara de su falta de entusiasmo —ese entusiasmo febril que se supone en todo recién casado—, pero no se sentía capaz de mantener las apariencias. Después de todo, se trataba sólo de la cuarta noche después del enlace. Si las cosas seguían así, la situación acabaría por complicarse, y Murasaki temía que el ex emperador le echaría toda la culpa.

Cuando Genji despertó en su dormitorio de los últimos años, envió otro mensaje a la princesa. Lo redactó con sumo cuidado, aunque estaba convencido de que ella no sabría apreciarlo. Eligió papel blanco y lo acompañó de una ramita de ciruelo en flor. Concluía con este poema:

«El camino que conduce hasta ti no está
tan nevado que no pueda recorrerlo, pero la
nieve caída me ha entristecido
profundamente.»

Ordenó al mensajero que no llevara la nota por el jardín, sino atravesando la galería occidental, pues no quería que Murasaki se enterara. Luego se sentó, vestido de blanco y con una rama de ciruelo en la mano, junto a la galería exterior, y se puso a contemplar las manchas de nieve. De pronto un ruiseñor se puso a cantar entre las hojas de un ciruelo rosa en flor, y él recitó:

—¡Rruiseñor cantarín! ¿Crees, a juzgar
por el perfume, que todavía tengo en la
manga flores de ciruelo?

A continuación levantó una persiana para ver mejor la nieve. Parecía tan hermoso y juvenil que nadie hubiese adivinado que se trataba de unos de los hombres más poderosos del país. Convencido de que tardaría en oír noticias de su joven esposa, fue al encuentro de Murasaki para mostrarle la rama de ciruelo llena de flores.

—Todas las flores deberían tener fragancias suaves... —observó—. ¡Imagínate qué ocurriría si las flores del cerezo olieran como las del

ciruelo! No existiría otra flor comparable en el mundo. Por otra parte, el ciruelo florece sin rivales... Sería maravilloso que floreciera al mismo tiempo que los cerezos...

Al fin llegó la respuesta esperada. Había sido escrita en fino papel rojo e introducida en un sobre. Genji la abrió temblando sólo para comprobar que la joven carecía aún de lo que suele entenderse por «caligrafía». Hubiese dado cualquier cosa por ocultar la nota a Murasaki, pero, tras pensarlo mejor, decidió mostrársela. Después de todo, la carta no contenía expresión alguna de carácter íntimo. De todos modos, considerando el rango de su autora, aquella nota era una pequeña vergüenza. El poema final decía así:

«Me siento como un copo de nieve con el
que el viento juguetea, triste e indefenso
antes de fundirme para siempre.»

Los versos eran tan malos como la letra, sobre todo teniendo en cuenta que, por su edad, la Tercera Princesa había dejado de ser una niña. Murasaki apartó los ojos de la nota como si no la hubiese visto, y Genji la hubiese hecho pedazos de no proceder de quien procedía.

—Ya lo ves —dijo a su esposa—. No tienes de qué preocuparte.

Aquel día hizo una corta visita a los aposentos de la Tercera Princesa. Se había vestido con sumo cuidado, y su apostura y elegancia causaron un enorme efecto en aquellas mujeres que no estaban acostumbradas a convivir con él. Las más maduras y expertas se llenaron de aprensión: de un hombre tan hermoso sólo podían esperarse complicaciones y sinsabores, pensaban. Sea como fuere, se decían, ciertas cosas no se arreglan con atuendos lujosos. La princesita era muy bella, pero todo cuanto la rodeaba era tan magnífico y ella llevaba unas ropas tan suntuosas, que uno se preguntaba si había realmente algo debajo de ellas. No se mostró tímida ante él, comportándose con la franqueza desnuda de artificios y amaneramientos propia de los criaturas que todavía no saben distinguir entre un amigo y un extraño. Si lo hizo para que Genji se sintiera cómodo, hay que reconocer que tuvo éxito.

Suzaku había tenido fama de afeminado e hipersensible, pero nadie había puesto jamás en duda su buen gusto y refinamiento exquisitos. Resultaba sorprendente que hubiese hecho tan poco por educar a su hija preferida. No le faltaba, sin embargo, cierto encanto infantil cuando se ponía a escuchar lo que decían los demás y contestaba con la primera trivialidad que le pasaba por la cabeza. Jamás se le ocurría llevar la contraria a nadie, y eso era un punto a su favor. Genji se sintió obligado a mostrarse gentil con ella. No pocos pensaban que era la consorte perfecta para completar su colección, pero Genji sabía que, de haberla conocido en otros tiempos, la habría despreciado profundamente. La edad, sin embargo, lo había hecho más blando y tolerante con los defectos del prójimo. Las mujeres son como son, se dijo, y hay que tomarlas o dejarlas. Después de todo, todas son distintas y no resulta fácil establecer jerarquías entre ellas. Sólo Murasaki estaba por encima de las demás, y se lo había demostrado durante años. Estaba orgulloso de la educación que le había dado, y cada vez se sentía más dependiente de ella. Una mañana o una tarde sin verla le parecían una eternidad.

Aquel mismo mes el emperador Suzaku partió a su santuario, y desde allí empezó a bombardear el palacio de la Sexta Avenida con cartas de fuerte contenido sentimental, unas dirigidas a Genji y otras a su hija. Recomendaba al primero que se olvidase de él y tratara a su joven esposa según le dictara su propia iniciativa y experiencia, pero enseguida daba a entender lo mucho que le preocupaba el bienestar de la Tercera Princesa. ¡Era tan tierna y estaba tan indefensa!

También escribió a Murasaki:

«Me temo que he puesto en tus manos una criatura de poco seso. Te ruego que te muestres paciente con ella. Me consuelo pensando que el estrecho parentesco que os une te hará reflexionar y evitará que la rechaces.

» Quisiera desaparecer para siempre entre estas montañas, pero el recuerdo de alguien que dejé atrás, me impide hacerlo.

»Si hablo como un necio, atribúyelo a que el corazón de un padre está siempre sumido en las tinieblas... Por ello debes perdonarme.»

Genji estaba con ella cuando recibió la carta.

—El hombre tiene sentimientos muy nobles —dijo—, y merece ser tratado con respeto.

Luego ordenó que se sirviera vino al mensajero. Murasaki no sabía qué contestar. No se atrevía con una carta larga, y prefirió limitarse a un poema improvisado:

«Si tus pensamientos siguen pendientes
de cuanto abandonaste, ¿qué sentido tuvo
renunciar al mundo?»

Antes de despedir al mensajero le obsequió con un conjunto de ropas de mujer.

Cuando Suzaku recibió la carta de Murasaki, volvió a angustiarse. ¿Cómo había enviado a su hija a vivir junto a una mujer capaz de escribir *de aquel modo*? En su aprensión empezó a temer que la Tercera Princesa era ya el hazmerreír de todos los habitantes del palacio nuevo.

Las consortes del ex emperador se desperdigaron cuando él tomó el hábito. Oborozukiyo se fue a la mansión de su hermana mayor Kokiden en Nijo. Después de la Tercera Princesa era la mujer que más había importado a Suzaku. También pensó en hacerse monja, pero él la disuadió, pues, si todo el mundo se ponía de pronto a tomar el hábito, renunciar al mundo pasaría a convertirse en una opción trivial, una moda como otra cualquiera. De todos modos, el ex emperador no pudo evitar que la dama se dedicara a coleccionar imágenes y a prepararse para entrar en religión algún día más o menos lejano. La catástrofe con que concluyó su relación con ella ^[14] determinó que Genji no fuera capaz de olvidarla y moría de ganas de volverla a ver. Pero ambos ocupaban unos puestos muy visibles en la sociedad, que les obligaban a llevar una conducta impecable, pues no pocos recordaban lo que ocurriera en tiempos y vivían al acecho de la primera falta para echárseles encima.

Aunque Genji no lo comentó con nadie, quería saber qué pensaba la dama después de la renuncia de Suzaku, renuncia que, de alguna manera, la había hecho libre. Fingiendo interesarse por su salud, le escribía cartas de vez en cuando, unas cartas mucho más cálidas que las de una correspondencia rutinaria entre dos conocidos. Ella le contestaba a veces, confiando en que su edad alejaría las sospechas de los maliciosos. Poco a poco el interés de Genji fue en aumento, y, deseando verla cada vez más, envió una solicitud a Chunagon, una de sus azafatas.

Un día citó al hermano de Chunagon, que fuera gobernador de Izumi, y le abrió su corazón «como en los viejos tiempos»:

—Tengo mucho interés en hablar de cierto asunto con la señora de tu hermana. Trata de obtener su consentimiento, y yo iré a visitarla con la máxima discreción. Piensa en mi posición actual. En cuanto a ella, estoy seguro de que también tomará precauciones para que nada trascienda de la entrevista... No creo que haya razones para preocuparse.

Oborozukiyo rehusó. Con los años, había llegado a la conclusión de que, a pesar de sus muchos errores, que atribuía a la inexperiencia, había sido mal tratada por parte de Genji. ¿De qué iban a hablar ahora? ¿De la entrada en religión de Suzaku, que tanto lamentaba la dama? Aunque consiguieran que nadie se enterara de su encuentro, estaba segura de que su propia conciencia se lo reprocharía duramente. En tiempos mucho más difíciles para ambos había acogido las pretensiones de Genji favorablemente, y, aunque ahora su afecto por Suzaku era auténtico, no podía negar que el príncipe y ella habían sido bastante más que amigos. Por más que se las diera ahora de casta y pudibunda, *es más difícil borrar los rumores sobre el pasado que hacer regresar una bandada de pájaros*. Genji no perdió las esperanzas y volvió a insistir ante el hermano de Chunagon.

—La hija del príncipe Hitachi, ^[15] que vive en el pabellón oriental de Nijo, no se ha encontrado bien últimamente —dijo a Murasaki—, y en los últimos tiempos he estado demasiado ocupado para atenderla. Si voy a visitarla durante el día, daré que hablar. Mejor ir a verla discretamente por la noche. Te agradecería que no hablastes del asunto con nadie.

Murasaki le notó extrañamente nervioso: al fin y al cabo, nunca le había importado mucho la pobre Suetsumuhana. Pero en los últimos tiempos se había vuelto más reservada y no hizo ningún comentario. En cuanto a Genji, envió a la Tercera Princesa un par de cartitas y pasó el día entero perfumando sus ropas. No se aventuró a salir hasta que no fue noche cerrada y partió en un coche sencillo de palma tejida, muy parecido al que usaba en sus aventuras juveniles, con cuatro o cinco acompañantes. El ex gobernador de Izumi se encargó de adelantarse y de anunciar su llegada.

Cuando sus mujeres informaron a Oborozukiyo de lo que se avecinaba, se aterrorizó y se preguntó qué pudo haberle dicho el ex gobernador.

—Recíbele gentilmente —le aconsejó una de sus azafatas—, y luego te despides de él. No tienes muchas alternativas.

Oborozukiyo no tuvo más remedio que hacerle pasar. Genji le preguntó por su salud y le rogó que prescindiera de intermediarios.

—Estoy dispuesto a hablarte desde el otro lado del *kichó* —le dijo—, y puedes tener la seguridad de que ya no soy el muchacho atolondrado de otros tiempos.

Ante su insistencia, ella se resignó a salir, y lo hizo suspirando y andando sobre sus rodillas. ¡Tan dócil como siempre!, pensó él. Se hallaban en el ala oriental de la mansión, y el visitante había sido invitado a sentarse en la galería del sureste, pero la parte inferior de la puerta seguía cerrada.

—He estado pensando en ti durante tantos años que me siento incapaz de contarlos —dijo él—. No te comportes como una niña, por favor...

Era muy tarde. Se oyó el chillido de un rascón de agua y la respuesta de su pareja: todo como en los viejos tiempos. La mansión, antes siempre llena de gente, estaba ahora casi vacía. Genji se secó una lágrima real y empezó a hablar con una gravedad desconocida en él, mientras golpeaba impacientemente la barrera que los separaba.

—Unidos tras una larga separación, algo absurdo se interpone aún entre ambos. Mis lágrimas, en cambio, fluyen sin obstáculo alguno.

Ella le contestó:

—Sólo mis lágrimas fluyen sin parar como la fuente del paso fronterizo, porque el camino del reencuentro está cerrado para siempre.

La dama «del claro de luna brumoso» tenía conciencia de que sus palabras no gustarían a Genji. Le asaltaron de pronto viejos recuerdos y trató de averiguar quién fue el culpable de sus desgracias. Tampoco ella estaba libre de culpa: ahora que conocía mejor el mundo, se daba cuenta de que su conducta distó mucho de ser irreprochable. La «vieja historia» parecía hoy más cercana que nunca, y no se sintió con fuerzas de mostrarse fría con él. Además, parecía tan joven y encantadora como antes, y su reticencia la hacía tan deseable como cuando el príncipe la encontró por primera vez.

Mucho le costó a Genji dejarla. Para entonces, los pájaros ya cantaban saludando a una aurora especialmente hermosa. Aunque los cerezos habían perdido la flor, por doquier relucían a través de la bruma las hojas frescas de color verde pálido de la primavera que se acercaba. Genji evocó una fiesta lejana, celebrada entre glicinias, justamente en aquella misma época del año. ^[16] Los recuerdos se adueñaron de ambos y los años pasados regresaron en tropel.

Chunagon le acompañó hasta la puerta.

—¡Qué hermosas son las glicinias de colores mágicos! —dijo él—. ¿Por qué debo abandonarlas?

El sol de la mañana lanzaba sus rayos de oro sobre las colinas de los alrededores. Chunagon pensó que Genji había sido siempre un hombre hermoso y que el paso de los años lo había hecho más hermoso aún. Sin querer empezó a preguntarse por qué se había frustrado la relación entre el príncipe y su señora. La vida en la corte era dura e imponía un sinnúmero de obligaciones, y Oborozukiyo no había logrado escalar el puesto que le correspondía. ^[17] Era innegable que su *liaison* con Genji la había

perjudicado mucho, pero también que su hermana Kokiden la había ayudado muy poco.

Genji partió con la impresión de haberse dejado muchas cosas por decir, pero había perdido el control de sí mismo. Temía que le espieran: los hombres que le esperaban junto al coche estaban ya emitiendo tosecillas de impaciencia. A su ruego, uno de ellos cortó y le trajo una rama de glicinia. Con ella en la mano, improvisó en alta voz para que la dama le oyera:

—Aunque jamás olvide el abismo en que nuestro amor me sumió, ^[18] soy tan incorregible que gustosamente me dejaría engullir por este mar de glicinias.

Chunagon le compadeció profundamente al verle apoyado en la balaustrada y sumido en el dolor más profundo. Aunque temía tanto como él ser descubierta, Oborozukiyo le respondió con otro poema:

—Este abismo al que te quieres lanzar no es tal abismo. Son las olas que te envía mi corazón embravecido.

Antes de partir, Genji le pidió perdón una vez más por el mal que le pudo haber causado, y le arrancó la promesa de que volvería a recibirle. Cuando llegó al palacio de la Sexta Avenida, sus ojos se cerraban de sueño. Poco le costó a Murasaki adivinar qué había sucedido, pero se guardó sus sospechas, pues había llegado a la conclusión de que su «expresivo» silencio era el peor de los castigos. Se hubiese dicho que las infidelidades de Genji habían dejado de importarle. Genji volvió a la carga con sus protestas de amor eterno e incluso se aventuró a contarle «algo» de su visita nocturna. Había estado hablando un rato con cierta dama, ni que decir tiene que con un *kichó* entre ambos. Habiendo quedado insatisfecho, no era imposible que la entrevista se repitiera con las mismas garantías. Murasaki esbozó una sonrisa.

—Se diría que el reciente matrimonio ha obrado en ti maravillas: cada día pareces más joven...

Pero su voz temblaba cuando prosiguió:

—La «nueva historia» enlaza con la «vieja», y aquí estoy yo, atrapada entre ambas.

—No te encierres tras un mutismo que me resulta insoportable, por lo que más quieras —estalló Genji—. Pégame o aráñame, si te apetece, pero no me esquives tras un muro de silencio... ¡Eso no lo aprendiste de mí!

Genji no se dio prisa en visitar a la Tercera Princesa, que no parecía inquietarse especialmente por su dilatada ausencia. Sus mujeres se preocupaban más que ella. De haber adoptado una actitud distinta, es muy posible que hubiese causado más problemas a Genji que Murasaki, pero lo cierto es que, como parecía estar satisfecha con lo que tenía y no exigir más, la consideraba algo así como un juguete sin mayor trascendencia

Mientras tanto el heredero aparente se había aficionado mucho a la princesita de Akashi, y no se separaba nunca de ella. Un día la joven le hizo saber que estaba harta de la corte y quería regresar por unos días al palacio de Genji, pero el príncipe se opuso rotundamente y ella se vio obligada a ceder. La damita se molestó muchísimo, pues era la primera vez en la vida que chocaba con un «no». Al llegar los calores de verano, empezó a encontrarse mal, y, siendo muy joven todavía, todos se sorprendieron mucho cuando resultó evidente que se encontraba embarazada. Su esposo no cabía en sí de gozo, y al instante le dio permiso para que partiera a casa de su padre.

Como los aposentos que ocupara antes de casarse se utilizaban, fue alojada en el ala este del pabellón del sureste, muy cerca de donde vivía la Tercera Princesa. Su madre, la mujer más feliz del mundo, se trasladó a su lado para hacerle compañía.

Cierto día que Murasaki y Genji se disponían a visitar a la princesita de Akashi, Murasaki dijo:

—Quizás podríamos aprovechar la ocasión para que yo conozca a la Tercera Princesa... Bastaría con cruzar una puerta... Hace tiempo que quería visitarla, pero siempre surgía alguna dificultad. Difícilmente hallaremos una oportunidad mejor.

Genji sonrió, satisfecho, y le contestó:

—Nada me agradaría más... Así la conocerás y verás que es sólo una criatura... Tal vez te decidas al fin a ser su maestra y tutora... Nos harías un gran favor.

Murasaki se sentó delante de su espejo y empezó a arreglarse para la ocasión. Le preocupaba más la visita a la damita de Akashi que la otra, pues quería causar buena impresión en la que probablemente, si las cosas no se torcían, sería emperatriz. Se lavó el pelo, se lo peinó con sumo cuidado y eligió un atuendo elegantísimo, mientras Genji la dejaba hacer y pensaba que seguía siendo incomparable.

Para no sorprender a la Tercera Princesa, Genji se anticipó, y le anunció:

—La dama que vive en el ala este irá a visitar a la damita que acaba de llegar de la corte, y ha dicho que era una buena ocasión para que las dos os hicierais amigas. Espero que la recibas. Todavía es muy joven y estoy seguro de que os sobrarán los temas de conversación.

—No sabré qué decirle —murmuró la criatura—. Dime tú qué quieres que le diga.

—Lo que te pase por la cabeza. Deja que la conversación fluya espontáneamente, y no te muestres tímida.

Genji estaba tan ansioso por lograr que ambas mujeres se gustaran que había pasado los últimos tiempos sobre ascuas, deseando y temiendo a la vez el primer encuentro entre las dos. Tenía miedo de que la niña pareciera boba y sin interés alguno a la otra, y que su conversación le resultara insípida y exasperante. Se alegraba mucho de que la idea de la visita hubiese partido de Murasaki.

A punto para salir, Murasaki, convencida de que la Tercera Princesa no era superior a ninguno de los habitantes de la casa ni del mundo, se puso a hacer prácticas de caligrafía mientras esperaba que Genji viniera a buscarla. La caligrafía era su mayor consuelo en trances difíciles. En esta ocasión renunció a componer poemas, y se limitó a poner por escrito viejos versos de amor que acudían a su cabeza y que, curiosamente, parecían reflejar a la perfección su estado de ánimo. Eran, en su mayoría, poemas tristes.

Cuando Genji regresó de los aposentos de las dos princesas, encontró a Murasaki enfrascada en sus tareas caligráficas. Aunque hacía tantos años

que vivían juntos, tenía que reconocer que todavía era capaz de sorprenderle. Nadie como ella sabía mostrarse, sin renunciar un ápice a su dignidad, a la vez brillante y divertida. Genji pasó revista a los elementos que conforman una belleza sin par, y los halló todos en su persona. Estaba dotada de un extraño don de renovarse continuamente que le asombraba cada día más.

Murasaki trató de ocultar sus ejercicios debajo del escritorio, pero él los cogió. Le había visto caligrafías mejores, pero aquellos escritos rezumaban un sutil encanto. Uno de ellos decía:

«Ante mis ojos el bosque verde se ha puesto una túnica de mil colores. ¿Será que el otoño se acerca? ¿Y no estarás cambiando tú también?»

Genji tomó el pincel y escribió al lado:

«No cambia de color el verde plumaje del pato del estanque. No puede decirse lo mismo de las hojas del hagi.» [19]

Aunque lo que había escrito Murasaki delataba que no era feliz, hacía cuanto podía por ocultarlo. Genji se daba perfecta cuenta y la admiraba aún más. Y, sin embargo, aquella misma noche se escapó de nuevo a ver a Oborozukiyo. Se odió a sí mismo, pero la tentación resultaba demasiado fuerte.

La esposa del heredero aparente se sentía con Murasaki como con su propia madre, y la visita transcurrió del modo más agradable que quepa imaginar. La muchacha se había hecho muy hermosa, y Murasaki era felicísima a su lado. Cuando dieron por terminada la conversación, Murasaki se despidió de la damita y se trasladó a los aposentos de la Tercera Princesa.

Al verla tan infantil, se dirigió a ella en tono maternal y le recordó el estrecho parentesco que las unía. Luego se dirigió a su ama, Chunagon, y le dijo, citando un poema del *Gosen Shu*:

—Tal vez parezca una impertinencia por mi parte, pero es un hecho que ambas *compartimos las mismas guirnaldas*. Quizás me haya retrasado un poco en hacer mi primera visita (y te ruego me perdones por ello), pero espero que en el futuro nos tratemos con mayor asiduidad: también te invito a que la traigas a mis aposentos cuando quieras, de modo que, si no lo haces, no me echés luego a mí la culpa.

—Te agradezco tu amabilidad —respondió la otra—. Mi señora ha estado muy triste en estos últimos tiempos al verse privada de su padre, y no podías haber dado un paso que más la confortara. Antes de abandonar el mundo, el emperador Suzaku confiaba en que no abandonarías a su hija a su suerte, y procurarías educarla y mejorarla en lo posible como hiciste con la princesa de Akashi. Mi señora es muy callada, pero estoy segura de que piensa como su padre.

—Desde que su padre me honró con una carta —replicó Murasaki—, he estado pensando en qué hacer por ella, y aún no he acabado de decidirme...

Poco a poco empezó a sacar a colación el tema de las novelas ilustradas y las muñecas, y habló de ello con tanto acierto y entusiasmo que la Tercera Princesa decidió que aquella dama no era tan aburrida como la mayor parte de adultos que se veía obligada a tratar. Más aún, que no se parecía a nadie. Desde aquel día empezaron a intercambiarse mensajes, y, a veces, Murasaki se ponía a jugar con ella.

Cuando la joven prometida llegó al palacio de Genji, la gente empezó a murmurar que los días de gloria de Murasaki estaban contados. Pero, a medida que pasaba el tiempo, cada vez resultaba más evidente que Genji, lejos de centrar sus atenciones en la hija del ex emperador, trataba a la otra con mayor consideración que nunca. No pocos se indignaron: si amaba tanto a Murasaki, ¿por qué había accedido a casarse con la princesa? Cuando corrió la voz de que ambas damas se entendían a la perfección, los maliciosos no cabían en sí de asombro.

Durante el décimo mes Murasaki llevó ofrendas al templo de Saga en honor de su esposo Genji. ^[20] Aunque intentó respetar la poca afición que su esposo sentía por las ceremonias fastuosas, tanto las imágenes como los sutras, estos últimos guardados en cajas exquisitamente tejidas, que llevó

consigo, eran dignos del paraíso de Buda, y ordenó una lectura solemne de las escrituras para impetrar la protección divina para el reino. Como el templo era muy espacioso, se congregó en él un numeroso público, entre el que no faltaron los funcionarios de mayor rango, pues el otoño había transfigurado los campos de los alrededores, y aprovecharon la ocasión para deleitarse contemplándolos. Las demás damas que vivían en la mansión de la Sexta Avenida también encargaron servicios especiales, procurando cada una de ellas superar a las otras.

Genji dejó de ayunar el día veintiuno. ^[21] A diferencia de sus compañeras, Murasaki seguía considerando su verdadero hogar la mansión de Nijo, y fue en ella donde decidió organizar el banquete, ocupándose personalmente de los adornos, los atuendos y todo lo demás con la ayuda de las otras damas, que no regatearon esfuerzos. Hubo que trasladar a las habitantes de Nijo ^[22] a otros lugares para acomodar a los huéspedes en sus aposentos, sin olvidar a pajes y lacayos. Instalaron la soberbia silla de honor, incrustada de madreperla, en el porche que se hallaba delante de la sala principal. En el ala oeste colocaron doce percheros para exhibir los conjuntos de verano y de invierno, las colchas y todas las demás ropas que iban a regalarse. Delante del trono había dos mesas cubiertas con manteles de seda china, y el rosario ceremonial descansaba sobre un soporte de áloe con las patas profusamente decoradas. Los pájaros de oro sobre ramas de plata habían sido diseñados personalmente por la dama de Akashi y eran de un gusto exquisito.

También destacaban por su excepcional belleza los cuatro biombos que el príncipe Hyobu envió. La tradición exigía cuatro paisajes que representaran las estaciones del año, y él se había esforzado para que los suyos se salieran de lo corriente. En un aparador, junto a la pared norte de la estancia, se alineaban los tesoros que la ocasión exigía. En cuanto a los asientos para los huéspedes de mayor alcurnia, el príncipe Hyobu y los ministros, habían sido dispuestos junto a la galería sur del salón principal. En el jardín, a derecha e izquierda de una plataforma montada para los bailarines, se sentarían los músicos. A lo largo de la galería sureste había

regalos, ochenta cajas de comida y diversos atuendos a disposición de los invitados.

Cuando empezó a caer la tarde, los músicos ocuparon sus puestos. Se representaron danzas difíciles de ver como «Un millón de años» y «El ciervo real», y, para celebrar el crepúsculo, se bailó la danza coreana del dragón con música de flauta y de tambor. Yugiri y Kashiwagi se lanzaron a bailar los compases finales, y muchos recordaron con profunda emoción aquellas inolvidables «Olas del océano azul» que sus padres danzaron hacía tantos años. Lo cierto es que las carreras que estaban haciendo ambos jóvenes tenían poco que envidiar a las de sus progenitores. Es más, se hubiese dicho que progresaban con mayor rapidez. Que la amistad de una generación se reprodujera en la siguiente apuntaba hacia vínculos muy estrechos en vidas anteriores, y Genji no podía meditar sobre ello sin que sus ojos se llenasen de lágrimas. Al caer la noche los músicos profesionales se perdieron por el lago y la colina, cada uno con el conjunto blanco que los criados de Murasaki les habían repartido. Parecían evocar las grullas blancas que pronostican diez mil años de vida.

Entonces los invitados empezaron su propio concierto, que nada dejó que desear. El heredero aparente se encargó de los instrumentos: un laúd y un koto de siete cuerdas que habían pertenecido a su padre y se les consideraba auténticos tesoros. Hacía tiempo que Genji no había disfrutado de un concierto como aquél, y todas las intervenciones le trajeron recuerdos de sus días en la corte. ¡Sólo echaba de menos la presencia de Fujitsubo, cuya afición a la música era extraordinaria! También el emperador pensaba en su madre con frecuencia, y la idea de que no podía, por razones que muy pocos conocían, rendir el tributo debido a su padre verdadero le llenaba de insatisfacción. Contempló la posibilidad de otra visita imperial a la mansión de la Sexta Avenida, pero Genji se opuso, y, para no incomodarlo, hubo de abandonar el proyecto.

Al acercarse el fin del año la emperatriz Akikonomu regresó al palacio nuevo, e hizo distribuir cuatro mil piezas de tela entre los siete monasterios de Nara y cuatrocientas piezas dobles de seda entre los cuarenta de la capital para que procedieran a la lectura de los sutras que correspondían a

aquellos días. Estaba profundamente agradecida a Genji, y quiso pagar así su deuda, pensando que difícilmente se le volvería a presentar una ocasión mejor. Creía también que, de este modo, daba satisfacción a los deseos de su padre y de su madre difuntos, y, de no constarle que Genji estaba en contra de los fastos excesivos, se hubiese mostrado mucho más generosa todavía.

—No es frecuente que los hombres sobrevivan largo tiempo a su cuadragésimo aniversario —le decía Genji, fingiendo bromear—. No hablemos, pues, del tema en voz demasiado alta, y que ocurra lo que haya de ocurrir.

Pero Akikonomu era la emperatriz y no podía organizar nada que no fuese magnífico. Mandó servir un banquete en la sala principal de la parte de la mansión que tenía destinada que en nada resultó inferior al que Murasaki ofreciera en el palacio de Nijo. Durante el convite se repartieron obsequios espléndidos: las princesas recibieron conjuntos de enorme fantasía, y los demás invitados, todos con arreglo a su rango, ropas blancas y piezas de tela de enorme calidad. No faltaron las antigüedades de notable valor, entre las que destacaban cinturones y sables que había heredado de su padre, el príncipe Zembo, y que despertaron en los presentes tantos recuerdos que no pocos se echaron a llorar al contemplarlos. Todos hemos leído novelas que, en circunstancias parecidas, obsequian al lector con un catálogo minucioso de los regalos repartidos, pero a mí siempre me han aburrido mucho esas listas, y voy a prescindir de ellas del mismo modo que he prescindido de la relación de los invitados.

El emperador permaneció en palacio, muy en contra de su voluntad, pero, aprovechando que un general había presentado su dimisión por razones de salud, confirió su cargo a Yugiri, ordenando que se organizase un gran festejo para celebrar su nombramiento. Genji respondió que le hacía un gran honor y que confiaba en que Yugiri estaría suficientemente maduro para el puesto. En esta ocasión, fue Hanachirusato, que se había ocupado de tutelar a Yugiri durante sus estudios, quien se encargó de organizar la ceremonia. Aunque en principio se pensó en algo familiar y discreto, acabó convirtiéndose en otra celebración por todo lo alto, pues el

soberano puso a su disposición cuanto se guardaba en sus graneros y almacenes. Asistieron cinco princesas imperiales, los dos ministros y diez consejeros. No estuvieron presentes, en cambio, el príncipe heredero ni Suzaku, pero enviaron a sus oficiales de rango superior. De la corte no faltó casi nadie. Por orden expresa del emperador acudió el canciller To no Chujo, honor muy especial que Genji agradeció profundamente. Se sentaron uno frente al otro, y, si To no Chujo imponía por su altura, corpulencia y la extrema dignidad con que se movía, Genji seguía siendo el «príncipe resplandeciente» de siempre.

Una vez más pudieron admirarse cuatro biombos que simbolizaban las estaciones, y las pinturas sobre seda china de color púrpura eran exquisitas. Las inscripciones se debían a la mano del propio emperador, y todos las encontraron extraordinarias, aunque el conocimiento de quien era su autor pudo influir en el juicio de muchos.

La Secretaría Imperial había hecho montar aparadores sobre los que se exhibían instrumentos musicales y otros tesoros de palacio para celebrar el nuevo honor recaído en Yugiri. Al atardecer, cuarenta miembros de la guardia presentaron otros tantos caballos para su revista. Se bailaron, tal como se esperaba, las danzas «Un millón de años» y «Nuestra graciosa majestad» y, aunque el espectáculo fue breve, el hecho de que asistiera el canciller le otorgó una brillantez inusual. El príncipe Hotaru se lució con el koto chino de trece cuerdas, y, una vez más, todos admiraron su maestría, mientras Genji prefería el de siete y To no Chujo el japonés. Hacía tiempo que Genji no oía tocar a su amigo, y se sorprendió no poco al notar que había mejorado, cosa que parecía imposible. Hablaron de los viejos tiempos. Amigos desde la infancia, la conclusión de nuevos vínculos entre ambos aumentó la cordialidad que reinaba entre ellos.

Las copas de vino no paraban de circular de mano en mano, el concierto improvisado era un éxito, y una cierta embriaguez puso lágrimas de felicidad en los ojos de todos, unas lágrimas que nadie trató de ocultar. Para concluir, hubo el esperado intercambio de presentes, y Genji regaló a To no Chujo una flauta coreana, un koto japonés que apreciaba grandemente y una delicada caja de sándalo llena de manuscritos chinos y nipones. Llevaron

los regalos al coche del canciller, mientras los oficiales que tenían a su cargo los establos se despedían con una danza coreana para significar que los caballos habían sido aceptados. Lo cierto es que, aunque Genji había hecho cuanto le fue posible para evitar un despliegue de lujo que consideraba innecesario, el soberano, el heredero aparente, el ex emperador Suzaku y la emperatriz acabaron por imponer su voluntad.

Sólo tenía un hijo —y mucho lo sentía—, pero todos le admiraban, de manera que le sobraban motivos para sentirse orgullosos de él. Pensó en la rivalidad que existiera en tiempos entre las madres de Akikonomu y de Yugiri, ^[23] y llegó la conclusión de que el destino tiene extraños vericuetos para salirse con la suya. Había sido Hanachirusato, con la ayuda de Kumoi, quien se había encargado de elegir las ropas para el festival. La dama se había sentido siempre excluida de las celebraciones familiares, y la idea de recibir, en calidad de anfitriona, a tantos personajes importantes, la había asustado no poco. Pero allí estaban todos y allí estaba ella, y todo gracias a Yugiri.

III

Llegó el año nuevo, y el embarazo de la consorte del heredero aparente tocaba a su fin. En la mansión de la Sexta Avenida las plegarias no paraban, mientras en todos los santuarios y templos del país se celebraban servicios continuamente. El recuerdo del fin de Aoi atormentaba a Genji: la mera posibilidad de que pudiera repetirse algo parecido le llenaba de terror. A pesar de su deseo de que Murasaki le diera hijos, en el fondo se alegraba de que no hubiese sido así, pues pensaba que un parto podía haber resultado fatal. La princesa era extremadamente joven, y esta circunstancia no hacía sino aumentar la ansiedad de cuantos la rodeaban. A primeros del segundo mes sus fuerzas parecieron agotarse.

Tras un detenido examen de las circunstancias, los adivinos llegaron a la conclusión de que la orientación de los aposentos que ocupaba no era propicia, y que, por su bien, debía trasladarse a otra parte. Sacarla de la mansión paterna, no obstante, parecía una empresa arriesgada, y se optó por llevarla al ala noroeste de la mansión, que ocupara en tiempos su madre, la dama de Akashi. Tenía la ventaja de estar rodeada por todos los lados de corredores y galerías cubiertas, donde podía cobijarse la caterva de sacerdotes que allí se había congregado, con sus altares y objetos de culto, pues ningún exorcista ni chamán de mediano prestigio del reino había dejado de acudir. Quien estaba más ansiosa de todos era, sin lugar a dudas, la propia dama de Akashi: si su hija salía sana y salva del trance y daba a luz a un heredero, cuantos sufrimientos y penas le había tocado padecer a lo

largo de su vida quedarían sobradamente compensados. Incluso su madre, que había alcanzado una edad más que proveya, vino de la casa del Oi para estar a su lado, porque no soportaba la lentitud de los mensajeros que la mantenían al corriente de la situación.

Muy poco sabía la princesita de Akashi sobre las circunstancias que rodearon su nacimiento, pero, en cuanto su abuela se sentó junto a la cabecera de su lecho, la anciana, felicísima, dio rienda suelta a un torrente de anécdotas y lamentaciones que, aun siendo notablemente confuso, le ofreció luz por vez primera sobre un serie de puntos de su propia historia que ignoraba. La nieta no conocía a su abuela y, cuando la vio entrar, la acogió con sorpresa y cierto disgusto, pero procuró mostrarse educada y afectuosa. Aunque había estado en la mansión de la Sexta Avenida en tiempos (su madre se encargó de recordárselo), la muchacha la había olvidado por completo. La buena mujer empezó su relato con la llegada de Genji a Akashi y el tremendo dolor que les causó cuando, obtenido el perdón del soberano, hubo de volver a la capital.

—Estábamos desesperadas cuando regresó a la corte —dijo, y los ojos le brillaban—. Pensábamos que no volveríamos a verle jamás, pero el destino se portó bien con nosotras y tú bajaste del cielo para redimirnos. ¿Acaso no es *maravilloso*?

La princesa lloraba. De no haber sido por la anciana, hubiese muerto ignorando una serie de circunstancias sobre sí misma que ahora sabía. Siempre había sospechado que su madre no era de la misma clase que las demás mujeres de Genji, pero la educación que Murasaki le dio junto con la admiración que había despertado en la corte, habían borrado en ella cualquier rastro de timidez o de desconfianza en sí misma. Entonces se avergonzó de haber despreciado a otras damas o de haberse burlado de ellas por considerarlas sus inferiores, cuando, atendiendo a su cuna, estaban muy encima. Si pensaba que, en más de una ocasión, había exhibido su orgullosa altivez delante de cortesanos que, con toda seguridad, conocían la verdad sobre sus orígenes —aunque todos se habían abstenido hasta entonces de hacer comentarios sarcásticos, al menos en su presencia—, sus mejillas se ponían a arder. ¿Cómo iba a poder en el futuro levantar la cabeza?

Su madre la halló cuando estaba dando vueltas a todo esto. Los sacerdotes habían empezado los ritos del mediodía y no había casi azafatas en las inmediaciones de la cámara, pues la anciana monja ^[24] había hecho saber que se encargaría de todo. La dama riñó a su madre:

—¡Eres muy descuidada! ¿No ves que el viento está soplando con todas sus fuerzas? Deberías haber exigido unas cortinas más gruesas para proteger a tu nieta, y, en cambio, aquí estás tú, discurseando sin parar como si fueras el médico... Los viejos han de aprender a hacerse invisibles...

La anciana se dio cuenta de que se había arrogado funciones que no le correspondían e inclinó la cabeza a un lado, como si hiciera por oír mejor. Tampoco era tan vieja como su hija parecían dar a entender, pues todavía no había cumplido los setenta, y sus hábitos de religiosa eran de un gusto exquisito. Y, sin embargo, sus ojos hinchados y enrojecidos proclamaban que había estado hablando del pasado. Esta certeza disgustó mucho a la dama de Akashi.

—Supongo que tu abuela ha estado revolviendo historias extravagantes sucedidas, según ella, hace un montón de años —dijo a la princesa—. No debes creer todo lo que te diga, pues los viejos lo confunden todo, mezclando cosas realmente ocurridas con otras más propias de cuentos de hadas y de leyendas maravillosas. Seguro que te ha contado mil historias peregrinas sobre *nuestra* familia...

El silencio de la princesa confirmó sus peores sospechas, y ella se lo pagó con la más tierna de sus sonrisas. A veces le costaba convencerse de que aquella personita preciosa fuese su hija, y temía que la monja hubiera turbado su tranquilidad de espíritu con revelaciones inoportunas. La dama no quería que su hija muriera ignorando las circunstancias de su concepción e infancia, y se había hecho el propósito de revelárselas *cuando todo hubiese pasado*. Es decir, cuando su yerno hubiese subido al trono y su hija fuera emperatriz. La princesa estaba a punto de atravesar un trance muy delicado, y su madre no quería que confidencias hechas a destiempo mermasen sus pobres fuerzas, pues iba a necesitarlas todas. Desgraciadamente, no había ya nada que hacer.

Cuando los sacerdotes se hubieron marchado, la dama trajo una caja de dulces e instó a su hija a que los comiera. La monja no se hartaba de admirar la delicada belleza de su nieta, sintiéndose en el paraíso de Buda, y manifestaba su deleite con un torrente de lágrimas que se deslizaban sin parar por su arrugado rostro, cuyo sentido profundo había que buscar en la sonrisa que lucían sus labios. La religiosa quiso justificarse ante su hija mediante un poema, y escribió el que sigue:

«Si la anciana monja ha descubierto que su vida vuelve a tener sentido, y se deshace en lágrimas de gozo, ¿quién puede reprochárselo?»

«En otros tiempos las gentes solían mostrarse tolerantes con los ancianos y sus extravagancias...»

La princesa tomó recado de escribir, y compuso en una hoja de papel de calidad exquisita el poema que transcribo:

«Guiada por las lágrimas de gozo de la monja que llora, ¡qué no daría yo por visitar la casita de Akashi!»

La madre no pudo resistir más, y, girando la cara para ocultar su llanto, garrapateó estos versos:

«Recuerdo a un hombre que renunció al mundo en la bahía de Akashi... ¡La oscuridad que llevaba en el corazón jamás se mudará en luz, triste de mí!»

La princesa hubiese dado cualquier cosa por ser capaz de recordar la mañana en que se separó para siempre de su abuelo, del cual acababa de oír hablar por primera vez...

En contra de las aprensiones de todos, el parto tuvo lugar a mediados del tercer mes sin complicación alguna. Fue un varón, y Genji se sintió el hombre más feliz del mundo. Aunque la monja solía llamar el ala noroeste

de la mansión «mi costa amiga», rememorando la de Akashi, los aposentos de la jovencísima madre eran demasiado estrechos para que pudieran celebrarse allí las ceremonias y ritos que se avecinaban, y Genji ordenó que la princesa fuera trasladada al ala sureste, que era la que se le había asignado desde que empezara a vivir en la casa hasta que matrimonió con el heredero del trono. Allí la esperaba Murasaki. Ver a esta dama vestida de blanco y radiante de alegría con el recién nacido en brazos dejaba sin aliento, pues más se parecía a Kwannon que a una «abuela» de carne y hueso. No se movió del lado del niño durante el período que suele considerarse complicado y peligroso, mientras la dama de Akashi se ocupaba del baño de la criatura. Hacía las veces del príncipe heredero una de sus damas de honor, ^[25] que vigilaba los desvelos de la de Akashi y quedó muy favorablemente impresionada. Aunque, antes de conocerla, había oído contar cosas francamente desagradables sobre ella y, cuando hablaba *en petit comité*, solía compadecer a la princesa por tener una madre tan poco presentable, en cuanto llegó a tratarla, cambió de opinión y se dijo que aquella dama merecía los máximos honores. Como todo el mundo conoce las ceremonias que siguen a los nacimientos, no creo necesario entrar en detalles.

El regreso de la princesa al ala sureste tuvo lugar la sexta noche después del parto. Pronto empezaron a llegar los regalos. La noche del séptimo día envió los suyos el emperador, y, aunque Suzaku prohibió que se ofrecieran presentes en su nombre, todos llegaron a la conclusión de que una cuantiosa donación a cargo del erario público, que trajeron personalmente dos oficiales de la Tesorería Imperial, To no Ben y Senji, respondía a instrucciones secretas del ex emperador. Las piezas de seda se amontonaban en las antecámaras, y el regalo de Akikonomu superó en valor al de su esposo, el emperador. Los ministros rivalizaban en esplendidez, e incluso Genji, que procuraba poner límites a la magnificencia de sus actos, quiso que la pompa y el esplendor marcaran aquellas celebraciones, y los ganó a todos en generosidad. La corte vivía unos días tan llenos de excitación y habladurías que mi pobre cabeza se contagió de la confusión general, y olvidé tomar nota de muchas de las ceremonias que tuvieron lugar en el

palacio de la Sexta Avenida con motivo del nacimiento del nieto del «emperador honorario», y que hubiesen merecido ser recordadas.

Genji pasaba la vida con la criatura en brazos.

—Yugiri nunca me invitó a ver a sus hijos —se quejaba—, de modo que me siento muy feliz de poder disfrutar de este nieto incomparable que me acaban de regalar los cielos...

El niño creció muy deprisa, como si alguna fuerza misteriosa estuviera actuando. Genji se tomó muy en serio la tarea de seleccionar a las nodrizas y criadas que habían de atenderle, procurando que todas ellas fueran personas inteligentes y de familias respetables. Mientras, la dama de Akashi se mantenía perpetuamente ocupada, procurando no abandonar nunca un discreto segundo plano para que nadie pudiese hacerle reproches. Hasta entonces Murasaki se había sentido siempre un tanto incómoda en su presencia, pero tras el nacimiento del niño, su amistad se hizo más firme. Careciendo de hijos propios, adoraba los niños ajenos. Confeccionó personalmente las muñecas apotropaicas, ^[26] así como otros juguetes, y pasaba horas montando sus articulaciones y manipulándolos ante los ojos asombrados de su «nietecito». En cambio, la madre de la dama de Akashi se sentía tratada con poca consideración, pues se le negó el acceso a los aposentos del niño. Decía que, habiéndolo visto tan poco, el recuerdo acabaría por matarla de nostalgia.

La noticia llegó a las playas de Akashi, y allí la recibió un anciano medio chiflado, cuyo ascetismo no había cerrado definitivamente las puertas de su corazón a las alegrías del mundo. «Por fin puedo retirarme de los afanes de la tierra con el espíritu en paz», dijo a sus discípulos, y convirtió el interior de su casa en un templo rodeado de campos que servirían para mantenerlo. Luego la abandonó y partió a otro refugio que se había hecho construir en lo más profundo de la zona montañosa de la provincia. Allí nadie le molestaría... Durante años estuvo pensando hacerlo, pero circunstancias de todo tipo se lo habían impedido. Ahora, con la bendición de los dioses nacionales y extranjeros, ^[27] nada se oponía ya a su anhelo de un retiro definitivo.

En los últimos años sólo había enviado mensajeros a la capital por cuestiones de suma importancia, y, cuando le llegaba una carta de su esposa, la contestaba en términos escuetos. Al tener noticia de los últimos acontecimientos, envió a su hija una larga carta que decía así:

«Aunque tú y yo vivimos en el mismo mundo, me siento como si hubiera renacido en otro. Pocas veces he recibido misivas tuyas a lo largo de los últimos tiempos. También es cierto que yo te he escrito en contadas ocasiones, pues creo que escribir y leer cartas en *kana* ^[28] es una pérdida de tiempo. No me hacen ningún bien, y sólo sirven para apartarme de mis devociones y afanes. Mucho me han alegrado las noticias de estos últimos años sobre la soberbia carrera que tu hija está haciendo en la corte, y ahora me entero de que acaba de ser madre de todo un señor príncipe. No es propio de un eremita como yo darse aires ni buscar la gloria terrenal en esta etapa de la vida, pero quiero que sepas que te he tenido siempre presente en mi corazón y en mis plegarias, mañana y noche, dando siempre preferencia en mis preces a tus intereses sobre los míos.

»Una noche del segundo mes del año de tu nacimiento tuve un sueño. Me pareció que sostenía el monte Meru sobre mi diestra. A derecha e izquierda de la montaña, el sol y la luna arrojaban una luz radiante sobre la montaña sagrada. Yo me hallaba a su sombra, y los rayos de luz no me tocaban. Poco a poco, la montaña, que flotaba en la inmensidad del océano, se apartó de mí, y yo quedé solo, remando en un exiguo bote. Este fue mi sueño. A partir del día siguiente empecé a desear cosas de las que no me sentía merecedor, y me preguntaba qué sentido debía atribuir un hombre como yo a un sueño tan extraordinario. Al poco tu madre quedó embarazada. Yo me pasaba la vida rebuscando en los textos sagrados para dar con una explicación razonable a mis visiones nocturnas. Llegué a la conclusión de que los sueños deben tomarse siempre en serio, y empecé a albergar ambiciones que nada tenían que ver con mi humilde condición. Tu futuro empezó a importarme más que nada en la vida.

»Me retiré al campo, pues mis medios limitados no me permitían desenvolverme en la capital con igual esplendor. No estaba dispuesto a dejarme vencer por los años y pasé mucho tiempo aquí, junto al mar, con

mis esperanzas puestas en ti. Hice infinidad de votos secretos pensando en tu porvenir, y ahora ha llegado el momento en que los veo cumplirse. Tu hija va a ser madre de la nación, ^[29] y debes hacer peregrinaciones a Sumiyoshi y a otros santuarios igualmente importantes para agradecerlo a los dioses. ¿A qué dudar más? Estoy convencido de que mi deseo último relativo a tu hija me será acordado, y, también, que renaceré en el círculo más elevado del paraíso que está al oeste de los Diez Mil Reinos. Espero el día en que se me llamará a ocupar mi sitio en el Gran Loto. Hasta entonces me consagraré a rezar entre las aguas cristalinas y los verdes bosques de mis montañas. A ellas me dirijo...

Con el alba, el sol empieza a brillar. Tu hora ha llegado, y por ello te cuento el sueño que me visitó mucho tiempo atrás.»

Puso la fecha, y añadió un *post scriptum*:

«No dejes que la noticia de mi fin te perturbe ni te pongas, cuando llegue el momento, el atuendo de luto que exige la costumbre. Debes pensar en mí como en un avalar ^[30] y ofrecer unas cuantas plegarias para el reposo de un anciano monje, pero no permitas que los placeres y los éxitos de este mundo te distraigan del otro. Volveremos a vernos en el reino en que todos queremos entrar, y no falta mucho para que nos encontremos en la «costa lejana», habiendo dejado las miserias de este mundo atrás para siempre.»

No dejó de incluir una nota para su esposa: «El día catorce dejaré esta choza para siempre y me iré a las montañas. Entregaré, pues, mis despojos a los osos y a los lobos. Sigue viviendo, y ojalá veas cumplidas todas tus esperanzas. Volveremos a encontrarnos en el país radiante.»

El sacerdote que hizo de mensajero se encargó de relatar los detalles.

—Tres días después de concluir la carta, partió hacia las montañas. Le acompañamos hasta las colinas, y allí él nos mandó dar media vuelta, llevándose consigo por todo cortejo un monje y dos acólitos. Cuando le vi hacer sus primeros votos, pensé que había presenciado una muestra del dolor más profundo imaginable, pero estaba en un error. Poco antes de marchar, sacó el koto y el laúd que le habían acompañado a lo largo de

tantos años y los tocó por última vez. Tras recitar sus últimas plegarias en la capilla de la que había sido su casa, los dejó allí junto con la mayor parte de sus pertenencias. Apartó sólo algunas cosas que distribuyó entre nosotros con arreglo a nuestros rangos. Éramos unos sesenta, y siempre nos habíamos sentido muy ligados a su persona. El resto de sus cosas os las envía. Finalmente vímosle disolverse entre la niebla y las nubes, y le lloramos como si acabase de morir.

El mensajero había llegado a Akashi de niño y envejecido en aquel lugar tan apartado del mundo. Era obvio que no exageraba al hacer su relato de penas y soledades. Incluso los discípulos directos de Buda, que él mismo convirtiera con sus sermones del Monte del Halcón, se hundieron en el desconsuelo cuando la llama de la vida abandonó al maestro. El dolor de la monja no tenía límites: apenas le habían dejado ver a su nieto un par de veces, y, desde que estaba con Murasaki, no había vuelto a ponerle los ojos encima. La carta de su esposo no hizo sino aumentar su tristeza.

Cuando la dama de Akashi oyó hablar de la carta, abandonó el ala sureste. Su nueva posición le impedía estar junto a su madre todo el tiempo que hubiese deseado, pero quería saber a toda costa qué noticias acababan de llegar. La monja parecía muy postrada, y, cuando su hija hubo leído la carta hasta el final, también ella se deshizo en llanto. La dama recordó cosas ocurridas a lo largo de los años, que muchos habían pasado por alto pero que, para ella, tenían un significado muy profundo, y, víctima de una nostalgia enfermiza, empezó a echar de menos a su padre con todas sus fuerzas. No volvería a verle nunca jamás. Al fin fue capaz de comprenderle: el hombre había creído en su sueño como si de la palabra sagrada del Iluminado se tratase. Aquel sueño se había convertido en una obsesión, y había sido fuente de infelicidad y desconcierto para la dama a la cual parecía referirse. Durante su convivencia con su padre, había estado a punto de enloquecer varias veces... y ahora comprobaba que todo era el fruto de un sueño carente de sustancia.

La anciana monja dejó de llorar y dijo:

—Gracias a ti se nos ha bendecido y hemos participado de honores que nunca creímos merecer. Grandes han sido las pruebas y las penas, quizás

desproporcionadamente grandes. Aunque yo era por aquel entonces una persona de poca monta, intuí que nuestra decisión de dejar la capital e instalarnos en Akashi era, de algún modo, una señal de distinción. Nunca imaginé que llegaría a ser lo que ahora soy: viuda y no viuda a la vez. Siempre creí que viviría junto a tu padre hasta el fin de mi días, y que un mismo loto nos estaría aguardando en la otra orilla. Eso es cuanto esperaba en aquel tiempo. Pero, de pronto, tu vida tomó un curso inesperado, y me encontré viviendo de nuevo en la capital. Me sentía feliz por ti y desgraciada por tu padre. Y ahora me entero de que no volveremos a encontrarnos. Todos lo tuvieron siempre por un hombre muy excéntrico y profundamente huraño, pero el vínculo que se establece entre una pareja joven suele ser muy fuerte. Este fue nuestro caso, pues creíamos profundamente el uno en el otro... No estamos aún tan alejados en la tierra y, sin embargo, es como si habitáramos dos mundos distintos. ¿Cómo puede ser?

El rostro de la anciana se torció en una mueca de dolor. También su hija lloraba amargamente.

—¿De qué sirven las promesas de grandezas futuras? Yo no me considero digna de especiales honores, pero lamento que mi padre haya de acabar sus días como un exiliado. Poco cuesta decir que lo que ha de ser sucede fatalmente. Se nos ha perdido entre montañas fragasas, y nosotras ignoramos cuántos días nos quedan en el mundo. ¡Qué vacía y carente de sentido parece a veces la vida!

Aquella noche la conversación fue muy triste.

—A Genji le consta que la noche pasada estaba yo en el ala sureste —dijo la dama—. Me temo que le parecerá grosero y egoísta que me haya ido sin pedirle licencia. No es que me importe mucho, pero debo pensar en mi hija.

—¿Qué sabes de la criatura? —le preguntó su madre—. ¿Crees que me dejarán verla?

—Puedes estar segura... Pronto volverás a ver al niño. La princesa habla de ti con mucho cariño. No hace mucho me decía Genji: «Si todo ocurre como espero, aunque quizás no valga la pena evocar según que recuerdos,

no me importaría que la abuela participara también de nuestra alegría...» Claro que no sé con exactitud a qué se refería.

La anciana sonreía:

—Ya lo ves —dijo, exultante—. Los dioses son benévolos y me han mantenido con vida para que pudiera participar de todos esos acontecimientos extraordinarios.

Al apuntar el alba, la dama de Akashi tomó el cofre de las cartas y lo llevó al ala sureste para mostrárselo a su hija.

El príncipe heredero quería que su consorte regresara al palacio imperial cuanto antes, y le envió numerosos mensajes en este sentido. La princesa había confiado en pasar más tiempo en la mansión de su padre, pues muy pocas veces se le permitía abandonar la corte, y acababa de atravesar una experiencia terrible. Había perdido algo de peso, pero parecía más bella que nunca. Cuando su madre se quejó a Genji de la insistencia del heredero aparente, éste le respondió:

—Pienso que debería verla antes de que haya vuelto a engordar... Todavía la amaré más...

Cuando, por la noche, Murasaki se hubo retirado a sus aposentos y la princesa estaba sola en los suyos, su madre fue a visitarla y le llevó el cofre de correspondencia que se había recibido de Akashi.

—Supongo que debería esperar hasta que todo estuviera en orden y nuestras esperanzas se hubiesen hecho realidad, pero la vida es incierta, y, si enfermo gravemente, no tengo la seguridad de que me dejen hablar contigo en mi lecho de muerte. Por ello quiero confiarte ciertas cosas, que tal vez te parecerán triviales, mientras pueda hacerlo. Toma esta caja. En ella encontrarás unas hojas escritas con mano temblorosa. Aunque la caligrafía sea mala, piensa que son los votos de tu abuelo. Léelos con atención, procura que se cumplan y guárdalos en algún lugar a mano, pero no hables de ello con nadie. No lo entenderían. También yo estoy pensando en abandonar el mundo de una vez por todas. El tiempo se acaba. No permitas que jamás se interponga nada entre ti y la dama del ala sureste. Es una persona inteligente y gentil como pocas, y me temo que la suerte le tiene reservada una vida más larga que la mía. Aunque las madrastras suelen

tener mala fama, y, cuando tu padre te confió a ella temí lo peor, debo reconocer que fui terriblemente injusta...

Fue un discurso muy largo, pues la dama de Akashi tenía una forma de hablar extremadamente formal, incluso cuando se dirigía a su hija. La carta del anciano era difícil de entender. Escrita sobre seis o siete hojas de papel Michinoku arrugado y descolorido, su autor la había perfumado de nuevo. Profundamente emocionada, la joven madre ofrecía un perfil extremadamente distinguido. Tenía los cabellos empapados en llanto.

Genji se presentó en la estancia. Venía de los aposentos de la Tercera Princesa. Las mujeres no tuvieron tiempo de ocultar la carta, pero la madre se metió a toda prisa detrás de las cortinas de un *kichó*.

—¿Sabes si el niño está despierto? —preguntó a la princesa—. Unos pocos minutos sin verlo me parecen una eternidad.

La princesa calló, pero su madre respondió por ella detrás de la cortina: el niño estaba con Murasaki.

—No debéis permitir que lo monopolice —prosiguió Genji—. Se pasa la vida con el niño arriba y abajo y cada dos por tres ha de cambiar de ropa...^[31] Que acuda a tus aposentos si quiere verle.

—¡Eres muy poco amable! —repuso la princesa—. Incluso si fuese una niña, no tendría nada de malo que se ocupase de ella. Con mayor razón tratándose de un muchacho, que suelen ser más resistentes... No puede estar en mejores manos. Guárdate, pues, de decir cosas que puedan sembrar cizaña entre nosotras, y recuerda que siempre nos hemos llevado muy bien...

—Me inclino ante tus opiniones —dijo Genji, de buen humor—, pero protesto por la forma en que me tratáis. Sé bien que sólo soy un viejo bufón pomposo, pero no hace ninguna falta que me lo recordéis cada dos por tres... ni que me pongáis verde a mis espaldas.

Luego apartó la cortina del *kichó* y descubrió a la dama de Akashi, apoyada en un pilar y elegantemente vestida. Tenía aún el cofre de las cartas en la mano y no quiso esconderlo al verse sorprendida. Genji se dio cuenta enseguida.

—¿Qué es esto? —preguntó—. Seguro que algo muy importante. ¿Quizás el poema de amor de un antiguo pretendiente, encerrado en un caja de seguridad?

—Tú hija tiene razón: eres muy poco amable últimamente —dijo la dama de Akashi—. Se diría que has vuelto a tu primera juventud... Pero a veces nos cuesta entender tu *profundo* sentido del humor...

Aunque la dama sonreía, era obvio que no estaba contenta. Genji se mostraba tan curioso que se hizo necesaria una explicación.

—Se trata de mi padre —dijo ella—. Nos acaba de enviar una lista de plegarias y votos desde su caverna de Akashi. Piensa que no estaría nada mal que tú les echases también una ojeada... Pero no creo que este sea el momento más indicado...

—Imagino con cuánto ahínco se ha entregado a sus devociones y cuánta sabiduría y méritos debe de haber acumulado a lo largo de los años... —dijo Genji—. El mundo está lleno de religiosos que pasan por ser muy eruditos, pero que, examinados de cerca, huelen demasiado a mundanidad. La erudición no basta, y, si atendemos a su dedicación y concentración, pocos le aventajan. Y, además, es un hombre modesto que no hace gala de sus virtudes. En cuanto le conocí, me di cuenta de que no era un hombre como los demás, y que vivía en un mundo aparte. Ahora se está deshaciendo de las últimas migas de mundanidad y muy pronto alcanzará la liberación definitiva... Me encantaría ir a verle y mantener una conversación con él.

—Se me ha informado de que ha abandonado la costa y ha ido a vivir a las montañas, *allí donde no se escucha el canto de los pájaros*...

—¿Y éste es su último testamento? ¿Se ha recibido carta de él? Y tu madre... ¿qué piensa de todo ello? (La voz de Genji temblaba.) Con frecuencia el vínculo que une a marido y mujer es más fuerte que el que existe entre padres e hijos. A medida que han pasado los años y he ido conociendo el mundo, me he ido identificando con tu padre.

Tal vez le interese la parte del sueño, pensó la dama.

—Aquí va una carta suya que parece escrita en sánscrito —dijo a Genji—. Tal vez valga la pena echar un vistazo a algunos pasajes. Creía que había

roto por completo con mi pasado, pero hay ciertas cosas que no se pueden dejar atrás nunca.

—Tiene todavía una caligrafía firme y juvenil —dictaminó Genji, y cuando llegó al pasaje del sueño, sus ojos se empañaron—. Se nota que ha sido siempre un hombre muy estudioso, y un talento de añadidura, y que sólo le ha faltado un poco de mano izquierda, ese olfato indispensable para medrar en la corte. Hubo en tiempos en tu familia un ministro muy honesto e inteligente, según he oído contar. Los que de él hablaban, se preguntaban qué razones pudieron determinar que no tuviera un sucesor digno de sus méritos... aunque, claro está, te tenemos a ti, y, aunque seas una dama, haces honor a tu ilustre antepasado. Los dioses han recompensado la piedad de tu padre.

Cuando llegó a Akashi, el religioso le pareció un chalado y sus ambiciones, sueños patéticos sin el menor fundamento. Durante años había vivido con mala conciencia por culpa de la historia de Akashi. Cuando nació la futura princesita, se dio cuenta de que su relación con la madre respondía a un vínculo mucho más profundo de lo que pensaba, pero el futuro seguía pareciéndole muy incierto. Ahora se daba cuenta de la importancia que aquel frágil sueño había tenido para el pobre anciano, pues gracias a él se había propuesto hacer de Genji su yerno. Si Genji sufrió durante su exilio, sus penas hicieron posible el nacimiento de la princesa, y éste, el del hijo del heredero aparente que acababa de venir al mundo. ¿Qué votos pudo haber hecho el santo varón? Para hallar un respuesta a sus preguntas, examinó con el máximo respeto el contenido del cofrecillo.

—Obran en mi poder algunos documentos que completan la historia —dijo a su hija—, y te los mostraré. Ahora que ya conoces toda la verdad, no debes permitir que lo que acabas de saber modifique tu concepto de la dama del ala este ^[32] ni tu relación con ella. El afecto de un extraño puede, en determinadas circunstancias, significar más que el vínculo natural que existe entre marido y mujer o entre padres e hijos. Y ella hizo por ti muchísimo más que amarte. Se hizo responsable de tu persona, te educó a la perfección y jamás te falló en nada. No puede decirse lo mismo de todas las madrastras.

Hizo una pausa, y, volviéndose a la dama de Akashi, prosiguió:

—Me consta que tu discernimiento y comprensión no tienen rival, de modo que debéis ser amigas y colaborar para que el futuro de nuestra princesa sea el que todos deseamos.

—No hace falta que me lo digas —respondió la dama—. Siempre se mostró profundamente afectuosa conmigo y no me he cansado de repetirlo. Nadie la hubiese criticado si se hubiera tomado mi presencia en la casa como una afrenta y me hubiese vuelto la espalda, pero lo cierto es que el cúmulo de atenciones recibidas me coloca en deuda con ella. Ha sido ella la que ha cerrado los ojos ante mis limitaciones.

—Tampoco en este punto debes ver su conducta como excepcional —concluyó Genji—, porque tú renunciaste en su favor a los derechos que conlleva el título de madre, limitándote a ayudarla en sus tareas educativas como una azafata más. Tu actitud contribuyó no poco a que las cosas salieran bien. Nunca me disteis motivo para quejarme ni para lamentar nada, y os lo agradezco de corazón a ambas. ¡Si supierais qué desastrosas consecuencias suelen acarrear la zafiedad obtusa y el mal carácter! El cielo ha querido que ni una ni otra tuvierais esos terribles defectos...

Terminado el discurso, regresó junto a la dama del ala este, dejando a la de Akashi con mucho sobre lo que pensar. Tenía que reconocer que su modestia y discreción habían sido generosamente premiadas. En cuanto a Murasaki, era un hecho que, a medida que pasaban los años, Genji se sentía más íntimamente ligado a ella, pero, tomando en consideración los encantos de la dama, a nadie podía sorprender el progresivo reforzamiento de un vínculo que desde el principio fue ya tan estrecho. No podía decirse lo mismo de la Tercera Princesa, a la que Genji visitaba con mucha menos frecuencia de la que cabía esperar, aunque siempre la trató con la máxima deferencia porque no dejaba de ser una princesa imperial. Murasaki y ella estaban emparentadas, aunque el rango de la nueva consorte fuera algo superior. En el fondo, la de Akashi compadecía a la Tercera Princesa, aunque se habría guardado mucho de decirlo en público, pues detestaba las habladurías casi tanto como quejarse. Quien más la apenaba era su padre, encerrado entre montañas como un animal. En cuanto a la anciana monja,

había depositado su fe *en la semilla que cae en tierra fértil*, y poco a poco dejó de preocuparse por este mundo para concentrarse en el futuro.

IV

Poco antes de matrimoniarse con Genji la Tercera Princesa había despertado el interés de Yugiri. Una vez casada con su padre, su presencia en la mansión de la Sexta Avenida le ponía nervioso, pero, como le tocaba prestarle algunos servicios rutinarios, pronto se dio cuenta de qué clase de dama era: una mujercita muy joven y tranquila y poca cosa más. Genji se había propuesto comportarse como el mundo esperaba de un esposo reciente, pero resultaba difícil creer que la hija de Suzaku le interesara de verdad. Tampoco había a su alrededor damas o azafatas realmente atractivas. En opinión de Yugiri, parecían un grupito de jovencitas con la cabeza a pájaros que pasaban la vida emperifollándose, jugando al *go* o a lo que fuera y charlando de temas insustanciales. Se las veía muy felices y contentas, pero, si existía entre ellas alguna mujer seria y reflexiva, no se echaba de ver. Incluso las de natural melancólico, que siempre las hay, se habían acabado amoldando a la manera de ser general. Seguramente Genji no se sentía especialmente satisfecho al verlas matar el tiempo de sol a sol con pasatiempos que a él se le antojaban insustanciales, pero el hombre nunca fue de natural inquisitivo ni reformador, y dejaba hacer. No obstante, cumpliendo con lo que creía su deber, hizo por educar a la princesa, y hay que reconocer que algo iba consiguiendo, pues, poco a poco, la joven parecía, contra todo pronóstico, ir dejando atrás su inmadurez.

Muy pocas mujeres son perfectas, pensaba Yugiri, y, si hacía memoria, sólo Murasaki parecía estar por encima de críticas y reproches. La dama del

ala este había vivido siempre con la máxima discreción, y ni la sombra del más leve escándalo la había salpicado jamás. Auténtico modelo de gracia, gentileza y distinción, jamás se mostró arrogante ni maliciosa con nadie. Nunca olvidaría el día que la vio por primera vez. Su esposa Kumoi, aunque linda y agradable, no pasaba de ser una más entre las damas que conocía, pues carecía de personalidad y de méritos especiales. Habiéndose empezado a aburrir a su lado, volvió a interesarse por las mujeres que habitaban en la mansión de su padre, donde no era difícil hallar damas no sólo hermosas, sino exquisitamente cultas y dotadas para las artes y con auténtico carácter. Ninguna superaba en linaje a la Tercera Princesa, pero parecía que Genji la admiraba bastante menos que a otras y que sólo fingía cuando se refería a sus pretendidas «gracias». No es que la pasión por ella consumiera el alma de Yugiri, pero no se podía negar que le apetecía verla de vez en cuando, y —¿por qué no?— profundizar en su conocimiento si se terciaba.

Kashiwagi solía visitar el palacio de su tío y conocía perfectamente cuanto concernía a la Tercera Princesa y a su padre, el ex emperador. Antes de que se tomara la decisión definitiva, se había ofrecido como candidato a su mano, y, en principio, su candidatura había sido bien acogida. De pronto, sin que mediara ninguna explicación, la muchacha fue entregada en matrimonio a Genji. Todavía no se había hecho a la idea de lo ocurrido, y procuraba consolarse pensando en otras, pero con muy poco éxito. Le constaba asimismo que Genji no se deshacía precisamente en atenciones con su nueva consorte. Entonces, ¿por qué se la había quitado?

Se pasaba la vida quejándose a Kojiju, hija de la nodriza de la princesa.

—No me puedo comparar con ella en linaje —decía—, pero la hubiese hecho mucho más feliz. Claro que yo era muy poco para ella...

Kashiwagi, conocedor de la impermanencia de las cosas de este mundo, pensaba que no era imposible que Genji lo abandonase el día menos pensado, y aguardaba en silencio una segunda oportunidad. Mientras tanto, se relacionaba cuanto podía con Kojiju.

Un hermoso día del tercer mes el príncipe Hotaru y Kashiwagi se presentaron en la casa de la Sexta Avenida, donde fueron recibidos por Genji.

—Me temo que la vida está resultando bastante aburrida —les dijo—. No tengo queja de la marcha de mis asuntos públicos y privados, pero echo en falta un poco de diversión. Yugiri se ha convertido en un entusiasta del tiro con arco, y realmente parece una posibilidad. ¿Dónde estará ahora? Siempre se hace acompañar por un grupito de jóvenes arqueros. Espero que no los haya despachado a sus casas...

Cuando se le informó de que Yugiri y sus amigos estaban jugando a *kemari* ^[33] junto al ala noreste, añadió:

—No puede decirse que sea un pasatiempo muy aristocrático, pero no es malo para mantenerse en forma y pasar el rato. Hacedme el favor de llamarle.

Al poco rato se presentó con sus amigos.

—¿Habéis traído la pelota? ¿Y quiénes son estos caballeros? —preguntó Genji.

Yugiri se los presentó uno por uno.

—Muy bien. Veamos qué sois capaces de hacer.

La consorte del heredero aparente y su hijo habían regresado al palacio imperial, y Genji se sentía muy solo. El jardín que rodeaba el pabellón, surcado por arroyuelos, era muy llano y parecía un terreno idóneo para la práctica de aquel juego. La mayor parte de los hombres que habían acudido eran hijos de To no Chujo: Kashiwagi parecía el de más edad, pero otros eran casi niños. El atardecer era glorioso, la atmósfera cristalina y no soplaba ni una brizna de viento. Al principio Kobai se mantuvo al margen de sus compañeros, pero a medida que el juego se animaba, se dejó ganar por la excitación general.

—Siempre creí que este juego era más propio de los oficiales de la guardia, pero ahora compruebo que los funcionarios civiles también saben defenderse notablemente bien —les jaleó Genji—. Siempre me limité al papel de espectador, y ahora lamento no haberlo practicado... Aunque repito que no es precisamente la ocupación más refinada del mundo...

A la sombra de un cerezo en flor, Yugiri y Kashiwagi destacaban por su postura a la luz del crepúsculo. Aquel juego, que Genji consideraba vulgar, se redimía gracias a la belleza y la elegancia de los jugadores. Las brumas

primaverales envolvían los árboles y los arbustos en flor, creando efectos sorprendentes. Ningún jugador se tomaba tan en serio el partido como Kashiwagi, la expresión de cuyo rostro dejaba muy claro que quería demostrar a toda costa que era el mejor de todos. Y, efectivamente, a los pocos minutos de juego ya había dejado muy claro que ninguno le igualaba en destreza a la hora de chutar. No era sólo un hombre guapísimo, sino que cuidaba mucho su aspecto y procuraba moverse siempre con elegancia deliberada. Verle saltar de un lado a otro, multiplicándose por tres si era preciso, con un desprecio absoluto de las críticas ajenas, resultaba un espectáculo soberbio. Aunque los jugadores se encontraban debajo del cerezo y frente a la escalera del sur, no perdían el tiempo admirando sus flores, ^[34] mientras Genji y Hotaru seguían el juego desde la galería.

Todos los jugadores parecían expertos y una proeza atlética seguía a la otra, mientras se abandonaban a la excitación del partido y dejaban que sus solemnes tocados de funcionarios y cortesanos perdieran el equilibrio sobre sus nobles cabezas. El entusiasmo de Yugiri resultaba contagioso, y su padre y su tío estaban encandilados ante su exhibición de vigor y destreza. Llevaba una túnica corta ligera y blanca forrada de rojo encima de unas calzas sujetadas con unas cintas a los tobillos, y ni la violencia del juego había conseguido ensuciarle. En medio del barullo general, parecía mantener un riguroso control de sus movimientos, mientras una lluvia de pétalos caía del cerezo sobre su hermosa cabeza como una leve nevada. Quebró la punta de una rama que colgaba, y, con ella entre los labios, fue a sentarse en la escalera. Kashiwagi abandonó el campo de juego y se sentó a su lado, diciendo:

—Se diría que somos los culpables de esta lluvia de flores... Cierta poeta ^[35] que ordenó al viento que se abstuviera de soplar *donde florecen los jardines*, nos hubiese reñido severamente y con toda la razón...

Entonces miró hacia atrás y sus ojos se detuvieron en una parte de la galería donde la Tercera Princesa, rodeada de sus azafatas, estaba contemplando el juego detrás de las cortinas. Las largas mangas multicolores de sus *uchikis* caían como otras tantas banderolas desplegadas en honor de la diosa de la primavera. Kashiwagi había sido amigo del ex

emperador Suzaku y en tiempos había mantenido alguna correspondencia con su hija cuando todavía era una niña. No lejos del muchacho una dama apartó una cortina y miró hacia el jardín como si estuviera esperando que alguien le dirigiera la palabra. De pronto cruzó la escena una gatita china perseguida por un gato más grande. Entonces se oyó un crepitar de sedas en el balcón de las damas, y unas cuantas azafatas se lanzaron a perseguir a los animales. El gato grande era un extraño en la casa, y llevaba una correa sujeta al cuello que nadie sujetaba y de la cual parecía querer librarse a toda costa. Corriendo como un poseso, el felino se metió en la casa y empezó a derribar muebles y jarrones mientras azafatas y criadas trataban de agarrar el otro extremo de la correa.

Al otro lado de las cortinas, junto al segundo pilar mirando hacia el oeste, había una dama de pie ^[36] vestida de modo informal. Llevaba una túnica escarlata forrada de color púrpura y las mangas abigarradas de sus múltiples *uchikis* parecían un muestrario de telas a cuál más brillante y llamativa. Su larga melena —los cabellos parecían hilos de seda negra perfectamente ordenados— caía en cascada hasta arrastrar por el suelo. Con la mirada perdida, parecía ausente o víctima de una ensoñación, y su perfil, enmarcado por dos masas de pelo negro, era hermoso y distinguido. Desgraciadamente era casi de noche y la habitación estaba a oscuras, de modo que Kashiwagi apenas pudo admirarla como hubiese deseado. Las mujeres, entusiasmadas con el juego y los jugadores, no se ocuparon de las cortinas y olvidaron la regla que imponía que debían mantenerse ocultas. La dama giró la cara para mirar a la gatita china perseguida, que, puesta a salvo, maullaba y temblaba en brazos de una azafata.

Yugiri la vio y desaprobó su actitud. Estuvo a punto de lanzarse a echar la cortina, pero pensó que, actuando así, sólo empeoraría las cosas, de manera que se limitó a toser ostensiblemente para que la dama se diese cuenta de la embarazosa situación en que se había colocado. Ella captó el mensaje y desapareció inmediatamente. También él hubiese deseado ver más cuando la cortina se cerró, pero la intensidad del dolor y la decepción de Kashiwagi fueron mayores aún. Sólo podía tratarse de la Tercera Princesa, se decían, pues su atuendo informal era impensable en una mera

azafata. El hijo del canciller fingió que nada había ocurrido pero Yugiri sabía que acababa de ver a la princesa y sentía vergüenza por ella. Para calmarse Kashiwagi tomó en brazos la gatita, que la azafata acababa de soltar, y se puso a acariciarla suavemente. El maullido del animal le devolvió la imagen de la Tercera Princesa, y pensó que había estado en un tris de enamorarse.

—Este no es lugar para que nuestros caballeros pierdan el tiempo zanganeando —les increpó Genji, devolviéndolos a la realidad—. ¿Por qué no entramos?

Sin dejar de conversar con el príncipe Hotaru, Genji guió la comitiva de jóvenes deportistas al ala este. Allí los muchachos, empapados de sudor, se distribuyeron por la galería, mientras los criados servían refrescos, peras, naranjas, y unos pasteles especiales montados sobre hojas de cameliera, sin olvidar el pescado seco y el vino que todos esperaban.

Kashiwagi se sumió en sus pensamientos y, de vez en cuando, dirigía una mirada vacía al cerezo en flor. Yugiri creyó entenderle: su amigo debía de estar pensando que la joven consorte de su padre había infringido todas las reglas de la etiqueta al mostrarse como lo acababa de hacer. Murasaki no hubiese incurrido jamás en una falta como aquella... Ahora empezaba a comprender las razones de su padre para no amarla y distinguirla como se esperaba de él... Acababa de comprobar por sí mismo que la Tercera Princesa «no daba la talla.» No pocos hubieran encontrado encantadores aquella espontaneidad y desapego casi infantiles, pero podían ser origen de conflictos. Kashiwagi, en cambio, no había visto nada reprochable en la conducta de la princesa. La había vislumbrado de puro azar y por muy poco tiempo, pero estaba casi seguro de que era ella. En silencio, se estaba repitiendo sin cesar que seguramente ambos arrastraban un vínculo de alguna vida anterior, y que empezaba a sentirse recompensado por su devoción de años. Genji se puso a recordar:

—To no Chujo y yo nos pasábamos la vida compitiendo. Nunca conseguí ganarle en el juego de la pelota, pero sólo en eso me llevaba él la delantera... En todo lo demás siempre gané yo... Y tú, Kashiwagi, pareces

haber heredado el talento de tu padre para este deporte... ¡Tu energía y destreza nos han dejado a todos admirados!

Kashiwagi sonrió:

—Dudo que este honor signifique mucho para mis propios descendientes...

—Te equivocas —le dijo su tío—. Todo lo que es *extraordinario* merece figurar en las crónicas. Tus habilidades deportivas serían un detalle muy edificante y lleno de interés en una historia de la familia.

Kashiwagi se preguntaba qué encantos habría de tener el que quisiera impresionar a la esposa de un hombre tan juvenil y hermoso como aquél para ganarse su simpatía. Si se comparaba con su tío, sólo podía sentirse terriblemente inferior. Concluida la fiesta, Yugiri y él partieron en el mismo coche.

—Fue una buena idea visitarle —dijo Yugiri cuando estuvieron solos—. Me temo que el pobre hombre se siente aburrido. Tenemos que volver a verle antes de que caigan las flores... Ven conmigo y tráete tu arco. Disfrutemos juntos de los últimos días de la primavera.

Y señalaron un día para la visita.

—Tengo entendido que tu padre no sale del ala este —apuntó Kashiwagi—. Se diría que la dama que allí vive le tiene sorbido completamente el seso.

El muchacho hizo una pausa y se aventuró a añadir:

—¿Qué crees tú que piensa la Tercera Princesa? Siempre fue la favorita de su padre. Seguro que es una situación completamente nueva para ella...

—¡Bobadas! —dijo Yugiri—. Es cierto que la dama del ala este ocupa un lugar muy especial en el corazón de Genji, pues la tomó cuando aún era una niña... Pero se porta muy bien con su nueva esposa.

—No trates de disfrazar los hechos —replicó el joven—. Sé perfectamente de lo que estoy hablando. La gente murmura que la princesa no se siente satisfecha. En casa de su padre era la reina, y aquí, apenas es una más...

»¿Es posible que el ruiseñor cantarín que
vuela de flor en flor, rechace las del cerezo y
no anide junto a ellas? [37]

Y añadió:

—No hay nada comparable a las flores del cerezo...

Yugiri pensó que se trataba de un comentario impertinente, pero recordó la antigua afición de su amigo por la dama, y lo atribuyó a ella. Recitó:

—El cuco que anida en lo más profundo
de las montañas, ¿cómo iba a despreciar el
color de las flores del cerezo?

»¿No pretenderás que le dedique todas sus atenciones? A continuación creyó prudente cambiar de tema, y ambos se separaron deseándose buenas noches.

Kashiwagi vivía aún en el ala este de la mansión de su padre. En tiempos había albergado ciertas esperanzas en relación con la hija de Suzaku, pero, al frustrarse, decidió permanecer soltero, aunque su vida resultara aburrida y poco feliz. Estaba seguro de que algún día obtendría la dama de sus sueños si sabía esperar, pero aquella noche la angustia se apoderó de él. ¿Cuándo volvería a ver a la Tercera Princesa? Y, si quería hacerle llegar sus mensajes, éstos tendrían que atravesar espesos muros y gruesas cortinas. Una vez más envió una nota a Kojiju para su ama. Decía:

«El otro día los vientos soplaron sobre tu casa y la hostilidad de tu señora aumentó. Me he notado muy deprimido hasta esta tarde... Paso los días sin hacer nada y no sé por qué.

»Siento haberla vislumbrado sólo de
lejos, pero la pasión que encendió en mí
aquella flor de cerezo entrevista al atardecer,
no me deja vivir.»

Como Kojiju ignoraba quién era aquella «flor de cerezo entrevista al atardecer», pensó que Kashiwagi era un muchacho inestable y maniático.

Aprovechando un momento en que la princesa estaba casi sola, le entregó la nota de Kashiwagi.

—Perece un tipo muy insistente —le dijo—. No sé si debemos tomarlo en serio.

—¿Estás de humor? —le preguntó la princesa, echando un vistazo a la nota que su azafata acababa de desplegar.

Enseguida reconoció la escritura y el incidente mencionado, y se sonrojó. Recordó los consejos que su esposo no paraba de darle: «No permitas que Yugiri te vea... Eres demasiado joven y aún das poca importancia a esas cosas... Deberías mostrarte más madura...» Estaba aterrorizada. ¿Y si Yugiri se había dado cuenta de algo y lo había contado a Genji? ¿Iba a reñirla su esposo? En el fondo todavía era una niña y tenía un miedo enorme a su marido. Viendo que la dama no soltaba prenda, Kojiju evitó insistir, pero escribió a Kashiwagi como si fuese su señora:

«Partiste tan fríamente que me sentí ofendida. ¿Y qué insinúas cuando dices que no viste bien la flor? ¿Será que tus ojos ven mal? En conjunto, considero tu nota insultante.

»¡No andes por ahí repitiendo, por lo que más quieras, que tus ojos se jijaron en el cerezo de las montañas!

»Todo eso es una locura...»

Capítulo 35 Hierba tierna (II)

I

La respuesta que Kojiju pergeñara no era mala, aunque pecaba de algo brusca. ¿No iba a seguirle nada? ¿Tenía Kashiwagi derecho a esperar unas líneas de la propia princesa causante de sus desvelos? Por otra parte, amaba y admiraba profundamente a Genji, y esos sentimiento, mezclándose con su naciente pasión, lo tenían sobre ascuas. [38]

Durante el tercer mes tuvo lugar una gran reunión en el palacio de la Sexta Avenida. En un principio Kashiwagi decidió no ir, pero luego cambió de idea, pensando que se sentiría menos melancólico bajo aquel cerezo en flor inolvidable... Se había anunciado una competición de tiro con arco para el segundo mes, pero se canceló por hallarse la corte de luto. Cuando se supo la noticia de lo que se preparaba en la mansión de Genji, la satisfacción fue general. Asistieron los generales Hige-kuro y Yugiri, ambos estrechamente vinculados a la familia del anfitrión, y todos sus subordinados. En principio, debía limitarse al tiro con arco de rodillas, pero luego se amplió al tiro de pie, de modo que acudieron los mejores maestros en ambas especialidades y formaron dos equipos. Al caer la tarde, una bruma muy propia del final del otoño lo empañó todo, mientras soplaba una brisa muy agradable que hizo las delicias de los invitados, instalados bajo los árboles. Algunos habían bebido ya más de la cuenta.

Muchos encomiaban los premios y el buen gusto de las damas que los habían elegido. En el fondo, pensaba la mayoría, contemplar a un soldado disparando cien flechas contra una indefensa rama de sauce parecía lo más aburrido del mundo, y preferían el banquete y la chachara a que la competición servía de pretexto.

Los dos generales mencionados acudieron junto a sus oficiales al campo de tiro. Kashiwagi empuñó el arco con aire preocupado. Yugiri se dio cuenta y temió lo peor: al fin y al cabo, no podía considerarse ajeno a la situación, puesto que ambos eran muy buenos amigos, y cada uno adivinaba enseguida los pensamientos del otro. Kashiwagi no osaba mirar a Genji, consciente de que estaba pensando lo que no debía. Siempre procuraba comportarse del modo más adecuado, y las apariencias le preocupaban mucho. Su situación era ciertamente *monstruosa*, pero no sabía cómo librarse de ella. Pensó en la gatita de la princesa, y súbitamente deseó que fuera suya. Aunque el animal no podría compartir sus penas, él se sentiría menos solo. Poco a poco aquella idea absurda se convirtió en una auténtica obsesión. Incluso pensó en robarla, pero no iba a resultar sencillo.

Un día fue a visitar a su hermana en la corte ^[39] con la esperanza de que le ayudara a salirse con la suya. Kokiden era una dama muy prudente, y se negó a recibirle. El joven se extrañó de su respuesta cuando la Tercera Princesa se había dejado ver.

Con todo, hay que reconocer que en otra dama, la actitud de la hija de Suzaku le hubiese parecido imperdonable, pero sus sentimientos le hacían ver las cosas de un modo muy distinto. Ante la reticencia de su hermana, fue a visitar al príncipe heredero, hijo de Suzaku y hermano de la Tercera Princesa, con la esperanza de ver pintados en su rostro los rasgos de la joven que tanto le impresionara. Nadie hubiera descrito al heredero aparente como un hombre excepcionalmente guapo, pero la posición que ocupaba le confería un indudable porte. La gata favorita del emperador acababa de criar, y el palacio estaba lleno de gatitos. Kashiwagi pensó enseguida en la gata de la mansión de Genji.

—La Tercera Princesa tiene una gata excepcional —dijo—. Yo no he visto nada comparable... Aunque la vi brevemente, me causó una gran

impresión.

El heredero del trono era muy aficionado a los gatos, y la noticia le interesó profundamente. Hay que reconocer que Kashiwagi había pintado a la gatita exagerando sus méritos.

—Se trata de una gata china, y los gatos chinos son diferentes —prosiguió—. Todos los gatos suelen ser cariñosos, pero ésta lo es mucho más que la mayoría. Una cosilla peluda realmente encantadora, señor...

El príncipe heredero se dirigió a Genji a través de la princesita de Akashi, y al día siguiente la gatita china estaba en el palacio imperial. Todos la pusieron por las nubes, y aseguraron que se trataba de un animal fuera de serie. Al enterarse de que el heredero aparente parecía desear quedársela, Kashiwagi volvió a visitarle. El emperador Suzaku le había distinguido mucho y ahora contaba con el afecto y el respeto del sucesor en el trono, al que había dado en tiempos lecciones de koto y de otros instrumentos.

—¡Cuántos gatos tienes! —le dijo—. ¿Dónde está mi gata favorita?

El heredero hizo traer la gata china, y su amigo la tomó en brazos.

—Reconozco que es un animal bellissimo —dijo el heredero—, pero no parece especialmente afectuoso. Tal vez no se haya acostumbrado aún a nosotros. ¿Tan *excepcional* la encuentras?

—Los gatos no distinguen entre las personas —respondió el hijo del canciller—, aunque quizás los ejemplares más inteligentes lo hagan. Sea como fuere, tú tienes muchísimos. ¿Podrías prestármela por unos días?

Era una tontería, pero obtuvo la gata que tanto anhelaba. La instaló en sus aposentos, dormía con ella y, por las mañanas, presenciaba su *toilette* y le daba de comer personalmente. Muy pronto el animal empezó a mostrarse muy cariñoso con él, y Kashiwagi adoraba la manera en que la gatita china jugaba con sus ropas o subía encima de sus rodillas. A veces, cuando estaba ensimismado en la galería, el animal acudía a su lado y se ponía a hablarle.

Una mañana que, respondiendo a sus voces, la miró tiernamente a los ojos, la gata le devolvió la mirada y maulló enfáticamente. Entonces sonrió, la tomó en brazos y, acariciándole la cabeza, recitó estos versos:

—Tú que estás conmigo porque me recuerdas a alguien que echo mucho de menos, ¿quieres darme a entender con tus vocecitas, que también echas de menos al alguien?

»Seguro que tú y yo ya hemos convivido en una vida anterior... [40]

Una de sus sirvientas comentó, no poco asombrada:

—¿Cómo permite que una gata se convierta en el centro de sus atenciones? Nunca antes se había interesado por esos bichos...

Tamakazura se sentía más próxima a Yugiri que a sus hermanos, de manera que, cuando se presentó a visitarla, le recibió sin formalidad alguna. El joven se encontraba muy bien a su lado: en cambio, su hermana, la esposa del príncipe heredero, le intimidaba un poco. Higeкуро sentía una enorme devoción por su esposa, y había dejado de ver completamente a Makibashira, la hija del príncipe Hyobu. Como Tamakazura no le había dado hijas, le hubiese gustado traerse a casa la que tenía de su primer matrimonio, que se llamaba como su madre, pero su suegro se negaba en redondo y decía que no quería convertirse en el hazmerreír de la capital.

El príncipe Hyobu era un hombre muy respetado y había sido designado consejero de su sobrino, el emperador, que acataba todos sus deseos por caprichosos que fuesen. Todavía lleno de vigor y famoso por su buen gusto, no había personaje en el reino, después de Genji y de To no Chujo, más solicitado a la hora de pedir un consejo. Muchos pensaban que Higeкуро, príncipe y general, llevaba camino de convertirse en poco tiempo en alguien igual de importante, y, por ello, su hija, la joven Makibashira, tenía numerosos pretendientes. En última instancia, correspondía a su padre Higeкуро tomar la decisión definitiva. El general tenía debilidad por Kashiwagi, y sentía profundamente que el joven pareciera mucho más interesado en su gata que en su hija. Como su madre estaba cada vez más loca, la joven se refugió junto a su madrastra Tamakazura.

Por aquel entonces el príncipe Hotaru seguía sin casar. Como todas las damas que habían despertado su interés habían acabado casadas con otro,

poco a poco fue dejando de lado las intrigas románticas para evitar ponerse en ridículo de nuevo. Pero su situación no dejaba de resultar insatisfactoria, de manera que hizo saber discretamente que estaba interesado en la joven Makibashira.

—Creo que no harían mala pareja —comentó el abuelo de la muchacha al enterarse—. Se dice que, tras enviar una hija a la corte, el segundo paso consiste en casarla con un príncipe. En esos últimos tiempos todo el mundo parece tener prisa en casar a sus hijas, y las entregan a auténticas mediocridades cuyo único mérito consiste en poner cara de palo. ¡Me parece extremadamente vulgar!

Cuando Hyobu hizo saber al pretendiente que se le aceptaba, el príncipe Hotaru se sintió un tanto frustrado. Aunque la joven Makibashira tenía muchos puntos a su favor, le hubiese gustado más competencia a la hora de obtener lo que pedía, pero ya era tarde para retirar su proposición. Cuando fue a visitar a la muchacha, fue recibido en casa del abuelo de su futura consorte con grandes ceremonias.

—Tengo un montón de hijas —le dijo el príncipe Hyobu—, y he de confesar que me han causado infinitos quebraderos de cabeza, pero debo hacer algo por la pobre Makibashira, porque su madre es un desastre y cada día lo será más. No he permitido que su padre se mezclara en sus asuntos, aunque debo reconocer que tampoco él ha mostrado mucho interés. Todo muy, muy triste...

Siendo hombre de buen gusto reconocido, encargóse personalmente de la decoración de la casa y se tomó muchas más molestias de las habituales. Tal como se dijo en su momento, el príncipe Hotaru era viudo y no se había librado del recuerdo de su primera esposa, a la que mucho amara, de modo que, aunque no lo dijese, pretendía reencontrar su belleza y méritos en la que iba a ser su sucesora. La joven Makibashira no carecía de atractivos, pero distaba mucho de parecerse a la difunta y al poco se sintió defraudado. Seguramente ésta era la razón de que, con gran asombro y pesar de su abuelo, el príncipe Hyobu, su marido, la visitara poco. En sus intervalos de lucidez, la madre de la joven se daba cuenta de la situación, y lamentaba el triste sino de ambas.

Higekuro, que se había opuesto al matrimonio desde el principio, estaba profundamente descontento: sus temores se habían visto confirmados. Lo cierto es que siempre tuvo a Hotaru por hombre inconsistente y de poco carácter, con hábitos que no aprobaba en absoluto. Tamakazura, candidata que fue a la mano del esposo y testigo ahora de su matrimonio, recordaba —divertida a veces, triste las más— los días no tan lejanos de su juventud, preguntándose qué hubiera ocurrido de haber aceptado ella la proposición del príncipe: seguro que Genji y To no Chujo no se sentirían especialmente satisfechos de su elección. De todos modos, nunca se sintió realmente inclinada a hacerlo, y, si en algún momento pudo parecer que le daba alas, ello debía atribuirse al ardor del pretendiente. Ahora se avergonzaba pensando que su actitud pudo ser mal interpretada. Azares de la vida habían determinado que su hijastra casara con él. ¿Qué le contaría el hombre sobre ella? Y, sin embargo, hizo cuanto estuvo en su mano por la joven, cuyos hermanos vivían con ella como si nada hubiese ocurrido.

A pesar de sus reticencias, Hotaru no pensaba abandonarla, y se sentía muy molesto por los comentarios de la madrastra de su consorte.

—La gente casa a sus hijos con un príncipe —decía la dama— con la pretensión de que el esposo le dedique todas sus atenciones sin desvío alguno. ¡Claro que, en este caso, los méritos del marido dejaban ya bastante que desear!

—¡Me parece muy exagerado! —se defendía el hombre ante aquellas acusaciones—. Amé muchísimo a mi primera esposa, e incluso entonces me permití algún flirteo que otro sin que nadie me dirigiera reproche alguno.

Poco a poco Hotaru fue encerrándose en su casa, y allí vivía de recuerdos. Con el paso de los años, su esposa Makibashira se reconcilió con su situación, y dejó de quejarse.

II

Pasaron los años, Reizei llevaba dieciocho en el trono y Genji tenía cuarenta y seis. ^[41] El emperador carecía de hijos varones y llevaba mucho tiempo queriendo abdicar (no era ningún secreto), pues pensaba: «Nadie sabe con certeza cuántos años le quedan por delante, y quisiera vivir mi propia vida: ver a mis amigos y hacer lo que me dé la gana.» Tuvo una breve enfermedad y, al salir de ella, abdicó casi por sorpresa. Muchos lamentaron que hubiera dado aquel paso hallándose aún en la flor de la vida, pero su sobrino, el heredero aparente, ya era un hombre hecho y derecho, y el gobierno pasó a sus manos sin trauma alguno para la administración del reino. También To no Chujo dimitió de su cargo de canciller y se retiró a su casa. «Nada dura para siempre,» comentó, «y, cuando abdica un emperador tan sabio, no tiene sentido que un vejestorio como yo siga en su cargo con el manajo de llaves en la mano.»

El general Higekuro fue elegido para el cargo de ministro de la derecha. Su hermana hubiese sido emperatriz-madre, ^[42] de haber vivido lo bastante, pero, en vida, no llegó a ser designada emperatriz: otras mujeres la derrotaron en el afecto de su esposo. Nombraron nuevo príncipe heredero al hijo de la princesa de Akashi, y la elección fue muy bien recibida, aunque no constituyó una sorpresa para nadie. Se otorgó a Yugiri el cargo de consejero de primera categoría y se convirtió en el mejor amigo del nuevo ministro de la derecha.

Genji lamentaba profundamente que el emperador que acababa de abdicar no tuviese hijos varones, ^[43] aunque guardaba sus sentimientos para sí. Había dejado de preocuparse por su «gran pecado», pues no había sido descubierto (en ello quería ver el perdón de Buda), y tenía la misma relación de parentesco con el príncipe heredero que hubiese tenido con un hijo de Reizei. ^[44] La princesa de Akashi tenía varios hijos del emperador y carecía de rival en el gineceo. Como era de esperar, no faltaban los envidiosos que veían con malos ojos que otra protegida de Genji estuviese a punto de ser designada emperatriz. ^[45]

Con el paso de los años la gratitud de Akikonomu hacia Genji no había hecho sino crecer, pues sabía que, sin él, no hubiese llegado a donde llegó. A partir de su abdicación, Reizei veía a Genji con mayor frecuencia y se sentía infinitamente más feliz que cuando ocupara el trono. El nuevo emperador llenó de atenciones a su hermana, la Tercera Princesa, pero la favorita de Genji siguió siendo Murasaki. Los años no hacían sino reforzar el vínculo que los unía, el más dichoso que imaginarse quepa. Y, sin embargo, un día Murasaki pidió permiso a su esposo para tomar los hábitos.

—Mi vida es un rosario de trivialidades —le dijo—. Anhele poner fin a todo ello, y consagrarme a lo que realmente me importa. Tengo edad suficiente para conocer la vida y lo que realmente deseo. Te ruego que me lo permitas.

—Nunca pensé que fueras tan dura de corazón —dijo Genji, que atribuía la sugerencia de su esposa a su matrimonio con la hija de Suzaku—. Durante años he albergado el mismo propósito, y, si me he resistido a llevarlo adelante, ha sido para no alterar tu estilo de vida. Piensa en qué sería de ti si yo decidiera renunciar al mundo.

La princesa de Akashi amaba más a Murasaki que a su verdadera madre, pero ésta no se quejaba. Tenía pocas exigencias, y la seguridad de que envejecería al servicio de su hija sin que le faltara de nada. En esta confianza vivía también su madre, la anciana monja, y, si a veces lloraba, lo hacía de alegría o porque se acordaba de su esposo. Había llegado el momento, pensaba Genji, de dirigirse al santuario de Sumiyoshi junto a Naniwa ^[46] para agradecer todas las gracias recibidas. También la princesa de Akashi pensaba en una peregrinación de este tipo. Genji abrió el cofre que había llegado de Akashi años atrás y lo halló repleto de votos. El viejo monje había establecido que se honrara al dios con música y danzas todas las primaveras y otoños para que protegiera su linaje. Sólo un hombre de los recursos de Genji podía hacerlo. Aquellos documentos habían sido escritos con una caligrafía llena de fluidez que decía mucho a favor del talento y estudios de su autor, y su estilo era tan rotundo que por fuerza sería del agrado de los dioses nacionales y extranjeros. ^[47] Cómo era posible que un eremita perdido entre montañas se hubiese mostrado tan

imaginativo? Genji quedó profundamente admirado, aunque pensaba que el hombre había exagerado un poco. Llegó a pensar incluso en la posibilidad de que fuera la encarnación de un bodhisattva del mundo etéreo, y no hallaba nada risible en aquel santo varón que muchos tildaban de chiflado.

No hizo públicos los votos, y la peregrinación fue anunciada como una decisión del propio Genji. Cuando regresó del exilio, cumplió los votos que hiciera al verse desterrado, pero habían pasado años de gloria y esplendor que aconsejaban reiterar el agradecimiento a las bendiciones del cielo. Decidió que esta vez Murasaki iría con él. Aunque hubiese querido algo sencillo, su rango le imponía determinadas exigencias, y a la postre el cortejo resultó impresionante. Hicieron acto de presencia los funcionarios que estaban por debajo de la categoría de ministro y los maestros de ceremonias eligieron un grupo de oficiales de la guardia de parecida estatura y con los mismos uniformes para integrar el cuerpo de baile. Entre los rechazados no pocos se lo tomaron muy a mal.

La orquesta se formó con los mejores músicos que tomaban parte habitualmente en los festivales de Kamo y de Iwashimizu y con dos solistas excepcionales de la banda de la guardia, y se contó también con un numeroso conjunto de danzarines de *kagura*.^[48] Tanto el soberano como el heredero aparente y el ex emperador Reizei enviaron escoltas para que les representaran junto a Genji, los arreos de los caballos de los cortesanos eran espléndidos y los uniformes de gala de pajes y lacayos no dejaban nada que desear.

Murasaki y la princesa de Akashi compartían carruaje y, en el que le seguía, iba la dama de Akashi con su madre y la nodriza. El cortejo era soberbio: cinco coches para Murasaki, otros tantos para la consorte imperial y tres para las mujeres de Akashi.

—Si tu madre ha de acompañarnos —había dicho Genji a la dama de Akashi—, ha de ser con todos los honores.

—¿Estás dispuesta a mostrarte en público en una fiesta tan especial? —preguntó la dama a su madre—. ¿O quieres esperar a que se haya cumplido el deseo que todavía falta?^[49]

Como la anciana no sabía cuánto tiempo le quedaba aún de vida, se apuntó a la peregrinación, pues no quería perderse nada, y fue la que más disfrutó.

El décimo mes tocaba a su fin, y el suelo del santuario estaba alfombrado de hojas rojas. No hacía falta, pues, que, como dice el poema, *el viento anunciara la llegada del otoño*. Se interpretó el consabido *azumaasobi*, y aquella música popular del este del país resultó mejor recibida por el auditorio que las más sutiles melodías coreanas y chinas. Sobre el fondo de olas y vientos marinos, ^[50] el sonido de las flautas de bambú, verdes como los atuendos de los músicos, se mezclaba con el lamento único de la brisa entre las ramas de los pinos que se asocia desde siempre con el santuario de Sumiyoshi. El ritmo que marcaba el koto no hubiese sido superado por el mejor de los timbales. Los gorros de los participantes habían sido adornados con flores artificiales: contemplados desde los altozanos que rodeaban el templo, se confundían con las flores que crecían en los campos de otoño.

Cuando terminó la interpretación de «El que yo busco», y los cortesanos jóvenes de los rangos más elevados se quitaron los *uchikis* mientras descendían al patio central, dejando al descubierto la túnica que llevaban debajo, fue como si un campo oscuro se llenara súbitamente de capullos de color rosa y púrpura. Las mangas carmesí, húmedas de lluvia, produjeron el efecto de que los pinos del bosque se estaban transformando en arces y que caía una lluvia de hojas de otoño. Los bailarines esgrimían cañas blancas por encima de sus cabezas, y aquel albo oleaje pareció permanecer en el lugar incluso cuando los danzarines hubieron regresado a sus asientos.

Genji evocó los días amargos de su exilio y deseó que To no Chujo estuviera a su lado. No teniendo a nadie con quien compartir sus recuerdos, entró en el santuario, tomó una hoja de papel y garrapateó una nota dirigida a la anciana monja que iba en el segundo carruaje. Decía así:

«¿ Quién, salvo tú y yo, podría hablar con
el pino que durante tantos años ha

permanecido junto al templo de Sumiyoshi,
sobre los viejos tiempos?»

Al recordar el día en que se despidió de ellas, la mujer rompió a llorar. Pensaban que no volverían a verle, pero se equivocaban. ¡Aquí estaba todo aquel esplendor para probarlo! Aunque su corazón echaba profundamente de menos la presencia de su esposo, no quiso poner una nota de tristeza en la alegría reinante. Escribió:

«Que vale la pena vivir en la playa de
Sumiyoshi, lo sabrá de hoy en adelante la
anciana monja.»

Fue una respuesta espontánea, pero Genji se recitó estos versos, sin duda *los que la anciana hubiese querido escribir*, pero no los puso por escrito:

—Cuando veo al dios de Sumiyoshi
conceder gracias a diestro y siniestro, me
acuerdo sin querer de otros tiempos y otros
lugares llenos de dolor.

La música no cesó en toda la noche. En el cielo lucían tres cuartos de luna y el mar estaba en calma. La escarcha había pintado de blanco los bosques de pinos. A pesar del frío reinante, la escena tenía mucho de mágico, de surreal... Aunque Murasaki conocía bien las melodías y las danzas que se asocian con las estaciones, salía muy poco de casa y nunca había estado tan lejos de la capital. Todo resultaba nuevo para ella y la llenaba de excitación. Escribió:

«La escarcha brillante que ha descendido
durante la noche sobre los pinos de
Sumiyoshi, parece algodón sagrado puesto
por el propio dios.»

¿Significaba acaso aquella escarcha que el dios había tomado nota de su presencia en el lugar y aceptaba sus ofrendas? La princesa escribió a su vez:

«La escarcha que, de noche, ha descendido sobre las ramas del sakaki, en manos de los sacerdotes, evoca el algodón ritual.»

Nakatsukasa no quiso ser menos, y también compuso un poema:

«La escarcha caída evocando el sagrado algodón que los sacerdotes llevan en la mano, prueba que el dios ha acogido nuestras súplicas.»

Hubo otros poemas, pero no tendría sentido repetirlos. Todos los cortesanos creían que habían superado a sus rivales, pero ¿cuáles estaban en lo cierto? Lo cierto es que todos los poemas se parecían extraordinariamente.^[51]

Cuando amaneció, la escarcha se hizo más espesa. Los del *kagura* estaban animadísimos y se esforzaban en parecer más graciosos de lo que realmente eran. Poco a poco, los braseros del patio se fueron apagando. Voces de borrachos repetían los estribillos consabidos: «Por mil años...», cantaban unos, «Por diez mil años...», respondían otros... A pesar del deseo de muchos de que aquella noche mágica durara «diez mil noches seguidas», quiso el curso ordinario del sol que tocara a su fin y fuera relevada por el día. Los jóvenes lamentaron tener que regresar a casa, pero las cosas son así. A lo largo del desfile de carruajes las cortinas de sus ventanas se agitaban a merced del viento y otro tanto ocurría con las mangas, largas y abigarradas como alas de mariposas gigantes, de los *uchikis* de sus ocupantes. La procesión de carros parecía un tapiz que se iba desenrollando delante de los pinos que bordeaban el camino. Los colores correspondían a la estación y al gusto de las damas. Los lacayos que servían refrescos estaban fascinados por el espectáculo. En su carruaje, la anciana monja recibió una bandeja de sándalo cubierta con un paño de color verde: debajo

había vituallas de abstinencia. Aunque casi nadie sabía quién era, había corrido la voz de que aquella religiosa había nacido bajo estrellas especialmente propicias.

La ida a Sumiyoshi había sido lenta y trabajosa, pues iban cargados con las ofrendas para el dios, pero el regreso resultó mucho más entretenido al permitirse la comitiva paradas y cambios de ruta buscando siempre parajes pintorescos y lugares agradables. Resultaría enojoso entretenerse en detalles. Sólo la ausencia del monje de Akashi puso una nota de tristeza en la fiesta, pero, de haber estado allí, se habría sentido sin duda muy desplazado. Su nombre se asociaba con las ambiciones cumplidas y el de su esposa con la buena fortuna. Tanto es así que, cuando Omi, que era muy aficionada al juego, echaba los dados, cerraba los ojos y gritaba para que la suerte estuviera de su parte: «¡Monja de Akashi! ¡Monja de Akashi!»

III

El ex emperador Suzaku se había entregado a sus devociones, y olvidado los asuntos públicos y las habladurías que le habían amargado la vida en el trono. Tan sólo cuando su hijo, el nuevo soberano, le iba a visitar en verano y en otoño, volvía a recordar el pasado. Y, sin embargo, no podía quitarse a la Tercera Princesa del pensamiento. Aunque Genji se ocupaba de los asuntos de la dama, Suzaku pidió a su hijo que colaborara en las cuestiones más delicadas. El nuevo emperador la nombró princesa de segundo rango e incrementó sus emolumentos con arreglo a su nuevo *status*, de manera que no tenía motivos de queja.

Murasaki observaba lo que ocurría a su alrededor y se preguntaba hasta cuándo seguiría siendo la favorita de Genji. Los años iban pasando, implacables, ella envejecía y, tarde o temprano, se decía, él se cansaría de su compañía. Para evitarlo, decidió apartarse del mundo antes, aunque, de momento, no reveló a nadie sus propósitos. No lamentaba que su esposo dividiera ahora su tiempo entre ella y la Tercera Princesa, pues el emperador tenía siempre un ojo puesto en lo que ocurría en el palacio de la Sexta Avenida y hubiera tomado muy a mal que Genji ignorase a su hermana, pero estaba segura de que sus pronósticos iban a cumplirse muy pronto. Se le encomendó la educación de la primera hija del emperador, nacida después del heredero aparente, y la princesita resultó un gran consuelo en aquellas noches que Genji pasaba en los aposentos de su joven consorte. No obstante, también se ocupaba de los demás hijos del emperador y los invitaba a su ala para jugar con ellos.

Hanachirusato la envidiaba hasta que se le confió un niño para que se ocupara de él. Se trataba de un muchachito muy hermoso que Yugiri había tenido con la hija de Koremitsu, la muchacha que eligiera para participar en aquellas inolvidables danzas Gosechi antes de matrimoniar con Kumoi.^[52] Genji se había quejado siempre de su exigua descendencia; ahora parecía que sus hijos querían recuperar el tiempo perdido y la tercera generación se anunciaba numerosa. Con tantos nietos a su alrededor, no iba a tener tiempo de aburrirse. Por otra parte, había estrechado su amistad con Hige-kuro, y el flamante ministro de la derecha iba a verlo con frecuencia. Tamakazura se había convertido en una matrona respetable y, no temiendo ya el acoso de Genji, visitaba su palacio a veces y se hizo muy amiga de Murasaki. Sólo la Tercera Princesa se negaba a madurar, y seguía siendo la criatura caprichosa que siempre fuera. Como Genji había dejado de ocuparse de su hija, la consorte imperial, tenía que hacerlo de su joven esposa.

—Me queda poco tiempo de vida —solía decir Suzaku—. La idea de la muerte no puede alegrar a nadie, pero me he resignado a ella. Sólo deseo volver a ver a mi hija una vez más, pues, en caso contrario, me lo reprocharé hasta el fin de mis días. ¿Habría manera de que viniera a visitarme discretamente?

Genji halló la solicitud muy razonable y se puso a tomar las medidas necesarias para llevarla adelante. Incluso lamentaba no haberse anticipado a los deseos del ex emperador, pero reconocía que había que buscar un pretexto para la visita. Entonces recordó que el ex soberano iba a cumplir pronto los cincuenta años, y que procedería a una ofrenda de hierbas. Ordenó que se confeccionaran ropas oscuras apropiadas para un eremita y preguntó la opinión de gentes de su confianza para que le aconsejaran sobre qué parecería más adecuado, dadas las circunstancias. Como Suzaku siempre había amado la música apasionadamente, Genji empezó a elegir músicos y danzarines. Dos de los hijos de Hige-kuro y tres de Yugiri, entre los que se contaba el nieto de Koremitsu, habían cumplido ya los siete años y estaban en la corte. También había niños en el hogar de Hotaru y otras mansiones de la nobleza, sin que faltaran tampoco cortesanos jóvenes que destacaban por su belleza y soberbio porte. Todos fueron llamados a participar en la celebración, y los maestros de danza y de música no daban abasto.

El propio ex emperador Suzaku había dado lecciones a su hija de koto chino de siete cuerdas cuando era todavía muy joven y vivía con él, y se preguntaba con frecuencia si habría progresado en aquel arte que el hombre juzgaba el más exquisito entre todos. «¡Qué delicia si pudiera tocar para mí!», se decía. «Tal vez en esto sí ha madurado algo...» Esta inquietud llegó al emperador, que, en una nota, hizo saber a su padre que tenía motivos para pensar que su hermana tocaba el koto mucho mejor que antes.

Genji se enteró del asunto, y comentó a sus allegados: —He hecho cuanto he podido para educarla en el koto, pero tengo mis dudas sobre si ha alcanzado la competencia suficiente para deleitar los oídos imperiales. Si no se intensifica su preparación antes del concierto, me temo que ambos, intérprete y espectador, lo pasarán bastante mal.

A partir de entonces hizo acopio de paciencia y se volcó en nuevas lecciones de música, procurando inculcarle los secretos de las cadencias más exóticas, las combinaciones más complejas y las variaciones y afinaciones que mejor corresponden a cada época del año. Al principio, ella

se sintió abrumada por tanta teoría, pero poco a poco fue absorbiendo las lecciones que su esposo le daba.

—¡Durante el día hay siempre tanta gente a tu alrededor que no llegaremos a ninguna parte! —le dijo su «maestro»—. Pones la mano sobre el koto, y, mientras estoy estudiando qué has de hacer con los dedos, se presenta una azafata o una criada a preguntarte algo o a pedirte instrucciones sobre cualquier nadería. Vendré por la noche, cuando haya un poco de tranquilidad, a enseñarte todo lo que sé.

Nunca había dado lecciones de koto de siete cuerdas a Murasaki ni a la princesa de Akashi, y ambas tenían curiosidad por oírle tocar. ^[53] Aunque el emperador se mostraba tan reacio como siempre a dejar salir de palacio a la consorte imperial, acabó por darle licencia para que visitara la casa de su padre si la estancia era breve. Pronto daría a luz a otro príncipe (había tenido ya dos hijos, y volvía a estar de cinco meses), y puso como excusa para refugiarse en la mansión de la Sexta Avenida su temor a incumplir alguna de las observancias que el shintoísmo impone. ^[54] Sin embargo, a partir del duodécimo mes empezaron a llegar mensajes del emperador exigiendo su regreso. La consorte imperial estaba fascinada con las lecciones de música que su padre daba por las noches a la Tercera Princesa, y le reprochaba no haber hecho lo mismo con ella. A diferencia de la mayoría de la gente, Genji adoraba las noches de invierno iluminadas por la luna. A su fría luz se sentía inspirado y tocaba melodías que resultaban apropiadas a aquella hora del día. Nunca faltaban pajes y escuderos que se ponían a acompañarle con otros kotos o flautas.

En los aposentos de Murasaki empezaron los preparativos para las fiestas del año nuevo, y ella se puso a dirigirlos personalmente.

—Cuando mejore el tiempo —dijo más de una vez a su esposo—, debes permitirnos escuchar el koto de la Tercera Princesa.

Cuando llegó el año nuevo, durante el cual iba a celebrarse el quincuagésimo aniversario de Suzaku, su hijo dio orden de que las ceremonias de su celebración fueran extraordinariamente solemnes. En aquellas circunstancias, la visita proyectada de la Tercera Princesa a su

padre hubiese complicado las cosas, de modo que se postergó hasta mediados del segundo mes. En el palacio nuevo los ensayos no paraban.

—Hace tiempo que la dama del ala este ^[55] insiste en querer oír tu koto —dijo Genji a su discípula—. Pienso que un concierto femenino de instrumentos de cuerda quedaría muy bien. ^[56] Sin salir de estos muros tenemos numerosas buenas intérpretes a mano, dignas de ponerse al lado de las mejores profesionales. Nadie se tomó muchas molestias a la hora de educarme, y eso que, de niño, quería aprenderlo todo. Sin embargo, conseguí que algunos grandes maestros me dieran lecciones y procuré averiguar por mi cuenta las tradiciones secretas de las diversas escuelas. Pero debo confesar que no di con nadie que me dejase mudo de admiración. Hoy la situación es peor todavía. Los jóvenes hacen música profundamente amanerada, y lo que pasa por «arte» carece de categoría. Sólo tú te has interesado, gracias a tu padre, por el koto de siete cuerdas, y seguramente lo tocas mejor que nadie.

La dama sonrió, feliz, al oír aquella alabanza. Aunque ya tenía veintiún años, era todavía pequeña y frágil como una niña. Hubiese dado cualquier cosa por parecer más mayor.

—Hace años que tu imperial padre no te ve —prosiguió Genji—. Debes mostrarle en qué gran dama te has convertido...

Las azafatas de la princesa dieron las gracias a Genji: si su señora había hecho algún progreso, a él se lo debía.

A últimos de la primera luna el cielo se aclaró y la brisa soplaba más cálida, mientras los ciruelos que crecían junto a la galería empezaron a florecer. Entre delicadas brumas, todos los árboles empezaban a echar capullos.

—Pasado este mes, el concierto tiene que estar casi a punto —dijo Genji a Murasaki, y la invitó a acudir a los aposentos de su joven consorte—. Habrá una gran confusión, y no quiero que parezca que te preparas para acompañarnos a visitar al ex emperador. Tengamos ahora nuestro concierto doméstico, puesto que todo está tranquilo.

Las mujeres de Murasaki quisieron acompañarla, pero ella sólo admitió aquellas con edad suficiente para tocar y apreciar la buena música. También

la acompañaron cuatro jovencitas-paje vestidas con calzas de damasco, túnicas rojas, *uchikis* blancos forrados de encarnado y chaquetas chinas de color púrpura. Los aposentos de la princesa de Akashi resplandecían con mil adornos primaverales. Sus mujeres se superaron, a su vez: calzas de satén chino estampado, túnicas verdes, *uchikis* de color rosa forrados de púrpura y chaquetas amarillas. También vistió a sus cuatro niñas-paje con suma delicadeza: dos de color rosa ciruelo y dos de blanco, con forros rojos, *uchikis* verdes y chaquetillas de púrpura.

En cuanto la Tercera Princesa supo que iba a ser anfitriona de todas aquellas damas, vistió a sus niñas-paje con túnicas verde claro, *uchikis* blancos forrados de verde y chaquetas de color magenta. El efecto del conjunto era de una elegancia suntuosa. Quitaron las puertas y crearon diversos espacios por medio de cortinas. En medio de la estancia se colocó un cojín para Genji. Junto a la galería había dos mocitos que se encargaban de dar el tono para afinar los instrumentos: eran el hijo mayor de Tamakazura, con la flauta, y el menor, con el flautín. Las damas de Genji estaban detrás de persianas, con los instrumentos delante de ellas guardados en lujosos estuches de color lila: la dama de Akashi tenía un laúd, Murasaki un koto japonés, y la princesa de Akashi un koto de trece cuerdas. Temiendo que la Tercera Princesa no supiera hacerlo, Genji se encargó de afinar su koto de siete cuerdas.

—El koto de trece cuerdas aguanta bien la afinación —explicó a la concurrencia—, pero a veces los puentes se doblan en mitad del concierto. Suele costar a las damas tensar las cuerdas como es debido por falta de fuerza... Tal vez habría que llamar a Yugiri, pues nuestros afinadores son muy jovencitos aún...

Cuando llegó Yugiri, las damas lo recibieron con miradas de expectación. Salvo la de Akashi, todas eran discípulas de Genji, y él confiaba en que no le avergonzarían delante de su hijo. No temía por la princesa de Akashi, cuya habilidad con el koto había tenido sobradas ocasiones de comprobar. Más miedo le daba el koto japonés, que iba a estar a cargo de Murasaki. Aunque no es complicado, no existen reglas claras y todo depende de la inspiración del músico. Allí estaban todos los

instrumentos que se asocian con la primavera, y una sola nota desafinada podía dar al traste con la mejor interpretación.

Yugiri estaba guapísimo con su atuendo informal de corte y la camisa y las mangas delicadamente perfumadas. Llegó al atardecer y parecía nervioso. Los ciruelos estaban tan cargados de flores que parecía que la nieve del invierno se había negado a fundirse, y su fragancia se mezclaba con el aroma de los inciensos que quemaban en la estancia de un modo tan delicioso que sólo faltaba que los ruiseñores se echaran a cantar.

—Tómate un respiro —dijo Genji a su hijo, y le acercó el koto de trece cuerdas—, y luego prueba esto y dime si está bien afinado. Las conoces a todas y no tienes por qué mostrarte tímido.

Yugiri, que era el colmo de los buenos modales, se inclinó ligeramente, tomó el instrumento y ajustó su afinación. Luego esperó nuevas instrucciones con los ojos bajos.

—Empieza tú —dijo Genji—, y no quiero notas desafinadas.

—Me temo que no estoy a tu altura...

—Supongo que no —dijo Genji, sonriendo—, pero ¿quieres que se diga que una orquesta de damas te ha puesto en fuga?

Yugiri tocó lo suficiente para comprobar la afinación y luego pasó el instrumento al otro lado de la persiana.

Los niños abrieron el espectáculo tocando sus flautas a modo de introducción. Luego, cuando todos los instrumentos estuvieron afinados, empezó el concierto. Las damas tocaron con enorme competencia y el laúd destacó por su voz serena y venerable, que rezumaba autoridad. Yugiri ponía especial atención en el koto japonés. Murasaki lo hacía sonar con una suavidad inaudita, y el plectro, entre sus dedos, pellizcaba las cuerdas con una vivacidad ciertamente novedosa, a juicio de Yugiri, que se decía que ningún profesional la hubiese superado. ¡Nunca hubiera pensado que el koto japonés tuviese tantas posibilidades!

En cuanto al koto de siete cuerdas, aunque no podía afirmarse que la Tercera Princesa hubiese alcanzado ya un dominio absoluto de sus secretos, se notaba que había trabajado mucho en los últimos tiempos, y el instrumento combinaba razonablemente bien con los demás. Yugiri, que

llevaba el compás batiendo palmas y a veces incluso cantaba alguna melodía, hubo de reconocer que la hija de Suzaku no hacía mal papel en aquel conjunto de expertas. A veces incluso Genji se ponía a marcar el ritmo con su abanico o tarareaba un breve pasaje. Su voz había mejorado con los años, llenándose y ganando una dignidad de la que antes carecía. La voz de Yugiri no tenía nada que envidiarle. No sería fácil describir pormenorizadamente todos los placeres que se sucedieron en aquella noche singular.

Corrían aquellos días del mes en que la luna tarda en aparecer, y se habían colocado linternas que esparcían una iluminación suave por la estancia y las galerías que la rodeaban. Genji observaba a la Tercera Princesa: era más menuda que las demás, tanto que prácticamente sólo se veían sus ropas. Aunque su belleza no resultaba avasalladora, la caracterizaba un delicado refinamiento. Parecía un sauce joven que empieza a echar hojas en el segundo mes, unas hojas tan tiernas que basta el aire que producen las alas de un ruiseñor para agitarlas. Su cabellera, fluyendo como una cascada de tinta, sugería también las ramas de un sauce llorón. Se notaba que era, entre todas las damas presentes, la de más alta cuna.

A su lado, la princesa de Akashi parecía igualmente delicada y gentil, pero se la veía dotada de una mayor vivacidad, una inteligencia más despierta y una formación más completa. Se hubiese dicho una glicinia por la mañana, cuando, entre primavera y verano, florece espectacularmente y carece de rivales en el jardín. También su cabellera fluía, gruesa y brillante, sobre su atuendo rosa. Se apoyaba en un reclinatorio ^[57] demasiado grande para ella: Genji hizo traer otro más pequeño. A la luz tenue de las linternas, despedía un seductor encanto.

Sobre una túnica rosa, Murasaki lucía un *uchiki* de color magenta oscuro. Su melena descendía también majestuosamente hasta sus pies. Tenía la estatura ideal, y, como siempre, parecía la perfección encarnada. Ni siquiera el cerezo en plena floración se le podía comparar. Se hubiese podido temer que, entre tantas bellezas, la dama de Akashi quedaría en un segundo plano. Nada más lejos de la verdad. Su porte, maquillaje y vestuario evidenciaban un gusto conservador pero de primera clase. Su

mirada destacaba por su profundidad, revelando una alma sensible, y, en cuanto a elegancia, podía rivalizar con cualquiera de sus compañeras. En su atuendo destacaban los tonos verdosos y amarillentos, que evocaban los colores suaves del sauce joven. Todo parecía subrayar su modestia, pero, detrás de ella, se adivinaban los rasgos de una personalidad fuerte y decidida. Se había arrodillado un tanto alejada de las otras, con el laúd delante sobre la colchoneta de brocado verde de Corea que se le había destinado. Manejaba el plectro con tanta seguridad y gracia que producía el mismo placer escucharla que verla tocar. Era como una rama cargada de frutas y de flores, *a la espera del quinto mes*. [58]

Todo lo que Yugiri veía a su alrededor proclamaba que se hallaba en medio de una asamblea selectísima. Le hubiese encantado mirar detrás de las persianas, especialmente donde se hallaba Murasaki, cuya belleza debía de haber madurado y ganado en calma desde que la viera por primera y casi única vez muchos años atrás. [59] En cuanto a la Tercera Princesa, a punto estuvo de convertirse en su esposa. El propio emperador Suzaku le había dado a entender en tiempos que no le disgustaba como yerno, pero Yugiri no se mostró entusiasmado con la idea, pues la niña no le atraía especialmente, y había dejado pasar la ocasión. Murasaki le estaba prohibida, pero durante años la había venerado como el summum de cuanto le parecía deseable en el sexo opuesto. De algún modo, le hubiese gustado encontrar el modo de testimoniarle su admiración sin límites sin poner en peligro su fama de hombre prudente y cortesano ejemplar.

Ya era muy tarde cuando los primeros rayos de la luna *que todos esperaban ansiosamente*, pues correspondía a la noche décima del noveno mes lunar, se dejaron ver. Genji comentó:

—Nunca he considerado la mejor de las lunas la brumosa de primavera. En otoño, el canto de los insectos teje una tela de música, dando lugar a una combinación excelsa que estimo insuperable.

—Tienes razón —dijo Yugiri—: en las noches otoñales la luna se nos presenta sin sombras, y el sonido alto y límpido del koto y de la flauta parecen formar parte inseparable de la noche. Pero, a veces, el cielo parece haberse puesto un disfraz, como en un escenario artificial para un concierto,

y las flores de otoño reclaman atención. Todo resulta demasiado perfecto y un punto artificial. En primavera, en cambio, la luna destaca entre la bruma, y el canto quedo de la flauta se une a ella de un modo misterioso, impensable en otoño. He oído decir que cierta dama es especialmente sensible a los encantos de la noche primaveral, y me inclino a darle la razón. Las mejores armonías se escuchan en las noches de primavera. ^[60]

—Viejo debate que los antiguos fueron incapaces de resolver de modo satisfactorio —apuntó Genji—, y me temo que sus sucesores pecaríamos de presuntuosos de querer llegar a una respuesta definitiva allí donde ellos no la alcanzaron. ^[61] Si se dijera que el «modo mayor» de la primavera merece ser preferido al «modo menor» del otoño, tal vez no estaríamos lejos de la verdad. Suele el emperador llamar a los mejores músicos para que toquen para él, y lo cierto que cada vez hay menos de auténtica categoría. Y si ellos son peores, cada vez tendrán menos que enseñar. No cabe decir que nuestras damas puedan exhibir una lista de maestros prestigiosos, pero los resultados a la vista están y no son malos. Claro que hace años que vivo al margen de la sociedad y sus progresos, y mi oído seguramente ya no es el que era. Sería una lástima. De todos modos, no deja de admirarme que, con lo aprendido entre los muros de mi casa, se puedan obtener los resultados de que acabas de ser testigo... Dime tú, que te mueves en ambientes palaciegos: ¿hasta qué punto puede compararse la música que se ha hecho aquí esta noche con la que se escucha habitualmente en el palacio imperial?

—No me considero un especialista —repuso Yugiri—, pero algo puedo decir sobre ello. Siempre pensé, quizás influido por los que gustan de pontificar sobre «la gran tradición», que el koto japonés de Kashiwagi y el laúd del príncipe Hotaru carecían de rivales, pero esta noche he cambiado de opinión. Lo escuchado me ha llenado de asombro, quizás porque esperaba algo menos sofisticado, más casero, por decirlo de algún modo... Se me ha pedido que cantara y me encargara de la percusión, y lo cierto es que me he sentido muy poca cosa a su lado... Siempre se ha afirmado que To no Chujo no tenía rivales en el koto japonés, que su sutilísima manera de tocar se acordaba perfectamente con el cambio de las estaciones, y nunca lo

he escuchado sin admirarlo profundamente. Pero lo que he podido oír hoy no es ciertamente inferior...

—¿Quieres decir que no exageras? —dijo Genji, sonriendo de orgullo—. Tengo una magnífica colección de discípulas, ¿verdad? No puedo atribuirme mérito alguno en cuanto al laúd, instrumento en el que soy un perfecto lego, pero las que lo han aprendido *en mi casa* tocan mejor que las demás. En mi casa, o en una costa lejana... —añadió Genji, y la dama de Akashi se sonrojó.

Poco antes de levantarse la sesión, la princesa de Akashi acercó su koto a Murasaki, que había devuelto el suyo a Genji. Ambas tocaron un breve dúo, ligero y exultante de felicidad.

Genji, cuya voz sonaba mejor que nunca, repitió la canción. La luna se encaramó a lo más alto del cielo, y el color y el perfume de las flores de ciruelo parecieron ganar en brillo e intensidad. La princesa de Akashi tocaba con gracia insuperable el koto de trece cuerdas, y sus trémolos, luminosos y sonoros, recordaban los de su madre. La manera de tocar de Murasaki parecía, en comparación, más sobria y solemne, pero sus cadencias eran maravillosas. De pronto, la Tercera Princesa se unió al concierto, y, dejando atrás titubeos anteriores, se desenvolvió con una madurez envidiable. Al fin había penetrado en los secretos del instrumento. Genji, que había sido su maestro, se felicitó, mientras todos daban la enhorabuena a los jóvenes flautistas, los hijos de Tamakazura, que habían desempeñado a la perfección sus funciones de «afinadores». [62]

—Seguro que tenéis sueño —dijo Genji—. Me parece que acabamos de empezar, y no me cansaría de seguir escuchando sin daros tregua... Fue una bobada por mi parte querer elegir a *las mejores*, cuando todas sois tan buenas. La noche ha pasado en un parpadeo, y debéis perdonarme...

Luego ofreció una copa de vino al joven tocador de flautín y le regaló una de sus camisas favoritas. Una dama obsequió al flautista con un par de calzas y una túnica de mujer. La Tercera Princesa dio a Yugiri otra copa de vino y uno de sus conjuntos más nuevos. [63]

—Todo esto parece un tanto injusto —comentó Genji, bromeando—. A la hora de los regalos, ¿quién se acuerda del maestro? Por él debería

empezarse, a menos que seáis unas damas groseras y sin educación...

La Tercera Princesa le hizo llegar una hermosa flauta coreana. Genji sonrió y tocó unas cuantas notas mientras los invitados empezaban a desfilar, pero Yugiri tomó la flauta de su hijo y se lució con una melodía maravillosa llena de fuerza e imaginación. «Todos son alumnos míos», pensó Genji, y sus ojos se llenaron de lágrimas, «y *todos* me han salido grandes músicos.» Claro que reconocía la predisposición innata de cuantos muchachos y muchachas enseñara a lo largo de su vida.

La luna brillaba, esplendorosa, cuando Yugiri partió con sus hijos hacia su casa, llevando prendido en el alma el sonido excepcional del koto de Murasaki. Su esposa Kumoi había recibido lecciones de su abuela, la princesa Omiya, pero se la había apartado de ella antes de que hubiera aprendido los últimos secretos del arte. Por ello se negaba a tocar para él cuando se lo pedía. Aunque era una dama sobria y de fiar, que cumplía escrupulosamente sus deberes, sus habilidades artísticas dejaban bastante que desear, a juicio de Yugiri. Cuando más atractiva le parecía era durante sus ataques de celos, que ocurrían de vez en cuando.

Genji partió al ala este, pero Murasaki se quedó a conversar con la Tercera Princesa y, cuando llegó a su habitación, ya alboreaba. Todos durmieron hasta muy tarde.

—Nuestra princesita se ha convertido en una buena música —comentó a su esposa—. ¿Qué piensas tú de ello?

—Debo confesarte que al oír sus primeras notas, tuve muy serias dudas —replicó Murasaki—. Pero se ha vuelto muy buena, tanto que a veces pienso que no es la misma persona. Claro que no tengo por qué extrañarme si pienso en tus desvelos...

—Soy un maestro muy serio y he ido acompañándola paso a paso y con paciencia infinita por el camino lleno de recovecos del koto. El koto de siete cuerdas es tan complicado que no quisiera enseñarlo a nadie, pero su padre y su hermano insistieron tanto que no me pude negar. Al principio me sentía un tanto confuso, pero hice cuanto pude para ganarme su confianza... Cuando tú eras aún una niña, yo tenía demasiadas cosas en la cabeza y me temo que negligí un tanto tu educación musical. Pero la noche pasada me

hiciste un gran honor: fue maravilloso, y Yugiri quedó encantado. Por aquel tiempo Murasaki ejercía de abuela de los nietos de su esposo, y supervisaba estrechamente su educación. Y no sólo en cuestión de música, pues no había faceta de la cultura sobre la cual Murasaki no tuviera nociones básicas y fuera capaz de transmitir las a los demás. Aquella extrema versatilidad de la dama, capaz de pasar de opinar sobre pintura a hacerlo sobre literatura o música, y siempre con brillantez y acierto, asombraba a Genji y, al mismo tiempo, le llenaba de preocupación, pues había oído decir que esta clase de personas no vive mucho tiempo. Se consolaba pensando que sus conocimientos, aunque ganados con extrema facilidad, eran sólidos y profundos, mientras que los candidatos a una muerte prematura eran los genios precoces y superficiales que parecen saber más de lo que realmente saben. La dama acababa de cumplir treinta y siete años, y, tras hablar largo y tendido sobre su vida en común, Genji le dijo:

—Debes andarte con mucho cuidado, pues has alcanzado una edad peligrosa, de modo que habrá que mandar decir plegarias por ti. ^[64] Te ayudaré en lo que pueda, pero me es imposible pensar en todo. Medita la cuestión con calma y, si tienes algún deseo especial, dímelo y se cumplirá. ¡Lástima que tu tío ya no viva! ^[65] Sería el hombre ideal para las preces ordinarias...

Genji hizo una pausa y luego prosiguió:

—¡Qué vida más extraña me ha tocado en suerte! Seguramente muy pocas carreras han parecido más brillantes al público, y, en cambio, nunca me he sentido verdaderamente feliz. Todas aquellas personas por las que me he interesado me han sido arrebatadas de un modo u otro. Hace tiempo que he perdido las ganas de vivir, y, si mi existencia sobre la tierra perdura aún, se debe sin duda alguna a que se me está castigando por una terrible falta que cometí hace mucho tiempo. ^[66] Sólo tú me has servido de consuelo, y me alegra pensar que, dejando aparte el tiempo que pasé en Akashi, no he hecho nunca nada que pudiera herirte o hacerte sentir infeliz a mi lado. Sabes que nunca me ha gustado la «alta sociedad». Las mujeres que exigen ser tratadas con mil miramientos impuestos por reglas de conducta tres veces centenarias resultan, a mi juicio, absolutamente insoportables. Sólo

me siento bien junto a personas como tú, pues con vosotras puedo mostrarme tal como soy... También pienso que tú has sido más dichosa que la mayoría de las damas. ¿O me equivoco? En cuanto a la Tercera Princesa, comprendo que te resultara al principio enojoso que viniese a vivir a esta casa, pero sabes que me vi obligado a aceptarla, y que, paradójicamente, desde que la tomé por consorte, mi amor por ti no ha hecho sino aumentar... Aunque tal vez no te has dado cuenta...

—No sé qué decirte —respondió Murasaki—. La gente piensa que he sido la más afortunada de las mujeres, muy por encima de mis merecimientos. Pero en mi fuero interno me siento desgraciada... He tenido que recurrir con frecuencia a las plegarias... (Aquí hizo una pausa, suspiró profundamente y prosiguió.) Tengo la impresión de que no he de vivir por mucho tiempo... Dudo, incluso, que sobreviva a este año, un año peligroso según tú mismo has dicho, si no se me permite hacer lo que deseo... ^[67] Si me das licencia, podrás dejar de preocuparte...

—De ningún modo —la interrumpió Genji, que sabía perfectamente a qué se estaba refiriendo—. No puedo soportar la idea de separarme de ti. Poder hablar contigo todos los días es, hoy más que nunca, lo mejor de mi vida... Quiero que veas cuánto te he querido y te quiero *hasta el final*...

La dama volvió a poner de manifiesto su decepción. Se echó a llorar amargamente, y Genji intentó, como otras veces, pues la situación no era nueva, distraerla cambiando de tema de conversación y hacerla reír con chascarrillos. Empezó a hablarle de gentes que había tratado años atrás, como, por ejemplo, Aoi, la madre de Yugiri.

—Yo era sólo un niño cuando me casaron con ella, pero tuvo una importancia extraordinaria en mi vida, y jamás he podido olvidarla del todo. Pero la relación nunca fue buena, pues, hasta el día que murió, se mantuvo alejada de mí, como encerrada en un mundo aparte. Supongo que sufrió mucho, pero no creo que todas las culpas deban atribuírseme. Era una dama muy honesta, a la que no podía reprocharse falta alguna, pero pecaba de excesivamente fría e intelectual. Incluso los que acudían a ella en busca de consejo, decían sentirse profundamente intimidados en su presencia...

»Luego fue la princesa Rokujo, viuda de mi tío Zembo y madre de Akikonomu. De ella recuerdo su excepcional sutileza y extensa cultura. A pesar de cuanto ocurrió, fue en su tiempo la dama más brillante de la corte... Al principio su personalidad resultaba fascinante, pero era una mujer de trato extraordinariamente difícil... Todos aceptamos como algo natural que las personas se enfaden o pierdan los estribos de vez en cuando, y que, con el paso del tiempo, las relaciones se enfríen. Pero, para ella, la menor injuria se convertía con el paso de las horas en el peor de los agravios... Llegó un momento en que ni yo podía ir a visitarla ni ella estaba dispuesta a recibirme... Su orgullo trataba todas mis ausencias como delitos, y me castigaba con un trato glacial que se prolongaba meses enteros, exigiendo de mí que le presentara abyectas apologías por mis faltas... Fue imposible mantener secreta nuestra relación. Conociendo su temperamento, nada pudo ser peor... La idea de que la corte hablara de ella y de mis pretendidos «desvíos» la torturaba, y, aunque la mayor parte de los problemas entre los dos debían achacarse a sus celos y no a mi actitud, acabé por compadecerla y sentirme terriblemente infeliz, como si de veras fuese yo el culpable... Por ello me tomé tantas molestias con la carrera de Akikonomu, molestias que muchos aún no me perdonan. ^[68] Quisiera pensar que su madre, esté donde esté, me ha perdonado. A veces, obedeciendo a un impulso súbito, he hecho cosas de las que luego me he arrepentido...

Habló luego de otras damas que también habían pasado por su vida, hasta llegar a la de Akashi:

—Al principio me pareció muy poca cosa y debo confesar que la traté casi como un juguete. Pero acabó mostrando mucha mayor profundidad de carácter de la que le había atribuido al conocerla... Puede parecer dócil y poco complicada, pero hay algo firme como una roca en su interior, y ciertamente merece ser tomada en serio...

—No conocí a las otras damas ni puedo opinar sobre ellas —dijo Murasaki—, ni tampoco sé mucho de la de Akashi. Pero, a juzgar por lo poco que la he tratado, téngola por una mujer llena de dignidad y de noble orgullo. A veces temo que me considere un tanto insustancial... En cuanto a vuestra hija, espero que me perdone todos mis defectos...

¡Cómo había cambiado de opinión!, pensó Genji, recordando que en los primeros tiempos no podía ni siquiera mencionar el nombre de la de Akashi en su presencia sin incurrir en toda suerte de recriminaciones. Y ahora era ella quien la alababa y defendía. Seguramente el cambio tenía mucho que ver con la princesita, y se felicitó por la existencia de la niña.

—¡Tus defectos! —repitió Genji—. No creo que tengas muchos de que avergonzarte... Claro que nadie es absolutamente perfecto, pero pocas saben como tú navegar en todo tipo de aguas... He conocido infinidad de damas, y ninguna se te puede comparar... Sólo lamento que, a veces, prefieras ocultarme tus sentimientos... Y ahora déjame ir a ver a la Tercera Princesa, pues quiero felicitarla por su actuación de ayer...

La encontró con el instrumento en las manos, tratando de superarse, tan jovial y bulliciosa como siempre. Su contagiosa alegría se transmitió a Genji.

—Deja que me tome unas vacaciones —le dijo el hombre—, y tómatelas tú también. Al fin has dejado satisfecho a tu maestro. Practicaste duramente, y los resultados estuvieron a la altura de tus esfuerzos. Me has convencido de tus méritos... Pero en esta vida, no todo es música...

Con estas palabras, le quitó el instrumento de las manos, se echó a su lado y la atrajo hacia sí. Después de todo, era su esposo.

Cuando Genji no estaba a su lado, Murasaki pedía a sus mujeres que le leyeran novelas de amor. Así pudo familiarizarse con numerosos relatos de otros tiempos, y llegó a la conclusión de que los héroes de estas historias, por más aventuras que vivieran con mujeres de todas clases, al final sentaban la cabeza y se unían a una sola. Si así era la mayoría de los hombres, Genji venía a constituir la excepción a la regla. Mientras viviera, pensaba Murasaki, jamás dejarían sus afectos de ir de «flor» en «flor» según los dictados de su curiosidad y su deseo insaciable. Por más promesas que su esposo le hiciera, por más buenos propósitos que se impusiera, el futuro sería indefectiblemente como el pasado. Con estos pensamientos en la cabeza, le costó mucho dormirse, sólo para despertar a las pocas horas con una gran opresión en el pecho. Sus mujeres hicieron lo que pudieron, pero de poco sirvió. Tenía mucha fiebre y estaba profundamente inquieta.

Querían llamar a Genji, pero ella se opuso, pues, decía, no quería molestarle. Llego entonces un mensaje de la princesa imperial y, en su respuesta, Murasaki se refirió a su malestar. La princesa de Akashi se inquietó mucho y, adivinando que Genji no sabía nada del asunto, le envió otra nota, explicándole lo muy poco que sabía. El hombre saltó del lecho de la Tercera Princesa y, en un instante, se presentó ante Murasaki. Púsole la mano en la frente: ardía.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó, fuera de sí.

Estaba aterrorizado, pues recordaba anteriores experiencias que le habían marcado indeleblemente. ^[69] Se instaló a su lado, y allí le fue servido el desayuno, pero no probó bocado. Pasó el día junto a su cabecera, inmovilizado por el dolor y la preocupación. Murasaki era incapaz de incorporarse y tampoco comió nada en todo el día.

Pasaron los días, y el dolor de la dama no disminuía, mientras los mensajeros de Genji iban de un lado a otro como lanzaderas para encargarse de servicios religiosos y plegarias en todos los santuarios importantes del país, y una comitiva de religiosos se instalaba en la mansión para hacer exorcismos y encantamientos junto al lecho de la enferma. La dama seguía encontrándose muy mal, y, si a veces los dolores del pecho remitían, volvían de pronto bajo la forma de un nuevo ataque con una intensidad difícilmente soportable. El hecho de que estos ataques intermitentes se espaciaran considerablemente animó algo a Genji, pero el proyecto de visitar al ex emperador Suzaku fue pospuesto *sine die*.

Pasado el segundo mes y pensando que un cambio de aires podía resultar beneficioso, Genji hizo trasladar a la enferma muy a pesar suyo a su antigua residencia de Nijo. Comitivas de gente ansiosa no cesaban de desfilar por su nueva morada para interesarse por la salud de la dama, y la casa, tan tranquila en los últimos años, volvió a llenarse de confusión. Tanto el emperador Reizei como Yugiri estaban profundamente inquietos, sobre todo el último. Daban por seguro que, si Murasaki moría, Genji abandonaría el mundo de una vez por todas sin pensarlo dos veces. En sus momentos de lucidez, la dama reprochaba a Genji no haberle permitido tomar el hábito cuando aún estaba a tiempo. Pero si a Genji parecía terrible

verse privado de ella por voluntad del hado, es decir, por culpa de aquella enfermedad contra la que parecía luchar en vano, ¡cuánto más terrible le hubiese parecido sentirse abandonado, después de tantos años de vida en común, por voluntad expresa de la dama, y presenciar cómo se deshacía de sus encantos, su belleza y su talento para encerrarse en un convento sombrío e incómodo! Genji le respondía:

—También yo tenía el mismo deseo de renunciar a todo, y, si he permanecido en el mundo, lo he hecho por ti, sólo por ti... ¡Piensa qué hubiera sido de mí si tú hubieses sido la primera en abandonarme!

Con el paso de los días su fin parecía cada vez más cercano. Las crisis se repetían sin cesar, y todas se anunciaban como la última. Genji perdió todo interés por la Tercera Princesa, la música de koto y la de la flauta... Una parte importante del servicio de la mansión de la Sexta Avenida se desplazó a la de Nijo. En el palacio nuevo sólo quedaban mujeres, y se hubiese dicho que se habían apagado todas las luces. Parecía que de la presencia de Murasaki dependía exclusivamente que la vida en el palacio nuevo fuera brillante y divertida.

Cierto día Genji se presentó junto al lecho de su esposa acompañado de la princesa de Akashi. ^[70] Al verles, Murasaki les gritó:

—¡Acercaos deprisa! Me asaltan extrañas visiones, y me siento muy sola...

La princesa había traído consigo a su hijito Niou, y Murasaki, al verlo, se echó a llorar.

—Me hubiese gustado estar a su lado y verlo crecer —dijo con un hilo de voz—, pero al cabo de poco tiempo ni siquiera se acordará de mí...

—No debes hablar así —le interrumpió Genji—. Te pondrás bien. En estos casos, lo más importante es nuestra propia confianza. Si albergamos pensamientos de coraje, las circunstancias mejorarán, pero si nos mostramos tímidos y apocados, la mala suerte podrá con nosotros. Ocurre lo mismo con la salud. Incluso personajes de alcurnia, a los que nada les falta, se consumen preocupándose por todo, incapaces de afrontar las cosas según se presentan, y ellos mismos cavan su propia tumba... Pero tú has sido siempre tan sensata y ecuánime...

Cuando rezaba a Buda o a los dioses del país, no olvidaba referirse a la excepcional grandeza de carácter de la enferma, y les rogaba que salvaran la vida a quien, en su trato con todos, se había mostrado siempre tan tolerante y generosa. Los monjes y chamanes que montaban guardia día y noche en las proximidades de la dama, conscientes de que parecía a punto de extinguirse, redoblaron sus esfuerzos, y durante los seis días que siguieron pareció mejorar un tanto. Luego, sin embargo, tuvo un nuevo ataque. Genji empezó a aceptar la idea de que iba a morir, aunque los que la atendían no detectaban signos de posesión por parte de demonios o de malos espíritus, ni tenían certeza alguna de cuál era la causa última de su enfermedad. Pero cada día se la veía más débil, y Genji no se apartaba de su cabecera con el corazón deshecho.

IV

Pero hace tiempo que no hablo de Kashiwagi. Convertido en consejero de rango medio, gozaba de toda la confianza del emperador y era uno de los funcionarios a quienes se auguraba un futuro más brillante. Con todo, el honor y la fama no habían hecho nada por acallar su pasión por la Tercera Princesa. Cediendo a una sugerencia del soberano, aceptó como prometida a la princesa Ochiba, que era hija también de Suzaku ^[71] y de una concubina de rango ínfimo. Desde el primer momento vio en ella una mujer muy por debajo de sus merecimientos: aunque era una dama, a juicio de muchos, realmente hermosa y con méritos por encima de la media, no fue capaz de quitarle la Tercera Princesa del pensamiento. No la trataba como a

esas viejas que los campesinos envían a las montañas para que mueran allí,
[72] pero se mostraba muy poco atento con ella.

De hecho, su amor por la Tercera Princesa no era cosa de ayer. La nodriza de Kashiwagi era la hermana mayor de Jiju, nodriza que fue de la dama de sus sueños, de modo que desde muy temprana edad oyó hablar de ella. Se la tenía por muy hermosa desde su infancia, y no era ningún secreto que era la favorita de su padre. He aquí cómo había nacido su amor. Ahora Kojiju, hija de Jiju y criada de la Tercera Princesa, se había convertido en su alcahueta.

Cuando Kashiwagi se enteró de que, debido a la enfermedad y traslado de Murasaki, la mansión de la Sexta Avenida estaba casi vacía, llamó a Kojiju y le habló así:

—Mucho temo que la pasión me acabe destruyendo... Tú eres mi único vínculo con ella, y por ello te he pedido repetidas veces que le hagas saber mis sentimientos. No tengo mala conciencia, pues su esposo Genji la ignora de un modo a todas luces escandaloso... Nunca tuvo que haber aceptado casarse con ella, si sus afectos estaban ya en otra parte... Todos sabíamos que no iba a hacerle caso alguno... Durante meses enteros no pone los pies en sus aposentos, y la pobre se muere de aburrimiento. ¡Su padre empieza a estar arrepentido de haber patrocinado el enlace y lamenta profundamente no haberla casado con alguien menos importante! Piensa que la princesa Ochiba, que ha casado conmigo, es la más feliz de las dos, y tiene un porvenir más halagüeño... (Aquí lanzó un suspiro.) Claro que ambas son hijas del mismo padre, pero una es una, y la otra es la otra...

—Creo que deberías tener más claro cuál es *tu papel* en el mundo —dijo Kojiju—: acabas de unirte a una princesa, y ya quieres a otra... ¿No eres demasiado ambicioso?

—Tal vez sí —dijo él, sonriendo—. Pero su padre y su hermano me animaron, y ahora no me la puedo quitar del pensamiento. Ambos dijeron que mi candidatura era perfectamente aceptable. Fuiste tú quien no hizo lo suficiente para hacerla triunfar...

—¡Fue imposible! —se excusó Kojiju—. ¿No has oído hablar del destino? Fue el hado quien empujó a Genji a presentar su solicitud con tanta

seriedad y ceremonia... ¿De veras piensas que, de haber presentado tú la tuya, el ex emperador te amaba tanto que le hubiese dado preferencia? Con los años tu dignidad y prestigio han aumentado, pero entonces eras un perfecto don nadie.

—Olvidemos el pasado... —dijo él—, y vayamos al grano. Tan sólo quiero que, cuando estés con ella a solas, le hables de mí. No te será difícil, pues el palacio está medio vacío... Quiero que sepa que no la he olvidado. No pretendo que nos prepares una entrevista ni que digas nada que la pueda avergonzar... ¿Me crees capaz de algo semejante?

—Me estás pidiendo que haga lo que estimo más peligroso de todo. ¿Cómo quieres que me ponga a hablarle de ti sin comerlo ni beberlo? Es más: ¿cómo quieres que entre a visitarla cuando esté completamente *sola*? Eso es casi imposible...

—Estás *inventando* obstáculos —se defendió Kashiwagi, a punto de perder la paciencia—. ¿A qué tantas historias? ¿Tan fuera de lo común resulta que alguien admire a una mujer con toda su alma? Sabido es que emperatrices y princesas de la sangre han tenido admiradores rendidos e, incluso, amantes... ¿Quién es la Tercera Princesa para que constituya un sacrilegio *soñar* con ella? Aunque todo parezca un cuento de hadas, estoy seguro de que la dama está profundamente insatisfecha... ¡No parece que Genji le atribuya importancia alguna! Me temo que tienes ideas muy anticuadas...

—Si insinúas que la Tercera Princesa, sintiéndose poco *apreciada*, está buscando a otro que la «aprecie» mejor y la rescate de sus «humillaciones» —dijo Kojiju, de mal talante—, estás muy equivocado. Desde el primer momento quedó claro que no se trataba de un matrimonio como cualquier otro. La dama era muy joven todavía, y vino al palacio nuevo cuando su padre se retiró de la ciudad, con la finalidad principal de educarse y ganar experiencia de cara al futuro... No puede decirse que se la haya tratado mal o negligido...

Kokiju hizo una pausa, miró a los ojos de su interlocutor y se dulcificó un tanto:

—De todos modos —añadió—, aunque conozco mis limitaciones y no quisiera herir la sensibilidad de una dama acostumbrada a la compañía del incomparable Genji, procuraré acercarme a ella por detrás de la cortina y dejar caer un par de palabritas en sus oídos... Tampoco puede ser un pecado tan grave, ¿verdad? Aunque siempre tiene gente en torno a su *kichó*... No te prometo nada.

El joven puso a todos los dioses celestiales por testigos de sus «buenas intenciones», y, como la muchacha era muy joven y bastante alocada, ante tantos votos y promesas se sintió incapaz de resistir por más tiempo.

—Veré qué puedo hacer, si hallo el momento propicio. Por la noche, si el señor no está, la rodean enjambres de azafatas y criadas, y sus favoritas no se apartan nunca de ella... ¡Veremos qué puedo hacer!

Y se alejó con el ceño fruncido. A partir de aquella conversación el joven no dejó de acosarla hasta que un día llegó a sus manos la nota que esperaba. Se disfrazó y salió de su casa con el corazón palpitante sin pensar que aquella visita podía resultarle fatal. Pero quería ver más de aquella dama cuyas mangas, cola y abanico descubriera aquella tarde primaveral del partido de *kemari*. Si lograba hacerle saber lo que llevaba en el corazón, quizás obtendría alguna respuesta.

Era la vigilia del día de las lustraciones que precede al festival de Kamo. Doce azafatas suyas habían sido elegidas para acompañar a la gran vestal, y estaban preparándose para el gran acontecimiento. La mayoría de sus criadas estaban cosiendo, lavando o planchando para asistir al desfile más vistoso del año. Nadie parecía pensar en la princesa. Azechi, una de sus damas de honor favoritas, había acudido a una cita con cierto capitán del clan Minamoto, que era su amante, y, de regreso a su alcoba, dormía profundamente. Sólo Kojiju estaba con ella y, aprovechando la ocasión, guió a Kashiwagi a un cojín que había dispuesto en la esquina este del dormitorio de la dama.

La princesa estaba acostada y, al intuir la presencia de un hombre en su aposento, pensó que era Genji. Pero su esposo no solía mantenerse tan alejado de ella. Mientras trataba de ver en la oscuridad, el visitante invisible se le acercó despacio sin hacer ruido, y, antes de que pudiese hacer nada

para evitarlo, la abrazó con fuerza y la sacó de la cama. La princesa, aterrorizada, se imaginó en poder de una fuerza demoníaca... Le miró a la cara y vio que se trataba de un extraño, un loco furioso que no paraba de hablarle como un poseso... Llamó a sus mujeres, pero ninguna acudió. El cuerpo de la muchacha, empapado en sudor, temblaba como una hoja, y Kashiwagi, aunque la compadecía, hallaba su confusión encantadora.

—Sé que mi rango no me permite dirigirme a ti como a una igual —le dijo atropelladamente—, pero nunca hubiese esperado una acogida tan fría... Después de todo y a pesar de las diferencias que nos separan, en tiempos no se me miraba con malos ojos en tu casa... Viendo que mi suerte no se acababa de decidir, intenté olvidarte para siempre, pero te había llevado dentro demasiados años para que fuera posible... Quise mantener mi secreto enterrado en mi alma y morir con él en el pecho, pero algo se me escapó, y tu padre se enteró de mis sentimientos. El hecho de que no montara en cólera dio alas a mi coraje. Entonces me dije que jamás me perdonaría si, por culpa de mi timidez, un amor inigualado llegaba a frustrarse. Te amaba mucho, y, con el paso del tiempo, mis sentimientos no han hecho sino fortalecerse... Tu matrimonio con otro fue un golpe durísimo. No obstante, si comparo mi devoción por ti con la de quien hasta hoy no se ha dignado dedicarte uno solo de sus pensamientos, pienso que, a pesar de mi poco valer, la balanza se inclina a mi favor. Sé que debo parecerte implacable y me avergüenzo de mí mismo, pero, incapaz de controlar mis sentimientos, he de abrirte el pecho como el de quien no puede encontrar su sitio en el mundo... Pero no temas, pues no voy a ir más allá. No te daré motivos para que me acuses de mayores crímenes.

Cuando la Tercera Princesa lo reconoció, se llenó de espanto, pero no fue capaz de responder a la larga perorata que acababa de oír.

—Sabes muy poco de mí —prosiguió Kashiwagi—, y no me asombra encontrarte algo nerviosa. Pero visitas nocturnas como la mía no son tan raras en los tiempos que corren... Si persistes en sentirme afrentada, mi desazón puede llevarme a... ¡Pero no! Apiádate de mí, dirígeme una palabra amable, y te dejaré en paz.

El joven esperaba hallar una dama orgullosa y sabihonda capaz de ponerlo en su lugar. En tal caso, pensaba, seguiría abogando por su causa todo el tiempo que fuese necesario hasta ablandarla, evitando decirle nada que luego pudiera lamentar. Pero encontró algo muy distinto: la dama no era altiva, ni orgullosa, ni sabihonda ni despectiva... Tenía delante una joven preciosa, que le miraba con ojos tímidos y que parecía confiar plenamente en él... Súbitamente todos sus buenos propósitos se fueron al traste. Sus ojos se nublaron y el mundo y sus habitantes dejaron de importarle un comino. Si le hubiese bastado con mover un dedo para salvarlos de la destrucción, no lo habría hecho. He aquí como Kashiwagi perdió el control de su pasión, y ella colaboró, al parecer con gusto, en que no lo recobrara.

Cuando todo hubo terminado, el joven cayó dormido como en un trance hipnótico, y soñó con la gatita china a la que tanto se había aficionado. Parecióle que la devolvía a la princesa y ella le daba las gracias. Al despertar se preguntó por qué había actuado de aquella manera y sobre el significado del sueño. ^[73] A su lado, la princesa se sentía como fuera del mundo, y se negaba a dar crédito a lo que acababa de suceder.

—Debes convencerte de que existen vínculos entre nosotros de los cuales no podemos escapar... —dijo él para consolarla—. Me siento tan confuso como tú... Luego habló de aquella noche de primavera, del partido de balón, del gato con la correa que perseguía a la gatita china, y de aquellas persianas levantadas que le dejaron ver lo prohibido. ¡Así fue todo, como si fuerzas siniestras hubiesen tomado en sus manos el destino de ambos! ¿Cómo iba a poder mirar a Genji a la cara?, se preguntaba ella sin cesar de llorar como una niña triste y terriblemente asustada. Él la ayudó a secar sus lágrimas con inmensa ternura.

Empezó a amanecer, y Genji creyó que debía partir. Es más, pensó que *nunca debió acudir* a ver a la princesa. Y, sin embargo, no estaba dispuesto a irse hasta haber obtenido de ella alguna señal de que no lo detestaba. Durante toda la escena la joven apenas había pronunciado media palabra.

—Dime algo —imploró el hombre— para que por lo menos no me separe de ti sin conocer el sonido de tu voz. Me has mostrado tan a las claras que te desagradó, que no debes temer que vuelva a molestarte.

Pero, por más que insistía, ella parecía incapaz de articular palabra.

—Tu mutismo me aterra. ¿A qué seguir viviendo? No hay mortal que se sienta peor que yo... Ya que de nada sirve cuanto te digo, ésta será mi última noche en el mundo. Sólo pensar en ti me daba fuerzas para creer que la vida tenía algún sentido. No te vayas...¿serás tan cruel que, sabiendo que apenas me queda una hora de vida, me negarás una palabra afectuosa que me acompañe a la tumba?

Tras pronunciar estas palabras, volvió a tomarla en brazos y la sacó a la galería.

La muchacha estaba asustadísima: ¿qué se proponía hacer con ella? Nadie había cerrado aún la puerta por la que Kashiwagi entrara. ¿Por qué no la dejaba en paz?, se preguntaba, consternada. Aunque la casa seguía en silencio, media noche había pasado ya. Ardiendo por verla mejor, el hombre entreabrió una persiana, y a la luz que se filtraba por las rendijas, distinguió las facciones del rostro de la princesa y las formas de su cuerpo.

—Tu crueldad me está volviendo loco... Si no quieres que haga un disparate, dime una palabra...

La princesa quería decir algo: que la conducta del hombre le parecía un verdadero ultraje, por ejemplo, pero temblaba como una hoja mientras el cielo se iba aclarando.

—Quisiera contarte un sueño maravilloso que tuve la noche pasada — prosiguió él—. No sé lo que significa, pero me temo que te negarás a escucharme. Aunque tal vez tú le encuentres algún sentido...

»¿Qué extraño rocío ha caído sobre mi manga? ¿Tan oscura está aún la mañana que no acierto a dar con el camino de mi casa?

Y le mostró la manga húmeda de su *uchiki*. La dama la palpó, y finalmente logró articular unas palabras.

—¡Ojalá mi triste cuerpo pudiera fundirse con las brumas matinales, de modo que los

pesares de la noche pasada resultaran sólo una pesadilla! [74]

Habló con una vocecita queda y parecía una niña más que nunca. Kashiwagi salió del aposento deprisa, dejando su alma en él. Corrió a casa de su padre, pues en aquellas circunstancias prefería su compañía a la de la Segunda Princesa. Se echó en la cama, pero no pudo dormir. Seguía dándole vueltas al sentido de su sueño, sin saber a qué atenerse, y súbitamente empezó a echar de menos a su gata. Acababa de hacer algo horrible y estaba muy asustado. Durante los días que siguieron se sintió vencido por unos sentimientos de temor y de vergüenza tales que no fue capaz de cruzar la puerta de la estancia. Y, sin embargo, no paraba de repetirse que estaba dando a aquellos sentimientos una importancia desproporcionada si los comparaba con el alcance real de su ofensa. Su conducta había sido indiscreta, y, si el encuentro llegaba a tener consecuencias, la muchacha se encontraría en una situación ciertamente embarazosa, pero la posibilidad era muy remota. De todos modos, si hubiese seducido a la propia emperatriz y todo el mundo supiera su crimen, no se habría sentido peor. ¿Qué castigo podía temer, después de todo? ¿Es castigo la muerte para quien no desea otra cosa? Sólo había algo peor que la peor de las muertes: incurrir en el reproche de Genji.

Las damas de alcurnia suelen encubrir bajo una costra de hielo sus auténticas apetencias amorosas, pero este caparazón desaparece en cuanto las requiere el hombre de sus sueños. No fue éste el caso de la Tercera Princesa: la joven era tan inocente como parecía, y la experiencia de aquella noche espantosa le dejó una huella indeleble de terror. No era capaz de convencerse de que todo había terminado, de que nadie les había estado espionando, de que no iba a ser traicionada, y, no atreviéndose a comparecer ni siquiera ante sus azafatas, se encerró durante semanas en el rincón más oscuro de sus aposentos. Convencida de que algo había ido mal, se sintió definitivamente perdida.

Hizo decir que se encontraba indispuesta, y, cuando Genji lo supo, le faltó tiempo para correr a su lado, pensando que un nuevo motivo de

preocupación iba a añadirse a los muchos que ya le acongojaban. Temiendo que la causa de su malestar había que buscarla en su prolongada ausencia, empezó a hablarle de la enfermedad de Murasaki.

—Dudo que pueda durar mucho —le dijo—, y te doy mi palabra de que nunca más volveré a dejarte sola tanto tiempo. Pero Murasaki ha vivido a mi lado desde niña, y no podía abandonarla ahora... Estoy seguro de que lo comprenderás...

Y, con lágrimas en los ojos, volvió a partir. La Tercera Princesa se sentía sumamente avergonzada y dolida. Y, sin embargo, la situación de Kashiwagi era todavía peor. Cada vez estaba más convencido de que su visita fue una inmensa equivocación, y noche y día derramaba lágrimas sobre su amor imposible. Cuando se presentó en su casa un grupo de amigos para invitarle acompañarlos al festival de Kamo, alegó que estaba enfermo y pasó el día solo. Aunque procuraba comportarse de la mejor manera posible con la princesa Ochiba, no la quería, y pasó la fiesta solo en su aposento. Cuando menos se lo esperaba, se presentó una niña con un ramito de acebo en la mano, una de las plantas que, junto con el laurel, utilizaban las damas para adornarse el pelo durante el festival. [75] Seguramente era su esposa quien se la enviaba. La niña recitó:

—Los dioses no me han permitido
adornar mi cabeza con el acebo que tuve la
audacia de cortar.

Kashiwagi únicamente pensaba en la Tercera Princesa: de lejos le llegaban las músicas, canciones y gritos del festival, pero él tenía la impresión de que todo aquel barullo estaba sucediendo en otro mundo. La princesa Ochiba ya estaba acostumbrada a aquellos ataques de depresión, aunque no sabía a qué atribuirlos, y se sentía profundamente abatida. También estaba sola, pues casi todas sus mujeres habían ido al festival. Para distraerse tocaba una melodía triste con su koto. Era muy bella y delicada y, a los ojos de un observador imparcial, poco tenía que envidiar a su hermana menor, pero el hado había hecho que Kashiwagi enloqueciera por la otra. El hombre pergeñó este poema, en respuesta al que de su esposa recibiera:

«Nada tiene que envidiar la hoja del noble acebo a la del laurel. ¿Por qué sucumbí a la segunda cuando la primera también hubiese podido coronar mis sienes?»

Aunque Genji ardía por regresar a su casa de Nijo, iba tan pocas veces a la mansión de la Sexta Avenida que le pareció de mala educación partir enseguida. Cuando menos lo esperaba, llegó un hombre con el mensaje de que «la señora había muerto». La noticia hizo que Genji se olvidase de todo lo demás, y con el corazón sumido en tinieblas corrió hacia la mansión de Nijo. El desplazamiento se le hizo interminable. Al llegar a su antigua residencia comprobó que algo había pasado, pues las calles que la rodeaban estaban llenas a rebosar de gentío mientras en su interior resonaban llantos y gemidos. Seriamente alarmado, Genji se abrió paso entre la multitud a codazos.

—En estos últimos días pareció que mejoraba —le dijo una azafata—, y, de pronto, sucumbió de golpe.

Las que la habían servido durante años pedían a gritos a la muerte que no las dejase atrás y se las llevase con su adorada señora. Los monjes estaban desmontando los altares para volver a sus santuarios, y allí sólo quedaron los religiosos más próximos a la familia. Genji creyó ver en ello el fin del mundo, pero, en cuanto se acercó al cuerpo de Murasaki, tuvo la corazonada de que todos, cediendo a la emoción del momento, habían anticipado acontecimientos. La examinó detenidamente y dijo:

—Mi esposa no está muerta. Algún poder maligno la ha poseído transitoriamente para que lo parezca, pero todas esas alharacas están fuera de lugar.

Delante de todos, hizo votos solemnes y reclamó de nuevo la presencia de exorcistas y chamanes prestigiosos. Aunque fuera sólo por unos breves momentos, quería verla despertar de nuevo a la vida para despedirse de ella.

—Aunque le haya llegado la hora de abandonarnos —rezaban los monjes—, dejadla permanecer en el mundo un poco más, y, con arreglo a la

solemne promesa de Fudo, el Inamovible, permitidle que viva por lo menos medio año.

Una nube de humo oscuro se elevaba por encima de las cabezas de los exorcistas que quemaban las ofrendas. Genji, desesperado, quería estar junto a ella hasta el final, y muchos temían por su vida. Sea como fuere, quizás los poderes del cielo se dieron por enterados, porque, de pronto, el espíritu maligno que había estado poseyendo a Murasaki pasó a la niña elegida para hacer de médium, que cayó al suelo como fulminada por el rayo, gimiendo y retorciéndose. La falsa muerta volvía a respirar, y el espíritu que se había apoderado de la médium, aplacado por las plegarias y los encantamientos, se serenó y dijo por su boca:

—Retiraos. Quiero hablar unas palabras a solas con Genji.

Y cuando todos se hubieron ido, continuó diciendo entre sollozos y ataques de hipo:

—Todas esas plegarias y cantos de los últimos meses han sido un tormento que he querido hacerte sufrir del mismo modo que lo he sufrido yo. Pero, en cuanto me di cuenta de que tú estabas también a punto de expirar, te tuve compasión y regresé a tu lado. No puedo serte indiferente, aunque haya quedado reducida a *eso*. Son los sentimientos de otros tiempos los que me han reducido a esta condición. No quería que nadie, excepto tú, me reconociese.

La niña-médium tenía los pelos de punta y dos arroyos de lágrimas se deslizaban por sus mejillas. Genji estaba aterrado. ¿Cuándo había experimentado antes aquella mezcla extraña de rabia y de tristeza? Si... Era la misma aparición que se había dejado ver junto a la cama de Aoi. Nada, ni siquiera la muerte, podía poner fin a la maldición que le perseguía desde que tenía diecisiete años... ^[76] El mundo se difuminaba, desaparecía, pero aquella cosa terrible era incapaz de cambiar.

—Desde lo alto de los cielos —prosiguió la médium con la voz inconfundible de la difunta Rokujo— vi lo que hiciste por mi hija, ^[77] y me llenó de alegría. Pero los sentimientos de los muertos no son como los de los vivos, y el cariño de una madre por su hijo se debilita al otro lado de la tumba. Abandoné la tierra teniéndote por el más cruel de los hombres. No

hace mucho te escuché cuando contabas a Murasaki que yo era una persona cruel y difícil en exceso, y que te viste obligado a abandonarme. Entonces sentí un resentimiento mucho peor que cuando me insultaste en vida. Muerta, pensé que me habrías perdonado y que defenderías siempre mi memoria frente a los que hablaran mal de mí. Pero no fue así. No la odio, pero los poderes celestiales sólo te han protegido a ti y percibo tu voz como si me llegara de una gran distancia. Mira qué ha ocurrido y reza por mí para que mis pecados sean perdonados. Todos esos servicios, todos esos textos sagrados que acaban de sonar, únicamente sirven para atormentarme, y son sólo fuego y estrépito que me impide oír el nombre sagrado. Cuenta a mi hija mis tribulaciones. Dile que nunca entré en rivalidades con otras damas ni permita que los celos hagan mella en su pecho... Que se dedique a hacer penitencia por las faltas cometidas mientras fue gran vestal de Ise... [78]

Genji no pudo sopórtalo por más tiempo y ordenó que se llevaran a la médium y que Murasaki fuese trasladada a otro aposento. La noticia de su muerte se había extendido, y no cesaban de llegar cartas y notas de pésame y condolencia. Los que regresaban del festival de Kamo y pasaban por delante de la mansión de Genji se permitían chistes de mal gusto sobre el fallecimiento de Murasaki y el eclipse. Decían que, puesto que había perdido su don de encantar «el resplandor del sol», no debía extrañar a nadie que la lluvia se la hubiese llevado. Otros comentaban que los prodigios, como los cometas, duran poco y que tal vez es mejor que así sea, pues, de lo contrario, acabaría siendo verdad aquel viejo proverbio que dice que si el cerezo no perdiera jamás sus flores, pasaríamos junto él sin reparar en sus encantos. Si fueran inmortales, señalaban, todo sería para ellas y nada para las demás.

—Tal vez ahora la pobre Tercera Princesa empieza a recibir alguna muestra de favor de su señor esposo— comentó, con no poca sorna, una mujeruca.

Kashiwagi había salido a caballo con unos amigos a ver el regreso de la comitiva. La noticia les conmocionó y se encaminaron a Nijo. «Nada es eterno», musitó para sí mismo. Se llegó a la puerta como si fuera a preguntar por la salud de la dama, pues, después de todo, sólo se trataba de

un rumor, pero los lamentos que oyó proclamaban que era cierto. También el príncipe Hyobu se presentó y entró en palacio, cruzándose con un Yugiri que salía, llorando.

—¿Cómo está? He oído esas noticias horribles —dijo Hyobu—, y no me atrevía a darles crédito, aunque sabía de su enfermedad.

—Sí, ha estado enferma durante mucho tiempo —respondió Yugiri—, y esta mañana al alba ha dejado de respirar, pero parece que ha sido una posesión transitoria. Aunque ha recobrado el aliento y todos están muy contentos, la crisis no ha pasado aún y seguimos preocupados.

Tenía los ojos rojos e hinchados. «¿Por qué está tan afectado?», se preguntó Kashiwagi, recordando que Yugiri se había educado con la familia de su madre y siempre se había mantenido a distancia de su madrastra. De pronto empezó a sospechar (puesto que los hombres suelen atribuir a los demás sus propios pecados) que Yugiri y no Genji había sido el gran amor de Murasaki.

Genji envió un mensajero a los visitantes, excusándose por no recibirles en persona. He aquí la carta que les leyó:

«Me perdonaréis si os digo que nos ha tocado ser testigos de una escena de muerte aparente. Las azafatas todavía no se han recuperado del susto, y yo me siento aún demasiado agitado para recibirlos como es debido. Espero que me hagáis el honor de volver a visitarnos en otro momento más propicio.»

La mención del nombre de Genji llenó a Kashiwagi de vergüenza y se alegró de haberse presentado en la casa cuando reinaba en ella aquella tremenda confusión. Al partir se dijo que no regresaría, si podía evitarlo.

Mientras Murasaki permanecía consciente, los servicios de intercesión no paraban, y a ellos hizo añadir Genji ceremonias secretas para la liberación del alma de Rokujo. A pesar de los esfuerzos de los sacerdotes, su empecinado espíritu parecía negarse a abandonar la partida y, cuando menos se esperaba, daba voces horribles a través de la médium. Genji llegó a la dolorosa conclusión de que las mujeres eran criaturas del pecado. No le cabía duda de que era Rokujo la que se expresaba a través de la niña, pues, cuando habló con Murasaki sobre las virtudes y defectos de la princesa,

estaban completamente solos y nadie pudo oírles. Notaba la sombra del desastre sobre sus cabezas y decidió que había que hacer algo para conjurarlo.

Como Murasaki volviera a pedir entrar en religión, y, pensando que la ceremonia podría servir para protegerla, Genji dio su permiso para que se la tonsurara. De hecho, la tonsura tuvo más de ficticio que de real, pues se limitaron a cortarle un par de rizos de la coronilla y sólo hizo cinco votos de los diez previstos en la regla. El oficiante pronunció un sermón lleno de nobles frases que describían el admirable poder santificador del hábito. Llorando junto a Murasaki sin importarle la opinión de los demás, Genji invocó repetidas veces el sagrado nombre de Buda. Hay crisis que afectan a los hombres mejor preparados: quería salvarla y permanecer a su lado a cualquier precio. Costaba reconocerle de delgado y consumido que estaba.

El quinto mes tocaba a su fin, y ya empezaba a hacer calor. Murasaki tuvo nuevos ataques y pareció debilitarse otra vez, pero, aunque a veces se le iba la cabeza, se daba perfecta cuenta de la ansiedad con que Genji, que no salía de la mansión de Nijo, la vigilaba de día y de noche, y, si a veces hacía un gran esfuerzo para sentarse en la cama y tragar un poco de caldo, se debía a su deseo de complacerle.

V

La Tercera Princesa no se había encontrado bien desde que Kashiwagi la visitara. Aunque no podía hablarse de una dolencia concreta, se sentía continuamente indispuesta. Durante semanas comió muy poco y estuvo

pálida y delgada. Kashiwagi se presentó repetidas veces en la mansión de la Sexta Avenida, pero ella se negó siempre a recibirlo. No quería verlo, pues, a pesar de lo ocurrido entre ellos, Kashiwagi no había logrado despertar en ella sentimientos capaces de desbancar a Genji, al cual, además, temía mucho. Aunque el joven era uno de los hombres más apuestos e inteligentes de la corte y muchas mujeres hubiesen perdido la cabeza por él, parecía a la Tercera Princesa, acostumbrada a la imponente apostura de Genji y a su fuerte personalidad, un muchacho insípido que había sido educado más o menos como ella. Por otra parte, se sentía profundamente ultrajada por lo ocurrido, pues, aunque había opuesto muy poca resistencia, ahora achacaba todas las culpas al muchacho. Tanto su nodriza como sus azafatas de confianza sabían cuál era la verdadera causa de su misteriosa «indisposición» y lamentaban que las visitas de Genji fueran tan poco frecuentes.

—¿Recuerdas cuándo estuvo el señor aquí por última vez? Creo que hace mucho tiempo —comentó una de ellas, echando cuentas con los dedos.

El calor era ya intenso, y Muraki se hallaba en cama, con la cabellera recién lavada esparcida sobre las almohadas para que se secase. Los cabellos admiraban por su suavidad y su color de ala de cuervo (ni una sola cana había aparecido todavía), y, gracias a la labor de la azafata que cuidaba de ellos, no estaban enredados. Tenía la piel tersa y fina, casi iridescente, como si a través de ella brillara una extraña luz interior. Hermosa como nunca, parecía frágil como el caparazón de una cigarra.

La confusión se había adueñado de la mansión de Nijo, que, comparada con la de la Sexta Avenida, parecía estrecha y a punto de estallar de gente. Genji envió una brigada de hombres para que pusieran presentable el jardín, limpiaran el arroyo y replantaran los bancales de flores de modo que, cuando Murasaki pudiese salir a la galería, se encontrara con algo que le alegrara la vista. Mandó cubrir el lago con una alfombra de lotos, y, como si se hubiesen propuesto colaborar en la obra general de restauración, las gotas de rocío, en el césped de los caminos, parecían piedras preciosas.

—Mira al exterior —dijo Genji a Murasaki, y levantó las persianas—. Me siento inmensamente feliz de ver cuánto has mejorado. Durante tu

enfermedad me he sentido mil veces a punto de morir...

Murasaki se incorporó y, con lágrimas en los ojos, contempló el jardín renacido. Improvisó:

—El tiempo que falta hasta que me apague del todo será más breve del que dura una gota de rocío sobre la hoja del loto.

Y Genji le respondió:

—En este mundo o en el otro me tendrás siempre a tu lado como la gota de rocío que no abandona nunca la hoja de loto.

No tenía ganas de ir a visitar a la Tercera Princesa, de cuya indisposición tenía noticia, pero, temiendo que su prolongada ausencia acabara por molestar a su hermano el emperador y a su padre Suzaku, acabó por presentarse en el palacio nuevo. Tras ofrecerle las excusas de rigor, se interesó por su estado de salud. La princesa apartó los ojos y no dijo nada. Genji interpretó aquel silencio como resentimiento —era el primero en reconocer que a la dama no le faltaban razones para sentirse molesta—, e intentó razonar con ella, contándole la gravísima enfermedad que había atravesado «la dama del ala este», de la cual no había salido aún del todo. Al ver que la princesa seguía muda, llamó a unas azafatas de su confianza. Para su sorpresa, le hicieron saber como la cosa más natural del mundo que su consorte se encontraba en estado.

—¡Precisamente ahora! —exclamó el presunto padre—. ¡Y tan tarde!
[79] Estoy asombrado...

En cuanto Kashiwagi se enteró de que Genji estaba en el palacio nuevo, sufrió un ataque de celos y escribió una larga carta a la Tercera Princesa contándole su desazón. Kojiju se encargó una vez más de la entrega, aprovechando un momento en que Genji había salido del aposento.

—¡No me traigas esas cosas que detesto! —la riñó la princesa—. Únicamente sirven para ponerme peor.

—Lee sólo lo que está escrito al margen —le instó Kojiju—. Por fuerza te apiadarás de él...

Y, con estas palabras, desplegó la carta y la puso en manos de la dama. De pronto se oyeron los pasos inconfundibles de Genji, que regresaba. Como no había tiempo de destruir la carta ni de ponerla a salvo en un escondite seguro, la princesa, con el corazón a punto de estallar, la metió debajo del colchón sobre el que yacía. Genji venía a despedirse, pues había decidido regresar a la mansión de Nijo en cuanto cayera la noche.

—No parece que estés muy grave —le dijo—, y la dama del ala este no se encuentra todavía fuera de peligro. No quisiera que pensara que la he abandonado. Espero que me comprendas y que no hagas caso de lo que te digan los malintencionados.

Mientras su esposo hablaba, su joven consorte, tan alegre y despreocupada habitualmente, parecía muy apagada y evitaba mirarle a los ojos, actitud que él seguía atribuyendo al resentimiento. Para hacerse perdonar, se tendió a su lado sobre la colcha y, mientras trataba de distraerla, se hizo de noche. Derrotado por el cansancio y la tensión, cayó en un breve sopor del que le despertó el canto nocturno de las cigarras.

—Pronto será negra noche —dijo, poniéndose en pie para cambiarse.

—¿No puedes quedarte *hasta que la luna salga para guiar tus pasos*? —le preguntó ella.

Por un momento la halló encantadora. Era tan joven aún... y exigía tan poco. La damita improvisó:

—¿Crees que el rocío del crepúsculo ha de humedecer mis mangas, sólo porque la voz de la cigarra te ordena partir?

Genji suspiró profundamente y se arrodilló a su lado. Éste fue su poema:

—¿Qué sentirá ella ^[80] cuando llegue a sus oídos la voz de la cigarra? La canción de

este insecto es una endecha de pena y de dolor en todas partes.

Genji estaba indeciso, como si le tiraran de los dos brazos en direcciones opuestas. Al fin decidió permanecer allí aquella noche, pues le pareció cruel dejar a la princesa, aunque Murasaki ocupaba sus pensamientos. Hizo una cena ligera y se fue a la cama con su joven esposa.

A la mañana siguiente se levantó muy temprano: quería partir antes de que el calor se hiciese notar demasiado. Al advertir que le faltaba su abanico preferido, se puso a buscarlo por la antecámara, donde había sesteado el día anterior, pero no lo encontró. Al pasar junto al lecho de su esposa, descubrió un papel verdoso y arrugado que sobresalía entre el colchón y el cubrecama. Sin darle mayor importancia, lo cogió y lo sacó a la luz procurando no despertarla. El papel había sido escrito por una mano de hombre, y despedía un fuerte olor a perfume. Examinado el documento con atención, resultó ser dos hojas de papel escritas por Kashiwagi. Sobre este extremo no cabía la menor duda, pues conocía perfectamente su caligrafía diminuta.

La criada, que había traído un espejo a la habitación para peinarle, empezó a hacer su tarea, y no se sorprendió al verle con la carta en la mano, pues pensó que se trataba de algo que habrían estado leyendo Genji y su esposa la noche anterior. Pero Kojiju, que también se encontraba allí, se asustó tanto al reconocer, por su color, los papeles que ella se encargara de entregar el día anterior, que olvidó servirle el desayuno. ¡Estaba convencida de que la dama los había escondido a conciencia!

Mientras tanto la Tercera Princesa seguía durmiendo. ¡Qué cabecita loca era!, pensó Genji. Siempre creyó que los sentimientos carecían completamente de sentido para ella, y el hecho de que hubiese dejado aquella carta olvidada le convenció de que estaba en lo cierto. Se alegró de haberla encontrado él y no otro, pues cualquier otra persona hubiese podido sacar una impresión muy distinta. Cuando Genji hubo salido, Kojiju, muy agitada, se dirigió a su señora:

—¿Qué has hecho de la nota que te entregué ayer? Creo que he visto a Genji con la carta en las manos...

La princesa se derrumbó, víctima de un ataque de llanto. Kojiju la compadeció, pero no pudo evitar cubrirla de reproches: ¿cómo era posible que no la hubiese ocultado en un lugar seguro? Por fuerza le sobró tiempo para hacerlo.

—Entró mientras la estaba leyendo —se defendió ella—. No tuve tiempo de nada. La metí donde pude y me olvidé de la nota al instante...

Kojiju empezó a rebuscar debajo del colchón, pero no halló nada.

—¡Es espantoso! Daría cualquier cosa para que no hubiese ocurrido... El otro día Kashiwagi me pidió que te instara a extremar las precauciones... La posibilidad de que el señor llegue a enterarse de algo le aterroriza, y tú misma te encargas de que vuestro asunto se haga público... ¡Pero es muy propio de tu atolondramiento! ¿Cuándo te convertirás en *una mujer de verdad*? ¿Por qué aceptaste recibirlo? Y luego, ¿cómo perdisteis el control y permitisteis que ocurriera lo que ocurrió? De imaginarlo, nunca le hubiese guiado hasta tus aposentos... Y si le guié, fue después de *años* de pedírmelo, y convencida de que todo se reduciría a una delicada conversación con el *kichó* entre ambos...

Kojiju no se contuvo y riñó a la princesa como si fuese una persona de su misma clase, pero la víctima de sus reproches tenía tan poco carácter que no fue capaz de replicar, limitándose a seguir llorando desconsoladamente. Casi no comió en todo el día, y sus criadas atribuían su disgusto y postración a la indiferencia de Genji.

—Sólo tiene ojos y oídos para *la otra*, y dicen que ya está bien del todo... —murmuraban, maldiciendo a Murasaki.

En cuanto estuvo solo, Genji retomó la carta y la leyó atentamente. Aunque al principio la atribuyó sin dudarle a Kashiwagi, ahora le entraron dudas. La letra más parecía una imitación de la del primogénito de To no Chujo que la auténtica, y por un momento pensó que todo era una broma de mal gusto de alguna azafata. Pero el estilo del documento no sustentaba esta versión: sólo Kashiwagi podía haber escrito *aquello* y narrado con tanto detalle la consumación de su amor y la decepción subsiguiente. Esas cosas

no se ponen por escrito... ¿Cómo era posible que Kashiwagi, un hombre que pasaba por razonable, hubiese escrito una carta que colocaba en tan mala posición a una dama eminente? Las cartas se pierden y nunca se sabe quién las encuentra. Por ello, en sus tiempos de galán, Genji escribía siempre cartas lacónicas y llenas de evasivas, por más ganas que tuviera de redactarlas en otro tono... El primer sentimiento que se apoderó del ánimo del marido fue el menosprecio: si a veces y muy a su pesar había despreciado a su consorte por su inmadurez, ahora despreciaba también a su amante...

¿Qué iba a hacer con la Tercera Princesa? Las razones de su indisposición estaban perfectamente claras, y, además, había descubierto la verdad por sí mismo, sin necesidad de espías ni alcahuetes. ¿Iba a permitir que las cosas siguieran se curso como antes? Parecía lo más cómodo, pero le resultaba imposible... A lo largo de su vida, incluso en aventuras que se había tomado muy poco en serio, la menor prueba de que la mujer que era objeto de sus atenciones se hallaba interesada en otro hombre bastaba para matar su propio afecto de raíz. Y aquí había ocurrido bastante más. ¡Aquel muchacho había resultado un impertinente entrometido!

Se sabía de jóvenes que habían seducido a concubinas del emperador, pero la situación era muy distinta. A veces los jóvenes funcionarios y las mujeres «imperiales» coincidían en actividades y servicios cortesanos, y no debía extrañar que ocasionalmente naciera un interés recíproco entre dos de ellos, de modo que acabasen haciendo lo que nunca debieron hacer. Las mujeres del emperador eran, al fin, sólo mujeres. Si conseguían evitar el escándalo, el hombre seguía prestando sus servicios en la corte y no pasaba nada, pues se aceptaba el carácter promiscuo de la vida de palacio. ¡Pero la conducta de Kashiwagi le indignó! Haciendo un gran esfuerzo, había dedicado durante un tiempo razonable más atención a la Tercera Princesa que a Murasaki, ¡y su joven consorte se lo pagaba aceptando los favores de un botarate como Kashiwagi! Le parecía una historia inconcebible y sin precedentes...

Con todo, optó por callar. Se preguntaba si su padre llegó a saber algo de su relación con Fujitsubo y también guardó silencio. Recordaba su

propio terror de aquellos tiempos, y su conciencia no se cansaba de repetirle que, atendido su pasado, no estaba moralmente legitimado para dirigir reproches a los que «se apartaban del camino recto». A pesar de su amostazado mutismo, Murasaki se dio cuenta de que algo estaba pasando en el ánimo de su esposo. Como se encontraba casi bien, pensó que tal vez se sentía culpable por tener tan abandonada a la Tercera Princesa.

—Me siento mucho mejor —le dijo un día—, y he oído decir que su alteza no se encuentra bien. ¿Por qué no has permanecido más tiempo a su lado?

—No es ninguna mentira que «su alteza» esté un tanto indispuesta —respondió Genji—, pero no le pasa nada especialmente grave. Además, no paran de llegar mensajeros de la corte. Creo que hoy su padre ha enviado a alguien... Su hermano el emperador se preocupa porque su padre se preocupa, y, si ambos están preocupados, se supone que yo también he de estarlo...

—Yo, en tu lugar, me preocuparía menos de ellos y más de ella —dijo la dama—. No creo que se sienta muy feliz, y pasa la vida sin hablar con nadie... rodeada de criadas que no paran de llenarle la cabeza de habladurías de todas clases...

Genji se encogió de hombros y dijo:

—¡Resulta curioso! Se diría que piensas más en la Tercera Princesa que yo mismo: deberé ocuparme más de ella *en tu honor*, pero ignoro qué efecto puedan tener en el futuro mis esfuerzos sobre sus servidores... Quizás yo te parezca un hombre insensible, pero debo confesarte que, si logro evitar roces con el emperador, me doy por satisfecho... Y no pienso regresar al palacio nuevo hasta que tú puedas acompañarme...

Pasaban los días, y la pareja seguía viviendo en la casa de Nijo. La Tercera Princesa interpretaba su ausencia como señal indudable de que había caído en desgracia. No era la primera vez que su esposo no se presentaba en sus estancias durante semanas, pero entonces no había hecho nada que pudiera reprocharse, y jamás pensó que estuviera siendo castigada. También temía que su padre se enterara del desvío de Genji, pues seguramente llegaría a la conclusión de que ella «había hecho algo» para

merecerlo. Kashiwagi seguía escribiendo apasionadas cartas de amor hasta que un día Kojiju le contó *qué había ocurrido* con aquella plasmada sobre fino papel de color verdoso. La noticia estalló sobre su cabeza como un trueno. Hacía mucho calor, pero, al escuchar a su confidente, su cuerpo se enfrió como el de un muerto. Pensó que iba a morir. Genji lo había distinguido siempre con su afecto, le había colmado de favores y elegido como amigo y consejero. Tenía, pues, mil razones para estarle profundamente agradecido. ¿Cómo iba a poder mirarle a la cara? Si evitaba completamente la mansión de la Sexta Avenida, la gente se extrañaría y daría nuevas razones a Genji para considerarle culpable. Enfermo de angustia, dejó de acudir a la corte, y no por temor a un castigo, sino porque cada vez estaba más convencido de que había echado a perder su vida. Nada podía ser peor de lo que era, y se odiaba por haber dejado que sucediera lo que sucedió.

A ratos creía detestarla: todo empezó el día del partido de *kemari*, cuando ella se mostró de manera tan inmodesta con las persianas de sus aposentos levantadas, se decía... Y luego ocurrió el incidente del gato. Yugiri había reaccionado de un modo muy distinto, y ahora empezaba a comprenderle. ¿Estaba tratando Kashiwagi de buscar lo peor en la princesa para romper los lazos que le unían a ella tan fuertemente? Aquella criatura, por más que fuera capaz de deslumbrar con su gentil elegancia, carecía de sentido de la responsabilidad y no era capaz de mostrarse leal con nadie, se repetía una y otra vez, y el hecho de que hubiese puesto su nota donde la había puesto, lo hacía patente. Y, sin embargo, por más que insistiera en representarse sus defectos, no pudo dejar de interesarse por ella, y la compadecía profundamente.

También Genji la compadecía, y, aunque trataba de convencerse de que la había desterrado de sus pensamientos, no era exactamente así. Seguía encontrándola hermosa y, cuando estaba su lado y la veía incapaz de articular una palabra, sentía un profundo dolor. Empezó a encargar ceremonias y plegarias para evitarle problemas en el parto y, aparentemente, la trataba en público como antes, pero ambos eran conscientes de que una enorme distancia los separaba. En el mutismo de él leía ella un constante

reproche que la sumía en un agónico sentimiento de culpabilidad. Aunque la inocencia puede ser una virtud, cuando equivale a imprudencia e irresponsabilidad sólo puede inspirar desconfianza.

Lo ocurrido llevó a Genji a interrogarse sobre otras mujeres, empezando por su propia hija, la consorte imperial. La princesa de Akashi era una dama muy atractiva y amable, y podía perfectamente hacer perder la cabeza a un hombre, tal como le había ocurrido a Kashiwagi, porque no a todos asusta el hecho de que la dama esté muy por encima de ellos.

Luego pensó en Tamakzura. Había crecido en la estrechez sin que nadie se ocupara de ella como es debido, pero era lista y, hasta cierto punto, una buena manipuladora. Genji había convencido al mundo de que era su padre, pero le había causado unos problemas que los padres no suelen provocar. La dama había sabido darle esquinazo, y, cuando Higeкуро convenció a una de sus sirvientas para que le hiciese de alcahueta y logró que le introdujera a su presencia, ella dejó muy claro que no había tenido nada que ver con el asunto y salió impoluta a los ojos de la sociedad. Finalmente, convenció a todos de que, al aceptar la proposición del general, lo hacía para «comenzar de nuevo» y nadie la criticó. Tomada en su conjunto, fue una representación digna de una actriz consumada. Aunque sin duda en una vida anterior había sido predestinada para convertirse en consorte de Higeкуро, no le hubiese hecho favor alguno que la gente hubiera empezado a hurgar en los inicios de su relación para acabar afirmando que había sido ella la que había arrebatado el hombre a su infeliz esposa.

También pensó en Oborozukiyo, la dama que conociera la noche del claro de luna brumoso. Desde el principio le pareció una mujer más complaciente de lo correcto. Lamentó enterarse de que había acabado tomando el hábito, y le escribió una carta muy larga en la que dejaba constancia de su pena. Concluía así:

«¿Cómo puede dejarme indiferente que te
hayas hecho monja? ¿Quién fue la culpable
de que me tocara vivir, triste, en Suma como
un pescador? [81]

»Sé de la impermanencia de la vida, y lamento que te hayas anticipado a mi propósito, pero me siento herido porque me has dejado de lado. Confío en que me tengas muy presente en tus plegarias.»

Durante años Genji se había estado oponiendo al deseo de la joven de entrar en religión. En cuanto recibió su carta, la monja recordó el vínculo cruel y poderoso que los había unido y, temerosa de que aquélla fuese la última, escribió la respuesta con sumo cuidado. La caligrafía y las gradaciones de tinta la salieron magistrales. Decía:

«Yo pensaba que era la única en reconocer la impermanencia de todo. Tú me aseguras que te he tomado la delantera, pero

»¿Cómo es posible que el bote de Akashi haya pasado de largo ante ti? Tú, que en la costa de Akashi viviste tan solitario y aburrido... [82]

»En cuanto a mis plegarias, debo rezar por todo el mundo...»

La escribió en papel de color gris-verdoso y la sujetó a una rama de anís. El resultado no era excesivamente original, pero lo hizo con sumo cuidado. Al recibirla, Genji la mostró a Murasaki, pues todos sabían que aquella relación era ya cosa del pasado.

—No está mal —dijo Genji—. Nunca debí dejar que renunciara al mundo antes que yo. He vivido episodios muy tristes que me han dejado muy mal sabor de boca. Sólo he conocido dos mujeres que pudiera considerar amigas, es decir, esa clase de personas con las cuales se puede hablar de cualquier cosa que te importe con la seguridad de que también les interesará: Asagao [83] y esta dama, y ahora ambas son monjas. Estoy seguro de que se ha entregado por completo a sus devociones y no piensa ya en nada más. Lo cierto es que nunca conocí a una dama cuyo talante combinara mejor el encanto y la seriedad.

»No resulta fácil educar a una hija. De entrada, empiezas por ignorar qué karma ha traído consigo de vidas anteriores... Y, para asegurarse un mínimo de éxito, hay que prodigarle mil atenciones y cuidados. Visto desde la distancia, me alegra haber tenido tan pocas. Cuando era joven, lo

lamentaba, envidiaba a To no Chujo, y me decía que nunca se tienen bastantes. Y ahora te ruego que prodigues tus atenciones a la princesita. Mi hija, la consorte imperial, es muy joven aún y debe ocuparse de muchas cosas. Sentiría mucho que criticasen a mi nietecita. Espero que la suerte le tenga reservada una vida feliz. Las mujeres de rangos inferiores lo tienen más fácil a la hora de encontrar un marido que se ocupe de ellas, pero una princesa es algo muy distinto.

—Haré lo que pueda por ella —dijo Murasaki—, *mientras pueda*. Y no creo que sea por mucho tiempo.

En su fuero interno, envidiaba a las dos damas que se habían liberado de las cuitas mundanas a través de la religión.

—Me temo que le ha costado adaptarse al hábito monjil —comentó Genji, pensando en su prima, la esquiva Asagao—, y me gustaría saber qué tal domina los trucos de su nuevo oficio. ¿Por qué no le encargamos un guardarropa? Sobrepellices y cosas por el estilo... ¿Te ves con ánimo de dirigir las labores de las modistas? Quizás Hanachirusato pueda asesorarnos, pues parece muy impuesta en cuestión de vestiduras clericales. Todo muy sencillo, elegante, sobrio y femenino a la vez...

Murasaki eligió diversas telas verdosas, y convocó en la casa de Nijo un grupo de modistas hábiles que, bajo su supervisión, se pusieron a coser almohadones, cortinas y colchas adecuadas para una monja.

VI

La visita anunciada al emperador Suzaku se pospuso hasta otoño. Como el aniversario de la muerte de la princesa Omiya caía en el octavo mes, Yugiri no tenía tiempo para preparar músicos y dirigir ensayos. En el noveno mes se conmemoró el aniversario de la muerte de Kokiden, madre de Suzaku, de modo que se fijó la tan anunciada visita para el décimo mes. Pero, no encontrándose bien la Tercera Princesa, volvió a postergarse.

La princesa Ochiba, esposa de Kashiwagi, compadecióse de su padre, y, ya que su hermana no podía, decidió visitarlo ella. Su suegro To no Chujo, ahora jubilado de su cargo de canciller, se encargó de que el acontecimiento tuviera un esplendor sin precedentes. En aquel tiempo Kashiwagi estaba muy postrado: no obstante, se sumó a la visita. Mientras tanto, la Tercera Princesa vivía recluida en sus aposentos del palacio nuevo, pues no quería que nadie fuera testigo de sus angustias, y tal vez por ello tuvo un embarazo difícil. Génji, viéndola tan frágil, estaba muy preocupado y llegó a temer lo peor. Para conjurarlo, pasaba el tiempo en devociones y servicios religiosos.

La noticia del embarazo de la joven consorte de Genji llegó a oídos de su padre, que seguía viviendo en su refugio entre montañas, y le hizo saltar de alegría. Pero alguien le hizo saber que Genji vivía en su antigua casa de Nijo y la visitaba muy poco. No podía entenderlo: ¿cómo había de interpretar aquella indiferencia? No hay nada más misterioso que las interioridades de los matrimonios, se decía, pero le constaba que durante la larga enfermedad de Murasaki, su yerno no se había movido de su lado. Y

ahora que, según parecía, Murasaki ya se había recuperado, Genji seguía sin visitar a la Tercera Princesa. Suzaku temió una conspiración de azafatas y criadas, pues recordaba que, en sus tiempos de emperador, más de una vez circularon rumores malignos por la corte sin otra finalidad que la de ensuciar la buena fama de alguna mujer. ¿Estaba siendo su hija víctima de una canallada de este tipo? Sea como fuere, tenía el deber de intervenir para aclarar las cosas. Había renunciado al mundo, pero seguía siendo padre.

Decidió que lo primero que debía hacer era comunicarse con ella, y le escribió una carta muy larga, en la que, entre otras cosas, le decía:

«Quizás pienses que me he olvidado de ti porque llevo mucho tiempo sin escribirte. Lo cierto es que no tenía nada que contarte. Ahora me doy cuenta del tiempo transcurrido desde mi última misiva, y me riñó severamente por mi imperdonable negligencia. Me han llegado noticias de que no te encuentras bien. Quiero que sepas que te tengo siempre presente tanto en mi pensamiento como en mis plegarias. ¿Cómo te encuentras? Debes tener paciencia pase lo que pase y por más sola que te encuentres. En todo caso, procura no dar a entender a Genji que estás molesta por su prolongada ausencia. Seguramente quedan muchas cosas por aclarar.»

La carta llegó en una de las raras ocasiones en que Genji estaba con ella. La leyó de arriba abajo y comentó, suspirando:

—¡Qué triste!

Estaba seguro de que Suzaku no sabía nada del terrible secreto que se hallaba detrás del asunto, y achacaba todas las desgracias a la negligencia de su yerno.

—¿Qué piensas contestarle? —preguntó Genji a su consorte—. Lamento profundamente esas noticias tan llenas de melancolía. Es posible que tenga ciertas causas para no estar del todo satisfecho de ti, pero puedo proclamar, en mi propio honor, que hasta ahora las he guardado para mí solo. ¿Quién le habrá ido con el cuento?

La princesa se sonrojó de vergüenza, y volvió el rostro, y Genji hubo de reconocer que, aunque había perdido peso en los últimos tiempos, seguía siendo muy bella.

—Le preocupa la idea de dejarte atrás tan joven *e inocente* —prosiguió, y su discurso estaba lleno de ironía—. Pues bien, también me preocupa a mí. Espero que ahora te andes con un poco más de cuidado. Lamento profundamente que la situación actual de los dos no sea como tu anciano padre hubiese deseado, pero, si se empeña en atribuir mi actitud a negligencia por mi parte, me veré obligado a explicarle cosas que pueden acelerar su fin. El problema es que eres voluble en extremo y te dejas influir con facilidad. Por otra parte, empiezo a pensar que yo estoy demasiado viejo para despertar tu interés. Esas consideraciones no me hacen sentir especialmente feliz, pero, a pesar de ello, pienso que podemos seguir conviviendo con relativa normalidad, al menos el tiempo que le reste por vivir a tu padre. Y quizás puedas intentar, con un poco de esfuerzo, despreciar menos a este pobre anciano que, al fin y al cabo, eligió tu progenitor para ti. Suele decirse que las mujeres son débiles y poco de fiar, pero debes saber que al menos dos ^[84] se me han adelantado en el camino que siempre he querido tomar. Por más indeciso y lento de reflejos que pueda parecerme yo, no queda mucho que me ate a este mundo. Y, sin embargo, cuando tu padre me eligió para que me ocupara de ti después de su retiro, me sentí complacido y honrado por la confianza de un santo varón. Si ahora le imito y hago lo que él hizo, me acusará, con razón, de no haber cumplido sus deseos.

»Ninguna mujer de cuantas han compartido mi vida va a oponerse a mis propósitos. Ignoro, naturalmente, qué suerte reserva el futuro a mi hija, ^[85] pero, de momento, va teniendo hijos del emperador, y, si atiendo a sus necesidades mientras pueda, no veo razón alguna para preocuparme de qué será de ella después. Mis compañeras han alcanzado todas una edad que las pone a salvo de hacerme reproches por lo que yo haga o deje de hacer: es más, si abandono el mundo, es posible que más de una decida seguir mis pasos. Piensa que no parece probable que tu padre viva mucho tiempo. Siempre fue un hombre enfermizo y últimamente se le conocen depresiones y achaques nuevos... Imagino que no deseas que, en su última etapa en la tierra, lleguen a sus oídos rumores que serían como un infierno en vida para él. No nos preocupemos demasiado por este mundo, pues no vale la pena,

pero no hagamos nada que pueda interponerse en el camino de su salvación...

El discurso de Genji hizo llorar a la princesa, que se sentía profundamente incómoda. Finalmente, el propio Genji, temiendo que se había excedido, rompió en llanto.

—¡Ya lo ves! ¡Cuentos de vejstorios! —declaró, procurando quitar hierro a su sermón—. No puedo soportarlos cuando me los vienen a explicar, y aquí estoy yo, obligándote a escucharlos. Seguro que me tienes por un anciano medio chalado, enojoso y prolijo...

Procurando mostrarse amable, le acercó recado de escribir mientras él mismo se ponía a prepararle la tinta y elegía un papel adecuado para la respuesta. A la princesa le temblaba tanto el pulso que no era capaz de escribir una sola palabra. Al fin se serenó un poco, pero, no siendo capaz de componer ni una sola frase, su esposo acabó por dictarle la carta. Genji dejó de compadecerla (sus sentimientos hacia ella variaban con extrema facilidad), y le dijo:

—¿Qué hay de tu visita? Estamos casi a fin de mes, y tu hermana le visitó no hace mucho con una solemnidad que ha admirado a todos. Tal como te encuentras, si le visitas ahora las comparaciones nos resultarán francamente desfavorables. El mes que viene debo participar en unas ceremonias de aniversario y el fin de año es una época tremendamente agitada. Tal vez tu visita le ocasione alguna desazón, pero no podemos postergarla por más tiempo. Haz un esfuerzo por parecer más alegre y menos fatigada.

Genji siempre había llamado a Kashiwagi cuando tenía en perspectiva algo importante, pero en los últimos tiempos se había abstenido de hacerlo. Aunque temía que la gente considerara extraño su silencio, le repugnaba la idea de tener delante al hombre que le había engañado con su esposa y pensaba que le costaría mucho ocultar su profundo disgusto. Le alegró sobremanera que la postración de Kashiwagi le impidiera participar en todo tipo de actos públicos. Sólo Yugiri sospechó algo: conociendo la susceptibilidad erótica de su joven amigo, estaba convencido de que la visión que se le ofreció después del famoso partido de *kemari* de la

primavera pasada, en el que él también había participado, le había afectado profundamente. Era obvio que ignoraba cuanto había sucedido luego.

Llegó el mes duodécimo y se señaló día para la visita. La casa de la Sexta Avenida se llenó con la música y las danzas de los que se preparaban para el magno acontecimiento. La propia Murasaki, que en un principio había decidido retrasar su regreso al palacio nuevo, pensó que aquella gozosa algarabía le ayudaría a olvidar sus penas y, al poco, volvía a ocupar sus aposentos del ala sureste. También la princesa de Akashi se encontraba en la mansión con su hijo Niou y el que acababa de tener, otro varón. Genji pasaba la vida junto a sus nietos, y, en su fuero interno, se reconcilió con una vida más larga de la que seguramente hubiera deseado. Tamakazura hizo acto de presencia, pues quería supervisar los ensayos y, como tenían lugar bajo la dirección de Yugiri en el ala noreste de la mansión, Hanachirusato no se sentía excluida de la animación general.

Todos echaban de menos a Kashiwagi, pero, aunque Genji le había invitado repetidas veces, el joven se excusaba invariablemente alegando su poca salud. Son los nervios, pensaba Genji, y le dirigió una carta más cálida y apremiante que las anteriores. Cuando To no Chujo se enteró, reprendió a su hijo por su desinterés, y le instó a que aceptara la invitación de su tío para no hacerle quedar en ridículo.

—¡Después de todo, tampoco te encuentras tan mal! —le dijo en un tono que no admitía réplica, de modo que Kashiwagi, muy a su pesar, hubo de obedecer.

Cuando llegó al palacio nuevo, los invitados más importantes estaban aún por llegar. Como en anteriores ocasiones, se le hizo pasar a una estancia que Genji utilizaba como sala de estar. Aunque siempre había sido un joven de aire solemne y melancólico, sobre todo si se le comparaba con sus hermanos, de temperamento mucho más vivaz, la enfermedad había dejado una huella profunda en él, y se le veía más taciturno de lo habitual. La mayoría de los cortesanos hubiese afirmado que, por su apostura, merecía ser yerno de un emperador, pero Genji lo tenía por un botarate que no sabía comportarse. Exactamente igual que la Tercera Princesa.

Aunque había dureza en la mirada que Genji clavó en él, su discurso sonó afable:

—Hace tiempo que no tengo nada que consultarte. Por otra parte, como tú bien sabes, en los últimos meses me ha tocado vivir rodeado de gente enferma, de manera que no he tenido tiempo para casi nada. Mi esposa la princesa quería hacer algo en honor de su padre, pero mil tropiezos nos han obligado a ir posponiendo el festejo, y el año está a punto de acabar. Aunque nuestra visita carecerá del esplendor que todos habríamos deseado, haremos lo que podamos, y le ofreceremos un banquete de acuerdo con su nuevo estado. En fin, tal vez me haya expresado mal... El caso es que tenemos a nuestros principitos y los estamos introduciendo en los secretos de la danza. Confío en que al menos *eso* no le defraudará. Quiero que colabores con Yugiri en los ensayos. Sólo así lograrás hacerte perdonar tu larga ausencia.

Nada notó Kashiwagi en el discurso de Genji que sugiriera reproches o dobles sentidos. No obstante, se sentía muy confuso y temía que su confusión se notara. Al fin, tras hacer muchos esfuerzos por serenarse, logró decir:

—Las noticias que me han llegado sobre las enfermedades de la dama del ala este y de la Tercera Princesa, me afectaron mucho, pero desde la primavera pasada me han dolido las piernas, y casi no podía andar, de manera que he vivido como un anacoreta. Pero ahora tenemos en perspectiva el quincuagésimo aniversario del ex emperador, y mi padre afirma (creo que con razón) que no podemos mantenernos al margen del acontecimiento. Él ha abandonado todos sus cargos, y, en consecuencia, no suele participar ya en ceremonias, pero, a pesar de mi insignificancia, me ha elegido representante de la familia para mostrar nuestra gratitud por todas las bondades que recibimos de Suzaku. De manera que aquí me tienes, dispuesto a acompañaros. Creo que la visita sencilla que se ha planeado es lo más adecuado en estas circunstancias.

Genji le agradeció que no mencionara la visita, mucho más fastuosa, que hiciera su consorte, la princesa Ochiba.

—No haremos gran cosa —le tranquilizó—, pero tampoco haremos tan poco que la gente pueda acusarnos de avaricia o de falta de respeto. Si tú te ocupas de los preparativos, estaré mucho más tranquilo. Yugiri hace lo que puede, pero tengo mis dudas acerca de su competencia en el terreno artístico. Y Suzaku es un crítico excelente en materia de música y danza, de modo que, si hacemos poco, debemos hacerlo a la perfección. Por ello quiero que ayudes a Yugiri a instruir a los niños. Los maestros de danza profesionales son un auténtico desastre. Tienen sus recursos que han venido utilizando toda la vida, pero son incapaces de imaginar algo realmente novedoso.

No hubiese podido mostrarse más cortés, y Kashiwagi se lo agradeció en el alma, pero, cuando salió de la estancia, seguía tan tenso e incómodo como cuando entró. Habló poco y únicamente pensaba en escapar. Los ensayos se desarrollaban en el ala noreste, y Kashiwagi se dirigió a ella. Su primera actuación consistió en revisar el vestuario que Yugiri había elegido, y se ganó la alabanza de Genji al añadir algunos toques maestros que al otro se le habían pasado por alto. Aunque sólo se trataba de un ensayo, Genji no quería que las damas del palacio se sintiesen defraudadas. Estaba previsto que el día de la visita los bailarines llevaran túnicas encarnadas y blusas de color púrpura, pero para el ensayo se pusieron túnicas de color rosa forradas de rojo y blusas verdes. En la galería que conducía al pabellón de los Pescadores, al sureste del edificio principal, habían dispuesto asientos para treinta músicos, y todos comparecieron vestidos de blanco. Los danzarines hicieron su entrada desde detrás de la colina artificial al son de «La ermita de las brumas». Cayeron unas cuantos copos de nieve, aunque el tiempo era casi primaveral y se hubiesen podido confundir con pétalos. Los ciruelos empezaban a florecer. Genji contemplaba el espectáculo detrás de una persiana, flanqueado por Hyobu y Hige-kuro, y el resto de los cortesanos estaban junto a la galería. Como se trataba de algo completamente informal, se sirvió sólo un ligero tentempié.

El cuarto hijo de Hige-kuro, el tercero de Yugiri y dos del príncipe Hotaru bailaron «Miles de años». Todos eran hermosos y evolucionaron con un porte profundamente aristocrático. Parecían (o, al menos, los

espectadores creyeron que parecían) la encarnación de la elegancia misma. El segundo hijo de Yugiri, que lo era también de la hija de Koremitsu, y un nieto de Hyobu, hijo de un oficial de la guardia de la familia de los Minamoto, bailaron la danza del «Ciervo real». El tercer hijo de Higekuro interpretó, con una máscara sobre el rostro, una danza muy teatral sobre cierto general chino famoso por su hermosura ^[86] y el primogénito de Yugiri la del dragón coreano. Y luego el cuerpo de baile danzó «Paz», «Alegría de primavera» y otros números muy conocidos. A medida que caía la tarde, Genji hizo subir las persianas, y, al ganar la fiesta en animación, sus nietos se superaron en todo tipo de bailes. Sus maestros habían logrado sacar el máximo partido de sus talentos innatos, y todos se alegraron de que no hubiese que elegir al mejor, pues la decisión hubiese resultado casi imposible. Los espectadores lloraban de emoción, especialmente el príncipe Hyobu, cuya nariz roja brillaba como una linterna.

—¡Cuánto nos cuesta a los viejos retener las lágrimas! —dijo Genji, y, mirando a Kashiwagi, añadió—: ¡Muy bien, Kashiwagi! Hay que reconocer que te has lucido, pero no nos mires con ese aire de desprecio... Espera unos cuantos años, y ya verás como te ocurrirá lo mismo... Bastará con un par de copas de vino para que tus ojos derramen cubos de llanto...

Kashiwagi no contestó y Genji se le acercó para verlo mejor. Aunque el joven no había probado el vino (en realidad, era el único hombre sobrio de la asamblea), apenas se tenía en pie. Genji estaba a todas luces bromeando, pero Kashiwagi acusaba todas y cada una de sus palabras como otros tantos dardos dirigidos contra él. Le ardían las sienas. Genji se dio cuenta de que sólo había estado fingiendo que bebía, pues, cada vez que la copa llegaba a sus manos, la vaciaba debajo de la mesa, pero tenía que reconocer que era el más hermoso de los invitados.

Llegó un momento en que el joven ya no pudo aguantar más, y, aunque la fiesta no daba señales de acabarse, se levantó como pudo y abandonó la estancia. Ni él sabía qué le estaba ocurriendo. A veces se había emborrachado a conciencia, pero aquella noche no había probado el vino, aunque muchos, al verlo tambalearse, hubiesen jurado que estaba como una

cuba. ¿Estaría siendo víctima de una repentina subida de presión, achacable a los nervios? Sea como fuere, se sentía avergonzado de sí mismo.

Pronto pudo verse, sin embargo, que no se trataba de una simple jaqueca o de una indigestión, sino de los primeros síntomas de una enfermedad terrible. Su madre propuso que se trasladara al hogar paterno, donde se le podría atender mucho mejor, pero su esposa, la princesa Ochiba, no parecía aprobar la medida. Durante los meses que había durado su anterior postración, la dama hizo cuanto pudo para que la relación entre ambos mejorara, y, aunque no podía decirse que hubiese obtenido un gran éxito, se negaba a separarse de su lado, temiendo que no volvería a verlo nunca más. La madre de la dama dio a conocer también su opinión:

—Los padres no deben meterse en la vida de sus hijos y de sus consortes. No me importa qué enfermedad tenga Kashiwagi, pero me opongo a que salga de su casa por tanto tiempo. «Hasta que se haya recuperado», dicen... pero ¿es que no puede recuperarse *aquí*?

—Sé que, en alcurnia, soy muy inferior a tu hija —dijo Kashiwagi desde el otro lado del *kichó*—, pero siempre confié en que, andando el tiempo, iría escalando posiciones en la corte hasta hacerme digno de ella. Sin embargo, desde que caí víctima de esta terrible enfermedad, perdí toda esperanza de prosperar, y sólo me importa dejar constancia de mis tiernos sentimientos hacia su persona. ¿Tendré tempo suficiente? Nadie puede asegurarlo... En todo caso, no voy a ir a otra parte...

Pero su madre, terriblemente angustiada, envió a otro mensajero a exigir su traslado inmediato.

—¡Siento mucho los males de Kashiwagi! Ha dejado de pensar en mí. Cuando era pequeño y se encontraba mal, yo dejaba de lado a todos mis demás hijos para cuidarle... Y a él le encantaba tenerme a su lado...

Al fin no pudo aguantar por más tiempo, y se presentó en casa de su hijo. Ante tanta insistencia, Kashiwagi se sintió incapaz de resistir. Debía reconocer que siempre había sido el hijo predilecto de su madre, quizás por su condición de primogénito.

—Dice que no vive si no estoy a su lado —explicó el joven a su esposa y a su suegra—, y, ahora que me encuentro gravemente enfermo, sería una

ofensa rechazar su ofrecimiento. Acudid rápidamente en cuanto os lleguen noticias de que el fin es inminente. Estoy seguro de que volveremos a encontrarnos. Probablemente he sido un hombre estúpido y falto de carácter, y me temo que vuestra opinión sobre mí diste mucho de ser favorable. Lo cierto es que nunca pensé que moriría tan joven, y confiaba en que, con el tiempo, me haría más digno del amor de mi esposa...

Cuando abandonó la casa, resultaba difícil determinar cuál de los cuatro afectados lloraba más. He aquí cómo tuvo lugar el traslado del enfermo a la mansión paterna, mientras Ochiba permanecía en la suya, sumida en un estado de terrible agitación. El palacio de To no Chujo entró en ebullición para recibirlo. La enfermedad llevaba largo tiempo gestándose y al principio no pareció importante, atribuyéndose a un ataque de beri-beri. Pero poco a poco había ido perdiendo el apetito como si una fuerza misteriosa lo estuviera corroyendo por dentro. La corte entera lamentaba profundamente que un joven tan erudito y prometedor, con un futuro espléndido por delante, hubiera caído víctima de aquel mal inexplicable, y los mensajes de los cortesanos y del propio emperador, interesándose por su estado, llegaban sin cesar. También Genji estaba asombrado y no cesaba de enviar mensajes a To no Chujo, mientras Yugiri no se movía de la cabecera del enfermo.

La visita al emperador Suzaku se había fijado para el día veinticinco del duodécimo mes, pero la enfermedad de Kashiwagi había quitado las ganas de fiesta a todos, de manera que la fecha parecía ahora absolutamente inadecuada. Pero aquella visita había sido pospuesta tantas veces que ya nadie se atrevía a hablar de una nueva cancelación, pues la Tercera Princesa lo hubiese podido interpretar como una ofensa personal. Consiguientemente, la ceremonia tuvo lugar el día previsto, y se recitaron plegarias en cincuenta templos, mientras en el santuario de Suzaku se procedía a una lectura solemne del sutra del Gran Buda Vairocana...

Capítulo 36 Kashiwagi

I

Llegó el año nuevo sin que se apreciara alteración alguna en la salud de Kashiwagi. Todos temían que pronto asistirían a un fatal desenlace, y el propio enfermo no deseaba evitarlo. Si, a veces, parecía oponer resistencia a su destino, lo hacía sólo para contentar a sus padres y no darles a entender cuan poco le importaba la separación que se avecinaba, una separación cuya mera posibilidad los tenía sumidos en la mayor de las aflicciones. Desde muy pequeño el único sentimiento que no fue capaz de soportar fue el de inferioridad. En lo grande y en lo pequeño, si no podía alzarse con el primer premio, se sentía terriblemente infeliz, se menospreciaba a sí mismo y pensaba que su vida carecía de sentido. Alguna vez, al ver sus deseos frustrados por la oposición de sus padres, había llegado a desinteresarse tanto del mundo que se había planteado abandonarlo, hacerse monje mendicante y lanzarse a las montañas y a los marjales. Y, sin embargo, nunca llegó a dar el paso decisivo. Mientras tanto habían ocurrido cosas, cuya responsabilidad sólo a sí mismo atribuía, y que habían determinado que no pudiera mostrarse en público.

No se quejaba de los dioses, como hacen otros: él y únicamente él era el culpable de todo. Ningún hombre vive mil años como el pino, y prefería irse ahora, cuando aún dejaba atrás personas que lo llorarían y se acordarían de él con ternura. Con un poco de suerte, quizás se haría merecedor de algún suspiro de aquella que fue el origen de todos sus males... Morir ahora con la esperanza de verse perdonado por el hombre que había agraviado con su conducta irresponsable era mil veces preferible a seguir viviendo y acarrear la desgracia y el deshonor sobre sí mismo y la dama de sus anhelos. Tal vez, teniendo en cuenta que no tenía otros pecados de qué acusarse, Genji acabaría por devolverle su afecto. ^[87]

Incapaz de quitarse esos pensamientos de la cabeza, pasaba la vida postrado en el lecho llorando, hasta el extremo de que su almohada estuvo a punto de verse arrastrada por el torrente de sus lágrimas. Un día que se sintió algo mejor, aprovechó la ausencia de sus padres para escribir una carta a la Tercera Princesa. Decía así:

«Seguramente ha llegado a tus oídos que estoy gravemente enfermo. Comprendo perfectamente que no hayas hecho nada por saber algo de mí, pero me siento muy triste.»

Estaba tan débil que no pudo seguir escribiendo, y sólo tuvo fuerzas para añadir:

«Incluso en la nube de humo que se levante de mi pira funeraria, brillará como el sol en el cielo el resplandor inextinguible de mi amor por ti.

»Una palabra de compasión aplacaría la tempestad de mi pecho y encendería una luz en el camino oscuro que he elegido.»

Una vez más hizo llegar la carta a Kojiju con una nota para ella en la que le hablaba de sus sufrimientos y le imploraba que le permitiera ver a la dama por última vez. Kojiju había estado muy ligada a la casa de To no Chujo, pues tenía parientes entre sus servidores, y, aunque desaprobaba formalmente aquella relación con todas sus fuerzas, sintió piedad de aquel hombre cuya muerte todos daban por segura.

—Contéstale, señora —imploró a la Tercera Princesa, llorando a mares—. Sólo por esta vez. No habrá otra ocasión.

—Lo siento por él y lo siento por mí —contestó la dama—. Cualquiera de los dos podría morir mañana pero lo que ocurrió fue demasiado horrible. No me siento con fuerzas para ponerme a escribirle.

No puede decirse que la princesa pecara de exceso de prudencia, pero, después de lo ocurrido, su esposo la tenía atemorizada, y no se cansaba de darle a entender de mil maneras que estaba muy disgustado con ella. Pero Kojiju insistió y le acercó recado de escribir, hasta que, con mano

temblorosa, la dama garrapateó una respuesta que entregó a su criada. Al anochecer estaba en poder de Kashiwagi.

La tranquilidad que había reinado hasta entonces en los aposentos del enfermo empezó a verse turbada: To no Chujo, negándose a admitir que el fin de la vida de su hijo era inminente, llamó a un asceta que vivía en el monte Katsuragi, famoso por sus curas milagrosas y que, una vez allí, trató de superarse a sí mismo en encantamientos y conjuros de todo tipo. Como no parecía suficiente, los hermanos del enfermo se lanzaron por montes y valles a reclutar chamanes que pudieran ayudar al moribundo, y empezaron a acudir, por iniciativa propia, monjes mendicantes de todas partes dispuestos a ofrecer sus plegarias a cambio de una limosna. Los síntomas no delataban ninguna dolencia específica: tan pronto Kashiwagi se deshacía en sollozos como entraba en un estado casi cataléptico. Los adivinos estaban de acuerdo en afirmar que había sido poseído por el espíritu de una mujer celosa, y To no Chujo pensaba que quizás no andaban desencaminados. Pero aquel fantasma, fuera quien fuese, se negaba a abandonarle por más que los chamanes recurrieran a médiums y a todo lo que pudiera parecer mínimamente útil. El asceta de Katsuragi, un hombre imponente de mirada glacial y voz amenazadora, se puso a recitar ensalmos místicos junto al enfermo.

—¡Que calle este hombre! —gritó Kashiwagi—. No puedo soportarlo más. Por fuerza mis pecados son horribles, pero su voz me aterroriza, y tengo la impresión de que el fin se acerca por momentos.

El joven se levantó de la cama como pudo y se fue a la estancia contigua. Su verdadera intención era encontrarse con Kojiju, pero su padre estaba convencido de que se había ido a dormir. To no Chujo había dejado atrás la juventud pero aún era un hombre robusto y vivaz, y verle discutir los males de su hijo con aquella caterva de curanderos y santones resultaba un espectáculo patético. Kashiwagi le oyó decir:

—Estoy seguro de que nos hallamos ante un caso de posesión, y os ruego que no paréis hasta averiguar a quién pertenece el espíritu culpable de su desgracia...

Mientras tanto el joven hablaba con Kojiju con voz insegura, y de vez en cuando le daban unos extraños ataques de risa nerviosa:

—Escúchales —le decía—. Supongo que los adivinos habrán averiguado que se trata del espíritu de una mujer, pero estoy seguro de que mi padre no sabe nada de la historia. Si se trata del espíritu de ella, ^[88] me odiaré un poco menos a mí mismo... Me consta que otros han caído en idéntico error, y, aspirando a damas que estaban fuera de su alcance, han arruinado sus vidas... Pero aunque yo me lo pueda confesar a mí mismo, el tormento sigue adelante. No me siento capaz de enfrentarme al mundo sabiendo que él lo sabe. Su imponente grandeza me anonada, y, desde la noche en que me habló, he perdido el control sobre mí mismo por completo, y siento como si mi espíritu estuviera ya vagando por el mundo de las sombras...

Kojiju le contó los temores de la Tercera Princesa a ser espiada y su terrible postración.

—No hablaré más de tu señora —dijo Kashiwagi—, pero lamentaría mucho que mi pecado se interpusiera en el camino de su salvación. En cuanto me entere de que ha pasado sana y salva por el trance que la espera, estaré a punto para marchar yo... ¿Te acuerdas del sueño que tuve? La gata que me seguía... Nunca consulté a nadie, pero desde el primer momento adiviné su significado... aunque no se lo he contado a nadie.

Kojiju estaba horrorizada: la actitud concentrada del enfermo ya no era humana sino la propia de una criatura infernal. Y, sin embargo, seguía compadeciéndolo y llorando por él. Kashiwagi hizo traer una linterna y leyó la nota de la princesa. La caligrafía, indecisa y frágil, no dejaba de tener su interés.

«Tu carta me hizo sentir muy desgraciada, pero no puedo recibirte. Únicamente puedo pensar en ti. Hablas del humo que permanece sobre tu pira, pero

»Yo quisiera acompañarte cuando partas
para comprobar qué sentimientos resultan a

la postre más tenaces: si los tuyos o los míos.»

Eso era todo, pero Kashiwagi se lo agradeció.

—El humo que me seguirá procederá de este mundo —dijo—. ¡Qué historia más inútil y sin sentido!

Sin dejar de llorar, se puso a contestarle. Hubo de tomar aliento varias veces y las palabras salían medio quebradas, como si no hubiera conexión entre ellas. Las letras parecían las huellas de un pájaro raro.

«Convertido en humo, me elevaré hacia un cielo incierto. Y, sin embargo, permaneceré allí donde quede mi pensamiento.

»Mira con atención el cielo del crepúsculo. Sé feliz y, aunque no te hará ningún bien, piensa en mí de vez en cuando.»

Súbitamente se encontró peor y se arrastró a su dormitorio.

—¡Basta! —dijo a la criada—. Vete deprisa mientras puedas, y cuéntale mis últimos momentos. No quiero que los testigos de mi final lo encuentren más extraño de lo que será. ¿Qué karma he arrastrado de otras vidas para ser tan desgraciado?

Cuando la criada se hubo marchado, su postración aumentó. Avisaron a To no Chujo y acudió a la estancia.

—¿Qué te pasa, hijo mío? Todos creíamos que estabas mejorando...

—No debes sorprenderte —le contestó su hijo—. Únicamente me estoy muriendo.

Aquella misma noche la Tercera Princesa empezó con los dolores del parto. Llamaron a Genji inmediatamente, y acudió a toda prisa al palacio nuevo pensando en cuánto le hubiese llenado de gozo la noticia de haber tenido la seguridad de que él era el padre. De todos modos, no le quedaba más remedio que fingir alegría y la solicitud propia de un progenitor. Mandó celebrar servicios de intercesión, llamó a monjes y chamanes a palacio, y se pusieron en marcha las ceremonias mágicas que acompañan a

los partos, que duraron toda la noche. A primera hora de la mañana, nació un niño para disgusto de Genji. Si el parecido con el padre verdadero era intenso, se dijo, resultaría más difícil mantener el secreto. Es mucho más sencillo mantener oculta a una niña, puesto que no está obligada a llevar una vida pública. De todos modos, los niños no requieren tantos cuidados como las niñas. Su único consuelo consistía en pensar que aquellas faltas por las que hemos pagado en este mundo, ya no nos son tenidas en cuenta en el otro, o, en el peor de los casos, el castigo es mucho más leve. ^[89] Sea como fuere, Genji se comportó con la criatura como todo el mundo espera que se comporte un padre, y las mujeres de palacio se deshacían por servirle.

Las ceremonias del tercer día fueron espléndidas, y la estancia del recién nacido se llenó con las bandejas de rigor, las cajas mágicas y los aparadores de pasteles que los donantes habían traído rivalizando entre sí en generosidad e imaginación. En la noche del quinto día llegaron los presentes de Akikonomu: ropas magníficas para la princesa y obsequios diversos para las azafatas y las criadas, todo ello con arreglo a sus rangos, pues acababa de nacer el nieto de un emperador. Se ofreció un banquete festivo para cincuenta comensales, servido por el chambelán personal de la emperatriz y su gente, y el palacio rebosaba de animación. En el séptimo día fue el propio emperador quien se encargó de los regalos y las provisiones para el festín. To no Chujo hubiera debido estar entre los huéspedes de honor, pero su preocupación comprensible por la salud de su hijo le permitió excusarse y mantenerse al margen de los festejos. Asistieron los príncipes de la sangre y toda la nobleza principal de la corte. Aunque Genji les dio la bienvenida al llegar, se abstuvo de departir con ellos durante el banquete y prohibió la música. Era obvio que no estaba de buen humor, aunque muchos lo atribuían al estado de salud de su sobrino Kashiwagi, por el cual siempre había sentido un especial afecto.

La princesa, tan delicada como siempre, estaba aún muy afectada por la prueba que acababa de pasar, pues al parto había que sumar la tensión derivada de su ambigua relación con su marido. Para asombro de muchos, se negaba a tomar las medicinas que le ofrecían y prefería no ver al niño. A

veces sólo deseaba morir para acabar de una vez por todas con sus angustias. Genji la trataba con la máxima corrección, pues no quería levantar sospechas entre sus allegados, pero no podía evitar sentir una extraña repulsión ante su «hijo», y las mujeres de la servidumbre comentaban que era un padre muy frío.

—Se diría que no le gusta nada —dijo una criada que tenía el niño en brazos, y lo arrullaba tiernamente—. ¡Un crío tan hermoso! A mí me da miedo... Un hijo habido en el ocaso de la vida... ¡Debería ver en él una bendición de los dioses! Sobre todo teniendo tan pocos...

Algo de lo que se decía llegó a oídos de la princesa, y se estremeció al pensar que, con el paso del tiempo, la frialdad y el despego de su marido irían en aumento. En aquellas condiciones, la vida en palacio resultaría insoportable, y decidió que, en cuanto se hubiera recuperado lo bastante, entraría en un convento. Aunque Genji la visitaba a veces durante el día, jamás pasaba la noche con ella.

—Lamento haber pasado tan poco tiempo a tu lado —le dijo, habiendo cerrado las cortinas detrás de él—, pero vivo librado a mis devociones y penitencias. Temo que no me queda mucha vida por delante y prefiero estar solo. Y tú ¿cómo estás? ¿Te sientes mejor? Te ha tocado pasar por un difícil trance...

—A veces me dejaría morir de buena gana —susurró ella, levantando la cabeza de la almohada—, pero creo que sería un grave pecado morir ahora. Pienso que lo mejor sería tomar el hábito. Me haría sentir bien y, al morir, mis pecados me serían perdonados.

Nunca le había parecido a Genji tan seria y madura: ¿sabía lo que estaba diciendo? Pero ya era demasiado tarde.

—¡Otro disparate! —exclamó el príncipe—. ¿Quién te ha metido esta idea extravagante en la cabeza? Sería el principio de nuevos problemas... Te comprendería si estuvieses al borde de la muerte, pero no es el caso.

Y, sin embargo, el hombre tenía clara conciencia de las dificultades que iban a presentarse a diario si pretendían seguir viviendo como si nada hubiese ocurrido. Conocía sus propios sentimientos y sabía que no iban a cambiar, por más que intentara olvidar el pasado. A su lado, la princesa

sufriría constantemente sabiendo que, en el fondo del corazón de su esposo, anidaba un rencor inextinguible, y, tarde o temprano, Suzaku se daría cuenta de ello. Quizás la dama tenía razón y el convento era el mejor remedio para sus males, aunque la gente atribuiría la decisión a la indiferencia de su esposo. Su mirada se detuvo en la larga cabellera de la dama, aquella melena oscura y espesa que, en circunstancias normales, tendría que haberle deleitado la vista durante muchos años, y la idea de verla cortada por las tijeras de un clérigo le pareció insoportable. Y luego estaban los hábitos sombríos de las monjas...

—¡No! Debes tener valor... —dijo y le acercó la medicina que debía tomar—. ¡No te ocurre nada irremediable!

Murasaki se ha recuperado de una dolencia infinitamente más terrible que la tuya... Llegamos a creer que había muerto. A veces el mundo no es tan cruel e inseguro como pensamos...

Antes de irse, se paró a contemplar la figura que tenía delante: incluso estando pálida, delgada y exangüe, respiraba una calma maravillosa. Aunque la ofensa había sido muy grande, Genji se sintió por vez primera inclinado a perdonarla.

El ex emperador Suzaku estaba muy inquieto ante las noticias de la lenta recuperación de su hija, y ardía en deseos de verla. La princesa comía muy poco y cada día estaba más débil y deprimida. Cuando pensaba en su padre, se echaba a llorar, y moría de ganas de tenerlo a su lado. Nunca antes, desde que abandonara la casa paterna, lo había deseado tanto. Sus mujeres la oían repetir constantemente:

—¡Si tuviera a mi padre conmigo! No puedo soportar la idea de no volver a verlo...

Cuando Suzaku se enteró, hizo lo que nunca antes pensó que sería capaz de hacer: abandonar su santuario y, de noche, viajar hasta el palacio nuevo de su yerno. Genji no estaba preparado para recibir aquella visita, pero se apresuró a agradecer a su augusto huésped el honor con que les distinguía.

—Hace algunas semanas —dijo el ex emperador—, nadie se habría sorprendido más que yo si me hubieran dicho que iba a dar este paso. Pero las últimas noticias que me han llegado sobre la salud de mi hija me han

angustiado tanto que no he podido seguir con mi vida ordinaria de preces y devociones. Si, en contra del orden natural, ella ha de precederme en el último viaje, no podía dejar de verla antes de la separación definitiva. De lo contrario, jamás me lo hubiese perdonado. De modo que he venido aunque me consta que se hablará mal de mí. ^[90]

Sus ropajes de eclesiástico destacaban por su elegancia, aunque, para llamar la atención lo menos posible, había evitado los colores más alegres que a un clérigo se permiten. Genji contempló con envidia su sencillo atuendo, y se preguntó cuándo podría al fin llevarlo él también.

—No creo que se trate de una enfermedad especialmente grave —le dijo para tranquilizarle—, pero durante las últimas semanas ha comido poco y se la ha visto muy débil.

A continuación ordenó que pusieran un asiento para Suzaku delante de las cortinas que protegían el lecho de la princesa, y añadió:

—¡Ojalá estuviéramos mejor preparados para esta visita! Las mujeres empezaron a vestir a la dama y la ayudaron a incorporarse.

—Me siento como un clérigo doméstico —dijo Suzaku, apartando un poco las cortinas— que se presenta por la noche a rezar las últimas preces del día. Me da vergüenza pensar que mis plegarias (debo confesar que he rezado muchísimo por ti) han tenido hasta ahora tan poco efecto. Será que valgo poco para el cargo. Pero me ha llegado noticia de que querías verme, y aquí me tienes.

—Estoy segura de que moriré pronto —le dijo su hija, llorando—. ¿Podría pedirte que, puesto que estás aquí, recibas mis votos?

—Esta es una cuestión muy seria —dijo el clérigo, no poco sorprendido—. Ni que decir tiene que, si has reflexionado sobre ello lo suficiente y estás convencida de que luego no te arrepentirás de haber dado este paso, yo seré el último hombre del mundo en oponerme. Pero debes pensar que eres muy joven aún, y que, si sobrevives a esta enfermedad, te quedarán muchos años de vida. La gente se asombrará de que renuncies al mundo tan pronto, y circularán rumores poco agradables sobre aquellas personas de las cuales tu felicidad parece depender. Supongo que lo habéis tenido en cuenta.

Hizo una pausa y, volviéndose a Genji, prosiguió:

—Pero parece que sabe lo que se dice. Si realmente se encuentra en las últimas, sería un gran error contrariar sus deseos y negarle el consuelo de la religión.

—Hace días que repite lo mismo —dijo Genji—, pero a veces tengo la impresión de que ha sido el mal espíritu que la ha poseído quien ha puesto estas palabras en su boca. Por ello me he negado a hacerle caso hasta ahora.

—Cuando los malos espíritus nos invitan a tomar malas decisiones, conviene no hacerles caso —afirmó el religioso—. Pero si alguien que se encuentra en el umbral de la muerte pide que se le permita dar cierto paso, nos quedaremos con un gran remordimiento si nos negamos a prestar atención a su deseo.

¡He aquí cómo se comportaba Genji con aquella joya impagable que él le había confiado para que la hiciera feliz! De las palabras del marido se deducía que los deseos de su esposa habían dejado de importarle, lo cual se correspondía exactamente con los rumores que le habían llegado en su retiro sobre el mal funcionamiento de aquel matrimonio que con tanta ilusión propiciara. Si el trato que Genji daba a la dama era tal que ella prefería los rigores monásticos a seguir a su lado, era preferible aprovechar aquella ocasión, pues la enfermedad de ella justificaría a los ojos de la sociedad la decisión tomada. Con independencia del afecto que pudiese sentir por su esposa, Genji había atendido a sus necesidades materiales con notable generosidad hasta entonces, de modo que, si Suzaku hubiera querido apartarla de su marido, le habría resultado casi imposible. Pero si su hija hacía los votos, Suzaku podía instalarla en el palacio cómodo y espacioso que su padre, el viejo emperador, le regalara años atrás. Así, mientras viviera, podría vigilarla personalmente, y Genji no se atrevería a abandonarla del todo. No parecía, en conjunto, una mala solución.

—Muy bien —dijo el clérigo—. Supongamos que, ya que estoy aquí, recibo los votos preliminares y empiezo a anudar su vínculo con el Iluminado.

El dolor llevó a Genji a llenarse de reproches, y cuanto quedaba de su resentimiento se fundió por completo. Corrió junto a la cabecera de la

princesa y le dijo:

—¿Piensas dejarme ahora que me queda tan poco tiempo de vida? Haz por soportarme un poco más... Toma tu medicina y come algo, procura reponer tus fuerzas y luego hablaremos. ¿No te das cuenta de que ahora estás demasiado débil incluso para cumplir los deberes de una monja? Espera a estar mejor, y se hará lo que tú quieras.

Pero ella sacudió la cabeza en señal de desaprobación, convencida de que Genji estaba actuando porque su padre estaba presente. Él se dio cuenta de que su esposa lo tenía por un hipócrita y no sabía qué hacer para convencerla de la sinceridad de sus sentimientos. Mientras tanto empezó a clarear, y Suzaku tenía mucho interés en regresar a su santuario lo más pronto posible para no ser visto en la capital. Antes de partir, eligió a los monjes más competentes entre los que estaban de servicio, y les dio instrucciones para que recibieran los votos de su hija y le cortaran los cabellos. Los clérigos obedecieron, y Genji hubo de contemplar, impotente, la ceremonia de la tonsura con los ojos velados por el llanto. Tampoco el ex emperador pudo reprimir las lágrimas al ver a su hija predilecta reducida a aquel estado.

—Ya está —dijo Suzaku, cuando todo hubo acabado—. Sé feliz y no dejes de rogar.

El sol empezaba a levantarse, pero la princesa seguía demasiado postrada para despedirse de su padre adecuadamente.

—Todo es como un sueño —dijo Genji—. Recuerdo otra visita anterior y lamento profundamente no haberte recibido como merecías. Iré a verte para pedirte disculpas.

A continuación, dispuso que su suegro fuera acompañado por una escolta de palacio hasta su residencia de las montañas.

—Si mi hija sobrevive —advirtió a su yerno antes de emprender la marcha—, mucho me temo que su vocación le impedirá seguir viviendo en este palacio tan magnífico y lleno de animación. Seguramente querrá retirarse a un lugar solitario como el que yo habito. Procura complacerla también en esto, si te lo pide.

—Me avergüenza oírte decir eso —le respondió su yerno, haciendo un visible esfuerzo por controlarse—, pero estoy demasiado afectado para contestarte como debería.

Durante los servicios de la mañana el espíritu maligno que a ratos la poseía se puso a reír groseramente, y gruñó:

—Creíais que os habías librado de mí, pero sigo donde estaba. No me han gustado vuestras maniobras con la dama: por un momento pensé que me la ibais a arrebatarse. Luego me di un paseo por la casa para ver qué podía hacer. Regresaré cuando quiera.

Genji estaba horrorizado, y se arrepintió de haber permitido que la princesa hiciera votos. Aunque se la veía algo más tranquila que antes de tonsurarse, todavía no estaba fuera de peligro. Sus mujeres suspiraban y se preparaban para seguir luchando por la salud de su señora, mientras Genji ordenaba que prosiguieran los servicios religiosos.

Cuando Kashiwagi tuvo noticia del parto y de la decisión irrevocable tomada por la Tercera Princesa, abandonó todo esfuerzo por mantenerse con vida. Su esposa le daba mucha pena: no parecería bien a nadie, empezando por sus padres, que fuera a visitarle, y, cada vez que insinuaba que lo llevasen a su casa para despedirse de ella, cuantos lo cuidaban ponían el grito en el cielo. No le quedaba más remedio que suplicarles que se portaran bien con la dama.

Su suegra nunca había sido partidaria del enlace, pero To no Chujo había insistido mucho, y, creyendo ver un sincero ardor en el pretendiente, la mujer había acabado por consentir. Tras considerarlo detenidamente, Suzaku aceptó también. Sabía que el matrimonio de la Tercera Princesa con Genji no había sido un éxito, y pensó que la princesa Ochiba podría considerarse afortunada si se unía a un hombre serio y con carácter como Kashiwagi, aunque no perteneciese a la familia imperial.

—La idea de abandonarla me llena de dolor —dijo a su madre—, pero la vida no suele ser como a nosotros nos gustaría. Dudo que me haya perdonado todas las promesas que le hice sólo para romperlas luego. Pórtate bien con ella...

—¿Cuánto tiempo piensas que te voy a sobrevivir? —le preguntó la mujer.

Viéndola deshecha en llanto, Kashiwagi dejó de hablarle, y se dirigió a su hermano Kobai para encomendarle a su esposa. Como Kashiwagi era un hombre grave y sobrio, sus hermanos veían en él a un segundo padre, y su lamentable estado les afectaba como un suplicio. En cuanto el emperador se enteró de que Kashiwagi estaba en el umbral de la muerte, lo nombró consejero supernumerario, con la esperanza de que el gran honor que le hacía haría revivir milagrosamente al joven. Kashiwagi se lo agradeció profundamente, pero le envió una nota diciéndole que no podría ir a aceptar el cargo personalmente.

El primer amigo que acudió a felicitarle fue Yugiri. El acceso del ala del palacio que ocupaba el enfermo estaba intransitable por la enorme cantidad de caballos y carruajes que se habían acumulado allí, y las antecámaras rebosaban de cortesanos empeñados en congratularle por su meteórico ascenso. El enfermo no había abandonado el lecho desde el año nuevo y no se veía con ánimo de recibir a toda aquella caterva inacabable de personajes, pero no estaba dispuesto a morir sin volver a ver a Yugiri.

—Pasa —le dijo, tras despedir a un par de monjes—. Te ruego que excuses mi aspecto pésimo.

—¿Por qué ha sucedido todo eso? —le preguntó su amigo con la angustia pintada en el rostro, apartando la cortina que protegía su cama—. Estaba convencido de que la gran noticia te iba a hacer sentir mejor.

—Pues no ha sido así. Y no creo que merezca el honor que se me acaba de hacer...

Kashiwagi se había puesto un gorro de funcionario y trataba de levantar la cabeza, sin conseguirlo. Llevaba un atuendo ligero pero cuidadosamente elegido, y se cubría con una colcha. El aposento en que se hallaba respiraba dignidad y buen gusto, y los pebeteros perfumaban el aire discretamente. Los que le atendían se habían esforzado para que no ofreciera el aspecto descuidado y patético propio de los enfermos.

—No haces tan mala cara como temía —dijo Yugiri, tratando de ocultar que estaba llorando—. Nadie diría que llevas tanto tiempo postrado en la

cama. ¿Cómo empezó todo? Nunca tuviste secretos para mí, y me sabría muy mal que a estas alturas de nuestra amistad me ocultases algo...

—No sé qué decirte —respondió el otro—. Pero tiene mucho que ver con algo que ha ocurrido en mi mente. Quizás hubiese debido hablar antes de ello, pero ahora ya es tarde. A mis hermanos, por ejemplo. Y, sin embargo, en cuanto iba a tocar el tema, perdía la confianza en mi interlocutor y callaba. He sobrevivido hasta hoy gracias a las plegarias, ciertamente inmerecidas, que se han dicho por mí, pero en el fondo de mi corazón sólo he estado deseando acabar cuanto antes. No negaré que hay razones por las que lamento abandonar este mundo: mis padres, sin ir más lejos, que llorarán mucho mi ausencia, y siento una pena inmensa por ellos. También he dejado de cumplir algunos deberes para con el emperador... Cuando miro hacia atrás y observo lo poco que he hecho en mi vida, me siento el hombre más infeliz del mundo.

»Pero hay algo más que me ha causado una angustia enorme y que he callado hasta hoy. Pienso que ha llegado el momento de hablar de ello. ¿Y a quién contarlo, sino a ti? No he creído conveniente revelarlo a mis hermanos, pues se trata de algo que me ha enfrentado seriamente con tu padre y por lo cual llevo tiempo pidiéndole perdón en silencio. Siempre desaprobé lo que hice, y la depresión que me provocó mi propia vergüenza me llevó a evitar a la gente y, finalmente, a contagiarme esta extraña enfermedad que todos conocéis. ¿Recuerdas la noche del ensayo en el palacio nuevo? Allí me di cuenta de que Genji nunca me perdonaría, y me sentí incapaz de seguir viviendo con su cólera perpetuamente a mi lado. He aquí cuándo y cómo empezaron mis trastornos nerviosos... Seguramente nunca significué gran cosa para él, pero yo he dependido mucho de su persona desde mi niñez. Temo las calumnias que puedan haber llegado a sus oídos, y este temor es el obstáculo principal en mi camino a la salvación... El favor más grande que podrías hacerme es presentarle mis excusas cuando yo ya no esté aquí... Si, después de mi muerte, consigues que me perdone, harás un gran mérito a los ojos del Iluminado...

Aunque el enfermo no se expresaba con claridad, Yugiri creía intuir a qué se refería su infortunado amigo, pero no estaba completamente seguro.

—Eres demasiado sensible —replicó Yugiri—. Se trata de imaginaciones tuyas. Mi padre habla siempre de ti con el mayor cariño, y, desde que caíste enfermo, se ha interesado constantemente por tu salud y ha dado a entender de mil maneras cuánto sentiría tu fin, si se producía. Pero ¿por qué has callado durante tanto tiempo? ¿No tenías bastante confianza en mí? Yo hubiese podido actuar de mensajero de paz y de reconciliación entre ambos, y ahora parece que ya es tarde...

¡Qué no hubiese dado el enfermo por hacer retroceder el tiempo! Pero hay cosas imposibles.

—Siempre me dije que, en cuanto me recuperara, hablaría contigo y te pediría tu opinión —dijo Kashiwagi—. Pero carece de sentido seguir pensando como si fuera a vivir cuando todos sabemos que no pasaré de hoy o de mañana. No le cuentes a nadie lo que te he dicho. Te lo he confiado porque espero que tengas ocasión de hablar del asunto con tu padre con la máxima discreción, claro está... También te agradecería que visitaras de vez en cuando a la princesa Ochiba. Procura que su padre no haya de sufrir por ella...

Hubiese querido decir más cosas, pero no pudo. En cuanto, muy a su pesar, Yugiri salió de la estancia, regresaron sus padres con los monjes y se instalaron junto a su cabecera. La situación afectaba mucho a dos hermanas del enfermo: Kumoi, esposa de Yugiri, y la consorte imperial Kokiden, que lo habían adorado desde la infancia por su franqueza y sensibilidad. También Tamakazura lo amaba como a un hermano y mandó celebrar servicios religiosos. Pero el afecto de los suyos no le sirvió de medicina, y se fue como la espuma que se deshace sobre el agua.

Ni siquiera tuvieron tiempo de llamar a su esposa. De todos modos, nunca la amó profundamente en vida, ni se sintió especialmente ligado a ella, aunque su conducta fue siempre la de un marido considerado que no le exigía nada especial y procuraba no darle motivos de enojo. Cuando pensaba en los años que habían pasado juntos, Ochiba se extrañaba de que un hombre condenado a tener una vida tan breve se hubiera sentido tan poco inclinado a gozar de ella. Su suegra creía que no podía haber ocurrido peor desgracia, aunque siempre la intuyó. Su hija se había casado fuera de

la familia imperial, ^[91] y ahora sería difícil volver a colocarla. Los padres del joven estaban destrozados, pero las lamentaciones no servían de nada. En cuanto a la Tercera Princesa, le juzgó siempre un hombre en extremo soberbio, y, aunque monja profesada, se abstuvo conscientemente de orar por él, aunque no podía dejar de compadecerle. Después de todo, era el padre de su hijo. Para consolarse, pensaba que todo estaba predeterminado por una vida anterior.

II

Al fin llegó el tercer mes. El tiempo era apacible y el hijo de la Tercera Princesa estaba a punto de cumplir sus primeros cincuenta días. Tenía la piel muy blanca y a veces mostraba señales de precocidad. Se hubiese dicho que intentaba romper a hablar. Genji fue a visitar a la madre, y le dijo:

—¿Te encuentras mejor? Por más que digas, sigo creyendo que tu decisión fue un gran error. Seríamos mucho más felices si no hubieses dado este paso. No te portaste bien con los tuyos.

A partir de entonces, su esposo iba a verla a diario y pasaba horas junto a ella.

—¿Qué os preocupa tanto? —dijo, al ver que las mujeres que la servían no sabían cómo celebrar la fiesta del quincuagésimo día en casa de una monja—. Si se tratase de una niña, tal vez el hecho de que su madre fuese monja sería señal de mala suerte y, de algún modo, vendría a ensombrecer la ceremonia. Pero, tratándose de un niño, no tiene la menor importancia.

Hizo instalar un altar en la galería del sur y allí procedió a ofrecer los pasteles de arroz que el rito prescribe. La nodriza y sus colaboradoras llevaban atuendos de gala para la ocasión, y, delante y detrás de las persianas, se acumulaban cestas y cajas de colores brillantes, pues nadie intuía la triste verdad. Todos parecían entusiasmados, y Genji hacía un esfuerzo por mostrarse sonriente.

La princesa se levantó al fin de su lecho de enferma, y, abrumada por el peso de su cabellera, se la hizo cepillar. Genji apartó las cortinas de la alcoba y se sentó a su lado, pero ella se apartó de él, tímida como siempre. Al ver los monjes que tenía una melena preciosa, la tonsura había sido mínima: únicamente le cortaron un par de rizos de la frente. Ahora llevaba puesta una sobria túnica gris, y, encima, un *uchiki* de basto tejido rojizo, pero, a pesar de la extremada sencillez de su ropaje, su perfil resultaba absolutamente encantador y nadie hubiese dicho que se trataba de una monja.

—El hábito de monja es algo muy triste —dijo Genji, contemplándola—. Seguramente es el castigo que merezco por haberte empujado sin querer a dar este paso. Tal vez debiera consolarme pensando que, a pesar de todo, te seguiré viendo y podré cuidar de ti. Pero ¡qué no daría por deshacer lo hecho! Si me abandonas, tendré que aceptar que me repudias de una vez por todas, y me faltará valor para mirarte otra vez a la cara. No dejes de pensar en mí...

—Dicen que los sentimientos de las monjas son muy distintos de los del común de los mortales —respondió ella—, y debo reconocer que, incluso antes de renunciar al mundo, nunca han sido mi fuerte. ¿Qué quieres que te diga?

—No te haces justicia —dijo Genji—. Has dado muestras sobradas de tus sentimientos.

Volvióse hacia el niño y convocó a las azafatas que le atendían. Todas eran mujeres hermosas de buena familia que Genji había elegido personalmente con enorme cuidado.

—¡Qué lástima que me queden tan pocos años por delante para ocuparme de él! —se quejó, y se puso a jugar con el crío.

Kaoru era como una pelota: rollizo y en perpetuo movimiento. Genji recordaba muy vagamente cómo era Yugiri de niño, pero no hallaba semejanza alguna entre ambos. Todos sus nietos imperiales llevaban su sangre en las venas y, a pesar de su corta edad, se comportaban con enorme dignidad, pero de ninguno de ellos se hubiese podido decir que era «resplandeciente». Y, sin embargo, el niño que tenía ahora delante era una maravilla. Siempre estaba riendo y sus ojos despedían una luz misteriosa que le fascinaba. ¿Era sólo imaginación que había salido a su padre? La misma actitud tranquila y reposada que caracterizara a Kashiwagi, su misma piel tersa y brillante como el marfil... La madre no parecía haber reparado en su singular hermosura, y nadie más sabía nada del secreto de su concepción. Aunque parezca imposible, Genji lamentaba que Kashiwagi no hubiera vivido lo suficiente para conocer a su propio hijo. ¡Qué extraña es la vida! Intentó contener las lágrimas para no estropear aquel momento tan bello.

—Pienso en ello detenidamente —murmuró, citando un poema de Po Chu-I—, y *hallo sobradas razones para quejarme*.

Cuando el poeta escribió estos versos acababa de ser padre a los cincuenta y ocho años, pero, aunque Genji era más joven, estaba seguro de que no le quedaba mucho por vivir. No sigas los pasos de tu padre, advirtió al niño de pensamiento. Se preguntaba cuáles entre las azafatas disfrutaban de la confianza de la princesa... Por un momento, contempló la posibilidad de que el secreto estuviera menos bien guardado de lo que él creía y ya se estuviesen riendo de él a sus espaldas. Sea como fuere, estaba dispuesto a soportar el ridículo. Ponerse a discutir ahora sobre quién era más culpable de lo ocurrido, si él o ella, resultaría insoportable para su esposa. No: jamás revelaría nada del asunto a nadie.

El niño era un auténtico encanto, y sus ojos y boquita no tenían rival. ¡Si los padres de Kashiwagi hubiesen sabido que tenían un nieto! ¿Cómo era posible que un joven tan austero, tan altivo y tan ambicioso hubiese destrozado su carrera y su vida de aquel modo tan absurdo? Cuanto más pensaba en ello, menos resentimiento sentía, y le entraban ganas de llorar.

—¿Qué te parece tu hijo? —dijo a la princesa, aprovechando que estaba sola—. Piensa que al renunciar a mí, también has renunciado a *él*... ¿Acaso no resulta desolador?

Ella no dijo nada, pero sus mejillas se tiñeron de grana.

—Sí, sí... Francamente desolador —añadió él, e improvisó—:

»Si alguien te pregunta quién en este mundo ha plantado el joven pino, ¿qué le contestarás?

La dama sepultó la cabeza entre sus almohadas: Genji la estaba hiriendo profundamente, y, al darse cuenta, guardó silencio, aunque le hubiese gustado averiguar qué emociones despertaba el niño en su madre. A pesar de todo lo ocurrido, seguía considerándola una personalidad completamente inmadura, y le hubiese alegrado saber que aquella criatura no le era del todo indiferente.

III

Ninguno de los hermanos de Kashiwagi lloraba su muerte con la intensidad de su primo Yugiri. Tenía clavada en el pensamiento la última conversación mantenida con su amigo muerto sobre aquella cuestión misteriosa que sólo le había revelado a medias, y le resultaba muy difícil no hablar de ello con nadie. ¿Qué le había querido dar a entender? Considerando las circunstancias en que la revelación se produjo, Yugiri no se sintió capaz de insistir sobre el asunto. Por otra parte, la princesa había

tomado el hábito y no se encontraba seriamente enferma cuando decidió hacerlo. En contra de lo que cabía esperar, Genji tampoco se opuso a esta decisión inexplicable. En cambio, semanas atrás, cuando Murasaki, a la sazón moribunda, había insinuado esta posibilidad, Genji no quiso ni oír hablar de ello. He aquí los mimbres con los que Yugiri tejía y destejía sus conjeturas sin parar.

¿Cómo era Kashiwagi? A primera vista, todos lo tenían por un joven mucho más tranquilo y reflexivo que la mayoría, que se preciaba de no perder jamás la compostura, tanto que no pocos se sentían incómodos en su presencia. ¿Pero era ésta *toda la verdad*? A Yugiri le constaba que también tenía su lado oscuro, y más de una vez le había visto perder el control de sí mismo. ¿Le había perdido su obsesión por enmascarar sus sentimientos a los demás? Intuía que algo había ocurrido con la Tercera Princesa, pero no podía imaginar que las cosas hubiesen ido tan lejos. ¿Y si el problema se arrastraba ya de una vida anterior? Yugiri no se atrevía a considerar esta posibilidad, indudablemente cierta. No compartió sus perplejidades con nadie, ni siquiera con su propia esposa, la hermana de Kashiwagi. Esperaba tener ocasión de lanzar alguna indirecta a su padre sobre el asunto, pero aquella ocasión no se presentaba.

To no Chujo y su esposa vivían tan sumidos en el dolor que dejaron a cargo de sus hijos todos lo relativo a los oficios fúnebres. Fue Kobai quien los dirigió, dando especial relevancia a las imágenes y a las escrituras. Cuando fue a invitar a su padre a la ceremonia, el ex canciller le contestó con voz de agonizante:

—Déjame estar. Me siento completamente perdido. Mi presencia allí sería un obstáculo para el camino que le toca hacer en el otro mundo.

El dolor de la princesa Ochiba era mayor aún por el hecho de que no había podido despedirse de su esposo tal como ella hubiera querido. Pasaba la vida en la casa que su madre tenía en Ichijo, con la mirada perdida en los jardines por los que casi nadie paseaba. Los amigos de Kasiwagi seguían acudiendo de vez en cuando, pero sus pajes y halconeros favoritos se sentían totalmente perdidos sin él, y andaban de un lado a otro, desconsolados. Verlos deambular de aquel modo no hacía sino añadir

tristeza a la casa. Los objetos que Kashiwagi había querido más empezaron a acumular polvo. El laúd y el koto japonés que tantas veces hiciera sonar, callaban ahora, y las cuerdas empezaron a romperse sin que nadie se molestara en cambiarlas. La princesa se sorprendió cuando, en el jardín semiabandonado, el verde follaje de los árboles anunció la llegada de la primavera, pero las estaciones tienen sus propias leyes, ajenas al dolor y a las alegrías de los hombres.

Una mañana que se anunciaba tan triste y silenciosa como tantas otras que la habían precedido, se oyó ruido delante de la entrada de la casa, como el de un cortejo que se acercaba. Por un momento, algunas mujeres pensaron que, de milagro, Kashiwagi acababa de regresar del otro mundo. La madre de la princesa supuso que se trataba de uno de los hermanos de su yerno, pues solían visitar la casa con relativa frecuencia, pero el recién llegado era mucho más importante de lo que imaginaba. Se trataba nada menos que de Yugiri, y le ofrecieron un asiento en la galería del sur de la estancia principal. La madre de la princesa salió a recibirlo en persona, pues le hubiese parecido grosero enviar a una de sus mujeres.

—Te aseguro que lo he sentido más que si se hubiese tratado de mi propio hermano —dijo Yugiri—, pero los extraños están sujetos a ciertas reglas de etiqueta y sólo se me permitió en el funeral presentar mis condolencias. Debes saber, sin embargo, que poco antes de morir me dijo ciertas cosas acerca de tu hija que no se han borrado de mi pensamiento. Vivimos en un mundo caracterizado por la impermanencia, y nadie sabe con certeza quién se irá de él antes, pero, mientras yo viva, haré todo lo que pueda por servirte a ti y a ella, pues tal era su voluntad. Os hubiese debido visitar mucho antes, pero mis obligaciones en la corte me lo han impedido. Me han llegado noticias de que To no Chujo se ha vuelto medio loco de dolor. Baste decir que mi pena no es inferior a la suya, sobre todo cuando, al evocar sus últimas palabras, recuerdo cuánto lamentó mi amigo dejar atrás a su querida esposa.

Su discurso causó muy buena impresión a la dama, y le respondió con voz temblorosa:

—Soy una anciana y no dejo de repetirme que, en un mundo tan incierto como el que nos rodea, todo podría ser peor, pero cuando la veo tan dolorida y ausente, no sé qué hacer con ella. A veces pienso que a mí me ha tocado la peor suerte, pues habré de ser testigo de la muerte de ambos. Le conocías y seguramente recuerdas que me opuse a su proposición, pero no quise ir contra los deseos de su padre, que estaba convencido de que sería un magnífico esposo. Lo cierto es que algo intuía... Y ahora, con esa pesadilla que estamos viviendo, pienso que tenía razón y que debía haberme opuesto al enlace hasta el final... ¡Lo cierto es que no esperaba algo *tan* espantoso! Siempre he creído que, salvo que existan razones muy poderosas para hacer lo contrario, es mejor que las princesas no se casen... Durante estos últimos tiempos nos han llegado noticias de tu afecto y consideración hacia nosotras que nos han ayudado a soportar nuestras penas. No puede decirse que tu amigo fuese un marido ideal, pero me conmueve pensar que tú fuiste el depositario de sus últimas palabras, y que éstas hacían referencia a mi pobre hija...

Lloraba con tanto sentimiento que contagió a Yugiri.

—Siempre pareció más mayor de lo que correspondía a su edad —dijo el joven—, y tal vez esto le convirtió en un carácter depresivo. A veces llegué a temer que el exceso de instrucción acabaría por aniquilar su *joie de vivre*, pero, si hacía algún comentario en este sentido, me tildaba de superficial. Aunque pueda parecerme una impertinencia, debo confesar que es tu hija quien más pena me da. ¡Haría lo que fuera por aliviar su dolor!

La visita no se prolongó, y la dama quedó encantada de la ternura y la franqueza con que había hablado el hijo de Genji. Aunque era cinco o seis años más joven que Kashiwagi, fueron siempre muy buenos amigos. La gente consideraba a Yugiri el más maduro de ambos y también el más viril, aunque su hermosura hacía resaltar su juventud. En cuanto una joven ponía los ojos en él, ya no se lo podía quitar de la cabeza.

Antes de partir se detuvo ante los cerezos en flor que adornaban un rincón del jardín, y citó:

—Si *deseas verlos*... —para, a continuación, improvisar un poema que no parecía dirigido a nadie en particular:

»Por más que el cerezo parezca algo mustio, cuando llega el momento, estalla de flores como el año anterior.

La dama lo oyó, y le envió su respuesta en una nota que le entregaron cuando se encontraba ya junto a la puerta;

«Esta primavera las hojas tiernas del sauce, ignorando a dónde han ido a parar los pétalos de las flores del cerezo, lloran lágrimas de rocío.»

No fue seguramente aquella dama la más despierta y sutil de las consortes de Suzaku, pero todos estaban de acuerdo en que no le faltaba cierto talento.

A continuación Yugiri se dirigió a la mansión de To no Chujo, y allí encontró a varios hijos de su suegro. Cuando le llegó el turno, el ex canciller le recibió en la sala principal. El dolor no había podido con su apostura, aunque estaba muy delgado y llevaba una barba descuidada que se había dejado crecer durante la enfermedad de su hijo. Parecía que la muerte de Kashiwagi le había afectado más que la de su madre, la princesa Omiya. Yugiri hizo cuanto pudo por no llorar, pero To no Chujo tuvo menos éxito a la hora de controlar su llanto, pues Yugiri había sido el mejor amigo de su primogénito. Su conversación estuvo llena de referencias tan inevitables como dolorosas para ambos, y el joven le contó su visita a la madre de la princesa Ochiba. Incluso le mostró el papel con su poema.

—Me temo que no soy capaz de leerlo —dijo To no Chujo, llorando como una fuente.

El dolor había ablandado notablemente aquella cara, tan varonil y orgullosa en tiempos. Cuando Yugiri le leyó los versos, la imagen de las hojas del sauce llorando lágrimas de rocío le impresionó profundamente e hizo fluir aún más llanto de sus ojos.

—El otoño en que murió tu madre ^[92] —dijo al fin, tras hacer un gran esfuerzo por serenarse—, pensé que no había mayor dolor en el mundo.

Pero se trataba de una mujer, y lo cierto es que las vemos poco. Suelen tener pocos amigos y vivir más o menos ocultas. Mi hijo no tenía nada de extraordinario, pero el emperador se había fijado en él, y, a medida que fue creciendo, fue subiendo de rango y ganando influencias. Muchos acabaron dependiendo de él, y, cuando murió, quedaron desolados. De todos modos, mi dolor nada tiene que ver con su prestigio en la corte. Ocurre que, al recordar su historia y a dónde había llegado, pienso que hemos sufrido una pérdida irreparable, y que nunca más volveré a ser el mismo hombre.

El ex canciller levantó los ojos al cielo nocturno, que emborronaba una neblina gris, y pareció darse cuenta por primera vez de que las ramas del cerezo habían perdido sus flores. Entonces tomó el papel que le había dado Yugiri, y garrapateó otro poema en él:

«Debajo de los árboles, empapado en lágrimas, llevo en lugar de otras ropas de luto en este sombrío día de primavera.»

Yugiri añadió a continuación:

«Dudo que el que se ha ido deseara que, solitario en la tierra, te tocara llevar ropas de luto por haber partido él antes que tú.»

También Kobai probó suerte con un poema, y escribió:

«¡Ay, dolor! Antes de que llegara la primavera, cayeron las flores de los cerezos, al ver que alguien llevaba ropas de luto.»

Nada ahorró To no Chujo a la hora de celebrar las ceremonias conmemorativas de la muerte de su hijo, y tanto Kumoi como Yugiri colaboraron estrechamente con él para que resultasen grandiosas.

A partir de entonces Yugiri empezó a visitar con asiduidad la casa de Ichijo en que vivía la princesa Ochiba. Aunque el cuarto mes fue excepcionalmente hermoso, con cielos azules y verde follaje por doquier, la mansión del difunto continuaba siendo un lugar solitario y silencioso, y las

pobres damas luchaban día a día por sobrevivir a su dolor. Un atardecer, no teniendo nada especial entre manos, Yugiri se dejó caer por el palacio más temprano de lo habitual. Al llegar se dio cuenta de que una fina alfombra de césped empezaba a cubrir los patios, y que a la sombra de los árboles o de las rocas, empezaban a verdear líquenes y helechos. En cambio, los bancales de flores se notaban abandonados por falta de una mano que se ocupara de ellos como es debido. Yugiri imaginó qué triste aspecto tendría todo aquello en otoño, cuando, reseco por el sol del verano, lo envolviera una densa nube de insectos bordoneantes...

Con el corazón en un puño, apartó unas enredaderas y salió a la galería. Habían colgado burdas cortinas de luto en la fachada principal de la mansión. En el interior correteaban niñas-paje, bonitas a pesar de sus sombríos atuendos. Le colocaron un asiento en la galería, pero algunas mujeres protestaron pues creían que se merecía mejor trato. La madre de la princesa estaba descansando, le dijeron, pues se encontraba algo indispuesta. Contempló el jardín mientras hablaba con la servidumbre, y la indiferencia de la naturaleza ante el dolor que reinaba en la casa le hirió en lo más hondo. En medio del jardín, un roble ^[93]y un arce, cubiertos de fresco follaje, se abrazaban con sus ramas como una pareja de amantes.

—¿Cómo se habrán aproximado tanto? —dijo Yugiri a una de las criadas—. ¿Será por algún vínculo procedente de otra vida?

Y, acercándose a las cortinas, recitó:

—¡Cuánto me hubiera gustado unirme a
ella como esta rama, de haberlo permitido el
dios que protege a los árboles? ^[94]

»Me parece muy poco cortés mantenerme al otro lado de la cortina... —añadió a media voz para que la dama que había entrevisto junto a la ventana le oyera.

Las mujeres se admiraban de la gracia y la elegancia del joven, y una de ellas, una tal Shosho, le trajo la respuesta escrita de la princesa:

«Aunque ningún dios protector se oponga desde el roble, la rama que admiras no es fácil de conseguir.

»Han salido de tu boca palabras un tanto groseras, y se diría que tu entendimiento no da para mucho...»

Yugiri sonrió al leer la nota, mientras se le acercaba la madre de Ochiba. Se le notaba su indisposición.

—Esas semanas de dolor han quebrantado mi salud y apenas me tengo en pie —dijo la dama—. Pero resulta muy reconfortante que acudas a vernos con tanta frecuencia, de modo que me he creído en el deber de acudir a agradecértelo personalmente.

—Me temo que lo estás pasando muy mal por culpa de tu hija —dijo Yugiri—. Es absolutamente natural que la muerte de su esposo la haya afectado, pero todo tiene un límite. Hay que aceptar los designios del hado y acostumbrarnos a convivir con ellos. La vida es corta, después de todo, y las penas pasan pronto.

Yugiri se decía que la princesa Ochiba había tenido muy mala suerte hasta entonces. En primer lugar, se había visto obligada a casarse por debajo de su rango, no había sido feliz en su matrimonio y, finalmente, había enviudado muy joven. Lo cierto es que aquella dama, que nunca había visto, le interesaba profundamente, y se puso a hacer preguntas a la madre. Quizás no era una gran belleza, pero cabe aficionarse a una mujer que no sea fea hasta la repulsión. Por otra parte, la hermosura excesiva hace que los hombres pierdan la cabeza, y no hay cosa más deseable que un buen carácter.

—Debéis procurar mostrarme la misma franqueza que mostrasteis a Kashiwagi y hacerme saber todos vuestros problemas —dijo Yugiri.

Aunque no había nada impropio en sus palabras, el tono apasionado con que fueron pronunciadas desconcertó a la anciana, pero hubo de reconocer que, vestido con el atuendo de corte, el joven tenía un encanto irresistible.

—Nuestro señor era un hombre magnífico —comentó una criada a otra—, y en cuestión de atractivo y elegancia tenía muy pocos rivales. Pero

observa ese caballero, tan vigoroso, masculino y guapo... ¡Haría gritar de placer a cualquier muchacha con sólo ponerle los ojos encima! Si no existe nadie como el difunto señor, muy pocos hay entre los vivos que se puedan comparar con *éste*... Si queremos que alguien se ocupe de nosotras, ¿quién mejor que él?

Mientras se despedía, Yugiri recitó para sí el viejo poema *La tumba del general empieza a verdear*...

Todo el mundo echaba de menos a Kashiwagi, a cuyas grandes virtudes se unía una exquisita sensibilidad y una gentileza fuera de lo común. Su popularidad había sido grande, incluso entre la gente de edad o los que servían en los oficios más bajos de la corte. El emperador, que lo había contado entre sus mejores amigos, pensaba mucho en él, sobre todo en los conciertos, y solía repetir:

—Todo sonaría mejor si tuviéramos a Kashiwagi entre nosotros...

Sólo Genji, cada día más triste, sabía que Kashiwagi había dejado un recuerdo en el mundo de los vivos, un secreto que habría interesado profundamente a cuantos le habían amado, pero que él no podía descubrir. Y aquel «recuerdo» empezaba a desplazarse por el suelo con sus manitas y sus rodillas.

Capítulo 37 La flauta

Llegó el primer aniversario de la desaparición prematura de Kashiwagi. Genji sentía profundamente la muerte de personas que le eran completamente extrañas, pero Kashiwagi había sido algo muy distinto, pues

habían pasado muchas horas juntos. Tenía razones poderosas para guardarle rencor, pero, con todo, los recuerdos de su amistad entrañable pudieron más a la larga, de manera que ordenó una lectura de los sutras para conmemorar el triste suceso e hizo una ofrenda de cien piezas de oro en nombre de su «hijo» Kaoru. To no Chujo se lo agradeció mucho, aunque ignoraba la verdadera razón de tanta generosidad. También Yugiri hizo ricas ofrendas y encargó servicios fúnebres en su memoria. En todo momento se mostró muy atento con la princesa Ochiba, seguramente mucho más que sus cuñados. ¡Cuan generoso era aquel joven, se decían, asombrados, los parientes del difunto, mucho más de lo que nunca hubiesen podido esperar! Y, sin embargo, la amargura causada por su desaparición no menguaba.

Suzaku estaba seriamente preocupado por Ochiba. ¡Qué mala suerte habían tenido sus dos hijas! La tercera se había tonsurado, apartándose voluntariamente de los placeres de la vida mundana, y la segunda había enviudado mucho antes de lo que cabía esperar. Le constaba que, a sus espaldas, los maliciosos se burlaban de su poca fortuna. Con todo, procuraba mantenerse al margen de las angustias de este mundo, y consagrarse a sus devociones con el máximo esfuerzo para mantener su alma en paz. Cuando ofrecía sus plegarias, solía imaginar que la Tercera Princesa estaba haciendo lo mismo en otra parte, y no desaprovechaba ocasión alguna para enviarle una notita sobre temas de religión. Un día le envió tallos tiernos de bambú cortados en un bosquecillo que se hallaba cerca de su santuario y un poco de raíz de *tokoro*^[95] procedente de una colina cercana, y, al margen de su carta, muy larga por cierto, escribió:

«Te envió esos recuerdos de mi vida de eremita, que no han sido fáciles de obtener, cuando la bruma de la primavera empieza a acumularse sobre mis colinas.

»Renunciando al mundo, tomaste el camino de Buda detrás de mí. ¡Ojalá consigamos llegar juntos al mismo lugar!

»No resulta fácil dejar el mundo atrás.»

La Tercera Princesa estaba leyendo este poema con lágrimas en los ojos cuando Genji entró en la estancia. En cuanto la vio, se preguntó qué significaban aquellos objetos que había colocado sobre la bandeja de laca, habitualmente llena de fruta. Entonces tomó la carta de sus manos y la leyó también, lleno el corazón de remordimiento. Suzaku se estaba quejando entre líneas de no poder ver a su hija todo lo que hubiese querido. Resultaba obvio que la indiferencia pública de Genji hacia su esposa no hacía sino reforzar la nostalgia del padre.

—Espero que no te lanzarás a escalar montañas como tu padre parece desear... —le dijo.

La princesa se puso a escribir su respuesta y regaló al mensajero una túnica estampada de color azul grisáceo. Genji encontró una hoja de papel oculta entre las cortinas de su lecho sobre la cual la monja había garrapateado este poema:

«Muy lejos de este mundo partir quisiera,
precisamente allí donde tú habitas entre
montañas.»

—No deberías escribir esas cosas... Después de todo, tienes un hijo —le reprochó Genji.

La princesa se apartó de él. Su flequillo todavía espeso y la fresca hermosura de su perfil despedían un aire de tristeza. Como la tristeza también empezaba a dominar a Genji y temía lo que pudiera hacer o decir, corrió una cortina para que algo se interpusiera entre ambos, procurando no dar la impresión de que actuaba movido por el despecho o la ira. Mientras tanto el niño, que había estado durmiendo en la estancia de su nodriza, se despertó y apareció gateando entre las cortinas. Como otras veces, se colgó de la manga de Genji. Vestía una camisa blanca muy ligera y, encima, una chaqueta roja con un bordado chino, pero no las llevaba ceñidas, sino abiertas por delante, cosa habitual en los niños de su edad. Los miembros que se veían eran tan hermosos y delicados que Genji pensó en una muñeca tallada en madera de sauce joven. El cráneo rapado tenía el color azulado de la flor del rocío, y sus labios lucían rojos y llenos. Su mirada asombraba por

su madurez y reposo. Genji pensó involuntariamente en Kashiwagi, pero Kashiwagi nunca fue tan bello. ¿Cómo explicarlo? Por otra parte, no se detectaba semejanza alguna entre el niño y la Tercera Princesa. Genji recordó entonces su propia cara, tal como se la mostraba el espejo, y pensó que más de uno hubiese hallado un parecido notable entre ambos. El niño se acercó tambaleando a la bandeja donde estaban los tallos de bambú, cogió uno con sus manitas, lo mordió y se puso a escupir en todas direcciones.

—¡Qué maneras! —exclamó Genji—. Haced algo, retirad esas cosas de su vista... ¿Quién te ha dicho, bribón, que esas porquerías eran para comer? Si ha sido alguna de las mujeres de tu madre, te estaba gastando una broma...

Luego cogió el niño en brazos, y siguió hablando: —¿Te has fijado en sus ojos? No he visto muchos niños a lo largo de mi vida, pero siempre habría jurado que a esta edad todos se parecen mucho... En cambio, Kaoru tiene *personalidad*. Algún día será la ruina de un montón de princesas... ¡Y no le van a faltar a su alrededor! ¿Viviré para verlo crecer? Como dice el poema, *aunque la primavera regresa todos los años trayendo flores nuevas, sólo estaremos aquí para verla mientras el hado lo permita...*

—¡Señor! —le increpó una de las azafatas—. Se diría que quieres atraer la mala suerte...

Los dientes del niño empezaban a apuntar, y, tomando un tallo de bambú, se lo metió en la boca y lo mordió con avidez.

—¡Mirad el pequeño libertino! —comentó Genji— Se diría que tiene gustos depravados...

E improvisó este poema:

—Aunque no pueda olvidar el gusto
amargo del bambú de China, no soy capaz de
renunciar a su tallo joven.

Por más que intentó quitarle de las manos el tallo, el niño se agarró a él y siguió masticando obstinadamente.

Kaoru ganaba en hermosura cada día que pasaba, hasta el extremo de que la gente empezó a temer por su vida. También acabó por desaparecer el

«gusto amargo» que su nacimiento había dejado en el paladar de Genji. Decidió que aquel niño tenía que nacer de un modo u otro, que su existencia estaba predeterminada, y que Kashiwagi había sido sólo un instrumento del destino. Paradójicamente, la Tercera Princesa había sido, entre todas sus consortes y compañeras, la de mejor linaje y más alta cuna. ¡Y había renunciado al mundo en plena juventud!

Yugiri no podía quitarse del pensamiento las últimas palabras de Kashiwagi. Si no hubiese albergado sospecha alguna, las habría repetido a Genji, pero sabía lo suficiente para tener la seguridad de que se trataba de una cuestión francamente espinosa, y no hallaba el momento de cumplir lo que su amigo le había pedido. Un melancólica tarde de otoño decidió visitar a la princesa Ochiba. La dama no quería que la estorbasen, y dio orden de que se le acompañase a la estancia del sur. Yugiri se sentó entre partituras e instrumentos de música, y, mientras esperaba, percibió crepitar de sedas y una nube de perfume, señal de que había mujeres en la estancia contigua. Como en otras ocasiones, salió a recibirlo la madre de la joven. Se pusieron a hablar y, una vez más, Yugiri comparó sin querer el silencio y la soledad que reinaban en la casa de Ichijo con el bullicio perpetuo de su propio palacio, siempre atestado de niños juguetones y traviesos. Aunque el jardín se notaba bastante abandonado, aún conservaba, junto con la mansión contigua, rasgos de su antigua distinción: los bancales de flores destacaban por su rico colorido a la luz del crepúsculo y los insectos dejaban oír su bordoneo como al principio de la estación. Tomó un koto japonés que había pertenecido a Kashiwagi y lo afinó a su gusto: el instrumento conservaba aún el perfume de otras manos. Como todo respiraba allí quietud y decoro, llegó a la conclusión de que turbarlos con una exhibición de sentimientos vehementes y pasiones vulgares sería pecar contra el buen gusto más elemental, de modo que tocó sólo un par de acordes.

—¡Qué maravilla era escucharle! —dijo a la anciana—. Me atrevería a decir que el instrumento conserva algo del espíritu de su antiguo dueño en las cuerdas... ¿Habría manera de persuadir a la princesa para que nos interpretara algo?

—Me temo que las cuerdas no han sido cambiadas, y mi hija suele repetir que ha olvidado cuanto aprendió —dijo la dama—. Y, sin embargo, tengo entendido que, cuando el emperador Suzaku escuchaba tocar a sus hijas, no la consideraba la menos dotada. Pero ha pasado tanto tiempo desde que se interesó por la música por última vez... Seguramente le traería recuerdos indeseados...

—La magia reside en la cuerda de en medio... Lo comprendo —se resignó él, y, mirando el jardín, acercó el instrumento a la dama.

—No, por favor —se excusó ella—. Sigue tocando tú, pues quiero comprobar si el instrumento conserva todavía, tal como has dicho, algún eco de *su* manera de tocar. Veamos si consigue hacernos olvidar las tristezas de estos últimos días...

La luna brillaba en un cielo sin nubes, mientras una bandada de patos silvestres lo cruzaba volando, los machos junto a las hembras, y sus chillidos rompieron el silencio de la noche. Soplaba una brisa fría, y, sucumbiendo a la melancolía que la rodeaba, la princesa Ochiba, detrás del *kichó*, tomó un koto chino y se puso a tocar, pero se detuvo enseguida. Yugiri se emocionó profundamente, y deseó que siguiera o que no hubiese empezado. Al comprobar que la música no seguía, tomó un laúd y se puso a tocar una canción china sobre el loto, llena de nostalgia.

—¡Sería impertinente por mi parte tratar de interpretar tus sentimientos! —dijo el joven—. Pero tal vez consientas que te acompañe yo...

Viendo que la princesa no respondía, recitó:

—Seguro que tocas el koto con tanta timidez, porque prefieres el silencio a las palabras.

Al oírlo, la princesa acabó de tocar la melodía china que él empezara, y recitó a su vez:

—Percibo la tristeza de la canción que tú has interpretado, pero ¿cómo quieres que te conteste si no es con el koto? [96]

En aquel momento lleno de patetismo la resonancia instrumento evocaba los sentimientos del que había compuesto la melodía. Era la misma que había tocado él, pero, tocada por ella, se convirtió en algo casi ominoso.

—He tocado un poco estos instrumentos sin pretender ocultar lo que llevo en el corazón —dijo Yugiri—. Tal vez mi viejo amigo me esté reprochando haber disfrutado de la noche otoñal en vuestra compañía. Regresaré, aunque no haré nada que os pueda perturbar. ¿Dejaréis el koto tal como está sin cambiar su afinación? Resulta tan fácil de romper...

Cuando iba a marchar, la madre de la princesa le dijo:

—¿Quién quieres que nos reproche habernos divertido un poco esta velada? Has hecho que la tarde me pareciera corta gracias a tu conversación, y estoy segura de que, si siguieras tocando, conseguirías alargarme la vida.

Y le puso una flauta ^[97] en las manos.

—Dicen que tiene mucha historia —añadió—. No podría perdonarme que se extraviara o que se la comiera la carcoma. Quiero que la toques al irte de aquí hasta borrar los gritos de los hombres de tu séquito.

—No merezco un regalo tan valioso —dijo Yugiri, y se despidió.

La dama tenía razón. Aquella flauta tenía un gran pasado. Había sido la favorita de Kashiwagi. Yugiri le había oído decir que tenía posibilidades que él mismo no había sido capaz de descubrir y que esperaba que algún día hallara otro dueño más digno de ella. A punto de llorar, hizo sonar unas notas en la tonalidad *banjiki*, pero no pudo concluir la melodía iniciada.

—Mis torpes esfuerzos con el koto tal vez merezcan alguna indulgencia —dijo—, pero me siento incapaz de hacer algo digno con esta flauta.

La anciana le envió un poema que decía:

«En esta casa llena de malas hierbas y
húmeda de rocío, suena hoy el canto de los
insectos como en un día de otoño.»

Y Yugiri le contestó:

«El sonido de la flauta travesera es el mismo que en otros tiempos, pero mi llanto por el que nos ha dejado no cesara nunca.»

Cuando llegó a su casa, la encontró cerrada. Todos estaban durmiendo. Las mujeres de Kumoi habían insinuado que sus atenciones para con la princesa Ochiba eran ya algo más que «atenciones». Al oírle llegar tan tarde, su esposa se indignó, pero fingió que dormía.

Al entrar en su dormitorio, el joven canturreó en voz baja pero bien timbrada: *Mi montañerita y yo...*

—¿Cómo os habéis encerrado todos de este modo? —se quejó, y se puso a levantar las persianas—. ¡Y con esta luna en el cielo!

Yugiri salió a la galería, pero ella siguió fingiendo que dormía. Por todas partes había niños y mujeres durmiendo en el suelo. ¡Qué diferencia del lugar que acababa de dejar atrás! Se puso a tocar la flauta, mientras se preguntaba qué estaría pensando Ochiba de lo que él había dicho. ¿Dejaría intocada la afinación del koto, tal como le había pedido? Se decía que su madre tocaba muy bien este instrumento.

Al fin se echó en la cama. Había oído decir que, aunque Kashiwagi siempre mostró en público a su esposa la mayor deferencia, ambos vivían como extraños. Yugiri se moría de ganas de verla, y, al mismo tiempo, temía una decepción, pues el exceso de ilusiones siempre suele acabar mal. Luego se puso a meditar sobre su propio matrimonio. Durante años no había dado a su esposa motivo alguno para tener celos de ninguna clase, pero este exceso de fidelidad había acabado por estropearla, convirtiéndole en una persona exigente y quisquillosa. Al fin se durmió, y soñó que Kashiwagi estaba a su lado, con el mismo atuendo que llevaba en su último encuentro. Le había quitado la flauta de las manos y la estaba examinando. Yugiri se reprochó en sueños haberla tocado, pues, con ello, había atraído al espectro de su amigo a este mundo... Entonces la aparición recitó:

—Si pudiera soplar como el viento en este bambú, quisiera legar las melodías de esta flauta a mis descendientes.

»Y no hablo de ti...

Yugiri iba a pedirle una explicación, cuando lo despertaron los gritos de un niño que vomitaba. La nodriza estaba a su lado y Kumoi hizo traer una lámpara, se echó los cabellos atrás, y lo cogió en brazos. La dama se había llenado y descubrió unos pechos generosos. Aunque no tenía leche, confiaba en que el contacto de la cara del niño con su seno le tranquilizaría. La criatura tenía la piel muy blanca y parecía muy hermosa.

—¿Qué pasa? —preguntó Yugiri, y entró en el aposento.

El incidente y la confusión que lo había seguido lograron borrar la tristeza que el sueño le provocara. Mientras, una mujer se puso a esparcir arroz por la estancia para conjurar los malos espíritus.

—Tenemos un niño enfermo... Seguramente padeció algún contagio cuando levantaste las persianas —dijo la madre a Yugiri—. Te presentas sin avisar tras pasar la noche divirtiéndote como un adolescente quién sabe dónde, y dejas que el aire insano de la noche invada la casa... ¡Y todo por contemplar un claro de luna!

Yugiri sonrió. Kumoi era aún muy joven y hermosa.

—Sí, tienes toda la razón al reñirme —bromeó él—, suponiendo que los «contagios» entren forzosamente por puertas y ventanas. Seguro que, de no haber sido por mí, el niño estaría sanísimo. La madre de media docena de hijos tiene que estar bien enterada por fuerza.

—Basta, te lo ruego —respondió Kumoi—, y, por favor, deja de mirarme.

La linterna que sostenía Yugiri hacía demasiada luz, y la dama sabía que en aquel momento no presentaba el mejor aspecto posible. Su coquetería encantó al marido.

El niño pasó la noche en vela y rompió a llorar varias veces. Mientras Yugiri seguía pensando en su sueño. Estaba claro que la flauta iba a ser origen de dificultades y problemas hasta que no fuera a parar a quien estaba predestinada. Parecía que Kashiwagi se sentía aún vinculado a ella: ¿hubiese sido mejor dejarla en la casa de Ichijo? ¿Era posible que el difunto deseara legarla a una mujer? Recordando sus últimas palabras, Yugiri acabó de convencerse de que su amigo murió atormentado por algún

remordimiento que se interponía en su camino hacia la liberación. Para ayudarlo en lo posible, ordenó servicios en el monte Otagi y en ciertos templos que Kashiwagi frecuentaba. Pero ¿qué hacer con la flauta? Pensó en regalarla a un templo de Buda, pero le pareció una descortesía para con la dama que se la diera. Al fin decidió consultarlo con su padre y fue al palacio de la Sexta Avenida.

Cuando llegó, le dijeron que Genji estaba con su hija, la princesa de Akashi. Al cruzar los aposentos de Murasaki, le saludó Niou, que a la sazón tenía tres años, y era sin lugar a dudas el más hermoso de los nietos de Genji.

—Llévame con mi madre, por favor —le dijo el niño—. Y hazte el honor de llevarme sobre tu espalda...

Yugiri sonrió ante aquella forma de hablar tan desprovista de complejos.

—Muy bien —le contestó, cogiéndolo en brazos—. Pero ¿cómo voy a atravesar las cortinas de un *kichó* sin permiso de la dama? Sería una enorme grosería.

—Nadie te verá... —dijo Niou—. Voy a cubrir tu cara con mis mangas... Vamos...

Ambos se dirigieron a los aposentos de la madre del niño. Allí encontraron al Segundo Príncipe y al hijo de Genji que estaban jugando. Desde un rincón de la estancia, Genji los miraba jugar con una sonrisa en los labios. Cuando Yugiri descargó a Niou, el Segundo Príncipe tuvo celos y le pidió que lo llevara a él también.

—Es mi general, no el tuyo —protestó Niou.

—¿Qué maneras son éstas? —le interpeló Genji, fingiendo enojo—. Yugiri es general del emperador, y no ha venido a perder el tiempo con vosotros. Y tú, Niou, no seas tan acaparador y deja tranquilo a tu hermano...

—En cambio, el Segundo Príncipe es la resignación personificada... Si sigue así, abdicará antes de reinar...

Genji se dirigió al ala este, seguido por los niños. No le gustaba que su hijo pasara la vida con sus nietos, los príncipes, pero no podía hacer nada para evitarlo. Por otra parte, si daba órdenes en este sentido, la Tercera Princesa se molestaría, porque, como tenía mala conciencia, se sentía herida

muy fácilmente. Yugiri había visto a Kaoru en contadas ocasiones. Al descubrirlo mirando a través de la rendija de una persiana, cogió una rama florida de cerezo que había en el suelo y le llamó. El niño acudió corriendo, vestido con una túnica de color púrpura oscuro. Su piel resplandecía por su exquisita blancura, y había en él algo especial (tal vez un refinamiento absolutamente fuera de lo común) que lo colocaba por encima de los príncipes. La expresión de sus ojos y el arco de las cejas recordaban indudablemente a Kashiwagi... Y también su sonrisa... ¿Estaría soñando?, se preguntó Yugiri. De ningún modo. Y estaba seguro de que Genji no podía ver aquella sonrisa sin evocar a su difunto amigo. ¿Qué tenía que pensar de todo aquello?

Los príncipes era dos niños guapos, sanos y robustos como tantos otros, pero Kaoru tenía algo especial imposible de definir, que lo hubiese hecho destacar entre un centenar de hijos de nobles... ¡Qué gran lástima, pensó Yugiri, que To no Chujo, que no para de llorar pensando que su hijo mayor se ha ido sin dejar descendencia, no sepa la verdad, suponiendo que sea *la verdad!* Y, a pesar de la antigua hostilidad que le había separado de su suegro, experimentó el deseo de revelarle el secreto. Pero cuando se puso a pensar en cómo hacerlo, se dio cuenta de que la idea resultaba impracticable. De todos modos, se hizo muy amigo del niño y le enseñó juegos que le encantaron.

Genji escuchó con una sonrisa irónica en los labios el relato de Yugiri de su última visita a la mansión de Ichijo.

—De manera que interpretó la canción del loto... —observó—. Aunque existen precedentes, pienso que una dama no debe dejar entrever a un caballero sentimientos que puedan dar lugar a confusión. Por otra parte, espero que no estés actuando de manera que la princesa Ochiba se haga falsas ilusiones, porque el riesgo existe. Lo sé por experiencia. No me cabe duda de que sólo actúas por deferencia a la memoria de tu amigo, pero es muy posible que los que oigan hablar de tus frecuentes visitas lleguen a conclusiones muy distintas. Por ti y, sobre todo, por ella, debes dejar muy claro que tus visitas a la casa de Ichijo son absolutamente *desinteresadas*.

Su padre tenía siempre un buen consejo a punto, pensó Yugiri. Pero ¿qué hubiese hecho *él* en su lugar?

—¿Cómo puedes insinuar que ha habido algo impropio en mi conducta? —replicó—. Sólo procuro ser amable con ella porque su matrimonio duró tan poco tiempo y acabó de un modo tan trágico. Muy al contrario: si mis atenciones cesaran de golpe, el mundo tendría razón al censurarme. En cuanto a la canción del loto, no habría estado bien si ella se hubiese puesto a interpretarla por propia iniciativa, pero la empecé yo, y el fragmento que tocó ella pareció absolutamente adecuado a la ocasión. Después de todo, la dama ya no es tan joven, y, cuando estoy a su lado, evito actitudes que puedan oler a galantería o a superficialidad. Supongo que ésta es la razón de que me haya ganado su confianza. Debe reconocerse que es una persona amena y agradable como pocas.

Dicho esto, se acercó un poco más a su padre, y le contó su sueño. Genji no se apresuró a responder, aunque le dio no poco que pensar.

—Hay bastantes razones para que la flauta me sea entregada —dijo al fin—. Perteneció al emperador Yozei, y el ministro de los ritos la guardó durante largo tiempo, pero, al notar con qué habilidad la tocaba Kashiwagi, se la regaló un día que habíamos estado haciendo música y admirando los *hagi*. Me temo que la madre de la princesa no obró bien cuando te la dio a ti.

Genji había entendido la referencia de Kashiwagi a sus descendientes, y temía que Yugiri también. El joven se dio cuenta de que su padre no estaba dispuesto a revelarle nada, pero, habiendo llegado hasta allí, no estaba dispuesto a dejar pasar la ocasión sin cumplir el encargo de su amigo.

—Fui a verlo poco antes de que muriera —dijo—, y me dio muchas instrucciones. Repitió varias veces que tenía numerosas razones para pedirte perdón. He dado muchas vueltas a sus palabras y todavía no soy capaz de entenderlas.

Genji estaba seguro de que Yugiri conocía la verdad, pero no se vio con ánimos de remover agua pasada. Hizo ver que meditaba un poco, y luego dijo:

—Quizás me gané su resentimiento alguna vez, al revelarle sentimientos que no eran míos. No recuerdo cuándo pudo ser. De todos modos, pensaré en el sueño que me has explicado, y, si llego a alguna conclusión, te la haré saber. Las mujeres suelen decir que no trae buena suerte hablar de sueños durante la noche.

La respuesta no satisfizo a Yugiri, y empezó a preguntarse qué estaba pensando realmente su padre.

Capítulo 38 El grillo de otoño

[98]

En verano, aprovechando el apogeo de los lotos, se celebró la ceremonia de consagración de la capilla de la Tercera Princesa, empezando por la de sus estatuas de Buda. Genji disponía de un rico mobiliario religioso que había reservado para un santuario que siempre pensó en construir, y lo cedió al de su esposa. Los estandartes se confeccionaron con rico brocado chino, y Murasaki se encargó personalmente de cortinas y manteles, empleando para ello tejidos de rara calidad, teñidos de los colores más variados y con estampados exquisitos. Habían levantado las cuatro cortinas que protegían el dormitorio de la princesa, y, al fondo, podía admirarse el mándala del loto, suspendido encima de las estatuas. En jarrones de plata, flores de largos tallos y glorioso colorido despedían una fragancia embriagadora que se mezclaba con la del incienso llamado «de los cien pasos» que ardía en los pebeteros. Las imágenes principales, un Buda Amida y dos *bodhisattvas*, tallados en madera de sándalo, destacaban por su trabajo primoroso. Las fuentes de las ofrendas, pequeñas y delicadas, contenían lotos artificiales de color azul, blanco y púrpura, y otro incienso, confeccionado con hojas de loto y miel, acababa de dar un toque de magia al ambiente con su aroma inimitable.

La princesa había hecho copiar las escrituras correspondientes a cada uno de los Seis Mundos. ^[99] Genji había copiado personalmente los sutras que iba a utilizar su esposa. De este modo pretendía crear un vínculo entre

ambos que les permitiera reencontrarse en el paraíso de la Tierra Pura. Hizo también una copia del sutra de Amida, y, temiendo que el papel chino acabara por arrugarse con el uso, mandó fabricar un papel especial a los proveedores imperiales. Habían empezado a trabajar en primavera, y los soberbios resultados obtenidos saltaban a la vista. Bastaba echar un vistazo a aquel rollo para darse cuenta de que era una auténtica obra maestra en la que el oro y el color negro de la tinta contrastaban maravillosamente con la superficie delicada del papel. No me detendré describiendo ejes, fundas, cordones y caja, pero sí diré que eran perfectos. Lo colocaron en medio de la capilla, sobre un soporte de madera olorosa y junto a las estatuas de Buda.

Una vez estuvo todo dispuesto, los oficiantes subieron al estrado y se formó la procesión. Mientras acudía a unirse a ella, Genji dirigió una mirada a la antecámara occidental, que ocupaba provisionalmente la princesa. Le pareció una estancia muy pequeña, quizás porque había en ella cincuenta o sesenta damas magníficamente vestidas, y, por si ello fuera poco, tremendamente calurosa, tanto, que algunas niñas habían ido a refugiarse en la galería norte, mucho más fresca.

Al ver que el humo de los pebeteros había sumido el lugar en tinieblas, Genji pensó que aquellos novicios estaban todavía un poco verdes. El incienso causa más efecto, se decía, cuando no se ve de dónde procede. Se hubiese dicho que el Fuji había entrado en erupción. En ceremonias como aquélla, los fieles querían sentirse en paz y no verse distraídos de sus devociones por negras humaredas o un crepitar excesivo de sedas. La princesa, pequeña y elegante, se apoyaba en un reclinatorio.

—El niño nos creará problemas —dijo Genji—. ¡Que se lo lleven!

Habían retirado las puertas correderas de la pared del norte, sustituyéndolas por persianas, detrás de las cuales se colocaron las mujeres. Genji impuso silencio y dio a su esposa las instrucciones precisas, mostrándose en todo momento afectuosísimo. Al ver su dormitorio convertido en un santuario, Genji no pudo reprimir el llanto.

—Aquí nos tienes, entregados a ceremonias religiosas como dos humildes monjes... ¿Quién lo hubiese dicho? —comentó en voz baja—.

Recemos para que en el otro mundo nos sea dado compartir estancias tapizadas de flores.

A continuación se apropió del tintero de la dama, y escribió:

«Te prometo que algún día me sentaré en el mismo loto que tú. ¡Qué triste resulta vivir lejos de ti en este mundo!»

Y ella le contestó, también por escrito:

«Aunque ahora me prometes compartir un loto conmigo en el paraíso, ¿crees que podrás hacerlo con la conciencia tranquila?»

—Observo que tienes muy mala opinión de mí — dijo Genji, sonriendo tristemente.

Las damas del palacio nuevo se habían superado a la hora de elegir sus ofrendas, y los aposentos de la princesa rebosaban de obsequios a cuál más espléndido. Murasaki se había ocupado de lo esencial: los atuendos de los oficiantes. Eran de brocado, y los entendidos hubieron de reconocer que el corte y los acabados de estolas y sobrepellices parecían insuperables. Un clérigo de reconocido prestigio se encargó del sermón, y glosó el significado de la ceremonia. Era muy digno de alabanza, afirmó, que una dama tan joven y encantadora hubiese renunciado al mundo y hallado en el Sutra del Loto su verdadero futuro para el resto de sus vidas. Aquel hombre elocuente habló con tanta convicción que hizo llorar a todos los presentes.

Genji hubiese deseado que la ceremonia de la consagración de la capilla y sus imágenes hubiera sido más austera, pero el hermano y el padre de la princesa, enterados de los preparativos, habían enviado mensajeros que los representasen en el acto, de modo que ritos que Genji hubiese querido mucho más sencillos se convirtieron en algo fastuoso y elaborado. Al admirar la gran cantidad de ofrendas recibidas, la gente se preguntaba en qué monasterio cabrían.

Genji sentía más compasión que nunca por su esposa, y se notaba en la forma en que la trataba. El ex emperador Suzaku había insistido en que su

hija se trasladase a la mansión de Sanjo que él le había cedido, pues, tarde o temprano, habría de ir a vivir allí, y lo mejor era partir cuanto antes.

—Preferiría que se quedase aquí conmigo —dijo Genji— para poder cuidarla y hablar con ella... Si se va, la echaré mucho de menos. Ninguna vida es eterna y siento que me quedan pocos años... No me neguéis el placer de compartirlos con la princesa mientras pueda...

A pesar de todo, no reparó en gastos a la hora de restaurar la casa de Sanjo, e hizo construir almacenes para guardar los productos que la dama recibía periódicamente de sus granjas y campos. También hizo llevar allí todos los objetos de valor que su padre le había donado, y procuró que fuesen cuidadosamente guardados y vigilados. El mismo se comprometió a hacerse cargo del sustento de la princesa y su numerosa servidumbre.

Cuando llegó el otoño, Genji transformó el jardín que se hallaba al oeste del pabellón principal del palacio nuevo en una landa. Los altares y enseres que reclamaba el nuevo estado de la princesa eran muy femeninos y de un gusto exquisito, y sus sirvientas de más edad, empezando por la nodriza, tomaron también el hábito, ganándose con ello su agradecimiento. Lo cierto es que, en aquellos momentos de entusiasmo por todo lo religioso, también querían tomarlo las más jóvenes, aunque la dama sólo estaba dispuesta a permitirselo a aquellas que, a su juicio, tenían auténtica vocación. Genji protestó ante aquellos extremos de beatería artificial:

—Si se hacen monjas muchachas que no han nacido para ello —observó—, por pocas que sean, a la corta o a la larga resultarán un engorro para sus compañeras.

Al fin sólo renunciaron al mundo una docena.

Genji mandó que soltaran insectos de otoño en la parte remodelada del jardín, y por las noches, cuando refrescaba, iba a verlos y a escucharlos. Con este pretexto, también visitaba a la princesa, y le hablaba como si ella estuviese todavía en el mundo, haciéndola sentirse profundamente incómoda. Su actitud resultaba tolerable cuando había gente delante, pero, en cuanto quedaban solos, Genji insistía en darle a entender que conocía sus faltas. Era precisamente aquella actitud de su marido lo que la había llevado a tomar el hábito con la esperanza de hallar la paz anhelada, pero no había

logrado deshacerse de él. Lo cierto es que la pobre princesa moría de ganas de partir a otro lugar, lejos de la compañía de los hombres, pero, por su carácter, no acababa de decidirse.

Una noche de luna llena se sentó junto a la galería de su capilla y se puso a invocar por lo bajo el nombre sagrado, mientras dos o tres religiosas ponían flores delante de las imágenes. El sonido de las jarras al chocar, el murmullo del agua derramada y los susurros con que se hablaban las monjas entre sí hubiesen conmovido el corazón más duro. Súbitamente se presentó Genji, y, acercándose a ella, empezó a acompañarla en sus plegarias a Amida.

—¡Cómo cantan los insectos esta noche! —comentó, suspendiendo sus rezos.

La voz del grillo de otoño dominaba las de sus compañeros como una campanilla de plata.

—Todas las clases de grillos tienen sus cualidades —dijo Genji—, pero la emperatriz parece preferir el del pino. Tanto le gusta que envió un puñado de hombres a cazar grillos de este tipo en los marjales, pero ahora, en su jardín, sólo unos pocos cantan tan dulcemente como cuando vivían en libertad. Quisiéramos que tuvieran una vida tan larga como el pino, pero no duran mucho. Lo curioso es que reservan su mejor música para cuando están solos en la montaña o en el bosque, donde nadie les oye. En cambio, este grillo de otoño que canta junto a tu capilla, lo hace con una alegría y un brío extraordinarios. La dama recitó (y su voz era suave y distinguida):

—El otoño es una estación triste, pero gracias al tintineo de la voz del grillo he aprendido a amarla.

Y Genji replicó:

—¿Qué entiendes por «estación triste»?

»Por más que haya abandonado su cabaña de hierba, este insecto encantador no tiene motivos para quejarse. ^[100]

Pidió a continuación que le trajeran su koto y le ofreció un concierto improvisado, durante el cual la dama se olvidó de pasar las cuentas de su rosario. La luna resplandecía en medio del cielo, y Genji se puso a contemplarla, absorto en sus pensamientos. Meditaba sobre la impermanencia del mundo y sus incertidumbres. Tal vez por ello la música de su koto sonó más melancólica que de costumbre. Al poco rato se presentó su medio hermano, el príncipe Hotaru, que, imaginando que habría música en el pabellón, venía a escucharla. Le acompañaba Yugiri y unos cuantos escuderos. Guiados por el sonido del koto, se dirigieron sin titubear a los aposentos de la Tercera Princesa.

—Os ruego que no lo llaméis concierto —explicó Genji, mientras les invitaba a entrar—, pero estaba tan aburrido que he decidido retomar el koto, tanto tiempo olvidado... Tocaba sólo para mí mismo, pero os agradezco vuestro interés.

Los cortesanos de los rangos más elevados fueron desfilando por allí. Había corrido la voz de que la fiesta de la contemplación de la luna prevista para celebrarse en el palacio imperial había sido cancelada, y los invitados decidieron acudir a la mansión de la Sexta Avenida. También comentaron los méritos de los diversos insectos que, desde el jardín, tomaron parte en el concierto.

—La luna llena siempre inspira —comentó Genji, mientras iban llegando nuevos instrumentistas para hacerse oír—, pero la de hoy me transporta a otros mundos. Ahora que Kashiwagi no está ya entre nosotros, debo confesar que no puedo dejar de pensar en él. Sabía poner una nota de alegría y de brillantez a estas ocasiones que echaremos mucho de menos. Cuando hablábamos de las emociones y sentimientos que despiertan en nosotros la naturaleza, los pájaros y las flores, a él se debían las observaciones más interesantes.

Estaba seguro de que la princesa, detrás de la persiana, había oído su discurso sobre Kashiwagi. Los cortesanos le hicieron saber que también el emperador lo echaba mucho de menos. Genji sugirió que aquella noche fuera consagrada a escuchar el tintineo incomparable del grillo de otoño. Apenas había apurado la segunda copa, cuando llegó un mensaje del ex

emperador Reizei. Después de la cancelación del concierto en palacio, el soberano había tenido conocimiento a través de los hijos de To no Chujo de que había una reunión en la mansión de Genji. Le escribía:

«Incluso allí donde ahora habito, muy lejos del trono de nubes, brilla de noche, como en otros tiempos, la luna de otoño.

»¡Venid a hacerme compañía!»

Aunque no tenía mucho que hacer por aquel tiempo, Genji había ido a visitar al ex emperador en contadas ocasiones. Fue una lástima que la invitación hubiese de partir de Reizei. De todos modos, Genji no se lo hizo repetir y puso en marcha los preparativos. Le escribió:

«Aunque el resplandor de la luna en el cielo sea el de siempre, tengo la impresión de que el otoño ya no es lo que era.»

No le salió un poema extraordinario, pero era honesto y sincero, y reflejaba cuáles eran sus verdaderos sentimientos. Hizo recompensar al mensajero con vino y regalos.

El cortejo se puso en marcha, y al frente marchaban Yugiri y dos hijos de To no Chujo, Saemon no Kami y Tosaisho, mientras los demás les seguían con arreglo a sus rangos respectivos. Genji hubo de renunciar a aquella tranquila velada que se disponía a pasar en su casa. Para incrementar la formalidad de los atuendos de corte, muchos se sujetaron largas colas. ^[101] Era muy tarde y la luna se hallaba en lo alto del firmamento mientras los jóvenes interpretaban sus melodías preferidas con sus flautas. Aquellas visitas iban siempre acompañadas de ceremonias interminables y fatigosas, y Genji hubiese preferido regresar a un tiempo en que no era un personaje tan importante. De todos modos, la llegada del cortejo al palacio de Reizei llenó de alegría al ex emperador. Cada vez se parecía más a Genji, y había decidido abdicar joven aún para tener tiempo para disfrutar de la vida. La poesía que se compuso y recitó, en chino y japonés, fue interesante y llena de alusiones, pero voy a pasarla por alto.

Reservaron los poemas en chino para el final, cuando empezaba a apuntar el alba, y luego los invitados se despidieron.

Genji fue a visitar a Akikonomu antes de regresar al palacio nuevo.

—Ahora que ya no estás tan ocupada ^[102]—le dijo—, pienso en ti con frecuencia y en lo agradable que sería venir a verte para hablar de cosas que ni tú ni yo hemos olvidado. Pero me encuentro en una situación francamente extraña, pues no pertenezco a este mundo ni al otro. Me paso la vida meditando sobre la vacuidad de las cosas, mientras observo cómo cada día son más los jóvenes que se deciden a tomar el sendero de la verdad. Una vez te pedí que cuidaras de los que dejaré atrás. Espero poder seguir contando contigo.

—A veces pienso que te has vuelto más inaccesible que cuando eras canciller —contestó ella—. Si no he renunciado al mundo como tantas otras, lo he hecho para poder seguir recibiendo tus consejos y hacer caso de ellos. He dependido mucho de ti, y no me enorgullezco de ello.

—Reconozco que cuando tu cargo te imponía una serie de limitaciones —dijo Genji—, podía contar con que vinieras a verme de vez en cuando a mi casa. Ahora, en cambio, ¿qué excusa necesitarías para ir de un lado a otro a tu gusto? Vivimos en un mundo inseguro y absurdo, y, no obstante, nos aferramos a él, de modo que, salvo que haya razones muy poderosas que lo aconsejen, nadie está dispuesto a abandonarlo. Incluso cuando parece haber llegado el momento adecuado, los viejos vínculos permanecen. De todos modos, si te unes a los que, a nuestro alrededor, se han lanzado en los últimos tiempos por el camino de la salvación, no te faltarán detractores que dirán que lo has hecho por motivos inconfesables. Ni se te ocurra...

La ex emperatriz pensaba que Genji no la entendía. ¿En qué rincón del infierno estaría vagando entre humaredas de azufre su pobre madre? Genji no le había contado que el espíritu vengativo de la princesa le había vuelto a visitar, pero resultaba imposible hacer callar a la gente y algo había llegado a oídos de Akikonomu, de manera que la emperatriz ardía en deseos de conocer las palabras que su madre pronunciara, pero no se atrevía a preguntar.

—Tengo entendido que mi madre murió llevándose consigo una pesada carga de pecados —dijo al fin—. Todo me induce a pensar que esto es así, pero temo que me he estado compadeciendo demasiado a mí misma para poder hacer algo realmente útil por ella. No puedo evitar, pues, sentirme culpable, y quisiera encontrar un clérigo sabio que me aconseje qué debo hacer para salvarla de las llamas.

Genji entendió lo que sentía y dijo:

—Aunque sepamos que nadie podrá escapar a estas llamas, al ser nuestra vida tan breve como la permanencia del rocío matinal sobre las hojas, poco podemos hacer para remediarlo. Conocemos la historia de uno de los discípulos del Iluminado ^[103] que halló ayuda en este mundo para su madre, que estaba sufriendo en el otro, pero se trata de algo absolutamente irrepetible. Si te cortas tus maravillosas trenzas, te lo reprocharás el resto de tus días. No, límitate a reforzar tu fe y a rezar para que las llamas se extingan. Yo también he deseado renunciar a todo, pero los días han ido pasando y la paz espiritual definitiva me parece más lejana que nunca.

Y estuvieron hablando largamente de las vanidades del mundo, de su deseo de renunciar a él y de la dificultad de ponerlo en práctica. A la mañana siguiente Genji abandonó el palacio del ex emperador acompañado por numerosos cortesanos que le habían seguido.

Había dejado de preocuparse por la princesa de Akashi y por Yugiri: ambos habían sabido hacerse un lugar en el mundo, y difícilmente podían aspirar a más de lo que habían alcanzado. En cambio, pensaba mucho en Reizei, que había abdicado porque quería disponer de más tiempo y ver más a su padre. Las visitas de Akikonomu a la mansión de la Sexta Avenida se acabaron. Ahora era una ama de casa como otra cualquiera que debía permanecer junto a su marido, y su vida discurría entre conciertos y otros placeres. Sólo la turbaba la idea de que su madre lo estaba pasando mal en el otro mundo, pero, aunque cada día dedicaba más tiempo a las plegarias, estaba segura de que jamás obtendría el consentimiento de su esposo para tomar el hábito.

Capítulo 39 Yugiri

I

Tanta fama tenía Yugiri de hombre serio y fiel, que sus constantes visitas a la casa de Ichijo no dieron lugar a habladurías, siendo celebradas como una prueba más de su devoción a la memoria de Kashiwagi. Nada había, en principio, que reprocharle, pero, en su fuero interno, empezó a pensar que aquella situación no podía mantenerse perpetuamente. La madre de la princesa viuda no sabía cómo agradecerle sus atenciones. Yugiri y sus cartas eran la única fuente de distracción en aquella casa dominada por la soledad y la monotonía. En su relación con la joven viuda no había dejado entrever aún sentimientos especialmente tiernos y procuraba evitar la actitud de un pretendiente. Se limitaba a mostrarse afectuoso, y esperaba que algún día la propia dama le daría pie a declararle lo que se estaba fraguando en su interior. Mientras, estudiaba atentamente los gustos y maneras de la princesa.

Súbitamente, la madre fue víctima de la posesión violenta de un mal espíritu y la trasladaron a la casa que tenía en las colinas de Ono. Durante años había tenido como director espiritual a un monje extremadamente virtuoso y especialista en curaciones. Este hombre se había retirado al monte Hiei y había hecho votos de no regresar a la ciudad. En cambio, estaba dispuesto a ir a visitar a su antigua feligresa en su casa de las afueras. Los hermanos de Kashiwagi estaban demasiado ocupados para ayudar, de modo que fue Yugiri quien puso a su disposición hombres, caballos y carruaje. Kobai se había interesado por la viuda de su hermano, pero la dama recibió mal sus atenciones, pues tuvo la impresión de que no eran meramente fraternales. Yugiri supo disimular mejor, y se tomó muy en serio la situación. Cuando empezaron los servicios religiosos, él se ocupaba de los atuendos de los clérigos y demás detalles.

Como la enferma no podía darle las gracias, las mujeres que servían en la casa llegaron a la conclusión de que parecería impropio que la nota de agradecimiento fuera escrita por una azafata. Sólo su hija podía representar a la dama durante su incapacidad. He aquí como la princesa se vio obligada a redactar una nota: la caligrafía era francamente buena y el poema había sido elegido con enorme cuidado. El resto de la carta era extremadamente gentil, de modo que Yugiri empezó a desear más que nunca ver a su autora. A partir de entonces empezó a escribirle con regularidad y tenía muchas ganas de visitar la casa de Ono, pero se abstuvo de momento para no levantar sospechas en Kumoi.

El octavo mes tocaba a su fin y el otoño engalanaba las colinas de Ono.

—Me han dicho que ha bajado de las montañas el monje que atendía a la madre, un hombre completamente excepcional —explicó Yugiri a su esposa—. Tengo sumo interés en verlo para comentarle ciertas cuestiones que me preocupan. ¡Y es tan difícil dar con él! Por otra parte, la anciana sigue sin encontrarse bien y la gente dirá que las he olvidado...

Se llevó a cinco o seis de sus hombres, vestidos de viaje. Aunque el lugar no estaba lejos, las colinas que recorrieron presentaban ya un colorido otoñal muy atractivo, sobre todo en Matsugasaki. La casa de Ono era un ejemplo de gusto y refinamiento que hubiese podido estar en el mejor barrio de la capital. La más sencilla de sus cercas había sido construida con tanta imaginación que demostraba que una residencia campestre no tiene por qué ser un lugar rústico y vulgar. Había un pabellón independiente al este de lo que parecía el edificio principal, convertido en capilla. El dormitorio de la madre daba al norte y el de la princesa al oeste. Antes de partir la anciana había declarado que los malos espíritus que llevaba dentro eran extremadamente malignos y codiciosos, y pidió a su hija que se quedara en la ciudad, pero la princesa se empeñó en acompañarla. No estaba dispuesta a vivir lejos de su madre. No obstante, le prohibieron entrar en el aposento de la enferma.

Como no tenían lugar para huéspedes, llevaron a Yugiri a la galería de la princesa, y desde allí envió un mensaje a la madre. La enferma le contestó con una nota que decía así:

«Has sido muy amable al recorrer una distancia tan larga para interesarte por mí. Gracias a ti siento que he de seguir viviendo... ¿Cómo podré corresponder a tantas atenciones?»

Y él le escribió a su vez:

«Me hubiese gustado acompañarte cuando te trasladaron, pero mis obligaciones me lo impidieron. Desde entonces no me han faltado tareas, aunque he de reconocer que no me he ocupado de ti como hubiese debido. No quisiera que pensaras que te he olvidado...»

Detrás de una cortina, la princesa asistía en silencio a aquel intercambio de notas. Yugiri había detectado su presencia porque las cortinas eran casi transparentes. Por otra parte, un frufú inconfundible de sedas le había alertado desde que llegara a aquel lugar. Entre mensaje y mensaje, se entretenía conversando con las azafatas de las damas.

—Hace años ^[104] que os visito, tratando de ayudaros en lo que puedo, y, por tanto, tengo derecho a pensar que la acogida que hoy se me ha hecho es excepcionalmente fría. No se me permite acceder al interior, y la conversación debe reducirse a un intercambio de notas a través de mensajeros. No es lo que esperaba, aunque tal vez deba atribuirse a mi falta de experiencia. Estoy seguro de que la princesa sabe que estoy aquí, y ni siquiera me ha enviado un saludo. Me parece absurdo, y los que me conocen y saben como soy, por fuerza se están riendo de mí a mis espaldas. Ni en mis años mozos tuve fama de libertino... Más aún: dudo que haya muchos hombres de mi edad con tanta reputación de honestos...

Las mujeres le daban la razón, y una de ellas fue a repetir sus quejas a la princesa.

—No obrarás bien, señora, si te niegas a recibirlo —le dijo—. Quedarás como una persona necia e insensible.

La dama se dejó convencer y le envió una nota que decía:

«Siento mucho que mi madre esté demasiado enferma para contestarte en persona. Todos los indicios apuntan a que el espíritu que la ha poseído es de los peores, y me he visto obligada a abandonar la ciudad con ella para atender a sus necesidades. Lo cierto es que a veces dudo si yo misma estoy viva. Con todo, temo que esta respuesta no resultará satisfactoria...»

Son sus palabras, se dijo Yugiri, y respondió en voz alta para que la dama le oyera:

—¡La conducta de la princesa es completamente absurda! Se está preocupando tanto de la salud de su madre, que acabará por caer enferma ella. Si se me permite opinar, pienso que una de las causas de los sufrimientos de la madre ha sido haber soportado durante tanto tiempo los llantos y lamentaciones de su hija. Estoy convencido de que si la princesa hiciera un esfuerzo por animarse un poco, ello tendría un efecto extraordinariamente beneficioso para la enferma. Si cree que *sólo* me preocupa la salud de su madre, está en un grave error.

Azafatas y sirvientas volvieron a darle la razón.

Al atardecer empezó a levantarse una densa bruma que casi borró la colina al pie de la cual se encontraba la casa de la enferma, dejándola reducida a una oscura masa de sombra entre la niebla. Se oía el canto de las cigarras nocturnas, mientras los claveles silvestres y las flores de otoño que crecían a lo largo de las galerías lucían discretamente a la luz mortecina del crepúsculo con sus brillantes colores medio apagados. La canción de un arroyuelo parecía refrescar la atmósfera y, de vez en cuando, llegaban ráfagas de viento de la cima de las montañas, acompañadas de un intenso suspirar de ramas de pino. Las campanas anunciaron que se acababa de producir un relevo de monjes, y las ceremonias prosiguieron con renovada intensidad. Las voces de los religiosos que acababan de llegar de la montaña resonaban, más profundas que las de los demás oficiantes.

Yugiri se sentía como bajo los efectos de un hechizo y no hubiera abandonado nunca aquel lugar. Una azafata vino a anunciarles que la anciana sufría intensos dolores, y un gran número de mujeres corrieron a su lado, dejando a la princesa casi sola, con un par de azafatas. Aunque callaba, parecía que había llegado el momento de hablar. La niebla se había hecho considerablemente más espesa, y no se veía nada.

—¿Qué voy a hacer? —se preguntó Yugiri en voz alta—. En estas condiciones no puedo regresar a casa.

»Si esta espesa bruma del atardecer, no se deshace, jamás podré alejarme ya de tu lado.
[105]

Y la princesa le contestó:

—La bruma que envuelve este rústico hogar, sólo cierra el paso al que no quiere irse.

Las palabras de la dama dieron algo de confianza al hombre, y decidió pasar por alto lo avanzado de la hora.

—¡Extraña conclusión! —replicó—. Lo cierto es que la niebla ha borrado los caminos, y no deberías permitir que siga aquí fuera, perdido entre la densa bruma de Ono. Me siento como un idiota... ¿Qué quieres que haga?

Hasta aquel momento Yugiri había expresado siempre sus sentimientos mediante indirectas, que ella se había cuidado muy bien de ignorar. Ahora la sinceridad diáfana de sus últimas palabras provocó una gran incomodidad en la dama. Aunque su silencio no alegró a Yugiri, esta vez decidió aprovechar la ocasión a fondo, aunque ella lo tuviese por frívolo y grosero. Por fuerza hacía tiempo que conocía su amor...

Llamó a uno de sus escuderos, un oficial joven que acababa de ser ascendido al quinto rango, y le dijo en un susurro:

—Es preciso que hable con el monje que ha bajado exprofeso de las montañas para dirigir los exorcismos. Ha pasado el día rezando, e imagino que no tardará en tomarse un descanso. Pasemos la noche aquí y mañana al clarear trataré de verle. Envía un par de hombres a mi granja de Kurusuno, que no está lejos, y que traigan pienso para nuestros caballos. Que los que se queden guarden silencio, pues, si les oyen, se enterarán de que estoy aquí y mi visita será mal interpretada.

Hizo una pausa, y continuó hablando en voz más alta, ahora dirigiéndose a la princesa:

— *No puedo* regresar a casa, y éste es un lugar tan bueno para descansar como cualquier otro. Espero que ello no te incomode. En cuanto el clérigo

salga de la estancia de tu madre, iré a verlo. Estoy seguro de que ya está terminando sus plegarias.

La dama se sobresaltó: nunca antes le había oído expresarse en aquel tono casi burlón, pero no quiso ofenderle corriendo a refugiarse a los aposentos de la enferma. De manera que continuó sentada en el mismo sitio y en silencio, preguntándose, angustiada, qué curso iban a tomar los acontecimientos. No tuvo que esperar mucho pues, al poco rato, se presentó una azafata con un mensaje para la princesa, y Yugiri la siguió detrás de la cortina. La bruma era tan espesa, incluso en el interior de la casa, que ni siquiera la lámpara que ardía en un rincón permitía ver nada. La azafata se dio cuenta de la situación y se horrorizó. Al oír sus pasos, la princesa se levantó e intentó escurrirse por una puerta corredera que había al fondo de la cámara, pero su cola se enganchó con ella y hubo de soltarse de un tirón. Intentó cerrar la puerta, pero carecía de pasador por el otro lado, de manera que se quedó junto a ella, manteniéndola cerrada con sus manos. Estaba empapada de sudor y temblaba como una hoja.

—Señor, nunca te hubiese creído capaz de algo así —tartamudeó la azafata, intentando sujetar a Yugiri.

—¿Tan terrible es que esté aquí a tu lado? —preguntó el hombre—. Tal vez no sea el hombre más importante del mundo, pero hace mucho tiempo que te conozco y me debes un sinfín de servicios.

Y añadió, hablando enfática y reposadamente:

—Después de tantos meses, no puedes seguir tratándome como a un extraño.

La dama no estaba dispuesta a seguir escuchándolo. Su conducta insolente la había ofendido, y su indignación le impedía enterarse de los sentimientos que el hombre estaba poniendo de manifiesto en su apasionado discurso.

—Te estás comportando como una niña egoísta —le decía—. ¿Es un crimen perder el control de los sentimientos que he llevado durante años en mi corazón? Te juro que no haré nada sin tu consentimiento, pero sabes perfectamente que te adoro. Si estoy aquí, ha sido porque me has mantenido a distancia fingiendo que no sabías cuánto me importabas... No me has

dejado otra alternativa... ¡Basta de fingimientos! Me sobran razones para estar furioso por tu extrema frialdad, pero te he respetado demasiado para hablarte de ello.

Aunque la dama seguía sujetando la puerta con ambas manos, no le hubiera costado mucho a Yugiri abrirla, pero no hizo ningún intento, temiendo que con ello hubiese destruido la sensación de sinceridad que había intentado dar a la escena.

—¡Resulta conmovedor! —dijo, al fin, riendo—. ¡Pensar que esta puerta de papel que nos separa te importa tanto!

La princesa Ochiba soltó la puerta, Yugiri la abrió, entró en la estancia y se encontró ante una figurita dulce y frágil. De las mangas arrugadas de un par de *uchikis* de diario (como no esperaba visitas, no se había vestido de gala) se desprendía un perfume suave y agradable que la envolvía en un aura de elegante gentileza.

Una ráfaga de viento introdujo en la estancia los sonidos de la noche en la montaña: el bordoneo de los insectos, el grito de las ciervas en celo, la cascada... Fue una escena que hubiese quitado el sueño a la persona más insensible, y, al salir la luna e iluminar a la dama, Yugiri cayó a sus pies deshecho en lágrimas.

—Si pretendes que lea tu silencio empecinado como algo insondable —le dijo—, estás consiguiendo todo lo contrario. Soy un hombre completamente inofensivo, y es muy fácil hacer de mí una víctima. Son muchos los que se burlan de mi modo de ser, pusilánime en exceso. ¿Estás tú entre ellos? Si es así, olvida tu indignación. Después de todo, has estado casada y no puedes fingir que ignoras *ciertas cosas*...

La princesa se sentía profundamente desgraciada. Le molestaba especialmente que Yugiri aludiera a su «experiencia» para obligarla a aceptarlo. Estaba convencida de que había nacido para ser infeliz, y hubiese dado cualquier cosa por desaparecer de la faz de la tierra.

Al fin habló la dama con un hilo de voz que parecía a punto de quebrarse:

—Admito que he cometido errores de juicio, pero no estaba preparada para eso...

»Estoy segura de que mi destino es peor que el de la mayoría... Para mi vergüenza, mis mangas están siempre húmedas de llanto.

La princesa recitó el poema como hablando consigo misma. Yugiri se lo repitió en un susurro. Ante el desconcierto de la dama, el hombre se excusó:

—Lo siento... Seguramente no hubiese debido repetirlo...

»No me gusta llevar mangas empapadas, pero en cuanto un rumor empieza a correr, ¿quién lo detiene?

Y añadió, invitándola con una sonrisa a salir a la galería, que la luna iluminaba:

—Decídete a acompañarme...

Ochiba se resistía, y al fin Yugiri la levantó en brazos.

—Ya conoces mis sentimientos... ¿Por qué no te muestras más afectuosa? Te he prometido que no ocurriría nada si tú no quieres...

La aurora empezaba a apuntar. La bruma se había levantado y la luz de la luna inundaba la estancia. La princesa trató de ocultar el rostro con un gesto que a él le pareció encantador. Entonces se puso a hablarle de Kashiwagi, y le reprochó que le considerara menos que a su amigo desaparecido. Involuntariamente la dama empezó a compararlos: aunque Kashiwagi era por aquel entonces un oficial de poca graduación, todos parecieron aconsejarle el matrimonio y ella lo había aceptado, cediendo a la opinión de su familia. Y, sin embargo, una vez casados, su marido empezó a mostrarle una indiferencia poco menos que intolerable. ¿Qué podía esperar de una relación a la que todos se opondrían, empezando por su suegro y su padre, el ex emperador? Kashiwagi y Kumoi eran hermanos... Era una situación terrible. Por más que ella se negara a aceptarlo y luchara hasta el final, el mundo interpretaría las cosas a su manera... ¿Y qué iba a decir su madre, que no sabía nada del asunto? ¿Qué pensaría cuando se enterara de la *verdadera razón* de las atenciones de Yugiri para con ella?

—Hazme el favor de irte antes de que amanezca —imploró.

—¡Qué extraño! Incluso el rocío me despreciaría si me viera partir como si acabara de vivir una extraordinaria noche de amor... Voy a obedecerte, pero quiero que sepas que, si he permitido que vieras lo imbécil que soy, no voy a tolerar que te burles de mí en el futuro. No respondo de lo que pueda llegar a hacer...

Yugiri intuía que no estaba a la altura de la situación, y algo le decía que debía insistir, pero, a pesar de su inexperiencia, sabía que si la tomaba por la fuerza, luego se arrepentiría. Decidió, pues, partir e improvisó:

—Húmedo del rocío que se desprende de las cañas de bambú, ¿habré de regresar a casa solo atravesando el muro de bruma?

»¿Piensas que con ello lograrás que tus mangas se sequen? Un día habrás de pagar por tu testarudez... Y no podrás detener los rumores que correrán sobre ti...

La princesa sabía que no pocos darían crédito a esos rumores, pero estaba dispuesta a mantener a toda costa su tranquilidad de conciencia. Volvió a ordenarle que se retirara, e improvisó:

—El temor a que el rocío te empape en tu camino de regreso a casa es sólo un pretexto: también yo estoy condenada a llevar mangas mojadas.

Yugiri volvió a encontrarla deliciosa. Le daba pena y, al mismo tiempo, estaba profundamente avergonzado de sí mismo. Después de haberse distinguido tanto sirviendo a su madre, ¿cómo había esperado que iba a acoger la dama su proposición de mantener una relación *tan distinta* con ella? Aunque su deseo de permanecer en la casa de Ono era muy grande, acabó por aceptar lo inevitable, y se marchó.

El camino que llevaba a la ciudad había sido invadido por la hierba. No estaba acostumbrado a aquella clase de aventuras, y, aunque otro la hubiera encontrado excitante, a él le pareció profundamente desagradable. Temiendo que sus mangas mojadas fueran a dar mucho que hablar en la

mansión de Sanjo, prefirió refugiarse en el pabellón del noreste del palacio nuevo de su padre. También allí la bruma matinal envolvía el jardín, pero era mucho menos espesa que en Ono.

Cuando se enteraron de su llegada, las mujeres empezaron a hacer elucubraciones. No era lo que se esperaba de él. De todos modos, Hanachirusato guardaba siempre una muda limpia, planchada y elegante para él, y, en cuanto se hubo cambiado, desayunó y fue a ver a su padre.

Lo primero que hizo fue enviar una carta a la princesa Ochiba, pero la dama estaba tan alterada por su agresiva actitud de la noche anterior que no la abrió. No le servía de consuelo pensar que su madre no sabía nada del asunto, pues tarde o temprano se enteraría por las criadas. En las condiciones en que vivían resultaba muy difícil guardar secretos. Quizás resultara preferible comunicarle la historia con todos los detalles y evitando las exageraciones a través de alguna azafata de confianza. Después de todo, siempre habían estado muy unidas y nunca existieron secretos entre ambas. No es infrecuente encontrar en las novelas hijas que guardan secretos frente a sus padres, secretos que son del dominio público, pero no era éste el caso de la princesa viuda y su madre.

—No hay la menor posibilidad de que la madre sepa nada —comentó una de las mujeres—. Creo que la princesa se está precipitando y debería meditar un poco más sobre todo ello.

La carta que su señora se había negado a abrir les intrigaba.

—Parecerá muy extraño que no la contestes, señora —dijo una azafata—. Extraño e infantil.

Y, sin esperar a que les diera permiso, se la abrieron.

—Todo ocurrió por culpa mía —se confesó la princesa—. No anduve con suficiente cuidado y me vio. De todos modos, su conducta fue muy desconsiderada. Hacedle saber que no he sido capaz de leerla...

Y, con estas palabras, abandonó la estancia, mientras sus mujeres se lanzaban sobre el papel para averiguar qué decía. La carta era muy tierna, pero claramente inofensiva, por cuanto pudieron entender las azafatas.

«Dejé mi alma prendida en la mangas de una ingrata. He perdido el norte y no sé qué hacer.

»No es una historia nueva. Todos sabemos qué ocurre cuando cabeza y corazón siguen caminos distintos... Me siento en un mar de confusiones...»

Era una carta larga, y dejó muy confusas a sus lectoras. No contenía, en apariencia, ninguna proposición concreta, y, sin embargo, la princesa no quería ni tocarla... La actitud de la dama entristeció a sus mujeres, que no sabían qué pensar de toda aquella historia. Todas coincidían en que Yugiri parecía un hombre extremadamente amable. De todos modos, si la princesa acababa por rendirse a sus deseos, ¿qué futuro le esperaba? Ninguna de ellas se atrevía a aventurar nada. Por otra parte, la dama enferma parecía estar al margen de todo. Aunque los demonios seguían atormentándola sin piedad, de vez en cuando tenía intervalos de lucidez.

Concluidos los servicios de mediodía, la pobre mujer estaba sola con su antiguo director espiritual:

—A menos que Vairocana ^[106] esté engañándome —le dijo el clérigo, muy satisfecho al ver que su paciente parecía mucho más tranquila—, me sobran razones para creer que mis humildes esfuerzos están obteniendo algún tipo de recompensa. Aunque aparentemente esos espíritus sean muy testarudos, he llegado a la conclusión de que sólo se trata de almas en pena, que están haciendo penitencia por pecados cometidos en otras vidas...

El hombre parecía muy lacónico y se expresaba de un modo un tanto abrupto. Hizo una pausa y luego, sin que viniera a cuento, dijo:

—¿Cuánto tiempo lleva el general Yugiri haciendo compañía a la princesa?

—¿Qué pretendes dar a entender? —dijo la dama, alarmada—. ¡No hay nada entre ellos! El general y mi difunto yerno eran muy amigos, y, desde que perdimos a Kashiwagi, se ha mostrado extraordinariamente atento con todas nosotras. No hay más. Ayer vino a visitarme, y, aunque no pude recibirlo, se lo agradezco profundamente.

—Todo eso es muy raro —replicó el religioso—. Soy un hombre muy humilde y no conduce a nada ocultarme la verdad. Mientras me dirigía a mis servicios matinales, vi a un hombre joven muy elegante que salía por la puerta del ala oeste. La bruma lo envolvía todo y no pude distinguir su rostro, pero mis colegas me aseguraron que se trataba del general. Parece que envió su coche a casa ayer por la noche y permaneció en la mansión. Al menos, eso dijeron. Sea como fuere, pude oler un perfume muy especial que estuvo a punto de marearme. Por fuerza ha sido el general, me dije, pues reconocí el aroma que suele acompañarle. No creo que la noticia sea como para que te alegres. Nada tengo contra él, sino todo lo contrario. Su abuela me apreciaba mucho y me hacía leer sutras para que no le faltase protección cuando todavía era un niño. A partir de entonces, siempre que he podido hacerle algún favor, se lo he hecho. Pero no creo que sea en absoluto recomendable un matrimonio de Yugiri con tu hija Ochiba. Me consta que su mujer, Kumoi, es una dama muy orgullosa e influyente, y su familia ostenta ahora un poder casi ilimitado. Ya tienen siete u ocho hijos. ^[107] ¿Cómo quieres que tu hija la suplante en el afecto del general? Sólo pueden pronosticarse celos y desavenencias, y esa clase de historias acaban por hundir a las mujeres que se ven atrapadas en ellas, condenándolas en esta vida y en las siguientes... Incluso suponiendo que tu hija no sucumba a sentimientos de violencia, los celos que se apoderarán indefectiblemente de la esposa de Yugiri acabarán por envenenarle el alma y pondrán en serio peligro su salvación. Debes poner fin a todo ello antes de que sea demasiado tarde. Si no lo haces, yo me lavo las manos.

El eclesiástico no era de los que se andan con rodeos y concluyó su discurso con un enfático movimiento de cabeza.

—Tal como has empezado diciendo, todo eso es muy extraño —repuso la mujer, que no quería dar crédito a lo que estaba escuchando—. No he percibido nada que me diera a entender lo que me acabas de contar. Mis criadas me dijeron que cuando llegó y supo de mi postración, lo lamentó mucho y se puso a descansar, a la espera de que yo me encontrara algo mejor y pudiera recibirlo. ¿No será ésta la verdadera razón de su

permanencia bajo mi techo durante la noche? Lo tengo por un caballero honesto como pocos.

El monje se despidió con un gesto ambiguo y abandonó la estancia. En cuanto estuvo sola, la dama llamó a Koshosho. En cuanto la tuvo a su lado, le repitió en pocas palabras lo que acababa de oír de labios del clérigo, y le dijo:

—¿Qué ocurrió realmente? ¿Por qué mi hija no me dijo nada? ¿Tan mal están las cosas?

Aunque sentía una gran piedad por la princesa, Koshosho contó todo lo que sabía con mucho detalle. Le habló de la carta que había llegado aquella misma mañana y de lo que la princesa había dado a entender, y le explicó lo que había podido contemplar con sus propios ojos.

—Si quieres saber mi opinión —concluyó la azafata—, tengo para mí que el general se limitó a descargar su corazón de sentimientos que llevaban tiempo atormentándole. Se marchó antes de que apuntara el alba, y estoy segura de que no ocurrió nada irreparable. Ignoro quién te ha podido venir con esos cuentos...

La pobre dama lloraba en silencio, mientras Koshosho lamentaba lo que acababa de decir, temiendo que pudiera afectar gravemente la salud ya maltrecha de la anciana.

—La puerta estaba cerrada... —apuntó tímidamente.

—Quizás sí. Pero mi hija permitió que él la viera... Por más irreprochable que haya sido su conducta, si los monjes y sus acólitos los vieron juntos, ¿crees que van a callar? ¿Piensas que van a tomar la defensa del honor de la princesa y que irán jurando por ahí que «no ocurrió nada»? No puedo confiar en nadie...

La anciana, que deseaba para su hija viuda un retiro tranquilo en algún monasterio o palacio, se sentía peor que nunca. Lo que acababa de saber la atormentaba más que todos sus demonios juntos.

—Dile a mi hija —ordenó a Koshosho, secándose las lágrimas— que me encuentre algo mejor y deseo verla. Supongo que se hará cargo de que no vaya yo a sus aposentos...

En cuanto la dama recibió el mensaje de su madre, se peinó y cambió de ropa. Con todo, no se atrevía a obedecerla. ¿Qué rumores podían haber llegado a oídos de la anciana?, se preguntaba llena de angustia. Y si algo le había llegado, ¿cómo pudo haberle dado crédito?

—Me encuentro muy mal —dijo a sus mujeres, y se tumbó en su lecho—. No sé qué me pasa, pero mis piernas se niegan a sostenerme.

Pensando que algún tipo de fuerza maligna se había apoderado de sus extremidades inferiores, mandó a una de sus criadas que le hiciera un masaje. Mientras Koshosho seguía explicándose:

—Alguien le ha estado contando cuentos... Me preguntó qué ocurrió ayer por la noche, y yo se lo conté todo, aunque le aseguré que la puerta se mantuvo siempre cerrada... Si te pregunta algo, no me hagas quedar como una embustera...

Al darse cuenta de que sus peores temores se habían hecho realidad, la princesa se puso a llorar en silencio. Repasando la historia de su vida, llegó a la conclusión de que le habían tocado dos pretendientes, Kashiwagi y Yugiri, y que ninguno de los dos había sido bien acogido por su madre... En cuanto a ella misma, ¿qué le tenía reservado el futuro? ¿Cuántas pruebas le tocaría superar? Estaba segura de que Yugiri volvería a la carga, y, aunque había conseguido resistir hasta entonces, el recuerdo de su «victoria» provisional constituía un triste consuelo. Por otra parte, no dejaba de reprocharse su inadvertencia de la noche anterior.

Al caer la tarde fue a visitar a su madre. La anciana intentó recibirla sentada y procuró que nada le faltara para sentirse cómoda.

—Debo de estar hecha un adefesio —se quejó la enferma—. Te ruego que me perdones... Sólo han pasado unos pocos días, y parecen ya una eternidad. Ignoramos si nos encontraremos en otro mundo, y, si nos encontramos, no sabemos si seremos capaces de reconocernos... Seguramente ha sido un error que tú y yo nos hayamos querido tanto. Hemos permanecido juntas tan poco tiempo, y parece que ya es hora de separarnos...

La madre lloraba, mientras la princesa la observaba en silencio. Siempre había sido muy reservada, e ignoraba qué significa confesarse o hacer una

revelación. Por otra parte, su madre no se atrevía a hacer preguntas. Koshosho le había dicho que su hija no había comido en todo el día, y la anciana le hizo servir unos cuantos platos que sabía que le gustaban, pero no probó bocado. Con todo, la princesa se alegró al comprobar que su madre parecía encontrarse mejor.

Mientras estaban juntas, un mensajero entró en la estancia con otra carta de Yugiri.

—De parte del general para Koshosho —dijo, y se retiró.

¡Qué mala suerte!, se dijo la azafata. Como era de esperar, la madre solicitó que se le leyera la carta que acababan de traer. Lo cierto es que en el fondo del alma de la anciana, el resentimiento estaba dando paso a algo muy distinto que quizás pudiera describirse como «ilusión». Tenía muchas ganas de que Yugiri volviera a visitarla. Más aún, la mera posibilidad que *no volviera jamás* le resultaba insoportable.

—Debes contestarle —dijo a su hija, haciendo un esfuerzo por ponerse en pie—. Por más que proclames a los cuatro vientos que eres pura, nadie te creerá. Envíale una respuesta amable y deja que las cosas sigan su curso natural... Eso será sin duda lo mejor. No querrás que te juzgue una coqueta grosera...

De mala gana, Koshosho puso la carta en la mano que la anciana le tendía. Decía así:

«Puedes estar segura de que, cuanto peor me trates, más te amaré...

»Cuando es imposible ocultar al mundo
una mala reputación, tengo por improcedente
que me eches de tu lado.»

Era una carta muy larga, pero la anciana no siguió leyendo. El argumento utilizado por el general para doblegar la voluntad de su hija le pareció inaceptable e indigno de un hombre de honor. Kashiwagi no había sido un esposo modélico, pero siempre se comportó como un caballero y nunca amenazó a su esposa. Y, con todo, nunca contó con el favor de la anciana. La actitud de Yugiri no podía tolerarse. ¿Qué estarían comentando To no Chujo y su familia?

De todos modos, quería averiguar más cosas sobre cuáles eran las verdaderas intenciones de Yugiri. De modo que se secó las lágrimas, hizo por serenarse y se puso a redactar una carta. Sus letras parecían las huellas de un pájaro. Escribió:

«Cuando mi hija vino a interesarse por mi salud, insistí en que contestara a tu carta. Me di cuenta de que no se encontraba bien, de modo que tomé sobre mí la tarea de escribirte.

»¿Qué llevabas en la cabeza cuando elegiste para pasar una noche el prado en que muriera la flor virginal? [108]

Hubiese querido escribir más, pero no pudo. Dobló la carta y, sintiéndose peor, se echó. El mal espíritu se había aprovechado de que la anciana tenía la mente ocupada en otras cosas para poseerla con fuerzas renovadas. Volvieron a acudir chamanes famosos por su experiencia, y toda la casa se llenó una vez más de plegarias y ensalmos. Las criadas insistían en que la princesa regresara a sus aposentos, pero ella se negó. Si su madre iba a morir, quería estar presente.

II

Yugiri llegó a su mansión de Sanjo hacia el mediodía. Sabía lo que casi todos ignoraban (que no había ocurrido nada), y consideró una estupidez regresar a la casa de Ono aquella misma noche. Y, sin embargo, su fracaso del día anterior había aumentado su deseo hasta hacerlo casi insoportable.

Su esposa Kumoi tenía una vaga idea de lo que estaba sucediendo y le dolía profundamente, pero, con tantos niños que cuidar, prefirió fingir que no sabía nada. Para no cruzarse con Yugiri, casi no salía de sus aposentos.

Cuando llegó la carta de la anciana, ya era de noche. La caligrafía de la mujer era tan extraña que casi resultaba ilegible, de modo que Yugiri hubo de acercarse una lámpara para verla mejor. Súbitamente Kumoi salió de detrás de una cortina y le arrebató el papel de las manos.

—¿Por qué has hecho esto? —le recriminó él—. Es sólo una carta de Hanachirusato. Parece que esta mañana no se encontraba bien y, después de la audiencia con mi padre, hubiese debido ir a verla. Pero como no tuve tiempo, me limité a enviarle una nota interesándome por su salud. Léela, si quieres. Ya verás que no se trata precisamente de una carta de amor... Te has comportado de un modo francamente grosero al arrebatármela de las manos. ¿Por qué insistes en tratarme como si fuera un chiquillo? ¿Qué va a pensar el servicio?

No hizo nada por recuperar la carta, y Kumoi tampoco parecía decidirse a leerla.

—¿Es tu manera de comportarte —dijo ella, intentando quitar hierro al asunto—, que te hace sentir cada vez más inseguro respecto de tu propia madurez!

—Tal vez tengas razón —dijo Yugiri—. Pero parece que no te has enterado de que esas cosas pasan continuamente. Lo excepcional es el hombre que alcanza cierta edad habiendo sido fiel a una sola mujer. ¿Has oído hablar del marido «calzonazos»? ¿Sabes cómo se burla la gente de esa clase de hombres? Por otra parte, la mujer que ocupa un lugar de privilegio entre unas cuantas rivales es siempre más admirada que la que se guarda el marido para ella sola. Y, además, su vida resulta mucho más divertida y emocionante... Piensa que resulta mucho más fácil conservar el afecto de un hombre si se le permite una cierta libertad. ¿Cómo podrías estar orgullosa de mi amor, si la gente me tuviera por un necio incapaz de apreciar la belleza femenina?

Con estas palabras trataba de distraer a Kumoi y recuperar la carta. La dama le contestó, sonriendo:

—Me temo que estas lecciones llegan un poco tarde. ¿No será que estás viviendo una segunda adolescencia? En este caso, ¿cómo podrás soportar las arrugas que empiezan a aparecer en mi rostro?

Aquellas quejas, a las que no estaba acostumbrado, parecieron encantadoras al marido.

—¿Sugieres que he cambiado? —dijo—. Si es así, me preocupa mucho. Ello significa que ya no nos entendemos tan bien como nos hemos entendido durante muchos años. ¿Me ha estado calumniando alguien a mis espaldas? ¿Alguien, quizás, que en tiempos me consideró inaceptable como esposo? Sea como fuere, estas habladorías son profundamente injustas para con una princesa del todo inocente.

Yugiri estaba convencido de que la nodriza de su mujer había estado intrigando contra él, pero, harto del tema, quería poner punto final a la conversación. Muy a su pesar, la discusión se prolongó más de lo que hubiera deseado, y Kumoi consiguió conservar la carta. Al fin anunció que se iba a la cama. La carta le preocupaba no poco: estaba seguro de que procedía de la madre de la princesa y se preguntaba qué podía decir en ella. Incapaz de pegar ojo, esperó a que Kumoi se durmiera, y luego se puso a buscarla entre las colchas, pero no la encontró.

A la mañana siguiente permaneció en cama hasta que el sol estuvo en lo alto, mientras su esposa se levantaba para atender a sus hijos. En cuanto estuvo solo en la estancia, reanudó la búsqueda, fingiendo que intentaba ordenar sus pertenencias. Kumoi no le había dado importancia alguna y se había olvidado de ella. Los niños se perseguían, jugaban con sus muñecas y hacían ejercicios caligráficos, mientras el pequeño se agarraba a las mangas de su madre. Yugiri estaba obsesionado con la carta. Tenía que contestarla, pero ¿qué decir? La anciana acabaría pensando que la carta se había extraviado.

Después del almuerzo no pudo resistir más y dijo a su esposa:

—¿Dónde está la carta que recibí ayer? ¿Hasta cuándo vas a mantenerla oculta? Tendría que ir a ver a Hanachirusato hoy, pero estoy algo indispuerto y preferiría escribirle...

Hablaba como si no diera importancia al asunto, y Kumoi se dejó engañar.

—Inventa cualquier excusa elegante —le sugirió—. Dile que fuiste a pasear por las montañas y te resfriaste...

—Creía que no volveríamos a hablar del asunto —dijo Yugiri—. Me asombra que no te avergüences de hablarme como si fuera un jovenzuelo licencioso. Incluso tus criadas, que se burlan de mí por mi excesiva fidelidad, te reprocharán el tono en que me estás hablando... ¡Quiero la carta!

Kumoi no parecía tener prisa en devolvérsela. Siguieron hablando de otras cosas, hicieron la siesta y, al fin, cayó la noche. El canto de las cigarras despertó a Yugiri y volvió a pensar en la sombría bruma de las montañas. ¡Triste aventura! ¡Y pensar que no había podido contestar a la carta todavía! No podía esperar más. Saltó de la cama furtivamente, tomó tinta y pinceles y empezó a pensar en cómo se contesta una carta que no se ha podido leer. De pronto se fijó en un cojín que no se hallaba en su sitio habitual. Se acercó a él, lo levantó y allí estaba la carta que había andado buscando todo el día. Sonrió al hallarla, pero, en cuanto se puso a leerla, la expresión de su rostro cambió por completo. La anciana parecía convencida de que había ocurrido algo irreparable entre los dos. Seguro que su ausencia de la última noche había sido la gota que había colmado el vaso de la angustia de la dama... Y ni siquiera había enviado una nota. Era evidente que la carta de la madre había sido escrita con pulso tembloroso...

De momento no podía hacer nada, pero estaba furioso con Kumoi. Dos años antes su esposa no se hubiera comportado de aquel modo. Había sido su conducta de los últimos tiempos —sus visitas constantes a la mansión de Ichijo— la culpable de los cambios experimentados por su esposa. De todos modos, él era el responsable último de todo, pues no se había alejado de ella durante años y la había acostumbrado a una fidelidad enfermiza. Su rabia se dirigió contra los dos, Kumoi y él mismo, y hubiese querido echarse a llorar.

Pensó en partir a la casa de Ono, pero temía que la princesa Ochiba se negara a recibirlo, aunque su madre le ordenase lo contrario. Por otra parte,

era un día «nefasto», y, por tanto, todo lo que acometiera antes de la media noche estaba condenado al fracaso. ¡Con todo, quizás por una vez en la vida debía considerar providencial tener la suerte de espaldas! Procuró calmarse lo mejor que pudo y se puso a redactar la respuesta. Escribió:

«Tu carta me ha sorprendido no poco, y me ha alegrado, aunque me parece un tanto acusadora. ¿Qué te ha vuelto tan suspicaz?

»Aunque el viajero se abrió camino a través de los campos otoñales, no compartió con ella una almohada de hierba.

»Tal vez mis palabras suenen extrañas, pero no puedo callar ante tus insinuaciones sobre lo ocurrido en tu casa.»

También incluyó un largo párrafo dedicado a la princesa. Luego hizo venir al oficial que le había acompañado en su visita a Ono, y le ordenó que llevase la carta con la máxima celeridad a sus destinatarias.

—Diles que he pasado todo el día en el palacio de mi padre y que acabo de llegar a casa —le ordenó, antes de despedirle.

Mientras tanto la desolación reinaba en la casa de Ono. La madre se quejaba de que no había llegado respuesta alguna a su carta, una carta llena de reproches por la ligereza que atribuía a Yugiri, de cuyos términos empezaba ya a arrepentirse. El silencio de su destinatario sólo podía indicar que se había molestado. La princesa, en cambio, no se arrepentía de nada, salvo de haberse dejado ver en un momento de descuido. Le preocupaba, sin embargo, el estado de ansiedad en que se encontraba su madre por causas absolutamente imaginarias, pero no resultaba nada fácil sacarla de su error. La anciana la compadecía profundamente, y al fin le dijo:

—No quiero parecer desagradable, pero tu inocencia inaudita me impide resignarme a lo sucedido. Te has dejado engañar, porque está claro que este hombre no regresará nunca más. Yo ya no cuento para nada, pero me preocupa mucho tu reputación... Pensaba que, a tu edad, algo sabrías de los hombres... Tenía confianza en ti, pero me he dado cuenta de que eres presa fácil del primer desaprensivo que se cruza en tu camino, y ruego a Buda que me deje vivir un poco más para evitarte males mayores... Las

damas bien nacidas, aunque no sean princesas, no suelen casarse dos veces. Pero tú, además, eres princesa y deberías dejar muy claro que eres inalcanzable para la inmensa mayoría... Tu primer matrimonio fue un desastre, y me costó no pocas lágrimas. Pero tenía que ser, y no tiene sentido lamentarse ahora. Tu imperial padre estaba empeñado en la boda, y también el padre de él, y, aunque yo tenía la certeza de que sería un fracaso, cedí en todo y quise persuadirme de que era yo la equivocada. De todos modos, reconozco que en aquella ocasión tú no tuviste la culpa de nada. Esta nueva relación no presagiaba nada bueno, y no os iba a hacer ningún honor a ninguno de los dos, pero si resultaba inevitable, me decía hasta ahora, y te hacía mínimamente feliz, estaba dispuesta a cerrar los ojos y a no escuchar las habladurías de la gente ociosa. Eso es lo que pensaba, pobre de mí, para consolarme... Pero ahora me doy cuenta de qué clase de hombre es...

La madre se puso a examinar detenidamente a su hija, que lloraba más que ella.

—Lo cierto es que no estás nada mal —decía la anciana—. Nada hay en ti que te haga inferior a la mayoría de las mujeres. ¿Qué mal karma has traído contigo de vidas pasadas para que hayas de ser tan infeliz en ésta?

De pronto se encontró muy mal. Los espíritus malignos se aprovecharon de su dolor, y la anciana entró en coma. Mientras su cuerpo empezaba a enfriarse, los clérigos rezaban sin parar. Su director espiritual se sentía especialmente afectado: había dado su palabra de que la salvaría, y, si no lo lograba y le tocaba dismantelar su altar para regresar a las montañas, se sentiría profundamente humillado. Buda lo estaba tratando muy por debajo de sus merecimientos, pensaba el hombre, y la princesa estaba desesperada.

Precisamente entonces llegó la carta de Yugiri. La enferma se dio cuenta de lo que ocurría, y, una vez más, se ratificó en su convicción de que el hombre no volvería a visitarlas. Todo estaba resultando peor de lo que imaginaba: Yugiri se había burlado de su hija, y la carta que ella misma escribiera resultó un terrible error. Estaba segura de que aquella carta (¿cómo se le había ocurrido escribirla?) era ya la comidilla de toda la corte... Y éste fue el final.

Sus mujeres se negaban a aceptar que había muerto, pues los que sufren posesión suelen a veces quedar en un estado de trance parecido a la muerte, del cual luego se recuperan. Pero por más que se recitaron plegarias y ensalmos, no hubo manera de hacerle recobrar el conocimiento, y no les quedó más remedio que rendirse a la evidencia. Las azafatas trataron de consolar a la princesa con lugares comunes:

—Hay que aceptar lo inevitable, señora —le dijo Koshosho—. Comprendemos tu tristeza, pero tu madre ha emprendido el camino que a todos nos espera y que no conoce el regreso. Y aunque desees acompañarla, no es posible... Debes apartarte de su cuerpo cuanto antes, de lo contrario tendrás mala suerte, y tu madre sufrirá en el otro mundo por haberte contaminado. Ven con nosotras...

La princesa estaba fuera de sí y no entendía nada de lo que le decían. Mientras, los clérigos empezaron a desmontar el altar y a abandonar la mansión por grupos de tres o cuatro. Sólo quedaron los más íntimos, que eran pocos, y la casa se fue sumiendo en la soledad. Pronto empezaron a llegar mensajes de condolencia, pues la noticia se difundió con rapidez. Entre las primeras cartas de pésame que llegaron estaban las de Genji, To no Chujo y Yugiri. Destacaba por su emotividad una carta enviada por el padre de la princesa, el ex emperador Suzaku. Haciendo un gran esfuerzo, su hija la abrió y la leyó. Decía así:

«Hace tiempo que sabía de su dolencia, aunque, a decir verdad, nunca tuvo una salud realmente buena. Tal vez por eso no me ocupé de ella tanto como debía. Pero ha muerto, y ahora sólo pienso en tu bienestar. Quiero que sepas, por si te sirve de consuelo, que lo siento tanto como tú, y te recuerdo una vez más que en este mundo nada es eterno y todo se acaba algún día.»

La anciana había dejado instrucciones ordenando que su funeral se celebrase aquel mismo día, de modo que un sobrino suyo, que era gobernador de la provincia de Yamato, se encargó de tomar las medidas oportunas. La princesa, que se negaba a separarse de la difunta, solicitó que la dejaran estar sola junto a su madre durante un par de horas, pero no sirvió de nada. Y en cuanto todo estuvo a punto para la ceremonia, se presentó Yugiri.

Antes de abandonar su casa de Sanjo había dicho a las criadas pensando en la pobre princesa, que imaginaba loca de dolor:

— *Debo* ir a la casa de Ono sin falta. Si no voy hoy, no sé cuándo podré ir. Los días que se avecinan son nefastos...

— Señor —le contestaron ellas—, no deberías tener tanta prisa... Piensa en tu esposa y los niños...

Pero él insistió, y, sin atender a razones, se fue tal como había decidido. El camino a Ono era largo, y, cuando llegó, estaban celebrando los funerales de la dama. Biombos y mamparas de luto ocultaban la ceremonia a sus ojos, pero le acompañaron a la estancia de la princesa, y allí fue recibido por el gobernador de Yamato, que le agradeció solemnemente su visita. Luego mandó que vinieran un par de azafatas, pero ninguna parecía con ánimo de presentarse. Al fin llegó Koshosho, hermana menor del gobernador de Yamato, que había sido acogida en tiempos por su tía y se había criado con la princesa Ochiba casi como una hermana. Aunque Yugiri no era un sentimental, lo que acababa de ver en la mansión le había impresionado profundamente y le costó romper el silencio. Fue inevitable referirse a la impermanencia de todo lo humano.

—Había intentado convencerme de que se recobraría —dijo, haciendo por controlarse—. Todo ha sido tan súbito...

Las mujeres corrieron a informar a la princesa de la presencia de Yugiri, y la muchacha recibió la noticia con horror: la causa última de los tormentos de su madre, se repetía la pobre dama, era aquel hombre. Sabía de lo inevitable del karma y todas esas cosas que se cuentan, pero consideraba una terrible crueldad el vínculo que parecía unirla a Yugiri. De momento, no se sentía con ánimo de enviarle una respuesta.

—¿Qué quieres que le digamos que has dicho, señora? —le preguntó Koshosho—. Piensa que es un hombre muy importante y que acaba de recorrer un largo camino por verte. No querrás que te tome por una persona desagradecida o desprovista de modales...

—Pensad en lo que estoy sintiendo, y decidle lo que os parezca más apropiado —dijo ella, para quitárselas de encima—. A mí no se me ocurre nada.

Y se echó en la cama. Las mujeres corrieron a ver a Yugiri.

—¡Pobre señora! Está medio muerta... —le explicaron, tratando de excusarla—. Pero le hemos dicho que estás aquí.

—Muy bien. Regresaré cuando me vea capaz de controlarme mejor y vuestra señora esté más tranquila —contestó el hombre—. ¿Cómo ocurrió todo tan rápidamente?

Con no pocos titubeos, Koshosho le informó de cuáles fueron las últimas preocupaciones de su difunta señora:

—No quisiera que parezca que te estoy acusando de algo, señor... —dijo, procurando que no la oyeran las demás—. Esta muerte inesperada nos ha dejado a todas medio atontadas, y seguramente no sabré expresarme bien... Por el momento, la princesa está también medio muerta, pero tarde o temprano se recuperará. Entonces podré explicarte más cosas y escuchar los mensajes que tú tengas a bien confiarme para que se los repita...

—Entiendo —dijo Yugiri, cabizbajo—. Procurad confortarla... Todos andamos como perdidos en la oscuridad. Pero si hay alguna respuesta para mí, por breve que sea...

Aunque no hubiese querido partir, hubo de tener en cuenta su propia dignidad. No había imaginado que el funeral se celebraría aquella misma noche. Por otra parte, a pesar de las prisas la ceremonia no dejó nada que desear. Dio instrucciones a los que cuidaban una granja de su propiedad que no estaba lejos, y regresó a la ciudad.

—¡Qué hombre más amable es el general Yugiri! —comentó el gobernador de Yamato a la princesa cuando todo hubo terminado, y, viéndola tan triste y solitaria, añadió:

—No puedes permenecer aquí sola. Si quieres recuperarte, es preciso que vuelvas a la ciudad.

Pero la dama insistió en que quería pasar el resto de su vida en Ono, pues allí las brumas de la montaña le recordaban a su madre. Los clérigos encargados de officiar las ceremonias del duelo se habían instalado provisionalmente en las estancias y galerías orientales, retirando de la vista todo lo que tenía algún color hasta dejar el aspecto habitual de la mansión reducido al de un monasterio improvisado.

Pasaron los días, unos días que la princesa era incapaz de distinguir de sus noches, y llegó el noveno mes. El viento de la montaña empezó a soplar con fuerza, desnudando los árboles de sus hojas, y el año entró en su estación más melancólica. La princesa viuda se hallaba más desanimada que nunca: se hubiese dicho que su espíritu reflejaba la negrura de los cielos. Deseaba morir, pero ni eso se le permitía. Toda la casa vivía sumida en la tristeza, aunque no había día en que Yugiri no enviara algún regalo para los monjes o algún mensaje para la dama. En sus cartas mezclaba las expresiones de condolencia con reproches por la indiferencia de la destinataria, pero la princesa se negaba a leerlas. Encerrada en sí misma, no cesaba de revivir los últimos días de su madre. Era como si la pobre mujer siguiera a su lado, agostándose por momentos y viéndolo todo bajo la peor luz posible. Tanto resentimiento por fuerza había de repercutir en su tránsito al otro mundo. Mientras, las notas de Yugiri seguían incomodándola hasta hacerla llorar a lágrima viva, y sus mujeres no sabían ya cómo tratarla.

En los primeros tiempos Yugiri atribuyó su silencio a la pena, pero, a medida que iba pasando el tiempo, se puso a pensar que había alguna otra razón, y empezó a sentirse insultado. Tarde o temprano, no hay pena que no se acabe. De manera que la dama empezó a parecerle una desagradecida o una necia, cuando no una hipócrita que estaba representando aquella farsa infantil para hacerle sufrir. Si sus cartas hubiesen sido frívolas como las de esos adolescentes cursis que sólo saben hablar de flores y de mariposas, habría podido entender su disgusto. Pero eran serias y respetuosas, y en ellas se solidarizaba de corazón con sus penas.

No pudo evitar el recuerdo de la muerte de su abuela. Entonces tuvo la impresión de que había algo artificial en el dolor de su padre To no Chujo y que las grandes ceremonias fúnebres que se celebraron iban mucho más dirigidas al público que a su pobre abuela. El dolor de Genji le pareció infinitamente más sincero (y nunca había dejado de agradecersele), aunque el hombre más sensible que había conocido a lo largo de su vida fue sin lugar a dudas el taciturno y austero Kashiwagi. ¡Qué importante había sido su amistad para él! ¡Cuánto se habían ayudado mutuamente! ¿Por qué insistía tanto la princesa Ochiba en rechazar su consuelo?

Kumoi seguía preguntándose sobre el significado de lo que estaba ocurriendo. Su marido no paraba de escribir a Ono y se suponía que todas sus cartas se referían a la muerte de la anciana. ¿Tanto le había importado aquella pobre mujer que no podía dejar de escribir sobre ella? Una noche en que él estaba echado en la cama contemplando el cielo su esposa le envió a uno de sus hijos con una nota. Decía así:

«¿ Cómo podré consolarte si ignoro la razón de tu pena? ¿Lloras a la difunta o deseas a la que vive?»

»Esta incertidumbre no puede continuar...»

Yugiri sonrió amargamente. Kumoi tenía imaginación, aunque la referencia a «la difunta» le pareció de pésimo gusto. Se incorporó y le contestó en estos términos:

«Hoy no estoy triste por persona alguna, muerta o viva. Me turba el mundo impermanente como el rocío en la hierba.

»Mi melancolía se debe al mundo *tomado en su conjunto*...»

Kumoi hubiese dado cualquier cosa para que su marido se mostrase más comunicativo. A ella no le preocupaban el rocío ni las hojas de hierba.

Un día se fue otra vez a Ono. Aunque se había propuesto esperar hasta el fin del duelo, no pudo contener su impaciencia por más tiempo. La reputación de la princesa estaba irremediablemente manchada, y hubiese podido hacer con ella lo que hubiera querido. A pesar de su hostilidad manifiesta, tenía una arma contra ella: la carta de su madre en la que le recriminaba por no haber ido a visitar a su hija la noche siguiente. Por ello no se esforzó en convencer a Kumoi de que sus sospechas carecían de fundamento.

Había transcurrido ya la mitad del noveno mes, y los colores de la montaña eran de una belleza tal que ni el más insensible de los hombres hubiese podido contemplarlos sin asombrarse. Los vientos de otoño atacaban los árboles y las hojas de las parras temblaban, como si temieran

ser olvidadas. Se oía una voz a lo lejos que recitaba un sutra, y otra que invocaba el nombre sagrado. Por lo demás, la mansión de Ono parecía desierta. Los ciervos, ignorando los espantajos dispuestos para mantenerlos lejos de los sembrados, trataban de hallar cobijo junto a las cercas, y, vistos de lejos, parecían manchas oscuras sobre los tonos dorados del otoño. Un macho se quejaba lúgubrementemente mientras la canción de la cascada se empeñaba en sugerir ideas sombrías. El bordoneo de los insectos entre las matas pardas, mucho menos insistente que antes, parecía indicar que querían emigrar pero no sabían a dónde. Entre la hierba húmeda de rocío asomaban las gencianas, como si sólo ellas tuvieran el privilegio de mantenerse erguidas. Todo invitaba a la melancolía...

Informalmente vestido, Yugiri se detuvo junto a la cerca.

Los rayos del sol poniente, que parecían iluminarlo sólo a él, eran aún tan poderosos que hubo de llevarse el abanico a los ojos, y la gracia inimitable de su gesto habría hecho palidecer de envidia a la mujer más sofisticada. Sonrió (y había algo en su sonrisa que hubiera apaciguado el dolor más intenso), y preguntó por Koshosho.

—Acércate, por favor —le dijo, en cuanto la entrevió detrás de la persiana—. Si he de levantar la voz, me oirán y sólo quiero hablar contigo. Supongo que el hecho de que haya vuelto en estas circunstancias habla en mi favor. Mira cómo está bajando la bruma. Cada vez es más espesa. Hazme el favor de salir.

Koshosho recogió sus faldas y se sentó, oculta por la cortina oscura de un *kichó* colocado detrás de las persianas. Iba vestida de luto de pies a cabeza.

—Creo que es natural que la princesa viuda esté algo alterada —dijo el hombre—, pero no comprendo que ello deba traducirse en rechazarme de este modo. Estoy a punto de volverme loco al no recibir respuesta alguna a las cartas que le he enviado. Mi cabeza está a punto de estallar...

Se puso a llorar desconsoladamente, pero no dejó de referirse a la carta que la madre le escribiera antes de morir.

—Tu tardanza en contestar —dijo Koshosho, llorando también— tuvo un efecto desastroso sobre la anciana. Parecía que se estaba recuperando,

pero tu silencio resultó fatal. Los espíritus malignos que la habían estado atormentando aprovecharon la ocasión para redoblar sus esfuerzos. Cuando falleció su yerno, estuvo un par de veces en un tris de morir, pero, en el último instante, su afán de cuidar de su hija la devolvió a la vida. ¡Ojalá tuviéramos a alguien como ella para ocuparse de la princesa! La pobre muchacha está deshecha... Se diría que ni siquiera recuerda cómo se llama...

—A eso me refiero —dijo Yugiri—. La princesa debe hacer un esfuerzo por recobrar el equilibrio mental, y, aunque te pueda parecer una impertinencia, tiene que reconocer que, le guste o no, yo soy lo único que le queda en este mundo. Su padre vive en las montañas, y no le enviará mensajes desde sus cimas envueltas en nubes. Habla con ella. Quizás no quiera seguir viviendo, pero no puede hacer nada para evitarlo. Si pudiéramos, no nos veríamos obligados a soportar esas crueles separaciones...

Koshosho no le interrumpió. De pronto se oyó el lamento de un ciervo en la niebla, junto a la cerca del jardín.

—*No voy a ser menos* —dijo Yugiri, citando un poema famoso, y añadió:

—Me he abierto camino por los bosques
enmarañados de Ono. ¿Cómo van a ser mis
quejas menos rotundas que las tuyas?

Y Koshosho contestó:

—Entre los montes de otoño, con las
mangas húmedas de rocío, unimos nuestros
gemidos a los del ciervo quejumbroso.

No era ciertamente una obra maestra, pero la hora y la voz susurrante con que lo recitó hicieron que lo pareciera. Yugiri envió varios mensajes a la dama a través de Koshosho, pero la princesa sólo contestó a uno. Decía:

«Mi vida es una pesadilla. Trataré de darte las gracias cuando vuelva a ser yo misma.»

Mientras regresaba a la ciudad, pensaba en la testarudez casi inverosímil de la princesa. Pasó por delante de la casa de Ichijo en que habitara con Kashiwagi, y, a la luz de la luna, le pareció medio abandonada. Una parte del muro exterior había caído y las persianas estaban bajadas. Nada había en el jardín, salvo el reflejo de la luna en *el* estanque. Recordó el sonido de la flauta de su amigo cuando tocaba en noches de luna llena. Improvisó:

—Aquí gozaba del otoño el que murió a destiempo. Y, sin embargo, la luna solitaria sigue brillando en el estanque.

Cuando llegó a Sanjo volvió a mirar la luna como si su alma hubiese abandonado su cuerpo y vagase por el espacio.

—No parece el mismo —comentó una criada—. Siempre se mostró un hombre tan *formal*...

En cuanto a Kumoi, Yugiri recordaba cuántas veces había alabado en su presencia las buenas relaciones que reinaban entre las mujeres de Genji en el palacio nuevo. Si ella empezaba a odiar a la princesa Ochiba, la despreciaría por su falta de generosidad. También Kumoi pensaba que, de haber estado casada con un hombre como Genji, se habría ido acostumbrando a cosas que ahora, por inesperadas, le parecían intolerables. Pero desde el principio de su relación, tanto su padre como sus hermanos le habían asegurado que Yugiri era un hombre extraordinario, un esposo devoto hasta la muerte que jamás le metería en casa una rival... ¡Que aquel modelo de fidelidad se hubiese fijado en otra le parecía la peor de las humillaciones!

Se acercaba el alba, y ninguno de los dos había conseguido dormir. Aún no se habían levantado del todo las brumas matinales cuando Yugiri, para desesperación de Kumoi, saltó de la cama y se puso a escribir su carta diaria dirigida a la casa de Ono, pero esta vez ella prefirió no inmiscuirse. Era una carta muy larga y, cuando la hubo concluido, se puso a releer para sí algunos pasajes en voz baja, pero audible:

—«Parece caído del cielo...»

»En cuanto despiertes del largo sueño de tu dolor, permíteme, te lo ruego, que vuelva a verte.»

—¿Qué voy a hacer? —se dijo, suspirando, mientras la doblaba y la metía en un sobre.

Kumoi hubiese dado cualquier cosa por saber qué más decía aquella carta y se preguntó cómo podría enterarse del tenor de la respuesta, si llegaba. La contestación llegó pasado el mediodía, escrita, como siempre, por Koshosho sobre una hoja de papel de color púrpura oscuro. Como otras anteriores, era muy concisa e iba al grano.

«Escribió algo al pie de tu carta y luego la rasgó. Recogí los pedazos y te los devuelvo con sus notas, pues me das mucha pena.»

Yugiri, loco de alegría, se puso a recomponer la carta, y, con mucho esfuerzo, consiguió reconstruir este poema:

«Días y noches, en el monte Ono, se repiten los mismos lamentos mientras la cascada guarda silencio... ¿Será que son lágrimas?»

También había fragmentos de poemas procedentes de varias antologías, escritos con una caligrafía más que notable. Siempre había pensado que un hombre como es debido jamás debería perder la cabeza por una mujer, y allí estaba él, hechizado por los encantos apenas entrevistos de la princesa Ochiba. ¡Qué extraño le parecía, y qué profundamente doloroso! Por más que luchara por recuperar el juicio, no conseguía librarse de aquella pasión que no acababa de explicarse.

Genji se enteró de la historia: he aquí que el tranquilo y austero Yugiri, sobre el cual jamás habían corrido rumores ni habladurías, el reverso de la moneda de su padre, estaba partiendo el corazón a dos pobres damas. Y «el culpable» era sobrino y yerno de To no Chujo, es decir, miembro de una familia ilustre como pocas. Confiaba en que su hijo supiera qué se llevaba entre manos y no se consideraba, por razones obvias, la persona más

adecuada del mundo para darle lecciones. Compadecía a sus víctimas, y pensaba con profundo remordimiento en los sufrimientos que había hecho padecer a su adorada Murasaki. Cada vez que llegaba a sus oídos un nuevo rumor, corría junto a ella a decirle cuánto le preocupaba su suerte y lo que le pudiera esperar el día que él faltase.

En cuanto se ponía a hablar de ello, la dama se sonrojaba y le reprochaba su falta de sensibilidad. Luego se deshacía en quejas sobre los sinsabores que acompañan fatalmente la vida de las mujeres. ¡Y, por si fuera poco, estaban obligadas a fingir que nada las afectaba! Sin Genji a su lado, ¿con quién iba a compartir los placeres o a soportar el tedio de este mundo impermanente? Un mundo que sólo veía en ellas seres inútiles y carentes de sentimientos, e incluso parecía reprochar a sus padres que se tomaran la molestia de educarlas... Como el príncipe mudo que aparece en tantas parábolas búdicas, la mujer debe sufrir y callar. No era una tarea fácil... ¡Y pensar que la nieta de Genji que tenía a su cargo estaba condenada a pasar por las mismas experiencias!

Durante una de las visitas de Yugiri al palacio de la Sexta Avenida, su padre intentó sonsacarle:

—Supongo que el luto por la dama de Ichijo estará a punto de acabar —le dijo—. Así es la vida... Y nosotros somos tan necios que nos aferramos a ella, cuando no tiene más sustancia que el rocío del crepúsculo... ¡Hace mucho tiempo que estoy pensando en renunciar al mundo, pues no me parece bien seguir viviendo con tanto lujo!

—Tienes razón —contestó Yugiri—. ¡Hay que ver cómo el hombre más insignificante se agarra a la vida! El gobernador de Yamato se ocupó de las honras fúnebres sin la ayuda de nadie. Todo muy patético, a decir verdad. Se hubiese dicho que la difunta no dejaba nada detrás.

—Supongo que habrás recibido mensajes del ex emperador Suzaku. Puedo imaginar la situación de la princesa Ochiba. No sabía mucho acerca de esas mujeres hasta hace poco, pero, después de los funerales, he recibido numerosos informes ponderando los méritos y virtudes de la difunta. Se diría que su desaparición ha sido una gran pérdida para los de su casa. ¡Parece mentira! Aquellos que más necesitamos son los primeros en

abandonarnos. He oído decir que, después de la tercera, era la segunda princesa la hija predilecta de Suzaku. Pasa por ser muy hermosa...

—¿Pero qué se dice acerca de su carácter? —repuso Yugiri, evitando traicionar sus sentimientos—. Su madre era una persona intachable. Aunque no llegué a conocerla en profundidad, fui a visitarla más de una vez.

Yugiri se encargó de los servicios del cuadragésimo noveno día, procurando que tuvieran una solemnidad extraordinaria, y ello fue muy comentado, especulándose sobre qué razones pudo haber tenido para hacer aquel dispendio. Cuando To no Chujo se enteró, no dio crédito a la existencia de ningún tipo de relación entre Yugiri y la princesa, aunque afeó mucho a la hija el hecho de haber permitido que un extraño corriera con aquellos gastos.

Cuando Suzaku supo que su hija quería permanecer en Ono y tomar el hábito, no aprobó la idea, y le escribió en estos términos:

«No te servirá de nada. Me consta que muchos creen que lo mejor que puede hacer una viuda es abandonar el mundo, pero existen circunstancias en las que una mujer joven como tú, que carece de valedor, puede conseguir, si se hace monja, un efecto contrario al buscado, y no sólo en esta vida sino también en la futura. Sinceramente creo que, en estos momentos, no puedes abandonar la corte sin dar lugar a rumores desagradables, ni tomar el hábito, pues tu espíritu no está preparado para ello. Si de verdad quieres entrar en religión, concédete un tiempo para meditarlo hasta que estés completamente segura...»

El tenor de la carta (y de otras que la siguieron) daba a entender que algo sabía el ex emperador de la relación de su hija con Yugiri, y que temía que, si tomaba el hábito, la gente diría que lo había hecho por despecho al haber sido abandonada por el joven. Aunque no le entusiasmara la idea de que su hija apareciera ante los ojos de la corte como la amante del hijo de Genji, no quiso hacerla sentir incómoda hablándole del tema. Yugiri, por su parte, vivía sobre ascuas. Sus proposiciones chocaban con un muro de silencio, y empezó a creer que la situación no iba a cambiar por más que hiciera. Si al menos pudiese hacer saber al mundo que la madre de la princesa había aceptado su ofrecimiento, pensaba. ¡Claro que, con ello,

algunos podrían poner en entredicho el buen nombre de la difunta, pensando que la relación entre ambos venía de lejos! Lo cierto es que no estaba dispuesto a volver a empezar con lloros y súplicas, pues ya empezaba a sentirse ridículo.

Cuando se enteró del día en que la princesa tenía previsto regresar a la ciudad, hizo llamar a su primo, el gobernador de Yamato, y le preguntó qué medidas había que tomar para hacer de la mansión de Ichijo un lugar lo más comfortable posible. Era un magnífico edificio, digno de la familia imperial, pero las mujeres que se habían quedado en él no habían hecho nada por conservarlo, y el jardín se había llenado de hierbajos. Siguiendo sus instrucciones, la casa fue reparada y el jardín limpiado a conciencia. En cuanto todo estuvo a punto, se puso a preparar la llegada de la dama e hizo poner cortinas, biombos y cojines nuevos.

El día fijado se trasladó a Ichijo y envió unos cuantos carruajes con escolta a Ono. En cuanto los vio llegar, la princesa se negó a abandonar la casa de las montañas, por más que su primo el gobernador y sus mujeres insistían en que se subiera al carruaje.

—Estoy a punto de perder la paciencia, señora —le dijo el gobernador con una cierta rudeza—. Te he compadecido lo indecible y he hecho cuanto estaba en mi mano para ayudarte, incluso a costa de negligir mis deberes oficiales. Ahora debo regresar a Yamato para poner en orden los asuntos que allí me esperan. No quisiera que hubieras de regresar sola a la capital, pero ya ves que el general Yugiri está dispuesto a hacerse cargo de todo. Es posible que esta situación no sea del todo digna de una princesa, pero he sido testigo de cosas peores. ¿Piensas que, si vives sola, escaparás a las críticas? No seas ingenua... La más fuerte y voluntariosa de las mujeres resulta incapaz de organizar su vida, si no tiene a nadie que la apoye. Obrarías muy sabiamente si aceptaras la ayuda que se te está ofreciendo... En cuanto a vosotras —se refería a Koshosho y a Sakon, otra azafata—, la habéis aconsejado muy mal, y vuestra conducta sólo merece reproches...

Al oír aquel discurso, azafatas y criadas corrieron a quitar el atuendo de luto a la princesa, le pusieron ropas de colores brillantes y empezaron a cepillar sus cabellos, aquellos cabellos que quería cortar a toda costa. Pero

ella repetía sin parar que estaba horrible, que no quería que nadie la viese, que no había nadie en el mundo más desgraciado que ella...

—Nos estamos retrasando, señora —le decían sus criadas—. Nos estamos retrasando demasiado y va a caer la noche...

De pronto se puso a diluviar, y la princesa recitó:

—Si pudiera hacer mi voluntad, subiría al cielo con el humo de las cimas, pues mi corazón se resiste a permanecer donde se siente como un extraño.

Como seguía decidida a hacerse monja, habían puesto los cuchillos y las tijeras fuera de su alcance, ^[109] pero había sido una precaución inútil, pues se había desentendido de todo lo que ocurría a su alrededor. Por otra parte, a pesar de su estado de ánimo, no era tan infantil ni tan obstinada como para ponerse a cortar su propio pelo en secreto. A su alrededor sus mujeres se afanaban en llenar los carruajes con cajas y baúles de ropa, y, cuando todo estuvo cargado y la casa vaciada, no podía pretender quedarse allí sola. La hicieron subir a uno de los carruajes, y la sentaron junto al asiento vacío que, al venir, ocupara su madre. Durante el viaje de ida, su madre, aunque muy enferma, le estuvo acariciando el cabello y consolando, y, cuando llegaron, la hizo bajar primero. Llevaba la espada-talismán y el cofre de los sutras, incrustado de madreperla, recuerdos ambos de su madre. Murmuró:

—Contemplo el cofrecillo de madreperla con los ojos empañados... Poco solaz me espera en este tesoro cargado de recuerdos.

Había encargado una caja de ébano para los sutras, pero no estaba terminada aún, de modo que utilizó aquélla, ofrenda de algún personaje principal en memoria de la anciana. Se sentía como Urashima, el pescador, cuando regresó a su pueblo natal...^[110] renta y uno: han pasado, pues, cinco años. La casa de Ichijo era un lugar lleno de animación, que casi no reconoció. Asustada por tanto bullicio, se negaba a descender del carruaje

que se había detenido junto a la galería. ¡Qué criatura más absurda!, se repetían sus mujeres, y la instaban a que saliese de una vez.

Yugiri la esperaba en el ala este del palacio. Se había llevado tantas cosas de su casa de Sanjo que las criadas de Kumoi creían que se había marchado definitivamente. ¡Hubiese podido avisar!, se quejaban. La gente se preguntaba cuándo y dónde tuvo lugar la ceremonia de los esponsales, pues todos daban por seguro que la relación hacía años que duraba. Aquel hombre tenido por modélico había sorprendido a toda la corte: nadie pensó que la princesa estaba aún defendiendo su virtud a sangre y fuego, y que los rumores que corrían sobre las atenciones de Yugiri sólo servían para desesperarla.

No parecía el momento más adecuado para hablar de boda, pero el general se presentó en los aposentos de la princesa después de cenar y pidió a Koshosho que le franqueara la entrada.

—Ten la bondad, señor —le dijo la azafata—, de esperar un día o dos más, si crees que tu afecto será capaz de sobrevivir a este plazo. Tal vez pienses que la princesa vuelve a estar en su hogar, pero lo cierto es que se siente muy mal y está echada como si fuera a morir. Si trato de animarla, me llama cruel y desconsiderada... No me veo capaz de decirle más de lo que ya le llevo dicho, ni que de ello dependiera mi propia vida...

—¡Sorprendente! ¿Será más necia de lo que suponía? —respondió él, y volvió a proclamar que sus motivos eran del todo decentes.

—Te lo ruego por lo que más quieras... —se defendió Koshosho—. Si sigues así, pronto tendremos otra muerte en casa. No se te ocurra hacer nada precipitado ni violento, por favor...

—¡Esta situación resulta intolerable! —gritó Yugiri—. He sido colocado en el último lugar de la lista. Exijo comparecer ante jueces imparciales que decidan si he hecho algo para merecer este trato...

Koshosho estaba muy asustada, pero fingió que se tomaba en broma las imprecaciones del hombre.

—Me temo que te falta experiencia para afrontar este tipo de situaciones —dijo—. Pero si quieres «jueces imparciales», habrá que mandar a buscarlos...

Yugiri entró en las estancias de la princesa como un vendaval y se puso a buscarla. En cuanto la dama se dio cuenta de lo que estaba ocurriendo, se encerró en una cámara muy pequeña, atrancando la puerta, y se dispuso a pasar allí la noche. Sabía que la llamarían infantil, pero le daba lo mismo. De todos modos, no se sentía segura del todo y estaba indignada con Koshosho y el resto de sus mujeres porque sabía que, en el fondo, todas estaban del lado de Yugiri.

También él estaba furioso, pero no quiso dejarse llevar por la violencia, y, como el faisán silvestre, pasó la noche solo. A la mañana siguiente Yugiri se abalanzó sobre la puerta de la cámara.

—Abre la puerta, aunque sólo sea un poco —suplicó una y otra vez, sin obtener respuesta. Y recitó:

—Mis penas parecen interminables como
las largas noches de invierno, y la barrera de
piedra se niega a abrirse...

»Eres la más cruel de las mujeres...

Desesperado, abandonó la casa y fue a refugiarse en el palacio nuevo de su padre. Allí le dijo su vieja amiga Hanachirusato, tan afectuosa como siempre:

—Nos han llegado rumores de la casa de To no Chujo según los cuales has acompañado a Ochiba a su mansión de la capital. ¿Qué opina Kumoi de todo ello?

—¿De modo que la gente no sabe hablar de nada más? —dijo Yugiri—. La cuestión es más simple de lo que parece. En un primer momento la madre de la princesa se oponía a que yo me hiciera cargo de ella, pero, cuando se vio en las últimas, se dio cuenta de que su hija estaba completamente sola y necesitaba a alguien que cuidara de sus asuntos. Como yo había sido el mejor amigo de Kashiwagi, retiró sus objeciones y me suplicó que ayudara a su hija en lo que pudiera. Nada hay de impropio ni escandaloso en el hecho de que haya devuelto a la princesa a su casa de Ichijo, y todo cuanto se ha dicho y repetido sobre el tema han sido habladurías de gente ociosa y maligna... En cuanto a la princesa —aquí hizo

una pausa, y soltó una breve risa cargada de amargura—, no para de hablar de hacerse monja, de lo cual debe deducirse que mi devoción hacia ella no es correspondida en absoluto. Tal vez no sería malo que ingresara en un monasterio. De momento, mi posición entre Kumoi y la princesa resulta insostenible. Pero hasta que se decida a encerrarse definitivamente, debo seguir velando por ella, pues se lo prometí a su madre... Si tienes ocasión de hablar con mi padre, cuéntaselo. Hasta ahora he logrado conservar su afecto y respeto, y no quisiera perderlos por nada del mundo. He de reconocer que, a veces, las recriminaciones de nuestra propia conciencia sirven de muy poco...

—Siempre pensé que lo que se contaba carecía de todo fundamento —dijo la dama que amaba los naranjos en flor—, y ahora compruebo que no me engañaba. No existe ninguna razón para que no tengas dos mujeres, si así lo deseas... Aunque lo siento por tu esposa, que ha sido la única durante tanto tiempo...

—¡«Tu esposa»! ¡Más acertarías diciendo: «tu ogro»! —clamó Yugiri—. ¡Está convencida de que sus derechos van a ser pisoteados! ¿Me crees capaz de maltratarla? Tal vez te parezca impertinente que me refiera a ello, pero considera tu propia posición aquí, en el palacio de la Sexta Avenida... ¿Cabe imaginar vida más apacible? ¿Has echado nunca algo de menos? Hay hombres que ceden ante las lágrimas y los suspiros, pero las promesas que se arrancan por esos medios se rompen con suma facilidad... Y ambas partes quedan con muy mal sabor de boca. Te consta que siempre he admirado mucho a mi madrastra ^[111] por la manera en que ha llevado tu presencia en esta casa...

—Tus alabanzas sólo sirven para poner de relieve mis limitaciones —dijo Hanachirusato, sonriendo plácidamente—. Pero hay algo que me asombra en tu padre. Se diría que no se acuerda de sus muchas infidelidades, y que está convencido de que las tuyas le dan derecho a darte lecciones y a reprenderte. La historia está llena de sabios que no se han conocido nunca a sí mismos.

—Sí, parece que no se cansa de dar lecciones —reconoció Yugiri—. Y yo soy un hombre demasiado timorato, incluso sin sus reproches...

A continuación fue a ver a su padre. Aunque Genji estaba más o menos al corriente de la historia, no se refirió a ella. Le saludó y se quedó observándolo, a la espera de que el otro rompiera a hablar. ¿Quién podía reprochar a un hombre tan guapo que, de vez en cuando, cometiera alguna infidelidad?, se decía Genji, admirando una vez más la apostura incomparable de su hijo. Incluso el más intransigente de los dioses le perdonaría... Hasta anteaer, como quien dice, su conducta había sido irreprochable, y, si ahora se decidía al fin a echar una cana al aire, tampoco era como para rasgarse las vestiduras. Lo auténticamente admirable del joven era que, sabiéndose tan atractivo (al fin y al cabo, tenía espejos en su casa), no fuera por ahí de conquista en conquista...

El «culpable» regresó a su casa de Sanjo pasado mediodía. Allí le esperaban sus hijos, que se pusieron a encaramarse por sus piernas como solían. Yugiri apartó las cortinas y entró en la estancia de su esposa, pero Kumoi hizo ver que dormía. Era evidente que estaba muy dolida (y tenía derecho a estarlo), y Yugiri intentó aparentar que no tenía nada que reprocharse. Al fin Kumoi se decidió a hablar:

—¿Sabes dónde estás? —le dijo—. Estás en el infierno. Creo que andas por ahí repitiendo que soy un auténtico demonio, de modo que, si yo soy un diablo, ésta, que es mi casa, ha de ser forzosamente el infierno...

—Es posible que, por dentro, seas un demonio o incluso algo peor —le contestó Yugiri, intentando bromear—, pero por fuera eres una preciosidad.

La dama se levantó de un salto.

—Una preciosidad que, por lo visto, no merece estar al lado de tu sublime hermosura —le replicó con dureza—. De modo que cuanto antes me pierdas de vista, mejor para todos. He malgastado los mejores años de mi vida en esta casa. Cuando me haya ido, procura no recordarme en esta última fase de nuestra relación.

El enojo la había puesto colorada, y Yugiri la encontró deliciosa.

—Te conozco muy bien y no me das miedo —le dijo, conciliador—. Es más: te quisiera ver un poco más «terrible»...

—No pienso ir más lejos. Vete, por favor, si no te importa, y yo haré lo mismo. No te quiero ver ni oír... Sólo lamentaría morir antes que tú y

dejarte, feliz y contento, en el mundo...

Las palabras de la dama divertían cada vez más a su esposo.

—Muy bien, pero no podrás evitar que lleguen a tus oídos noticias de mi persona... ¿Cómo piensas protegerte de ese peligro? ¿Temes que exista un vínculo muy fuerte entre los dos?

Pues te aseguro que existe. Y si no nos vamos juntos al otro mundo, el que quede no habrá de esperar mucho...

Yugiri trataba de quitar importancia a todo aquello como si de una discusión matrimonial más se tratara. Le constaba que Kumoi era, a pesar de las apariencias, una mujer razonable y afectuosa, y que tarde o temprano lo perdonaría. Sea como fuere, aunque le constaba lo que su esposo estaba haciendo, la ira de la dama amainó. Yugiri la compadecía todo lo que su pasión por la otra le dejaba. En cuanto a Ochiba, no la tenía por especialmente voluntariosa, pero, si seguía empeñada en tomar el hábito, le haría quedar en ridículo. No podía permitir que pasara más noches sola, se dijo, nervioso. Llegó la noche y no había recibido nota alguna de la casa de Ichijo. Se sirvió la cena y Kumoi comió muy poco. Su esposo llevaba ya dos días sin probar bocado.

—Recuerdo perfectamente aquellos años en que sólo pensaba en ti y tu padre no quería saber nada de mi humilde persona —dijo Yugiri—. Todo el mundo se burlaba de mí, pero yo supe perseverar y soportar lo insoportable. Entonces rechacé todas las damas que se me ofrecieron... ^[112] La gente se admiraba y decía que ni siquiera una mujer se hubiese mostrado tan devota y constante como yo... Y, realmente, ahora veo que mi devoción inquebrantable debió de parecer algo francamente cómico... Es posible que estés furiosa conmigo y pienses en abandonarme, pero piensa también en todos esos pequeños que dejarás atrás... Son tantos, que casi no han dejado espacio para nosotros... ¿Supongo que no estarás *tan furiosa* como para hacer eso? Piénsalo, por favor... Y piensa también que la vida es muy insegura...

Kumoi hubo de reconocer que su matrimonio había sido muy feliz, prueba de que existía un vínculo entre ambos procedente de alguna vida anterior. Yugiri salió del aposento a cambiarse de ropa, y luego abandonó la

casa, vestido con uno de sus mejores atuendos, según delataba la luz de las antorchas. Al verlo partir, Kumoi rompió a llorar y se secó las lágrimas con la manga de un *uchiki* que acababa de quitarse su esposo. Recitó:

—En vez de quejarme de que mi esposo me odie, mejor haría renunciando al mundo de una vez por todas.

»No puedo continuar como hasta ahora...

Yugiri la oyó, hizo marcha atrás y le contestó:

—¡Tienes un corazón implacable!

»¿Quieres que corra la voz, si decides hacerte monja, de que tu marido ha envejecido demasiado para tu gusto?

Como compuso el poema a toda prisa, no le salió nada excepcional. Cuando llegó a la casa de Ichijo, volvió a hallar a la princesa encerrada en la cámara. Una de sus mujeres la estaba recriminando:

—¡Pareces tonta! La gente no lo entiende... Sal a su encuentro y recíbelo como es debido.

Aunque había llegado a la conclusión de que sus mujeres la aconsejaban bien, odiaba al hombre porque la había hecho infeliz al desencadenar tantos rumores. Nunca le pidió las atenciones que se empeñaba en prodigarle, de modo que pasó otra noche en su refugio. Yugiri se asombró, pues, al principio, había creído que la princesa sólo estaba bromeando con él. Las azafatas le daban la razón:

—Dice, señor —le confió Koshosho—, que espera recuperarse en unos cuantos días, y que entonces hablará contigo si todavía lo deseas. Está obsesionada con la idea de que nada debe perturbar el período de duelo. Por otra parte, conoce las habladurías que están circulando (mucha gente está convencida de que ya os habéis casado) y le desagradan profundamente.

—La princesa conoce perfectamente mis intenciones y sabe que no tiene nada que temer —respondió Yugiri—. Pídele que salga de su cámara,

y, si quiere, que coloque un *kichó* entre ambos. Estoy dispuesto a esperar todos los años que hagan falta...

La dama le hizo contestar en los siguientes términos: —No te muestras muy cortés, pues, con tu conducta, no haces sino aumentar mis penas, que no son pocas. Los rumores que corren son terribles, y debo reconocer que no carecen de fundamento. Tu actitud resulta por demás lamentable.

Yugiri estaba convencido de que tenía que hacer algo, pero no sabía exactamente qué. Los rumores estaban acumulando presión no sólo sobre la dama, sino también sobre él, y se sentía cada vez más ridículo a los ojos de la servidumbre de su adorada.

—Finjamos que la princesa me ha aceptado —sugirió a Koshosho—, aunque no sea cierto. La gente no para de preguntarse si es verdad o no lo es... Mucho peor sería para la buena reputación de la dama que corriera el rumor de que la he abandonado y ya no pongo los pies en su casa.

La azafata estuvo de acuerdo: en el fondo, siempre había sido firme defensora de aquel caballero tan hermoso y correcto. La estancia en que se había encerrado la princesa tenía una puerta trasera por la que accedía el servicio y lo acompañó hasta allí.

Aprovechando que la dama no podía huir, Yugiri se despachó a gusto y argumentó sus aspiraciones con enorme elocuencia recurriendo a todos los razonamientos imaginables. Pero, aunque habló con enorme contundencia, no logró conmoverla, y la dama se limitó a escucharlo muy tiesa, sentada delante de él, apretando la túnica contra su pecho con ambas manos, pues no llevaba *uchiki*. Rechazó sus proposiciones con tanto horror y repugnancia que el hombre pensó por primera vez que no podía tratarse sólo de timidez o de la discreción propia de las viudas. Cualquiera otra mujer, se decía, le hubiese hecho más o menos caso, pero la princesa se mostraba inflexible como un roble. Había oído hablar de odios y rechazos irracionales, y, por regla general, solían explicarse por alguna mala experiencia ocurrida en una vida anterior. ¿Ese era el pago que merecía por cuanto había hecho para hacerse amar? Y se puso a recordar el tiempo en que aún no habían surgido dificultades en su relación con Kumoi: aquellos años deliciosos llenos de secretos y confidencias... Dejó de hablar con la

princesa, y ambos esperaron la llegada de la aurora en silencio. La dama estaba más alterada que nunca, pues consideraba una falta de respeto que Yugiri no hubiese abandonado su casa. ¡Cómo deseaba no haberlo visto nunca!

La cámara en que se hallaban estaba casi vacía: sólo había un cofre de perfumes y un armario, que las criadas habían retirado a un rincón, colgando unas cortinas que le daban el aspecto de *boudoir*. La estancia había estado prácticamente a oscuras, pero ahora empezaban a entrar los rayos del sol a través de la puerta abierta. Yugiri se acercó al lecho de la dama y retiró la colcha, se sentó a su lado y empezó a acariciarle la melena. Le admiró por lo pequeña y delicada. También él le pareció mucho más guapo a ella vestido de modo informal que con el atuendo de la corte. ¿Qué podía ver en ella?, se preguntaba la princesa. Su esposo Kashiwagi nunca pareció encontrarla especialmente atractiva, aunque entonces era mucho más joven... En cambio ahora estaba muy desmejorada, y, sin embargo, aquel hombre tan apuesto parecía admirarla como una belleza única... Yugiri no había tenido ocasión de contemplarla antes con detenimiento, y la dama temía que ahora, al darse cuenta de cómo era en realidad, se apartaría de ella, pero no fue así. Súbitamente la princesa se sintió culpable de todas las faltas que el mundo le atribuía...

Se levantó, regresó a sus aposentos, se lavó y arregló y se hizo servir el desayuno. Como los muebles y enseres de luto se consideraban nefastos, había dividido el espacio con biombos, y ella ocupaba la otra parte, donde habían colgado cortinas de color azafrán. El *kichó*, de madera sin lacar pero muy hermoso, y todos los demás muebles y enseres habían sido elegidos por su primo, el gobernador de Yamato. Las mujeres que la servían vestían sin ostentación pero con atuendos de color amarillo, verde y encarnado, ni excesivamente sencillos ni demasiado ostentosos, y llevaban colas de color púrpura para hacer olvidar la austeridad del luto reciente. Después de la muerte de Kashiwagi la disciplina que se espera de la servidumbre de una gran casa se había relajado no poco, pero el gobernador de Yamato la había restituido, y servidores que se habían despedido, regresaron, reintegrándose a sus puestos.

Yugiri se empeñó en hacer creer a la corte que había fijado su domicilio en la casa de Ichijo, y Kumoi, aunque no estaba muy convencida, llegó a la conclusión de que habían roto definitivamente. Había oído comentar que cuando un hombre serio y decente cambia, lo hace de modo irreversible, y parecía que había mucho de verdad en ello. Como quería evitar nuevos insultos, fue a casa de su padre To no Chujo, alegando que la suya estaba afectada por un tabú de orientación, y allí encontró a una de sus hermanas, consorte del emperador Reizei. Hallándose en tan buena compañía, era natural que no tuviera prisa por regresar a Sanjo.

Cuando Yugiri se enteró de su partida, sus peores temores se vieron confirmados. Kumoi era voluntariosa y colérica como su padre, que siempre fue un hombre de trato difícil. Se los imaginaba despotricando juntos contra él y deseando no volver a verlo nunca más. La dama se había llevado a todas las niñas, pero los niños, salvo el más pequeño, permanecieron en la casa de Sanjo. Yugiri fue a verlos con la mayor celeridad, y, en cuanto estuvieron juntos, sus hijos se lanzaron en sus brazos como siempre, aunque los más pequeños reclamaban también la presencia de su madre. Le faltó tiempo para enviar mensajes y emisarios a casa de su suegro, pero no hubo respuesta. ¡Qué obstinados eran ambos! Cuando cayó la noche, se dirigió a casa de To no Chujo para conocer su punto de vista.

En cuanto llegó, las criadas le informaron de que su esposa estaba en el pabellón principal y las niñas con su nodriza. Entonces cogió un papel y le hizo llegar este mensaje:

«¿No crees que ambos somos ya un poco mayorcitos para dar un espectáculo como éste? Al fin estás sola, tras dejar a una parte de tus hijos aquí y otra en Sanjo... ¿Te sientes satisfecha? ¿Es eso realmente lo que querías? En los últimos tiempos he descubierto numerosos rasgos de tu carácter que me desagradan, pero el destino quiere que permanezcamos juntos. Al ver a esos niños que se mueren por estar contigo, me doy cuenta de que no es momento para que nos abandones... Déjame decirte que tu conducta es innecesariamente melodramática.»

Ella le contestó:

«¿Qué sentido tendría regresar? Todo parece indicar que te has hartado de mí, y no veo razón para pensar que algún día recuperaré tu favor. En cuanto a los niños, me alegra comprobar que te interesan tanto.»

Yugiri dejó de esforzarse por obligarla a regresar y pasó la noche solo. Incapaz de conciliar el sueño, se puso a pensar en los trastornos que, muy a su pesar, había logrado provocar en dos casas y se admiraba de que aún hubiese quienes consideraban el amor lo mejor de este mundo... Para distraerse ordenó que los niños durmieran en su aposento: de este modo, si no dormía, al menos podría contemplarlos. Tan pronto daba vueltas a la absurda huida de Kumoi como a los desdenes de Ochiba, y ambos temas le hacían sentirse muy mal. ¿Qué se diría en la mansión de Ichijo si no acudía otra noche? ¿Tendría que volver a empezar otra vez con sus súplicas?

A la mañana siguiente volvió a escribir a su esposa. La carta decía así:

«La gente nos debe considerar un par de crios. Si quieres que lo nuestro se acabe definitivamente, intentémoslo y veamos qué sucede. Los niños que dejaste en casa están muy tristes por tu ausencia, y debo suponer que tenías razones muy poderosas para llevarte a unos y dejar a los demás. Yo no tengo predilecciones y seguiré haciendo cuanto pueda para verlos felices a todos.»

Kumoi leyó en la carta una amenaza: ¿estaría pensando Yugiri en quitarle a las niñas y darles una madrastra? No parecía una sospecha descabellada. A media mañana llegó otra carta de Yugiri dirigida a la mayor de sus hijas.

«Ven conmigo [le decía], pues no me será fácil visitarnos en el lugar donde estáis, y también debo atender a tus hermanos. Quiero que estéis todos juntos bajo un solo techo. No hagas caso de lo que tu madre te cuente sobre mí. Lo que ocurre es que no quiere entenderme.»

En contra de lo que cabía imaginar, To no Chujo no se enfadó con su yerno por lo que éste había hecho, y fue su hija la que recibió sus reproches.

—¿A qué tanta prisa? —le dijo—. ¿Que te costaba tener un poco de paciencia? Yugiri es un hombre cabal y lleno de buen sentido, de modo que debiste pensártelo dos veces antes de abandonarlo. No obstante, lo hecho

hecho está, y no seré yo quien te obligue a regresar a vuestra casa en contra de tu voluntad. Esperemos a que él se explique un poco mejor...

Luego envió a uno de sus hijos con un mensaje para la princesa Ochiba del siguiente tenor:

«Tal vez se deba a una vida anterior que no deje de pensar en ti. Cada vez me inspiras más compasión y más enojo.

»No te olvides de nosotros...»

Cuando el mensajero se presentó en la casa de Ichijo (To no Chujo había elegido a uno de sus hijos más guapos), las mujeres de la dama lo recibieron en la galería del sur sin saber qué decirle. La princesa se sentía profundamente incómoda. El muchacho miraba cuanto le rodeaba y todo le resultaba tremendamente familiar, pues, mientras su hermano Kasiwagi vivió allí, había visitado la casa con asiduidad.

—Tengo la impresión de que pertenezco a este lugar —dijo, como si quisiera darles a entender que no debían tratarlo como a un extraño.

La princesa le hizo anunciar que la había encontrado en un mal momento, y que no se veía con ánimos de contestar a su padre adecuadamente.

—¡Esta respuesta no es propia de una mujer adulta! —la reprendió Koshosho—. Y parecería apropiado que alguna de nosotras contestara en tu nombre...

¡Cómo hubiese deseado tener a su madre junto a ella para que se encargara de resolver aquellas situaciones tan embarazosas! Pero la había perdido para siempre y no tenía a mano quien la pudiese sustituir. Al fin, llorando copiosamente, pergeñó una respuesta:

«¿Cómo es posible que una persona tan desvalida como yo, te inspire compasión y, a la vez, despierte tu enojo?»

La metió en un sobre y se la hizo entregar al mensajero.

—Me temo que en el futuro me veréis con frecuencia... —dijo el muchacho a las mujeres de la dama—. Me sentiría mejor si me permitierais entrar en la casa. ¿Os parece bien haberme dejado en la galería? Al fin y al cabo, existen fuertes vínculos de familia... Si sólo después de numerosas visitas se me deja pasar, contad con ellas.

Mientras Yugiri se debatía en un mar de incertidumbres, su esposa Kumoi, que seguía alojada en el palacio paterno, se sentía cada vez más desgraciada. Cuando la hija de Koremitsu se enteró de la situación, se alegró lo indecible. No había olvidado el desprecio con que le tratara la esposa de Yugiri. ¡Al fin la altiva Kumoi había encontrado la horma de su zapato! Al fin pudo permitirse la satisfacción de enviarle una nota de solidaridad:

«Si yo fuera mujer de algún valor,
experimentaría una pena profunda. Ahora me
limito a compadecerte por la tuya.»

Mientras tuvo prohibida a Kumoi, Yugiri mantuvo una intensa relación con la hija de Koremitsu, que no se acabó del todo en los primeros tiempos de su matrimonio. La muchacha le dio dos hijos y dos hijas, y Kumoi cuatro y cuatro. Los doce eran hermosos, pero los nacidos de su relación extramatrimonial lo eran más, sobre ser los más listos. De los cuatro hijos habidos con la muchacha, los dos mayores, niño y niña, fueron educados por Hanachirusato y los dos pequeños se quedaron con su madre. Genji solía ir a visitar a los que vivían en el palacio de la Sexta Avenida bajo la tutela de la dama que amaba las flores del naranjo, y se aficionó mucho a ellos.

Realmente la vida de Yugiri era mucho más complicada de lo que podía parecer a primera vista.

Capítulo 40 Ritos

Aunque Murasaki parecía fuera de peligro, seguía sin encontrarse bien y muchos temían que ya no se recobraría jamás. Genji tenía la impresión de que sus fuerzas iban disminuyendo día a día, y la idea de sobreviviría le horrorizaba. La dama, en cambio, no temía el futuro (hacía tiempo que había roto sus vínculos con el mundo circundante), y sólo lamentaba morir por el dolor que con ello causaría a su compañero de tantos años. Por lo demás, se sentía a punto para la partida sin retorno, y únicamente deseaba prepararse lo mejor posible para la otra vida. Seguía anhelando poder pasar los últimos años de su existencia en algún lugar apartado, entregada en cuerpo y alma a la meditación y a las plegarias. También Genji había pensado en abandonar el mundo. ¿Por qué no daban el paso definitivo ambos a la vez?

Se habían prometido (y ninguno de ellos tenía dudas sobre este punto) que en el paraíso de Amida se sentarían en el mismo loto, pero, mientras, en la tierra, se verían obligados a separarse y a vivir en monasterios distintos. [113] Y ello aunque estuvieran en el mismo paraje. La idea de que su adorada Murasaki pudiera empeorar sin que él pudiese acudir corriendo a su lado, no dejaba vivir a Genji. En aquellas circunstancias, ¿sería capaz de continuar con sus rezos y lecturas sagradas como si tal cosa? Estaba seguro de que, si se daba el caso, lamentaría profundamente haber tomado el hábito. A lo largo de su vida había sido testigo de muchas entradas en religión precipitadas, que luego habían sido profundamente lamentadas por quienes las protagonizaron. Ella hubiese podido proceder a su renuncia sin el permiso de Genji, pero, después de tantos años de convivencia, no se atrevía a hacerlo. Seguramente pesaba sobre ella alguna falta cometida en una vida anterior.

En los últimos años Murasaki había encargado miles de copias del Sutra del Loto para que constituyeran su ofrenda final al Iluminado. Los escribas se habían instalado en la mansión de Nijo, que Murasaki nunca había dejado de considerar «su casa». Concluido el trabajo, había llegado el

momento de celebrar la ceremonia de las ofrendas. La dama se encargó de todo, eligiendo para los oficiantes atuendos magníficos. Genji se limitó a asistir en la última fila. Una vez más, se admiró de los conocimientos que la dama demostraba en cuestiones de liturgia y se ratificó en la idea de que no había nada que Murasaki no fuera capaz de llevar adelante. Yugiri se encargó de la música y de la danza, y se acumularon ofrendas del emperador, de las dos emperatrices, ^[114] del heredero aparente y de todas las damas que vivían en el palacio nuevo. No pocos cortesanos hicieron acto de presencia o enviaron también ofrendas para la ceremonia, que acabó resultando de una magnificencia incomparable. En la capilla del palacio de Nijo y sus aledaños no cabía ni un alfiler. Murasaki se instaló en la estancia que se hallaba al oeste del salón principal, y siguió la celebración desde allí a través de las puertas del sur y del este, que habían sido retiradas para la ocasión. Las demás damas estaban en los aposentos del norte, separadas del altar por unos biombos de lujo.

La ceremonia tuvo lugar el décimo día del décimo mes. Los árboles estaban llenos de flores y el tiempo era apacible. Incluso los menos devotos notaban la proximidad del paraíso de Amida y se sentían en paz consigo mismos. En el momento culminante, cuando se elevaron al cielo las voces de los clérigos y de los portadores de leña para celebrar solemnemente los afanes del Iluminado ^[115] y luego se hizo el silencio, todos los asistentes se emocionaron, y, muy especialmente, Murasaki, que había estado viviendo los últimos días como un sueño impreciso y triste. La dama escribió un poema y lo envió a través de Niou a la de Akashi. Decía así:

«Aunque hace tiempo que la vida ha
dejado de importarme, ver cómo el fuego se
apaga resulta siempre triste.»

La otra respondió, evitando en lo posible los tonos melodramáticos:

«Cortar leña y ofrecerla a Buda es sólo el
principio. El camino que tú has elegido no
tiene final.»

Los cantos, acompañados por las voces del tambor y de los gongs, duraron toda la noche. Cuando empezó a apuntar el día, los colores de las flores se iluminaron como si quisieran rendir homenaje a la dama que prefería la primavera a las demás estaciones del año. ^[116] Una delicada bruma parecía engalanar los cerezos en flor y los cantos de los pájaros rivalizaban con el son de las flautas, mientras, sobre un tablado, evolucionaba un danzarín con la máscara del general Ling. A medida que el baile ganaba en velocidad, los espectadores empezaron a quitarse sus *uchikis* de gala y a lanzarlos sobre el bailarín. Lo cierto es que todos los intérpretes que tomaron parte en la ceremonia se superaron, y el público allí congregado parecía exultante.

Sólo Murasaki no acababa de participar en la alegría general, pues pensaba en lo poco que le quedaba de vida. Además, se sentía agotada, pues raras veces pasaba un día entero fuera del lecho. Estaba rodeada de rostros familiares, gente que había conocido y tratado durante años. Era la última vez que disfrutaba de sus flautas y kotos... En el pasado había amado a unos más que a otros, pero ahora, al mirarlos uno por uno, llegó a la conclusión de que todos habían representado mucho para ella, especialmente los que habían compartido su afición por la música y los demás placeres de la vida. Contempló a sus «rivales» de otros tiempos, y pensó que no sentía rencor hacia ninguna de ellas. También estaban a punto de partir a tierras desconocidas, aunque a ella le había tocado el honor de ser la primera en ponerse de camino.

Cuando las ceremonias hubieron acabado, las damas que vivían en el palacio de la Sexta Avenida se fueron. Murasaki envió un poema a Hanachirusato. Decía así:

«Estos han sido los últimos ritos que me
ha tocado vivir. Espero que refuercen
eternamente el vínculo que existe entre las
dos.»

Y la otra le contestó:

«Por muy espléndidos que sean, los ritos se acaban. Que no se acabe nunca el vínculo que nos une.»

A partir del día siguiente la mansión de Nijo se convirtió en un santuario en el que no paraban de rezarse sutras. Como no mejoraba el estado de salud de Murasaki, Genji ordenó que también se ofrecieran rogativas en otros templos y santuarios de la capital y sus alrededores. La dama había soportado siempre muy mal el calor. Con la llegada del verano, se sintió peor todavía. Aunque no presentaba síntomas especiales de gravedad, cada día se la veía más débil y sus mujeres se hacían los peores presagios.

Al conocer aquella situación, la emperatriz ^[117] se presentó en la casa de Nijo. Se alojó en el ala este y Murasaki salió a recibirla en el salón principal. La dama recordaba visitas anteriores, pero aquélla le conmovió especialmente, pues pensó que ya no vería crecer a los hijos de la que fuera su adorada pupila. Acompañaban a la emperatriz cortesanos de los rangos superiores, que anunciaban su propio nombre a medida que saludaban a la enferma. Murasaki reconocía voces familiares, que muy pronto dejaría de oír para siempre. Como llevaba tiempo sin ver a la emperatriz, se encerraron a conversar largo y tendido.

Genji estuvo un rato con ellas.

—Esta tarde me encuentro triste como un pájaro fuera de su nido —les dijo antes de irse—. Pero no voy a amargaros la vida con mis quejas...

Otra vez solas, Murasaki se quejó de que los aposentos ocupados por la emperatriz estuvieran tan lejos de los suyos. Al poco rato se presentó la dama de Akashi, y ambas antiguas rivales se saludaron afectuosamente. La enferma procuraba no quejarse de su estado de salud, y se limitó a hacer algunos comentarios sobre la impermanencia de lo humano, pero sus silencios eran más elocuentes que los mejores discursos. Cuando empezó a anochecer, las criadas introdujeron a los nietos «imperiales» de Genji. Al verlos, Murasaki no pudo retener las lágrimas.

—Me paso la vida soñando con vuestros futuros.

La emperatriz se apresuró a cambiar de tema.

—¿Puedo pedirlos un favor? —dijo Murasaki—. Aquí vive mucha gente que me ha servido fielmente durante años y no conoce otra casa. ¿Os ocuparéis de ellos si llegan a necesitarlo?

Y procedió a darles una lista de nombres. La emperatriz se levantó y se retiró para hacer sus plegarias, despidiéndose de las otras dos. Entre los nietos de Genji que estaban jugando en la estancia destacaba por su belleza Niou, el tercer príncipe. Al admirar una vez más su hermosura extraordinaria (era su favorito), Murasaki se sintió mejor, lo tomó en brazos y lo sentó delante de ella.

—Si me voy —le dijo—, ¿me recordarás?

—No quiero que me dejes —le contestó el niño—. Te quiero, abuela, te quiero más que a mi padre y a mi madre. *Te prohíbo* que te vayas.

—Quiero que ésta sea tu casa cuando seas mayor —prosiguió Murasaki—. Quiero que tú seas dueño de este ciruelo y de aquellos cerezos, y que, cuando florezcan, hables de su belleza con tus amigos y cortes sus flores para ponerlas en el altar...

El niño la miró como si no acabara de entenderla y, súbitamente, se echó a llorar, saltó de la sillita que había ocupado y salió de la estancia corriendo.

Cuando llegó el otoño, Murasaki se encontró notablemente aliviada, pero el esfuerzo más nimio la agotaba. Aunque el fresco la hacía sentir bien, la humedad se le metía en los huesos. Le hubiese gustado que la emperatriz permaneciera más tiempo a su lado, pero no pudo ser. El emperador había enviado mensajeros que reclamaban su presencia en palacio. Como ya no podía abandonar su dormitorio, la emperatriz fue a despedirse de ella. La encontró muy delgada, pero tan hermosa como siempre. Cuando Murasaki era joven, los hombres solían comparar su encanto único con las flores de la tierra: ahora merecía ser comparado a las que crecen en el paraíso de Amida. La enferma manifestó su deseo de ver sus queridas flores bajo la luz de las estrellas, y se levantó de la cama, apoyándose en un reclinitorio. En aquel momento Genji entró en la estancia.

—¿No es maravilloso? —comentó, fingiendo animación—. Estoy seguro de que la visita de su majestad te ha sentado magníficamente...

Pero ella le respondió:

—Muy poco dura el rocío sobre los pétalos del hagi. Creemos estar viéndolo aún, y ya no está.

Genji entendió el sentido de sus palabras: la enferma se comparaba con el efímero rocío que refresca los pétalos de la flores sólo para evaporarse con el primer rayo de sol. Le respondió:

—En este mundo frágil en el que todo se evapora como el rocío, ninguno de los dos debería partir antes que el otro.

La emperatriz se unió a ellos con otro poema. Decía así:

—¿Cómo puede compararse este mundo fugaz como el rocío que esparce el viento otoñal, con el rocío que engalana la hierba?

Al contemplar a ambas mujeres (resultaba imposible decir cuál era más hermosa), Genji deseó estar junto a ellas mil años seguidos sin verlas cambiar en lo más mínimo, pero era un deseo imposible.

—Dejadme sola, os lo ruego —les dijo Murasaki, hablando con mucha dificultad—. Me encuentro peor. Sé que me perdonaríais si no os diera la conversación que merecéis, pero no quiero pareceros una mujer aburrida.

La emperatriz tomó su mano y la miró a los ojos. Sí: era como el rocío a punto de evaporarse. Al punto enviaron docenas de mensajeros a encargar más servicios religiosos. En otras ocasiones se había recuperado de crisis como aquélla, de modo que Genji confiaba en que aquella «posesión» acabaría por pasar. Cumpliendo sus órdenes, los clérigos pasaron la noche entera luchando por derrotar a los malos espíritus, pero esta vez sin resultado alguno. Con la primera luz del alba Murasaki se fue para siempre.

Genji agradeció a los poderes celestiales que la emperatriz hubiera podido permanecer a su lado hasta el último momento. Por más que se repitiera a sí mismo y dijese a los demás que esas cosas *tienen que ocurrir*, hay momentos en que cuesta mucho aceptar el orden natural de los acontecimientos. Bajo los efectos del dolor, el mundo le parecía una pesadilla crepuscular. Hizo llamar a Yugiri y, en cuanto el joven se presentó, le dijo, mostrándole el cuerpo de Murasaki:

—Parece el final. Supongo que sabes que en estos últimos tiempos quería tomar el hábito, pero yo me opuse, pensando que el fin no estaba tan cerca. Me temo que obré cruelmente... Creo que la mayoría de los clérigos, concluidas las tareas nocturnas, se han ido, pues no se les oye, pero estoy seguro de que aún queda algún monje por la casa. Búscales, pues quiero tonsurarla antes de que emprenda el último viaje.

Aunque Genji intentaba aparentar calma, sus lágrimas fluían sin cesar.

—Conozco casos —dijo Yugiri— en que la toma del hábito ha servido para frustrar una posesión maligna. Se dice que basta con haber ingresado en una orden un solo día o una noche para que todo resulte más fácil en el más allá. Pero, si ya ha muerto, ¿qué sentido tiene tonsurarla? Sólo conseguirás convertirte en espectador de unas escenas que reforzarán tu dolor sin conseguir alivio alguno para su alma. Dejémoslo todo tal como está y no empeoremos las cosas.

Con todo, hizo acudir a unos monjes que se habían quedado en la casa por si se les contrataba para los días de duelo, y les rogó que hicieran cuanto estuviera a su alcance. Hacía tiempo que sus pensamientos sobre Murasaki no merecían censura alguna, pero recordaba que, años atrás, el día del huracán que devastó los jardines del palacio nuevo, la vio por casualidad durante unos instantes, y le causó tal impresión que pasó años anhelando volver a verla y oír su voz, pero su deseo no llegó a cumplirse. Mejor así, se dijo, mientras la estancia se llenaba de los gemidos de las mujeres.

—No hagáis tanto ruido —dijo a las criadas, mientras levantaba la cortina como si estuviera buscando a su padre.

A la luz mortecina del alba el rostro de la difunta se recortaba sobre la almohada porque Genji había hecho poner una lámpara junto a ella. En cuanto notó la presencia de su hijo detrás de sus espaldas, pensó en echarle, pero recapacitó enseguida y decidió no seguir ocultando la belleza de Murasaki a los ojos de Yugiri.

—Está igual que cuando vivía —susurró, cubriéndose el rostro—. Pero todo ha terminado.

Aunque la cabellera de la dama se había descuidado durante su última enfermedad, seguía siendo suave y lustrosa, y se hubiese dicho que la acababan de peinar. A la luz de la lámpara, la piel parecía más pura y radiante que cuando estaba viva y se miraba en el espejo. El idioma carecía de palabras para describir la hermosura de aquella mujer que parecía dormir, y Genji tuvo la sensación de que su espíritu le abandonaba para flotar en el espacio junto al de la dama que acababa de partir y acompañarla en su último viaje.

Ni Genji ni las azafatas de Murasaki se hallaban en condiciones de organizar los funerales, y hubo de hacerlo Yugiri. Nunca había presenciado un dolor semejante y estaba seguro de que en lo que le quedaba de vida no volvería a ser testigo de nada parecido. El funeral tuvo lugar el mismo día de su muerte. En un campo inmenso se dieron cita para asistir a la cremación cientos de carruajes con las galas de luto, y la ceremonia que siguió fue de una magnificencia sin precedentes. El cuerpo de Murasaki se mudó en humo, y aunque ésta es la suerte de todos los mortales, en aquella ocasión pareció algo absolutamente excepcional que nadie estaba preparado para soportar. Genji no se tenía de pie, y hubieron de llevarlo entre dos o tres escuderos. Al ver tan hundido a un hombre de su rango y temple, incluso los espectadores más insensibles lloraron, mientras las mujeres de Murasaki se sentían como perdidas en una pesadilla. Algunas estuvieron a punto de caer de los carruajes, y los pajes hubieron de esforzarse sujetándolas para evitarlo.

Genji se acordó de la muerte de su primera esposa, la madre de Yugiri. Seguramente en aquella ocasión supo controlarse mejor, y aún recordaba cómo había brillado la luna llena durante la noche de las exequias. Ahora

no era capaz de ver nada: las lágrimas habían sellado sus ojos. Murasaki había fallecido el día catorce y el quince estaba ya amaneciendo. El sol se levantó como todos los días, y, mientras el rocío se evaporaba en las hojas, Genji pensó en el mundo triste y desolado que le esperaba. Quizás su dolor sería la excusa definitiva para abandonarlo de una vez por todas... Pero no quería pasar a la historia como un hombre débil y sin carácter, y decidió aplazar un poco su proyecto, por más que se sentía completamente derrotado.

Yugiri no se separó de su padre durante el período del duelo, y, muy preocupado por su salud, hizo cuanto pudo por aliviar sus penas. Una noche se desencadenó un huracán, y volvió a recordar aquel vendaval terrible que le permitiera ver a la dama que acababa de morir como una visión celestial. Profundamente conmovido, se puso a invocar el nombre de Buda para borrar aquellos recuerdos que le resultaban insoportables, y las cuentas de su rosario se llenaron de lágrimas. Recitó:

—Por más que recuerdo aquel inolvidable atardecer de otoño, por la mañana me persigue la imagen de la muerta como un sueño.

Para ocultar su pena ordenó a sus acompañantes que repitieran el nombre sagrado y leyeran el Sutra del Loto, mientras su padre seguía deshecho en llanto. Genji no podía dejar de pensar en lo que había sido su vida. Desde muy joven el rostro que el espejo le mostraba parecía anunciarle que el Iluminado le había elegido para ser objeto de honores excepcionales, pero muy pronto se dio cuenta de que lo que Buda realmente quería era hacerle probar antes que a otros las angustias de este mundo impermanente. Pero él siguió actuando como si no hubiese aprendido la lección y ahora le había caído encima un dolor como ningún hombre del pasado o del futuro había conocido ni conocería. Quería romper con el mundo y entregarse en cuerpo y alma a la meditación y a las devociones. Pero ¿cómo emprender el camino que tanto le tentaba con aquella pena

enorme pesando como una losa sobre su alma? Angustiado, dirigía sus plegarias a Amida:

—Haz que mi dolor no sea más grande de lo que resulta razonable en esta vida. Permite que olvide *un poco* a Murasaki.

Día tras día llegaban cartas de condolencia, y no sólo del palacio imperial, que, salvo contadas excepciones, no eran notas meramente convencionales para «cumplir». Aunque no tenía ánimo de leerlas y seguía pensando en hacerse monje, no quería que el mundo y las generaciones futuras vieran en él a un viejo acabado y cobarde. También le escribía con frecuencia To no Chujo, que solía dar lo mejor de sí mismo ante los sucesos trágicos, y cuyas cartas ponían de manifiesto una tristeza profunda y auténtica por la pérdida sufrida. Su hermana, la madre de Yugiri, había muerto en aquella misma estación del año, a mediados del octavo mes, y no pudo evitar recordar cuántos amigos habían muerto desde entonces. Un atardecer, sentado en la galería de su palacio, se puso a contemplar cómo caía la noche sobre el jardín, y, tomando tinta y papel, compuso una larga carta para Genji, que le hizo llevar por uno de sus hijos. Contenía este poema:

«Me acuerdo de aquel otoño como si fuera ayer, y las lágrimas por una se confunden con las que derramamos por la otra.»

Genji, que llevaba un luto aún más riguroso que cuando perdió a Aoi, le contestó:

«No hay fronteras para la tristeza entre hoy y ayer, pero el otoño me resulta la estación más odiosa del año.

»Te agradezco que me escribas tanto...»

Los favorecidos por la suerte como Murasaki suelen despertar la envidia de los demás, y tampoco resulta infrecuente que, sucumbiendo a la vanidad o al orgullo, menosprecien al prójimo, pero no fue el caso de la dama que

acababa de fallecer. No había criada que no la adorase y el más insignificante de sus actos despertaba la admiración general. Única en todo, antepuso siempre los intereses ajenos a los propios. Cuando llegaron los vientos de otoño y los insectos empezaron a entonar sus cantos, muchos que no la habían conocido lamentaron profundamente su partida, y los que habían tenido la dicha de tratarla se mostraban inconsolables. No pocas mujeres de su servidumbre, incapaces de soportar la existencia sin ella, entraron en monasterios.

También Akikonomu envió numerosos mensajes al palacio viejo para testimoniar a todos su pena. Uno de ellos decía:

«Creo que, al fin, he llegado a entenderla...

»¿No será que el campo agostado parecía demasiado triste a la difunta, y, por ello, nunca llegó a amar el otoño?»

Genji se tomó mucho tiempo para contestar y, al fin, escribió:

«Mírame desde tu palacio que está encima de las nubes, mira el otoño que muere como muero yo.»

Dobló la carta y la metió en un sobre y, con él en la mano, se quedó un rato con la mirada perdida hasta que se acordó de hacerla llevar. Tan avergonzado estaba de su postración y desconsuelo que evitaba las partes más concurridas de su casa de Nijo, y pasaba muchas horas en las habitaciones traseras que ocupaba la servidumbre.

Encerrado con dos o tres azafatas en la capilla de Buda, pasaba los días repitiendo el nombre sagrado. Murasaki y él se habían prometido estar juntos durante mil años, pero ella se había ido, de manera que sólo pensaba en el otro mundo con la firme esperanza de compartir pronto el mismo lote en el paraíso de Amida.

Yugiri se ocupó de los servicios del cuadragésimo noveno día, pues Genji no se veía con ánimo para nada. Y mientras todas las mañanas se decía que tomaría el hábito, los meses iban pasando y la vida le parecía

cada vez más un sueño sin sustancia. También la emperatriz de Akashi pensaba continuamente en la difunta, y la echaba muchísimo de menos.

Capítulo 41 El brujo

Aquel año la primavera no trajo consigo la alegría que suele acompañarla, pues la amargura que había derramado sobre todos el año anterior no había desaparecido. Como era de esperar, se presentaron numerosos cortesanos para felicitar el año nuevo a Genji, pero él se negó a recibirlos y, con la excusa de que no se encontraba bien, permaneció detrás de la cortina encerrado en sí mismo. Sólo hizo una excepción con su hermano, el príncipe Hotaru, al que recibió con este poema:

—¿Cómo es posible que la primavera se haya dignado visitar una casa en la que no hay nadie capaz de admirar sus flores?

Su hermano, profundamente emocionado, le respondió:

—¿Piensas que he venido a oler el perfume de las flores? No soy un inconsciente al que muevan los capullos sin importancia.

No obstante, se acercó a admirar el ciruelo de las flores de color rosa, mientras Genji meditaba sobre otras primaveras del pasado. Aquel año no había organizado conciertos para celebrar la llegada de la estación nueva,

pero nadie parecía echarlos de menos. Las mujeres que sirvieran a Murasaki aún llevaban ropas de luto, y se negaban a aceptar con resignación la pérdida sufrida. Sólo las consolaba un tanto en su desdicha que Genji no hubiese regresado al palacio de la Sexta Avenida y siguiera en el de Nijo, donde podían cuidar de él. Si alguna de ellas esperaba aprovecharse de la situación, se equivocaba, pues Genji dormía solo como si el deseo le hubiese abandonado. Las mujeres que le atendían de noche dormían al otro lado de sus cortinas. A veces, para matar el tiempo, se ponía a hablar del pasado.

Ahora que los amoríos habían dejado de interesarle, evocaba con profundo dolor cuan herida se habría sentido Murasaki por culpa de aventuras suyas de importancia mínima, y se avergonzaba de haberse dejado arrastrar a ellas sin ni siquiera haber sido capaz de pedir perdón a la ofendida cuando todo hubo concluido. Murasaki era muy difícil de engañar, y, aunque le costaba poco recobrase de los ataques de celos y jamás cayó en reproches violentos, había sufrido mucho en silencio. Fue pasando, pues, revista a mil pequeños incidentes que no le hacían honor alguno, hasta que no pudo más y prefirió dejar de atormentarse con este tipo de recuerdos. A veces alguna criada aludía tímidamente a alguna de esas historias del pasado, de la que había sido testigo mudo, porque fueron muchas las indiscreciones que cometió.

Cuando llegó al palacio nuevo la Tercera Princesa, Murasaki no manifestó resentimiento alguno, aunque se sentía profundamente afectada y él lo sabía. Recordaba cierta mañana de nieve y ventisca —las nubes, negras como el hollín, parecían dragones amenazadores—, en la que, al regresar de la alcoba nupcial, le tocó esperar delante de su puerta hasta que casi se heló. Cuando finalmente le abrió para acogerlo, tan afectuosa, como siempre, observó cómo ocultaba sus mangas para que no notara que estaban empapadas de llanto. En sus noches de insomnio no podía quitarse del pensamiento la entereza y el coraje de Murasaki, y hubiese dado cualquier cosa por recuperarla, aunque sólo fuese en un sueño.

—¡Qué tempestad de nieve nos ha tocado! —comentó una criada que se cruzó en su camino al correr a refugiarse en su dormitorio.

Genji pensó en aquella mañana de nieve y ventisca—¿cuántos años habían pasado?—, pero ahora estaba solo, y todo parecía muy distinto. Recitó:

—Siempre quise fundirme como la nieve
y abandonar este mundo triste, pero, sin
darme cuenta, dejé que pasaran los años.

Para consolarse, se enjuagó la boca ^[118] y se puso a recitar los sutras, mientras una criada le ponía al lado un brasero y lo encendía con brasas de la noche anterior. Chunagon y Chujo estaban con él.

—No es fácil pasar las noches solo —se quejaba—, pero la última noche fue terrible. ¡Qué estúpido he sido al no decidirme a seguir el camino del Iluminado!

Las mujeres que le servían temían que, renunciando al mundo, las abandonara de una vez por todas. Su voz, subiendo y bajando de tono mientras leía los sutras en el interior de la capilla, siempre había destacado por una fuerza emotiva extraordinaria que no se apreciaba en la de los clérigos más prestigiosos. Era imposible escucharle sin echarse a llorar.

—Siempre he tenido de todo en la vida, seguramente debido a mi encumbrado nacimiento —les dijo—. Pero siempre intuí que también había nacido para el dolor. Buda Amida me ha hecho ver, con mayor claridad que a los demás mortales, lo insustancial y transitorio de este mundo en el que nos ha tocado vivir. Y aunque lo veía, durante años hice como que lo ignoraba, hasta que he llegado al final. Ahora acepto mis muchas limitaciones y las manchas que traje conmigo de vidas anteriores. Ya no hay nada que me ate a este mundo.

Cuando empezaba a rayar el alba o a caer la tarde, reunía a las mujeres a su alrededor. Conocía a Chujo desde que era una niña, y, en cierta época de sus vidas, hubo bastante intimidad entre ambos, pero la muchacha amaba demasiado a Murasaki para seguir manteniendo una relación que sólo podía causar disgusto a la dama. La tristeza compartida los había vuelto a unir aunque jamás volvieron a dormir juntos, pues Genji sólo veía en ella una de

las criadas favoritas de su esposa, y trató de incorporarla a su vida como el pino que crece encima de una tumba.

Genji sólo se trataba con los más íntimos, y, a pesar de que no paraban de acudir sus hermanos y sus mejores amigos de la corte, no recibía a casi nadie. Aunque volvía a controlarse, temía que sus años y su debilidad general sorprendieran desagradablemente a las visitas y acabara pasando a la posteridad con aquella imagen sombría y decrepita que ahora ofrecía al mundo. Ya se suponía que su retiro de la vida pública se debía a la senilidad y al dolor, pero, con todo, prefería no ser visto por nadie. Incluso cuando conferenciaba con Yugiri, lo hacía a través de cortinas y persianas. Y, sin embargo, tenía el firme propósito de recuperarse lo antes posible, mostrarse otra vez a sus familiares y conocidos como un hombre digno y en completa posesión de sus facultades, y luego despedirse de todos para siempre y tomar el hábito. Varias veces intentó ir a visitar a las damas que vivían en el palacio de la Sexta Avenida, pero, al pensar que no sería capaz de controlar el llanto en su presencia, acababa desistiendo y permaneciendo en Nijo.

Su hija, la emperatriz de Akashi, regresó a la corte, pero le dejó a su hijo Niou para que le hiciera compañía. El principito no había olvidado los consejos de su abuela y pasaba el día cuidando del ciruelo de las flores de color rosa del ala oeste para admiración de Genji. Llegó el segundo mes, y una bruma delicada cubrió los ciruelos en flor como un velo. Al escuchar el canto de un ruiseñor desde lo alto del ciruelo que fuera el favorito de Murasaki, Genji salió a la galería y recitó:

—Aquí donde la reina de las flores
admiraba las del ciruelo, sigue cantando el
ruiseñor, ignorante de todo.

Cuando la primavera estalló, el jardín era tan hermoso como en sus mejores tiempos, pero, por más que Genji intentaba no recordar, todo lo que veían sus ojos le llevaba a desear hallarse en la cima desolada de una montaña, allí donde los pájaros no cantan. Poco a poco las flores fueron mustiéndose. De todos modos, aunque el oro de los *yamabuki* dejó de brillar y la brisa esparció las flores de los cerezos, llegó el momento de las

glicinias, y, como Murasaki había llenado su jardín de toda clase de plantas de primavera, el esplendor se mantuvo gracias a las que florecen tarde.

—¡Mirad! —gritaba Niou—. ¡El viento arrebató las flores de *mi* cerezo! ¿Qué podemos hacer para evitarlo? ¿Por qué no ponemos cortinas o biombos a su alrededor para que lo protejan?

La sugerencia del niño, de la que se sentía muy orgulloso, hizo sonreír a Genji, que no se separaba de su lado. Le dijo:

—Eres mucho más listo que aquel hombre del poema que quiso cubrir el cielo con su manga...

Y prosiguió, con voz entrecortada:

—Niou... Es posible que no podamos ser amigos durante mucho tiempo... No quiero decir con ello que vaya a morir, pero a lo mejor me voy a vivir a otra parte, lejos de aquí...

—¿Irte lejos de aquí? —preguntó el niño, alarmado—. ¿Como la abuela?

Genji solía sentarse en una esquina de la galería o detrás de las cortinas de la alcoba de Murasaki, y desde allí contemplaba el jardín. No pocas mujeres vestían aún de luto, y las que lo habían abandonado procuraban limitarse a atuendos sobrios, evitando los colores demasiado brillantes y los estampados. También Genji vestía de modo informal pero austero, y toda la casa respiraba silencio y soledad. Recitó:

—Pronto el jardín primaveral que con tanto cariño cuidara la muerta, será sólo maleza y hierbajos.

Nadie le forzaba a tomar los hábitos: era él quien lo había decidido, pero, en contra de lo que esperaba, no le ayudaba a sentirse mejor. Un día fue a visitar a la Tercera Princesa en compañía de Niou y su nodriza. En los aposentos de la monja su nieto se encontró con Kaoru y se puso a jugar con él, olvidándose momentáneamente de sus queridos cerezos en flor. La princesa estaba en su capilla leyendo sutras, y Genji, que nunca la había admirado especialmente, se sintió conmovido por su devoción, con la que no parecían interferirse nostalgias del mundo y de sus placeres. No dejaba

de resultar paradójico que aquella criatura superficial y de tan cortos alcances le hubiese dejado atrás en el camino de la salvación. A la luz del crepúsculo las flores que adornaban el altar adquirirían unos tonos llenos de misterio.

—Murasaki ya no está aquí para disfrutar de las flores de primavera, y me temo que tampoco yo las estoy disfrutando mucho —dijo en un susurro—. Sólo me parecen hermosas puestas sobre el altar... ¡En cuanto a sus queridos *yamabuki*, nunca habían lucido más esplendorosos que este año! Los tallos están altísimos, y, aunque parecen avergonzarse de su elegancia, causan asombro por la radiante alegría que parecen desprender... Se diría que quieren dejar muy patente cuan poco les afectan nuestras penas.

—*La primavera no pisa mi valle sombrío* —respondió la monja, sin darle mayor importancia.

No era la respuesta que Genji estaba esperando. ¡Qué diferencia de la difunta! Murasaki siempre parecía saber qué se esperaba de ella: su sensibilidad y su capacidad de reacción ante cualquier circunstancia o comentario ajeno no tenían parangón. Al pensar en ella, volvió a echarse a llorar sin importarle que la Tercera Princesa fuese testigo de su llanto.

Mientras las brumas del crepúsculo empezaban a envolver los árboles, Genji fue a ver a la dama de Akashi. Hacía mucho tiempo que no la visitaba, y la dama se sintió sorprendida al verlo aparecer, pero supo acogerlo con dignidad tranquila y le causó una impresión tan satisfactoria que Genji empezó a preguntarse si no iba detrás de Murasaki en méritos. El hombre se puso a hablar de los viejos tiempos.

—Incluso durante los años de mi exilio en Suma —dijo— estuve pensando en abandonar el mundo y entrar en un monasterio. Entonces parecía que todo el mundo me había dado la espalda y, no sintiéndome querido, no deseaba continuar imponiéndoles mi presencia... Pero con el paso de los años aparecieron vínculos inesperados que hicieron de mí casi un prisionero, y empecé a postergar mi renuncia... Y ahora que el final se acerca, no he sido capaz de librarme completamente de ellos. Así estoy, pues, hecho un vejestorio inútil e irresoluto... Tendría que avergonzarme de mí mismo...

—Incluso hombres y mujeres a los que nadie encontraría a faltar no se deciden a abandonar el mundo por culpa de vínculos y afectos que sólo ellos son capaces de sentir. ¿Cómo quieres dar este paso con la conciencia tranquila cuando todavía hay tantos que dependen de ti? Si actúas con precipitación, tarde o temprano te arrepentirás... Hay mucha gente que lo ha echado todo a rodar a causa de una contrariedad insignificante, y luego se han arrepentido cuando ya era demasiado tarde. Ten paciencia y espera que tus nietos crezcan un poco y empiecen a poner orden en sus vidas...

—Tengo para mí que la paciencia que tú me recomiendas resulte más culpable que la precipitación. Cuando Fujitsubo murió, *temí que los cerezos echarían flores negras...* Desde muy joven admiré su gracia y su hermosura, y, cuando desapareció para siempre, sentí profundamente su pérdida, pero lo de ahora es muy distinto. Murasaki entró en mi vida cuando era casi una niña y siempre di por sentado que me sobreviviría... Si pienso en sus encantos, en su ingenio, en sus méritos, me parece el colmo de la injusticia lo que me ha sucedido...

Se pasó la noche hablando del pasado y del presente, y aunque estuvo a punto de acostarse con la dama, súbitamente se levantó y se despidió. Al verlo marchar, visiblemente desconcertado, ella le dedicó una mirada llena de tristeza. Una! vez más Genji pasó la noche rezando, durmió a ratos, y, al alba, escribió una carta para la dama de Akashi que contenía este poema:

«No hallando un lugar para mí en este
mundo fugaz, regresé, como el pato silvestre,
llorando a mi casa.»

La dama de Akashi toleró mal la súbita marcha de Genji, pero no pudo evitar compadecerlo, al considerar cuan confuso estaba. ¿Qué quedaba del Genji de antaño? Al fin le contestó con este poema:

«Desde que desapareció el arrozal en que
anidaba el pato silvestre, no se ha vuelto a
ver la flor que se reflejaba en sus aguas.»

La caligrafía era tan hermosa como siempre, y Genji recordó muy a pesar suyo el resentimiento con que Murasaki la acogiera en su casa. Aunque con el tiempo se hicieron amigas, siempre quedó algo de la antigua desconfianza, y la difunta nunca dejó de mantener cierta distancia entre ambas. ¿O era sólo él que lo veía de este modo? A partir de aquella visita, regresó otras veces a ver a la de Akashi, pero nunca se quedó a dormir con ella.

Cuando el calor empezó a apretar, Hanachirusato le envió ropas ligeras. Las acompañaba una nota que decía así:

«Hoy, al ponerte una vez más las frescas ropas de estío, ¿no podrías, aunque sólo fuera por un instante, olvidar los pensamientos sombríos?»

Él le respondió:

«Esos ropajes, leves como el caparazón de una cigarra, me hacen pensar, lo quiera o no, en la fragilidad de la vida.»

Como todos los años volvió a acercarse el festival de Kamo, y Genji, recordando las animadas masas de gente que en estas fechas se echaban a la calle para celebrarlo, envió a las azafatas y criadas de Murasaki con sus respectivas familias. Al cruzar el ala este de la mansión, encontró a Chujo que estaba durmiendo la siesta cubriéndose el rostro con una manga. Al oír sus pasos, la mujer se puso de pie. Era pequeña de cuerpo y, aunque ya no era una niña, su cara se conservaba aún fresca y lozana. También su cabellera, aunque no acababa precisamente de peinársela, destacaba todavía por gruesa y lustrosa. Vestía unas calzas de color azafrán, una túnica amarilla y un *uchiki* gris oscuro, todo bastante arrugado por la postura en que acababa de pasar la última hora. Con las mejillas arreboladas, se arregló deprisa y corriendo. No lejos de ella había una ramita de acebo. Genji la señaló con la mano, y preguntó:

—¿Qué es esto? Hace tanto tiempo que no veo esta planta que ya no recuerdo cómo se llama.

Ella le contestó:

—El agua de la vasija ritual abandonada [119] está sucia de verdín, y tú has olvidado el nombre del acebo festivo con el que se tejen las coronas.

Tenía razón: hacía muchos años que Genji había dejado de pensar en ella, pero él le respondió, mirándole a los ojos con ironía:

—Poco me importan hoy las cosas de este mundo. Y, sin embargo, aún podría dejarme tentar por las gracias del acebo festivo...

En aquellas circunstancias, sólo se sentía ligado hasta cierto punto a aquella pobre criada.

Llegaron las lluvias del quinto mes, y Genji se sintió peor, pero una noche en que la luna llena había logrado abrirse camino entre las nubes, vino a visitarle su hijo Yugiri. La luz del astro de la noche teñía de plata las flores blancas de los naranjos y un soplo de brisa introdujo en la estancia su perfume delicioso y evocador. Por desgracia aquel momento mágico duró sólo un instante. El cielo empezó a oscurecer mientras ambos aguardaban *el canto milenario del cuco*. De pronto, el viento se puso a soplar con fuerza y apagó las linternas, la lluvia golpeaba los techos con violencia y el cielo parecía una inmensa pastilla de tinta.

Genji citó a Po Chu-I:

—Es la voz del viento en las ventanas...

Aunque era un poema de sobras conocido, la cita pareció oportuna a Yugiri, y sólo lamentó que cierta dama no estuviera allí para apreciarla.

—Sé de sobras que no soy el primer hombre del mundo que se ve obligado a vivir solo —dijo Genji—, pero me encuentro profundamente

inquieto y deprimido. Una ermita entre montañas sólo puede hacerme sentir mejor.

Y añadió, dirigiéndose a la servidumbre:

—Traed algo para mi huésped. Supongo que ya es demasiado tarde para llamar a los escuderos.

Contemplar a su padre con los ojos perpetuamente clavados en el cielo como si estuviera buscando alguien allí llenaba de malestar a Yugiri, pues estaba convencido de que la incapacidad de olvidar que mostraba Genji había de ser por fuerza un obstáculo en su viaje hacia la salvación final... Pero ¿cómo podía criticarle, si él mismo no había conseguido borrar el recuerdo de aquel rostro y aquella figura entrevistos en la mañana que siguió al huracán?

—Parece que fue ayer y ya ha pasado un año —observó—. ¿Cómo piensas celebrar su aniversario?

—No creo que tenga sentido hacer algo fuera de lo corriente —le contestó su padre—, pero pienso que ha llegado el momento de dedicar a Buda el mándala del Paraíso que ella encargó, y todos los sutras que hizo copiar. El abad (¿recuerdas su nombre?) sabe perfectamente cuáles eran los deseos de la difunta, y nos dará las instrucciones precisas.

—Sí, parece que ella dio mucha importancia a esas cosas —dijo Yugiri—, y, cumpliendo sus deseos puntualmente, la ayudaremos dondequiera que se encuentre. Sus vínculos con este mundo eran nimios, pues no dejó descendencia...

—Eso es lo de menos —dijo Genji, tratando de parecer más animado, pues se avergonzaba de haber llorado tanto—. Es a ti a quien corresponde hacer florecer mi estirpe...

De pronto oyeron el canto del cuco que llevaban rato esperando, y Genji improvisó, mirando hacia el cielo:

—¿Al fin llegaste, cuco de las montañas, empapado en lluvias nocturnas, para evocar el recuerdo de la que ya no está entre nosotros?

Y Yugiri declamó:

—Cuco de los montañas, vuela hacia ella,
y dile que en el mundo que dejara atrás, han
vuelto a florecer los naranjos.

También las mujeres que estaban allí compusieron poemas, pero no voy a transcribirlos. Como en otras ocasiones, Yugiri pasó la noche en compañía de su padre. Si pensaba que aquellos aposentos que en tiempos le fueron rigurosamente prohibidos, estaban ahora a su completa disposición, se le partía el alma.

Cierto atardecer de estío excepcionalmente caluroso Genji salió al jardín para refrescarse junto al estanque de los lotos, a la sazón en su apogeo. Recordó un verso: *Resulta extraño que haya tantas lágrimas...* Se sentó junto a su orilla como en un trance a la incierta luz del crepúsculo. ¿Qué sentido tenía permanecer allí solo, escuchando el clamor ruidoso de las cigarras y contemplando los claveles silvestres mientras el sol iba a su ocaso? Improvisó:

—¡Cómo lloro en este día de estío,
abandonado por todos! ¡Chillad, cigarras, y
llorad conmigo!

Ya era casi de noche, y, de pronto, se vio envuelto en una nube de luciérnagas voladoras. Ahora le vino a la memoria otro verso de *La canción del dolor infinito*, el poema que Po Chu-I dedicara a la infeliz Yang Kuei Fei ^[120]: *¡Cómo vuelan las luciérnagas delante del pabellón al caer la tarde!* Y él dijo:

—La luciérnaga se enciende sólo cuando
reconoce la noche. En cambio, ¡ay, dolor!, yo
me lamento todas las horas del día...

Llegó el séptimo mes y nadie se acordó de Tanabata y el Boyero: no hubo, pues, conciertos ni danzas en la corte. A media noche Genji se

levantó del lecho y abrió la puerta corredera de la galería para contemplar el jardín húmedo de rocío. Recitó:

—Las dos estrellas ^[121] se encuentran en un mundo que está más allá de las nubes... Pero mis lágrimas sólo se mezclan con el rocío del jardín del adiós.

A principios del octavo mes empezaron a soplar los vientos dando lugar a un ambiente de desolación. Genji estaba muy ocupado con los preparativos del aniversario de la muerte de Murasaki. ¡Qué rápido habían pasado los meses! Todos ayunaron y ofrecieron plegarias, y el mándala del Paraíso fue dedicado a Buda, tal como la difunta había deseado. Cuando Chujo le trajo agua para que se enjuagara la boca antes de sus rezos nocturnos, le tomó el abanico de las manos, sobre el cual la mujer había escrito:

«En el día de hoy, según lo establecido, concluye el período de luto. ¿Cómo es posible que las lágrimas no concluyan también?»

Genji escribió estos versos junto al poema de Chujo:

«Como el corazón que llora por ella tiene los días contados, no puede detenerse a contar las lágrimas.»

A principios del noveno mes llegó la Fiesta de los Crisantemos. Según era costumbre, los ramitos del banquete festivo fueron envueltos en algodón para que se empararan del rocío mágico. Genji compuso estos versos:

«Otras mañanas bebimos juntos el elixir del día... Hoy las mangas del solitario amanecen ya empapadas de rocío.» ^[122]

El décimo mes se caracterizó como siempre por los interminables aguaceros de invierno. Mirando el cielo crepuscular encapotado, se susurró a sí mismo estas palabras: «La lluvia es como la lluvia de otros años...» ¡Cómo envidiaba a los patos silvestres que cruzaban el cielo volviendo a su hogar! Improvisó:

—¡Oh brujo ^[123] que, como los patos, sobrevuelas la tierra, traeme a aquella cuya visión incluso en sueños me está vedada!

Y llegó el momento en que los palacios se llenaron de animación, pues se preparaban, como todos los años, la fiesta de la cosecha y las danzas Gosechi. Yugiri llevó a dos de sus hijos, que servían en palacio como pajes, a visitar a su abuelo. Tenían casi la misma edad y eran realmente hermosos. Les acompañaban algunos de sus tíos, hijos de To no Chujo, elegantemente vestidos con atuendos azules estampados con motivos apropiados para la ocasión. ¡Sorprendía una escolta tan aparatosa para aquel par de mozalbetes! Al verles llegar, la mente de Genji fue asaltada por recuerdos de eventos memorables ocurridos en otros festivales. Recitó:

—Los señores de palacio corren al banquete del Toyo no akari, ^[124] pero el sol ha dejado de brillar para mí.

Genji decidió que había llegado el momento de abandonar el mundo definitivamente. Quería evitar las despedidas aparatosas, pero empezó a hacer los preparativos que juzgaba necesarios. Entre sus papeles había numerosas cartas que había ido guardando a lo largo de los años, pero que no quería que fuesen leídas por otros ojos. Decidió quemarlas. Entre las cartas que había recibido mientras vivía exiliado en Suma estaban las de Murasaki, y parecía cosa de magia que, a pesar de los años transcurridos, conservaran aún la tinta fresca como si hubiesen sido escritas ayer. Se hubiese dicho que querían permanecer así durante mil años... Pero iban dirigidas sólo a él, y no podían permanecer en este mundo, de modo que ordenó a dos o tres criadas de su confianza que procedieran a su

destrucción. La caligrafía de los muertos suele conmovernos casi siempre, y aquellas cartas eran excepcionales por muchos motivos. Al darles un último repaso, sus lágrimas se mezclaron con la tinta, emborronándolas. Recitó:

—Echo de menos a la que partió a las montañas de la muerte, y los trazos de su pincel me llenan de angustia y confusión.

Las criadas tuvieron ocasión de leer algunos fragmentos que avivaron el dolor aún no apaciguado. Murasaki se quejaba de estar tan lejos de su esposo, y ahora era ella la que estaba lejos de todos. Tratando de controlar el llanto, Genji releyó una de las notas más tiernas que le enviara la dama, y escribió en el margen este poema:

«He dejado de recoger algas empapadas de salmuera en la playa desierta... Secas ya, las arrojo al fuego para que el humo suba al cielo junto a ella.»

Y las hizo quemar todas.

Mandó celebrar el festival de los Nombres de Buda con enorme solemnidad porque sabía que iba a ser el último, y durante varias noches el estrépito de los *shakujo* ^[125] temblar las paredes de la casa. Resultaba extraño oír a los clérigos impetrando «una larga vida» para él, y esperaba que el Iluminado supiera cuan lejos estaban sus verdaderos deseos de aquellas rogativas formularias. La nieve tapizaba el suelo, y los copos seguían cayendo. A continuación, se ofreció un banquete a los que habían participado en la ceremonia, y todos fueron generosamente obsequiados. El oficiante principal, bien conocido allí y en el palacio de la Sexta Avenida, parecía mucho más anciano que el año anterior.

Como era de esperar, se congregaron para la ocasión numerosos príncipes y cortesanos de los rangos más elevados. Los ciruelos, que acababan de florecer, eran manchas de rosa sobre el paisaje blanco. Por regla general, había música, pero Genji pensó que, en aquellas

circunstancias, sólo serviría para hacerle llorar, y prescindió de ella. De todos modos, se leyeron poemas en chino relativos a la celebración.

Genji recitó estos versos, mientras ponía la copa de vino en manos del primer oficiante:

—Voy a adornarme el gorro con flores de ciruelo, porque ignoro si mi vida se prolongará hasta la primavera del año que viene.

El clérigo le contestó:

—Rezo para que te sea concedido gozar aún de mil primaveras, aunque para entonces yo sea ya tan blanco como esta nieve que cae.

Se recitaron otros poemas, pero no los copié. Aquella era la primera aparición de Genji en público después de muchos meses de retiro, y a los ojos de muchos parecía más hermoso que nunca, asombrosamente hermoso... El eclesiástico no se hartaba de mirarlo, derramando lágrimas de alegría.

A medida que se acercaba el fin del año, la depresión volvió a hacer mella en Genji. Niou estaba muy excitado y pasaba el día diciendo a todo el mundo que había que hacer algo para expulsar a los demonios.

—Creo que hace falta mucho ruido para que se asusten... —repetía—. Pero *¿cómo se hace?*

Genji contemplaba a su nieto y la idea de que muy pronto dejaría de verlo, le entristecía profundamente. Se dijo:

—No he contado los meses ni los días por culpa del dolor... Pero hoy se acaba el año, y mi vida está a punto de acabar.

Y, sin embargo, ordenó que las fiestas de año nuevo fueran más espléndidas que nunca, y los regalos que repartió entre príncipes y

funcionarios asombraron a todos por su magnificencia sin precedentes.

Quinta parte LOS HIJOS

Capítulo 42 Niou

[126]

Genji había muerto y no dejó a nadie que se le pareciera.

No negaremos que quedaban numerosos descendientes del príncipe resplandeciente, pero, por una u otra razón, la mayoría no estaba a la altura. Por razones obvias el emperador Reizei no podía considerarse públicamente su heredero. Niou, el tercer hijo del emperador reinante y la emperatriz de Akashi, y Kaoru, hijo de Genji y de la Tercera Princesa, ^[1 27] se habían criado juntos en el palacio de la Sexta Avenida y el mundo los juzgaba extremadamente hermosos, pero no brillaban con el mismo fulgor que el difunto. Eran, ciertamente, un par de jóvenes sensibles y cultos, y, aunque la corte parecía admirarlos más de lo que admirara a Genji cuando tenía su edad, ello se debía al hecho de que habían estado en estrecho contacto con él durante la última etapa de su vida, contagiándose, en alguna medida, de su resplandor incomparable.

Niou había sido el favorito de Murasaki y, después de la muerte de la dama, siguió viviendo en sus aposentos de la mansión de Nijo. También era el hijo predilecto de sus padres, el emperador y la emperatriz, ^[128] aunque el heredero aparente fuera el mayor de sus hijos y, por tanto, el que recibía oficialmente los mayores honores. Les hubiera gustado tenerlo en el palacio imperial con ellos, pero el joven prefería la mansión en que había transcurrido su infancia. Al poco tiempo de su iniciación, se le nombró ministro de la guerra. ^[129] Su hermana, la Primera Princesa, habitaba los

aposentos del ala este en la parte sur del palacio de la Sexta Avenida, que en tiempos ocuparan Murasaki y su pupila, la princesa de Akashi, y procuraba conservarlos exactamente iguales que cuando vivía en ellos su ilustre predecesora. El hermano de Niou que seguía al príncipe heredero, y, por tanto, ocupaba el segundo lugar en la línea sucesoria, tenía aposentos en el palacio imperial, pero, además, se le habían reservado estancias en el que fuera el «palacio nuevo» de Genji, pues estaba casado con la segunda hija de Yugiri. Hombre de carácter fuerte e independiente, era muy considerado por cuantos le rodeaban pues estaban convencidos de que, de un modo u otro, acabaría subiendo al trono.

Yugiri tenía muchas hijas. La mayor había casado con el heredero aparente, que la adoraba, y toda la corte daba por seguro que los emperadores iban a ir casando a sus hijos con las hijas de Yugiri, pero Niou, hombre testarudo y acostumbrado a salirse siempre con la suya, dejó muy claro que sólo estaba dispuesto a casarse a su gusto y que no iba a sujetarse a ningún plan preconcebido de su familia. A Yugiri no le parecía mal su posición, y se esforzaba en dotar a sus hijas de la educación más esmerada imaginable, mientras que era público que no iba a rechazar ninguna proposición que llegara del palacio imperial. Entre todas ellas, la más popular entre los jóvenes era la sexta, nacida de su relación con la hija de Koremitsu, por su excepcional belleza.

A lo largo de sus últimos años Genji había ido acogiendo en el palacio de la Sexta Avenida a un sinfín de damas que, después de su muerte, ya no podían permanecer allí, de modo que, con mayor o menor entusiasmo, se fueron trasladando a sus moradas definitivas, que el propio Genji había dejado indicadas. Hanachirusato fue a vivir al pabellón oriental de la casa de Nijo, mientras que la madre de Kaoru, la Tercera Princesa, que, como se recordará, se había hecho monja, se instaló en el palacio que su padre, el ex emperador Suzaku, le regalara en Sanjo, y la emperatriz no abandonaba ya la corte. Poco a poco aquel palacio nuevo que durante años fuera un lugar privilegiado de esplendor y animación entró en decadencia.

—Todos conocemos casos —observó Yugiri— de mansiones cuya construcción y ornamento han costado una auténtica fortuna, y que, muerto

su dueño, entran en una fase de lenta pero inexorable ruina. Podría decirse que son, de algún modo, una lección palpable de lo caduco de la vida humana, pero, mientras yo viva, no voy a tolerar que ello ocurra con el palacio nuevo de mi padre. No sólo quiero que continúe tan hermoso y acogedor como siempre fue, sino que sus avenidas estén siempre llenas de gente que las anime.

Para lograrlo instaló a la viuda de Kashiwagi ^[130] en los aposentos que ocupara Hanachirusato, y dormía medio mes con ella y el otro medio en la casa de Sanjo, junto a su esposa Kumoi. Parecía como si la casa de Nijo, profundamente reformada, y la mayor parte del palacio nuevo de la Sexta Avenida, cuya magnificencia se había convertido en casi legendaria, estuviesen ahora al servicio exclusivo de la dama de Akashi y su descendencia, y fue a ella a quien se encomendó la administración de las dos mansiones, tarea muy complicada en la que Yugiri no quiso mezclarse. Procuraba tratar a las damas que tuvieron algo que ver con su padre como si él fuese hijo de todas, y sólo lamentaba que no estuviera allí Murasaki, aunque a veces se preguntaba si habría sido capaz de reservarle sólo un cariño filial. Sea como fuere, el dolor que su muerte le produjo no se había extinguido del todo. ¿Cómo se explicaba que nunca le hiciera llegar algún testimonio de su profunda admiración?

Todo el país lamentaba aún la muerte de Genji, como si una gran luz se hubiese apagado definitivamente. Los que con más intensidad la sentían eran (¿qué duda cabe?) las que fueron sus mujeres y sus nietos. También el recuerdo de Murasaki pesaba como una losa sobre los que habían tenido la suerte de vivir a su alrededor. Como dice el refrán, amamos las flores del cerezo en primavera porque son las que menos duran.

Genji había dejado dicho que quería que su hijo Kaoru fuese tutelado por el ex emperador Reizei, y, como Akikonomu no le había dado hijos, la ex emperatriz recibió el encargo con enorme alegría. La ceremonia de su iniciación tuvo lugar en el palacio del ex emperador, y enseguida se le nombró teniente. Gracias a los buenos oficios de Reizei, fue promovido al grado de capitán de la guardia de la derecha en otoño, y elevado al cuarto rango cuando era poco más que un adolescente. Fue alojado en una ala

cercana a la que ocupaba el ex soberano, el cual cuidó personalmente de que las azafatas, criadas y pajes que se le destinaron fuesen los más bellos y los mejor preparados de que se disponía en palacio. Lo cierto es que no hubiese hecho más por un hijo suyo. Reizei tenía sólo una hija, habida de una hija de To no Chujo, y estaba dispuesto a hacer lo que fuese por ella, pero no se mostró menos generoso con Kaoru (para asombro de algunos), y ello tal vez se explique por la adoración que sentía hacia Akikonomu, que se consideraba «madre adoptiva» del joven.

La Tercera Princesa vivía sólo para sus devociones. Todos los meses sus aposentos se llenaban de clérigos para la ceremonia de la invocación del nombre sagrado y cada seis meses se celebraban allí las ocho lecturas del Sutra del Loto con la máxima solemnidad. Pero cuando estaba menos ocupada, las visitas de Kaoru eran muy bien recibidas, pues, curiosamente, el joven la trataba más como un padre sabio y afectuoso que como un hijo, contestaba a todas sus preguntas, que eran muchas, y la aconsejaba cuando la monja, que nunca fue mujer de grandes luces, la pedía su opinión sobre algún asunto más o menos importante. De hecho, se convirtió en su único vínculo con el mundo exterior. Además la quería mucho, y, de no haber sido porque Reizei, Akikonomu y el heredero aparente estaban continuamente reclamándole para que tomase parte en sus banquetes y conciertos —tanto, que a veces hubiese deseado «partirse en dos»—, la habría visitado con mayor frecuencia.

Desde muy joven tuvo una conciencia vaga de que existía algún misterio relacionado con su nacimiento, pero no sabía a quién preguntar sobre aquella cuestión tan delicada. Lo obvio hubiera sido interrogar a su propia madre, la Tercera Princesa, pero ello era imposible sin ponerla en antecedentes de que corrían rumores y se contaban cosas en voz baja que por fuerza habrían de sentar muy mal a la monja. Y, sin embargo, era incapaz de quitarse de la cabeza el enigma que envolvía su concepción. ¿Iba a verse obligado a vivir perpetuamente con esta duda a cuestas? Envidiaba al legendario príncipe Ránula, ^[131] que se libró milagrosamente de las dudas que le atormentaban sobre la identidad de su padre. Se dijo:

—¡Qué extraño! ¿A quién preguntar?
Nadie sabe cómo acabará su vida, pero yo
ignoro también cómo empezó.

Pero por más insinuaciones que soltaba, pues no se atrevía a preguntar de modo directo, nadie parecía dispuesto a contestarle. Cuando se encontraba mal, sus dudas arreciaban. Si, después de dar muchas vueltas al tema y llegar a la conclusión de que sus sospechas eran absurdas y debía quitárselas de la cabeza, se ponía a pensar, por ejemplo, que su madre había tomado el hábito en la flor de la edad, con toda una vida regalada por delante, empezaba a preguntarse si sólo debía atribuirse su decisión a una vocación religiosa anormalmente precoz o existían otras razones que se le escapaban. Le constaba que el hecho de entrar en religión, sobre todo a determinadas edades, venía con frecuencia provocado por un escándalo o una relación que había acabado en desastre. En cuanto al asunto que le quitaba el sueño, estaba convencido de que alguien sabía algo, pero no estaba dispuesto a comunicárselo porque este *algo* tenía con toda seguridad mucho de vergonzoso. Tampoco se fiaba en exceso de las devociones de su madre, porque aunque parecía la monja más constante del mundo, su carácter débil y tímido no era el más apropiado para albergar una fe inquebrantable, capaz de «convertir las gotas de rocío sobre su loto en auténticas joyas del paraíso». Por otro lado, hay cinco obstáculos que impiden que una mujer pueda alcanzar la santidad absoluta... Con todo, hubiese querido ayudarla en la otra vida.

A veces pensaba también en aquel joven que murió prematuramente, Kashiwagi, al que imaginaba como un espectro inquieto. Presentía que todavía estaba vagando, incapaz de librarse de las ataduras del mundo y de sus propios pecados... ¡Qué no hubiese dado por encontrarlo, en esta vida o en otra futura!

Soportó la ceremonia de su propia iniciación sin excesivo entusiasmo, y, a partir de entonces, empezaron a acumularse gracias, favores, presentes y distinciones sobre su cabeza sin que él realmente los deseara. El mundo veía en él a un joven sobremanera afortunado, pero que se pasaba la vida

ensimismado y perdido en especulaciones extravagantes. A veces, iba a ocultarse cuando alguien se le acercaba para cumplimentarle.

Y, sin embargo, su posición en la corte era inmejorable. No en vano el emperador era hermano de la Tercera Princesa, y, por tanto, su tío, y se interesaba muy especialmente por él, y la emperatriz lo trataba como cuando, en vida de Genji, acudía a sus estancias del palacio nuevo a jugar con los príncipes. También Yugiri, ahora ministro de la derecha, le tenía toda suerte de atenciones, y se ocupaba más de su bienestar que del de sus propios hijos. Era del dominio común que, en el pasado, Genji había gozado de una gran popularidad en la corte, pero que, cuando menos se esperaba, había surgido una facción que, junto con el hecho de que era huérfano de madre, le había amargado la vida, enturbiando la impresión que su extraordinaria belleza y méritos solían causar en cuantos lo trataban. Ocurrió luego el desastre del exilio, que, afortunadamente, no dejó cicatrices, y en los años que siguieron a su regreso su paciencia y buen carácter acabaron por abrirle casi todos los corazones y lo salvaron en los momentos difíciles que la continua evolución de las circunstancias provocara. La carrera de Kaoru, en cambio, se presentaba muy distinta. Desde el principio fue objeto de los máximos honores, y nada le ocurrió que le llevara a cuestionarse su autoestima o sus limitaciones. Más parecía un afortunado *bodhisattva* que una persona de carne y hueso, un ser sobrenatural que había decidido por razones desconocidas pasar una temporada en el mundo de los humanos.

Su apariencia no tenía nada de realmente excepcional: era un hombre joven, de facciones agraciadas, un poco tímido, y con una sensibilidad notablemente por encima de la media. Y luego estaba la fragancia que desprendía, que no se parecía a ninguna otra del mundo. Doquiera que fuera, aquel aroma exquisito e indescriptible le acompañaba como un aura mágica, y los demás lo percibían incluso «a cien pasos de distancia». Pero era absolutamente natural, pues, a diferencia de otros jóvenes de la aristocracia que pasaban horas haciéndose la *toilette* y empleaban en ella las esencias e inciensos más costosos, nada deseaba tanto Kaoru como pasar desapercibido. Aquella fragancia le molestaba, y hubiera hecho cualquier

cosa por librarse de ella. Pero sus esfuerzos eran inútiles: por más que se ocultara detrás de un biombo o de una puerta para no ser descubierto, la fragancia proclamaba que *él estaba allí*. No usaba perfumes ni sahumaba sus ropas, y, en cambio, aquel aroma natural que desprendía su cuerpo borraba completamente el olor de los perfumes chinos más sofisticados que se guardaban en palacio. Incluso las flores del ciruelo que adornaban la galería olían incomparablemente mejor si Kaoru había rozado el árbol con una manga al pasar junto a él. Y cuando tocaba una orquídea —esas orquídeas que nos gusta cortar *aunque estén empapadas en lluvia de primavera o la orquídea azul que se encuentra en los prados otoñales*—, la flor absorbía su perfume y se olvidaba del que la naturaleza le había asignado.

Niou se consideraba su rival en casi todo, pero, muy especialmente, por su deseo constante de oler bien. Se pasaba la vida en los almacenes de palacio mezclando perfumes en busca de combinaciones nuevas y raras que lo hicieran inconfundible. En primavera no quitaba ojo de los huertos floridos, que expoliaba de hojas y capullos; en otoño su atención se dirigía a «la flor que el mundo ama» ^[132] o al rocío que se posa en «la hoja preferida por las ciervas» ^[133]. Se sabía de memoria cuantos árboles y plantas olorosos existen, y se hacía con los aromas de la planta de la inmortalidad ^[134], de la orquídea mustia o del *waremoko* ^[135] anónimo para sus complicadas alquimias. En la corte se le conocía casi exclusivamente como un experto en la fabricación de perfumes, y muchos se burlaban de que pasara tanto tiempo entregado a una ocupación que tan poco exigía de su virilidad. También Genji fue en su día un maestro consumado en el arte de la perfumería casera, decían los que lo criticaban, pero nunca dejó que esta pasión predominara sobre sus muchas aficiones y habilidades.

Kaoru pasaba la vida en los aposentos de Niou, y en los conciertos improvisados que allí se organizaban ambos rivalizaban también a la hora de hacer sonar la flauta o el koto, pero era una rivalidad sana y natural, perfectamente comprensible en dos jóvenes casi de la misma edad que compartían aficiones y pasatiempos y vivían en el mismo ambiente. Sus compañeros les llamaban medio en broma «su alteza perfumada» y «el

capitán fragante», y no pocas veces uno y otro se hartaban de oírse repetir aquellos dos «alias». Todos los que tenían hijas nubles y hermosas los conocían y no dejaban pasar ocasión de recordarles que estaban rodeados de muchachas jóvenes, bellas y casaderas. De vez en cuando Niou enviaba una carta a alguna damita que, a primera vista, le parecía interesante para informarse más sobre ella, pero hasta entonces ninguna le había llamado la atención de un modo especial. Sólo una le parecía realmente tentadora, pero estaba colocada muy arriba: se trataba de la princesa Onna Ichi, la hija del ex emperador Reizei, y nadie había pensado en ofrecérsela. Su abuelo materno había sido un hombre sumamente importante, y de ella se decía que era un auténtico tesoro. Además había tenido la oportunidad de tratar algunas azafatas y criadas de la dama, y, a juzgar por sus referencias, parecía un auténtico portento que Niou se moría de ganas de conocer.

Kaoru era un caso totalmente distinto. Temiendo que quizás algún día sería incapaz de soportar por más tiempo la vida de la corte, ^[136] evitaba toda relación que pudiera acabar generándole algún tipo de responsabilidad. Así, al menos, justificaba ante sí mismo su actitud circunspecta, aunque tal vez se debía sólo al hecho de que no había tenido ocasión de enamorarse en serio. Por otra parte, por su carácter las aventuras frívolas y las relaciones más o menos irregulares no le tentaban en absoluto. Cuando cumplió diecinueve años, fue promovido al tercer rango, aunque seguía ostentando el puesto de capitán de la guardia. Todos consideraban envidiable su posición en la corte, pues el emperador y la emperatriz derramaban sobre él todas las atenciones imaginables, hasta el extremo de que no se recordaba que alguien ajeno al clan imperial hubiese sido tratado jamás con tanta deferencia. Pero él era incapaz de quitarse de encima la impresión de que no era quien aparentaba ser. El continuo malestar que esta duda le provocaba, acabó por convertirlo en un hombre profundamente melancólico, incapaz de participar de los placeres del momento, y su actitud general se hizo tan seria y reservada que se decía que había envejecido antes de tiempo.

Kaoru conocía muy bien a la princesa Onna Ichi, la hija del emperador Reizei, por la cual ardía el corazón de Niou, pues ambos habían crecido

juntos en el palacio del padre de la dama. A juzgar por lo que sabía de primera mano y lo que había oído contar, estaba convencido de que los enormes cuidados puestos en su educación habían dado su fruto, y a veces pensaba que, si en algún momento no le quedaba más remedio que casarse, una muchacha como aquélla resultaría la compañera *menos insoportable* en una futura vida en pareja. Pero, aunque Reizei le llenaba de atenciones y favores continuamente, jamás le dejó entrever nada en relación con su hija. No se les permitía estar juntos y, de haberlo forzado ellos, con toda seguridad hubiesen sido más los problemas creados que las satisfacciones obtenidas del encuentro. Si llegaban a conocerse de veras, y él se sentía *realmente* atraído por ella, las consecuencias podían llegar a ser desastrosas.

Y, con todo, la popularidad de Kaoru no hacía sino crecer con el paso del tiempo sin que él pudiese hacer nada por evitarlo. Bastaba que escribiera un poemita trivial o dictara cuatro frases convencionales para felicitar a alguien, para que un ejército de admiradoras le hiciera llegar un sinfín de testimonios de su encendido entusiasmo. Decenas de mujeres se echaban a sus pies, lo sepultaban a fuerza de cartitas y notas y le obligaban a hacer visitas y a mantener correspondencias que, en el fondo, no le hacían gracia alguna por no decir que las detestaba con toda el alma. Kaoru hacía todos los posibles para responder a aquellas damas y damitas que lo acosaban por escrito de forma que no se hicieran excesivas ilusiones. Pero, si no se rebajaba a ser grosero, solía ocurrir que la damita en cuestión, sintiéndose estimulada por cuatro palabras de cortesía, acabara obteniendo un puesto de azafata en el palacio de su madre, la monja de Sanjo.

Yugiri se hubiese sentido encantado de casarlo con alguna de sus hijas, pero Kaoru le explicó que, viéndose obligado a cuidar de su madre, no había pensado aún en el matrimonio ni creía poder permitírselo aún. Mientras la monja viviera, había decidido permanecer soltero. Yugiri se resignó y, muy a su pesar, dejó de hablar del asunto. De todos modos, el vínculo familiar entre ambos era aparentemente tan estrecho, que aquella unión soñada por Yugiri no parecía en absoluto deseable. ^[137] Sea como fuere, Kaoru y Niou eran por aquel entonces el *desiderátum* de todos los padres de hijas casaderas.

La sexta hija de Yugiri, Roku no Kimi, nieta de Koremitsu, era mucho más hermosa que las habidas de Kumoi y también las superaba largamente en inteligencia. Pero, como en la corte —a causa del escaso rango de su madre— se la iba a tratar por fuerza con cierta condescendencia, su padre decidió apartarla de ella y hacerla educar junto a la princesa Ochiba, que carecía de hijos propios. Muy discretamente para no llamar demasiado la atención empezó a presentarla, siempre que venía a cuento, a jóvenes conocidos con la intención de que descubrieran sus gracias, y luego dejaba que las cosas rodaran por sí solas. En este sentido, la joven disfrutaba de un margen de libertad desconocido, y su padre hizo cuanto pudo para que se educara en las artes y habilidades de moda. Si alguna de sus gracias pasaba desapercibida, bastarían las demás para llamar la atención sobre ella.

El banquete en honor de los arqueros de a caballo iba a celebrarse aquel año en el palacio del ministro Yugiri, el cual fue muy generoso en los preparativos para que resultara en todo digno de los príncipes imperiales. Cursó las invitaciones, y cuantos habían cumplido la edad requerida aceptaron. Todos los hijos de la emperatriz de Akashi eran guapos e ingeniosos, pero el tercero, Niou, descollaba por méritos propios. Tenía un hermano más joven, Hitachi, nacido de una concubina, y, quizás por esa razón, la corte se lo miraba con un cierto desprecio. Como todos los años, la guardia de la izquierda se alzó con la victoria, y, en cuanto la competición hubo terminado, todos se dirigieron al palacio de la Sexta Avenida. Yugiri invitó a Niou, a Hitachi y a Nakatsukasa, quinto hijo del emperador, habido con la emperatriz, a acompañarlo en su carruaje. Al ver que Kaoru, que había formado parte del equipo de los perdedores, se iba discretamente por su cuenta, Yugiri le pidió que los acompañara.

—Los príncipes vienen conmigo —le gritó—. ¿Por qué no me ayudas a hacerles los honores?

Yugiri se detuvo, y al punto le rodearon numerosos jóvenes, en su mayoría hijos de Yugiri: eran Emon no Kami, Gon Chunagon, Udaiben y alguno más. Yugiri los invitó también a ellos, los metió en dos o tres carruajes y se los llevó al palacio nuevo. El camino estaba cubierto de una fina capa de nieve que brillaba a la luz del crepúsculo. Era tiempo de

música, y en el interior de todos los carruajes empezaron a sonar flautas que no callaron hasta que atravesaron las puertas del palacio. Al pasar por sus jardines tapizados de blanco, discretamente iluminados con linternas y antorchas, se preguntaban si el paraíso de Buda podía resultar más encantador que aquel lugar mágico que les acogía.

Los invitados se reunieron según costumbre en la galería del sur del salón principal, y Kaoru fue instalado entre los huéspedes de honor, mirando al jardín, mientras la mayoría de los príncipes y gentilhombres tenían que conformarse con la vista de la fachada de la casa. Las copas pasaron de mano en mano repetidas veces y, cuando empezó a cundir la animación, se danzó el *Motomeko*. ^[138] Junto a la galería florecían los ciruelos, y el movimiento de las mangas de los bailarines daba lugar a una brisa que aventaba los pétalos de colores, provocando una «lluvia» deliciosa que perfumaba el aire. Y, al caer junto a Kaoru, el olor de las flores que se deshacían se intensificó como por arte de encantamiento.

—La oscuridad no nos permite verlo —susurró una voz femenina—, pero a juzgar por el aroma que lo ha invadido todo, *él* está aquí. Y no hay nadie que se le parezca...

Yugiri también lo miraba de reojo y lo envidiaba. Nunca le había parecido más atractivo que aquella noche y, sin embargo, ¿por qué adoptaba aquella actitud tan reservada como si nada le interesase?

—Ea, canta con nosotros —dijo a Kaoru para animarle—. Piensa que eres *anfitrión* y no invitado, y, por lo tanto, tienes la obligación de entretenerlos...

Kaoru obedeció y se puso a cantar sin pensárselo dos veces: «Un dios habita aquí...» ^[139]

Capítulo 43 Kobai

Fallecido Kashiwagi, Kobai se convirtió en el mayor de los hijos vivos de To no Chujo. Desde su juventud fue un hombre inteligente y de temperamento enérgico y abierto con un prometedor futuro por delante que gozaba de la plena confianza del emperador y había sido elevado al puesto de gran consejero e inspector del reino. Su primera esposa murió muy joven, y por aquel entonces se hallaba casado con la única hija habida por Hige-kuro de su primera mujer, Makibashira, que, de niña, había dejado una carta en una grieta del pilar de ciprés de su casa al verse obligada a abandonarla con motivo de la separación de sus padres. También para ella se trataba de un segundo matrimonio, pues su abuelo la había casado con el príncipe Hotaru, hermanastro de Genji, del que había enviudado. Desde que su marido muriera, Kobai empezó a dedicarle atenciones clandestinas, hasta que pareció absurdo seguir manteniendo el secreto, de modo que la mujer se trasladó a casa del inspector con su única hija.

Kobai tenía ya dos muchachas de su primera unión y moría de ganas de tener un hijo, gracia que dioses y budas acabaron por otorgarle. Por más que el inspector hacía cuanto estaba en su mano para mostrarse imparcial respecto de las tres jóvenes que convivían en su palacio, no faltaron azafatas y criadas maliciosas que se encargaron de sembrar cizaña, dando lugar a algunos incidentes poco agradables. Afortunadamente Makibashira era una mujer bondadosa con carácter y mano izquierda que, con su modo discreto de conducir las cosas, impidió que la sangre llegase al río, logrando que en aquel hogar predominara la armonía entre sus habitantes.

Las muchachas se convirtieron en mujeres y pasaron por sus iniciaciones respectivas. Para alojarlas con la mayor dignidad posible, Kobai hizo ampliar la mansión, asignó a su hija mayor aposentos en el ala sur e instaló a la segunda en la parte oeste, mientras Miya no Kimi, la hija de Hotaru y de Makibashira, ^[140] vivía en el ala este. Aunque las hijastras suelen encontrarse en situación de inferioridad cuando sus madres pasan a segundas nupcias, éste no fue el caso de la hija del príncipe, pues, habiendo

heredado de ambas ramas de su familia, gozaba de independencia económica y podía permitirse cuantos gustos se le antojaran. Y, por si ello fuera poco, Kobai procuró tratarla siempre como a una hija más. No debe extrañarnos, pues, que las tres fueran consideradas excelentes partidos.

Aunque tanto el emperador como el heredero aparente enviaron mensajes dando a entender a Kobai que no les disgustaría recibir en sus hogares respectivos a una de sus hijas, siendo público y notorio cuánto dependía el soberano de su esposa de Akashi, no existían muchas posibilidades de hacer carrera para una nueva dama en la corte imperial. Muy parecida era la situación en el hogar del heredero aparente, donde la hija mayor de Yugiri no tenía rivales y costaba imaginar que las llegase a tener. Pero Kobai no era hombre que se dejase arredrar por esas consideraciones y, negándose a permitir que una muchacha atractiva como su hija mayor se agostara en su casa, decidió entregarla al heredero aparente. Era una joven francamente hermosa y vivaz de diecisiete o dieciocho años, de modo que el afortunado no le hizo ascos y la acogió en palacio con los brazos abiertos.

En cuanto a la que le seguía, la cual pasaba por superar en encantos a su hermana, no parecía justo unirla con un miembro de un clan de poca importancia, y Kobai empezó a preguntarse si no sería adecuada para Niou. Su hijo Tayu servía en la corte como paje, y, cuando Niou se lo encontraba en palacio, solía invitarle a acompañarlo para que participara de sus juegos y diversiones, pues simpatizaba mucho con él. Era un jovencito muy prometedor, de mirada despierta y palabra fácil, que empezaba a destacar por sus habilidades artísticas.

—Dile a tu padre —le dijo Niou un día— que me siento un poco molesto con él, pues se empeña en ocultarme el resto de la familia. Estoy convencido de que tú no eres su único miembro interesante.

A Tayu le faltó tiempo para repetir el comentario a su padre, y Kobai se alegró muchísimo. Después de todo, tener más de una hija no dejaba de ser una suerte.

—No es mala idea —dijo a su esposa—. La competencia en la corte del emperador es realmente feroz, de modo que contraer matrimonio con uno

de los príncipes jóvenes no parece una mala solución. Sea como fuere, pienso que vale la pena probarlo, y voy a pensar en ello detenidamente...

Pero antes de buscar una solución al problema de su hija menor, había que presentar en palacio a la otra. ¡Ojalá el dios de Kasuga, que venía tutelando de antiguo el clan de los Fujiwara, se dignase intervenir!, se decía Kobai, y, en las plegarias que le dirigía, le recordaba sin cesar que aquélla era una buena ocasión de rehabilitar su antigua fama demostrando al mundo que las mujeres de su familia seguían siendo perfectamente dignas de convertirse en emperatrices, a pesar de los fracasos recientes de las hijas de su padre To no Chujo en tiempos de Reizei y de su sucesor. ^[141] Había llegado la hora del desquite. Estas esperanzas albergaba cuando la mayor fue recibida en la corte, y se decía que el heredero aparente se sintió muy complacido con la dama. Como la vida en la corte era muy complicada y a la joven le faltaba experiencia, Kobai envió con ella a su esposa para que la aconsejara.

Mientras tanto, encerrada en casa, la segunda, que nunca había vivido separada de su hermana, se sentía muy sola y *triste*. También la echaba de menos la hija de Hotaru, pues se había aficionado mucho a su hermanastra mayor, hasta el extremo de que dormía en la misma estancia que ella y seguía en todo sus indicaciones y consejos al pie de la letra. La princesa Miya no Kimi era una joven de carácter extremadamente retraído, y le costaba un gran esfuerzo hablar con los demás, empezando por su propia madre, hasta el extremo de que algunos sospechaban que no estaba bien de la cabeza, aunque era mucho más bonita y dotada que la mayoría de las muchachas de su edad.

Kobai había hecho punto de honor tratar por un igual a las tres muchachas, y se dio cuenta de que, muy a su pesar, la hija de Hotaru empezaba a ser considerada una excéntrica irremediable y nadie apostaba por su futuro.

—Debemos hacer algo —dijo a su esposa Makibashira—. Piensa en el asunto y dime a qué conclusiones has llegado, pues sentiría mucho que no hiciera la carrera que merece...

—Se diría que ni siquiera se plantea los planes e ilusiones que todas las jóvenes se hacen en esta época de la vida... —observó la dama—. Si alguna vez he osado hacerle alguna alusión al matrimonio, la ha recibido casi con terror, de modo que me cuesta mucho insistir en el tema. Supongo que es cosa del destino, y, mientras yo pueda estar junto a ella, no habrá problemas. Pero ¿qué ocurrirá el día en que yo falte? Tal vez la mejor solución sería meterla en un monasterio para que la gente no se burle de ella... Lo más curioso del caso es que la muchacha tiene muchos puntos a su favor.

Kobai, decidido a ser un buen padre hasta el final, le pidió que se la dejase ver, pues, debido a la enorme timidez de la princesa, aún no había tenido ocasión de contemplarla. No era capaz de entender todos aquellos misterios y, en todo caso, le parecían un premio muy mezquino a sus desvelos. A veces entraba casi de puntillas en sus aposentos, pero, en cuanto la joven intuía su presencia, desaparecía. Cuando Makibashira se hubo ido al palacio imperial con su hermanastra, le envió una carta diciéndole que, estando su madre ausente, se consideraba obligado a velar por ella. Al no recibir respuesta, entró en sus aposentos y, acercándose al *kichó* que la ocultaba, le dijo:

—Te consta que quiero ser para ti padre y madre a la vez, y me siento profundamente dolido al ver cómo me tratas.

Ella le respondió, y su discurso era suave y distinguido. Por lo que oyó y pudo entrever, la princesa tenía una voz muy agradable y una figura sumamente graciosa. Aunque siempre había estado convencido de que sus dos hijas eran las mujeres más perfectas del mundo, empezó a preguntarse si no tendría en su propia casa a alguien capaz de hacerles sombra.

—Hace más de un mes que no te oigo tocar —prosiguió—. En estos últimos tiempos la casa ha estado patas arriba, pero, como sabes, mi hija menor adora el laúd y procura por todos los medios convertirse en una auténtica virtuosa de ese instrumento. ¿Crees que tiene posibilidades? Si no se domina el laúd, mejor dejarlo estar. Te agradecería infinitamente que le dieras un par de lecciones, si no tienes otra cosa que hacer... Aunque nunca me dediqué a estudiar música en profundidad, parece que no lo hacía mal

del todo en mis buenos tiempos... Por lo demás, conservo un buen oído, de manera que aún soy capaz de distinguir si un instrumento se toca bien o mal... Tú eres muy cara de oír, pero de vez en cuando me llega un eco de tus interpretaciones, un eco que despierta en mí memorias muy placenteras... Aún contamos con Yugiri, nuestro ministro de la derecha, que ha sabido conservar la tradición que hizo justamente famoso el palacio de la Sexta Avenida... Y luego está su hermano Kaoru, que acaba de ser nombrado consejero, y el príncipe Niou. Todos ellos tocan casi tan bien como el mejor de los músicos del pasado, y he oído decir que se toman el aprendizaje musical muy en serio, pero, si nos centramos exclusivamente en el laúd, aún les queda mucho trabajo por hacer. En cambio, tanto Yugiri como tú lo tocáis a la perfección. Se dice que el secreto reside en el uso de la mano izquierda, y nadie lo niega, pero también hay que saber colocar el puente, y, tratándose de una dama, conviene que su mano derecha tenga un «toque» auténticamente delicado... ¡Ea, quiero oírte tocar! ¡Que nos traigan un laúd de donde sea!

A diferencia de la princesa, las azafatas a las que la orden iba dirigida estaban más que dispuestas a exhibir sus gracias, todas menos una, muy joven aún pero de mayor alcurnia que el resto. Por timidez o pereza no se movió de sitio. Kobai no pudo evitar mirársela frunciendo el ceño, y dijo a la princesa:

—Mira, aquí tenemos a una damita que ha aprendido a imitarte... ¿Quién cree que es?

En aquel momento hizo su aparición Tayu, que se dirigía a palacio. Iba con el atuendo informal propio de los pajes «de noche», y parecía más hermoso que cuando vestía el uniforme de corte habitual. Kobai no pudo evitar saludarlo con una sonrisa de admiración, y le dijo, mientras ponía una nota en sus manos:

—Ahí tienes un mensaje para tu hermana... Dile que estoy cansado y que no se tome a mal que esta noche no vaya a la corte... Pero veamos cómo te defiendes con la flauta. ¡Imagina que esta noche te hicieran tocar en palacio! Tócanos algo en la tonalidad de *sojo*... ^[142]

Tayu se puso la flauta en los labios y empezó a tocar con notable competencia.

—No está mal, no está mal —dijo Kobai—. Pero sonará mejor si te acompaña el laúd...

Y, dirigiéndose a su hijastra, ordenó:

—Toca algo con él...

La princesa obedeció de muy mala gana, y, dejando el plectro de lado, se limitó a tañer las cuerdas muy suavemente con los dedos, pero siguiendo con enorme destreza la melodía que tocaba el chico. Mientras ella tocaba, Kobai se puso a contemplar un ciruelo rojo en flor que crecía junto a la galería, cuyo aroma resultaba especialmente placentero. [143]

—¡Qué flores más espléndidas pueden admirarse desde tus ventanas! —observó Kobai—. Tengo entendido que el príncipe Niou está pasando unos días en el palacio imperial...Llévale esta ramita florida, Tayu... *¿A quién mejor que a él...?* Cuando yo tenía tu edad, solía cruzarme con el príncipe Genji en la corte del mismo modo que tú te encuentras ahora con Niou. Entonces se hallaba en la cúspide de su gloria, pero tuve la suerte de atraer su atención y pasamos muy buenos ratos juntos. Ahora se habla mucho del príncipe Niou y de su buen amigo Kaoru, y hay que reconocer que son dos caballeros muy finos y elegantes. Y, sin embargo, la gente me reprocha que diga que, a pesar de sus muchos méritos, no pueden compararse con Genji, pero ello tal vez se deba a que, a mi modesto entender, *nadie* se le podrá comparar jamás. Si pienso en el afecto que llegó a mostrarme, no me cabe en la cabeza... Nunca llegué a contarme entre sus íntimos, pero comprendo que sus mujeres y sus mejores amigos no hayan sido capaces de superar su desaparición...

Guardó silencio durante unos momentos, y luego, animándose visiblemente pues iba a hacer algo que espantaría la melancolía de sus pensamientos, ayudó al paje a cortar una ramita florida del ciruelo para llevarla a palacio.

—Sólo el príncipe Niou, de entre los vivos, me recuerda a su abuelo —declaró con cierta solemnidad, mientras acompañaba el paje a la puerta—. Cuando el Iluminado murió, sus discípulos reconocieron trazas de su

resplandor en el príncipe Ananda, y llegaron a pensar que Buda había regresado. A mi juicio, el príncipe Niou es como una luz en las tinieblas...

Sintiéndose sorprendentemente joven por una vez, compuso un poema y lo escribió a vuelapluma en una hoja de papel encarnado, que dobló y entregó a su hijo. Decía así:

«Como tiene un corazón, el ruiseñor no
puede pasar de largo ante las flores del
ciruelo cuyo aroma esparce la brisa.»

El muchacho corrió a palacio y encontró a Niou que abandonaba la sala de audiencias de la emperatriz. El príncipe lo vio y lo llamó.

—Te fuiste muy pronto ayer— le recriminó—. ¿Hace mucho que has regresado?

—Esta tarde he vuelto pronto porque ayer me fui antes de hora —dijo Tayu—. Además me dijeron que estabas aquí.

—Tienes que venir a verme a la mansión de Nijo alguna vez —le invitó el otro—. Es un lugar mucho más cómodo, y siempre está lleno de jóvenes, aunque desconozco la razón.

Los que acompañaban a Niou se apartaron respetuosamente y, en cuanto se sintió solo con Tayu, le dijo:

—Mi hermano mayor, el heredero aparente, solía pasar la vida a tu lado... ¿Sigues viéndolo con tanta frecuencia como antes? Me temo que, desde que tu hermana se ha convertido en su concubina, ya nada es como era... ¿No estarás un poquito celoso de ella?

—Las atenciones del príncipe heredero empezaban a hartarme—dijo Tayu, sentándose al lado del otro—. Prefiero estar contigo. Siguen tratándome como a un niño y, si ésta es la opinión que les merezco, me molesta bastante.

—Tienes una hermanastra que vive en tu casa —dijo Niou—. Trata de averiguar si se me permitiría amar a Miya no Kimi. ¡Al fin y al cabo ambos pertenecemos a la casa imperial!

Se hizo un breve silencio, y Tayu lo aprovechó para sacar la rama de ciruelo y ofrecérsela, advirtiéndole que el árbol del que había sido

arrancada crecía precisamente junto a los aposentos de Miya no Kimi. ¿Será una respuesta a mi queja?, se dijo Niou, y se puso a contemplar la rama florida, admirando su forma, sus flores, su color y su aroma.

—Se dice que todas las gracias del ciruelo rojo se concentran en el color de sus flores —prosiguió el príncipe—, pero que, en cuanto al perfume, no puede compararse con el ciruelo blanco. Y, sin embargo, al notar cómo combinan la fragancia y el color de estas flores que me acabas de traer, me permito dudar.

Niou había sentido siempre una debilidad por los ciruelos rojos, y el obsequio le hizo muy feliz.

—¿Estás ocupado esta noche? Yo sí, y debo permanecer en palacio —prosiguió—. Estoy en deuda contigo... ¿Por qué no te quedas y charlamos?

A la vista de la invitación el paje renunció a ir a visitar al heredero aparente y se quedó con Niou, cuyo perfume embriagador casi borró el que despedían las flores de ciruelo que acababa de recibir. Echado junto a él, el muchacho se decía que no había conocido jamás a nadie tan encantador.

—Y de mi prima, «la señora de los ciruelos», ^[144] ¿qué se dice? ¿No ha sido invitada a integrarse en la corte del heredero aparente?

—No tengo noticias de ello, aunque es posible que algo se esté tramando —respondió Tayu.

Habían llegado rumores a Niou de que Kobai estaba más preocupado por su hija menor que por la del difunto príncipe Hotaru, que era, en cambio, la que más interés despertaba en el príncipe. A primera hora de la mañana había concluido un poema, no especialmente caluroso, que confió a Tayu. Decía así:

«Si mi corazón fuera susceptible de
sucumbir a cualquier fragancia tentadora,
quizás la brisa que me llega sería capaz de
conmoverme.»

—Dale esto a tu padre —dijo al paje, y añadió—: Y procura que *ella* también lo lea. Y si tienes ocasión de hablarle en mi nombre, mejor aún...

Hasta entonces el muchacho había considerado a su hermanastra como un ser inabordable. El hecho de que viviera rodeada de cierta aura de misterio, hacía que le pareciera un personaje infinitamente más importante que sus dos hermanas, que siempre le habían tratado con la mayor confianza y naturalidad. Cuando la mayor fue elegida para incorporarse a la corte del heredero aparente, le pareció profundamente injusto para Miya no Kimi, de modo que, al intuir que, como consecuencia de aquella rama de ciruelo que él se había encargado de llevar, se abrían posibilidades insospechadas para su hermanastra, su corazón se llenó de alegría.

Se apresuró, pues, a regresar a su casa e hizo entrega del poema a su padre.

—¡Resulta ridículo que se me dirija en esos términos! —dijo, de mal talante—. ¿A qué presentarse como si fuera un modelo de seriedad y de continencia, sabiendo que, a mis ojos y a los de todos los que lo conocen, pasa por ser un perfecto libertino? Sus escrúpulos combinan mal con su probada frivolidad...

Y le respondió con este poema:

«Si tu manga fragante se hubiese dignado
acariciar las flores recibidas, su aroma habría
mejorado enormemente.

»Si te parezco un tanto frívolo, te ruego me perdones...» Niou pensó que seguramente no había estado muy afortunado al componer su poema, y le contestó:

«Si deseara para mi una casa llena de
flores perfumadas, ¿no sería criticado por
haberme enamorado de unos colores?»

Makibashira no tardó mucho en regresar de la corte.

—Parece que nuestro hijo pasó una noche en el palacio imperial no hace mucho —explicó a su marido—, y, cuando se fue a la mañana siguiente, todos se admiraron del aroma que despedía su cuerpo. «Seguro que ha estado con mi hermano Niou», dijo el heredero aparente, que las coge al

vuelo y es no poco susceptible. De hecho, le estaba reprochando que no hubiese ido a presentarle sus respetos. Pero a todos nos hizo reír su comentario... ¿Enviaste alguna nota a Niou?

—Sí —le contestó su esposo—. Es muy aficionado a las flores de ciruelo y, como el que tenemos en el otro lado de la casa está espléndido, pensé en enviarle una rama, de modo que elegí una muy florida, la corté y se la hice llevar por Tayu. Recuerda el perfume con que nos obsequia siempre que viene a vernos. Dudo que sea posible encontrar en los armarios de dama alguna inciensos mejores que los que él usa para sahumar su ropa... En cambio, la fragancia que desprende Kaoru es completamente natural, pues no siente el menor interés por inciensos ni esencias... Seguramente este curioso fenómeno es consecuencia de lo ocurrido en otras vidas... Siempre me ha sorprendido la fragancia maravillosa que despiden las flores de ese humilde ciruelito de nuestro jardín... El caso es que Niou pareció apreciarla...

La hija del príncipe Hotaru sabía perfectamente qué se esperaba de una joven como ella, y se enteraba de cuanto ocurría a su alrededor. Muy joven aún, había tomado la decisión firme de permanecer soltera y nadie se esforzaba por hacerla cambiar de opinión. El poder y el prestigio ejercen una poderosa influencia sobre los hombres, y las dos hijas de Kobai, arrojadas por un padre cuya influencia era de sobras conocida, ^[145] habían recibido ya numerosas propuestas de matrimonio. Nada había hecho, en cambio, por atraerlas la princesa, pues ya se ha hablado de su excepcional timidez y de la vida retirada que llevaba. Con todo, Niou decidió que Miya no Kimi tenía que ser suya y de nadie más, y, aprovechando su amistad con Tayu, le enviaba continuamente cartas.

Kobai y Makibashira tenían conocimiento de la relación epistolar, y el hombre empezó a hacerse ilusiones. La mujer, en cambio, la consideraba patética.

—Temo que el joven esté perdiendo el tiempo —comentó un día a su esposo—. Seguramente sus cartas no están mal, pero las envía a quien no debiera. Esta historia no puede acabar bien...

Como suele pasar, el interés de Niou por la dama aumentó al no recibir respuesta a ninguna de sus cartas. A veces Makibashira trataba de arrancar una respuesta de su hija, pero sin éxito. Al fin y al cabo, Niou tenía una magnífica carrera por delante, y la mayoría de los partidos imaginables no se le podían comparar. Pero la princesa no creía que el joven fuese en serio, pues sabía que mantenía numerosas relaciones secretas y conocía sus viajes a Uji, cuyo significado no era difícil de imaginar. ^[146]

De vez en cuando, Makibashira se salía con la suya y la princesa escribía una carta a Niou agradeciéndole las suyas.

Capítulo 44 El río de los bambúes

I

Lo que sigue me lo explicaron *motu proprio* unas mujeres ya muy entradas en años que fueron azafatas de Tamakazura, y debo confesar que yo misma me sentí tentada a considerarlo mero chismorreo, sobre todo en lo relativo a los descendientes de Genji, con los cuales no pudieron haber tenido excesivo contacto. Pero cuando les insinué que las azafatas y criadas de Genji y de Murasaki tenían por fuerza que saberlo mejor, se indignaron. «Si hay alguien que miente,» me dijeron, «seguro que son los que sirvieron a Genji, pues son viejísimos y les falla la memoria.» Sea como fuere, me limitaré a recogerlo tal como me ha sido relatado sin entrar en si es cierto o no.

Tamakazura, ya viuda por aquel entonces, tenía tres hijos y dos hijas, pensando en cuyas carreras su padre, Hige-kuro, había trazado detallados planes. Pero, antes de que pudiera ponerlos por obra, pues aún eran muy jóvenes, le sorprendió la muerte, y el gran sueño de su vida (que no era sino ver a una de sus hijas aceptada en la corte *imperial*) quedó *incumplido*. A lo largo de su notable carrera, Hige-kuro logró acumular tierras y riquezas, y, en este sentido, no puede decirse que dejara a sus descendientes desprovistos de lo necesario ni mucho menos, pero sabido es que no basta con ello para abrirse camino y escalar los puestos más altos de la administración.

Tamakazura estaba emparentada por su padre con uno de los clanes más prestigiosos del país, ^[147] pero son precisamente esas grandes familias las que menos luchan por favorecer las carreras de los miembros considerados «lejanos». ^[148] Por otra parte, el carácter especial de Hige-kuro, hombre de trato difícil y falto de sensibilidad, le había privado de amigos que hubiesen podido serle de gran utilidad. Genji había seguido tratando a la dama con la mayor deferencia, y la tuvo en cuenta en su testamento, designándola, juntamente con la dama de Akashi, heredera en el residuo. De vez en cuando, Yugiri iba a visitarla como si fuera su hermana, y le escribía con frecuencia.

Los hijos fueron creciendo y pasaron por sus ceremonias de iniciación respectivas. Aunque la muerte prematura de su padre los perjudicó considerablemente, Tamakazura seguía confiando en sus méritos. Las hijas resultaban mucho más problemáticas. No obstante, antes de morir Hige-kuro había hecho saber al emperador su deseo de que fueran acogidas en el palacio imperial, y el soberano no había echado en saco roto sus deseos, de manera que, en cuanto las muchachas hubieron cumplido la edad requerida, el propio emperador recordó a Tamakazura las intenciones de su difunto esposo, y reiteró su invitación más de una vez. Pero Tamakazura evitó responder: le constaba que la emperatriz ^[149] monopolizaba las atenciones de su esposo, y no estaba dispuesta a ver a sus hijas relegadas a una posición secundaria en el palacio imperial. También el ex emperador Reizei

le escribió interesándose por ellas, y le recordó cuánto le había decepcionado en tiempos al negarse a permanecer en su corte. Le escribió:

«Me estoy haciendo viejo, y me quedan muy pocos atractivos que puedan interesar a una damita joven. Tendría que contemplarme como un amigo o un padre, dispuesto a quitarle de encima cuantas ansiedades e incertidumbres comporta el futuro.»

Tamakazura no había sido feliz en su matrimonio, y estaba segura de que, en su momento, Reizei no entendió cómo pudo rechazar su proposición de convertirla en concubina imperial para unirse al desagradable general Higeкуро. Entregarle a una de sus hijas parecía un modo de reparar la pasada falta y de excusarse por la herida que pudo haber infligido al orgullo del hombre. Las muchachas ya temían fama de ser muy bonitas, y no les faltaban pretendientes. El teniente Kurodo no Shosho, hijo de Yugiri y de Kumoi, no paraba de enviar poemas. Era el favorito de su padre y había sido educado con muchísimo esmero. Tamakazura no podía cerrar las puertas de su casa a los hijos del ministro de la derecha, pues ambas familias se hallaban estrechamente emparentadas. ^[150]

Como suele ocurrir en estos casos, todos se habían buscado aliadas entre las mujeres del servicio de la casa, y pasaban la vida allí, hasta el extremo de que empezaban a resultar un auténtico engorro. Pero ninguno superaba en atenciones al joven teniente, que no paraba de enviar cartitas a la mayor para desesperación de su madre. A veces la misma Kumoi se dignaba enviar una nota a Tamakazura, recomendando a su hijo. «Es joven y aún está empezando su carrera», le escribió un día Yugiri, «pero no carece de méritos y, tarde o temprano, se saldrá con la suya. Te agradeceríamos que lo tomaras en consideración.»

Esta situación incomodaba profundamente a Tamakazura: había decidido que su hija mayor no iba a ser la esposa de un don nadie. En cuanto a la segunda, no descartaba dar su consentimiento si, previamente, Kurodo alcanzaba un puesto de cierta relevancia en la guardia o en la administración.

Sin embargo, lo que más temía la dama era que el teniente lograra convertirse en amante clandestino de cualquiera de ellas, y pasaba la vida

dando órdenes severísimas a cuantas criadas le constaba que actuaban como alcahuetas del muchacho. Ellas, cogidas entre dos fuegos, vivían en un auténtico infierno.

—No me hace ninguna gracia —repetía sin cesar a sus mujeres—. Debéis andaros con muchísimo cuidado.

En aquel tiempo Kaoru tenía sólo catorce o quince años, pero parecía mucho más maduro: todos lo tenían por un joven austero y formal con un prometedor futuro. Si se hubiese decidido a cortejar a alguna de las hijas de Tamakazura, la madre no se hubiese sentido en absoluto molesta. Vivía en Sanjo cerca del palacio de la viuda de Higeкуро, y sus hijos solían invitarle siempre que se daba algún concierto. Como la casa era famosa por la gran cantidad de mujeres bonitas que albergaba, siempre estaba llena de jóvenes. Uno de los invitados habituales era el teniente Kurodo, hijo de Yugiri, que destacaba entre los más guapos, pero el más atractivo, a pesar de su actitud reservada o quizás a causa de ella, era Kaoru. Además, tratándose de un hijo de Genji, se le dispensaba un trato especial, como si se esperase algo maravilloso de él. Todas las azafatas de Tamazura lo adoraban, y la dama no se hartaba de repetir que «podría pasar la vida entera contemplándolo». A veces mantenía largas conversaciones con el joven, y aseguraba que era la única persona que conocía que le recordaba al llorado «príncipe resplandeciente».

—Tu padre se portó siempre tan bien conmigo... —le decía—. Tampoco puedo quejarme de tu hermano, el ministro de la derecha, ^[151] pero se ha vuelto un hombre tan importante que sólo puedo verlo en ocasiones muy especiales.

Trataba a Kaoru como a un hermano menor, y él se sentía como en casa cuando estaba a su lado. Con todo, la dama no dejaba de extrañarse del hecho de que, a diferencia de sus compañeros (por no hablar de su padre), fuera tan poco amigo de aventuras y frivolidades. Lo cierto es que tanto las azafatas que servían en su casa como las de Tamakazura lamentaban profundamente su carácter pasivo y recatado, y se quejaban *sotto voce* de que todas sus insinuaciones y maniobras dirigidas a despertar su interés parecían estrellarse contra un muro de austera castidad.

El día de año nuevo fueron a visitarla su hermano Kobai, To no Chunagon, hijo del difunto Higeuro, y Yugiri acompañado por sus seis hijos. Yugiri se presentó con el brillante cortejo que, en su calidad de ministro, le correspondía. Sus hijos habían salido muy listos y todos estaban embarcados en carreras que parecían ir viento en popa. Eso daban a entender en aquella ocasión su buen humor y sonrisas. Sólo el teniente Kurodo, a pesar de ser el favorito de su padre, se mostraba más serio y retraído que los demás. Tamakazura recibió a Yugiri desde detrás del *kichó*, y, al observar sus maneras desenvueltas y afables, se sintió a transportada al pasado.

—Desde que soy ministro —dijo— he de dar explicaciones por todas las visitas que hago, salvo, claro está, cuando voy al palacio imperial. Además, la visita menos comprometida va acompañada de tanta ceremonia que se me quitan las ganas antes de hacerla. No puedes imaginar cuántas veces he estado a punto de venir a verte para hablar de los viejos tiempos, y al fin me he echado atrás. No dudes en llamar a mis hijos, si crees que pueden serte de alguna utilidad. Les he dado instrucciones para que estén siempre a tu disposición.

—Soy, ya lo ves —contestó ella—, una especie de reclusa que vive al margen del mundo. Tu amabilidad me hace recordar lo bueno que fue siempre tu padre conmigo.

Habló luego de los mensajes que estaba recibiendo casi a diario del ex emperador Reizei, y concluyó:

—Siempre he estado convencida de que la dama que, estando en la corte, carece de los valedores necesarios, no tiene gran cosa que hacer.

—Me ha llegado noticia de que incluso el emperador reinante se ha dirigido a tí —declaró Yugiri—. El emperador Reizei lleva años apartado del trono, pero el paso del tiempo no le ha afectado en lo más mínimo, y merece ser descrito aún como un hombre joven. Debo confesar que yo mismo he pensado en él al plantearme el futuro de mis hijas, aunque al fin he decidido (aunque no estoy seguro de haber acertado) no forzarlas a tomar parte en un juego tan competitivo. Si alguna de ellas fuese *realmente excepcional*, seguramente probaría suerte, pero no se da el caso. Y me

consta que no soy el único que no se atreve. Tu hija, en cambio, contaría con el apoyo de Kokiden, la consorte imperial... [152]

—Kokiden tiene muy poco que hacer —repuso ella—, y, si se lo propone, puede ayudar mucho a mi hija a abrirse camino en la corte del emperador retirado. No parece que la idea le disguste, y, si Kokiden me lo pide, aceptaré.

Cuando los huéspedes abandonaron la casa de Tamakazura, se fueron a felicitar el año nuevo a la Tercera Princesa, madre de Kaoru. La monja no tenía razón alguna para sentirse postergada, pues los cortesanos que su padre y su hermano habían protegido, seguían acudiendo a su casa. En aquella ocasión acompañaron a Yugiri, además de sus hijos, los tres de Tamakazura, un capitán de la guardia, un moderador y un chambelán.

Kaoru se presentó a felicitar a Tamakazura. Los demás jóvenes habían partido ya, y se hubiera dicho que todos los elementos se habían confabulado para hacer resaltar su hermosura y gallardía. Además, cualquiera de sus gestos y movimientos iba acompañado de una nube invisible de fragancia que se desprendía de su cuerpo y que convertía en un paraíso el afortunado lugar en que se encontrara. Las mujeres de la casa no le quitaban el ojo de encima, y se repetían que aquel joven no tenía rival en la tierra.

—¡Este Kaoru! ¡Ponedlo junto a la damita de la casa y tendréis la pareja perfecta!

Tamakazura le hizo saber que estaba en la capilla y le invitó a acompañarla. El joven subió por la escalera del este y se colocó al otro lado de las persianas. El ciruelo estaba echando sus primeros capullos y el ruiseñor empezaba a aprender a cantar. ¿Conservaría el joven su proverbial austeridad en un momento tan mágico?, se preguntaban las azafatas, y una de ellas, Saisho, más atrevida que las demás, improvisó este poema:

—¿Si yo tuviera la fortuna de cogerte,
acaso no olerías mejor todavía? ¡Floreced
cada vez con mayor entusiasmo, capullos
del ciruelo!

No está mal como improvisación, se dijo él, y contestó:

—Tal vez a los ojos de los extraños parezca un árbol seco y duro. Pero, en su corazón, las flores estallan de invisible fragancia...

«Alárgame la mano, si quieres saber más...

—¡Qué hermosos son los colores! Pero lo mejor es su fragancia... — dijo ella.

Tamakazura salió de la capilla y, medio en broma, increpó a sus azafatas y criadas:

—¡Sois realmente horribles! ¿No os habéis dado cuenta de que estáis en presencia del más formal de los hombres?

Kaoru había oído decir que, a sus espaldas, lo llamaban «el señor formal», y no le hacía ninguna gracia. Mientras se servían refrescos sobre delicadas bandejas de sándalo, Tamakazura empezó a pensar que, con los años, Yugiri se parecía cada vez más a Genji, mientras que Kaoru no se le parecía en nada. Con todo, nadie podía negarle una indudable nobleza de porte y actitudes. Tal vez Genji había sido así de joven, es decir, mucho antes de que ella lo conociera... Esos pensamientos la sumían invariablemente en un extraño silencio, que, aun resultándole incómodo, no tenía deseos de romper. Mientras, las mujeres comentaban por enésima vez la fragancia que dejaba tras de sí Kaoru por donde pasara.

Kaoru, que detestaba que le llamaran «el señor formal», aprovechó el final del mes (cuando los ciruelos floridos estaban en su máximo esplendor) para visitar a Jiju, hijo menor de Tamakazura y chambelán en la corte. En cuanto entró por la puerta del jardín, descubrió a otro joven que, al igual que él, vestía de modo informal aunque cortesano, y que parecía estarse ocultando. Pero Kaoru lo reconoció y corrió a saludarlo: se trataba del teniente Kurodo no Shosho, hijo de Yugiri, que se pasaba la vida en aquella mansión. De los aposentos del oeste llegaban sonos de laúd y de koto chino. Kaoru se sintió incómodo y no poco culpable. Era obvio que el pobre teniente aspiraba a un «premio» que nunca le iba a ser concedido, y ello

auguraba problemas. La música dejó de sonar, y Kaoru le pidió al otro que le mostrara el camino, pues conocía la casa mejor que él.

Ambos se dirigieron a la galería occidental y se detuvieron al pie de un ciruelo rojo que crecía en el jardín. Kaoru se puso a silbar la melodía conocida como «La rama del ciruelo», y al punto se abrieron las puertas correderas que daban a la galería y un conjunto de kotos japoneses se puso a acompañar al joven. No dejaba de sorprender que las intérpretes fueran mujeres, pues aquella canción estaba compuesta en modo *ryo*, que se consideraba masculino. ^[153] Kaoru se lanzó a repetir su melodía, y esta vez un laúd se puso a acompañarlo con suprema destreza. Al darse cuenta de las excelencias de la música que se tocaba en aquella casa, Kaoru llegó a la conclusión de que valía la pena visitarla con mayor frecuencia, y se sintió más cómodo de lo habitual.

Alguien le hizo llegar un koto japonés por debajo de la persiana, y Kaoru invitó a Kurodo a tocarlo, pero el otro se negó, de modo que el koto se quedó en el suelo. A la vista de ello, Tamakazura envió a Jiju para que hiciera saber a Kaoru que era el destinatario del instrumento, pues había oído decir que su forma de tocarlo recordaba la de su propio padre, el difunto To no Chujo, y tenía mucha curiosidad por escucharlo. Aunque en aquel momento Kaoru no tenía muchas ganas de tocar, tomó el koto y desgranó unos cuantos acordes sin poner excesivo interés.

La dama se dio cuenta enseguida de que el joven tenía un dominio excepcional del instrumento.

—¿Sabes? —le dijo—. Tu forma de tocar me recuerda mucho más la de mi hermano Kashiwagi que la de mi padre. Me parece que estoy oyéndolo...

Aunque había tenido poco trato con él, lo había escuchado lo suficiente para reconocer su manera inconfundible de tocar, y los ojos se le llenaron de lágrimas. Entonces fue Kurodo quien prosiguió el concierto con la canción «El trébol»: también tenía una hermosa voz y se sentía especialmente inspirado. Como no había gente mayor que interrumpiera con sugerencias y consejos, el concierto se prolongó y ambos fueron alternándose, haciendo seguir a una vieja canción otra más vieja aún. El

chambelán se parecía a su padre, Higekuro, y prefería claramente el vino a la música, que no se le daba bien. Pero no dejaba de animarles:

—¡Ea, otra más! ¡Prohibido callarse! Queremos algo que nos alegre el espíritu...

Finalmente los demás le obligaron a intervenir y lo hizo cantando «El río de los bambúes», ^[154] no sin la colaboración del resto, y hay que reconocer que, aunque inmaduro, cantó mejor de lo esperado. Por debajo de la persiana una mano femenina sacó una copa llena, obviamente dirigida a Kaoru, que él no se decidía a aceptar.

—He oído decir que cuando la gente bebe demasiado, suele también hablar demasiado —dijo el joven, que ya había trasegado lo suyo—. ¿Es eso lo que os proponéis?

—¿Prefieres esto? —dijo Tamakazura, y le hizo traer una túnica y un *uckiki* de su propio guardarropa, generosamente perfumados con incienso.

Eran su regalo de año nuevo. Kaoru hizo ver que no sabía de qué se trataba, y, después de bromear un rato, acabó poniéndolos en manos de Jiju. Viendo que la situación se complicaba por momentos, decidió partir, pero Jiju se lo impidió, y le puso encima las ropas que su madre le regalara.

—¡Dejadme partir! —dijo antes de desaparecer—. Cualquiera diría que soy un comparsa de la Otokotoka ^[155]...

Kurodo no Shosho se dio cuenta de que, si Kaoru seguía visitando aquella mansión, sus esperanzas quedarían reducidas a cero, y se puso de muy mal humor. Antes de marchar, improvisó este poema:

—Todas regalan su corazón a las
primeras flores del cerezo, Y yo ando
vagando, sombrío, por la oscura noche
primaveral.

Una de las mujeres que estaban detrás de la cortina recitó a su vez:

—¡Existen muchas clases de belleza!
¡Cada cosa a su debido tiempo! No nos

agrada únicamente la fragancia del ciruelo
florido...

A la mañana siguiente, Jiju recibió una nota de Kaoru, en la que el joven se excusaba «por haber hecho demasiado ruido la noche anterior», y esperaba no haber molestado a nadie. La remataba un poema, escrito en un estilo ligero, claramente dedicado a las damitas que le habían estado escuchando. Decía:

«En lo profundo del río de los bambúes
sobre el que canté, ¿supisteis adivinar un eco
de intenciones serias?»

Le faltó tiempo para llevarlo al salón principal, donde empezó a circular de mano en mano. Todas las mujeres de la casa lo leyeron, y Tamakazura comentó, con la esperanza de que aquella letra modélica despertara en su hijo el deseo de mejorar la suya:

—¡Qué espléndida caligrafía! Decidme el nombre de otro joven que reúna la mitad de los méritos de Kaoru... Y si pensamos que su padre murió cuando él era un crío todavía y su madre se hizo monja, su preparación raya en lo milagroso... ¿Cómo explicarlo?

El chambelán le contestó con una letra que dejaba mucho que desear:

«Cantaste algo sobre un río y luego
desapareciste. Nos quedamos
preguntándonos por las razones de tu prisa...»

Kaoru regresó pronto a casa de Tamakazura como si quisiera ratificar «sus intenciones serias», y, tal como el teniente temía, fue objeto de toda clase de atenciones. Jiju, en cambio, estaba encantado de acoger en sus aposentos, un día sí y otro también, a aquel joven tan encantador, y su alegría era compartida por cuantos vivían en la casa.

II

El tercer mes acababa de llegar, los cerezos estaban cubiertos de flores y, súbitamente, el cielo se vio turbado por una maravillosa «tormenta» de brisas fragantes y pétalos que caían. No podía criticarse que las jovencitas, que pasaban la vida en el interior de las casas, aprovecharan aquella época deliciosa del año para colocarse junto a las galerías. Las hijas de Tamakazura tenían entonces dieciocho o diecinueve años y eran extremadamente bonitas y espontáneas. La mayor tenía facciones distinguidas y regulares y una alegría natural que la hacían merecedora de entrar en la familia imperial. Vestía una túnica blanca forrada de rojo y un *uchiki* granate con forro amarillo. La combinación de colores resultaba insuperable para aquella época del año, y la damita tenía una manera de alisarse los pliegues de la falda digna de una emperatriz. Su hermana menor iba de rosa, y la oscura cabellera que le caía hasta el suelo evocaba la gracia del sauce llorón. Era una beldad alta y orgullosa con una expresión que indicaba un natural meditativo. La mayor pasaba por ser la mujer más hermosa del momento. Ambas estaban sentadas jugando al *go*, y las largas colas cubrían el pavimento detrás de sus cojines. Jiju estaba con ellas, dispuesto a actuar de árbitro si se le requería para ello. De pronto entraron sus hermanos mayores, Sakon no Chujo y Uchuben.

—¡Cómo quieren al niño de la casa! —bromeó uno de ellos—. Incluso están dispuestas a someter a su juicio los avatares del juego...

Al verlos, las azafatas se apartaron dócilmente para que pudieran acercarse a la mesa de juego.

—No me parece bien —dijo el mayor— que, mientras estoy cumpliendo con mis deberes en palacio, el señorito chambelán usurpe mis funciones en casa.

—¿Y yo qué? —dijo Uchuben—. Mis tareas son mucho más arduas todavía, y aquí se han olvidado de mí por completo.

Las damas suspendieron el juego por unos momentos.

—Pienso a veces que sería bueno tener a nuestro padre todavía entre nosotros dijo Sakon no Chujo, un hombre

muy apuesto de unos veintisiete o veintiocho años, que vivía muy preocupado por el futuro de sus hermanas.

A continuación envió una azafata al jardín con el encargo de cortar una rama de cerezo y traérsela. Cuando la tuvo en sus manos, se la dio a su hermana menor.

—¿Dónde hallar flores comparables a las nuestras? —dijo la muchacha.

—Cuando erais pequeñas —prosiguió Sakon—, solíais pelearos por el cerezo. Nuestro padre decía que era de la mayor y nuestra madre que de la menor... ¡Pero nadie decía que fuera mío! No diré que la cuestión me hiciera llorar, pero me sentía muy negligido... Se trata de un árbol muy viejo y, de algún modo, me ayuda a tomar conciencia de cómo los años pasan también para mí. ¡A veces pienso en toda la gente que lo ha admirado y que ya no se encuentra entre nosotros!

Ambos hermanos se entretuvieron allí más de lo habitual, enlazando comentarios melancólicos con otros jocosos que hacían sonreír a las mujeres. Ambos estaban casados y tenían numerosas obligaciones que atender, pero en aquel momento el viejo cerezo parecía lo más importante del mundo. Costaba creer que Tamakazura fuese la madre de aquellos hombres hechos y derechos, pues no había cambiado mucho. Aún recordaba a aquella muchacha que, años atrás, fascinara al emperador Reizei, y había que interpretar como un efecto de la nostalgia el hecho de que el hombre le hubiese pedido a una de sus hijas. Pero la idea no entusiasmaba a los hermanos:

—Lo que realmente cuenta es la influencia que tenga en el momento presente —decía el mayor—. Nos consta que el ex soberano se conserva aún muy juvenil y hermoso, y que, cuando está en una reunión, es el blanco de todas las miradas. Pero ocurre lo mismo con la música, los pájaros y las flores: todo tiene su apogeo, y, luego, decae inexorablemente. En cambio, el príncipe heredero...

—He pensado en él —le interrumpió su madre—, pero la hija de Yugiri lo domina por completo. Entrar en este tipo de rivalidades sin una

preparación y un apoyo suficientes, es condenarse a no ser nadie... Sería muy distinto, claro está, si vuestro padre estuviese vivo...

Cuando ambos hombres se hubieron ido, las jóvenes siguieron con su partida de *go*, y decidieron que el premio sería el tan disputado cerezo.

Al caer la tarde salieron a la galería. Las persianas estaban levantadas y cada una de ellas contaba con su propio coro de admiradores. Kurodo no Shosho se había presentado a visitar a Jiju, pero el muchacho había partido con sus hermanos, y encontró su estancia vacía. Como la puerta de la galería estaba abierta, el teniente miró a través de ella. Le esperaba una visión encantadora como una revelación del propio Buda que a punto estuvo de detener su corazón. Había bruma y el sol se había puesto ya, pero entre una masa de siluetas oscuras fue capaz de distinguir un traje «de cerezo». [156] Era *ella*, estaba seguro. La miró intensamente, recordando el poema que habla de *las flores caídas*. Al fin pudo distinguirla con claridad, pero su hermosura sólo logró que la tristeza invadiera su alma.

—No voy a permitir que sea de otro —se dijo, con voz firme—. La quiero para mí.

Las jugadoras, rodeadas por una corte de azafatas y criadas a cuál más bonita, ofrecían un espectáculo exquisito a la luz de las estrellas. La mayor perdió la partida

—¿Cuándo sonará la fanfarria coreana? [157] —preguntó alegremente una muchacha—. Claro que el árbol ya se inclinaba hacia el oeste, mostrando con ello sus preferencias, aunque nadie le hacía caso. El juego ha servido para confirmar lo evidente.

Aunque no sabía muy bien qué estaba ocurriendo, el teniente hubiese deseado unirse a aquel grupo de mujeres encantadoras y excitadas que gritaban, palmoteaban, cantaban y reían como colegialas para demostrar su contento o su decepción ante el resultado del juego, pero no quiso revelarles que las había estado observando, y se marchó, dispuesto a regresar en cuanto volviera a presentarse la ocasión.

Las flores habían durado toda la tarde, pero los vientos de la noche las deshicieron, arrancándoles una lluvia de pétalos.

La dama que había perdido recitó:

—Siento que el viento acabe con las flores del cerezo, aunque, cuando las llamé, fueron crueles conmigo al negarse a acudir.

Y Saisho, la azafata, improvisó:

—Basta un soplo de aire para hacerlas desaparecer. No puedo lamentar la caducidad de algo tan débil.

No se mantuvo callada la ganadora, y dijo:

—Las flores han de caer, pues así es el mundo, pero no calumniéis al árbol que desde hoy es mío.

Y otra de las mujeres, Tayu, añadió:

—Os habéis entregado a nosotras, y ahora os dejáis caer junto a la orilla del estanque. Volved a nosotras en forma de espuma. ^[158]

Una niña-paje, que había estado cantando las alabanzas de la ganadora, bajó al jardín y recogió un montón de ramas caídas, mientras decía:

—El viento desconsiderado las ha tirado al suelo, pero yo las recogeré, ya que son nuestras.

Nareki, una niña que servía a la derrotada, recitó:

—Si quisiéramos protegerlas de su triste final, necesitaríamos mangas anchas como el cielo.

Los días iban pasando y nada ocurría. Por más vueltas que Tamakazura daba al asunto, no era capaz de decidirse, mientras continuaban llegando

cartas de Reizei. Un día recibió una misiva muy afectuosa de su hermana Kokiden, consorte imperial. Decía así:

«Te estás comportando como si no fuéramos de la familia. Su majestad no para de decir que soy yo la que obstaculiza sus deseos, y tú sabes que eso no es verdad. Deja de darle largas, decídetelo de una vez y permite que tu hija venga lo antes posible.»

Tamakazura se dio cuenta de que aquella situación resultaba insostenible. Aquello era lo que el destino había reservado a su hija mayor: a ella tocaba, pues, rendirse a la evidencia, acabarla de preparar y disponer todo lo necesario para su traslado, con las mujeres que decidiese llevar consigo, al palacio del ex emperador. Y cuanto antes, mejor. No tardó mucho Kurodo no Shosho en enterarse de la noticia. Loco de dolor, corrió a su madre, Kumoi, y le pidió que interviniera en el asunto. La mujer escribió a Tamakazura una carta en la que, entre otras cosas, le decía:

«Sé de sobras que es una estupidez por mi parte escribirte para hablar de esas cosas, pero te ruego que me perdones, pues me siento perdida en un laberinto de sombras. Tú, que te encuentras en una situación parecida a la mía, tienes que comprenderme por fuerza.»

Cuando Tamakazura la hubo leído, suspiró y se dispuso a contestarla. He aquí parte de su respuesta:

«Te aseguro que no sé qué hacer. No hay día en que no llegue una carta de Reizei, y estoy fuera de mí. Sólo quiero (y tal vez sea ésta la menos mala de las soluciones) que alguien convenza a tu hijo de que debe tener paciencia. Si sabe esperar, es posible que algún día vea cumplidos sus deseos.»

Con ello parecía dar a entender que, una vez resuelta la cuestión de su hija mayor y el ex soberano, consideraba la posibilidad de entregar la segunda al teniente. No quería emparejarlas a la vez, porque hubiese sido excesivo. Por otra parte, Kurodo era aún muy joven y tenía un puesto insignificante. Cuando su madre se lo contó, el teniente se hundió como un peso en el agua: no estaba dispuesto a desplazar a la pequeña el amor que la mayor la inspirara aquella noche memorable en que las descubrió jugando

al *go*. La imagen de la dama le perseguía, y creía estar viéndola día y noche. Hubiese dado la vida por contemplarla otra vez.

El teniente solía ir a contar sus penas a Jiju, hermano pequeño de la que consideraba dueña de su corazón. Una tarde lo encontró leyendo una carta de Kaoru. Sospechando de su contenido, la cogió del montón de papeles donde el chambelán había tratado de ocultarla. Jiju le descubrió, pero, no queriendo exagerar la importancia de aquellas lamentaciones «sobre una dama ingrata» con que le obsequiaba su amigo, sonrió y dejó que la leyera. En ella había este poema:

«Mientras cuento, triste de mí, los años
transcurridos, se acabó la amarga primavera
que pesaba sobre mi corazón.»

La delicada melancolía que teñía los versos de Kaoru no tenía nada que ver con el fuego y azufre que rezumaban las protestas del teniente, y las mujeres se dieron cuenta enseguida de la diferencia. Avergonzado, Kurodo devolvió la carta a Jiju, y se fue a ver a Omoto, una azafata de la hija mayor, a la que había elegido para el papel de confidente femenina de sus penas. El mundo había decidido ignorar sus anhelos, y él sólo era capaz de gemir, pero tantas lamentaciones empezaban a aburrir a su público. La muchacha obligada a officiar de «pañó de lágrimas» no podía tomarse en serio al teniente, y reírse de él hubiese parecido brutal, de modo que optó por guardar silencio.

—Quiero volver a soñar el sueño de aquella noche —insistía él, tras revelar a Omoto que había estado espiando a las damas durante la partida de *go*—. Si no, ¿para qué vivo? Estoy a punto de perderlo todo. Incluso estas conversaciones contigo, por muy dolorosas que me resulten hoy, un día me parecerán preciosas. Serán cuanto quedará en mi recuerdo de esta trágica historia.

La joven lo compadecía sinceramente, pero no podía hacer nada por él. Aunque Tamakazura había dado a entender que *algún día* tendría en cuenta sus deseos, la idea de que le «tocara» la hermana menor no le consolaba en absoluto.

—Cuando la vi —repetía sin cesar a la pobre muchacha, refiriéndose a la bellísima «perdedora» de la partida nocturna—, mi vida cambió por completo y desde entonces ya no he vuelto a ser el mismo. Tienes que hacer algo por mí.

—¿Quieres que me convierta en abogado de tu causa? —replicó ella, poniéndose a la defensiva—. Si cediera a tus exigencias, te haría aparecer como un botarate y un bribón... Te juro que, si sigues así, incluso dejaré de compadecerte. Si Tamakazura se entera de tu visita nocturna, nunca más volverás a poner los pies en esta casa. No puedo seguir confiando en ti...

—¡Este es el fin de todo! —declaró él—. No me importa lo que pienses de mí, ni lo que me ocurra en el futuro. Cuando la vi perder la partida, creí morir. Hubieses debido esconderme en un lugar desde donde le hubiera podido dar instrucciones. ¡Te aseguro que entonces *no habría perdido!* ¡Triste sino el mío! ¡Todo se ha vuelto en contra mía y, sin embargo, no me resigno a perder! Jamás superaré *mi odio a perder*.

La muchacha no pudo evitar echarse a reír.

—¿Crees que un gesto tuyo basta para ganar? Mucho me temo que andas equivocado...

El teniente pasó por alto el reproche e insistió con este poema:

—Vuelve a compadecerme y acompáñame hasta ella. He puesto vida y muerte ^[159] en tus manos.

Y así pasaron la noche entre risas y llantos.

El día siguiente era el cuarto del mes, ^[160] pero Kurodo, en vez de acompañar a sus hermanos a felicitar el comienzo de la nueva estación al emperador, permaneció en casa, lloriqueando. Su madre estaba desesperada, y Yugiri, aunque lo compadecía, procuraba resignarse y no ponerse en evidencia. ¿Acaso era un disparate inaceptable que Tamakazura se rindiera a los deseos de Reizei? Con todo, se reprochaba no haber actuado en su momento.

—Estoy seguro de que no hubiese rechazado mi proposición si llego a presentarla antes que la del ex emperador —explicó a su hijo—. ¿Cómo no me lo dijiste antes?

Kurodo respondió con un poema:

—Pasé la primavera admirando sus flores. De ahora en adelante sólo me queda vagar entre árboles de luto.

De todos modos, sus defensores, entre lo que se contaban numerosas azafatas de Tamakazura, no se habían rendido.

—Me da mucha pena —repetía Omoto—. Dice que se encuentra entre la vida y la muerte, y pienso que es la verdad.

Ante la insistencia de sus padres, Tamakazura había intentado consolado con su hija menor, y, por un momento, pensó en ofrecérsela al ex soberano y permitir la unión de la mayor con el teniente, pero Hige-kuro había dado instrucciones estrictas: su hija mayor no podía ser de un plebeyo. Incluso albergaba muy serias dudas de si Hige-kuro se hubiese conformado con un ex emperador. Mientras meditaba sobre ello, recibió otra carta de Kurodo. La dama dictó la respuesta a Omoto:

—Inconsolable, tenía los ojos clavados en el cielo. Mucho me temo que su corazón pende de una flor.

—Eres poco amable, señora —respondió la muchacha, pero la dama no retocó sus versos.

El día noveno del mismo mes tuvo lugar la presentación de la hija mayor en el palacio de Reizei, y Yugiri se encargó de prestarle los carruajes y una escolta numerosa. Kumoi estaba un poco resentida, pero quería evitar que su correspondencia con Tamakazura se cortara abruptamente, de modo que contribuyó con vestidos magníficos para las azafatas y ayudó en los preparativos. Escribió a Tamakazura:

«La triste situación de mi hijo Kurodo me ha tenido tan alarmada que temo haber olvidado tus asuntos. De todos modos, me siento un poco

decepcionada porque no me has vuelto a comentar cierta sugerencia tuya...»

El tono de la carta era claramente conciliador, y Tamakazura fue la primera en entenderlo así. Yugiri excusó su asistencia, alegando un tabú astronómico que la obstaculizaba, ^[161] pero le envió a sus hijos mayores, poniéndolos a disposición de la dama. Kobai prestó los coches para las azafatas. Aunque era pariente cercano tanto de Tamakazura como de su difunto esposo, había tenido muy poco trato con ella. No obstante, To Chunagon, hijo de Hige-kuro y de su primera esposa Makibashira, hizo acto de presencia para acompañar a los de su madrastra.

Como era de esperar, Omoto recibió una carta tremenda de Kurodo, en la que insinuaba las peores amenazas:

«Mi vida ha terminado y me resigno, aunque estoy tristísimo. Pero dí sólo que lo sientes, y haré lo que pueda por vivir un poco más.»

La muchacha se dirigió a los aposentos de su señora con la carta en la mano, y halló allí a las dos hermanas, profundamente desanimadas. El atuendo para la presentación que llevaba la mayor (jamás la había visto tan espléndidamente vestida) les recordaba que estaban a punto de separarse, y también les hacía pensar en su difunto padre y cómo se hubiese alegrado de ser testigo del acontecimiento. Cuando cogió la carta que Omoto le entregaba, la joven se encontraba ya profundamente emocionada. La leyó y le pareció absurda: ¿cómo podía decir aquellos disparates un hombre cuyos padres vivían todavía? ^[162] ¡Y no se trataba precisamente de padres vulgares! Pero le otorgó el beneficio de la duda.

—Dale eso —ordenó a Omoto, y garrapateó en el margen del papel este poema:

«Triste estás tú y triste es el mundo. Dime
a qué no puede aplicarse la palabra "triste".

»Piensa que esto es sólo una respuesta a tu terrible carta...»

Cuando el papel llegó a manos de Kurodo, éste no cabía en sí de gozo: ¡la dama de sus sueños le había escrito al fin! Pero al ponerse a reflexionar sobre el tenor del poema, llegó a la conclusión de que si la joven no hubiese contado con que en cuestión de horas estaría en poder de otro hombre,

jamás le habría dedicado ni siquiera aquellas frías palabras. Dobló una vez más la carta, y en una esquina del papel que estaba aún en blanco, escribió unos versos del *Kokin Shu*: *¿Piensas que si muero de amor...?*, y se la hizo llevar. La dama se dio cuenta de que había cometido una gran torpeza al contestar, pero cuando lo hizo no pensó que Omoto le iba a devolver la carta, sino que se limitaría a recitarle su respuesta.

Mientras, Kurodo le escribió otra misiva en estos términos:

«Cierto que el hombre no muere en la tierra como él quisiera. ¿Nunca oiré la palabra "triste" de tus labios mientras esté con vida?

»Si únicamente has de pronunciarla cuando haya muerto, correré a mi tumba...»

La dama había elegido a las azafatas más bonitas, y la ceremonia revistió la misma solemnidad que si hubiera sido presentada al emperador reinante. Era ya muy tarde cuando el cortejo, tras detenerse en los aposentos de la hermana de Tamakazura, ^[163] siguió en dirección a los del ex emperador Reizei. Akikonomu ^[164] y sus azafatas se habían hecho mayores, y ahora entraba en la mansión una damita hermosa en el cénit de su esplendor. Nadie se sorprendió de que el emperador se mostrase entusiasmado y la dama se convirtiera en la nueva reina de palacio. El ex emperador se comportó como cualquier marido afectuoso (pues así correspondía) y sólo lamentó que Tamakazura se fuese pronto, tras una breve conversación.

III

Reizei tenía siempre a Kaoru a su lado, distinguiéndolo como en tiempos había hecho con Genji, y en palacio todos lo amaban, sin que la nueva dama fuera una excepción. Con todo, el joven sentía curiosidad por averiguar cuánto afecto le tenía, y una noche tranquila, mientras estaba paseando por el jardín en compañía de Jiju, hermano de la dama, se detuvo debajo de un pino que crecía delante de las cortinas de su ventana. Del pino colgaba una hermosa glicinia, y allí, sobre un par de rocas llenas de musgo junto al arroyo, se sentaron ambos.

Kaoru se puso a contemplar el árbol y recitó un poema. ¿Había cierto resentimiento en él? Eso, al menos, le pareció al chambelán. Decía así:

—Si pudiera cogerlas con sólo alargar el
brazo, ni siquiera miraría las glicinias, más
bellas que el pino.

Jiju captó el sentido enseguida, y quiso darle a entender que él tampoco aprobaba la unión:

—La glicinia lila tiene algo que ver
conmigo. Pero, por desgracia, no fue a parar
donde yo quería.

Era un muchacho honesto y abierto, y sentía de veras la decepción de Kaoru, aunque tampoco le parecía una decepción de la que no fuera a recuperarse jamás. En cambio, el teniente estaba tan fuera de sí que todos temían algún acto de violencia por su parte. Mientras, muchos jóvenes que habían cortejado a la mayor, desviaron sus atenciones a la pequeña. Eso era lo que Tamakazura, según resultaba de la carta que escribiera a Kumoi, había esperado también de Kurodo, pero éste cayó en el mutismo más absoluto. Aunque el ex emperador Reizei estaba en magníficas relaciones con todos los hijos de Yugiri, Kurodo casi no se acercaba a su palacio, y, si

de vez en cuando se dejaba caer por allí, lo hacía con semblante adusto y procuraba marcharse pronto.

¡He aquí en qué habían parado las grandes expectativas de Higeкуро! Muy intrigado, el emperador reinante llamó a Sakon no Chujo, el hijo de Tamakazura que servía como capitán en la guardia de palacio.

—Está muy furioso con nosotros —dijo a su madre Tamakazura—. Te dije desde el principio que íbamos a ser muy criticados, pero tú no me hiciste caso y yo no quise discutir contigo. ¡Parece que al fin hemos conseguido indisponernos con el emperador!

—Discrepo de tu opinión —repuso la dama—. Nadie puede acusarnos de haber actuado con prisa, pues sólo me rendí a las proposiciones de Reizei tras largos meses de recibirlas casi a diario. Al fin llegué a la conclusión de que en la corte del emperador reinante no había nadie dispuesto a cuidar y respaldar a tu hermana... ¿Querías que hiciera de ella una desgraciada? Mientras que en el palacio de Reizei... Tú mismo puedes comprobar con tus propios ojos que se encuentra como el pez en el agua pues todos se deshacen por verla feliz. Si estabas tan en contra de esta solución, ¿por qué no mostraste más insistencia cuando aún estábamos a tiempo de reconsiderarla? Lo mismo cabe decir de Yugiri... No cesa de repetirme que no puede aprobar lo que he hecho... En fin, ha sido lo que tenía que ser. Seguro que hay que achacarlo a alguna existencia anterior...

—No estamos hablando de «anteriores existencias», que a veces sólo sirven para justificar lo injustificable... ^[165]—repuso Sakon no Chujo—. Nadie duda que el enfado del emperador también es producto del karma, pero eso no me facilita las cosas a la hora de intentar aplacarlo... Tampoco sirve de nada decir que no queríamos ofender a la emperatriz, porque él nos preguntará cómo no hemos temido molestar a las consortes de Reizei... Y, aunque de momento tu hermana Kokiden parece mostrarse afectuosa y servicial, ya veremos cómo acaba la historia. Piensa un poco... ¿Qué ocurriría en la corte si la presencia de una emperatriz fuera un obstáculo para la presentación de otra dama? Ser llamada a servir al emperador ha sido siempre un grandísimo honor, con independencia de cuantas mujeres tuviera ya el soberano a su alrededor. En el palacio de Reizei las cosas son

muy distintas... Allí el bienestar de mi hermana depende exclusivamente de la buena voluntad de sus rivales. En cualquier momento puede producirse un choque entre tía y sobrina, y nos servirán en bandeja un espectáculo muy poco edificante...

Uchuben, hermano menor del capitán, se manifestó en el mismo sentido. Mientras tanto, el ex emperador estaba cada día más enamorado de su nueva favorita, y en el séptimo mes se hizo público que la dama estaba embarazada. Lejos de desmejorarla, su nuevo estado la hacía parecer más hermosa que nunca, y las azafatas que la servían comprendieron por qué había tenido tantos pretendientes y que la solución final hubiese dado lugar a tantas decepciones. La dama pasaba la vida haciendo música, y el ex soberano no se cansaba de escucharla. En esas ocasiones solía hacerse acompañar por Kaoru, quien, al oírla, se sentía turbado por mil sentimientos encontrados. Reizei gustaba especialmente de la manera de tocar el koto japonés de Omoto, que era la que había interpretado en su día «Una rama de ciruelo».

El año nuevo llegó, y se celebraron las fiestas de rigor. El emperador en persona eligió a los comparasas para la Otokotoka. Kaoru fue designado para liderar uno de los dos coros y el teniente se encontraba entre sus músicos. Cuando salieron del palacio imperial para dirigirse al de Reizei, la luna reinaba, brillante, en un cielo sin nubes. La hermana ^[166] y la hija de Tamakazura los esperaban en el salón principal, donde un grupo escogido de príncipes y cortesanos de alto rango rodeaban al ex emperador. Al contemplarlos, se hubiera dicho que sólo Yugiri y Hige-kuro habían sido capaces de producir hijos realmente hermosos. Los comparsas se sentían más angustiados que cuando habían actuado ante el emperador, pues pasaba por ser un exigente *connoisseur*.

Pensar que su adorada se hallaba entre los espectadores puso a Kurodo al borde del colapso nervioso. El atuendo, con su gorro de fantasía, resulta francamente ingrato, pero hay que decir que a Kurodo le sentaba muy bien y estaba más guapo que de costumbre. Cantó muy bien, y, cuando los comparsas entonaron «El río de los bambúes» y le tocó subir las escaleras que conducían delante del emperador y sus consortes, a punto estuvo de

ahogarse mientras sus ojos se llenaban de lágrimas. Reizei los acompañó luego a los aposentos de Akikonomu, y, aunque no era muy tarde, la luna brillaba sobre los danzarines como si quisiera imitar al sol del mediodía. El teniente, obsesionado por la proximidad de su adorada, estuvo en un tris de tropezar, y cuando, acabada la representación, se sirvió vino, no se hizo de rogar y trasegó como el que más.

Cuando Kaoru llegó al palacio de su madre, se sentía agotado de tanto cantar y bailar, pero súbitamente recibió una nota del palacio de Reizei ordenándole acudir. De mala gana, pues le apetecía tumbarse en la cama a dormir, obedeció. Reizei quería saber cómo se había recibido a los comparsas en el palacio imperial.

—¿Acaso no te sientes orgulloso de que se te escogiera a ti para dirigir uno de los coros? —le preguntó.

El ex soberano canturreaba «La delicia de las diez mil fuentes», mientras se dirigía, acompañado por su amigo, a los aposentos de la nueva concubina. Los parientes de la joven habían acudido en tropel a disfrutar del concierto, y había adornos y restos de comida por doquier. Cuando se hallaba en la puerta de la galería, Kaoru oyó una voz femenina que reconoció enseguida (se trataba de una de las azafatas de Tamakazura), y se puso a hablar con ella.

—¡Qué luna más fantástica la de anoche! —dijo—. Pero dudo que la luna y los laureles justifiquen el extraño comportamiento del teniente. Un resplandor igual reina encima de las nubes, donde vive el emperador, pero no parece afectarlo lo más mínimo.

Unas azafatas oyeron el comentario del joven y les pareció de mal gusto, pero uno de sus aduladores se apresuró a decirle que no tenía de qué avergonzarse. De pronto, por debajo de la persiana, una mano muy blanca le alargó un papel con un poema. Decía así:

«No es mi canción favorita "El río de los bambúes", pero debe reconocerse que ayer por la noche tuvo extraños efectos.»

Kaoru no pudo reprimir el llanto (reacción exagerada ante un poema a todas luces mediocre), pero sirvió para mostrar que él también había admirado a la dama. Entonces improvisó a media voz:

—Miré hacia el río de bambúes, y estaba seco. Dejó tras de sí un mundo árido y estéril.

El aire melancólico que había adoptado el joven sólo servía para hacerlo parecer más hermoso a los ojos de las mujeres. A diferencia del teniente, que estallaba en frenesíes de dolor, su resignación y su tristeza llena de dignidad se ganaban la simpatía de todos.

—Voy a dejaros. Creo que he hablado demasiado...—dijo para despedirse de las muchachas, pues el emperador Reizei lo estaba llamando.

—Yugiri me ha contado que, en tiempos de tu padre, después de la visita de los comparsas continuaba sonando música en los pabellones de las mujeres hasta muy entrado el día siguiente... —le dijo—. Hoy ya no es así. ¡Qué tiempos excepcionales vivió el palacio de la Sexta Avenida en tiempos de Genji! La fiesta más insignificante era diez veces más espléndida que la mejor de las que somos capaces de organizar hoy... [167]

Como en un intento de resucitar los días gloriosos del palacio nuevo, el ex emperador mandó traer un koto chino para su nueva concubina, un laúd para Kaoru y un koto japonés para él mismo. En cuanto estuvo todo dispuesto, empezó a tocar «Este palacio». La dama nueva no había sido nunca una intérprete extraordinaria, pero había aprovechado las lecciones que recibiera desde que estaba allí, y ahora se defendía dignamente tanto si actuaba de solista como si se limitaba a acompañar. Kaoru era más consciente de que nunca de que resultaba difícil encontrarle defectos, y, además, seguía pareciéndole hermosísima.

Volvió a verla en otras ocasiones, y, con el tiempo, llegó a conocerla muy bien. El joven consiguió darle a entender, sin perder nunca las formas ni mostrarse quejumbroso, cuánto le había decepcionado, pero ignoró qué le contestó la dama.

En el cuarto mes la dama dio a luz una niña en casa de su madre. Aunque el acontecimiento no fue tan festejado como lo hubiera sido de

haber estado aún Reizei en el trono, el ex emperador, que ya tenía una hija, se sintió encantado, y los regalos de los cortesanos, empezando por los de Yugiri, fueron realmente espléndidos. Tamakazura pasaba la vida con la niña en brazos, pero pronto empezaron a llegar mensajes del palacio de Reizei recordándole que el padre moría de ganas de ver a la criatura, de modo que a los cincuenta días del parto madre e hija regresaron al lado del ex soberano. La criatura era una preciosidad, pero las azafatas de Kokiden encontraban exagerado y no poco ridículo el entusiasmo mostrado por el ex emperador, que parecía un niño con un juguete nuevo.

Las consortes de Reizei procuraron tragarse el sapo y mirar hacia otro lado, pero sus azafatas y criadas se mostraron bastante menos discretas, y hubo incidentes desagradables entre las de la nueva concubina y las de Kokiden y Akikonomu. Se hubiese dicho que los peores temores de los hijos de Tamakazura estaban a punto de cumplirse. La madre estaba muy preocupada porque esos incidentes siempre redundan en perjuicio de la dama que ha dado lugar a los mismos, y, aunque no parecía probable que el afecto de Reizei hacia su hija se viera afectado, el resentimiento y la inquina de las mujeres que llevaban muchos años viviendo con él podía acabar haciendo la vida imposible a la «intrusa». También corrían rumores de que el emperador reinante seguía insistiendo en que quería tener en su palacio a la hermana menor de la joven concubina de Reizei.

Decidida a que su otra hija no sufriera las mismas humillaciones que la mayor, Tamakazura decidió llevarla al palacio imperial pero no como concubina del emperador sino con un cargo, de modo que renunció al suyo de intendente de la cámara imperial. Como solía haber muy pocas aspirantes al mismo, cuando, bastantes años atrás, Tamakazura presentó su dimisión, ésta no fue aceptada. El emperador recordó los deseos manifestados antes de morir por Hige-kuro, un hombre que le había servido siempre con intachable fidelidad, y, por otro lado, existían precedentes históricos que demostraban que no era la primera vez que el empleo pasaba de madre a hija. La sucesión en el cargo tendría lugar, pues, a gusto de todos, y, considerado retroactivamente, había que atribuir a algún buen

karma que la dimisión presentada anteriormente por la madre no hubiese sido aceptada hasta entonces.

Pero aún quedaba un problema para torturar a Tamakazura: en la carta que enviara a Kumoi, había dado a entender que, si Kurodo no Shosho aspiraba a su segunda hija, su petición sería considerada. ¿Cómo se iba a tomar el teniente la nueva situación? Estaba segura de que Kumoi se lo reprocharía eternamente. Al fin envió a su hijo Uchuben a Yugiri para explicarle que, de haber podido actuar con absoluta libertad, no hubiese introducido a sus dos hijas en las cortes imperiales, pero el empecinamiento del soberano reinante no le había dejado otra salida.

—Resulta perfectamente explicable que la unión elegida para la mayor no haya gustado a su majestad —dijo Yugiri—, y ahora te ofrece un puesto en su corte para la otra. En estas circunstancias, no resulta fácil decirle que no, de manera que te aconsejo que aceptes y procures cumplir sus deseos lo antes posible.

Tamakazura no cesaba de repetir, entre suspiros, que la muerte prematura de su esposo las había dejado, a ella y a sus hijas, completamente desprotegidas, y que necesitaba saber si la emperatriz de Akashi estaba a favor del nombramiento, un paso que a todas luces le parecía no poco humillante. Discretamente consultada, no puso inconveniente alguno, y la dama fue llevada a la corte, siendo muy bien acogida por todos, que no se cansaban de ponderar su belleza, elegancia y discreción. Pronto demostró una gran competencia en el cargo, y el emperador estaba muy satisfecho, tanto que se olvidó completamente de lo ocurrido con la hermana mayor.

Así las cosas, Tamakazura empezó a pensar que su misión en este mundo había concluido y a hablar de tomar el hábito, pero sus hijos la disuadieron.

—Espera a que tus hijas se acomoden a sus respectivas situaciones —le decían—, pues, mientras tanto, te resultará muy difícil concentrarte en tus plegarias.

De momento, pues, olvidó su propósito, y, si de vez en cuando visitaba a su hija menor en la corte imperial, nunca iba a ver a la mayor, pues Reizei seguía atosigándola con sus galanterías y no dejaba de reprocharle su

conducta de otros tiempos. Ella pensaba que había cumplido suficientemente al entregarle una de sus hijas. Si empezaba a decirse que todavía coqueteaba con su antiguo adorador, aunque fuese en broma, no podría tolerarlo. La hija mayor, incapaz de comprender las razones de su actitud, se ratificaba en sospechas intuitas desde la infancia y se decía que su madre nunca la había querido: por ello declaraba que *el cerezo del jardín sólo pertenecía a su hermana*, mientras que su padre Higeкуро siempre le reconoció sus derechos sobre el árbol. Tampoco el ex emperador entendía su empeñamiento en no ir visitarlo y se sentía molesto.

—De todos modos, puede entenderse que prefiera acudir al palacio del emperador reinante —repetía en tono amargo—. Objetivamente considerado, aquí somos gente aburrida y pasada de moda...

Para sorpresa de todos, algunos años después su nueva concubina dio a luz un hijo varón. Hasta entonces todas sus consortes y concubinas sólo le habían hecho padre de dos niñas, de manera que Reizei se sentía felicísimo. ¿Por qué no ocurrió antes de que yo abdicara?, se decía, consternado. Había querido mucho a sus princesitas, y ahora, con el niño, estaba como loco. La hermana de Tamakazura y madre de Kokiden iba repitiendo que parecía un viejo chocho, y la propia Kokiden empezó a tratar a la joven madre con una frialdad extrema. Con independencia del rango que ostente, siempre suele ser la consorte más antigua la que más atrae la simpatía de la gente, y eso fue precisamente lo que ocurrió en el palacio de Reizei. Casi todos se pusieron del lado de Kokiden, argumentando que hacía muchos años que vivía con el ex soberano, y no dejaban pasar ocasión de mostrar a la nueva concubina bajo la luz más desfavorable posible.

—Ya te lo advertimos —decían sus hermanos a Tamakazura, y la mujer se sentía cada día más infeliz.

La viuda empezó a envidiar a las muchachas que viven vidas anónimas, casadas con hombres vulgares que no les plantean problemas, y llegó a la conclusión de que era un enorme error pretender meter a las hijas en la corte a toda costa, salvo si se daban circunstancias auténticamente excepcionales.

Mientras tanto, hombres que habían sido pretendientes de sus hijas y que en otro tiempo le parecieron poca cosa, estaban haciendo grandes carreras. Kaoru, sin ir más lejos, que había sido un chambelán, ostentaba ahora el puesto de consejero y coronel de la guardia imperial, y, junto con Niou, eran los dos «hombres de moda» en la corte. «El capitán fragante» continuaba siendo un joven serio y formal, y se contaba que había recibido proposiciones de princesas e hijas de ministros que no se había dignado considerar.

—Entonces era un don nadie —se quejaba Tamakazura—, y miradlo ahora...

El hijo de Yugiri, Kurodo no Shosho, había sido promovido al grado de capitán, y también era muy admirado por las muchachas.

—¡Es tan apuesto! —oyó decir a una de sus azafatas—. Hubiese resultado un partido mil veces mejor que un vejestorio que ya chochea...

Seguramente no le faltaba razón. El flamante capitán de la guardia no había perdido un ápice de su antiguo ardor y seguía compadeciéndose a sí mismo como siempre. Aunque estaba casado con una hija del ministro de la izquierda, ^[168] no tenía fama de ser un esposo especialmente atento. Se decía que no había perdido las esperanzas de que algún día, aunque no sabía por qué vericuetos, «la dama de sus sueños» acabaría siendo suya, y no cesaba de hablar y componer poemas sobre «el oráculo de Hitachi», ^[169] pero muchos no le entendían.

La hija mayor de Tamakazura, harta de las conspiraciones mezquinas de sus rivales y de las criadas y azafatas de sus rivales, pasaba la mayor parte del tiempo en su casa para decepción de su madre. En cambio, su hija menor era muy feliz: gracias a su inteligencia y a su buen carácter, se había hecho la reina de los círculos intelectuales de palacio, y tenía a todos los cortesanos a sus pies.

Cuando murió el ministro de la izquierda, Yugiri obtuvo su cargo, y Kobai fue nombrado ministro de la derecha. También Kaoru fue tenido en cuenta a la hora de las promociones, y se le designó consejero de rango medio y general, mientras Kurodo pasó a ocupar su antiguo cargo. A la hora

de las visitas que siguen a las promociones, Kaoru empezó por Tamakazura, y la saludó con enorme formalidad desde el jardín de su casa.

—Veo que no has olvidado este humilde lugar —dijo ella—. Nunca olvidaré los favores que debo a tu padre.

La dama siempre había tenido una voz suave y perfectamente modulada. ¡Y qué joven parecía aún!, se dijo Kaoru. Al verla era fácil entender que el emperador Reizei no hubiese dejado de pensar en ella.

—No doy demasiada importancia a las promociones —dijo Kaoru—, pero he pensado que era una magnífica ocasión para visitarte y recordarte que todavía existo. Cuando dices que «no he olvidado...», supongo que me estás riñendo porque hace mucho tiempo que no vengo por aquí.

—No es éste el momento más propicio para obligarte a soportar lamentos de vieja —le interrumpió la dama—, pero comprendo que no te resulte fácil visitarme. Lo cierto es que me agradaría mucho hablar contigo de ciertos asuntos realmente complicados. Mi hermana Kokiden me aseguró que respaldaría a mi hija mayor y Akikonomu se comprometió a no interferir. Pero luego ambas la tratan como si fuera una cualquiera que se hubiese metido en palacio por la puerta de atrás... Los niños deben permanecer donde están, pero mi hija se sentía tan mal que he decidido traerla a mi casa para que tenga un poco de paz y pueda descansar. Pero Reizei ya ha empezado a quejarse y a reclamarla... Hazme el favor de hablar con el ex emperador en cuanto puedas, pero hazlo como de pasada, como si no le dieras excesiva importancia. Ahora reconozco que fue una estupidez por mi parte confiar en sus dos consortes principales, pero ambas se mostraron tan amables... Me dejé engañar por un optimismo infundado y las ganas de conseguir lo mejor para mi hija, y ahora me toca pagar las consecuencias.

—Creo que exageras —respondió Kaoru—. Todos sabemos que no es fácil vivir al servicio de un emperador. Como Reizei lleva una vida retirada, nos parece que sus mujeres tendrían que mostrarse razonables y tolerantes. Pero, ¿podemos exigirles que renuncien a su orgullo y a su espíritu competitivo? Piensa que su punto de vista no es el nuestro, y que lo que a nosotros nos parece sin importancia, ellas lo perciben como una ofensa

inadmisible. ¡Ya podías habértelo imaginado cuando trazaste tus planes! Olvídate del asunto. No estoy dispuesto a interceder por una dama ante Reizei... Dile a tu hija que tenga un poco de paciencia y cierre los ojos...

—Te he hecho perder el tiempo con mi memorial de agravios —dijo Tamakazura, sonriendo—, y tú los has tratado como se merece.

El joven tuvo la impresión de que, en un abrir y cerrar de ojos, la dama se había quitado de encima la pesada carga de su responsabilidad como madre, y empezaba a contemplar la situación con ojos distanciados. Seguramente su hija mayor también era capaz de esas transiciones bruscas que le hacían pensar en su «princesa de Uji». ^[170]

Poco después vino a visitarla su segunda hija: una vez más estaban ocupadas las dos alas de la casa, y ambas hermanas seguían entendiéndose a la perfección. Nada parecía haber cambiado, pues, en el palacio de la viuda de Higekuro. Sólo las visitaba Kaoru, y, cuando departía con ellas, notaba que tres pares de ojos femeninos lo miraban con rendida admiración. ¡Qué magnífico yerno había dejado escapar!, se lamentaba Tamakazura.

Kobai, ahora ministro de la derecha, vivía en un palacio que había heredado su esposa, contiguo al de Tamakazura. Cuando tuvo lugar el gran banquete de los ministros, numerosos cortesanos jóvenes acudieron y se pusieron a su disposición para ayudarlo en lo que hiciera falta. También había invitado a Niou, pero éste se había excusado, aunque había asistido al banquete ofrecido por el ministro de la izquierda después del concurso de tiro con arco y al que se celebrara después de los campeonatos de lucha. Kobai estaba empezando a plantearse el futuro de sus hijas, y Niou no parecía interesarse por ninguna de ellas. De todos modos, ni Kobai ni su esposa habían descartado a Kaoru, un caballero de pies a cabeza, del que no se conocían defectos.

Al oír las celebraciones que tenían lugar en la casa de al lado, el ruido de los carruajes, y los gritos de las escoltas, Tamakazura y los que con ella vivían no podían esquivar el recuerdo de los tiempos en que aún vivía Higekuro. Comparada con la de Kobai, su mansión era un lugar tranquilísimo, poblado sólo de recuerdos.

—Todavía me parece oír los comentarios maliciosos que hacía la gente cuando Kobai empezó a visitar a Makibashira al poco de morir su esposo, el príncipe Hotaru —decía Tamakazura—. Pues ahí están los resultados. La relación ha durado, y todas aquellas habladurías se las ha llevado el viento. En esas cuestiones, más vale no dictar reglas de carácter general, pues cada caso es distinto.

El capitán Kurodo no Shosho se presentó en casa de la dama al caer la tarde. Había tomado parte en el banquete y ahora regresaba a su casa. Tenía veintisiete o veintiocho años, y era un dechado de apostura y buenas maneras. Como sabía que la concubina de Reizei volvía a estar junto a su madre, el corazón le palpitaba con fuerza.

—Tal vez me empezáis a mirar con otros ojos —dijo a Tamakazura, sin poder evitar que una lágrima se deslizara por su mejilla—, pero no me siento más feliz por ello. Por más meses y años que pasen, nunca podré olvidar que nadie tuvo en cuenta mis deseos.

—¡Esos jovencuelos resultan completamente insoportables! —replicó la dama—. Están tan acostumbrados a obtener cuanto desean, que no le dan importancia alguna a los honores ni a las promociones... Si mi marido viviera, también mis hijos habrían llegado a alguna parte...

A pesar de sus quejas, tanto Sakon no Chujo como Uchuben estaban haciendo carrera. El mayor era ya comandante de la guardia y el segundo moderador, pero la madre lamentaba que no tuvieran aún un asiento en el consejo. El más joven, que había sido chambelán, era ahora capitán. No estaba mal, aunque otros muchachos de su misma edad hubiesen llegado más lejos.

Pero Kurodo seguía sin poder quitarse aquella dama del pensamiento...
[171]

Sexta parte LOS LIBROS DE UJI

Capítulo 45 La Doncella del Puente

[172]

I

Por aquel entonces vivía aún cierto príncipe entrado en años llamado Hachi, uno de los muchos hermanos de Suzaku, de cuya existencia no se acordaba casi nadie en la corte. Su madre, concubina del viejo emperador, había sido una dama de alcurnia, y en tiempos llegó a pensarse que estaba destinado a hacer una brillante carrera. ^[173] Pero las cosas se torcieron, y la conspiración que se suponía había de protagonizar, fracasó estrepitosamente. Al fin se encontró no sólo privado del brillante futuro que le habían hecho soñar sus partidarios, sino sin posibilidad alguna de prosperar en la corte ni en la administración. Quienes lo habían apoyado, incapaces de afrontar la ignominia a que el fracaso de sus planes los había

dejado expuestos, desaparecieron de la vida pública y buscaron refugio en monasterios o en provincias lejanas, de manera que el joven príncipe se encontró completamente aislado y sin otro refugio que su esposa.

La dama era hija de un gran ministro, que, al casarla con el príncipe Hachi, estaba convencido de que estaba abriéndole la puerta de un futuro triunfal. Pero todos aquellos proyectos grandiosos se fueron al traste, y la pobre mujer se halló de un día para otro hundida en la depresión. No tenían más consuelo que el otro, pero, afortunadamente, ambos formaban un matrimonio tan estrechamente unido que hubiese sido imposible dar con otro igual. Para empeorar las cosas, los años iban pasando y no tenían hijos. «Si al menos tuviéramos una criaturita que nos alegrase un poco la casa», decía el príncipe, hasta que un día, cuando menos lo esperaban, nació una hija preciosa que dio algún sentido a sus vidas. No mucho tiempo después la princesa volvió a quedar embarazada, y el príncipe empezó a hacerse la ilusión de que el hijo que siempre había deseado estaba a punto de nacer, pero fue otra niña. Aunque el parto no fue traumático, la madre cayó enferma y murió a las pocas semanas.

El marido estuvo a punto de enloquecer de dolor. Incluso cuando contaba con el consuelo del amor de su esposa, le parecía a veces insoportable su ignominiosa situación, y, de no haber sido por ella, habría tomado el hábito. Ahora, abandonado por todos, tenía que cargar, además, con la responsabilidad de criar a las dos niñas. Muy pronto decidió que estaría muy mal visto que se ocupara de ellas personalmente (después de todo, no dejaba de ser un príncipe imperial), y empezó a buscar a alguien a quien poder confiarlas. Una vez resuelto el problema de las pequeñas, se tonsuraría. Pero fueron pasando los meses y los años sin que diera con la persona idónea, y todo quedó en el aire. Mientras tanto las niñas fueron creciendo hasta que llegó un momento en que, lejos de ser una carga para su padre, se convirtieron en la alegría de su vejez.

Las criadas, como suele ocurrir en estos casos, no habían olvidado las trágicas circunstancias del nacimiento de la segunda hija, que provocó la muerte de la madre, e, incapaces de sobreponerse al sentimiento de repugnancia que la criatura les inspiraba, nunca se esmeraron en sus

cuidados hacia ella. Por extraño que parezca, en los primeros tiempos el príncipe compartía sus prejuicios, por más que su esposa le había recomendado con su último aliento que no rechazase a la pequeña. Al fin, sin embargo, acabó por reconocer que, aunque el parto había sido la causa del drama, la niña sólo podía considerarse el instrumento inocente del hado y no cabía reprocharle nada. Poco a poco la situación se invirtió y la pequeña se convirtió en su favorita. Tanto llegó a amarla, que a veces temía que la extrema fragilidad de la muchacha fuera de mal agüero.

La mayor era hermosa y de gentil disposición, maneras elegantes, gracia exquisita y un aire grave y digno que permitía adivinar una notable profundidad de espíritu. Con el tiempo, la menor llegó a igualarla en belleza, pero la otra siguió siendo la más distinguida e interesante de ambas. El príncipe se deshacía para que tuviesen cuanto pudieran desear, pero hubo de sufrir una serie de desgracias, y cada vez le resultaba más difícil mantener una mínima animación en su palacio. Poco a poco sus criados fueron abandonándolo en busca de empleos mejor remunerados. Con la confusión que siguió al nacimiento de la menor, no hubo tiempo de elegir una ama adecuada, y la que contrataron abandonó a la niña a las primeras de cambio, de modo que el príncipe hubo de hacerse cargo de ella personalmente.

Aunque en tiempos el jardín de su palacio había sido arreglado con enorme cuidado, y colinas y estanques producían un magnífico efecto, poco a poco la naturaleza empezó a adueñarse de aquel espacio sin que nadie lo impidiera. Las malas hierbas crecían por doquier y los helechos empezaron a aferrarse a los aleros de la casa, como si les pertenecieran. Mientras tuvo a su esposa a su lado, la frescura de las flores del cerezo en primavera y los colores dorados de las hojas en otoño constituyeron uno de sus mayores consuelos, pero ahora su contemplación únicamente le hacía sentirse más solo aún.

Vivía prácticamente encerrado en la capilla de la casa, y pasaba días y noches entregado a sus devociones. Aunque no se tonsuró, se sentía cada vez más ajeno al mundo de la carne, y parecía mucho más un clérigo que un seglar. Desde que murió su esposa, no mostró la menor inclinación por

pasatiempo o entretenimiento alguno, y nunca se le pasó por la cabeza volver a casarse. La opinión general era, sin embargo, que estaba llevando las cosas demasiado lejos.

—Nadie pone en duda que amaba a su mujer sobremanera —se comentaba—, y a nadie debe extrañar que en los primeros tiempos cayera en extremos de dolor y se sintiese muy solo. Pero ya va siendo hora de que empiece a comportarse como las personas normales... ¡Y si se echa un vistazo a la casa! Se diría que nadie cuida de ella. Resulta imperdonable que haya dejado arruinarse de este modo lo que fue una mansión soberbia...

Esos comentarios llegaron a sus oídos, y no faltaron los que le proponían posibles matrimonios, pero él se negaba a escuchar. Cuando no le ocupaban sus devociones, se entregaba en cuerpo y alma a la educación de sus hijas. Las muchachas se habían aficionado a la música, al *go*, a las adivinanzas y a otros pasatiempos de escaso provecho, pero que servían para poner en evidencia sus temperamentos respectivos. La mayor, Oigimi, era callada e introvertida, y, aunque destacaba por lo despierta y rápida a la hora de aprender, su actitud general parecía dominada por la melancolía. Naka no Kimi, en cambio, aunque también merecía ser descrita como reservada y tranquila, se caracterizaba por una timidez y una alegría un poco infantiles.

Una cálida mañana de primavera el príncipe se hallaba sentado en el jardín, y contemplaba los patos que nadaban en parejas por el estanque, parloteando animadamente. En otros tiempos, aquel espectáculo no le hubiese llamado la atención, pero en aquel momento creyó sentir envidia de aquellas criaturas, modelo de fidelidad conyugal, que se paseaban majestuosamente delante de él. Se entretenía dando lecciones de música a sus hijas, mientras ellas arqueaban sus gráciles cuerpecitos sobre sus instrumentos. Al escuchar las melodías que tocaban, los ojos del príncipe se empañaron. Entonces murmuró un poema que recordaba:

—Ha dejado atrás a su pareja y también a sus hijuelos... ¿Cómo han podido permanecer en un mundo tan incierto?

Era un hombre muy apuesto, y su extrema delgadez, debida a los muchos años de ayuno, no hacía sino añadir elegancia y distinción a su porte. Vestía una túnica estampada, que solía ponerse para dar lecciones, y, aunque se la había echado encima de cualquier manera, realzaba su prestancia. Súbitamente la mayor tomó una pastilla de tinta como si fuera a escribir algo en ella.

—¡Qué disparate! ¿A quién se le ocurre escribir sobre una pastilla de tinta? —dijo el hombre, acercándole una hoja de papel.

La muchacha la tomó y escribió:

«Descubro ahora, al verlas abandonar el nido, cuan insegura es la suerte de las aves acuáticas.»

No era, ciertamente, una obra maestra, pero entonces pareció una composición emotiva. La caligrafía resultaba prometedora, aunque los caracteres estaban aún muy separados entre sí como en la escritura de los niños. A continuación el príncipe se dirigió a Naka no Kimi, y le dijo que ahora le tocaba a ella. La hermana menor escribió:

«De no haberlas protegido el ala paterna, a pesar del dolor, seguramente hubiesen muerto en el nido.»

Cuanto poseyera en tiempos se había perdido, y durante los últimos cuatro años no había tenido en casa a nadie capaz de coserle las ropas, por no hablar de darle conversación. Mas he aquí que, de pronto, descubrió que, entre tanta desolación, contaba con dos criaturas encantadoras que sabían componer poemas. A veces interrumpía la lectura de los sutras para canturrear alguna de las melodías que las muchachas tocaban. Había enseñado a la mayor a tocar el laúd y a la pequeña el koto chino de trece cuerdas. Aunque jóvenes, ambas dedicaban muchas horas a practicar y lo hacían muy bien.

El mismo había quedado huérfano de padre y madre a muy temprana edad, y, careciendo de los progenitores adecuados, nadie se había tomado

muy en serio su educación, de modo que creció con pocos libros y sumido en una ignorancia casi total del mundo que lo rodeaba. El estudio del chino le rebasaba y tampoco fue instruido en cuestiones de política y economía, pues, en el fondo, sentía un absoluto desinterés por todo lo práctico. En cambio, su elegancia y distinción eran extraordinarias, incluso para un personaje de su alcurnia, y había algo de delicado y casi femenino en su manera de ser. Había heredado de su abuelo materno, que fuera ministro, un patrimonio ingente, pero, sin saber cómo, aquella fortuna, que parecía inacabable, se había ido volatilizando con los años, y sólo le quedaban la gran mansión, unos cuantos muebles soberbios y poca cosa más. Sus escuderos fueron abandonándolo hasta dejarlo completamente solo, y, para aliviar el tedio, contrató a músicos eminentes que le instruyeron en el arte del koto, la flauta y el laúd, hasta convertirse en un intérprete de primera categoría.

Era el octavo hijo del viejo emperador y, por tanto, hermano menor de Genji, pero la gran desgracia de su vida tuvo lugar cuando, durante el reinado de Suzaku y siendo Reizei heredero aparente, Kokiden y sus secuaces trataron de sustituir a este último por el príncipe Hachi. La conspiración fracasó estrepitosamente, y Hachi, a pesar de que había sido claramente manipulado por sus presuntos «cómplices», quedó marcado para siempre. Cuantos sentían un mínimo de simpatía por Genji y Yugiri le volvieron la espalda, y no se le recibía en ninguna parte. Estas circunstancias lo llevaron a buscar refugio en la religión, y, con el tiempo, se convirtió en un auténtico asceta, resignándose a vivir como un eremita. Lo cierto es que llegó a olvidarse casi completamente del triste asunto que lo hundiera a ojos de la corte.

Y, sin embargo, por si lo narrado no fuera poco, una nueva catástrofe vino a rematar su tranquilidad de espíritu cuando un incendio pavoroso le dejó sin casa. Al carecer de otro palacio en la ciudad, se trasladó al pueblo de Uji, al sureste de la capital, donde tenía una pequeña granja. La vida que había llevado en la ciudad nunca fue tan placentera que le partiese el corazón dejarla atrás, pero su nuevo hogar distaba mucho de ser confortable. No lejos de su propiedad los pescadores habían construido

numerosos diques en el río que les facilitaban sus capturas, pero que estropeaban el panorama, y, cuando el río bajaba lleno, el estrépito de los rápidos retumbaba entre las montañas, de modo que no era fácil dedicarse a los estudios con tranquilidad. Afortunadamente, con el tiempo volvió a descubrir el encanto de los bosques y de las flores, y era capaz de pasar horas enteras contemplando la corriente.

Si desde que cayera en desgracia ya le visitaba poquísima gente en la capital, allí no ponía nadie los pies, salvo los gañanes y leñadores que se ocupaban de las labores más rudas de la granja. De todos modos, llegó a reconciliarse con la naturaleza que lo rodeaba, como se ha dicho, y a extraer de ella un notable consuelo, cuando no auténtica alegría. Únicamente echaba mucho de menos la compañía de su esposa, y, pensaba que, con ella a su lado, se hubiera sentido casi feliz en medio de aquellas montañas inhóspitas. Viudo y sin amigos, la soledad lo aplastaba como la niebla matinal parece pesar sobre las colinas. Se recitaba, incapaz de desprenderse de los recuerdos del pasado:

—¿Cómo es posible que yo no haya desaparecido cuando la que más quería y la casa en que vivíamos se han convertido en humo?

Un día se enteró de que en un pequeño monasterio cercano vivía un abad cuya enorme erudición se respetaba mucho en la corte, aunque no tomaba parte en las grandes ceremonias públicas y prefería no moverse de sus montañas. Pero, en cuanto el religioso supo que el príncipe Hachi era su vecino, empezó a ir a verlo para asistirle en sus devociones o compartir con él el estudio de las escrituras, y, siendo Hachi un hombre profundamente piadoso, el abad se encontraba muy bien a su lado, de manera que cada vez acudía a su casa con más frecuencia. El príncipe pudo así profundizar en aspectos de su fe que había creído (erróneamente) dominar a la perfección y la vida de los sentidos le parecía más absurda e insatisfactoria que nunca.

—Desde el punto de vista espiritual —confesaba a su maestro—, he hallado ya mi lugar sobre el loto del estanque cristalino, pero aún no he

dicho el adiós definitivo al mundo porque no puedo decidirme a abandonar a mis hijas.

El abad era íntimo del emperador Reizei, del que había sido preceptor. Un día, hallándose en la capital de visita, fue a ver al ex soberano para contestar a cuantas preguntas la curiosidad del otro tuviera a bien proponerle. Como el príncipe Hachi saliese en la conversación, el religioso se puso a cantar sus alabanzas:

—Domina las sagradas escrituras, y las entiende a la perfección-dijo—. Estoy convencido de que su verdadera vocación es la de clérigo, y que ha llegado a un punto en el camino del despego de este mundo que le iguala con numerosos monjes. Casi me atrevería a decir que, por su ascetismo, merece estar en la categoría de los santos.

—Realmente me sorprende que no haya tomado el hábito todavía — comentó Reizei—. Los jóvenes suelen llamarle «el monje de incógnito».

Kaoru se encontraba en el aposento mientras los otros hablaban, y su conversación le interesó. También él, como aquel hombre de que hablaba el abad con tanto respeto, había puesto su corazón en lo que nos espera más allá del mundo visible, aunque hasta entonces (y ello le avergonzaba no poco) su devoción y buenos propósitos no se hubiesen ganado la admiración de nadie. Cuando oyó que se podía ser un santo sin tener que abandonar forzosamente el mundo, se puso a escuchar con mucha atención.

—El príncipe Hachi —prosiguió el abad— ha deseado siempre por encima de todo recibir la tonsura, pero he aquí que sus anhelos se han visto sistemáticamente frustrados por una u otra causa. Y hoy parece más difícil que nunca que pueda entregarse a su auténtica vocación, pues debe cuidar a dos hijas que no puede dejar solas. Ambas son dos intérpretes excepcionales —añadió, animándose, pues amaba profundamente la música—, y, cuando tocan juntas el laúd y el koto dejando que sus melodías se mezclen con el murmullo del torrente cercano, el que tiene la suerte de escucharlas se siente en el paraíso.

Reizei sonrió, pues el lenguaje anticuado del maestro le divertía no poco.

—No deja de ser sorprendente —le interrumpió—, pues no parece que las circunstancias que rodearon la educación de las jóvenes pudieran fomentar esas gracias. De todos modos, si el príncipe no sabe qué hacer con ellas, ¿por qué no me las confía? Soy más joven que él y seguramente le sobreviviré...

Reizei era el décimo hijo de su padre, y su proposición parecía absolutamente razonable. ¿Acaso no había confiado Suzaku a Genji su adorada Tercera Princesa? Reizei empezó a pensar cuan agradable podría resultar tener a su disposición dos instrumentistas tan excelentes. Kaoru no había prestado atención al comentario sobre las hijas, porque era el padre, Hachi, quien de veras le interesaba. ¿Cómo sería su piedad? ¿A qué clase de meditaciones se entregaba y cuáles eran sus aspiraciones últimas? Empezó a arder en deseos de conocerlo, de manera que, cuando el abad fue a retirarse, se le acercó y le dijo:

—¿Te importaría decirle al príncipe Hachi que me encantaría acompañarlo alguna vez en la lectura de las escrituras? No te pido que obtengas una cita, sino sólo que averigües cómo me recibiría...

Al quedar solo, Reizei envió una carta al príncipe Hachi, diciéndole:

«Alguien me ha relatado hoy cómo es tu vida y me he emocionado mucho...

»Mi desprecio por el mundo me empuja
hacia tus montañas, pero temo que has
construido muchas barreras para que mi
corazón no te alcance...»

El abad llegó a Uji antes que el mensaje del ex emperador y se dirigió inmediatamente a la casa del príncipe. Muy pocas veces llegaban mensajeros a aquel lugar remoto, y, en cuanto Hachi recibió la carta de su hermano, no cabía en sí de gozo. Pensando en una futura visita (lo recibiría en su jardín junto al arroyo), encargó vino y manjares delicados para sus huéspedes, y escribió este poema, a modo de respuesta:

«No me limité a renunciar al mundo, sino que me resulta infinitamente odioso. Por ello prefiero vivir aquí entre las montañas.»

Con aquel poema sólo quería dar a entender que no se consideraba merecedor de los elogios que Reizei le tributaba, pero no lo interpretó así su hermano, que vio en aquellos versos una prueba más de que el príncipe Hachi continuaba profundamente dolido con los que, a su juicio, le habían atacado injustamente, y no estaba dispuesto a olvidar el pasado. Aquel «odio infinito» conmovió profundamente al ex soberano.

El abad habló también con el príncipe de Kaoru, al que definió como un joven profundamente religioso:

—Se diría que estas cuestiones le apasionan —observó—. Parece que pretende llegar a dominar las escrituras y viene estudiándolas desde niño. Pero también se cuenta de él que vive atosigado por compromisos, tanto en la corte como en su casa, y no puede dedicar a su vocación todo el tiempo que desearía. De momento, su posición en el estado no le permite retirarse definitivamente a un monasterio. Sólo puede hacerlo de vez en cuando y por períodos breves de tiempo para que no empiece a correr el rumor de que se propone abandonar la vida pública. Eso es lo que me vino a decir, y, cuando le hablé de ti, se mostró muy interesado y me aseguró que se sentiría muy feliz si lo aceptases como discípulo.

—Se trata de un caso curioso —dijo el príncipe Hachi—. Por regla general los que llegan a la conclusión de que todo en el mundo es vanidad, lo hacen movidos por algún desengaño o desgracia particulares. Si Kaoru es, como parece, un joven brillante y prometedor, con una gran carrera por delante, este interés por la vida futura resulta admirable. Si se toman en consideración las diversas etapas de mi vida y los incidentes que la marcaron, a nadie le extrañará que me hartara del mundo y me consagrara a lo espiritual. Se diría que el mismo Buda ha procurado acumular catástrofe sobre catástrofe a lo largo de mi existencia, para que me desligue definitivamente del mundo físico. Y, sin embargo, aquí me tienes, con un pie en la sepultura y la mitad de mis pensamientos ligados aún a lo terrenal,

sin pensar en el futuro, ajeno a las advertencias de mi propio pasado... ¿Quién puede interesarse por un maestro de estas características? Dile que, si quiere venir, debe hacerlo como amigo y compañero (como un igual, en definitiva), dispuesto a compartir mis estudios y afanes, nunca como un discípulo.

A partir de ahí, el príncipe y Kaoru se escribieron, y un día el joven se presentó en Uji.

La vida que allí lo esperaba era extraña, mucho más extraña de lo que había imaginado. La casa, para empezar: aunque no esperaba hallar una mansión espaciosa y llena de muebles exquisitos, resultó ser poco más que una granja muy someramente acondicionada con muebles y enseres de una sencillez extrema. Hay aldeas de montaña realmente encantadoras por el silencio que reina en ellas: en Uji, en cambio, el estrépito del torrente y la furia del vendaval no daban tregua al espíritu. Quizás podía entenderse que alguien que buscaba la iluminación hubiese elegido aquel lugar tan sumamente inhóspito para aislarse definitivamente del mundo, pero ¿y sus hijas? ¿O no eran mujeres como las demás?

Sólo una pared de papel separaba la capilla, donde se encontraba el príncipe y su huésped, de los aposentos de las jóvenes. Un muchacho más interesado en el sexo opuesto se hubiera acercado a la pared y hubiese hecho saber su presencia a las «vecinas» de la habitación contigua. Consciente de lo cerca que estaban de él, Kaoru se sentía algo excitado, pero no estaba dispuesto a olvidarse de la razón principal de su visita, que no era sino liberarse de todos sus pensamientos y deseos «mundanos». No estaba dispuesto a caer en frivolidades de clase alguna. Conmovero por la noble figura de su huésped, se quitó del pensamiento todo lo demás, y, muy en especial, lo que había «al otro lado del papel». Insatisfecho con la primera visita, se convirtió en un habitual de la casa del príncipe.

Las lecciones que recibió de Hachi resultaron exactamente lo que deseaba, pues, aunque sólo era un diácono, ^[174] su competencia a la hora de explicar los textos sagrados y las observancias de su religión era extraordinaria, y se expresaba sin el menor asomo de orgullo o de ostentación de ciencia. El mundo estaba lleno de hombres santos y sabios,

pero los priores, abades y patriarcas que se proponían como modelo de virtud, nunca estaban disponibles y Kaoru no podía contar con ellos. Tampoco faltaban religiosos de menor nivel, buenos observantes de la disciplina búdica, pero solían ser tipos vulgares y serviles y se expresaban como rústicos ignorantes. Como Kaoru tenía los días muy ocupados, era precisamente en las horas nocturnas cuando más deseaba contar con compañía adecuada para sacar provecho de sus estudios y devociones. Era obvio que aquella gente no servía.

¡Cuan distintos todos ellos del príncipe Hachi! Acababa de dar con un hombre de apariencia distinguida y maneras discretas capaz de explicar los textos sagrados con un lenguaje tan diferente del que utilizaban los maestros más «comunes» que costaba darse cuenta de que estaba hablando de lo mismo. Nada parecía complicado ni misterioso cuando él lo explicaba apoyándose en parábolas e ilustraciones muy simples. Tal vez no había alcanzado la iluminación suprema, pero se notaban su alta cuna y exquisita sensibilidad. Kaoru empezó a desear no moverse de su lado, y cuando, por culpa de sus obligaciones en la corte, pasaba varios días sin verle, lo echaba mucho de menos.

Las visitas constantes de Kaoru despertaron el interés de Reizei por su hermano, y empezó a enviarle mensajeros con cartas y regalos, de modo que la solitaria casa de Uji empezó a animarse considerablemente. A veces el ex emperador le sorprendía con presentes fastuosos y viandas exquisitas, adecuadas a las estaciones y a las diversas festividades del año.

Así pasaron tres años.

II

Una vez más el otoño tocaba a su fin y había llegado el momento de las lecturas del inicio del nuevo trimestre. Como el estrépito del río al chocar con los diques de los pescadores resultaba insoportable, el príncipe Hachi decidió aceptar una invitación de su vecino el abad, e ir a pasar una semana en su monasterio, aunque pensara que sus hijas iban a aburrirse mucho sin su compañía.

Sucedió, pues, que Kaoru, que se había visto obligado a permanecer en la corte durante los últimos meses, sintiéndose tentado por la luna que asomaba por encima de las colinas, tomó la decisión de partir a Uji. Marchó en secreto, a caballo, con un solo acompañante y vestido de manera informal. Por suerte la casa se hallaba junto al río, y no era menester encargar un bote, pues la casa del príncipe estaba en la parte de acá del río. Mientras se acercaba a la aldea a través de las montañas abriéndose camino entre breñas, una espesa niebla descendió del cielo, y el viajero casi no distinguía donde pisaba. El viento, al sacudir las ramas de los árboles, bendecía su cabeza con enormes gotas de agua y hojas secas. Tenía mucho frío (por su propia culpa) y se sentía calado hasta los huesos. No estaba acostumbrado a viajar de aquel modo, pero, aunque todo resultaba profundamente incómodo, Kaoru se sentía muy excitado por la novedad. Recitó:

—Gotea el rocío de hojas que no resisten
al viento de la montaña. Pero mis lágrimas
caen con más libertad.

Prohibió a sus heraldos que anunciaran su llegada con las voces de rigor para no despertar a los lugareños. Al pasar junto al seto que bordeaba la finca, hubo de cruzar numerosos arroyos e hizo cuanto pudo para que su caballo pisara el suelo con cuidado para no armar estrépito, pero no pudo evitar que la extraordinaria fragancia que de su cuerpo emanaba, una fragancia que nada tenía que ver con la de ninguna flor conocida, penetrara

en las casuchas de los campesinos, y llenara de asombro a más de una familia desprevenida. Al acercarse a la morada del príncipe oyó los sonos vagos de una melodía. Sabía cuan aficionado era Hachi a la música y tenía muchas ganas de oírle tocar, pero hasta entonces no había tenido ocasión. ¡Por fin iba a tener la oportunidad que tan largamente había estado esperando! Adivinó que se trataba de un laúd, que alguien tocaba en la tonalidad de *ojiki* [175], y que sólo estaba improvisando un acompañamiento, pero el lugar y la hora otorgaban un especial encanto a aquellas notas, y, sobre todo, el uso rotundo del plectro por parte del intérprete. De vez en cuando sonaban los acordes delicados de un koto de trece cuerdas.

Kaoru se dispuso a esperar y a escuchar, pero, a pesar de sus precauciones, su llegada había sido descubierta, y apareció un hombre, seguramente uno de los guardianes, que le preguntó en tono harto rudo qué hacía allí. Al interesarse el joven por su amo, el hombre pidió disculpas y le hizo saber que, por razones que no venían a cuento, el príncipe se había refugiado en el monasterio de su vecino, el abad, ofreciendo enviarle un criado para anunciarle la visita.

—No lo molestes —se apresuró a responder—. Sería una lástima interrumpirlo en su retiro, que forzosamente no ha de ser largo. Me bastaría con rogar a las princesas que le hicieran saber cuánto he sentido tener que retirarme sin haberlo visto tras un viaje que me ha dejado empapado...

—Serán informadas —dijo el guarda, sonriendo, pero Kaoru volvió a llamarlo.

—Un momento, por favor —dejó caer el joven—. Me encantaría oír tocar a tus señoras, pues siempre he oído decir que tienen un talento natural para la música fuera de lo común. ¿Vamos a dejar escapar esta ocasión? ¿Hay algún escondrijo cerca desde el cual las pueda escuchar sin ser visto? Porque temo que, si me anuncio, dejarán de tocar, que es precisamente lo que quiero evitar a toda costa.

El guardián empezaba a darse cuenta de que su interlocutor era un personaje de cierta categoría, y, procurando mostrar respeto en sus maneras, le respondió:

—Cuando están solas, tocan de la mañana a la noche, pero, en cuanto hay algún extraño, sobre todo si viene de la ciudad, guardan silencio. La cuestión es que su alteza no quiere que se sepa que existen. Oficialmente no existen.

—Si esto es así —dijo Kaoru, riendo estrepitosamente—, los esfuerzos del príncipe por ocultar su existencia han sido vanos. Constantemente las oigo ponderar por gentes que afirman que son dos músicas excepcionales. Ea, acompáñame... Mis intenciones son irreprochables. (Y, efectivamente, su actitud no podía ser más grave y cortés, pensó el guardián.) Estoy convencido de que, tal como se cuenta, si no son perfectas, rayan la perfección...

—Si me descubren, me costará caro —se quejó el hombre.

Gimiendo y murmurando, le guió a una cerca de bambúes que ocultaba la parte de la casa en que vivían las princesas. Allí le dejó, llevándose a su paje a la galería oeste para ofrecerle algo de comer. Había una puerta en la cerca, Kaoru la abrió de par en par y miró al otro lado.

Girones de niebla primaveral flotaban delante de la luna, cubriéndola a medias, y era seguramente para disfrutar de aquella visión espectacular que los que vivían en la casa habían dejado las persianas medio levantadas. Una niña delicada, vestida con ropas arrugadas y que parecía tiritar de frío, estaba sentada en la parte exterior de la galería junto a una anciana que llevaba un atuendo similar. Las princesas estaban en el interior. Medio oculta por un pilar, una de ellas tenía un laúd y estaba jugando con el plectro. En este momento, la luna se deshizo de la niebla y se puso a brillar con todo su esplendor.

—¡Es curioso! —dijo la damita—. Se puede dar órdenes a la luna con un plectro, del mismo modo que otros lo hacen con un abanico.

Mientras hablaba, miraba hacia la ventana en dirección a la luna, y Kaoru se dio cuenta de que aquella joven era extraordinariamente hermosa y sonreía de un modo lleno de melancolía.

—Muy al contrario. El plectro sirve para ordenar al sol que vuelva a asomar.

La joven que acababa de hablar se encontraba apoyada en un cojín, y tenía la cabeza arqueada sobre un koto que reposaba en el suelo a su lado.

Reía mientras hablaba, pero, con todo, parecía que su observación iba completamente en serio, como si aquella constatación fuera muy importante.

—Sea como fuere —replicó la otra, que era la mayor—, es un hecho que existe algún tipo de relación entre los laúdes y la luna. ^[176]

Y siguieron conversando para asombro de Kaoru, desconcertado ante aquel intercambio de agudezas, impensable en dos muchachas que habían sido criadas de un modo tan poco convencional. Siempre había creído que hallar jovencitas maravillosas y cultísimas encerradas en granjas remotas era algo que no ocurría jamás en la vida real, sino sólo en las novelas que leían azafatas y criadas. ¡Y ahora resultaba que aquel tipo de aventuras cabía dentro de lo posible! ¡Ojalá la bruma no hubiese sido tan espesa! Casi no podía ver nada, y, cuando la luna volvió a brillar, habían echado las persianas. Las muchachas que le habían fascinado se movían con una gracia extraordinaria y no como rústicas lugareñas...

Kaoru se retiró de su observatorio y pidió un coche que lo llevara a la ciudad.

—Lamento que el príncipe no estuviera en casa —dijo al guardián que le había atendido—, pero lo que me has dejado ver me ha consolado mucho. ¿Podrías decirles que estoy aquí, y, además, mojado como un pez?

Cuando las jóvenes se enteraron de la presencia del visitante, quedaron muy sorprendidas, y la idea de que las había oído tocar y hablar de cosas tan poco serias, las avergonzó.

—¿No notaste una fragancia especial? —dijo Oigimi a la otra—. ¿Cómo no nos dimos cuenta?

Claro que ya era muy tarde y estaban fatigadas... La criada a la cual se había encargado que transmitiera el mensaje no parecía muy diligente, de manera que Kaoru decidió hacerse cargo personalmente del asunto. Aprovechando que la bruma había vuelto a descender, se acercó a la persiana y se arrodilló delante. Las criadas que servían en la casa no

supieron qué decirle, y, cuando les habló, callaron como muertas. Una de ellas, algo menos boba que las demás, le ofreció un cojín.

—No puede decirse que me sienta muy cómodo donde estoy —dijo el joven—. El viaje de la ciudad hasta Uji se las trae, porque el camino es todo cuesta y, a veces, resulta prácticamente intransitable... Y, por si ello fuera poco, la lluvia... Creo, pues, que merezco mejor trato. Dudo que un hombre con malas intenciones se hubiese embarcado en una empresa así. Tal vez, si repito la hazaña unas cuantas veces, se me tomará más en i serio en esta casa...

Las criaditas no sabían qué decir, y, para salir del paso, mandaron llamar a una azafata que estaba durmiendo en el otro extremo de la casa. Pero como la azafata no acabara de llegar, Oigimi se decidió a intervenir personalmente:

—Me temo que no sabemos de qué nos estás hablando —dijo en voz baja, y se retiró al fondo de la estancia.

—En la corte está a la orden del día asumir «aires de inocencia» —replicó Kaoru—, pero sentiría mucho, señora, que yo te forzara a ello, porque no puedo creer que alguien viva bajo el mismo techo que un hombre tan civilizado como el príncipe e ignore los rudimentos de la cortesía más elemental. Pienso que ha llegado el momento de que hagas honor a tu padre, y que te muestres capaz de percibir la intensidad de mis sentimientos. No, no admito que me consideres un aventurero como otro cualquiera. No hace falta subrayar que no me acerco a ti con intenciones de libertino, pues ni lo soy de natural ni me he dejado arrastrar por quienes pudieron tentarme en tal dirección. Únicamente te pido que me permitas aliviar el tedio con alguna conversación ocasional e intercambiar algunas cartas contigo de vez en cuando. Y creo firmemente que, en cuanto me conozcas algo mejor (teniendo en cuenta, además, que vives en un lugar tan solitario), no lamentarás la diversión que el trato conmigo puede proporcionarte. ^[177]

Oigimi, incapaz de responder a aquel discurso, cedió la palabra a una azafata madura, que se había incorporado algo más tarde a la reunión. Y no se mostró precisamente tímida ni taciturna.

—Tu visita, señor —dijo— resulta extremadamente bien recibida en esta casa, sobre todo teniendo en cuenta que muchos que deberían sentirse obligados a acudir a ella regularmente, parecen empeñados en olvidar que su alteza, mi señor, todavía está en este mundo. Debo confesar, pues, que incluso yo, que soy tan poca cosa, me siento profundamente agradecida por tu visita, y estoy segura de que mis señoras dirían lo mismo si no fueran demasiado tímidas para hablar con un extraño.

La franqueza de la azafata sorprendió a Kaoru, pero su manera de expresarse era sin lugar a dudas la de una mujer bien educada y con mundología, y su voz sonaba distinguida y bien modulada.

—Empezaba a desesperar —dijo el joven—. Pero tus palabras me han animado mucho, y me alegra pensar que tus señoras me entienden.

Kaoru se introdujo en la estancia por la ventana y se apoyó en un escabel. Las muchachas que le espiaban detrás del *kichó*, notaron, asombradas, que su sencilla capa de caza empapada de lluvia despedía una fragancia tan extraordinaria que parecía llegar de otro mundo.

Súbitamente la azafata entrada en años se puso a llorar.

—Señor —dijo—, es posible que me juzgues mal y pienses que me estoy mostrando demasiado locuaz, atendido mi puesto en esta casa. Proclamo que he hecho cuanto he podido por contenerme, pero hay algo que creo debes conocer... Durante años he estado esperando la ocasión (no de contarte toda la historia, porque eso llevaría demasiado tiempo), sino de poder hablar contigo. No he dejado ni un solo día de rezar para que mi deseo se hiciera realidad, y ahora que parece que he sido escuchada y tú estás aquí, delante mío, precisamente cuando podría empezar a explicarte lo que quería, un ataque de llanto me impide hacerlo... Temo que tendré que callar.

Kaoru sabía por experiencia que la gente mayor llora con facilidad, pero intuyó que, en aquel caso, había algo más.

—Lamento haber acudido aquí tantas veces y a costa de tantas fatigas y remojones sin saber que vivía en la casa una dama de tu sensibilidad —dijo Kaoru—. Ea, esta es la ocasión. No la dejes pasar y cuéntame todo lo que quieras.

—Tienes razón. Tal vez la ocasión no se repita —contestó la mujer entre sollozos—. Cierto es que nadie sabe si vivirá la mañana del día siguiente. Quiero que conozcas, al menos, cómo un vejestorio como yo se encontró mezclada en todo este asunto. Debes saber que lo que quiero contarte hace referencia a tu madre, la Tercera Princesa. Me llamo Ben no Kimi, y mi prima, Kojiju, era la azafata preferida de la princesa. Kojiju murió hace mucho tiempo, y casi todos los que se educaron a mi alrededor han pasado a mejor vida, aunque yo no me enteré hasta más tarde, porque pasé mucho tiempo en la provincia de Chikusi. Pero regresé hace seis o siete años y entré al servicio de mi actual señor. Ignoro si has oído hablar de Kashiwagi, que fue el hermano mayor de Kobai, gran consejero en la actualidad, pero estoy segura de que sí. ¡Cuánto tiempo ha pasado desde todo aquello y cuánto has crecido, Kaoru, en todos esos años! A veces pienso que fue un sueño...

»El caso es que mi madre fue nodriza de Kashiwagi, pero en los últimos tiempos de su vida me tocó a mí hacer sus veces y cubrir sus insuficiencias... El pobre muchacho murió... Fue terrible... Y en sus últimas semanas dio en hablarme, aunque, desde el punto de vista social, nos separaba un auténtico abismo. Pero había cosas de las que no quería hablar con los demás, y que, en cambio, no se avergonzaba de tratar conmigo. Cuando vio que el fin estaba cerca, me mandó llamar y me confió una serie de encargos que quería que yo hiciera después de su muerte. Había algo muy especial que quería que te dijera, pero si quieres que prosiga, tienes que acercarte a mí, y permitir que lo susurre en tu oído. Esas muchachitas piensan que ya he hablado demasiado, y seguramente no les falta razón...

El discurso de la mujer hizo a Kaoru el efecto de las revelaciones de una médium o de una hechicera. Pero algo quedaba fuera de duda: el secreto que aquella mujer se proponía revelar, tenía por fuerza algo que ver con aquella inexplicable incertidumbre que le atenazaba en los últimos años... El momento elegido para ello era, con todo, muy poco adecuado. Todos los ojos estaban pendientes de su boca, de manera que Kaoru optó por levantarse y decir:

—Me temo que no acabo de entender a dónde quieres ir a parar, pero tus palabras sobre los viejos tiempos han removido recuerdos que tenía sepultados en mi memoria. Pienso volver a que me cuentes la segunda parte de la historia. Tampoco voy vestido de un modo adecuado para que me contemplen a la luz del día. La bruma está a punto de desvanecerse, y ¿qué van a decir esas damitas de mí? Me gustaría quedarme por más tiempo, pero no sé cómo hacerlo. Me contarás el resto en otra ocasión.

Cuando se disponía a partir, empezó a doblar a lo lejos la campana del monasterio en que se hallaba el príncipe Hachi. De pronto, la tremenda soledad de aquellas personas, forzada por la vida retirada que se veían obligadas a llevar en medio de las montañas, se le hizo terriblemente presente. Compuso un poema dirigido a ellas, y se lo envió. Luego improvisó otro en alta voz:

—Al alba es difícil reconocer el camino
de vuelta a casa, pues la niebla envuelve el
monte Oyama y sus pinos.

»Qué triste parece todo...

Los habitantes de la casa empezaban a desperezarse, y no es difícil imaginar con qué curiosidad seguían contemplando desde la galería la figura del joven que, incluso en la capital, destacaba por su apostura. Cuando Ogimi hubo leído el poema de despedida del joven, recitó este otro, que compuso impromptu:

—El camino empinado que conduce a las
cimas envueltas de nubes, está ahora cerrado
por las brumas de otoño y se ha vuelto
intransitable.

Resultaba extraño cuánto le costaba alejarse de aquel lugar que tan pocos atractivos ofrecía a primera vista. Kaoru quería regresar a la ciudad sin ser visto, empresa difícil porque el sol ya empezaba a iluminarlo todo. Ello decidió al joven a dar marcha atrás, y regresó a la galería occidental de

la casa, donde se le había instalado un cojín, se sentó y se puso a contemplar el río. Allí escribió a Oigimi esta nota:

«Esta noche nos hemos hablado por primera vez y, sin embargo, yo he dicho mucho y tú muy poco. No debe extrañarte, pues, que quiera ganarme algo más de tu confianza. El hecho de que te empeñes en tratarme como un visitante cualquiera procedente del «mundo exterior» demuestra una falta de sensibilidad por tu parte que me desconcierta.»

Sus hombres habían estado en compañía de los pescadores que faenaban junto a los diques.

—¿Has visto a los pescadores? —le comentó un paje—. Parece que han cogido muy poco pescado... Se quejan de que los peces no quieren cooperar...

Almadias de leña bajaban por el río, mientras los pescadores se afanaban con sus redes y otros artilugios de su oficio. ¡Qué extraña vida la de aquellos hombres, siempre a merced del peligro que suponía aquella corriente que, a poco que lloviera, abandonaba su cauce e inundaba las orillas arrastrando consigo cuanto hallaba a su paso sin misericordia! Involuntariamente Kaoru se comparó con ellos: «¿Podemos considerarnos más seguros nosotros en nuestras terrazas de jade?», pues no pocas veces se había sentido, en su propio palacio, como flotando sobre un mar de incertidumbres que amenazaba con tragárselo.

Pidió de nuevo recado de escribir, y volvió a redactar una nota para Oigimi:

«No me cuesta adivinar tus tristes pensamientos...

»Mis mangas están húmedas como los remos y pértigas que tratan de dominar estas aguas, porque mi corazón conoce el de la Doncella del Puente.» [178]

En cuanto la muchacha recibió la nota, que le trajo un guardián a toda prisa por orden de su autor, lamentó no tener papel de calidad a mano para contestarla (¡qué humillación!), y hubo de recurrir a papel común desprovisto de aroma, pues no quería retrasar su respuesta. Escribió:

«Con mangas empapadas recorre el río el inspector infatigable, ^[179] salpicando mis mangas con el agua que, día y de noche, levantan sus remos.»

La caligrafía era impecable. En toda la noche no había conseguido detectar en la muchacha una sola falta, pensaba extrañado, cuando llegaron algunos de sus hombres a informarle de que el carruaje que había encargado para regresar a casa lo estaba esperando. Prometiéndolo volver en cuanto el príncipe Hachi se hubiese reintegrado a su hogar, pidió al guardián que le ayudara a quitarse la ropa empapada y a ponerse el atuendo de corte que acababa de recibir de la capital. Durante todo el viaje no dejó de pensar en la historia inacabada de la azafata entrada en años y, por encima de todo, en la calma hermosura de ambas princesas. Quizás el mundo no era, después de todo, un lugar tan despreciable. De momento perdió la prisa por dejarlo atrás.

III

Al día siguiente le faltó tiempo para enviar una nota de agradecimiento a Oigimi, procurando que no pareciera una carta de amor. La escribió sobre papel grueso y poco sofisticado, aunque eligió con sumo cuidado el pincel y cuidó mucho las gradaciones de intensidad de la tinta. Decía:

«Ahora lamento mucho que, en mi afán de no parecer impertinente, dejara tantas cosas sin decir. Pero, tal como he confesado ya en anteriores ocasiones, cuento con que en el futuro dejarás que te visite. En cuanto tenga

noticia de que su alteza ha vuelto a su casa, me apresuraré a acudir con la esperanza de que, para entonces, la espesa bruma habrá desaparecido de nuestra conversación.»

El tono de la carta era muy contenido, y su autor la puso en manos de uno de sus escuderos, cierto Sakon no Jo, con instrucciones de que la entregara a Ben no Kimi, la azafata entrada en años con que había conversado durante su anterior visita. Recordando el aspecto macilento del guardián que tan amablemente le atendiera, le envió abundantes provisiones y, al día siguiente, mandó presentes para el monasterio de Uji. Estaba en un lugar muy expuesto a los vientos, y pensó que en aquella época del año los monjes tenían por fuerza que pasar mucho frío. Por ello hizo enviar al príncipe colchas de seda y algodón y piezas de tela en abundancia, que llegaron justamente la misma mañana en que Hachi se disponía a regresar a su casa. El príncipe las distribuyó entre los clérigos, que se deshicieron en elogios dirigidos al benefactor.

Kaoru había dicho al guardián que conservase el atuendo que se quitara, empapado, antes de partir hacia la capital. Consistía en un conjunto de camisa y *uchiki* de finísimo brocado blanco, del que, además, se desprendía una fragancia exquisita. El pobre hombre no se lo quitaba de encima y, con sus rústicas facciones y su delgadez auestas, ofrecía un aspecto no poco extravagante. Y, luego, estaba el perfume, que a veces era objeto de burlas por parte de quienes trataban con él. El guardián hizo cuanto pudo para hacerlo desaparecer, pero sin éxito, y al fin hubo de resignarse.

—Esos cortesanos tienen un montón de secretos para que sus ropas huelan bien —decía el pobre hombre, excusándose—, ¡y yo no sé cómo se quita ese olor tan intenso!

La respuesta de Oigimi no se hizo esperar, y se caracterizaba por una sinceridad y una sencillez casi infantiles que encantaron a Kaoru. Al regresar el príncipe a su casa, le mostraron la carta del joven.

—No está escrita en el tono mucho más galante que los jóvenes de hoy suelen adoptar en esas circunstancias —observó—, pero ello resulta fácil de entender. Su interés por ti se debe a una insinuación que dejé caer cierto día sobre qué sería de vosotras dos cuando yo muriera, y él se ofreció

gentilmente a hacerse cargo de vuestros destinos. Visto así, un tono más «apasionado» estaría fuera de lugar.

El príncipe le escribió una carta agradeciéndole profundamente sus regalos, que «no cabían en su humilde cueva de las colinas», y Kaoru vio en la misiva una invitación para una nueva visita. Entonces pensó en su amigo, el príncipe Niou, que se pasaba la vida soñando con descubrir una joven cuya belleza y raros talentos el mundo no conociera todavía en un lugar remoto y extraño: exactamente lo que acababa de ocurrirle a él, y no pudo resistir la tentación de contar a su amigo, realzando un tanto los colores de la historia, su reciente aventura.

Una noche fue a visitarlo a la corte, y le habló del príncipe que vivía en Uji, describiéndole con bastante detalle lo que le había ocurrido allí aquella tarde de otoño.

—¡Qué maravilla de muchachas! —exclamó Kaoru, y se puso a añadir nuevos detalles a su relato.

—¿Y la carta? —se interesó su amigo—. Me hablas de una carta, pero no me la enseñas. Eso no está bien. Si yo estuviera en tu lugar, no te ocultaría nada.

—¡Mentiroso! ¿Cuántas cartas de los centenares que recibes a diario me has enseñado? —dijo Kaoru—. Pero no es mi intención guardarme esas muchachas para mí solo, pues sería malgastarlas. Pensé en llevarte conmigo para que las conocieras, olvidando que no puedes moverte con libertad por ser miembro de la familia imperial. Yo lo tengo mucho más fácil y, si quisiera embarcarme en una relación secreta, nada me lo impediría. He aquí las ventajas de no ser tan importante. Pero piénsalo: por fuerza ha de haber miles de bellezas ocultas tras montañas y colinas, esparcidas por el mundo y esperando que alguien las encuentre. Lo cierto es que hace años que oigo hablar de las princesas de Uji, pero nunca se me ocurrió ir a verlas. Siempre pensé que vivir bajo la tutela de un santo no es bueno para ninguna mujer. Pero si a la luz del sol resultan tan bellas como a la de la luna, no se puede pedir más.

Cuando hubo terminado, Niou ardía de celos. Kaoru no era de los que se sienten atraídos por cualquier mujer. Por fuerza las princesas tenían algo de

extraordinario, pues le habían causado tanta impresión. Quería conocerlas a toda costa.

—Sigue investigando —le dijo (y se le notaba impaciente)—, ya que mi rango me pone las cosas mucho más difíciles que a ti.

Y ni siquiera las ha visto, pensó Kaoru, sonriendo.

—¡Vamos! —dijo a su amigo—. Supongo que te habrás dado cuenta de que sólo te estaba tomando el pelo. Hay algo de lo que no puedo hablar que siempre me ha impedido tomar parte en los placeres ordinarios de este mundo. Por ello he dejado mucho que desear a la hora de flirtear con el sexo opuesto, pero, si pienso en un amor «de verdad», en uno de esos amores que nos transforman completamente, me horrorizo, pues supondría renunciar a cuanto supone mi principal anhelo en esta vida.

—¡Terrible! —exclamó Niou—. ¡Otro sermón de los tuyos! No es la primera vez que te oigo hablar en este tono, pero confiaba en que, después de la aventura que me acabas de contar, no volvería a escuchar nada parecido.

Lo cierto es que durante su visita (y casi desde que regresara de Uji) lo único que de verdad ocupaba el pensamiento de Kaoru eran las revelaciones de la azafata Ben no Kimi, y las indudables gracias de las misteriosas princesitas sólo le interesaban muy relativamente.

A principios del décimo mes se le presentó una nueva ocasión de regresar a Uji.

—Supongo que irás a la Fiesta de los Pescadores —le decían todos.

—No —respondía él—. Detesto los diques casi tanto como los peces...

Y, sin embargo, fue, pero esta vez no lo hizo a caballo, sino en un coche ligero, como de mujer, vestido con bombachos y un *uchiki* de tela basta y sin estampar.

Encantado de acogerle, el príncipe Hachi organizó un soberbio banquete con platos de la región y, en cuanto anocheció, se sentaron junto a las linternas a repasar ciertos textos que habían estudiado con anterioridad. Quedaban aún puntos que escapaban al príncipe, y mandó a buscar al abad para que les ayudara en su complicada labor interpretativa. No podía pensarse en dormir: el estruendo de la corriente embravecida del río y el

huracán, que sacudía violentamente ramas y árboles, hubiesen quitado el sueño al hombre más fatigado. El ambiente que reinaba en la casa no podía ser más sombrío y desapacible. Cuando empezó a apuntar el día, Kaoru se puso a hablar de música y les dijo que, durante su última visita, mientras la bruma matinal lo estaba invadiendo todo, tuvo la suerte de escuchar una melodía exquisitamente tocada por un koto y un laúd.

—¿Quiénes eran los intérpretes? —preguntó, fingiendo ignorancia.

El príncipe se hizo traer su koto.

—Dudo que sea capaz de hacer gran cosa —se excusó—. En los últimos tiempos me he entregado a ocupaciones muy distintas. A veces pienso que he perdido el gusto por los colores y los aromas de este mundo. Pero si alguien toca el laúd, aún me siento con ánimo de acompañarlo...

En este momento entró un criado con un laúd, que Hachi puso en manos de Kaoru.

—¿Cabe que este sea el mismo instrumento que escuché el otro día? —dijo el joven, mientras lo afinaba—. Ahora veo que el instrumento no es excepcional, y que todo el mérito debe atribuirse a quien lo tañía... No, yo no estoy a la altura...

Tocó unos cuantos acordes, y dejó el laúd en el suelo.

—¡Ea, no seas absurdo! —dijo el príncipe—. Sólo pudieron ser mis hijas, y ¿quién crees que hay en este lugar desolado capaz de enseñarles a tocar de modo que despierten la admiración de sus oyentes?

El príncipe se acercó a su koto y se puso a tocar una melodía extraña, tan luminosa y llena de fuerza que resultaba estremecedora. Quizás le inspiró la intensidad del viento en los pinos del monte, como dice el poema. Pero al poco rato dejó de tocar, aduciendo que lo había olvidado casi todo y sus dedos ya no le obedecían. Y, sin embargo, su breve actuación puso de relieve una sutileza y un gusto de primer orden.

—Debo confesar —prosiguió, tras apartar de sí el instrumentó— que a veces yo mismo me he sorprendido al comprobar los progresos de mis hijas en el terreno de la música. Lo cierto es que se las ha educado poco, y yo mismo me culpo a veces de haber sido un tanto negligente en este capítulo... Pero cuando están de humor, tocan un par de melodías como si

quisieran acompañar la canción del río. Si tuviesen que rivalizar con extraños, no creo que hicieran un papel sobresaliente... De todos modos, no veo razón para no pedirles que toquen ahora algo para nosotros...

En cuanto las princesas supieron qué se pretendía de ellas, se negaron a tocar.

—Ya fue bastante desgracia que alguien nos oyera la noche pasada cuando creíamos estar solas... —dijo una.

—Me pondría en ridículo —dijo la otra.

El príncipe insistió sin éxito: sus hijas no estaban dispuestas a tocar nada, de manera que Kaoru se sintió decepcionado.

—Han vivido tan apartadas del mundo —trató de justificarlas su padre, temiendo que Kaoru las tomara por dos lugareñas bobas y sin instrucción —, que su misma existencia era un secreto. Ahora pienso que seguramente me equivoqué, y me arrepiento de lo que hice, pues no me queda mucho tiempo en este mundo para corregir pasados errores. Si pienso en qué va a ser de mis dos hijas, tan poco preparadas para adaptarse a la sociedad de hoy día, me pongo a temblar. Sólo este reproche me seguirá ligando a la tierra el día que me llegue la hora.

—Puedo entender —repuso Kaoru— que no me consideres la persona más adecuada para actuar como tutor de ambas, pero ya he empezado a ocuparme de su situación para el caso de que te sobreviva, y puedes estar seguro de que cumpliré mis promesas.

—Sí, sí —dijo el príncipe, no muy convencido, antes de retirarse a rezar—. No deja de ser un gran consuelo.

Cuando se hubo ido, el joven llamó a Ben no Kimi, la azafata entrada en años, y le pidió que prosiguiera con su relato. Aunque no tenía menos de sesenta años, nada había en su manera de expresarse que indicara decrepitud o senilidad ni trazas de los usos dialectales de la provincia en que había vivido durante tantos años. Le contó, pues, con claridad y firmeza a pesar del llanto inevitable, el amor que consumió a Kashiwagi, su enfermedad y su triste fin. La historia era tan patética que habría conmovido a Kaoru aunque no hubiese tenido nada que ver con ella. Pero el joven llevaba años viviendo atormentado por el enigma de su nacimiento y había

orado muchísimo a Buda para descubrir la verdad. ¿Estaban obteniendo finalmente respuesta sus plegarias y llegaría a alguna conclusión definitiva a través de las revelaciones inesperadas de aquella mujer?

—Cuesta creer —dijo él, llorando— que alguien que recuerda con tanta claridad aquellos acontecimientos esté todavía entre nosotros. Pero yo no puedo haber sido el único que ha oído esa historia... Me sorprende que nadie me haya insinuado jamás nada de ello...

—Tan sólo mi prima Kojiju llegó a saberlo —repuso la anciana—, y nunca lo contamos a nadie. A pesar de nuestra humilde condición, tu padre nos hizo el honor de elegirnos para que le sirviéramos a todas horas, y por fuerza nos enteramos de lo que estaba pasando entre él y la princesa... Todas las cartas y notas pasaban por nuestras manos, porque, incluso cuando dejó de ir a ver a tu madre, había días en que no podía evitar escribirle. Claro que nunca habló del tema con nosotras, y fue sólo en su lecho de muerte cuando se refirió a él sin ambages, encomendándome a mí que te revelara la verdad cuando pudieras entenderla. Durante años he rezado para que se me presentara la ocasión de cumplir su deseo, y ahora reconozco que el Iluminado existe y vela por nosotros, pues mis preces han sido escuchadas, y estoy aquí, hablando contigo. Y ha sido bueno que ocurriera, pues empezaba a pensar en quemar ciertas cosas... ¿Quién sabe cuánto duraré?, me preguntaba, llena de angustia, pues había ciertas cosas que no quería dejar atrás, si no estaban en las manos adecuadas. Pero en cuanto supe que venías de visita a este lugar, me alegré de haber esperado. Estaba seguro de que, tarde o temprano, podría cumplir mi encargo.

Finalmente, deshecha en llanto, le narró de principio a fin la trágica historia de amor de Kashiwagi y la Tercera Princesa, y, a juzgar por la cantidad de detalles que recordó, se hubiese dicho que acababa de ocurrir.

—Cuando tu padre hubo muerto —añadió—, mi madre enfermó y murió también, de manera que me tocó llevar doble luto. Tanto me afectó lo sucedido que me dejé convencer por cierto sujeto que me había estado haciendo la corte durante años, un hombre de condición social inferior, y no pude resistir la tentación de partir con él al oeste del país. He aquí como llegué a perder todo contacto con la capital y la gente que conocía. Pero un

día mi amigo enfermó y murió también. Cuando regresé a la capital (habían pasado más de diez años desde que partiera), tuve la impresión de que llegaba de un mundo distinto. Mi primer propósito fue ponerme al servicio de Kokiden, la primera consorte del ex emperador Reizei, porque era hermanastra de mi difunto amo ^[180] y se hablaba mucho de ella en su casa. Pero cuando llegó el momento, no me vi con ánimos de entrar en el palacio de un ex soberano con todo lo que ello comporta. Tengo, también, cierto parentesco con las damas que viven en esta casa, pues mi padre era pariente lejano de su madre. Conozco al príncipe Hachi casi desde niña, de modo que finalmente decidí no permanecer en la capital, y eché raíces, como un árbol más, en estas montañas. Mi prima Kojiju ha muerto como casi todos los que conocí mientras servía a tu padre. No, no es muy agradable seguir viviendo cuando todos tus parientes, amigos y conocidos abandonan el mundo. A veces pienso que soy la última de mi generación.

Parecía que iba a seguir hablando durante horas, pero ya era pleno día y Kaoru hubo de pedirle que callara.

—Se diría que tu historia no ha llegado todavía a su final —dijo el joven—, pero te ruego que la suspendas de momento y esperes a continuarla cuando estemos en un lugar más adecuado y nadie nos oiga. Recuerdo vagamente a Kojiju. Tenía yo cuatro o cinco años cuando enfermó de unas fiebres y se nos fue de repente. Te agradezco profundamente tus revelaciones. De no haber sido por ti, hubiera llevado mi falta ^[181] a costas hasta la tumba.

La mujer le entregó una bolsa de tela que parecía contener pedazos de papel cerrada con un cordón y sellada.

—¡Destruyelos! ¡Que no caigan en manos de otro! —le dijo al dársela—. Mi amo los juntó y me los confió cuando se dio cuenta de que su vida estaba a punto de terminar. Creí que me sería fácil hacértela llegar a través de Kojiju, pero nunca más volví a verla.

Y este dolor nuevo venía a acompañar mi mala conciencia por no haber cumplido mi promesa.

Kaoru se guardó los papeles. Se sentía muy confuso, pues le parecía poco probable que la anciana hubiese estado tantos años «guardando»

aquella historia para ella sola. Sabido es que casi todas las mujeres sienten afición por el comadreo. Sea como fuere, había jurado por lo más santo que así lo había hecho y merecía un voto de confianza que no le iba a negar.

El general hizo un desayuno ligero y se despidió del príncipe.

—Ayer estaba libre porque el emperador se había retirado a hacer sus devociones —dijo antes de partir—, pero hoy volverá a palacio con todos nosotros. Luego he de visitar a la princesa de Reizei, que no se encuentra bien, y tengo otras tareas encomendadas. Pero prometo que regresaré antes de que las hojas de otoño hayan caído.

—Tus visitas son un faro que me ayuda a iluminar las tinieblas de estas montañas —le respondió Hachi.

Otra vez en la ciudad, Kaoru examinó la bolsa que la azafata le diera. Era de rico brocado chino y llevaba, bordada, la leyenda: «Para mi señora». Había sido cerrada y atada con sumo cuidado mediante un delicado cordón, y sellada con el de Kashiwagi. Kaoru la abrió con dedos temblorosos. En su interior halló numerosos trozos de papel de diversos colores y, entre ellos, cinco o seis respuestas de su madre a notas de Kashiwagi. De los dirigidos por Kashiwagi a la Tercera Princesa, había algunos que, a juzgar por la escritura (parecida a las huellas de un pájaro), databan de los últimos tiempos de su enfermedad. Una de las cartas, escrita en cinco o seis hojas de grueso papel blanco, se refería a la entrada en religión de la princesa y decía:

«Estoy muy enfermo... A decir verdad, estoy muriéndome. Casi no puedo sostener el pincel con el que te escribo, pero mi deseo de verte no hace sino aumentar de día en día... La noticia de tu tonsura me ha dolido profundamente. Con todo,

»Más tristeza me causa que tu renuncia al mundo, tener la seguridad de que voy a perderte para siempre.

»La noticia del nacimiento del niño me ha producido un extraño placer. No debemos preocuparnos por él, pues las circunstancias extraordinarias de su llegada al mundo le aseguran la protección del Iluminado...

»De serme dado vivir más tiempo velaría
por el pinito naciente oculto entre las rocas,
como por mí mismo.»

Aquí concluía la carta, como si la mano que la escribiera hubiese perdido la fuerza de repente. En el reverso figuraba escrito, con caracteres aún más titubeantes: «Dadlo a Kojiju». Aunque el papel evidenciaba la labor destructora de las polillas, las letras parecían acabadas de trazar. Hubiera constituido una auténtica catástrofe que la bolsa hubiese caído en otras manos, pensó, triste y alarmado. El relato de su propio nacimiento — el más extraño que jamás escuchara— le había conmovido tanto que no se sentía con ánimo de regresar al palacio imperial, y fue a visitar a su madre.

La encontró en la capilla, leyendo plácidamente las escrituras. En cuanto la monja lo vio, dejó el sutra y le sonrió. ¡Qué joven parecía aún! ¿A qué revelarle que conocía su secreto? Hubiese sido una crueldad imperdonable, se dijo, mientras iba repasando mentalmente los detalles de la terrible historia.

Capítulo 46 A la sombra del roble

I

El día veinte del segundo mes Niou peregrinó a Hatsuse. ^[182] Lo hizo en cumplimiento de un voto hecho muchos años atrás, y el hecho de que, de pronto, después de tantos años de espera, ejecutara su antiguo plan se debió

a su interés por visitar Uji, donde suelen parar los peregrinos en su camino de vuelta a la capital. El nombre del lugar le resultaba conocido por cierto verso muy popular, ^[183] pero el joven tenía razones especiales para sentirse ilusionado ante un viaje que iba a llevarlo en aquella dirección. Le acompañaron tantos amigos y escuderos, que la corte quedó medio vacía. No muy lejos, junto a la orilla del río Uji, había una hermosa hacienda que Yugiri había heredado de su padre. El ministro ordenó que los responsables del cuidado de la mansión hicieran los preparativos necesarios para recibir a «su alteza».

En un principio Yugiri se propuso ir en persona a recibir a Niou a su regreso de Hatsuse, según exigía el protocolo, pero los astrólogos se lo desaconsejaron formalmente, y al fin se abstuvo de hacerlo, decepcionando con ello a Niou. Pero en cuanto se enteró de que Kaoru estaría allí, el peregrino imperial se alegró de que, por una vez, se quebrara el protocolo. Enseguida decidió que lo enviaría al otro lado del río, que era donde se encontraba la casa del príncipe Hachi, para investigar y preparar el terreno. Por otra parte, la severidad de Yugiri le imponía no poco, y le obligaba a mostrarse solemne en su presencia muy en contra de su voluntad.

Formaban parte del acompañamiento de Kaoru algunos hijos de Yugiri: un moderador, un chambelán, un capitán y dos oficiales de menor graduación. Siendo el favorito de sus «imperiales progenitores», Niou gozaba de gran popularidad y prestigio entre la juventud cortesana, e incluso los más humildes y menos influyentes de los oficiales y escuderos se referían a él llamándole «nuestro príncipe». Siguiendo las instrucciones de Yugiri, los aposentos destinados a él y a su cortejo fueron amueblados con el mayor cuidado para que pudieran alojarse en ellos con las máximas garantías de comodidad. Trajeron tablas para jugar al *go*, al *sugoroku* y al *tugi*, y mientras unos se entretenían con ellos, otros preferían las pruebas de fuerza y de habilidad. Poco acostumbrado a viajar, Niou decidió pasar allí la noche. Después de una breve siesta para reponer fuerzas (nunca antes había hecho un viaje tan largo), se hizo traer su koto e improvisó un concierto, en el que la voz cristalina del río se dejó oír como un instrumento más, tal vez el más bello de todos.

La casa de Hachi estaba en la otra orilla y a un tiro de piedra. Cuando la música llegó a oídos del príncipe en alas de la brisa, se sintió transportado a sus días en la corte. «¡Qué extraordinario flautista!», se dijo, «Genji tocaba maravillosamente la flauta, y lograba efectos realmente encantadores, pero éste tiene otro estilo, otra manera de tocar distinta, se diría que más clara y expresiva... ¡Me recuerda la manera de hacer música de To no Chujo!»^[184] ¡Cuánto tiempo llevaba el hombre sin tomar parte en esparcimientos de aquella clase! ¡Podía afirmarse que, mientras viviera en Uji, había sido un auténtico muerto en vida! Aquella situación no podía seguir, pensó, aunque sólo fuese por sus hijas, que, ahora, le daban muchísima pena. Pero ¿cómo sacarlas de aquellas malditas montañas? Kaoru hubiese sido el yerno perfecto, pero no parecía presentar ninguna inclinación especial al amor ni a la galantería... Claro que, de haber detectado en él trazas de frivolidad (por no hablar de libertinaje), tan frecuentes en los jóvenes de hoy, hubiese tenido mucho reparo en confiarle a sus hijas... La situación parecía especialmente complicada, y el príncipe se hallaba perplejo. Miró al otro lado del río. Se hubiese dicho que la noche de primavera iba a ser eterna... En cambio, para Niou y sus compañeros, a los cuales una noche fuera de casa parecía un acontecimiento extraordinario, la visita a Uji duró poco más de un instante. Además, todos bebieron mucho y no se enteraron de gran cosa. A la mañana siguiente Niou se resistía a partir.

Guirnaldas de nubes adornaban el cielo, los cerezos empezaban a cubrirse de flores que embalsamaban el aire con su perfume y los sauces se mecían junto a la orilla del río, ora inclinándose ora volviéndose a erguir, a merced del viento... Era una visión nueva que encantó a los visitantes de la ciudad, y no se decidían a despegarse de ella. Kaoru pensó que sería una lástima no visitar al príncipe Hachi, pero quería evitar a toda costa que lo vieran sus compañeros, sobre cuya curiosidad no tenía duda alguna. No quería que su indiscreción molestara a las dos damitas que había conocido hacía poco... Mientras estaba dando vueltas a esta idea, le llegó un mensaje del príncipe. Decía así:

«El viento me trae el son de tu flauta
abriéndose paso a través de la niebla, pero
me enfada que no te decidas a atravesar las
olas blancas de espuma.»

La caligrafía, fuerte y masculina, revelaba distinción. Niou, que estaba con Kaoru, adivinó enseguida de donde venía el mensaje, y, tras pedir permiso al otro, contestó con este poema:

«Aunque el mundo entero, como una
gran ola, separe estas dos orillas, no dejes de
venir hasta mi puerta, viento de las montañas
de Uji.»

Con la nota en la mano, Kaoru se dirigió a la casa del príncipe. Le acompañaban hombres que destacaban por su afición a la música. Mientras una gran barca de remos los transportaba al otro lado, tocaron «La canción del río». Poco les costó bajar a tierra pues había un desembarcadero muy bien construido que daba acceso a un pequeño pabellón junto al río. También la casa del príncipe les pareció muy hermosa, sobre todo en comparación con la que les había acogido durante la noche. Se la veía acabada de limpiar y cuidadosamente arreglada para recibir visitas: los escasos muebles y las mamparas de bambú con marcos lacados evidenciaban el buen gusto de su dueño, y parecían muy en consonancia con aquel lugar entre montañas. Hachi había hecho traer kotos y laúdes antiguos fabricados por auténticos maestros que ahora se hallaban distribuidos al azar sobre el suelo del aposento como objetos sin importancia. Los huéspedes formaron su orquesta e interpretaron «La muchacha de las flores del cerezo» en la tonalidad de *ichikotsu*,^[185] por ser la más adecuada para las flautas, y, cuando hubieron concluido, insistieron para que su anfitrión les tocara algo en su famoso koto de siete cuerdas.^[186] Todos habían oído hablar del talento musical de Hachi y morían de ganas de escucharlo, pero, aunque tomó el koto en sus manos, sólo se unía a los otros músicos muy de vez en cuando. Los jóvenes, que no estaban acostumbrados

a aquella manera de tocar, quedaron cautivados por sus sonos profundos y misteriosos que los conmovían extrañamente.

También el refrigerio que se les sirvió pareció algo anticuado, pero todo estaba riquísimo, infinitamente mejor de lo que esperaban. En los alrededores vivía bastante gente mayor que, aun no siendo de la familia imperial, pertenecían a clanes muy distinguidos, algunos de los cuales habían llegado incluso a emparentar con el del soberano. Cuando supieron de la visita de Niou, se ofrecieron a su vecino para ayudarlo en los preparativos. Durante todo el banquete se les llenaron las copas sin parar, y los escanciadores, aunque un tanto rústicos, desempeñaron más que correctamente sus funciones. No pocos huéspedes no podían quitarse de la cabeza qué estaría ocurriendo en los apartamentos de las dos damitas, pero el más interesado de todos era Niou, aunque su rango de príncipe imperial le impedía embarcarse públicamente en aventuras frívolas.

Aunque no formaba parte de la expedición y había permanecido en la mansión de Yugiri, no fue capaz de contenerse, cortó una rama de cerezo en flor y la envió al otro lado del río por medio de un pajecito elegantemente vestido. La acompañaba un poema que decía así:

«Aquí, donde florecen los cerezos de la
montaña, corto, al igual que tú, unas flores
para adornar mi gorro.

»Este lugar me ha encantado, y he pasado la noche en él...»

¿Qué respuesta le esperaba? Las princesas quedaron desconcertadas, y Oigimi no sabía cómo contestar a la nota, pero algo había que enviar, si había que hacer caso de las azafatas más expertas. Tampoco se requería un poema excesivamente formal, ni procedía hacer esperar demasiado al príncipe. Finalmente Oigimi dictó esta respuesta a Naka no Kimi:

«Si en tu viaje de primavera no has
pasado de largo ante mis setos, ha sido sólo
porque querías adornar tu gorro con mis
flores.

»¿Tanto esfuerzo sólo para eso?«

La caligrafía era sutil y encantó a Niou. Había música en ambas orillas del río, y la brisa llevaba las melodías de un lado a otro, manteniendo en contacto constante a intérpretes y aficionados. Cuando menos lo esperaba, se presentó Kobai con su escolta, cumpliendo órdenes del emperador, para acompañar a su alteza Niou a la capital. Mucho les costó despedirse del lugar a aquellos jóvenes, y no paraban de volver la cabeza atrás, mientras Niou se prometía que regresaría de visita en cuanto diera con una excusa plausible. El panorama era mágico, con los cerezos en su momento de máximo esplendor medio envueltos en la bruma que se levantaba del río. La ocasión inspiró un sinfín de poemas en chino y en japonés, pero no me tomé la molestia de copiarlos.

Niou se sentía insatisfecho porque no había sido capaz de escribir la nota que él hubiese querido. A partir de entonces envió numerosas cartas prescindiendo de la mediación de Kaoru. El príncipe Hachi, que se hallaba al corriente de aquella correspondencia, decía a sus hijas:

—Deberíais contestar... Pero procurad no parecer demasiado serias, pues sólo serviría para excitarlo más todavía. En el fondo, no es más que un juego... Estoy seguro de que se cartea con infinidad de jóvenes como vosotras, pues es obvio que le divierte. Tomadlo como un placer inocente y no le deis más importancia de la que merece.

Fue Naka no Kimi la que se hizo cargo de la tarea de responder, pues su hermana Oigimi detestaba, por insinceros, esos intercambios «galantes» que a la sazón estaban tan de moda. Mientras tanto la melancolía del príncipe Hachi aumentaba sin cesar, y los largos días de primavera llegaron a parecerle insoportables. También la hermosura de sus hijas, aunque cueste creerlo, servía para agravar sus dolencias. Si fueran unas criaturas insignificantes, se decía, poco importaría dejarlas sepultadas para siempre entre estas montañas. Oigimi tenía ya veinticinco años y su hermana veintitrés.

Los adivinos habían dejado claro que aquel año sería especialmente difícil para él, y vivía más entregado a sus devociones que nunca. Su corazón había dejado de pertenecer a este mundo, y tenía la intención de

abandonado lo más pronto posible, pero su obsesión por el futuro de sus hijas le impedía dar el paso definitivo.

—Siempre ha demostrado una gran fuerza de voluntad —comentaban los que lo conocían—, pero ¿cómo sobrellevará el momento final? ¿Se interpondrá el amor que siente por sus hijas en el camino de su salvación? [187]

Aunque siempre había sido ambicioso en este terreno, ahora se decía que si encontraba un yerno pasable, es decir, de un rango que no lo pusiera en ridículo ante sus iguales, y que se mostrase capaz de ocuparse en serio de las princesas, estaría dispuesto a dar su bendición al enlace. Le bastaba con casar a una, pues ésta cuidaría de la otra. Pero hasta la fecha no se había presentado ningún pretendiente de verdad, que se declarara realmente enamorado de alguna de las jóvenes. De vez en cuando llegaba alguna cartita o algún joven frívolo, yendo o regresando del monasterio, se detenía en la puerta de su casa con intenciones dudosas y pedía ser admitido a su presencia, pues, siendo del dominio común que las muchachas habían crecido y se habían educado en aquel lugar silvestre, los tipos aventureros se las imaginaban como rústicas lugareñas, dispuestas a dejarse tentar por cualquier proposición viniera de donde viniese. No, Hachi no quería saber nada de esa clase de gente y exigía que sus notas y billetes fueran rechazados. Por otra parte, estaba el príncipe Niou, que aseguraba en sus misivas que no descansaría hasta haber conocido a las princesas. Hachi moría de impaciencia a la espera de una visita del joven, preguntándose si aquel interés especial que manifestaba no procedía de algún vínculo existente en una vida anterior.

II

En otoño Kaoru fue ascendido a consejero. El nuevo cargo trajo consigo nuevas responsabilidades en un momento en que sus problemas personales le impedían ocupar su mente con otras cosas. Durante años la incertidumbre sobre su origen lo había atormentado profundamente, pero, una vez descubierto el secreto, su conciencia seguía profundamente intranquila. Las circunstancias de la muerte de su padre Kashiwagi fueron tales que las honras fúnebres que hubiese tenido que dedicarle su hijo (y que no le dedicó por ignorancia) no habrían servido de gran cosa. [188] Y, sin embargo, esta conclusión tan obvia no resultaba suficiente para tranquilizarlo, de modo que hizo saber sus sentimientos a la anciana azafata de Uji.

Corría el séptimo mes, y llevaba mucho tiempo sin ver a «su alteza» Hachi, de modo que decidió visitarlo. El otoño no había llegado aún a la capital, pero, en cuanto se acercó al monte Otoña, la brisa ya había refrescado. Al avistar el monte Oyama las ramas empezaban ya a mostrar los colores tostados de otoño, y, a medida que se acercaba a Uji, el paisaje le parecía cada vez más bello.

El príncipe lo acogió calurosamente y se puso a hablarle de los pensamientos melancólicos que no lo abandonaban ni de día ni de noche.

—Espero que, cuando ya no esté —le dijo—, vendrás aquí de vez en cuando a ver cómo están mis hijas...

—¡Claro que sí! —respondió el otro—. Y me sentiré muy feliz si puedo ayudarlas en algo... Pero no cuentes demasiado conmigo, pues tengo la intención de renunciar pronto al mundo. Sería un error, pues, comprometerse demasiado. Pero mientras no me haya tonsurado, haré cuanto pueda, te lo prometo.

El príncipe se tranquilizó. Entrada la noche, la luna salió de detrás de las nubes y descendió hasta casi rozar la silueta de las colinas, mientras Hachi se sentaba en un lugar que su luz iluminaba para recitar sus plegarias. Luego se puso a recordar los «viejos tiempos»:

—¿Cómo es ahora la vida en la corte? En mis tiempos, durante las noches de otoño los cortesanos solían reunirse en los aposentos de su majestad. Los mejores intérpretes de cada instrumento acudían a lucirse y las piezas de orquesta se sucedían, a cual más elaborada. De todos modos, todo resultaba demasiado «formal», al menos para mí. Sólo había un lugar en palacio donde se podía escuchar música digna de este nombre, y era en las estancias privadas de las principales favoritas del soberano. Allí vibraban las melodías con pasión auténtica, porque era la única manera que tenían aquellas mujeres de dar rienda suelta a sus celos, rivalizando las unas con las otras sin que nadie pudiese acusarlas de faltar al protocolo. ¡Qué trágica intensidad preñaba aquellas notas que, de pronto, rompían el silencio de la plácida noche otoñal para clavarse en el alma del oyente! Aquella música decía lo que jamás hubiesen podido expresar con palabras...

»¡Ay, las mujeres! ¿Quién negará que son nuestro principal consuelo? Aunque sean inferiores al hombre, su compañía puede potenciar como nada la capacidad de sentir placer del afortunado que está con ellas... Por ello se las considera la causa principal del pecado. Cuando pensamos en los dolores de cabeza que los hijos causan a sus padres, en realidad estamos pensando en los que causan las hijas, pues los chicos suelen ser poco problemáticos. De todos modos, el padre sensato sabe que, a partir de cierto punto, es mejor dejar la hija a su aire y no pensar más en ella. ¿Pero cuántos padres realmente sensatos existen en la tierra?

Aunque estaba hablando en términos generales, era obvio que se refina a sí mismo y a sus hijas.

—Te he dicho lo que pienso acerca del mundo —le interrumpió Kaoru, cambiando de tema—. Por ello no he aprendido ningún arte digno de tal nombre, con la única excepción de la música. Soy el primero en estar convencido de su inutilidad, pero me cuesta mucho renunciar a ella. De todos modos, no soy el único. Cierta discípulo de Buda no podía escuchar música sin ponerse a saltar y a bailar... [189]

En el fondo, ardía en deseos de que el príncipe consiguiera hacer tocar a Oigimi, pues tenía mucha curiosidad por oírla después de haber escuchado una pequeña muestra de sus habilidades algunos meses atrás. Hachi pensó

que se le servía en bandeja un pretexto para hacer las presentaciones, y se fue a los aposentos de las jóvenes. Se oía sonar un koto. Aquella melodía improvisada en aquel lugar tan silencioso y alejado del mundo bajo un cielo que empezaba a vestir los colores del alba, encantó a Kaoru. Pero la princesa no estaba dispuesta a ofrecer nada más.

—He hecho todo lo que he podido —dijo Hachi al joven, mientras se dirigía a su capilla para entregarse a sus rezos—. Tendrás que entenderte tú mismo con este par de damitas. Te quedan años por delante...

»Aunque después de mi muerte esta cabaña de hierba se deshaga en ruinas, tu promesa solemne debe durar eternamente.

»Tengo la impresión de que no volveremos a vernos... Debes pensar que sólo sirvo para quejarme... Kaoru le contestó:

—Pase lo que pase, jamás olvidaré esta «cabaña de hierba», en la que te prometí un día ocuparme de tu estirpe.

»Ahora debo ocuparme de la competición de sumo, ^[190] pero, en cuanto haya terminado, volveré a visitarte.

En cuanto el príncipe se hubo retirado orar, Kaoru llamó a Ben no Kimi y le pidió más detalles sobre la historia que le había contado. Luego se dirigió a los aposentos de las princesas. La luna, a punto de desaparecer del cielo, iluminaba la estancia con sus últimos rayos, y recortaba la silueta del joven a través de las cortinas del *kichó* como en un espectáculo de sombras chinas. Al descubrirlo, las princesas se retiraron al fondo de la estancia en silencio. Había que reconocer que Kaoru no se parecía a los demás jóvenes. Hablaba sin alterarse y en un tono profundamente serio sin un ápice de frivolidad ni de galantería en su discurso. De vez en cuando Oigimi dejaba caer alguna frase.

¿Qué no hubiese dado Niou, pensaba Kaoru, por tener una oportunidad como aquélla? ¿Y cómo era posible que ambos fuesen tan distintos? El príncipe le acababa de ofrecer a ambas muchachas... ¿Por qué no corría él a

hacerlas suyas? Nunca había descartado contraer matrimonio con una de ellas, pues en las conversaciones mantenidas hasta entonces (sobre las flores de la primavera, las hojas del otoño y otros temas parecidos), ambas habían dado muestras de ser discretas y sensibles, y le incomodaba pensar que otro podía llevárselas porque, en el fondo de su alma, ya las consideraba casi como de su propiedad. Y, sin embargo,... Partió antes de la aurora pensando en el príncipe Hachi y en su obsesión morbosa de que se le acercaba el fin. Cuando hubiera cumplido con sus obligaciones en la corte, se dijo, volvería otra vez.

Mientras tanto, Niou seguía muriéndose de ganas de regresar a Uji a ver las hojas de otoño, y buscaba una excusa plausible para ausentarse de palacio. Seguía escribiendo a ambas princesas, y el tono desenfadado de sus cartas divertía a las jóvenes, que le contestaban, convencidas de que aquella relación epistolar no suponía compromiso alguno.

Al acercarse el fin del otoño, la melancolía del príncipe se ensombreció más aún. Decidió que era tiempo ya de retirarse de una vez por todas donde nada se interpusiera entre él y sus devociones, pero quiso antes dar algunas instrucciones a sus hijas.

—Siento que mi final definitivo está muy cerca —les dijo—. Todos debemos partir un día u otro, pero el dolor que ello supone no es tanto si tenemos al lado a alguien con quien compartirlo. Dejo a vuestra imaginación considerar cuan dura resulta para mí la partida, sabiendo que no puedo llevaros conmigo y que quedáis aquí solas. Pero no tendría sentido andar perdido por el otro mundo por haber dejado vínculos en este. Incluso mientras he estado con vosotras en la tierra, he vivido como si estuviera ya fuera de ella, y no seré yo quien os revele qué pasará cuando no esté. Tan sólo os pido que penséis en vuestra madre y no hagáis nada que hubiese podido avergonzarla. Hombres indignos de vosotras tratarán de apartaros de esas montañas, pero no debéis ceder a sus requiebros y embelecocos. Tened la seguridad de que no es esto lo que el destino os tiene reservado, porque sois diferentes de los demás, y permaneced solas en Uji. Una vez hayáis tomado una resolución firme en este sentido, los años pasarán tranquilos y sin sufrimientos. Gran cosa es para una mujer (y

también para un hombre) pasar la vida desapercibida, lejos del mundo y de sus calumnias.

Las princesas no se habían planteado jamás cómo iba a ser su vida en el futuro, cuando no tuviesen a su padre al lado. Las instrucciones del príncipe las llenaron de incertidumbre, pero lo que más les dolió fue descubrir que todo el tiempo que había pasado cuidándolas (y ellas hubiesen jurado que ello le producía un enorme placer), había estado fingiendo porque, en el fondo, sólo deseaba dejarlas para seguir su vocación. Aunque no parecía justo acusar al hombre de crueldad, no pudieron evitar sentir cierto resentimiento contra él.

El día que precedió a su partida dio muchas señales de nerviosismo y vagaba de un lado a otro por su casa, que siempre había considerado poco más que un refugio temporal después de la destrucción de su palacio. Se le veía definitivamente liberado de toda atadura terrenal y entregado de lleno a sus devociones... Sus hijas se sintieron más solas que nunca: ¿qué suerte les esperaba después de su muerte?

El hombre convocó a las azafatas de más edad.

—Haced cuanto podáis por ellas como un último favor hacia mí —les dijo—. El mundo no se inmuta cuando se arruina una familia vulgar, pues ocurre todos los días. Pero la posición de mis hijas es muy distinta. Con independencia de lo que los demás puedan pensar, ellas se deben al augusto linaje del que proceden. Tened presente que no sólo os encomiendo el honor de vuestras señoras sino el buen nombre de una gran estirpe, que ha mantenido una fama impecable de generación en generación. Sé que la vida en mi casa no puede describirse como fácil ni alegre, pero no es peor que la de muchas otras personas en vuestra situación, y tenéis que pensar que el cumplimiento del deber no tiene como única finalidad ganarse el respeto de los demás, sino, por encima de todo, el de uno mismo. A todos gusta el lujo y la diversión, pero, pase lo que pase, jamás debéis permitir que mis hijas contraigan matrimonios indignos de ellas.

Cuando fue a despedirse de las princesas, la luna se había borrado del cielo.

—No os sintáis solas cuando yo ya no esté —les dijo—. Procurad mostraros alegres y estar siempre ocupadas. Haced música o lo que sea... En este mundo nunca se obtiene todo lo que se anhela. Aprended a aceptar las cosas según se presenten.

Mientras se dirigía al monasterio, no paraba de volver la cara para verlas por última vez. A pesar de sus discursos, las jóvenes se sentían muy tristes. ¿Qué ocurriría si una de ellas se iba y dejaba a la otra? Después de tantos años de vivir juntas, no podían concebir la vida separadas.

La noche en que estaba previsto que las devociones del príncipe concluyeran y él regresara a su hogar, llegó un mensajero con la noticia de que «su alteza» no se encontraba bien y había decidido retrasar su vuelta.

—Todo empezó esta mañana —contó el hombre—. Pensamos que se trata de un resfriado y lo estamos curando como tal... Pero no deja de quejarse de no poder veros...

Las princesas estaban consternadas. ¿Y si su padre se encontraba realmente grave? Para contribuir a su curación se apresuraron a enviarle mantas y ropa gruesa. Pasaron dos o tres días y no se apreció señal de mejoría. Los mensajeros hablaban de un malestar generalizado como tantos otros que había sufrido el paciente a lo largo de su vida, pues el príncipe tuvo siempre poca salud. Su alteza había dicho que, a la menor mejoría, regresaría a su casa.

Su amigo y maestro el abad le prohibió abandonar el monasterio, y pasaba el tiempo a su lado.

—Puede parecer una enfermedad más —le decía—, pero quizás sea la última. ¿Cómo sigues tan preocupado por tus hijas? Todos tenemos nuestro propio destino, y carece de sentido preocuparse por el de los demás.

En el vigésimo día del octavo mes, una época del año especialmente deprimente, sobre todo en Uji, donde las nieblas no se levantaban ni de día ni de noches, la luna se puso a brillar de pronto de un modo anormal, pintando de luminosa plata la superficie del río. Las persianas de las ventanas que daban a las montañas en los aposentos de las princesas fueron levantadas y, mientras ambas contemplaban el paisaje, les llegó el débil tañido de una campana desde el monasterio, como si anunciara la aurora.

Pero al poco se presentó un mensajero deshecho en llanto: el príncipe había fallecido aquella noche.

Durante semanas habían estado temiendo la noticia fatal, y, sin embargo, cuando llegó, las cogió completamente por sorpresa. Ni siquiera acudieron lágrimas a sus ojos. Completamente postradas, se sentían incapaces de articular una sola palabra o de hacer el menor movimiento. Todas las muertes son lamentables, pero aquélla lo era especialmente, pues no habían podido acompañar a su padre en sus últimos momentos. Nadie las hubiese criticado de haberse deshecho en lamentos y gemidos de dolor hasta rasgar las cortinas del cielo, pues les parecía imposible seguir viviendo sin él. ¿Qué suerte les esperaba? Debían aceptar que su padre había emprendido un camino por el que no podían seguirle, y las lágrimas no podían cambiar esta cruel realidad.

Tal como había prometido hacía años al difunto, el abad se ocupó personalmente del funeral. Las princesas solicitaron poder contemplar el cadáver de su padre, pero el maestro se opuso:

—Conseguí convencerle —les hizo decir— de que era por su propio bien que se alejó de vosotras en estos días finales, y a vosotras toca ahora procurar aprender cuanto antes a vivir sin él.

Las princesas deseaban oír detalles sobre los últimos días de su padre, pero los relatos del abad, llenos de consideraciones morales y teológicas, resultaron secos e inhumanos, y no les informaron sobre nada de lo que realmente le interesaba. Durante años el príncipe había deseado ardientemente tonsurarse, pero, faltándole alguien que se ocupara de sus hijas, había ido posponiendo el cumplimiento de su deseo por temor a abandonarlas a su suerte. Incluso en sus últimos momentos pensó en ellas, y eso, a juicio de su maestro, era un grave inconveniente a la hora de asegurarse la salvación, pues las puertas del paraíso sólo se abren a quienes llegan a ellas libres de todo deseo o anhelo humano. ^[191]

La noticia causó profundo pesar a Kaoru. Quedaban tantas cosas por decir... ¡Ojalá hubiese podido pasar otra tarde, sólo una más, junto al príncipe Hachi! No podía quitarse de la mente la idea de la impermanencia de todo lo humano, ni dejar de llorar amargamente como si acabara de

perder a su propio padre. El príncipe le había advertido ya de que seguramente no volverían a verse, pero Kaoru estaba tan acostumbrado a oírsele decir, que no le había dado importancia. Le faltó tiempo para enviar sendas cartas muy largas al abad del monasterio de Uji y a las princesas. Fue la primera misiva de pésame que las damitas recibieron, y, aunque estaban deshechas de pena, se emocionaron ante aquella prueba de solicitud por parte de quien, sin estímulo alguno de su parte (todo hay que decirlo), se había mostrado siempre tan gentil y afectuoso con ellas en el pasado.

III

La gente que pierde a un ser querido suele considerar su desgracia como única y puede caer en extremos de dolor que, en otra persona, le parecerían exagerados. Mucho le costaría, pensaba Kaoru, reconciliarse con aquella pérdida. Y para las hijas de Hachi aún resultaría peor. Había tomado la precaución de enviar ofrendas y provisiones para los servicios, y también procuró, aconsejándose con la azafata Ben no Kari, que no faltara nada en la casa de Uji. El resto del mes pareció una noche interminable a ambas princesas, hasta que llegó el noveno. El tiempo empeoró notablemente, los chubascos menudeaban y el suelo estaba cubierto de hojas caídas. La tristeza que respiraba el paisaje se confundía con la que reinaba en el alma de las dos huérfanas, y el torrente desatado que llegaba de las motarías parecía fundirse con la catarata de lágrimas que manaba de sus ojos.

—Eso no puede seguir así —se decían las mujeres que las servían—. Si no conseguimos buscarles un poco de solaz, antes de un año estarán

también en la tumba.

Los oficios fúnebres continuaban tanto en el monasterio como en la casa del difunto. Las mujeres, vestidas de riguroso luto, vivían ahora rodeadas de imágenes sagradas que les recordaban al príncipe difunto y atendían en todo lo que podían a sus jóvenes amas. También llegaron mensajes de condolencia de Niou, pero las princesas los ignoraron. Convencido de que las cartas de Kaoru eran acogidas de un modo muy distinto, el joven se preguntaba qué había hecho para merecer aquel trato. Aunque había decidido regresar a Uji antes de que el otoño acabara, llegó a la conclusión de que no era el momento más adecuado, de modo que, en cuanto hubo pasado el primer período de duelo, se decidió a escribir una carta muy larga. La envió una noche gélida en la que diluviaba. Entre otras cosas, decía:

«En una noche como ésta en que el
ciervo brama sin parar y la lluvia empapa las
flores, ¿qué es de vosotras, encerradas en la
lúgubre casa de las montañas?

»Ignoro como en una noche tal mi melancolía os puede resultar indiferente. El otoño pone una nota de tristeza en los marjales de Onoe...»

—No le falta razón —dijo Oigimi a su hermana—. Vamos guardando sus notas sin contestarlas y seguro que nos tiene por unas groseras. Escríbele algo...

Parecía raro volver a tomar el pincel para escribir... ¡Qué días más crueles! Sus ojos se nublaron, y apartó el tintero.

—No puedo —dijo, llorando—. Hubiese dicho que volvería a ser capaz de hacer algo, pero no puedo. ¡Sólo de pensarlo me odio a mí misma!

Oigimi vio lo que le ocurría y no insistió. El mensajero había salido de la ciudad al atardecer y llegado a Uji pasada la media noche. ¿Cómo iban a enviarlo de vuelta a su casa? Le invitaron a pasar allí la noche, pero él se negó y se dispuso a reemprender el viaje de regreso. Aunque no se dominaba mucho mejor que su hermana, Oigimi escribió un poema para que no partiera con las manos vacías. Decía:

«Una bruma de lágrimas borra esta aldea
montañosa, y, junto a nuestra rústica valla,
brama el ciervo.»

Apenas se veía y no pudo reparar en sutilezas. La nota fue garrapateada sobre papel oscuro con tinta más oscura aún. Después dobló la misiva y se la hizo llegar al mensajero.

El camino que recorría el monte Kobata era pésimo, sobre todo si había que hacerlo de noche o durante una tormenta, pero Niou no elegía a sus hombres por su cobardía, y su mensajero, robusto y buen jinete, era prueba de ello. Clavó las espuelas a su caballo y, atravesando bosquecillos de bambúes, llegó a la mansión de Niou en poco tiempo. El príncipe le dio una generosa propina por su servicio.

La caligrafía de la carta, que no había visto nunca, parecía más madura que la mayoría y revelaba una mente profunda. ¿Qué princesa la habría escrito?, se preguntaba, sin decidirse a ir a la cama, aunque sus azafatas lo estaban deseando. Niou llegó a la conclusión de que la autora de la nota era una adulta y detectó un leve tono de severidad en sus observaciones. Cuando, a la mañana siguiente, el joven se levantó para componer su respuesta, la niebla matutina mantenía encerrada la casa. Escribió:

«El bramido del ciervo que ha perdido a
su pareja en la niebla matinal, ¿a quién puede
dejar indiferente?»

»Mis gemidos no son menos violentos...»

—Si cree que lo hemos entendido demasiado bien —observó la cauta y discreta Oigimi—, se convertirá en una molestia para todos los de esta casa. Mientras vivió nuestro padre, él nos protegió. Hubiésemos preferido no sobrevivirle, pero no ha sido así. Pensó en nosotras hasta el final, y ahora debemos hacer lo mismo. La falta más insignificante le heriría en lo más hondo...

No iba permitir más respuestas. Y, sin embargo, su opinión de Niou no era la misma que tenía de la mayoría de los hombres. Su modo de escribir,

su manera de elegir las palabras, incluso donde el texto parecía más improvisado, mostraban una elegancia y una originalidad inexistentes en las cartas que escribían los demás, aunque, a decir verdad, Oigimi no tenía mucha experiencia en cuestión de cartas. Pero una dama en su situación, pensaba, no debía contestar ni siquiera a esas cartas, aunque el mundo la criticase por ello. Viviría su vida de solterona, y que el mundo se ocupase de sus propios asuntos.

Las cartas de Kaoru, en cambio, eran tan serias y comedidas que las contestaba sin ningún problema de conciencia. Un día, transcurridos los primeros cuarenta y nueve de duelo, el joven se presentó en Uji. Se acercó al ala este de la casa, donde se hallaban las princesas, pero antes de seguir adelante llamó a Ben no Kimi. En cuanto entró en la estancia, su presencia, como una antorcha de luz en medio de la noche, las cegó por completo, y no fueron capaces de articular palabra.

—Me temo —dijo Kaoru— que si en nuestras conversaciones sólo hablo yo, me resultará muy difícil ayudaros tal como vuestro padre quería. Cualquier tipo de conversación me resultará agradable. Pido perdón por no dominar los métodos de los pretendientes, pero me parece ridículo que debamos comunicarnos a través de un mensajero estando yo aquí.

—Hemos sobrevivido —dijo al fin Oigimi—, aunque no recuerdo que nadie se haya interesado hasta hoy por nuestros deseos. Todo ha sido como una horrible pesadilla en la que nuestra voluntad no ha contado para nada. Parece lo correcto mantenernos todavía alejadas de la luz, y te ruego que no nos pidas lo imposible.

—Me temo que sois en exceso conservadoras —replicó Kaoru—. Si salierais bailando a la luz del sol o de la luna, sería muy distinto... En las actuales circunstancias, sin embargo, sólo puede decirse que me estáis creando dificultades. Si creéis que soy digno de enterarme de alguno de vuestros pensamientos, por insignificante que os parezca, no dudéis en revelármelo, y procuraré daros todo el consuelo que pueda.

—¡Qué hombre más atento! —decían por lo bajo las sirvientas—. Os sentís tristes y abandonadas, y él sólo pretende ayudaros.

A pesar de las palabras que acababa de pronunciar, el dolor de Oigimi empezaba a mitigarse. No podía olvidar las atenciones que aquel joven había tenido con ellas (las atenciones que cabía esperar de un buen amigo), y cuántas veces en los últimos años había atravesado montañas y marjales para visitar aquella casa. Se le acercó un poco, y Kaoru, procurando adoptar el tono más afectuoso y educado de que fue capaz, le hizo saber cómo había compartido sus penas y las promesas que había hecho a su padre. Evitó mostrarse demasiado insistente para que ella no se sintiera coaccionada ni incómoda. Pero Kaoru no era un «íntimo» de la familia, y escuchar su voz parecía aún fuera de lugar, a pesar de que, durante semanas, Oigimi había estado pensando confusamente en aquel joven como en uno de los pocos apoyos con que podía contar. De lo poco que había oído, Kaoru había llegado a la conclusión de que la muchacha sólo estaba empezando a sobreponerse a su dolor, y una vez más se apiadó de ella. La figura que pudo entrever a través de un agujero de las cortinas de luto del *kichó* era patética, y daba a entender perfectamente la inmensa tristeza en que se hallaba sumida. ¡Cuan distinta de la imagen entrevista en cierta noche de luna tiempo atrás! Como hablando consigo mismo, recitó este poema:

—Las cañas, pocas y frágiles, han
cambiado de color para hacerme pensar en
mangas que ahora son negras.

Y la joven repuso:

—En esta manga, por oscura que sea,
halla refugio el rocío. No hay refugio, en
cambio, para mí.

»Los hilos de mi atuendo de luto...

Pero no pudo seguir con el poema que iba a citar. La voz se puso a temblar y se quebró en medio de la frase, y la dama se refugió en el fondo de la estancia. Kaoru prefirió no volver a llamarla y empezó a hablar con la azafata, que tenía todavía mucho que contar sobre el pasado, del más remoto hasta casi ayer. Había sido testigo de muchísimas cosas, y el joven

no podía quitársela de delante como a una anciana senil y parlanchína cualquiera.

—Cuando Genji murió —dijo él—, yo era aún un niño y fue mi primera experiencia de las penas de este mundo. Con el tiempo llegué a la conclusión de que rangos, cargos y gloria son palabras vanas. Y cuando conocí al príncipe de Uji y asistí a su final, me ratifiqué en mis opiniones sobre la futilidad del mundo. Quería abandonarlo, darle la espalda... Tal vez dirás que en tus dos señoras he hallado una magnífica excusa para permanecer en él, pero lo cierto es que no puedo faltar a lo que prometí solemnemente a su padre. ¿Qué podría hacer por ellas, una vez recluido en un monasterio? Por otra parte, la historia que tú me has contado no hace sino empujarme a tomar los votos cuanto antes...

Kaoru lloraba, y aunque la buena mujer trataba de contestarle, se lo impedían los sollozos. ¡Cuánto se parecía a su padre! Un sinfín de recuerdos acudió a su mente mezclándose con recientes dolores, que se sentía incapaz de expresar. Ben no Kimi pertenecía a un rango más elevado que la mayoría de la azafatas: era hija de la nodriza de Kashiwagi, y su padre, que ostentaba el cargo de moderador de rango medio al morir, era tío de la madre de las princesas. Cuando regresó a la capital después de la muerte de su padre tras pasar algunos años en provincias, sintió que se había apartado de la familia que antes sirviera, y cedió a la petición del príncipe Hachi de que entrara a formar parte de su gente. No era una mujer de dotes excepcionales y se notaba que había estado mucho tiempo sirviendo a otros, pero el príncipe se dio cuenta de que no le faltaba gusto y la convirtió en algo así como la institutriz de sus hijas. Aunque se había pasado la vida al lado de las muchachas, jamás había revelado aquel secreto que le había tocado en suerte conocer. Al menos eso contaba ella, porque Kaoru no le acababa de dar crédito. Es posible que no hubiese revelado el misterio a todo el mundo, pero ¿hasta qué punto podía creerla cuando aseguraba que no lo había contado a nadie? Nada complace tanto a las ancianas como el cotilleo, y, recordando la actitud reservadísima de las princesas cuando él las visitaba, llegó a temer que algo sabían del asunto. Razón de más para, mientras pudiera, mantenerlas «bajo su control».

No tenía sentido permanecer allí por más tiempo, y se dispuso a partir hacia la capital antes de que anocheciera. Mientras sus criados hacían los preparativos, se puso a meditar sobre la situación. No podía quitarse de la cabeza el sonido de la voz del príncipe Hachi cuando le anunció que aquel iba a ser su último encuentro. ¿Por qué no le dio crédito, y dejó pasar tantos días sin acudir a Uji? ¿Quedaron sin decir tantas cosas que hubiese deseado comentar con él! Poco tiempo después el príncipe desapareció para siempre mientras, a su alrededor, seguía reinando el mismo otoño... Aunque la morada del difunto no tenía nada de lujosa y, en algunos aspectos, ni siquiera de comfortable, era limpia, de buen gusto y no le faltaba nada de lo necesario para los que en ella residían. Los utensilios rituales eran los de siempre, pero ahora los monjes encargados de los oficios fúnebres, yendo de un lado a otro como si la casa les perteneciera, improvisaban celdas con mamparas y biombos y ya habían anunciado que las imágenes sagradas iban a ser trasladadas, por expresa voluntad del muerto, al monasterio cercano. ¿Cómo quedaría la casa en que las princesas iban a seguir viviendo cuando los monjes la hubiesen abandonado definitivamente llevándose lo mejor de ella?

Se le acercó un servidor a recordarle que ya era muy tarde y había que partir, mientras una bandada de patos silvestres volaba sobre su cabeza. Entonces improvisó:

—Mientras contemplo el cielo otoñal
envuelto en brumas,
¿por qué han de aparecer esas aves
a recordarme que el mundo es fugaz?

De nuevo en la capital, fue a visitar a Niou, y la conversación giró, como era de esperar, sobre las muchachas de Uji. Ha llegado el momento, se dijo Niou, y les envió una carta apasionada, pero las jóvenes siguieron sin contestar. Su fama de conquistador era pública, y nadie ponía en duda que sus intenciones eran de las que suelen llamarse «románticas». Además, estaban convencidas de que cualquier nota escrita por ellas, dada su falta de preparación literaria y su escasa experiencia en la materia, le habría de parecer por fuerza cómica y pasada a de moda. De manera que los días

fueron transcurriendo en Uji sin novedad alguna. Su padre nunca se hartó de hablarles sobre la impermanencia de las cosas y la necesidad de acorazarse contra ella, pero las hijas le escuchaban como si les hablara de generalidades, de «leyes universales» que no habían forzosamente de afectarlas a ellas, de manera que la situación en que se hallaban las cogió completamente por sorpresa, pues nunca pensaron antes que pudiera presentarse.

Cuando miraban hacia el pasado, les parecía que, aunque nada hubo en él de especialmente excitante y placentero, su vida había ido transcurriendo tranquila y sin sobresaltos, dándose por sentado que se encontraban «seguras». Por extraño que pueda parecer, nunca llegaron a imaginar una vida sin su padre. Y ahora el huracán soplaba sobre su tejado como mil diablos furiosos, los forasteros llamaban a la puerta y exigían ser admitidos a su presencia, y el pánico, el terror y la soledad amenazaban con llegar a hacerse insoportables.

Aquel año la nieve, el granizo y las ventiscas fueron como en todas partes todos los años, pero a ellas les pareció que, por primera vez, se enteraban de la tristeza que reinaba en sus montañas. «Lo peor ya ha pasado», dijo una de sus mujeres, resistiéndose a perder las esperanzas, «y que el año nuevo ponga fin a todo eso.» Pero a las princesas no les parecía tan obvio. De vez en cuando llegaba un mensajero del monasterio o el abad les enviaba una nota interesándose por su salud, pero ya no volvió a visitarlas. Cada día que pasaba la casa de Uji se hacía más solitaria. De vez en cuando algún lugareño pasaba a visitarlas, y aquellas visitas, de las que ni se enteraban cuando su padre vivía, se convirtieron en auténticos acontecimientos que quebraban la insoportable monotonía de su existencia. Los montañeses les enviaban leña y nueces y el abad carbón y provisiones.

«Lamento que los generosos regalos de otros tiempos hayan dejado de llegar», escribía el abad, recordándoles los obsequios de seda y algodón que su difunto padre solía hacer al monasterio, y las princesas procuraron reemprender aquella vieja costumbre. A veces se instalaban en la galería y contemplaban con lágrimas en los ojos como monjes y acólitos, apareciendo y desapareciendo entre torbellinos de nieve, se dirigían al

monasterio. Ahora su soledad era completa. Oigmi murmuró, recordando a su padre:

—El camino de la montaña que solía recorrer, ha sido cortado para siempre. ¿Cómo vamos ahora a mirar el pino que contemplábamos esperando su regreso?

Naka no Kimi repuso:

—En las colinas, la nieve abandona los pinos para regresar al año siguiente... ¡Ojalá él hiciera lo mismo!

Como si quisiera burlarse de ellas, la nieve no dejaba de caer.

IV

Kaoru regresó a visitarlas en las últimas semanas del año, pues temía que, con la llegada del año nuevo, sus múltiples ocupaciones le impedirían desplazarse. Aislado por la nieve, el mal tiempo había cerrado prácticamente Uji a los viajeros, y el hecho de que Kaoru, un hombre «importante», haciendo caso omiso de los inconvenientes de la estación, hubiese acudido hasta allí no dejaba de resultar profundamente halagador. Así lo entendieron las princesas, e hicieron por recibirlo con la mayor propiedad posible. Mandaron barrer y limpiar las estancias como no se hacía desde los tiempos del difunto príncipe, e incluso ordenaron sacar y

desempolvar un vieja brasero que tenían guardado, pues su alegre color no parecía muy de acuerdo con aquellos tiempos de luto. Al fin lo recibieron detrás del consabido *kichó*.

Nadie hubiese descrito la conversación que tuvo lugar como animada o alegre, pero hay que reconocer que Oigimi logró decir más palabras seguidas que en ninguna ocasión anterior para sorpresa y satisfacción de Kaoru, cuya decisión firme de tomar el hábito empezó curiosamente a flaquear.

—Mi amigo Niou está molesto —les dijo—, tal vez por culpa de algún comentario que se me ha escapado involuntariamente o de su propia intuición, pues es muy listo y no se le escapa nada. Tiene conocimiento de la petición que vuestro padre me hizo, y me ha mandado que os hablara de él. Creo haberlo hecho ya antes, pero no parece que el tema os interese demasiado. El joven se queja y me acusa de ser el más incompetente de los mensajeros. La acusación es, pienso, muy injusta, teniendo en cuenta todo lo que he hecho hasta ahora, pero me he comprometido a actuar como *el guía que ha de acercarlo a vuestra costa*, como escribiera Ono no Komachi. ¿Por qué os mostráis invariablemente tan altivas y remotas?

»Sé de sobras que los comadreos le achacan una cierta mala fama, pero puedo asegurar que, bajo un exterior un tanto frívolo y despreocupado, oculta una profundidad y firmeza de carácter que os sorprenderían. No hace falta que diga que no ha desaprovechado algunas ocasiones que se le han brindado en bandeja, pero hasta ahora han sido relaciones efímeras y sin consecuencia alguna. Por otra parte, existe una clase de mujeres que gusta de tomar las cosas según vienen. No piensan seriamente en casarse, y reciben con los brazos abiertos a cuantos les salen al paso, con tal de que no sean absolutamente repugnantes. Sin embargo, por extraño que parezca, a veces esas mujeres se convierten luego en esposas aceptables, mucho mejores de lo que podría pensarse. No es imposible que, si Niou llegase a dar con una de ellas, fuera capaz de mostrársele notablemente fiel... al menos durante un tiempo. Pero tarde o temprano las aguas del Tatsuta ^[192] acabarían por retirarse, dejando atrás un barrizal, y llevándose los últimos restos del amor consigo. Supongo que conocéis casos como ese.

»Caben, con todo, otras posibilidades. Imaginemos que el príncipe tiene la suerte de encontrar a una mujer que lo ama y le sigue porque sabe entenderlo y en su corazón no hay lugar para ningún otro hombre... Estoy seguro de que Niou sería capaz de amarla a su vez y respetarla según sus merecimientos, y, si se comprometiera con ella, estaría a la altura de sus compromisos. Y puedo decirlo porque creo conocerlo mejor que nadie. Dadme vuestro permiso, y haré cuanto pueda para ayudaros. Iré mil veces de Uji a la capital y de la capital a Uji hasta que no me queden pies con tal de servirlos.

Fue un discurso serio y sincero. Oigimi, convencida de que las palabras de Kaoru no se referían a ella sino a su hermana menor, empezó a preguntarse si no tenía la obligación de asumir el papel de su padre, pero no sabía qué replicar.

—Me faltan palabras... —dijo, y soltó una risita queda, que a Kaoru le pareció deliciosa—. Lo que dices no deja de ser... sugestivo. Supongo que estás de acuerdo conmigo. Y la respuesta no es fácil...

—Vuestra situación no tiene nada que ver con el asunto —puntualizó el joven—. Limitate a recibir las noticias que te traigo después de atravesar una tormenta de nieve como lo haría una hermana mayor. Niou no está pensando en ti, sino en otra persona. Me consta que ha habido cartas, aunque desconozco los detalles. ¿Cuál de vosotras ha sido la que ha contestado?

Oigimi calló. La pregunta no dejaba de ser embarazosa. Afortunadamente, pensaba, nunca había escrito más de una o dos palabras en las misivas, pero la idea de que, con ello, hubiese podido dar a Niou la impresión de que creía que sus proposiciones se referían a ella, la dejó tan confusa que no sabía qué decir. De pronto, por debajo de la cortina, apareció un poema que decía:

«En los desfiladeros de esas montañas
cubiertas por la nieve, solamente hay las
huellas de un viajero, y éste eres tú.»

—Tu poema no me parece una excusa convincente —dijo Kaoru, e improvisó—:

»Los cascos de mi poni rompen el hielo
del río de la montaña, mientras me abro
camino con noticias de otro que muy pronto
me seguirá.

»¿No queda suficientemente claro?

Oigimi no esperaba aquella respuesta ni le gustó, de modo que prefirió guardar silencio. Pero el joven no se sorprendió: lo extraño hubiese sido, conociendo como había sido educada, que se hubiese lanzado de cabeza a hacer discursos enrevesados y llenos de referencias poéticas, la clase de discursos con que gustan de deslumbrarnos las muchachas que se consideran «modernas». Seguía viendo en ella una dama discreta y elegante, la que más se acercaba al ideal que, en su trato con el sexo opuesto, se había ido formando. Pero cada vez que quería darle a entender la simpatía que le inspiraba, se echaba atrás, encerrándose en sí misma, Kaoru volvió a hablar de cosas del pasado, mientras sus hombres no paraban de toser para recordarle que era tarde y el cielo se estaba cubriendo de nubes.

—He podido comprobar que vuestra vida aquí no os resulta nada fácil —dijo antes de partir—. Me sentiría muy feliz si consiguiera convencerlos de que abandonarais Uji definitivamente. Existen lugares mucho más agradables e igual de tranquilos.

Las mujeres que lo oyeron quedaron encantadas. ¡Qué felices se sentirían si pudieran regresar a la ciudad! Pero Naka no Kimi no pensaba lo mismo, y desaprobó la idea. Mientras tanto azafatas y criadas sirvieron fruta y dulces a Kaoru, y luego atendieron a sus acompañantes. Súbitamente Kaoru se acordó del guardián que lo recibiera en su primera visita y al que regaló su atuendo, la fragancia del cual lo había hecho famoso. También estaba allí, con su cara cubierta por inmensas patillas, y una expresión desvalida pintada en el rostro. ¿Podía confiar en aquel pobre hombre la seguridad y la protección de las dos princesas?

—Me temo que estáis muy solos desde que murió su alteza... —le dijo.
El guardián se puso muy colorado antes de echarse a llorar.

—Estuve al servicio del príncipe Hachi durante más de treinta años — dijo—, y ahora no sé a dónde ir. Podría marchar a las montañas, pero, como dice el poema, incluso el árbol rehúsa su protección al fugitivo...

Kaoru le pidió que abriera la capilla del difunto. Había una gruesa capa de polvo sobre todo, pero las pocas imágenes que quedaban parecían limpias y tenían flores delante, de lo que cabía inferir que las jóvenes no habían olvidado practicar sus devociones. Kaoru recordó cierta ocasión en que, hallándose en aquel mismo lugar, había confiado al príncipe su deseo de hacerse monje y tomarlo como maestro. Recitó medio para sí:

—A la sombra del roble ^[193] confiaba
hallar reposo... Ahora ya no existe, y cuanto
me rodea es sólo vanidad.

Mientras meditaba, apoyado en un pilar de madera, numerosos pares de ojos femeninos estaban clavados en él, y las criaditas más jóvenes se decían que nunca habían visto un hombre tan guapo.

A medida que oscurecía, sus hombres mandaron a por pienso para las bestias sin pedirle permiso, empresa fácil pues Kaoru era dueño de unas cuantas propiedades en la región. Cuando los campesinos que trabajaban en ellas se enteraron de que se encontraba allí, acudieron a rendirle homenaje, y la casa de Uji se vio invadida por gran número de lugareños que querían «ver y saludar» a su señor. Kaoru les hizo creer que su presencia en Uji se debía a algún asunto relacionado con las azafatas más ancianas de la casa, y se mostró conversando animadamente con Ben no Kimi. Antes de partir, sin embargo, no olvidó poner a todos sus campesinos a disposición de las princesas que moraban en la casa.

V

Cuando llegó el año nuevo con sus cielos azules y el hielo de los estanques empezó a fundirse, las princesas se admiraban de haber sido capaces de sobrevivir a su padre durante tanto tiempo. El abad les envió un par de carros llenos de verduras, helechos y cebada que había hecho recoger para ellas en las laderas de las montañas que la nieve acababa de abandonar, acompañados de una nota. Esperaba que con sus dádivas mejorarían su dieta, puesto que el ayuno que el duelo imponía había concluido ya. Las sirvientas las recibieron alborozadas, pues, viviendo en un lugar tan apartado y solitario como aquél, disponer de verdura fresca era un auténtico lujo. Todo servía para animar la vida y poner un poco de alegría en aquella casa, mientras iban pasando los días y los meses. Oigimi compuso este poema:

—Si él ^[194] estuviera aquí para coger estos verdes helechos, veríamos en ellos una señal de que la primavera se acerca.

Y Naka no Kimi recitó:

—Sin nuestro padre al lado, ¿cómo alabaremos las verduras que crecen bajo el manto de nieve que cubre la tierra?

Con esas naderías pasaban el tiempo. Como era de esperar, Niou y Kaoru enviaron numerosas cartas de felicitación, pero no contenían nada que las pudiera hacer sentirse incómodas. Por otra parte, llegaron en tal cantidad que no tomé nota de todas ellas. Los cerezos floridos estaban en su apogeo, y Niou recordó que, el año anterior, había enviado a ambas hermanas sendas coronas florales, y todos los que formaron parte de su cortejo en aquella ocasión no habían olvidado cómo las recibiera el príncipe Hachi.

Niou mandó este poema a las princesas:

«El año pasado vislumbré desde lejos una rama florida de cerezo, pero este año, puesto que la niebla ya no la oculta, quiero romperla y hacerla mía.»

El poema les pareció demasiado explícito, pero, no teniendo nada mejor que hacer, pensaron que sería un grave error no tomarlo en consideración. Por otra parte, los versos no carecían de mérito. He aquí su respuesta:

«Nuestra casa está envuelta en una densa nube de oscura bruma. ¿Quién va a guiarte hasta sus capullos?»

Niou esperaba algo mucho más estimulante. Incapaz de guardar su frustración para sí, se confió a Kaoru, que era la discreción personificada. Kaoru le contestaba, divertido, como si hubiese sido nombrado tutor de las princesas, pero nunca le dijo que había actuado como su abogado ante ellas. Es más, cuando Niou hacía alguna de sus travesuras, lo reñía y acusaba de inconstante «en nombre de las princesitas de Uji».

—No le des importancia —solía decir Niou para excusarse—. Lo que ocurre es que aún no he encontrado a la mujer de mis sueños.

Yugiri se sentía muy dolido con el joven príncipe, pues se había negado a contraer matrimonio con Roku no Kimi, la sexta de sus hijas. Nada veía Niou en la joven que le resultara atractivo, y, por si ello fuera poco, Yugiri era tan rígido, tan tieso y formal, tan aficionado a hacer una montaña de un grano de arena, que la idea de tenerlo como suegro le producía escalofríos.

Aquel año la mansión que la madre de Kaoru tenía en Sanjo ardió hasta los cimientos, y hubo que trasladar a la monja al palacio de la Sexta Avenida. Kaoru estaba demasiado ocupado con todo ello para visitar Uji. Por otra parte, fiel a su talante un tanto solemne, había decidido dejar que las cosas siguieran su curso y no quería imponerse cuando hallaba a alguien reticente. Consideraba ya a Oigimi como de su propiedad, pero creía que, de momento, la dama no estaba para esas cosas y que la mejor manera de

ganársela consistía en demostrarle que seguía ocupándose del bienestar de los habitantes de Uji según las instrucciones recibidas de su padre.

Aquel verano hizo un calor excepcional, y un buen día Kaoru se puso a pensar que resultaría francamente agradable darse un chapuzón en el río de Uji. Salió de la capital con el fresco del alba, pero cuando llegó a la aldea de las princesas el sol derretía las piedras. Llamó al guardián patilludo al ala oeste que en tiempos ocupara el príncipe, pues quería consultarle un par de cosas. Las hermanas habían estado rezando en la capilla, pero, al enterarse de la llegada de Kaoru, corrieron a sus aposentos en el fondo de la casa. Aunque procuraron hacer el mínimo ruido posible, la capilla estaba al lado de la estancia en que se hallaba Kaoru, y el joven las oyó escapar.

Recordó que en anteriores visitas había descubierto una rendija en la puerta corredera que separaba el vestíbulo principal de los aposentos de las jóvenes. Se acercó a ella de puntillas, pero, al mirar por la rendija, comprobó que alguien había colocado un biombo al otro lado de la puerta. Pero, mientras se retiraba, una ráfaga de viento agitó las persianas que protegían la ventana que daba a la galería exterior, apartándolas.

—¡Cerrad esas persianas! —gritó una voz—. ¡Todo el mundo podría vernos!

Kaoru regresó a su observatorio: tal como había imaginado, el biombo había sido puesto delante de la ventana de la galería, y ahora dominaba todo el interior de la estancia, en la que distinguió dos lechos, uno algo mayor que el otro. Al otra lado de la habitación se abría otra puerta, por la que entró una figura vestida con una túnica sin forrar de color gris oscuro, que parecía flotar sobre sus calzas verdosas. «La aparición» corrió a uno de los lechos, que estaba junto a la ventana, y desde allí se puso a contemplar a los hombres de Kaoru, que se estaban refrescando en el jardín. Kaoru creyó reconocer a Naka no Kimi. El joven había oído decir que existían mujeres nacidas para llevar luto y enseguida reconoció en la princesa a una de ellas. Resultaba difícil imaginarla con otro atuendo que le pudiera sentar mejor. Llevaba un chal sobre los hombros y un rosario en la mano. Era muy alta, pero perfectamente proporcionada y grácil, y su cabellera, que le llegaba por debajo de las rodillas, lucía brillante y espesa. De perfil irreprochable,

su piel parecía fresca y blanca como la nieve recién caída. Sus maneras revelaban a la vez orgullo y serenidad. Le hizo pensar en la hermana mayor de Niou, que un día entreviera y nunca olvidó.

Al poco rato apareció la otra princesa.

—¿Están las puertas bien cerradas? —preguntó, y añadió, señalando el lugar desde donde la estaba observando Kaoru—: ¡Poned un biombo delante de esa puerta! No hay sensación más desagradable que la de sentirse observada.

Mientras se acercaba al otro lecho, Kaoru tuvo la certeza de que nunca había visto un ser que denotara tanta sensibilidad y altivez al mismo tiempo. Su atuendo se parecía al de su hermana, pero a ella le sentaba aún mejor. Tenía una belleza más lánguida, más reposada que la otra, que la hacía más atractiva todavía, y, aunque su melena parecía menos espesa y de puntas un tanto desiguales, quizás porque, con el duelo, no le había prestado excesiva atención, era como un manojo de hilos de seda y de ese color mágico que suele asociarse con el plumaje del martín pescador. Se detuvo un instante para mirar hacia atrás con suspicacia, y luego volvió a avanzar: el porte de aquella dama se caracterizaba por una majestuosidad imposible de igualar. La mano que sobresalía de la manga de la túnica empuñando un rollo de color rojo era más pequeña y delicada que la de su hermana.

En aquel momento algo ocurrió en la estancia que hizo que Naka no Kimi, que estaba arrodillada en el suelo junto a la ventana, mirara asimismo en dirección al «observatorio» de Kaoru. El joven hubo de reconocer que también era, a su modo, una auténtica preciosidad.

Capítulo 47 Triples lazos

I

No se recordaba en Uji otoño más triste que aquél en que se conmemoró el primer aniversario de la muerte del príncipe. El ulular del viento sobre el río heló literalmente el corazón de ambas hermanas, y nunca se habían sentido más solas. Kaoru y el abad se encargaron de preparar las ceremonias, mientras las princesas, siguiendo los consejos de las azafatas de más edad, se ocupaban de los atuendos de los clérigos y los ornamentos de las escrituras procurando no olvidar detalle alguno. Se las veía tan frágiles mientras andaban de un lado a otro, que uno se preguntaba qué habrían hecho sin la ayuda de los demás. Kaoru se empeñó en ir a visitarlas antes de que concluyera el luto, y el abad bajó también de su monasterio.

Las damas estaban torciendo el hilo para formar el cordón con el que atar los palitos de incienso, mientras conversaban entre ellas:

—*¡Ojalá el hilo de la vida se rompiera con los pensamientos dolorosos...!* —dijo Oigimi, citando un viejo poema.

A través de un agujero en la cortina, Kaoru vio el carrete en que estaban enrollando el cordón, y reconoció la cita, a la que respondió con otra:

—*Enhebrad mis lágrimas como las cuentas de un rosario...* —susurró, y las jóvenes se emocionaron al oír sus penas comparadas con las que cantara la Dama de Ise, pero no contestaron ni quisieron siquiera dar a entender que habían captado la alusión para no parecer pretenciosas.

Y, sin embargo, enseguida les vino a la mente otra referencia famosa a los «hilos»: recordaron unos versos del poeta Tsurukuya, ^[195] que también jugaban con los conceptos de «dolor» y de «tejer», pero se referían a una persona viva, y, por lo tanto, no resultaban adecuados en aquella ocasión. Aunque prefirieron guardar silencio, constataron una vez más cuan útiles resultaban los viejos poemas ^[196] a la hora de expresar los sentimientos.

Kaoru se puso a redactar las fórmulas impetratorias, y eligió los sutras que había que leer y las ofrendas para los budas. Luego tomó un pincel y escribió este poema, que hizo llegar a Oigimi:

«Al igual que los cordones que anudas formando un triple lazo, ^[197] permanezcan unidos nuestros destinos y podamos estar siempre juntos.»

Aunque la princesa encontró el poema fuera de lugar, lo contestó así:

«Si soy incapaz de enhebrar las frágiles perlas de mi lágrimas con un hilo fino, ¿cómo podría anudar el cordón de un destino duradero?»

Kaoru, sintiéndose rechazado, recitó:

—Si no hay unión posible entre ambos, ¿qué sentido tiene la vida? ^[198]

Con todo, decidió no importunada de momento con más insinuaciones que, a juzgar por las apariencias, no eran bien recibidas, y desvió la conversación hacia el príncipe Niou.

—Puede parecer extraño —dijo— que en una sola visita Niou se haya enamorado tan profundamente de Naka no Kimi. Si ello se debe a que es un joven muy impresionable o a la fuerza que suelen revestir los sentimientos cuando chocan con la oposición de quien los inspira, resulta difícil de precisar. Lo cierto es que adora a tu hermana, y, si lo tienes a bien, puedes darle ánimos sin reticencia alguna. No pareces tan ignorante de los usos del mundo que no sepas hallar maneras de estimularle, si de veras quieres hacerlo. Si prefieres no mezclarte en el asunto, no sólo estarás cometiendo una imperdonable grosería contra él, sino que te comportarás como una ingrata conmigo, teniendo en cuenta todas las molestias que me he tomado para aseguraros el máximo bienestar posible. Me encantaría que me confiaras abiertamente tu opinión sobre la materia, sea cual fuere.

—¿Cómo puedes decir esas cosas? —respondió Oigimi—. Es, precisamente, en pago de lo mucho que te debemos, que se te ha reconocido un grado de libertad sin precedentes en esta casa, y el hecho de que tomes nuestra actitud hacia ti como lo más natural del mundo demuestra una enorme falta de sensibilidad de tu parte. Dirás que, como mi hermana y yo estamos viviendo aquí solas y sin hacer nada, por fuerza hemos tenido que meditar sobre nuestro futuro, pero debes saber que nuestro padre, aunque nos dio algunas instrucciones generales sobre qué teníamos que hacer después de su muerte, no descendió a los detalles, y nada dejó dicho en relación con la proposición que tú ahora nos traes. Nosotras creemos que él sólo deseaba que siguiéramos viviendo como siempre habíamos vivido, pero soy la primera en darse cuenta de que, sobre todo en relación con mi hermana, tan joven aún y con una vida por delante, parece completamente absurdo que permanezcamos enterradas en este rincón desolado entre colinas. De un modo u otro, deberíamos partir (al menos ella), aunque no se me alcanza cómo.

La princesa calló, y se la notaba muy agitada. Kaoru se arrepentía de haber hablado con tanta dureza y estaba asombrado de la respuesta recibida. En estas circunstancias se le ocurrió llamar a Ben no Kimi.

—Ya sabes —le dijo— que yo vine a esta casa como discípulo del príncipe Hachi y durante años no tuve tratos con el resto de la familia, pero, cuando empezó a encontrarse mal, se empeñó en que conociera a las princesas y me obligó a prometerle que haría cuanto estuviera en mis manos para ayudarlas, sin darme más instrucciones. Desgraciadamente se diría que sus hijas se han empeñado en hacer lo imposible por evitar que yo pueda dar cumplimiento a los últimos deseos de su padre. Lo cierto es que empiezo a preguntarme si no se han metido en alguna historia inconfesable sin consultarlo conmigo. Como seguramente os consta, se me tiene por un «bicho raro», en el sentido de que no me entusiasma lo que suele entusiasmar a los jóvenes de mi edad. Pero he aquí que, al fin, *he hallado a alguien que de veras me interesa*, seguramente gracias a la intervención del hado. Más aún: ha llegado a mis oídos que en los comadreos de la gente ya se nos da por casados... Si verdaderamente he nacido para contraer

matrimonio, ninguno parecería mejor que éste. Por otro lado, sería el modo más sencillo de acatar la última voluntad de su padre, y, aunque reconozco que no tengo el mismo rango que ellas, una unión como la que propongo no carece de precedentes. También me he permitido hablar más de una vez a tu otra señora de mi amigo Niou, pero la princesa se niega a darme crédito cuando le digo que no tiene nada que temer del esposo que le propongo. Se diría que algún intrigante está maniobrando para que dé la espalda a la voluntad de su padre... Cuéntame todo lo que sepas del asunto.

Así habló el joven, y podía contarse un suspiro entre cada tres o cuatro palabras. Si Ben no Kimi hubiese sido la clásica azafata oportunista y adulatora, se habría deshecho en un montón de elogios de las personas de Kaoru y Niou, a la espera de ser generosamente recompensada por sus servicios de alcahueta doméstica. Sin embargo, la mujer era muy distinta. Aunque ambos matrimonios le parecían de perlas, no quiso manifestarlo.

—Mis amas son muy distintas de otras mujeres que me ha tocado servir—dijo—. Tal vez ello se deba a la extraña vida que han llevado o a que nacieron «raras». Tampoco ellas se han interesado nunca por lo vulgar y trillado. En cuanto a que sigan viviendo aquí como hasta ahora, piensa que incluso los criados de la casa se dieron cuenta hace mucho tiempo de que aquí no tenían futuro alguno, y muchos partieron ya incluso en vida del príncipe en busca de mejores empleos. Y eso que no pocos se hallaban estrechamente vinculados a la familia desde tiempo inmemorial... Con todo, mucho temo que la fuga no ha terminado. Las criadas entienden que, mientras su padre, hombre de ideas anticuadas, vivió, las princesas no podían pensar en contraer matrimonio con alguien de rango inferior al suyo, pero ahora pueden casarse con quien les dé la gana sin que nadie se lo reproche. Lo único que no pueden ni deben hacer es seguir así. Incluso los monjes que pasean masticando agujas de pino, se permiten comer algo de añadidura si están a punto de desmayarse de hambre. Y nadie piensa que, con ello, estén conculcando las leyes de Buda. Y si alguno de ellos encuentra insoportable la disciplina que se le impone, se marcha del monasterio y funda una secta a su gusto.

»Me consta que la mayor de las hermanas no quiere ni oír hablar de cambiar de estado, al menos en cuanto a ella se refiere, pero estoy convencida de que, aunque no lo diga, está esperando que aparezca alguna solución aceptable para su hermana menor, de modo que pueda vivir en el futuro una existencia normal y respetable. Te ha visto una y mil veces escalar esas montañas inhóspitas y sabe que muy pocas personas asumirían una responsabilidad tan grande con la naturalidad con que tú lo has hecho. Estoy segura de que se sentiría inmensamente feliz si *tú* te casaras con Naka no Kimi, y sólo es cuestión de que os pongáis de acuerdo en los detalles. En cuanto a tu amigo, el príncipe Niou, sus cartas le parecen muy poco serias y no cree que merezca la pena perder el tiempo contestándolas.

—Puedes estar segura de que mi interés por sus altezas nunca cesará —dijo Kaoru—. Seguramente piensas que, desde mi punto de vista, cualquiera de las dos hermanas resultaría una digna consorte para mí, y me halaga que Oigimi tenga tanta confianza en mi persona como para entregarme a su hermana en matrimonio. Pero debes saber que incluso un hombre de talante no especialmente romántico como yo puede sentirse atraído por una mujer concreta, y, cuando esto ocurre, no tiene sentido que persiga a otra, aunque se la ofrezcan. Es Oigimi la que quiero, y ha sido la esperanza de ganarme un día su afecto lo que me ha reconciliado con un mundo que estaba a punto de abandonar. Por más que os pueda parecer «conveniente», no será fácil que cambien mis sentimientos más profundos... Si la dama se dignara dejar de levantar muros entre los dos, si me permitiera sentarme delante de ella para hablar de cosas insignificantes como cualquier par de amigos...

»Estoy solo en el mundo y siempre lo he estado. No tengo ningún hermano de edad parecida a la mía para conversar sobre lo bueno y lo malo que sucede todos los días... Me dirás que tengo una hermana, ^[199] pero las cosas de que me gusta hablar no son precisamente las que más interesan a una emperatriz... En cuanto a mi madre, aunque parece muy joven aún, no deja de ser mi madre, y una monja de añadidura. En cuanto a las demás damas de la corte, son tan altivas que me intimidan. Detesto los flirteos, que me dejan sin palabras y casi paralizado. En cuanto pienso que ha llegado el momento de desvelar mis sentimientos a alguien que me atrae, soy incapaz

de hacer el menor gesto o el discurso más breve. Por herido o furioso que me sienta, me quedo mudo y tieso como una estatua, avergonzado hasta los tuétanos porque sé cuan ridículo parezco a los demás. En cuanto a Niou, ¿por qué no quiere escucharme? ¿Piensa que quiero perjudicar a su hermana?

Nada hubiera complacido más a Ben no Kimi que ver a Oigimi casada con Kaoru de una vez, pero, sabiéndolos a ambos tan complicados, tan hipersensibles, prefirió no terciar en su polémica. El joven pasó el día entero en Uji, vagando de un lado a otro, con la esperanza de que, por la noche, tendría ocasión de hablar tranquilamente con Oigimi y hacerla recapacitar. La princesa, por su parte, encontraba poco menos que intolerables los reproches que le había dirigido Kaoru. En todo lo demás, sin embargo, le seguía pareciendo un joven ameno y simpático, y no veía razón alguna para negarse a escucharlo.

Oigimi estaba en la capilla y había dejado las puertas abiertas para que entrara el frescor del atardecer. Sobre el altar, las lámparas ardían iluminando las imágenes, y había hecho colocar *kichós* delante de las persianas a través de las cuales iba a hablarle Kaoru desde la galería. También había linternas en el exterior, pero el joven las hizo retirar porque no quería que su atuendo informal resultase demasiado evidente, y se recostó sobre unos cojines junto a uno de los *kichós*. La princesa mandó servirle frutos y dulces, que le fueron presentados en bandejas con gusto pero sin sofisticación. También ordenó servir vino y comida a los acompañantes de Kaoru, que, para no estorbar, se retiraron discretamente a un corredor, dejándolos solos a los dos.

El corazón de la dama palpitaba de agitación, pero trató de disimular, y le habló de un modo que, por lo afectuoso, encantó e inflamó al joven de tal manera que hubo de hacer un gran esfuerzo por contenerse y mantener la conversación en torno a temas cotidianos y banales. Nunca la había «sentido» tan cerca, pues sólo los separaban una persiana de papel y cañas y una cortina de ligerísima tela. El joven procuraba contar cosas interesantes, y la oyó llamar a sus azafatas y rogarles que no se alejasen de la persiana. Con todo, aquellas mujeres no querían hacer fracasar los planes de Kaoru,

y, en cuanto pudieron, se retiraron lo más lejos posible. Muchas se durmieron en los rincones, y muy pronto no quedó nadie para renovar el aceite de las lámparas que ardían delante de las imágenes. Con voz angustiada, la dama volvió a llamarlas en voz baja pero esta vez nadie acudió a atenderla.

—No me encuentro del todo bien —dijo Oigimi, levantándose y dirigiéndose a la puerta—. Pienso que necesito un poco de reposo. Que descanses...

—¿Y cómo crees que se encuentra un hombre que para llegar hasta aquí se ha abierto camino entre montañas por los vericuetos más inhóspitos? —le reprochó él—. No pido mucho. Me basta con saber que estás aquí. No me dejes, te lo ruego.

Kaoru apartó la cortina del *kichó* y la vio escapar por la puerta del fondo. De un salto llegó hasta ella y la detuvo por la manga de la túnica.

—¿De modo que eso es lo que tú entiendes por «una conversación afectuosa»?— dijo la princesa, hecha una furia—. ¡Nunca lo hubiera imaginado!

Su cólera sólo consiguió inflamar más al joven.

—Se diría que te has propuesto no entender a qué me refiero cuando hablo de «afecto», y seguramente ha llegado el momento de que te lo explique. Me temo que no es lo que tú estabas esperando, pero *¿qué estabas esperando?* ¡Deja de temblar! No tienes nada que temer. Si quieres, me tonsuraré aquí mismo, delante de la imagen sagrada del Iluminado. Hasta hoy he hecho cuanto he podido para no alarmarte... En realidad, sólo soy un pobre excéntrico incapaz de confesar sus sentimientos a poco que tema que no serán bien recibidos... y me temo que no cambiaré nunca.

A la luz, cada vez más tenue, de las lámparas, apartó los cabellos que cubrían el rostro de la dama y la miró. Le pareció bellísima. Por un momento se le ocurrió que si hubiese llegado a aquella casa solitaria y desprotegida un hombre menos escrupuloso y más atrevido que él, con toda seguridad se habría salido ya con la suya. La tenía en su poder... ¿por qué no *actuar* de una vez? Avergonzado de su propia indecisión, se sintió profundamente tentado, pero la dama estaba fuera de sí y se retorció las

manos hecha un mar de lágrimas. Al verla tan indefensa, la piedad pudo con todo, y Kaoru no intentó nada. No, debía esperar un poco más (sólo *un poco más*, pues el corazón de la dama estaba, a su juicio, *casi* maduro) hasta que los sentimientos de Oigimi coincidieran con los suyos: De momento no podía hacer sino consolarla.

—Te he concedido unas libertades casi indecentes en mi casa —dijo ella, y su vestido oscuro de duelo parecía más sombrío que nunca—, sin pensar qué horrores llevabas en la cabeza. Y proclamo que no has mostrado consideración alguna hacia mi persona, que aún está de luto, a juzgar por lo que acaba de ocurrir hace un momento. Pero reconozco que la mayor parte de la culpa es mía, y, por tanto, toda palabra de consuelo será inútil.

—Lo siento muchísimo —dijo Kaoru—: he sido desconsiderado y me avergüenzo de todo corazón. Tus ropas de duelo son, ciertamente, una magnífica excusa. ¿Pero no crees que les das excesiva importancia? Hace bastantes años que nos conocemos, y no creo que el luto te dé derecho a tratarme como si nos acabaran de presentar. Me parece que, a estas alturas, podríamos prescindir entre los dos de ciertas formalidades...

En un arrebatado de sinceridad, Kaoru le contó como la oyera tocar el laúd por primera vez muchos años atrás en una noche de luna, y que, a partir de entonces, su amor hacia ella no había hecho sino crecer, sin que pudiera ya mantenerlo oculto por más tiempo. Oigimi le escuchaba, entre avergonzada y asombrada. ¿Cómo había podido aparentar indiferencia con todo aquello en el corazón? El joven retiró una cortinita que estaba entre ellos y el altar, y se echó a su lado. Un pesado olor de incienso mezclado con anís procedente de los pebeteros flotaba en el aire, y Kaoru, seguramente por su extrema religiosidad, notó que aquel olor tan familiar se interponía entre él y sus deseos. Un instante antes y, con luto o sin él, estaba decidido a actuar, recurriendo incluso a la fuerza si no había otro remedio. Pero, de pronto... ¿Qué se diría de él si caía en la tentación mientras ella estaba de luto? ¿Podía permitirse el lujo de perder el control de sus actos en aquellas circunstancias? Había que esperar a que el luto concluyera definitivamente. Entonces, por difícil que fuese la joven, las tensiones entre ambos forzosamente remitirían y conseguiría ganársela.

Las noches de otoño suelen ser encantadoras, pero aquélla era excepcional. Kaoru se puso a hablar de la incertidumbre que pesa sobre la vida de los hombres, y ella le contestaba de vez en cuando con comentarios inteligentes y sensatos. Las azafatas y criadas, convencidas de que todo había ocurrido según ellas esperaban, se fueron a sus dormitorios. La princesa recordó las advertencias de su padre y los peligros que, a juicio del difunto, acechaban a las damas que viven solas. De pronto, se sintió profundamente deprimida, y se hubiera echado a llorar de no haber temido que sería incapaz de parar como el torrente de las montañas que no cesa de fluir. Empezaba a apuntar el alba, y el nuevo día puso punto final a lo que ni siquiera había comenzado.

Algunos escuderos del joven ya estaban despiertos, y llamaron a sus compañeros. Aquel tumulto y el relinchar de los caballos recordó a Kaoru ciertas descripciones que había leído en relatos de viajes. Abrió la puerta que daba al este, descubriendo la aurora en el cielo, y ambos se pusieron a contemplarla en silencio. Las gotas de rocío brillaban como piedras preciosas en las hojas de los helechos. Si alguien los hubiese visto, habría pensado que formaban una magnífica pareja.

—¿Sabes qué me gustaría? —dijo él—. Seguir como estamos ahora, mirando las flores y la luna. Estar a tu lado. Pasar la vida juntos hablando de cosas triviales.

El joven se mostró tan tierno que Oigimi dejó de temer.

—¿Sabes lo que quisiera yo? —dijo ella—. Un poco de intimidad. Aquí me siento expuesta a las miradas de todos, y una mampara o un *kichó* entre los dos me haría sentir más cómoda.

En el cielo teñido de rojo se oía el batir de las alas de los pájaros que abandonaban sus nidos. De lejos les llegaba el tañido de las campanas del monasterio.

—Vete, por favor —dijo la princesa—. Es casi de día y no quiero que me veas.

—Prefiero quedarme donde estoy —repuso él—. ¿Quieres que me meta en bosques llenos de bruma? ¿Crees que hay alguien capaz de entender la naturaleza de nuestra amistad? Pero que saquen las conclusiones que

quieran, con tal de que podamos continuar viéndonos como hasta hoy. Lo que más me importa es que te sientas segura a mi lado. Ya has visto que soy perfectamente capaz de controlarme...

—Lo que ha sucedido hoy no tiene por qué ocurrir mañana —dijo ella, inquieta al ver que el joven no se decidía a marcharse—. Tarde o temprano te cansarás de esperar y te saldrás con la tuya. Deja que hoy sea yo quien me salga con la mía.

—¿De manera que vas echarme sin contemplaciones? —dijo Kaoru—. Me asombra tu severidad. Tengo poca experiencia en «despedidas al alba», y mucho me temo que *me perderé por el camino*.

Entonces cantó el gallo como llamándolo a la ciudad. Recitó:

—Si en medio de esta soledad prestamos atención a todas esas voces, ¡qué mañana más triste parece la de esta aldea perdida entre montañas!

Y Oigimi contestó:

—Siempre pensé que en esta aldea ni siquiera cantaban los gallos, pero el dolor del mundo ha llegado hasta estas montañas.

Lo acompañó hasta la puerta, y Kaoru se dirigió a los aposentos destinados a los hombres. Se echó, pero no era capaz de dormir. ¿Cómo había podido dejarse vencer por aquella agitación repentina cuando durante meses se había comportado de un modo irreprochable sin esfuerzo alguno? Moría por regresar a la estancia de ella, y sólo haciendo un esfuerzo sobrehumano logró salir de la casa y prepararse para regresar a la capital.

También Oigimi, aterrorizada por lo que sus mujeres pudieran haber imaginado, no lograba conciliar el sueño. Era horrible no tener a mano una persona desinteresada en la que confiar, y nunca hasta entonces se había sentido tan sometida a quienes se suponía que debían servirla. No había día en que no recibieran, Naka no Kimi o ella, mensajes humillantes que lo peor de sus mujeres se encargaba de traerles. Si seguían vivienda de aquel

modo, tarde o temprano se verían envueltas en alguna complicación desagradable. Tan sólo Kaoru podía brindarles una salida digna a aquella situación. El joven no le disgustaba y le constaba que era también del agrado de su padre, el príncipe Hachi. Pero Oigimi quería seguir viviendo como hasta entonces. Era su hermana, entonces en el apogeo de su belleza y de su juventud, la que debía poder disfrutar de los placeres de una vida normal, y ella estaba dispuesta a hacer todo lo necesario para hacerlo posible... En cuanto a Kaoru, de haber sido una persona humilde e insignificante y teniendo en cuenta lo mucho que había hecho por ambas, tarde o temprano se habría plegado a sus deseos. Pero el joven era demasiado hermoso e inteligente para ella, una pobre infeliz, y las cualidades que habían conferido al joven un puesto tan relevante en la corte sólo servían, a su juicio, para poner todavía más de relieve su propia mediocridad e insignificancia. ¿Cómo iba a casarse *con alguien como él*?

Cansada de llorar, se echó en una cama que había en un rincón del aposento que ocupaba su hermana Naka no Kimi. La más joven se había despertado varias veces a lo largo de la noche, y, al oír una conversación susurrada en la estancia de su hermana mayor, llegó a la conclusión de que la relación de Oigimi y Kaoru se había consolidado de una vez por todas. Ahora, al notar la fragancia inimitable que impregnaba la colcha que su hermana había traído consigo para cubrirse, dio por confirmadas sus sospechas. Imaginando cómo debía de sentirse Oigimi, fingió dormir. Mientras, Kaoru llamó a Ben no Kimi, habló largamente con ella y le dio una larga carta para Oigimi en la que no se permitió ninguna efusión romántica. Con todo, cuando su destinataria la leyó a la mañana siguiente, hubo de recordar su poema «*Al igual que los cordones que anudas formando un triple lazo...*», que cobró para ella un significado nuevo. Sintióse terriblemente desdichada y humillada, hizo saber que no se encontraba bien y que pasaría el día entero en cama. Las mujeres le recordaron que al día siguiente se acababa el duelo y había aún mucho que hacer. No podía haber caído enferma en peor momento.

Naka no Kimi consiguió anudar los bastoncillos de incienso del altar sin la ayuda de nadie, pero no lograba recordar cómo se ataban las flores de

papel para la ceremonia. Ya era casi de noche y al oír como se quejaba, la mayor se levantó y ambas hermanas se pusieron a trabajar juntas. Mientras se afanaban, llegó una carta de Kaoru para Oigimi, pero la dama no escribió respuesta alguna, limitándose a hacerle decir que se había encontrado indispuesta todo el día y le rogaba la disculpara si no contestaba. Sus mujeres la criticaron duramente por aquella manera de proceder, propia, a su juicio, de niñas o muchachas sin educación.

II

Había transcurrido un año entero desde la muerte de Hachi.

Cuando las princesas se quitaron las ropas de luto, llegaron a la conclusión de que los meses y los días habían pasado volando: jamás hubiesen creído que sobrevivirían tanto tiempo a su padre, y, sin embargo, allí estaban, tristes y compungidas pero vivas. En cuanto se hubieron puesto ropas de colores, la casa pareció llenarse de un nuevo frescor. A primera vista, Naka no Kimi parecía la más atractiva de las dos. Mientras le ayudaba a lavarse la cabellos y a peinarse, su hermana mayor se puso a admirar los encantos de la otra y olvidó sus propias preocupaciones. ¡Ojalá pudiera poner por obra su plan y unir a Naka no Kimi con Kaoru! Porque, se decía Oigimi, aunque la menor no parecía la favorita del joven, si lograba despertar su interés por ella, por fuerza acabaría rendido ante sus gracias. De todos modos, como no había ningún otro partido aceptable a la vista, la mayor se consagró a cuidar de su hermana con la devoción de una madre para con su hija.

Convencido de que el duelo era la razón principal de la frialdad de Oigimi, Kaoru estaba contando los días que faltaban para que terminara, y, en cuanto hubo concluido, partió sin demora a visitarla. Le envió una nota anunciándole su visita, en la que le decía que, como en otras ocasiones, confiaba ser recibido, pero Oigimi le respondió que, hallándose aún indispuesta, no le sería posible atender a su petición. El le escribió:

«No estaba preparado para una obstinación tan grande. ¿Cómo crees que tus mujeres van a interpretar tu actitud?» Y ella le contestó:

«Espero que entiendas que, cuando alguien deja el luto atrás, el dolor le ataca con fuerzas renovadas. Una vez más te ruego que me excuses.»

Incapaz de comprender el rechazo de la princesa, Kaoru volvió a llamar a Ben no Kimi y le contó lo que estaba ocurriendo. Como las demás mujeres que servían en la casa, la azafata deseaba que Oigimi no le pusiera las cosas demasiado difíciles a Kaoru, pues veía en él la única puerta de acceso a una forma de vida mucho más civilizada y placentera para todas. En pocas palabras: azafatas y criadas estaban convencidas de que el joven era la respuesta del Iluminado a sus plegarias, y pasaban la vida planeando argucias para meterlo en el dormitorio de su ama. Oigimi sospechaba que, a sus espaldas, se estaba tramando una conjura muy poco decente contra su pudor. Había sido testigo de largas conversaciones entre Kaoru y Ben no Kimi, que se trataban con extrema confianza, y temía que la anciana había sido corrompida por las dádivas del joven. Sabía de sobras que en las novelas antiguas las damas de alcurnia nunca se echaban en brazos de un hombre sin la intervención una alcahueta bien retribuida... ¿Por qué habían de ser distintas las mujeres que la servían?

Kaoru debía de sentirse molesto por sus repetidas negativas, y quizás había llegado el momento de presentarle a su hermana como su sustituta. Estaba convencida de que, aunque Naka no Kimi hubiese sido mucho menos atractiva de lo que era, Kaoru se comportaría con gentileza si se encontraba en su presencia. Es más, si al joven le era dado admirar su belleza, era imposible que no cayera rendido de amor a sus pies. Cuando le sugirió esta posibilidad, se decía, la primera reacción del joven fue lógica: no podía aceptar a su hermana en seguida como si aquel fuera su auténtico anhelo sin pecar de descortés hacia ella. Su negativa debía considerarse fruto del deseo de no parecer frívolo y mudable. Mientras estaba dando vueltas a este plan, se le ocurrió que tenía que comunicárselo a su hermana, con la cual no había contado hasta entonces. De manera que fue a verla y se lo hizo saber detalladamente:

—Por fuerza recuerdas lo que decía nuestro padre. Aunque nos viéramos obligadas a pasar el resto de nuestras vidas solas, jamás debíamos rebajarnos y convertirnos en el hazmerreír de la gente. Muerto él, tenemos mucho de que arrepentimos: piensa durante cuantos años nos interpusimos entre él y su deseo de entrar en religión... Yo no me quejo de esta soledad, pero ahí están esas mujeres que no paran de murmurar a mis espaldas y me critican por lo que ellas llaman «mi obstinación». Reconozco que quizás tengan algo de razón: sería muy triste que, por culpa mía, hubieras de pasar tú también el resto de tus días en la soledad más absoluta. ¡Si pudiese ayudarte a contraer un matrimonio decente, tendría la sensación de haber cumplido con mi deber y no me importaría mi propia suerte!

Naka no Kimi no la dejó proseguir:

—Estoy convencida —dijo con cierta amargura en la voz— de que nuestro padre nunca quiso que una de nosotras se casara y la otra no. Por otra parte, no puedo compararme a ti. Yo soy la inútil, la que se equivoca siempre y no hace nada a derechas... No veo que estés obligada a cumplir deber alguno mientras vivamos juntas. Y si permanecemos juntas, nunca estaremos solas.

—Jamás quise herir tus sentimientos —se excusó Oigimi—. Toda la culpa es de nuestra maldita servidumbre y de sus poco afortunados comentarios... Dicen que tengo un carácter «imposible»...

No sabiendo qué añadir, la princesa mayor calló. Estaba anocheciendo, y Kaoru seguía en la casa para desazón de Oigimi. Ben no Kimi fue a verla y le habló largamente del resentimiento «perfectamente comprensible» del joven. La otra no contestó, limitándose a suspirar una y otra vez y a preguntarse en quién podía confiar en aquellas circunstancias. Si su padre o su madre la hubiesen casado, habría aceptado el matrimonio como lo más natural del mundo, tanto si el marido elegido le gustaba como si no. Si el esposo le hubiera disgustado, habría procurado ocultarlo al mundo. ¡Pero dejarse «casar» por aquellas mujeres horribles, que por viejas se creían sabias y no paraban de ir a felicitarla por el «maravilloso enlace» que se avecinaba! ¿Cómo iba a tomárselas en serio? Lo que menos les importaba eran sus sentimientos. Sólo querían abandonar Uji cuanto antes e ir a vivir a

la capital... ¡Sólo faltaba que la agarrasen por las manos y los pies y la arrastraran fuera de su hogar! Había que poner fin a aquella situación de «amotinamiento» de una vez por todas, pues, por más que hablaran, ella no cambiaría de idea para contentarlas. En cuanto a Naka no Kimi, con la cual se podía hablar de casi todo, sabía menos de aquel asunto que ella misma, y se sentía incapaz de responder a sus preguntas. ¿Qué sino extraño y triste pesaba sobre ella?, se preguntaba la princesa, y fue a encerrarse en su aposento.

Las mujeres le aconsejaban que se pusiera ropas más vistosas, y ella las insultó.

—¿Es que queréis echarme en brazos de algún hombre? —les dijo, temblando de rabia, pues temía que aquellas brujas acabarían saliéndose con la suya.

La casa era pequeña y, con tantas mujeres pululando por doquier, resultaba casi imposible tener auténtica intimidad. Tampoco a Kaoru le gustaba que su proposición fuera la comidilla de tanta gente y no se hablara a su alrededor de otra cosa. Una relación como la que él había soñado debía haber ido evolucionando y ganando en intensidad poco a poco por sí sola, y si, en algún momento, Oigimi prefería mantenerlo alejado, estaba dispuesto a complacerla y a seguir esperando hasta el fin de los tiempos. Pero aquellas viejas no paraban de cuchichear, quizás porque eran naturalmente estúpidas o porque la edad las había vuelto imbéciles.

Oigimi, al borde de una crisis nerviosa, llamó a Ben no Kimi y le dijo:

—Nuestro amigo consiguió convencer a mi padre de que era la perfección misma y no había en él debilidad humana alguna. Y yo fui tan necia que me lo creí y le di libre acceso a nuestra intimidad, pero ahora resulta que no es distinto de los demás hombres. ¡Debí haberlo imaginado! Es indudable que si vemos en él un simple medio de escapar a una vida mejor, hay mucho que decir en su favor. Pero, en cuanto a mí, hace mucho tiempo que decidí permanecer donde y como estoy, y esos reproches que me toca escuchar continuamente sólo sirven para exasperarme. Pero también está mi hermana... No hay razón para que pierda los mejores años de su vida encerrada en este lugar desolado, de modo que si vuestro Kaoru

está decidido a ejecutar las instrucciones de nuestro padre, debería sentirse tan responsable de su felicidad como de la mía. Hazle saber, pues, que se olvide de mí y que sepa que he renunciado a todos mis derechos en favor de Naka no Kimi. Detesto hablar de esas cosas, pero pienso que ha llegado el momento de que mi postura quede aclarada de una vez por todas.

—No me dices nada nuevo —replicó la anciana—. Hace tiempo que me he dado cuenta de lo que tienes decidido, y se lo he hecho saber una y otra vez, pero él asegura que su amigo, el príncipe Niou, está muy interesado en tu hermana y se sentiría terriblemente molesto si Kaoru se interpusiera entre ambos. Por otro lado, está convencido de que es un buen partido y que tú hermana no tendría motivos de queja si lo aceptara. Vistas así las cosas, ¿qué más podríais desear? Ni vuestros padres os hubiesen podido conseguir mejores esposos. ¡Deberíais dar gracias a vuestras estrellas! ¡He visto tantas huérfanas de todos los estamentos que, amenazadas por la miseria, han acabado entregándose a hombres absolutamente indignos de ellas! Si prefieres imitar a tu padre y encerrarte en tu casa a recitar plegarias, vamos a tener que acabar viviendo del aire... En cuanto a Kaoru, yo diría que parece hecho de encargo para ti de tan sensible y afectuoso como es, y que ninguna mujer puede aspirar a nada mejor. Si lo rechazas en nombre de no sé qué Buda, ni en la otra vida se te va a agradecer el sacrificio...

La mujer parecía dispuesta a perorar hasta el día siguiente, mientras Oigimi, sumamente dolorida, seguía echada en su lecho boca abajo con la cabeza sepultada entre almohadas. La hermana menor, que no acababa de entender qué estaba ocurriendo, al ver a su hermana tan deprimida decidió pasar la noche en su estancia. El discurso de Ben no Kimi la había dejado no poco desconcertada. La mayor se levantó para cubrir a la otra con una colcha limpia, y luego volvió a acostarse. A Ben no Kimi le faltó tiempo para correr al encuentro del joven y contarle la conversación que acababa de mantener con su ama. ¿Cómo era posible, se preguntaba Kaoru, que una mujer joven estuviera tan decidida a abandonar el mundo y sus placeres? ¿Tal vez había que achacarlo al ejemplo de su padre, el príncipe-monje? De todos modos, si miraba hacia su propio pasado reciente, debía reconocer que, hasta hacía muy poco, él mismo no había estado pensando en otra

cosa, y que fue precisamente su deseo de abrazar una vida mucho más espiritual lo que le había llevado a Uji por primera vez.

—De modo que, a partir de ahora, no tendré permiso ni siquiera para verla —se quejó el joven—. Llévame a su dormitorio, aunque sea por última vez.

Dispuesta a ayudarle hasta el final, la anciana envió las demás mujeres a la cama. A medida que la noche avanzaba, el viento empezó a soplar, y puertas y ventanas, atacadas por sus ráfagas, crujían continuamente. Aquel ruido amortiguaba sus pasos. La mujer lo acompañó al dormitorio de las princesas. Aunque dormían juntas, Kaoru las conocía lo suficiente para distinguir a una de la otra.

Oigimi estaba aún despierta y, al oírle acercarse, se escurrió entre las cortinas de la cama, mientras la otra seguía durmiendo. Pero en cuanto se encontró en el corredor, se arrepintió de haber huido. Si la otra despertaba y encontraba a un hombre en el aposento, tendría un susto de muerte. Por un momento pensó en deshacer lo andado, despertar a Naka no Kimi y huir ambas a refugiarse en otra parte de la casa. Pero ya era demasiado tarde para reaccionar, pues, al mirar temblando el dormitorio en semipenumbra, vio una figura masculina sin *uchiki* que se acercaba al único lecho ocupado, apartaba las cortinas y se introducía en él. La fugitiva se había metido en el espacio que mediaba entre un biombo y una pared a punto de caer de puro vieja. Recordaba cuan horrorizada se había mostrado Naka no Kimi cuando le insinuó la posibilidad de que se uniera a Kaoru: si ahora lo encontraba junto a ella, por fuerza creería que su hermana mayor formaba parte de la conspiración, si no era su inspiradora. «Nunca me lo perdonará, nunca me lo perdonará», se repetía Oigimi. ¡Qué no hubiese dado por tener a su padre en casa, y lo imaginó como cuando estaba vivo y subía a la colina del monasterio al atardecer!

Convencido de que la anciana lo había preparado todo, Kaoru se felicitó al hallar una sola princesa en el lecho, dando por sentado que era Oigimi. Pero enseguida salió de su error. Era una mujer más joven y, a primera vista, aún más bonita y graciosa que la otra. La dama abrió los ojos, soltó un grito de terror y se incorporó. Resultaba evidente que no sabía nada del

asunto ni qué papel le había tocado representar en él. El joven la compadeció, pero, al mismo tiempo, se sintió profundamente indignado por el modo en que, según todas las apariencias, Oigimi había jugado con ambos. Ni que decir tiene que se sintió profundamente atraído por los encantos de la muchacha (¿quién hubiera podido resistirse ante tanta belleza?), pero aún se consideraba íntimamente ligado a la otra, y vio claramente que si se dejaba llevar por el impulso del momento y la hacía suya, tendría que renunciar a Oigimi para siempre. De todos modos, se sintió obligado a mostrarse gentil y educado con la muchacha, de manera que, sentándose a su lado, se pudo a hablar con ella en el mismo tono tierno y afectuoso que había utilizado con Oigimi la noche anterior, y así transcurrió toda la noche.

Todo ha salido a pedir de boca, se decía Ben no Kimi, convencida de que Kaoru y Oigimi habían pasado la noche juntos, pero estaba un tanto alarmada al no encontrar a la hermana menor, pues no podía imaginar que hubiese pasado la noche *con las dos*.

—Esté donde esté, seguro que está bien —dijo una criada.

—Me basta con mirar a ese caballero, para que me desaparezcan las arrugas —dijo otra—. No se puede pedir más. ¿A qué tantos melindres?

—A veces pienso que algún diablo ha tomado posesión de nuestra ama... —comentó una tercera, y sus palabras salían de la boca sin dientes como el silbido de una serpiente.

—¿Sugieres que está embrujada? No, de ningún modo — le dijo Ben no Kimi—. ¿Pretendes atraer la mala suerte sobre todas nosotras? ¿Quieres que te diga la causa de todo eso? Pues, a mi juicio, no es otra que la educación que ha recibido la joven en este lugar perdido entre montañas. Los hombres la asustan. Dejémosla que se acostumbre, y ya veréis como cambia la cosa. ¿Y qué mujer no se acostumbraría a un hombre así?

—Así sea, y cuanto antes, mejor. A ver si cambiamos de aires de una vez.

Cuando hubieron dicho todo lo que tenían ganas de decirse, se echaron a dormir, y muy pronto la estancia de la servidumbre se llenó de ronquidos.

Aunque «su compañera» no había colaborado en absoluto, Kaoru tuvo la impresión de que la noche de otoño había sido breve. Si partía con su deseo insatisfecho, sólo debía culparse a sí mismo. De todos modos, empezó a pensar que si la mayor se empeñaba en seguir en sus trece, la menor no merecía ser pasada por alto.

—Cuando pienses en mí, sé generosa —le dijo al despedirse, entre furioso y divertido—, y no te equivoques tratando de imitar la manera de proceder de tu hermana. Espero que volvamos a vernos.

Todo había sido como la pesadilla de un borracho. Haciendo lo posible por recuperar el control de sí mismo (pues no había renunciado todavía a volver a probar con «la princesa de hielo»), regresó al aposento que se le había asignado y se echó en la cama. Mientras, Ben no Kimi corrió junto a la cama donde esperaba encontrar a Oigimi.

—¿Dónde está Naka no Kimi? —le preguntó, alarmada—. Se diría que se la han llevado los fantasmas de la noche.

—Yo soy Naka no Kimi —dijo la muchacha, saltando del lecho tremendamente confusa.

También estaba muy enfadada, y trataba de relacionar lo ocurrido aquella noche con los comentarios que le hiciera su hermana mayor la noche pasada. El día apuntaba ya, y «el grillo» abandonó su escondrijo entre la pared y el biombo. Oigimi adivinó qué estaba pensando su hermana, y, al verla tan triste y desvalida, se derrumbó. Durante largo rato permanecieron en silencio una frente a la otra. «Nos ha torturado a las dos», se dijo, pensando en el joven, «y ya es hora de que abandone esta casa para no regresar. En cuanto a mí, sólo puedo decir que *me da asco...*»

Ben no Kimi fue al encuentro de Kaoru y escuchó de sus labios la historia de la extraña burla de que, a su juicio, había sido objeto aquella noche. El joven estaba indignadísimo.

—He aguantado mucho porque creía vislumbrar un rayo de esperanza al final del camino —le dijo, hirviendo de cólera—, pero después del engaño de la última noche tengo ganas de echarme al río. Sólo me contiene el recuerdo de su padre y sus instrucciones de que velara por ambas. Y ahí está el resultado de mis desvelos. Muy bien, no pienso volver a

molestarlas... Es absurdo tratar de ayudar a la gente en contra de su voluntad. Aunque tampoco pienso olvidar esta afrenta. Supongo que Niou estará tramando sus propios planes sin consideración alguna para nadie. Seguramente tiene razón, y, si se sale con la suya, le felicito. Para mi desgracia yo estoy hecho de otro modo (me importan *demasiado* los sentimientos ajenos), y, además, todo hubiese funcionado mejor sin la «colaboración» de esas brujas que te rodean y me han estado espiando desde que puse los pies en esta casa. Me temo que no volveréis a verme por aquí. Y procura hablar lo menos posible de lo ocurrido en la noche pasada

La anciana azafata y sus compañeras los compadecían a ambos, pero se sentían completamente impotentes ante su especial manera de ser, que no entendían en absoluto. Lo cierto es que incluso Oigimi pensaba que tal vez había ido demasiado lejos. ¿Y si, con su proceder, sólo había logrado que Kaoru odiara *también* a su hermana? Por otra parte, la idea de verse obligada a seguir conviviendo con todas aquellas mujeres que, a sus espaldas, no paraban de juzgarla y de condenarla, le parecía sencillamente atroz. Mientras daba vueltas a todo ello, le llegó una carta de Kaoru. Para su propia sorpresa, le alegró mucho más de lo que hasta entonces solían alegrarle sus notas. Como si ignorara en qué estación se hallaban, había atado a ella una ramita con hojas, de las cuales tan sólo la mitad eran de color rojo. El resto eran verdes. Decía así:

«Quisiere preguntar a la diosa de las
montañas cuál de los dos colores le gusta
más.»

Con aquel poema casi jocoso parecía querer quitar importancia a todo lo ocurrido. La princesa no sabía qué hacer, pero las mujeres insistían en que debía contestar. Hubiese preferido encargarse a su hermana la respuesta, pero Naka no Kimi estaba demasiado confusa para escribir nada, de modo que hubo de ser ella la que redactara el poema, que decía así:

«Ignoro la opinión de la diosa de las
montañas, pero a mi juicio el rojo es el color

más hermoso.»

La caligrafía era un tanto improvisada (era obvio que la autora trataba de rehuir la excesiva formalidad), pero gustó al joven, que se sintió reconciliado con la muchacha. Recordando cuanto había sucedido en los últimos tiempos, Kaoru llegó a la conclusión de que el plan de Oigimi de casarlo con su hermana menor venía de lejos. Irritada por su negativa a dar cumplimiento a su deseo, la joven había diseñado la desafortunada estratagema de la noche anterior, y el hecho de que él se hubiese mantenido firme sólo había servido para molestarla aún más. Sintió piedad por las dos damas. Si la mayor había llegado a la conclusión de que era un hombre insensible, jamás triunfaría sobre ella. Y la misma Ben no Kimi, que tanto se había afanado para hacer prosperar sus proyectos, empezaba a desconfiar de él. Decidió a echarse las culpas a sí mismo: si el mundo estaba empezando a burlarse de él porque, después de tantos años de proclamar que iba a hacerse monje, no se acababa de decidir, que continuara riendo. A sus propios ojos se sentía todavía más ridículo: era *como un botecito a la deriva* que, incapaz como el peor de los libertinos de resistirse a la corriente de sus deseos, no cesaba de regresar a la misma playa.

III

Kaoru pasó la noche en blanco y, antes de que la luna se borrara del cielo, fue a ver a Niou. Desde que ardiera la mansión de su madre en Sanjo, vivía en el palacio de la Sexta Avenida, donde había también unos aposentos reservados a Niou, hijo de la emperatriz de Akashi y nieto de

Genji. Era el lugar idóneo para olvidar las penas de este mundo. Incluso los bancales de flores plantados junto a las galerías eran «distintos». El césped y los árboles, aunque iguales a los que crecían en otros puntos del parque, adquirirían allí su propia personalidad, y el arroyo en que se reflejaba la luna parecía salido de una pintura. Kaoru esperaba hallar a su amigo admirando el astro nocturno y no se había equivocado. El otro, en cuanto percibió la fragancia inconfundible que se avecinaba, se vistió informalmente pero con atuendo de corte, y safio a recibirlo. Apoyado en la baranda, se puso a hablar con su joven «tío» ^[201] de cosas intrascendentes. Como era de esperar, pronto salió a la conversación Uji y sus habitantes, y Niou criticó al otro por haberse mostrado muy mal mensajero de sus afectos. Kaoru se sintió injustamente tratado: si no había sido capaz de salirse con la suya, ¿cómo podía exigírsele que se ocupara de los problemas ajenos? Pero empezó a pensar que su propia causa podía verse notablemente favorecida si conseguía hacer prosperar la de su amigo, y le habló con mucha sinceridad de lo que, a su juicio, procedía hacer.

Al apuntar el alba el jardín se vio envuelto en bruma. El aire seguía siendo muy frío, y, sin la luna en el cielo, la sombra de los árboles resultaba ominosa por lo oscura. La escena recordaba no poco el jardín de la casa de Uji, pensó Kaoru, y también el otro participó de aquella reminiscencia.

—No tardes mucho en llevarme contigo —dijo el príncipe a su amigo.

Y, como el otro pareciera indeciso, añadió:

—El campo de flores virginales ^[202] ha florecido en todo su esplendor. ¿Por qué, celosamente, quieres encerrarlo dentro de un muro?

A lo que Kaoru respondió, como hablando en broma:

—Envueltas en la espesa bruma matinal que pesa sobre la landa, sólo verán las flores virginales quienes las contemplan con los ojos del corazón.

»Y no hay muchos que cumplan este requisito...

—¡Qué vergüenza!

Kaoru se preguntaba si Naka no Kimi sabría estar a la altura de las circunstancias a la hora de la verdad. Aunque podía parecer cruel hacer caso omiso de los deseos de Oigimi, no estaba dispuesto a cambiarla de un día para otro por su hermana, por hermosa que fuera. Si conseguía que Naka no Kimi fuera para su amigo, habría ganado mucho para su propia causa. Y, siendo Niou todo un príncipe imperial, ¿quién podría acusarlo de haber humillado a la hermana menor con una unión «indigna»?

Desconocedor del trasfondo de la historia, Niou no tenía ni idea de lo que estaba pasando y se limitaba a acusar a su amigo de egoísmo.

—Muy bien —le dijo Kaoru al fin—. No tengo inconveniente alguno en que me acompañes allí si este es tu deseo, pero quiero que quede muy claro que no te llevo a Uji para que te diviertas como sueles. Me siento responsable de lo que allí pueda suceder y quiero tener la seguridad de que no te voy a presentar en la casa sólo para que hagas desgraciada a la dama.

—Me temo que tu imaginación va demasiado deprisa —repuso Niou—. Está por ver si tu princesita me gusta. ^[203]

—A juzgar por mi propia experiencia —dijo el otro—, las muchachas saben guardarse, y no será fácil hacerlas capitular. Fijemos un día.

Las ceremonias del equinoccio ^[204] se acababan el día veintiséis del mes, y parecía un buen momento para emprender el viaje. ^[205] Habiendo llegado a oídos de la emperatriz rumores sobre la vida un tanto disoluta de Niou, le había prohibido terminantemente abandonar la capital sin su consentimiento. Pero el joven estaba empeñado en llevar adelante su empresa, y, aunque hubo de recurrir a numerosos subterfugios, al fin logró persuadir a sus padres de que la expedición era completamente inofensiva. De todos modos, era muy difícil que pudieran cruzar el río Uji sin llamar la atención, de modo que, prescindiendo de la mansión de Yugiri en la orilla sur, Kaoru dejó a Niou en una casita de su propiedad que había adquirido cerca de la del príncipe Hachi, y fue solo a la mansión de las damas para anunciarse.

Al guardián de las patillas le faltó tiempo para dar a conocer la gran noticia:

—¡Su señoría ha vuelto! ¡Su señoría ha vuelto! —proclamó a gritos, recorriendo la casa de punta a punta.

En cuanto le oyeron, las mujeres se prepararon para recibirlo. Las princesas no las tenían todas consigo aunque Oigimi confiaba en que, después de lo sucedido, Kaoru no acudía ya a la casa para entrevistarse con ella. Seguramente venía por Naka no Kimi, y la noticia sólo podía alegrarla. La menor no compartía su optimismo, pero estaba segura de que no tenía nada que temer de la visita. De todos modos, lo ocurrido había dejado huella en la relación entre ambas, y aquella confianza ilimitada de otros días había dado paso a reservas y suspicacias. Prueba evidente de ello era que Naka no Kimi sólo se comunicaba con la otra a través de intermediarios. ¿Cómo iba a acabar todo aquello?, se preguntaban las criadas encargadas de llevar las notas de la una a la otra.

Cuando cayó la noche, Niou fue introducido en la casa disfrazado y en secreto. Kaoru hizo llamar a Ben no Kimi y le dijo:

—Quiero intercambiar dos palabras con la mayor de tus señoras. Sé cuando he sido rechazado, pero tengo algo que decirle que seguramente la alegrará. Y un poco más tarde quiero que me consigas otra entrevista en el mismo aposento de la última noche.

Su modo de hablar no levantó sospechas en la anciana, pues le daba lo mismo a cuál de las dos princesa debía facilitarle el acceso. Explicó la petición a la mayor, y Oigimi se sintió reconfortada, porque daba por seguro que las atenciones del joven iban ahora a dirigirse a su hermana. Cerró con el pestillo la puerta que daba a la galería y, en cambio, dejó abierta la que conducía a la estancia de su hermana. Tomadas esas precauciones, se dispuso a recibirlo.

—Sólo dos palabras —dijo él desde la galería—, y resulta ridículo que tenga que gritarlas para que todo el mundo se entere. Abre un poco la puerta, porque ahí fuera me siento muy incómodo.

—Te oigo perfectamente con la puerta cerrada —dijo ella, dejando el pestillo puesto.

¿Y si su afecto hacia ella hubiese muerto y se sintiera en el deber de despedirse para siempre? Hacía mucho tiempo que se conocían... No quería ofenderle, pero debía tenerse en cuenta la hora que era. Con todo, abrió un poco la puerta, y Kaoru aprovechó la ocasión para cogerle la manga y empezar a tirar de ella. Oigimi se puso furiosa. ¡Aquel hombre era capaz de todo! Pero debía seguirle la corriente y procurar inducirlo a unirse con Naka no Kimi.

—Podría decirse que ambas somos *la misma persona* —le dijo suavemente—, y si yo te gusto, más te ha de gustar ella.

Mientras tanto Niou, siguiendo las instrucciones recibidas, se presentó ante la puerta del aposento de las princesas y la golpeó suavemente con su abanico, tal como le había enseñado Kaoru. Ben no Kimi corrió el pestillo y lo dejó pasar, convencida, puesto que la penumbra era completa, de que el que entraba era el otro. El príncipe se asombró de la perfección con que funcionaban todas aquellas maniobras como si hubieran sido ensayadas mil veces.

Nada sabía Oigimi de todo aquello, e insistía en que Kaoru fuera a hacer compañía a su hermana. Aunque al joven le costaba contener la risa, no dejaba de compadecer a las dos damas que estaban a punto de ser burladas.

—Niou se empeñó en acompañarme —le confesó al fin—, y no pude seguir negándome. De hecho, estoy casi seguro de que ahora está con Naka no Kimi. Ha sido la oficiosa Ben no Kimi quien le ha abierto la puerta. De modo que, si me echas de aquí, no sé a dónde iré a parar.

Oigimi, que no estaba preparada para aquella revelación, dejó escapar un grito de horror.

—¡Te felicito! —declaró con supremo desprecio—. O yo he sido una imbécil o tus facultades de invención son muy superiores a las mías... He dejado que me conocieras a fondo, y te has dado cuenta de cuan estúpida e ignorante puedo llegar a ser... ¡Puedes estar orgulloso de tu inteligencia *superior!*

—Nada tengo que añadir —dijo él—. Podría estar disculpándome toda la noche y no llegaría a ninguna parte. Pellízcame y aráñame hasta hartarte, si te place. Puedo comprenderte perfectamente. Apuntabas muy arriba, y al

fin te has dado cuenta de que no podemos controlar nuestro propio destino. También siento algo de pena por mí mismo, abandonado bajo la nieve, sin que nadie se digna ofrecerme un refugio. Pero, en estas circunstancias, pienso que no harías mal aceptando los hechos consumados. Es más: esos hechos mismos podrían servir para hacerte reflexionar sobre los dos. Nosotros sabemos que *la puerta sigue cerrada*, pero ¿esperas que los demás crean en esa *pureza sublime* que, al parecer, nos distingue *del resto de los mortales*? ¿Pretendes que mi imperial amigo, que me convenció para que fuera su guía en la aventura de esta noche, piense que tú y yo hemos pasado la noche *jugando al go*?

Parecía dispuesto a echar la puerta abajo y a entrar en la estancia como una tromba.

—Este «destino» del que hablas —dijo la princesa— resulta difícil de entender, y no seré yo quien pretenda cuestionarlo. Sólo puedo afirmar que *las lágrimas no me dejan ver el camino que me queda por recorrer*. ¡Resulta imposible adivinar qué vas a hacer pasado mañana! Si en el futuro la gente se acuerda aún de mi hermana y de mí, nos imaginará como aquellas damas que aparecen en las viejas novelas. ¿Quieres decirme cuáles son exactamente las intenciones de tu amigo? No empeores las cosas, te lo ruego... ¡Bastante confusas estamos ya! Si logro sobrevivir a esta crisis (y no será fácil), me gustaría hablar contigo con un poco de calma. Por el momento no me encuentro bien, y sólo deseo descansar. Déjame sola, si no te importa.

Kaoru hubo de reconocer que la dama, a pesar de la agitación interior que la dominaba, había hablado con enorme sensatez. En un esfuerzo por quitar hierro a la situación, le respondió:

—He hecho todo lo imaginable para plegarme a tus deseos, y me he puesto en ridículo continuamente. Se diría que me encuentras insoportable. Muy bien. Me iré. *Desapareceré*, por decirlo con mayor exactitud.

Pero no cumplió lo prometido, y, tras una pausa, siguió hablando desde el otro lado de la puerta:

—Aunque no te encuentres del todo bien, no veo inconveniente en que sigamos hablando *sin vernos*. No huyas, te lo ruego.

Para su alegría, la princesa no se fue. Tan sólo se retiró un poco.

—Quédate donde estás. Veo lo bastante de ti para sentirme consolado. Ahora duerme, y yo haré lo mismo. No pasará *nada*.

Ambos se echaron en sendos lechos y así, como una pareja de faisanes silvestres, ^[206] que nunca duermen en el mismo nido, pasaron la noche, durante la cual el viento y el torrente no dejaron de rugir como si pretendieran rivalizar en estruendo.

Cuando apuntó la aurora, empezaron a llegar los repiques de las campanas del monasterio. Niou seguía con Naka no Kimi y no daba señales de vida. Kaoru tosió estrepitosamente para despertarlo, pero no tuvo éxito. Recitó para sí:

—¡Extraña noche! Ayer fui su guía, y hoy me tocará vagar solo por el camino crepuscular de regreso.

»Nunca había oído contar nada semejante... Y Oigimi repuso en un susurro:

—Vosotros os perdéis en un camino que habéis elegido libremente... Pensad en nosotras, que tropezamos en unas tinieblas que no buscábamos.

Kaoru empezó otra vez con sus reproches. ¿Cuándo se decidiría a desmantelar sus defensas aquella joven impredecible?

Cuando el cielo empezó a aclararse, un hombre salió desperezándose de la alcoba de Naka no Kimi, y su cuerpo desprendía un fuerte perfume de incienso. Las mujeres, que no sabían quién era, se miraban, asombradas, pero al ver cuan afectuosamente le saludaba Kaoru, se tranquilizaron enseguida, convencidas de que, si había ido a Uji bajo su patrocinio, por fuerza era digno de cualquiera de sus señoras.

Los dos amigos se encaminaron a la ciudad pues querían estar allí lo más pronto posible. A Niou, poco acostumbrado a desplazarse, el camino de regreso le pareció interminable. Iba a resultar difícil para un hombre de

su rango acudir con la frecuencia deseada a visitar a su nuevo amor... Cuando llegaron a Nijo, las calles estaban aún vacías. Dieron órdenes de que el coche se acercara a la galería todo lo posible, y se colaron en el interior del palacio, riéndose del vehículo, más propio de mujeres que de hombres, que habían utilizado para viajar de incógnito.

—Si me lo preguntases, te diría que, a juzgar por tu buen humor, no has pasado una mala noche —dijo Kaoru a su compañero, sin hacer referencia a la poca suerte que le había acompañado a él en el mismo período de tiempo. Niou se lanzó a escribir una nota.

Mientras tanto las habitantes de Uji distaban mucho de hallarse en paz consigo mismas. Naka no Kimi, de muy mal humor, consideraba que acababa de sufrir un nuevo agravio de su hermana, pues daba por seguro que había estado al corriente de los planes del joven que la visitara y no la había advertido. Por su parte, Oigimi no sabía como acreditar su inocencia, y se limitaba a suspirar continuamente como si quisiera dar a entender que todo había sido «cosa de las viejas». Azafatas y criadas se sentían más confusas que nunca, pues no entendían nada de lo que acababa de suceder. Era Oigimi quien, en circunstancias normales, hubiese tenido que aclararles la situación, pero no parecía dispuesta a hacerlo. Cuando llegó la nota de Niou, fue la hermana mayor quien la abrió, pues la otra seguía cubriéndose la cara con la manga del *uchiki*. El mensajero se preguntaba cómo tardaban tanto en contestar. Este era el poema de Niou:

«¿Puede parecerle banal la pasión que me
ha llevado hasta ti por el camino de los
bambúes enanos empapados de rocío?»

La caligrafía, espléndida, la había deleitado antes con motivo de otras cartas recibidas, pero ahora la llenaba de congoja. La mayor no creyó oportuno contestar en lugar de la otra, y se limitó a recordarle sus deberes hasta que la persuadió de que redactara una carta. Recompensaron al mensajero con una túnica de mujer de color magenta y unas calzas forradas. El muchacho, un paje que Niou solía utilizar para sus recados «secretos», no parecía decidirse a aceptar los regalos hasta que, al fin, las damas

optaron por empaquetarlos y entregarlos al hombre que lo acompañaba. Cuando Niuo los vio, dio por seguro que no procedían de la damita con la que había pasado la noche, sino de alguna de sus viejas azafatas, quizás de la propia Ben no Kimi, que quería demostrar que no le eran ajenos los usos cortesanos. Sea como fuere, no le gustó.

Insatisfecho, trató de convencer a Kaoru de que lo acompañase la noche siguiente, pero su amigo le dijo que tenía un compromiso en el palacio del ex emperador Reizei, y no podía faltar.

—Te compadezco, amigo mío —le dijo el príncipe—. ¿Cómo es posible que no te interese *lo más interesante* que existe en este mundo?

En Uji Oigimi había decidido que lo más sensato sería aceptar las cosas según se presentaban. Lo humilde de la casa y su carencia de recursos no hacían de ella el lugar más adecuado para recibir a Niuo, pero se las ingenió con lo que tenía a mano, y debe reconocerse que el resultado no fue malo. Su aparición inesperada la noche del día siguiente la alegró mucho, pues sabía lo que suponía un viaje de aquellas características para alguien como el príncipe. Naka no Kimi estaba muy nerviosa, y se puso en manos de sus azafatas para que la vistieran de un modo adecuado. No obstante, la mangas carmesí de su *uchiki* seguían empapadas en llanto.

—Estoy segura de que no viviré mucho tiempo —le dijo la otra—, y sólo tú me preocupas. Nuestras mujeres me han estado repitiendo hasta la saciedad que se trata de un enlace inmejorable. Muy bien, me he dicho: no puedo compararme con ellas en experiencia, y seguramente tienen razón. De manera que he acabado por aceptarlo (aunque con no pocas vacilaciones) y, puesto que estoy convencida de que no tardaré en abandonarte, no quiero dejarte sin protección. Nunca pensé, sin embargo, que esta historia empezaría de un modo tan irregular y precipitado. En última instancia, ha sido el destino quien ha decidido por nosotras. Estoy tan sorprendida como tú, puedes estar segura. Cuando te hayas serenado un poco, intentaré convencerte de que yo no he tenido nada que ver con ciertos acontecimientos... No te enfades conmigo, te lo suplico. Si no, tarde o temprano lo lamentarás.

Mientras hablaba, le acariciaba los cabellos. Naka no Kimi, incapaz de concentrarse en nada, guardaba silencio. Si su hermana se preocupaba tanto por ella como parecía, resultaba difícil creer que hubiese actuado con malicia deliberada en lo que le había tocado en suerte vivir. Lo que más la inquietaba en aquellos momentos no era si Niou iba a resultar un amante fiel o no, sino cómo reaccionaría su hermana mayor si el príncipe acababa abandonándola.

Niou se presentó lleno de confianza en sí mismo. Incluso la noche anterior la muchacha, cogida completamente por sorpresa, fue capaz de cautivarle a pesar de su timidez. Aquella noche, se decía el joven, todo iba a funcionar de otra manera, puesto que la princesa no tendría ya que enfrentarse al terror de lo desconocido. Sólo le dolía pensar qué largo y difícil era el camino que conducía a Uji, pero cuando se puso a relatarle los avatares de su viaje y cuánto le dolían aún todos los miembros, la dama no pareció conmoverse demasiado. Niou estaba acostumbrado a muchachas que, aunque hubieran sido educadas primorosamente en su círculo familiar, tenían ya una cierta experiencia en tratar a los hombres porque desde la cuna habían tenido hermanos, tíos o primos a su alrededor. La princesa, aunque no podía describirse como una «niña mimada», había crecido en la soledad de aquellas montañas, lejos del mundo, y la timidez adquirida a lo largo de tantos años de incomunicación forzada la hacía enmudecer en cuanto tenía que improvisar la respuesta más trivial. Pensó que con toda seguridad la había visitado muy poca gente, de manera que no tenía práctica alguna en el arte de «recibir y dar conversación». Por otra parte, todavía lo conocía tan poco que su presencia tenía forzosamente que intimidarla. Con infinita paciencia fue probando diversos temas sin lograr hacerle decir, con suerte, más de una o dos palabras. ¡Y pensar que se la considera la más inteligente y vivaz de las dos hermanas!, se repetía, sin salir de su asombro.

Las sirvientas le preguntaron por los pastelillos de arroz que se comen tradicionalmente en la tercera noche. ^[207] Al oír hablar de aquello, Oigimi creyó recordar que tenían algo que ver con la suerte de su hermana, y la invitó a prepararlos en su aposento. Naka no Kimi no tenía ni idea de cómo se preparaban, y Oigimi, de la que todas parecían esperar instrucciones y

consejos, menos aún. Las mejillas de la mayor se riñeron de grana (¡y qué hermosa se puso con el color añadido!), mientras se ponía a trabajar con la mejor voluntad del mundo. Aunque ella se sentía ridícula, nunca sus mujeres la habían admirado tanto: tenía la elegancia tranquila que corresponde a la hija mayor de un príncipe imperial, y el hecho de que se entregara con tanto afán a aquella actividad completamente nueva para ella (la preparación de pastelillos nupciales) demostraba cuánto amaba a su hermana.

Poco después llegó una carta de Kaoru escrita en cursiva sin adornos sobre un papel bastante ordinario. Decía:

«Pensé en visitarte la noche pasada, pero es evidente que mis humildes esfuerzos no son recompensados como merecen, y me cuesta ocultar mi resentimiento. Quizás te hubiese podido ayudar a preparar las ceremonias del enlace, pero aún no me he recobrado de las desagradables experiencias que me tocó vivir la última noche que pasé en Uji. Por el momento, prefiero quedarme donde estoy y descansar.»

Acompañaba la carta un paquete de cajas, que contenían algunas piezas de tela para Ben no Kimi y sus compañeras. Se hubiese dicho que todo aquello procedía de los almacenes de la madre del joven, y no destacaba ciertamente por su calidad. También envió dos conjuntos completos de túnica y *uchiki* de exquisito gusto y, con ellos, tres o cuatro piezas de seda estampada y sin estampar. Prendido en la manga de uno de los *uchikis* había un poema que, a primera vista, podía parecer un tanto pasado de modo. Decía:

«Creo que andas diciendo que no compartimos el lecho... Pero estuvimos juntos, y eso nadie puede negarlo.»

Estaba claro qué quería dar a entender. En algo, sin embargo, tenía que darle la razón Oigimi: ya no les quedaban defensas... Mientras la dama trataba de componer una contestación, parte de los mensajeros se dieron a la fuga, pues Kaoru les había ordenado que no esperaran a recibir una respuesta. Pero ella logró retener a uno, y le confió este poema:

«Puede no haber barreras entre tu corazón y el mío, pero no digas que nuestras mangas se han acariciado.» [208]

Era un poema sin pretensiones, pero dejaba entrever su agitación. El joven se sintió conmovido, pues leyó en él sentimientos honestos y libres de toda afectación.

IV

Niou estaba fuera de sí. Encerrado en el palacio imperial, no veía manera de escapar. Y, por si ello fuera poco, su madre, la emperatriz, no paraba de reprocharle sus recientes ausencias.

—Aún estás soltero —le decía—, y parece que ya te has labrado una fama envidiable de conquistador. No me gusta en absoluto y, por favor, no hagas de ello tu «carrera». Tu padre no se siente más satisfecho que yo...

Niou se retiró a sus aposentos. Allí fue a visitarlo Kaoru y lo encontró hundido tras escribir una carta dirigida a Uji. El príncipe se sintió encantado, pues creía que sólo Kaoru era capaz de entenderlo.

—Me debato en una situación terrible —se le quejó—. Toda la tarde he estado intentando escapar, pero me ha sido absolutamente imposible, y ahora ya es casi de noche. No sé qué hacer...

Kaoru quiso aprovechar la ocasión para investigar las verdaderas intenciones de su amigo y la sinceridad de sus sentimientos hacia la hija menor del difunto Hachi.

—Has pasado muy poco tiempo en palacio últimamente —dijo—, y si hoy también «desapareces», mucho me temo que enfurecerás a sus majestades. Las damas de la corte están circulando rumores de todo tipo, y, tarde o temprano, llegará a hacerse pública mi responsabilidad en esa historia...

—Todo lo que está ocurriendo es culpa de mi madre, la emperatriz. Ha hecho cuanto ha podido para anularme. Esas mujeres le llenan la cabeza de embustes... Porque ¿qué he hecho yo de tan grave para que todo el mundo me esté criticando continuamente? No es fácil tener el padre sentado en el trono...

Sus suspiros parecían dar a entender que no se sentía en absoluto reconciliado con su posición de príncipe.

Kaoru se compadeció de él.

—Bien, decide tú si vas o no vas. Estoy seguro de que en Uji lamentarán tu ausencia. Estoy dispuesto a quedarme en palacio y a pechar con las recriminaciones y los gritos, si las cosas se ponen feas. Búscate un buen caballo para cruzar el monte Kohata... ¡Claro que es más probable que te reconozcan que yendo en coche!

Era ya negra noche, y Niou estaba muy nervioso. Si quería ir, no podía perder más tiempo.

—Comprende que me quede aquí —insistió Kaoru—. Pienso que puedo prestarte mejores servicios en la retaguardia.

Mientras Niou iba a las caballerizas, su amigo se dirigió a las estancias del emperador.

—¿Dónde está Niou? —le preguntó la emperatriz—. ¡No me digas que ha vuelto a escapar! ¿Qué va a pensar la gente? El emperador dirá que no lo he reñido lo suficiente...

Aunque era ya la madre de una prole numerosa, cada día parecía más joven. Se comentaba que su hija mayor, la Primera Princesa, se parecía mucho a ella. La joven se educaba en palacio bajo una vigilancia muy estricta, y Kaoru lamentaba que, a pesar de que se veía obligado a pasar tantas horas allí, no había tenido aún la suerte de oír su voz. En este tipo de situaciones (cuando la muchacha se encuentra a la vez tan cerca y tan lejos)

los jóvenes apasionados suelen tener malos pensamientos. En cuanto a él, aunque se consideraba un excéntrico en cuestiones sentimentales, se había dado cuenta de que, cuando una mujer lo atraía de veras, le costaba borrarla de su pensamiento. La corte imperial estaba llena de damitas elegantes y sensibles. No pocas tenían derecho a vanagloriarse de mil habilidades mientras otras eran hermosísimas. Y, sin embargo, él se comportaba con cortesía impecable con todas ellas, pero rehuía cualquier intimidad, aunque no pocas de aquellas «mariposas» la buscaban ostensiblemente. Por más que la emperatriz había impuesto reglas muy estrictas en estas cuestiones, las mujeres se las saben todas, y no era infrecuente que llegara a oídos del joven que la dama tal o la azafata cual había declarado confidencialmente que lo encontraba «interesante». Esos chismes le divertían a veces, y a veces le molestaban, pero no podía pensar en aquellas jovencitas «a la caza» sin sentirse embargado por una enorme sensación de futilidad y evanescencia.

Las habitantes de Uji no habían pasado un buen día. Primero llegó la desconcertante carta de Kaoru y luego la de Niou, poniendo de relieve el carácter mudable y frívolo del joven del cual todos hablaban. Hacia la medianoche se presentó el príncipe en medio de un vendaval, elegantemente ataviado y envuelto en un aura de perfume. ¿Cómo iba Oigimi a enfadarse con él? ¿Y la novia? Creía empezar a entender lo que de ella se esperaba... Lo cierto es que estaba bellísima y, ataviada y maquillada con sumo cuidado para la ocasión, pareció a su adorador más hermosa que en la noche pasada por más que el joven estuviera acostumbrado a tener mujeres bonitas a su alrededor. Las viejas que la servían sonreían sin parar mostrando sus dentaduras estropeadas. Era un encanto, se repetían, y hubiese sido un delito permitir que se uniera a un hombre que no perteneciese a la familia imperial.

Al ver como aquellos vejestorios no paraban de coserse ropas llenas de bordados y flores artificiales para disimular la edad, Oigimi empezó a pensar que ella también estaba empezando a dejar la juventud atrás. El rostro que el espejo le mostraba parecía más delgado cada día. Pero sus criadas y azafatas estaban convencidas de que no hay destrozo del tiempo

que no pueda repararse... Y allí estaban: mientras unas se peinaban un ridículo flequillo sobre la frente, sin preocuparse del horrible efecto que sus cabezas ofrecían por detrás, otras se pintaban frente y mejillas con afeites hasta hacerse irreconocibles. Mientras tanto, Oigimi contemplaba el jardín con los ojos entornados. ¿Se engañaba a sí misma cuando se decía que no se le notaban los años, que su cara había cambiado poco y aún se mantenía envidiablemente fresca y tersa? La «prueba» de presentarse ante un joven apuesto sería cada vez peor... ¿Qué aspecto tendría dentro de dos o tres años? ¡Qué efímera es la juventud! Se miró las manos y las muñecas, tan finas y delgadas, y pensó en Kaoru y en el mundo en general, mientras contemplaba tristemente el jardín de toda la vida.

No había sido fácil obtener aquellos momentos de placer y libertad, se decía Niou, y cada vez se complicaría más su situación. Contó a Naka no Kimi lo que le había dicho su madre, y luego añadió:

—Habrá días en que me será completamente imposible acudir a verte, por más que quiera, y has de prometerme que no te enfadarás conmigo. ¿Me habría tomado tantas molestias si pensara abandonarte? Esta noche me metí en medio de la tormenta sólo por no decepcionarte. Pero espero que podamos hallar una solución. Necesito que vivas más cerca.

Pero la muchacha, que nada sabía de la corte y de sus reglas y le habían llegado muchos rumores sobre la frivolidad de Niou, en cuanto le oyó hablar de dificultades y problemas, empezó a preguntarse si la suerte que le esperaba sería tan magnífica como pensaban las mujeres que tenía a su alrededor. En cuanto apuntó el alba, el joven abrió una puerta lateral y la invitó a salir. La bruma en Uji le pareció aún más sugestiva que en otros sitios más familiares. En el fondo del valle, las barcazas cargadas de leña descendían por el río como todos los días, dejando atrás una estela de espuma blanquecina, y el cielo se aclaraba al entrar en contacto con la silueta de las montañas. Su sensibilidad refinada se exaltó ante lo extraño de la escena. ¿Cuál de entre las mujeres más mimadas de la corte podía compararse con la princesa que tenía al lado? Ninguna, ni siquiera su hermana, la tan alabada Primera Princesa...

La noche había transcurrido tan deprisa que aún anhelaba seguir explorando los encantos de Naka no Kimi... Junto a la casa el torrente rugía como un animal salvaje y, al levantarse la niebla, las orillas del río ofrecían un aspecto mucho más desolado y triste que cuando llegó. ¿Cómo habían podido vivir en un lugar como aquél durante tantos años? La propia Naka no Kimi parecía avergonzarse de los miserables alrededores de su hogar. No podía dar crédito a lo ocurrido: tenía delante de sus ojos lo que todas las jóvenes del mundo hubiesen considerado el «príncipe ideal», y le había prometido amarla durante esta vida y todas las que la siguieran. Curiosamente se sentía mucho más cómoda junto a Niou de lo que nunca se había sentido con Kaoru, aunque lo conocía desde hacía mucho más tiempo. Kaoru era glacial y siempre parecía con la cabeza en las nubes. Durante bastante tiempo consideró a Niou algo inalcanzable por las enormes diferencias de fortuna que los separaban, y, cuando el joven le escribía alguna cartita, no sabía cómo contestarla. Pero en cuanto lo hubo conocido, todo cambió, y la sola idea de perderlo de vista, aunque sólo fuera por unos días, la hacía sentirse infinitamente desgraciada.

Los acompañantes del príncipe estaban tosiendo artificialmente y haciendo ruido para llamar su atención y recordarle que era hora de partir. También él tenía prisa, pues no quería llegar a palacio pasado el mediodía. No paraba de repetir a la muchacha cuánto odiaba pensar que pasaría unas cuantas noches sin verla. Abrazándola, le recitó:

—Nuestro amor no tendrá fin aunque tus mangas, como las de la Doncella del Puente, estén húmedas por la noche.

Y ella le contestó:

—Que nuestro amor, como dices, durará eternamente, no lo dudo. Pero no puedo pasar todo el futuro esperándote.

Aunque la joven hacía por no quejarse, su evidente disgusto hería el corazón de Niou. Al fin hubo de partir, dejando en prenda a Naka no Kimi

algo del perfume que impregnaba sus ropas. La apostura del príncipe era tal que las mujeres de la servidumbre se sentían a punto de desvanecerse al contemplarlo, y azafatas y criadas aprovecharon la ocasión de su marcha para examinarlo y volverlo a examinar de pies a cabeza a la luz del día. «El otro caballero también es muy amable», se decían, «pero tiene siempre un aire ausente, como si no acabara de tocar de pies en el suelo... Aunque nos consta que este joven es *más importante*, y eso puede influir en nuestro juicio...»

En cuanto recordaba el dolor de la muchacha al despedirse, Niou volvía a arder tanto en deseos de regresar a su lado que su agitación resultaba casi ridícula y sus hombres se burlaban de él. Pero estaban «las apariencias», que había que cuidar, y, una vez en la ciudad, no le resultó fácil abandonarla de nuevo. Con todo, no pasaba día sin que enviara una carta a Uji. Oigimi estaba convencida de su sinceridad, pero, al ir pasando los días sin que él se presentara, se dio cuenta de que su hermana, que vivía suspirando, se sentía mucho más desgraciada que ella. Procuraba adoptar una actitud tranquila, pues, de haber mostrado signos de agitación, habría contribuido a agravar la angustia de Naka no Kimi, cuya felicidad le importaba más que nada en este mundo. En cuanto a ella misma, no estaba dispuesta a correr la misma suerte.

Kaoru observaba los acontecimientos con no poca preocupación. Sabía lo que estaba ocurriendo en Uji y tenía el convencimiento de que, si las cosas se torcían entre su amigo y Naka no Kimi, él cargaría con todas las culpas. Procuraba, pues, visitar a Niou de vez en cuando por sorpresa para informarse de su estado de ánimo, y, viéndolo profundamente enamorado de la muchacha, se tranquilizó.

La mitad del noveno mes había pasado ya, y Niou no podía quitarse del pensamiento aquellas montañas en que reinaba el otoño... Un atardecer en que el cielo, cubierto de nubes oscuras, amenazaba lluvia, se le ocurrió partir solo a Uji. Kaoru adivinó sus intenciones y dejó caer:

—¡Qué solas deben de sentirse las montañas bajo la lluvia!

Niou, encantado de que el otro hubiese descubierto su propósito, le invitó a acompañarlo. Partieron juntos en un coche pequeño. Mientras

viajaban por caminos abruptos y llenos de maleza, el príncipe se decía que Naka no Kimi debía de sentirse aún más desgraciada que él, y, cuando hablaba, sólo lo hacía para referirse a la compasión y al remordimiento que en él despertaba la joven. El crepúsculo cayó sobre el paisaje otoñal, y ambos amigos estaban calados hasta los huesos. Y, sin embargo, el aroma que se desprendía de ambos dejaba en trance a los lugareños que se cruzaban en su camino, que creían ver en ellos una aparición del otro mundo.

En cuanto llegaron a Uji, las viejas, que en los últimos tiempos no habían cesado de quejarse de la crueldad de Niou para con su ama, se deshicieron en sonrisas y reverencias mientras arreglaban la sala con la ayuda de hijas y sobrinas que habían servido en la corte. Durante años habían menospreciado en silencio a las princesas y su forma de vida, pero la visita de aquellos dos jóvenes tan apuestos y elegantes las dejó mudas. También Oigimi se alegró: el momento era perfecto en todos los sentidos, aunque se sintió un poco molesta por el hecho de que Kaoru también hubiese acudido. No obstante, al verlos juntos y compararlos, hubo de reconocer que había algo especial en la digna seriedad de Kaoru que faltaba en el otro.

Sirvieron a Niou manjares de la región, y Kaoru fue tratado como uno más de la familia, pero, en cuanto los otros dos se encerraron en la alcoba de Naka no Kimi, dejándolo solo, se sintió defraudado. ¡Hubiesen podido prepararle un aposento más recogido! Al fin Oigimi se apiadó de él y le permitió que le hablara a través del *kichó*.

—¿Cuánto tiempo durará esta situación? —dijo él—. Nunca lograré acostumbrarme a ella...

Oigimi hubo de darle la razón, pero, al evocar la continua zozobra en que vivía su hermana, se reafirmó en la idea de que las relaciones entre marido y mujer son lo más doloroso de este mundo. ¿Cómo iba a entregarse ella a un hombre? Aun reconociendo que los primeros escauceos amorosos resultan placenteros, la relación acaba invariablemente convertida en fuente de amargura para ambos, y, sobre todo, para la mujer. No. Kaoru y ella tenían que seguir como hasta entonces: respetándose mutuamente pero sin

exigirse más de lo que uno y otro estaban dispuestos y eran capaces de dar. El joven le preguntó por la conducta de su amigo Niou. Con algunos circunloquios, la dama le informó de lo ocurrido, y él le aseguró que las intenciones del príncipe eran irreprochables y que velaría personalmente para que no cambiara de actitud.

—Cuando todo eso haya terminado, y ambos estemos tranquilos y relajados —dijo ella, en un tono más afectuoso del que acostumbraba a usar con él—, tenemos que sentarnos y conversar largamente.

Oigimi no huía de Kaoru, pero «mantenía su puerta cerrada», y Kaoru sabía que no lo perdonaría fácilmente si intentaba derribarla. Por otra parte, era evidente que no tenía rivales. De modo que, echando mano del control que siempre había ejercido sobre sí mismo, el joven desafió la actitud glacial de la princesa e hizo cuanto pudo por tranquilizar su espíritu agitado.

—No resulta muy agradable hablar a una puerta —se quejó—. ¿Por qué no hacemos como la otra noche?

—Me temo que el rostro que el espejo me devuelve todas las mañanas es menos atractivo cada día —repuso ella, y a Kaoru le pareció que había algo de risa entre sus palabras—. No quisiera ver la decepción pintada en tu rostro. Por otra parte, tampoco veo la necesidad.

—¿Hasta cuando viviré a merced de tus caprichos?

Una vez más pasaron la noche como una pareja de faisanes silvestres. Mientras tanto Niou comentaba a Naka no Kimi:

—Siento celos de Kaoru. Se diría que es el amo y señor de esta casa.

El comentario sorprendió a la joven.

Niou se rebelaba contra el hecho de verse obligado a salir corriendo después de haber hecho un viaje tan largo para llegar hasta allí, dejando a su amada sumida en la tristeza, y la única solución que se le ocurría era llevar a Naka no Kimi a la ciudad. Pero ¿dónde instalarla? El lugar más indicado parecía ser el palacio de la Sexta Avenida, pero allí estaba Yugiri, que en repetidas ocasiones le había ofrecido a su hija Roku no Kimi en matrimonio. Estaba seguro de que habían sido los comentarios de Yugiri sobre su vida pretendidamente licenciosa la causa principal del disgusto de sus padres. Yugiri conocía el remedio del mal: casar al joven con una dama

de alcurnia que lo atara corto, y ¿cuál mejor situada que su propia hija? En aquellas circunstancias, veía muy difícil que sus padres prestaran su consentimiento a su unión con una joven desconocida y sin una familia influyente como Naka no Kimi. Si sólo se hubiera encaprichado de la joven, la habría llevado al palacio imperial en calidad de azafata o de dama de honor para tenerla «a mano» hasta que se hubiese hartado de sus encantos. Pero sus sentimientos eran mucho más profundos. Por otra parte, Niou sabía que, si su padre moría y su hermano mayor lo sucedía en el trono, él se convertiría en heredero aparente y, con este título, podría permitirse cargarla de honores. De momento, pues, lo mejor parecía no llamar la atención.

También Kaoru planeaba traer a Oigimi a la ciudad en cuanto la mansión de Sanjo estuviera completamente reconstruida. Tenía la suerte de no pertenecer a la familia imperial, y eso le confería mucha mayor libertad de actuación. Su amigo le daba mucha pena y a veces pensaba en revelar su secreto a su madre, la emperatriz, y tratar de ganársela para la causa. Tal vez Niou se lo reprochara, pero, a la larga, la joven se lo agradecería, pues no hay nada peor que la incertidumbre. Era sumamente cruel que Niou no pudiera pasar una noche entera en Uji, y la pobre Naka no Kimi merecía una posición digna. Por otro lado, tarde o temprano el secreto acabaría sabiéndose. Mientras, convencido de que las princesas estaban mal preparadas para afrontar los rigores invernales, les envió ropa de cama y tapices para cubrir las paredes, que había ido adquiriendo en los últimos meses pensando en un hipotético traslado de Oigimi al palacio de Sanjo.

—Parece que ya los necesitan —dijo a su madre, y dio orden de que se mandaran también ropas para el servicio de la casa de Uji.

V

El primer día del décimo mes pareció sumamente apropiado para llevar a Niou a Uji: estaban en plena temporada de pesca, y, además, coincidía con la época del año en que tocaba ir a admirar las hojas encarnadas de los arces. Obtenido el permiso imperial, decidieron que la excursión debía ser lo menos aparatosa posible y sólo invitaron a dos o tres amigos de confianza. Pero, tal como solía ocurrir siempre que Niou se disponía a hacer algo, se añadieron otros cortesanos, entre los que se encontraba Kurodo no Shosho, hijo de Yugiri, aunque el oficial de mayor rango seguía siendo Kaoru. Para prevenir a las princesas, les envió una carta muy larga:

«El príncipe querrá pasar una noche en vuestra casa», escribió, «y debéis estar preparadas. Algunos nobles que acompañaron a Niou a ver las flores de la primavera hace un año volverán a formar parte de su cortejo y tienen muchas ganas de conoceros.»

Las jóvenes se apresuraron a cambiar las cortinas y a quitar el polvo, se barrió el jardín, que se hallaba cubierto de hojas secas, y se limpió la orilla del río, invadida por las malas hierbas. En otro momento Oigimi hubiese soportado muy mal todo aquello, pero ahora se limitaba a suspirar y a aceptar lo que parecía haber dispuesto el destino.

La barcaza de los visitantes se paseaba río arriba y río abajo, y la música que tocaban Niou y sus compañeros, transportada en alas de la brisa, saludó a las princesas. Las criadas más jóvenes se lanzaron a la orilla para verlos mejor. Al principio no distinguieron la figura de Niou, pero la barcaza, adornada con hojas de arce de color rojo, parecía pintada sobre brocado. La música de las flautas sonaba cada vez con mayor intensidad. Las princesas, asomadas a la galería que daba sobre el río, comprobaron que, incluso en una excursión que se había anunciado como «sumamente informal», Niou era el polo de atracción de muchos pares de ojos. Las mujeres, al reconocerlo, se decían, evocando la leyenda del Boyero y la Tejedora, ^[209] que valía la pena esperar un año para reencontrarse con un hombre tan hermoso.

Sabiendo que se recitarían poemas chinos, Niou había traído consigo algunos eruditos en la materia. La barcaza atracó en la orilla de enfrente, junto a la mansión de Yugiri, y sus ocupantes desembarcaron y organizaron un banquete improvisado, durante el cual se interpretó tanta poesía como música. Con los gorros adornados con ramas de arce, un grupo de acompañantes de Niou tocó «El viejo sabio del mar». Únicamente Niou se sentía insatisfecho. Su corazón, *como el mar de Omi*, anhelaba frenéticamente encontrarse con la princesa que vivía en la otra orilla e imaginaba la angustia de la dama al saberlo tan cerca. ¿Se haría cargo la joven de su delicada situación? Mientras los eruditos repartían temas y esquemas métricos para que los jóvenes cortesanos se lucieran componiendo poemas en chino, Kaoru dijo en un susurro a Niou que, en cuanto llegara el momento, lo ayudaría a escapar, pero, mientras le estaba hablando, se presentó un hermano mayor del capitán que los acompañaba con un espléndido cortejo. Habían acudido por orden expresa de la emperatriz, pues consideraba que su hijo había partido con un acompañamiento indigno de su rango, y ello podía convertirse en un mal precedente. La llegada de aquel tropel de gente no pudo resultar más inoportuna y dio al traste con los planes de ambos amigos. Se acabaron los placeres de la noche para ambos. Los demás, ajenos a sus penas, bebían, cantaban y bailoteaban a su alrededor sin darse cuenta de nada.

Niou quería permanecer un día más en Uji, pero a la mañana siguiente se presentó otro tropel de cortesanos, encabezado por el chambelán de su madre, «para acompañarlo *como merecía* en su regreso a la capital». Niou envió una nota a las damas que estaban al otro lado del río. Evitando mostrarse ingenioso, trató de informarlas de cómo se sentía de verdad. Naka no Kimi, segura de que un centenar de pares de ojos lo estarían espiando, no contestó. Se lo imaginó medio secuestrado por sus ruidosos compañeros, y más lejos de ella que nunca. Si llegaba una carta, todos querrían leerla. Había podido seguir de lejos el banquete y la juerga de quien se decía su rendido enamorado, y, más consciente que nunca de su patética inferioridad, se sentía profundamente herida. En la otra orilla el dolor de Niou no resultaba más llevadero que el de la princesa.

La pesca había sido extraordinaria, y los criados servían los peces asados sobre platos adornados con hojas de arce. Todos parecían satisfechísimos de la excursión, salvo Niou, que, alejado de los suyos, mantenía los ojos perdidos en el horizonte y una mano sobre el corazón. Los árboles del viejo jardín del príncipe Hachi en la otra ribera impresionaban por su tamaño, y la hiedra que trepaba por sus viejos troncos añadía una nota de melancolía al paisaje. Kaoru se reprochaba el fracaso de la expedición y estaba seguro de que las damas no se lo perdonarían, sobre todo teniendo en cuenta los preparativos que se habían visto obligadas a hacer. Algunos acompañantes se acordaban todavía de los cerezos floridos del año anterior, y compadecían a las muchachas que, privadas de su padre, parecían condenadas a una triste muerte en vida. No pocos sospechaban que su amo llevaba de cabeza una visita secreta a la otra orilla, y ni los más necios se ahorraban comentarios sobre aquellas princesas misteriosas. Por más encerradas que estuvieran, para la fama no hay barreras cuando de auténticas bellezas se trata. Y, en este caso, la fama de hermosas iba acompañada de generosas alabanzas dirigidas a su talento musical

Kurodo no Shosho, capitán de la guardia y amigo de Kaoru, recitó este poema:

—¿Se sentirán los cerezos que vi, como
de pasada, en su apogeo, ahora que el otoño
ha llegado, muy olvidados?

Kaoru lo oyó y repuso:

—Con sus flores que palidecen y sus
hojas que caen, pertenecen con toda
seguridad a un mundo en que todo es volátil.

Y terció Emon no Kami, el chambelán:

—Mientras nos cuesta despedirnos a la
sombra de las copas rojas y doradas, ¿por qué
camino escapa sigilosamente el otoño?

Era el más anciano de todos y lloraba al recordar los tiempos en que el príncipe Hachi era joven. También Niou compuso su poema:

—¡Viento de los pinos de la montaña! No
soplos con fuerza excesiva sobre esta casita,
tan solitaria Y triste cuando el otoño se ha
esfumado.

Algunos hombres poco curtidos a la hora de expresar sus sentimientos se admiraron de la sinceridad de los demás y compadecieron a Niou por haber perdido una ocasión de ver a su amada. Pero no había nada a hacer, pues no podían enviar una flotilla entera aguas abajo. Seguían repitiendo una y otra vez los mejores pasajes de los poemas en chino compuestos la noche anterior, sin que faltaran numerosos poemas japoneses que la hora y el lugar habían inspirado. Pero, ¿cabe que nazcan obras realmente originales cuando todos los autores están borrachos? Esta es la razón de que prefiera dejar aquí las cosas.

Las princesas, demasiado hundidas para expresarse, oían a lo lejos los gritos de los heraldos. Aquello no era lo que se esperaba de un galán enamorado, cuchicheaban las criadas que se habían deslomado con los preparativos. Oigimi empezaba a pensar que la mala fama de Niou se hallaba perfectamente justificada, y esta idea la destrozaba. De un modo más general, había oído decir que los hombres sólo saben mentir, que sus dulces palabras sólo fingen amor... Ben no Kimi y las otras ancianas que la servían le habían hablado de sus propias aventuras. Al oírlas le pareció normal, pues estaba segura de que aquellas mujerucas se habían relacionado siempre con hombres de escaso valor. Pero, tratándose de gente de calidad, tenía derecho a esperar *otra cosa*. Estaba claro que se había equivocado.

Su padre, que sabía de las andanzas de Niou, lo había rechazado de entrada. Pero luego se había presentado Kaoru abogando por la causa de su amigo con tanta insistencia que lo imposible había acabado por ocurrir. ¿Qué estaría pensando ahora Kaoru de la firmeza de los sentimientos del otro, que hasta hacía muy poco había ponderado por encima de toda duda? Oigimi no se sentía inferior a ninguno de cuantos se hallaban en aquel

momento en Uji, pero se horrorizaba al pensar qué se estaría comentando sobre ellas. Y, aunque nadie osara decirle nada, ahí estaban las miradas burlonas y los cuchicheos a sus espaldas para amargarle la vida...

Naka no Kimi, en cambio, aunque profundamente decepcionada, se resistía a admitir que todas las promesas que le había hecho el príncipe fueran sólo hipocresía. Por larga que fuese su ausencia, creía ciegamente que regresaría a su lado y lo disculpaba de antemano diciéndose que debía de tener sus razones para no ir. Pero no podía evitar parecer disgustada, y su hermana mayor, viéndola siempre desanimada y llorando por los rincones, tomó por un trágico dolor lo que, en realidad, no era más que un ataque de depresión. Se decía que Niou nunca habría tratado a su hermana de aquel modo de haber vivido ambas con arreglo a su rango en un lugar decente. También pensaba que, tarde o temprano, se encontraría en la misma situación. A pesar de sus promesas, el «perfecto» Kaoru tampoco era de fiar. Aunque le repitiera sin cesar que su amistad resistiría «contra viento y marea», sólo lo hacía para que estuviera contenta, y, por más que ella intentara mantenerlo a distancia, se trataba de una situación provisional y destinada al fracaso.

Lo peor del asunto era que la princesa estaba segura de que todos sus esfuerzos y precauciones se verían al fin frustrados por culpa de las maquinaciones de aquel puñado de alcahuetas que cobijaba bajo su techo. Tarde o temprano acabarían por entregarla «atada y amordazada» a aquel hombre como una oveja al lobo. Para prevenir eventualidades de este tipo, su padre se había hartado de repetirles que vivieran cuanto más solas mejor, pues la soledad, en contra de lo que muchos pensaban, no era el más cruel de los destinos. Habían nacido bajo una mala estrella, y contra esta evidencia todo era inútil. Si su padre las había abandonado, ¿por qué no iban a abandonarlas también sus esposos? Y no estaba dispuesta a rebajarse a ser la concubina de un cualquiera para sobrevivir...

Prefería morir antes de que ocurriera lo peor, pues, por lo menos, no tenía aún mucho de qué acusarse. Prisionera de mil pensamientos angustiosos, Oigimi dejó de comer. La situación que su hermana atravesaba tampoco la dejaba vivir, y casi prefería no verla. Aquella figura bellísima y

olvidada por el mundo había sido hasta entonces el principal sostén de su propia existencia, y la esperanza de conseguirle un buen partido la razón fundamental de su vida. ¡Pero he aquí que, aunque habían hallado un esposo (y un esposo de inmejorable categoría), el matrimonio se había convertido en un chiste de mal gusto! Su pobre hermana ya nunca más podría volver a hacer frente al mundo. Y su propia salud se deterioraba día a día...

De regreso a la ciudad, Niou empezó a pensar en volver a Uji, esta vez emprendiendo un viaje más relajado y en solitario. Pero la situación se había complicado, pues el hijo mayor de Yugiri había acudido al emperador y le había hecho saber que «la súbita decisión de Niou de ir a admirar las hojas de los arces» no había sido sino una estratagema más para ir a visitar a una de sus numerosas amantes, y toda la corte lo criticaba por su irresponsabilidad. La emperatriz estaba profundamente alarmada, y el emperador también se sentía engañado. La razón de todo aquello estaba en el hecho de que se había permitido al muchacho vivir fuera del palacio imperial, se quejaba su padre. ^[210] Convencidos de que había que tomar medidas estrictas, se le obligó a trasladarse al palacio de sus padres. Por más que seguía negándose a matrimoniarse con Roku no Kimi, la hija de Yugiri, el asunto pasó a considerarse casi como una cuestión de estado, y sus padres decidieron por él. Muy en contra de su voluntad, empezaron los preparativos del odiado enlace.

Cuando Kaoru se enteró, notó como el suelo se hundía bajo sus pies. ¡He aquí el fin de todos sus esfuerzos para hacer feliz a Naka no Kimi! Incapaz de olvidar las instrucciones del príncipe Hachi, compadecía profundamente aquella beldad llena de gracia que, incapaz de sobreponerse a un destino despiadado, estaba a punto de ser arrinconada de una vez por todas. Incluso él mismo se sorprendía de su deseo de ayudarla. En el fondo, se sentía culpable, pues, cuando Oigimi insistía en rechazarlo y quería casarlo a toda costa con su hermana menor, había cedido interesadamente a los apremios de Niou y se la había presentado para, de este modo, continuar reservándose la mayor para él. ¡Con lo fácil que le hubiera resultado traer a

ambas hermanas a la capital! Ahora ambas uniones se habían ido al garete, y él había quedado como un perfecto idiota.

También Niou estaba deshecho, aunque su madre no se cansaba de repetirle:

—Si te gusta alguna jovencita, tráela aquí y colócala de azafata en palacio... Eso es lo que procede en estos casos. Te consta que eres el favorito de tu padre, y ni él ni yo podemos soportar por más tiempo que toda la corte hable únicamente de «tu conducta impropia»...

Un día de invierno en que llovía a mares Niou fue a visitar a su hermana la Primera Princesa. Estaba sola y mataba el tiempo leyendo novelas y contemplando libros ilustrados. El joven se sentó al otro lado de la cortina del *kichó* y se puso a hablarle. Pasaba por ser una de las principales bellezas de su tiempo, pero había conservado de la infancia un carácter alegre y abierto que nada tenía que ver con la altivez y reserva que suele asociarse con las «primeras princesas», sobre todo cuando son tan hermosas. Durante años Niou había visto en ella su ideal femenino. Seguramente sólo se la podía comparar con la hija del emperador Reizei, sobre la cual había oído contar maravillas, aunque, viviendo prácticamente recluida, nunca había tenido ocasión de entrar en contacto con ella. También su preciosa Naka no Kimi de Uji se la recordaba no poco...

Para distraerse se puso a mirar los rollos pintados que había por el suelo. Todos ellos eran obras de primera categoría, hechos para satisfacer a mujeres de un gusto exquisito. En uno de ellos se podía admirar un caballero enamorado y en otro una aldea entre montañas, por citar sólo un par de escenas entre las muchas que había pintado el artista de modo irreprochable. No pocas le recordaban su propia situación, y a punto estuvo de pedirle unos cuantos rollos a su hermana para enviarlos a las princesas de Uji. Había una ilustración de los *Cuentos de Ise* que representaba el momento en que el héroe da un lección de koto a su hermana, y, con él en la mano, se acercó un poco más a la cortina.

—*¡Qué lástima que, siendo la hierba tan verde y tan tentadora...!*^[211]—
recitó en un susurro (y hubiese sido difícil adivinar en qué estaba pensando), y prosiguió diciendo—: ¡Me hubiese gustado vivir en aquellos

tiempos! Entonces hermanos y hermanas no se veían obligados a tratarse con una cortina entre ambos... Te siento tan lejos de mí...

La princesa le preguntó a qué ilustración se refería, y él la enrolló y se la pasó por debajo de la cortina. Al agacharse para recogerla, apartó su cabellera y Niou pudo verle brevemente el perfil, que le pareció absolutamente encantador. Inmediatamente se puso a desear que no fuese su hermana y recitó:

—No me propongo dormir entre la hierba
tierna, pero debo confesar que me tiene
atrapado.

Las azafatas se habían retirado detrás de una mampara, y, consciente de que los estaban escuchando, la dama se sintió muy incómoda. Hubo de reconocer que las palabras de su hermano sonaban fuera de lugar y optó por no responderle. La forma de reaccionar de la princesa hizo recordar a Niou que la dedicatoria del poema original contestó de manera bastante más complaciente. [212]

Niou y la Primera Princesa habían sido los «nietos» favoritos de Murasaki y durante su infancia habían pasado mucho tiempo jugando juntos en los aposentos de su «abuela». También la emperatriz había procurado dotar a la mayor de sus hijas de una educación irreprochable, y, si detectaba el más mínimo defecto en alguna de sus azafatas o criadas, la sustituía inmediatamente. Hubiese sido sorprendente que alguien tan sensible a los encantos femeninos como Niou, «condenado» a convivir en el palacio imperial con tantísimas damitas encantadoras, no se hubiera dejado llevar por sus impulsos. Continuamente empezaba nuevas *liaisons*, que duraban más o menos según las circunstancias, aunque, de haber sido preguntado sobre el tema, habría contestado sin vacilar que «su corazón estaba con la princesita de Uji».Y, sin embargo, perezoso por naturaleza, cada día le escribía menos.

Cuando las hijas del príncipe Hachi empezaban a desesperar y se decían que, si en los próximos días no llegaban noticias de Niou, la historia podía darse por acabada, Kaoru se presentó y declaró que había acudido para

interesarse por Oigimi, pues le habían llegado noticias de su indisposición. Aunque la dama se sentía muy debilitada, no deliraba ni se hallaba tan postrada por la fiebre que no fuera capaz de mantener una conversación. Con todo, se escudó en su indisposición para no recibirlo.

—Si debo limitarme a oír informes ajenos sobre su estado de salud —dijo el joven—, hubiese podido quedarme en la capital. He acudido para verla con mis propios ojos y formarme mi propia opinión.

Al fin la dama consintió en recibirlo, y sus criadas lo acompañaron a su dormitorio y le pusieron un asiento al otro lado de las cortinas que protegían su lecho. Lo primero que le contó fue el disgusto de Niou al ver frustrados sus planes de visitar a su hermana muy en contra de sus deseos durante su reciente excursión «para admirar las hojas de los arces».

—Tened paciencia y procurad no quejaros —le dijo. —Mi hermana no se queja —repuso la enferma, con lágrimas en la voz—. Pero ¡qué situación más desgraciada estamos atravesando! Empiezo a ver confirmados los peores temores de nuestro padre.

Por otro lado, tu amigo cada vez escribe menos.

—El mundo no anda siempre según nuestros deseos —dijo él—, y a vosotras os falta experiencia para afrontar determinadas situaciones. Todo lo miráis, además, desde vuestro punto de vista. Os ruego que tratéis de imaginar el suyo. Las intenciones de Niou no han cambiado: os lo prometo. Sólo se os pide un poco de paciencia...

A pesar de sus afirmaciones terminantes, Kaoru empezaba a tener dudas de que se correspondiesen con la realidad, pero se creía obligado a hacerlas. Cada vez se sentía más incómodo con toda aquella historia. Como Oigimi solía pasar muy malas noches, Naka no Kimi, pensando que si se producían nuevos ataques resultaría incómodo tener un extraño en casa, le pidió que se retirara a una ala alejada donde ya había dormido otras veces. Las mujeres de la servidumbre le daban la razón, pero Kaoru se resistía a obedecer.

—Me preocupa muchísimo su salud —se defendió el joven—, y quiero estar a su lado. ¿Persistís en querer enviarme al exilio? ¿Quién hará entonces lo que deba hacerse?

Convocó a Ben no Kimi y le ordenó que dispusiera la celebración inmediata de servicios religiosos. Oigimi se opuso, pues, aunque se abstuvo de decirlo, no quería ver monjes a su alrededor y no tenía ningún deseo de que su vida se prolongara. De todos modos, el anhelo de Kaoru por salvarla le emocionó. El joven hubo de dar su brazo a torcer, pero a primera hora de la mañana ya volvía a estar junto a su lecho.

—¿Te sientes algo mejor? —le preguntó—. Déjame hablar un poco contigo, aunque sean sólo dos palabras...

—Me temo que el tiempo no ha hecho sino empeorar la situación —respondió ella—, pero ven junto a mi lecho.

Kaoru se introdujo detrás de la cortina y se arrodilló a su lado con el corazón en un puño. La sorprendente docilidad de la dama le hizo temer lo peor, aunque al principio trató de distraerla hablándole de cosas banales. Oigimi respondió en un susurro que lo llenó de angustia...

—No me encuentro bien, y me temo que muy poco podré decirte. Espera a que haya descansado...

Kaoru tenía trabajo en la corte, y no pudo permanecer allí por más tiempo. Hubo de marcharse con el corazón atestado de los más negros pensamientos, no sin antes encargar servicios religiosos continuos al abad.

—Uji no es un lugar adecuado para una mujer en sus condiciones... —dijo a Ben no Kimi—. ¿No habría manera de trasladarla a otra parte?

Algunos de sus escuderos habían intimado con las muchachas del servicio de la casa.

—He oído decir que han puesto fin a los devaneos constantes de Niou —comentó uno de ellos a una azafata joven—. Parece que lo han encerrado en el palacio del emperador y han apañado su matrimonio con la hija del ministro. Hace años que la familia de la joven está insistiendo, y a nadie le parecerá raro. Se dice que se casarán antes de fin de año. Claro que él no demuestra ningún entusiasmo y sigue entregado a aventurillas con azafatas y criadas... Sus padres han fracasado completamente en sus intenciones de reformarlo. Pero si os apetece contemplar algo del todo distinto, ahí tenéis a nuestro Kaoru, tan serio, tan controlado, tan «excéntrico», a juicio de

muchos. La gente no consigue explicarse sus viajes a Uji, y dice que por primera vez parece comportarse como un ser humano.

A la mujer le faltó tiempo para repetir la historia a sus compañeras:

—Eso, al menos, es lo que me contó —concluía cada vez que acababa de repetir la historia.

Cuando llegó a oídos de las princesas, sólo sirvió para aumentar su desazón. Este es el fin, sentenció Oigimi, creyendo que el joven príncipe sólo había buscado un poco de diversión mientras en la corte se preparaba su matrimonio con una dama adecuada a su rango. Imitando a Kaoru (o quizás instigado por él), había sido capaz de fingir un afecto que no sentía para complacer a su amigo. La conducta de Niou era imperdonable, pero la de Kaoru le pareció todavía más indigna. Al oír aquella historia vergonzosa, Oigimi, debilitadísima, notó que se le escapaba todo deseo de seguir viviendo. Las mujeres que las servían eran de poca monta, pero aun así se avergonzó ante ellas.

Cerró los ojos y fingió que no se había enterado, mientras a su lado dormía Naka no Kimi. En los últimos tiempos, y como fuera que Oigimi pasaba muy malas noches, la otra se acostumbró a dormir durante el día, aunque las madres lo desaconsejan... ^[213] ¡Qué criatura tan maravillosa era, con su larga melena fluyendo por encima del brazo en que reposaba su cabecita! ¡Cuánta gracia y belleza emanaban de su persona! Oigimi recordó los últimos consejos de su padre. No podía pensar que estuviera en el infierno, pero aun si estaba allí, ¿por qué no se las llevaba consigo? ¡Resultaba tan cruel que las hubiese dejado en este mundo a la deriva, sin ni siquiera dignarse visitarlas en sueños de vez en cuando!

Oscuro y lluvioso se presentaba el crepúsculo, y el aullido del viento entre los árboles no hacía sino subrayar lo solas que estaban. A pesar de todas sus penas, la figura de Oigimi seguía destacando por su dignidad mientras, apoyada en un reclinatorio, pensaba en lo que había ocurrido y en lo que estaba por ocurrir. Hacía tiempo que no se había ocupado de su cabellera, pero parecía acabada de peinar y caía como un estola de seda negra sobre su blanca túnica. Sus facciones, pálidas tras la enfermedad,

tenían un toque de misterio, y su frente y sus ojos, perdidos en el crepúsculo, hubiesen entusiasmado a cualquier entendido en belleza.

Una violenta ráfaga de viento sacudió la casa y despertó a la más joven. Vestida con una túnica amarilla forrada de azul, tenía las mejillas rojas de sueño. Se la veía alegre, y costaba ver en ella (como hacía su hermana) a la heroína de una trágica historia de amores y desengaños.

—He soñado con nuestro padre —exclamó, animada—. Me estaba mirando con ansiedad, como si temiera que me ocurriese algo terrible.

—Desde que murió no he cesado de desear soñar con él —repuso la mayor—, pero nunca hasta hoy se me ha mostrado.

Ambas se echaron a llorar. El hecho de haber pensado tanto en él durante los últimos tiempos hacía temer a Oigimi que el hombre había sido condenado a vagar en algún limbo. Le hubiese gustado acompañarlo, aunque tal vez no tenía acceso a un mundo como aquél. Se decía que cierto extranjero del continente ^[214] guardaba un incienso especial que utilizaba para conjurar a los muertos y hacerlos aparecer. ¡Qué no hubiese dado por un poco de aquel incienso!

Por la tarde recibieron una carta de Niou por sorpresa. Llegó en un momento especialmente duro y hubiese debido servirles de consuelo, pero la hermana menor no mostró prisa alguna en abrirla y leerla.

—Deberías enviarle una respuesta afectuosa —le aconsejó Oigimi—. Me preocupa mucho que yo pueda morir y tú te quedes sola. No quiero dejarte a merced de hombres mucho menos escrupulosos que el príncipe... Mientras se sepa que cuentas con su favor, nadie te molestará... Si no quiere o no puede ser tu esposo, que te sirva al menos de protección.

—No se te ocurra decirme que vas a morir antes que yo —dijo Naka no Kimi—, pues no puedo soportarlo.

—Todos moriremos tarde o temprano, y te consta cuánto llegué a odiar la vida al morir nuestro padre dejándome atrás —dijo la hermana mayor—. Pero aún estoy aquí, con una vida por delante. Y sólo por ti lamentaría haber de dejar *un mundo en el que nadie puede estar seguro del mañana...*

Una criada trajo una lámpara, y las princesas leyeron la carta de Niou. Era muy tierna y estaba llena de detalles, como resultaba habitual en él.

Acababa con este poema:

«¿Por qué me llena el cielo lluvioso de tantos cuidados? Hasta hoy siempre lo contemplé con enorme añoranza...»

La carta se correspondía con el modelo clásico que habla de «las mangas empapadas en llanto» sin aportar novedad alguna. Su autor no se había tomado muchas molestias a la hora de componerla, pero ninguna mujer era inmune a su belleza y apostura, y, cuando quería, podía ser realmente encantador. Lo cierto es que cada día que pasaba Naka no Kimi pensaba más en él. Y luego estaba el recuerdo de sus promesas: costaba creer que en tan poco tiempo hubiese decidido ignorarlas por completo. El mensajero les dijo que quería regresar a la capital aquella misma noche. Presionada por todos, la joven escribió estos versos con gran esfuerzo:

«Sobre el pueblo entre montañas que ahora flagela el granizo, el cielo que siempre he contemplado se ha cubierto de oscuros nubarrones.»

VI

Había transcurrido un mes desde que Niou visitara Uji por última vez. Todas las noches pensaba en regresar, pero siempre surgía algo que se lo impedía. Cuando anduvo mediado el mes undécimo, las posibilidades de escapar se redujeron todavía más, pues la fiesta de las danzas Gosechi

estaba al caer (aquel año tocaba pronto), y debía ocuparse de las ceremonias festivas que iban a celebrarse en palacio. No diremos que pasó esos dos meses privado de compañía femenina, pues siempre había una azafata a una damita de honor dispuesta a consolarlo y a ayudarlo a vencer el tedio de los días, pero su pensamiento continuaba en Uji. Su madre volvió a hablarle de la hija de Yugiri.

—Cuando hayas contraído un matrimonio respetable con la persona adecuada —le repetía—, podrás llevar a tu casa a cualquier muchacha de la que te encapriches y colocarla en el lugar que más te convenga. Pero para construirse un buen futuro es preciso contar con una base sólida que lo sostenga.

—Espera un poco más —se defendía él—. Déjame que lo piense.

Naka no Kimi no sabía nada de los planes que Niou estaba trazando en secreto, y empezaba a sentir los efectos de la desesperación. Incluso Kaoru llegó a la conclusión de que su amigo era un hombre menos de fiar de lo que había pensado. Dejó de visitar sus aposentos casi por completo, pero enviaba continuamente mensajeros a Uji para preguntar por la salud de Oigimi. En los primeros días del mes undécimo llegó a su conocimiento que la princesa había mejorado, pero, hallándose por aquel entonces muy ocupado, no volvió a enviar a nadie en una semana, hasta que, un buen día, como obedeciendo a una corazonada, lo dejó todo y partió a Uji.

Una vez en el pueblo, se enteró de que, aunque había ordenado al abad que oficiara servicios en la casa sin parar hasta que Oigimi estuviese totalmente recuperada, la propia enferma había enviado el clérigo a su monasterio, pretextando que ya se encontraba mucho mejor. Cuando llegó, la encontró prácticamente sola en su estancia. Alarmado, llamó a Ben no Kimi. Sin embargo, las noticias que le dio la anciana azafata no fueron precisamente halagüeñas:

—Los síntomas que presenta no pueden describirse como alarmantes ni parece padecer grandes dolores —dijo—, pero come muy poco. Nunca fue una mujer fuerte y, tras esta última decepción debida a tu amigo el príncipe Niou, que se ha tomado muy a pecho, no es capaz ni de mirar la comida. Cada día se la ve más débil, y todas tememos que no dure mucho. No

podemos hacer nada por ayudarla, pobres de nosotras, y yo desearía haber muerto mucho tiempo atrás... La mujer se echó a llorar.

—¿Por qué no me lo hiciste saber antes? —la riñó Kaoru—. ¡Yo he estado muy ocupado en el palacio imperial y en el del ex emperador Reizei, pero hubiese acudido de haber conocido la situación que estáis atravesando!

Entonces corrió al dormitorio de la enferma y se arrodilló a su lado. La voz de la dama era ya un susurro inaudible.

—Nadie me lo dijo, nadie me lo dijo —repetía Kaoru, sin soltarle la mano.

El joven estaba furioso porque no había sido informado del curso que habían tomado los acontecimientos. Con todo, de nada servía quejarse y empezó a dar órdenes por ver de atajar el peligro que se acercaba. Mandó que se convocara al abad y a todos los chamanes y hacedores de milagros que se encontraban en la región para proceder a una lectura solemne de la escrituras a la mañana siguiente. También ordenó que se presentasen cortesanos y escuderos, que, para no malquistarse con un hombre que seguramente llegaría a ser muy poderoso, hicieron el camino de la capital a Uji con la mayor rapidez posible. La presencia de Kaoru dio mucha seguridad a las mujeres que servían en la casa.

Al caer la tarde se le sirvió la cena y le dijeron que debía instalarse en los aposentos que habitualmente ocupaba, pero él se rebeló y regresó junto a la enferma para ver cómo se encontraba. El lugar donde él solía colocarse había sido ocupado por los monjes que recitaban, pero las criadas dispusieron otro espacio para él al otro lado de la cama mediante un biombo. Naka no Kimi se alarmó, pues temía que la compañía de Kaoru podía desencadenar nuevas angustias en su hermana, pero la mayor parte de las mujeres opinaba que su presencia en la casa sólo podía beneficiarlas a todas. La lectura del Sutra del Loto empezó poco antes de medianoche, y en ella se iban turnando doce clérigos dotados de magníficas voces. En la alcoba contigua habían puesto una lámpara, pero la estancia de la enferma estaba prácticamente a oscuras. Kaoru levantó la cortina y avanzó lentamente. Naka no Kimi se había retirado a su dormitorio, pero había dos

o tres mujeres junto a la cama. Kaoru la tomó de la mano y le suplicó que le hablara.

—Te hablaría —murmuró Oigimi—, pero estoy sin fuerzas. ¡Hace tanto tiempo que no me visitas! Llegué a temer que moriría sin volver a verte...

El joven rozó su frente y la halló ardiendo de fiebre.

—¡Estoy furioso conmigo mismo! —dijo, echándose a llorar—. ¿Y cuál es la razón de tu estado? Dicen que, a veces, haber hecho infeliz a alguien se paga caro...

Y, acercándose a ella, volvió a referirle al oído la historia de sus penas y agravios.

La dama no lo pudo aguantar. ¿Hasta cuándo tendría que soportar aquella agonía terrible que el joven le infligía? Se cubrió la cara con las mangas, y, por un momento, Kaoru tuvo la impresión de que todo había acabado. La hermana menor volvió a entrar en la estancia.

—Estoy seguro de que no puedes más después de tantas noches en vela —le dijo el joven—. Vete a descansar. Yo me ocuparé de todo.

Naka no Kimi no sabía qué hacer: en circunstancias normales no lo hubiese dejado con su hermana de aquel modo, pero la situación era excepcional, y optó por retirarse aunque se mantuvo al acecho por si era requerida. Oigimi seguía cubriéndose el rostro con la manga, pero se dio perfecta cuenta de que él la estaba observando. Se hubiese dicho enviado por el destino, y carecía de sentido resistirse a él. ¿En quién hubiese podido tener más confianza? Empezaba a admitir que existía algún vínculo entre ambos procedente de otra vida anterior... Si comparaba su ternura y atenciones con la conducta despiadada de Niou para con su hermana, llegaba forzosamente a la conclusión de que eran dos personas completamente distintas. No queriendo pasar a la historia por su frialdad, se negó a echarlo de su lado.

Durante toda la noche un puñado de mujeres estuvo preparando caldos y verduras cocidas bajo las órdenes de Kaoru, pero la enferma se negaba a tomarlos. Aquel fracaso alarmaba terriblemente al joven, porque estaba convencido de que la única forma de salvarle la vida era alimentándola. Mientras tanto llegaron nuevos cantores para reforzar a los que ya se

ocupaban de leer las escrituras, y el abad, que había hecho acto de presencia en la casa durante toda la noche y acababa de tomarse un breve descanso, se puso a entonar nuevas fórmulas mágicas. Su voz, ronca por la edad, daba la impresión de que el hombre conocía perfectamente su oficio, y lograba transmitir confianza a todos los presentes.

Tras preguntar por el estado de salud de la mujer, empezó a rememorar su amistad con el príncipe Hachi.

—Daba por seguro —dijo el clérigo— que había entrado ya en el paraíso, pero hace un par de días se me apareció en sueños tal como era mientras vivía y me confió que, aunque había logrado librarse de casi todos sus vínculos y deseos terrenales, subsistía, no obstante, un cuidado que le cerraba el camino a la salvación definitiva, y me pidió que lo ayudara. En aquel momento no entendí qué me estaba pidiendo, pero, como había cinco o seis monjes en la capilla, les ordené que empezaran a recitar el nombre de Amida. Eso fue lo primero que se me ocurrió, pero luego decidí enviar un monje a los cuatro puntos cardinales para que proclamase la grandeza de Buda ante todos los hombres que le salieran al paso. ^[215]

Kaoru lloraba y Oigimi deseaba morir, pues estaba convencida de que eran su hermana y ella quienes impedían la entrada en el paraíso de su padre. En aquel momento deseó más que nunca partir a hacerle compañía, aprovechando que el alma del difunto estaba vagando todavía entre la encarnación pasada y la futura, de modo que ambos pudieran renacer juntos en el País de la Felicidad. El abad calló y abandonó la estancia. El monje que había mandado a proclamar la santidad del Iluminado visitó todas las aldeas de los alrededores y casi llegó a las afueras de la capital, pero por la noche se desencadenó una tempestad terrible que le obligó a regresar al monasterio. Buscó la celda del abad y se arrodilló en el suelo del jardín delante de su puerta, poniendo fin a sus cantos. Kaoru, que había estudiado en profundidad los sutras de la Buena Ley, se emocionó mucho. Súbitamente creyó notar la presencia de Naka no Kimi (el crepitar de la seda de su atuendo resultaba inconfundible) que, al otro lado de la mampara, se estaba acercando al lecho para ver cómo estaba su hermana.

—¿No te han parecido maravillosos esos cantos? —le dijo—. Se trata de un ritual que nunca se utiliza en ceremonias públicas, pero no existe otro más impresionante.

E improvisó:

—Es triste como el canto de los pájaros que, al amanecer, se desnudan de la escarcha que cubre sus alas.

La princesa no pudo evitar pensar en su cruel compañero, pero prefirió enviarle su respuesta a través de Ben no Kimi.

—Las aves que a la primera luz del día se sacuden la escarcha de encima, ¿irán a llamar al corazón de una que está deshecha por tanto dolor?

Aunque la mensajera era vieja y desgarbada, cumplió su encargo con gracia relativa. Naka no Kimi, por su parte, se mostraba tan tímida como siempre, pero sus respuestas, siempre atinadas, que pronunciaba con la voz más dulce del mundo, conmovían al joven, que se negaba a dejarla extinguirse como su hermana mayor ante su pena y su impotencia. No podía quitarse al príncipe Hachi del pensamiento y lo imaginaba tal como lo había descrito el abad, es decir, siguiendo todos aquellos acontecimientos desde el más allá. Ordenó que se leyeran sutras en el monasterio donde había pasado sus últimos días y que se celebrara alguna ceremonia especial más. Olvidó por completo sus obligaciones y se entregó en cuerpo y alma a salvar a la enferma, procurando que no se pasara por alto ritual alguno —shinto o budista— que pudiese favorecerla. No parecía, sin embargo, que la princesa fuese víctima de una posesión, pues no se apreciaba que aquellas ceremonias surtieran efecto alguno. Además, se hubiese dicho que Oigimi estaba empeñada en morir.

Kaoru no se movía de su lado como si ya fuesen marido y mujer, pero Oigimi seguía pensando que, si lograba superar su enfermedad y se unía al joven, tarde o temprano ella le defraudaría (como su hermana había

defraudado a Niou), y ambos serían profundamente desgraciados. Sólo se le ocurría una salida: que ella tomase el hábito de monja, y la enfermedad era la mejor excusa imaginable para justificar su decisión. A partir de entonces podrían seguir siendo amigos durante muchos años. Con esta idea en la cabeza, dijo a su hermana:

—Empiezo a sentir que no tengo remedio. No obstante, he oído contar que algunas mujeres en mis circunstancias han conseguido vivir algo más después de tonsurarse. ¿Por qué no se lo cuentas al abad?

En cuanto sus mujeres conocieron sus intenciones, se soliviantaron.

—¡Qué disparate! —repetían en todos los tonos—. ¿Cómo puede hacerle *eso* a este joven encantador que se ha mostrado tan afectuoso? Sería matarlo.

Ni siquiera quisieron hablar de ello con el abad. Mientras tanto en la corte sólo se comentaba la estancia de Kaoru en Uji, y empezaron a llegar visitantes de la capital a interesarse por él. El personal que le servía y algunos cortesanos que lo apreciaban especialmente se presentaron en la aldea entre las montañas y se dieron cuenta de que vivía, si aquello era vivir, completamente absorbido por la enfermedad de Oigimi, de modo que empezaron a encargarse servicios religiosos por su cuenta, temiendo que, si la dama llegaba a morir, sería también el fin del joven.

Mientras en la capital las fiestas de la cosecha se hallaban en su momento más bullicioso, ^[216] el tiempo en Uji era atroz: tempestades, lluvias y huracanes se sucedían del alba a la noche. Kaoru pensó que en la capital la vida resultaría más agradable. ¿A qué permanecer, pues, allí para comprobar a diario que la princesa no estaba dispuesta a aceptarlo ni a perdonarle las faltas que le achacaba, hiciera lo que hiciese? Pero en cuanto se disponía a partir, recordaba la dicha suprema que aún podían proporcionarle una palabra o una mirada de la dama, y la esperanza de que todavía sería capaz de reunir fuerzas para hablar con él por última vez le hacía desistir de su propósito de irse. La noche acabó por desplegarse sobre un día ya de por sí encapotado. Kaoru se recitó:

—En lo más profundo de las montañas donde las nubes cierran el paso al sol, cada día que pasa arroja sombras más oscuras sobre mi corazón.

No se apartaba casi nunca del lecho de Oigimi, y su presencia daba ánimos a las mujeres del servicio. Cierta atardecer, mientras el joven estaba sentado junto al lecho de la enferma, una ráfaga de viento huracanado sacudió las cortinas y Naka no Kimi corrió a refugiarse en una estancia interior. También las dos o tres viejas que estaban de servicio desaparecieron, asustadas, dejándolos solos. Kaoru no quiso desaprovechar la ocasión, se acercó a Oigimi y le susurró:

—¿Cómo te encuentras? Yo ya he perdido el hilo de mis plegarias, y temo, además, que no sirvan de nada... ¿No te parece excesivo que no me dejes escuchar el sonido de tu voz? No me abandones...

Aunque parecía inconsciente, la princesa aún fue capaz de cubrirse el rostro con la manga.

—Algún día... si me recupero... —dijo con enorme esfuerzo—, hablaremos tú y yo. Quisiera decirte muchas cosas, pero me siento muy débil y temo que moriré...

Aunque intentaba evitar cualquier signo de desesperación, el joven empezó a llorar ruidosamente. ¿Qué pecados había arrastrado de una vida anterior para que en ésta, amándola como la amaba, se hubiera visto retribuido con tantos sinsabores? Si hubiese sido capaz de detectar un solo defecto en ella, se habría resignado a su suerte, pero, cuanto más la miraba, más bella le parecía y más le dolía dejarla marchar. Manos y brazos eran esqueléticos, pero la piel parecía translúcida y suave al tacto como el alabastro. La colcha estaba en el suelo, y la dama, cubierta con una túnica y varios *uchikis* blancos, hacía pensar en una muñeca, cuya voluminosa indumentaria sirve para ocultar la falta de un cuerpo, mientras su gruesa cabellera cubría la almohada, lustrosa como siempre. Cuanto más la contemplaba, mayor era la angustia de Kaoru.

—Si me dejas, dudo que pueda sobrevivir mucho tiempo —le dijo—. Si me quedo solo, me iré a las montañas. Sólo me preocupa dejar a Naka no Kimi desprotegida.

Kaoru intentaba hacerla hablar por todos los medios a su alcance. En cuanto Oigimi oyó el nombre de su hermana, se quitó la manga de la cara y le contestó:

—Fue porque intuía que no iba a durar mucho que quería que te casaras con Naka no Kimi y no conmigo. Tal vez hice mal al no plegarme a tus deseos... Todo hace pensar que moriré pronto, y sólo deseo que veas en ella lo mismo que viste en mí. Si me hubieras hecho caso cuando te pedí que la tomaras por esposa, ¡con qué tranquilidad me iría de este mundo! Mi obsesión por su felicidad es el único vínculo que me ata todavía a esta vida...

—Hay gente que vaga por el mundo bajo sus propias nubes, y seguramente este es mi caso —dijo el joven—. Sólo tú, tú y nadie más, ha encendido en mi alma la llama del amor, y me ha sido imposible atender a tu deseo. Siento mucho lo ocurrido con Niou, pero no debes preocuparte por tu hermana.

Por más que Kaoru intentaba animarla, la princesa se encontraba cada vez peor. Volvió a llamar al abad y a los chamanes para que reemprendieran sus lecturas y prácticas mágicas, y él era el primero en recitar plegarias sin cuento. ¿Le había enviado Buda aquella tortura para que se decidiera a tomar los hábitos? Oigimi estaba expirando como una flor que se mustia... Naka no Kimi, fuera de sí, se dio cuenta de que el final era inminente y se abrazó con todas sus fuerzas al cuerpo de su hermana. Las mujeres la arrancaron a la fuerza y se la llevaron a su dormitorio para evitar que se contaminara.

El joven percibía la realidad como una pesadilla. Hasta el último momento se negó a aceptar que lo inevitable acabaría sucediendo, si no había sucedido ya. *No podía estar muerta*. Cogió una linterna y se acercó a la cama: el rostro de la dama parecía más bello que nunca. Se hubiera dicho que dormía apaciblemente, pero el espíritu había partido, dejando atrás el cuerpo como el leve caparazón de un insecto. Una mano apartó un mechón

de pelo que cubría parte de su frente, preparándola para la tonsura que se avecinaba. Su cabellera despedía aún una fragancia misteriosa que parecía propia de una adolescente. Kaoru la examinaba detenidamente, tratando de encontrar en ella una tara, un defecto, una impureza que la convirtiera en una mujer como las demás. Si el Iluminado pretendía guiarlo por el sendero de la renuncia del mundo, que le mostrase algo repelente que le hiciera odiar la futilidad de la carne...

Por más que rezó, no halló alivio alguno en la plegaria. Sólo quedaba entregar el cuerpo al fuego, y se puso a dirigir los preparativos de la incineración y el funeral. Daba vueltas en torno al cadáver como un sonámbulo y casi no notaba el suelo bajo las plantas de sus pies. Incluso los ritos postreros dejaron mucho que desear, y de la pira de la princesa se elevó al cielo una columna de humo inconsistente y deshilachada.

La casa se llenó de visitantes que acudían a presentar sus condolencias, y, gracias a ellos, la sensación de soledad quedó temporalmente conjurada. Naka no Kimi, consciente de lo que la gente comentaba sobre ella, apenas parecía más viva que su hermana. Niou envió un sinfín de cartas de pésame, pero la sensación de que la conducta del príncipe había tenido mucho que ver con el fin de Oigimi lo había convertido en odioso a los ojos de Naka no Kimi. Convencida de que su hermana se había ido a la tumba sin perdonarlo, la otra maldijo al que, aun no hacía tanto tiempo, fue su amante idolatrado.

Aunque al principio Kaoru pensó que aquel último encuentro que acababa de vivir con la impermanencia de todo lo humano le decidiría a tomar el hábito, debía tomar en consideración el punto de vista de su madre, por no hablar de la situación en que había quedado la pobre Naka no Kimi. Una vez más pensó por un momento en unirse a ella, tal como quería la difunta, pero, aunque reconocía que era una joven bellísima y de excelente juicio en cuestiones de orden práctico y que estaba dotada de un gusto intachable, algo le decía que jamás podría sustituir a su hermana en su corazón y que el enlace, aun contraído con las mejores intenciones, acabaría forzosamente en fracaso. Con todo, se resistía a abandonar Uji.

Los días fueron pasando, y él cuidaba de que todas las semanas se celebrara un servicio conmemorativo de la muerte de la princesa con solemnidades fuera de lo común. Sin embargo, no dejaba de ser un extraño en aquel lugar, y no podía hacer todo lo que hubiese deseado. Cuando vio a las azafatas y criadas de su amada vestidas de negro, lamentó no poder vestir ropas del mismo color. Se dijo:

—De nada sirven esas lágrimas de sangre
que derramo, pues no son capaces de teñir de
negro mi atuendo.

Elegante como siempre, contemplaba el jardín sentado sobre una piedra. Su *uchiki* de púrpura brillaba como si encima de la tela se estuvieran fundiendo trocitos de hielo, y sus lágrimas no hacían sino incrementar el efecto. Las mujeres de la servidumbre admiraban su hermosura mientras se lamentaban sin parar, y no sólo por el dolor lógico que les causara la muerte de su ama. Kaoru volvía a ser un mero «visitante» en aquella casa desolada, y todos sus sueños e ilusiones, que dependían de un enlace del joven con alguna de sus señoras, se habían ido al traste. ¿Cómo iba a matrimoniar con la menor, si había sido públicamente abandonada por otro hombre? ¡Triste sino el suyo!

—Sería para mí un gran consuelo —dijo Kaoru a Naka no Kimi— que me dejaras hablarte con toda libertad y procuraras ver en mí un recuerdo de la que se fue... No me eches de tu lado, por favor.

Pero el joven pedía demasiado. La joven había llegado a la conclusión de que sólo había nacido para sufrir y verse humillada para sorpresa de Kaoru, que siempre la había tenido por la más vivaz y «práctica» de las dos hermanas. Hubo, pues, de postergar por el momento la tan anhelada conversación.

Un atardecer, tras un día sumamente desapacible del último mes del año que Kaoru había pasado en la contemplación del cielo a la espera de que rompiera a nevar, las nubes se abrieron súbitamente, y la luna apareció brillando como sólo puede brillar la luna en pleno invierno. Kaoru hizo levantar las persianas y salió a la galería. Desde el monasterio cercano

llegaban a sus oídos las campanadas del servicio de vísperas. Un día más, se dijo al escucharlas, y recitó:

—Ya que en la tierra no se puede vivir eternamente, miro con anhelo la luna que se pone por el oeste.

Súbitamente el viento se puso a soplar con fuerza, y él se acercó a echar las persianas. A la luz aún resplandeciente de la luna, las montañas se reflejaban en el río helado como en un espejo. Por más hermosa que fuese su mansión en la capital, ¿dónde hallaría allí una visión comparable?

—Vuelve aunque sólo sea por un instante —murmuró—, y disfrútala conmigo...

»Puesto que en mi infinito dolor busco el remedio de la muerte, quizás debería partir a las montañas de la India, ^[217] cubiertas de nieve, y perderme en ellas.

Recordaba perfectamente la historia de un muchacho que, en tiempos, había sacrificado su vida en aquellas montañas perpetuamente blancas a los espíritus hambrientos que allí moran. ^[218] Pero pretender compararse con él era una blasfemia, pues el muchacho suicida iba a la búsqueda de algo muy superior al amor humano. Haciendo un gran esfuerzo por mostrarse sereno, reunió a su alrededor a las mujeres de la casa y se puso a hablar con ellas. Las más jóvenes se enamoraron hasta los tuétanos de sus méritos y las ancianas lamentaban una vez más la actitud incomprensible de la señora que acababa de abandonarlas.

—Perdió el control de sí misma —decían— porque tomó demasiado en serio la conducta un tanto extraña del príncipe Hachi. Estaba convencida de que todo el mundo se burlaba de ellas, pero lo guardaba celosamente en su pecho para que su hermana no se enterara de su sufrimiento... He aquí la razón de que dejase de comer. Resultaba imposible saber qué pensaba exactamente, de tan reservada que era. Tenía la sensación de que, de algún modo, había fallado a su padre y a su hermana...

Todas tenían algo que contar sobre Oigimi (algún incidente, alguna frase captada al azar), y siempre acababan llorando desconsoladamente. También Kaoru repasaba su conducta desde que la conociera, y, para su pesar, la hallaba llena de errores. Hubiese querido que todo pudiera empezar de nuevo... Mientras tanto se consolaba rezando, vuelto de espaldas al mundo y a todo lo terrenal.

Una noche de gélida ventisca, durante la cual nadie había logrado dormir, se oyeron fuertes gritos y relinchos de caballos junto a la entrada principal de la casa. Los monjes, cogidos por sorpresa, se alarmaron y se preguntaron quién se había aventurado a llegar hasta allí en lo más cerrado de la noche y con aquel mal tiempo. Súbitamente una figura abrigada y disfrazada golpeó la puerta y entró chorreando en la casa como una tromba. Kaoru reconoció enseguida la forma de «anunciarse» de Niou, y se ocultó en un aposento interior. Aunque no habían pasado los cuarenta y nueve días de luto, el príncipe no había podido aguantar más y, desafiando el temporal de nieve, había empleado la noche entera en llegar hasta allí.

En otras circunstancias su hazaña hubiese parecido más que suficiente para hacerse perdonar su negligencia de los últimos tiempos, pero, para su sorpresa, recibió un mensaje en el que se le decía que Naka no Kimi no iba a recibirlo. La joven le achacaba la muerte de su hermana, pues, conociendo su estado, la había dejado extinguirse sin mostrar propósito alguno de enmendarse. Tal vez *ahora* estaba dispuesto a cambiar, pero ya era demasiado tarde. Sus mujeres intentaron hacerla entrar en razón, y finalmente se avino a recibirle detrás de la cortina del *kichó*. Niou empezó a relatar la historia de sus esfuerzos, tantas veces frustrados, para abandonar la capital, pero la princesa no parecía interesarse por su discurso, y respondía a sus preguntas con tan poca convicción y una voz tan tenue que Niou se alarmó, temiendo que estaba a punto de repetirse lo ocurrido con la hermana mayor. Se le aceptara o no, tomó la decisión de pasar la noche en Uji.

—¿Supongo que no me vas a dejar aquí sentado? —preguntó a la dama, pero ella empezó a retirarse, diciendo:

—Tal vez cuando me haya recuperado un poco...

Imaginando lo que estaba sucediendo, Kaoru envió una nota a la joven que decía:

«Tienes todo el derecho del mundo a estar dolida, pues desde el inicio se ha comportado contigo de un modo realmente cruel. Ríñele cuanto quieras, pero procura que no se enfade. No está acostumbrado a que le contradigan y le cuesta poco sentirse herido.»

Pero aquella carta tan bienintencionado sólo sirvió para reforzar la decisión de la joven de castigar al «culpable» como merecía, y guardó silencio.

—¡Eres terrible! —se quejó Niou—. Se diría que somos dos extraños. ¿Has olvidado lo que ha pasado entre los dos?

Aquella noche se desencadenó un huracán espantoso, y nadie podía pegar ojo. Niou se sentía muy desgraciado y tuvo la tentación de regresar a la capital, pero al fin decidió permanecer allí. Al ver su obstinación, la cólera de la joven amainó un poco y empezó a hablarle, aunque siempre desde el otro lado de la cortina. Niou le juró por todos los dioses y todos los santuarios del país que, pasara lo que pasase, nunca la abandonaría, pero se expresaba con tanta facilidad y elocuencia que la joven intuyó que estaba sólo recitando un papel perfectamente ensayado y representado hasta la saciedad. Pero resistirse a sus manifestaciones de arrepentimiento cuando no estaba allí era una cosa, y otra muy distinta rechazarlo cuando lo tenía delante y le hablaba como sólo el sabía hablar a una mujer. La firmeza de Naka no Kimi empezó a traquear ante sus halagos y zalamerías, y, al fin, susurró:

—Cuando miro hacia atrás, ¡qué inseguro me parece el camino recorrido! ¿Qué sé yo del camino que me espera en el futuro?

No puede decirse que el poema fuera como para animar a nadie, pero el príncipe le respondió:

—Si temes que has de vivir poco, deja al menos que a tu lado pase el tiempo que te

queda en este mundo y cuide de ti con ternura.

»La vida es fugaz, y debemos aprovechar cuanto nos ofrece. No empeores las cosas con cuidados inútiles...

Por más que Niou intentó retenerla, la princesa acabó por levantarse y se retiró a una estancia interior alegando cansancio. Niou, profundamente humillado, no logró conciliar el sueño en toda la noche. Podía entender el enfado de Naka no Kimi, pero era evidente que estaba llevando las cosas demasiado lejos. Kaoru se comportaba como el señor de la casa, trataba a azafatas y criadas como si fuesen su propia servidumbre, y todas se afanaban para que estuviera cómodo y debidamente alimentado. Niou halló la situación divertida, aunque le preocupó un poco el mal aspecto de su amigo, que había perdido peso y tenía mal color. Seguía taciturno, y sólo parecía querer hablar de la joven difunta. Niou le reiteró sus condolencias, pero no se sentía capaz de pasar el día entero hablando de lo mismo.

A pesar de todo, las facciones de Kaoru habían ganado en contundencia y virilidad a causa del dolor padecido, y, de algún modo, parecía más hermoso que nunca, tanto que Niou hubo de reconocer cuánto se interesaría por él de haber sido una mujer. Para su propia sorpresa, empezó a sentir celos de él: no, no estaba dispuesto a dejar a Naka no Kimi en manos de un joven tan atractivo, por más que pareciera (¿o sólo lo fingía?) tan poco interesado en ella. ¿Cómo hacerlo para, sin llamar demasiado la atención, llevársela a la ciudad? La princesa no le ponía las cosas fáciles, pero, si permanecía allí una noche más, su padre se pondría furioso. Había agotado sus recursos tratando de convencerla, y la joven, tal vez sólo para vengarse (aunque, ¿quién sabe?), lo trataba como si ya no contara en absoluto para ella.

Cuando se acerca el año nuevo, el tiempo suele ser pésimo incluso en las regiones civilizadas. En aquellas montañas no había día sin temporales de nieve, y la capa blanca que lo cubría todo había adquirido ya un grosor más que considerable. El paso de los días, sin embargo, no ablandaba el dolor general por más que Niou enviara sin cesar ofrendas espléndidas para

los servicios fúnebres. Kaoru casi no hablaba. ¿Había decidido también entrar en el año nuevo deshecho en llanto? Un día resolvió abandonar Uji, y las mujeres acusaron su propósito como un golpe insoportable. Mientras él estaba allí, la casa conservaba algo de vida. ¿Qué sería de ellas cuando él hubiese partido definitivamente? Todas cantaban las alabanzas de sus atenciones, de sus detalles, de sus maneras consideradas, de la forma en que se ocupaba de lo importante y de lo nimio... El disgusto que, por fuerza, seguiría a su marcha sería igual, si no superior, al que provocara el fallecimiento de Oigimi, y no podían pensar en su futura ausencia sin echarse a llorar.

Cierto día llegó otra carta de Niou dirigida a Naka no Kimi. Decía:

«He llegado a la conclusión de que cada vez me resultará más difícil ir a verte. Estoy haciendo planes para traerte más cerca.»

El joven había revelado la historia a su madre, y la emperatriz había empezado a simpatizar con la joven. Si Kaoru estaba tan deshecho por la muerte de la mayor de las princesas como se decía, la otra tenía que tener también méritos notables. ¿Por qué no instalarla en el ala occidental del palacio de Nijo, donde su hijo podría visitarla siempre que quisiera? Fingirían que la joven había entrado a servir a la Primera Princesa... Con ello acabarían todas las dificultades que los separaban.

En cuanto Kaoru se enteró del plan, se sintió muy decepcionado. La reconstrucción del palacio de Sanjo estaba a punto de concluir, y la idea de ver los aposentos que había destinado a Oigimi vacíos le resultaba desoladora. A veces casi lamentaba no haber sido capaz de sustituirla por la otra en su corazón, pero Niou se equivocaba al pensar que había algún tipo de relación secreta entre Naka no Kimi y él. Se le había confiado su bienestar material, y no dejaría de cumplir con su deber. Ahora procedía trasladarla a la ciudad como fuese.

Capítulo 48 Helechos tempranos

El sol de primavera no sabe de discriminaciones. Naka no Kimi, aún profundamente dolorida, se admiraba de que, después de tantos días, no había ido a unirse todavía con su hermana. A lo largo de muchos años ambas habían compartido flores, árboles, músicas, pájaros, el paso de las estaciones... A veces una empezaba un poema que concluía la otra. Habían vivido períodos de tinieblas y de dolor, pero siempre compartiendo la inmensa suerte de estar juntas. Ahora, incluso cuando algo la divertía o interesaba, no tenía con quien comentarlo. Su vida era pura soledad ininterrumpida. Sentía, si cabe, una pena mayor que cuando murió su padre. La insatisfacción igualaba días y noches, pero no le quedaba más remedio que aceptar las cosas según venían, y parecía absurdo quejarse de que el fin no llegara a pesar de sus deseos.

Un día se recibió una carta del abad dirigida a una azafata que decía:

«¿Cómo se presenta el año nuevo para la señora? No he dejado nunca de rogar por ella, pero en este época venturosa del año he redoblado mis preces. No hay nadie en la tierra que me preocupe más. Uno de mis acólitos me ha traído estos helechos tempranos.»

Acompañaba a la carta una elegante cesta arreglada con los primeros helechos del año. También había un poema, escrito con ruda caligrafía como corresponde a quien ha dejado el mundo atrás.

«Mientras vivía su padre, todas las primaveras le regalaba los primeros helechos. Ahora que ya no está quiero que ella los reciba.

»Muéstraselos a la señora.»

La carta emocionó a la joven, pues el abad no era hombre aficionado a componer poemas de ocasión, y aquellas sílabas, redactadas seguramente con enorme esfuerzo, contenían mucho más sentimiento que todas las notas y cartas de cierta persona, que, aunque decía amarla ardientemente, no

parecía muy preocupado por ella. Con lágrimas en los ojos compuso una respuesta que le envió a través de una criada tras recompensar generosamente al mensajero:

«Esos helechos cogidos en memoria de un difunto amado, ¿a quién los voy a mostrar en esta primavera?»

En la flor de la juventud, había perdido algo de peso, y el efecto era soberbio. Cada día se parecía más a su hermana. Curiosamente, mientras vivió, la gente decía que eran muy distintas, y, sin embargo, después de su muerte, el parecido se acentuó notablemente. Las sirvientas se preguntaban si Kaoru se había dado cuenta de aquel fenómeno asombroso. Si era así, ¿cómo no se había consolado con ella de su pérdida?

Algunos hombres del cortejo de Kaoru seguían visitando Uji, pues habían entablado algún tipo de relación con mujeres de la casa. A través de ellos, Kaoru y Naka no Kimi seguían en contacto, y la joven se enteró de que el tiempo no había restañado su herida ni el año nuevo puesto fin a sus lágrimas. Su enamoramiento no fue en absoluto pasajero, y, cuando jurara amor a su hermana, habló con el corazón en la mano.

Niou se debatía bajo las restricciones que le habían sido impuestas y temía que éstas no harían sino aumentar. La idea de traer a Naka no Kimi a la capital se convirtió en una obsesión. Pasado el gran banquete de palacio y otras celebraciones propias de aquellos días, Kaoru, sintiéndose más triste e incomprendido que nunca, fue a visitar a Niou en un atardecer melancólico. El joven príncipe miraba el jardín desde la galería (le encantaban los ciruelos en flor) y, de vez en cuando, tañía distraídamente su koto. Kaoru desgajó una rama florida y se la llevó. Niou encontró su fragancia tan acorde con su estado de ánimo, que improvisó:

—Parece esta rama de ciruelo muy acorde con quien la ha cortado, pues percibo entre sus pétalos un secreto fragante.

Y el otro le contestó:

—Si sólo piensas en cubrir de reproches a quien te ha traído la rama, mejor hubiese hecho sin duda guardándola para mí.

»No me pones las cosas fáciles...

En cuanto empezaron a hablar en serio, sus pensamientos volaron hacia Uji. ¿Cómo estaban Naka no Kimi y sus mujeres?, preguntó Niou. Kaoru relató una vez más la historia de la muerte de Oigimi y habló del dolor que desde entonces no lo dejaba vivir. Ambos recordaron con profunda nostalgia los felices tiempos en que habían ido juntos. El que más lloraba era el irresponsable Niou: justamente el compañero que Kaoru necesitaba. El cielo se llenó de bruma como si quisiera confabularse con ellos. Por la noche sopló el huracán y parecía que el invierno iba a regresar. Las ráfagas del vendaval no paraban de apagar su lámpara y al fin decidieron permanecer a oscuras, pero, si las tinieblas dejaron a las flores sin color, no pusieron fin a su conversación. Les faltó tiempo para decirse todo lo que querían.

—De modo que fue una relación absolutamente *pura*... —dijo Niou, refiriéndose a la de Kaoru con Oigimi, no poco asombrado—. ¿Pretendes que me lo crea?

O Kaoru era un ser excepcional o no le contaba toda la historia: he aquí lo que pensaba el príncipe, convencido de que su manera de ser era común a todos los hombres. De todos modos, era un joven simpático y comprensivo, de manera que fue llevando la conversación por caminos que, en alguna medida, pudiesen servir de consuelo a su amigo y le ayudaran a olvidar, y debe reconocerse que consiguió mucho de cuanto se proponía. Poco a poco Kaoru fue dejando aflorar pensamientos y reflexiones que había ido encerrando en su interior y que habían contribuido a angustiarse. Así, gracias a la ayuda de su amigo, se fue liberando de sus fantasmas hasta sentirse considerablemente aliviado. Finalmente Niou le confió sus planes para traer a Naka no Kimi a la capital.

—Los apruebo en su totalidad —dijo el otro— Empezaba a temer que, al presentártela, había cometido el error más grave de mi vida. No debes,

pues, tener celos de mí: lo que ocurre es que veo en ella un legado de la que, por más que digas, jamás dejaré de llorar. Pero comprendo que es una situación que puede dar pie a numerosos malentendidos...

Le relató cómo Oigimi le había suplicado que no estableciera diferencias entre ambas y pedido que se casara con la menor. También él hubiese debido traer a la otra a la capital, pero ahora ya era demasiado tarde, y, de momento, más valía dejar las cosas tal como estaban. Hubiese querido tener alguien a mano para confiarle el traslado de la joven a la ciudad y dejar de inmiscuirse de una vez por todas en su vida, pero no contaba con nadie adecuado. Aunque a veces no podía evitar preguntarse si no se habría equivocado al no hacer caso a Oigimi, procuraba imaginarse como un segundo padre para Naka no Kimi, y acabó afrontando los preparativos necesarios para el viaje.

En Uji se procedió a la elección de las azafatas y las criaditas más atractivas para que formasen el cortejo de la muchacha, y las elegidas contaban los días que las separaban del ansiado viaje. Sólo Naka no Kimi parecía no tener prisa. No había conocido otro hogar, y la idea de abandonarlo —tan querido le resultaba, a pesar de sus inconvenientes— la llenaba de tristeza: estaba segura de que lo dejaba condenado a la ruina y a la desolación. Pero cuando insinuaba que estaba dispuesta a seguir viviendo allí por tiempo indefinido, Niou protestaba. Eso le decía en una de sus cartas:

«No puedo quererte más de lo que te quiero, pero temo que mi afecto acabaría naufragando por culpa de las dificultades que supone ir a verte al lugar donde has estado viviendo hasta hoy. Tú no has hecho nunca el viaje, y, por tanto, desconoces cómo es. Es absurdo poner un sentimiento a prueba sin necesidad alguna.»

Al fin se fijó la partida para principios del segundo mes. A medida que la fecha se acercaba, Naka no Kimi no cesaba de contemplar los cerezos en flor y las brumas matinales, y se decía cuánto le costaría acostumbrarse a vivir lejos de unos y otras. Se sentiría como una extraña en una posada, donde quién sabe qué humillaciones y burlas le tocaría aguantar. No reveló a nadie sus temores, aunque cada día eran más intensos. Acababa de dejar

los tres meses de luto atrás, y soportó la ceremonia de la lustración como un trámite más que las circunstancias le imponían. No llegó a conocer a su madre, y, por tanto, nunca llevó luto por ella. ¡Cuánto hubiese preferido vestir el atuendo más oscuro que correspondía al duelo por un progenitor! Kaoru no dejó de enviar un coche con escuderos para la ceremonia, y también unos cuantos adivinos. A través de ellos le hizo llegar este poema:

«Qué rápido pasa el tiempo. Te hiciste y
llevaste las ropas de luto, y ahora los capullos
vuelven a estallar.»

También le mandó vestimentas espléndidas, llenas de flores bordadas y estampadas, para la ceremonia y el traslado, que, aunque no podían describirse como llamativas ni ostentosas, se correspondían con el rango de la que, al fin y al cabo, era la hija del príncipe Hachi.

—Ya lo ves —le decían sus sirvientas más jóvenes—. Nunca deja pasar una ocasión de demostrarte que no te ha olvidado. ¡Cuan amable llega a ser! Ni un hermano podría competir con él... Ha estado acudiendo aquí durante años, y ahora somos nosotras las que nos vamos... Seguro que lo echará de menos.

Y las más ancianas, menos atentas a los colores de las ropas, decían que Kaoru era la ternura misma. La vigilia de la marcha se presentó en Uji. Fue introducido en la estancia que desde siempre lo acogiera, y pensó que, de haber vivido Oigimi, se habría ablandado por fuerza y lo hubiese aceptado, aunque sólo fuera para poner un ejemplo de marido ante los ojos de Niou. Por unos momentos regresó la imagen de la princesa muerta y el sonido de las palabras que le dijera... No se le había entregado (de ello no cabía duda alguna), pero nunca lo había despedido de un modo que pudiera considerarse humillante u ofensivo... Por otra parte, sus propias excentricidades habían contribuido indudablemente al fracaso de la relación... Se acercó a la pared, y buscó y halló la rendija a través de la cual había contemplado a ambas hermanas por vez primera, pero al otro lado habían colocado mamparas. En la habitación contigua se oían quedos

lamentos nacidos del recuerdo de la dama desaparecida. Nadie parecía pensar en el traslado que se avecinaba.

Mientras Naka no Kimi contemplaba el jardín con la mirada perdida en el horizonte, le llegó este mensaje de Kaoru:

«Los recuerdos de esos meses me embargan el alma desordenadamente, pero son más numerosos de los que soy capaz de guardar. Mucho me confortaría compartirlos contigo. No me trates, te lo ruego, con la frialdad que tantas veces has utilizado en el pasado, haciéndome sentir como un desterrado en una isla desierta...»

Ella le contestó con un gran esfuerzo:

«No quisiera parecerte poco amable, pero en estos momentos no soy yo misma. Me siento tan descompuesta que temo a veces decir cosas estúpidas o groseras...»

Pero sus mujeres abogaron por él, y ella acabó por recibirlo, aunque en la puerta de su estancia. Su belleza y apostura la habían intimidado siempre un poco, y llegó a la conclusión de que habían aumentado y madurado desde la última vez que lo viera. Además de la gracia y la elegancia de siempre, se le notaba un dominio de sí mismo y una compostura imposibles de imitar. Si pensaba cuánto había significado su hermana para él...

—No es el momento de contar historias tristes —dijo el joven—. Por otra parte, si empiezo a hablar de cierta dama, me temo que ya no podré callar ni cambiar de tema... Sólo quiero decirte que estoy a punto de partir a mi mansión de Sanjo. Tú vivirás muy cerca, en Nijo, y, «cuando un vecino llama a cualquier hora»... ¡Supongo que conoces el proverbio! Quiero que me permitas visitarte. Envíame noticias de ti siempre que quieras, y recuerda que, mientras vivas, me tienes a tu disposición. De todos modos, no hay dos personas que piensen del mismo modo, y quizás mi discurso te moleste. ¿Cuál es tu opinión?

—La idea de abandonar mi casa me sume en la confusión... —respondió la princesa, y la voz parecía fallarle a cada momento—. Me cuesta apreciar las ventajas de vivir cerca de ti en la ciudad... ¡Pero no me hagas caso! Me temo que sólo estoy diciendo bobadas...

Tanto le recordó a su hermana, que Kaoru empezó a reñirse por haberla cedido a Niou con tanta generosidad. Pero todo ello pertenecía ya al pasado. No le habló de la noche que habían pasado juntos, pero se mostró tan franco sobre otras cuestiones que ella pensó que la había olvidado. El perfume y el color del ciruelo rosa que crecía al pie de la galería evocaba recuerdos inolvidables, y los ruiseñores parecían incapaces de surcar el cielo sin cantar a «las primaveras del pasado»... ¡Cuánto les había tocado compartir en los últimos tiempos! La brisa les trajo la fragancia de las flores, y se mezcló con la que emanaba de Kaoru, en especial el aroma inconfundible de las del naranjo... Naka no Kimi recordó cuánto había amado su hermana el perfume de las flores del ciruelo, del cual había hecho uso liberal con frecuencia. También buscaba consuelo en él cuando las cosas no iban bien. Con un hilillo de voz, recitó:

—No acudirán ya más visitantes, salvo la tempestad. El aroma de las flores evoca recuerdos de pasados días.

Kaoru murmuró a su vez:

—Los capullos del ciruelo que acariciaron mi manga, huelen como antes. Arrancado del suelo, ¿ha de vivir el árbol en un lugar tan lejano?

Se secó el llanto de las mejillas y añadió para despedirse: —Espero que no nos falten ocasiones para conversar tranquilamente.

A continuación marchó a impartir órdenes para el día siguiente. Su amigo el guardián barbudo y sus compañeros permanecerían en la casa y evitarían que se arruinase o la asaltasen los vagabundos. En cuanto a los campos que la rodeaban, cuidarían de ellos los hombres de su propia hacienda, que no estaba lejos.

Ben no Kimi le había hecho saber que no se iría. Había vivido demasiados años, a su juicio, y se avergonzaba de ello. No quería que las otras mujeres, en el umbral de una nueva vida, vieran en ella un ave de mal

agüero, de modo que no pensaba seguirlas a la capital pues no se consideraba ya formando parte del mundo. Cuando Kaoru oyó hablar de la tonsura y el hábito, le entraron ganas de llorar. Hablaron largamente del pasado, y el joven le prometió que la visitaría de vez en cuando para ver «si todo seguía en orden».

—Temía que no encontraría nadie aquí —añadió—. Siento que hayas decidido quedarte atrás, pero me servirás de consuelo siempre que venga.

—He vivido demasiados años... —se quejó la anciana—. La vida se vuelve más testaruda cuanto más la detestas. Todavía no he sido capaz de perdonar a mi señora por dejarme atrás, y, aunque sé que está mal, guardo resentimiento contra el mundo entero.

Aunque no paraba de lamentarse ni de hilvanar reproches contra todos y contra todo, Kaoru logró calmarla hasta cierto punto. A pesar de su avanzada edad, había sido una mujer hermosa y distinguida y conservaba aún una espléndida mata de pelo, pero se había afeitado el flequillo. Con todo, la piel de la frente se mantenía tersa, y, en conjunto, parecía más joven que antes de entrar en religión. Una vez más pensó en Oigimi: ¿por qué no se hizo monja y se quedó a su lado? Hubiesen podido seguir conversando tranquilamente, aunque ciertas cosas hubieran quedado vedadas para siempre. Envidió a la anciana y, apartando un poco la cortina que los separaba, comprobó que era realmente *muy* vieja, aunque su forma de hablar y maneras no lo diesen a entender. La mujer recitó, llorando a lágrima viva:

—Si me ahogara en la corriente de las lágrimas que la edad me hace verter, me ahorraría el dolor de haber vivido más que ella.

—¡Pero sería un grave pecado! —le dijo Kaoru—. El que fallece puede llegar a la otra orilla, pero el que se quita la vida, se hunde fatalmente en los infiernos. Debes recordar que nada en la tierra tiene valor alguno, y no desear nada.

»Por más que te hundieras hasta el fondo en la corriente de tus lágrimas, jamás lograrías olvidar a la que tanto amaste.

»¿En qué mundo hallaremos consuelo a nuestras penas?

Aunque hubiese preferido quedarse, acabó partiendo para evitar habladurías. La anciana contó a las otras mujeres lo que el joven le había manifestado, pero su dolor permanecía tan vivo como antes de hablar con él. Las otras mujeres, jóvenes o viejas, sólo pensaban en su próxima marcha, y las ropas de monja de Ben no Kimi parecían aún más sombrías por contraste. Recitó:

—Mientras todas se preparan para partir y cosen ropas nuevas, sólo la monja humedece con llanto sus mangas.

Naka no Kimi le contestó en tono sumamente afectuoso:

—A punto de lanzarme entre las olas, pronto mis mangas estarán tan empapadas como las tuyas de agua salada.

»Dudo que llegue a acostumbrarme a un nuevo estilo de vida, y no me extrañaría que acabara regresando aquí después de probarla... Por eso tengo la impresión de que mi partida no es definitiva. Volveremos a encontrarnos: no te quepa duda. De todos modos, detesto la idea de que te quedes. ¿Por qué no me acompañas con las otras? En la ciudad también podremos vernos.

Repararon juntas los objetos de Oigimi, y la joven le entregó algunos peines y cepillos que le parecieron adecuados para una monja.

—Pareces mucho más afectada que las demás —dijo Naka no Kimi—. A veces he pensado que existió algún vínculo entre nosotras en una vida anterior...

La anciana, incapaz de serenarse, seguía derramando lágrimas como un niño que acaba de perder a su madre, mientras las sirvientas barrían los

apuestos y guardaban los muebles y los enseres para transportarlos al carruaje. Entre los acompañantes de Kaoru había cortesanos de rango medio. Niou hubiera deseado ir en persona a buscarla, pero al fin renunció a la idea y recomendó suma discreción a los que iban a encargarse del traslado. Mientras tanto él los esperaba en el palacio de Nijo. También Kaoru había enviado numerosos escuderos. En realidad el príncipe se había encargado de trazar las líneas maestras del plan y su amigo de su ejecución y detalles. Tanto los hombres que tenían la misión de acompañarla como sus mujeres recordaban constantemente a Naka no Kimi que la noche se acercaba. Confusa a más no poder, pues ni siquiera sabía en qué dirección se hallaba la ciudad, la joven acabó por subir a uno de los carruajes. Se sentía muy sola e indefensa, pero a su lado una criada llamada Tayu sonreía como si aquél fuese el día más feliz de su vida. Recitó:

—¡Gracias a que seguía con vida, he podido ver este día afortunado! ¿No sería terrible haberse arrojado al río?

El poema disgustó a Naka no Kimi: ¡qué distintas eran Tayu y Ben no Kimi! Otra mujer dijo:

—Jamás he dejado de guardar un recuerdo afectuoso para los muertos, pero hoy me siento muy feliz de partir de este lugar.

Ambas había servido durante mucho tiempo en la casa de Uji y habían amado a Oigimi. Y ahora la dejaban atrás. Pero ambas estaban tan excitadas ante el «brillante» futuro que las esperaba (o, al menos, eso creían ellas), que ni siquiera pronunciaron su nombre. ¡Qué insensible es la gente!, pensó Naka no Kimi, y evitó dirigirles la palabra.

El camino era más largo de lo que ella había imaginado y discurría entre montañas y precipicios. Por primera vez entendió las razones por las que Niou se quejaba cada vez que iba a verla y por qué lo hacía con tan poca frecuencia. Un retazo de bruma difuminaba los contornos de la media luna.

Viajar resultaba una experiencia completamente nueva, y muy pronto se sintió exhausta. Recitó para sí:

—Basta mirar a las nubes para ver que la luna que surge de las montañas no quiere permanecer en este mundo y regresa a su hogar.

El futuro se presentaba incierto. ¿Qué sería de ella si las cosas no salían como había previsto? A veces hubiese querido regresar a días pasados en que, equivocadamente, se había considerado desgraciada... Cuando llegaron a la mansión de Nijo estaba ya muy entrada la noche, pero su lujo la dejó estupefacta. Un impaciente Niou salió a recibirla y, colocándose al lado del carruaje, la tomó de la mano. Tanto los aposentos de la princesa como los de su servicio habían sido cuidadosamente preparados, y se notaba la intervención personal de Niou. Nada había sido pasado por alto. Todos daban ya por seguro que el joven príncipe había hallado al fin la esposa que buscaba y que iba a asegurarle un lugar de privilegio en su casa, de modo que obraron en consecuencia y dieron la bienvenida a la recién llegada con muestras de sincero entusiasmo. Los más curiosos morían por verla.

Mientras tanto Kaoru se preparaba para trasladarse a su palacio de Sanjo, cuya reconstrucción estaba a punto de acabar. Iba todos los días a comprobar el curso de los trabajos, y, como Nijo no estaba lejos, se dejaba caer por allí para obtener noticias de Naka no Kimi. Los hombres que había enviado a Uji regresaron y le hicieron saber que Niou parecía muy enamorado de la dama, noticia que le alegró sobremanera. Y, sin embargo, en el fondo de su alma conservaba cierto resentimiento, difícil de explicar puesto que él había sido el responsable de todo lo acontecido. ¡Cuánto hubiera deseado poder empezar la historia de nuevo! Se recitó:

—No fui capaz de atarme a ella por toda la eternidad, pero pasó a mi lado una noche entera.

Yugiri había decidido que la boda de su hija Roku no Kimi con Niou se celebraría aquel mes, y, cuando todo parecía ya a punto, Niou se había traído una extraña a su mansión, dejando de ir a visitar a los que vivían en Sanjo. Se puso furioso, y el príncipe, temiendo las consecuencias de la cólera de un personaje tan importante, enviaba de vez en cuando una cartita a su «prometida» oficiosa. Todos estaban al corriente de que se preparaba la iniciación de la joven, y posponerla hubiese significado el colmo del ridículo, de manera que se celebró a fines del mes. Yugiri llegó a pensar en casarla con Kaoru, aunque un matrimonio dentro de la propia familia imperial no entusiasmaba a nadie. Por lo demás, parecía un yerno casi perfecto y sería una lástima que acabara casándose con otra.

Aunque se murmuraba que estaba profundamente dolorido por la pérdida de una dama que había estado amando en secreto durante los últimos años, Yugiri no se desanimó y trató de averiguar a través de un tercero cómo reaccionaría ante una proposición formal. No puede decirse que la respuesta fuera como para animar a nadie.

—Me consta cuan inútiles y carentes de substancia son las cosas de este mundo —contestó—. Hace poco lo he experimentado tan de cerca que mi propia vida me parece absurda y repelente.

La respuesta ofendió gravemente a Yugiri: ¿es que no se daba cuenta aquel joven de cuánto le había costado decidirse a hacerle llegar su proposición? Pero Kaoru infundía respeto a todos (y su hermano mayor no era excepción), de modo que prefirió tragarse el insulto y no insistir en el tema. Kaoru solía contemplar los cerezos de Nijo, cuyas flores estaban a la sazón en el apogeo de su esplendor, y se preguntaba por los cerezos, ahora sin dueño, que crecían junto a la casita de Uji.

Hubiese querido ir a preguntar *cómo les habían afectado los vientos*, pero los versos del viejo poema ya no le brindaban consuelo alguno.

Un día fue a visitar a Niou, que casi no salía de Nijo, donde vivía felizmente unido a la princesa. A primera vista, Kaoru sólo tenía motivos para sentirse satisfecho y en paz consigo mismo, pero algo en su interior se revolvía contra aquella situación y hubiese querido que la historia hubiera acabado de otro modo. Él se esforzaba por acallar aquella voz insidiosa que

le reprochaba haber unido a los otros dos, y felicitó una vez más a su amigo por su elección. Hablaron luego de varias cosas hasta que se presentó el carruaje que había de llevar a Niou a la corte imperial. Acudieron los escuderos que iban a acompañarlo, y el otro aprovechó el momento para introducirse en las estancias de Naka no Kimi. ¡Qué vida tan distinta a la que recordaba de Uji se desarrollaba detrás de aquellos biombos y mamparas! Por todas partes niñas-paje, magníficamente ataviadas, iban de un lado a otro. Habló con una de ellas y le pidió que lo anunciara. Inmediatamente se le instaló un cojín para que se sentara, y al punto se presentó una mujer a transmitirle la venia de Naka no Kimi.

—Estoy tan cerca de ti —le dijo el joven, en cuanto estuvo delante de la cortina del *kichó*— que es como si viviera a tu lado todas las horas del día y de la noche, pero hasta ahora no he querido molestar. Aunque no tenía ocupaciones apremiantes, he tratado de permanecer al margen. Pienso a veces que todo ha cambiado... Desde mi jardín observo a través de la bruma los árboles del tuyo, y me traen recuerdos imborrables...

El joven calló, perdido en sus recuerdos. Tenía razón, pensó Naka no Kimi, compadeciéndole: era obvio que necesitaba una compañera. De haberse unido a Oigimi, una y otra habrían seguido visitándose en la ciudad mientras las estaciones se sucedían unas a otras... De momento se sentía más sola entre aquellos lujos y esplendores que le habían tocado en suerte que en la mansión desolada de Uji. Sus damas le decían:

—Señora, no es un huésped como los demás. Ha hecho cuanto ha podido para verte feliz y debes mostrarle tu agradecimiento...

La dama se preguntaba si debía salir de detrás de la cortina sin acabar de decidirse cuando llegó Niou, espléndidamente ataviado en traje de corte, para decirle adiós.

—¡No seas demasiado dura con él! —le dijo el príncipe al oído—. No puedo negar que me he sentido muy incómodo viendo cuánto hacía por ti y me acusaba constantemente de permitirlo, pero, teniendo en cuenta cómo ha acabado la historia, he de reconocer que debemos estarle profundamente agradecidos. No hay nada malo en que lo recibas sin tantas formalidades

para hablar de los «viejos tiempos»... Claro que sin dar pie a excesivas confianzas. ¿Quién sabe cuáles son sus auténticos sentimientos?

Niou partió a la corte, dejando a la joven sin saber qué hacer. ¿Cómo obedecer instrucciones tan contradictorias? Le debía mucho, sin duda, y se alegraba de poder mostrarle al fin su gratitud, de modo que no lo despidió. Kaoru esperaba que, en alguna medida, la princesa cubriera el vacío que había dejado en su vida su hermana fallecida, y ella quería darle a entender que le comprendía, pero ¿cómo hacerlo sin ser malinterpretada? Y las observaciones que Niou acababa de hacer sólo habían servido para complicar la situación.

Capítulo 49 La hiedra

I

El emperador tenía, además de la emperatriz, ^[219] otra consorte hija de un ministro de la izquierda, a la que llamaban «la dama de las glicinias». Se había unido a ella antes de ascender al trono, y fue la primera de cuantas consortes imperiales se presentaron en la corte. El soberano (a la sazón sólo heredero aparente) la amaba mucho, aunque procuraba disimular su afecto en público y no le concedió el máximo honor. Con el paso de los años, mientras los hijos habidos con la emperatriz iban creciendo, esta dama dio a luz un niña, que se convirtió en lo más importante de su vida. El destino había querido que una rival ocupara el trono, pero, con el nacimiento de aquella criatura, la dama empezó a hacerse ilusiones de que su hija podría triunfar allí donde ella había fracasado.

También el emperador sentía un enorme afecto por la niña, y, aun queriendo más todavía a la Primera Princesa, le reconoció la misma posición en la corte que a las hijas de la emperatriz. Por otra parte, el ministro había dejado al morir un patrimonio muy considerable en manos de su hija, de manera que no se la podía considerar una miserable ni mucho menos.

No debe extrañar, pues, que «la dama de las glicinias» dispusiera de su propia casa, ni que las mujeres de su servidumbre, elegidas con acierto,

vistieran según sus rangos pero con un buen gusto envidiable.

Decidióse al fin que la ceremonia de iniciación de la princesa tuviera lugar en los primeros meses del año en que cumplía los catorce. Su madre se hizo cargo de todo, y desde el primer momento hizo saber su propósito de que el acontecimiento eclipsara cuanto en su género se había celebrado en la corte hasta entonces. Hizo traer objetos magníficos procedentes de la herencia de su padre, el ministro, y la corte bullía con los preparativos de la gran fiesta que se avecinaba, hasta que, a principios de verano, la madre cayó víctima de una posesión diabólica y murió en pocos días. El emperador quedó desolado, pero no podía hacer nada. Todos los cortesanos se mostraron de acuerdo en que había sido una pérdida lamentable, pues la dama siempre se había distinguido por su sensibilidad y gentileza, opinión compartida incluso por las sirvientas más humildes de palacio, que la lloraron amargamente.

La princesa, casi una niña aún, quedó sola. Su padre la compadecía profundamente, y, en cuanto hubieron transcurrido los cuarenta y nueve días que separan la muerte de la reencarnación, la hizo traer secretamente a palacio, donde la visitaba con frecuencia. Las ropas de luto y la palidez de la tristeza le quedaban muy bien, subrayando su hermosura natural. Madura para sus años, poseía una dignidad y una inteligencia superiores a las de su madre, aunque carecía de su encantadora vivacidad. En principio era lo que suele llamarse «un buen partido», pero, por desgracia, carecía de tíos maternos influyentes que le sirvieran de valedores en la corte. Entre los hermanos de su madre se contaban un secretario y un sobreintendente de las obras de palacio, cargos ambos de poca monta, que no podían hacer gran cosa para ayudarla en los problemas que se avecinaban. Consciente de la situación, el emperador estaba tan preocupado como la propia princesa.

Un día de otoño (los crisantemos mustios que crecían delante de palacio parecían más bellos que nunca, mientras la lluvia no cesaba de caer) el soberano fue a visitarla para hablar de la dama de las glicinias. La actitud, tranquila y resignada, de la joven princesa, que se evidenciaba en todas sus respuestas, le satisfizo mucho. ¿Era posible que no hubiese en la corte un hombre adecuado dispuesto a hacerse cargo de la protección de la joven?

Recordó las consideraciones que llevaron al emperador Suzaku a casar a su hija con Genji, muy criticadas en tiempos porque el marido elegido no era del agrado de los más exigentes. Pero lo cierto es que habían tenido un hijo extraordinario, Kaoru, que velaba por su madre con toda su alma. Gracias a él, la Tercera Princesa, aunque se había hecho monja, seguía conservando un lugar relevante en sociedad, y todos veían en ella una personalidad importante. Sin Kaoru, se la hubiesen tragado las tinieblas. Tras dar muchas vueltas a la situación, el soberano llegó a la conclusión de que tenía que resolver el problema mientras estaba en el trono. ¿Y qué mejor candidato tenía a mano que Kaoru? Su cuna le daba derecho a casarse con una princesa imperial, pues su madre lo había sido. Se decía que amaba a cierta dama, ^[220] pero le suponía la discreción suficiente para no mezclar aquella relación con su matrimonio con la Segunda Princesa. Resultaba impensable que el joven quisiera permanecer soltero hasta el fin de sus días. Sea como fuere, tenía que darle a conocer su idea antes de que Kaoru se adelantara y se casara con otra.

Al atardecer, mientras el emperador y su hija se hallaban enfrascados en una partida de *go*, se puso a lloviznar, y los crisantemos reflejaron la luz del crepúsculo de otoño. El soberano hizo llamar a un paje y le preguntó:

—¿Qué altos funcionarios están de guardia en palacio esta noche?

—El príncipe Nakatsukasa, el príncipe Kanzuke y su excelencia el consejero, ^[221] majestad —respondió el paje.

—Llama a este último, por favor —ordenó el emperador.

Kaoru se presentó, anunciado como siempre por la fragancia que emanaba de su cuerpo.

—¡Qué manera de lloviznar la de esta noche! —dijo el soberano—. Se diría que la naturaleza está reclamando música, aunque el luto nos la prohíbe. En esas circunstancias no se me ocurre solución mejor que una partida de *go*.

Le mostró el tablero, y Kaoru, acostumbrado a esos menesteres, se sentó junto a él. Antes de empezar, el emperador le dijo en tono misterioso, mirándolo fijamente a los ojos:

—Si me ganas, tendrás un premio excepcional, algo de lo que me va a costar mucho separarme, aunque ya sabes cuánto te he apreciado siempre...

Kaoru sospechó enseguida de qué se trataba, pero no dijo nada y se puso a jugar concienzudamente, según era habitual en él. De tres partidas, ganó dos.

—¡Qué mala suerte! —se quejó el soberano—. No me quedará más remedio que pagarte. Mientras tanto ve a buscar una de esas flores como prenda...

Kaoru se dirigió al jardín y regresó con un hermosa rama de crisantemo blanco. Recitó:

—De haberla hallado en un lugar mucho menos encumbrado, la habría cortado sin dudarle un instante para gozar de su belleza contemplándola.

El emperador contestó:

—Un solo crisantemo, en mi jardín de plantas mustias, ha sido capaz de sobrevivir a la escarcha, y su color no ha empalidecido.

Así empezó una serie de insinuaciones, a cual más evidente, pero Kaoru no era de los que se lanzan de cabeza a la primera intimación. Lo cierto es que no sentía especiales deseos de casarse y en los últimos años había rechazado ya otros ofrecimientos de jóvenes atractivas, aunque por regla general pobres. Ceder ahora le haría sentirse, se decía, como un monje que se viste de laico y empieza a ocuparse de las cosas de este mundo. Con todo, tenía motivos sobrados para sentirse adulado: la corte estaba llena de jóvenes que ardían en deseos de oír de labios del emperador la misma invitación que Kaoru escuchaba, mejor o peor disimulada, todos los días. Para justificar su actitud ante sí mismo, se dijo que quizás hubiese reaccionado de manera distinta de ser la joven una hija de la emperatriz, pero enseguida repudió esta explicación de su desgana, pues no le hacía honor alguno.

Yugiri oyó contar algo de lo que se estaba preparando en el palacio imperial y le preocupó mucho. Él también tenía sus planes: si acababa frustrándose el matrimonio de Roku no Kimi con Niou, Kaoru no parecía un mal sustituto, y, si Yugiri le apremiaba, tendría que acabar por ceder. De todos modos, la actitud del príncipe resultaba sorprendente: aunque su frivolidad era proverbial, si había decidido rechazar la mano de su hija, ¿por qué le estaba enviando continuamente notitas y cartas que la divertían no poco? Después de todo, Niou no dejaba de ser un príncipe imperial, y, aunque tuviera otras consortes o concubinas, Roku no Kimi estaría mejor a su lado que al de cualquier don nadie incapaz de brindarle los lujos y comodidades a que estaba acostumbrada.

—¡Qué malos tiempos corren! —decía Yugiri, quejándose a sus íntimos—. Incluso los emperadores andan mendigando un yerno... ¡Ahora imaginad cuánto sufrimos los que no pertenecemos a la familia imperial al ver pasar los días sin que nadie se acerque a nuestras hijas!

Aunque procuraba evitar críticas al emperador, no se callaba cuando hablaba con su hermana, la emperatriz, y ésta se creyó en el deber de transmitir sus comentarios y quejas a Niou.

—No sé ya qué decirle —comentó a su hijo—. Durante más de dos años hemos estado poniendo a prueba su paciencia, y pienso que haríamos muy mal papel si el asunto no se llevara hasta el final. Después de todo, el ministro es un hombre muy razonable, y un buen matrimonio consolidaría tu posición y te abriría muchas puertas el día, quizás menos lejano de lo que crees, en que tu padre abdique. Conviene que sepas que ya empieza a hablar de ello... Por otra parte, nadie te va a exigir que te conformes con una sola mujer... Piensa un mi hermano, que siempre ha pasado por ser un modelo de rectitud y decencia, y que convive con dos mujeres, Kumoi y Ochiba, sin

ofender a nadie, por no hablar de la hija de Koremitsu...¿Quién quieres que te critique si, disfrutando de una posición más elevada que tu tío, decides tener, además de tu esposa, una o más consortes a tu gusto? Nadie se va a oponer.

No era una mujer locuaz: aquel discurso fue más largo que los que solía pronunciar y parecía lleno de buen sentido. Lo cierto es que Niou nunca

había hecho ascos a Roku no Kimi, y no quería negarse en redondo a la proposición que se le ofrecía, pero la idea de encontrarse de un día para otro enjaulado en «un hogar decoroso», con las obligaciones que ello lleva consigo, renunciando a una libertad que consideraba su principal tesoro, seguía sin hacerle gracia alguna. Reconocía que a su madre le sobraba razón, sobre todo en la cuestión de las influencias, imprescindibles si se proponía hacer carrera. Se hallaba ante un auténtico dilema. Y no era Roku no Kimi la única que recibía cartas suyas. También mantenía una animada correspondencia con una hijastra de Kobai, a la que no había conseguido olvidar desde que la viera por última vez. Las flores de la primavera, las hojas encarnadas del otoño... todo le servía de pretexto para escribir una cartita a una o una notita a la otra, pues ambas le parecían «interesantes».

Llegado el año nuevo, la Segunda Princesa se quitó el luto, y el emperador puso manos a la obra para casarla con Kaoru.

—Se dice —comentó alguien al joven— que el emperador está esperando una proposición de tu parte.

No podía fingir por más tiempo que ignoraba lo que se estaba esperando de él, pero su talante excéntrico y un tanto brusco era sobradamente conocido en la corte, y en él se escudaba. Con todo, procuraba dar indicios de vez en cuando de que se sentía «interesado». El emperador se aprovechó de aquellos «indicios», y un día Kaoru fue informado de que ya había sido fijada fecha para el enlace. Aunque simpatizaba con el soberano, seguía planeando sobre su vida una extraña sensación de vacío debida a la pérdida de Oigimi, y se resistía a que aquel vínculo tan profundo fuese súbitamente cortado como un hilo vulgar. Intuía que, si algún día debía volver a amar, no sería a una princesa imperial, sino a una muchacha sencilla y humilde que le recordase a la que había perdido. ¡Ojalá —como el emperador chino de la leyenda— pudiese volver a ver a la dama de sus sueños en el humo de un mágico incienso! No parecía tener, pues, prisa alguna en casarse con la princesa.

No puede decirse lo mismo de Yugiri: el ministro tenía muchísima prisa y decidió que Niou y Roku no Kimi contraerían matrimonio en el octavo mes. En cuanto Naka no Kimi se enteró de ello, quedó sumida en la

consternación. Hacía tiempo que temía que acabaría ocurriendo, y al fin se vio convertida en el hazmerreír de todos. Desde el inicio desconfió de Niou, pues había oído hablar mucho de su promiscuidad y ligereza de carácter, pero, en cuanto empezó a intimar con él, le pareció un joven amable y considerado, siempre dispuesto, además, a jurarle amor eterno y fidelidad absoluta. ¿Cómo reaccionar ante la nueva situación? De haber sido ella una muchacha de baja cuna, su relación habría quedado automáticamente borrada, pero no era así: aunque humilde, no dejaba de ser la hija de un príncipe imperial, pero su futuro se presentaba lleno de sombras e incertidumbres. Tarde o temprano su sino la obligaría a regresar a sus montañas de Uji. Seguramente era el castigo que merecía por no haber hecho caso a su padre y haberlas abandonado en contra de su voluntad. ¡Prefería extinguirse de una vez por todas a volver a su antiguo hogar y tener que enfrentarse con las burlas de los lugareños!

Aunque su hermana pareció en vida débil e indecisa, lo cierto es que ocultaba una enorme fuerza de voluntad bajo su frágil apariencia. Aunque Kaoru parecía llorarla todavía, de haber seguido viviendo Oigimi y consumado su relación con el joven, forzosamente le habría tocado atravesar lo que ahora ella estaba sufriendo. Convencida de que estaba destinada a tener que compartir al hombre amado, se había defendido por todos los medios de sus protestas amorosas, incluso amenazándole con tonsurarse... Y lo habría hecho, de haber tenido tiempo. Estaba segura de que ambos tenían conocimiento de su angustiosa situación y le reprochaban su estupidez y atolondramiento. Triste y avergonzada, procuraba seguir viviendo y fingía ignorar los chismes que todo el mundo iba repitiendo a sus espaldas.

Niou se mostraba con ella más tierno y afectuoso que nunca, y pasaba la vida a su lado, tratando de consolarla y de quitar importancia a lo que se acercaba. Como en Uji, seguía prometiéndole amor eterno en esta vida y en todas las que seguirían. En el quinto mes, sin embargo, el joven notó que la muchacha presentaba señales de no encontrarse bien. Aunque no mostraba síntomas de gravedad ni siquiera alarmantes, había ido perdiendo apetito y cada día pasaba más tiempo descansando. Como no había observado aquel

tipo de sintomatología en ninguna otra mujer, Niou quiso atribuirlo al calor, aunque no dejaba por ello de estar inquieto y de sospechar que la dolencia podía tener más importancia de la que se atrevía a imaginar.

—¿No estarás embarazada? —se atrevió a decir un día—. Creo que los síntomas del embarazo se parecen a los que sufres...

Naka no Kimi se puso colorada y le aseguró que se equivocaba, y, como las mujeres que la servían no le ofrecieron más información, Niou hubo de limitarse a hacer conjeturas. Cuando llegó el octavo mes, le participaron que se había fijado la fecha de la boda. Niou no tenía ningún interés en mantenerla al margen de esta cuestión, pero cada vez que iba a contárselo todo, enmudecía como por ensalmo, y su mutismo no hacía sino empeorar la situación. Todos hablaban de lo mismo, y él no tenía el valor necesario para darle una explicación. La joven tenía razones sobradas para estar furiosa. Desde que la instalara en la mansión de Nijo, el príncipe había pasado casi todas las noches a su lado, y sólo cuando los augures lo desaconsejaban o concurrían circunstancias excepcionales, dormía en el palacio imperial. Tampoco había corrido, como en otros tiempos, aventuras nocturnas. Ahora empezó a pasar más noches en la corte para que la joven fuera acostumbrándose a su ausencia, aunque no logró con ello mitigar su dolor ni llevarla a aceptar de buen grado la nueva situación que se le venía encima.

Kaoru la compadecía profundamente. Por más afecto que sintiera por Naka no Kimi, un joven tan impresionable como Niou acabaría forzosamente subyugado por la bonita, vistosa y elegante hija de Yugiri, que, además, pertenecía al mismo mundo al que estaba acostumbrado a moverse desde su infancia. Además estaba toda la familia del ministro montando guardia alrededor de la prometida... ¡Cuántas noches de soledad esperaban a la pobre muchacha de Uji! Al imaginarlo, se le partía el corazón. ¿Y qué podía hacer él para remediarlo? ¿Por qué había renunciado a ella? ¡A qué cadena de errores había dado lugar su fascinación por Oigimi y su negativa a acatar su voluntad! En cuanto a los sentimientos de Niou, ¿acaso no lo conocía perfectamente cuando lo llevó a Uji, sólo para que le ayudara sin saberlo a ganarse a la hermana mayor? ¡Con cuánta diligencia

había cumplido las instrucciones del pobre príncipe Hachi! En cuanto a él, nadie era capaz de entender su fidelidad inquebrantable a una sola mujer...

Perdido su primer amor, detestaba que se le impusiera por la fuerza a otra por esposa, aunque se tratara de la hija del propio emperador, y, a medida que pasaban los días, su pasión por Naka no Kimi iba creciendo... ¿No era ésta, al fin y al cabo, la última voluntad de Oigimi? Poco antes de expirar le confió que el único cuidado que se llevaría de este mundo sería el hecho de que él la hubiese desobedecido en este único punto. ¡Con qué ira lo estaría contemplando ahora desde el más allá! En sus noches solitarias, de las cuales sólo él tendría la culpa, le despertaría la brisa más leve, obligándole a repasar la lista interminable de sus errores, origen de la infelicidad de tantos sobre hacerlo a él desgraciado para siempre.

A lo largo de su vida se había encaprichado de alguna damita muy de vez en cuando, e incluso ahora había algunas viviendo en su propia casa que no le disgustaban, pero ninguna era capaz de despertar en él un afecto profundo y duradero. Recordó lo que solía decir Niou: hay un montón de damitas de buena familia venida a menos pérdidas por el mundo que están esperando la llegada de alguien dispuesto a descubrir sus gracias y a sacarlas del olvido y de la pobreza. Su propia madre, la monja, se había ocupado de alguna damita de esas características y la había acogido bajo su techo, pero ninguna de ellas había conseguido hasta entonces derrotar su propósito último de renunciar a todo para siempre.

Un amanecer, tras una interminable noche de insomnio, se puso a contemplar el jardín, y, de las muchas flores húmedas de rocío que crecían entre la hierba, fue el dondiego de día, frágil y pálido, el que atrajo su atención.

—Sólo viven una mañana... —se dijo, y lo efímero de aquella flor le hizo pensar en la futilidad de su propia vida.

Abrió las persianas y, echándose de nuevo en su lecho, trató de descansar un poco más, pero no pudo despegar la mirada del dondiego de día. Finalmente le venció el sueño y, en cuanto despertó, entrada la mañana, lo primero que buscaron sus ojos fue su flor predilecta, pero ya se había abierto y mustiado.

—Hazme traer un coche sencillo, que llame poco la atención —ordenó a uno de sus criados—. Quiero ir a la mansión de Nijo.

—El príncipe Niou pasó toda la noche en el palacio imperial —le respondió el hombre—. Su carruaje llegó vacío a la casa de Nijo a medianoche.

—En tal caso iré a visitar a la princesa Naka no Kimi —replicó Kaoru—. He oído decir que no se encuentra bien. Hoy me toca hacer acto de presencia en palacio, y debo apresurarme para llegar antes de que toda la corte se halle reunida.

Cuando se hubo lavado y vestido, salió al jardín y paseó un rato entre sus flores. No había elegido una indumentaria especialmente pomposa e impresionante, pero todo él respiraba una dignidad tranquila que intimidaba. Examinaba las flores y los capullos uno por uno, y lo hacía con una gracia natural que cautivaba a quienes lo veían. Se agachó junto a un dondiego de día, lo cogió por el tallo y se lo acercó, salpicándose de rocío. Improvisó:

—Su vida dura sólo mientras el rocío
humedece sus pétalos y sus hojas. A mí me
seducen los tonos que se desvanecen con la
llegada del día...

»Mirad cuan poco resiste...

Lo arrancó y se lo llevó, sin dignarse mirar las demás flores. Cuando se acercaba a la casa de Nijo, el sol empezó a brillar mientras la bruma se levantaba. Temía que había llegado demasiado pronto y que las mujeres de la princesa aún estarían roncando. No quería recurrir a métodos socorridos de llamar la atención como fingir un ataque de tos o golpear la puerta, pues la parecían de mal gusto, y prefirió enviar a uno de sus hombres a la puerta del jardín. Las persianas estaban levantadas y se notaba movimiento en el interior. Al ver la figura que se acercaba a través de la bruma matinal, las mujeres creyeron que se trataba de su señor que regresaba de palacio. Pero la fragancia que despedía, que el rocío no hacía sino reforzar, les informó enseguida sobre la identidad del visitante. Las más jóvenes empezaron a

hacer oír sus comentarios: sí, era terriblemente amable, pero tan frío y distante... Pero aquellas criaditas conocían sus obligaciones y le pusieron un cojín en la galería para que se sentara mientras se oía un delicado frufnú de sedas.

—Casi empiezo a sentirme como un ser humano —dijo el consejero a las azafatas de Naka no Kimi—, pero aún se me recuerda demasiado que soy un extraño. Si no me hacéis sentir un poco más «como en casa», vendré poco a visitaros en el futuro...

Las mujeres se preguntaban qué pretendía.

—Quería decir que, tratándose de un viejo amigo de la familia como yo, la tranquilidad de la alcoba parecería más adecuada... Claro que estoy seguro de que os limitáis a seguir las instrucciones de vuestra señora, y no tengo más remedio que acatar sus órdenes.

Kaoru estaba en el umbral de la habitación, y las cortinas del lecho de la enferma no quedaban lejos. Con todo, el joven se sentía muy incómodo.

—Déjalo que se acerque por el otro lado... —aconsejaban las mujeres a Naka no Kimi.

Kaoru nunca se había distinguido por el comportamiento impetuoso característico de la mayoría de los jóvenes de su edad, y en los últimos tiempos aún se mostraba más retraído que antes. A pesar de todo, su presencia llenaba de desazón a Naka no Kimi. En aquel momento, sin embargo, la muchacha sintió que su timidez habitual la abandonaba y pronto se encontró hablando con toda naturalidad con Kaoru. Sin embargo, en cuanto él empezó a preguntarle por su salud, la joven volvió a protegerse tras un muro de silencio. Kaoru, advirtiéndole que la enferma se hallaba profundamente deprimida, se puso a distraerla contándole las últimas noticias y lo que se decía en la corte con la ternura de un hermano mayor. Las voces de las dos princesas nunca se habían parecido, pero he aquí que ahora la de Naka no Kimi le recordaba cada vez más la de su hermana mayor. De no haber sido por la presencia de azafatas y criadas, habría levantado la cortina y entrado en el «santuario» para estar más cerca de ella todavía, un «santuario» que le atraía como nunca desde que la muchacha

había caído enferma. Hay cosas en la vida que son imposibles de evitar, se dijo, y el amor era una de ellas.

—Siempre pensé que, aunque ningún hombre consiga en este mundo todo lo que desea, debe seguir adelante, abriéndose camino en él sin preocuparse en exceso por las contrariedades que inevitablemente le saldrán al paso, ni quejarse de sus fracasos —dijo el joven—. Pero ahora me doy cuenta de que hay derrotas y pérdidas que no conocen de paz ni de tregua, y remordimientos que no tienen cura. Aquéllos que dan mucha importancia al rango y a la posición, tienen todo el derecho del mundo a lamentarse cuando las cosas no salen a su gusto, pero mis frustraciones son mucho peores todavía.

Había colocado el dondiego de día sobre su abanico y se puso a examinarlo detenidamente. Al mustiarse había adquirido un tono rojizo, que lo dotaba de una extraña belleza. Lo introdujo por debajo de la cortina y recitó:

—El dondiego de día que en tiempos me prometiera el blanco rocío, ¡ay!, debí tomarlo bajo mi protección del mismo modo... [222]

No había hecho especiales esfuerzos para que el rocío no desapareciera, pero se alegraba de que siguiera allí y de que la flor se mustiara refrescada por él. La joven contestó:

—Peor que el sino del efímero dondiego de día, que se mustia, es el del infeliz rocío que queda atrás. [223]

»¿En quién puedo confiar aún?

Como si el hecho de que él la hubiese oído la hubiera asustado, la joven calló repentinamente. Una vez más Kaoru imaginó que era Oigimi la que estaba detrás de la cortina.

—Es la estación más triste del año —dijo el joven, incapaz de soportar aquel silencio—. El otro día escapé a Uji para distraerme un poco de mis aflicciones, pero me puse más triste aún al ver como se habían arruinado *el*

jardín y la cerca. Me acordé de los días que siguieron a la muerte de mi padre... Los que lo habían amado iban a visitar los lugares en que lo trataron mientras estuvo vivo: el templo de Saga, que él mismo mandara construir, la mansión de la Sexta Avenida, en donde pasó los últimos años de su vida... El riachuelo, las flores, los árboles... todo evocaba tanto su persona que los visitantes acababan por retirarse lo más deprisa que podían, incapaces de soportar tantos recuerdos. Sorprende el atractivo que ejerció sobre cuantos lo conocieron. En cuanto faltó, casi todas las mujeres de la casa quisieron tomar el hábito y muchas lo hicieron. Algunas infortunadas pertenecientes, claro está, a las clases más bajas se volvieron locas de dolor y se refugiaron en las montañas, donde se convirtieron en criaturas casi salvajes...

»Pero, en cuanto parecía que al fin *la hierba del olvido* iba a tomar posesión definitiva de los aposentos del palacio de la Sexta Avenida, mi hermano Yugiri, el ministro, fue a vivir en él, y, junto con algunos príncipes imperiales nietos de mi padre, se dedicó a devolverle su antiguo esplendor. Hay que reconocer que lo consiguieron, o, al menos, eso me han contado, pues yo era muy pequeño cuando ocurrió. Más tarde, al meditar sobre ello, me parecía que si un acontecimiento tan trágico como el fallecimiento de Genji había sido «reparado» por el tiempo, no existía dolor en la tierra que el paso de los años no pudiera sanar. Me equivocaba. Hasta el día de hoy he recibido dos lecciones sobre la impermanencia de las cosas, ^[224] y la última me ha abierto una herida de la que probablemente no me recobraré jamás. Incluso me hace temer en relación con el mundo del más allá, pues pienso que, al morir, llevaré conmigo una dosis abundante de insatisfacción y reproches.

Al terminar su discurso lloraba amargamente. Incluso si Naka no Kimi no hubiera compartido su dolor, la visión de su llanto la habría lanzado en sus brazos. Pero, sintiéndose profundamente insegura, la joven se contuvo y calló una vez más, aunque no pudo reprimir las lágrimas. Incapaces de consolarse mutuamente, uno y otro sufrían por culpa de viejas heridas nunca cicatrizadas.

—*La aldea de la montaña es un lugar solitario...* —dijo la joven, citando unos versos—. Conoces el viejo poema, favorito de muchos... Nunca supe qué quería decir exactamente, y ahora sólo anhelo poder encerrarme en un lugar como ese, muy lejos de aquí, pero me parece imposible... Ben no Kimi obró muy bien al permanecer en Uji. ¿Por qué no imité su buen sentido? A fin de mes se celebra el aniversario de la muerte de mi padre. ¡Cuánto me gustaría volver a oír aquellas campanas! De hecho, estaba pensando pedirte que me llevaras a pasar unos días allí. No hace falta que nadie lo sepa.

—Te entiendo —dijo él—: no quieres que la casa se arruine, pero me temo que eso es imposible. Incluso viajando sin equipaje, cuesta mucho llegar a esas montañas. Yo voy de ciento a viento por más que siempre esté pensando en ir. El abad no me necesita, pues me he ocupado personalmente de que nada le falte para celebrar los servicios conmemorativos del fallecimiento de tu padre... Por otra parte, debo confesar que volver a verlo me descompone por los tristes recuerdos que el lugar evoca. ¿Por qué no lo donamos al monasterio? Así nos lo quitaríamos de encima de una vez por todas... Claro que te toca decidir a ti, y sólo se hará lo que tú quieras. Tus deseos son los míos, y sólo quiero que me hables con toda franqueza. Dime, pues, qué quieres que se haga.

—Me gustaría donar ciertas escrituras e imágenes de mi propiedad al abad —insistió ella—. ¿No podría tomarlo como excusa para regresar a Uji y pasar allí unos cuantos días?

—Imposible, completamente imposible —se resistió él—. Por lo que más quieras, deja de preocuparte por esas cuestiones.

El sol estaba casi en su cenit, la estancia se había llenado de mujeres, y Kaoru no podía permanecer allí por más tiempo sin despertar sospechas.

—No estoy acostumbrado a que se me mantenga tan a distancia de las personas que visito, y me siento incómodo, pero regresaré a verte —dijo el joven antes de marchar.

Convencido de que Niou «haría preguntas», se anticipó y le dijo a un criado que había acudido en la creencia de que Niou ya habría regresado de la corte.

—Oí decir que había regresado la noche pasada —concluyó—, y, como hoy estoy de guardia en palacio, he venido pronto para poder conversar un rato con él. Decidle que, si puedo, regresaré al atardecer.

II

Cada vez que Kaoru visitaba a Naka no Kimi, su dolor por haberla rechazado cuando hubiese podido hacerla suya aumentaba. ¿Por qué se había opuesto de un modo tan irreductible a los deseos de Oigimi? ¿Por qué se había empeñado tanto en procurarse la infelicidad, y de tal modo que sólo podría en el futuro culparse a sí mismo? Volvió a entregarse con renovado ardor a ayunos y meditaciones para desesperación de su madre, que, aunque conservaba su talante ingenuo y un tanto despreocupado, empezó a angustiarse.

—Como dice el poema, *no viviré eternamente* —le dijo—, y me sentiría muy feliz si te viera comportándote como los demás jóvenes. Soy monja por decisión propia y, por tanto, me considero la persona menos indicada para oponerse a tus deseos, si los tienes, de abandonar el mundo, pero, si decides hacerlo, me sabrá muy mal. Espérate, pues, a que me haya ido, pues el disgusto que me produciría que te tonsuraras se interferiría forzosamente en mi camino a la salvación.

Kaoru la compadeció, y, a partir de entonces, evitó hacer referencias en su presencia a «la infelicidad general del mundo» y a sus propias penitencias y devociones.

Mientras tanto Yugiri había renovado la parte noreste del palacio de la Sexta Avenida para ponerla a disposición de los novios, gastando en ello una parte considerable de sus recursos. La luna de la noche decimosexta del octavo mes brillaba ya en el cielo, momento fijado para la celebración del enlace, y Yugiri y los suyos seguían esperando sin que el novio apareciese. Profundamente desconcertado, el ministro enviaba continuamente mensajeros.

—Parece que abandonó *el palacio* al amanecer —contó uno de ellos—, y que regresó a Nijo.

Yugiri se sentía profundamente humillado. En una noche tan especial, Niou debía dejar de pensar en las demás mujeres y consagrarse a la que estaba destinada a ser su esposa legítima.

Temiendo que la corte entera se burlaría de ellos si pasaban la noche esperando, envió a uno de sus hijos, que era capitán de la guardia, a Nijo con un mensaje, que decía:

«Incluso la luna se digna acudir a mi
humilde morada. Pasa la noche, y aún
esperamos señales de ti.»

Niou había pensado en un principio acudir al palacio de la Sexta Avenida directamente desde el de su padre sin pasar a visitar a Naka no Kimi, en la creencia de que así la joven sufriría menos. Pero mientras estaba en el palacio imperial, le envió una nota, y la inmediata respuesta de ella le decidió a acudir a la mansión de Nijo. Una vez allí, le costó mucho abandonarla, pues nunca le había parecido tan atractiva. La idea de causarle pena lo destrozaba, y se sentaron juntos en la galería a contemplar la luna mientras él volvía a proferir votos de amor eterno.

He aquí cómo los halló el mensajero de Yugiri cuando llegó a la casa. En cuanto se anunció la llegada de Kurodo, la joven fingió que ignoraba la razón de su visita, pues no quería mostrar al príncipe los terribles sufrimientos que estaba soportando con semblante impasible. Niou, que sabía lo que estaba pasando por su interior, se conmovió, aunque también

pensó en la angustia de la joven que lo estaba esperando en el palacio de la Sexta Avenida.

—Regresaré en un instante —le dijo—. No te quedes aquí, contemplando la luna. Ya sabes que no es aconsejable. ^[225] Procura pensar en otras cosas y el tiempo pasará más deprisa.

Una situación francamente desagradable, se decía, mientras iba al edificio principal andando por un camino discreto. La joven lo miró partir, y, mientras su figura se alejaba, se dijo que una princesa no debe dejarse rendir por emociones indignas. *Aunque su almohada navegue en un río de llanto*, su corazón debe permanecer en todo momento bajo control.

El destino se había mostrado inclemente con ella y su hermana, cuidadas por un padre que, despreciando el mundo, sólo pensaba en el más allá. Aunque triste y monótona, la vida en las montañas le había ocultado la crueldad que gobierna el mundo. Primero murió su padre, luego su hermana. Deseando no sobrevivirles, intentó convencerse de que el dolor acabaría por matarla, pero se equivocaba. Sobrevivió, y empezó a sentirse tratada como un ser humano de un modo que jamás hubiese podido soñar. Aunque no paraba de repetirse que aquella felicidad no podía durar, tenía a Niou a su lado, el más cariñoso de los hombres, y sus penas se fueron borrando poco a poco. Resultaba irónico que el poder curativo del paso del tiempo la hubiese dejado completamente desprotegida ante este nuevo golpe que nunca esperó. Aquello sería el fin de todo.

¿Seguiría viéndolo de vez en cuando? Después de todo, Niou no había muerto. Pero su forma de comportarse durante aquella última noche la desconcertó muchísimo, y, aunque trataba de buscar una luz en aquella oscuridad, no conseguía dar con ella. No cesaba de repetirse que, si seguía viviendo, su existencia sufriría a la fuerza algún tipo de cambio, pero no adivinaba cuál. Sea como fuere, se resistía a abandonar la partida aún... Su angustia, a medida que la noche avanzaba, se vio acompañada por la aparición de la luna, la luna brillante del *Monte de las Ancianas Abandonadas*. ^[226]

A los que conocían los vendavales de Uji, la brisa que soplaba entre los pinos del jardín les hubiese parecido una bendición, pero aquella noche

habría preferido un huracán entre robles. Recitó:

—Nunca entre los pinos de la casa de las montañas me sentí tan lacerada por los vientos de otoño.

»He aquí como el sufrimiento del presente borra el recuerdo del pasado...

—Entra, por favor... —le decían sus sirvientas—. No te quedes ahí fuera contemplando la luna. ¿Y qué será de ti si sigues sin comer? Hace días que no pruebas bocado... ¿Quieres acabar como tu hermana?

Las mujeres no paraba de suspirar mientras comentaban:

—Todo parecía ir tan bien...

—Pero él no la dejará, seguro que no...

—Tienes toda la razón. Aunque hay que reconocer que todo podría ir mejor...

—No es posible que una pasión tan grande desaparezca de un día para otro...

Naka no Kimi les oía hablar, pero hubiese preferido que se guardase silencio a su alrededor. Sólo ella tenía derecho a criticar o a perdonar. Las mujeres de su servidumbre, que sabían de la muerte de Oigimi, se admiraban del extraño sino de ambas princesas. A la otra no le faltó un hombre fiel hasta el final, pero no logró evitar la tragedia. Niou, en cambio, aunque parecía muy afectado por la enfermedad de Naka no Kimi, se dirigió al palacio de la Sexta Avenida lleno de curiosidad y excitación. Quería causar buena impresión y se había perfumado con sus mejores inciensos. No esperaba hallar en Roku no Kimi los frágiles encantos de una criatura, pero estaba seguro de que resultaría mucho más interesante que una niña. Sólo temía que estuviera cargada de pretensiones, que fuera ruidosa, agresiva, quizás incluso un poco «masculina»... Pero sus temores resultaron infundados. Se sintió recibido con enorme afecto, y, desde el primer momento, ambos se entendieron a la perfección, de manera que la larga noche de otoño transcurrió con la celeridad de un rayo.

Cuando regresó a la casa de Nijo a la mañana siguiente, no se dirigió a la alcoba de Naka no Kimi, y prefirió descansar en la sala principal. Allí escribió «la carta del día después» [227] que estaban esperando en la mansión de la Sexta Avenida. Mientras, la criadas no paraban de cuchichear:

—No parece que haya vuelto decepcionado...

—Y la *otra* aquí, más sola que nunca...

—Por lo que parece, el príncipe sería capaz de cuidar de *todas* las mujeres del mundo...

—¡Cuánta competencia para nuestra pobre ama!

Niou hubiese querido esperar en la sala principal a recibir la respuesta de Roku no Kimi, pero estaba seguro de que la noche pasada había constituido un auténtico tormento para la pobre Naka no Kimi, infinitamente peor que las noches que pasaba en la corte, de modo que se dirigió a su alcoba para tratar de animarla.

Sin ni siquiera arreglarse el cabello y el vestido pero descansado, entró en la estancia y la halló reposando. La dama se incorporó sobre un codo y lo miró tímidamente. Las lágrimas habían añadido un toque de misterio a su hermosura. También él la miró, llorando, y cuando ella giró la cabeza para evitar encontrarse con sus ojos, su cabellera se derramó por encima de sus hombros, espesa y oscura, la más hermosa que Niou había visto jamás. El joven se sentía muy confuso, y no quiso volver a reemprender la canción de los votos eternos de la noche anterior.

—¿Cuál es el origen de tus males? —dijo—. Al principio los atribuías al calor, y me puse a esperar que el tiempo refrescase... ¡Bien! Ha refrescado y tú sigues postrada. Me tienes muy intranquilo. He ordenado que se recitasen todas las plegarias que suelen funcionar en esos casos, pero sin éxito alguno. ¿Quieres que vuelva a empezar? ¿Hay algún sacerdote en alguna parte que merezca tu confianza? Pienso en cierto abad que conozco, que tal vez consiga triunfar donde tantos han fracasado...

Niou era listo y dominaba el arte de hacerse perdonar, pero sus palabras disgustaron a la muchacha, que respondió:

—Tú y yo sabemos que yo no soy como los demás. Dame tiempo y me restableceré.

—Estás muy segura de ti misma —dijo él, pensando que no había mujer alguna en el mundo que la ganara en gentileza, salvo su hermana que había dejado de existir.

Nadie hubiese dicho, juzgando por su actitud, que amara menos a Naka no Kimi de lo que la había amado siempre. Volvió a jurarle amor eterno en esta vida y en las siguientes hasta hacerse pesado.

—*No viviré eternamente* —contestó ella—, pero antes de que acabe mi breve existencia, me darás nuevas pruebas de tu crueldad. Después de esta amarga experiencia, ¿pretendes que confíe en ti y crea que me serás más fiel en vidas futuras?

Una vez más intentó contener las lágrimas, pero no fue capaz. Durante los últimos días había hecho lo imposible por no participar sus angustias a nadie, pues no quería que él se diera cuenta de hasta dónde la había herido, pero ya no pudo aguantar más, y, con el llanto, fluyó la corriente de su dolor y de sus reproches. Furiosa consigo misma, se apartó de él. Niou la retuvo, y, mientras trataba de secarle con la manga las lágrimas que humedecían sus mejillas, le dijo:

—Tienes una manera maravillosa de contestar a un hombre lo que él desea oír... Esta ha sido siempre tu principal virtud. ¿Debo entender que has permitido que algo se interponga entre ambos? ¿Tanto han cambiado tus sentimientos en un sola noche?

—¿Me preguntas si mis sentimientos han cambiado en una noche? —dijo ella—. Creo que eres tú quien debiera contestar a esta pregunta.

—¡Vamos, querida! ¡Te estás portando como una niña! —se defendió él—. Tengo la conciencia muy tranquila. Te he prometido muchas cosas, pero únicamente las que podía cumplir. Tu ignorancia del mundo y de las costumbres que en él rigen forma parte de tus encantos, pero también tiene sus inconvenientes. Ponte en mi lugar y piensa que no soy mi propio dueño. Y, sin embargo, si no ocurre un imprevisto, muy pronto me encontraré en situación de hacer cuanto quiera para favorecer a las personas que amo. [228]

Aunque ahora te pueda parecer que estoy alardeando, te estoy diciendo la pura verdad, y no te ha de faltar ocasión de comprobarlo...

En aquel momento regresó el mensajero que había enviado a la mansión de la Sexta Avenida, completamente borracho. Sin darse cuenta de que la situación en que se hallaba el príncipe requería una cierta delicadeza, entró en la estancia tambaleándose, aparatosamente revestido de las sedas y brocados que le habían regalado en la mansión del ministro. La más estúpida de las criadas se hubiera dado cuenta de cuál había sido su misión, aunque no se hubiese apercibido de que Niou había escrito y enviado la carta de rigor. De todos modos, el príncipe no quería ocultar nada a Naka no Kimi, aunque hubiese preferido hacerle saber ciertas cosas con más tacto. Pero la desafortunada aparición del mensajero era un hecho que ya no podía borrarse, de modo que ni siquiera perdió el tiempo reprochándole su grosería. Le seguía una mujer con la respuesta. Para bien o para mal, pensó Niou, a partir de ahora no tiene sentido que existan secretos entre nosotros. En cuanto descubrió que la carta no había sido escrita por su prometida, sino por su madrastra, ^[229] respiró un tanto aliviado, aunque este detalle no cambiaba mucho las cosas. Tomó la carta y se puso a repasarla. La caligrafía parecía contundente. Decía:

«Le apremié para que escribiera su propia carta, porque no quería parecer una entrometida. Pero la joven dice que no se siente con ánimo.

»Esta mañana se ha mustiado la flor de la virginidad... Dime, rocío, ¿qué hiciste para que ello ocurriera?

»¿Por qué te fuiste tan pronto?»

—¡Siempre quejándose! —clamó Niou—. ¿Por qué no me dejan estar a solas contigo? ¡Así no se puede vivir!

Los que piensan que a un hombre le basta con una mujer, como ocurre con el pueblo llano, ^[230] no le habrían comprendido. Pero su situación era muy diferente, y lo que había ocurrido tenía fatalmente que pasar. Él era un príncipe de la sangre, y, por tanto, tenía derecho a tener tantas mujeres como le apeteciera, sin que nadie pudiera reprochárselo ni echarle en cara

que se había comportado de un modo especialmente cruel con Naka no Kimi. Más razón tenían los que pensaban que la joven había sido muy afortunada al despertar su interés y ponerse bajo su protección. Si la muchacha se vio gravemente afectada por lo que acababa de suceder, se debía a que había dado por sentado, erróneamente, que ella iba a ser «la única» depositaria de los afectos del príncipe. En tiempos había encontrado situaciones semejantes en las novelas que leía, y siempre se había puesto de parte del hombre, desaprobando a las mujeres que «hacían una montaña de un grano de arena». Pero entonces todo aquello parecía muy lejano. ¡Y ahora se daba cuenta de cómo dolía!

—En cuanto a tu resistencia a comer —prosiguió el príncipe en un tono afectuoso que denotaba una preocupación real—, no te llevará a nada bueno.

Para despertar su apetito le hizo traer las mejores frutas de la capital y puso a su disposición su mejor cocinero, al que mandó preparar platos exquisitos que pudieran tentarla, pero resultaba obvio que ella tenía la cabeza en otra parte y él estaba malgastando sus esfuerzos.

Cuando empezó a caer la tarde se fue a la sala principal. Una fresca brisa soplaba sin parar y el cielo lucía colores fascinantes. Niou siempre dio mucha importancia a la indumentaria, y aquel día se había vestido con mayor elegancia de la habitual, pero, para Naka no Kimi, aquellos detalles no hacían sino aumentar su dolor, pues estaba convencida de que no se había adornado pensando en ella sino en otra mujer. Cuando oyó cantar a la cigarra del crepúsculo, echó de menos *las sombras de la montaña*. Recitó:

—De haber permanecido allí, ni siquiera
hubiese oído la voz de la cigarra. Pero, al
finalizar el otoño, la oigo y la odio.

Niou se marchó temprano al palacio de la Sexta Avenida. Al oír alejarse las voces de los heraldos, la joven tuvo un nuevo ataque de llanto. *El charco que dejó junto a su almohada hubiese tentado a un pescador..* Y, sin embargo, mientras lloraba se reprochaba duramente haber sucumbido a los celos. Niou se había mostrado falto de consideración desde el primer día: ¿a

qué empezar con reproches tanto tiempo después? Su embarazo complicaba las cosas todavía más: ¿qué le reservaba el futuro? En su historial familiar abundaban las muertes prematuras, y no era imposible que ella también estuviera destinada a morir joven. Aunque la idea de morir no la asustaba, se puso muy triste pensando que dejar en el mundo una criatura sin madre era un gran pecado. No pudo cerrar los ojos en toda la noche.

Como se anunciara que la emperatriz estaba enferma, Niou fue a palacio al día siguiente. Toda la corte se había reunido, pero la «enfermedad» resultó ser un simple resfriado, de modo que Yugiri regresó a la mansión de la Sexta Avenida llevando a Kaoru en su carruaje. ^[231] El ministro quería que las ceremonias resultaran de una fastuosidad sin precedentes, aunque reconocía que hay un límite que los que no pertenecían a la familia imperial no debían sobrepasar. La compañía del consejero le hacía sentir un tanto incómodo, pero entre sus parientes más cercanos no había otro más indicado a la hora de preparar un festejo de aquellas proporciones. Su sola presencia constituía ya un gran honor. Pero no le faltaban motivos para estar algo «picado» con él: Kaoru se había ido de la corte con inusitada rapidez, y, por otra parte, no había dado señal alguna de frustración al ver que Roku no Kimi era entregada a otro hombre. Y, sin embargo, se lanzó a colaborar en los preparativos nupciales como si la nueva esposa hubiese sido su hermana más querida.

Niou llegó cuando ya había anochecido. Le habían preparado su aposento en la esquina sureste de la sala principal. Sobre otros tantos soportes le esperaban las ocho bandejas de plata que exige el ritual, y había otros dos, más pequeños, sobre los que se sirvieron los pasteles de arroz ceremoniales... Pero, ¿a qué describir cosas que todo el mundo conoce?

En cuanto Yugiri llegó al banquete, envió un criado para que hiciera saber a Niou, que aún seguía encerrado en la cámara nupcial, que se estaba haciendo de noche y se le echaba de menos en la sala. Pero Niou seguía disfrutando de la compañía de las damas, pues le divertía mucho. Estaban con él (y, de paso, lo vigilaban) dos cuñados del ministro: un comandante de la guardia y un consejero. Finalmente hizo su aparición el novio, elegantísimo como era de esperar. Kurodo no Shosho, hijo de Yugiri, actuó

de maestro de ceremonias y sirvió la copa de vino a Niou, que recordaba cuánto se había quejado del excesivo formalismo que presidía la vida en la casa del ministro. Kaoru era la solemnidad misma y dirigió los brindis y demás aspectos de la ceremonia con la minuciosidad de un auténtico profesional, fingiendo que no se daba cuenta de la incomodidad de su amigo.

Los hombres del cortejo de Niou, en el cual no faltaban numerosos cortesanos de rangos elevados, se entretenían y eran obsequiados en el ala este. Los seis pertenecientes al cuarto rango recibieron túnicas de mujer y *uchikis*, los diez del quinto, trajes chinos forrados y colas de diferentes colores. A cuatro del sexto les tocaron calzas y *uchikis* de brocado. Yugiri había procurado que los tintes y cortes de las ropas fuesen sencillamente perfectos, y muchos pensaron incluso que se había excedido a la hora de obsequiar a criados y pajes. ¿Cómo se explica que las novelas antiguas den a este tipo de acontecimientos una curiosa prioridad? ¿Será que los placeres de la vista son los más importantes para algunos? ¡Y aún hay lectores que se quejan de que no entran en suficientes detalles! ^[232]

Al regresar a su casa, Kaoru oyó decir a uno de sus hombres: —¡Lo peor del caso es que el novio *debería haber sido nuestro amo!* ¡Pensad sólo en cuántos regalos nos hubieran tocado! ¡Mal negocio servir a un solterón!

Kaoru no pudo evitar sonreír ante aquel comentario, sobre todo porque aquel hombre no tenía derecho alguno de asistir a la ceremonia. ¡Por fuerza se había colado en la mansión de la Sexta Avenida fingiéndose un servidor de Niou! Pensó que los criados de su amigo estarían echados en algún rincón roncando, ahitos de vino. ¡El padre de la novia —y tío del novio— se había descolgado con una ceremonia auténticamente fabulosa! ¡Qué soberbia iluminación! Volviendo a reflexionar sobre todo ello, le asombró la dignidad mostrada en todo momento por Niou, a pesar de que también había bebido lo suyo. ¡Una vez más le sorprendía la capacidad del príncipe para representar a la perfección «el papel que tocaba»! De haber tenido una hija, se dijo, habría preferido entregarla a Niou en matrimonio a introducirla en el palacio imperial... Le constaba que, en la corte, todos los padres que tenían hijas casaderas pensaban de él lo mismo que él pensaba de Niou...

¡Nadie pasaba por alto su nombre ni se lo tomaba en broma a la hora de soñar con el «yerno perfecto»! No pudo evitar felicitarlo por ello, sobre todo porque se consideraba el menos sociable de los hombres de la tierra. Estaba claro que al emperador le habría encantado casarlo con la Segunda Princesa y debía reconocer que sería un enlace imposible de superar. Pero no era capaz de decidirse... ¿Qué sabía él de aquella dama? ¿Se parecería a Oigimi? De todos modos, debía reconocer que no se sentía del todo desinteresado ante aquella posibilidad...

Incapaz de conciliar el sueño y harto de dar vueltas en la cama, se fue a la habitación de Azechi, una azafata joven de su madre que era su favorita, y pasó la noche con ella. ^[233] Nadie le hubiese reprochado que durmiera hasta bien entrado el día, pero se levantó a la hora de siempre. A Azechi le sintió mal la prisa, y se quejó con este poema:

—¡Atravesé el vado del río que el mundo
cruel había interpuesto entre ambos, y me
confié a ti sólo para ser rechazada
inmediatamente!

Kaoru le contestó:

—Visto desde las alturas, el río parece
poco profundo, pero lo es mucho, y sus aguas
abundantes fluyen sin cesar.

La respuesta del joven no borró la amargura del corazón de Azechi.

—Acompáñame a contemplar el cielo —dijo el joven a la muchacha, levantando una persiana—. ¿Cómo puedes seguir en cama como si no existiera? No quisiera parecer afectado, pero esta aurora que sigue a la larga noche nos hace reflexionar sobre este mundo y el que vendrá.

Dejándola confusa, el joven salió de la estancia. ^[234]

III

Aunque no se le podía llamar aficionado a las «palabras bonitas», Kaoru era un hombre sensible y de buen gusto, y no pocos creían detectar en él más calor humano del que se dignaba aparentar. Las mujeres que habían sido agraciadas con algún piropo o expresión afectuosa procedente de sus labios, se quedaban esperando algo más. No debe extrañar, pues, que la mansión de su madre, la princesa-monja, fuese muy requerida por los padres que buscaban colocación para sus hijas, y no pocas de ellas, de haber sido interrogadas, habrían podido contar historias francamente interesantes, aunque la mayoría tenía que conformarse con admirar a Kaoru «de lejos».

Cuando Niou vio a su esposa por vez primera a la luz del día, le gustó mucho. No muy alta pero perfectamente proporcionada, sus facciones merecían ser descritas como impecables y una cabellera espesa fluía como una cascada sobre sus hombros. Su rostro era noble y orgulloso, su piel casi transparente y sus ojos resistían pocas comparaciones. En conjunto, una belleza sin tacha. Lejos de mostrarse inmadura, a sus veinte-y-pocos había dejado atrás las maneras infantiles. Se hubiera dicho una flor en su apogeo, producto de unos cuidados y una educación de calidad, y resultaba perfectamente comprensible que su padre le hubiera consagrado tantos desvelos hasta olvidar algunas obligaciones. Claro que su atractivo no tenía nada que ver con el de Naka no Kimi, pues carecía de su misterio, su discreción, su fragilidad, su gracia etérea. No quiere decirse con ello que Roku no Kimi fuese petulante o aficionada a mandar, pero, cuando quería decir algo, lo decía sin circunloquios.

Sea como fuere, la nueva esposa del príncipe tenía muchas cualidades que la hacían digna de admiración, y, tras sus encantos físicos, se adivinaba una inteligencia y una cultura superiores. Formaban su cortejos treinta mujeres, entre azafatas y criadas, y seis niñas, todas ellas cuidadosamente elegidas por su hermosura y buena disposición. Cada una de ellas hubiese podido ser descrita como «una belleza», y sus atuendos eran del mejor gusto. Yugiri sabía muy bien que tenía un yerno muy exigente y cuidó de

todo hasta el detalle más nimio. Ni siquiera cuando su hija mayor, habida de Kumoi, se desposó con el heredero aparente se tomó tantas molestias.

A partir de entonces Niou no pudo pasar ya tanto tiempo en el palacio de Nijo como hubiese querido, pues a los príncipes de la sangre no se les permite hacer lo que les da gana a cualquier hora del día. Volvió a fijar su residencia en el ala sureste del palacio nuevo, donde había vivido de niño, y no podía, cuando llegaba la noche, pasar de largo ante la alcoba de su esposa, y marchar a la casa de Nijo. De manera que Naka no Kimi pasaba la vida esperando en vano. Aunque pensara que ello ocurriría fatalmente, nunca se está preparado para aceptar esta clase de cosas. No cesaba de preguntarse cómo es posible que el amor se acabe de un día para otro y se reprochaba haber actuado impremeditadamente. ¡Las personas sensatas no pierden de vista su propia insignificancia y se meten en el gran mundo a la primera invitación! Por fuerza tuvo que estar loca cuando se dejó traer de las montañas de Uji a la capital... Quería regresar a cualquier precio, para descansar y volver a ser ella misma, y estaba segura de que él no se opondría, si sabía explicarle que con ello no pretendía castigarle. Al fin se decidió a escribir una carta a Kaoru, en la que le decía:

«El abad me ha hablado de tu generosa contribución a la oficina del aniversario de la muerte de mi padre. Es triste pero cierto que, de entre todos sus amigos, sólo tú te acuerdes aún de él. Te lo agradezco muchísimo, y me gustaría poder darte las gracias personalmente.»

La carta había sido escrita en grueso papel Michinoku, y la falta de adornos en la caligrafía la hacía más emotiva aún. Traslucía la sinceridad de su agradecimiento por los servicios conmemorativos, que se habían celebrado sin solemnidades pero con toda propiedad y sin retórica ni exageraciones fuera de lugar. Hasta entonces todas sus cartas y notas se habían caracterizado por cierta reserva o rigidez, como si albergara dudas sobre el tono en que debía dirigirse a Kaoru. ¡Y ahora deseaba verlo! Era obvio que el voluble Niou empezaba a darle la espalda... Kaoru, con los ojos anegados en llanto, leía la carta una y otra vez...

Procuró que su respuesta tuviera el mismo tono directo y sin artificios de la carta de la joven. Decía así:

«Gracias por tu carta. Fui solo a Uji el otro día, discreto como un monje, pues creí que había razones para no informarte de ello. Me siento obligado a reprocharte tu uso del verbo «acordarse», pues parece implicar que el olvido hubiera sido posible. Pero habláramos de todo ello cuando nos veamos. Mientras tanto, cuenta con mi afecto más abnegado.»

La visitó la tarde siguiente. Con el corazón a punto de estallar, se vistió con más cuidado de lo habitual. El incienso con el que había impregnado sus ropas se mezclaba con el perfume que despedía su cuerpo y, junto con el del abanico, se fundían en un aroma de una extrema sutileza. Naka no Kimi no había olvidado aquella extraña noche que pasaron juntos. Testigo una vez más de su afecto, un afecto que, según le decía ahora la experiencia, no era moneda común entre los hombres, es muy posible que lamentara no haberse convertido en su esposa. Tenía la madurez suficiente para compararlo con el hombre que la había seducido, y había llegado a la conclusión de que lo superaba en todo. Hubiera sido muy triste enajenarse su cariño, de modo que lo hizo pasar a una antecámara, y se le dirigió desde su estancia a través de una cortina.

—Supongo que no era tu intención honrarme con una invitación especial —dijo Kaoru—, pero me encantó que me hicieras saber por primera vez tu deseo de verme. Te aseguro que hubiese venido inmediatamente, pero se me informó de que estabas con el príncipe, de modo que no he acudido hasta ahora. ¡Me has dejado atravesar las mamparas que te protegían en anteriores visitas! ¡Gran cosa es! Aunque creo que mi devoción se lo merecía...

Una vez más la joven no supo dar con las palabras adecuadas, y guardó silencio unos instantes hasta que, recuperada el habla, se hizo oír con voz temblorosa desde el otro lado del *kichó*:

—Soy tan taciturna que se diría que las palabras se hielan en mi boca. Me preguntaba cómo podría hacerte comprender mi gratitud por lo que hiciste el otro día y lo feliz que me sentí...

Seguía siendo demasiado tímida.

—Tu voz parece llegarme de muy lejos —dijo el joven—. Hay tantas cosas que quisiera decirte...

Naka no Kimi cedió y se acercó a la cortina. Kaoru, sintiéndose sobre ascuas al oír el crepitar de la seda a dos pasos de él, no perdió el control de sí mismo y se puso hablar con la mayor objetividad posible de la actitud de Niou, admitiendo que su conducta resultaba difícil de perdonar, y ofreció su apoyo y consuelo a la muchacha.

Tampoco ella quería quejarse demasiado, y habló poco dando a entender que no culpaba tanto al mundo de sus desdichas como al destino. Dejó entrever que deseaba regresar a Uji a pasar un tiempo y que quería que él la acompañase.

—¡Ay! No puedo prometerte nada —dijo el joven—. Tienes que preguntárselo a él, de un modo tan claro como puedas, y hacer lo que él desee. Pero, por encima de todo, procura no darle indicios que le hagan creer que eres frívola y poco de fiar. Una vez hayas aclarado la situación con Niou, no tendré reparos en acompañarte a donde quieras y devolverte a la capital. Me conoce lo suficiente para creerme incapaz de nada indecoroso.

Kaoru nunca dejaba de pensar que su vida era una cadena de «oportunidades perdidas». ¡Qué no hubiese dado por poder reescribir el pasado! Pero empezó a aludir como de pasada a sus sentimientos mientras oscurecía.

—Esta conversación me está agotando —dijo la dama, nerviosa, pensando que era hora de retirarse—. Tal vez cuando me encuentre algo mejor...

—No, no te vayas... —imploró él, procurando detenerla—. ¿Cuándo quieres que vayamos? El camino debe de estar en muy malas condiciones, y quisiera enviar unos cuantos hombres por delante para que lo arreglasen...

Ella volvió a acercarse a la cortina.

—Digamos que el día uno del mes que viene. El mes en que estamos toca ya a su fin. Pienso que podemos ir discretamente... ¿Te parece *realmente* necesario que le solicite permiso?

En aquel momento su voz suave y musical sonaba más que nunca como la de Oigimi. Súbitamente el joven se apoyó en el pilar junto al cual se encontraba y trató de agarrarle la manga. Naka no Kimi dio un paso atrás, y

fue a refugiarse al fondo de la estancia, pero Kaoru corrió tras ella como si fuese de la familia, y consiguió cogerle la manga.

—No me interpretes mal... Me pareció oírte decir que querías partir discretamente a Uji conmigo, y me sentí tan complacido que me lancé tras de ti para que me aseguraras que te había entendido bien. Eso es todo lo ocurrido, y no hay razón para que me rehuyas...

La dama hubiese preferido no contestar. Se sentía atosigada, pero al fin procuró serenarse y le dijo:

—¡A veces te comportas de un modo tan raro! ¿Qué se estará diciendo mi servidumbre?

Parecía a punto de echarse a llorar. Seguramente tenía razón, pensó Kaoru, y una vez más sintió lástima.

—¿He hecho algo de lo que deba sentirme culpable? Recuerda que, en cierta ocasión, estuvimos muy cerca uno del otro... No creo que merezca ser tratado como un criminal cuando me han ofrecido tu mano... Pero no temas. No haré nada que pueda molestarte ni dar pie a rumores desagradables...

Aunque no parecía dispuesto a soltarla, siguió hablándole de los reproches que no dejaba de hacerse. Pensar que había sido él quien la había entregado a otro hombre era un tortura perpetua, le repetía una y otra vez... Ella se sentía atrapada e indefensa, y pocas veces había experimentado un sentimiento tan vivo de angustia. Lloraba, ultrajada, con el agravante de que no se veía con ánimo de quitárselo de encima como a un impertinente, un grosero o un borracho.

—Te estás comportando como una niña, querida mía —le dijo él, apiadándose de sus frágiles encantos.

Debajo de aquel exterior aún tan juvenil, notaba una fuerza profunda y tranquila que le decía cuánto había madurado desde los días no tan lejanos de Uji. ¿Por qué había renunciado a ella de un modo tan irreflexivo? Pero lo cierto es que lo había hecho, y no podía ya eliminar aquel hecho de su vida por más que quisiera arrancarse los ojos a fuerza de llorar.

Había dos criadas en la estancia y, de haber sido Kaoru un extraño, se habrían puesto en guardia para defender a su ama de un ataque súbito del hombre, pero lo tenían por un viejo amigo de la casa, y aquella

conversación era absolutamente confidencial. Por lo tanto, prefirieron marcharse como si no se hubiesen enterado de nada, y pusieron las cosas más difíciles a Naka no Kimi. Kaoru pareció recuperar por un momento el control de sí mismo, y ella no se atrevió a echarlo. Lo cierto es que algo ocurrió entre ambos aquella noche (aunque seguramente no tanto como el joven hubiese deseado), sobre lo cual es mejor correr un velo.

Cuando Kaoru decidió partir, ya apuntaba la aurora, y, como temiera las habladurías (no tanto por su buena fama como por la de la dama), se paró a reflexionar. Ya había descubierto la verdadera causa de la indisposición de la joven, por más que ella hubiese tratado de ocultarle la faja de embarazada que llevaba. Kaoru se ahorró cualquier comentario que hubiese podido ofender su timidez. Sea como fuere, dadas las circunstancias, se mostró comedido, pues rendirse a los impulsos del momento le pareció la mejor manera de actuar en contra de sus anhelos más profundos. Tampoco le exigió que le prometiera volver a recibirlo en secreto, pues ello habría complicado enormemente la vida a ambos en el futuro próximo. Quizás lo mejor sería dejar de verse, pensó por un momento... ¡Pero pasar un solo instante lejos de ella era una tortura! Tenía que continuar viéndola, se decía, mientras su mente se llenaba de escenas imaginadas en que la poseía...

Naka no Kimi había adelgazado, pero seguía siendo tan bella como antes. Su rostro acompañó al joven desde que partió, ahuyentando cualquier otro pensamiento de su cabeza. Pensó en llevarla a Uji, tal como ella quería, pero no era fácil que Niou consintiera, y no parecía recomendable escapar en secreto. ¿Cómo satisfacer los deseos de la joven sin hacer nada indecoroso? He aquí el dilema que no le dejaba vivir.

A la mañana siguiente, le envió una carta protegida por un sobre. Decía:

«El cielo otoñal me recuerda días
pasados. En vano anduve por el sendero
empapado de rocío.»

«Intolerable y absurda me parece tu crueldad...»

La joven no quería contestarle, pero tampoco quería que sus criadas la tildasen de grosera, de modo que se limitó a escribir:

«He recibido tu carta, y, no sintiéndome bien, no puedo responderla.»

Poco consoló aquella frase a Kaoru, aún atormentado por lo ocurrido la noche anterior. La conducta del joven había disgustado a la muchacha porque no imaginaba lo que otro hombre menos remilgado hubiese podido hacer con ella, y, sin embargo, al marcharse lo despidió sin reproches ni violencias. Recordar todo aquello descomponía a Kaoru, y, por un momento, se sintió más solo en la tierra que nunca. Consciente de que Naka no Kimi había mejorado mucho desde los días de Uji, se decía que, si Niou llegaba a abandonarla, él se convertiría en su protector. De momento, aunque no pudieran encontrarse abiertamente, su corazón buscaría refugio en la ternura y la comprensión de ella. Muchos lo criticarán por contentarse con tan poco, pero así son a veces los corazones de hombres que pasan por profundos y de notable discernimiento. Nunca hubiese imaginado que otra mujer le causaría sufrimientos peores que Oigimi...

Sus sentimientos giraban como una peonza enloquecida. Al enterarse de que Niou había pasado una noche en la casa de Nijo, unos celos infernales le llevaron casi a odiar a Naka no Kimi y tomó la decisión, enseguida abandonada, de no querer saber nada más de la joven. Ocurrió lo siguiente: Niou, sintiéndose culpable ante la muchacha tras una larga ausencia, fue a visitarla sin anunciarse. En contra de lo esperado, Naka no Kimi decidió no dar muestras de resentimiento. Después de todo, había querido regresar a Uji y el único hombre que hubiese podido llevarla allí se había echado atrás. Cada día que pasaba, el mundo se estrechaba un poco más alrededor de ella. Debía aprender, si quería sobrevivir, a aceptar su destino y a acoger lo que viniera, fuera lo que fuese, con aparente alegría. Tan bien representó su nuevo papel, tan abierta y encantadora supo mostrarse, que el afecto de Niou aumentó lo indecible y no sabía cómo hacerse perdonar su larga ausencia.

Cada vez se notaba más el embarazo de la joven, y su estado y la faja que lo proclamaba excitaban sobremanera al príncipe, que nunca se había encontrado junto a una mujer en aquella situación. Si en el palacio de la Sexta Avenida reinaban la formalidad y el protocolo más estrictos, el ambiente relajada de Nijo le encantaba, y sus labios volvieron a derramar

votos y promesas de amor eterno... ¡Qué gran conversador!, se decía Naka no Kimi. Recordó la reciente visita de Kaoru: aunque tenía motivos para estarle agradecida, debía reconocer que había ido demasiado lejos. Por más que no podía creer a pies juntillas todas las promesas de Niou, se abandonó a él y se dejó querer porque a los torrentes no se les ponen puertas... Por otra parte, recordaba casi con asco las promesas de Kaoru de la noche anterior, pues ahora sólo veía en ellas una añagaza para aprovecharse de ella... Cuando le contaba que su relación con su hermana había sido «pura» hasta el final, Naka no Kimi siempre le había dado crédito y admirado, pero ahora empezaba a sospechar que tal vez aquella no fuera toda la verdad al haber descubierto que aquel joven, intachable en apariencia, tenía también su «lado oscuro». Al menos Niou no era un hipócrita. Si pensaba en las consecuencias de una separación prolongada del príncipe, se llenaba de terror. Pero nada exteriorizó de sus temores, y se mostró más cariñosa y juguetona que nunca, de modo que Niou perdió literalmente la cabeza por ella.

Súbitamente, en medio de sus juegos amorosos, el príncipe pareció perder todo su entusiasmo de galán apasionado. Su fino olfato acababa de detectar un aroma que impregnaba las ropas de la joven y que no era precisamente de los que usa la gente vulgar para perfumar sus atuendos. Niou, especialista en la materia, lo reconoció enseguida y preguntó:

—¿Qué significa *esa fragancia* inusual?

La joven no supo qué responder. No, no se engañaba, se dijo Niou. Algo había entre la muchacha y su amigo. Entonces su corazón se desbocó. Llevaba tiempo sospechando que los sentimientos de Kaoru iban mucho más allá de los de un «buen amigo». Aunque Naka no Kimi se había cambiado de ropa para recibirlo, el aroma seguía allí, impregnando su piel.

—Supongo que no pretenderás que crea que has estado «guardando las distancias» en mi ausencia... —dijo en un tono glacial que dejó helada a la pobre muchacha—. No te he dado razón alguna para que pusieras en duda la intensidad de mi cariño hacia ti. Tú has sido *la primera en olvidar...* También debo reprocharte tu mal gusto... Se diría que ignoras qué cabe esperar de personas *como yo*. Tal vez pienses que mi ausencia ha sido lo

suficientemente larga como para permitirte ciertas libertades... Me siento profundamente decepcionado, pues nunca te hubiese creído tan insensible...

La lista de reproches fue tan larga que carece de sentido transcribirlos, y el mutismo de ella no hacía sino alimentar su rencor. Remató su discurso con un poema sarcástico:

—Fue muy gentil de su parte impregnar
tu manga del aroma que hace enloquecer y se
mete en los huesos.

Aquello era demasiado, y la joven contestó:

—Mis ropas de toda la vida han sido
siempre fuente de consuelo. ¿Habré de
abandonarlas por algo tan trivial?

Aquella figurita frágil deshecha en llanto tocó el corazón del príncipe, pero no podía pasar por alto su parte de responsabilidad en lo ocurrido. Su agitación acabó traducándose también en llanto, pues Niou era muy proclive a las lágrimas. Por más grave que hubiese sido su falta, no podía abandonarla. Su gentileza natural impidió que el rencor se prolongara más de la cuenta, y pronto volvió a consolarla.

Abandonó Nijo a la mañana siguiente después de su *toilette* y habiendo desayunado ligeramente. Acostumbrado a los brocados de China y de Corea que adornaban los apartamentos del palacio nuevo, la casa de Nijo le pareció extremadamente digna y acogedora en su sencillez, aunque los atuendos del servicio dejaban mucho que desear. Naka no Kimi llevaba una túnica de seda de color púrpura y, encima, un *uchiki* rosa oscuro forrado de azul. Era un conjunto sin pretensiones, pero, vestida con él, la muchacha no tenía nada que envidiar a la dama que le esperaba en la Sexta Avenida, invariablemente envuelta en los más floridos atuendos. Niou admiraba por un igual la belleza recatada y la exultante, y no entendía cómo Naka no Kimi podía sentirse inferior a su rival, la hija del ministro. Aunque su carita no era tan redonda como antes, el hecho de que estuviera más delgada y pálida no había estropeado su hermosura. Antes de descubrir aquel aroma

que le hizo perder los estribos, solía decirse que ningún hombre, salvo un padre o un hermano, podría dejar de desearla tras haberla conocido.

Niou era perfectamente consciente de sus propias inclinaciones, y estaba siempre a punto de detectarlas en los demás. Cuando se encontraba solo en sus estancias, buscaba en cajas y armarios cartitas y notas comprometedoras, pero sólo encontró misivas de contenido intrascendente, aunque estaba seguro de que lo que perseguía tenía que existir en alguna parte. ¿Cómo era posible que se notara el aroma de Kaoru y no hubiese cartas de amor? Cuando Kaoru perdía la cabeza por alguien, la perdía del todo. ¿Lo habría rechazado la muchacha? Formaban una buena pareja y tenían muchos recuerdos en común. Poco a poco los celos fueron dominando a Niou. Triste y de mal humor, no salía de la casa de Nijo, aunque enviaba dos o tres cartas llenas de excusas al día a su esposa Roku no Kimi para consternación de las criadas, que no sabían qué podía contarle.

La presencia constante de Niou en Nijo desesperaba a Kaoru, que no cesaba de llamarse estúpido por cuanto había hecho hasta entonces. Había procurado por todos los medios que a la joven no le faltara una protección sólida: ¿de qué se quejaba, pues? ¿Qué derecho tenía ahora a sentirse celoso? Si tanto le preocupaba la suerte de Naka no Kimi, el hecho de que el príncipe no la hubiese postergado después de su boda con la hija del ministro tenía por fuerza que llenarlo de satisfacción. Recordando el mal estado del vestuario de las criadas de la joven, fue un día a ver a su madre y le dijo:

—¿Tienes ropas de mujer que hayas dejado de utilizar? Conozco una casa que no anda sobrada...

—Estamos esperando atuendos nuevos para los servicios del mes que viene —contestó la monja—, pero los tintoreros han estado muy ocupados últimamente. ¿Quieres que les ordene que se den prisa?

—No te preocupes. Dame lo que puedas. Cualquier cosa servirá...

Mandó inquirir qué tenían ya a punto las modistas, y se le contestó que podía contar con una amplia selección de vestuario femenino: piezas enteras de seda y damasco sin teñir y algunos *uchikis* muy aceptables.

Rebuscando en sus baúles encontró para la princesa una túnica encarnada muy hermosa y numerosas prendas de damasco blanco. Aunque no halló calzas de mujer, sí dio con un cordón, que anudó, y sujetando a él un poema, lo añadió al lote. Los versos decían:

«No voy a pasar el resto de mi vida
víctima del resentimiento por culpa del
cordón que te ha atado a otro.»

Lo hizo envolver todo y lo envió a Tayu, una criada vieja con la que tenía buena amistad, junto con una nota que decía:

«Ahí van unas cuantas prendas que he hallado rebuscando en el fondo de mis baúles. Te las envío para que las repartas y según te dicte tu discreción.»

Las prendas destinadas a Naka no Kimi habían sido envueltas con un cuidado especial. Tayu estaba acostumbrada a esas atenciones, y no dio demasiadas explicaciones a la princesa ni intentó corresponder con otros regalos. Sin darle muchas vueltas, repartió los regalos entre la servidumbre, y las que recibieron telas se pusieron de inmediato a coserse túnicas y *uchikis*. Las piezas en mejor estado fueron a parar a las criadas más jóvenes que pasaban el día junto a su ama, y las mujeres que atendían a la cocina y a la limpieza se hicieron con las prendas blancas sin forrar. ¿Quién sino Kaoru podía ser el generoso dispensador de todos aquellos obsequios que tanto necesitaban, pues las menos afortunadas iban ya vestidas de harapos? Niou tenía buen corazón y no las hubiese dejado nunca morir de hambre, pero no era hombre de detalles ni le importaba especialmente el aspecto de la casa ni de quienes en ella vivían.

Sintiéndose el «niño bonito y mimado» del mundo entero, el príncipe vivía al margen del dolor y de las frustraciones ajenas. La palabra «frío» sólo evocaba en él el frescor del rocío de la mañana, y «vida» un desfile continuo de estilo y elegancia. De todos modos, había que reconocer que era considerado con las personas que creía amar, y procuraba tenerlas contentas mientras las estaciones del año se iban sucediendo unas a otras. A veces Naka no Kimi se avergonzaba de lo inadecuado de su servidumbre, y

pensaba que la casa en que vivía, tan distinta de la de Uji, no hacía sino subrayar más aún sus deficiencias. Y no había que olvidar a Roku no Kimi y su «ambiente», cuyo lujo y opulencia eran el tema favorito de las conversaciones cortesanas.

Incluso la servidumbre del palacio nuevo consideraba la casa de Nijo poco más que una pocilga. Kaoru se daba cuenta de ello, y, aunque se avergonzaba de haberse limitado a enviarles unas ropas que, en otras circunstancias, no hubiese dado ni a un mendigo, no tenía más remedio que representar el papel que la vida le había impuesto. ¿Qué habría dicho la gente (y, muy en especial, Niou) de haber enviado *él* a Naka no Kimi telas y atuendos espléndidos, salidos de los talleres de los mejores tejedores y sastres del país? Para completar su contribución a las necesidades de la casa de Nijo, apañó otro lote de ropas de segunda mano pero en bastante buen estado, e incluso hizo coser un atuendo nuevo de damasco para la princesa. También él había sido en tiempos un «niño mimado», y sus maneras se consideraban tan refinadas que algunos lo tildaban de arrogante e insensible, mientras que otros, comentando la exquisitez de sus gustos, lo definían como el «perfecto esnob». Pero su paso por la casa del príncipe Hachi en las montañas, y la soledad y la melancolía que allí descubrió, lo transformaron por completo. Allí aprendió lo que significaban las lágrimas de la gente humilde. ¡Y todo lo debía al padre de Naka no Kimi!

IV

Por más que Kaoru procuraba comportarse de modo que no complicara más aún la vida a la joven, no cesaba de pensar en ella. Sus cartas contenían más detalles que antes, y, leídas entre líneas, sugerían que los sentimientos del autor no se hallaban del todo controlados. Naka no Kimi las leía, y con cada una de ellas aumentaba su desazón. De haberse tratado de un extraño, se lo habría quitado de delante como a un loco y enviado al infierno a falta de un lugar mejor, pero durante años había sido su principal sostén, y, si rompía definitivamente y de un día para otro con él, la gente se haría preguntas. Siempre se había mostrado muy cariñoso, y se lo agradecía, pero no quería darle a entender que perdonaba su conducta. Las mujeres jóvenes que tenía a su alrededor sabían muy poco de lo que había pasado en Uji, y las que lo recordaban eran ancianas. Sola, sin nadie a quien confiar sus cuitas, echaba de menos más que nunca a su hermana. Por otra parte, de haber vivido Oigimi, Kaoru no se hubiera lanzado sobre ella como lo había hecho. A medida que pasaban los días, la princesa llegó a temer más las consecuencias imprevisibles de la pasión de Kaoru que el hecho de que algún día Niou se hartara de ella.

Una atardecer, incapaz de permanecer más tiempo sin verla, el consejero se presentó en su casa. La joven le hizo colocar un cojín en la terraza, y le mandó decir que no se encontraba bien y no podía recibirlo. Aunque se sentía a punto de romper a llorar, Kaoru se había prometido controlarse delante de la servidumbre.

—Cuando no te encuentras bien —le hizo decir—, invitas a sacerdotes y chamanes para que estén a tu lado. ¿Por qué no me tratas como a un médico más? Si tenemos que hablarnos a través de mensajeros, no tiene sentido que venga.

Lo dijo en un tono que quería parecer jocoso, pero su decepción desconcertó a la servidumbre de la princesa, que, habiendo visto unas cuantas noches atrás como era admitido detrás de las cortinas, no entendían que ahora se le tratase de forma tan desdeñosa. Sin esperar órdenes, bajaron las persianas que separaban la alcoba de la estancia principal, y acompañaron a Kaoru al asiento de la alcoba en que se acomodaba el monje encargado de las guardias nocturnas. Naka no Kimi se sentía

profundamente angustiada, pero no quería romper las hostilidades abiertamente. Procurando no hacer ruido ni mostrar entusiasmo alguno, se acercó un poco a la persiana, y las pocas palabras que pronunció llegaron a él en un tono tan débil que le recordaron las de la enferma Oigimi. La luz se ensombreció ante los ojos del joven, y sólo era capaz de balbucear frases cortas e inconexas. El mutismo de la dama rayaba en lo intolerable. Finalmente, Kaoru apartó la persiana y se acercó a la cortina, dispuesto a apartarla también. Poseída por el pánico, Naka no Kimi llamó a una criada:

—¡Casi no puedo respirar! ¿Por qué no me das un poco de masaje?

—Eso sólo sirve para empeorar las cosas —dijo el joven, y retrocedió, dejando caer la cortina y la persiana—. ¿Por qué sigues encontrándote mal? He hablado con muchas embarazadas, y todas coinciden en que en los primeros tiempos duele mucho, pero luego el sufrimiento remite... ¿No estarás exagerando un poco?

—*A veces* me siento mal —contestó ella, notablemente azorada por tener que hablar de su estado—. También le ocurría a mi hermana. Algunos dicen que es una señal de corta vida...

Sí, tiene razón, pensó él, apiadándose de la muchacha: a nadie le es dado vivir *los mil años del pino*. Y, haciendo caso omiso de la presencia de la criada encargada del masaje, empezó a contarle cómo habían ido evolucionando sus sentimientos a lo largo de los años. Eligió sus palabras con sumo cuidado para no decir nada que pudiese resultar comprometido o chocar a los oídos de una extraña, y la «masajista» lo catalogó enseguida como un hombre dotado de una sensibilidad admirable. Sin quitarse a Oigimi de la cabeza, explicó:

—Desde mis años mozos decidí dar la espalda al mundo y me hice el firme propósito de acabar soltero mis días, pero parece que el destino tenía otros planes para mí. Muchos hubiesen definido a tu hermana como un témpano de hielo, pero algo en ella me llamó poderosamente la atención, y mi resolución empezó a tambalearse. Admito que, cuando hubo muerto, empecé a buscar algún consuelo a mi desesperación. Me interesé por algunas mujeres e incluso mantuve relaciones con más de una, pero sólo pretendía dejar de pensar en ella. No conseguí nada. Ninguna fue capaz de

suplantarla en mi corazón. A veces (soy sólo un ser humano) he estado a punto de perder el control, pero lamentaría mucho que llegaras a poner en duda mis auténticas razones. Tendrías todo el derecho del mundo a sentirte ofendida si detectaras en mi conducta actos impropios dirigidos contra tu persona... Permite sólo que te siga visitando en el futuro... ¿Quién puede poner objeciones a que hablemos de trivialidades de vez en cuando? No debes sentirte en peligro cuando estás en mi compañía... No soy como los demás, te lo aseguro, te juro que no lo soy...

—Confío en ti —repuso ella—. Mal me conoces si piensas que te admitiría en mi casa si desconfiara. Por otra parte, siempre te has mostrado muy afectuoso, y es precisamente porque me consta que puedo contar contigo que te he pedido algún favor.

—¿Favores? No recuerdo ninguno que merezca ser mencionado —replicó él—. ¿No te estarás refiriendo a tu plan de regresar a las montañas? Si es así, me has leído el pensamiento, y sólo puedo decirte que estoy encantado y me tienes a tu disposición.

Iba a lanzarse a un nuevo discurso, pero se dio cuenta de que estaban rodeados de sirvientas de Naka no Kimi, y no quiso que oyeran más de lo que ya habían oído. Poco a poco había ido oscureciendo, y la sombra de la colinita del jardín manchaba de negro sus alrededores. El joven seguía sentado, apoyándose en un reclinatorio, y la muchacha no sabía cómo lograr que se fuese.

—Si al menos tuviese algún recuerdo de ella —se quejó Kaoru—. Si dispusiera de algún sitio tranquilo en que llorarla en silencio... Cerca del monasterio de Uji, por ejemplo. No, no necesito un monasterio entero: me bastaría con un rinconcito en que poder poner una retrato o una escultura tuyas, para ir a llevarle ofrendas...

—¡Una idea maravillosa! —dijo la dama—. Pero no puedo evitar asociar la confección de imágenes con el deseo de olvidar más que con el de perpetuar la memoria de alguien. ^[235] ¡Y si me pongo a imaginar qué retrato podría hacernos un pintor, me echo a temblar! Todo depende, claro está, del precio...

—Tienes razón —dijo él—. Estoy seguro de que no hay pintor ni escultor en el mundo capaz de ejecutar lo que yo quisiera... Necesitaríamos un auténtico mago. Tengo entendido que cierto artista labró una escultura tan hermosa que empezaron a llover flores del cielo...

Naka no Kimi lo compadeció, convencida al fin de que el problema de Kaoru era su incapacidad de olvidar, y se acercó algo más.

—Esta historia me recuerda algo que he oído contar —dijo, animada.

—¿De qué se trata? —dijo él, y, apartando la cortina, volvió a cogerle la mano.

Aunque ello disgustó profundamente a la joven, prefirió callar y tratar de tranquilizarlo con palabras razonables, aunque tenía una criada sentada a su lado.

—Este verano —prosiguió, intentando controlarse— recibí una carta de cierta dama de la que no había oído hablar durante años. Explicaba que acababa de regresar de una provincia y deseaba verme. Aunque tengo algún parentesco con ella, no existía razón alguna para que se me presentara de ese modo y procuré no mostrar ningún entusiasmo ante la idea de su visita. Pero ella insistió en venir, y, para mi sorpresa, su parecido con Oigimi me asombró. Enseguida nos hicimos amigas. Tú me has dicho muchas veces que me parezco a mi hermana mayor, pero mis criadas lo niegan y dicen que no cabe imaginar dos mujeres más distintas. En cambio esta muchacha, con la que me une un vínculo mucho más lejano, es, a mi juicio, su viva imagen. ¡Nunca he visto un parecido mayor en mi vida!

Lo que estaba escuchando parecía un sueño.

—Algún vínculo especialmente fuerte la ha traído hasta ti —dijo Kaoru, súbitamente interesado—. Es una historia sorprendente. ¿Por qué no me la contaste antes?

—Hasta hace muy poco —contestó ella— desconocía qué razones podían haber impulsado a esa gente (la muchacha tiene una madre) a entrar en tratos conmigo. Te aseguro que detesto hablar del asunto... Mi padre temía que acabáramos reducidas a la mendicidad, y ahora empiezo a entender las razones de su miedo. Y, cuando menos lo esperaba, he aquí que

esa triste historia medio olvidada reaparece... Tiemblo al pensar el daño que puede hacer a su memoria si el mundo llega a enterarse de ella.

Por lo que pudo colegir de las palabras de la joven, Kaoru dedujo que se trataba de una hija ilegítima del príncipe Hachi que «había salido de las tinieblas» cuando menos se esperaba. La historia le habría interesado poco, de no haber sido por la referencia que Naka no Kimi acababa de hacer al parecido de su media hermana con la difunta Oigimi.

—Has dicho lo suficiente para interesarme —le dijo—. Supongo que no piensas dejar las cosas aquí.

La joven no tenía ganas de añadir detalles a su revelación.

—Tal vez te apetezca visitarla... —le dijo—. Conozco poco del asunto, pero puedo decirte dónde encontrarla. Por otra parte, si te cuento demasiado, tal vez el asunto pierda todo su interés.

—Sabes muy bien —replicó él— que si se tratara de buscar a Oigimi, aunque sólo fuera para pasar un breve instante con ella, recorrería el mundo entero y me lanzaría sin dudarlo a las profundidades del mar... La búsqueda de esa otra dama no es exactamente lo mismo, pero, como estoy seguro de que incluso un retrato pintado de tu hermana podría servirme de consuelo, ¿por qué no probar con esa muchacha y convencerla de que se vaya a hacer las veces de una imagen en el monasterio de las montañas? Dime, por favor, cuanto sepas, y del modo más claro posible.

—No —respondió Naka no Kimi con firmeza—. Mi padre no la reconoció nunca como hija suya, y seguramente jamás debí contarte lo que te he contado. Lo hice sólo porque me dabas mucha pena cuando clamabas por un escultor «milagroso»... La doncella en cuestión vivía en provincias hasta que su madre pensó que era una lástima mantenerla oculta, y, haciendo acopio de coraje, me escribió... No fui capaz de hacer oídos sordos a la carta, y la joven vino un día a visitarme. No tuve mucho tiempo para examinarla con detalle, pero me pareció menos pueblerina de lo que había temido. Su madre se consideraría afortunadísima si tú te ocuparas de la joven, y si le propones entronizarla como una diosa viviente sobre el altar de un monasterio, estoy segura de que aceptará... ¿Pero estás dispuesto a llevar las cosas tan lejos?

¿Se estaría burlando de él?, se preguntaba Kaoru. ¿Debía leer, tras la aparente inocencia con que le estaba contando la historia de aquel curioso «descubrimiento», un mero truco para librarse de sus atenciones que, a lo que parecía, no la complacían en absoluto? Sea como fuere, la anécdota que acababa de oír le interesaba. Era evidente que Naka no Kimi consideraba intolerable su presencia en la casa, aunque no se atrevía a echarlo por razones de ambos conocidas. Ya era muy tarde y la joven se preguntaba qué estarían pensando sus mujeres. Aprovechando la confusión en que su historia había sumido a Kaoru, se retiró al fondo de la casa. Tenía derecho a hacerlo, aunque con ello no logró evitar que él se deshicieran en lágrimas de dolor y resentimiento. La presencia de las criadas no hizo sino incrementar su agitación... Si recurría una vez más a la fuerza para poseerla, la haría profundamente desgraciada, y él no se sentiría mucho mejor. Prefirió partir, aunque lo hizo suspirando como siempre.

De un modo u otro, se dijo al llegar a su casa, tenía que desligarse del dilema que lo mantenía prisionero y no le dejaba vivir. Sin saber cómo, empezó a fantasear sobre aquella muchacha cuya existencia acababa de conocer... ¿Habría algún modo de acercarse a ella sin poner en peligro la buena fama del difunto príncipe Hachi? Tenía tan poco experiencia en esa clase de aventuras que ignoraba los riesgos que hay que asumir al embarcarse en ellas, y pasó la noche trazando planes para lograr su propósito de manera que ello no acarreará consecuencias desagradables para Naka no Kimi. ¿Y si resultaba que la «desconocida» no respondía a sus expectativas o no se parecía en absoluto a Oigimi? Sea como fuere, tenía curiosidad por verla, y, siendo la madre de la muchacha (si había de creer a Naka no Kimi) una mujer de rango muy poco elevado, no le pondría grandes dificultades. ¿Pero qué haría luego, si la joven le decepcionaba? Después de todo, quizás resultara preferible no ir a verla y tratar de buscar consuelo en otras que tenía más cerca...

V

Hacía tiempo que Kaoru no pisaba Uji. Al fin le pudo la nostalgia, y a fines del noveno mes partió hacia allí. Con techos y paredes a merced de los vientos, la vieja casa sólo contaba con la compañía del río. No se veía a nadie, y el ánimo del visitante se entristeció ante tanta desolación. Preguntó por Ben no Kimi, y fue recibido por la anciana, ahora monja, que se dirigió a él desde detrás de la cortina azul oscuro que protegía su alcoba.

—Tu visita me hace un gran honor —le dijo—. ¡Ya lo ves! Aquí me tienes, mucho más fea y vieja que cuando nos dejaste. Me avergüenzo de mi propia cara y prefiero que no me veas...

—¡Puedo imaginar cuan triste ha sido tu vida! —contestó el joven, al borde del llanto—. Pero he venido porque sólo tú puedes entender ciertas cosas de las que quiero hablar... ¡Qué deprisa pasa el tiempo!

La mujer lloró también.

—Estamos en la estación del año en que mi señora sufría tanto... No hay ninguna estación del año especialmente adecuada para no llorar, pero es en otoño cuando vivir duele más... Y me han llegado rumores de que Naka no Kimi ha acabado tal como su hermana mayor temía que podía acabar... Es decir, que sus relaciones con el príncipe distan mucho de ser plácidas...

—Tampoco andan tan mal las cosas... —dijo Kaoru, tratando de tranquilizarla—, y confío que todo se arreglará al final, sobre todo si tú haces por seguir viviendo. En cuanto a la conducta del príncipe, no tiene nada de sorprendente: es tal como todos esperábamos. Cierto que ha tomado hace poco otra esposa, pero no hay razón para que tu señora se alarme. Soy yo quien tiene más motivos para lamentarme. Sé que llegará el día en que yo también desapareceré de este mundo.

»El rocío cae más tarde o más temprano.
Pero el hecho de saberlo, no hace la espera
más fácil

Hizo llamar al abad y le dio instrucciones para nuevos servicios fúnebres.

—Mis visitas a este lugar no constituyen precisamente un bálsamo para mis heridas —le confesó—. ¿De qué sirve llorar, después de todo? Pienso que deberíamos trasladar esta casa junto a tu monasterio, ^[236] y hacer de ambos un único santuario en memoria del príncipe y de su hija. Tarde o temprano vamos a necesitarlo, y, cuanto antes lo hagamos, mejor.

Para ilustrar su idea, tomó papel y empezó a trazar planos y proyectos para aquel santuario familiar que tenía *in mente*.

—¡Una empresa admirable! —comentó el religioso.

—A muchos les parecerá cruel cambiar de sitio una casa que aún conserva entre sus paredes tantos recuerdos del que fuera su dueño, pero nos guían motivos piadosos que sin duda él hubiera aprobado. Siempre se reprochó que, por culpa de sus hijas, no fue capaz de llegar hasta el final... Este terreno pasará a manos del príncipe Niou, debido a su unión con Naka no Kimi, y no parece probable que lo dedique a fines religiosos... Además, está demasiado cerca del río y muy desprotegido.

—¡Un plan excelente! —dijo el abad—. Había un hombre que perdió a sus hijos, y, enloquecido por el dolor, se lanzó a la vida errante llevando siempre sus restos en un pañuelo atado alrededor de su cuello... Al fin, gracias a la intervención del Iluminado, los tiró y pudo entrar en el reino de la luz... Te ocurre algo parecido: esta casa pesa sobre tu alma y resulta funesta para tu tranquilidad de espíritu porque se interpone en el camino de tu salvación. En cambio, un santuario sería fuente de vida y de gracia... Pongamos manos a la obra. Todo se reduce a elegir, con la ayuda de un buen adivino, un día propicio y encontrar dos o tres carpinteros que conozcan su oficio... En cuestiones de detalle, basta con seguir las instrucciones que dejó dictadas el propio Iluminado.

Kaoru dio las órdenes oportunas, llamó algunos hombres de su granja y los puso a disposición del abad. Con todo este trajín se hizo de noche, y el joven decidió pasarla allí. Sabiendo que aquella iba a ser su última visita, vagaba de un lado a otro sin hallar reposo en parte alguna. Las imágenes ya había sido trasladadas al monasterio, y sólo quedaban algunos enseres

rituales que Ben no Kimi se había reservado para su uso particular. ¿Qué iba a ser ahora de aquella pobre mujer, si desaparecía el techo que la cobijaba?

—Procuraremos reconstruir la casa deprisa —le dijo para tranquilizarla —, y, mientras las obras están en curso, podrías habilitarte esta galería para vivir a tus anchas... Si quieres enviar algo a Naka no Kimi, mis hombres se lo llevarán...

Kaoru y la anciana, sentados muy juntos bajo el cielo nocturno y cuchicheando como un par de amantes, formaban una extraña pareja. El joven aprovechó la ocasión para tirarle de la lengua en relación con la historia de su padre. [237]

—Me parece estar viéndolo aún en su lecho de muerte —le contó ella —. ¡Deseaba tanto llegar a conocer a su hijo! Y ahora, después de tantos años, me siento recompensada por haberlo acompañado hasta que le llegó la hora. En lo tocante a mi estado de ánimo, estoy triste y alegre a la vez, y no poco avergonzada por haber vivido todos esos años y haber sido testigo de historias tan dolorosas... Naka no Kimi me escribe de vez en cuando, pidiéndome que la visite en la capital... Me pregunta si he hecho votos de encerrarme aquí para siempre y no volver a verla hasta olvidarla por completo. Pero no quiero que me vea en mi estado actual. Sólo ante el señor Amida me descubriré...

También habló largamente de Oigimi y, muy en especial, de su carácter y conducta, repitiendo observaciones que la dama había proferido en tal o cual ocasión, y recitando algún poema suyo improvisado ante los cerezos en flor o unas hojas otoñales. La mujer se expresaba bien todavía, aunque la voz le fallaba de vez en cuando. La muerta había sido siempre un poco infantil, aunque siempre mostrara una sensibilidad insuperable. Kaoru se emocionó profundamente y volvió a compararla con su hermana Naka no Kimi. La más joven era indudablemente la más alegre y moderna de ambas, aunque podía mostrarse muy desagradable cuando era objeto de atenciones que desdeñaba. Con todo, si procedían de él, procuraba apartarlo sin faltar a las normas elementales de la buena educación. Sin darse cuenta, mencionó

a la muchacha que, si había que dar crédito a la joven, tanto se parecía a Oigimi.

—Ignoro si está en la ciudad o no —respondió Ben no Kimi—. Sólo me han llegado rumores... Parece que ocurrió antes de que el príncipe viniera a vivir a estas montañas, aunque después de que enviudara... Entre sus azafatas había una tal Chujo, una mujer de familia pasable y talante afectuoso. Poco duraron las atenciones del príncipe Hachi, pero le dio una hija. Aunque no tenía razones para dudar de su paternidad, el hombre se puso furioso. No queriendo ser molestado, exigió que no volvieran a verlo. Y, sin embargo, se dice que, torturado por los remordimientos, se empeñó a ser un auténtico «santo» en los últimos años de su vida. Para entonces la mujer había abandonado ya su servicio y, poco tiempo después, casó con el gobernador de Michinoku y lo acompañó a su provincia.

«Algunos años más tarde regresó a la capital e hizo saber a mi amo que la niña se encontraba en perfecto estado de salud. El príncipe le contestó con brusquedad extrema que no quería saber nada de ellas, y la pobre madre volvió a desaparecer, con el corazón destrozado por el futuro que, según era de prever, aguardaba a su hija. Volví a perder su rastro durante años, justamente los que pasó en Hitachi, donde su marido era vicegobernador. Parece que la pasada primavera acudió a mi señora. La muchacha debe de tener hoy alrededor de veinte años, ^[238] y recuerdo que, hace ya bastante tiempo, recibí una carta de la madre en la que me ponderaba su hermosura y me decía que se estaba echando a perder en provincias.

Lo que acababa de escuchar fascinó a Kaoru, y le hizo pensar que Naka no Kimi no le había engañado.

—Me he pasado años repitiendo que iría hasta el fin del mundo para contemplar a alguien que se pareciera sólo un poco a la dama muerta —proclamó el joven—. Es posible que el príncipe no la considerara hija suya, pero, a juzgar por lo que cuentas, resulta difícil negar que lo sea. Estoy seguro de que algún día vendrá a verte: en cuanto lo haga, repítele lo que te he dicho, aunque evita darle demasiada importancia.

—Su madre, Chujo, era sobrina de la de las princesas, pero como trabajábamos para familias distintas, nunca tuvimos mucho trato. He

recibido una carta de Tayu (recordarás que está en la capital con mi señora), en la que me dice que la muchacha quiere orar ante la tumba de su padre. Sorprende que no se haya dirigido a mí... Sea como fuere, en cuanto anuncie su llegada, te lo haré saber.

Antes de partir de Uji Kaoru hizo llevar al abad piezas de seda y de algodón que había traído de la capital especialmente para él. También obsequió generosamente a Ben no Kimi, a sus compañeras y a los sacerdotes. Aunque era una casa medio abandonada, gracias a aquellos regalos la anciana monja pudo seguir habitándola y entregarse a sus devociones con más fervor que antes. La crueldad de los vientos había desnudado los árboles, y las hojas arrancadas cubrían los senderos. Kaoru odiaba partir (¿sería aquélla su última visita?), y observaba cuanto tenía alrededor con profunda melancolía. La hiedra que se encaramaba por los árboles conservaba aún los colores del otoño. Cortó un poquito, convencido de que agradaría a Naka no Kimi, y recitó:

—Recuerdos de noches pasadas bajo la hiedra ^[239] traen consuelo al sueño del caminante solitario.

Y Ben no Kimi respondió:

—Triste debe de ser el recuerdo de noches pasadas bajo este árbol podrido que la hiedra recubre...

Aunque no era realmente un poema a la moda, no dejaba de tener su encanto, y lo consoló un poco.

En cuanto llegó a la capital, envió la hiedra a la casa de Nijo. Quiso el azar que Niou se hallara presente cuando hizo su entrada el mensajero con el obsequio, y, para aumentar la desazón de la joven, llegó con un mensaje que decía «Del palacio del sur» ^[240] Naka no Kimi, temiendo que volvieran a comenzar las escenas de celos, hubiese querido ocultar el regalo, pero el príncipe ya se había dado cuenta, y dijo en tono abiertamente irónico:

—¡Qué curioso!

El joven se adelantó a coger la hiedra y la nota que la acompañaba, que decía:

«¿Te has encontrado mejor últimamente? Fui a visitar tu casa de las montañas y me perdí entre las brumas... Ya te lo contaré cuando nos veamos. El abad y yo estuvimos considerando la posibilidad de reconstruir la casa junto a su monasterio como monumento dedicado a la memoria de tu padre y de tu hermana. En cuanto me des tu aprobación, daré las órdenes oportunas para el traslado. ¿Qué quieres que hagamos con Ben no Kimi?»

—¡Que carta más fría y distante! Se diría que ha adivinado que yo estaría aquí...

Algo había de cierto en la observación del príncipe, pero Naka no Kimi, encantada de que la carta fuera tan inocua, se encontró súbitamente condenada por aquella inocuidad. El príncipe estaba visiblemente irritado, pero le dijo con la mejor de sus sonrisas:

—Escríbele una respuesta. No miraré.

Y se dio la vuelta. La dama tomó el pincel, y pergeñó la siguiente contestación:

«Te envidio porque puedes ir a las montañas cuando te apetece. La idea de convertir la casa de Uji en un santuario sólo puede merecer mi aprobación. Tarde o temprano necesitaré un lugar de este tipo para retirarme, y prefiero regresar allí a andar dando tumbos por el mundo a la búsqueda de otra gruta entre rocas. Puedes reconstruirla como tú quieras: seguro que me encantará.»

En cuanto mostró la carta a Niou (al fin y al cabo, sólo dejaba entrever una amistad fraternal completamente inofensiva), éste pareció calmarse. Pero no cesaron con ello sus sospechas. Seguía convencido de que algo se le estaba ocultando. Al pie de la galería, en el jardín otoñal, la hierba alta, húmeda de rocío y mecida por el viento, se inclinaba de un modo que parecía estar invitando a alguien a acercarse a la casa. Improvisó:

—Algo oculta la falaz hierba del otoño.
Cubierta de rocío, se inclina, como si invitara
a alguien.

Niou llevaba un *uchiki* desabrochado sobre una túnica. Tomó un laúd, lo afinó en la tonalidad de *ojiki* y se puso a tocar. Fue una interpretación tan perfecta que Naka no Kimi, que entendía no poco de música, no pudo continuar enfadada. Apoyada en un reclinatorio, observaba tímidamente al músico desde detrás de una cortina baja. Improvisó a su vez:

—¡Cuan débilmente la brisa acaricia la hierba! Todo proclama que el fin del otoño se acerca.

»Y yo estoy sola...

Incapaz de contener las lágrimas, la joven ocultó el rostro detrás de un abanico. Era un encanto, y el príncipe la compadecía, pero era precisamente el cúmulo de gracias que admiraba en ella la razón principal de su perpetua inquietud: ¿cómo era posible que los demás hombres no se derritieran ante ella? He aquí porque volvieron las dudas y el resentimiento. Los crisantemos no habían adquirido aún la última tonalidad que les caracteriza antes de secarse por completo, pues, cuanto mayor cuidado se ha puesto en su cultivo, más tardan en mudar de color. Pero una flor, anticipándose a las demás, se había revestido ya de este color postrero, el más hermoso de todos, y el príncipe la había traído consigo.

—*Entre las flores no es el crisantemo mi única favorita...* —murmuró él, citando un poema chino—. Una noche, hace mucho tiempo, un príncipe de China estaba admirando flores como ésta, y un espíritu acudió volando por los aires y le enseñó una melodía para laúd. ¡Esas cosas ya no ocurren!

—Tal vez nos falte la imaginación que ellos tenían —respondió ella, acercándole el instrumento que él había apartado de sí—, pero contamos con repertorio suficiente para seguir tocando durante siglos...

—No me gusta tocar solo —dijo Niou, y ordenó que trajeran un koto para ella.

Pero Naka no Kimi se resistía a tocarlo:

—Hace mucho tiempo recibí algunas lecciones, pero me temo que no puse suficiente atención...

—Eres una mujer difícil —la riñó—, incluso en las cosas banales... La dama que me espera en el palacio de la Sexta Avenida me conoce desde hace mucho menos tiempo, pero no se avergüenza de mostrarme sus limitaciones. Dudo que nuestro buen amigo Kaoru, a cuyas opiniones tanto valor parece otorgar, aprobara tu actitud. Siempre repite que las mujeres tienen que ser dóciles y directas en su trato con los hombres... Aunque quizás te muestres más abierta y franca cuando estás con él...

No había sido capaz de callárselo. Naka no Kimi suspiró y se puso a tocar una melodía, tras afinar el koto en la tonalidad de *banjiki*. Bastó que tocara un par de notas al comprobar la afinación para demostrar que lo hacía muy bien. Niou cantó «El mar de Ise» luciendo una bonita voz, y las mujeres de la joven se acercaron a la cortina deshaciéndose en sonrisas.

—Sería maravilloso —se decían— que se contentara con una sola mujer, pero los caballeros son como son y hay que aceptarlo. Con todo, debe reconocerse que el ama ha tenido suerte. ¿Cómo va a regresar a aquellas montañas *horribles*? ¡Qué idea más absurda!

El príncipe pasó unos cuantos días en la casa de Nijo, entregado a la música y a otras diversiones. Hizo decir a los habitantes del palacio de la Sexta Avenida que estaba contaminado por una muerte, y se imponía un período de abstinencia, pero Roku no Kimi no dio crédito a su excusa. Un día Yugiri, de regreso de la corte, se detuvo en la casa de Nijo para visitar a su yerno. Niou, de mal humor pues detestaba que lo espieran, salió a la sala principal a recibirlo:

—¡Cuántos recuerdos despierta en mí este lugar! —dijo el ministro—. Debería acudir más a menudo... Pero me faltan *buenas excusas* para hacerlo...

Yugiri habló largo y tendido sobre los «viejos tiempos», y, cuando se cansó de hablar, se fue a su palacio llevándose a Niou consigo. Los acompañaba un cortejo de hijos de Yugiri y de cortesanos, que, por su apostura y elegancia, encandilaron a las mujeres.

—¡Qué caballero más guapo! —dijo una de ellas—. ¡Y tiene un batallón de hijos, a cuál más apuesto! Pero el ministro sigue siendo el más guapo de todos...

Otras, en cambio, no parecían tan convencidas y murmuraban:

—No resulta de buen gusto hacer un espectáculo de lo que no pasa de ser una visita familiar...

—Así es. Nuestra pobre señora tiene ya suficientes problemas...

Sea como fuere, había que reconocer que la rival de Naka no Kimi contaba con un ejército formidable dispuesto a velar por sus intereses hasta el final.

Naka no Kimi tenía su propio punto de vista: todo lo vivido a lo largo de los últimos años le había hecho ver que nunca sería capaz de integrarse en la «alta sociedad». Era una personilla insignificante, y el mundo nunca la tomaría por nada mejor. Su lugar seguía estando en Uji, entre las montañas. Y el año concluyó como tantos otros.

VI

A fines del primer mes del año nuevo Naka no Kimi empezó a encontrarse muy mal, y Niou, que no estaba acostumbrado a situaciones de aquel tipo, vivía profundamente angustiado. Para conjurar los malos espíritus mandó celebrar servicios en cuantos templos conocía, y, cuando concluían, volvían a empezar. Al enterarse de la situación que atravesaba la joven, la propia emperatriz se interesó por ella, y los amigos de Niou, aunque la relación (una relación de más de tres años) era, al menos en teoría, «un secreto», rivalizaban a la hora de ponerle de manifiesto su solidaridad. Aunque nadie ignoraba el amor apasionado del príncipe por la princesa de Uji, la corte había preferido cerrar los ojos durante años, pero la situación cambió y nobles y altos funcionarios empezaron a enviarle cartas interesándose por el estado de salud de la pobre muchacha. Por aquel entonces el matrimonio con Roku no Kimi entraba en su segundo año.

No sufría menos Kaoru, y procuraba informarse por todos los medios a su alcance, aunque evitaba excederse en visitas a la casa de Nijo, pues hubiesen podido dañar la relación de la pareja. Mientras tanto, la corte empezó a preparar la ceremonia de iniciación de la Segunda Princesa. El emperador hubo de ocuparse personalmente del asunto, pues la muchacha no tenía madre. Contaba con la fortuna heredada, a la cual el tesoro imperial añadió no poco, y todos daban por seguro que Kaoru se convertiría en su esposo en cuanto hubiera concluido la iniciación. También se esperaba de él que participara en los preparativos, pero sólo pensaba en Naka no Kimi.

En el segundo mes se procedió a nuevos nombramientos: Kaoru fue designado general de la derecha, puesto que dejó vacante la jubilación de Kobai, y se le confirió un escaño extraoficial en el Consejo de Estado. [241] Según se esperaba de él, se dedicó a hacer las visitas de cortesía que su nueva posición exigía, y también fue a visitar la mansión de Nijo. Convencido de que encontraría a Niou con Naka no Kimi, se dirigió a los aposentos de la joven. El príncipe le mandó decir que aquella parte de la casa estaba llena de monjes y de acólitos, y le pidió que lo esperara en la sala principal. Tras cambiarse de ropa en honor del visitante, lo recibió al pie de las escaleras, ambos rebosantes de dignidad. Kaoru le hizo saber que aquella misma noche iba a ofrecer un banquete en honor de los oficiales de la guardia y le invitó a acudir, pero, alegando el precario estado de salud de Naka no Kimi, Niou no se comprometió.

El convite tuvo lugar en el palacio de la Sexta Avenida, y se tomaron medidas para que el acontecimiento no fuera menos grandioso que el que tuvo lugar cuando se celebró la promoción de Yugiri del cargo de ministro de la derecha al de ministro de la izquierda, aunque algunos hubiesen sido partidarios de algo menos espectacular. Hicieron acto de presencia tantos príncipes imperiales y altos cortesanos como en aquella ocasión. Incluso Niou se dejó ver, aunque regresó enseguida a la casa de Nijo con el consiguiente disgusto de la familia de Yugiri: la princesa de Nijo tenía el mismo rango que Roku no Kimi, pero no estaba tan cerca del «poder», y éste es un detalle que no deja de tener su importancia.

Al alba Naka no Kimi dio a luz un varón. Niou no cabía en sí de gozo porque al fin veía recompensados todos sus sinsabores de los últimos tiempos. También Kaoru se alegró mucho (ciertamente mucho más que con su promoción), y corrió a la casa de Nijo a presentar sus felicitaciones y a agradecer a Niou el detalle de su breve aparición en «su» banquete. Detrás de él, ningún cortesano de rango ni alto funcionarios dejó de desfilar por la casa de Nijo para felicitar a los padres y dejar algún obsequio. Según costumbre, la celebración de la tercera noche tuvo lugar en privado, pero para la quinta Kaoru envió al recién nacido cincuenta bolas ceremoniales de arroz, varias tablas de *go* y otros regalos propios de la ocasión, y para la

madre treinta cajas de ropa y un baúl de pañales. A Niou le tocaron doce bandejas de madera de áloe y un surtido de pasteles de cereales. También las mujeres que servían a la princesa fueron tenidas en cuenta, y obsequiadas con treinta cajas de madera de ciprés llenas de prendas de ropa y objetos diversos, todo ello de un gusto exquisito.

Los festejos del séptimo día corrieron a cargo de la emperatriz, y el número de los asistentes fue más elevado que en los anteriores, pues se presentaron incluso cortesanos de rango medio encabezados por el propio chambelán de su majestad. El emperador envió una espada preciosa al niño. Las celebraciones del noveno día correspondían a Yugiri. Aunque ya puede imaginarse la ilusión que le hacían, no quiso molestar a su yerno, y todos sus hijos hicieron acto de presencia y se esforzaron para evitar toda manifestación que pudiera interpretarse como de hostilidad. Tantas atenciones animaron a la pobre Naka no Kimi, que tan mal lo acababa de pasar. Kaoru pensó que el acontecimiento levantaba una nueva barrera entre él y la dama. Por otra parte, el nacimiento del príncipe iba a estrechar por fuerza los lazos en Naka no Kimi y Niou, lo cual le alegraba y le disgustaba a la vez.

A fines del segundo mes tuvo lugar la iniciación de la Segunda Princesa, y, una vez concluida, Kaoru fue a visitarla a palacio. Aquella noche las ceremonias del enlace tuvieron carácter estrictamente familiar. La Segunda Princesa era tan famosa en la corte debido al extraordinario afecto que el emperador había derramado siempre sobre ella, que su boda con un hombre que no pertenecía a la familia imperial decepcionó a no pocos. Tampoco se adivinaban las razones de tantas prisas... Pero cuando el soberano tomaba una decisión, era siempre partidario de ponerla en práctica lo más rápido posible prescindiendo de si existían o no precedentes de su proyecto. De hecho, los había, pero en contadas ocasiones había ocurrido que un enlace de una princesa imperial siguiera tan de cerca de la ceremonia de su iniciación. Esta prisa parecía más propia de las familias ordinarias.

—He de considerar a mi hermano un hombre terriblemente afortunado—dijo Yugiri a la princesa Ochiba—. Suzaku ofreció su hija a mi padre

Genji tras su abdicación y cuando estaba ya a punto de retirarse del mundo, y, en cuanto a mí mismo, hube de ganarte sin el concurso de tus progenitores.

Tenía razón y la princesa se sonrojó, aunque no dijo nada.

La tercera noche después de la boda el emperador llenó de regalos a cuantos habían servido a su hija, empezando por sus tíos maternos. También tuvo en cuenta a los escuderos, heraldos y pajes de Kaoru, procurando pasar por alto la rigidez de la etiqueta cortesana. Kaoru siguió visitando todas las noches a su esposa, aunque no podía quitarse del pensamiento el recuerdo de la dama que había perdido. Su vida se convirtió en algo extraño: pasaba los días en su casa, sumido en sus recuerdos, y por la noche acudía al palacio imperial para cumplir con sus nuevos deberes de yerno del emperador. Se hizo el propósito de traerse a su esposa a la mansión que ocupaba su madre en Sanjo, y, cuando su madre se enteró de su plan, se alegró mucho y puso a su disposición la mejor y la mayor parte de la casa.

—Eres demasiado generosa —replicó él, e hizo construir una galería que conectaba la capilla con la sala principal, pensando trasladar a su madre al ala oeste del palacio.

En cuanto al ala este, había sido magníficamente reconstruida tras el incendio y se le añadieron algunos detalles para que fuera realmente perfecta. Cuando el emperador se enteró de esos proyectos, se inquietó pues no le parecían bien que su hija se trasladara tan pronto a la mansión de su esposo. Al fin y al cabo, el emperador era antes que nada un padre, y se apresuró a escribir una carta a su hermana y madre de Kaoru, poniéndole de manifiesto sus cuidados. Su padre común, Suzaku, le había confiado la protección de su hermana, y el hecho de que ésta hubiera entrado en religión no le hacía sentir menos responsable de su bienestar. Lo cierto es que el soberano se plegaba a todos sus deseos, por nimios que fuesen. El nuevo esposo estaba, pues, bajo la tutela directa de dos personalidades extraordinariamente influyentes, pero esta circunstancia no le hacía sentir más feliz, y sólo pensaba en partir a Uji para trasladar la casa del príncipe Hachi y convertirla en un anejo del monasterio. Mientras daba vueltas a su proyecto, se acercó la conmemoración del quincuagésimo día del

nacimiento del hijo de Niou y Naka no Kimi. No quiso que pareciera una fiesta más, y contrató a numerosos artesanos y orfebres para que las cestas y cajas de áloe, ciprés y sándalo que habían de contener los pastelillos de arroz destacaran por su perfección.

Cuando fue a visitar la casa de Nijo, eligió un momento en que le constaba que Niou estaría ausente. A Naka no Kimi le pareció que había ganado en dignidad y prestancia, y lo recibió muy tranquila, pues estaba segura de que su nueva posición de yerno imperial habría puesto fin a su comportamiento anterior. Pero no fue así. En cuanto quedaron solos, Kaoru se deshizo en lágrimas y empezó a autocompadecerse.

—¡El mundo me parece un lugar más sombrío que nunca! —le dijo—. ¡He actuado completamente en contra de los dictados de mi propio corazón!

—¡No debes decir eso! —lo regañó ella—. Imagina que alguien pudiera oírte...

Pero lo cierto es que aquella desazón la emocionó profundamente al comprobar una vez más qué huella tan profunda había dejado Oigimi en su corazón. Kaoru parecía incapaz de olvidarla, e incluso el gran matrimonio que acababa de hacer (y que tantísimos le envidiaban) no había servido de nada. ¡Si su hermana viviese aún! Claro que, en el mejor de los casos, su posición no sería más envidiable y segura que la de ella misma... Por ello, en el fondo de su corazón seguía aprobando la decisión de su hermana de negarse a Kaoru.

El joven general de la derecha pidió ver al niño, y la madre pensó que sería cruel negarle ese deseo cuando ya le había negado tantos. Sin contestarle expresamente, hizo salir al niño en brazos de su nodriza. Era de esperar que el hijo de aquella pareja fuera hermoso, pero la blancura casi transparente de su piel lo dejó asombrado. La criatura sonreía y daba vocecitas de un modo absolutamente encantador. «¡Ojalá fuese mío!», se dijo Kaoru, que no había logrado eliminar del todo los pensamientos mundanos. Si Oigimi, antes de morir, le hubiese dado un niño como aquél, ¡cuán distinto sería todo! Lo extraño del caso es que ni siquiera le pasara por la cabeza la posibilidad de que su esposa pudiera darle un hijo...

Emocionado y agradecido por la actitud de la princesa, que le había dejado ver a la criatura, habló más largamente de lo habitual, procurando divertirla, hasta que se hizo de noche. Lamentando no poder permanecer allí más tiempo, partió hacia su casa, suspirando a cada paso que daba.

—¡Qué aroma más extraordinario! —comentaron las mujeres de la servidumbre—. Se nos va a llenar el jardín de ruiseñores, pensando que ha llegado la primavera...

Como el camino que llevaba desde el palacio imperial a la mansión de Sanjo se veía a veces obstruido en verano por culpa de un tabú provocado por los astros, trasladó a su esposa a su casa en el tercer mes, antes de lo que suele llamarse «la despedida de la estación». La víspera del traslado el emperador fue a visitar a su madre para celebrar allí la Fiesta de las Glicinias. Levantaron las persianas y colocaron el trono imperial en la galería del sur, mientras los responsables de la despensa imperial cuidaban de que no faltara nada a los cortesanos de todos los rangos que se habían dado cita allí. La administración estaba representada por Yugiri, Kobai y dos hijos de Hige-kuro, consejero y capitán de la guardia, respectivamente, y también hicieron acto de presencia los príncipes Niou y Hitachi. Los cortesanos de rango medio habían sido instalados en el jardín del sur, debajo de los árboles de las glicinias, y, un poco más allá, se hallaban los músicos de la corte, en la parte oriental de la galería Koroden. Al atardecer tocaron una lánguida melodía en la tonalidad de *sojo*.

El emperador hizo traer instrumentos de los aposentos de la princesa para su propio deleite, y Yugiri les sorprendió con dos partituras para koto escritas de propia mano por Genji. El difunto canciller las había regalado a la madre de Kaoru, y ahora, para su entrega al emperador, habían sido adornadas con ramitas de pino, signo de buen augurio. Todos aquellos instrumentos, de insuperable calidad, habían pertenecido al emperador Suzaku, y no faltaba la flauta que había dado lugar a ciertas revelaciones de las que ya se ha hablado en otro momento, ^[242] una flauta de la que el emperador había hablado siempre con extraordinaria admiración por su excepcional sonido. El soberano puso un koto japonés en manos de Yugiri y

un laúd en las de Niou. Kaoru se superó en la flauta, mientras los cortesanos que se preciaban de tener buenas voces cantaban para el emperador.

La princesa obsequió a todos con pasteles de cereales servidos en bandejas de áloe sobre mesitas de sándalo. Los manteles habían sido bordados con ramas de glicinia. No faltaban las copas de cristal ni las jarras de lapislázuli, y el capitán de la guardia se multiplicaba por diez para evitar que las copas estuvieran vacías. Yugiri era poco bebedor, de modo que el soberano ofreció la copa imperial a Kaoru, que protestó, alegando que no se sentía digno de aquel honor, pero acabó aceptándola y elevándola para brindar en honor de su majestad.

—¡A tu salud! —exclamó, e incluso una frase tan vulgar sonó de otro modo pronunciada por él, o, al menos, eso pareció a los presentes.

A continuación vertió el vino en otra copa y bajó al jardín a dar las gracias rituales. Los ministros, altos funcionarios y príncipes de la sangre que se encontraban allí se sintieron halagados, y Kaoru quedó consagrado públicamente como yerno imperial con todos los honores. No obstante, su rango comportaba limitaciones y, concluida la ceremonia, volvió a sentarse donde, con arreglo al mismo, le correspondía.

Kobai se sentía desgraciado: había estado muy enamorado de la madre de la joven e, incluso después de que se instalara en el palacio imperial, siguió tratándola con regularidad. Se creía, por tanto, la persona más adecuada para ocuparse de la educación de la princesa, y así lo había hecho saber al emperador, pero nadie le hizo el menor caso.

—Es evidente que nuestro amigo nació bajo una constelación más propicia que otros —declaró—, pero me parece que su majestad se ha puesto un poco en ridículo. ¡Cuánto estrépito para casar a una hija! Además, no creo que haya sentado un buen precedente, pues el esposo elegido no pertenece a la familia imperial... ¿Cómo va a alojarse un hombre del común a dos puertas de la cámara celestial? ¿Os parece justo que se nos haya obligado hoy a tratarlo como a un invitado de honor?

Lo cierto es que estuvo dudando mucho sobre si debía o no acudir a la fiesta, hasta que al fin pudo más la curiosidad que la envidia. Los criados trajeron linternas de papel encendidas y los huéspedes fueron desfilando por

el atril para leer sus poemas en chino: a todos se les veía satisfechos, como si acabaran de crear una obra maestra, pero sus versos eran, por lo general, refritos de temas trillados, y no creo que valga la pena que pierda el tiempo copiándolos. De todos modos, apunté algunos a título de ejemplo. Este, por ejemplo, parece que fue el de Kaoru, y lo presentó junto con una ramita de glicinia para ornamentar el gorro del emperador:

—Pensé en las flores de la glicinia para adornar el bonete imperial, y fui a cogerlas de una rama que estaba muy, muy alta. ^[243]

Pero su majestad le respondió:

—Como la fragancia de las flores ha de durar por los siglos de los siglos, por más que hoy las contemple, jamás podré hartarme de ellas.

Y otros recitaron:

—La rama de glicinia que adorna el augusto bonete, parece competir con las nubes purpúreas del paraíso.

Y:

—La glicinia ^[244] plantada en el jardín del palacio imperial, no puede ser descrita como de hermosura mediocre.

Tal vez me he equivocado al transcribir esos poemas, pero quiero dejar constancia de que ninguno de los que se recitaron destacó por su originalidad.

A medida que pasaban las horas, el concierto ganaba en interés. Kaoru lució una voz espléndida cuando entonó «¡Qué gran día!», y Kobai se unió a él: todavía retenía el timbre inconfundible que tanta fama le diera de joven. El séptimo hijo de Yugiri, que aún era un niño, tocó el *sho* de forma

tan encantadora que el emperador le regaló un conjunto. El propio Yugiri bajó al jardín para dar las gracias rituales. Ya casi amanecía cuando el emperador se retiró a sus aposentos tras señalar qué regalos debían distribuirse entre los cortesanos de alto rango y los príncipes de la sangre. La princesa, por su parte, se encargó de obsequiar a los cortesanos menos importantes y a los músicos.

La noche siguiente partió a la mansión que Kaoru tenía en Sanjo con toda la fastuosidad correspondiente a una ceremonia de estado. La acompañaron todas las damas del palacio imperial, y fue transportada en un palanquín de elevado techo y cortinas de brocado. Formaban el cortejo tres carruajes asimismo engalanados con cortinas de brocado, pero de techo más bajo, seis coches con cubierta de mimbre tejido y realzado con oro, veinte coches más sin realces dorados, y dos coches de madera de ciprés. Había treinta azafatas, a cada una de las cuales servían ocho niñas-paje. Kaoru envió doce carruajes más, ocupados por mujeres de su mansión.

VII

He aquí como Kaoru recibió a su esposa en su casa, y, a partir de aquel día, pudo contemplarla con toda la libertad del mundo. Debe reconocerse que lo que vio no le disgustó en absoluto. La dama era pequeña, bonita, tranquila, y sin defectos aparentes. Había tenido suerte... Si no lograba olvidar ahora a Oigimi, no lo lograría nunca. Y, sin embargo, el recuerdo de la difunta seguía irguiéndose como un muro entre él y el resto del mundo, de manera que empezó a temer que, hiciera lo que hiciese, no hallaría nunca

consuelo en esta vida. Deseaba ardientemente algún tipo de iluminación que le hiciera ver qué clase de falta había purgado con aquella relación tan extraña como breve, que le había marcado de manera aparentemente indeleble. Tal vez si descubría este misterio, sería capaz de olvidar... Mientras tanto, pasaba la vida haciendo proyectos para el futuro santuario de Uji.

A fines del cuarto mes, pasado el ajetreo del festival de Kamo, partió de nuevo hacia Uji. Inspeccionó el edificio detenidamente, dio las órdenes que le parecieron oportunas y, pensando que parecería descortés no visitar *el árbol podrido que la hiedra recubre* mientras estaba allí, fue a ver a la monja. ^[245] En aquel preciso momento una procesión sencilla estaba atravesando el puente: la protagonizaba el carruaje de una mujer a todas luces modesta, que viajaba protegido por rudos soldadotes del este del país con aljabas a la espalda y algunos escuderos que los servían. Una dama de provincias, se dijo Kaoru mientras entraba en la casa. Sus hombres estaban saliendo del recinto y, vestidos informalmente, nadie hubiese sospechado quién era su señor, pero algo en su aire intimidó a los del otro cortejo, que hicieron marcha atrás con sus cabalgaduras. Kaoru mandó que fueran a preguntar quiénes eran los que se estaban acercando a la casa.

Uno de los soldados le respondió con rústico acento:

—Nuestra señora es hija del viejo gobernador de Hitachi. Ha ido de peregrinación al templo de Hatsuse, y pararemos un poco aquí para reposar...

Cuando el joven lo oyó, tuvo un sobresalto: por fuerza era la hermanastra de las princesas, de la cual tanto había oído hablar en los últimos tiempos.

—Venid a descansar a esta casa... —les hizo decir—. Está medio vacía. Hay alguien ocupando el ala norte, pero el resto está a vuestra disposición...

Los recién llegado se sentían incómodos, convencidos de que su anfitrión era de rango muy superior a ellos. No obstante, descabalgaron y se pusieron en posición de «firmes», mientras el carruaje se movía en dirección al extremo oeste de una galería que comunicaba el cuerpo principal con un anejo. No había persianas ni cortinas, y casi todo el interior

estaba a la vista. Kaoru se instaló en una estancia que había conservado milagrosamente sus persianas, en la que descubrió, además, una rendija muy útil en la puerta corredera. Como su aparatoso atuendo hacía mucho ruido, se quitó los *uchikis* y quedó en camisa y calzas. La dama se resistía a salir del carruaje, y envió a una criada a preguntar a la monja quién era el misterioso anfitrión que les había ofrecido compartir su techo. No obstante, Kaoru había prohibido revelar su identidad.

—No te preocupes —respondió la criada—. El hombre está en otra parte de la casa. No lo verás, si no quieres. Entrad sin temor.

Entonces descendió otra criadita de carruaje, y se puso a levantar las cortinas de sus ventanas. Parecía mucho menos pueblerina que sus soldados. Luego salió una mujer más mayor.

—¡Deprisa, por favor! —dijo la criada a su señora.

—Tengo la impresión de que estamos siendo observadas...

—observó desde el interior del carruaje una voz profunda que sugería una educación refinada.

—¡Otra vez la misma historia! —dijo la mujer mayor—. ¡Siempre imaginando cosas raras! ¿Desde dónde nos van a observar? ¡Si ni siquiera tienen persianas!

Al fin apareció en la puerta del carruaje la dama que había hablado: tanto por su cabellera como por la forma de su cabeza y las proporciones de su cuerpo había mucho en ella que recordaba profundamente a Oigimi. Kaoru, deseoso de vislumbrar su rostro, se puso a temblar. El carruaje, un vehículo de regulares dimensiones, se había detenido en un bache del camino, y su portezuela quedaba un tanto elevada. Las otras dos mujeres habían saltado sin mayores complicaciones, pero la dama parecía asustada. Al fin se decidió a bajar, y lo hizo con sumo cuidado para entrar en la casa. Llevaba una túnica de color carmesí, y encima dos *uchikis*: el de abajo de color verde pálido y el de encima de color rosa forrado de azul. Desplegaron un biombo de cuatro pies de altura ante la puerta a través de la cual estaba espiando Kaoru, pero él la seguía viendo, pues su rendija estaba aún más arriba que el borde superior del biombo. La dama se sentó junto a

un reclinatorio, pero seguía desconfiando del lugar y evitaba mirar en dirección a las puertas.

—¡Ha sido un día horrible! —dijo una criada—. ¡Y qué complicado atravesar el río!

—Llevaba mucha menos agua cuando la cruzamos la primavera pasada —contestó otra—. Pero eso no es nada comparado con los caminos del este...

Las mujeres no parecían especialmente fatigadas. Su señora había recostado su cabeza en el brazo y parecía dormitar. Lo que se veía de su brazo era muy delicado... ¡No, no podía ser la hija de un patán como el gobernador de Hitachi! De tanto estar de puntillas a Kaoru le empezaron a doler la nuca y la espalda, pero no se daba por rendido de tanto que le interesaba lo que estaba presenciando.

—¡Qué olor tan delicioso! —comentó la más joven de las criadas—. Supongo que se trata de un incienso de mucha categoría... ¿Será cosa de la monja que vive aquí?

—¡Un perfume realmente exquisito! —dijo la otra—. Esas damas de la capital siguen siendo elegantes y distinguidas incluso cuando la mala fortuna las fuerza a vivir entre montañas... La esposa del gobernador adoraba los aromas, pero, allí donde vivía, ¿cómo iba a poder permitirse un incienso comparable a éste? Se dirá que estamos en un convento, pero el solo hecho de que las monjas estén condenadas a vestir de azul y gris, no es razón para que deban renunciar a tener buen gusto, sobre todo tratándose de gente de calidad...

De pronto se presentó una niña con unas cajas que puso en medio de la estancia.

—Eso es para que vuestra señora se sienta mejor...

Estaban llenas de dulces, y las criadas las ofrecieron a su señora, pero ella no abrió los ojos, y las dos mozas empezaron a devorar aquellas golosinas que acababan de Lloverles del cielo. El ruido de las castañas al abrirse resultaba molesto a los oídos de Kaoru, y se apartó de la puerta. Pero enseguida volvió a acercarse a ella, pues lo que había al otro lado le atraía como el imán al hierro. ¡Parecía extraño que sintiera aquella

fascinación irresistible cuando en la capital vivía rodeado de mujeres sumamente hermosas y elegantes, empezando por la emperatriz! Pero la «femineidad vulgar» le dejaba indiferente, mientras que aquella joven misteriosa lo había atrapado ya en sus redes invisibles sin ni siquiera mirarlo.

La monja le envió sus saludos, pero los escuderos de Kaoru, que intuían que estaba pasando algo raro, aunque no supieran a ciencia cierta qué, dijeron a la mensajera que su amo no se encontraba bien y prefería reposar. Pero la monja sabía que moría de ganas de conocer a la muchacha, y pensaba que estaría esperando a que llegase la noche. No obstante, Kaoru no dejó de enviar cajas llenas de provisiones a Ben no Kimi, de las cuales la anciana mandó una parte a los recién llegados. Al fin se decidió a tomar la iniciativa y, arreglándose su atuendo, se presentó en la estancia de la viajera para presentarle sus respetos. A pesar del tiempo transcurrido, seguía reconociéndose en ella a la dama «de calidad» y su rostro conservaba trazas visibles de la hermosura con que, de joven, la agració naturaleza.

—Te estuve esperando ayer... ¿Qué te detuvo? —preguntó.

—Nuestra señora estaba tan fatigada que tuvimos que hacer noche junto al río Kizu —contestó la mujer que aparentaba mayor edad—. Y esta mañana tardó en encontrarse mejor...

Evitando sobresaltarla, la despertaron. Ukifune, ^[246] que con este nombre era conocida a la joven, se apartó de la monja con timidez, y en este momento Kaoru pudo contemplar su cara. No le habían mentido: *era el vivo retrato de la difunta Oigimi*. Emocionado, se echó a llorar. Tenía la voz suave, y su modo de hablar revelaba que había sido muy bien educada, recordándole no poco a Naka no Kimi.

¡Qué vida tan triste le había tocado en suerte! ¡Cómo lamentaba no haberla conocido antes! Y el parecido con sus dos hermanas era asombroso... Cualquiera mujer, incluso la perteneciente a los estratos más bajos de la sociedad, que se hubiera parecido tanto a Oigimi, le habría atraído, pero la que tenía delante era hija del propio príncipe Hachi. A punto estuvo de acometerla inmediatamente y decirle: «Me estabas engañando, pues aún vives...». Hubo en tiempos un emperador en China que, privado de

su amada, envió un emisario al país de los muertos para que le trajera peines y agujas de ella, aunque no parece que le sirvieran de mucho consuelo. Era obvio que aquella dama no era Oigimi, pero, desde que la vio, su dolor empezó a remitir. Haberla encontrado sólo se explicaba por la existencia entre ambos de un vínculo que se remontaba a otras vidas.

Ben no Kimi se retiró tras conversar brevemente con la dama. Al notar el aroma inconfundible que flotaba en el ambiente, la monja detectó lo que estaba sucediendo y no se vio con fuerzas de seguir hablando. Mientras oscurecía, Kaoru salió de su escondrijo y marchó a ver a la religiosa, que no había tenido tiempo de cerrar la puerta de su alcoba tras de sí.

—¡Qué feliz me siento por estar aquí hoy! Supongo que recuerdas lo que te pedí...

—Esperaba una ocasión para hacerles saber tus deseos —dijo la anciana—, pero transcurrió el año entero sin presentarse... Volví a verlas esta primavera cuando se dirigían a Hatsuse, y algo di a entender a la madre, pero ella dijo que su hija sería una pobre sustituta de la muerta... Pensé que estarías muy ocupado, y no te dije nada, esperando que se presentase una nueva oportunidad. Cuando oí decir que la hija pensaba regresar a Hatsuse sola este mes y que pararía aquí, seguramente por deferencia a la memoria de su padre, no quise avisarte pues no me parecía correcto que te acercaras a ella mientras su madre estaba en la capital. Pero el azar lo dispuso de otro modo... ¿Sabe ya algo de ti?

—Creo que no —respondió Kaoru—. Di órdenes estrictas a mi gente de que guardaran secreto sobre mi identidad, pero no respondo de ciertos criaditos oficiosos que siempre cuentan más de lo que deberían... Por ello sería conveniente que me la presentases cuanto antes. En contra de lo que piensas, el hecho de que esté sola juega a mi favor y facilitará notablemente las cosas. Dile, te lo ruego, que ya existe un vínculo entre ella y yo procedente de otras vidas. Si no, ¿cómo explicarse este encuentro?

—Un vínculo *de conveniencia* que nos cae del cielo —comentó la anciana, sonriendo burlescamente—. Se lo diré.

Y salió de la estancia. Kaoru improvisó:

—Tanto anhelaba volver a oír la voz del ave encantadora, que me abrí camino entre la maleza buscando a sus parientes.

Aunque recitó el poema para sí, Ben no Kimi lo oyó, y corrió a repetírselo a Ukifune.

Capítulo 50 El pabellón campestre

I

El único deseo de Kaoru, una vez alcanzadas *las colinas del monte Tsukuba*, en Hitachi, era no hacer marcha atrás hasta llegar a la cima, *abriéndose camino entre la maleza* si era preciso. ^[247] Pero las circunstancias del caso imposibilitaban que su actuación, si de verdad daba rienda suelta a sus deseos, no llegara a saberse. A partir de entonces se limitó a enviar cartas a Ukifune, mientras Ben no Kimi repetía a la madre en su correspondencia cuánto había impresionado la muchacha al yerno del emperador. La madre se alegró de que un joven tan noble se hubiese fijado en su hija, pero estaba convencida de que no llevaba intenciones serias, atendida, sobre todo, la diferencia de rangos que había entre ambos. Un matrimonio entre ambos quedaba completamente descartado...

El gobernador tenía numerosos hijos de una esposa anterior, y, de la actual, una hija llamada Humegimi, muy mimada, y cinco o seis criaturas más, todas muy jóvenes. Con tanta descendencia propia, tendía a tratar a

Ukifune, que era hija del príncipe Hachi, como a una extraña. Esta actitud resultaba muy dolorosa para la madre, que pasaba la vida buscándole un esposo de auténtica categoría para que todas sus hermanas se sintiesen humilladas. Quizás no habría puesto tanto empeño en la empresa de no haber sido Ukifune notablemente más hermosa que las demás hijas del gobernador que la había adoptado. Su belleza y su gracia iban en aumento a cada día que pasaba, pero ¿quién estaba allí para admirarlas?

Era del dominio común que la casa estaba llena de hijas, y no pocos jóvenes de un cierto mérito la frecuentaban. El propio gobernador procedía de una buena familia y tenía parientes que ocupaban puestos de importancia considerable. Había heredado, además, una considerable fortuna y vivía con arreglo a sus posibilidades. Y, sin embargo, un talante rústico y poco refinado se interponía entre lo que aquel hombre hubiese querido ser y lo que era. En otras palabras: hubiera querido parecer el colmo de la elegancia, y resultaba un patán risible. Su hogar estaba llena de objetos del peor gusto, y él mismo, tras vivir en diversas provincias orientales, no sólo se distinguía por un acento que sus conocidos calificaban de «imposible», sino que era incapaz de expresarse con la menor propiedad.

Consciente de sus defectos, procuraba mantenerse a distancia de los refinados círculos cortesanos, e incluso fingía despreciarlos. Incapaz de tocar la flauta o el koto, hay que reconocer que era un buen arquero. No obstante, la indudable magnificencia que le rodeaba había atraído, a pesar de las limitaciones del hombre, un número considerable de damas de calidad a su mansión, a las que obligaba a emperifollarse de un modo absolutamente ridículo. Deseoso de «lucirlas» a todas horas, las obligaba a componer poesía, a escribir novelas, a mantenerse despiertas en las noches del Mono, ^[248] y a hacer cuanto le parecía *comme il faut* y «a la última moda» en una mansión tan espléndida como la suya.

Entre los pretendientes que la fama de la belleza de Ukifune y aquel tren de vida grandioso habían atraído a su casa se contaba un teniente de la guardia llamado Sakon. Era un muchacho formal de veinte y pocos años con cierta reputación de intelectual. Sintiéndose incómodo en el «gran mundo», había dejado de interesarse por las bellezas más famosas del

momento para concentrarse (¡y con qué ardor!) en Ukifune. La madre de la joven decidió que era el mejor de cuantos jóvenes le hacían la corte. «Es un hombre de honor y de buen gusto», solía decir cuando hablaba de él. Por otra parte, aunque algo sabía ya del amor, no tenía fama de seductor ni de libertino. Además, a pesar de su exquisita belleza, no era probable que Ukifune despertara el interés de nadie mejor.

La madre recibía sus cartas y mandaba a su hija que las contestara cuando venía a cuento. La buena mujer, dando la cosa por hecha, dejaba que el gobernador se ocupase de las demás muchachas: ella estaba dispuesta a sacrificarlo todo por la felicidad de Ukifune. Una sola mirada de Ukifune valía por una fortuna, se decía, y era evidente que Sakon no renunciaría nunca a ella, aún sabiendo que su rango dejaba mucho que desear. Ya había fijado el mes octavo para la celebración del enlace, y, sin pedir licencia a su esposo, se puso a prepararle el ajuar. Cuando daba con algún objeto exquisito de laca o de marquetería, lo apartaba para Ukifune, y aconsejaba a su marido que comprara a sus demás hijas objetos de mucho menos valor.

Aunque el hombre no entendía nada de exquisiteces, era un coleccionista impenitente, y había convertido su casa en un almacén de cachivaches y quincallería. Siguiendo el consejo de muchos, hizo llamar a un aspirante a músico del palacio imperial para que diera lecciones de laúd y de koto a todas sus hijas, y cuando acababan de interpretar un pieza, por mediocre que hubiese sido su actuación, palmoteaba, se inclinaba ante el «maestro» en señal de gratitud y le llenaba las manos de regalos. Cuando las jóvenes hubieron aprendido lo suficiente para dar un pequeño concierto con su «maestro» en una noche apacible, el gobernador solía acabar llorando de emoción. La madre, en cambio, con mucho mejor criterio, no se sentía capaz de fingir un entusiasmo que no sentía y se mantenía en silencio. El hombre atribuía su actitud fría a los celos, y solía decirle:

—¡Si tu hijita Ukifune lo hiciese igual de bien, enloquecerías de entusiasmo!

El futuro esposo estaba impaciente, porque el mes octavo le parecía muy lejano aún. El caso es que entonces la mujer del gobernador empezó a dudar si había acertado en la elección. Quizás hubiese debido solicitar la

opinión de su marido... ¿Hasta qué punto podía fiarse del teniente? Un día fue a visitarla el casamentero, y la madre le dijo:

—¡Tengo tanto de qué ocuparme! Pero no quisiera parecer grosera haciendo esperar tanto a un caballero tan bien educado. ¡Claro que todo está ya decidido! Como la muchacha carece de un padre que vele por sus intereses, he tenido que hacerlo todo yo. ¡Lamentaría mucho que, desde el otro mundo, su padre me reprochara no haber hecho las cosas bien! Todas las demás muchachas cuentan ya con algún protector, y no me preocupan demasiado. Pero ésta... ¿qué será de Ukifune cuando yo falte? No he impuesto condiciones especiales porque el teniente es un hombre muy formal. ¡Claro que la gente cambia cuando menos se espera!

El casamentero repitió aquel discurso al teniente.

—¿De manera que *no es hija del gobernador*? —dijo, estupefacto, el joven—. Es la primera vez que lo oigo decir. Habiendo oído contar mil veces que era su favorita, ni siquiera se me pasó por la cabeza que pudiese ser su hijastra. Claro que a mí me da lo mismo, pero debo tener en cuenta qué dirá la gente cuando se sepa que estoy *aceptando* una hija ilegítima... ¿No crees que *eso* es rebajarse? Te agradezco profundamente el interés que te has tomado en el asunto, pero ciertas cosas se avisan...

—¡Te juro que nada sabía de ello! —se defendió el casamentero—. ¡Tal como acabas de decir, *parecía* su hija preferida! ¿Quién iba a pensar que el gobernador no era su padre? Nadie me habló entonces de la existencia de una hijastra... Todos estaban de acuerdo en que tu Ukifune era una joven bellísima y un prodigio de buena educación... Se decía que la madre estaba dispuesta a hacer lo que fuese con tal de encontrarle un buen marido. Tú me viniste a ver, me dijiste que necesitabas un casamentero, y yo me puse a tu servicio. Para entonces, tú habías elegido ya a la novia... ¿Cómo iba a imaginar yo que no estabas enterado de *los detalles*?

El hombre era astuto y se expresaba muy bien. El teniente, de pésimo humor, repuso:

—Hay que reconocer que no es una familia que «haga ilusión» a la hora de elegir una esposa. Me limito a hacer lo que otros hacen. Pensé que, si conseguía el apoyo del gobernador de Hitachi, podía pasar por alto ciertos

aspectos un tanto desagradables de su gente... Es posible que él no la vea diferente de sus demás hijas, pero seguro que no es esta la opinión general... Se dirá que me han «comprado»... Las dos hijas mayores ya están casadas: una con un consejero de la familia Minamoto y la otra con el gobernador de Sanuki. Mis cuñados serán los primeros en reírse de mí...

El casamentero era un hombre sin escrúpulos y, con su actuación, había esperado regalos de ambas partes, unos regalos que no quería perder.

—¿Quieres casarte con una de las hijas del gobernador? — le dijo para apaciguarlo—. Todavía son muy jóvenes, pero todo es cuestión de hablarlo. Entre ellas, la más mayor se llama Himegimi, y su padre la adora.

—A estas alturas no resultaría muy elegante —contestó el teniente— dejar a la joven pobre y pretender a otra. Permite que te revele mis verdaderas intenciones. Lo cierto es que me metí en este asunto porque el gobernador es muy rico y sabe manejarse en el mundo: quería contar a toda costa con su apoyo. No perseguía una gran belleza ni una moral intachable. Por otra parte, he visto muchos hombres que se han casado en las altas esferas, y han acabado sórdidamente. No soy ambicioso y sólo pretendo vivir tranquilo y gozar de independencia sin que me importe especialmente lo que puedan decir los demás. Díselo al gobernador, y, si le parece bien, ya veremos qué ocurre.

El casamentero se había hecho cargo del asunto porque tenía una hermana que vivía en el ala oeste del palacio de gobernador, al cual no conocía personalmente. Con todo, se dirigió a sus aposentos y, cuando estuvo en su presencia, le dijo sin ambages:

—Hay algo que habría que tratar.

—Me han hablado de tus visitas a mi casa —respondió el gobernador en tono poco amistoso—, pero no recuerdo haberte invitado.

—Estoy aquí a solicitud de Sakon, el teniente de la guardia.

El gobernador aceptó escucharle, y le hizo sentar frente a él.

—Hace tiempo que el oficial tiene tratos con tu esposa —dijo el casamentero—. Parece que ella está de acuerdo en que se case con su hija. Incluso han fijado ya un día fasto para la ceremonia, y el hombre está impaciente por ver realizados sus deseos. Pero, no hace mucho, alguien le

comunicó que la joven es hija de tu esposa, pero no tuya, y no le parece bien contraer matrimonio con la hijastra de un gobernador, pues todos comentarían que tanto le daba una cosa como otra. Cuando un gentilhombre se casa con la hija de un gobernador, aspira a gozar de la protección de su suegro y que se le trate como a un hijo más de la casa. Pero ¿qué ocurriría si el hombre se encontrase al fin con que su suegro, el gobernador, lo ignoraba y, si se dignaba tratarlo, lo hiciera como al último de sus escuderos? El oficial ha oído comentarios y está francamente alarmado. Me ha rogado que te diga que, si se acercó a ti, lo hizo porque el propio emperador suele alabar la solidez y magnificencia de tu posición. Teniendo en cuenta que tienes muchas hijas, me ha pedido que te haga saber que prefiere tenerte a ti por suegro a desposarse con una u otra en particular.

—Desconocía qué pensaba exactamente el oficial —dijo el gobernador—. Quizás ignore que Ukifune recibe en mi casa el mismo trato que mis hijas, pero es cierto que tengo un montón de hijas propias, todas ellas bastante tontas por cierto... Hago lo que puedo por mejorarlas, que no es mucho, pero debo confesar que no puedo hacer ya más. Mi esposa pasa la vida quejándose de que trato a Ukifune como si fuese una extraña, lo cual no es cierto, de modo que, para evitar discusiones, procuro no intervenir en cuanto a ella concierne. Algo me llegó del matrimonio proyectado y, como es natural, no me opuse. Sin embargo, ahora que conozco las auténticas intenciones del muchacho, me siento en la obligación de hacerle saber que tengo una hija, a la que adoro y por la cual daría la vida, si preciso fuere. He recibido proposiciones de otros hombres, aunque hasta ahora no me he decidido. Las noticias que me llegan de vuestra generación no resultan muy halagüeñas, y no quisiera entregarla a un haragán que la hiciera desgraciada. No ceso de preguntarme dónde podría hallar un hombre cabal digno de ella. Conozco a tu teniente: de joven, serví a su padre, a la sazón general, y pude comprobar de cerca que se trataba de un muchacho estudioso y perseverante. Luego pasé, como sabes, muchos años en provincias hasta que regresé, y lo cierto es que no me afané en recuperar viejas amistades ni en hacer amigos nuevos. Me alegra saber que me tiene en tan alta estima, y no me importaría entregarle a mi hija *mañana mismo*.

El único problema reside en que no quisiera que mi esposa pensara que estaba *robando* un marido a su hija para dárselo a otra.

El casamentero estaba encantado: todo parecía salir a pedir de boca.

—¿A qué buscarse tantos quebraderos de cabeza? —dijo, y sus ojillos brillaban de alegría—. Si estás de acuerdo, podemos darlo todo por hecho. Sólo aspira a una esposa con un padre que la quiera, aunque sea muy joven. Reconoce que se equivocó cuando se dejó atrapar por la otra. Es un muchacho extraordinario y se le pronostica un brillante futuro. Y es mucho más serio que la mayoría de los jóvenes de su edad que pululan por la corte. Sabe cómo ha de comportarse y dispone de algunas tierras en diversos puntos del país. Claro que en este momento no le sobra el dinero, pero todo se andará. Creo que obrarás muy bien prefiriéndolo a cualquier pimpollo, por rico que sea. El emperador en persona le ha prometido que lo convertiría en su secretario particular, y muchos le han oído decir que no lograba entender cómo un hombre de tantas luces y méritos podía seguir soltero. Se dice que está a punto de ser promovido al cuarto rango... «Búscate una esposa», suele decirle el soberano, «y unos padres políticos capaces de ayudarte.» Su majestad sabe que no tiene un súbdito más devoto: ambos se entienden a la perfección. Sakon es inteligente, serio, entregado... ¿a qué seguir? ¿Por qué no te decides *ya*? Hay *cientos* de padres dispuestos a dar lo que sea por convertirlo en su yerno. Si empiezas a dudar, te lo quitarán de las manos. Puedes estar seguro de que, si te hablo así, lo estoy haciendo en tu propio interés.

Fue un discurso largo y persuasivo, que el gobernador escuchó con una enorme sonrisa en su rústica faz.

—Poco importa si tiene dinero o no —contestó, entusiasmado—. Puedo ahogarlo en dinero, si quiero. Te aseguro que, mientras yo viva, no va a faltarle de nada. Y, cuando muera, tampoco quedará en mala posición, pues he decidido dejar toda mi fortuna (sí, tierras, almacenes, dinero y cuanto más pueda tener) a mi hija Himegimi. ¡Y nadie tendrá nada que objetar, pues, aunque tengo otros hijos (y los hay de todas clases, como en todas las familias), ella es con mucho mi preferida! Que la trate bien, y todo lo demás queda de mi cuenta. Haré de él un ministro, aunque tenga que pedir dinero

prestado, pero no creo que sea necesario, si su majestad lo ama tanto como dices. ¡Será un matrimonio fantástico *para ambos!*

Hablaba como dándolo todo por hecho. El casamentero, sintiéndose en el séptimo cielo, ni siquiera se molestó en comunicar lo hablado a su hermana o en ir a visitar a la esposa del gobernador, sino que partió como un rayo a ver al teniente. En dos palabras le resumió su conversación con el gobernador, que no disgustó en absoluto al pretendiente, aunque, al enterarse del propósito de su futuro suegro de «comprarle» un ministerio, le pareció de muy mal gusto.

—¿Hablaste también con su esposa? —inquirió—. Estaba empeñada en casarme con la otra joven... La gente va a decir que soy un grosero... Incluso que soy *poco honesto*...

Titubeaba. Para acallar su mala conciencia, el casamentero reemprendió su discurso:

—¡Vamos! ¡Himegimi es la *auténtica* favorita de su padre! La madre creía que la hija mayor debía casarse primero, y por eso te la ofreció. Tú eras la solución a su problema particular.

Sakon se sorprendió al oír que Himegimi había desplazado a Ukifune en su condición de «hija predilecta» de un día para otro. Pero era mejor sospesar el asunto con ojos desapasionados y pensar «a largo plazo», aunque ello le costara ganarse la enemistad de la madre y los reproches de la sociedad. Hombre de talante práctico, le costó poco decidirse. La noche del mismo día que habían elegido para su boda con Ukifune, fue a visitar a Himegimi.

La esposa del gobernador nada sabía de todo ello, y seguía con sus preparativos. Sus mujeres se vistieron con suma elegancia y sus aposentos, maravillosamente engalanados, anunciaban una ceremonia por todo lo alto. Ella misma quiso lavar y peinar los cabellos de la novia con sus propias manos, y la ayudó a ataviarse. Su padre había muerto, pero, si la hubiese reconocido y la muchacha hubiera podido vivir con sus hermanas, la posibilidad de un enlace con «el general Kaoru» no habría resultado en absoluto disparatada. Sin embargo, había que aceptar el hecho de que siempre sería una hija ilegítima y adoptiva, a la cual su padre se negó a

reconocer. En aquellas circunstancias y dado que Ukifune no sería eternamente joven, la madre se conformaba con Sakon, un oficial «prometedor» de familia aceptable. El casamentero tenía mucha labia y daba por seguro que lograría convencer al gobernador, pues previamente la había convencido a ella.

La hora fijada se acercaba, y madre e hija estaban muy nerviosas. Súbitamente entró el gobernador y, sin andarse con rodeos, se puso a llenar a su esposa de recriminaciones:

—¡De qué modo más vil has intentado robarle el marido a *mi* hija! Se diría que ignoras cuál es tu lugar en el mundo... ¿Qué te hace pensar que caballeros de mérito puedan interesarse por *tu* hija? Es posible que las mías sean más feas, pero, por razones que no se me alcanzan, he aquí que los jóvenes las prefieren. Habías trazado tus planes, y no eran malos... Pero el muchacho tenía también los suyos, no poco distintos. El caso es que quería matrimoniar con una de *mis* hijas, y yo le di mi aprobación.

Fue un discurso breve pero sumamente desagradable, que hirió los sentimientos de la madre de Ukifune. La pobre mujer quedó atónita y al borde de las lágrimas. ¡Qué duro era el mundo en que le había tocado vivir! No sabiendo qué responder, se levantó y abandonó la estancia. Corrió a la alcoba de su hija y allí la encontró: hermosa y encantadora como siempre. Deshecha en llanto, la madre relató a la nodriza lo ocurrido.

—¡Qué crueles llegan a ser los hombres! Me prometí que no tendría favoritos entre mis yernos, pero siempre he sabido que sería capaz de darlo todo por el hombre que casara con Ukifune. ¡Cómo me equivoqué! El teniente Sakon la ha dejado porque la muchacha no tiene padre, y se ha comprometido con una criatura... ¡Es un tipo rastrero, y no estoy dispuesta a volver a oír su voz! Mira a mi esposo y a ese mastuerzo conspirando contra mí: son tal para cual. No quiero saber nada de sus malditos proyectos y sólo anhelo abandonar esta casa cuanto antes.

La nodriza trató de consolarla:

—¡No te preocupes más del asunto! —le dijo—. Te aseguro que, a mi entender, ha sido una suerte que eso ocurriera. El teniente se ha desenmascarado, y lo menos que puede decirse de él es que carece de gusto.

Ten paciencia... ¡Ya aparecerá otro mejor! El otro día vi al joven que encontramos en Uji, y sentí que mi vida se alargaba... Si se muestra interesado, basta con dejar que las cosas sigan su curso...

—¡Estás loca! —replicó la madre—. Todos cuentan que sólo es capaz de interesarse por mujeres excepcionales... El ministro Yugiri, el ministro Kobai y el príncipe Hotaru le pidieron de rodillas que tomara a una de sus hijas por esposa, y se los quitó de delante de mala manera. Al fin se unió casi a la fuerza con una hija del emperador. Y se dice que va a poner a su flamante esposa al servicio de su madre, la monja, y que se limitará a ir a visitar *de vez en cuando*... Parece que el palacio es muy hermoso, pero la idea me gusta poco para una hija mía. Por otra parte, está su hermana, Naka no Kimi, que pasa por ser muy feliz, aunque estoy convencida de que no lo es tanto como se cuenta. El único hombre de fiar es el que está dispuesto a tomar a una mujer como su única consorte.

Me consta por experiencia propia: el príncipe de Uji era todo un caballero, sensible y delicado como el que más, y me trató como si yo fuera un perro... ¡No puedes imaginar cuánto me hizo sufrir! El gobernador es un patán aburrido (y uno de los hombres más feos que he visto en mi vida), pero he vivido a su lado en paz durante años porque me ha sido fiel. Claro que lo que ha hecho hoy resulta a todas luces *horrible*, pero nunca me ha dado motivos para sentirme celosa. Si nos hemos peleado alguna vez, ha sido en público... Todos esos ministros y grandes señores son tan refinados que marean... De todos modos, las mujeres no debemos olvidar nunca el sitio que nos corresponde en el mundo. Aquí está el verdadero *quid* de la cuestión, y la razón de que me dé tanta pena mi hija. Quisiera encontrarle un esposo del que nadie se pudiese burlar...

El gobernador, entregado a sus propios preparativos, se presentó por sorpresa en los aposentos de su esposa, y le dijo:

—Tienes unas criadas muy bonitas... Envíalas a mi Himegimi... También observo que has instalado un *kichó* nuevo... Creo que servirá a mis propósitos. Envíamelo también...

El hombre se multiplicaba por diez para concluir los preparativos. Las estancias elegidas eran discretas y de relativo buen gusto, pero él las hizo

llenar de mamparas, armarios, braseros, linternas, reclinatorios, jarrones, cojines y toda suerte de objetos inútiles hasta hacerlas prácticamente intransitables. El gobernador se sentía orgulloso de sí mismo, pues nunca se hubiese creído capaz de organizar una ceremonia nupcial con tanta propiedad. Su mujer prefirió guardar silencio y no intervenir, y Ukifune se encerró en su alcoba.

—Te conozco —dijo el gobernador—. Me sorprende que olvides que mi hija también es hija *tuya*, y no estaría mal que nos ayudaras un poco. Pero tampoco importa mucho... Hay muchas huérfanas de madre que se casan...

El ama de Himegimi había estado «trabajando» desde el mediodía para conferirle el mejor aspecto posible, y el resultado no quedó del todo mal. La joven tenía poco más de quince años, era pequeña y regordeta y lucía una cabellera espesa que le llegaba hasta el suelo, de la cual su padre estaba orgullosísimo.

—Tal vez no actúe bien al tomar un hombre sobre el cual mi esposa tenía otros planes —repetía el padre, para justificarse—, pero es demasiado bueno para dejarlo escapar. Todos los padres de la ciudad lo persiguen, y nos lo podrían quitar, cosa que quiero evitar a toda costa.

El casamentero se felicitaba por lo conseguido, y el teniente estaba contentísimo, convencido de que se estaba labrando un gran futuro. Era público que el gobernador tenía una fortuna inmensa. Sin molestarse en cambiar de fecha, hizo su visita nupcial sin importarle lo más mínimo la decepción y cólera de la madre y de la nodriza de Ukifune. La pobre muchacha se sentía como en la calle.

A la vista de lo que acababa de ocurrir, la «gobernadora» se decidió a escribir a Naka no Kimi, consorte ^[249] del príncipe Niou. La carta decía así:

«Siempre he considerado que parecería impertinente por mi parte dirigirme a ti sin una razón de peso que lo justificara y por eso te he ahorrado noticias mías. Sin embargo, ciertos acontecimientos recientes han puesto las cosas muy difíciles a mi hija, y parece recomendable que abandone la mansión de mi esposo al menos por una temporada. Si tienes algún lugar en tu propia casa donde pudiera ocultarse de manera que no atraiga la atención de nadie, y se lo quieres ofrecer, me darás una inmensa

alegría. Soy una persona insignificante y me resulta imposible atender a sus necesidades tal como desearía. Además, en los últimos tiempos se han acumulado los sinsabores sobre mi triste vida. Tú eres mi única esperanza...»

Aquellas palabras emocionaron a Naka no Kimi, pero la sumieron en un cúmulo de perplejidades. ¿Qué diría la gente si ella, única guardián de la memoria de su padre, tomaba bajo su protección a la hermana que el príncipe se había negado a reconocer? Por otra parte, le costaba mucho mirar hacia otro lado mientras la joven sufría y se encaminaba a un futuro de infelicidad casi seguro. ¿Tenía derecho a seguir tratándola como a una extraña, cuando le constaba (pues para convencerse bastaba con mirarla) el parentesco de sangre que las unía? Incapaz de decidirse, se dirigió a su sirvienta Tayu.

—Seguro que no le faltan razones —le respondió la mujer—. Por lo que más quieras, no te muestres inflexible. En no pocos hogares las hijas de las consortes legítimas conviven sin problemas con las de concubinas sin rango alguno. Tú padre fue inexplicablemente cruel con esas mujeres...

La princesa contestó:

«Tenemos una estancia disponible en el ala oeste de la casa donde puede ocultarse. No es excesivamente confortable, pero, si le basta, será bien recibida.»

La madre se alegró mucho, y, junto con su hija, abandonaron en secreto la casa del gobernador. Paradójicamente, Ukifune se alegraba de su desgracia, pues iba a darle ocasión de conocer a su media hermana, con la que esperaba llegar a tratarse íntimamente.

El gobernador se había propuesto que su futuro yerno fuese recibido con el máximo esplendor, pero, siéndole desconocida la elegancia comedida y discreta que caracteriza el auténtico lujo, lo cubrió todo con sedas chillonas procedentes de las provincias orientales, y los platos, bandejas y jarras que se acumularon sobre la mesa eran tantos que amenazaban continuamente con caerse (y no pocos cayeron). Los criados estaban encantados con tanta abundancia, y el yerno se sentía el centro del universo mientras, en su fuero interno, se felicitaba por la manera en que había sabido ganarse al

gobernador. La madre de la novia sufría en silencio. Si se encontraba allí, era por ahorrarse una pelea con su marido, que le había ordenado terminantemente hacer acto de presencia. Toda la casa se llenó de gente que había acudido para la ceremonia nupcial. Habían distribuido los aposentos: éste sería para el novio, aquél para sus escuderos, al consejero de los Minamoto se le asignó el ala este, y los hijos del gobernador fueron repartidos por todas partes. El ala oeste, que siempre ocupara Ukifune, fue entregada a Himegimi, y a su antigua titular se le dijo que se buscara un rincón en la galería. Nada tiene de extraño, pues, que la mujer del gobernador decidiese escribir a Naka no Kimi, pues se dio cuenta de que, al no contar con parentela influyente, la posición de Ukifune en la mansión de su padrastro se iría degradando de día en día.

II

La muchacha partió a casa de su hermana acompañada de su nodriza y dos o tres criaditas jóvenes. Allí se las instaló en un aposento situado en la esquina noroeste del ala occidental que quedaba apartado de la zona en que se desarrollaba la actividad principal de la casa. Aunque la princesa y la esposa del gobernador habían vivido separadas durante mucho tiempo, no se desconocían. [250]

Naka no Kimi recibió efusivamente a sus invitadas, y la «gobernadora», acostumbrada a otro tipo de compañía, la encontró deliciosa, aunque, al verla tan radiante y con su criatura en brazos, no pudo evitar envidiarla. Después de todo, se preguntaba, ¿podía considerarse tan inferior a la difunta

esposa del príncipe Hachi? En modo alguno: el hombre se había negado a desposarla por el solo hecho de que la consideraba parte del servicio. Mucho le había costado dar el paso definitivo para que Ukifune fuese aceptada por su hermana. Había corrido la voz de que la partida de Ukifune se debía a que estaba contaminada, de modo que la muchacha se encerró sola en su estancia, donde únicamente tenía acceso su madre, que permaneció allí unos cuantos días para conocer la casa y su gente.

Un día Niou se presentó en la mansión. Llena de curiosidad, la esposa del gobernador lo observó a través de un resquicio que había entre dos puertas, y le pareció maravilloso como un cerezo en flor. Lo acompañaban numerosos cortesanos de cuarto y quinto rango, todos ellos infinitamente superiores en apariencia y maneras al patán que tenía por esposo, y al que, por más harta que estuviera de su grosería, no podría jamás quitarse de encima. Entre los jóvenes cortesanos de quinto rango había muchos que no conocía. De pronto se presentó un hijastro suyo, ^[251] funcionario del ministerio de los ritos, con un mensaje de la corte, pero, siendo de rango muy bajo, no se le permitió dirigirse al príncipe. ¡Qué felicidad poder vivir a su lado!, se dijo la mujer. ¿Cómo había osado imaginar que, a pesar de su grandeza, sólo había ocasionado sinsabores a Naka no Kimi? Hay que conocer las cosas a fondo antes de emitir juicios.

Cuando Niou tomó al niño en brazos, lo hizo con tal gracia que todas las mujeres del mundo sin excepción se hubiesen considerado afortunadísimas de poder contemplarlo una vez al año, como las dos estrellas que sólo coinciden en el firmamento el día siete del mes séptimo. ^[252] La princesa estaba detrás de una cortina baja, que él apartó mientras le hablaba. Formaban una pareja de insuperable hermosura. Entonces la mujer del gobernador recordó al príncipe Hachi y su solitaria vida, y llegó a la conclusión de que no todos los príncipes son iguales. Al fin Niou se retiró a su dormitorio dejando el niño al cuidado de amas y criadas. A pesar de encontrarse en Nijo, muchos cortesanos se presentaron aún a cumplimentarlo, pero él mandó decirles que no se encontraba bien y estuvo en cama hasta que se hizo de noche.

La elegancia que reinaba en aquel hogar asombró a la «gobernadora»: aunque la mujer siempre se había considerado persona de gusto exquisito, ahora comprobaba que estaba muy lejos de alcanzar el refinamiento que allí la rodeaba por doquier. De todos modos, estaba segura de que por lo menos una de sus hijas podría llegar a integrarse en los estratos más exigentes de aquella sociedad devota de la belleza. En cuanto a sus demás hijas (aquéllas para las cuales su esposo estaba dispuesto a comprar ministerios y tronos, si era menester), ¡cuan distintas eran de Ukifune! No, no podía abandonar... Sus ambiciones eran absolutamente legítimas. Con esas ideas rondándole por la cabeza, pasó toda la noche en vela.

Cuando Niou se levantó, el sol estaba ya alto. Les hizo saber que la emperatriz seguía indispuesta y, tras vestirse de corte, se despidió para ir a visitarla. La mujer del gobernador volvió a espiarlo a través del mismo resquicio, y pudo comprobar que, si vestido informalmente resultaba atractivo, con el atuendo cortesano era un auténtico bodhisattva. Cuando le trajeron al niño, se sentó y se puso a jugar con él: era obvio que no tenía ganas de partir, pero, en cuanto llegó su escolta procedente del cuartel, apuró un desayuno ligero y se fue. Entre los que vinieron a buscarlo había un sujeto que, a pesar de andar decentemente ataviado (llevaba un *uchiki* forrado y una espada), carecía de toda distinción y se le trataba sin especiales miramientos. Al lado del príncipe, no era nada. La madre de Ukifune oyó que las mujeres hablaban de él.

—¡Ese es el teniente, el yerno del gobernador de Hitachi! —dijo una—. Parecía destinado a casarse con la dama que hoy se hospeda en esta casa, pero al fin llegó a la conclusión de que más le aprovecharía casarse con una de las hijas del gobernador. He aquí como ha ido a cargar con una enana...

—¡Nuestra señora no ha comentado nada del asunto! —repuso otra.

—No, pero nosotras tenemos nuestras propias espías en el palacio del gobernador... —se jactó una tercera.

Lo que acababa de oír puso en guardia a la esposa del de Hitachi. ¿De manera que aquel chisgarabís era el hombre que *pretendía* ser su yerno? ¡Qué boba había sido al prestar su consentimiento al enlace sin haberlo visto previamente! Ahora sólo le merecía desprecio. El principito asomó

por debajo de una persiana andando a gatas, y su padre se apartó de sus hombros para tomarlo otra vez en brazos y besuquearlo.

—Si la emperatriz se encuentra mejor, volveré a casa tan pronto como pueda —anunció—. En caso contrario, deberé permanecer en palacio hasta mañana. ¡Cuánto me cuesta dormir lejos de este techo una sola noche!

Dicho esto, partió al fin. La mujer del gobernador se deshizo en elogios de su persona, mientras Naka no Kimi sonreía y achacaba la volubilidad de la madre de Ukifune a sus rústicos orígenes.

—Eras una cría cuando tu madre murió —dijo la «gobernadora» a la princesa—, y todos, empezando por tu padre, nos preguntábamos qué iba a ser de ti. Pero hay que reconocer que habías nacido bajo un astro portador de fortuna. Sólo así se explica que te criases entre montañas y siguieras siendo la dama refinada que eres. ¡Qué gran tragedia la muerte de tu hermana!

La mujer se puso a llorar, y a Naka no Kimi se le humedecieron los ojos.

—No puede decirse que mi vida haya resultado fácil en absoluto —dijo la joven madre—. Pero debo reconocer que las circunstancias han mejorado en los últimos tiempos... He tenido que resignarme a muchas cosas y no ha sido la menos cruel sobrevivir a quienes eran mis seres más queridos como mi madre, mi padre y mi hermana... Todavía lloro a la pobre Oigimi... ¿Por qué hubo de morir cuando un hombre de tantas prendas como el general Kaoru estaba loco por ella y aún hoy no se la ha podido quitar del pensamiento?

—¿No te parece que el general parece *excesivamente* orgulloso de sí mismo —inquirió la buena mujer, llena de curiosidad—, sobre todo ahora que el emperador le ha honrado con una confianza sin límites? De haber vivido tu hermana, ¿cómo habría podido el general contraer matrimonio con *la otra*? ¿Y cómo rechazarla sin malquistarse con su majestad?

—No sé... —respondió Naka no Kimi, guardando silencio sobre los aspectos más conflictivos de su relación con Kaoru—. Después de todo, quizás fuera una suerte que mi hermana muriese tan pronto... Y, sin embargo, el general sigue lamentando que ella nunca le permitiera

acercársele tal y como él hubiese deseado... Se diría que es absolutamente incapaz de olvidar. Sea como fuere, a todos parece un hombre muy extraño. Se ha ocupado personalmente de las ceremonias conmemorativas de la muerte de nuestro padre...

—Dicen que ha revelado a la monja que sigue viviendo en Uji que desea casarse con mi hija, pobre infeliz, —dijo la madre—, ya que no pudo hacerlo con tu hermana... No me corresponde opinar ni estaría bien que le hiciera llegar una solicitud, pero reconozco y admiro la bondad de su corazón.

Incapaz de controlar el llanto, le relató los problemas y desgracias de Ukifune. Pensando que algo de ello debía de haber oído ya la princesa, aunque seguramente ignoraba los detalles, le narró por menudo cómo la joven se había visto humillada por el teniente Sakon y por su propio padre adoptivo, el gobernador.

—Mientras yo viva —añadió—, nada le faltará. Tengo medios para ocuparme de ella, y nos consolaremos la una a la otra. ¿Pero qué será de ella el día que yo muera y la deje sola en el mundo? Esta cuestión me preocupa mucho y empiezo a pensar que tal vez sería preferible dejar de pensar en maridos y colocarla en algún convento de las montañas.

—Sí, es una historia francamente triste —contestó la joven—, pero las que hemos quedado atrás debemos acostumbrarnos a sobrellevar ciertos insultos... Ni mi hermana ni yo pudimos recogernos en un convento, de modo que nuestro padre buscó y halló una solución alternativa y nos enseñó a vivir en soledad lejos del mundo. Y, sin embargo, aquí me tienes, soportando un extraña existencia en medio del barullo de la capital... ¡No, olvídate del convento! No tolero imaginar a Ukifune vestida con esos horribles grises azulados...

La dama había hablado con tremendo aplomo, y la «gobernadora» se sintió no poco consolada. Aunque había dejado atrás la juventud, vestía con gusto aceptable. Con todo, no había podido controlar su peso, y, muy entrada en carnes, era la pareja ideal para el obeso gobernador de Hitaci.

—Tu padre se portó muy mal con ella —dijo la mujer—, y por ello el mundo la ha tratado como si fuera un animal, pero tus palabras me han

animado mucho y me han hecho olvidar muchas penas del pasado. (Aquí la dama se explayó sobre su vida y, en especial, sobre los años pasados en lugares tan remotos como Ukishima.) Estaba convencida de que debería guardar esos recuerdos para mí sola hasta el final, y ahora he hallado a una compañera sensible como tú con quien compartirlos... Podría estar hablando sin parar días enteros... No sabes lo que supone vivir completamente sola al pie del monte Tsukuba, sin una alma con la que intercambiar dos palabras... De todos modos, las hijas que me esperan en casa deben de estar preguntándose ya dónde me he metido... Sé perfectamente qué significa perder «tu lugar en el mundo», de modo que voy a dejar a Ukifune contigo, y regresaré a mi casa.

Naka no Kimi deseaba poder hacer algo por aquella joven, ciertamente atractiva y, por lo que se contaba de ella, de inmejorable disposición. Era tranquila, pero en modo alguno tímida en exceso, y la manera en que se había puesto a salvo de la curiosidad de las mujeres de Naka no Kimi mostraba muy a las claras que no carecía en absoluto de inteligencia. Cuando hablaba, le recordaba muchísimo a Oigimi. Sí, se decía la princesa, era la *estatua viviente* de su hermana difunta, y empezó a pensar en mostrársela a Kaoru.

Súbitamente sus pensamientos fueron interrumpidos por gritos de «¡Ha llegado el general, ha llegado el general!»

Naka no Kimi dio inmediatamente orden de que se desplegaran los *kichós* de rigor.

—Tengo que verlo como sea —dijo la «gobernadora»—. Todos dicen que es guapísimo, aunque me parece imposible que se pueda comparar con tu príncipe.

—No estamos muy seguras —dijeron las mujeres del servicio—. Hemos discutido largamente sobre este punto sin llegar a ninguna conclusión definitiva.

—Cuando están juntos —declaró Naka no Kimi—, mi esposo parece algo inferior en belleza, pero, contemplados por separado, resulta imposible decidirse por uno de los dos... ¡Resulta fatal el modo en que, con

frecuencia, la belleza y la apostura borran todas las demás cualidades y defectos de las personas!

—Eso es un decir —comentó una criada—. ¡Sólo un dios podría borrar las gracias del príncipe Niou!

En aquel momento el general Kaoru estaba saliendo de su carruaje, pero lo ocultaba su escolta, que gritaba para que se le abriese camino. Mientras veía como se acercaba a la entrada de la mansión, la mujer del gobernador se dijo que, aunque el príncipe parecía a primera vista más atractivo y «vistoso», carecía de la elegancia y dignidad sublimes de aquel hombre que contemplaba por primera vez. Involuntariamente se pasó la mano por los cabellos para «mejorar» su aspecto. Seguía al general una escolta numerosa, pues se dirigía a su casa procedente del palacio imperial.

—La noche pasada su majestad la emperatriz se encontró mal —dijo a Naka no Kimi, a través de la cortina del *kichó*—. No tenía ni a uno solo de sus hijos a su lado, y yo me quedé con ella toda la noche. Esta mañana tu marido el príncipe ha acudido bastante tarde. ¡Me temo que se te ha de considerar la verdadera culpable de esas *faltas*!

—Eres *muy amable* —dijo ella por toda respuesta.

Algo llevaba en la cabeza Kaoru, pues se había presentado en una hora en que le constaba que Niou estaría ausente. Su actitud era, como casi siempre, afectuosa y melancólica a la vez. Habló con circunspección acerca de la imposibilidad de olvidar el pasado y de su matrimonio poco feliz. ¿Habría de pasar toda la vida pensando en su hermana?, se preguntó Naka no Kimi. ¿O había algo de ficticio en aquel desmesurado desconsuelo? Pero parecía tan sincero cuando se dirigía a ella que, no siendo la dama de piedra ni de madera, no podía evitar compadecerlo y dar crédito a la realidad de su dolor. Luego, esperando aliviar aquella pena, se refirió a la «imagen» sobre la cual habían hablado, confiándole que aquella «imagen» había acudido en secreto a su casa. La revelación excitó profundamente al general, que inmediatamente se puso a anhelar conocer a la joven, y, al mismo tiempo, no quería parecer caprichoso.

—Sería reconfortante poder conjurar un ídolo de la que envidia fue mi adorada —dijo—, pero temo que mi mala conciencia ^[253] ensuciaría las

aguas.

—No es fácil ser un santo eternamente —replicó Naka no Kimi, con una risa desenfadada que la mujer del gobernador halló deliciosa.

—Espero que esta vez mis preces serán mejor acogidas —dijo Kaoru en tono quejumbroso, e intentó animar la conversación con un poema:

—Préstame, te lo ruego, para siempre una imagen ^[254] que sirva para evocar su recuerdo y llevarse el dolor.

Y ella le contestó:

—Esos objetos mágicos son arrojados al río de las purificaciones. ¿Cómo voy a confiar en tu voto de tenerla siempre a tu lado?

»No, hay demasiadas fuerzas ^[255] actuando sobre ti...Temo por el futuro de la jovencita

—Sabes perfectamente en qué charco atracaré al fin... —dijo el general—. Soy como la espuma que se hunde y vuelve a emerger de las aguas, y tu discurso sobre el objeto que la corriente arrastra río abajo me ha parecido muy acertado. Pero llega un momento en que incluso la espuma necesita descansar...

Estaba anocheciendo, y Naka no Kimi debía ocuparse de sus huéspedes.

—Tengo invitados en casa —dijo—, y debo ocuparme de ellos. Hazme el favor de irte un poco más pronto de lo habitual.

—Dile a la joven —repuso el hombre—, si no te supone una gran molestia, que esos sentimientos llevan muchos años clavados en mi corazón, y se equivocaría si considerara mi actitud efecto de un mero capricho. Explícaselo de modo que suene lo menos extraño posible. Siento tenértelo que pedir, pero ya sabes que soy muy torpe para esa clase de cosas...

En cuanto Kaoru partió, la mujer del gobernador dio rienda suelta a la admiración que el general había despertado en ella. La monja Ben no Kimi

había hablado de cierta posibilidad, que ella misma había rechazado por parecerle remotísima, pero ahora cambió de opinión y decidió que valía la pena esperar un año, si era preciso, para cazar aquel mirlo blanco. Quería a toda costa que su futuro yerno no fuese un hombre vulgar y desconfiaba del criterio de la pobre Ukifune: a lo largo de su vida había tenido tan poco trato con la buena sociedad, que incluso aquel don nadie de tenientillo le llegó a parecer un gran partido. Cuando reparó en el aroma que el visitante había dejado en el pilar de ciprés y en el cojín sobre el que se sentara, le faltaban palabras para describirlo. Las que lo conocían de cerca, no se hartaban de cantar sus alabanzas.

—Las escrituras dicen que una fragancia intensa es señal inequívoca de gracia —dijo una azafata—. Parece que entre las innumerables maravillas del paraíso de Buda destacan sus aromas. ¡El Sutra del Loto hace mención especial del olor de la madera de sándalo de la montaña que lleva el horrible nombre de Cabeza de Buey! ^[256] Aunque no me ha sido dado hasta el día de hoy experimentar personalmente esas fragancias, lo cierto es que, cuando el general Kaoru está cerca, se nota enseguida que es un favorito del Iluminado. Dicen que, desde muy pequeño, destacó por su piedad y que se pasaba el día repitiendo sutras y pasando el rosario...

—Me gustaría saber —comentó otra— qué hizo en otras vidas el general para merecer esto...

La mujer del gobernador las escuchaba, sonriendo.

—Debes saber —le dijo Naka no Kimi— que, cuando ha tomado una decisión, la convierte en una obsesión... Reconozco que, en la actualidad, el general se encuentra ligado por ciertas responsabilidades ^[257] que no favorecen la consumación de tus deseos, pero si la alternativa es enviar a la joven a un convento, ¿por qué no probar?

—Sí, es verdad que había pensado en enviarla *allí donde no se oye el canto de los pájaros* para protegerla. Pero ahora empiezo a pensar que, si consiguiera estar cerca de él para servirle, la vida cobraría un nuevo sentido para mí. ¡Con mayor razón, pues, si de mi hija se trata! Pero la vida es tan cruel con las mujeres, que todas, de la de mayor alcurnia a la más humilde, parecemos condenadas de antemano a la infelicidad... ¡Si pienso en ello, me

echaría a llorar! Prefiero dejarlo todo en tus manos, pues estoy convencida de que harás lo correcto.

—Tal como te he dicho, durante años ha sido la encarnación de la honestidad —dijo Naka no Kimi con un suspiro, pues el «encargo» de aquella mujer le incomodaba un tanto—, pero el futuro es siempre incierto.

Aquí prefirió callar y no comprometerse. Al día siguiente vino un carruaje a llevarse a la «gobernadora», y un mensajero con una carta de su esposo, en la que la cubría de denuestos e improprios, porque era hombre propenso a los ataques de ira, aunque le duraban poco.

—Sé que no actúo bien —dijo la mujer, llorando, antes de subir al coche —, pero lo dejo todo a tu buen criterio. Procura mantenerla oculta unos cuantos días más y enséñale todo lo que debería saber. Tal vez la mejor solución sería un convento entre peñas, pero prefiero meditar un poco más sobre ello.

Era la primera vez que Ukifune se separaba de su madre y se sentía muy triste, aunque la perspectiva de vivir un tiempo junto a su hermana en una mansión digna y «a la moda» no le resultaba en absoluto desagradable. El carruaje partió al alba, justamente cuando Niou y su escolta se acercaban a la puerta procedentes del palacio imperial. El príncipe se había escapado para poder pasar un rato con su hijo. Lo acompañaban unos cuantos hombres e iba en un coche sencillo para disimular su rango. La «gobernadora» ordenó que su carruaje se apartara para dejarlo pasar. Niou se preguntó, intrigado, quiénes serían los que estaban saliendo de la casa en que vivía su mujer. Juzgando a los demás por sus propios actos, sospechó una traición. En aquel carruaje iba un amante de Naka no Kimi (¿Kaoru?) que, tras pasar la noche con ella, se daba a la fuga... Uno de sus servidores identificó el vehículo de la «fugitiva»:

—Es *alguien* de la casa del gobernador de Hitachi...

Los hombres de Niou empezaron a burlarse a gritos del gobernador de Hitachi, cuyas extravagancias, caprichos y groserías eran del dominio común. La mujer que ocupaba el carruaje se sintió profundamente humillada, y lamentó una vez más que su Ukifune, que nada tenía que ver con el patán de Hitachi, tuviera que sufrir pullas y escarnios por su culpa, al

haberse negado su verdadero padre a reconocerla. Sí, había que buscarle un esposo que la elevara por encima de todas aquellas miserias...

Niou hizo su entrada en casa y se dirigió inmediatamente a Naka no Kimi:

—Parece que acabas de recibir la visita de «alguien» del palacio del gobernador de Hitachi... —dijo en tono sarcástico—. Yo mismo acabo de presenciar como uno de sus carruajes y algunos de sus hombres se fundían en la noche... Todo resulta un poco sospechoso, ¿no te parece?

La joven madre se sintió profundamente molesta, pues el príncipe, con la falta de delicadeza que lo caracterizaba cuando se ponía celoso, había soltado su insinuación en presencia de sus mujeres sin aguardar a hallarse a solas con ella.

—Se trataba de una vieja amiga de Tayu —dijo—, alguien sin ninguna importancia... ¿Por qué sospechas siempre de todo? ¿Quieres ponerme en ridículo ante mis propias criadas?

El «culpable» forzó una reconciliación de circunstancias (los ataques de ira de su esposa le resultaban profundamente *estimulantes*) y ambos se fueron al lecho. Niou durmió mucho hasta que, muy entrado el día y habiendo llegado unos cortesanos que querían hablar con él, no tuvo más remedio que levantarse y salir a la sala principal a recibirlos. Parecía que la emperatriz se encontraba mejor y que quedaba relevado de sus obligaciones en la corte. Con todo el día por delante, pasó unas cuantas horas departiendo con los hijos de Yugiri y jugando al *go* y a las adivinanzas.

Al caer la noche regresó a la alcoba de su esposa: la encontró lavándose los cabellos con un par de criadas, pues la mayor parte de sus mujeres se habían retirado ya. Niou le envió una niña-paje con un mensaje escrito:

«¡Buenas horas has elegido para arreglarte el pelo! ¿Tal vez esperas que me quede a hacer de espectador? No es un espectáculo muy divertido...»

Cuando Tayu leyó el mensaje, comentó al príncipe:

—Sí, ha sido mala suerte. Por regla general, se lava la cabeza cuando tú no estás, pero hoy lo ha ido difiriendo una y otra vez, como si estuviera esperando algo especial. Y es el último día fasto antes de fin de mes, [258]

por lo que no puede dejarlo para el mes que viene o el otro... Yo misma la he ayudado.

Mientras el ama y un par de criadas estaban acostando al niño, Niou, que no paraba de ir de un lado a otro como una bestia enjaulada, observó una muchacha que no había visto antes en la galería occidental. La joven dio la vuelta y entró en la casa. ¿Una criadita nueva?, se preguntó el príncipe, mientras se acercaba a la puerta corredera por la que había desaparecido la muchacha, y que, según pudo comprobar, no estaba cerrada del todo. ^[259] Al otro lado divisó un biombo que alguien había desplegado para proteger una cama con cortinas arrimada a una ventana. Una de las cortinas estaba parcialmente levantada. Por debajo se veían las mangas de una túnica de color púrpura y un *uchiki* de un amarillo verdoso. Pudiendo ver sin ser visto gracias a que el biombo no se hallaba desplegado del todo, abrió la puerta un poco más procurando no hacer ruido, y se acercó a la dama misteriosa que le había llamado la atención.

El jardín que cerraba la galería, en el que no faltaban un arroyo y unas cuantas rocas para completar el efecto de los parterres llenos de flores, era de un gusto exquisito. La muchacha se hallaba en el borde de la galería y, apoyándose en un reclinatorio, contemplaba el exterior. Niou abrió un poco más la puerta y se puso a mirarla desde detrás del biombo. La joven giró la cara, pensando que había entrado una criada, y pareció hermosísima a su espía. Sin darle tiempo a reaccionar, el joven la agarró de la falda de su *uchiki* y se sentó a su lado, pero al otro lado del biombo. Convencida de que se trataba de un visitante excepcional, la joven se cubrió la cara con el abanico, y, siendo aún muy tímida, empezó a balbucear. A Niou le faltó tiempo para cogerle de la mano que sujetaba el abanico.

—¿Quién eres? No te asustes —le dijo en un susurro—. Sólo quiero saber cómo te llamas.

La joven imaginó que se trataba de Kaoru, sobre cuyo interés por ella le habían hablado ya. La sombra del biombo le ocultaba la cara, pero el intenso perfume que despedían sus ropas apuntaban en la dirección que la joven había imaginado. Con todo, se sentía terriblemente confusa ante aquella situación del todo inesperada. De pronto, su ama, advertida de la

presencia de un extraño, retiró el biombo. —¿Qué ocurre? ¿Quién ha entrado?

Pero su llegada no enfrió la impetuosidad de Niou. Aunque el encuentro había sido fruto del azar, las palabras seguían acudiendo a sus labios como la cosa más natural del mundo.

—¿Cómo te llamas? —insistió—. No te soltaré hasta que me lo digas...

Y se echó familiarmente a su lado. El ama estaba horrorizada, pues acababa de descubrir quién era.

Los criados instalaron la gran linterna en la sala principal mientras las criadas de Naka no Kimi anunciaban que la *toilette* de su señora había terminado y estaba a punto para recibir a su esposo. En los demás aposentos se oía a Ukon, la hija de Tayu, cerrando las persianas de la mansión como todas las noches. Poco a poco se fue acercando al ala oeste. La habitación destinada a los huéspedes solía estar muy desordenada, y sólo había en ella dos estanterías altas y unos cuantos biombos y *kichós* guardados en bolsas. Una de las puertas estaba medio abierta, y Ukon entró por ella para bajar las persianas.

—¡Qué oscuro está esto! —exclamó al entrar—. ¿Es que nadie ha traído linternas aquí? Y parece que alguien ha bajado ya las persianas... ¡No se ve nada!

Para no tropezar levantó una persiana sorprendiendo al príncipe. El ama, que había entrado un poco antes, se hallaba en un rincón, furiosa a más no poder, y, siendo una mujer brusca y decidida, al sentirse respaldada por la presencia de Ukon exclamó:

—¡Debo decirte algo! Aquí están pasando cosas muy raras, y no pienso moverme hasta averiguar de qué va el asunto... —¿Qué sucede? —preguntó Ukon.

Al avanzar entre las tinieblas, la criadita tropezó con un bulto, se agachó a tocarlo y adivinó que era el cuerpo de un hombre echado en el suelo y vestido sólo con una túnica que despedía una fragancia intensísima. A su lado entrevió una muchacha que parecía resistirse a los avances de su «visitante».

—¡Aquí está ocurriendo algo *horrible!* —gritó—. Voy a advertir inmediatamente a mi señora...

Iba a salir corriendo pero el ama la detuvo, temiendo que la noticia disgustara profundamente a Naka no Kimi. A pesar de la confusión ocasionada por la presencia y los comentarios de aquellas dos mujeres, el príncipe, acostumbrado a este tipo de lances, no perdió la compostura: la dama que acababa de conocer era una belleza sin parangón y, a juzgar por la reacción de Ukon y del ama, no se trataba de una simple criadita.

Ukifune se mantenía encerrada en su mutismo, por más que Niou insistía en hacerla hablar a toda costa. Era evidente que, si la joven no manifestaba su disgusto con lágrimas y gritos, la explicación había que buscarla en que estaba muerta de vergüenza. El hombre acabó por apiadarse de su víctima y se puso a confortarla lo mejor que supo.

Ukon no pudo aguardar más y salió al encuentro de Naka no Kimi.

—¡Qué triste! ¡Qué triste! —repetía, mientras relataba lo ocurrido a su señora—. ¡Puedo imaginar cómo se siente la pobre muchacha!

—¡Mi marido es incorregible! —exclamó la princesa—. La madre de Ukifune nos echará la culpa a nosotras por no haberla vigilado bastante... No sé cuantas veces me suplicó que cuidara de su hija...

¿Qué podía hacer? Le constaba que Niou pasaba la vida espiando a todas las mujeres jóvenes y atractivas que tenía en la casa. ¿Quién le había hablado de Ukifune? Sintiéndose ultrajada, se encerró en su alcoba y cerró la puerta detrás de sí.

A Ukon le faltó tiempo para ir a repetir la historia a una mujer llamada Shosho.

—Los días en que, como hoy, acuden dignatarios de la corte a hacerle compañía y a jugar *algo*, el príncipe suele retirarse muy tarde —se excusó la otra—, de modo que todas nosotras nos fuimos a la cama. ¿Qué íbamos a hacer?

—¡Hay que reconocer que el ama es una mujer de carácter! Se ha quedado «montando guardia» junto a ellos, y, si el príncipe intenta algo, es muy capaz de separarlos por la fuerza.

En aquel momento llegó un mensajero de la corte a anunciar que la emperatriz había recaído. Desde media tarde se encontraba muy mal.

—¡Qué mujer tan desconsiderada! ¡Mira que ponerse mala cuando su hijo se lo estaba pasando *tan bien...*! —comentó irónicamente Ukon, y se fue a entregar el mensaje.

—Lo hecho, hecho está —le advirtió Shosho—. No se te ocurra reñirle, porque serás tú la que se pondrá en ridículo.

—Creo que *lo principal está aún por hacer...*

Mientras el servicio cuchicheaba, Naka no Kimi no cesaba de preguntarse qué estarían pensando sus azafatas de aquella situación. Daba por sentado que los reproches se repartían entre Niou y ella misma.

Ukon transmitió el mensaje, adornándolo un poco con expresiones de su propia cosecha.

—¿Y quién era el augusto mensajero? —preguntó el príncipe, sin mostrar prisa alguna por levantarse de donde estaba—. Estoy seguro de que exageraba...

—Un chambelán de su majestad que se ha anunciado como Taira no Sugetsune... —repuso Ukon.

Ni siquiera aquel nombre le metió prisa. Obviamente le daba igual lo que los demás pudiesen pensar de él. Ukon fue a buscar al mensajero y lo acompañó a la galería occidental.

—El príncipe Nakatsukasa ya está en palacio, y el intendente de su majestad la emperatriz está a punto de llegar... —anunció.

La emperatriz sufría fuertes ataques repentinos de vez en cuando y seguramente se trataba de uno más, pero Niou decidió que debía acudir si quería evitarse ulteriores reproches y represalias. Tras intentar calmar a la muchacha con caricias y promesas, partió hacia el palacio de sus padres. Ukifune, bañada en sudor, se hallaba medio incorporada mientras el ama la abanicaba vigorosamente. Se sentía como si acabara de despertar de una terrible pesadilla.

—Este no es lugar para nosotros —decía la buena mujer—. Aquí estamos totalmente indefensas, y en el futuro pueden ocurrir cosas mucho peores ahora que ya sabe que estás aquí. ¡Por más príncipe y «alteza» que

sea, su conducta no tiene excusa! No, es preciso que busques a alguien fuera de tu familia... ¡Y pensar que se trata de tu propio cuñado! Al descubrir sus intenciones, empecé a arder como un diablo... Estoy segura de que al verme hecha un trasco el joven se asustó. Luego, poco antes de salir, me pellizcó la mano... ¡Será canalla!

Y, para distraer a Ukifune, siguió hablando de otros temas que pensaba podían interesarla:

—¡Por cierto! ¿Sabes que hemos tenido guerra en casa del gobernador? Aquel patán dijo a tu madre que sólo se ocupaba de ti y que había poco menos que abandonado a todas sus demás hijas... Y añadió que había sido una vergüenza que se fuera de la casa justamente cuando llegó el prometido de Himegimi. Estuvo a punto de pegarle, pero el servicio les oyó vociferar, y todos se pusieron del lado de tu madre... ¡El teniente había sido el culpable de tantas desgracias! De no haber sido por él y su enfermiza codicia, todo hubiese ido por otros derroteros, mucho más pacíficos...

Pero en aquellos momentos Ukifune no pensaba en su madre. La conducta de Niou la había llenado de terror y, por si ello fuera poco, se preguntaba, angustiada, cuál sería la reacción de su hermana Naka no Kimi. Con la cabeza hundida sobre el pecho, lloraba sin parar. El ama trató de animarla por todos los medios:

—Ea, muchacha... ¡No hay motivos para tanto llanto! Es posible que la gente tienda a despreciar a las muchachas sin padre, pero no hay nada peor que una madrastra desagradable... Tienes la suerte de que tu madre se preocupa por ti, y buscará una solución. Deja de llorar, pues, por lo que más quieras... Aunque has estado en Hatsuse más de una vez, no estás acostumbrada a viajar, de manera que el Iluminado se habrá fijado en ti. Aunque la gente se muestre ahora mezquina contigo, rezo para que un día hagas un matrimonio que asombre a todo el mundo...

Niou abandonó la mansión por la puerta del oeste, y mientras partía, cantaba una de sus canciones favoritas. Aunque tenía una voz realmente preciosa, el espíritu de Ukifune no vibró de alegría al escucharlo. En la calle le esperaban diez soldados de la guardia sobre sus monturas. Naka no Kimi

intuyó lo que estaba pasando Ukifune, y, sin guardarle rencor alguno, la hizo llamar como si nada hubiera ocurrido. Este fue su mensaje:

«Su alteza ha ido a la corte a interesarse por la salud de su madre la emperatriz, y seguramente no regresará en toda la noche. Me he lavado la cabeza (y eso siempre me deprime un poco), pero aún estoy levantada. Ven a verme, y nos distraeremos mutuamente. Estoy segura de que tú también estás aburrida.»

Ukifune se excusó, alegando que no se encontraba bien. Naka no Kimi le envió un nuevo mensaje, preguntándole acerca de la naturaleza de su indisposición. La joven escribió:

«No es nada en particular, pero me siento como si no fuera yo misma.»

Mientras Naka no Kimi leía la nota en voz alta, Ukon y Shosho intercambiaron miradas significativas. Sabían perfectamente qué estaba pasando, y el resto del servicio también. Pero ¿qué se podía hacer?

¡Pobre muchacha!, pensaba Naka no Kimi. Si Kaoru, que parecía interesarse por ella, llegaba a enterarse del incidente, acusaría a Ukifune de no saberse defender y la daría la espalda. En cuanto a Niou... empezaba a resultar insoportable. Se pasaba la vida acusándola de intrigas e infidelidades imaginarias sin tener la menor consideración por sus sentimientos, cuando era él quien no podía vivir sin ellas. En cambio, Kaoru era tan distante y complicado... Siempre estaba dando lecciones, y, a la hora de la verdad, se comportaba invariablemente como un párvulo o un necio... Temía que, entre todos, sólo conseguirían arruinar la vida de la pobre Ukifune. A pesar de los lazos de sangre que las unían, aquella joven y ella habían vivido separadas durante muchos años, pero, una vez que la suerte las había vuelto a reunir cuando menos lo esperaban, no quería ni pensar en perderla de nuevo...

El mundo era muy complejo, y a ella le habían tocado en suerte no pocos sinsabores, pero, si se comparaba con la mayoría de mujeres que conocía, debía considerarse francamente afortunada... Si conseguía que los sentimientos que Kaoru albergaba hacia ella se desplazaran hacia otra persona sin traumas, se sentiría la mujer más feliz del mundo. Su cabellera era tan larga y espesa que aún no se había secado del todo. Echada en el

lecho con una camisa blanca, su figura, delicada y frágil, resultaba encantadora como la de un personaje de una leyenda de magia.

La pobre Ukifune estaba deshecha, y su ama, aunque la comprendía y compadecía, la instaba a actuar:

—Tu actitud pasiva te va a servir de muy poco —le decía—. Naka no Kimi acabará por imaginar que ha ocurrido algo... Haz un esfuerzo, levántate y corre a su encuentro. Yo hablaré con Ukon y se lo explicaré todo.

Y, saliendo a la galería, llamó a Ukon y le dijo:

—La infeliz ha sido víctima de un choc, y ahora está bajo los efectos de un ataque de fiebre. Se encuentra muy mal. Tu señora y tú podríais hacer mucho para que se recuperara. No ha hecho nada que se le pueda reprochar y aquí está, consumiéndose a fuerza de reproches por faltas que no ha cometido... ¡Es tan ingenua! Si tuviera un poco más de experiencia, no le daría ninguna importancia...

Aunque la muchacha seguía deshecha en llanto, el ama consiguió arrastrarla hasta la alcoba de Naka no Kimi. Ukifune estaba aterrorizada, pues no sabía qué estarían pensando las demás de ella. Procuró sentarse lejos de la linterna para que no vieran que su cabellera estaba empapada en lágrimas. Las criadas de la casa, que siempre habían considerado a su ama una beldad sin rival, se asombraron al ver a otra dama que no parecía en absoluto inferior a ella. Ukifune no pudo ocultarse de su propia hermana, y Ukon y Shosho, que atendían a Naka no Kimi, tuvieron ocasión de observarla con detenimiento. Al considerar la posibilidad de que Niou perdiera la cabeza por la recién llegada y las posibles consecuencias de su pasión, se echaron a temblar, pues el príncipe había hecho locuras por damitas que no podían compararse con Ukifune.

—Debes ver en esta mansión tu hogar —le dijo Naka no Kimi, hablándole afectuosamente—, y te juro que no hay razón para que estés perpetuamente en guardia. Nunca he dejado de llorar la muerte de mi hermana mayor, y a veces me he maldecido por haber seguido viviendo después de su fallecimiento. Tu llegada me ha llenado de alegría y consuelo... ¡Te pareces tanto a ella! Debo reconocer que, a pesar de las

apariencias, no importo realmente a nadie. Me sentiría inmensamente feliz si consiguiera despertar en ti los sentimientos de Oigimi...

Ukifune era tímida y aún algo pueblerina, y le costaba dar con la respuesta adecuada.

—He pasado años pensando en ti aunque vivía muy lejos —dijo al fin en un tono casi infantil—. También yo estoy muy contenta de hallarme al fin a tu lado...

La princesa sacó ilustraciones de viejas novelas y se puso a mostrárselas mientras Ukon leía el texto. Absorta en aquellas imágenes a la luz de la linterna, la hermosura aniñada y grácil de Ukifune pareció a su hermana la perfección misma. La plácida elegancia de sus facciones, su frente despejada y el brillo de sus pupilas oscuras recordaban tanto a Oigimi que Naka no Kimi se desinteresó por completo de las ilustraciones. Empezó a pensar en el pasado y a echarlo de menos. En su interior las comparaba a ambas y se preguntaba cómo habían podido nacer dos personas tan semejantes... Ancianas sirvientas de la casa solían afirmar que Oigimi se parecía a su padre y Naka no Kimi a su madre. Notó que sus ojos se empañaban de llanto... Aunque Oigimi tenía fama de fría y de altiva, podía mostrarse sumamente tierna y afectuosa con las personas que amaba. Ukifune, quizás por su inmadurez, que le daba un aire infantil y retraído en exceso, parecía seguramente a primera vista inferior a su hermana difunta, pero, con un poco más de experiencia y las enseñanzas necesarias, podía convertirse en una mujer perfectamente digna de Kaoru. Poco a poco, Naka no Kimi empezó a adoptar para con ella la actitud de una hermana mayor.

Estuvieron hablando hasta el alba, y luego se echaron a dormir juntas. Como era de esperar, Naka no Kimi habló de su padre, aunque no mucho, y de su vida en Uji, que Ukifune lamentaba no haber podido compartir.

Mientras tanto las criadas no paraban de cuchichear:

—¿Hasta dónde crees que llegó la cosa? Es realmente una preciosidad... ¡Y qué mala suerte la suya! Parece que la señora está encantada con ella, pero de poco le va a servir...

—Oh, no creo que hicieran gran cosa —dijo Ukon—. Su ama estaba a su lado, hablando por los codos, y no dio a entender que hubiese ocurrido

nada irreparable... Pero quizás me engañaron... Nunca se sabe... Pero ¡qué tranquila y segura de sí misma se mostró Ukifuna mientras hablaba con la señora! No parecía que tuviera mucho que ocultar...

El ama montó en un coche que pidió prestado y marchó a casa del gobernador. Al enterarse de lo ocurrido, la «gobernadora» la atacó a preguntas: ¿Cómo estaban los de Nijo? ¿Podía hablarse de un auténtico escándalo? ¿Cómo había reaccionado Naka no Kimi? Los celos atacaban por un igual a gentes de todos los rangos: le constaba por experiencia. Aquella misma noche partió a la casa de Nijo y se sintió muy aliviada al comprobar que Niou no estaba allí.

—Aún es una niña —declaró al llegar—. Estaba convencida de que aquí estaría a salvo y por eso la traje, claro que *con el gato en la calle*. Por otra parte, se diría que la casa está llena de gente que no tiene otra función que espiar...

—Ya no es tan niña como piensas —replicó Naka no Kimi—, y no hay razón alguna para que te pases la vida pisándole los talones y tomando nota de lo que hace...

Pero la madre juzgaba la situación de otro modo.

—Estaba segura de que había hallado el lugar idóneo para ella que había estado buscando durante años, y me decía que, a partir de ahora, ya nadie volvería a mirarnos por encima del hombro... —dijo, llorando—. Pero ahora me doy cuenta de que nunca debí acercarme a ti. Cuando pensé en meterla en un convento estaba en lo cierto...

—¿Qué te angustia? —inquirió Naka no Kimi, profundamente emocionada—. ¡Podrías quejarte si yo no la quisiera a mi lado! Sí, yo *también* conozco a un hombre que no es capaz de controlarse como sería de desear, y de vez en cuando se porta francamente mal. Pero aquí todas conocen al dedillo sus debilidades y toman sus precauciones... Yo me ocuparé personalmente de que nada ocurra a tu hija. ¿Cómo te has vuelto en contra mía?

—No te acuso de comportarte como si no la quisieras a tu lado... —repuso la mujer del gobernador—. ¿Cómo iba a hacerte responsable del modo en que tu padre nos trató? ¡Sería profundamente injusto! Si acudí a ti

no fue por tu padre, sino por el otro vínculo que nos une... [260] Sea como fuere, mañana y pasado debe retirarse del mundo. No puede ver a nadie. He dado con un lugar donde la dejarán en paz, y voy a llevarla allí en cuanto pueda.

Y, tomando a su hija de la mano, la llevó consigo por más que Naka no Kimi intentó detenerla. La «gobernadora» estaba tan excitada que ni siquiera le dijo adiós.

III

La madre de Ukifune disponía de un pabellón campestre para refugiarse cuando las estrellas imponían un cambio de dirección. Aunque no estaba acabado del todo, había sido construido con gusto y se hallaba modestamente amueblado.

—¡Pobre niña! —se quejaba la mujer mientras se dirigían en un coche cerrado a aquel lugar—. ¡Se diría que tu vida ha sido hasta hoy un rosario de desgracias! Hay que reconocer que, sin apoyos ni influencias, resulta muy difícil vivir una existencia digna de tal nombre... En cuanto a mí, no me importaría soportar la peor de las soledades ni de las humillaciones si sólo hubiesen de afectar a mi persona, pero no puedo abandonarte en un lugar donde se te acaba de tratar de un modo indigno a causa de la negligencia de tu hermanastra y de sus sirvientas... ¡Cómo se hubiera reído el mundo de nosotras si llega a ocurrirte algo malo de verdad!

Y, tras mostrar el pabellón a Ukifune, añadió antes de despedirse de su hija:

—Como puedes ver, no se trata de un lugar especialmente elegante, pero procura adaptarte a él lo mejor que puedas, aunque confío en que no habrás de pasar aquí mucho tiempo... Y, por lo que más quieras, no recibas a nadie. Ya se me ocurrirá alguna solución, puedes estar segura.

Nunca antes se había sentido Ukifune tan desamparada. ¡Cuánto le pesaba en aquellos momentos su joven vida! Tampoco parecía más satisfecha la esposa del gobernador: era una vergüenza permitir que aquella belleza excepcional se agostara en un rincón del mundo... Siempre confió en que los encantos de su hija eran más que suficientes para abrirle las puertas de un buen matrimonio, pero ahora tenía que reconocer que se había equivocado... La «gobernadora» solía comportarse como una mujer sensata y responsable, pero cuando se asustaba o se enfurecía, era capaz de perder por completo la cabeza y lanzarse a actuaciones disparatadas sin aconsejarse con nadie. Si quería mantener a su hija apartada del mundo por un tiempo, en la mansión de su marido el gobernador había sitio más que suficiente, y nadie se hubiera opuesto a ello. Por otra parte, le costaba mucho separarse de ella.

—¡Desearía que este pabellón estuviera un poco mejor! — le dijo antes de regresar a casa—. Se ve a la legua que no está concluido del todo, y habrá que asegurarse de que estés siempre debidamente vigilada. He enviado unas cuantas mujeres para que te sirvan y he ordenado a los guardas que cumplan su cometido escrupulosamente. De buena gana me quedaría contigo, si no fuera porque no quiero encolerizar todavía más al patán de mi marido...

El gobernador, convencido de que el teniente que había casado con su hija era un auténtica joya, seguía de pésimo humor, pues, según repetía a gritos de la mañana a la noche, su esposa «no estaba colaborando» en el asunto como de ella esperaba. Pero la mujer no podía echar en olvido que había sido la llegada y ulterior actuación del oficial la causa directa o indirecta de los problemas de su hija. No quería volver a saber nada de él y, habiéndolo visto por casualidad al lado de Niou, le había causado un efecto tan lamentable que no podía pensar en él sin despreciarlo. Y, sin embargo,

le seguía picando la curiosidad, pues aún no había tenido ocasión de examinarlo detenidamente.

Un mediodía, segura de que su yerno se hallaría tomando el fresco delante de los aposentos que habían sido puestos a disposición de la joven pareja en la galería del ala oeste, se acercó al lugar donde se encontraba y se ocultó detrás de un biombo. El oficial estaba en el borde de la galería y contemplaba el jardín. Llevaba una túnica de color rosa, a la sazón muy de moda, y encima un batín de brocado blanco. Visto de cerca, no parecía tan mediocre. Es más: muchas mujeres lo habrían descrito como «un hombre guapo». Su hija, apoyada en un reclinatorio a su lado, era una niña. Jamás hubiesen podido rivalizar con la pareja formada por Niou y la princesa de Uji. De vez en cuando, Sakon se giraba para hacer algún comentario dirigido a esta o aquella azafata del grupo de mujeres que tenían alrededor, y sus ocurrencias hacían reír a todas. No parecía, pues, bobo o carente de instrucción. La mujer llegó a pensar que se trataba de un teniente *distinto*.

—El *hagi* que el príncipe Niou tiene en su jardín es muy bello —estaba diciendo—. Me gustaría saber dónde encontró las semillas... Tiene la forma que todos conocemos, pero parece especialmente grácil. Estuve allí el otro día, cuando su alteza partía a palacio, pero no tuve ocasión de hacerme con un esqueje. Luego recitó el poema de la Dama de Ise sobre el *hagi*, mientras pasaba junto al arbusto...

Y el oficial lo recitó a su vez, mostrando que la poesía no se le daba mal. «¡Maldito farsante!», se dijo la mujer del gobernador. «¡Y qué poca cosa parecía al lado del príncipe! Me gustaría ver qué tal se defiende a la hora de componer...»

Como si la hubiese oído, el oficial improvisó un par de poemitas que no estuvieron mal. Para ponerle a prueba, la mujer le envió estos versos:

«Las hojas de arriba del *hagi*
comprometido parecen inmóviles. ¿A qué se
deberá el cambio de las de abajo?»

Cuando el teniente los leyó, se sintió un poco culpable, pero contestó:

«De haber sabido que procedía de la pradera de Miyagi, hubiese mantenido la palabra dada al frágil hagi. [261]

»Tal vez podamos hablar del asunto en otra ocasión...»

Era evidente que el hombre se había enterado de quién era el padre de Ukifune, y la mujer volvió a desear poder proporcionarle una vida decente, con la seguridad que amparaba la de Naka no Kimi. También regresó a su mente la imagen de Kaoru tal como lo había visto en la casa de Nijo. Aunque era tan hermoso o más que el despreciable Niou, no se le parecía en nada. La conducta del príncipe con su hija, prueba palpable de su poca seriedad en el trato con las mujeres, lo descalificaba para siempre. En cuanto a Kaoru, aunque había dado a entender que la joven despertaba su interés y había hecho indagaciones, no decía nada. Estaba segura de que, después de verlo, su hija pensaba también mucho en él. ¡Qué necia había sido cuando propició el enlace frustrado con el teniente!

De todos modos, Kaoru estaba seguramente demasiado por encima de su hija para considerarlo un marido ideal. El alto cargo que desempeñaba, su refinada educación, las obligaciones que había adquirido al matrimoniarse con una hija del emperador... ¿cómo iban a permitirle consagrarse a hacer feliz a un joven tan sencilla como Ukifune? Cuanto más conocía el mundo, más convencida estaba de que no daba buen resultado mezclar gentes de estamentos distintos. Le constaba cuán distinta era Ukifune de sus demás hijas, ninguna de las cuales se le podía comparar, y el teniente Sakon, que parecía un buen partido en casa del gobernador, se convertía en un botarate en cuanto el príncipe Niou hacía acto de presencia. ¿Qué papel representaría Ukifune al lado de un hombre de tantos méritos como el general y que se había visto favorecido, además, con la mano de una de las princesas imperiales?

Mientras tanto la vida transcurría, monótona, en el pabellón campestre que servía de refugio a Ukifune. Las malas hierbas habían invadido el jardín, un jardín sin una sola flor que le sirviera de consuelo, y conjuraban un ambiente solitario y opresivo, al que contribuían no poco los acentos

rudos de la servidumbre, casi toda procedente del este del país. La «cautiva» seguía pensando en Naka no Kimi. Tampoco había olvidado a Niou: aunque reconocía que su proceder había sido deplorable y el recuerdo de su encuentro aún la llenaba de terror, debía reconocer que le había dicho cosas muy hermosas que nunca antes le había dicho nadie. Y tampoco había olvidado la fragancia dulcísima que despedía su atuendo y que creía seguir notando.

Un día le llegó una afectuosa carta de la esposa del gobernador, que se esforzaba en cumplir sus deberes de madre con la máxima puntualidad y eficiencia. Decía así:

«Puedo imaginar cuan desgraciada debes de sentirte en una casa extraña, pero has de tener paciencia. Al menos, durante un tiempo.»

La muchacha le contestó:

«¡No me siento infeliz en absoluto! Es más: nunca había empleado el tiempo de un modo más agradable.

»Si pudiera dar con un sitio convenientemente alejado del mundo, los días pasarían como un desfile de muchachos contentos.»

Su inocencia puso lágrimas en los ojos de la «gobernadora». ¡Qué cruel le parecía que su hija se hubiera visto obligada a abandonar el hogar materno para vivir en un lugar tan inseguro! Respondió:

«Aunque sea en una casa alejada de este mundo tenebroso, rezo para que me sea dado ver la recompensa que aún está por llegar!»

Y ambas siguieron intercambiándose poemas sinceros y directos.

IV

Kaoru solía visitar Uji los últimos días de otoño. Aquel año no fue excepción y, cuando la angustia que el recuerdo de Oigimi seguía provocándole se hizo insoportable, partió a las montañas con la excusa de ver las obras que se estaban llevando a cabo en el palacio del príncipe Hachi. Había pasado mucho tiempo desde su última visita, y el colorido de las hojas de otoño era excepcionalmente bello. El lugar que ocupara la casa antigua estaba completamente vacío, y el edificio había sido reconstruido de forma espléndida en otro lugar. Kaoru recordó las viejas estancias, ahora desaparecidas, del que fuera hogar de su amigo y maestro, casi monásticas en su simplicidad, y a punto estuvo de arrepentirse de haber ordenado su demolición. Los biombos y los pocos muebles que allí había, se hallaban ahora distribuidos entre las celdas del monasterio cercano. Para la nueva mansión había mandado hacer un mobiliario adecuado para una residencia de montaña, de un gusto exquisito pero sin afectaciones. El resultado no podía ser más satisfactorio.

Salió al jardín y se sentó junto al arroyo. Y allí permaneció largo tiempo, sin poder levantarse. Improvisó:

—Siguen fluyendo, claras y sonoras, las aguas de antaño... Pero ¿serían capaces de reflejar la imagen de los que se han ido?

Secándose una lágrima, entró en la mansión nueva a ver a la monja. Cuando Ben no Kimi lo vio tan dolorido, también se echó a llorar. El general se sentó en el umbral de su puerta y levantó un poco la persiana. Una cortina protegía a la mujer.

—Me he enterado de que hace pocos días cierta muchacha estuvo en la casa de Nijo —apuntó Kaoru, llevando la conversación al terreno que le interesaba—. Pero no me atreví a ir a visitarla... ¿Qué hubiese pensado la gente? Quizás tú pudieras hacerle llegar un mensaje de mi parte...

—Recibí no hace mucho una carta de la mujer del gobernador —dijo Ben no Kimi—. Parece que está trasladando continuamente a su hija para evitar orientaciones funestas. Ahora la tiene encerrada en un humilde pabellón quién sabe dónde... La mejor solución sería enviarla a esta casa para que viviera a mi lado, pero los viajes por la montaña la asustan.

—En cambio aquí estoy yo —declaró el general—. Todos los años he recorrido esos caminos montañosos que parecen asustarles tanto. ¿Cómo se explica? ¿Qué hemos heredado de otras vidas para que ello ocurra? Envíale un mensaje, dondequiera que esté... ¿Y por qué no vas tú misma?

—No sería difícil enviarle un mensaje... En cuanto a ir yo misma, me temo que ya no estoy en condiciones de ir a la ciudad... Ni siquiera me atrevo a visitar a Naka no Kimi...

—Tienes que mostrarte más valiente. Si procuramos que nadie se entere, nadie hablará. Incluso los eremitas del monte Atago se dejaban caer por la ciudad ocasionalmente. El Iluminado mismo aprueba que se rompan los votos más solemnes cuando se trata de hacer feliz a alguien...

—No soy suficientemente santa... ni me considero *un puente que permita a otros cruzar el río*... Y, por más que tratemos de evitarlo, empezarán a correr rumores...

En contra de su costumbre, Kaoru no se dio por satisfecho y siguió insistiendo.

—Nunca tendrás una ocasión mejor —dijo—. Pasado mañana te enviaré un coche... Mientras tanto procura averiguar dónde se encuentra.

Y añadió con una sonrisa:

—Me conoces perfectamente, y sabes que nunca te buscaría complicaciones...

Ben no Kimi no estaba tan convencida. ¿Qué se llevaba entre manos el general? Sea como fuere, Kaoru no era un necio ni un temerario, y, además, dada su condición de yerno del emperador, tenía que mirar por su buen nombre.

—Está bien —dijo al fin—. Haré lo que me pides. La joven vive en una casita que está muy cerca de la tuya, y tal vez no sería mala idea que le hicieras llegar antes una nota. No quisiera parecer una entrometida. A mis años, no quiero ganarme fama de oficiosa...

Se veía que, a pesar de su resistencia, la idea la divertía. El general partió de noche, no sin antes recoger unas cuantas flores y algunas ramas otoñales que llevó a su esposa, la Segunda Princesa. La dama no se sentía desgraciada en su matrimonio, aunque a veces notaba a su marido ausente e incómodo. El emperador, en cambio, preocupado pues no percibía en su yerno la pasión que hubiese esperado, escribía con frecuencia a la monja de Sanjo ^[262] para intercambiar impresiones sobre la pareja. Debe reconocerse que Kaoru hacía cuanto estaba en su mano para demostrar a su esposa el

respeto que le era debido, pero siempre daba la impresión de que se quedaba corto, pues no es fácil satisfacer a una dama tan mimada por sus padres. Ahora, además, una nueva relación parecía a punto de empezar.

A primera hora de la mañana del día acordado el general envió a Ben no Kimi un coche escoltado por un cortesano de su confianza y un oscuro funcionario, y les mandó completar la guardia con hombres de Uji. Obedeciendo sus órdenes, la monja se introdujo en el coche. Durante el viaje, el paisaje montañoso desfilaba delante de sus ojos evocando en ella recuerdos de otros tiempos. El pabellón campestre que la esperaba al fin de su trayecto era muy tranquilo y parecía medio abandonado. Nadie salió a recibirla, y hubo de enviar un hombre a informar a los habitantes de la casa que estaba allí y las razones de su visita. Enseguida aparecieron unas criadas jóvenes que la mujer recordaba de la peregrinación de Ukifune y la hicieron pasar.

Ukifune, consumida hasta entonces por la tristeza y el aburrimiento, se sintió encantada al enterarse de la visita. ¡Al fin tendría a alguien cerca con quien intercambiar recuerdos! Por otra parte, siempre se había sentido muy próxima a aquella buena mujer que tan fielmente sirviera a su padre.

—Nunca he dejado de pensar en ti —le dijo la monja—, pero me he apartado tanto del mundo que ni siquiera visito a mi señora, la princesa que vive en Nijo. Pero Kaoru vino a hablar conmigo, se mostró más testarudo que un buey, y al fin hube de resignarme a venir a verte.

La joven y su ama se alegraron de que aquel caballero tan exquisito no las hubiera olvidado, pero al comprobar que se disponía a entrar en contacto con ellas casi de inmediato (¿qué sentido había que dar, si no, a la visita de la monja?), quedaron atónitas. Aquella misma noche oyeron unos golpecitos en la puerta del jardín. Ben no Kimi mandó abrir, pensando que se trataba de uno de los hombres de Uji, pero cuál no sería su sorpresa al ver entrar un coche que se detuvo delante del pabellón.

—Acompañadnos al aposento de la monja —dijo un hombre que se anunció como el sobreintendente de la casa que Kaoru tenía en Uji.

La anciana se acercó a la puerta mientras lloviznaba sobre el tejado, y la fresca brisa nocturna hizo llegar a todos una fragancia inconfundible que

pregonaba quién era el visitante. Al reconocerlo, todas se alarmaron porque el pabellón era muy humilde y no habían hecho preparativo alguno para recibir a un huésped tan excepcional.

—¿Podría hablar con la dama en privado? —preguntó Kaoru.

Ukifune no sabía qué responder.

—Nos guste o no, el general está aquí, y no lo podemos echar —dijo el ama—, Dile al menos que se siente. Mientras enviaremos a alguien para que informe a tu madre.

—¡No seas boba! —se apresuró a decir la monja—. ¿Qué necesidad hay de que se entere? Son un par de jóvenes que tienen ganas de hablar entre ellos, y tú ya das por hecho que van a enamorarse a primera vista... El general es un joven serio y reflexivo y no va lanzarse sobre la muchacha...

Cada vez llovía con mayor intensidad, y los guardas que vigilaban el pabellón intercambiaban las consignas con un fuerte acento del este.

—Vigila la esquina sureste. Mete el carro dentro y cierra la puerta. Esa gente no sabe lo que se hace...

Todo sonaba tan extraño... Kaoru, sentado en el borde de la galería de aquella casita, musitaba:

—No hay refugio en Sano...

»¿Es la hierba espesa que ciega el acceso a tu pabellón campestre, ^[263] culpable de que me toque esperar tanto bajo la lluvia?

El perfume que la brisa esparcía por doquier llenó de asombro a los ingenuos sirvientes del pabellón. Viendo que Kaoru no se iría por su propia voluntad, Ukifune mandó al fin que se le pusiera un cojín delante de la estancia del sur. Obedeciendo a sus mujeres, abrió un poco la puerta corredera de rústico leño.

—No estoy acostumbrado a perder el tiempo admirando puertas de madera y maldigo al carpintero que las construyó —dijo el general, abrió la puerta bruscamente y entró en la estancia.

Convencido de que sería un gran error confesarle que buscaba en ella una sustituta de su hermana difunta, prosiguió: —Tal vez no lo sepas, pero

un día te descubrí en otro lugar a través de la rendija de una puerta. Desde entonces no te he podido apartar de mi pensamiento. Supongo que ha sido cosa del destino, pero he pensado tanto en ti que me parece inexplicable.

La joven era menuda y bonita, y no sólo no le defraudó, sino que su encanto y su gracia lo encandilaron. Pronto apuntaría el alba, pero no se oía el canto de los gallos. De la calle cercana llegaban a sus oídos las voces destempladas de los vendedores ambulantes pregonando sus mercancías. Kaoru no estaba acostumbrado a aquellos gritos y recordó haber oído decir que aquellas pobres gentes, al vagar por la calle envueltas en la niebla matinal y con enormes fardos sobre la cabeza, parecían espectros del infierno. Aquella experiencia completamente nueva, vivida en aquella casita de madera carcomida, le fascinó. Al fin escuchó el desfile de los hombres de la guardia nocturna que abandonaban sus puestos.

Ordenó traer su carruaje, que se detuvo ante la puerta doble de la estancia principal, y, tomando a Ukifune en brazos, la metió en él. Las mujeres de la servidumbre contemplaban la escena llenas de horror. Además estaban en el mes noveno, el más nefasto de todos. Ben no Kimi, tan asustada como las demás, procuró mantener la calma y trató de tranquilizarlas:

—No os alarméis —les dijo—. El general sabe lo que se hace... Y, aunque digáis que estamos en un mal mes, recordad que mañana es trece y empieza el invierno...

A continuación, dirigiéndose a Kaoru, añadió:

—Esta vez no puedo acompañarte. Tengo que visitar a mi señora Naka no Kimi. Si se entera de que he estado en la capital y no he ido a verla, no me lo perdonará.

Pero el general no quería que la princesa se enterase aún de su aventura.

—Ya la pedirás disculpas en otro momento —le dijo—. Te necesito para que me guíes. Y necesitamos a alguien más.

Ben no Kimi y Jiju se metieron en el coche, mientras el ama de la joven se quedaba en el pabellón, víctima de un ataque de nervios. La monja pensaba que no irían muy lejos, pero Kaoru las llevó a Uji. Lo había previsto todo: incluso un par de bueyes de repuesto. Cuando cruzaron el río

Kamo, dejando atrás el templo de Hoshoji, ^[264] amanecía. Jiju pudo ver por primera vez el rostro de Kaoru, y la dejó con la boca abierta. Ukifune estaba sentada con la cabeza gacha, demasiado desconcertada para observar lo que ocurría a su alrededor. Para evitar en lo posible a la joven las incomodidades derivadas del traqueteo del carruaje (el camino era de roca y estaba lleno de baches), el hombre la abrazó fuertemente. Una cortina de gasa los separaba de las dos mujeres, que ocupaban la parte trasera del vehículo. Ben no Kimi rezó para que Kaoru tuviera la consideración de no exhibir a su «presa» a la luz del día, aunque, en el fondo, lo que más lamentaba era que la afortunada no fuese Oigimi. Aunque intentaba controlarse, el dolor pudo más y su cara se torció en una mueca trágica. ¿Por qué le había tocado en suerte vivir tanto tiempo? ¡Vieja idiota!, pensó Jiju. En esas excursiones románticas una monja sobra, y si su presencia ya resultaba desagradable, aquellas lágrimas absurdas todavía empeoraban la situación.

Aunque, como se ha dicho, Ukifune no decepcionó a Kaoru, algo en el cielo y en el ambiente que lo rodeaba le devolvió súbitamente el recuerdo de Oigimi. Mientras viajaban entre montañas, notó que sus ojos se nublaban, y de nuevo cayó víctima de su memoria. Con el brazo apoyado en la ventana del carruaje, miraba por la ventana, y sus largas mangas, que colgaban por debajo de las persianas hasta rozar el suelo, estaban tan mojadas que el color escarlata brillante de su túnica podía verse a través del tejido estampado de flores de su *uchiki*. Introdujo sus mangas en el vehículo, mientras improvisaba:

—Pienso en buscar a alguien capaz de igualarla, mientras mis mangas están tan empapadas en llanto como la tierra en bruma matinal.

La monja lo oyó, y hubiese deseado secar sus propias mangas, mientras Jiju hallaba la situación muy extraña. ¿Cómo era posible, se decía, que el joven y la anciana se dedicasen a estropear aquella excursión que tantas

delicias prometiera? ¡Kaoru suspiraba y Ben no Kimi gemía! Al fin el general se dirigió a la joven que tenía al lado y le dijo:

—Siempre que paso por este camino, los recuerdos afluyen a mi cabeza... Observa los colores de las colinas... Todavía no has dicho una palabra desde que partimos.

Y la obligó a mirar. Ukifune se protegió tímidamente el rostro con un abanico. ¡Cuánto se parecía *externamente* a Oigimi, pero su talante dócil y pasivo le hacía sentirse incómodo! Oigimi también era frágil y un poco infantil, pero, al mismo tiempo, sabía expresarse con elocuencia y profundidad y hacerse escuchar... El hecho de tener la «copia» al lado, llevó a Kaoru a echar de menos al «original» más que nunca...

Cuando llegaron a Uji, Kaoru no pudo evitar preguntarse qué le habría parecido la nueva mansión a la amada muerta. Súbitamente tuvo la impresión de que estaba a su lado, observándolo, y se puso a hablarle sin palabras, y a justificar su aventura... «Lo he hecho por ti, sólo pensando en ti...» Por unos momentos se olvidó por completo de Ukifune.

La joven se sentía angustiada, tanto por su madre como por ella misma, pero le bastaba recordar las tiernas palabras que le había dirigido el general la noche anterior y en el curso del viaje para recobrar la confianza en el futuro. Ben no Kimi descendió del coche, y, dando la vuelta a la mansión, entró por una puerta lateral como si quisiera dar a entender que, de ahora en adelante, sería Ukifune la «señora de la casa», aunque Kaoru no la había informado aún de cuáles eran sus verdaderas intenciones. Al poco rato se presentaron campesinos de la granja de Kaoru para ponerse a sus órdenes. Las hierbas habían invadido el acceso, y se les ordenó que las cortaran. La nueva mansión había sido construida según la última moda tomando en consideración el río y las montañas que constituían su «telón de fondo». Al contemplarla, Ukifune, prisionera durante semanas en el sombrío pabellón campestre, se sintió transportada a un mundo nuevo, de belleza inaudita... Pero ¿qué le esperaba allí? ¿Qué se proponía hacer con ella el apuesto general? Esta era todavía la gran incógnita.

Para justificar su ausencia, Kaoru envió cartas a su madre y a su esposa. Les decía:

«Encargué unos ornamentos para la capilla de Uji, y, siendo hoy un día propicio, he ido a inspeccionarlos. No me encuentro muy bien, y, por si ello fuera poco, me afecta un tabú de dirección, de modo que seguramente no podré regresar hasta pasado mañana.»

Al verlo vestido informalmente, Ukifune lo halló más hermoso aún, si cabe, y, aunque no se había desprendido del todo de su timidez, ya no consideraba necesario cubrirse el rostro en su presencia. Su vestuario sorprendió al general por su buen gusto (había esperado algo mucho más rústico), pero no pudo dejar de recordar cuan elegante resultaba Oigimi vestida con ropas que se rasgaban solas de puro viejas... No, Ukifune no se le podía comparar, aunque había que reconocer que tenía una cabellera soberbia, gruesa, flexible y sedosa hasta las puntas. También la Segunda Princesa tenía una bonita melena, pero la de Ukifune era claramente superior.

El principal problema de Kaoru era qué hacer con ella. Instalarla en su mansión de la capital como «señora» resultaba impensable: el emperador lo hubiese interpretado como una declaración de guerra. Colocarla en su casa como una concubina más no generaría conflictos, pero no estaba dispuesto a rebajarla relegándola a la posición propia de una mujer sin categoría alguna. Decidió que, de momento, permanecería en Uji. Consciente de la soledad que le esperaba (pues cada vez le resultaría más difícil acometer el viaje a las montañas), estuvo hablándole tiernamente hasta la noche. Le habló de su padre, el príncipe Hachi, y de eventos ocurridos muchos años atrás, y de vez en cuando llegó a aventurarse a introducir alguna broma o chiste en su discurso. Seguía encontrando a la joven excesivamente tímida, pero ello no dejaba de tener sus ventajas. Lo achacó a una educación defectuosa, y se propuso convertirse en su maestro. De haber sido la chica provinciana que habla por los codos, hubiera resultado imposible hacer de ella alguien parecido a Oigimi.

Mandó traer los kotos del príncipe difunto, aunque no tardó en darse cuenta de que la educación musical de Ukifune había sido casi nula y hubo de afinar personalmente los instrumentos. En cuanto se puso a tocar, le invadió una ola inmensa de tristeza procedente del pasado. No había vuelto

a poner las manos en un koto en Uji desde la muerte del príncipe, aunque no hubiera sido capaz de explicar por qué. Mientras tocaba, sumido en recuerdos, salió la luna. El príncipe no fue un músico excepcional ni mucho menos, pero su modo de tocar llegaba al alma.

—¡Ojalá hubieras conocido este lugar cuando todos vivían aún! —dijo a Ukifune—. Seguro que entenderías la razón de que el sonido de este koto pueda conmovirme tanto... No éramos parientes, pero el príncipe me apreciaba mucho. ¡Fue una lástima que hubieras de pasar tantos años en una provincia lejana!

Mientras la joven jugueteaba con su abanico, Kaoru observó de reojo su perfil, blanco como la luna de agosto, y la curva de su frente, que desaparecía donde empezaba su espléndida cabellera, tan parecida a la de su hermana mayor. Tenía que darle lecciones de música y hacer de ella una dama que pudiera presentarse en el palacio imperial.

—¿Nunca has probado el koto? —le preguntó—. ¿Ni siquiera el koto del este? [265]

—Ni siquiera sé hablar la lengua de la capital. ¿Cómo iba a conocer el koto?

Era una muchacha lista. ¡Qué lástima que las circunstancias le obligaran a vivir tan lejos de ella!, se dijo el general.

—La voz *del koto nocturno, abandonado en la terraza del rey de Chu...* [266]—susurró Kaoru, citando un viejo poema.

A pesar de haber nacido en una región donde el sonido más frecuente es el de la flecha que corta el aire, Jiju se emocionó una vez más al oír recitar al general. ¡Con qué facilidad aquel hombre maravilloso daba con la cita adecuada para cada situación! Sólo que, en aquella ocasión, los versos no pudieron venir menos a cuento, pues la dama del poema se quejaba de haber sido abandonada «como un abanico de verano cuando llega el otoño». Kaoru se dio cuenta de su error: ¿cómo se le había ocurrido citar aquellos versos de mal augurio sabiendo tantos? Por una vez deseó que Ukifune no conociera el poema.

Ben no Kimi les envió una caja llena de fruta. Sobre la tapa había puesto unas cuantas hojas de arce y de hiedra, y, medio oculta entre ellas,

Kaoru descubrió una nota garrapateada por la mano temblorosa de la monja, que leyó en voz alta a la luz de la luna:

—«Ha llegado el otoño, y han mudado de color las hojas de la hiedra. Pero sigue brillando como antaño la luna de los recuerdos.»

A continuación recitó suavemente un poema propio, pero que no debía interpretarse como una respuesta al otro:

—La aldea se sigue llamando Uji, pero aquí, en mi aposento, los rayos de la luna iluminan la cara de otra.

Jiju trató de memorizar aquellos versos para repetirlos a la monja a la primera ocasión.

Capítulo 51 Ukifune

I

Niou no había olvidado a la misteriosa joven que sorprendiera en la estancia del ala oeste de la casa de Nijo. Seguramente pertenecía a una familia vulgar, pero le pareció una criatura deliciosa, y el hecho de que hubiese desaparecido después de un encuentro abortado de un modo tan

poco satisfactorio le irritaba profundamente, pues estaba acostumbrado a salirse siempre con la suya. En cuanto a la actitud de Naka no Kimi, le costaba explicársela. No lograba entender que se hubiera tomado aquella «anécdota» tan a pecho, hasta el extremo de expulsar a la joven de su casa. No parecía digno de ella...

—¡Nunca lo hubiera dicho! —le repetía sin cesar, hasta el punto de que Naka no Kimi empezó a preguntarse si no había llegado el momento de contarle toda la historia.

Pero prefirió callar: la joven había atraído la atención de un personaje importante, ^[267] que, aunque no podría convertirla nunca en su esposa principal, estaba tan enamorado de ella que la había ocultado cuidadosamente, y revelar el secreto de su paradero a Niou podía resultar sumamente peligroso, pues, en cuanto se encaprichaba de alguna muchacha que descubría a su alrededor, era capaz de cualquier cosa con tal de no perderla. La tentación podía con todo, y acudía a los lugares más insospechados para estar con ella. Este parecía el caso desencadenado por aquella muchacha que había entrevisto una noche en la casa de Nijo, y que, a juzgar por su inquietud y continuos cambios de humor, seguía pesando sobre su corazón.

Si lograba enterarse de la historia a través de otra persona, lo sentiría por Kaoru y la muchacha, pues Niou no era de los que se dejan convencer fácilmente cuando se encuentran bajo la influencia de un capricho. Por otra parte, si llegaba a suceder, sus efectos sobre ella misma serían aún peores que los de todas sus demás intrigas juntas, pues no dejaba de tratarse de su hermana. Decidió hacer todo lo posible para no colaborar en el asunto, evitando con sumo cuidado toda imprudencia. A pesar de su insistencia y reproches, se negó en todo momento a revelarles la identidad de la joven y la razón de que hubiera pasado unos días en su casa. No recurrió a engaños, prefiriendo negarse lisa y llanamente a contestar, mientras él le reprochaba sus absurdos celos.

La conducta de Kaoru, por otra parte, rayaba en lo increíble. Incapaz de sospechar que otros podían ser bastante menos «razonables» que él, se dedicaba al cumplimiento escrupuloso de sus obligaciones en la corte y

acudía a Uji tan pocas veces que se hubiera dicho *que los dioses mismos se lo habían prohibido*. Estaba seguro de que, tarde o temprano, sería capaz de responder a las expectativas de la muchacha, y se convertiría en su compañero en la mansión de las montañas. Inventaría un pretexto plausible, y pasarían juntos unos cuantos días, pero, por el momento, resultaba preferible que nadie supiera nada del paradero de la joven.

En cuanto ella estuviera más tranquila y segura en su nueva residencia y perdiera su timidez excesiva, se repetía, desarrollarían juntos algún tipo de relación que resultara satisfactoria para ambos y no dañase su buen nombre en la corte. No quería que, en la capital, todos sus conocidos se pasaran la vida preguntándose a sus espaldas: «¿Quién es *ella?*» o «¿Desde cuándo dura esa historia?» Si continuaba visitando Uji, lo haría sin llamar la atención y pretextando que no podía abandonar el santuario que allí había hecho construir. Tampoco quería que Naka no Kimi llegara a imaginar que, de un plumazo, había borrado todo el doloroso pasado que ambos habían compartido. Como solía hacer, quiso tomar en consideración demasiadas cosas a la vez, y eso, a la postre, siempre acababa en fracaso.

A medio plazo, claro está, se proponía llevar a la joven a la capital (la de Uji era únicamente una solución «provisional») y empezó a hacer planes para construir un ala especial para Ukifune en su mansión o incluso para adquirir otra casa. Estaba muy ocupado, pero seguía visitando regularmente a Naka no Kimi, y, aunque no pocas de sus azafatas fueran incapaces de entender aquella situación, la princesa, mucho más familiarizada ya con los usos del mundo, se lo agradecía en el alma. Era un hombre incapaz de olvidar, sobre cuyos sentimientos el paso del tiempo no hacía mella alguna. Los años parecían mejorarle y cada vez esperaba más de él. Al considerar, en cambio, la inconstancia y frivolidad de su marido, únicamente podía suspirar y lamentarse del deplorable sino que le había tocado en suerte. Los planes de Oigimi, empeñada en unirla a toda costa con Kaoru, habían acabado en nada, y ahora se encontraba casada con un hombre que aportaba muy pocas alegrías a su vida.

De todos modos, cuando Kaoru iba a visitarla, trataba de ocultarle hasta qué punto su presencia le alegraba, aunque los años de Uji se fueran

difuminando lentamente en la distancia. Procuraba que las visitas del general no menudearan demasiado ni fuesen excesivamente largas, pues las gentes de baja condición que la rodeaban y desconocían los detalles de la historia, hubiesen hallado seguramente extraño que siguiera recibiendo con tanta familiaridad al que tenían por un «antiguo pretendiente». Además se esforzaba en parecer distante, aunque sus sentimientos auténticos no hubieran cambiado en absoluto. A veces Niou le propinaba algún disgusto o mal rato con sus celos infundados o sus sórdidas aventuras, pero ella se consolaba con el hijo de ambos. También el príncipe estaba encantado con la criatura, y, convencido de que ninguna de sus otras damas le regalaría jamás algo tan precioso, se mostraba generosísimo con ella. Indudablemente le importaba mucho más que la hija de Yugiri que lo esperaba en el palacio nuevo.

Un mediodía (el año nuevo se acercaba ya), mientras Niou estaba jugando con su hijo, que iba para los dos años, se presentó una niña en la casa y entregó a la princesa una gruesa carta en un sobre de color crema. La acompañaban una cesta de las llamadas «barbudas» ^[268] unida a un pinito artificial y otra carta en un sobre verde, de apariencia más formal.

—¿Quién lo enviará? —se preguntó Niou.

—El hombre que las trajo dijo que procedían de Uji y que eran para Tayu —respondió la niña—. No sé qué hacer con ellas e iba a mostrárselas a la señora. Siempre quiere echar un vistazo a todo lo que llega a su casa. Mira la cesta, parece pintada... Y ese arbolillo se diría que es de verdad...

El príncipe le pidió con una sonrisa que se las dejara ver, pero Naka no Kimi, que estaba presente, no pudo evitar sonrojarse y ordenó a la niña que lo llevara inmediatamente a Tayu, pues no quería que Niou leyera las cartas. El príncipe, siempre al borde del ataque de celos, sospechó que se trataba de correspondencia secreta que su dama mantenía con Kaoru. Aunque la caligrafía de los sobres parecía femenina, sabía que no resulta difícil imitar una letra o utilizar los servicios de otra persona para no infundir sospechas. Al fin no pudo resistir la tentación, alargó la mano y cogió uno de los sobres, deseando haberse equivocado.

—¿Te enfadarás mucho si la abro? —preguntó a Naka no Kimi.

—Las personas bien educadas no se dedican a interceptar cartas de mujeres —respondió la dama, fingiendo no dar importancia al asunto.

—Debes mostrármelas —insistió el hombre—. Me cuesta imaginar cómo puede ser la carta de una mujer dirigida a otra.

Sin pensárselo dos veces, abrió el sobre verde y sacó la carta. La caligrafía era indudablemente de una mujer, y de una mujer muy joven. Se trataba de una felicitación de año nuevo, sin ninguna particularidad especial. Decía:

«Te he escrito muy poco, y el año nuevo está a punto de llegar. Las nieblas invernales siguen pesando sobre nuestras pobres montañas... En cuanto al arbolillo que acompaña a esta carta, dáselo al niño...»

El príncipe sintió curiosidad por saber quién era la autora de aquella misiva. Se hizo con la otra carta, rasgó el sobre y la extrajo. También parecía escrita por una mujer, seguramente de más edad, y decía así:

«¿Cómo se encuentra mi señora cuando el nuevo año está a punto de empezar? Estoy segura de que pronto tendrás la casa llena de visitas... En cuanto a nosotras, debo reconocer que la casa es magnífica, y que no nos falta de nada, pero es una verdadera lástima que la muchacha haya de vivir encerrada entre montañas. Estoy harta de decirle que deje de pasar el tiempo sentada mano sobre mano y vaya de vez en cuando a la capital a pasar unos días contigo, pero ella no quiere ni oír hablar de ello por lo que ocurrió, y prefiere esta soledad. Te envío esos mata-demonios ^[269] para que el niño los utilice el día de la Liebre... Procura que su padre no los vea.»

La carta le disgustó por su tono quejumbroso, que nada tenía que ver con la época radiante del año que estaba en puertas. Volvió a leerla de principio a fin, y, desconcertado, dijo a la dama:

—Dime de quién es.

—La hija de una criada que nos servía en Uji se ha visto obligada a regresar junto a su madre para cuidar de ella...

No parecía la caligrafía de una criada cualquiera, y aquel «por lo que ocurrió» le dio que pensar. Los matademonios habían sido hechos a conciencia, y del pinito artificial colgaba un poema que decía:

«Esta ramita que te envió es muy tierna aún, pero sabe que deseo a tu hijo una vida tan larga como la del pino.»

A pesar de la vulgaridad de aquellos versos, él los leía una y otra vez, intuyendo que su autora era una mujer cuyo recuerdo no se podía quitar de encima en los últimos tiempos. Al fin dijo a Naka no Kimi:

—Debes contestarle, de lo contrario quedarás muy mal. Y no comprendo tus razones para tanto secretismo. Cuando estás así, prefiero dejarte.

En cuanto se hubo ido, la princesa reunió a sus mujeres.

—¡Que disparate! —les dijo—. ¿Cómo se os ocurrió confiar la entrega de las cartas a una niña?

—No fue idea nuestra... —se defendió una de las azafatas—. Esta criatura es oficiosa y desvergonzada a más no poder, y, por si fuera poco, no calza muchos puntos. *Fue ella* la que se apoderó de las cartas en cuanto llegó el mensajero, y corrió hacia ti como si la persiguieran todos los diablos del infierno...

—¡No la toméis con ella, os lo ruego! —dijo Naka no Kimi—. Es muy niña todavía.

La criadita había entrado al servicio de Naka no Kimi el invierno anterior, y, como era monina, a Niou le caía bien. De regreso a sus aposentos, el príncipe se puso a meditar sobre lo que acababa de ocurrir. Todo parecía notoriamente extraño... Había oído decir que Kaoru seguía visitando Uji y que a veces pasaba noches allí: no pudo evitar sonreír, pues no dejaba de ser una conducta un tanto extraña por más que aquel lugar significara tanto para su amigo. ¡Era evidente que ocultaba una dama en aquel lugar!

El príncipe se acordó de cierto oficial llamado Michisada, ahora en funciones de secretario particular, que había sido compañero suyo de estudios y tenía numerosos amigos entre los escuderos de Kaoru, pues había matrimoniado con la hermana de uno de ellos. Estaba seguro de que a través de él podría descubrir algo. Le llamó y le pidió que le trajera unas

antologías poéticas para un concurso de adivinanzas que se proponía organizar. En cuanto se las entregó, las puso en un estante y le soltó de sopetón:

—Me he enterado de que el general Kaoru sigue yendo a Uji con regularidad... También me han contado que el templo que ha hecho construir es digno de verse. Me gustaría poder admirarlo.

—Sí, mi cuñado me dice que es un lugar magnífico —repuso el otro—. Hay una capilla dedicada a la Meditación Perpetua y no sé cuántas cosas más... Y lo más admirable es que él mismo trazó los planos de todo... En esos últimos meses ha ido con frecuencia. También ha llegado a mis oídos que allí tiene una mujer... Sea quien fuere, es obvio que la adora, pues ha dado órdenes al personal de una granja vecina de su propiedad de que no le falte de nada y envíen hombres regularmente a vigilar la casa. Incluso les ha mandado que, si ella deseaba algo difícil de encontrar en Uji, fuesen a la capital a comprárselo. ¡Una mujer con suerte! Aunque debe morir de aburrimiento, encerrada entre aquellas montañas...

—¿Se sospecha quién pueda ser? —insistió el príncipe—. Me consta que allí vive una monja por la que el general siente mucho cariño...

—La monja vive en la galería y la dama en el cuerpo principal de la mansión —explicó el escudero—. No le falta ninguna comodidad ni servicio que la atienda...

—¡Muy interesante! —comentó Niou—. ¿Y se sabe qué planes tiene de cara al futuro? ¿Y de qué clase de mujer se trata? El general es un hombre muy complicado, y muy distinto de nosotros... Ha llegado a mis oídos que su hermano, el ministro de la izquierda, pasa la vida riñéndolo porque le parece que exagera su piedad y pierde el tiempo entregado a la devoción en los santuarios de las montañas... Todos dicen que la capital está llena de santuarios y que no hay necesidad de ir tan lejos para congraciarse con el Iluminado... Cuentan que hizo levantar el santuario en memoria de la hija mayor del príncipe Hachi, de la que anduvo muy enamorado hasta que la muerte se la arrebató. ¡Y, sin embargo, parece que al fin ha encontrado consuelo! ¡Debe reconocerse que es un tipo desconcertante! Está visto que incluso los santos esconden sus secretillos...

La historia que acababa de oír de labios de Michisada resultaba plausible, pues estaba en contacto directo con los hombres de mayor confianza del general. Ahora se trataba de averiguar si la amante de Kaoru era la misma joven que había entrevistado en la mansión de Nijo. Por fuerza debía ser algo muy excepcional si había logrado despertar el interés de un hombre tan exigente como Kaoru. ¿Y qué podía tener que ver con Naka no Kimi? Porque algo le decía que la madre de su hijo y su mejor amigo estaban detrás del asunto y habían hecho desaparecer a la muchacha de la capital.

En cuanto hubieron concluido la competición de arquería y el banquete literario, Niou tenía tiempo de sobras para emplearlo en sí mismo, pero sólo pensaba en ir a Uji. El secretario que le había revelado el secreto de Kaoru era un sujeto ambicioso y no iba a negarse a prestarle un servicio si pensaba que, a la postre, podía redundar en su propio beneficio. Volvió, pues, a convocarlo y le dijo:

—Supón que te pido algo realmente complicado. ¿Estarías dispuesto a hacerlo por mí?

Por toda respuesta, el hombre se inclinó profundamente.

—Muy bien. Vamos a ello. Tengo fundadas razones para sospechar que la joven que está ahora en Uji es alguien que traté brevemente hace algunos años. Cierta día desapareció sin dejar rastro, y se me ha dicho que fue el general quien se la llevó. De todos modos, no estoy seguro del todo. Necesito *hacer averiguaciones*... ¿Crees que podrías ayudarme sin llamar la atención?

Me está pidiendo algo complicado, se dijo el hombre, pero no quería defraudarle.

—El camino discurre entre montes fragosos —dijo—, pero el lugar tampoco está tan lejos. Si partes al caer la tarde, puedes estar allí sobre las diez. Y sería conveniente estar de regreso de madrugada. Sólo lo sabrían los hombres que te acompañasen, y ni siquiera a ellos hace falta revelarles *toda* la verdad.

Aunque Niou se daba cuenta de que iba a cometer una imprudencia, no pudo resistir la tentación. Le acompañaron dos o tres hombres que le habían

dato escolta en otros viajes a Uji, el secretario particular y un hijo de su nodriza que había sido promovido al quinto rango hacía poco, todos ellos de su entera confianza. El secretario se había encargado de hacer averiguaciones en la mansión de la Sexta Avenida, y le constaba que Kaoru no podría abandonar la capital en los próximos dos o tres días.

II

Niou, vestido de incógnito, se dirigió en coche hasta el templo de Hoshoji, y allí cambió el coche por un caballo. Poco a poco fueron regresando los recuerdos: a medida que se adentraba en aquella región montañosa, todo le parecía extrañamente familiar. En los viejos tiempos fue su amigo Kaoru quien lo acompañara a Uji por primera vez. Tenía mala conciencia por lo que le estaba haciendo ahora, y, al mismo tiempo, estaba un poco asustado. Pero se animó a medida que empezaron a subir las montañas. ¿Cuánto tardarían en llegar? ¿Cómo lo iba a recibir la muchacha? ¿Se dejaría ver? ¿Qué papel más ridículo le tocaría hacer si, después de tantos desvelos, se negaba a recibirlo!

No se presentaron complicaciones, y a las ocho de la tarde estaba ya en Uji. El secretario, que se había hecho revelar la configuración de la casa que allí les aguardaba, les indicó un acceso del lado oeste, que no solía estar vigilado. Atravesando una cerca de cañas de bambú, se introdujeron en el jardín. El secretario dudaba sobre el camino a tomar, pero descubrió una luz mortecina y oyó crepitar de sedas en la fachada sur de la mansión.

—Parece que todavía hay gente levantada... Seguidme —les dijo.

El príncipe subió la escalera sigilosamente y descubrió una rendija en una persiana. La mansión era nueva y estaba muy limpia, pero tenía muy pocos muebles. Las mujeres, convencidas de que su intimidad estaba a salvo, no se habían tomado la molestia de protegerse con cortinas interiores. A la luz de una linterna descubrió a tres mujeres cosiendo. Una criada muy mona estaba hilando en una rueca. Niou recordaba haber entrevisto su cara a la luz de una antorcha en la casa de Nijo. ¿O se equivocaba? Vio luego a otra criada a la que llamaban Ukon. Ukifune contemplaba la linterna con los ojos entrecerrados y la cabeza apoyada en el brazo. Sus ojos brillantes como los de una niña, pero llenos de dignidad, su noble frente y su cabellera espesa la recordaron mucho a su princesa de la mansión de Nijo.

—Si te vas, no creo que regreses pronto —le estaba diciendo Ukon—. Ayer estuvo aquí el mensajero del general y nos anunció que acudiría a verte a primeros de mes, en cuanto se hubiera resuelto el asunto del nombramiento de los cargos provinciales... ¿Qué decía en su carta?

La muchacha parecía ausente y no contestó.

—No quedaría bien que huyeses precisamente cuando él viene...

—Creo que deberías revelarle tus planes —terció otra de las mujeres—. ¿Qué pensará si no te encuentra aquí, y ni siquiera le has dejado una notita? Ve, si quieres, pero regresa en cuanto hayas rezado un par de oraciones... Ya sé que este lugar es muy solitario, pero también es muy seguro. No puede decirse lo mismo de la capital. En cuanto te acostumbres, verás en él el hogar ideal...

—Pienso que lo adecuado sería esperarlo —dijo otra, a la que Niou no podía ver desde su observatorio—. Cuando vayas a la ciudad, deberías visitar a tu madre, pero no permitas que te obligue a quedarte en su casa. Regresa aquí de inmediato, si no quieres que tu futuro se vaya al traste... No hagas caso de tu anciana nodriza, que no te aconseja bien.

—¡La pobre mujer cada día está más vieja y pesada! —se quejó Ukon—. Hubiese sido mejor dejarla en casa del gobernador... Los viejos resultan insoportables.

Niou pensó al instante en aquella vieja quisquillosa que se entrometió en su encuentro con la joven en la casa de Nijo. Si pensaba en aquella noche, le hacía el efecto de una auténtica pesadilla, un sueño espectral y brumoso que no podía quitarse de la cabeza...

Las mujeres hablaban con tanta libertad que el príncipe empezó a sentirse incómodo.

—La más afortunada de todas es Naka no Kimi. Por más que el ministro [270] se dé aires y pase el día repitiendo que tiene un yerno imperial, desde que nació su hijo somos *nosotras* las que nos llevamos la mejor parte. Al fin y al cabo, nuestra ama es *la dueña* de su casa y puede hacer lo que le venga en gana, cosa que no puede decirse de la *otra*...

—Pero nuestra joven señora —dijo Ukon, mirando a Ukifune— no tendrá nada que envidiarle el día que el general cumpla su promesa. A partir de entonces podrá codearse con *las mejores*...

—¿Qué quieres decir? —preguntó Ukifune, mientras se incorporaba apoyándose en un codo—. Ya sabéis que no pretendo rivalizar con la dama que vive en Nijo. ¿Qué pensaría si vuestros comentarios llegaran a sus oídos?

Niou empezó a preguntarse qué clase de vínculo podía existir entre aquella desconocida y Naka no Kimi. Aunque la muchacha de Uji no podía compararse con la otra en elegancia y distinción, existía un indudable parecido entre ambas. Era grácil y bonita, y sus facciones parecían extremadamente delicadas. No era quizás el summum de la perfección femenina, pero se le acercaba, y el príncipe no estaba dispuesto a abandonar una aventura que había empezado con tanto entusiasmo, y que se había frustrado muy en contra de su voluntad por culpa de una vieja entrometido. Aquella juvenil belleza tenía que ser suya, pues no había estado pensando en ella durante tanto tiempo para abandonar la empresa en el último momento.

De la conversación que acababa de escuchar se desprendía que la joven estaba a punto de emprender un viaje y que tenía padres en alguna parte. ¿Cuándo se le volvería a presentar una oportunidad como aquélla? Pero las mujeres seguían conversando, y él continuó espiándolas.

—Tengo mucho sueño —dijo Ukon, recogiendo la ropa que había estado cosiendo y colgándola de la barra superior del *kichó*—. No me preguntéis la razón pero la noche pasada apenas pude pegar ojo. Ya lo terminaré mañana...

Ukifune se retiró al fondo de la estancia y se echó en la cama, mientras Ukon se acostaba a sus pies. Al poco la criada roncaba sonoramente.

Niou golpeó levemente la persiana.

—¿Quién es?—preguntó Ukon con voz soñolienta.

El príncipe tosió discretamente como si estuviera dando una contraseña. La criada pensó que se trataba de Kaoru y corrió hacia la persiana.

—Levántala, por favor —le pidió él.

—Has elegido una hora muy extraña. Debe de ser muy tarde...

—Nakanobu ha venido a verme para informarme de que tu señora está a punto de partir... —susurró el príncipe—. En cuanto me he enterado, he acudido corriendo... Ha sido un viaje espantoso... Levanta la persiana, por lo que más quieras...

Ukon obedeció sin adivinar quién era su interlocutor. El príncipe hablaba en voz baja y procuraba imitar la manera de expresarse de su amigo, que conocía bien.

—He tenido un accidente en el camino y no estoy presentable... Me avergüenzo de mi aspecto...

La criada se apresuró a apartar la luz.

—No quiero que nadie me vea así. No los despiertes...

Era un buen imitador, y desde siempre las voces de ambos amigos habían sonado de un modo muy semejante. Para hacer su situación menos embarazosa, Ukon se retiró detrás de una cortina, mientras él se quitaba el atuendo de viaje. Debajo llevaba una túnica de seda finísima, que despedía una fragancia que nada tenía que envidiar a la de Kaoru. Sin hacer ruido se tendió al lado de Ukifune.

—¿Por qué no os acostáis en vuestro lecho habitual? —les preguntó la criada.

Al no recibir respuesta, puso junto a ellos una colcha y sábanas limpias, y, despertando a algunas criadas que habían permanecido en la estancia, las

invitó a retirarse.

—¡Que hombre tan atento! Lanzarse por esos andurriales a esas horas de la noche y sólo por estar con ella... —comentó una de las mujeres antes de desaparecer.

—¡Calla de una vez! —le amonestó Ukon—. Los susurros parecen gritos a media noche...

Ukifune se dio cuenta enseguida que no era Kaoru, pero Niou la tenía abrazada y le cubrió la boca con una mano. De haberse apercebido antes de su llegada, seguramente habría intentado resistirse, pero estaba completamente paralizada. El príncipe le susurró al oído que en otra ocasión lo había tratado muy mal, pero que, a pesar de todo, él no había sido capaz de olvidarla. Aquella revelación fue más que suficiente para que ella lo reconociera. Poco le importaba ya a la joven lo que Niou se proponía hacer, y, si se puso a llorar amargamente, fue al pensar en su hermana... Cuando Niou hubo concluido, también estaba llorando... Todo había resultado mucho más placentero de lo que esperaba, pero la idea de que no le resultaría fácil volver a ver aquella muchacha deliciosa lo desazonaba...

Y así pasaron la noche.

Al alba los acompañantes del príncipe empezaron a llamarlo. En cuanto Ukon los oyó, abandonó su lugar detrás de la cortina y entró en la estancia. Niou no quería irse porque la noche pasada con la joven le había sabido a poco y, una vez en la capital, ¿cuándo y cómo iba a poder regresar? ¡Qué monten en cólera, si quieren!, se dijo, mientras decidía permanecer allí el día entero. Si sólo vivía mientras amaba, ¿a qué partir y morir de añoranza?

Llamó a Ukon y le dijo:

—Aunque te parezca arriesgado, he decidido pasar el día aquí. Esconde a mis hombres donde puedas, y envía a Tokikata a la capital para que me excuse ante mis padres... Que les diga que *estoy rezando* en el templo de la montaña...

La pobre chica estaba aterrorizada: ¿cómo no había tenido más cuidado la noche anterior? Pero pronto volvió a ser dueña de sí misma: lo pasado, pasado estaba. Si el príncipe había seguido pensando en Ukifune tras su

breve encuentro en Nijo, señal inequívoca de que era cosa del destino y carecía de sentido culpar a nadie.

—Supongo que sabes que su madre la ha mandado llamar —dijo a Niou—. El coche estará aquí de un momento al otro. Me ahorraré cualquier comentario sobre lo que pasó anoche. Seguramente estaba determinado por una vida anterior, y contra eso no se puede luchar, pero me extrañaría mucho que su madre aceptara esta explicación como la cosa más normal del mundo. Regresa a tu casa cuanto antes y vuelve en otro momento, si todavía te apetece.

Una chica lista, se dijo él, y le contestó:

—Escucha, Ukon: hace meses que no me la puedo quitar de la cabeza... Desde que la conocí, vivo como en un sueño, sin que me importe lo que puedan decir los demás. Un hombre de mi posición no anda por ahí de noche haciendo esas cosas, a poco que le importen las apariencias. Por otra parte, no será difícil engañar a la madre. Manda que le digan que la muchacha se halla bajo los efectos de un tabú y que no puede moverse de donde está, pero, por lo que más quieras, ocúltale la verdad tanto en interés de tu ama como en el mío. No es pedir mucho y te juro que no te arrepentirás...

Estaba tan loco por la joven que no le importaban las consecuencias de su pasión ni los reproches a que su relación con ella daría lugar. Ukon salió de la casa y fue al encuentro de uno de los hombres del príncipe.

—Haz ver a tu señor en qué situación más difícil nos coloca —le suplicó, tras revelarle las intenciones del príncipe—. Su conducta constituye un ultraje para todas las que vivimos en esta casa... No me importa lo que él pueda pensar, pues, sin vuestra colaboración, nada podría hacer... ¡Parecéis niños traviesos! ¿Qué dirán los lugareños que sirven al general si llegan a enterarse? Si se revuelven contra vosotros, vuestro rango no os va a salvar...

El hombre estuvo de acuerdo en que las consecuencias de lo ocurrido podían ser graves. Cumpliendo a regañadientes las órdenes de Niou, Ukon habló con Tokikata y le hizo saber que el príncipe le mandaba regresar a la capital y explicar a los suyos que se hallaba orando en un templo entre montañas.

—Dile que haré lo que me pide —respondió, riendo—. Empiezo a hartarme de estar aquí siempre, porque detesto que me riñan, sobre todo las mujeres... Pero no debes sorprenderte ni tomártelo a mal: es su manera de ser, y, cuando de veras desea algo, no hay modo humano de frenarlo... ¡Pero debo confesar que lo quiero de verdad, y que daría mi vida por ayudarlo! Y ahora parto a la capital antes de que el centinela me descubra...

Ukon se encontró con la desagradable tarea entre manos de ocultar a Niou. Como sea que las demás mujeres empezaban a despertar, decidió que la mejor solución era continuar «confundiendo» a Niou con Kaoru.

—En cuanto lo vi —les dijo—, me di cuenta enseguida de que algo le pasaba. No era el mismo de siempre... Parecía querer ocultarse... Luego me contó que había vivido una experiencia terrible en el camino. Se ha visto obligado a enviar a un hombre a la capital para que le traiga ropa nueva...

Las mujeres reaccionaron a sus confidencias con comentarios de horror y compasión.

—¡El monte Kohata es un lugar espantoso! —afirmó una de ellas—. Resulta peligrosísimo meterse en sus bosques sin una escolta numerosa...^[271] ¡Hubo de pasarlo muy mal!

—Ben no Kimi ha dicho que no llegó acompañado por los de siempre —aseveró otra—. Seguramente no quería ser reconocido... Pero no hablemos más del asunto, o pronto será del dominio común...

La pobre Ukon se sentía muy incómoda, pues nunca le había gustado mentir. ¿Y qué diría si se presentaba un mensajero del auténtico Kaoru? Inclinandose en dirección al monasterio de Hatsuse, rogó a la bendita Kwannon que no le complicara más el día. Ukifune y su madre se habían propuesto emprender juntas un peregrinaje a Ishiyama, en compañía de las sirvientas de la joven, que se habían preparado cuidadosamente con ayunos y plegarias. ¡Y todo para nada! La frustración flotaba en el ambiente... El sol estaba ya en lo alto y habían abierto las ventanas, aunque mantenían bajadas las persianas para que la sala principal siguiera en penumbra... Ukon se acercó a su ama y le explicó que había hecho colocar en paredes, puertas y persianas rótulos que anunciaban el tabú que la afectaba. Convinieron en que, si se presentaba la madre de la joven y quería entrar, se

le diría que Ukifune había tenido un mal sueño y no podía recibir visitas de sus parientes. Mientras trajo agua caliente para la *toilette* de la joven y de Niou.

El príncipe se sorprendió por el primitivismo que observaba en los usos que allí se practicaban. En cuanto la joven le acercó el agua, él le pidió que se lavara ella primero para que él pudiera ver cómo se hacía. Como sea que Kaoru solía retirarse pudorosamente en iguales circunstancias, Ukifune se sintió muy halagada por estar con un hombre tan enamorado que se sentía incapaz de dejar de contemplarla ni un solo instante. Eso era, seguramente, lo que la gente entendía por amor. Aquella noche, se decía, había logrado comprender al fin el significado de aquella palabra, hasta entonces tan misteriosa. Pero ¿qué ocurriría si aquello se llegaba a saber? ¿Qué pensaría su madre? Y, por encima de todo, ¿cómo reaccionaría su hermana Naka no Kimi?

El hombre desconocía aún el parentesco que existía entre ambas.

—¡Y pensar que aún no sé quién eres! —le dijo Niou, mientras la ayudaba a lavarse—. Encuentro ridículo que no quieras decírmelo... Puedes estar segura de que no dejaré de amarte, por baja que sea tu cuna...

Por más que él la apremiaba, Ukifune se negó a informarle sobre este punto. *En todo lo demás*, ambos se entendieron a la perfección, y ella se sentía muy a gusto a su lado, lo divirtió con comentarios ingeniosos y le hizo llegar a la conclusión de que era la mujer más deliciosa que había conocido nunca.

El día estaba ya muy avanzado cuando llegó una escolta a recogerla y acompañarla a casa de su madre. La formaban dos carruajes, acompañados por rudos jinetes procedentes de las regiones orientales del país. Al verlos, tanto Ukon como las demás mujeres que atendían a Ukifune se sintieron muy incómodas. Los de a caballo eran siete u ocho, y entraron cabalgando en el jardín de la mansión mientras hablaban entre sí a gritos en una extraña jerga, completamente ininteligible para las mujeres de la casa. Una de las criadas se armó de valor y, acercándose al que parecía el jefe de los jinetes, le pidió por signos que se retiraran a un rincón del jardín desde el cual no podían ser vistos desde la mansión. Ukon estuvo a punto de informarles de

que Kaoru se encontraba allí, pero no se atrevió, pues no resultaba plausible que un hombre tan importante estuviera en la mansión y no hubiera en sus alrededores cortejo, ni escolta ni nada.

Al fin se acercó al que los mandaba, y puso en sus manos una carta dirigida a la madre de Ukifune. Decía así:

«Ayer llegó inesperadamente el período a tu hija, [272] y durante la noche tuvo un sueño tan terrible que parece obvio que se encuentra, además, bajo los efectos de un tabú. En estas circunstancias, la peregrinación resulta imposible y habrá que cancelarla hasta que se presente otro momento más propicio. Todas lo lamentamos muchísimo, y algunas incluso ven en ello la intervención de un espíritu maligno.»

Hizo dar comida a los de la escolta y los envió de vuelta y, con la excusa del período y el tabú, hizo saber a Ben no Kimi que se había suspendido la peregrinación.

Hasta aquel día la vida de Ukifune había sido muy monótona y solitaria: a veces, mientras contemplaba la bruma que encerraba la mansión por sus cuatro lados como cuatro inmensos *kichós* de cortinas grises, se preguntaba como podría seguir viviendo en aquellas condiciones. Pero aquella noche todo había cambiado y tenía la impresión de que las horas se habían puesto a volar. Niou se había entregado en cuerpo y alma a colmarla de todos los placeres imaginables y supo hacer de cada instante y de cada caricia algo único. Era un día precioso de primavera, y la joven se sentía inmensamente feliz.

El príncipe tenía los ojos clavados en aquel rostro delicado y hermoso, y no cesaba de repetirse que jamás llegaría a hartarse de aquella criatura celestial. Fríamente considerada, no estaba a la altura de su consorte de la casa de Nijo ni se la podía comparar con la jovencísima hija del ministro que lo esperaba en el palacio de la Sexta Avenida, pero en aquel momento no hubiese cambiado los encantos de la misteriosa joven de Uji por las gracias de una diosa, y se había rendido completamente ante ellos, olvidando a todas las demás. También ella, que siempre había visto en Kaoru el hombre más hermoso del mundo, descubrió en el otro una pasión

abrasadora que jamás hubiese sido capaz de imaginar y que la había subyugado por completo.

Niou pidió recado de escribir. Tenía una caligrafía magnífica, aunque sólo la utilizaba para divertirse, y dibujaba muy bien. ¿Qué muchacha se le podía resistir?

—Contempla esto y piensa en mí cuando no pueda venir a verte —dijo, mientras dibujaba una atractiva pareja en una actitud amorosa—. ¡Ojalá pudiéramos estar siempre juntos!

Ukifune lloraba, y él escribió:

«Hago votos para que así sea en todas
nuestras vidas futuras, pero en la presente el
mañana es incierto.»

Luego le dijo:

—¡No hagas caso de mi poema! Inadvertidamente estoy llamando la mala suerte... Debo controlarme un poco más. Me va a resultar muy difícil venir a visitarte, y, si pienso que no te veré, quisiera morir. ¿Por qué crees que me he tomado tantas molestias cuando te mostraste tan fría conmigo la primera vez que nos encontramos?

Ukifune le quitó el pincel de las manos, y trazó su propio poema:

«Si todo es tan incierto en este mundo en
que vivimos, la inconstancia del corazón del
hombre lo hace más incierto aún.»

El príncipe no pudo evitar sonreír al ver que la joven le estaba ya reprochando infidelidades futuras.

—¿A qué corazón te refieres cuando hablas de inconstancia? ^[273] —le preguntó, mientras la apretaba contra su cuerpo.

Y le pidió que le contara su historia desde que llegara a Uji hasta el aquel momento.

—¿Por qué me haces preguntas que no puedo responder? —dijo la joven, y el tono deliciosamente ingenuo en que pronunció aquel reproche encantó al príncipe.

Estaba seguro de que tarde o temprano lo sabría todo. ¿Por qué tenía tanto interés en escucharlo de labios de la muchacha?

Tokikata regresó por la noche, y dijo a Ukon: —Traigo un mensaje de su majestad la emperatriz. Está furiosa, y el ministro también. Piensan que esta escapada misteriosa del príncipe resulta absolutamente imperdonable, y que puede tener consecuencias funestas. Más todavía: su majestad se quejó de que su posición podría verse perjudicada si su augusto esposo llegaba a tener conocimiento de la aventura. Yo le di mi palabra de que había ido a ver a un gran erudito que vivía en la montaña... Ya lo ves. Las mujeres tienen la culpa de todo. Nosotros nos limitamos a obedecerlas, y acabamos contando mentiras...

—Me parece muy amable de tu parte hacer de mi señora un «gran erudito» —replicó Ukon—. He aquí una buena obra que borra todas las faltas que hayas podido cometer mintiendo. ¿Pero de dónde ha sacado el príncipe sus malas costumbres? Si nos hubiese hecho saber sus intenciones, habríamos podido organizarlo todo algo mejor, pues no deja de tratarse de una gran personaje. ¡Lástima que sea tan atolondrado!

A continuación la criada fue a llevar el mensaje a su destinatario, el príncipe.

—No resulta muy placentero vivir con las manos perpetuamente atadas —se quejó el joven a Ukifune—. Desearía poder moverme con la libertad de otros, aunque sólo fuera por un tiempo... Pero, ¿qué se le va a hacer? La gente acabará enterándose, hagamos lo que hagamos. ¿Y cómo se lo tomará Kaoru? Hemos sido muy buenos amigos desde la infancia, y hemos estado siempre muy unidos. Precisamente por ello me preocupa cómo reaccionará al descubrir lo nuestro. Olvidará que ha sido él quien te ha dejado aquí abandonada, y te echará la culpa de todo. ¡Cuánto me gustaría esconderte donde nadie te pudiera hallar!

Seguramente no podría quedarse un día más.

—Mi corazón —susurró a la joven mientras se disponía a partir— *queda prendido en tu manga*.

Los hombres tosían estrepitosamente para que se apresurara, pues querían estar en la capital antes de que amaneciera. Ukifune lo acompañó

hasta la puerta, pero él se sentía incapaz de desprenderse de ella. Improvisó:

—¿Qué voy a hacer? El torrente de mis lágrimas ha hecho un barrizal del camino que habré de recorrer de noche.

Emocionada, la muchacha contestó:

—¡Ojalá fueran mis mangas mucho más anchas ^[274] para contener mis lágrimas...!
¡Tal vez entonces soportaría mejor la partida que tanto temes!

Un vendaval sacudía los árboles, y todo estaba cubierto de escarcha. Incluso al abrazarse por última vez tuvieron la impresión de que *las ropas del otro estaban frías como el hielo*. El príncipe saltó encima de su caballo y no pudo resistir la tentación de dirigirse otra vez hacia ella, pero sus hombres no estaban dispuestos a esperar más tiempo. Con el alma dolorida, emprendió el viaje de regreso. Tokikata y el secretario guiaron su caballo por la brida a través de los senderos de la montaña, y sólo montaron en sus propias cabalgaduras cuando hubieron llegado a campo abierto. Todo (incluso el repicar de los cascos de los caballos sobre la orilla helada del río) contribuía a aumentar la melancolía del jinete enamorado. Era el mismo recorrido que en otro tiempo hiciera para ir a visitar a Naka no Kimi. ¿Qué había en su destino que lo ligaba tan estrechamente a aquel lugar perdido entre montañas?

III

En cuanto llegó a la casa de Nijo, se dirigió a sus aposentos para descansar. Tenía otro motivo, además, para no desear encontrarse con Naka no Kimi. No le perdonaba que se hubiese negado a revelarle dónde se encontraba la muchacha. Pero no podía dormir y se sentía muy solo, mientras la cabeza le hervía. Al fin se levantó y marchó al dormitorio de su mujer. La madre de su hijo, que no sabía nada de lo ocurrido, estaba preciosa. Niou hubo de reconocer que superaba en belleza a la joven con la que había pasado la noche anterior, pero el hecho de que ambas se parecieran tanto, le impedía deshacerse de la imagen de la otra. Pensativo, entró en su alcoba y se echó, y ella le siguió.

—No me encuentro bien —dijo él—. Tal vez sea algo grave... Te he querido mucho, pero estoy seguro de que, si llegara a morir, te costaría poco encontrarme un sustituto... ¿Y quién me asegura que no estás deseando mi muerte?

Aquel comentario terrible, que Niou hizo con la mayor seriedad, enfureció a Naka no Kimi.

—¿No te das cuenta de que esas insinuaciones tuyas pueden llegar a oídos del general? —replicó la dama, ruborizándose de cólera—. ¡Tengo suficientes quebraderos de cabeza para tener que andar defendiéndome de esas acusaciones sin fundamento alguno!

Kaoru la miró con severidad.

—¿Y cómo te sentirás si te enteras de que estoy profundamente disgustado contigo? —le dijo—. He hecho mucho por ti, algunos creen que demasiado... Y, sin embargo, me sigues considerando inferior *a él*... Tal vez sea cosa del destino, en cuyo caso no tengo más remedio que aceptarlo. Pero me duele que tengas secretos para mí...

Mientras hablaba, empezó a llorar. Naka no Kimi, movida a compasión, empezó a preguntarse qué clase de rumores podían haber llegado a oídos del padre de su hijo. De momento prefirió callar. Quizás, se dijo, como la relación entre ellos dos empezó de un modo un tanto informal, la

consideraba una mujer de las llamadas «fáciles». Pero lo cierto es que el general se había encargado de hacer las presentaciones, y la única irregularidad de la historia residía en el hecho de que Kaoru no era su padre ni su tutor, sino sólo un amigo. ¿Podía achacar a aquel detalle, al que en su día no dio importancia alguna, el hecho de que el príncipe la estuviera tratando ahora como si fuese una mujerzuela?

Al verla profundamente deprimida, el príncipe se apiadó de ella. No quería, de momento, informarla de su aventura en Uji, pero sí quería que tomara conciencia de que algo iba mal entre ambos, y, si había sacado el tema de su amigo, lo había hecho sólo para desconcertarla. Al verlo tan afectado, Naka no Kimi llegó a la conclusión de que su «flirteo» con Kaoru, mucho más aparente que real, era la causa de su ira. Alguien le había contado algo sobre ellos, pero, no sabiendo con exactitud qué historia había llegado a oídos del príncipe, sólo quería huir y esconderse.

Súbitamente llegó una carta de la emperatriz. El príncipe la cogió y, sin cambiar de actitud, se fue a sus aposentos a leerla. Decía:

«Su majestad se alteró mucho al enterarse de tu ausencia de ayer. A menos que te encuentres indispuesto, acude hoy a palacio. Hace mucho tiempo que no te veo.»

Sentía desobedecer a sus padres, pero en aquellos momentos se encontraba realmente mal y no fue a la corte. Numerosos cortesanos desfilaron por la casa de Nijo para complimentarlo y desearle una rápida mejoría, pero él, encerrado detrás de las cortinas de su lecho, se negó a ver a nadie. A última hora de la tarde se presentó Kaoru, solicitando ser admitido a presencia de su amigo. El príncipe ordenó que se le dejara pasar, pero lo recibió en *deshabillé*.

—Su majestad la emperatriz se alarmó mucho cuando supo de tu indisposición —dijo el general—. ¿Qué te ocurre?

La presencia de su amigo acabó de descomponer a Niou. Aunque tenía motivos sobrados para sentirse avergonzado, sorprendentemente estaba *indignado*. ¡Si pensaba que aquel joven que tenía delante había logrado crearse fama de santo, un santo que pasaba la vida ayunando y recitando sutras! Y, sin embargo, a él le constaba que había seducido y raptado a una

pobre muchacha sin el menor escrúpulo, aunque ¿para qué? Pues, por increíble que pudiera parecer, sólo para abandonarla entre montañas muy lejos de la capital, y dejarla morir de asco durante meses y meses... Nunca llegó a creerse la pretendida indiferencia hacia las mujeres de que aquel redomado hipócrita solía alardear en el pasado, y a punto estuvo de avergonzarse, echándole en cara el sórdido asunto que acababa de descubrir, pero en el último instante le faltaron las palabras adecuadas, y al fin prefirió no tocar el tema. ¡Sólo deseaba perderlo de vista cuanto antes!

—Te lo tomas muy a la ligera —le dijo Kaoru solícitamente, mientras se levantaba para partir—. Esos dolores que se niegan a desaparecer, pueden resultar más peligrosos de lo que parecen... Andate con mucho cuidado.

«Quisiera ser como él», se dijo Niou, envidiando la cortesía, la gentileza y el aplomo del otro, «y no comprendo como *ella* puede preferirme a mí...» *Ella* era, naturalmente, Ukifune.

Mientras tanto, en la casa de Uji la monotonía volvía a dominar la vida de sus habitantes, pues la peregrinación a Ishiyama, de la cual pensaban extraer no poca diversión, había sido cancelada. El príncipe enviaba cartas larguísimas que hablaban de su impaciencia y de su frustración. Para evitar filtraciones, había elegido como mensajero a un criado de Tokikata, que no sabía nada del asunto. Sus cartas iban invariablemente dirigidas «a Ukon».

La criada explicó a sus compañeras que su autor era un hombre con el cual había mantenido en tiempos una estrecha relación. No hacía mucho, al presentarse formando parte del cortejo del general, la había redescubierto y quería a toda costa volver a las andadas. Cada día que pasaba mentía mejor.

El quinto mes llegó a su fin sin que Niou hubiese podido visitar Uji. Pasaba la vida haciendo planes, pero, cuando parecía tenerlo todo a punto, algo ocurría que le impedía abandonar la capital. Su indisposición no era en absoluto fingida: él daba por seguro que la raíz de su mal se hallaba en la ansiedad permanente en que le mantenía su deseo insatisfecho, una ansiedad que acabaría fatalmente por matarle.

IV

Aprovechando unos días tranquilos en que no tenía obligaciones inminentes, Kaoru partió hacia Uji. Lo primero que hizo fue visitar el monasterio, prosternarse ante las imágenes sagradas y repartir obsequios entre los monjes tras pedirles que invocaran el nombre sagrado. Aunque había ido en secreto, no se presentó disfrazado sino con la indumentaria propia de su rango y cargos. Con el *eboshi* negro en la cabeza, parecía la encarnación misma de la calma y la dignidad. ¿Cómo iba a recibirlo?, se preguntó Ukifune, presa de un ataque de pánico. Incluso el cielo parecía reprocharle la docilidad con que se había entregado al príncipe... Niou le había jurado de palabra y por escrito que había decidido renunciar a todas sus demás esposas y amantes para amarla únicamente a ella. También la habían llegado noticias de que se encontraba muy enfermo, y su casa estaba llena de clérigos que oficiaban continuamente para que se restableciera lo antes posible. ¿Cómo reaccionaría si llegaba a tener conocimiento de la visita del general?

¡Qué distinto era Kaoru del otro! En cuanto la tuvo a su lado, se esforzó por hacerle saber, sin exagerar el patetismo, las razones que le habían mantenido tanto tiempo ausente, y, aunque no recurrió a las expresiones violentas que prodigaba Niou — tales como «torturas insoportables» o «morir de amor»—, Ukifune se dio cuenta de que el general la había echado mucho de menos. Su dignidad natural, su talante afectuoso y meditativo y la sincera honestidad que brillaba en todo cuanto decía volvieron a fascinarla. Era muy apuesto, pero en aquel momento su hermosura no contaba: resultaba evidente que Kaoru era mucho más de fiar que el príncipe, y que, si se ponía en sus manos, podría contar con su cariño y su apoyo hasta el fin de sus días. ¿Pero qué ocurriría si llegaba a enterarse del giro que había dado su corazón? Prefería no pensarlo. Por excitante que pudiera parecer dejarse arrastrar por la tormentosa pasión de Niou, ambos sabían que se trataba sólo de una aventura más del príncipe, y que no podía esperarse de él un afecto duradero, porque era infiel por naturaleza. En cambio, el afecto

que Kaoru sentía por ella era profundo y sólido, pero si, sintiéndose traicionado, se enfurecía y la abandonaba, podía estar segura de que nunca más volvería a recuperarlo.

Kaoru notó que Ukifune se hallaba profundamente agitada. Hubo de reconocer que había cambiado mucho desde que la viera por última vez, y le pareció mucho menos infantil e inmadura. Pero no cabía pensar en seguir manteniéndola sola en aquel lugar triste y aburrido, por más que la meditación le hubiese podido ayudar a «crecer» por dentro.

—La casita que he mandado construir está prácticamente terminada —le dijo en tono íntimo—. Fui a verla el otro día... El arroyo fluye, tranquilo, por el jardín y tiene poco que ver con el torrente que se precipita entre estas montañas tuyas...

También las flores son «de ciudad», pero ello no quita que sean muy bonitas. Está muy cerca, además, de mi mansión de Sanjo, y podríamos vernos todos los días. Me gustaría llevarte allí en cuanto llegue la primavera, si no te opones.

Era obvio que Niou no sabía nada de los planes de su amigo: en una carta que había recibido el día anterior, le revelaba su intención de buscar «un lugar tranquilo» para ella... Lo sentía mucho pero no estaba dispuesta a ceder otra vez a sus protestas «de amor eterno», y, sin embargo, no podía expulsarlo de su pensamiento...

—Soy tan... desgraciada —dijo al fin, echándose a llorar.

—La vida resultaba mucho más placentera —le dijo Kaoru— cuando no eras tan aficionada a ponerte a llorar por cualquier cosa. ¿Crees que alguien de mi posición recorrería este camino interminable sólo para estar contigo, si no albergara en su pecho las mejores intenciones del mundo?

Se acercó a la galería, se sentó y se puso a contemplar la luna. Ambos callaban, sumidos en sus meditaciones. Kaoru pensaba en el pasado, evocando el recuerdo de seres queridos que ya no estaban en este mundo, y Ukifune en el futuro, que se le aparecía complicadísimo. El escenario resultaba perfecto: la bruma envolvía de misterio las montañas, y una bandada de garzas reales se habían posado en el hielo de la orilla del río. Más abajo, podían verse a través del arco del puente de Uji barcazas

cargadas de leña que navegaban en las dos direcciones. Todos los detalles que caracterizaban desde siempre aquel lugar se habían dado cita en una sola imagen. Mientras la contemplaba, tuvo la impresión de que recuerdos que parecían lejanísimos, renacían ahora ante sus ojos asombrados. Incluso si hubiese estado con alguien que le importara mucho menos que Ukifune, no habría sido capaz de sustraerse al efecto mágico que la atmósfera de Uji desencadenaba en él. ¡Cuanto más ahora, que se hallaba con la que acabaría siendo (cada vez estaba más convencido de ello) la sucesora de su llorada Oigimi!

La joven parecía mucho más segura de sí misma, y le asombraba a cada instante por su buen juicio y el conocimiento que había adquirido de la forma de comportarse de la gente de la capital. ¡Y cada vez que la miraba le parecía más hermosa! Como intuyera que estaba a punto de volver a llorar, trató de consolarla con este poema:

—No hay motivos para el dolor. Firme se sostiene el puente de Uji, y no son menos firmes los votos que te hice.

«Supongo que sabes a qué me refiero... Y ella contestó:

—La carcoma ha hecho en el puente mil agujeros, y, por más cautamente que lo cruces, ¿quién te asegura que no se hundirá, si está podrido?

Aquella vez le costó más que nunca dejarla, pero no podía permitir que la gente murmurara, y confiaba en que todo cambiaría en cuanto la tuviera en la ciudad. Partió de madrugada, y, habiendo constatado los progresos realizados por la joven, marchó más triste que en anteriores ocasiones.

V

A mediados del segundo mes la corte se reunió para celebrar el concurso anual de poesía china al que asistieron Niou y Kaoru. Se interpretó la música propia de la estación, y el príncipe, que tenía una voz espléndida, entonó «Una rama de ciruelo» tan perfectamente que cuantos le conocían pensaron que era una lástima que un hombre tan dotado perdiera el tiempo en brazos de mujeres de tres al cuarto. Súbitamente se puso a nevar y se levantó un fuerte viento, y los invitados corrieron a refugiarse a los aposentos de Niou, donde se les sirvió un refrigerio. Alguien trajo un mensaje a Kaoru, y el general salió a la galería para leerlo con calma. Una gruesa capa de nieve, que las estrellas iluminaban, cubría el suelo. Por más que *la oscuridad de la noche primaveral tratara de hacerlo desaparecer*, el aroma que despedía no dejaba olvidar a sus compañeros que estaba muy cerca.

—¿*Me estará esperando?* —se dijo, citando un poema muy conocido que, en sus labios, pareció cobrar nueva vida.

Niou lo oyó, pero fingió que dormía bajo los efectos del vino, aunque temía que el corazón iba a explotarle en el pecho. Estaba claro que su amigo se refería a Ukifune, y que la amaba apasionadamente. Había intentado convencerse de que la dama de Uji sólo era suya, pero ahora tenía muy serias dudas. Si se comparaba con Kaoru, no podía dejar de notar su inferioridad, y tenía que aceptar como lógico, aunque le doliera en lo más hondo, que la joven acabara prefiriendo a su rival.

Al día siguiente (la nieve se acumulaba en los jardines y techos del palacio) los cortesanos se presentaron ante el emperador para leerle sus composiciones. Niou estaba muy guapo con su atuendo juvenil, pero Kaoru no le iba a la zaga, y, además, destacaba entre todos los presentes por su aplomo y su dignidad de hombre intelectualmente maduro. ^[275] Todos estaban de acuerdo en que el general era el modelo del aristócrata refinado, culto y capaz, y en que el emperador no habría podido elegir mejor yerno, pues destacaba tanto a la hora de componer poesía como cuando de resolver

cuestiones prácticas se trataba. Una vez leídos los poemas, la asamblea se disolvió. No pocos cortesanos rodearon a Niou y le aseguraron que sus composiciones habían sido las mejores para asombro del propio príncipe, que ni siquiera recordaba qué había escrito y leído, pues tenía la cabeza en otra parte.

Unos cuantos días más tarde, preocupado por la actitud de Kaoru durante el concurso de poesía china, Niou elaboró una sofisticada excusa y partió hacia Uji. En la capital sólo quedaban trazas de la nevada que había caído, pero en las montañas los árboles y los caminos estaban completamente blancos. Tan difícil resultaba transitar por ellos que sus hombres casi lloraban del esfuerzo y la fatiga que ello suponía. El secretario que le había guiado a Uji era también viceministro de ritos, y ambos cargos conllevaban no pocas responsabilidades. Por ello resultaba ridículo verlo con las calzas remangadas como un soldado de infantería cualquiera.

Había mandado aviso a los de Uji, pero todas pensaban que no sería capaz de enfrentarse a la nieve. Muy entrada la noche un mensajero comunicó a Ukon que acababa de llegar. En cuanto Ukifune lo supo, hubo de aceptar que aquel hombre la quería de veras. También Ukon enterró sus temores, al menos de momento. No se le podía echar, y la criada decidió que había que dar entrada a alguien más en la conspiración. Eligió a Jiju, que era otra de las criadas predilectas de Ukifune, en cuyo silencio y discreción se podía confiar.

—Tal vez no sea correcto —le dijo Ukon—, pero tenemos que mantenernos firmes y evitar que las demás se enteren de nada.

Lo hicieron pasar. El perfume de sus ropas húmedas, que invadió hasta el último rincón de la casa, hubiese podido delatarlo, pero las «cómplices» aseguraron a todas sus compañeras que se trataba del general. Partir antes del alba sería peor que no haber venida, pero el joven estaba seguro de que, en cuanto apuntara el día, alguien acabaría por descubrirlo, de modo que ordenó a Tokikata que le preparara un sencillo alojamiento al otro lado del río. Poco antes de que apuntara el día, Tokikata se presentó para anunciarle que el «refugio» estaba a su disposición y que había quedado muy bien. Ukon, que acababa de despertar, no paraba de preguntarse cómo lograría

Niou mantener en secreto su aventura, y la pobre chica temblaba como un niño perdido en la nieve.

Sin decirle una palabra, Niou tomó en brazos a Ukifune y se la llevó, seguido por Jiju, mientras Ukon se quedaba a vigilar la casa. En cuestión de instantes los cuatro ^[276]se hallaron en un frágil bote con el que esperaban cruzar el río. Mientras el barquero bogaba en dirección a la otra orilla, Ukifune se abrazaba fuertemente al príncipe, asustada como el pobre condenado a partir a una costa lejana. Niou, en cambio, se sentía eufórico. Una luna limpia y sin nubes en medio del cielo que empezaba a aclararse se reflejaba en el agua.

—Aquí está la Isla de las Naranjas —dijo el barquero, mostrándoles una roca sobre la cual se había plantado un curioso jardín con árboles.

—¡Mira! —dijo el príncipe a Ukifune—. Sólo son humildes pinos, pero su inalterable color verde durará mil años...

»Aunque pasen mil años, no ha de cambiar mi amor por ti. Aquí lo juro, delante de la Isla de las Naranjas.

La joven se sorprendió de aquel lugar extraño, y respondió:

—Los colores no han de cambiar en la Isla de las Naranjas. ¿Pero a dónde me encamino yo, pobre bote a la deriva? ^[277]

El príncipe se felicitaba, pues todo parecía perfecto: el momento, la muchacha y el poema que ésta acababa de pronunciar. Pronto llegaron a la otra orilla del río. Un criado les ayudó a desembarcar. Niou seguía con Ukifune en brazos, pues no quería que nadie más la tocara mientras el guardián de la casita se preguntaba qué clase de mujer podía haber sido la causa de tanto alboroto. Era una construcción provisional de tipo rústico, basta y sin terminar, que un tío de Tokikata, gobernador de Inaba, había hecho levantar en una de sus fincas. Paredes y mamparas, de ínfima calidad, apenas resistían la fuerza del viento.

Como si el cielo quisiera favorecerles, hubo un súbito cambio de tiempo a su llegada, y un sol radiante salió a recibirles. Con todo, la cerca que protegía la casita se hallaba aún medio cubierta de nieve, y de los aleros del tejado pendían carámbanos goteantes. A la luz del día, Ukifune parecía todavía más hermosa que a la de las lámparas de aceite. Se había quitado el grueso *uchiki* exterior y llevaba sólo las calzas y cuatro o cinco túnicas, una encima de otra, todas blancas, pero terriblemente arrugadas, pues había dormido y viajado con ellas. Niou se había vestido con sencillez, al modo de los cazadores, pensando sólo en protegerse de los rigores del tiempo. Ukifune se asombraba de estar allí, ataviada de cualquier manera, delante de todo un príncipe imperial, y sin que nada ni nadie la protegiera de su mirada.

Aunque la joven se sentía muy mal vestida, el príncipe no halló nada que criticar en aquella preciosa figurita blanca que tenía delante, y no echaba de menos los complicados y vistosos atuendos de las damas de la corte, habitualmente revestidas de diez o doce *uchikis* «en cascada» de treinta tonos distintos. Era la primera vez que estaba con una mujer vestida de un modo tan informal. No podía imaginar a Roku no Kimi o a Naka no Kimi vestidas de aquel modo. En cambio, ¡ojalá Ukifune hubiera vestido siempre así! A su lado se sentía como en el paraíso de Buda.

También halló a Jiju, testigo de la escena, y muy agradable de mirar.

—No me han dicho quién eres —le dijo—, pero no me importa mientras tú no andes contando quién soy yo.

La muchacha se sintió encantada de que le dirigiera la palabra, pero Ukifune hubiese preferido no tenerla allí. ¿A cuántas criadas más iba Ukon a dar entrada en su «conspiración»? El guarda de la casa se deshizo en zalemas con Tokikata, al que tenía por el jefe de la excursión, considerando a Niou y a las muchachas sus criados. El hombre se instaló en una habitación contigua y, con extrema habilidad, fue contestando al interrogatorio al que le sometió la curiosidad del otro.

—Debes saber —le dijo para concluir— que un adivino me ha pronosticado terribles males si permanecía en la capital, y he decidido

refugiarme aquí hasta que el peligro haya pasado. Déjanos, pues, permanecer aquí solos, y límitate a procurar que nadie nos moleste.

El guarda cumplió sus instrucciones al pie de la letra, y Niou y Ukifune pasaron un día maravilloso sin que nadie les interrumpiera. Con todo, una idea atormentaba a Niou, una vez más presa de los celos: estaba convencido de que la muchacha se mostraba igualmente amable y dócil cuando las caricias y ternuras que él le prodigaba, se las prodigaba Kaoru. Comentó, como de pasada, que «el general» había matrimoniado con la hija del emperador y parecía inmensamente feliz. Nada dijo, en cambio, de lo que oyó de labios de su amigo la noche del concurso de poesía. Tokikata se había hecho con un canastillo de frutas y entró a obsequiarles. También les trajo agua y toallas.

—No debes permitir que el guarda te vea hacer esas cosas —le riñó Niou—, pues te perderá el respeto y empezará a sospechar. Esta mañana te ha tratado como si el príncipe fueras tú, de lo cual me he alegrado mucho.

Jiju también pasó un buen día, pues no pertenecía al tipo de muchachas que dejan pasar las horas dormitando cuando hay un hombre a mano, y, con mayor motivo, si este hombre pertenece al quinto rango como Tokikata. Lo cierto es que ambos hicieron muy buenas migas.

Ukifune se puso a mirar más allá del río, y vio que la atmósfera se había vuelto a espesar por culpa de una nueva tormenta de nieve. Sólo las copas de algunos árboles que sobresalían de la niebla indicaban el lugar en que se hallaba su mansión, pero el sol seguía brillando en las cumbres nevadas de las montañas como en otros tantos espejos suspendidos del cielo. Niou se puso a contarle, exagerando no poco, los horrores de su último viaje a Uji, y, habiendo obtenido rústico recado de escribir, empezó a componer poemas como si estuviera practicando. Uno de ellos decía así:

«Atravesé las cumbres nevadas y el río
helado sin perderme. Pero mi corazón se ha
extraviado en la selva del amor.

»Debo reconocer, sin embargo, que me esperaba un caballo en Kohata...» Ella contestó:

«Mientras la nieve cae en copos
vertiginosos y se hiela en la orilla, muy
pronto voy a disolverme en el aire.»

El poema de la joven pareció de mal augurio al príncipe. Ella intuyó algo raro, y rasgó el papel hasta reducirlo a pedacitos. Niou sabía mostrarse encantador, y, cuando quería ser dulce y cariñoso, ningún hombre del mundo era capaz de superarlo. Había dejado dicho que pasaría dos días entregado a sus meditaciones, y cada hora que pasaba aumentaba la intimidad que reinaba en la pareja. Ukon, que era muy lista, buscó pretextos para enviar a su ama ropas de repuesto, y Jiju cuidaba de que su cabellera ofreciera siempre el mejor aspecto posible. La ayudó a ponerse un conjunto espléndido formado por una túnica purpúrea y un *uchiki* más claro del color de la flor de ciruelo, forrado del mismo tono. También Jiju se presentó mucho mejor vestida, pues había venido con un sobretodo muy sencillo. Niou lo cogió (se hallaba en el suelo en un rincón de la estancia), y cubrió con él las rodillas de Ukifune para que no se ensuciara su atuendo durante la *toilette*. Estaba seguro de que su hermana, la Primera Princesa, se sentiría encantada de tomar a su servicio aquella joven. Aunque tenía numerosas azafatas de las mejores familias, no había ninguna que se le pudiese comparar.

Se pasaban el día jugando como dos animales en celo, y Niou no paraba de exponerle sus planes de llevarla a la capital. Pretendía hacerle jurar que, mientras siguiese viviendo en Uji, no volvería a ver a Kaoru, pero aquello era exigir demasiado. Ukifune volvió a echarse a llorar, mientras el príncipe daba rienda suelta a sus celos, al comprobar que, incluso en aquellas circunstancias, la joven era incapaz de olvidar a su amigo. En su discurso de enamorado, los reproches seguían a los lamentos y los lamentos a los reproches. Muy entrada la noche, emprendieron el viaje de regreso al otro lado del río, estrechamente abrazados.

—¡Dudo mucho que el hombre al que pareces seguir prefiriendo te trate como yo! Supongo que sabes a quien me refiero —le dijo.

El príncipe tenía razón, pensó ella, y asintió con la cabeza, dándole una pequeña alegría. Ukon los estaba esperando en una puerta lateral, y la joven entró, mientras él permanecía al otro lado de la puerta, desconsolado.

Tal como solía hacer cuando regresaba de esas excursiones, volvió a la casa de Nijo. Al poco empezó a ponerse pálido, le abandonó por completo el apetito y se adelgazó a ojos vista para consternación de la corte. En aquellas condiciones le temblaba demasiado el pulso para escribir cartas dirigidas a la dama de Uji. Mientras tanto, en la mansión de las montañas la situación se había complicado bastante, pues el ama de Ukifune, que había pasado una temporada junto a su hija recién casada, había regresado para hacerse cargo del gobierno de la servidumbre. Aquella anciana officiosa adoraba a la joven, pero nunca la perdía de vista, de modo que incluso leer una breve nota procedente de la capital, si no era de Kaoru, resultaba prácticamente imposible. Su madre, la esposa del gobernador, detestaba la idea de que su hija se hallara sola en aquel lugar tan alejado, pero procuraba consolarse pensando que era la única manera de que acabara convirtiéndose en la protegida del general Kaoru. Corría la voz de que muy pronto la instalaría en secreto en una casa nueva a punto de concluir muy cerca de su palacio de Sanjo. ¡Aquella iba a ser la hora de su triunfo!

Pensando en el traslado que se avecinaba, la madre, con la mejor intención, empezó a buscar criadas expertas y niñas bonitas que enviaba a su hija para que se fueran acostumbrando a ella. Ukifune no tenía más remedio que aprobarlo, pero no podía deshacerse de la imagen del impetuoso Niou, que tan pronto la acariciaba hasta volverla loca como la cubría de insultos y reproches. En cuanto cerraba los ojos, aparecía el príncipe, más arrebatador que nunca... ¿Cómo no lograba borrarlo de su vida de una vez por todas?

Continuaba lloviendo, y Niou, incapaz de reemprender el camino de las montañas, se sentía *como una larva de gusano de seda prisionera en su capullo* bajo la custodia de sus augustos padres. Al fin logró enviarle una carta muy larga en la que intentó poner en orden sus pensamientos. Decía, entre otras cosas:

«Tan oscura es la noche que cubre el cielo y mi corazón, que ni siquiera soy capaz de vislumbrar las nubes que flotan sobre tu pueblo.»

Aunque escribía descuidadamente, nunca había hecho mejor caligrafía. Era imposible que aquellos términos no hicieran mella en el ánimo fácilmente impresionable de la joven, aunque no dejaba de reconocer que el carácter más serio y reposado de Kaoru era mucho más digno de admiración. Además, el general fue el primero que la hizo sentirse deseada... Su afecto le había abierto las puertas a una nueva vida y, sin él, no podía imaginar ya el mundo ni su propia existencia. Su madre no cesaba de preguntarle cuándo regresaría Kaoru... ¿Cómo reaccionaría la pobre mujer, si el general se enteraba de su aventura con el príncipe y la tachaba de su vida de un plumazo? Sería el fin de todo para las dos.

A juzgar por sus cartas apasionadas, el príncipe Niou ardía de impaciencia, pero había oído hablar mucho de su inconstancia y temía que aquel amor que le pintaba con los colores de la eternidad no acabara como tantos otros, de los que había oído contar... Incluso suponiendo que la llevara a la capital y la ocultara en algún lugar como una más de sus amantes secretas, ¿cómo podría mirar a la cara a su hermana Naka no Kimi? No hay secreto eterno, y el hecho de que Niou hubiera logrado dar con ella cuando tan bien guardada creía estar, era prueba fehaciente de ello. Si, por el contrario, era Kaoru quien la llevaba a la capital, ¿desaparecería el otro de su vida para siempre? Por último, si el general, enterado de que ella compartía sus favores con un rival, le daba la espalda definitivamente, ¿a quién podría culpar salvo a sí misma?

El mismo día llegó una carta de Kaoru, pero la de Niou era más larga y aún no había acabado de leerla, de modo que dejó la segunda cerrada para poder acabar la primera. Ukon y Jiju, que se hallaban en la estancia, se miraron significativamente. Todo apuntaba a que su ama se había decidido por el príncipe.

—¡No me extraña! —dijo Jiju—. Siempre tuve al general por el más apuesto de los hombres, *hasta el día en que vi al príncipe*. ¡Es tan hermoso y simpático, sobre todo cuando se muestra tal como es! Si un hombre así me hiciese la corte, no me lo pensaría mucho. La pediría que me buscase un empleo de criada en el palacio imperial aunque fuera para fregar suelos, y así podríamos vernos todos los días...

—No estoy de acuerdo —discrepó la otra—. El general es el mejor de los dos. Paso por alto cuál sea el más guapo, pero las maneras y el carácter cuentan muchísimo, y en este capítulo el señor Kaoru no tiene rival. Siento mucho lo que ha ocurrido y temo que la historia tiene muchos visos de acabar mal... Cuando todo se descubra, ¿qué será de ella? ¿Y de *nosotras*?

Ukon se alegraba de haber metido a Jiju en la conspiración, pues ello hacía su tarea de «contar mentiras» más llevadera. La carta del general, mucho más breve, decía así:

«Siento muchísimo no haber podido visitarte en los últimos tiempos, pero pienso en ti continuamente. Me encantaría recibir alguna nota tuya de vez en cuando. Supongo que no has llegado a la conclusión de que ya no me importas...

»Aquí la lluvia oscura parece inacabable,
y el corazón vive en tinieblas. ¿Han subido
también las aguas del río hasta inundar el
pueblo de las montañas?

»Cada día que pasa deseo más ardientemente volver a verte...»

La nota había sido escrita sobre papel blanco, y también era blanco el sobre. La caligrafía no destacaba por su sutileza, pero evidenciaba educación y sensibilidad. No obstante, también la carta de Niou tenía interés. Larga, detallada y doblada de un modo complicadísimo, era tan distinta de la otra como lo puedan ser dos cartas. Ukifune debía contestarla primero, le dijo Jiju, aprovechando que estaba sola. La joven tomó el pincel, pero se sintió incapaz de trazar una letra. Al fin compuso este poema:

«El nombre de Uji, el río que atraviesa Yamashiro, significa «tristeza», como si quisiera referirse los que aquí habitamos.»

A veces sacaba el dibujo que Niou había hecho para ella, y se ponía a llorar. No, su amor no podía durar, se repetía, e intentaba resignarse a ello. Pero en cuanto pensaba que algún día podía verse separada de él para siempre, lloraba más todavía. Al fin le envió una respuesta, y, cuando él leyó este poema, también se deshizo en lágrimas:

«Preferiría ser la nube que oscurece este pico, a seguir vagando a la deriva por la vida.

»Si pudiere unirme a ellas...

Parecía que la muchacha lo amaba aún más que antes, y él seguía recordando aquella figurita, que pretendía defenderse a toda costa de sus propios sentimientos. Mientras tanto, Kaoru estaba leyendo la nota a él dirigida. Ukifune le daba mucha pena y, mientras leía, moría de ganas de verla. Este poema era para él:

«Del mismo modo que esta lluvia, conocedora de mi triste sino, no para de caer, el agua, al subir, humedece mis mangas:»

Kaoru decidió finalmente revelar la historia a su esposa.

—He dudado mucho antes de mencionártelo —dijo—, pues lo último que quisiera es ofenderte, pero tengo una amiga que vive en el campo. Allí se siente muy desgraciada, y yo desearía traerla a la ciudad. Siempre he sido un hombre extraño y me han pasado muchas cosas raras, a lo cual me he resignado ya, pero, gracias a ti, me he dado cuenta de que no podía abandonar el mundo tal como había pensado en tiempos. Por otra parte, detesto guardar esa clase de secretos: me hacen sentir culpable...

—No veo que haya razón alguna para que me muestre celosa —repuso la dama.

—¿Pero qué le contará la gente a tu padre? Porque la corte hablará, y los chismorreos resultan detestables. Claro que ella no es tan importante como para dar lugar a un gran escándalo...

Tenía ya preparada una casita para la joven, pero no quería que se dijera que se había agenciado un pabellón «para correrse sus juergas». Para embellecerla, contrató con la máxima discreción a un pintor para que decorara las puertas, pero dio la casualidad de que el pintor era suegro del secretario que había acompañado a Niou a Uji. En cuanto el secretario se enteró, fue al encuentro del príncipe y se lo hizo saber:

—Sólo ha contratado artistas de su máxima confianza —le dijo—. Es un refugio en una calle poco transitada, pero parece que no repara en gastos a la hora de amueblarla.

Alarmadísimo, Niou decidió que tenía que actuar con la máxima rapidez. Recordó que su anciana nodriza tenía una casa en el sur de la ciudad y que aquella buena mujer estaba a punto de partir a una provincia remota, de la que su esposo había sido nombrado gobernador. Fue a verla y le confesó:

—Hay alguien a quien quisiera ocultar...

Tanto el ama como su familia se sobresaltaron ante aquel anuncio, pues ignoraban qué clase de mujer (¿qué otra cosa podía ser?) iba a traerles a su casa. A pesar de sus escrúpulos, no se atrevieron a ponerle dificultades u oponerse a algo que parecía importar tanto al príncipe. Cuando le hicieron saber que aceptaban, el ánimo de Niou, que atravesaba un momento muy bajo, remontó considerablemente. El gobernador partía a fines de mes, y Niou decidió trasladar a la chica a su casa el mismo día de su marcha. Se lo hizo saber a las mujeres de Uji, exigiéndoles la máxima discreción. El príncipe no iba a poder acudir, por descontado, y se esperaban problemas de parte de la anciana nodriza de Ukifune.

Paralelamente Kaoru iba trazando sus propios planes: mandaría a buscar a la joven el día diez del cuarto mes. Lejos de abandonarse al capricho del azar, Ukifune se dio cuenta de que se había acabado el tiempo de las vacilaciones y tenía que decidir en serio sobre algo que condicionaría irreversiblemente su futuro. Hubiese deseado refugiarse en casa de su

madre para meditar sin agobios sobre su situación, pero la mansión del gobernador estaba por aquel entonces atestada de clérigos y acólitos que oficiaban servicios sin parar porque su hermana, la mujer del teniente, estaba a punto de dar a luz. Tampoco parecía posible embarcarse en la famosa excursión de Ishiyama que la última visita de Niou había frustrado.

VI

Un día fue a visitarla su madre a Uji, y se encontró en la puerta con la nodriza, que se puso a alabar las ropas nuevas que el general había enviado a las criadas de la casa.

—Se diría que han querido hacer algo muy bonito, en consonancia con todas las molestias que su excelencia se ha tomado hasta ahora por nosotras. Jamás había visto unos atuendos fabricados con tejidos mejores!

Al verlas tan contentas, la joven se sentía atenazada por el miedo a lo que podía ocurrir: una sola palabra, y todo acabaría en desastre. ¡De un día a otro madre e hija se convertirían en el hazmerreír de todos! Acababa de recibir otra carta del inoportuno Niou. Estaba dispuesto, le aseguraba, a ir a buscarla aunque se ocultase detrás de ocho montañas envueltas en niebla. Y ello «aunque no tuvieran otra alternativa que morir», pero, en todo caso, «morirían juntos»...

Desconcertada, se echó en la cama.

—¿Cómo estás tan pálida? —le preguntó su madre, incapaz de entender nada—. Y te noto muy delgada...

—Durante los últimos meses no ha sido la misma —le confesó Ukon, sin dar más explicaciones—. No ha querido probar bocado y la noto cada día más fatigada y exsangüe...

—¿Estará sufriendo una posesión? —exclamó, alarmada, la «gobernadora»—. ¡Esas cosas son terribles! Fue una lástima que hubiésemos de cancelar el viaje a Ishiyama...

La hija apartó la cara para no tener que enfrentarse con la mirada de su madre. Al caer la noche la luna se puso a brillar, pero, cuando Ukifune recordó la luna que presidía el cielo mientras cruzaba el río con Niou no hacía tantos días, apenas pudo contener el llanto. Debía imponerse el deber de olvidarlo de una vez por todas... Mientras, para matar el rato, la «gobernadora» empezó a conversar con la anciana Ben no Kimi sobre el pasado. La monja se refirió a la infeliz Oigimi y cantó sus alabanzas: ¡cuán seria y compuesta fue! ¡Y cuando llegó la hora de los problemas y las complicaciones, prefirió fundirse a la vista de todos!

—¡De haber vivido —concluyó—, hubiese tenido que acabar aceptando a tu hija como una hermana más! ¿De modo que no se veían? Estoy segura de que se hubieran llevado muy bien, y Ukifune se sentiría hoy mucho más apoyada...

—¿Qué derecho tenían a pasar por alto a mi hija? —se quejaba por lo bajo la mujer del gobernador—. ¿Acaso no es tan hija del príncipe Hachi como las otras dos? Pero nunca es demasiado tarde para una reconciliación...

Luego, levantando ya la voz, prosiguió:

—Durante años ha sido mi principal preocupación, pero parece que todo está a punto de arreglarse. Cuando viva en la ciudad, se habrán acabado esos viajes terribles por caminos intransitables... De todos modos, mentiría si dijera que no he disfrutado con ellos. ¡Resulta agradable poder conversar de vez en cuando sobre el pasado en un lugar como éste!

—Después de tomar el hábito —dijo Ben no Kimi—, he procurado mantenerme alejada de las mujeres de esta casa. Se dice que las monjas traen mala suerte... He conversado con tu hija en contadísimas ocasiones, y siempre muy, muy brevemente... Pero ¿qué duda cabe que, cuando se vaya, la echaré de menos? Aunque soy la primera en reconocer que éste no es un lugar adecuado para una jovencita... Mejor que se vaya. Ya te dije en alguna ocasión que el general no es hombre de flirteos efímeros y aventuritas frívolas, de manera que, si acudía hasta aquí a verla, por fuerza se sentía poderosamente atraído por ella. Ya ves que no te he engañado.

—Nadie puede vaticinar el futuro —dijo la madre—, pero por el momento parece muy entusiasmado, y creo que debo agradeceréte a ti en buena parte. También su hermanastra que vive en Nijo se portó muy bien con ella, pero cuando ocurrió aquel infortunado incidente, hubo que llevarla a otra parte...

La monja sonrió.

—Sí, parece que el príncipe Niou es una especialista en embrollos —afirmó—, un joven libertino que ya ha perdido la cuenta de sus amantes. Las mujeres sensatas se lo piensan dos veces antes de entrar a servir en su casa. Ukon, la hija de Tayu, dice que es muy atractivo pero también extraordinariamente impulsivo, y, en cuanto entra en la casa una criada nueva, las demás suelen retener el aliento hasta ver qué ocurre con ella.

Ukifune la escuchaba en silencio. Al fin y al cabo, las criadas sólo eran criadas. ¿Por qué no comentaba nada acerca de su hermana?

—¡Qué vergüenza! —dijo la «gobernadora»—. Hablemos ahora del general. Claro que está casado, y nada menos que con una hija del emperador, pero no van a vivir en la misma casa...

¡Esperemos que todo sea para bien! Le he dado muchas vueltas al asunto y sigo pensando que es la mejor solución posible... Confío en que mi hija sepa agradeceréme. Quiero decir que si las cosas se tuercen por su culpa (estoy pensando en lo que ocurrió en la casa de Nijo con el príncipe Niou), sentiré en el alma perderla, pero me temo que no querré verla nunca más.

Al oír hablar así a su madre, la sangre de Ukifune se heló. Prefería morir antes que su madre llegase a saber toda la verdad. Fuera, la corriente del río rugía como un tigre monstruoso.

—Hay ríos más amables —comentó la madre—. Estoy segura de que el general se siente culpable de mantenerla todavía en este lugar perdido y solitario...

—Sí, el Uji es un río terrible, el más traidor de la provincia —dijo una criada—. No hace mucho el nieto de un barquero tropezó con un remo, resbaló y las aguas lo engulleron... ¡Se ha perdido la cuenta de los que se han ahogado en él!

Si ella llegaba a desaparecer, pensó Ukifune, la gente la lloraría durante un tiempo, pero sólo durante un tiempo. En cambio, si sobrevivía a su deshonra, todos se burlarían de ella hasta el último día de su vida. La muerte era el camino más fácil, pues cancelaba todas sus deudas... Por otra parte, ¿quién se lo iba a impedir? Claro que estaba su madre, y matarse suponía una crueldad para con la anciana. Su cabeza estaba a punto de explotar. Para aislarse del mundo, cerró los ojos y fingió dormir, pero lo primero que vio fue a la pobre mujer, que tanto había sufrido ya por ella, gimiendo y llorando.

Había que preparar las ceremonias de invocación al Iluminado, dijo la «gobernadora», pues era obvio que el mundo iba a peor, y también procedía celebrar purificaciones y ritos propiciatorios dedicados a los dioses nacionales. La mujer no podía imaginar qué ecos terribles despertaba en el pecho de su hija la palabra «purificación»: la pobre muchacha se sentía rechazada por los dioses y estaba convencida de que ni las aguas del río Mitarashi podrían ya lavar su culpa...

—No tienes bastante servicio aquí —dijo la «gobernadora», dirigiéndose a Ben no Kimi—. Os buscaré más mujeres en las que podáis confiar. Ten cuidado con las recién llegadas... Cuando se trata de servir a alguien de alcurnia, todo resulta más fácil, pero si la señora es aún joven e inexperta y no sabe hacerse respetar lo suficiente, puede ocurrir cualquier cosa. Sé discreta y procura que nadie se entere de lo que se avecina... Yo tendré que partir, pues me preocupa mi otra hija...

Convencida de que era la última vez que la vería, Ukifune abrazó a su madre con todas sus fuerzas.

—No me encuentro bien —le dijo—. Odio estar sola. Déjame ir contigo, aunque sólo sea por unos pocos días.

—¡Ojalá fuese posible! —le contestó la mujer, y se echó a llorar—. Pero la casa es tan pequeña y somos tanta gente... Además debes prepararte para el general... Sin ti esas pobres muchachas no harían nada... Ya hallaré la manera de verte... ¡La hallaría aunque te fueras a Takefu! En fin, las cosas son como son y yo no puedo hacer gran cosa...

Aquel día llegó otra carta del general interesándose por la salud de la joven, pues sabía que no estaba bien. Decía:

«¡Ojalá pudiera verte, pero el trabajo administrativo me tiene esclavizado! No falta mucho para que se acabe esta desagradable situación, aunque comprendo que la espera se te haga cada vez más larga...»

También llegó una carta (más larga que la otra, como siempre) de Niou. Decía:

«¿Qué te preocupa ahora? Yo también vivo profundamente angustiado. Debes decidirte de una vez por todas. No puedes pasar la vida preguntándote sin parar de dónde va a soplar el viento... ¡Yo, al menos, no puedo soportarlo!»

Ambos mensajeros se habían cruzado al ir, y volvieron a encontrarse a la vuelta. El de Kaoru era un soldado de la guardia y el de Niou, un criadito que trabajaba en la casa del secretario. Se habían visto alguna vez y se conocían.

—¿Qué te trae a este lejano lugar con tanta frecuencia? —preguntó el de Kaoru.

—Muy sencillo. Escribo cartitas a cierta persona que vive aquí.

—¡Vamos! ¿No pretenderás que crea que te dedicas a llevar tus propias cartas?

—No, no... —improvisó el muchacho de Niou—. En realidad se trata del gobernador Tokikata, que mantiene contactos con alguien de por aquí...

Tampoco dio crédito a esta historia el del general, pero no quiso insistir en el tema, y cada cual se fue por su lado. El mensajero de Kaoru, hombre listo, dijo al muchacho que lo acompañaba que le siguiera y comprobara si iba a casa del gobernador.

—Fue a la mansión del príncipe Niou —le informó luego su improvisado espía—, y dio la carta al viceministro de los ritos.

En cambio, el hombre de Niou, que era un zoquete, no se dio cuenta de que alguien se había tomado la molestia de seguirle, y tampoco sabía muy bien qué estaba haciendo. Cuando el mensajero del general llegó a la mansión de Sanjo, Kaoru, con un sencillo atuendo de corte, se disponía a

marchar al palacio de la Sexta Avenida con un pequeño cortejo, pues la emperatriz se hallaba temporalmente allí.

—Me he retrasado un poco —dijo el hombre, entregando la carta a uno de los acompañantes del general—, pero lo cierto es que me he permitido hacer ciertas averiguaciones que me han hecho perder tiempo.

Kaoru lo oyó, y le preguntó:

—¿Qué has hecho?

Pero el mensajero, que no quería explicar en público el resultado de su improvisado espionaje, se inclinó en silencio. Kaoru lo entendió, y partió con su gente.

La emperatriz estaba ligeramente indispuesta y tenía a todos sus hijos junto a ella. Los cortesanos de los rangos superiores habían literalmente invadido el palacio nuevo. El secretario, un hombre ocupadísimo, pues (tal como se ha dicho) también ejercía el cargo de viceministro de los ritos, tardó en presentarse. En cuanto le fue posible, entregó furtivamente a Niou la carta de Ukifune junto con otras, aprovechando un momento en que el príncipe atravesaba una puerta de regreso de la alcoba de la emperatriz. Kaoru estaba muy cerca y, percibiendo algo raro en la forma de actuar de ambos, se detuvo a observarlos.

Como era de esperar, la primera carta que Niou abrió fue la que más le interesaba. Estaba escrita con delicada caligrafía sobre papel encarnado. Absorto en la carta, Niou no se dio cuenta de la presencia de Kaoru. En aquel momento pasó Yugiri, que también acababa de visitar a su majestad. Saliendo súbitamente de detrás de una puerta, Kaoru tosió ostensiblemente para avisar a su amigo, y Niou hizo desaparecer la carta para no verse sorprendido por su suegro, el cual se paró a hablar con él mientras el otro estaba volviendo a anudar los lazos de su *uchiki*.

—Creo que también me iré —dijo el general, se inclinó ante el príncipe y salió corriendo tras Yugiri, comentando—: Hace tiempo que su majestad no tenía uno de esos ataques tan molestos... Tal vez valdría la pena llamar al abad de Hiei...

Cuando, muy entrada la noche, el último cortesano hubo abandonado a la emperatriz, Yugiri, acompañado de Niou y de casi todos sus hijos, se

dirigió a su mansión. Minutos más tarde, Kaoru partió hacia su casa, mientras unos hombres del palacio de la Sexta Avenida encendían las antorchas del jardín. Sin perder un instante, se dirigió al que había llevado su carta a Uji y que se había unido a su cortejo, y se puso a interrogarle:

—¿De qué me estabas hablando antes de mi partida?

—Esta mañana había un Uji un hombre que sirve al señor Tokikata, gobernador de Izumo. Llevaba una carta muy curiosa, escrita sobre fino papel de color púrpura atado a una ramita de cerezo, y la entregó a una mujer que salió a recibirlo por la puerta occidental. Cuando luego tuve ocasión de interrogarle sobre ella, se me quitó de encima con historias absurdas. Estoy convencido de que mentía. Como no veía razón para que quisiera engañarme, le hice seguir y descubrí que llevó la carta a la casa del príncipe Niou. Allí la entregó al señor Michisada.

Muy extraño, se dijo Kaoru. Y siguió preguntando: —¿Y cómo era la respuesta?

—Se la entregaron en otra puerta y no pude verla, pero el chico que me acompañaba dijo que era muy elegante y parecía escrita sobre papel encarnado.

¡Era la carta que acababa de recibir Niou! La perspicacia de su mensajero impresionó al general, pero no quiso perder el tiempo en alabanzas, pues podían oírle.

¡Lo que acababa de oír era más que suficiente! ¿Cómo había logrado Niou entrar en contacto con Ukifune? ¿Cómo llegó a saber de su existencia? Siempre pensó que, hallándose Uji tan lejos de la capital, la muchacha estaría allí completamente segura. ¡No le importaba que Niou se embarcara en cuantas aventuras le vinieran en gana, siempre que se limitara a mujeres que nada tuviesen que ver con él, pero Ukifune era suya! ¿Cómo había sido capaz de traicionar al mejor de sus amigos, al hombre que había sido su guía e intermediario (por no decir su alcahuete) cuando iban a visitar a las dos princesas de Uji? Kaoru había hecho lo imposible para no dar rienda suelta a la pasión que Naka no Kimi acabó por inspirarle, y ahora se sentía el más estúpido de los hombres.

Sus sentimientos hacia la hija menor de Hachi no tenían nada de caprichoso. El vínculo que los unía había nacido años atrás... El se había estado controlando con todas sus fuerzas para no causar dolor a la joven y no tener nada que reprocharse, y ahora resultaba que sólo había hecho el idiota. Con el palacio lleno de cortesanos interesándose por la salud de la emperatriz, ¿cómo habría logrado Niou recibir una carta de un lugar tan distante como Uji? ¿Ya habría visto a la muchacha? En los últimos tiempos habían corrido muchas especulaciones sobre ciertos misterios observados en la conducta del príncipe. Se decía que no se encontraba bien y había perdido el apetito, que son síntomas de un amor complicado. A él le había ocurrido exactamente lo mismo cuando moría de deseo por Naka no Kimi... Por otra parte, recordaba perfectamente que, durante su última visita a Uji, halló la actitud y continuos cambios de humor de Ukifune un tanto desconcertantes...

¡Qué poco sabemos de lo que ocurre en el interior de los demás! Siempre había visto en la joven una muchacha excepcionalmente gentil y afectuosa, cuyo único defecto (si tenía alguna) era precisamente su tendencia a apoyarse demasiado en él... ¡Y mientras tanto se había estado entregando a otro! ¡Era horrible! Estaba claro que pertenecía a esa clase de mujeres que no pueden pasar ni un solo día sin un amante... De hecho, era exactamente igual que Niou, de modo que, observados fríamente, formaban una pareja perfecta... Pensó en romper todo trato con ella, y que Niou la amparara, si estaba dispuesto a hacerlo. De todos modos, prefirió no apresurarse. De haber sido ya la joven su concubina formal en su propio hogar, jamás le habría perdonado sus deslices, pero, a la vista de las circunstancias, tal vez mereciera una segunda oportunidad. Aunque le costara reconocerlo, sabía que la echaría mucho de menos si la perdía, pero tenía que admitir que su opinión sobre ella había cambiado por completo.

Los hombres de su cortejo se dieron cuenta de que había sido presa de sombríos pensamientos, pero se guardaron mucho de interrumpir sus meditaciones. Algo resultaba indudable: si la joven había dejado de amarle y se había volcado definitivamente en Niou, le esperaba una desilusión terrible. Todo el mundo conocía perfectamente al príncipe: mientras se

sentía atraído por una mujer, no había nada que no estuviera dispuesto a hacer para ganarla, pero, en cuanto se hartaba de ella, ni siquiera se molestaba en preguntar cuál había sido su suerte. En el mejor de los casos (Kaoru recordaba dos o tres), la colocaba de criada en casa de su hermana. Si pensaba que Ukifune podía correr esta suerte, se le partía el alma. No, no podía quitársela de delante sin más...

El primer paso consistió en entrar en contacto con ella. Le escribió una carta breve interesándose por su salud, llamó a su mensajero habitual y le preguntó si sabía si el señor Michisada vivía aún con la hija de Nakanobu. [278]

—Creo que sí —respondió el otro.

—¿Y sigue enviando ese hombre a Uji? Hay allí una muchacha sola y tal vez esté interesado en ella. (Suspiró.) Procura ahora que nadie te siga a ti. Haríamos el ridículo.

El hombre se inclinó. Recordó que Michisada siempre preguntaba por los asuntos de Kaoru y, muy especialmente, los que se referían a Uji, pero él había optado siempre por mostrarse discreto. El general dejó de interrogarlo. De hecho, ya sabía demasiado.

VII

En Uji la frecuencia con que llegaban los mensajes de Kaoru era una nueve fuente de quebraderos de cabeza. El último se limitaba a decir:

«Siempre pensé que antes cubrirían las
olas los pinos de la isla de Sue, que tú

dejarías de esperarme.

«Procura, por lo que más quieras, no dejarnos en ridículo a ambos!»

El poema desconcertó mucho a Ukifune: ¿qué pretendía decirle el general? Sea como fuere, ella no quiso «darse por enterada», volvió a doblar la carta y la reenvió a su destinatario, añadiendo de su puño y letra:

«Me temo que el mensajero se ha equivocado de destinatario. No me encuentro bien, y no me siento con ánimos de escribir una carta decente...»

Cuando leyó aquellas líneas, los labios de Kaoru esbozaron una sonrisa. ¡Nunca hubiese sospechado en la joven tanta capacidad de disimulo! Y, a pesar de todo, no se sentía capaz de enfadarse con ella... En Uji, Ukifune estaba desesperada: cuanto más pensaba en su última nota, mayor era su certeza de que Kaoru estaba al corriente de la situación y temía lo peor.

—¿Por qué has devuelto la carta al general? —le preguntó Ukon—. ¡Estás tentando a la suerte!

—Creo que no era para mí. Alguien se equivocó al poner la dirección...

Ukon encontró muy extraña la actitud de su señora y, aunque sabía que no estaba bien lo que iba a hacer, se permitió volver a desplegar la carta mientras la llevaba al mensajero.

—¡Qué desgracia ha caído sobre todos nosotros! —dijo a la joven en cuanto regresó a su lado sin contarle lo que acababa de hacer—. Parece que el general ha descubierto el embrollo...

Ukifune se sonrojó, pero calló. Alguien se había ido de la lengua, de ello no cabía duda alguna. ¿Qué pensarían sus mujeres? Nunca deseó verse mezclada en aquellas complicaciones, pero su destino parecía actuar por su cuenta.

—Déjame que te cuente la historia de mi hermana —dijo Ukon a Jiju—. Ocurrió cuando estábamos viviendo en la provincia de Hitachi. Esa clase de situaciones también pueden afectar a mujeres como nosotras, pobres criadas... También ella tenía dos hombres que la querían, y era incapaz de decidirse, porque ambos le gustaban... Pero he aquí que empezó a inclinarse por el último que había conocido, y el más antiguo lo mató... Y luego no volvió a dirigirle la palabra nunca más. He aquí como perdimos un buen

soldado, el muerto, y el otro, el que lo mató, que no era una mala persona, también hubo de abandonar Hitachi. A mi hermana la despidieron de la casa del gobernador, pues, sin ella y sus «malas costumbres», nada hubiese ocurrido. Avergonzada, se quedó en el este del país, y su madre, que es la mía, sigue llorándola aún hoy. Tal vez pienses que resulta de mal gusto hablar así, pero estas cosas no se hacen. ¿Qué importa de qué familia se trate o cuál sea el rango de los padres? Lo que está mal está mal... Con ello no quiero decir que la cosa deba acabar fatalmente en derramamiento de sangre, pero las consecuencias nunca serán buenas, tanto si se trata de una princesa como si de una lavandera... Tal vez sea todavía peor si se trata de un princesa. Una mujer como mi hermana puede sobrevivir a su mala fama, pero una princesa, ¡mejor muerta!

A continuación, se dirigió a su señora y prosiguió en estos términos:

—¡Decídate de una vez y deja de gimotear! Si el príncipe te ama tanto como dice, síguele y no vuelvas a quejarte. Carece de sentido dejarse vencer por el destino... Pero tu madre está preocupadísima, y tu ama sólo piensa en las ventajas que te aguardan junto al general... Yo misma preferiría que el príncipe desapareciera de la faz de la tierra y dejara de intentar sustraerte a las atenciones del otro...

—¡Eres terrible! —la interrumpió Jiju, decidida partidaria de Niou—. ¡Nadie puede escapar a su destino, y el tuyo es unirte con el que te gusta *un poquito más!* El príncipe es tan ardiente, tan sincero... ¿cómo vas a deshacerte de un hombre así? Sé que no estás de acuerdo con toda esa gente que pretende echarte en brazos del general... Tal vez tengas que ocultarte de momento en algún lugar, pero debes preferir al que te gusta más.

—¡Da lo mismo con cuál de los dos se marche! —dijo Ukon—. He rezado largamente en Hatsuse e Ishiyama para que todo acabe lo mejor posible... Los hombres del general, tanto los que le sirven en sus granjas como en la capital, son unos brutos (no se me ocurre otro término para describirlos) y, además, están más o menos emparentados. Todos los de Yamashiro y Yamato son parientes de Udoneri o de su yerno Ukonnodaibu... Los conozco bien, pues el propio Kaoru les encargó que nos protegieran... Con ello no quiero insinuar que el general, que es un

caballero, lleve de cabeza ordenarles algún acto desagradable o violento, pero la gente del campo resulta impredecible, y nuestros «protectores» son capaces de todo con tal de demostrar cuan celosos son en el cumplimiento de los deberes que tienen encomendados. Lo que el príncipe hizo la noche de su última visita fue muy peligroso... Está tan obsesionado por pasar desapercibido que se presenta aquí de incógnito y sin escolta... ¡Si llega a sorprenderlo uno de los hombres de Kaoru, puede ocurrir cualquier cosa!

Ukifune escuchaba con el corazón en un puño: aquellas mujeres estaban al corriente de todo, incluso de sus sentimientos hacia Niou. Era un hecho que todavía no se había decidido. El ardor del príncipe la confundía hasta la locura, aunque no podía creer que fuera a durar siempre. Y, sin embargo, no se sentía con fuerzas de dar el adiós definitivo al hombre que durante tanto tiempo había sido la fuente principal de sus fuerzas. ¡Y qué horrible sería si la imprevisión de Niou acababa provocando un acto de violencia irreparable!

—Dejadme sola... —imploraba, echada boca abajo con la cara enterrada en la almohada—. ¡Quiero morir! Soy tremendamente desgraciada... ¡Dudo que entre los más pobres de los pobres haya nadie que se me pueda comparar!

—¡No digas eso! —dijo Ukon—. Tan sólo pretendía facilitarte un poco la elección... Tal vez he dicho lo que no debía, pero quería ayudarte a decidir... No entiendo qué te está pasando: en estos últimos tiempos parecías tomártelo todo tan a la ligera... Y ahora se te cae el mundo encima. Realmente me siento incapaz de comprenderte...

Aunque trataran de ocultarlo, las dos mujeres que conocían el secreto estaban cada vez más angustiadas. El ama, en cambio, canturreaba una alegre canción mientras proseguía con sus preparativos para el «gran día». Teñía piezas de tela, cortaba prendas... Para divertir a Ukifune le envió una niña muy bonita que acababa de entrar a servir en la casa.

—Te lo pasarás muy bien con ella —le dijo—. No me gusta verte echada en cama a todas horas... No estaría bien que cayeras enferma en el último momento...

Iban pasando los días y no llegaban noticias de Kaoru, pero una tarde se presentó allí Udoneri. Era un anciano rudo, y había algo en él que inspiraba mucho respeto.

—Quiero hablar con una de las mujeres de la casa —dijo, y salió Ukon a recibirlo—. El general me ha hecho llamar y he ido a verlo a la capital esta mañana. Acabo de regresar con una larga lista de órdenes tuyas. Me ha dicho que no envió a Uji guardias de la ciudad porque confiaba en nosotros para vigilar esta casa. Según parece, ha llegado a sus oídos que se han visto extraños merodeando por aquí, seguramente «invitados» por alguna de las mujeres de la casa. Nos echa la culpa de todo a nosotros, y exige que, de ahora en adelante, extrememos la vigilancia, y, si no estamos a la altura de las circunstancias, asegura que tomará otras medidas que pueden disgustarnos. «Si ha ocurrido lo que se cuenta», me ha dicho, «han sido tus hombres quienes los han dejado pasar... ¿Cómo te lo explicas si no?» Lo cierto es que yo no sabía nada del asunto. «Me he encontrado bastante mal en los últimos tiempos», he contestado yo, «y no salí a montar la guardia personalmente, aunque envié hombres perfectamente capaces con órdenes estrictas. Si hubiesen visto algo raro, me habrían avisado inmediatamente...» Para concluir su discurso, ha insistido en que, si no actuamos de ahora en adelante con la máxima diligencia, lo pagaremos muy caro. No sé a qué se estaba refiriendo, pero estas son sus órdenes. Debo reconocer que me sentí muy humillado.

Aquellas noticias, siniestras como el ulular de la lechuza, inquietaron profundamente a Ukon, y regresó a la casa en silencio.

—No estaba equivocada —dijo a Ukifune—. El general está al corriente de todo. Por eso ha dejado de escribir.

El ama había oído una parte del discurso de Udoneri.

—¡El general ha hecho lo que debía! —observó—. Esa gente necesitaba que alguien les llamase la atención. Han sido muy descuidados, y estas montañas están llenas de bandidos. Pero él es el culpable... ¿Dónde se ha visto encargar una vigilancia a unos patanes que sólo sirven para arar? Aquí no nos vigila nadie...

Ukifune estaba segura de que se avecinaba un desastre y trataba de darse prisa. Para su consternación llegó una carta de Niou en la que expresaba su deseo de verla. Sólo se le ocurría una salida a su situación, pues eran muchas vidas las que estaban en juego. Había oído contar la historia de una muchacha que, en tiempos, se había ahogado porque se hallaba ante un dilema idéntico: la amaban dos hombres por igual, y ella se sentía incapaz de elegir a uno de ambos, pues con ello condenaba al otro a la infelicidad. ¿Cómo iba a lamentar perder de vista un mundo que sólo le prometía tormentos? Su madre la lloraría, pero tenía otros hijos que acabarían por consolarla. Mejor la muerte que la deshonra. Ukifune parecía a primera vista una joven dócil y obediente, pero, quizás porque había sido educada al margen de la sociedad, era capaz de actuar de un modo muy impulsivo. Sin decir nada a nadie, se puso a quemar todas las cartas y notas que no quería que cayesen en manos de otras personas después de su muerte y arrojó sus cenizas al río. Las mujeres de la servidumbre pensaron que estaría destruyendo papeles sin importancia, meros ejercicios caligráficos o borradores de cartas que no quería llevar a la capital.

—¡Señora! —dijo Jiju—. ¿Qué estás haciendo? Comprendo que no quieras que los demás lean las cartitas de amor que has ido recibiendo, pero llegará un día en que lamentarás haberlas quemado. La gente suele guardarlas en el fondo de una caja, y, de vez en cuando, las saca y las relee. El príncipe escribe unas cosas tan bonitas... Y sus cartas son tan hermosas... ¿Cómo puedes ser tan cruel?

—¿Cruel? Me temo que no voy a vivir mucho —repuso la joven—, y no quisiera dejarlas atrás. Lo hago sobre todo por él. ¿Qué diría la gente? Pensarían que yo quería que se enterasen de todo...

Recordaba haber oído decir que morir antes que los padres es un gran pecado, pero había tomado una decisión irrevocable, y no podía imaginar manera humana de cambiarla.

Se acercaba el fin de mes, y la casa que Niou había dispuesto para ella quedaría vacía a partir del día veintiocho. El príncipe le escribió:

«Mandaré a por ti esta misma noche, te lo prometo. No se lo digas a tus mujeres. Yo tampoco se lo diré a nadie.»

Si se presentaba disfrazado, como solía, no tendría más remedio que echarlo y resignarse a no volver a verlo. No podía hacerlo pasar, ni siquiera para ofrecerle un poco de descanso antes del regreso. La imagen de un Niou derrotado y furioso se le presentó una vez más y, por más esfuerzos que hizo, se negó a desaparecer. La joven tomó la carta y la apretó contra su mejilla, tratando de controlarse, pero acabó deshecha en llanto.

—¡Por favor, señora! —imploraba Ukon—. Esta gente adivinará lo que ha ocurrido. Mucho me temo que alguno lo sospecha ya. Debes decidirte: dile que te irás con él, si eso es lo que realmente deseas. Yo no te abandonaré, aunque se te lleve volando por los aires...

—Estoy convencida de que intentas ayudarme —dijo a Ukifune, tratando de controlar sus sollozos—, pero no entiendes nada. Sería tan sencillo si eso fuera lo correcto... Se diría que soy yo quien le estoy pidiendo que venga a por mí... ¿Cuál será el segundo paso? ¡Es horroroso!

Ukifune no respondió su carta. Al quedarse sin noticias, Niou se hundió: la joven no se rendía y, con su silencio, parecía querer cortar la relación definitivamente. Imaginaba que los razonamientos de Kaoru la habían hecho cambiar de idea, y seguramente había acertado, pero el resentimiento y los celos no lo dejaban vivir. Estaba seguro de que la joven lo había amado, y achacaba su cambio de afectos a la influencia de las mujeres que tenía a su alrededor. Intentó quitarse todo aquello de la cabeza, pero fue en vano. Si todo estaba perdido, quería al menos saber qué había sucedido. No podía seguir viviendo así, sin prestar atención a nada y con la imagen de Ukifune siempre delante de los ojos. Al fin decidió ir a Uji.

En cuanto llegó, trató de atravesar la cerca por donde solía, pero los guardianes estaban alertados y le gritaron:

—¿Quién va?

El príncipe se retiró y mandó a un hombre que conocía bien el lugar, pero también le dieron el alto.

—Traigo un mensaje urgente de la ciudad —dijo el hombre, y preguntó por Ukon.

Ukon estaba consternada.

—¡Es completamente imposible que la vea esta noche! Lamento mucho que haya hecho un viaje tan largo para nada...

Niou se retorció las manos y cubría a la joven de reproches. Al fin llamó a Tokikata.

—Ve tú, y ponte de acuerdo con Jiju...

A pesar de todo, el persuasivo Tokikata logró entrevistarse con la criada:

—Será muy difícil —dijo Jiju—, porque los guardianes tienen órdenes del general y están especialmente atentos. Parece que los humilló por su negligencia de la pasada noche, y ahora quieren reconciliarse con él. A mi señora le sabe muy mal que el príncipe se haya aventurado tanto para nada, pero, si os cogen, todavía será peor. Dile que estamos trazando nuestros propios planes en secreto y que la noche que él nos ha indicado estaremos a punto.

También le hicieron saber las dificultades añadidas que suponía la presencia del ama.

—Ya sabéis que el príncipe no puede venir aquí todos los días —insistió Tokikata—. Si voy solo a decirle que la joven no quiere recibirlo, se pondrá furioso conmigo. Vayamos los dos, y tal vez logremos convencerlo.

Niou se había apartado de la casa y esperaba, montado a caballo, a una cierta distancia, mientras oía el ladrido de los numerosos perros que los vigilantes de Kaoru habían traído al lugar. Sus hombres, en cambio, eran pocos y estaban muy mal armados. ¿Qué haría si se presentaba alguien de sopetón procedente del bosque?

—¡Basta! —gritó Tokikata, mientras arrastraba a Jiju consigo.

La muchacha llevaba la cabellera recogida debajo del brazo derecho pero, aún así, estaba muy hermosa. Como se había negado a subir a su caballo, el hombre andaba a su lado, ayudándola a no tropezar con sus popias ropas. Se había calzado unos zuecos rústicos que acababa de encontrar y había cedido sus zapatos a la joven. No parecía prudente dialogar en un lugar demasiado visible, de manera que Tokikata extendió una manta sobre el suelo en un pequeño claro protegido por la cerca de la

cabaña de un leñador y abundantes matas. Al verlos, Niou desmontó y se acercó a ellos.

¿Dónde se había metido? Si llegaba a caerse y a romperse algún miembro, ¿cómo lo justificaría en palacio?, le increpó Tokikata. En aquel momento Niou estaba llorando, y Jiju lo compadecía de todo corazón. Aunque hubiese sido un demonio o un monstruo infernal, los poderes de persuasión que extraía de sus encantos habrían seguido actuando sobre la muchacha.

—¡Déjame que hable dos palabras con tu señora! —suplicó—. ¿Por qué ha acabado todo tan mal? ¡Habéis sido vosotras las que la habéis indispuerto conmigo!

Jiju le explicó detalladamente los últimos acontecimientos, y concluyó diciendo:

—No digas a nadie el día que has elegido para venir a por ella. Has obrado con enorme valentía al visitarnos en estas circunstancias, y estoy dispuesta a hacer lo que sea para ayudaros, aunque me lleve a la ruina.

De pronto la idea de que en cualquier momento podían capturarlo aterró al príncipe, y se asombró de la extrema cautela mostrada por la muchacha. Por más que sus hombres trataban de hacer callar a los perros, los animales seguían ladrando. De la mansión empezaron a llegar ruido de arcos y gritos de los guardianes que alertaban del peligro de un incendio. Jiju le suplicó que se fuera cuanto antes, y Niou, convencido de que de momento no había otra salida, la obedeció a regañadientes, pero antes de partir improvisó:

—Por más que quisiera ocultarme en cualquier parte, sobre las cimas flotan blancas nubes y yo debo regresar a casa llorando.

»Vuelve deprisa junto a tu ama...

Jiju hizo el camino de regreso deshecha en llanto: a su juicio, no había nada en el mundo comparable con el discurso persuasivo del príncipe y el aroma de sus ropas cuando el rocío nocturno las humedecía.

Ukifune, perdida ya toda esperanza, escuchaba las noticias que Ukon le daba, hasta que entró en la estancia Jiju y le relató lo que acababa de presenciar. ¡Cuánto deseaba que la dejaran sola para poder llorar sin testigos! A la mañana siguiente se levantó tarde, sumamente avergonzada de sus ojos hinchados. Se arregló como pudo y cogió un sutra. «Que mi pecado, al partir antes que mi madre, sea leve», repetía una y otra vez en un murmullo, invocando al Iluminado. Luego sacó el dibujo que Niou hiciera de los dos y se puso a contemplarlo. Allí estaba él, hermoso, tierno y enamorado... El dolor que le produjo aquella imagen fue peor que si hubiesen pasado juntos la noche anterior. También se sentía muy desgraciada al pensar en su otro pretendiente, Kaoru, que le había jurado fidelidad eterna y prometido llevarla a un lugar discreto y tranquilo. Prefería morir, aunque su muerte doliera mucho al general, a que se burlaran de ella y la trataran de mujerzuela frívola y necia... Recitó:

—Aunque, en mi pena inmensa, destruya
mi propia vida, una espantosa fama (¡oh,
terror!) me sobrevivirá.

Deseaba volver a ver a su madre y —cosa rara— también a sus hermanos y hermanas, con los que tan poco se tratara... Súbitamente pensó en Naka no Kimi... ¡A cuántos hubiese querido ver en aquel momento para despedirse de ellos! Todas las mujeres de la casa estaban ocupadas: unas cosían, otras teñían piezas de tejido, lavaban o empaquetaban... La joven se encerró para no oír el ruido que hacían. En cuanto llegó la noche, renunció a hacer nuevos esfuerzos por dormir y se puso a repasar su plan. Lo había previsto todo: cómo saldría de la casa sin ser vista, qué camino tomaría hasta llegar al agua, qué haría luego... Al apuntar el día se levantó tambaleándose (hacía tanto tiempo que no dormía que casi no se tenía en pie) y miró en dirección al río, sintiéndose *como el cordero arrastrado al matadero*.

Le trajeron una carta de Niou insistiendo en su desesperación, pero ella se limitó a contestarle con este poema:

«Si no dejo rastro de mi persona en este mundo tenebroso, ¿contra qué objeto dirigirás tu odio hacia mí?»

También hubiese querido enviar un mensaje en términos parecidos a Kaoru, pero le constaba que ambos eran amigos y temía que acabaran comparándolos. No, no pensaba comunicar su decisión a ninguno de los dos.

A mediodía llegó una carta de su madre que decía: «Tuve un sueño horrible sobre ti la noche pasada, y al levantarme mandé recitar plegarias en varios templos. Como había pasado una noche profundamente inquieta, me vi obligada a descansar durante el resto de la mañana. En mi duermevela tuve otro sueño aún peor, en el que volvías a aparecer. Estabas... ¡No, es demasiado terrible para ponerlo por escrito! Prefiero que no lo sepas. En cuanto pude tenerme en pie, me puse a garrapatear esta nota para ti. Por lo que más quieras, ten muchísimo cuidado. Hay una persona, pariente de alguien que no quiero nombrar, cuyos pensamientos te están perjudicando. [279] Mis visiones no pueden significar otra cosa, pues las he soñado mientras tenías una enfermedad que los médicos no han sabido diagnosticar todavía. No puedes imaginar cuan preocupada estoy por ti ni las ganas que tengo de verte, pero, por si todo eso fuera poco, tu hermana tampoco se encuentra bien. Muchos creen que se ha apoderado de ella un mal espíritu, y el gobernador ha dado órdenes estrictas de que nadie salga de casa... ¡Manda que lean las escrituras en el monasterio de Uji para que te restablezcas, por favor!»

Acompañaban a la carta ofrendas de telas y un mensaje para el abad rogándole leyera determinados pasajes de las escrituras. ¡Qué irónico sonaba todo!, pensó Ukifune, al comprobar que su madre se tomaba tantas molestias cuando ya era demasiado tarde. Escribió su respuesta aprovechando el tiempo que el mensajero pasó en el monasterio. ¡Hubiese querido decirle tantas cosas! Y, sin embargo, su carta se redujo a este poema:

«No te dejes llamar a engaño por los sueños de este mundo... y piensa que volveremos a vernos en el otro.»

Tendida en el lecho, oyó las campanas del monasterio cercano que repicaban acompañado el recitado de los sutras. Mientras escuchaba, escribió otro poema, éste en el margen de la carta de su madre especificando qué sutras debían leerse:

«Con el son moribundo del bronce y mi llanto, acábese mi vida de una vez por todas. Eso es lo que te anuncia, madre, la campana...»

Como el mensajero había dejado dicho que no regresaría aquella noche, Ukifune ató su último poema a un árbol del jardín.

—Tengo palpitaciones —dijo el ama—, y tu madre habla de pesadillas... Diles a los guardas que extremen las precauciones... ¿Por qué te obstinas en no comer nada? Una tacita de caldo no te haría ningún daño...

Cállate de una vez, pensaba Ukifune, pero la compadecía en el alma. ¿Qué será de ella cuando yo falte?, se preguntaba. ¿Quién emplearía a una vieja sin dientes y arrugada a más no poder? ¿Debía prepararla para el futuro inminente, darle a entender lo que se proponía llevar a cabo? No sabía por dónde empezar... ¿Por qué no había muerto antes? De todos modos, si le explicaba la decisión que había tomado, la anciana se pondría a gritar y a invocar a los cielos...

—Parece que cuando dejas que las penas te dominen —le dijo Ukon, y se sentó a su lado—, el alma abandona tu cuerpo y se pone a vagar por ahí. Esta es la única explicación posible de las pesadillas de tu madre. No debes preocuparte por ellas... Decídette de una vez, en un sentido o en otro, y te encontrarás mucho mejor. Pase lo que pase, será obra del destino.

Ukifune yacía como muerta, con la ropa de cama cubriéndole la cara.

Capítulo 52 La efímera

[280]

I

La casa de Uji era un caos: Ukifune había desaparecido y, por más que todos la buscaban frenéticamente, nadie había sido capaz de vislumbrar ni rastro de ella. No hace falta que me entretenga describiendo la confusión reinante, porque mis lectores recordarán otras parecidas en viejas novelas que tratan de muchachas raptadas durante la noche, y de lo que ocurrió a la mañana siguiente. Como que el primer mensajero que la madre enviara no regresó, envió otro:

—Se trata de algo muy urgente —dijo—, porque la esposa del gobernador me obligó a partir de la ciudad antes del canto de los gallos.

Ni el ama ni la mayoría de las criadas podían imaginar la causa de la desaparición. No sabían qué había sucedido, y se limitaban a barajar posibilidades, a cual más disparatada. Ukon y Jiju, las únicas que conocían los secretos de su señora, recordaban la depresión que sufría en los últimos tiempos y cómo se había ido agudizando, y temían que se hubiese arrojado al río. Llorando, abrieron la carta de la madre:

«Mis preocupaciones me han quitado el sueño, y supongo que esta noche no me será dado ver ni siquiera tu imagen... Mi vida se ha llenado de pesadillas, que me han llevado al borde de la sinrazón... Estoy tan angustiada por ti que voy a enviar a buscarte cuanto antes, aunque estés a

punto de trasladarte a la ciudad. Me temo que hoy resultará imposible porque amenaza mucha lluvia...»

Ukon abrió la carta que la joven había dejado para su madre, y ahogó un grito de horror. Había ocurrido lo que más temía. Aquel poema breve y triste no podía tener otra explicación... ¿Cómo no le había insinuado siquiera qué se proponía hacer? Eran muy buenas amigas desde la infancia. De hecho, nunca se habían separado y la sirvienta nunca tuvo secretos para su señora. Y ahora la abandonaba sin darle explicación alguna como si siempre hubiese sido una extraña en su vida... Aunque hasta entonces había conseguido mantenerse más tranquila que las demás, en cuanto tuvo la certidumbre del suicidio de Ukifune, se hundió por completo y se puso a llorar con el abandono de un niño pequeño.

Sabían que la joven se hallaba bajo los efectos de una terrible melancolía, pero nunca la creyeron capaz de tomar una decisión tan extrema. Pero ¿cómo lo había hecho? El ama era incapaz de ofrecer ayuda alguna y no paraba de repetir, llevándose las manos a la cabeza:

—¿Qué vamos a hacer? ¿Qué vamos a hacer?

También Niou notó algo fuera de lo normal en la última nota que recibiera de su amada, y se apresuró a enviar un mensajero. Estaba seguro de que su compañía no le resultaba desagradable. ¿Había actuado pensando en su reconocida inconstancia y se había ocultado en algún lugar donde no pudiese hallarla? Cuando el mensajero llegó a la casa, todos estaban tan ocupados llorando o gimiendo que nadie quiso hacerse cargo de su carta.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó a una criada, que parecía menos afectada que las demás.

—Nuestra señora murió la noche pasada —le dijo—. Todas estamos desconcertadas y no sabemos a quién dirigirnos. Incluso el caballero que tanto nos ha ayudado en los últimos tiempos parece que no ahora quiere saber del asunto.

Como no conocía a las mujeres que vivían en Uji, el hombre prefirió no insistir. Regresó a la ciudad y contó a Niou lo que acababa de ver y escuchar en la casa de las montañas. La noticia fue como un mazazo para el príncipe. Sabía que la joven no se encontraba bien del todo, pero nunca

pensó que pudiera estar gravemente enferma. De todos modos, la última nota de Ukifune era distinta de las anteriores y parecía insinuar algo... ¿Qué habría ocurrido?

Llamó a Tokikata y le mandó que hiciese averiguaciones.

—No sé qué rumores han llegado a oídos del general —le respondió—, pero parece que ha reprendido severamente a los que se encargaban de la vigilancia de la casa, y ni siquiera los criados pueden entrar o salir de la mansión sin identificarse. Si yo me presento allí y él llega a saberlo, lo adivinará todo. Por otra parte, el lugar debe de estar lleno de gente de todas partes...

—Quizás, pero necesito saber la verdad —insistió el príncipe—. Eres un tipo listo. Trata de ver a Jiju, porque estoy seguro de que lo sabe todo. No se puede dar crédito a las habladurías de los criados...

Incapaz de contradecir a Niou, Tokikata partió a Uji aquella misma tarde. No ostentaba un rango que le impusiera llevar cortejo y no perdió el tiempo. Aunque había dejado de llover, se vistió como si fuese a emprender el más arriesgado de los viajes, y más parecía un soldado de infantería que un íntimo de la realeza. Encontró la mansión de Uji, tal como temía, convertida en una casa de locos.

—Tenemos que celebrar los oficios esta misma noche —oyó decir a una de las sirvientas en cuanto llegó.

Asombrado, preguntó por Ukon, pero la muchacha se negó a recibirlo.

—No me tengo en pie —le mandó decir—. Es muy triste, pero no tengo nada que decir. Espero que no vuelvas a hacer este viaje.

—¿Pero cómo voy a regresar sin noticias? —insistió el hombre—. Envíame al menos a tu compañera.

Al fin salió a su encuentro una Jiju desconsolada.

—Hazle saber al príncipe que ha sido horrible —dijo, sin dejar de gemir—. Seguramente nunca imaginó que mi señora fuera capaz de esto. ¡Estamos sorprendidos, confusos, atónitos...! ¡Usa la palabra que prefieras! Cuando me encuentre algo mejor, te escribiré para contarte acerca de sus últimos días. Así sabrás cuan triste estaba y cuánto sintió rechazar a tu amigo la última noche... Vuelve cuando yo esté en condiciones de hablarte.

No quisiera pasarte la contaminación que ha infectado a todos los de esta casa...

Las estancias interiores parecían llenas de plañideras desgañitándose sin parar. Tokikata reconoció la voz del ama, que gritaba entre sollozos que partían el alma:

—¿Dónde estás, señora? ¡Vuelve a mi lado, por lo que más quieras! Si estás muerta, ¿dónde está tu cuerpo? ¡Piensa que yo sólo he venido para verte a ti, mi dulce y encantadora amiga! ¿No has sido la alegría de mis ojos de día y de noche? He pasado la vida pensando sólo en cómo hacerte feliz... Y ahora has desaparecido, me has abandonado sin decir a dónde partías... No puedo creer que hayas permitido que un demonio se te lleve... ¡Recemos! ¡Recemos al señor Taishakuten! ^[281] ¡Devuélvela, ya seas hombre o demonio! ¡Viva o muerta, déjamela ver!

Aunque las incoherencias de su discurso podían achacarse a su edad y a su dolor, Tokikata se dio cuenta de que había algo oscuro en toda la historia. De dar crédito a la anciana, todos tenían a Ukifune por muerta, *pero nadie había visto su cadáver*. ¿Cómo explicarlo? Aprovechando que Jiju seguía a su lado, el hombre volvió a interrogarla:

—Dime la verdad. ¿Se la ha llevado alguien? El príncipe exige que lo ponga al corriente de *los hechos*. Supongo que, de momento, no hay nada que hacer, pero si algún día llega a enterarse de la verdad y ésta no coincide con lo que yo le he relatado, perderé su confianza para siempre y me tendrá por inútil. Puedes imaginar cuan intensos son sus sentimientos. Me envió para que desmintiera las noticias que habían llegado a sus oídos y él se negaba a aceptar... La historia de otros países nos habla de reyes que se han vuelto locos de amor, pero dudo que se haya dado jamás un ejemplo comparable de una devoción tan rendida...

Sí, pensaba Jiju, Niou estaba mostrando una preocupación digna de alabanza por la suerte de su ama, y, tarde o temprano, todo saldría a la luz.

—Si se la hubiese llevado alguien —le dijo—, ¿piensas que nos comportaríamos así? Ukifune vivía ya muy angustiada, y luego se dijo que el general se había enterado de todo... Por otra parte, su madre y el ama insistían en enviarla junto al hombre que había aspirado a ella en primer

lugar... Estoy segura de que fue su amor por el príncipe lo que le hizo perder el seso... No fue capaz de resistir y, como suele decirse, se quitó de en medio en cuerpo y alma. Me creas o no, esto es todo y no hay más razones de la horrible situación en que nos encontramos.

Tokikata no acababa de darle crédito. Seguía viendo puntos muy poco claros en el relato que acababa de escuchar.

—Está bien, pero regresaré. Cuando es imposible sentarse a charlar largo y tendido, ^[282] siempre queda algo en el tintero. No me extrañaría que el príncipe en persona acudiera a visitaros.

—Sería un grandísimo honor —respondió Jiju—. Si el mundo se enterara de cuánto la quería, se diría que las estrellas sonrieron a mi señora. Pero ella prefirió guardar la relación en secreto, y quizás sería mejor que él la imitara. No pensamos decir a nadie que su muerte no fue natural...

Jiju no quería explicarle que no habían hallado el cuerpo todavía, pero lo tenía por un hombre inteligente y estaba segura de que adivinaría la verdad, de modo que le dio prisa para que se marchara. Cuando al fin llegó la madre de la joven, estaba diluviando.

—¡Qué triste resulta ser testigo de una muerte como ésta! —se lamentó, abrazando a Ukon—. Pero el mundo es así... ¿Qué puede haberse hecho de su cuerpo?

Como no conocía el dilema que había atormentado durante meses a su hija, no sospechó que la joven podía haberse arrojado al río. Repasaba, aterrada, diversas causas de desaparición imaginables, todas ellas ligadas a lo sobrenatural: ¿Se la habría engullido un demonio? ¿Habría sido raptada por un espíritu-zorro o por cualquier otra criatura maligna? Recordaba episodios de novelas clásicas y no se le olvidaba que existía una dama a la que la joven tenía que temer... ^[283] ¿Y si alguna nodriza malvada había estado conspirando contra ella o la había hechizado? Trató de buscar culpables entre el servicio.

—¿Hay alguna criada sospechosa entra las recién llegadas?

—Ya no queda ninguna —respondió Ukon—. Vivimos demasiado lejos, y las pocas que vinieron no llegaron a integrarse en la casa y prefirieron

buscar otros empleos. De modo que todas se fueron a la ciudad y se llevaron sus cosas. Aquí estamos las de siempre.

La mansión parecía muy mal atendida. Incluso mujeres que habían estado sirviendo en Uji desde los tiempos del príncipe Hachi, habían preferido regresar a sus hogares. Jiju y sus compañeras comentaban el estado de infelicidad perpetua en que vivía Ukifune y cuántas veces le habían oído decir, entre sollozos, que quería estar muerta. Debajo de una pastilla de tinta Jiju halló el poema en que se refería a la *espantosa fama* que dejaría tras de sí, miró hacia el río y un escalofrío recorrió su espalda al oír el fragor de la corriente.

Jiju comentó a Ukon:

—Es absurdo mantenerlos a todos intrigados... Al fin y al cabo, su relación con el príncipe Niou no fue culpa suya ni de ninguna de las que estamos aquí, de modo que no hay razón alguna para que su madre se sienta culpable o avergonzada...

Se mire por donde se mire, se trataba de un príncipe imperial. ¿Por qué no se lo contamos de una vez? No hay nada peor que la incertidumbre, y la está matando... No podemos «enseñar» un cuerpo, y pronto empezarán a correr rumores... Sí, hemos de hacérselo saber y esforzarnos para que todo el asunto parezca completamente *respetable* desde fuera.

Sin aspavientos, informaron a la madre de cuanto sabían, y luego callaron. De manera que su hija había sido víctima de aquel río terrible, se dijo la «gobernadora», que no había entendido ni la mitad de lo que le habían contado ¡Cuánto había odiado siempre aquellas aguas, y ahora deseaba lanzarse a ellas siguiendo los pasos de su pobre hija!

—Enviemos a unos cuantos hombres para que la busquen —sugirió—. Que nos traigan el cuerpo por lo menos, y podamos hacer un funeral decente.

—Sería completamente inútil —observó Ukon—. *Ahora* ya está en el mar. Además la historia daría que hablar a la gente.

Ukon y Jiju hicieron venir un carruaje y lo cargaron con las almohadas y las colchas de la joven, sin olvidar sus objetos personales. También se mandó aviso a los monjes que debían encargarse de officiar los servicios

fúnebres. Entre ellos se encontraban el hijo del ama, su tío, el abad, [284] varios discípulos del santo hombre y no pocos caballeros que habían conocido a la difunta. En la procesión fingieron que había un cuerpo donde no lo había, y lo acompañaron hasta la pira, mientras la madre y el ama no se tenían en pie de dolor y de miedo, pues los presagios no habían sido favorables.

Udoneri, al que tanto temían, se presentó con su yerno, y les dijo:

—Habría que avisar al general y darle tiempo para que organice las cosas a su gusto.

—Nos gustaría que fuera algo *muy discreto* —subrayó Ukon—, y que terminara antes del alba.

El carruaje mortuorio avanzó hasta el marjal que había al pie de la montaña. Para librarse de los curiosos, no dejaron que nadie se acercase salvo los pocos monjes que estaban enterados, y en un abrir y cerrar de ojos el «cuerpo» se convirtió en humo. La gente del campo suele ser mucho más estricta en este tipo de cosas que los de la ciudad, y también mucho más supersticiosa. Lo que acababan de ver no fue de su agrado, y así lo expresaron en sus comentarios:

—¡Qué raro! ¿A *eso* llaman un funeral? ¡Y era la señora de la casa! ¡Si llega a ser la fregona...!

—No sé. Tengo entendido que la gente de la ciudad lo hace sin aparato cuando hay hermanos...

Aquellos comentarios inquietaron a Ukon, y, además, estaban Niou y Kaoru para llenarla de ansiedad. Si Kaoru llegaba a enterarse de que no se había incinerado cuerpo alguno, podría sacar determinadas conclusiones. Por ejemplo: que Niou había raptado a la joven. Pero no se detendría aquí: buscaría cómplices... Mientras vivió, parecía que Ukifune era la favorita de la suerte, y ahora, una vez muerta, su *espantosa fama* estaba destinada a perdurar eternamente... Le constaba que más de una sirvienta sospechaba algo, y trató de tomar precauciones:

—Tarde o temprano tendremos que contar la verdad a ambos —dijo Ukon a Jiju—, si vivimos lo suficiente. Pero ahora no me veo con fuerzas

para ello. El general podría oír cosas que lo llevarían a volverse contra la joven y nosotras pagaríamos las consecuencias...

Mientras tanto Kaoru se encontraba en el templo de Ishiyama, donde se había retirado para orar por su madre, la Tercera Princesa, que no se encontraba bien. Aunque pensaba continuamente en Uji, nadie le hizo saber el desastre que acababa de ocurrir. En Uji no entendían su silencio. Al fin supo de la muerte de Ukifune a través de sus capataces de Uji, y quedó completamente anonadado. A la mañana siguiente envió una carta.

«Sé que tendría que haber acudido corriendo a vuestro lado en cuanto me enteré de la terrible noticia, pero mi madre está muy enferma, y debo quedarme junto a ella unos días más. En cuanto al funeral que se celebró anoche: ¿a qué tanta prisa? Parece que fue una celebración peor que corriente... Teníais que habérmelo dicho, y yo me hubiese encargado de organizar algo digno... Ahora ya nada puede hacerse, pero es triste saber que incluso los lugareños se están burlando de nosotros...»

Llevó el mensaje Nakanobu, que siempre fue un consejero fiel. Cuando llegó a Uji, volvieron a oírse gemidos y llantos. Como las mujeres no sabían qué decir, se escudaban en las lágrimas para no verse obligadas a responder.

También Kaoru estaba desesperado y se acusaba de haber elegido un lugar inadecuado para guardar a su «joya». ¿Qué era Uji, después de todo? ¿La morada de los demonios? ¿Por qué la había dejado tan sola? El desastre se había producido porque había puesto las cosas demasiado fáciles a Niou... Estaba furioso por su negligencia y su incapacidad de comportarse como los demás hombres. Incapaz de concentrarse en sus plegarias, regresó a la ciudad. Una vez allí, envió un mensaje a su esposa. Decía:

«Algo desagradable, aunque sin excesiva importancia, ha sucedido a una persona que me resulta muy cercana, y permaneceré en mi retiro hasta su recuperación.»

¡Qué relación más fugaz la suya! Había perdido para siempre aquella carita hermosa, aquellas maneras entrañables... ¿Por qué había actuado de un modo tan premioso mientras vivió? ¿Por qué no defendió su causa más intensamente? Su interior ardía de los reproches que se hacía, y aquel fuego le quemaba sin que supiera cómo apagarlo. ¿Por qué el amor había de

significar para él sólo tormento? ¿Querían castigarlo los poderes superiores porque, habiendo sentido vocación de abandonar este mundo vulgar y corrupto desde muy joven, se había resistido a hacerlo? ¡Si ésta era la explicación correcta, el Iluminado había conseguido por una vez ocultarle la naturaleza dulce y compasiva que con él se asocia! Pero cuanto más pensaba en ello, más seguro estaba de que lo que había ocurrido había sido un castigo por alguna falta que no lograba identificar, aunque tal vez se produjera en otra vida anterior. Perdido en una selva de negros pensamientos, se pasaba la vida orando.

El dolor de Niou era muy distinto. Por momentos perdía el sentido, lloraba a raudales y se comportaba como si le hubiera poseído un mal espíritu. Pero, pasados los primeros dos o tres días, empezó a calmarse, las lágrimas se secaron y, aunque aquella pérdida seguía pesando duramente sobre su espíritu, volvió a ser él mismo, al menos en apariencia. Hizo lo que pudo para ocultar al mundo la desesperación de los primeros tiempos y hacerle creer que todos sus achaques eran la manifestación de la crisis final de una prolongada enfermedad, pero la gente, al ver sus ojos hinchados de llanto, adivinaba la verdad. ¿*Quién*, se preguntaban, había provocado en él aquella depresión tan profunda que parecía amenazar su vida?

Todos comentaban la «indisposición» del príncipe, y los aduladores hacían cola en la puerta de sus aposentos para expresarle sus deseos de una pronta recuperación. Kaoru pensó que la gente hallaría extraño que no se dejara ver en palacio únicamente por haber perdido a una mujer sin importancia. Su tío, el príncipe Shikibu, ^[285] había muerto hacía poco, y aprovechó su óbito para vestir ropas oscuras. En su fuero interno, sin embargo, las llevaba por la muerte de Ukifune. Se había adelgazado, y su figura había ganado en esbeltez.

Fue a visitarlo un atardecer melancólico, cuando acababan de marchar los que le habían precedido. La enfermedad no era tan grave como para que el príncipe guardase cama. Se negaba a recibir a los «conocidos», pero no cerraba su puerta a los que hubiese admitido a su presencia en circunstancias normales. De todos modos, hubiese preferido que Kaoru se hubiera abstenido de ir, pues estaba seguro de que ambos llorarían.

—No es nada serio —le dijo con una sonrisa forzada, tratando de contener el llanto—, pero se me ha dicho que debo andarme con cuidado. Además no quiero causar inquietud a sus majestades, de modo que me he quedado aquí, puesto que todos insisten en considerarme tan enfermo.

Se llevó una manga a los ojos, incapaz de contenerse por más tiempo, convencido de que el otro hallaría ridícula aquella actitud en un hombre que decía encontrarse bien y lo tildaría de cobarde y afeminado. Eso era, en efecto, lo que el general estaba pensando. Se preguntaba, incrédulo, cómo había podido empezar la relación entre aquel niño ridículo con su adorada Ukifune, y, al imaginarlos a ambos riéndose de él a sus espaldas durante meses, su dolor estuvo a punto de desaparecer.

Niou lo encontró glacial. Parece raro que lo sienta tan poco, se dijo el príncipe, si la quería tanto como se decía. Recordaba haberlo visto emocionarse ante cosas completamente triviales si se las comparaba con la muerte de la joven: el canto de un pájaro volando en el cielo primaveral, por poner un ejemplo... ¿Cómo podía Kaoru reaccionar con tanta frialdad ante sus lágrimas, aun suponiendo que conociera su causa? Pero tal vez ésta era la forma de comportarse de los que vivían obsesionados por la impermanencia de la vida... Puestas así las cosas, Niou se sentía fascinado por la actitud del otro y lo envidiaba. Kaoru había conocido también a la muchacha y se había apoyado en ella *como en un pilar de ciprés*. El príncipe empezó a mirar a su amigo con otros ojos y llegó a la conclusión de que Kaoru era el único recuerdo que Ukifune le había dejado al morir.

Hablaron un rato de cuestiones sin importancia, y Kaoru se sintió inquieto por los numerosos silencios que, en contra de lo que era habitual en sus conversaciones, interrumpían el diálogo.

—En el pasado —dijo Kaoru—, si tenía algo en la cabeza que me inquietara mínimamente, no podía dejar pasar los días sin compartirlo contigo. Ahora yo ocupo un modesto lugar en el mundo, y tú eres mucho más importante, pues te toca ocuparte de otra clase de asuntos infinitamente más serios. Es natural, pues, que ahora nos resulte más difícil reunirnos para charlar un rato. Pasan los días y no oso pedirte audiencia, a menos que exista una buena razón para molestarte. Y a ello voy. No hace mucho oí

hablar de una parienta de la joven que murió en la aldea de las montañas... [286] Supongo que sabes a quien me refiero... Parece que también vivía en aquel lugar extraño. Quise ayudarla, pero me resultaba casi imposible sin dar lugar a habladurías... De modo que la abandoné allí, en aquel lugar espantoso, y debo reconocer que la visitaba muy poco... Con el paso de los meses llegué a sospechar que yo no era su único protector, aunque ello no me hizo montar en cólera, pues nunca vi en ella a la que había de ser «el amor de mi vida», como suele decirse. No podía darse la culpa a nadie... Era una joven afectuosa y bonita, y poca cosa más. Y, de pronto, también murió. Vivimos en un mundo muy triste. Pero tal vez te estoy contando algo que ya sabes...

Consiguió llegar hasta aquí sin derramar una lágrima, pues no quería «acompañar» a su amigo en su llanto, pero no pudo aguantar más y se echó a llorar también. Niou se sintió a la vez alarmado y transido de emoción, y prefirió fingir que nada sabía.

—¡Lamentable, muy lamentable! —dijo—. Algo oí de todo eso ayer mismo y quería presentarte mis condolencias, pero se me dijo que estabas en un retiro.

Aquí calló, pues notaba que estaba pisando un terreno inseguro. Bajo la aparente frialdad del general, rugía una tormenta de sentimientos encontrados.

—Pensaba informarte algún día de toda esa historia —declaró Kaoru—, e incluso presentarte a la joven, si había ocasión. Aunque tal vez la viste por casualidad... ¿en la casa de Nijo, quizás? Tengo entendido que era parienta de tu princesita... Pero me estoy comportando mal, pues no debería molestarte con esas trivialidades cuando no te encuentras bien.

Dicho esto, se fue, convencido de que Niou había estado seriamente enamorado de ella. Si la vida de Ukifune fue breve, su destino la encaramó a lugares sorprendentemente elevados. Allí estaba el príncipe Niou, hijo predilecto de sus majestades imperiales, el hombre más guapo y apuesto del país y casado ya con dos reconocidas beldades... ¡Y les había dado esquinazo para hacerle un sitio en su vida! ¿No sería aquella enfermedad, para cuya curación se estaban recitando sutras sin parar en todo el país, el

efecto de una pasión incontrolable? En cuanto a él, el general de la derecha Kaoru, tampoco carecía de méritos: tenía una gran posición, estaba casado con una hija del soberano, y, sin embargo, la muchacha le había hechizado del mismo modo que había hechizado a Niou. Curiosamente, una vez muerta, parecía estar más presente en su vida que nunca... ¡Todo era una gran locura, y quería dejar de pensar en ello a toda costa! Pero no podía desprenderse de la memoria y de la añoranza como de un *uchiki* usado. Po Chu-I había escrito: *No somos de palo ni de piedra, sino de carne y de sangre*, y se repitió estos versos en un susurro al acostarse.

Súbitamente la tristeza dio paso a la ira. ¿Cómo había reaccionado Naka no Kimi ante las noticias de aquel extraño funeral?, se preguntaba. A él le disgustaba profundamente. Seguramente la madre de la difunta, una mujer poco refinada, había pasado por alto las ceremonias pensando que los grandes suelen hacerlo por deferencia a los hermanos y hermanas que sobreviven. ^[287] Demasiadas incógnitas, pensaba, y de buena gana hubiese viajado a Uji para hacer sus propias averiguaciones sobre el final de Ukifune. Pero, si partía, tendría que proceder luego a engorrosas purificaciones para «limpiarse» de la contaminación. Por otra parte, no quería lanzarse a un viaje tan largo sólo para regresar al día siguiente.

II

Al llegar el cuarto mes, la noche que Kaoru había elegido para trasladar a su amada a la ciudad resultó especialmente dura para él. Las flores de los naranjos que crecían junto a la galería perfumaban el aire evocando

recuerdos de otras noches inolvidables, mientras un cuco dejaba oír su voz una y otra vez volando, invisible, sobre su cabeza. Pensó en el poema que dice *Si te posas junto a la casa de la que se fue, cuco...* Con el corazón embargado por los recuerdos y el anhelo, cortó una ranura florida de naranjo y la envió a Niou, que estaba pasando la noche en su casa de Nijo, con este poema:

«Entona en los campos su canto de muerte, y aunque tus sollozos mal reprimidos se le hayan unido, ha sido en vano.» [288]

Cuando el mensajero se presentó con el poema, Niou y la princesa estaban pensando en la joven muerta. ¡Cuánto se parecían ambas hermanas!, se dijo el príncipe, y su amigo insistía en recordarle lo que acababa de suceder. Contestó:

«Allí donde la flores del naranjo llenan el aire de perfume, el cuco debería abstenerse de ir a llorar.

»Sólo eso faltaba...»

Naka no Kimi estaba al corriente de toda la historia: sus dos hermanas habían fallecido tan jóvenes por culpa de su carácter excesivamente introspectivo. Ella, que nunca había dado tanta importancia a los embates de la vida y a los cambios de la suerte, seguía viviendo. ¿Cuándo le tocaría ir a reunirse con ellas? Como Niou sabía que conocía todo lo ocurrido, seguir fingiendo que no había sucedido nada parecía absurdo. Empezó, pues, a relatarle su versión de los hechos (no del todo exacta, por supuesto), procurando mezclar lo trágico con lo cómico hasta culminar con una confesión más o menos definitiva:

—¡Me supo muy mal que me la ocultaras!

También ella le reprochó no haberse sincerado antes, y, aunque pueda parecer paradójico, el hecho de poder compartir abiertamente aquella historia estrechó más todavía el vínculo entre ambos. El príncipe se sentía mejor en la casa de Nijo que en el palacio nuevo, donde todo resultaba

excesivamente aparatoso, y, cuando no se encontraba bien, se convertía en el centro de la atención de una caterva de cortesanos aduladores que no paraban de testimoniarle sus mejores deseos. A veces le costaba soportar a Yugiri y a sus hijos. De todos modos, los acontecimientos que acababa de vivir seguían pareciéndole vagos como las pesadillas que da la fiebre. Al fin se decidió a llamar a Ukon.

En Uji, el estrépito de la corriente del río parecía invitar a la esposa del gobernador, incapaz de consolarse, a seguir los pasos de su hija. Al fin logró sobreponerse y regresó a la ciudad. Un silencio ominoso invadió la mansión de Uji, sólo turbado por la presencia de los monjes. Ahora los celosos guardianes ya no pusieron trabas a los mensajeros de Niou. ¡Qué lástima, pensaban estos, que fracasara lo que hubiera sido el último encuentro entre su amo y la infortunada joven! No había resultado agradable ser testigos de los avatares de aquel amor clandestino, y ahora el recuerdo imborrable de aquellas visitas nocturnas y de la pobre muchacha, tan frágil y bella cuando cruzó el río en una barca junto a su amo, hacía llorar al menos sensible de todos. Hicieron saber a Ukon los deseos del príncipe.

—De nada serviría dar lugar a nuevas habladurías cuando ya todo ha pasado —contestó—, y no puedo añadir nada nuevo a lo que el príncipe ya sabe. Cuando se acabe el duelo, buscaré alguna excusa para ir a verlo. Puedo contar a mis compañeras que tengo algún negocio que discutir con él. Si he de ser sincera, no deseo sobrevivir a mi dolor, pero, si llego a recuperarme, podéis estar seguros de que lo visitaré, tanto si me llama como si no, pues quiero narrarle esta horrible pesadilla con todos sus detalles...

No hubo manera de convencerla de que los acompañara.

—No soy la persona más adecuada para juzgar —dijo Tokikata, que también formaba parte de la embajada—, pero noté algo muy especial en sus sentimientos hacia la joven. Me hacía ilusión ayudarlos a alcanzar la felicidad, aunque no traté de apresurar los acontecimientos. Este desastre inesperado no ha hecho sino reforzar mis buenas intenciones... Hemos traído un carruaje... ¿Vamos a devolverlo vacío?

—Me temo que sí —insistió Ukon—, a menos que Jiju esté dispuesta a subir en él.

—¡Pero si no tengo nada que decirle! —protestó Jiju—. Además estamos de luto. ¡Por nada del mundo quisiera mancharos con la contaminación que nos afecta!

—Mi señor cuida su salud —repuso Tokikata—, pero dudo mucho que tema esa contaminación que tanto os preocupa... Lo ocurrido le ha afectado tanto que no le vendría mal un retiro de unos días... ¡Y tu luto no durará mucho más! Que nos acompañe al menos una de vosotras...

Jiju se dejó convencer porque quería volver a ver a Niou, y no era probable que se presentara otra oportunidad. Vestida de luto, estaba hermosísima. Como hasta entonces no había tenido ocasión de vestirse de modo formal, no se había hecho teñir una cola de gris y hubo de ponerse otra de color púrpura. Pasó el camino de vuelta a la ciudad pensando en los extraños avatares que habían marcado la vida de su señora.

Siempre tuvo una especial simpatía a Niou, y su llegada llenó al príncipe de emoción. Para evitar una escena, nada dijo a Naka no Kimi de la visita, la acompañó a la sala principal y la hizo pasar a una galería. Una vez solos, la sirvienta le relató los últimos días de Ukifune.

—Mi señora se había mostrado muy deprimida en los último tiempos, y recuerdo perfectamente que lloró mucho la última noche que pasó en casa. Se la veía tan taciturna, tan encerrada en sí misma... No era dada a autocompadecerse, y seguramente esta fue la razón de que no dejara una carta explicando las razones de su suicidio... ¡Ni en sueños la imaginamos nunca capaz de una cosa así!

La narración de la muchacha fue un nuevo golpe para el príncipe: de un modo u otro, acabamos por aceptar una muerte natural, pero ¡lanzarse a las aguas enfurecidas de un río! ¿Qué la llevó a tomar aquella decisión? Se imaginó allí, junto a la orilla, arrojándose al agua para salvarla... ¡Una vez más se sintió presa de los peores remordimientos, aunque era el primero en reconocer que de nada servía!

—¡Qué tontas fuimos al no adivinarlo cuando se puso a quemar sus cartas! —añadió Jiju.

Pasaron la noche hablando, y la muchacha se refirió al poema que habían encontrado en el árbol. El príncipe no se había fijado en ella hasta entonces, pero la muchacha empezó a interesarle.

—¿No has pensado en venirte a vivir con nosotros aquí en Nijo? Después de todo, conoces a la señora de la casa...

—No, me sentiría muy triste. Al menos mientras dure el luto...

—Vuelve si puedes —dijo Niou, sintiendo verla partir.

Antes de que el carruaje viniera a por ella de madrugada, el príncipe le regaló un cofre de peines y un baúl lleno de ropa que había hecho confeccionar para Ukifune. Aunque había reunido una auténtica colección de baúles, cajas y cofres pensando en la muerta, únicamente le entregó lo que podía llevarse consigo. Jiju no esperaba tanta generosidad y se sintió no poco embarazada al pensar que sus compañeras lo verían. Pero como no había mucho de que hablar, acabó por mostrarle a Ukon sus tesoros tras asegurarse de que nadie las estaba observando. Los diseños no podían ser más elegantes y la manufactura parecía soberbia... Cuando abrieron el baúl de ropa, los atuendos que contenía las dejaron mudas de admiración. ¡A todo eso y a mucho más había renunciado su ama!

Aunque al principio se resistía a hacerlo, Kaoru acabó por decidirse a partir a Uji, porque las noticias que había recibido no le satisfacían. Mientras recorría el camino que tan familiar le resultaba ya, pensaba en el pasado y se preguntaba qué fatalidad lo había llevado a conocer al príncipe Hachi. Daba por seguro que algún vínculo procedente de una vida anterior le había atado a aquella familia y a sus desventuras, obligándole a proveer para aquella joven que acababa de perder inesperadamente. Al principio se acercó al príncipe para que le instruyera en la revelación divina, pues se proponía renunciar al mundo, pero, tras la muerte de su mentor, su descendencia acabó atándole a él de un modo casi definitivo. Tal vez con ello Buda había querido hacerle reconocer sus propias limitaciones...

—Sigo sin saber qué ocurrió exactamente... —dijo a Ukon—. Estoy bajo los efectos de una impresión tan fuerte que casi no puedo creer que esta historia sea real. Pronto se acabará el luto, pero me ha sido imposible esperar más tiempo. ¿Cuál fue la causa de su muerte?

Ben no Kimi había adivinado ya la verdad, pensó la muchacha, y, si ella continuaba fingiendo, de poco serviría. Aunque en los últimos tiempos se había acostumbrado a mentir, esta vez le dijo casi toda la verdad. El general permaneció en silencio. ¿Cómo era posible? Una joven tan serena, tan sensible, tan equilibrada... No, Ukon le estaba mintiendo. Todo aquello era una invención ridícula, una conspiración de mujeres para engañarle. Su furia estuvo a punto de estallar. Por otra parte, recordaba el profundo dolor de Niou, que no parecía fingido. Y toda la mansión estaba llena de mujeres que no paraban de gemir y llorar. ¿Cabía tanto engaño?

—¿Desapareció *alguien más* con ella? —insistió—. Cuéntame lo ocurrido con detalle. No recuerdo haberle hecho nada que pudiera empujarla a abandonar el mundo de esta manera... ¿Ocurrió algo que justificara su desesperación? Me resisto a creerlo...

Ukon se alarmó: era evidente que el general había adivinado ciertos extremos de la historia que ella se había callado.

—¿Qué voy a añadir? Considera las circunstancias —dijo la muchacha—. Fue desgraciada desde el comienzo, pues no debe olvidarse dónde hubo de educarse. ^[289] Cuando vino a vivir aquí, fue encerrándose poco a poco en sí misma, aunque debo reconocer que esperaba con enorme ilusión tus visitas. Eran su único consuelo. Aunque no lo decía, pues era muy reservada, esperaba ansiosamente el día en que podríais estar definitivamente juntos. Y nosotras (empezando por su madre) nos sentíamos encantadas de pensar que esta fecha se estaba acercando con cada día que pasaba. ¡Qué tiempos más felices los de los preparativos! Y luego llegó una carta tuya que la hundió, y las severas instrucciones que recibieron nuestros guardianes, aunque todo parecía atribuible a un malentendido. Y después tu silencio. En el curso de los años se había acostumbrado a ser infeliz, y sólo lo lamentaba por su pobre madre, que moría por verla vivir de un modo decente y respetable. «Sería horrible», repetía, «que hubiese llegado a sus oídos algún rumor malintencionado que me dejara en mal lugar...» Se dice que esta casa está maldita, aunque me cuesta creerlo porque la presencia de los demonios, cuando la hay, suele ser más evidente...

Kaoru lo entendió todo y se echó a llorar.

—No siempre puedo hacer lo que deseo —se justificó—, de manera que viví cumpliendo mis obligaciones en la seguridad de que un día podría tenerla cerca para cuidar de ella y atender a sus necesidades. Entonces ella vio en mí alguien frío y distante, y seguramente empezó a fijarse en otra persona. Hablemos claro de una vez: me estoy refiriendo a su relación con el príncipe Niou... ¿Cuándo empezó? Es un auténtico especialista en arruinar vidas ajenas... ¿Acaso no fue él el responsable? ¿Acaso no moría ella por verlo cuantas más veces mejor? Cuéntamelo todo...

Al ver que estaba enterado, Ukon compadeció una vez más a su señora.

—No es fácil responder a tus preguntas —dijo—. Supongo que conoces la historia. Un día, mientras Ukifune estaba en casa de su hermana, el príncipe la vio, la siguió y la abordó de un modo francamente impropio. No queríamos saber nada de él y nos fuimos. Mi señora estaba aterrorizada y se refugió en la humilde casita en que la encontraste, el pabellón campestre... Luego nos trasladamos aquí, todo ello bajo el secreto más absoluto. No se sabe cómo, a partir de la última primavera empezaron a llegar cartas del príncipe. Un sinfín de cartas. Al principio ella se negaba a leerlas, pero nosotras le dijimos que suponían un gran honor y que quedaría como una persona muy grosera si no contestaba. Ella lo hizo... un par de veces. Y eso es cuanto sé... [290]

Eso era justamente lo que esperaba, y carecía de sentido continuar con el interrogatorio. Volvió a sumirse en sus pensamientos: estaba claro que, aunque la joven había sido víctima del encanto de Niou, nunca rechazó sus proposiciones. Encerrada en un dilema poco menos que insoluble y con la tentación del río continuamente ante los ojos, había acabado por ceder. Si no la hubiese dejado en aquel lugar remoto entre montañas, tal vez su vida habría sido igualmente aburrida, pero no hubiera contado con aquel *abismo insondable* que acabó por tragársela. ¡Qué siniestros vínculos lo habían ligado a aquel río desde que conociera al viejo príncipe! La muerte de Oigimi, el suicidio de Ukifune... ¡Nunca podría volver a escuchar aquellas dos sílabas que formaban su nombre sin un escalofrío! [291] Fueron un mal presagio desde el comienzo. Se estremeció al recordar el momento en que,

en la casa de Nijo, Naka no Kimi le habló de su hermana al referirse él a una «imagen» de su amor perdido. Presa del remordimiento, no podía perdonarse haber reprochado a la pobre madre de la joven el hecho de que le organizara un funeral tan miserable. Conociendo cómo habían sido las cosas, se preguntaba qué estaría pensando de él la «gobernadora». Al desconocer la relación de la joven con Niou, por fuerza hubo de achacarle a él la culpa de aquella muerte terrible, y, por primera vez, Kaoru la compadeció profundamente.

Como no había restos, no podía haber contaminación. De todos modos, para salvaguardar las apariencias, el general no entró en la casa, manteniéndose cerca de su coche, pero, al prolongarse la visita más de lo previsto, fue a sentarse en el jardín sobre un cojín de oscuro musgo. Decidió que sería su última visita a aquella casa que parecía atraer todas las desgracias. Improvisó:

—Si yo te abandono, mansión del dolor,
¿quién va a recordar la sombra de tu hiedra
hospitalaria?

El abad había sido elevado a la categoría de maestro de disciplina monástica. ^[292] Kaoru mandó llamarlo, le dio instrucciones para los servicios fúnebres, pidió que se incorporaran más clérigos en los oficios a celebrar y especificó qué sutras había que leer cada semana y ante qué imágenes. El suicidio era un pecado gravísimo, y no quiso omitir nada que pudiera aligerar el peso de la culpa al espíritu de la joven. Muy entrada la noche, regresó a la ciudad. De haber vivido Ukifune, pensó mientras hacía llamar a Ben no Kimi, habría permanecido con ella...

La monja no quiso verlo, pero le envió una nota que decía:

«Sola con mi propio horror, permaneceré aquí, odiándome a mí misma. Muy pronto acabaré de perder el poco seso que aún me queda...»

Durante el viaje de regreso el general no dejó de maldecirse por su negligencia. ¿Por qué no se había decidido antes a trasladar a Ukifune a la ciudad? Nada lo impedía... El eco del río terrible seguía llegando a sus oídos cuando ya estaba muy lejos de su orilla... La historia no podía haber

acabado de peor manera: ni siquiera quedaban unas cenizas a las que honrar... ¿Bajo qué conchas, bajo qué aguas se ocultaban los «restos» materiales de la pobre Ukifune?

III

El gobernador no permitió que su esposa regresara a su casa hasta que no hubieran pasado los efectos de su contaminación, pues la hija casada todavía no había parido. La pobre mujer hubo de pasar, pues, semanas incómodas en posadas y hostales, hasta que llegó el niño. ¡Qué poco le importaban, sin embargo, sus demás hijas, ahora que había perdido a su adorada Ukifune!

Kaoru le envió un mensaje muy afectuoso para animarla, pero, aunque la despertó de su letargo, volvió a avivar un dolor que no sería fácil de hacer desaparecer. Decía:

«Pensé primero en enviar mis condolencias por el luctuoso acontecimiento, pero me he sentido muy atribulado, y las lágrimas me ciegan... Además, juzgando por cómo me hallaba yo, creía que no estaría en condiciones de recibir correspondencia, y dejé pasar el tiempo... Lo sucedido me ha herido en lo más vivo. ¿He de volver a describir la evanescencia de todo lo humano? Si sobrevivo a esta desgracia (y me cuesta creer que así sea), te ruego que veas en mí un recuerdo vivo de tu hija y cuentes con mi ayuda y protección siempre que las necesites.»

Nakanobu, mensajero del general, había memorizado otro mensaje que su amo prefirió no poner por escrito, y lo recitó a la «gobernadora»:

—Me ha dicho también que te haga saber que, desde que conoció a tu hija, deseó ponerse en contacto contigo, y que, si no llegó a hacerlo, fue por causas ajenas a su voluntad, no por desprecio o inquina contra tu persona. Si puede hacer algo por ti, no dudes en acudir a él. Le consta que tienes otros hijos bastante más jóvenes, y considera su deber velar por ellos, buscarles empleo en la corte y favorecerlos en cuanto pueda...

La mujer insistía en que Nakanobu entrase en su casa y le aseguraba que la contaminación derivada de la muerte de su hija no era de las que se transmiten a otros... Le escribió, hecha un mar de lágrimas, y esta fue su carta:

«En los últimos tiempos únicamente he deseado morir, pero ahora comprendo que, si el Iluminado me ha mantenido viva, lo ha hecho para que pudiera escuchar tus afectuosas palabras... Durante años me acusaba a mí misma, una pobre mujer insignificante, de la vida solitaria que le había tocado en suerte a mi hija. Luego tuvo el honor de que tú te fijaras en ella y manifestaras unas intenciones que no podían sino hacernos extremadamente felices. ¡Pero el viento se llevó mis esperanzas! Uji es un lugar terrible, y terribles fueron nuestras relaciones con él... Si me quedan algunos años de vida por delante, recordaré tu generoso ofrecimiento. Pero las lágrimas me ahogan y no puedo decir más...»

No era tiempo de regalos, pero le sabía mal no gratificar a Nakanobu y al fin le obsequió con un cinturón adornado con placas de cuerno de rinoceronte y una espada bellísima, que guardaba para Kaoru. Los hizo poner en una bolsa bordada y se los hizo llevar cuando estaba ya subiendo al coche.

—En recuerdo de Ukifune... —dijo a Nakanobu, cumpliendo sus órdenes, la azafata que se los entregó.

También Kaoru se sorprendió cuando su hombre le mostró los regalos.

—Me hizo entrar —le contó—, y declaró, sollozando, cuan agradecida te estaba por lo que prometías obtener para sus demás hijos. Ella era tan poca cosa, repetía, que muy poco podía hacer por ellos. Claro que sus hijos eran también tan poca cosa que no podía esperar empleos ni matrimonios

excepcionales para ninguno de ellos... ¡También prometió guardar el secreto más absoluto sobre las razones de tu interés por protegerles!

Kaoru hubo de reconocer que el vínculo que los unía no era como para sentirse orgulloso, pero, después de todo, ¿acaso no hablaban las crónicas de emperadores que habían convertido en favoritas a mujeres de muy baja condición? ¡Por no hablar de muchas uniones ocurridas fuera de la familia imperial! ¡Que la gente murmurara que se había «rebajado» uniéndose a la hijastra del gobernador de Hitachi, si eso la divertía! Él lo veía de muy otro modo: la esposa del gobernador había perdido una hija, y él sólo quería hacerle saber que intentaría compensarla beneficiando a sus demás hijos.

El gobernador fue un día a visitar a su esposa, y la llenó de denuedos por haber abandonado su hogar en un trance tan delicado. ^[293] Nada le había comentado ella de la suerte de Ukifune, y él había evitado hacer preguntas, convencido de que la joven se hallaría seguramente en circunstancias muy apuradas. La madre quería reservarse la noticia hasta que la joven se hubiese trasladado ya a la ciudad y estuviera viviendo bajo la protección de un personaje tan importante como el general. ¡Qué gran sorpresa para su marido! Pero todo se torció, y carecía de sentido continuar guardando el secreto, de modo que le relató entre suspiros cuanto sabía y le mostró la carta de Kaoru. Él hombre quedó atónito, y se puso a leer y a releer la carta una y otra vez. ¡Qué lástima que todo se hubiera ido al traste!, se dijo, casi tan apesadumbrado como su mujer, al imaginar las ventajas que hubiese podido extraer para sí y para su prole de haber prosperado la relación de su hijastra con el general. Incluso vertió dos o tres lágrimas. Claro que, si consideraba el asunto con frialdad, veía bastante improbable que Kaoru les hubiese prestado mucha atención de haber vivido la joven. El general había obrado mal, y ahora quería hacerse perdonar sus faltas aunque ello le costara desatar nuevos rumores en la corte...

Cuando iba a cumplirse el día cuadragésimo noveno de su desaparición, llegó el momento de celebrar los ritos conmemorativos. Kaoru quiso que fueran muy solemnes, pues, aunque seguía albergando serias dudas sobre la verdad de la muerte de Ukifune, estaba seguro de que, viva o muerta, en nada podían perjudicarla. Se puso en contacto en secreto con el monasterio

de Uji, y envió ricos presentes para los sesenta monjes que iban a encargarse de leer los sutras. También la mujer del gobernador visitó Uji, y dio sus propias instrucciones, mientras el príncipe Niou enviaba a Ukon un recipiente de plata lleno de monedas de oro con la orden de que las ofreciera como propias y sin decir de quién procedían. ¡Sus compañeras, ajenas al secreto, no lograban entender de dónde había sacado tanto dinero! El general invitó a todos sus amigos de confianza a asistir a la ceremonia.

La gente de la corte no lograba entenderlo.

—Jamás oímos hablar de ella! —se decían los unos a los otros—. ¿Cómo se explican esas solemnidades? ¿Quién debió de ser esta misteriosa difunta?

Algunos aseguraban que la muerta no era hija del gobernador, sino de alguno de los personajes más encumbrados del reino. Sin embargo, la llegada del propio gobernador con todo su cortejo a la mansión de Uji parecía desmentir este rumor. Acababa de superarse a sí mismo con motivo del nacimiento de su nieto, y su propia casa había sido adornada hasta los topes con utensilios litúrgicos de todas clases, cortinas de China y de Corea y *cuanto puede permitirse exhibir un gobernador de provincias*. Pronto hubo de reconocer, sin embargo, que las ceremonias que se preparaban en Uji, aunque se anunciaban como «discretas», no tenían nada que ver con sus esfuerzos caseros en cuanto a fasto y refinamiento. ¿Qué no habría alcanzado la joven de no haber muerto tan a destiempo? Es muy posible que no se hubiese dignado recibir en audiencia ni a su propio padrastra... Naka no Kimi envió también ofrendas y alimentos para los siete monjes encargados de los servicios que ella había solicitado. Fue entonces cuando el emperador se enteró de la existencia de aquella muchacha, y lamentó profundamente que Kaoru, tan enamorado de ella al parecer, se hubiese sentido obligado a mantenerla oculta por deferencia hacia su hija, la Segunda Princesa.

La pérdida afectó a Niou y a Kaoru de un modo muy distinto. El príncipe había acusado el golpe cuando su gran pasión estaba a punto de culminar, pero, al frustrarse, se esforzó tanto en superar su dolor y contaba con tantos medios para ello, que pronto volvió a encontrarse como antes de

conocer a Ukifune. Dejó, pues, que fuera el inconsolable Kaoru quien se encargara de los aspectos más importantes del funeral. Como era de esperar, el general se tomó su tarea con la mayor seriedad, convencido de que hallaría algún consuelo en sus desvelos.

La emperatriz, medio de luto por la muerte de su tío, se alojaba aún en el palacio nuevo. Habiendo dejado vacante el príncipe Shikibu el cargo de ministro de los ritos, fue conferido al Segundo Príncipe, de manera que le faltaba tiempo para ir a verla. Niou solía visitarla con frecuencia en los aposentos de su hermana, la Primera Princesa, para aliviar su dolor, y le molestaba que, al llegar él, las azafatas más bellas que la servían desaparecieran como obedeciendo órdenes. Entre ellas se hallaba cierta Kosaisho, famosa por su gracia y su elegancia, que, en tiempos, había gozado del favor de Kaoru. El joven admiraba mucho sus habilidades artísticas y llegaron a ser íntimos. Cuando la muchacha tocaba una melodía con el koto o la flauta, sonaba exquisitamente «distinta», y tenía un estilo muy personal a la hora de componer un poema o de redactar una nota aceptando una visita. Niou se había dado cuenta de la fama que iba adquiriendo, y trató, una vez más, de desbancar a Kaoru en el corazón de Kosaisho. Para su sorpresa la muchacha no quiso saber nada de él y se lo quitó de delante con extrema frialdad. No, ella no era una mujer «fácil» como otras, y quería dejar constancia pública de este hecho. Kaoru fue el primero en admirarse en cuanto se enteró.

Kosaisho conocía el dolor del general por la muerte de Ukifune, y le envió un poema digno de una dama de su refinamiento. Decía:

«No creas que lo lamento menos que los
demás... Pero yo no soy nadie, y paso mis
días en silencio.

»¡Ojalá hubiese muerto yo en su lugar!»

Eligió muy bien el papel, y, cuando la carta llegó a manos de Kaoru en una hermosa noche de estío, pareció el complemento perfecto de su melancólico estado de ánimo. Le respondió

«¡Incluso yo, que tantas veces sufrí por la impermanencia de la vida, procuro no quejarme en voz tan alta que los demás se enteren!»

Inmediatamente fue a verla para agradecerle su delicado sentido de la oportunidad. La estancia que ocupaba (poco más que un cubículo entre dos corredores) no era el lugar más idóneo para recibir a un personaje tan importante como el general de la derecha, y, por otra parte, la sorprendió que se hubiese decidido a acudir. Sentado junto a la puerta, un hombre tan solemne como Kaoru estaba casi ridículo, pero la dama no se excusó por la incomodidad que le había causado. Tenía un aplomo, una profundidad de carácter, muy difícil de encontrar en las azafatas, y Kaoru se preguntaba qué azares de la vida la había llevado a servir a la Primera Princesa. Estaba seguro de que merecía ocupar un lugar mucho más relevante y acorde con sus méritos, pero no tocó el tema a lo largo de su conversación.

IV

Cuando los lotos alcanzaron su apogeo, la emperatriz ordenó una solemne lectura del Sutra del Loto. Con motivo de ella, se consagraron imágenes y escrituras a la memoria de su padre ^[294] y de Murasaki, que había sido su madre adoptiva. El servicio resultó extraordinariamente hermoso, alcanzando su momento culminante con la lectura del quinto de los ocho libros. Concluyó durante la mañana del quinto día, y contó con una gran audiencia, pues cuantos conocían a alguna dama o azafata en la corte de la emperatriz se hicieron invitar. Como habían quitado las paredes que separaban la sala principal de los aposentos del norte, en cuanto la ceremonia hubo terminado, hizo su aparición un enjambre de sirvientas encargadas de quitar los adornos y devolver a la sala principal su aspecto de todos los días. Mientras tanto, la Primera Princesa se retiró con su cortejo a la galería occidental. Al atardecer la mayoría de las mujeres, fatigadas por la lectura, se refugiaron en sus estancias respectivas. ^[295]

Kaoru, tras cambiar su atuendo por otro mucho menos formal, marchó al pabellón de los Pescadores con el propósito de discutir ciertos asuntos con unos monjes que esperaba encontrar allí, pero, en cuanto llegó, ya no estaban. En vista de ello, decidió ir a tomar el fresco junto al lago. Las pocas damas que se ocupaban del bienestar de la Primera Princesa (entre las que se hallaba Kosaisho), habían hecho todo lo posible para convertir, mediante biombos y cortinas, el dormitorio improvisado que se había puesto a su disposición en un lugar agradable parecido a una antecámara.

Kaoru oyó un frufú de sedas, se dio cuenta de que una puerta no había sido totalmente cerrada y comprobó que, atisbando por la rendija, contaba con un campo visual bastante extenso. Como la cortina sólo estaba corrida a medias, el general descubrió a tres mujeres y a una niña que, tras quitarse los *uchikis*, se afanaban picando un bloque de hielo colocado en una bandeja aparatosa. Aunque pensó al principio que la princesa se hallaba ausente, allí estaba, más hermosa que nunca, con un atuendo de gasa blanca que se había puesto después del servicio, y un trozo de hielo en la mano, sonriendo mientras las demás trabajaban. Había visto muchas damas hermosas, pero ninguna que se le pudiera comparar. Como hacía calor, le habían peinado la cabellera espesa y lustrosa hacia un solo lado, y su perfil espléndido se recortaba perfectamente. A su lado, sus azafatas parecían francamente anodinas, salvo *una* de ellas. Vestida con una túnica amarilla de seda basta y una cola de color púrpura, estaba sentada a un lado y se abanicaba. Su «estilo» no tenía nada que ver con el de las demás.

—¡Estáis trabajando en vano! —exclamó, riendo—. Tomadlo tal como viene...

Tenía una sonrisa encantadora, y Kaoru reconoció la voz de Kosaisho. Las demás parecían estar triunfando sobre el bloque de hielo, y empezaban a repartirse ya trozos del mismo para ponérselos en el escote, la frente o las sienes con la alegría espontánea del que se cree solo. Kosaisho envolvió en papel dos pedazos de hielo, uno para ella y otro para la princesa, la cual extendió dos manos blancas en señal de rechazo.

—No, no, por favor —dijo—. *Detesto* las cosas que gotean...

La princesa habló en un tono de voz tan bajo que le costó mucho entenderla, pero su sonido le excitó. La había visto hacía mucho tiempo, cuando ambos eran niños, y recordaba que habían jugado juntos. Pero hacía muchos años que no se le admitía a su presencia. ¿Qué poderes sobrenaturales eran responsables de aquel encuentro inesperado? ¿Qué nuevos tormentos le aguardaban a partir de aquel día?

Súbitamente se presentó una criada que se había estado refrescando en la galería norte: acababa de recordar que no había cerrado la puerta del todo y temía que, si alguien se daba cuenta y se aprovechaba de ello, la reñirían...

¿Y cuál no fue su sobresalto al encontrarse con un hombre vestido de corte, aunque de modo informal, en funciones de espía? Alarmada, se puso a correr por la galería, pues tenía tanta prisa por remediar su falta que no le importó dejarse ver. Quería cerrar la puerta cuanto antes... Medio avergonzado, Kaoru se retiró apresuradamente. La infeliz criadita se reprochaba aquella situación embarazosa de la que se sentía única culpable. ¡El visitante furtivo había estado viéndolo todo, absolutamente todo, porque nadie se había tomado la molestia de cerrar las cortinas! Imaginó que se trataba de uno de los hijos de Yugiri, pues resultaba impensable que un extraño hubiese podido entrar hasta allí... No, nadie debía enterarse de su negligencia, pues, de lo contrario, la castigarían. Por suerte el intruso iba vestido de seda basta, y seguramente nadie llegó a oírlo, pues es tela que no cruje.

Kaoru huyó del lugar, despavorido. No se reconocía a sí mismo: después de haber pasado tantos años entregado a las prácticas devotas en pos de la ansiada iluminación, se había perdido por el camino, y ahora no podía topar con mujer que no lo llenara de desazón. ^[296] De haber renunciado al mundo cuando lo deseó por vez primera, ahora estaría en algún lugar perdido entre montañas, pero a salvo de tantos tormentos. ¿Por qué había deseado durante tantos años volver a ver a la Primera Princesa? Su anhelo acababa de cumplirse, y su espíritu se debatía una vez más entre la frustración y el dolor.

Cuando se despertó a la mañana siguiente, hubo de reconocer que su esposa, la Segunda Princesa, estaba radiante de hermosura y tenía muy poco que envidiar a su hermana. Dejando de lado un cierto aire de familia, las dos damas no se parecían. Ciertamente que la distinción de la mayor era insuperable (había podido comprobarlo el día anterior en el palacio nuevo), pero no era imposible que, con el paso de los años, hubiese tendido a idealizarla y que gran parte de sus gracias estuvieran en los ojos o en la mente del general y no en el objeto de su admiración.

—Hace mucho calor —dijo a la Segunda Princesa—. ¿Por qué no te pones ropa más ligera? Algo que no suelas llevar... únicamente para romper la monotonía...

Y mandó a una criada que pidiera a la azafata Dainagon alguna prenda de gasa para su consorte. Las mujeres se alegraron de su actitud: estaban seguras de que la gasa le sentaría muy bien, porque aquella mañana estaba más bella que nunca. Kaoru solía pasar buena parte de la mañana entregado a la oración, y cuando regresó al mediodía, vio un atuendo de gasa colgado de la barra de un *kichó*.

—Póntelo —dijo a su esposa, ayudándola a vestirse—. Te sentirás medio desnuda entre todas esas mujeres, pero no debe importarte... [297]

Llevaba unas calzas rojas como su hermana, y su melena también era una cascada de hilos de seda negros, pero el efecto era muy diferente. Resistiéndose a admitir su derrota, Kaoru mandó traer una barra de hielo y le ofreció un poco. ¡Hay hombres que disfrutan mirando pinturas, y lo que él tenía delante superaba la mejor de todas! Suspiró... En el fondo seguía deseando haber podido permanecer junto a la Primera Princesa para contemplarla a placer horas y horas.

—¿Te escribes con tu hermana? —le preguntó.

—Lo hacía a veces cuando vivía en palacio, pues su majestad me instaba a ello —respondió la dama—. Pero hace mucho tiempo que no le envío cartas.

—¿Crees que ha dejado de escribirte porque no te casaste con un miembro de la familia imperial? —prosiguió el general—. Si así fuera, lo sentiría mucho. Haré saber a la emperatriz que te sientes muy desgraciada.

—¿Sentirlo? ¿Qué significa esta palabra? No, no le digas nada.

—Le diré que tu hermana peca de arrogante y que te trata como a una azafata.

Pasó el día en casa y, a la mañana siguiente, fue a visitar a la soberana. También Niou se encontraba entonces en el palacio nuevo. Llevaba un blusa de color azafrán y, encima, una túnica azul desabrochada, todo de un gusto exquisito. Estaba pálido y había perdido peso, pero no resultaba menos hermoso que su hermana. ¡Cuánto se parecían!, se dijo Kaoru, suspirando. En aquellas circunstancias le costaba controlar sus pensamientos. El príncipe había traído consigo unas cuantas pinturas, envió las mejores a los aposentos de su hermana y fue a visitarla, mientras Kaoru felicitaba a la

emperatriz por el éxito de las últimas ceremonias y se ponía a hablar con ella del pasado.

—La princesa que convive conmigo en Sanjo —dijo, recogiendo unas pinturas que habían quedado allí— está muy deprimida desde que abandonó el palacio. Me da mucha lástima. Piensa que su hermana le da la espalda porque ha hecho un mal matrimonio... Le encantaría tener pinturas a su alrededor para recrearse mirándolas, pero no causarían el mismo efecto si fuera yo quien se las llevara.

—Me cuesta entender sus sentimientos —repuso la emperatriz—. ¿Por qué iba a tratarla así su propia hermana? Cuando estaban en palacio, tenían apartamentos contiguos, y se escribían con relativa frecuencia. Le mandaré que vuelva a escribirle, aunque también podría dar tu esposa el primer paso.

—¿Ser la primera en escribir? No, no lo haría nunca. Pero me encantaría que el vínculo que nos une a ti y a mí ^[298] te sirviera de acicate para mostrarte un poco más atenta con ella. ¡Las dos hermanas habían vivido tan unidas! Es una auténtica lástima permitir que la vida las separe de este modo...

La emperatriz no adivinó qué oscuras razones se ocultaban tras las «buenas intenciones» del general. Kaoru se despidió de ella, pasó por delante de la sala principal y se dirigió al ala oeste con la intención de visitar a Kosaisho. Ocultas tras las persianas, azafatas y criadas admiraban su figura a la vez majestuosa y grácil. Aquella curiosa situación le llenó el corazón de gozo. Se hubiese dicho que la galería pertenecía a sus sobrinas, las hijas de Yugiri. Kaoru se detuvo y se sentó delante de la puerta.

—Suelo venir aquí con frecuencia —dijo— a visitar a la emperatriz, pero no tengo la suerte de veros, señoras mías, con la frecuencia que desearía. Pasan los días y empiezo a sentirme viejo... Tal vez ésta no sería una mala ocasión para un poco de chachara, aunque temo que estéis deseando perder de vista a este pobre «caballero entrado en años»...

—¡Te rejuveneceremos, si así lo deseas! —le respondió, riendo, una de sus sobrinas.

Incluso a la hora de bromear aquellas damitas no podían desprenderse del refinamiento excepcional de su señora, la Primera Princesa. Se pusieron

a hablar de mil cosas (el general no tenía nada que hacer), y Kaoru, sintiéndose muy bien en su compañía, permaneció allí más tiempo del que pensaba.

Mientras tanto, la Primera Princesa se hallaba en compañía de su madre, la emperatriz.

—Pensaba que el general se había dirigido a tu ala... —dijo su majestad.

—Kosaisho sabrá entretenerlo —dijo Dainagon, una azafata de su alteza.

—Conviene que una mujer sepa qué se lleva entre manos cuando un joven serio y lleno de coraje se lanza a perseguirla —sentenció la emperatriz—. Poco le costará al hombre descubrir sus puntos flacos... Aunque estoy segura de que Kosaisho es de las que saben cuidar de sí mismas...

Aunque eran hermanos, su majestad imperial no se sentía a gusto con Kaoru, y procuraba poner en guardia a sus mujeres.

—Siempre va a la alcoba de Kosaisho —explicó, divertida, Dainagon—. Hablan y hablan solitos, y a veces permanece con ella hasta muy tarde. Pero se dice que esas visitas no son lo que parecen... En cambio, la dama tiene muy mala opinión del príncipe Niou y jamás ha contestado una carta suya... ¡Podéis creerme! ¡Yo no dejaría pasar esta oportunidad!

—La felicito por haber descubierto a tiempo los defectos de mi querido hijo —observó la emperatriz—. ¿Cómo se le podría reformar? Ya sabéis cuan desagradable me resulta cada vez que su nombre surge en una conversación...

—No hace mucho escuché una historia verdaderamente apasionante —prosiguió Dainagon—. Parece que la dama que murió recientemente en Uji era la hermana pequeña de su princesa de Nijo. Para ser más precisa debería haber dicho *hermanastra*. Unos dicen que la esposa del gobernador de Hitachi es su madre y otros que su tía... Ignoro quién lleva razón. Dicen que el príncipe Niou la visitaba en secreto, *muy en secreto*, pero el general también la había puesto en su punto de mira y pensaba traérsela a la ciudad, de modo que desplegó un pelotón de guardianes en torno a su casa de las montañas con órdenes muy estrictas. Una noche el príncipe fue a visitarla

furtivamente (no, ciertamente, por primera vez), y lo obligaron a quedarse fuera, montado en su caballo al fresco de la noche... ¡Una situación muy poco digna, se mire por dónde se mire! Y después hubo de regresar a la ciudad *con las manos vacías*. Y súbitamente la damita se esfumó. Unos aseveran que murió de melancolía, pero su ama y sus criadas sostienen que se ahogó en el río *por su propia voluntad*... ¡Están desesperadas, las pobres!

—¿Dónde oíste esta historia? —dijo la emperatriz, escandalizada—. Es lamentable y horrible... aunque tal vez no sea cierta. Un suceso tan extraordinario es muy difícil de ocultar, y estoy segura de que a mi hermano el general se le habría escapado algo... ¡Y sólo lo he oído quejarse de que *las cosas cambian permanentemente* y lo poco que vive la gente de Uji!

—No puede darse crédito a la servidumbre —insistió Dainagon—, pero una niña que servía en la mansión de Uji ha pasado unos días con la familia de Kosaisho, y habló de todo ello como de algo más que probado. La joven de Uji desapareció de un modo tan raro que no quieren que la gente se pare a indagar... Todo suena como una especie de maldición, y prefieren que se comente lo menos posible. Es posible que ni siquiera el general sepa toda la verdad.

—Prohíbo que esta muchacha vuelva a referirse a ese lamentable asunto —ordenó, furiosa, la emperatriz—. ¡Sólo faltaría este cuento para acabar de arruinar la reputación de su alteza el príncipe!

Pocos días después la Segunda Princesa recibió una nota de su hermana. La caligrafía, delicadísima pero firme, hizo las delicias de Kaoru. La emperatriz, por su parte, hizo llegar pinturas interesantes a su hija, y Kaoru «respondió» adquiriendo y enviando otras mejores aún a su cuñada, la Primera Princesa. Una de ellas reflejaba sus sentimientos más íntimos: el rollo mostraba al hijo del general Serikawa consumido por la pasión que en él desatara *otra* Primera Princesa mientras paseaba un atardecer por el bosque otoñal... ^[299] ¡Cuánto deseó que la princesa de sus sueños fuese tan generosa como la de la novela! Improvisó:

—El viento de otoño que lleva el rocío a
las cañas, hiela al caer la noche mi corazón

anhelante.

Le hubiera gustado escribir su poema junto a la pintura, pero le pareció peligroso dar a entender algo de sus sentimientos. Por más vueltas que le daba, siempre llegaba a la misma conclusión: Oigimi hubiese sido la única dueña de su amor y no habría tomado por esposa a una princesa imperial. Estaba seguro de que, si el emperador hubiese tenido conocimiento de lo acaecido en Uji, no lo habría querido como yerno. ¡La Doncella del Puente le había destrozado la vida! Luego pensó en Naka no Kimi, y los conflictos y reproches a que su unión con el príncipe diera lugar le parecieron ridículos.

¡Por último estaba «la tercera hermana de Uji», la que había muerto de un modo tan terrible! Aunque se la podía acusar de falta de discreción e ingenuidad, lo cierto es que había sufrido. Temiendo un cambio en los sentimientos de Kaoru, no pudo soportar su mala conciencia. Imaginó sus últimos días... Seguramente habría sido una compañera agradable, aunque difícil de ser tomada completamente en serio, y seguramente incapaz de ocupar un puesto exaltado. Ya no estaba furioso con Niou ni guardaba resentimiento alguno contra la joven. ¡Si de algo tenía que quejarse, era de su propio modo de actuar, tan inconsecuente! Esas meditaciones ocupaban no poca parte de su tiempo. Si Kaoru no era capaz de deshacerse por completo de esos recuerdos, a Niou le ocurría lo mismo con el agravante de que no tenía con quien compartirlos. Naka no Kimi se refería muy de vez en cuando al infortunio de Ukifune, pero, como ambas medio hermanas nunca habían vivido juntas, se conocían muy poco.

La casa de Uji estaba entonces prácticamente abandonada, y sólo el ama, Ukon y Jiju se resistían a partir definitivamente de ella. Jiju se sentía como parte del lugar incluso cuando todas las demás lo hubieron abandonado. Aquel río salvaje, con el cual había podido convivir mientras existieron esperanzas de tiempos mejores, le resultaba cada vez más insoportable. Niou le envió un mensaje ofreciéndole un puesto de criada en su mansión de Nijo, pero ella se negó. Le dijo que desataría habladurías si

entraba a servir precisamente en el lugar donde había empezado toda la historia. Otra cosa sería un puesto junto a su majestad...

—¡Maravilloso! —dijo él—.Y no será necesario pedir explicaciones sobre nuestro antiguo secreto...

De este modo, gracias a los buenos oficios de un intermediario, Jiju se puso a salvo de las incertidumbres de la vida y obtuvo un puesto entre las sirvientas de su majestad. Muy bella aunque de poco rango, se encontraba frecuentemente con Kaoru, que pasaba la vida entrando y saliendo de los aposentos imperiales, y aquellos encuentros fortuitos llenaban el pecho de la muchacha de emociones, pues pensaba que ninguna de las damas que servían a su majestad (y que la emperatriz seleccionaba con sumo cuidado) podía compararse con su difunta señora.

El príncipe Shikibu ^[300] había fallecido la primavera pasada dejando una hija que no se llevaba bien con su madrastra. Un hermano de su madre, que tenía el cargo de capitán de caballería, se había interesado por la muchacha, y al fin decidieron casarlo con ella, pues la madrastra ansiaba quitársela de encima cuanto antes. La emperatriz tuvo conocimiento de la historia y compadeció a la joven:

—¡Que lástima! ¡Su padre la quería mucho! —decía.

Pero el hermano de la joven, que ocupaba el puesto de chambelán, consiguió de la soberana que la princesa Miya no Kimi pasara a formar parte de las damas de compañía de la emperatriz. Fue a vivir, pues, al palacio imperial y se la distinguía con un trato especial, porque no dejaba de ser nieta de un emperador. De todos modos, ejercía funciones de azafata y resultaba no poco triste verla llevar únicamente cola cuando estaba en presencia de de su señora...

En cuanto Niou supo de ella, se excitó mucho. ¿Se parecería a Ukifune?, se preguntaba, anhelante. Probablemente sí, pues los padres de ambas eran hermanos. El príncipe seguía viviendo una etapa de su vida dominado por la inestabilidad de sentimientos: tan pronto se echaba a llorar pensando en Ukifune como se ponía a desear conocer aquella prima misteriosa de la que había oído hablen Kaoru se sentía muy molesto por la manera en que se había resuelto el futuro de la muchacha. Le constaba que

hasta el día de su muerte el padre de Miya no Kimi había estado pensando en casarla con el heredero aparente, e incluso el propio Kaoru no le desagradaba en absoluto como yerno. ¡Qué incierto es el destino de las princesas! Sea como fuere, la posición de la joven no tenía nada que ver con la que seguramente soñaba unos años antes, y si se hubiera lanzado a un río de cabeza, la habría comprendido perfectamente.

La emperatriz contaba con unos aposentos más amplios y confortables en el palacio nuevo que en el imperial, y aquéllos que se resistían a acudir a atenderla, estaban ahora con ella. Las alas y galerías que circundaban su alcoba estaban atestadas de gente, y Yugiri se mostraba tan generoso con ellos como se hubiese mostrado su padre. Durante los últimos meses Niou había observado una conducta tan distinta de la que era habitual en él que empezaba a decirse que se había reformado, pero el contacto con Miya no Kimi le devolvió su anterior talante y sólo pensaba en cómo acostarse con ella.

El tiempo empezaba a refrescar, y la emperatriz empezó a pensar en volver a palacio, pero sus azafatas más jóvenes se opusieron:

—Este es el lugar ideal para gozar de los colores del otoño. Quedémonos aquí un poco más...

De noche solían reunirse todos en la mansión de la Sexta Avenida. Allí contemplaban la luna y remaban por el lago, mientras sonaba la música del koto y de la flauta. A poco que pudiera, Niou no dejaba de acudir, pues aquellas reuniones lo fascinaban. Las damas, incluso las que lo veían continuamente, seguían admirándolo como una flor recién abierta cada vez que aparecía. Kaoru iba mucho menos, y daba siempre la impresión de introvertido e inabordable. Un día Jiju los vio uno junto al otro desde detrás de un biombo. ¡Ojalá su señora hubiese vivido y se hubiera casado *con cualquiera de los dos!* ¡Cómo la habría envidiado la gente y repetido que llevaba un sinfín de bendiciones acumuladas de vidas anteriores! Si se tomaban en consideración las posibilidades que parecían abrirse ante ella, todavía resultaba más lamentable el fin de la historia. Ahora Jiju no tenía con quien comentar esas cosas, y pasaba la vida meditando amargamente sobre el triste destino de la que fuera su señora.

Mientras Niou estaba hablando de cuestiones familiares con su madre, Kaoru decidió partir. Al verlo levantarse, Jiju pensó que, si la descubría allí, seguramente le reprocharía haber abandonado la mansión de Uji para colocarse en otra sin esperar al aniversario de la muerte de Ukifune, de modo que, cuando el general pasó por su lado, ocultó el rostro detrás de una manga. El joven se dirigió a las galerías orientales. A través de una puerta abierta percibió voces femeninas que hablaban sofocadamente.

—¡Sería agradable que fuésemos amigos! —les dijo desde la puerta—. Podríais confiar en mí como confiáis las unas en las otras, y tengo no pocas cosas que enseñaros. ¿Sabéis a qué me refiero? Estoy seguro de que sí, y me alegro...

Las pobres muchachas no sabían qué responderle hasta que una tal Ben, mujer entrada en años y cargada de experiencia, ^[301] le contestó:

—Me temo que las que, por su edad, no tienen ya razones para responder son las que saben todas las respuestas... ¡Así de tristes son las cosas de este mundo! ¡Ya ves que a mí no me das miedo! Pero ello no significa que haya descubierto tu propósito de seducirme, sino que, habiendo pasado tanto tiempo en la corte, he perdido la vergüenza y no me cuesta responderte...

—¿Debo entender que las que tienen razones para mostrarse afectuosas tienden a ser tímidas, y que tú ya no estás entre ellas? —dijo Kaoru—. ¡Los dos salimos perdiendo!

La dama se había quitado el *uchiki* y estaba haciendo prácticas de caligrafía en calzas y túnica. Se hubiese dicho que había estado jugueteando con flores, pues había algunas ramitas encima de su caja-escritorio. Kaoru se encontró en medio de un círculo de mujeres elegantes, algunas de las cuales se ocultaron detrás de cortinas y otras volvieron la cara para no ser reconocidas desde el punto en que él se hallaba. El general se acercó la pastilla de tinta y escribió:

«Estoy atravesando un campo de risueñas
flores virginales, ^[302] y las gotas de rocío no
humedecen mis mangas. ^[303]

»¿Todavía no confías en mí?»

Hizo llegar el poema a una dama que estaba sentada de espaldas a él, muy cerca de la puerta. Ella lo cogió y, con mucha calma, lo leyó y se puso a escribir la respuesta:

«La flor cuyo nombre sugiere la falta de juicio de las vírgenes, no se rinde ante cualquier rocío pasajero.»

Aunque era una muestra breve de lo que era capaz de hacer, Kaoru encontró su caligrafía extraordinariamente distinguida y se preguntó quién sería la autora. Seguramente se dirigía a ver a la emperatriz cuando él salió a su paso.

—No me gusta tu poema —dijo Ben al general—. Parece escrito por un anciano, aunque no pueda tildarse de oscuro...

»Supongamos que te pones a sestear entre esas flores... ¡Me gustaría ver cuánto tiempo te resistes a sus delicados tonos!

»Y luego estaremos en condiciones de emitir un juicio sobre ti... Pero Kaoru tenía ya otro poema a punto:

«Me quedaré toda la noche, si me invitáis a ello, aunque los tonos vulgares no suelen atraerme...»

—No suena especialmente amable —dijo Ben no Omoto—. Yo hablaba sólo en términos generales...

No había dicho mucho el hombre, pero había logrado despertar el interés de las mujeres.

—Observo que estoy obstruyendo el paso —observó Kaoru—. Voy a retirarme. Estoy seguro de que pronto volveréis a tener motivos para mostraros tímidas... [304]

Al verlo partir, las damas desearon que el general no hubiese tomado las palabras de Ben como un reflejo del pensamiento de todas. Kaoru se detuvo

en el porche oriental y se puso a contemplar los bancales de flores que había delante de los aposentos de la emperatriz mientras empezaba a anochecer. Sumido de nuevo en tristes pensamientos, se dijo, citando a Po Chu-I:

—Los cielos de otoño son los más
tristes...

Un crujir de sedas le advirtió de que la dama que había contestado a su poema acababa de entrar en la sala principal. Súbitamente se dio cuenta de que Niou estaba detrás de él:

—¿Quién será? —se preguntó en un susurro.

—Se trata de Chujo, azafata de la Primera Princesa —respondió una voz de mujer.

¿Por qué había hablado?, se dijo Kaoru. No está bien que una dama traicione el nombre de otra respondiendo a una pregunta vaga. Su disgusto ante la respuesta recibida iba acompañado de no pocos celos. El recuerdo perenne de Niou quitaba sentido a cualquier intento de mostrarse tímido... El príncipe era tan impulsivo, tan directo... ¡Qué poco le costaba llevarse cuantas mujeres conocía por delante! La amistad de Kaoru con él sólo había sido origen de dolor para el primero... El general empezó a considerar la posibilidad de pagarle en la misma moneda. Si Niou iba tras alguna de aquellas damas, ¿por qué no tomarle la delantera? Claro que las damas juiciosas tenían forzosamente que preferir a Kaoru, pero ¿cuántas damas *con auténtico juicio* había en palacio?

Luego se puso a pensar en Naka no Kimi y su infelicidad, debida a las continuas infidelidades del príncipe. Y, sin embargo, guardaba las apariencias y se mantenía firme en su papel de esposa fiel. Tanto amor (¿qué otra cosa podía ser?) resultaba emocionante... ¿Habría alguna otra mujer comparable a ella en aquella mansión? Como no solía visitar los aposentos de las damas, lo ignoraba. Hubiese podido intentar algún paseo nocturno de inspección por el gineceo, pero aquella clase de aventuras «al azar» no eran de su gusto.

Y, sin embargo, se había aficionado a aquella galería occidental, en la cual había espiado a la Primera Princesa. Aunque solía pasar las noches con su madre la emperatriz, sus azafatas se daban cita allí y se entretenían haciendo música o chismeando. En uno de sus paseos oyó una hermosa melodía de koto y no dudó en interrumpirla.

—*¡Esa música me obliga a desear ver a la intérprete!* —dijo, deteniéndose ante la puerta.

Las había sorprendido. Las persianas no estaban echadas del todo, y una de las mujeres se adelantó.

—¿Tengo por aquí algún hermano mayor que se me parezca? —dijo la que, según había creído entender, llamaban Chujo.

—Lo ignoro —respondió él—, pero en todo caso hay un tío materno rondando por ahí. ^[305] Tu señora está con su madre, la emperatriz. ¿A qué ha dedicado sus ocios durante esos días de libertad la Primera Princesa?

Kaoru se sentía decepcionado al no poder estar con ella.

—No puede decirse que esté nunca muy ocupada, ni aquí ni en el palacio imperial... —dijo ella—. Ya has visto lo que solemos hacer...

Tenía razón; la princesa vivía en un mundo aparte, en su propia esfera al margen de los afanes y cambios que caracterizan la existencia humana. Suspiró profundamente, y para ocultar sus sentimientos tomó un koto japonés y, sin cambiar su afinación, tocó los primeros acordes de una melodía. No desagradó al auditorio pues las tonalidades menores casan bien con los sentimientos otoñales, pero dejó de tocar antes de acabar la pieza. Las mujeres, que lo escuchaban con enorme interés, hubiesen preferido que no hubiera empezado.

¿Cómo era posible que todos se obstinaran en ver en la Primera Princesa un ser aparte medio sagrado? Era hija de un emperador, pero también lo era su madre, la Tercera Princesa, cuyo padre era Suzaku. ¿Qué había de tan «distinto» en la Primera Princesa? El general se puso a pensar en la costa de Akashi, donde había nacido su madre... Algún día iría a conocerla. No podía afirmar que el destino lo hubiese tratado mal, pues la Segunda Princesa le pertenecía. Pero ¿por qué le había negado la Primera Princesa? ¿O, una vez más, pedía lo imposible?

Los aposentos de Miya no Kimi estaban en el ala oeste, y tenía a su alrededor numerosas jóvenes que se habían reunido para gozar de la luz de la luna. También ella era princesa, pensó, y volvió a suspirar al considerar lo incierto de los destinos de los hombres. Luego se dirigió a su estancia, recordando que también él había sido candidato a su mano. Dos o tres niñas, vestidas elegantemente de pajes, se paseaban por la galería. Al verlo acercarse, desaparecieron. No había razón para tanta timidez, pero las niñas eran así. Se detuvo delante de la puerta del sur y tosió para llamar la atención. Una mujer madura salió a recibirlo.

—Si me limitara a decir —declaró el general— que me siento atraído por tu señora, no haría sino repetir torpemente lo que muchos otros han dicho ya. Quisiera poder expresar en términos nuevos *lo que está más allá del pensamiento...*

La mujer no tenía pelos en la lengua, y decidió contestarle por su cuenta sin informar previamente a su señora:

—Atendidas las circunstancias en que se encuentra ahora, no puedo evitar recordar los planes que para ella había trazado su padre. La he escuchado más de una vez referirse a ellos, y estoy segura de que agradecería mucho tus atenciones...

El general se indignó al verse tratado como un cualquiera.

—Nunca he sido persona que abandonara a los que están a mi lado —declaró—, y, ahora más que nunca, me encantaría que tu ama se dignara buscar en mi ayuda y protección. Por otra parte, no resulta siempre agradable tener que entenderse con un intermediario, cuando lo que de veras se desea es dirigirse a una dama.

Era evidente que había logrado impresionar a la mujer, de manera que la azafata se retiró de la persiana y, tras algunos cuchicheos en el interior de la casa, una forma distinta se acercó a dialogar con Kaoru.

—Aunque mi triste situación actual evoca *la soledad de los pinos de Takasago* —susurró Miya no Kimi con voz juvenil y suave—, oírte afirmar que no me has olvidado me consuela mucho.

La respuesta merecía ser tenida en cuenta, y dejó a Kaoru un tanto perplejo. Tenía delante a toda una princesa de la sangre, pero a la cual las

circunstancias de la vida la estaban obligando a dirigirse a un hombre como si fuera un simple azafata. Moría de ganas de verla, pues no le cabía duda de que le sobraban gracias y distinción, pero no pudo evitar preguntarse si Niou ya habría tenido algo que ver con ella. La gente decía que la belleza y el talento resultaban difíciles de hallar, pero he aquí que en los últimos tiempos le salían al paso a cada momento...

Tal vez había obrado un poco a la ligera al idealizar tanto a la Primera Princesa. Ninguna ley ordenaba que todas las princesas se parecieran. El caso más extraño que había vivido fue el de Uji: allí, un pobre eremita había educado a sus hijas como rústicas lugareñas dando lugar a dos seres auténticamente excepcionales, y su tercera hija, tan injustamente tratada, resultó ser también otra criatura deliciosa. Por más que trataba de interesarse por otras mujeres, sus pensamientos acababan regresando siempre a la familia de Uji.

Mientras daba vueltas al vínculo extraño y cruel que lo ataba a la descendencia del príncipe Hachi, contemplaba una nube de efímeras, las más frágiles y sutiles entre las criaturas vivientes, que revoloteaban a la luz del atardecer. Improvisó:

—Observo la efímera posándose en mi mano... Aquí está, me digo, cuando ya no está.

»¿Qué realidad tiene el mundo? La misma que la efímera. Visto y no visto.

Capítulo 53 Ejercicios de caligrafía

I

En aquel tiempo vivía en Yokawa, sobre el monte Hiei, un tal Sozu, maestro de monjes, famoso por su santidad y erudición, con su madre de ochenta años y una hermana de cincuenta. En cumplimiento de cierta promesa hecha tiempo atrás, las mujeres hicieron una peregrinación a Hatsuse en compañía del discípulo predilecto del clérigo. Cuando hubieron hecho sus ofrendas de imágenes y escrituras y concluido sus rezos, emprendieron el viaje de regreso a su hogar. Todo fue bien hasta que llegaron a las colinas de Nara. Allí la anciana se encontró mal, tan mal que se declaró incapaz de seguir adelante. ¿Qué hacer? Aprovechando que un conocido de la familia tenía una casa en Uji, decidieron alojarse en ella durante un par de días. Al ver que la mujer no mejoraba, se lo hicieron saber al maestro de monjes.

Sozu había decidido permanecer retirado en su refugio de las montañas hasta fin de año, sin ni siquiera acercarse a la ciudad, pero, en cuanto se enteró de que su anciana madre podía morir en el viaje, corrió a su lado con algunos discípulos. Como en anteriores ocasiones, se pusieron a recitar plegarias y ensalmos, pero lo que había dado buenos resultados antes, no parecía darlos ahora, quizás por la proveya edad de la enferma. Seguramente ya había vivido demasiado.

Su conocido de Uji estaba alarmado.

—Me disponía a emprender una peregrinación a Mitake, y he estado ayunando y haciendo preparativos durante una semana —dijo a Sozu—. ¿Cómo voy a dejar una mujer anciana y enferma en mi casa?

El maestro lo entendió perfectamente, y, además, la casa era pequeña y estaba en mal estado, de modo que decidió emprender la marcha a Hiei en etapas breves para que su madre pudiera descansar. Pero, interrogados los astros, llegaron al convencimiento de que éstos se oponían al plan, y

hubieron de abandonarlo. Entonces el maestro recordó que el difunto emperador Suzaku había tenido una mansión en Uji, que no podía estar lejos. Daba la casualidad de que conocía a su administrador, y le envió un mensaje pidiéndole que les dejase permanecer en ella durante un par de días. El mensajero regresó sólo para comunicarles que el administrador y su familia habían partido en dirección a Hatsuse precisamente el día antes, pero afortunadamente lo acompañaba el guardián, un viejo de aspecto sumamente rústico.

—Podéis usarla con toda libertad —les dijo—, si os conviene. La sala principal está libre. Nos pasamos la vida acogiendo a peregrinos...

Aquellas palabras complacieron no poco a Sozu, que envió a un novicio de su confianza para que inspeccionara el lugar.

Aunque se trataba de un edificio casi público, todo indicaba que era tranquilo, y el guardián, hombre sumamente servicial, se deshizo para que no les faltara nada. El maestro fue el primero en ir. La mansión estaba bastante destartalada e imponía un cierto respeto, de manera que mandó que se leyeren sutras para expulsar a los demonios, de haberlos. El discípulo que había acompañado a las mujeres a Hatsuse y otro de parecido rango tenían, a su vez, acólitos a su servicio, y les ordenaron preparar antorchas. Inducidos por el temor y la curiosidad, se dirigieron a la parte trasera de la mansión, supuestamente abandonada, por ver si hallaban algo extraño o sospechoso. Pronto se encontraron en lo que parecía un bosque. Bajo sus copas reinaba la oscuridad más absoluta, pero, forzando la vista, los «expedicionarios» descubrieron una forma blanca tendida o echada en el suelo. Inmediatamente se detuvieron, preguntándose qué podía ser.

—Se diría que es un zorro que se ha transformado en mujer —dijo uno de los acólitos, tras examinar aquella «cosa» con cierto detenimiento—. ¡A veces toman forma humana! ¡Criatura asquerosa! Tenemos que hacerlo salir...

—¡Andate con cuidado! —le advirtió otro, clavando los ojos en la forma blanquecina—. Seguramente es un ser maligno...

Y empezó a gesticular con ambas manos para exorcizarlo. El discípulo predilecto del maestro estaba seguro de que, de haber tenido pelo en la

cabeza, se le habría puesto de punta. El acólito que llevaba la antorcha avanzó con paso firme y se puso a examinar *aquello*. Para su asombro resultó ser una muchacha con una cabellera larga y lustrosa. Arrodillada entre las raíces de un árbol, estaba llorando amargamente.

—¡Qué cosa más rara! Habría que contarlo al maestro...

—¡Extrañísimo! —dijo otro, y corrió en busca del clérigo.

—El pueblo habla mucho de los zorros con forma humana, pero lo cierto es que no he visto nunca ninguno —dijo el propio Sozu.

Los pocos criados que servían en la mansión se habían congregado en la cocina y allí se afanaban por satisfacer las necesidades de aquellos huéspedes inesperados. Mientras tanto, en el bosque que se extendía detrás, seis hombres atónitos rodeaban a la misteriosa muchacha. Con suma cautela, monjes y acólitos examinaron de cerca su figura postrada, pero no ocurrió nada especial. Poco a poco el cielo empezó a aclararse con la llegada del alba. La luz del día nos dirá si se trata de un ser humano o no, se decía el maestro, mientras recitaba mentalmente encantamientos y trataba de dominar a las fuerzas del mal con ademanes místicos.

Al fin concluyó:

—Es humana. No estamos ante una aparición monstruosa. Acercaos a ella y preguntadle por qué se encuentra aquí. No tengáis miedo, pues no se trata de un espíritu, aunque no me extrañaría que nos halláramos ante un cadáver que ha resucitado...

—¿Un cadáver procedente del palacio del emperador Suzaku? —dijo uno de los discípulos—. ¡De ningún modo! ¿Quién iba a abandonar un muerto en un lugar como éste? Si se trata de una criatura humana, no la ha traído aquí un hombre, sino el espíritu de un árbol o un zorro. Seguramente la hechizaron, la sacaron de su casa y la dejaron aquí... Este lugar quedará contaminado, y, pensando en nuestros propios intereses, puede resultar fatal para la salud de la madre del maestro...

Alguien llamó al guardián, y éste acudió corriendo, una figura harto ridícula con un gorro cubriéndole la coronilla.

—¿Viven muchachas jóvenes en estos andurriales? Haznos el favor de mirar a ésta... —le increparon.

—¡Una vez más los malditos zorros! —contó el hombre como si se tratase de la historia más normal del mundo—. No os podéis imaginar qué sucesos extraños ocurren *bajo este árbol*... Hará un par de años... era en otoño. Había un niño que vivía carretera arriba. Pues bien, una fuerza maligna lo arrastró y lo trajo al pie de este árbol... Ocurre con frecuencia.

—¿Y el niño murió?

—No, no... Todavía está vivo, supongo. A los zorros les gusta asustar a los humanos pero nunca hacen auténtico daño —resumió el guardián, y su modo de expresarse daba a entender que estaba tan habituado a aquellos sucesos que no les daba importancia. Le preocupaba mucho más que todo estuviera a punto en la casa para que nada faltase a sus invitados.

—¿Por qué no permanecemos aquí y observamos qué ocurre? —propuso el maestro—. Sería interesante ver cómo actúan esos zorros...

Luego ordenó al acólito de la antorcha que se acercara a la joven y la interrogara.

—¿Quién eres? —preguntó el muchacho—. Dínoslo. ¿Eres un demonio, un zorro o un espíritu del bosque? ¡Te advierto que no vas a poder con su reverencia! No lo engañarás. Ea, cuéntanos quién eres...

Le tiró de una manga de su ropa, y ella se cubrió la cara con la otra, llorando desconsoladamente.

—Vamos, vamos... Muéstrate sensata y dinos la verdad...

Volvió a tirarle de la manga pero sin excesivo entusiasmo, pues temía que, si la muchacha descubría su cara, se enfrentaría con la faz monstruosa propia de las diablas, que, según había oído contar, no tienen ojos ni nariz...

La figura seguía con la cabeza hundida entre sus brazos, llorando sin parar.

—Sea lo que sea —comentó el acólito—, no se trata de una joven vulgar... Pero se diría que va estallar una tormenta... Si la dejamos aquí, morirá. Llémosla junto a la cerca...

—Tiene todos los miembros de un ser humano —afirmó el maestro—. No podemos dejarla morir sin hacer nada. Triste cosa es ver morir a los peces que habitan el agua o a los ciervos que pueblan las colinas por falta

de ayuda. La vida de los hombres es fugaz, pero, si podemos prolongarla aunque sólo sea un par de días, vale la pena... Seguro que esta joven ha caído en las garras de algún dios o algún demonio, o ha sido raptada de su casa por alguna fuerza maligna... Tal vez sea su destino morir de mala manera. Pero el Iluminado puede salvar incluso a los que se encuentran en situaciones desesperadas como ésta. Probemos de administrarle remedios, y, si fracasamos, no se nos podrá acusar de pasividad. Llevadla al interior de la casa.

—¡Piensa en lo que estás haciendo! —dijo uno de sus discípulos—. Recuerda que tu madre está gravemente enferma. La compañía de esta criatura no puede hacerle bien alguno...

—No sabemos qué es —replicó otro—, pero no podemos dejarla aquí a merced de la tempestad, condenándola a una muerte segura.

Para evitar que los criados supieran de su existencia, la instalaron en un rincón remoto del cuerpo principal de la casa. No tardó mucho en llegar el carruaje con las dos monjas, ^[306] y la anciana se quejaba de terribles dolores. En cuanto las hubo acomodado, Suzo preguntó a sus acólitos:

—¿Cómo está la otra?

—Se diría que se ha quedado sin fuerzas —le contestó uno—. A veces parece que no respira, y no dice ni una palabra. Una fuerza extraña la ha privado de todas sus facultades...

—¿De qué estáis hablando? —preguntó la hermana de Sozu.

—En los últimos sesenta años no he visto nada igual —dijo el maestro, y procedió a describirle el «hallazgo» que acababan de hacer.

—En Hatsuse tuve un sueño —dijo, llorando, la monja—. ¿Qué aspecto tiene? Permitidme que la vea.

—No faltaría más... La encontrarás al otro lado de la puerta oriental...

La monja partió corriendo. La muchacha estaba sola, y a la religiosa le pareció una criatura bellísima y extremadamente elegante. Del *uchiki* de blanco damasco que llevaba encima de sus calzas de color escarlata se desprendía un perfume maravilloso.

—Niña mía, niña mía... —le decía al oído la hermana de Sozu—. Yo lloré por ti, y has regresado junto a mí.

A continuación mandó a unas criadas que la trasladaran a una estancia interior y, como las mujeres no sabían nada acerca de su procedencia, lo hicieron sin reparo alguno. La joven parecía mirarlas con sus ojos entrecerrados, aunque no daba señales de entenderlas. La monja trató de hacerle beber una pócima, pero la otra casi perdió el sentido. No, no podían dejarla morir tras lo mucho que (aparentemente) había sufrido. La religiosa hizo llamar al monje que tenía por más capaz a la hora de practicar un exorcismo, y le dijo:

—Me temo que se halla al borde de la muerte. Procura dedicarle tus mejores ensalmos...

—Yo tenía razón —masculló el eclesiástico, a quien la idea no llenaba precisamente de entusiasmo—. Hubiésemos debido dejarla donde la encontramos...

Pero se puso a rezar los sutras que se le exigían para ganarse a las divinidades de aquel lugar.

—¿Cómo se encuentra? —se interesó Sozu, asomando la cabeza—. Tratad de averiguar qué la posee, y expulsadlo cuanto antes...

—No vivirá, reverencia —se quejó el monje—, y lo peor de todo será que, en cuanto muera, nos caerá encima una contaminación espantosa que hubiésemos podido ahorrarnos... Parece una dama de un cierto rango, y no podremos echar a correr cuando sea cadáver... ¡Qué desastre!

—Hablas demasiado —le riñó la monja—. Pero no debes contarlo a nadie. Si lo haces, verás *qué desastre* te espera a ti...

Luchando por salvar la vida de la joven, casi llegó a olvidarse de su madre. Tenía que reconocer que la muchacha era una extraña, pero ¡qué extraña tan hermosa! Cuantos la veían se ponían a rezar para que se salvara... De vez en cuando entreabría los ojos, y se veían llenos de lágrimas.

—¿Qué voy a hacer? —se preguntaba la monja—. Estoy segura de que el Iluminado te ha enviado a mí para que ocuparas el lugar de la hija que me arrebató hace años... Si tú me dejas, volveré a llorar como entonces... Estoy segura de que nos ha unido algún vínculo procedente de una vida anterior...

[307] Háblame, por favor. Di algo...

—Creo que he vuelto a la vida aunque no lo merezco... —susurró la muchacha—. No sé a dónde ir... Que nadie me vea... Sacadme fuera de noche y volvedme a arrojar al río...

—¡Me ha hablado! —gritó la monja—. Pero ¡qué cosas terribles ha dicho! ¿Por qué estabas sola en el bosque?

La joven guardó silencio. Mientras tanto la monja examinó su cuerpo detenidamente buscando heridas o magulladuras, pero no halló ninguna. ¡Qué criatura tan bella! De todos modos, la mujer no las tenía todas consigo, y con su piedad y su pena se mezclaba una buena dosis de aprensión. ¿Y si se trataba de una aparición destinada a tentarla, a privarla de su bien merecida tranquilidad?

Todos permanecieron recluidos durante dos días, sin que ni plegarias ni ensalmos cesaran en ningún momento. Un día se presentaron a saludarlos unos campesinos de la comarca que habían estado en tiempos al servicio de Sozu.

—Ha habido un tremendo barullo en la mansión del difunto príncipe Hachi —contó uno de ellos—. Parece que el general de la derecha visitaba a la hija del príncipe, y, súbitamente, ella murió sin estar enferma ni nada parecido... Aunque ayer supimos de la llegada de su reverencia, no pudimos acudir porque estábamos atareados con el funeral...

Aquí estaba la respuesta que buscaban. Algún demonio había raptado a la hija del príncipe. El propio Sozu se alarmó: cuanto más miraba a la joven, más le parecía que no era humana. Tenía algo de siniestro, y parecía que, en cualquier momento, iba a disolverse en el aire.

—A juzgar por el fuego que vimos anoche, fue un funeral miserable... —comentó un discípulo.

—No, no fue gran cosa —respondió el lugareño—. Procuraron hacerlo todo con la máxima discreción.

Los visitantes estaban fuera para evitar contaminarse.

—¿Pero de quién se trataba? La hija del príncipe de la que andaba enamorado el general Kaoru falleció hace algunos años... ^[308]—dijo uno de los acólitos, mejor informado que los demás—. Luego casó con una de las

hijas del emperador, y no es de los que andan siempre a la caza de mujeres nuevas...

Para entonces la monja anciana parecía haber mejorado notablemente, y las estrellas ya no obstruían su ruta. Todos tenían ganas de abandonar aquel lugar tan poco hospitalario, aunque, al ver a la joven del bosque tan débil, temían una recaída si se la llevaban consigo.

Como disponían de dos carruajes, acabaron por poner en uno a la monja anciana con dos religiosas procedentes de Ono, al pie del monte Hiei, y en el otro a la muchacha, de cuyas necesidades se ocupó personalmente la hermana de Sozu. La comitiva se movía con lentitud y se detenía frecuentemente. Llegaron a su destino muy avanzada la noche, completamente exhaustos y lamentando no haber descansado otra noche en algún lugar adecuado. El maestro ayudó a bajar a su madre, y su hermana acompañó con sumo cuidado a la joven al convento.

La anciana, al borde del hundimiento final, se lamentaba de haber vivido *tanto tiempo*...

El maestro esperó a verla algo mejorada, y luego regresó a su santuario de las montañas. Como las aventuras que acababa de vivir no le parecían propias de un clérigo, se guardó la historia para sí. También su hermana prefirió callar y le preocupaba mucho que alguien pudiera presentarse en cualquier momento a preguntar por la muchacha. ¿Por qué *les había tocado a ellos* encontrarla en aquel lugar extraño? ¿Y si una madrastra cruel, aprovechando una enfermedad durante una peregrinación, se había deshecho de la muchacha abandonándola a mitad del camino? La joven había dicho: «Volvedme a arrojar al río...», y luego había callado hasta entonces. La monja se sentía profundamente angustiada: ansiaba devolver la vida a aquella criatura, pero la muchacha no parecía dispuesta a colaborar. Quizás era un caso perdido, pero la sola idea de abandonar la partida sumió a la religiosa en el dolor más profundo. Mandó a por el discípulo que había recitado las primeras plegarias, y, en cuanto estuvo allí, le contó el sueño que había tenido en Hatsuse y le pidió que hiciera quemar semillas de adormidera. [309]

Pasaron los meses cuarto y quinto y, al ver que todo seguía igual, la monja envió una carta a su hermano en la que le decía:

«¿Puedo pedirte que bajes de tus montañas y veas qué puedes hacer por ella? Trato de convencerme a mí misma de que, si su destino fuera morir, ya no estaría con vida. Sea como fuere, el espíritu que la posee se niega a abandonarla. Nunca te pediría que fueras a la ciudad, pero no creo que te moleste acudir hasta aquí.»

Suzo se admiró de aquella historia. Parecía que la joven estaba destinada a vivir (en este punto daba la razón a su hermana), pero ¿qué habría sido de ella si la hubiesen dejado en Uji? Sólo se le alcanzaba que un legado de vidas anteriores había determinado el curso de los últimos acontecimientos, y que él estaba obligada a hacer todo lo posible para mantener a la joven en el mundo de los vivos. No obstante, si no lo conseguía, la culpa no sería suya sino del hado.

En cuanto su hermana lo vio llegar, se puso muy contenta y le explicó qué había ocurrido en los dos meses últimos.

—Las enfermedades largas acaban por desfigurar las caras de los que las sufren, pero observa a la muchacha —le dijo, deshecha en lágrimas—. ¿Has visto nunca un rostro más bonito y lozano? Ha estado mil veces al borde de la muerte, pero siempre ha sobrevivido.

—Tienes razón —dijo el religioso, examinando a la joven—. Es muy bella. Desde el comienzo intuí que tenía algo especial... Veamos qué se puede hacer. Algo tengo por seguro: cuando nació, trajo consigo un sinfín de gracias especiales acumuladas a los largo de otras vidas. ^[310] Me pregunto qué accidente pudo haberla reducido a este estado... ¿No has descubierto nada en particular que pueda servirnos de indicio?

—No ha abierto la boca —repuso la monja—. Ha sido la Señora de Hatsuse la que me la ha confiado...

—Todo tiene su causa... Pero hay que buscarla en una vida anterior...— declaró Suzo, y se puso a rezar.

Se había impuesto un régimen de vida muy severo, y no atendía solicitudes ni del palacio imperial. Por ello, no quería que llegase a

trascender que se había embarcado en aquel ritual sólo por complacer a su hermana.

—No contéis nada a nadie —ordenó a sus discípulos—. Soy un pobre monje indigno que ha roto sus votos una y otra vez pero nunca me he mancillado con mujeres. De todos modos, hay personas que no revelan su auténtico talante hasta cumplidos los sesenta, y tal vez yo sea uno de ellos... ¡Cosas del hado!

—¡Piense su reverencia en el daño que podría causar a la ley de Buda si los chismosos empiezan a difundir rumores! —le advertían sus discípulos, mucho más atribulados que él mismo.

Convencido de que, si fracasaba ahora, todo se habría perdido, el maestro recitó plegarias y encantamientos durante toda la noche como nunca antes lo había hecho, y, al alba, el espíritu que había poseído a la joven pasó a una médium. ^[311] Con la ayuda de su discípulo predilecto, el santo varón no regateó esfuerzos para localizar el origen del mal, y al fin logró que el espíritu, tras meses de obstinado silencio, rompiera a hablar:

—¡No soy un espíritu fácil de dominar! —gritó—. ¡De ningún modo! En tiempos fui un monje que obedecía todos los preceptos de la ley del Iluminado, pero morí con cierto resentimiento en mi interior que, aunque trivial, me ató fatalmente al mundo de los vivos. Vagué de un lado a otro hasta que hallé una casa llena de muchachas hermosas. Una de ellas murió y ésta también quería morir. Lo repetía todos los días y todas las noches cuando estaba sola. Pero la Señora de Hatsuse se puso de su parte, y ahora su reverencia me ha derrotado... Voy a dejaros...

—¿Quién nos habla?

La médium estaba agotada, y dejó de hablar. Mientras tanto la muchacha pareció relajarse. Aunque no había recobrado plenamente el conocimiento, entreabrió los ojos, pero sólo vio figuras extrañas y retorcidas de viejos que no conocía. Se sentía terriblemente sola como el naufrago que alcanza una playa ignota. De su propio pasado le llegaban imágenes vagas y deformadas, pero no conseguía recordar dónde había vivido ni quién era. Había llegado al final de su camino y se había arrojado

al vacío... Pero ¿dónde estaba ahora? Por más que pensaba, sólo lograba recordar penas y dolores...

Mientras todos dormían, ella había abierto una puerta lateral, había salido de su casa y partido sin rumbo. A su alrededor soplaba el vendaval y el río parecía a punto de desbordarse... Se sentó en la galería, temblando. ¿A dónde ir? Si regresaba a su casa, todo perdería su sentido. Tenía que destruirse. «¡Acudid, espíritus malignos! ¡Devoradme!», clamaba, «Que no vuelvan a encontrarme con vida...» Y mientras estaba apoyada en la balaustrada, se le apareció un hombre muy hermoso y la invitó a ir con él. Se dijo que sería el príncipe Niou... Creía recordar que la había tomado en brazos... ¿Qué había ocurrido luego? Aquel hombre la llevó a un lugar muy extraño y luego desapareció. Recordaba haber llorado amargamente por no haber sido capaz de ejecutar su plan hasta el final. Y luego no recordaba ya nada más.

A juzgar por lo que decían los que estaban con ella, habían pasado muchos días desde que aquello ocurriera. ¿Qué impresión debió de causarles cuando la hallaron? ¿Por qué se había visto obligada a seguir viviendo cuando quería morir? Había comido poquísimo mientras estuvo en trance, y ahora no podía tragar ni una gota de agua.

—Se diría que te has propuesto arruinar todas mis esperanzas —dijo la hermana de Sozu, sin apartarse ni un instante de la muchacha—. ¡Y yo que empezaba a pensar que lo peor ya había pasado! Te ha bajado la temperatura... Tenías mucha fiebre hasta hace muy poco... Parece que empiezas a ser tú misma.

Cuantos se hallaban en la casa se sintieron encantados con ella y se pusieron a su servicio. ¡Cómo se alegraban de haberla rescatado! La muchacha quería morir, pero la vida había podido más. Empezó a comer, pero, en contra de lo que cabía esperar, siguió perdiendo peso.

—Déjame tomar el hábito como tú —dijo a la monja, que estaba loca de alegría al verla tan recobrada—. Sólo así podré seguir viviendo.

—¡Qué cosas dices! ¡Una muchacha tan joven y bonita! ¿Cómo es posible que quieras ser monja?

Pero, como insistiera, el maestro le cortó un rizo de la cabeza y le tomó los cinco votos. ^[312] Aunque estas medidas parciales no acabaron de satisfacer los deseos de la joven, de momento pareció conformarse.

—Dejémoslo aquí... por ahora —dijo el maestro, y partió a su celda de la montaña, recomendándole que se cuidara y procurase ganar fuerzas.

Su hermana creía estar viviendo un sueño. Hizo levantar a la muchacha y se puso a peinarla. Era casi milagroso que, después de tantos meses sin que nadie se ocupase de ella, su cabellera no se hubiera enredado irremediablemente, y que, una vez peinada, luciera fresca y brillante como la de una princesa. Rodeada de mujeres casi centenarias, parecía un ángel que hubiera bajado del cielo sólo para regresar a él.

—Se te ve tan fría y distante —le reprochó la monja—. ¿No comprendes qué significas para mí? ¿Quién eres? ¿De dónde vienes? ¿Por qué estabas donde te encontramos?

—No recuerdo nada de mi vida anterior —contestó la joven con voz queda—. Sólo recuerdo vagamente que pasaba los atardeceres sentada en una galería. Miraba el horizonte y pensaba en partir para siempre, hasta que alguien apareció al pie de un gran árbol que tenía delante y se me llevó. Eso es todo lo que recuerdo. Ni siquiera sé cómo me llamo... (La muchacha lloraba.) Que nadie sepa que estoy viva... Eso sólo conseguiría empeorarlo todo...

Como parecía que hablar la fatigaba mucho, la religiosa no insistió. No pudo evitar recordar la vieja historia del cortador de bambúes y la princesita lunar, y la idea de que «su hallazgo» pudiera abandonarla en cualquier momento, la llenaba de angustia.

II

La madre de Sozu era una mujer de alcurnia y su hermana, la esposa de un cortesano importante. Su única hija casó también con otro cortesano bien situado, pero murió poco después de la boda. Por ello la mujer había perdido todo interés en el mundo, tomado el hábito y abandonado la ciudad para instalarse en aquel convento entre montañas. Sin embargo, se sentía muy sola y anhelaba una compañera que le recordara la hija perdida. Y, cuando menos lo esperaba, había dado con un auténtico tesoro: una joven más hermosa aún que su hija. Era extraño, pero también maravilloso. Aunque la monja había cumplido ya los cincuenta, era una mujer todavía hermosa y elegante. Los arroyos del lugar eran mucho más amables que los torrentes de las montañas, y su residencia había sido construida y amueblada con excelente gusto. En el jardín, árboles, arbustos y bancales de flores habían sido dispuestos con sumo cuidado para que el efecto fuese inmejorable. A medida que el otoño se encaminaba a su fin, los colores del cielo parecían querer subrayar el paso irreversible de los días. Las criadas unían sus voces a los recolectores de arroz entonando viejos cantos de cosecha, y el seco castañeteo de los espantapájaros le traía recuerdos de su infancia vivida en la parte oriental del país.

La mansión se hallaba en las colinas del este de la capital, no lejos de la de la suegra de Kashiwagi, una de las consortes del ex emperador Suzaku. Los troncos de los pinos destacaban por su grosor y el murmullo del viento por su profunda tristeza. La vida en el convento era muy tranquila, y sólo las devociones de rigor rompían la monotonía de los días. En las noches de luna la hermana de Sozu tocaba a veces el koto mientras una novicia llamada Shosho la acompañaba con el laúd.

—¿Sabes tocar? —preguntaron a la joven—. Por fuerza te aburres...

Al ver aquellas mujeres mayores aliviando su tedio con música, pensó en su propia suerte. Jamás tuvo la fortuna de ser educada en los placeres tranquilos y refinados de las clases privilegiadas, y había llegado a la edad

adulta sin una sola habilidad artística. El destino no le había sido propicio. Entonces tomó un pincel, y, para practicar caligrafía, escribió este poema:

«Me arrojé para ahogarme a un torrente
de lágrimas. ¿Quién hizo la esclusa que me
salvó de la muerte?»

Salvarla había sido un acto de crueldad, se decía, aterrorizada por su futuro. Se imaginaba en las noches de luna sola y encerrada con sus pensamientos, mientras las monjas ancianas pasaban el tiempo recitando poemas y hablando del pasado. Escribió:

«Me ha tocado en suerte regresar otra vez
a este mundo amargo, y en la ciudad
iluminada por la luna nadie lo sabe.»

Cuando se disponía a morir recordó con nostalgia a muchos que ahora no significaban nada para ella. Sólo pensaba en su madre, que debía de sentirse muy desgraciada por su supuesto fallecimiento, y en la pobre ama, que quería proporcionarle una vida decente a toda costa... ¿Dónde estaría? Seguro que ignoraba que «su niña» se hallaba aún con vida. Y también se acordó de Ukon, con la cual había compartido sus pensamientos más recónditos cuando nadie parecía comprenderla.

No resulta fácil para una joven despedirse del mundo y refugiarse en un pueblecito de las montañas en compañía de siete u ocho monjas entradas en años. De vez en cuando acudían a visitarlas sus hijas o sus nietas, casadas unas, sirvientas otras. La muchacha evitaba que la vieran, pues temía que alguna de ellas pudiese reconocerla y llevar noticias de su existencia a alguno de los hombres que propiciaron su desgracia. Para su tranquilidad de espíritu era indispensable que nada se supiera de ella, y nada tiene de extraño que circularan los rumores más extravagantes sobre sus orígenes. La hermana de Sozu asignó dos de sus criadas, Jiju y Komoki, al servicio de la joven, pero ninguna de las dos tenía nada que ver con *las aves de ciudad* que había conocido en otros tiempos. ¿Había hallado al fin *el lugar alejado del mundo* por el que suspirara el poeta? Su insistencia en no

dejarse ver convenció a su protectora de que debía de tener razones fundadas para ello y no habló con nadie sobre lo ocurrido en Uji.

El que fuera yerno de la religiosa era ahora capitán de la guardia y su hermano menor, un monje discípulo de Sozu, se había retirado a Yokawa para entregarse a sus devociones. Allí solían ir a visitarlo los miembros de la familia. En una de sus visitas ocasionales el capitán paró en Ono. Sus heraldos avisaron de su llegada, y la joven, al ver acercarse aquel joven apuesto y elegante, pensó en su visitante clandestino de otros tiempos. Ono no estaba mucho más cerca de la capital que Uji, pero el convento y sus alrededores, perfectamente cuidados, proclamaban que sus habitantes eran gente de gusto. Los setos y bancales rebosaban de claveles, campánulas y toda clase de flores, entre las que se paseaban apuestos jóvenes con atuendo de viaje. Recibieron al capitán en la galería del sur. Aunque sólo tenía veintisiete o veintiocho años, se le veía un hombre maduro y con criterio. Su suegra, la monja, le habló a través de una cortina colgada de una puerta.

—¡Los años pasan volando! —dijo—. ¡Qué lejanos me parecen ahora aquellos días en que nos tratábamos asiduamente! Dice mucho a tu favor que recuerdes que las tinieblas de nuestras montañas están ansiosas por recibir de vez en cuando tu radiante presencia. Con todo... (Aquí se le hizo un nudo en la garganta, y le costó proseguir.) Con todo, no deja de sorprenderme que todavía me favorezcas de este modo...

—Nunca olvidé los días pasados —respondió el hombre—. Más aún, a veces me acuso de haberme comportado negligentemente contigo desde que no vives en la ciudad. Envidio a mi hermano por su vida al aire libre y, si pudiera, me encantaría visitarlo a diario. Pero hay tanta gente que pretende acompañarme en mis excursiones, que no me atrevo a hacértela padecer. Hoy he conseguido al fin darles esquinazo...

—No sé si creerte —dijo la religiosa—. Dices lo que los jóvenes suelen decir. Pero me consta que no nos has olvidado, y eso te hace distinto de la gran mayoría. Doy gracias al Iluminado por ello todos los días del año.

Mandó servir un refrigerio a los hombres y ofreció al capitán semillas de loto y otros requisitos. No era la primera vez que iba a visitarla, y se mostró tan locuaz como en anteriores ocasiones. Pero un súbito chaparrón

puso fin a la entrevista. La monja se sentía profundamente conmovida. ¡Cuánto lamentaba que aquel joven tan valioso se hubiera convertido en un extraño! ¿Y por qué no le dio su hija un nieto que le sirviera para recordarla? Echaba tanto de menos a su hija que aquellas visitas ocasionales, mucho menos frecuentes de lo que ella hubiese deseado, desataban su lengua y a veces decía lo que debiera haber callado.

La joven, absorta en sus pensamientos como casi siempre, estaba contemplando el jardín, y, vestida con unas calzas de tono apagado (al fin y al cabo, se hallaba en un convento), una camisa y un chaquetón muy sencillos de tejido burdo, era una preciosidad. ¡Costaba poco imaginarla con un atuendo muy distinto que hiciera resaltar sus múltiples encantos, pero, incluso ataviada con la austeridad propia de aquel lugar, merecía ser descrita como una belleza excepcional!

—¿No te recuerda a veces a la hija de la señora? —dijo una criada de la monja a otra, señalando a Ukifune—. ¡Ojalá la viera el capitán! ¡Estoy convencida de que el parecido entre ambas le asombraría! Y, si piensa en volverse a casar, no encontrará nada mejor... ¡Formarían una pareja magnífica!

La muchacha oyó lo que acababa de decir y la idea de volver a ser cortejada por un hombre la resultó repulsiva. ¡De ningún modo! No estaba dispuesta a revivir su horrible pasado, y las atenciones de un pretendiente la forzarían a hacerlo. ¡Con una vez había tenido suficiente!

La monja se había retirado, y el capitán estaba en la galería y miraba el cielo con aprensión. Súbitamente reconoció la voz de Shosho, una de las monjas del convento.

—Estoy seguro de que todas las monjas que vivían aquí en mi última visita siguen en el convento... —le dijo—. Piensa que no me es fácil acudir, y por ello no debéis acusarme de inconstante y olvidadizo...

Hablaron del pasado, pues Shosho había estado al servicio de su difunta esposa.

—Cuando venía por la galería —prosiguió el hombre—, una ráfaga de viento sacudió una persiana, permitiéndome ver por un instante una

cabellera hermosísima. ¿Habéis acogido en vuestro convento a alguna joven durante los últimos meses?

El capitán había entrevisto a Ukifune de espaldas y se había sentido interesado. ¡Qué hubiese ocurrido si la hubiera llegado a contemplar en todo su esplendor! El viudo seguía llorando a una mujer que no se le podía comparar...

—La señora es incapaz de olvidar a su hija —repuso Shosho—, y nada podía consolarla. Un día halló accidentalmente una joven, la acogió y su compañía ha servido para aliviarla un poco de sus pesares. Pero se trata de una muchacha muy extraña y no te dejará que la veas...

La curiosidad del hombre se despertó. ¿Quién podía ser aquella novicia? Aunque apenas la había entrevisto, le había deslumbrado... Siguió interrogando a Shosho, pero no logró sonsacarle nada más.

—Estoy segura de que tarde o temprano se sabrá todo —le dijo—. Pero hay que tener paciencia...

Seguir insistiendo hubiese parecido grosero.

—Ha cesado de llover y poco a poco la noche se nos echa encima— oyó decir a uno de sus hombres.

El capitán cogió una flor de las llamadas *virginales* ^[313] que crecía junto a la balaustrada, susurrando una cita poética:

—¿Por qué los conventos *abundan tanto en flores virginales?*

Las monjas más mayores reconocieron la alusión y se sintieron animadas.

—Siempre fue un hombre muy guapo —comentó la hermana de Sozu—, y los años le han sentado bien. ¡Sería maravilloso que todo siguiera igual que entonces! Se dice que acude con frecuencia a la mansión del consejero Fujiwara, pero no parece que su hija le acabe de entusiasmar. Lo cierto es que prefiere pasar la mayor parte del tiempo en casa de su padre.

Hizo una pausa para secarse una lágrima y, a continuación, dirigiéndose a Ukifune, prosiguió:

—¡Te pasas la vida ensimismada y sin decir palabra, y eso no está bien! ¡Procura alegrar esa cara! Reconoce de una vez que únicamente sucede *lo que ha de suceder*. Yo misma he pasado cinco o seis años lamentándome,

pero ahora te tengo a ti para ayudarme a recuperar las ganas de vivir perdidas... Estoy segura de que, en alguna parte, alguien ha llorado por ti, pero no es imposible que ya te haya olvidado... Nada es eterno, sólo el cambio existe... Nos guste o no, así es el mundo.

—No es mi intención ocultarte nada —contestó la joven, con los ojos llenos de lágrimas—, pero el hecho de haber resucitado súbitamente me ha sumido en la peor de las confusiones. Me siento como si hubiera vuelto a nacer en *otro mundo*. Todavía existen personas que me conocieron, pero yo no las recuerdo. Sólo tú me importas de verdad.

La monja la escuchaba con una sonrisa en los labios, admirando su belleza y la naturalidad con que se expresaba.

Mientras tanto, el capitán llegó a Yokawa, y Sozu se alegró mucho de verlo. Se sentaron a conversar, y el maestro hizo llamar a monjes con buenas voces para que entonaran sutras en la capilla, de manera que la noche pasó en un abrir y cerrar de ojos.

—Me detuve en Ono en mi camino hacia aquí —contó el capitán—, y tuve el placer de reencontrar a tu hermana. Aunque haya abandonado el mundo, conozco muy pocas mujeres

que se le puedan comparar en buen gusto y sentido crítico

Y, súbitamente, el viento sacudió una persiana permitiéndome ver una belleza de larga cabellera... Imaginé que no quería ser vista, pues se dirigía corriendo a encerrarse en otra parte de la casa... Pero lo poco que vi me pareció absolutamente extraordinario... ¡El convento no es el lugar más adecuado para una joven beldad! Allí pasará la vida viendo monjas y sólo monjas de día y de noche hasta que, un buen día, acabará por parecerse a ellas... Sería muy lamentable que ocurriera algo...

—He oído contar —dijo el maestro— que mi hermana fue a Hatsuse la primavera pasada y la encontró en alguna parte... Pero no sé más detalles.

—¡Interesante y penoso! —declaró, suspirando, el capitán—. ¿Quién puede ser? Seguro que alguna tragedia horrible se esconde en su pasado, ya que tanto interés pone en ocultarse a los ojos de todos. Si escuchásemos la historia de su vida, posiblemente nos parecería una vieja novela...

Al regresar a la ciudad, le resultó imposible no detenerse en Ono, pero la monja estaba preparada, y pudo mostrarse tan generosa como hospitalaria. Sus atenciones y cuidados despertaron en el hombre recuerdos de otros tiempos más felices. Aunque no llevaba ya los vistosos atuendos del pasado, seguía siendo una mujer de exquisito gusto. Durante la conversación, el capitán dejó caer como si no le importara gran cosa:

—¿Y quién es esa joven que tienes oculta en tu casa?

La religiosa se sorprendió de su perspicacia, pero hubo de aceptar que el hombre la había visto, y negar la evidencia no conducía a nada.

—Estaba acumulando pecados por culpa de mi incapacidad para olvidar a mi hija... —dijo la monja—, pero en los últimos meses he tenido a mi lado a una joven muy necesitada de cuidados, y ello me ha dado no poco consuelo... Ignoro los detalles de su historia, pero parece que ha pasado por tantos y tan horribles sufrimientos que no quiere que se sepa que aún vive. Creía que estas montañas serían un refugio ideal para ella... ¿Cómo te has enterado de su existencia?

Las explicaciones de la monja no colmaron la curiosidad del capitán.

—Debo reconocer que mi regreso a esta casa es fruto de un capricho —dijo el hombre—, pero, después de haber viajado por esas montañas, creo que tengo derecho a pedirte algo. Había esperado una acogida mejor, y me pareces poco generosa al tratar de ocultarme ciertos detalles como si no fueran de mi incumbencia. Si tú la has acogido como sustituta de mi difunta esposa, entonces tengo un legítimo interés en saber más de ella. ¿Por qué está tan en contra del mundo? Tal vez yo pudiera brindarle apoyo y consuelo...

A continuación tomó una hoja de papel, y escribió este poema:

«Oh, flor virginal, no te sometas a los
vientos del marjal de Adashi. He hecho un
largo viaje para plantarte en mi jardín.»

La hermana de Sozu tomó la nota y la envió a Ukifune mediante Shosho, que instó a la joven a contestarla, pero ella se resistía.

—¡Escribo tan mal! —decía.

Para que el capitán no partiera enojado, le envió una carta compuesta por ella misma. Decía:

«Ya te he advertido de que la joven es excéntrica, y no cabe esperar de ella un comportamiento convencional.

»Hemos criado a la flor virginal en una cabaña de hierba lejos del mundo, y, con todo, el mundo la atormenta.»

Decepcionado, el capitán partió a la ciudad. Intentar mantener una correspondencia con aquella muchacha parecía poco adecuado e ingenuo, pero era incapaz de olvidar la figura que entreviera aquel atardecer. La compadecía, sin saber siquiera si existían razones para compadecerla.

A mediados del octavo mes, aprovechando una excursión de cetrería, volvió a presentarse en Ono. Una vez allí, llamó a Shosho y le dio una carta para la joven. Decía:

«Mi corazón quedó herido desde el día en que te vi.»

Como no parecía probable que la joven contestara, la hermana de Sozu lo hizo por ella. Escribió:

«Está esperando *ignoro a quién en la colina de Matsuchi...*»^[314]

—Me dijiste que tenía problemas —dijo el capitán a la monja cuando ésta salió a recibirlo—, pero quisiera saber más sobre ella. No soy feliz y a veces he pensado en retirarme a las montañas, pero mi familia y mis compañeros me retienen mientras los días van pasando. Mi carácter sombrío no me facilita el trato con personas alegres y despreocupadas. Estoy convencido de que alguien que haya sufrido comprendería mejor mis sentimientos...

La monja se dio cuenta de que el que fuera su yerno estaba realmente interesado por la joven.

—Si lo que buscas es un talante taciturno, has ido a llamar a la puerta adecuada —le dijo—. Pero su misantropía es realmente terrible, y no parece dispuesta a hacer lo que casi todas las mujeres harían en su lugar. Ni siquiera a mí me fue fácil abandonar el mundo, y eso que me sobraban

motivos y me acercaba a la vejez... No alcanzo a entender cómo esta joven, con toda la vida por delante, puede pensar de ese modo...

Sintiéndose madre otra vez, se dirigió a Ukifune.

—No te muestras ni siquiera bien educada —le reprochó—. *Debes* contestarle, aunque sólo sean dos palabras. Las monjas tenemos que dar ejemplo de sensibilidad ante el dolor ajeno...

Pero Ukifune insistía en que *no podía* responder.

—No sé nada de esas cosas —repetía—. Nunca he respondido a cartas como esa.

Cuando la religiosa transmitió esta respuesta al capitán, éste se enfureció.

—¿Dices que se niega a contestarme? Su actitud raya en la grosería... ¿No será que ama a otro?

»Te espero, pensé que me decía la voz del grillo de los pinos, y acudí sólo para verme vagando entre las cañas húmedas de rocío.

—Trata de apiadarte de él —insistió la monja—. Respóndele aunque sólo sea por una vez.

Pero la idea de revelar el interés más mínimo por un hombre aterrorizaba a la joven, y estaba segura de que una respuesta únicamente serviría para invitarle a futuros desafíos, de modo que permaneció en silencio. La monja desaprobó su pasividad, y decidió enviar una contestación por su cuenta. El texto mostraba que aquella mujer no fue siempre una asceta.

«Aunque el rocío que cae en otoño sobre los marjales, moje tus mangas, te equivocas, cazador, al echar la culpa de ello sobre esta casa perdida en la pradera solitaria.

»Me temo que esas cosas le disgustan...»

Las monjas sentían mucha simpatía por el capitán, pero, por razones obvias, no podían conocer las razones por las que Ukifune sentía auténtico

horror ante la idea de que, por uno u otro camino, llegara a saberse que estaba aún con vida. Las mujeres hacían todo lo posible por empujarla a los brazos de aquel hombre:

—Déjale sólo que te hable un poco cuando haya ocasión —le aconsejaban—. Te va a sorprender lo necia que has sido al darle la espalda. No, nadie te pide que te le entregues sin más... Basta con que le des a entender que no te desagrada...

Aquellas monjas eran mucho menos recatadas y místicas de lo que la joven hubiera deseado, y el juvenil entusiasmo con que pasaban las horas componiendo mala poesía no las recomendaba a la desconcertada Ukifune. ¿Qué nuevas humillaciones le esperaban aún? Porque la vida seguía pesándole como una carga de la que no había logrado deshacerse... A veces hubiera deseado que la echasen del convento.

El capitán dejó escapar un suspiro, tal vez fruto de otros sinsabores que pasaban por su mente. Sacó una flauta e interpretó una melodía muy suave, y, cuando hubo concluido, canturreó «El bramido del ciervo turba la quietud de la noche de otoño». Parecía hombre de buen gusto.

—Se diría que he hecho este viaje sólo para verme de nuevo atormentado por los recuerdos —dijo antes de partir—, y me temo que mi nueva amiga no me servirá de mucho. No, jamás volveré a creer *en montañas ajenas a los cuidados de los hombres*...

—La noche está más preciosa que nunca —dijo la monja, saliendo a la galería—. ¿Debes irte?

El capitán no quería parecer ansioso ni impaciente. Cuando vio a la muchacha por primera vez, le pareció una promesa de que existía un remedio para su aburrida soledad, pero la altivez de la joven, tan fuera de lugar en sus circunstancias, había acabado por enfriar su entusiasmo. La monja se resistía a dejarlo partir, y trató de retenerlo con un poema, aunque no resultó nada extraordinario:

—¿ Tan poco significa para ti la luna que
brilla esta noche gloriosamente, que te

dispones a dejar nuestra casita plantada junto
al desfiladero de la montaña?

En algo acertó: parecía que los sentimientos de la joven también estaban recogidos en el poema, de modo que el hombre contestó, más animado:

—Estaré mirando hasta que la luna se
hunda entre los montes para ver como resbala
por las tablas que cubren tu alcoba.

La madre de Sozu oyó un eco de la flauta. Al punto se presentó en la estancia tambaleándose por la edad, tosiendo y escupiendo, mientras pretendía dar a conocer sus deseos. Aunque por fuerza tenía que almacenar un sinfín de recuerdos, nada dijo sobre el pasado. Es muy posible que no reconociera al huésped.

—¡Toca, toca! No hay nada como el son de una flauta para una noche de luna... ¡Ea, muchachas! Traedme un koto...

El capitán adivinó quién era. ¿De manera que la anciana aún vivía entre aquellas montañas? ¡Parecía imposible! La vida resulta impredecible, y algunos parecen recibir más de lo que les tocaría... Sin pensarlo dos veces, brindó a la anciana una melodía en tonalidad *banjiki*.

—Ahora el koto... —dijo el capitán, invitando a tocar a su hija.

—Creo que has mejorado —dijo la monja al que fuera su yerno—, pero siempre fuiste un buen músico. Tal vez he pasado demasiadas horas escuchando la voz de los pinos, y temo que haré un mal papel...

Con todo, tocó una melodía en el koto. Aunque en aquellos tiempos estaba algo pasado de moda, el koto chino de siete cuerdas tenía un encanto indiscutible. El viento que soplaba entre los pinos parecía improvisar un contrapunto y la flauta invitar a la luna a que se superase en esplendor. Encantada, la anciana monja se hubiese quedado allí hasta el alba.

—En tiempos me defendía pasablemente bien con el koto japonés —dijo—, pero su reverencia, mi hijo, empezó a decirme que era de mal gusto. [315] Supongo que las modas cambian. El caso es que dice que no puede resistirlo y que estoy perdiendo el tiempo. Según su reverencia, debo

emplear mi tiempo rezando rosarios sin parar, y lo cierto es que he perdido mucha práctica... De todos modos, me encantaría ofreceros algo en mi koto, pues tiene un sonido maravilloso...

El capitán se dio cuenta de que la anciana tenía muchas ganas de tocar para ellos.

—Su reverencia tiene ideas un tanto anticuadas sobre lo que debe hacerse y lo que no —dijo—. ¿Es que no sabe que los poderes superiores tocan instrumentos como éste y los ángeles bailan a su son? Pues así es, por muy admirable que nos parezca. ¿Qué pecado puede haber en la música? ¿Qué daño puede hacer a las plegarias? Ea, tócanos una melodía o dos...

La anciana resplandecía de felicidad.

—¡Tonomori —dijo, tosiendo, dirigiéndose a una criada—, acércame el koto japonés!

Todos la celebraron y bromearon sobre las severas instrucciones de Sozu. Sin tomar en consideración la tonalidad utilizada por el capitán, tocó un acorde según su propia fantasía. El flautista callaba, mudo de admiración (o, al menos, eso pensaba ella).

—*Takefu chichiri chichiri taritana* —canturreó, solfeando, y luego se puso a tocar de un modo terriblemente pasado de moda.

—¡Qué interesante! —la animó el capitán—. No estamos acostumbrados a oír hoy esta clase de música...

La dama no le entendió, y una monja hubo de repetirle sus palabras.

—Parece que los jóvenes han renunciado a esas cosas —cacareó—. Tomad a la que está viviendo con nosotros en estos últimos tiempos: es muy bonita, ¿a qué negarlo?, pero se diría que vive encerrada en un mundo propio. ¡Nuestras *frivolidades* no le interesan lo más mínimo!

Su hija y las demás monjas pensaron que se la veía demasiado satisfecha consigo misma, y que acabaría por estropear una noche que pudo ser magnífica. El capitán se despidió y partió a la ciudad. El son de su flauta llegaba al convento desde las montañas, de manera que nadie durmió en la casa hasta el alba.

A primera hora de la mañana recibieron una carta del capitán. Decía:

«Pido perdón por haberme marchado tan pronto, pero tenía mis motivos.

»Regresaron recuerdos casi olvidados que me hicieron llorar mientras sonaban la flauta y el koto y una dama ^[316] se mostraba demasiado altiva.

»Os ruego que la eduquéis un poco en el arte de entender los sentimientos ajenos... ¿Por qué he de seguir tratando de ganarme su afecto si no puede soportarme?»

La monja, más triste que nunca, compuso la respuesta:

«La voz de tu flauta parecía llegar de muy lejos... Mi manga se empapó de lágrimas mientras te apresurabas a partir...

»De las observaciones de mi madre habrás podido colegir que la joven es tan retraída que parece completamente insensible.»

La respuesta no alegró a su destinatario, pero siguió enviando cartas a la joven con la insistencia del viento de otoño. Poco a poco, Ukifune empezó a recordar su vida en Uji y al príncipe Niou. ¡Pero al fin había descubierto una manera de librarse de todo ello! Consecuente con la decisión tomada, empezó a prepararse, y se entregó al estudio, a las plegarias y a la invocación del nombre sagrado. La hermana de Sozu llegó a la conclusión de que aquella muchacho no había sido nunca joven, que había nacido melancólica y sombría, pero, como era preciosa, resultaba imposible enfadarse con ella o reprocharle nada. Cuando la veía sonreír —¡lo hacía en tan contadas ocasiones!—, creía estar contemplando un milagro.

En el noveno mes la monja decidió peregrinar a Hatsuse. Durante meses había sido incapaz de combatir su propio dolor, y ahora, al fin, gracias a aquella joven en la que veía una hija, se sentía mucho más aliviada. Por ello quería ir a expresar su gratitud a la Señora del santuario. ^[317]

—¿Por qué no me acompañas? —preguntó a Ukifune—. Nadie tiene por qué enterarse. Dirás que todas las imágenes se parecen, pero la de

Hatsuse tiene algo especial y se nota en los resultados. Ven conmigo...

Lo mismo había oído decir en tiempos a su madre y a su ama, y las había acompañado más de una vez a Hatsuse, y ¿de qué le había servido? Ni siquiera había podido quitarse la vida... Y la idea de hacer un viaje tan largo con alguien que no conocía la asustaba. Pero no trató de discutir.

—No me encuentro bien, y dudo que el viaje me resulte beneficioso — se excusó.

La monja no quiso insistir y la dejó estar. Cierta día, mientras curioseaba entre las hojas de papel en que Ukifune había hecho ejercicios de caligrafía, halló un poema que la joven había garrapateado. Decía así:

«Siendo mi existencia precaria, no quiero
volver a ver los dos cedros que crecen junto
al viejo río...»

—¿Dos cedros, dice? —comentó la monja—. Seguro que se refiere a dos personas a las que desearía volver a hallar...

Al oírle sacar sus conclusiones la joven se sonrojó. La monja había dicho más de lo que ella hubiese dicho nunca. La religiosa se dio cuenta de su confusión e improvisó estos versos, no especialmente buenos:

«Desconozco las raíces de los árboles que
crecen junto al anciano río... Pero me hacen
pensar en alguien que perdí para siempre...»

La monja quería partir sola, pero casi todas insistieron en acompañarla, de manera que, para que Ukifune no se quedara sola, le dejó tres mujeres: la sensible y culta Shosho, una monja entrada en años llamada Saemon y una niña. Al ver partir a los peregrinos, Ukifune notó que la soledad se cernía sobre ella con más intensidad que nunca. Se sintió intimidada e indefensa, pues su protectora se hallaba en Hatsuse. Temía tanto el pasado como el futuro, e intuía peligros en todas partes.

Un día llegó una carta del capitán. Shosho le pidió permiso para leerla, pero ella se lo denegó.

—Ea, abandona este talante sombrío que empieza a contagiarnos a todos —le dijo—, y permite que te desafíe a una partida *de go*...

—Lo acepto, aunque siempre pierdo... —respondió la joven sin mostrar entusiasmo alguno, y mandaron traer el tablero.

Convencida de que su rival era muy floja, Shosho le dejó abrir el juego, pero Ukifune resultó mucho más ducha de lo que imaginaba, y en la segunda partida fue Shosho quien salió la primera.

—¡Qué sorpresa! —dijo, animada—. Mi ama se pondrá muy contenta al enterarse cuando regrese. Es muy aficionada a este juego, desde que su hermano, un auténtico *amateur*, la inició en él... En tiempos se le conocía como el Sumo Sacerdote del *Go*... De todos modos, una vez desafió a mi señora a una partida, no sin antes prometerle que sería un vencedor generoso y comprensivo... ¡Mas he aquí que perdió dos veces seguidas! Estoy segura de que no te costaría mucho derrotar a su reverencia el Sumo Sacerdote del *Go*... Juegas extraordinariamente bien! Y no estoy tratando de adularte.

La joven lamentó su indiscreción. Debería haberse dejado ganar... ¡La perspectiva de tener que pasar la vida jugando al *go* con aquella monja vieja y calva no la fascinaba en absoluto! Se excusó, alegando que estaba fatigada, y fue a echarse.

—Una partidita de vez en cuando te haría mucho bien —insistió la otra—. ¡Que una muchacha tan joven y bonita pase la vida sumida en la tristeza es un espectáculo lamentable! ¿Será éste *el defecto de la gema*?

El susurro del viento traía a la muchacha recuerdos de Uji, por más que intentaba acorazarse contra ellos. En cuanto salió la luna, el capitán, que había enviado otra nota aquel mismo día, se presentó en el convento, y Ukifune huyó despavorida a refugiarse en la parte posterior del edificio.

—¡Te estás comportando como una boba! —le gritó Shosho—. En una noche como ésta ninguna joven sensata decide rechazar ciertas atenciones... Por lo que más quieras: presta oídos al menos a lo que el capitán quiere decirte, o a una parte de ello. ¿Crees que sus palabras te van a mancillar?

Ukifune estaba aterrorizada. Alguien informó al capitán de que «no se encontraba en casa», pero él conocía la verdad. Seguramente alguno de sus

mensajeros le había comunicado que la joven estaba sola. Furioso, se puso a recriminarla:

—¡Me tiene sin cuidado oír su voz o no! —rugió—. Únicamente deseo que se siente a mi lado, y declare de una vez por todas si soy un monstruo tan feo y peligroso como parece dar a entender. Se diría que no tiene corazón, y su crueldad resulta particularmente intolerable entre estas montañas, el lugar más idóneo del mundo para practicar la virtud de la caridad. ¿Qué hombre estaría dispuesto a soportarlo?

»La melancolía de una noche otoñal en un pueblo perdido entre montañas, pesa sobre el alma dolorida más que cualquier otra...

«Supongo que tú también lo notas...

—No hay nadie dispuesto a hablar por ti —dijo Shosho a la muchacha—, de modo que, si no contestas, parecerás grosera y extravagante...

Y Ukifune contestó, como hablando consigo misma:

—Aunque el mundo no me hace hoy sufrir tanto como dices, piensan muchos que mi vida estuvo llena de sinsabores...

Aquellos versos emocionaron al hombre.

—Vuélvele a pedir que salga —rogó a Shosho—. Aunque sólo sea por un instante.

—No me hace ningún caso —respondió la monja, que empezaba a estar harta de la insistencia del hombre.

A continuación se metió en el interior de la casa y descubrió que la joven se había encerrado en la alcoba de su señora, la hermana de Sozu, de lo que informó al capitán.

—¡Con tantas horas vacías por delante —se quejó el hombre—, debería mostrarse excepcionalmente sensible al dolor ajeno, pues la tengo por una joven bondadosa y caritativa! ¡Por ello resulta aún más incomprensible su actitud tan profundamente hostil! ¿Crees que existe algo en su pasado que

la haya llevado a temer a los hombres? ¿Cómo explicar, si no, su odio hacia todo lo humano? ¿Y cuánto tiempo va a permanecer en este convento?

La monja sabía qué decir.

—Se trata de alguien que mi señora perdió hace tiempo —improvisó—, hasta que, no hace mucho, volvió a encontrarla durante una peregrinación a Hatsuse.

La joven estaba despierta y echada con la cara hundida en las sábanas junto a la madre de Sozu, una mujer de cuyo carácter difícil había oído hablar muchas veces. La anciana religiosa roncaba estruendosamente. En la misma estancia dormían dos monjas más, no mucho más jóvenes que la otra, y sus ronquidos no eran menos sonoros. ¿Cómo sobreviviría a aquella noche?, se preguntaba Ukifune. ¿Cuándo la devoraría el monstruo que había ido a por ella? No daba mucho valor a su vida, pero, tímida como siempre, se sentía como la que ha de cruzar un puente de maderos y decide dar media vuelta... [318] Había traído a la pequeña Komoki consigo, pero la niña, no poco coqueta para su edad, se había escurrido de su lado para instalarse en un punto desde el cual podía admirar aquel visitante tan apuesto. ¿Por qué no regresaba?, se decía Ukifune, aunque reconocía que poca ayuda podía esperar de ella.

El capitán, viendo que no iba a conseguir nada, partió.

—Está tan encerrada en sí misma... —comentaban las mujeres—. ¡Qué lástima que sea tan bella!

A media noche un fuerte ataque de tos despertó a la anciana monja y se incorporó. Su cabello blanco destacaba sobre la camisa oscura. Sorprendida al ver a Ukifune a su lado, hizo visera con la mano sobre los ojos como suele hacer el visón y se puso a examinarla.

—¡Qué criatura tan extraña! —dijo en un tono profundo y amenazador—. ¿Qué se le ha perdido en mi cama?

Ukifune tuvo la certeza de que había llegado el momento en que iba a ser devorada por el ogro. Cuando aquel trasgo se la había llevado, no había podido resistirse porque estaba inconsciente. ¿Pero qué iba a hacer ahora? Se había visto devuelta al mundo ignominiosamente, pero los recuerdos más terribles seguían torturándola sin cesar. De todos modos, si hubiese

muerto, ¿qué hubiera encontrado en la otra orilla? Al repasar su vida le hizo el efecto de un rosario de desdichas. No había llegado a conocer a su padre, y su infancia y adolescencia habían transcurrido entre la capital y las provincias. Había encontrado una hermana, pero se había visto de nuevo separada de ella. Todo pareció que iba a arreglarse cuando un general respetado le ofreció su protección, pero le faltó tiempo para cometer un error fatal. Nunca debió ceder a las atenciones de Niou. Fue el príncipe quien la perdió definitivamente. ¡Qué estúpida fue cuando lo acompañó a las Isla de las Naranjas y al pabellón del otro lado del río! Mientras repasaba los detalles de su conducta absurda, empezó a echar de menos al otro hombre... No era tan divertido y apasionado como Niou, pero su afecto tranquilo y sólido le inspiraba ahora mucha más confianza... Qué no hubiese dado por volver a verlo... Pero tenía que quitárselo de la mente, porque carecía de sentido contar con él...

En aquella noche sin fin oyó el canto de un gallo. ¡Hubiese preferido escuchar la voz de su madre, pero, en aquellas circunstancias, el canto del animal le sonó a gloria! Komoki no había regresado, pero las ancianas monjas se habían levantado ya y estaban cocinando un caldo que olía muy mal. Una de ellas le ofreció un cuenco de sopa, pero la cocinera le pareció horrible y la sopa le revolvió el estómago. Se excusó alegando que no se encontraba bien para no ofenderla, pero la otra insistió en que comiera.

Al poco rato se presentaron unos cuantos monjes en el convento y les anunciaron la visita del maestro Sozu.

—Un mal espíritu ha poseído a la Primera Princesa —explicó uno de ellos, respondiendo a la curiosidad de una monja—. El abad del monte Hiei ha hecho todo lo que ha podido, pero ayer llegaron dos mensajeros que aseguraban que sólo su reverencia podía hacer algo... La noche pasada se presentó un teniente, hijo del ministro de la izquierda, ^[319] con un mensaje de la emperatriz. De manera que hoy bajará su reverencia de la montaña...

Ukifune decidió que tenía que hacer acopio de coraje y obtener del maestro que le tomara los votos definitivos, aprovechando que no habría nadie en el convento que se opusiera a ello.

—Me encuentro muy mal —dijo, haciendo por incorporarse—, y cuando venga su reverencia, espero que pueda pedirle que me tome los votos definitivos. ¿Se lo diréis?

La madre de Sozu asintió vagamente, y la joven regresó a su alcoba. Detestaba dejar que pusieran la mano en sus cabellos salvo la hermana del maestro, y se sentía incapaz de peinarse sin la ayuda de nadie. Soltó los cordones que sujetaban su cabellera para la noche y se desparramó libremente sobre sus hombros. Lamentaba que su madre no estuviera a su lado ni pudiera verla por última vez con atuendo laico. Temía que la enfermedad hubiera quitado lustre a sus preciosos cabellos, pero no era así. Seguían siendo gruesos, flexibles, suaves y tersos, y se arrastraban un palmo por el suelo. Recitó:

—Seguro que mi madre jamás acarició mi melena negra deseando verme convertida en lo que soy ahora... [320]

Sozu llegó al atardecer. Le habían preparado el aposento del sur. Jamás resultó un lugar especialmente acogedor, pero, al llenarse de cráneos rapados, pareció menos atractivo que nunca. El clérigo fue a visitar a su madre.

—¿Cómo te has encontrado en estos últimos tiempos? —le dijo—. Parece que mi querida hermana está en una peregrinación. ¿Tenéis todavía aquella joven con vosotras?

—Sí, todavía está aquí —respondió la anciana—. Dice que no se encuentra bien... y que quisiera hacer los votos definitivos... y que tú te encargaras de recibírselos...

Sozu se dirigió a la estancia de Ukifune, y le habló a través de una cortina. La muchacha se acercó a oírle.

—He llegado a la conclusión de que sólo un vínculo procedente de otra vida puede explicar el modo en que te encontramos —le dijo el clérigo—, y desde entonces no he cesado de rogar por ti. Desgraciadamente un monje como yo no puede mantener una correspondencia profana con una muchacha como tú por más que lo desee. Los clérigos estamos obligados a negarnos ciertos placeres salvo que existan razones muy serias. ¿Cómo te

encuentras? La vida de las mujeres que han renunciado al mundo no es fácil...

—Ya sabes que no deseaba seguir viviendo —repuso Ukifune—, y mi inesperada «resurrección» sólo me produjo dolor. Pero te estoy muy agradecida por todo lo que has hecho, y sólo voy a pedirte una cosa más: que te dignes recibir mis votos definitivos. No me siento capaz de vivir como las demás mujeres que permanecen en el mundo.

—¿Cómo has podido llegar a esta conclusión con toda una vida por delante? —preguntó el monje—. No, sería un grave pecado... A veces una decisión nos parece firme, cuando en realidad no lo es, y las consecuencias del error pueden resultar fatales...

—Nunca fui feliz, ni de niña, y mi madre pensó muchas veces en meterme en un convento —explicó la joven—. En cuanto empecé a entender las cosas, me di cuenta de que era diferente de los demás y debía buscar mi felicidad en otro mundo. Siento como si todo se estuviera escurriendo entre mis dedos... Por lo que más quieras, acepta mis votos...

El clérigo estaba profundamente desconcertado. ¿Cómo era posible que aquella personita tan dulce en apariencia ocultara en su interior una obstinación tan grande? Pero recordaba el episodio del espíritu maligno, y concluyó que no podía estar diciendo tonterías... Era un auténtico milagro que estuviera viva aún.

—Estoy seguro de que los poderes de arriba aprueban tu deseo y no seré yo quien te detenga —respondió Sozu, sonriendo dulcemente—. No hay nada más fácil que recibir unos votos, pero tengo una tarea urgente entre manos que me impide ayudarte ahora. He venido aquí para atender a los sufrimientos de la princesa. Los servicios empiezan mañana y durarán una semana. Inmediatamente después te concederé lo que deseas.

Urkifune temía que para entonces la hermana del clérigo ya hubiera regresado de Hatsuse y se opusiera a sus propósitos. Tenía que hacerle creer que era cuestión de vida o muerte.

—Tal vez no he insistido lo suficiente en lo mal que me encuentro... —clamó la joven, llorando—. Si dejo pasar el tiempo, los preceptos ya no me servirán de nada. ¡Hoy o nunca!

Las lágrimas de la muchacha ablandaron el ánimo de aquel santo varón.

—Es muy tarde ya —dijo—. En tiempos no me importaba subir o bajar montañas, pero ya soy viejo y todo me cuesta un mayor esfuerzo. Había pensado descansar aquí esta noche y mañana ir a la ciudad. Pero si tanta prisa tienes, procuraré satisfacer tu deseo inmediatamente.

Llena de alegría, la joven puso en sus manos unas tijeras y un peine.

—Que se acerquen mis compañeros —dijo el hombre, y los dos monjes que lo habían acompañado la noche que pasara en Uji acudieron en su ayuda.

—Cortad los cabellos a esta joven —les ordenó.

Aunque ambos pensaban que una mujer que había pasado por un trance tan fuera de lo común sólo podía abandonar el mundo, se resistían a cortar aquella cabellera preciosa que se les ofrecía desde el otro lado de la cortina. Shosho estaba en otra ala de la casa con su hermano, un prefecto que acompañaba a Sozu, y Saemon conversaba animadamente con otra persona del cortejo. Sólo Komoki estaba presente, y, al darse cuenta de lo que se avecinaba, corrió a advertir a Shosho. Cuando Shosho entró en la estancia, resoplando, el maestro se disponía ya a cubrir a la joven con su propio manto y su estola.

—Inclínate ahora en dirección a donde están tus padres —mandó el clérigo a Ukifune, que, confusa, se preguntaba *hacia dónde* debía inclinarse.

—¿Qué estás haciendo, infeliz? —clamó Shosho—. ¡Eres un completa irresponsable! Me pregunto qué dirá mi señora cuando regrese y se entere de todo...

Pero ya era demasiado tarde, y Shosho calló.

—«... mientras avanzamos por los tres mundos...» —entonaba el maestro.

Y el espíritu de Ukifune halló al fin el reposo que anhelaba, no sin que en el instante en que notó que sus vínculos con el mundo se rompían para siempre dejase de experimentar una punzada de dolor.

El encargado de cortar su cabellera no podía con la tarea que se le había asignado.

—Ya se hará luego —le dijo el maestro, y, tomando las tijeras, le cortó el flequillo, mientras le decía, entre otras admoniciones y consejos:

—No debes lamentar tu nuevo aspecto...

Al fin se sentía feliz, a pesar de que todos le habían advertido de que su decisión no era todavía lo bastante madura. Buda le había dado finalmente una señal de su favor, y por ella había valido la pena vivir hasta entonces entre las tinieblas del mundo.

Cuando los visitantes partieron, la paz volvió a reinar en el convento.

—Pensábamos que al menos tú ibas a poder escapar de esta vida solitaria —decían a la joven sus compañeras mientras el viento soplaba—. Esperábamos verte feliz... y mira lo que has hecho. ¿No has pensado en los años que te quedan por vivir?

Ni siquiera a una anciana resulta fácil aceptar que la vida tal como se entiende en el mundo ha terminado, pero ella se sentía serena. A la mañana siguiente evitó mirarla a los ojos, porque había actuado de modo egoísta y sin tener en cuenta los deseos de los demás. Le habían cortado la melena de cualquier manera, y las puntas desiguales la afeaban no poco. Hubiese deseado que alguna de las monjas se encargara de adecentarle un poco el pelo, pero ninguna pareció dispuesta a hacerlo, de manera que, avergonzada de su aspecto, pasó el día casi a oscuras detrás de la cortina de un *kichó*. Nunca supo expresarse con facilidad y tampoco tenía con quien hablar. Al fin se sentó junto a la pastilla de tinta y se entregó a la única ocupación en que podía perderse cuando no era capaz de soportar sus propios pensamientos. Escribió:

«En tiempos renuncié al mundo pues no nos entendíamos él y yo, y ahora lo rechazo de nuevo.

»Al fin lo he hecho...»

Este primer poema la llevó a escribir otro:

«Decidí que nunca más volvería a ver el mundo, y ahora, de nuevo, repito «nunca

más» con convicción.»

Mientras componía poemas (todos ellos de tenor muy parecido), le llegó una carta del capitán. Alguien le había hecho saber lo ocurrido en el convento. El hombre se sentía destrozado, aunque reconocía que todo era coherente con la actitud mostrada hasta entonces por la muchacha. Su frialdad se explicaba por su determinación inapelable de renunciar. No debía extrañarle, pues, su rotunda negativa a embarcarse en un mero intercambio de cartas. Y, sin embargo, se sentía profundamente desilusionado. La última noche que estuvo en Ono pidió a las monjas que le dejaran ver de cerca aquella cabellera esplendorosa, y ellas le habían contestado que tuviera un poco de paciencia. La carta que envió rezumaba amargura. Se quejaba:

«¿Qué quieres que diga?

»Daos prisa, daos prisa, no vaya a quedar
yo rezagado... El bote del pescador ^[321]
navega lejos de la costa...»

Para sorpresa de todas la joven pareció interesarse en la carta. A pesar de todo, la idea de que aquel hombre acababa de perder las esperanzas la entristecía. Tal vez por ello garrapateó al margen estos versos:

«Quizás mi alma haya abandonado la
costa de este mundo sombrío, pero flota a
merced de las olas quién sabe en dirección a
qué playa lejana...»

Una de las novicias volvió a doblar la carta y la devolvió al capitán.

—Al menos hubieses podido hacerla copiar —reprochó a la joven.

—No quería incurrir en errores de copia...

En cuanto la hermana de Sozu regresó de su peregrinación, se horrorizó al enterarse de las noticias que la esperaban.

—No tengo nada contra los votos —le dijo—. Yo misma los he hecho, y te hubiese ayudado a llevar a cabo tu propósito. Pero... ¡con tanta vida por

delante! ¿Quieres saber por qué hice esta peregrinación? Te lo diré. No estoy segura de si viviré mañana, y he ido a implorar a Nuestra Señora de Hatsuse que vele por ti si llego a faltar...

Estaba tan agitada que hubo de acostarse. La joven la compadecía profundamente, pero aún compadecía más a su propia madre, que la daba por muerta. Sentada de espaldas, en silencio como siempre, resultaba un figurita juvenil y hermosa como pocas.

—Has hecho una enorme idiotez —le reprochó la monja, pero mandó que le prepararan un hábito.

Las monjas acataron sus órdenes y le cosieron una túnica y un sobrepelliz de burda tela gris, según costumbre. Mientras la vestían, maldecían por lo bajo la oficiosidad irresponsable del maestro Sozu, que no había podido (o no había querido) «dar largas» a la muchacha. Durante los últimos tiempos Ukifune había representado para todas ellas una luz inesperada que iluminaba las tinieblas de aquel patético lugar perdido entre montañas, pero aquella llama que infundía calor a sus existencias monótonas se había apagado definitivamente.

III

Tal como habían dicho sus compañeros, los poderes de Sozu eran extraordinarios, y, habiendo conseguido sanar a la Primera Princesa, aumentó su fama y el respeto que despertaba en cuantos lo conocían. De todos modos, como siempre cabe que después de una curación aparente surjan complicaciones, los oficios continuaron y el maestro permaneció en

la corte. Una noche lluviosa en que se hallaba de servicio con otros clérigos, fue requerido para officiar los ritos nocturnos. Las azafatas, agotadas, estaban descansando. Sólo unas pocas estaban en presencia de la emperatriz, que compartía lecho con la Primera Princesa.

—Después de cuanto has hecho por nosotros —dijo la soberana al maestro—, el emperador ha depositado en ti una confianza especial y quiere que nos guíes en nuestro camino hacia la otra vida.

—Me queda muy poco tiempo en la tierra —repuso el hombre—. El Iluminado me ha hecho saber que este año y el que viene son especialmente peligrosos para mí y no creo que vaya rebasarlos. Por ello me había retirado y consagrado a la invocación del nombre sagrado. Sólo la invitación de sus majestades me ha traído aquí.

La emperatriz aludió entonces a la testarudez del espíritu maligno que había poseído a su hija, y al terror que le producía el hecho de que esos demonios se presentaran bajo multitud de nombres distintos.

La observación de la emperatriz desató la lengua de su reverencia.

—¡Su majestad habla de demonios! —dijo—. Estoy pensando en una historia muy extraña de la que me ha tocado ser testigo en estos últimos tiempos. A fines de la última primavera mi madre, que es una mujer de edad avanzada, decidió hacer una peregrinación al santuario de Hatsuse para cumplir un voto. Durante el viaje de regreso cayó enferma y se refugió en una mansión que el difunto emperador Suzaku tenía cerca de la aldea de Uji. Los malos espíritus suelen ocupar las casas grandes que han permanecido largo tiempo vacías, y enseguida temí que había elegido un sitio poco adecuado para su convalecencia. Los hechos me dieron la razón.

Y le contó la historia de Ukifune.

—¡Qué suceso tan extraordinario! —exclamó la emperatriz.

Llena de terror, despertó a las azafatas que estaban durmiendo cerca de su lecho. Sólo Kosaisho, la joven que había sido distinguida con los favores de Kaoru, había oído el relato, pero todas las demás lo ignoraban. Su reverencia lamentó que su historia hubiese podido perturbar tanto a la soberana y prefirió no entrar en detalles, pero no pudo resistirse a narrar el final.

—En mi último viaje me detuve a visitar a las monjas de Ono, y la joven de Uji me imploró, con lágrimas en los ojos, que le ayudara a cumplir su deseo de abandonar el mundo. Fui débil y accedí. Mi hermana, hoy monja pero en tiempos esposa de un capitán de la guardia, adoraba a la muchacha y dio en ver en ella una sustituta de la hija que había perdido. En cuanto se enteró de lo ocurrido, se volvió contra mí y no para de reprocharme mi intervención. Dice que la muchacha es demasiado joven y hermosa para languidecer en vida entre las cuatro paredes de un convento. No tengo ni idea de quién puede ser...

—¿Qué hacía esta joven en Uji? —preguntó Kosaisho—. ¿Has averiguado su identidad?

—Me temo que no... —contestó el clérigo—. Si mi hermana sabe algo, lo guarda para sí. En todo caso, es evidente que se trata de una joven de buena familia, y, si es así, el secreto acabará descubriéndose. ¡Con ello no quiero dar a entender que no haya muchachas hermosas entre las clases inferiores! De acuerdo con nuestra fe, incluso un dragón puede salvarse y convertirse en buda... Aunque quizás el hecho de que sea tan bella indique que ha renacido con un karma limpio de pecados...

La emperatriz recordaba haber oído contar que en la primavera pasada desapareció una joven en la orilla del río Uji: la propia hermana de la desaparecida se lo había relatado a Kosaisho. ¡Claro que no existía razón alguna para que se tratase de la misma joven! El clérigo había dicho que la muchacha había mantenido en secreto su historia e intentado ocultarse como si se supiera perseguida por algún enemigo terrible... Sozu insistió en que se trataba de un suceso muy raro, pero no quiso hablar más del asunto y se excusó ante la emperatriz por haberle robado el tiempo con su discurso. Kosaisho se hizo el firme propósito de no decir nada.

—Quizás se trate de la misma muchacha —comentó la emperatriz a Kosaisho en cuanto el maestro se hubo ido—. ¿Y si se lo explicara a mi hermano...?

Pero el secreto importaba a ambas, y, además, el general era un hombre muy difícil y no resultaba cómodo hablar con él de temas serios.

En su viaje de regreso a las montañas, el maestro volvió a pasar por el convento de Ono y fue a visitar a las monjas. En cuanto lo vio llegar, su hermana le increpó con gran vehemencia:

—¡Has cometido un gravísimo pecado —le dijo— al condenar una muchacha inocente al convento! ¿Cómo osaste hacerlo sin consultarme? Tu conducta carece de explicación...

Pero todos coincidían en que aquellos reproches llegaban demasiado tarde.

—Sé diligente a la hora de rezar —aconsejó el monje a Ukifune—. La vida es igualmente incierta para viejos y jóvenes. Me alegro de que hayas llegado a la conclusión de que todo en esta vida es apariencia y fugacidad...

Ukifune entendió las palabras del maestro como una referencia a su propio pasado, y se sintió molesta.

—Que te hagan un hábito nuevo —dijo Sozu, y puso delante de ella un paquete que contenía seda, damasco y gasa sin estampar—. Velaré por tus necesidades mientras permanezca aquí. Puedes estar tranquila. A casi todos los que han nacido en este mundo inferior, por poco que piensen en las pompas y vanidades terrenales, parece casi imposible la renuncia absoluta, pero tú, que puedes consagrarte a tus devociones en este bosque alejado de todo, ¿por qué has de sentir amargura o vergüenza? ¿Qué es la existencia terrenal sino *una finísima brizna de hierba?* ^[322]

»Se acerca el alba a la puerta que está
entre los pinos, pero la luna permanece en lo
alto del cielo...

La erudición del maestro no se limitaba a las escrituras, y las citas poéticas otorgaban a sus sermones una grandeza que sus seguidores agradecían. Aunque seguramente no acabó de entender todos los matices del discurso del clérigo, Ukifune pensó que le estaba diciendo precisamente lo que deseaba oír.

El viento sopló durante todo el día.

—¡En días como éste —sentenció Sozu— el asceta de las montañas sólo desea llorar!

La joven se puso a observar desde la ventana y vio a lo lejos un grupo de hombres con atuendo de viaje. Incluso los que se dirigían a las montañas solían sortear el convento, y sólo muy de vez en cuando algún monje, por regla general procedente de Kurotani, se dejaba ver por allí. En poquísimas ocasiones las sorprendía la visita de un laico. Los hombres que avistó formaban parte del cortejo del capitán de la guardia que había rechazado. Había regresado con un nuevo memorial de agravios, aunque completamente en vano, pero los colores de las hojas de otoño que tapizaban el suelo en Ono eran mucho más vistosos que en la capital, y el hombre se había dejado arrastrar por tanta belleza. Quería dar una sorpresa a aquella joven tan hermosa...

—Estaba fuera de servicio y me pareció tentador acudir a admirar las tonalidades de vuestro otoño —explicó al llegar, contemplando, extasiado, cuanto lo rodeaba—. Vuestros árboles invitan a pasar la noche bajo sus copas, como si se tratara de una noche recobrada del pasado...

La hermana de Sozu, llorando copiosamente, improvisó un poema:

—Implacable es el viento que nos llega de las laderas de las montañas. Que nadie espere de nuestros árboles desnudos sombra o cobijo.

El capitán respondió:

—Sé que nadie me espera entre los árboles de estas montañas. Y, sin embargo, no puedo pasar de largo.

«Dejadme al menos verla con su nuevo atavío...—dijo a Shosho, después de hablar largamente sobre el paso dado por la joven —. Permíteme comprobar que recuerdas tus promesas...

Shosho entró en la casa con la intención de mostrarle a la muchacha, tan grácil y delicada, con un manto de color gris claro sobre una túnica amarilla y los cabellos peinados como un abanico de cinco piezas. Su piel era tan blanca que se hubiera dicho que se acababa de empolvar. La encontraba

maravillosa, y le hubiese gustado hacerla pintar, absorta en sus plegarias, con el rosario junto a ella y un sutra delante. ¡Al contemplarla Shosho estuvo a punto de echarse a llorar! ¿Cuál iba a resultar el efecto de aquella figurita sobre un hombre que hasta hacía muy poco había acudido a aquel lugar en calidad de pretendiente?

El instante parecía propicio, y la monja mostró al capitán un agujerito bajo el pestillo, y luego, en la estancia, retiró discretamente las mamparas y las cortinas que podían obstruir su campo de visión. ¡Una criatura sin mácula!, se dijo él al contemplarla, pues no estaba preparado para tanta belleza. ¡Y pensar que se había hecho monja! Sin saber por qué, se culpaba a sí mismo de lo ocurrido. El hombre se retiró, incapaz de contener las lágrimas por más tiempo, temiendo que, si rompía en sollozos, la muchacha le oiría. ¿Cabía imaginar que nadie estuviera buscando aquella joya? Si la hija de alguna de las grandes familias del país hubiera desaparecido o tomado los hábitos, forzosamente se habría enterado. Era, ciertamente, un enigma...

De todos modos, el hecho de que una mujer sea monja no quita placer a su contemplación e incluso cabe que su especial condición la convierta en algo más excitante. El capitán decidió que la joven merecía una visita secreta de vez en cuando, y dijo a la hermana del maestro:

—Pienso que, antes de procurarse estas defensas, la timidez de la joven resultaba explicable, pero ahora no existe a mi entender obstáculo alguno para que podamos conversar tranquilamente de vez en cuando. Díselo a ella, por favor. Os he estado visitando durante años porque era incapaz de olvidar el pasado, pero ahora tendré una razón más para acudir a Ono.

—Muy bien —dijo la monja—. Me he ocupado mucho de ella, y me sentiré mucho más feliz si sé que cuenta con un amigo de verdad, capaz de comprometerse honestamente a visitarla de vez en cuando. Yo no voy a estar a su lado eternamente.

El capitán creyó colegir de las palabras de la monja que se trataba de una parienta.

—También es posible que yo no viva mucho —respondió—, y disto mucho de ser un hombre importante, pero, cuando hago una promesa, la

cumplo hasta el final. ¿Es posible que nadie venga a verla? A veces siento como si algo o alguien se interpusiera entre los dos...

—Si el mundo supiera de su existencia —dijo la religiosa—, no le faltarían visitantes. Pero ya ves que lo ha rechazado completamente y vive consagrada a sus devociones.

El capitán envió una nota a la joven con este poema:

«Has elegido dar la espalda al mundo.
Me apenaría muchísimo Saber que yo he sido
la causa.

»Piensa en mi como en un hermano... La conversación más trivial me aliviará muchísimo.»

El tono no podía ser más tierno y cortés, tal como observó la mujer que se encargó de transmitir el mensaje. La joven contestó sin comprometerse:

«Desgraciadamente no estoy a la altura para conversar contigo...»

Los sucesos desastrosos de Uji la habían vuelto tanto contra los hombres que había decidido acabar sus días como el tronco de un árbol partido por el rayo. Las penas de los últimos meses se habían visto aliviadas por la toma del hábito: de ahora en adelante, bromearía con la hermana del maestro y jugarían al *go*... En cuanto llegó el invierno, se puso a estudiar la Buena Ley con fuerzas renovadas, y pasaba el día enfrascada en el Sutra del Loto o cualquier otro texto sagrado. La nieve había caído abundantemente y nadie acudía a molestarlas. Con todo, no conseguía alegrar su estado de ánimo.

Llegó el año nuevo, pero la primavera parecía aún lejana. El silencio de las aguas heladas «resonaba» como una canción lúgubre. Aunque había roto para siempre, profundamente disgustada, con el príncipe *cuyo corazón se había extraviado en la selva del amor?*^[323] no podía olvidar las circunstancias en que lo había conocido. En sus ratos de ocio, se dedicaba a sus ejercicios de caligrafía, y un día trazó este poema:

«Contemplo los torbellinos de nieve
sobre montes y marjales, y el pasado remoto

no ha perdido su poder de entristecerme.»

Los recuerdos la asediaban. Ya hacía un año desde que desapareciera. ¿Habría otros que la seguirían recordando como algo valioso? Alguien trajo las primeras hierbas de la primavera en una cestita, y su protectora se la hizo llevar con un poema:

«Todos alaban la gracia de esas plantitas que se han abierto paso a través de la nieve de las montañas. Espero con alegría que te toque vivir muchos años.»

Y la joven le contestó:

«Sobre marjales nevados recogeré también yo hierbas tiernas, para que los años de tu vida se acumulen como las capas de nieve.»

La monja se emocionó al leerlo: ¡tan sincera le pareció Ukifune al formular en verso su deseo! Un ciruelo rosa crecía bajo el alero del aposento de la joven, y su color y fragancia eran como los de todos los años. Siempre fue su árbol preferido, pues le confirmaba que cada primavera *es como la primavera anterior*, y le recordaba *el perfume del cual no es posible hartarse*.

Una mañana, mientras Ukifune estaba preparando el agua votiva para los maitines, mandó a una novicia que cortara una ramita. Al hacerlo, algunos pétalos cayeron como si quisieran protestar, pero la fragancia del árbol se hizo más intensa. Súbitamente en su cabeza nació un poema:

«Aquél, cuya manga rozaba la mía, ya no está aquí, y, sin embargo, lo noto en el perfume de esta mañana de primavera.»

El gobernador de Kii, que era nieto de la anciana monja, se presentó a visitarla. Era un hombre apuesto de unos treinta años, y parecía muy seguro

de sí mismo.

—¿Cómo te has encontrado? —preguntó a su abuela—. ¡Hace por lo menos dos años que no nos vemos!

Pero la anciana no parecía entenderlo, de manera que se dirigió a los aposentos de su tía.

—¡Cuánto ha envejecido en ese tiempo! —dijo a la hermana de Sozu—. No he dejado de pensar en ella aunque estaba demasiado lejos para acudir a verla. No creo que viva mucho tiempo... Me hizo de padre y de madre cuando quedé huérfano. ¿Sabes algo de mi hermana, la esposa del gobernador de Hitachi? ^[324]

—Cada vez vemos menos gente en este lugar solitario y aburrido —dijo su tía—. Hace meses que oímos hablar por última vez de los de Hitachi. A veces me pregunto si mi madre volverá a verla...

Aunque no había prestado atención a lo que se hablaba, el nombre de Hitachi resonó con especial intensidad en los oídos de Ukifune. El gobernador reemprendió su discurso:

—Hace algunos días que regresé a la capital, pero las obligaciones que la corte impone me entretuvieron. Me había propuesto venir ayer, pero, en el último momento, hube de ir a Uji con el general Kaoru. Pasamos el día en lo que había sido la casa del príncipe Hachi. Parece que una de las hijas del príncipe, de la que el general anduvo en tiempos muy enamorado, falleció allí hace algunos años, y otra hija más joven del mismo padre murió la primavera pasada. Ayer se cumplía el aniversario de la muerte de una de los dos (no recuerdo cuál), y él fue a encargar los servicios fúnebres. Supongo que tendré que contribuir con alguna ofrenda... Había pensado en uno o dos atuendos de mujer... ¿Podrías cosérmelos vosotras si pongo a trabajar a los tejedores en cuanto llegue a la ciudad?

Tanto interesó lo que acababa de oír a la joven que se apartó de la puerta para que no notasen su agitación.

—Había oído contar que el príncipe únicamente tenía *dos* hijas —observó la monja—. Un de ellas está casada con el príncipe Niou... ¿Quién puede ser la tercera?

—La segunda de las jóvenes por las que Kaoru se interesó —prosiguió el gobernador— era, a lo que parece, hija de una concubina de baja cuna. El general no se portó con ella como correspondía, y ahora lo atormentan profundos remordimientos. Se cuenta que, al fallecer la mayor, por poco enloqueció de pena. Estuvo considerando muy seriamente tomar el hábito...

Ukifune se sintió invadida por un sentimiento de terror: aquel hombre parecía íntimo de Kaoru.

—Resulta extraño que ambas muriesen en Uji —dijo el gobernador—. Ayer estaba muy desanimado, desanimadísimo... En cuanto vio la orilla del río se echó a llorar. Luego regresó a la casa y grabó un poema sobre uno de los pilares de madera:

»No puedo detener las lágrimas que caen
sobre la corriente del río que reflejaba su
imagen, y que nunca más volverá a hacerlo.

»No dijo mucho más, pero se le veía totalmente abatido... Imaginé que ambas damas debían de haberlo adorado. Hace mucho tiempo que lo conozco y puedo dar testimonio de su gentileza y sensibilidad. Si logro contar con su apoyo, evitaré ponerme al servicio del canciller...

No hacía falta ser ningún lince para percibir la superioridad de Kaoru, pensó la joven.

—Aunque supongo que en la actualidad no existe nadie comparable al que llamábamos «el príncipe resplandeciente» —dijo la monja—, he oído contar que su casa y familia han ido ganando en importancia con el transcurso del tiempo. ¿Qué clase de hombre es su hijo mayor?

—Muy hermoso y cultivado. Todos lo respetan muchísimo —respondió el visitante—. Pero aún es más hermoso su sobrino, el príncipe Niou. Al verlo, casi desearía convertirme en mujer para servirlo...

Se hubiera dicho que el visitante había venido con un discurso en el bolsillo. Ukifune escuchaba, fascinada, aquellas palabras que parecían llegar de otra vida. La conversación se prolongó algo más, pero al fin el gobernador partió. Escuchar que no había sido olvidada conmovió a la joven, pero se antepuso la idea del dolor de su madre. Súbitamente le

molestó que la viesen tan mal ataviada. ¡Y, mientras tanto, las monjas cosían atuendos para ofrecerlos como tributo *a su memorial* ¡Qué extraño era todo!

Una monja se le acercó con una túnica para que la cosiera. —¿Por qué no nos ayudas? ¡Veamos cómo se te da la labor de aguja!

Pero Ukifune no quiso saber nada de la túnica y se echó, alegando que no se encontraba bien. La hermana de Sozu se dio cuenta, e, interrumpiendo su propia labor, preguntó qué ocurría. Entonces entró otra monja llevando colgados del brazo una túnica encarnada y un *uchiki* de damasco con dibujo de flores de cerezo, todo ello acabado de confeccionar, y, dirigiéndose a la muchacha, le pidió que se los probara para ver el efecto.

—¡Así deberías andar vestida siempre! —exclamó su protectora—. ¡Es una vergüenza verte siempre con un hábito gris! La muchacha suspiró y garrapateó este poema:

«Habiendo tomado el hábito de monja,
¿queréis que me ponga esas ropas? Me traen
malos recuerdos de un pasado que prefiero
olvidar.»

La entristecía pensar que, siendo el mundo como era, si llegaba a morir, la monja se enteraría de la verdad de su historia, y le reprocharía su silencio sobre su propio pasado.

—Lo he olvidado todo —dijo la muchacha—, pero, cuando te veo cosiendo, me llega alguna imagen de mi pasado que me hace daño.

—Estoy segura de que algo recuerdas —contestó la monja—, y probablemente bastantes cosas... No es bueno que las guardes para ti sola. Yo he olvidado muchos detalles de cuando vivía en la ciudad... Los atuendos de colores que allí solía llevar la gente, por ejemplo... ¡No te extrañe que haya perdido el gusto por la costura! ¡Si mi hija viviera aún! ¿Es posible que no tengas madre? Yo, que llegué a ver los restos de mi hija con mis propios ojos, pienso a veces que vive todavía en alguna parte, y quisiera partir en su búsqueda...

—Sí, tuve una madre, pero estoy convencida de que murió en los últimos meses —murmuró la joven, llorando—. Me duele recordar, y no tengo nada especial que contarte... Dame crédito de una vez y deja de pensar que te estoy ocultando cosas. Dicho esto, guardó silencio, y la monja dejó de interrogarla.

Cuando los oficios fúnebres en memoria de las hijas de Hachi hubieron concluido, el general Kaoru se puso a meditar sobre el frágil vínculo que le había unido a ellas. Había hecho cuanto había podido en favor de dos hijos del gobernador de Hitachi, y uno de ellos era ahora chambelán mientras que el otro disfrutaba de un puesto en el palacio de la guardia. Además, se había reservado al más guapo de todos para hacer de él un paje en su propia casa.

Un atardecer lluvioso fue a ver a la emperatriz, que tenía muy poco que hacer.

—Durante años estuve visitando una aldea perdida entre montañas —le contó para distraerla—. La gente me solía criticar porque visitaba a una dama que vivía allí, pero yo me dije que no tenía sentido oponerse al destino y seguí viéndola. Cualquiera que la hubiese conocido habría hecho lo mismo... Pero se produjo un incidente lamentable, y llegué a creer que sobre aquel lugar pesaba una maldición, de modo que el camino que allí conduce se me hacía cada vez más largo y fatigoso. El otro día hube de regresar por cierto asunto, y volví a revivir el pasado y a pensar en cuán incierta es la vida. La casa me pareció el santuario de un eremita, construido con el propósito de inspirar pensamientos elevados...

¡Qué tristeza!, se dijo la soberana, recordando lo que había oído contar a Sozu.

—¿Piensas que la mansión está habitada por un espíritu maligno? —le dijo—. Si no, ¿cómo explicar la muerte de la joven?

—Los espíritus malignos suelen buscar lugares solitarios y apartados —respondió Kaoru, sorprendido por el comentario de la emperatriz—. Pero, incluso en esas circunstancias, *su muerte* resulta muy difícil de explicar...

La soberana pensó que resultaría impropio darle a entender cuanto sabía en realidad de aquel tema que él parecía querer esquivar. Recordaba también la depresión que había atacado a Niou, y lo cerca que había llegado

a estar de la muerte. Pero prefirió dar carpetazo al asunto por respeto a la intimidad de su hermano y de su hijo.

—Se diría que mi hermano, el general —comentó luego a la fiel Kosaisho—, todavía está llorando a la joven de Uji. Estuve a punto de contárselo todo, pero al fin logré contenerme. Después de todo, quizás no se trate de la *misma* muchacha. Oíste las palabras del clérigo... Si tienes ocasión de hablar con el general, repítele lo más importante, procurando no herir sus sentimientos...

—¡Majestad! —exclamó la muchacha—. Si consideras impropio contárselo tú misma, más impropio resulta que se lo cuenten los demás...

—Todo depende de las circunstancias, y yo sé lo que me digo —declaró la emperatriz.

Kosaisho la entendió y se tomó interés en el asunto. Cierta día tuvo ocasión de contar a Kaoru el relato del maestro Sozu. El general quedó anonadado, pues, a juzgar por lo que acababa de escuchar, era obvio que la emperatriz sabía mucho de la historia. ¿Por qué había preferido callársela cuando la visitó por última vez? Claro que él también se había mostrado siempre muy reticente, e incluso ahora, que sabía la verdad, no se decidió a mostrarse más explícito. Temía que, si contaba algo, únicamente conseguiría que su fama de excéntrico aumentara. Seguramente ya estaban corriendo rumores... ¡Resulta imposible guardar un secreto por toda la eternidad!

—Se diría que es cierta persona sobre la cual me he hecho muchas preguntas —dijo Kaoru, evitando comprometerse—. ¿Y todavía está en Ono?

—El maestro recibió sus votos el mismo día que bajó de las montañas —prosiguió la azafata—. Ella insistió muchísimo, aunque todos los que tenía a su alrededor se oponían y le aconsejaban recuperar fuerzas antes de dar este paso que no admite vuelta atrás.

Se trataba del mismo lugar y todos los detalles parecían coincidir. Aunque casi anhelaba *que no fuese la misma persona*, necesitaba salir de dudas. «¿Cómo lo sabré con seguridad?», se preguntaba, diciéndose: «La gente me tomará por un estúpido si empiezo a hacer averiguaciones

personalmente, y, en cuanto el príncipe Niou llegue a enterarse, hará cuanto pueda para cerrarme el paso. El silencio de la emperatriz, ¿obedece a instrucciones de su hijo? Si Niou está ya en el asunto, más vale que la dé por definitivamente perdida, por más que la siga amando. Pero si todavía está entre los vivos, un giro venturoso de las circunstancias podría unirnos de nuevo para hablar juntos de la Primavera Amarilla.» [325]

Kaoru había renunciado a volver a hacer suya a Ukifune.

Aunque era evidente que la emperatriz no quería saber nada del asunto, el general volvió a visitarla.

—La muchacha de la que te hablé —le dijo—, sí, aquélla que yo creía que había muerto en circunstancias terribles, parece que está viva, aunque se encuentra en una situación sumamente penosa. Sé que resulta increíble, pero también fue increíble el modo en que desapareció. Me costaba aceptar que detestaba el mundo hasta el extremo de tomar una medida tan desesperada. De manera que los rumores que han llegado a mis oídos quizás no sean tan disparatados como puede parecer.

A continuación entró en detalles, pasando de puntillas cuando intervenía Niou en la historia. También hizo lo posible por disimular su resentimiento. Concluyó:

—Si el príncipe sospecha que deseo volver a encontrarla, seguramente interpretará mal mis motivos. No pienso hacer nada, aunque se confirme que está viva.

—La historia del clérigo me asustó tanto —dijo la emperatriz— que no le presté la atención que hubiese debido. ¿Pero cómo puede haberse enterado mi hijo de ella? Lo sé casi todo sobre sus costumbres licenciosas, y estoy segura de que una noticia de este calibre lo haría enloquecer. No puedes imaginar cuánto lamento las habladurías que me llegan a los oídos sobre sus aventuras galantes...

Las palabras de la soberana lo tranquilizaron: estaba claro que sería la última en revelar a su rival el secreto de la «resurrección» de Ukifune.

El misterio seguía pesando día y noche sobre su ánimo. ¿En qué aldea montañosa podía estar la joven? ¿Cómo acercarse a ella después de todo lo ocurrido sin rebajarse ni arrastrar su dignidad por los suelos? Quería

enterarse de todo por boca del maestro Sozu, de modo que partió a Yokawa. Ya había tenido contacto anteriormente con el santuario del monte Hiei, donde, los días ocho de todos los meses, solía hacer ofrendas solemnes dedicadas al Buda de la Medicina. ^[326] Se hizo acompañar por el hermanastro de la joven, aunque de momento prefirió no decir nada a su familia, pues quería contar con información más precisa. Quizás pensaba que la presencia del joven paje facilitaría el primer encuentro confiriéndole casi el carácter de un sueño. Incluso si la muchacha de que hablara el maestro resultaba ser su Ukifune, ello no excluía la posibilidad de que, durante el tiempo en que había perdido su rastro, no se hubiese entregado a un nuevo amante, y rodeado luego de monjas para disimular su infamia... He aquí las ideas que le amargaron el viaje.

Capítulo 54 El puente flotante de los sueños

[327]

Kaoru hizo las ofrendas de imágenes y escrituras que solía en el santuario del monte Hiei, y al día siguiente partió hacia Yokawa. Sozu recibió a su visitante con gran ceremonia. Aunque Kaoru se había dirigido a él con anterioridad para consultarle cuestiones de liturgia, no había amistad íntima entre ambos. El general había quedado muy impresionado al conocer la eficacia de las actuaciones del clérigo sobre la Primera Princesa. El maestro estaba convencido de que su éxito reciente había creado un vínculo entre ambos, y se alegraba mucho de ello. Hablaron largo y tendido de los

temas más variados como si se hubiesen tratado toda la vida, y el religioso hizo servir un refrigerio.

—He oído decir que tienes una casa en Ono —dijo el general, cuando el diálogo empezó a decaer.

—Sí, poco más que una casucha —respondió Sozu—. Allí vive mi madre, una mujer muy mayor metida a monja. No teniendo un lugar adecuado en la ciudad para ponerlo a su disposición, decidí que, puesto que yo había fijado mi residencia en este lugar para mantenerme alejado del mundo, quería tener a mi madre cerca para poder velar por ella.

—Me han contado que Ono fue en tiempos una aldea con bastante animación —comentó Kaoru—, pero que en estos últimos años se ha visto muy abandonada. Se dice que es muy solitaria. (Aquí bajo la voz.) He dudado en tocar este punto porque me siento un tanto inseguro y no quisiera que me tomaras por un excéntrico o algo peor. Lo cierto es que también he oído decir que cierta persona que en tiempos conocí se está ocultando en Ono. Es más: se me ha dicho que tú la has tomado bajo tu protección y has recibido sus votos de monja. ¿Puedo preguntarte si es cierto? Es muy joven, sus padres viven todavía, y yo me siento algo responsable de su desaparición.

El clérigo no sabía qué responder. Desde el principio tuvo a la joven por una persona de un cierto rango (bastaba con observar su aspecto), y las palabras de Kaoru daban a entender que le importaba mucho. Sozu llegó a la conclusión de que, aunque había sido fiel a sus principios, piedad y votos, probablemente había actuado con precipitación. Estaba seguro de que Kaoru sabía muchas cosas que él ignoraba. Como tratar de fingir ignorancia sólo serviría para complicar las cosas, optó por la sinceridad.

—Sí —dijo tras una breve pausa—, te refieres a la joven que nos ha mantenido con el alma en vilo durante estos últimos meses. Las monjas de Ono peregrinaron a Hatsuse, y, a su regreso, la hallaron en Uji. Les pareció al borde de la muerte y me llamaron para que interviniera. La situación que me esperaba era muy extraña... (En este punto la voz del religioso se hizo un susurro.) Mi hermana quedó cautivada por la muchacha, hasta el extremo de que dejó de ocuparse de nuestra madre para volcarse en ella. La

joven respiraba, pero esa era la única señal de vida que daba... Recordé historias de personas que habían resucitado después de sus funerales... Llamé a mis discípulos más prestigiosos y les ordené que rezaran y recitaran ensalmos por turnos... Yo hube de ocuparme de mi anciana madre, pues se hallaba lejos de su casa, en cualquier momento podía morir y debía instruirla en el nombre sagrado pensando en el postrer viaje... No pude, por tanto, seguir con detalle la evolución de la joven.

»A juzgar por lo que otros me contaron, parecía que algún duende ^[328] o espíritu del bosque había tenido algo que ver en el asunto... La llevamos a Ono con nosotros y durante los primeros tres meses estuvo prácticamente muerta... Mi hermana también es monja... Es posible que hayas oído hablar de ella, pues enviudó de un capitán de la guardia imperial... Como perdiera una hija, vio en la joven una respuesta a sus continuas plegarias por recobrarla. La muchacha tenía la misma edad que la otra, y era muy bonita y distinguida. Al fin me convenció para que yo acudiera a su lado e hiciese cuanto estuviera a mi alcance para devolverla a la vida: quería salvarla a toda costa, y, poco a poco, gracias a la naturaleza o a mi humilde intervención, la moribunda empezó a recuperarse, pero seguía aterrorizada por los malos espíritus que, según ella, «la perseguían», y no paraba de implorarme, llorando, que recibiera sus votos definitivos... Tenía que «escapar», decía, convencida de que sólo hallaría el reposo y la felicidad definitivos en el otro mundo. Yo abandoné el mundo en su momento, y, por lo tanto, podía entenderla, de manera que al fin hice lo que de mí solicitaba. ¿Cómo podía pensar, excelencia, que esta persona te iba a importar tanto? Todo era tan extraño que seguramente hubiésemos tenido que investigar un poco más, pero mi madre y mi hermana temían complicaciones si la historia llegaba a saberse, y preferimos callar durante meses...

En cuanto Kaoru se convenció de que Ukifune vivía, se sintió como un sonámbulo. Para evitar que el maestro percibiera cuan afectado estaba, luchó por contener las lágrimas. El pobre monje se reconocía culpable: nunca hubiese debido permitir que una dama en apariencia tan importante abandonara el mundo sin consultar con los suyos.

—Seguramente todo ha sido fruto de una vida anterior—dijo—. Esa vulnerabilidad a los malos espíritus es cosa del karma... ¡Con todo, debí pensar que pertenecía a una familia importante! ¿Cómo llegó a encontrarse en una situación tan desesperada?

—Digamos que es una prima lejana del propio emperador —declaró Kaoru—. La conozco, aunque no íntimamente. ¡Jamás pensé que le podía suceder algo tan horroroso! No podíamos explicarnos su desaparición, y circularon las teorías más peregrinas... Algunos llegaron a sugerir que se había arrojado al río... Al fin sé la verdad, y me satisface. Debo agradecerte cuanto has hecho, pues todo ha sido para bien. Si ha hecho los votos definitivos, conseguirá aligerar el peso de sus faltas para el otro mundo... Pero parece que su madre todavía la está llorando, y es mi deber informarla. Claro que, si lo hago, todos vuestros cuidados por ocultarla quedarán en nada. En cuanto se entere, acudirá a visitarla. Quizás esté pidiendo demasiado, pero ¿podría rogarte que me acompañaras a Ono? No puedo ignorar a la joven, puesto que sé la verdad, pero antes de dar un paso comprometedor desearía hablar con ella.

El maestro se hallaba ante un dilema difícil. Estaba claro que el general amaba a la joven, y, aunque había tomado el hábito de forma irrevocable, al hombre le constaba que a veces los ascetas y las monjas pueden albergar deseos no del todo puros... Si le llevaba al que seguramente fue su amante o quiso serlo, ¿no estaría sometiendo sin necesidad alguna a la religiosa a una prueba durísima de superar? O, peor aún: ¿no estaría invitándola a cometer una transgresión a sus votos?

—Lo siento —dijo al fin—, pero debo permanecer en estas montañas durante unos cuantos días más. A principios del mes que viene te enviaré una carta.

Kaoru lamentó su decisión, pero no quiso insistir. No le quedaba otro remedio que esperar, pensó, y empezó a prepararse para regresar a la capital. De todos modos, llamó al hermano menor de Ukifune que se había reservado como paje y traído consigo.

—Este muchacho es un pariente muy próximo de la dama —explicó al clérigo—. Deja que te pida que le confíes un mensaje dirigido a ella, si no

te importa. Por muy breve que sea. No hace falta que cites mi nombre, pero puedes advertirla de que alguien irá a visitarla en breve.

—Creo que obraría mal si hiciera lo que me pides —se defendió Sozu—. Cometería un pecado muy grave si te ayudara a acercarte a ella. Si insistes en hacerlo, sigue tu propio criterio y actúa bajo tu propia responsabilidad.

La respuesta del clérigo hizo sonreír al general.

—Tu respuesta me llena de vergüenza —dijo—. Aunque pueda parecer que todavía pertenezco a este mundo, lo cierto es que hace mucho tiempo que deseo abandonarlo, casi desde que era niño. Pero mi madre sólo me tiene a mí, y me resulta imposible ignorar este vínculo. En su día me dejé atrapar por la carrera política y cortesana y, poco a poco, he ido ascendiendo, aunque mis merecimientos no son muchos. Mucho me ha dolido no haber hecho hasta hoy lo que más anhelaba en esta vida, pero el tiempo ha ido pasando y estoy como tú me ves. He procurado que mis obligaciones más estrictas, aquéllas a las que de verdad no podía sustraerme, no interfirieran con lo que, a mi entender, Buda ordena o prohíbe, de manera que, en el fondo, me considero prácticamente un monje como tú. ¿Puedes imaginar que me arriesgue a cometer un pecado tan grave como el que insinúas siendo tan nimia la causa? De ningún modo. En este punto no debes albergar suspicacia alguna. Lo único que ocurre es que me da pena su madre (y sólo eso), y, puesto que yo sé la verdad, quiero compartirla con ella. Únicamente entonces me sentiré en paz conmigo mismo.

—Un deseo muy laudable —dijo el clérigo, inclinando la cabeza en señal de aprobación.

Estaba cayendo la noche, y Ono hubiese sido un lugar adecuado para pernoctar, pero Kaoru seguía temiendo que podía ser víctima de un error, de manera que partió a la ciudad. Mientras tanto, Sozu se había fijado en su paje, que le causó muy buena impresión.

—¿Por qué no dejas que le lleve una carta? —insistió Kaoru una vez más—. Una carta que la advierta de lo que le espera...

El maestro escribió la nota solicitada y, al ponerla en manos del chico, le dijo:

—Ven a visitarnos también tú de vez en cuando. No perderás el tiempo...

No poco sorprendido por el comentario, el paje partió con Kaoru. En cuanto llegaron al pie de la montaña, el general despidió a su escolta para no llamar la atención.

Los bosques de las montañas que rodeaban Ono estaban muy verdes, y, desde la galería, Ukifune los contemplaba en silencio. Sólo las luciérnagas que volaban por encima del arroyuelo del jardín le recordaban sus días en Uji. A lo lejos, vio desfilar gente con antorchas y se preguntó quiénes podían ser y a dónde se dirigían. También se oían voces lejanas que llamaron la atención de las monjas. La hermana de Sozu salió a la galería y se puso a escrutar el panorama:

—Ignoro quién es el personaje que viaja, pero se diría que lleva consigo una escolta más que regular... Cuando por la mañana enviamos las algas secas a su reverencia, mi hermano dijo que no podían haber llegado en mejor momento puesto que se hallaba con el general y quería obsequiarlo... ¿A qué general pudo referirse? ¿Quizás el que está casado con la Segunda Princesa?

La joven imaginaba quién debía de ser, y, entre las voces de los que pedían paso para la comitiva, creyó reconocer alguna que había resonado entre las montañas de Uji no tantos meses atrás... Pero ¿qué sentido tenía, después de todo lo ocurrido, ponerse a recordar? Decidió, pues, concentrarse en el nombre sagrado, y su silencio se hizo más tenaz y profundo de lo habitual.

Sólo los que viajaban a Yokawa mantenían Ono en contacto más o menos estrecho con el exterior. Aunque Kaoru hubiese deseado despachar la carta de Sozu inmediatamente, decidió esperar al siguiente día. De manera que, poco después del alba, envió al muchacho acompañado por dos o tres cortesanos de poco rango pero en los que confiaba plenamente y el miembro de la guardia que le había servido de mensajero cuando se comunicaba con Uji.

Estas son las instrucciones secretas que dio al paje:

—¿Supongo que te acuerdas lo suficiente de tu hermana muerta como para reconocerla? Yo me había resignado ya a la idea de que no se hallaba entre nosotros, pero parece que estaba en un error. De todos modos, es mejor que la gente no lo sepa, sobre todo los más cercanos a ella. Procura averiguar algo, pero no comentes nada a tu madre de momento. La noticia podría causarle una impresión excesiva, y hay que prepararla despacio. Si pongo tanto empeño en hallar a tu hermana, lo hago por tu madre.

El paje había llorado a Ukifune mucho más que sus hermanos, y se alegró mucho de lo que acababa de oír.

—Así lo haré, señor —respondió, tratando de contener las lágrimas.

A primera hora de la mañana había llegado al convento una carta de Sozu que decía:

«¿Vino ayer un paje con una nota de parte del general Kaoru? Decidle, por favor, a la dama que lamento infinitamente lo ocurrido, pues, enterado al fin de su vinculación con él, siento enormes remordimientos por haber recibido sus votos, aunque en aquel momento me parecía un acto piadoso. Tenemos que hablar de muchas cosas. Espero visitaros en los próximos días...»

Hecha una furia, la hermana del maestro llevó la carta a Ukifune, y la joven se sonrojó como nunca. Al fin todo llegaría a saberse, y la monja le echaría en cara con mucha razón su secretismo. ¿Qué iba a responder? Tal como esperaba, la religiosa se deshizo en reproches:

—¡Dime la verdad! Tu silencio es sumamente cruel... No hallo otra palabra para definirlo...

Aunque sólo sabía una parte de la verdad, estaba muy agitada. Súbitamente una voz gritó junto a la puerta:

—Un mensaje de la montaña... Un mensaje del maestro Sozu...

Confusa, la monja ordenó que hicieran pasar al segundo mensajero. Entonces apareció un jovencito muy guapo y bien vestido, y, habiéndosele ofrecido un cojín, se arrodilló junto a la persiana.

—Tengo órdenes de entregarla personalmente a su destinataria —dijo, mostrando una carta.

La hermana del maestro se la quitó de las manos, y leyó en voz alta: «A la joven que ha hecho votos hace poco.» Seguía la firma de Sozu y la expresión: «Desde la montaña.» En aquellas circunstancias, Ukifune no podía alegar que aquel mensaje iba dirigido a otra persona, pero ella se retiró al fondo de la estancia y se volvió de cara a la pared.

—Siempre has sido una buena chica, pero todo tiene un límite — declaró la monja, abrió la carta de su reverencia y la leyó también:

«El general vino a visitarme esta mañana y le hablé de ti, contándole todo lo que sabía desde el comienzo. No hace falta que diga que, cuando acepté tus votos y te animé a perseverar en tu vocación religiosa, jamás sospeché que había un vínculo afectivo tan poderoso entre ti y su excelencia el general Kaoru. De haberlo sabido, te hubiese dicho que el camino que habías decidido seguir no era el adecuado. Mientras sigas ligada al mundo por lazos «humanos», el modo de vida que has elegido, lejos de conducirte a la salvación, sólo puede acabar en desastre. Está escrito que el sólo hecho de haber sido monja durante un día o una noche confiere una incalculable cantidad de méritos, ^[329] y yo te aconsejo que te aproveches de ellos. En cuanto a la posibilidad de volver al estado secular, debes saber que no presenta dificultades insuperables. Hablaremos de ella cuando vaya a Ono. Mientras tanto, te envío a este muchacho para que te hable, y estoy seguro de que su punto de vista sobre todo ello coincide por completo con el mío.»

Aunque la carta no era en absoluto ambigua, estaba escrita con tanta habilidad que ningún extraño al asunto la habría entendido.

—¿Quién es este muchacho? —preguntó la monja—. ¿O he de seguir soportando tus secretos?

La joven miró a través de la persiana y descubrió a su hermano menor, precisamente aquél en quien tanto pensara durante aquella horrible última noche en Uji. De pequeño era un mocoso arrogante e impertinente, pero su madre lo prefería a todos los demás, y la había acompañado a Uji más de una vez. Con el tiempo había mejorado considerablemente, y se había llegado a aficionar mucho a él. En los últimos tiempos le habían llegado noticias de algunas personas vinculadas a su historia, pero nada sabía aún

de su madre. Se moría por preguntar sobre ella, y al fin se le presentaba una oportunidad. Y, sin embargo, en vez de preguntar se deshizo en lágrimas.

Era un mozuelo muy atractivo, y la monja creyó detectar un claro «aire de familia».

—Supongo que se trata de tu hermano... Vamos a hacerlo entrar... Estoy segura de que tiene muchas ganas de hablarte —dijo.

Ukifune se puso a temblar. El muchacho la tenía por muerta, y la idea de presentarse ante él, con el hábito gris y el pelo cortado, era más de lo que podía soportar. Dudó unos instantes, y luego dijo:

—No quisiera que pensara que lo he olvidado, pero me resulta imposible hablarle. Sé que, en su presencia, me hundiría y no sería capaz de pronunciar una sola palabra. Ya viste en qué condiciones me encontraba la noche en que me rescatasteis de la muerte. Estoy segura de que, aunque luego logré recobrarle no poco, mis sentidos no son los mismos de antes. De algún modo, noto que me han cambiado el alma... A menos que ocurra algo especial como el otro día cuando nos visitó tu sobrino, el gobernador, me resulta imposible recuperar detalles del pasado y vivo con la mente en blanco. Cuando él nos habló de la gente de la corte, creí atisbar vagos recuerdos de lugares y cosas que conocí en otro tiempo. Pero luego, en cuanto traté de ordenar aquellas sombras para sacar algo en claro, todo se desvaneció de mi mente por completo.

»Hay, sin embargo, una persona en la que no ceso de pensar desde que desperté de mi trance... alguien muy, muy querido, que me está llorando. [330] Pero estoy decidida a que el mundo no sepa de mi resurrección, y, aunque ver a este muchacho al que he amado desde pequeño, pueda tentarme a revelar la verdad, debo ser fuerte. Tal vez algún día, si esta persona sigue viviendo, le pediré que me visite. Pero el hombre de que habla el maestro y todos los demás deben seguir pensando que he muerto... Dile que se trata de un error, que no soy yo... Diles lo que quieras con tal de que se vayan...

—No resultará fácil... —dijo la monja—. Por muy clérigo que sea (y un auténtico santo por añadidura), mi hermano es un hombre muy listo, y no va a dejarse engañar. No podemos volver al engaño, cuando la verdad ya es

casi pública, y el hecho de que el general sea un hombre importante aún nos pone las cosas más difíciles.

Esta vez la religiosa no estaba dispuesta a dejar que su protegida se saliera con la suya, y, a su alrededor, un coro de monjas reforzaba sus palabras con reproches y expresiones de aliento. Se repetían que nunca habían conocido una criatura más obstinada. Pusieron un *kichó* en la sala principal e invitaron al muchacho a entrar. Aunque sabía perfectamente que se hallaba en presencia de su hermana, era casi un niño y no atinaba a empezar su discurso. Con los ojos clavados en el suelo, balbuceó:

—Tengo otra carta para ella. ^[331] Lo que dice el maestro es cierto... Y me aseguró que hablaría conmigo... ¿Por qué se muestra tan esquiva conmigo?

—Es ella, muchacho, puedes estar seguro —dijo la hermana de Sozu—. Y a ella van dirigidas esas cartas... ¡Qué chico tan guapo eres! Los testigos no acabamos de entender esta situación... Háblale tú. Aunque eres muy joven, por alguna razón te habrán elegido para venir...

—¿Qué quieres que diga si ella se niega a contestar? Me está tratando como a un extraño... No, no tengo nada más que decir. Pero el general me pidió que pusiera su carta en sus manos, y sólo en sus manos... Eso es lo que debo hacer.

El paje estaba convencido de que la forma que entreveía al otro lado de la cortina era su hermana. Se acercó cuanto pudo y deslizó la carta sobre el suelo al otro lado del *kichó*.

—En cuanto me des una respuesta, me iré...

La actitud de la joven lo había herido profundamente, y no estaba dispuesto a perder más tiempo con ella.

La monja abrió la carta y se la dio a Ukifune. Enseguida reconoció la escritura, y la fragancia excepcional que desprendía el papel provocó que alguna de las monjas estuviera a punto de desmayarse. Todas morían por conocer el contenido de la misiva. Decía así:

«Por deferencia al maestro Sozu, te perdono el paso precipitado que acabas de dar, aunque me parece injustificable, y no pienso volver a hablar de ello. En cuanto a mí, ni que decir tiene que estoy ansioso por oír de tus

propios labios la narración completa de lo ocurrido en esos días terribles... Pero mi corazón me dice que no estaría bien que volviéramos a encontrarnos... ¿Qué va a pensar la gente de mí?»

La carta incluía un poema:

«Pensando en hacerme guiar por un
maestro de la ley, mis pasos se extraviaron
entre las montañas. [332]

»¿Te acuerdas de este muchacho? Lo conservo a mi lado como prenda de nuestro amor...»

La carta era tierna, casi ardiente. A la vista de los detalles, Ukifune no podía pretender que iba dirigida a otra persona. Temía que Kaoru la visitara sin anunciarse, pues no quería que la viese con el hábito gris y los cabellos recortados... Incapaz de soportar tanta incertidumbre, se hundió, deshecha en llanto, ante la mirada dolorida de su protectora, que se sentía más impotente que nunca. ¡Qué criatura mes boba!

—¿Puedo esperar una respuesta? —preguntó al fin el paje.

—Sí, pero un poco más tarde —repuso Ukifune—. Ahora me siento demasiado confusa. ¡Todo ocurrió hace tanto tiempo! Algún día regresarán los recuerdos como un sueño, pero ahora no sé nada. Debo calmarme primero. Quizás entonces sea capaz de entender su carta y sepa qué decir. Pero no: es mejor que se la devuelvas. Seguramente sólo se trata de un error. No siento que vaya dirigida a mí.

Y, sin doblarla, la devolvió a la hermana de Sozu.

—¡Vamos, muchacha! —protestó la religiosa—. Eso es una grosería. Y si persistes en tu mala educación, deberías tener en cuenta que también nos desprestigia a nosotras... ¡Vamos a meternos en problemas terribles!

La joven temblaba como un azogado y al fin se echó boca abajo hundiendo la cara en sus mangas.

La monja salió al otro lado de la cortina para hablar con el muchacho.

—Debéis perdonarla —le confió—. Desde que la hallamos no ha vuelto a ser ella misma, y todo ha empeorado, si cabe, después de que hizo los votos. Seguro que la posee algún mal espíritu. La idea de que alguien pueda

verla con su atuendo de monja la descompone... Nos daba mucha pena a todos, aunque ignoráramos el origen de sus temores enfermizos... Lamentamos profundamente que, mientras nosotras no estábamos ocupando de ella, su excelencia el general se estuviese preguntando qué había sido de la muchacha. Pido a su excelencia que se abstenga de acudir... En los últimos tiempos su salud ha sido muy precaria, y parece más inestable de lo habitual... Lo cierto es que no se entera de lo que se le dice...

En este momento salió una novicia e invitó al muchacho a un refrigerio. En un lugar como aquel no era fácil servir viandas elaboradas, pero había que reconocer que las monjas se habían esforzado preparando una comida realmente apetitosa. Pero el muchacho había perdido el apetito.

—No sé qué diré cuando regrese —murmuró—. ¿No podríais conseguir que escribiera un par de líneas?

—Tienes toda la razón —dijo la monja, e insistió en que la joven compusiera alguna respuesta, pero todo fue en vano. Ukifune se había vuelto a encerrar en uno de sus mutismos insalvables.

—Yo, en tu lugar —dijo la monja al mensajero—, regresaría a la ciudad y le diría a tu señor que se encuentra muy mal. Estoy segura de que lo entenderá. Tampoco vivimos en los confines del mundo. Por más que soplen los vientos de la montaña, no nos separan de la ciudad obstáculos insuperables. No ha de faltarte ocasión de volver a visitarla.

No había más que hacer, y el paje empezó a sentirse ridículo. Muy triste por no haber podido intercambiar una sola palabra con su amada hermana, a la que tanto había llorado, se puso en camino hacia la capital.

Kaoru lo estaba esperando, haciéndose unas ilusiones que el relato del muchacho arruinó por completo. Mejor hubiera sido no hacer nada, se dijo. Y, sin embargo, la historia de que Ukifune se había hecho monja y apartado definitivamente del mundo seguía sin parecerle del todo creíble. Siempre le quedó la duda de si otro amante la había ocultado para él solo en Ono, del mismo modo que, en otro tiempo, él mismo la había escondido a los ojos del mundo en Uji, donde fuera a visitarla tan pocas veces.

FIN DE LA NOVELA DE GENJI

Quién es quién en el GENJI

[333]

Akashi, dama de (*Akashi no Ué*). Dama, hija de un clérigo excéntrico, que vive en el pueblo de Akashi junto al mar. Genji la conoce durante su exilio en Suma y acaba por convertirla en una de sus concubinas.

Akashi, princesa (*Akashi no Chugo*). Hija de Genji y de la dama de Akashi. La adopta Murasaki y se convertirá en emperatriz. Es la madre de Niou.

Akikonomu, dama, luego emperatriz (*Akikonomu Chugu*: «la que ama el otoño»). Hija del príncipe Zembo, hermano del emperador padre de Genji, y de la princesa Rokujo, primera amante del protagonista. Es elegida para el cargo de gran vestal de Ise, y se convierte en la emperatriz del emperador Reizei.

Aoi, dama (*Aoi no Ue*; de sentido dudoso: «acebo» según Morris, «vid acorazonada» —*Asarum caulescens*— según Seidensticker y «malva» según Sieffert.) Nos hemos inclinado por «acebo,» por ser planta fácilmente reconocible y tener para el lector occidental una clara connotación festiva, aunque de un carácter completamente distinto. Juntamente con el laurel (*katsura*) estaba íntimamente ligado al festival de Kamo y era homófono con dos palabras que, juntas, significaban «día del encuentro» (*au hi*), lo cual explica ciertos juegos de palabras del original que resultan intraducibles. La tradición literaria ha dado este nombre a la hija del

ministro de la izquierda y de la princesa Omiya, que será la primera esposa de Genji. Muere poco después de dar a luz a su hijo Yugiri.

Asagao, dama (*Asagao no Ue*: «dondiego de día»). Hija del príncipe Momozono y prima hermana de Genji, que la corteja en vano desde la adolescencia. Se convierte en gran vestal del santuario de Kamo. Reintegrada a la vida civil, acaba tomando el hábito. Muere soltera y sin descendencia.

Azechi (o *Azechi no Kimi*). Azafata joven de la Tercera Princesa, y amante ocasional de su hijo Kaoru.

Ateki. Hija de la nodriza de Tamakazura y hermana de Bugo no Suke.

Ben. Sirvienta de Fujitsubo.

Ben no Kimi. Azafata que sirve a las hijas del príncipe Hachi, y prima de Kojiju.

Bugo no Suke. Hijo mayor de la nodriza de Tamakazura.

Chunagon (no confundir con «Shonagon»). Dama de poca categoría o criada al servicio de Aoi por la que Genji siente una debilidad y con la cual se acuesta ocasionalmente.

Chujo. Nombre de varias criadas, entre ellas una de Utsusemi.

Emperador «de» Akashi. Hijo de Suzaku y de su consorte Shokyoden. Sucede al dimisionario Reizei. Casa con la hija de Genji y de la dama de Akashi, a la que designa emperatriz. Entre sus numerosos hijos están el príncipe Niou, protagonista masculino, junto con Kaoru, de «los libros de Uji» y la Segunda Princesa, que casará con Kaoru.

Emperador «de» Kiritsubo o Viejo Emperador. Padre de Genji. Su primera esposa es Kokiden, madre del emperador Suzaku. Entre sus segundas esposas o concubinas se cuentan Kiritsubo (de ahí el nombre con el que se le conoce), madre del héroe, y Fujitsubo, madre del futuro emperador Reizei. Abdica en el capítulo 9. Es hermano del difunto príncipe Zembo, padre de Akikonomu, y de la princesa Omiya, esposa del ministro de la izquierda y madre de Aoi.

Emperador Reizei. Hijo de Fujitsubo y de su hijastro Genji, aunque pasa por serlo del viejo emperador. Sucede a Suzaku en el trono imperial cuando

éste abdica. Tomará por esposa a Akikonomu, la hija de Rokujo. Le sucederá el emperador «de Akashi».

Emperador Suzaku (*Suzaku In*). Hermanastro del protagonista, hijo de su padre y de Kokiden, hija a su vez del ministro de la derecha. Sucede a su padre en el trono. Después de su abdicación toma el hábito. Padre de la Tercera Princesa, que casará con Genji, y de la princesa Ochiba (o Segunda Princesa), que casará primero con Kashiwagi y luego con Yugiri.

Fujitsubo, dama (*Fujitsubo no Nyogo*: «tiesto de glicinias», antes llamada Cuarta Princesa). Es elegida emperatriz por su consorte, el «viejo» emperador Kiritsubo, padre de Genji. Hija de un ex emperador. Madrastra y amante del protagonista, del cual concibe el príncipe Reizei, que será emperador y sucederá a Suzaku en el trono. Al final de su vida se hace monja.

Genji, príncipe (*Hikaru Genji*: «el príncipe resplandeciente»). Hijo del viejo emperador y de su concubina favorita, Kiritsubo. Protagonista de los primeros cuarenta y un libros de la novela.

En realidad, el nombre de Genji, no es, como ocurre con casi todos los nombres de personajes masculinos de cierta relevancia que aparecen en la obra, lo que nosotros entendemos por un nombre propio, sino un apelativo honorífico que se daba a los hijos e hijas de un emperador que no eran príncipes «de la sangre» (miya), y, por tanto, si eran varones, jamás se convertirían en herederos aparentes. Será el origen (gen) de una nueva línea (ji). Tiene la sucesión en el trono prohibida, pero se beneficia de unos emolumentos oficiales que puede legar a sus descendientes. Más aún, si consigue aliarse con los Fujiwara, puede llegar a hacer una carrera política brillante, cosa que tiene vetada al príncipe heredero. Por tanto, en puridad habría que llamar al protagonista «el Genji», pero los traductores lo evitan, y usan Genji en funciones de nombre propio (y hablan de «Prince Genji» (Waley) o de «Prinz Genji» (Benl), lo cual no deja de ser una redundancia que escandaliza al meticuloso Sieffert.

Glicinias, dama de las. Hija de un riquísimo ministro de la izquierda fallecido, al que ha heredado, consorte del emperador «de Akashi», y madre de la Segunda Princesa, prometida a Kaoru.

Hachi, príncipe (*Hachi no Miya*). Octavo hijo del «viejo» emperador, padre de Genji, y padre a su vez de Oigimi, Naka no Kimi y Ukifune.

Hanachirusato, dama (literalmente, «la aldea de las flores que caen» o «que se deshacen»: se trata, según resulta del contexto, de las flores del naranjo). Hermana menor de Reikeiden, concubina del «viejo emperador», con la que Genji tuvo algún tipo de relación que no se precisa. El protagonista la acoge en su palacio y la convierte en «tutora» de Yugiri.

Herederero Aparente (o «príncipe herederero»). Último herederero aparente que aparece en el relato, hijo del emperador Suzaku y de su consorte Shokyoden, hermana del general Hige-kuro. Sube al trono en el capítulo 35 y todavía reina cuando el libro acaba. La tradición no le ha reservado ninguna denominación especial. Su emperatriz será la hija de Genji y de la dama de Akashi. Tal vez habría que llamarle el «emperador «de» Akashi». Padre, entre otros, del príncipe Niou, la Primera Princesa, la Segunda Princesa y un largo etcétera.

Hige-kuro, príncipe y general (literalmente, «barba negra»). Hijo de un ministro de estado Fujiwara, y cuñado del emperador Suzaku. Está casado con una hermanastra de Murasaki, Makibashira, que se ha vuelto loca, de la que tiene una hija (Makibashira 2) y dos hijos varones. Tras separarse de Makibashira, toma a Tamakazura, hija de To no Chujo y de Yugao, como segunda esposa. De su primera unión tiene una hija y dos hijos y de su segundo matrimonio, dos hijas y un hijo (Jiju).

Himegimi. Hermanastra de Ukifune, hija de su madre y de su «legítimo» esposo, el gobernador de Hitachi.

Hitachi, gobernador de. Esposo de la madre de Ukifune, y padre de una numerosa prole.

Hotaru, príncipe (*Hotaru no Miya*, «luciérnaga»). Hermanastro y amigo íntimo de Genji, más joven que el protagonista. Su esposa principal es una hermana de la emperatriz Kokiden. Viudo, pretende sin éxito a Tamakazura. Contrae matrimonio con Makibashira 2, que, al enviudar de él, se casará con Kobai, segundo hijo de To no Chujo.

Hyobu, príncipe (*Hyobukyo no Miya*). Hermano de Fujitsubo y padre de Murasaki y de Makibashira.

Jardín de Glicinias, dama. Concubina o consorte secundaria del emperador Suzaku y madre de la Tercera Princesa.

JIJU. Nodriza de la Tercera Princesa y madre de Kojiju. El nombre aparece atribuido a otras criadas que aparecen a lo largo de la obra.

JIJU (2). Hijo menor de Tamakazura y Higeкуро, chambelán en la corte y amigo de Kaoru.

Kaoru, príncipe (literalmente, «fragancia» o «el capitán fragante»). Hijo de la Tercera Princesa, hija a su vez del emperador Suzaku, y de Kashiwagi, primogénito de To no Chujo, aunque oficialmente su padre es el esposo de su madre, Genji. Es el protagonista indiscutido de los diez últimos capítulos de la obra y, sin lugar a dudas, su personaje masculino más apasionante y moderno por lo complejo de su carácter. En esta última parte «representa» a la estirpe de To no Chujo, mientras que su amigo Niou representa a la de Genji, del cual es nieto a través de «la emperatriz de Akashi».

Kashiwagi («roble»). Hijo primogénito de To no Chujo. Esposo de la princesa Ochiba y amante esporádico de la Tercera Princesa, hijas ambas de Suzaku y, la última, esposa de Genji. Muere muy joven. Su viuda (la princesa Ochiba) se convierte en segunda consorte de Yugiri.

Ki no Kami. Hijo del gobernador de Iyo e hijastro de Utsusemi.

Kiritsubo, dama (*Kiritsubo no Koi*: «tieto de paulonias»). Concubina del «viejo emperador» y madre de Genji. Muere en el primer libro de la obra.

Kobai («ciruelo rojo»). Hijo de To no Chujo y, por tanto, hermano de Kashiwagi, muy admirado de adolescente por su hermosa voz. Con el tiempo será el segundo esposo de Makibashira 2, cuando ésta haya enviudado del príncipe Hotaru.

Kogimi. Hermano de Utsusemi, confidente y tal vez amante de Genji, en cuyo caso sería la única relación homosexual que aparece en la novela. Más tarde aparece como capitán de la guardia.

Kojiju. Prima de Ben no Kimi. Criada de la Tercera Princesa y confidente de Kashiwagi.

Kokiden (1), dama (*Kokiden no Ogisaki*). Hija del ministro de la derecha y consorte principal del «viejo emperador». Madre del emperador

Suzaku y hermana mayor de Oborozukiyo, amante de Genji.

Kokiden (2). Hija de To no Chujo, hermano de Aoi y cuñado de Genji, y de una hija del ministro de la derecha, es decir, se trata de una sobrina de la anterior Kokiden. Se casa siendo una niña todavía con el emperador Reizei, pero no logra convertirse en emperatriz, honor que recae al fin en la mucho más brillante Akikonomu.

Koremitsu. Hijo del ama de Genji, escudero y confidente del héroe. Una de sus hijas será amante de Yugiri.

Kosaisho, azafata. Dama de honor de la Primera Princesa (hija mayor de la emperatriz «de Akashi»), con la que Kaoru mantiene una relación intermitente.

Koshosho. Sobrina de la madre de la princesa Ochiba, en cuya casa vive.

Kumoi, dama (o *Kumoi no Kari*, «nube»). Hija de To no Chujo, hermano de Aoi y cuñado de Genji, y de una dama de la familia imperial con la que no llega a casarse. Educada por su abuela, la princesa Omiya, es compañera de juegos de Yugiri en el palacio de Sanjo. Ambos son de la misma edad y se enamoran. Con gran dolor del muchacho, su padre intenta separarlos porque quiere casar a su hija con el heredero aparente. Sin embargo, a pesar de la oposición paterna acabarán casándose. Su historia de amor es una de las más entrañables de la novela. Unos cuantos años más tarde Yugiri tomará a la princesa Ochiba, hija del emperador Suzaku y viuda de Kashiwagi, como segunda consorte.

Kurodo no Shosho, teniente. Hijo de Yugiri y de su esposa Kumoi, y pretendiente de la hija mayor de Tamakazura.

Makibashira (1), dama («pilar de ciprés», «pilar de cedro» o «pilar hermoso», según los diversos traductores). Hija del príncipe Hyobu y, por tanto, hermana de Murasaki, aunque nacida de otra madre. Es la esposa loca del general Hige-kuro, que en el curso de la novela tomará como segunda consorte a Tamakazura.

Makibashira (2). Hija de la anterior y de Hige-kuro. Por tanto, hijastra de Tamakazura. Casa primero con el príncipe Hotaru, hermano de Genji, y

luego, tras enviudar, con Kobai, hijo de To no Chujo. Protagoniza el breve episodio del «pilar de ciprés», uno de los más emotivos del libro.

Ministro de la derecha (Udaijin). Padre de Kokiden y de Oborozukiyo, y abuelo del emperador Suzaku. Con el tiempo Yugiri llegará a ocupar también este cargo.

Ministro de la izquierda (Sadaijin). Consorte de la princesa Omiya, hermana del «viejo emperador» y padre de Aoi y de To no Chuyo.

También Yugiri será promocionado a este cargo en la segunda parte del libro.

Los ministros de la derecha (Udaijin) y de la izquierda (Sadaijin) eran los dos cargos más importantes dentro de la administración del estado con arreglo al sistema llamado «de la Gran Reforma», tomado de China. El de la derecha era menos poderoso que el de la izquierda, aunque ambos tenían el mismo rango. Por encima de ellos sólo estaban el gran canciller (Daijodaijin) y el emperador. Sus nombres derivan del lugar en que se sentaban. A veces, entre ellos y el canciller se intercalaba una especie de «superministro» llamado ministro de palacio o del centro (Naidaijin). Este cargo no tenía estrictamente carácter oficial (tampoco lo tenía el del canciller), porque no estaba contemplado en el organigrama fijado por la «Gran Reforma», sino supernumerario, pero, en la práctica, funcionaba como un primer ministro y casi siempre estaba ocupado. Cuando Genji regresa de su exilio, es nombrado Naidaijin, pues los cargos de ministro de la derecha y de la izquierda están ya ocupados. To no Chujo será ministro del centro cuando Genji sea nombrado canciller, y canciller cuando Genji se retire con honores de emperador jubilado.

Momozono, príncipe. Hermano menor del «viejo» emperador, del príncipe Zembo, de Omiya y de la Quinta Princesa, y padre de Asagao, prima hermana de Genji.

Murasaki, dama (*Murasaki no Ue*: «lavanda» o «púrpura»). Hija del príncipe Hyobu —y, por tanto, sobrina de Fujitsubo— y de una concubina «ocasional», hija a su vez de un inspector imperial. A los catorce años se convierte en consorte de Genji, del que no tiene descendencia. A petición del protagonista, «adopta» a la hija de la dama de Akashi, futura emperatriz.

Su nombre deriva del color del vestido que lleva cuando Genji la encuentra por vez primera. Mujer excepcional, es la protagonista femenina indiscutible del libro hasta su muerte que precede en poco a la de Genji.

Naishi, dama (*Naishi no Ue*). Dama de la corte ya entrada en años, pero muy culta y rijosa que protagoniza un divertido episodio con el héroe y su cuñado To no Chujo. Su nombre procede de que, en tiempos, ostentó el cargo de intendente de la cámara imperial (*Naishi no Kami*), cargo que también desempeñan en la novela *Oborozukiyo* durante el reinado del emperador Suzaku y, más tarde, Tamakazura durante el de Reikei.

Naka no Kimi, princesa («la hija segunda»; Kozeri en Waley). Hija menor del príncipe Hachi, que se convierte en concubina oficial del príncipe Niou.

Niou, príncipe (literalmente, «perfume», o «su alteza perfumada» en algunas traducciones). Nieto de Genji, nacido de su hija «de Akashi» y el emperador, amigo y compañero de Kaoru, un año menor que él. Seductor impenitente, se relacionará, entre otras muchas mujeres, con la hija de Yugiri Roku no Kimi (que será su esposa principal), con Naka no Kimi (que será su concubina oficial) y con Ukifune (que será su amante efímera).

Oborozukiyo, dama (*Oborozukiyo no Kimi*: «noche del claro de luna brumoso»). Hija del ministro de la derecha, y hermana menor de Kokiden, esposa principal del «viejo» emperador. Será consorte del emperador Suzaku y amante de Genji. Su relación furtiva con el «príncipe resplandeciente» acaba de determinar la caída en desgracia del protagonista y su ulterior exilio a Suma. En la corte ostentará el cargo de intendente de la cámara imperial. No tiene descendencia y, tras la abdicación de su esposo, toma el hábito.

Ochiba, princesa (*Ochiba no Miya*, literalmente: «hojas que caen», también conocida como «la Segunda Princesa»). Segunda hija del emperador Suzaku y hermanastra de la Tercera Princesa, que casa con Genji. Contrae matrimonio con Kashiwagi, el primogénito de To no Chujo, y, a su muerte, se convierte en segunda consorte de Yugiri, con gran disgusto de su esposa Kumoi.

Oigimi, princesa («la hija mayor»; Agemaki en Waley). Hija mayor del príncipe Hachi y hermana de Naka no Kimi, amada por Kaoru. Muere joven.

Omi («la joven de Omi»). Hija de To no Chujo y de una mujer desconocida, educada en la provincia de Omi, reencuentra a su padre cuando éste, alertado por un sueño, está buscando a Tamakazura. Parlanchina e ignorante a más no poder, pero profundamente entrañable, es uno de los personajes más divertidos del libro y uno de los mayores aciertos de su autora.

Omiya, princesa (*Omiya no Chogu*). Hermana del «viejo» emperador y esposa del ministro de la izquierda. Madre de To no Chujo y de Aoi, primera esposa de Genji. Se encarga de la educación de Yugiri y de Kumoi, hija de To no Chujo.

Omyobu. Sirvienta de Fujitsubo y confidente de Genji.

Onna Ichi, princesa (*Onna Ichi no Miya*: «la princesa mayor»). Hija del emperador Reizei, amada por Niou.

Ono, monja de. Hermana del «maestro de monjes» Sozu, y protectora de Ukifune, a la que acoge en su convento después de su intento de suicidio.

Quinta princesa (*Onna Go no Miya*). Hermana parece que soltera del «viejo» emperador, de Omiya y de Momozono, y tía de Genji y de Asagao, en cuyo palacio vive.

Reikeiden, dama. Concubina del «viejo» emperador padre de Genji. Genji va a visitarla después de la muerte de su padre para recordar tiempos pasados. Hermana mayor de Hanachirusato.

Rokujo, dama (*Rokujo Miyasudokoro*). Viuda del príncipe Zembo, hermano del «viejo» emperador. Madre de Akikonomu y primera amante del protagonista, al que aventaja en siete años. Su nombre deriva del lugar en que vive: un palacio en la Sexta Avenida (*Roku-jo*). Inteligente, culta y refinada, pero apasionada y celosa hasta la enfermedad, es la culpable indirecta de las muertes de Yugao, de Aoi y, hasta cierto punto, de Murasaki.

Roku no Kimi, dama. Hija de Yugiri y de la hija de Koremit-su. Casa con el príncipe Niou.

Saisho (*Saisho no Kimi*). Ama de Yugiri, hijo de Genji y de Aoi, en el palacio de Sanjo.

Sakon. Oficial de la guardia imperial, que se promete con Ukifune, a la que luego abandona cuando se entera de que no es hija del gobernador de Hitachi, para casarse con otra.

Segunda princesa. Hija del emperador «de Akashi» y de una consorte secundaria, «la dama de las glicinias». Hermosa y muy rica, se convierte en la esposa legítima de Kaoru.

Shikibu no Yo. Funcionan del ministerio de los ritos. Participa en la famosa conversación sobre mujeres en una tarde de lluvia, que figura en el capítulo 2 del original (*El hahaki-gi*).

Shokyoden, dama. Consorte del emperador Suzaku y madre del heredero aparente que matrimoniará con la hija de la dama de Akashi.

shonagon (no confundir con «Chunagon»). Ama de Murasaki.

Shoni. Marido de la nodriza de Tamakazura, hija de Yugao y de To no Chujo. Padre de Bugo y de Ateki, entre otros.

Shosho, monja. Sirvienta de la hermana de Sozu, a la que acompaña cuando, después de la muerte de su hija, se hace monja y se retira al convento de Ono.

Sozu, «maestro de monjes» que vive en el monte Hiei (Yoka-wa). Hermano de la monja de Ono, protectora de Ukifune después de su intento de suicidio.

Suetsumuhana (literalmente, «flor del azafranillo»). Hija del difunto príncipe Hitachi. Su nombre deriva de su nariz, larga y roja como la flor del azafranillo o alazor. Genji se enamora de ella por equivocación, pero la protegerá toda su vida.

Tamakazura (literalmente, «diadema preciosa»). Hija de Yugao y de To no Chujo, perdida y reencontrada veinte años después. Deseada por casi todos por su excepcional belleza, empezando por el protagonista Genji, su hijo Yugiri y su hermano Hotaru, acaba casando con el general Hige-kuro,

cuñado de Murasaki por su primera consorte, Makibashira (1), al que dará dos hijas y un hijo (Jiju).

Tayu (1). Azafata de la corte imperial y confidente de Suetsumuhana.

Tayu (2). Hijo de Kobai y de Makibashira, amigo y confidente de Niou.

Tayu no Gen. Señor de la guerra de la provincia de Higo que pretende matrimoniar con Tamakazura por la fuerza mientras ésta se encuentra en Kushu con la familia de su nodriza.

Tercera princesa (conocida también como *Nyosan* o *Onna San no Miya*). Hija del emperador Suzaku y de una dama de poca monta conocida como Jardín de Glicinias. Contrae matrimonio con Genji y es violada por Kashiwagi, el hijo primogénito de To no Chujo. De esta unión esporádica nace Kaoru, que pasa por ser hijo de Genji y será el protagonista de la parte final del libro.

Tokikata. Escudero y servidor del príncipe Niou.

To no chujo (literalmente, «el capitán»). Hijo del ministro de la izquierda y de la princesa Omiya, hermana del «viejo» emperador. Hermano mayor de Aoi, primera esposa de Genji. Está casado con una hija del ministro de la derecha, de la que tiene, entre otros, una hija, Kokiden (2), que será consorte imperial. Amigo y rival del protagonista desde la adolescencia. Hombre extremadamente promiscuo y prolífico, es padre de Kashiwagi, de Kobai, de Omi y de un largo etcétera de hijos e hijas. De su relación esporádica con Yugao tiene una hija, Tamakazura. Capitán de la guardia imperial, es elevado por Genji a ministro del centro y luego a gran canciller.

De hecho, el nombre designa el cargo que el personaje tiene al empezar la novela y que suele traducirse por Capitán (o «Comandante») de la Guardia de Corps y Jefe de la Secretaria (Privada del emperador), y en buena lógica sólo le cuadra mientras lo ostenta. Sin embargo, la tradición literaria nipona se lo ha atribuido «con carácter vitalicio» para referirse a él incluso cuando ha escalado cargos muy superiores, como el de ministro del centro (Naidajin) o el de gran canciller (Daijodaijin), una vez más para escándalo de Siejfert.

Ukifune (literalmente, «bote a la deriva»). Hija ilegítima del príncipe Hachi, medio hermana de Oigimi, con la que tiene un gran parecido, y de Naka no Kimi, amada por Kaoru i Niou. Crece en casa del marido de su madre, gobernador de Hitachi, y recibe las atenciones del teniente Sakon, que la deja por su hermanastra Himegimi en cuanto se entera de su condición de ilegítima. Su frustrado suicidio y ulterior entrada en religión ponen fin al libro.

Ukon Sirvienta de Yugao que, a su muerte, pasa al servicio de Genji. Se trata de un nombre muy propio de criada, y a lo largo de la novela aparecen otras que se llaman del mismo modo. Destaca la que sirve a Ukifune.

Una no Kami. Oficial de la guardia. Participa en la famosa conversación sobre mujeres en una tarde de lluvia, que figura en el capítulo 2 del original (El *hahaki-gi*).

Utsusemi, dama (literalmente, «caparazón de cigarra»). Joven esposa del gobernador de Iyo, cortejada sin éxito por Genji. Su nombre deriva del chal de seda que pierde una noche huyendo de sus atenciones, y que Genji encuentra. Al quedar viuda, entra en religión y acaba sus días acogida por Genji.

yugao, dama (literalmente, «flor de luna»; en otras versiones, «bella de la noche» o «carita nocturna»). Dama de clase baja, vecina de la nodriza del protagonista. Ha sido amante de To no Chujo, del cual tiene una hija, Tamakazura, y lo será de Genji. Muere trágicamente por culpa de los celos de Rokujo.

yugiri (literalmente, «bruma del atardecer»). Hijo de Genji y de Aoi. Su padre encarga su educación a Hanachirusato. Se casa con Kumoi, hija de To no Chujo, tras vencer la oposición de su futuro suegro. Años después tomará a la princesa Ochiba como segunda consorte con gran pesar de su esposa. Es amante de una hija de Koremitsu, que también le da descendencia. Llega a ostentar el cargo de ministro de la izquierda.

Zembo, príncipe. Hermano mayor del «viejo emperador», marido de Rokujo y tío de Genji. Fallece antes de subir al trono.

Notas

[1] Del *Diario* de Murasaki, traducido por Richard Bowring.

[2] Murasaki-Shikibu, *Le Dit de Genji*, traducida al francés por Rene Sieffert. Primera parte (*Magnificence*), tomo i, Publications Orientalistes de France, París, 1978 (reed.1998), pág. 25.

[3] Miyeko Murase, *The Tale of Genji, legends and paintings*, The British Museum Press, Londres, 2001, pág. 4.

[4] En el budismo Mahayana se denominan *bodhisattvas* aquellos hombres que, tras varias vidas, han alcanzado la perfección, de modo que están maduros para romper la cadena de las reencarnaciones (*samsara*) y entrar en el *nirvana*, pero prefieren quedarse en este mundo para ayudar a los demás hombres a librarse de las ataduras terrestres.

[5] «Harto el diablo de carne, se metió a fraile», dice un viejo proverbio español que podría pasar por un comentario «cínico» a lo que estamos diciendo.

[6] En la actualidad los japoneses cultos siguen usando una mezcla de *kana* y *kanji*. Parece que un japonés de cultura universitaria conoce entre dos mil y cinco mil caracteres *kanji* (ideogramas). La razón de la supervivencia del *kanji* reside en que permite aclarar las homofonías (dos palabras que «suenan» exactamente igual pero que significan dos cosas absolutamente distintas), muy frecuentes en japonés. Véase el interesantísimo libro de Andrew Robinson, *Historia de la escritura*, Ediciones Destino, 1996, Barcelona, pág. 199 y siguientes.

[7] La crítica distingue dos tradiciones textuales distintas, remontando la primera, o versión «Kawachi», a la recopilada por el prefecto de Kawachi, Minamoto Mitsuyuki (1163-1235) y su hijo Chikayuki, y la segunda, o versión «Aobyoshi», a la hecha por el famoso poeta Fujiwara Teika (1162-1241).

[8] Ikeda Kikan, al que el traductor alemán de la obra Oscar Benl reconoce como su maestro indiscutible, es, sin lugar a dudas, el mayor especialista del tema del siglo xx, y su colección de estudios en ocho volúmenes, *Genji Morwgatari Taisei*, Tokyo, 1953-1958, el resumen de una vida tan intensa como fructífera dedicada a la obra de Murasaki y el *vademécum* imprescindible para cuantos quieran adentrarse en todos los recovecos de esta genial novela, y tengan la suerte de leer en japonés.

[9] George Bousquet (1875), en *Le voyage au Japon, Anthologie de textes/ranéais 1858-1908*, ed. Patrick Beillevaire, Editions Robert Laffont, s.a., Paris, 2001, pág. 723.

[10] Hearn, Lafcadio, *Japan: an Interpretation*, Macmillan, New York-London, 1904, pág. 14.

[11] Anthology of Japanese Literature, ed. Donald Keene, Penguin Classics, 1968 y 1978, págs. 74-76.

[12] He utilizado la primera edición en un solo volumen, Arthur Waley, *The Tale of Genji, A Novel in Six Parts by Lady Murasaki, Translated from the Japanese by...*, George Alien & Unwin Ltd., Londres, 1935.

[13] Lo sigue publicando José J. de Olañeta, Editor, «El Barquero», Palma de Mallorca, 1992,2000,2002 y 2004, entre otros libros de temática nipona como el famoso *Libro del Té*, de O. Kakuzo, o *El Bushido. El Alma del Japón*, de Inazo Nitobe.

[14] Por ejemplo: hemos procurado abreviar la denominación de los títulos y cargos de los funcionarios que aparecen en la historia (y son legión). Hablar, como hace Sieffert, del «Commandant Chef du Secrétariat» o del «Moyen Conseiller Surnuméraire», aunque seguramente sean traducciones muy fieles del original, queda de Japón de opereta, y, a la larga, fatiga mucho al lector.

[15] Arthur Waley lo hizo en seis en la primera traducción a una lengua occidental, el inglés, de la novela de Murasaki, publicada entre 1925 y 1933.

[16] Siguiendo a Waley, hemos prescindido de recoger el origen de todas y cada una de las citas y alusiones poéticas que son constantes en el relato (por regla general, las diversas antologías de la época), salvo cuando resultaba imprescindible para entender lo que Murasaki quiere decirnos. El lector «especialista» que quiera conocerlas, las encontrará en las traducciones de Benl, Seidensticker y Tyler. Sieffert es muy parco en notas.

[17] La televisión japonesa rodó en tiempos una gran serie sobre el Genji, pero no tenemos noticia de que se haya pasado en España. El director nipón Kosaburo Yoshimura rodó una película sobre el libro que se presentó en el Festival de Cannes de 1952, donde obtuvo los premios a las mejores fotografía y dirección artística. No la hemos visto.

[18] Sí se conocían, en cambio, la lucha llamada *sumo*, que no era practicada por los nobles sino por gigantescos montañeses (es decir, por plebeyos), y que, a falta de teatro, constituía un espectáculo ligado a determinadas fiestas religiosas, y el *sake*, que hombres y mujeres, empezando por la aristocracia más refinada, bebían en abundancia, puesto que en el Japón de entonces —como en el de ahora— nunca estuvo socialmente mal visto lo que los ingleses llaman eufemísticamente *intoxicaron*.

En cuanto al té, aunque ya era seguramente conocido y consumido en Japón en la época Heian, todo el culto filosófico-religioso que lo envuelve y que cristaliza en la famosa «ceremonia del té» es muy posterior (ss. XV-XVI) y va estrechamente ligado al desarrollo del pensamiento Zen.

[19] Morris, Ivan, *The world of the Shining Prince*. Lo utilizaremos profusamente en nuestras notas por tratarse del mejor libro que se ha escrito en occidente sobre el trasfondo de la novela que nos ocupa y lo haremos a partir de su traducción francesa, *La vie de cour dans VAnden Japon au temps du Prince Genji*, Gallimard, 1964, pág.134. Para aquellos que quieran profundizar en el tema, no dudamos en recomendarlo por su amplísima información y extraordinaria amenidad.

[20] En la obra original este diálogo —el más largo, con mucho, del libro— aparece en la primera mitad del capítulo 2 («El *hahaki-gi*»). Como sea que es opinión generalizada que, a pesar de su extraordinario interés porque esboza con suma claridad la «filosofía sobre la mujer» que determinará a lo largo de la crónica las relaciones de Genji y sus compañeros con el sexo opuesto, desde el punto de vista estructural desequilibra gravemente la narración, nos hemos tomado la libertad de cambiarlo de lugar y convertirlo en un prólogo. Creemos que la idea no es en absoluto disparatada: críticos eminentes lo han comparado al «primer tiempo de una sinfonía, en el que se exponen todos los temas principales» (Suematsu, Morris) y por norma el primer tiempo es el que abre la sinfonía. Para diferenciar este prólogo de los capítulos que lo seguirán y dotarlo de mayor agilidad, hemos optado por darle forma «teatral» o, mejor, de «diálogo filosófico» a la manera de los de Diderot.

[21] Una de las avenidas de la capital. De hecho, el sufijo *—jo* significa «avenida», y así se nos hablará de Ni-jo, Roku-jo, San-jo, etc.

[22] La más famosa poetisa de Japón, que vivió en el siglo IX. Sus poemas aparecen en la primera antología imperial conocida como *Kokin Shu*. Mujer galante, acabó tristemente. Su vida inspiró numerosas piezas de teatro No.

[23] Como la misma Murasaki Shikibu, autora de esta crónica.

[24] No aparece en el *Genji* referencia alguna a relaciones de tipo homosexual, a menos que se quiera ver en la relación pasajera entre el héroe y Kogimi, el hermano de Utsusemi, algo de este tipo, pero nos consta que el homoerotismo no era en absoluto desconocido en la época Heian. Cuando la autora quiere dar a entender que un hombre admira la belleza de otro o se siente atraído por ella, no deja de incluir esta salvedad específica: «si fuera mujer».

[25] Personaje legendario.

[26] Instrumento de origen chino que consiste en una especie de arpa horizontal con las cuerdas montadas sobre un soporte-caja de resonancia estrecho y alargado semejante a una mesita baja. Distinguese el koto chino, de trece cuerdas (excepcionalmente de siete), del japonés, que sólo tiene seis.

[27] Andando el tiempo Genji encontrará a esta damita, y se convertirá en su efímero amante. Se trata de la pobre Yugao: la «Margarita Gautier» de la historia. El «clavel silvestre» es su hija Tamakazura, que también hará vibrar el corazón de Genji.

[28] Creían los japoneses, pueblo en extremo supersticioso, como se verá, que la aparición de una araña anunciaba la visita de un ser querido.

[29] Trágica historia de amor ocurrida en China. El emperador Hsüan Tsung (713-762), habiendo sucumbido a los encantos de una mujer bellísima, llenó de cargos y favores a sus hermanos y familiares provocando el descontento general y finalmente un levantamiento militar, la rebelión de An Lu-shan. En el último momento, la bella concubina, que amaba mucho al emperador, le salvó la vida y el trono dejando a los rebeldes que la ahorcaran. El gran director de cine japonés Kenzo Mizoguchi rodó una bellísima película sobre el tema: *La emperatriz Yang-Kuei-Fe i*.

[30]La paulonia (*Pauloumia tormentosa*) —*kiri* en japonés— es un árbol de la familia de las escrofulariáceas, de hojas grandes y ovaladas y flores tubulares violáceas y negras. Su nombre científico fue el homenaje de un botánico a una princesa rusa.

[31] La cerimonia llamada del *hakama*.

[32] En tiempos de Murasaki había cundido la idea —por razones relacionadas con determinadas escuelas de pensamiento búdico que serían largas de explicar y no vienen al caso— de que el mundo había entrado en una «tercera» fase de decadencia.

[33] Marcamos con cursiva las citas poéticas ajenas.

[34] Es obvio que el emperador se refiere a Genji.

[35] Poema del chino Po Chu-I sobre las desventuras de Yang-Kuei-Fei.

[36] Las dos de la noche.

[37] Planta papilionácea de jardín con flores en grandes racimos originaria de China (*Glicine sinensis*). En japonés *fuji*.

[38] Las tres de la tarde.

[39] Arbol no identificado que se utilizaba para fabricar escobas. El nombre significa literalmente «árbol-escoba» (*broom-tree, arbre-balai*).

[40] Se trata de la conversación que aparece en el prólogo.

[41] Los japoneses llamaban así al planeta Saturno.

[42] *Chujo* es un nombre de mujer, pero también significa «capitán», que era el grado de Genji en la guardia imperial.

[43] Frase de dudosa interpretación. Algunos críticos han sugerido una eventual relación homosexual —la única que aparece en toda la obra— entre el hermano de Utsusemi y el protagonista. Se sabe que la homosexualidad era corriente en tiempos de Murasaki pero ni la autora del *Genji* ni su deslenguada rival Sei Shonagon hablan nunca explícitamente de ella, a diferencia de lo que ocurrirá en la literatura japonesa posterior. Véase I. Morris, *op. cit.*, pág. 299, n. 39.

[44] En aquel tiempo las damas niponas vestían a la usanza china. El kimono y la faja o cinturón que asociamos con ellas llegaron mucho después. Por eso, a diferencia de otros traductores, evitamos la palabra «kimono» y preferimos la de *uchiki*, pues así se denominaba en la época la prenda que, a guisa de chaquetón, cubría la túnica y las calzas.

[45] El «caparazón de la dama» es el chai perdido por Utsusemi. De ahí deriva el nombre que la tradición literaria ha elegido para la mujer del gobernador: Utsusemi quiere decir «el caparazón de la cigarra».

[46] Su nombre deriva del hecho de que su palacio se hallaba en la Sexta Avenida (Roku-jo).

[47] En el texto original no se explica de entrada quién es la princesa Rokujo, debiendo el desconcertado lector averiguarlo a través de referencias distribuidas a lo largo de los primeros nueve capítulos de la obra. Probablemente se trata de una laguna textual que hemos tratado de salvar mediante los dos párrafos anteriores de nuestra propia cosecha. El capítulo original empieza en el párrafo tercero.

[48] *Yugao* en japonés. Se trata de la *Lagenaria siceraria*, planta trepadora de la familia de las cucurbitáceas, de flores blancas y frutos parecidos a la calabaza. La traducción literal de *yugao* es «flor de luna» (Morris), aunque otros traductores han optado por *eveningface* («carita nocturna») o *belle-de-nuit* («bella de noche»).

[49] Buda. Así es denominado en Japón Amithaba Buda en el budismo llamado «de la Tierra Pura», una de sus formas más extendidas entre las clases populares en tiempos de Murasaki.

[50] Se trata de la *Caléndula officinalis*, en español «dondiego de día».

[51] *Kwannon* (*Kuan-ji* en chino) es una versión femenina del *bodhisattva* de la misericordia *Avalokiteshvara*, que fue muy popular y adorada en todo el mundo búdico y, especialmente, en China y Japón. Su culto recuerda mucho el de la Virgen María entre los católicos.

[52] El de Buda Amida.

[53] Debida a su contacto con un cadáver.

[54] El encuentro de Genji con la hija de Yugao (Tamakazura) se producirá diecinueve años después, y será el tema principal de los últimos doce capítulos de esta primera parte.

[55] Referencia al canto de la cigarra.

[56] Según las enseñanzas del *Abhidharma Kosa Sastra*, el espíritu de los muertos «vive» una vida extraña durante cuarenta y nueve días a contar desde su fallecimiento, y en el quincuagésimo se reencarna.

[57] Rokujo.

[58] Se trata de «la dama de Akashi». Unos cuantos años más tarde, durante su exilio, Genji la conocerá y tendrá una hija de ella. Murasaki lo cuenta en el capítulo 13 («La dama de Akashi»).

[59] El budismo es muy respetuoso con los animales, pues pueden contener un alma humana dentro del ciclo del *samsara* o de las reencarnaciones.

[60] Rokujo.

[61] Murasaki calla discretamente en qué consistieron exactamente estas atenciones.

[62] Obsérvese que los héroes de Murasaki son, por regla general, pusilánimes y muy dados al llanto. En este sentido, tienen un lejano parentesco con los que ofrece el decadentismo europeo de mediados del XIX (pensamos en Poe, Baudelaire, Swinburne, Huysmans, Wilde, o, incluso, en el protagonista de la *Recherche*). La enérgica virilidad que ha solido caracterizar a los héroes de la literatura occidental desde Teseo, Ulises, Lanzarote, Amadís, Orlando, Tom Jones, D'Artagnan, Jean Valjean, los *cowboys* del Lejano Oeste o los detectives de la novela negra americana, no estaba de moda en el mundo de Genji. La joven Tamakazura se sentirá repelida por uno de sus pretendientes, todo un príncipe, porque es velludo y lleva barba. El «hombre de moda» de la corte Heian era un dandy de cara redonda, lampiña y afeminada, boca pequeña, tez blanca (se empolvaban) y manos delicadas que confeccionaba su propio perfume para que sus ropas tuvieran un olor irrepetible y componía poemas sobre los cerezos en flor. Nada que ver, pues, con los duros y violentos samurais del período Edo que encontramos dando sablazos o rajándose el vientre por un prurito de honor en las películas de Akira Kurosawa.

[63] Seguramente se refiere a la de Rokujo.

[64] Murasaki quiere decir «espliego» o «lavanda». Es la *Lavandula angustifolia*, planta herbácea de cuyas raíces se extrae un tinte rojizo. También se utiliza en perfumería. Recuérdese que la niña llevaba un *uchiki* de color púrpura cuando Genji la vio por primera vez.

[65] Genji se refiere seguramente a hijas de su servidumbre que vivían en la mansión.

[66] Alusión obvia a Fujitsubo (la hierba prohibida) y Murasaki (la hierba húmeda de rocío de Musashi), que son tía y sobrina.

[67] Sirva este párrafo de ejemplo de la importancia que en el Japón Heian se atribuía a la caligrafía, una de las tres artes —las otras dos eran la poesía y la música— que toda persona «de calidad» que se preciase debía dominar si no quería hacer el ridículo en sociedad.

[68] Referencia al palacio imperial.

[69] Se trata de la hija secreta de To no Chujo y de Yugao.

[70] Se trata del *kichó*, mueble del que hemos hablado al tratar de las casas y palacios de la nobleza Heian.

[71] Los maestros del Zen tocaban una campanita para ordenar a sus discípulos que se pusieran a meditar en silencio.

[72] El azafranillo o alazor (*Carthamus tinctórius*) es una planta espinosa de cuyas flores se extrae un tinte rojizo. Sus semillas se dan a las aves para cebarlas.

[73] Parece que esta canción aludía también a una mujer afeada por una nariz muy roja.

[74] Genji parafrasea (y, de hecho, invierte) un poema muy popular en la época que decía: *«Antes no nos separaba ni el grueso del tejido de una túnica. /¿Quieres que ahora nos separen noches y más noches?»*

[75] Se trata de una comparsa de cortesanos llamada *Otokotoka* que visitaba los palacios y cantaba en cada uno de ellos canciones festivas.

[76] Prácticas habituales entre las mujeres de la aristocracia Heian. Se depilaban las cejas y se pintaban dos manchas más o menos rectangulares sobre los ojos. También se teñían los dientes de negro. Esta última costumbre (inexplicable para un occidental) acabó por extenderse a todas las mujeres japonesas, pero sólo a partir de que contraían matrimonio. En épocas posteriores y, como sea que en Japón muchas mujeres fumaban en pipa, tal vez servía para disimular los estragos que el tabaco causaba en sus dentaduras.

[77] Cuando Heichu iba a visitar a su amada, solía salpicarse las mejillas con agua para hacerle creer que había estado llorando. La dama lo puso en evidencia mezclando tinta negra con el agua del jarrón que el joven utilizaba para su truco.

[78] Basta leer este párrafo para entender que, con la corte y sus altos funcionarios consagrados por entero a la cultura del ocio, hubieron de ser los avispados e industriosos Fujiwara quienes se hiciesen cargo del gobierno del país.

[79] Otra concubina del emperador.

[80] Rito que se celebraba la noche anterior al año nuevo, es decir, la noche del último día del mes duodécimo. En su versión oficial, era tutelado por los funcionarios del Ministerio de Asuntos Centrales junto con los maestros del Yin-Yang, y consistía en un exorcismo muy complejo. Lo ejecutaba un chambelán, disfrazado con una máscara de oro y una falda roja, que recorría el palacio imperial seguido por veinte asistentes haciendo vibrar la cuerda de su arco, lanzando flechas al aire y golpeando un escudo para echar a los malos espíritus. No obstante, en las casas particulares también se reproducía el exorcismo con medios más modestos.

[81] Es decir, era una Fujiwara.

[82] Seguramente se está refiriendo a la princesa Rokujo, aunque también podría tratarse de su esposa Aoi.

[83] El mero hecho de ser esposa del emperador no confería automáticamente el título de emperatriz. Téngase en cuenta que los emperadores Heian tenían pluralidad de esposas. Por ello era práctica habitual que el emperador designase a una de ellas —no necesariamente la «primera esposa»— emperatriz en el momento que estimara oportuno, en este caso poco antes de abdicar. Esta designación iba a permitir a Fujitsubo mantener una pequeña corte imperial después de la abdicación de su esposo.

[84] Y no de la familia Fujiwara, que era la que *de facto* detentaba el poder. Véase la nota sobre «Quién mandaba realmente en el Japón Heian».

[85] Hearn, L., *op. cit.*, pág. 79.

[86]. *Op.cit.*, pág. 202.

[87] Se trata, efectivamente, de la quinta hija del ministro, Oborozukiyo («Claro de luna brumoso»), hermana pequeña de Kokiden, destinada por la familia a convertirse en consorte imperial. La relación a que da lugar esta aventura resultará fatal para Genji, y acabará provocando su destierro.

[88] Aunque, como regla general, los nobles Heian hacían las dos comidas principales del día a las diez de la mañana y a las cuatro de la tarde, lo cierto es que no existían horas preestablecidas para comer o acostarse. Esa irregularidad de los horarios otorgaba un aspecto amorfo a los días. Genji y sus amigos se iban a dormir cuando estaban cansados y tenían sueño, con total independencia de la hora que fuese.

[89] Uno de los pocos deportes populares entre la aristocracia Heian, una sociedad, por otro lado, muy poco «deportiva». También practicaban ejercicio con la hípica, la caza menor y un juego de pelota que recuerda vagamente el fútbol.

[90] Alusión al palacio del ministro de la derecha, padre de la muchacha, en el que se acaba de celebrar un campeonato de tiro con arco.

[91] Se trata del emperador Suzaku, hijo de Kokiden y hermanastro de Genji.

[92] El gran santuario *shintō* de Ise era el equivalente del Vaticano o de la Meca en Japón. Cuando el día primero del año se celebraba el ritual del «Homenaje a los cuatro puntos cardinales», el emperador salía al jardín del palacio imperial y se arrodillaba de cara al santuario de Ise para proceder a las oraciones y las prácticas rituales.

[93] Recuérdese que Rokujo tenía siete años más que Genji, de modo que, si en este capítulo el príncipe ronda los veintidós años, Rokujo tiene veintinueve.

[94] Santuario *shinto* cercano a Heian Kyo, ciudad que lindaba por el este con el río Kamo. Allí se celebraba a principios del segundo mes el Festival de Primavera para obtener buenas cosechas, y en el cuarto, el fastuosísimo Festival de Kamo, con procesiones y danzas.

[95] Tirados por bueyes, que el caballo no era animal «de tiro» en el Japón Heian, como ya se ha dicho.

[96] También conocido como Momozono. Se trata del padre de Asagao.

[97] El episodio de los carruajes tiene lugar el día de la purificación o de las lustraciones, preparatorio del festival de Kamo, el más importante del año. El verdadero festival (*matsuri*) se celebraba unos cuantos días después. En el curso del mismo, los participantes, adornados con guirnaldas de laurel y acebo, escoltaban a la gran vestal al santuario del alto Kamo, donde se representaban antiguas danzas sagradas, y luego, de regreso en palacio, se servía un gran banquete que ponía punto final a la fiesta.

[98] Recuérdese la nota sobre las supersticiones en el Japón Heian. Había días «fastos» para cortarse el pelo o las uñas y otros «nefastos».

[99] Referencia a Aoi, esposa de Genji.

[100] Como el fruto hermoso pero incomedible del acebo. De ahí que la tradición literaria haya designado con el nombre de *Aoi* (acebo) a la esposa de Genji: al igual que las bayas de esta planta, la mujer del príncipe es, a juicio de la anciana celosa, muy bella pero de amargo sabor. Debe advertirse que todos estos poemas juegan con la homofonía de las voces *aoi* y *ao-hi*, que pueden significar «flor del encuentro» (Benl), «acebo» (Morris), «malva» (Sieffert) o «viña silvestre» (Waley, Seidensticker). Por fuerza resultan muy ambiguos pues cada traductor los entiende a su manera.

[101] Téngase en cuenta que la gran vestal de Ise es una sacerdotisa shinto y, por lo tanto, no pueden celebrarse ritos budistas cerca de ella.

[102] Entiéndase «mis problemas son mucho mayores que los tuyos».

[103] Este desdoblamiento fatal de Rokujo, contra el que no puede luchar, entre una personalidad «buena» y otra «maligna» recordará forzosamente al lector occidental el «extraño caso» del doctor Jeckyll y mister Hyde que escribió R. L. Stevenson nueve siglos más tarde.

[104] El luto de las mujeres era más riguroso que el de los hombres.

[105] Cuando una tela se moja, adquiere un tono más oscuro.

[106] Referencia al hijo de Genji y Aoi, Yugiri.

[107] En este momento de la historia Murasaki tiene ya catorce o quince años y Genji veintiuno o veintidós.

[108] En el día del Puercoespín del décimo mes era costumbre comer unas pastas o pastelillos especiales de siete clases diferentes para asegurarse buena salud y prosperidad, pues este animal era un símbolo de fertilidad y de potencia.

[109] Es decir, sólo quiere tres pastelillos. El diálogo está lleno de referencias a una antigua tradición nupcial: tres días después de la consumación del matrimonio, el marido comía tres pastelillos dedicados a la pareja divina Izanagi e Izanami (los Adán y Eva de la mitología japonesa). Genji se esfuerza por dar a su unión un tanto precipitada con Murasaki el carácter de un matrimonio formal.

[110] Oscar Benl se refiere a la hija de Rokujo como Saigu, y sólo le da el nombre de Akikonomu («la dama que ama el otoño») cuando se convierte en emperatriz en el capítulo 21. Nosotros, siguiendo a otros traductores, unificamos su denominación para facilitar la lectura.

[111] Se trata del Sakaki, variedad de la familia de las camelias.

[112] El río Katsura discurre por el oeste de la capital, mientras que el Kamo lo hace por el este.

[113] Era su sobrina, hija de su hermano el difunto príncipe Zembo.

[114] El incorregible Genji empieza a pensar en la posibilidad de una *liaison* con Akikonomu, la hija de su amante Rokujo. Las grandes vestales de Ise solían cambiar con la subida al trono de un nuevo emperador.

[115] Zembo, su difunto marido, era el primogénito y el heredero aparente cuando se casó con ella. Su muerte prematura impidió que subiera al trono.

[116] Río de Ise.

[117] Osaka quiere decir «Colina de los Encuentros».

[118] El futuro emperador Reizei, hijo de Fujitsubo y de Genji.

[119] Los Fujiwara.

[120] Se refiere a su padre, el ex emperador.

[121] También la vieja lujuriosa Naishi parece haber ostentado en tiempos este cargo, pues su nombre, Naishi, quiere decir «intendente».

[122] Es decir, sobre las cuatro de la madrugada.

[123] Se refiere a Fujitsubo sin nombrarla.

[124] El arte de la caligrafía, tan apreciado en la época Heian, igual que el de vestirse y perfumarse con elegancia y gusto, estaba sujeto a continuas modas que cambiaban con el paso de los años. Genji viene a decirnos que Fujitsubo no escribe con arreglo a «la última moda», pero que lo hace muy bien.

[125] En japonés la palabra «pescador» (*ama*) suena igual que «monja». Genji está jugando con la homofonía de ambos términos.

[126] Se refiere al propio Genji.

[127] *Op.rít.*, pág. 179.

[128]. *Op. cif.*, pág. 178.

[129] Una vez más se reproduce lo que el poeta latino Ovidio formuló magistralmente: *Donec eris felix, multos numerabis amicos. Témpera si fuerint nubila, solus eris.* Es decir, a pesar de sus encantos personales, Genji, caído en desgracia, ya no interesa a algunas damas.

[130] Antiguas danzas cortesanas, quizás importadas de China, que se bailaban en determinadas ceremonias del palacio imperial.

[131].I. Morris, *op. cit.*, pág. 29.

[132] Suma dista unos cien kilómetros de Heian.

[133] Genji evoca el humo de la hoguera cuando tuvo lugar la incineración de Aoi.

[134] Haber engendrado el heredero aparente.

[135] Apenas unos cien kilómetros. En aquellos tiempos jamás hubiesen podido ser recorridos en un día, pero seguramente Murasaki no dio importancia al detalle. Otros sostienen que Genji «hizo noche» en Naniwa (la actual Osaka) aunque no resulte del texto.

[136] Efectivamente. Procede de los famosos *Cuentos de Ise*, 7, y dice así:«*Es tanta mi añoranza por lo que dejo tras de mí,/Que envidio a las olas que regresan al punto del que partieron.*»

[137] Conocemos la historia de este personaje a través de una pieza de teatro No muy posterior, obra de Kwanami, luego revisada por el célebre Seami. Se trata de *Matsukaze*. En ella se nos habla de un noble, Yukihiro, exiliado a la costa de Suma, en donde trabó amistad con dos pescadoras, Matsukaze y Murasame, a las que ayudaba a llevar los cubos de agua marina desde la costa al horno de sal. Dejó un par de poemas sobre sus experiencias en el lugar que se hicieron famosos. La pieza No tiene lugar años después de la muerte de los tres personajes, y está protagonizada, como es habitual en este tipo de teatro, por los espíritus de las dos muchachas que, prisioneras dentro de un pino, serán liberadas de sus ataduras terrenales gracias a las oraciones de un sacerdote itinerante. (Véase Arthur Waley, *The No Plays of Japan*, Unwin Paperbacks, London Sydney Wellington, 1988, pág. 268 y ss.)

[138] Actitud ciertamente excepcional entre la nobleza Heian.

[139] Referencia a la práctica de obtener sal hirviendo agua de mar.

[140] Las muertes de Yugao y de Aoi a causa de los celos desaforados de la princesa, pero que se producen con independencia de su voluntad.

[141] De las cuatro islas más grandes del archipiélago japonés, Kyushu (o Tsukushi, que es su nombre antiguo y el que utiliza Waley) es la que se encuentra en el extremo suroeste. Le siguen, en dirección noreste, Shikoku, Honshu, la más importante, en donde están Tokyo y Kyoto (la antigua Heian), y Hokkaido, muy conocida hoy por el centro de deportes de invierno de Sapporo, que fue sede olímpica.

[142] Se habla ya de ellos en el capítulo quinto, *Murasaki*.

[143] Es decir, le encontraría un esposo.

[144] El famoso *zesho*: biombo o cortina con un pino pintado que servía de telón de fondo a las ceremonias sagradas. Andando el tiempo, pasará a ser el decorado típico de las piezas de teatro No.

[145] Los interesados en la poesía de Japón pueden encontrar una buena antología de ella en la obra, editada por Donald Keene, *Anthology of Japanese Literature to the Nineteenth Century*, Penguin Books (Penguin Classics), 1978.

[146] Es decir, una manifestación de Buda.

[147] De Buda.

[148] Se trata indudablemente de una cita poética.

[149] En realidad de Genji.

[150] La «cuerda de en medio» no cambia nunca de afinación, mientras que las demás admiten diversas afinaciones.

[151] El poema, de Ukon, en la antología *Shun-Shu*, sigue diciendo: *Quien debe preocuparse es el que juró fidelidad de por vida*. Por lo tanto, su observación conlleva un claro reproche elegantemente expresado.

[152] Referencia a una vieja leyenda, según la cual los dioses Izanagi e Isanami (los equivalentes de Adán y Eva del Japón) tuvieron un hijo con forma de sanguijuela, al cual, comoquiera que pasados tres años no era capaz de tenerse en pie, arrojaron al mar en una barca.

[153] «Proust: the True Persuasion of Sexual Jealousy», en Harold Bloom, *The Western Canon*, MacMillan, 1995, pág. 395 y ss.

[154].1. Morris, *op. cit.*, pág. 216.

[155] Todo ello queda maravillosamente plasmado en la película *La linterna roja*, del chino ZhangYimou, que, aunque ambientada en la China de comienzos del siglo XX, resulta perfectamente extrapolable al mundo de Genji. No se olvide que la práctica poligínica llegó a Japón, como tantas otras cosas, de su vecina y «maestra» China.

[156]. El día cinco del quinto mes era el día en que se celebraba el Festival de los Iris. De ahí el sentido del poema que seguirá.

[157] Resulta una prueba más del gusto de los japoneses por lo alusivo el hecho de que estas humildes «boyas» hayan servido para dar título a este libro (*miotsukushi*). Se ha dicho que aquí la alusión podría ser doble: igual que las boyas flotan en el agua sin hundirse, el amor de Genji por la dama de Akashi sobrevive a las nuevas circunstancias, y así como las boyas sirven para que los barcos que entran en el estrecho se orienten y no embarranquen, Genji será el guía de la dama en esta nueva etapa de su vida.

[158] Única referencia en toda la novela a *le plus vieux métier du monde*

[159] Un santuario shintoísta.

[160] En este momento de la historia el emperador Reizei tiene diez u once años y Akikonomu dieciocho o diecinueve. La diferencia de edades es, pues, muy notable.

[162] La anticuada Suetsumuhana sólo acepta el shintoísmo, y todo lo relacionado con el budismo le produce horror.

[163] No se olvide que Murasaki pertenecía a esta clase.

[164] Murasaki.

[165] Se refiere al vínculo que la unía a Jiju.

[166] Es decir: nunca dejará de pensar en su señora.

[167] Se asocia a Hanachirusato.

[168] Se refiere al lago de Biwa.

[169] Se refiere al vicegobernador de Hitachi y esposo de Utsusemi.

[170] Trece años.

[171] Se trata de la hija de To no Chujo, cuñado de Genji, y de una hija del ministro de la derecha. Es, por tanto, sobrina de la Kokiden viuda del viejo emperador y madrastra de Genji.

[172] Todas ellas damas de la corte que no vuelven a aparecer en la obra.

[173] Vieja leyenda del siglo IX, en la cual un anciano matrimonio sin hijos encuentra una hadita dentro de una caña de bambú, la adopta y crece en su casa. Atraídos por su belleza, son muchos los que aspiran a su mano, y ella los pone a prueba hasta que un día, muertos sus padres «humanos», desaparece regresando al cielo del que procedía.

[174] Se refieren a dos pretendientes que aparecen en la leyenda y a las pruebas que la princesita les propone.

[175] Artistas del siglo x.

[176] Se trata de otra leyenda antigua: durante un viaje de Japón a China, el héroe naufraga y va a parar a las costas de Persia. Allí encuentra una cítara mágica que lo convierte en un músico apreciadísimo tanto en la corte de Japón como en la de China.

[177] Artistas de la segunda mitad del siglo X.

[178] Una colección de breves historias de amor escritas alrededor de uno o más poemas.

[179] Historia de amor protagonizada por Jo-zammi y Hyoe no Ogimi.

[180] Héroe de *Los cuentos de Ise*.

[181] Nieto del famoso Kose no Kanaoka. «Floruit» alrededor de 960.

[182] Se refiere al palacio imperial.

[183] Piénsese que, siendo la mayor parte de las pinturas expuestas rollos, para su adecuada contemplación había que irlos desplegando o desenrollando por un lado mientras iban siendo simultáneamente enrollados por el otro. Es decir: pasaban delante de los ojos del espectador como una «película» y lateralmente.

[184] Se refiere a su hija.

[185] Piénsese, sin ir más lejos, en la leyenda del cortador de bambúes y la princesita-luna, que aparece en el capítulo anterior.

[186] Entre las siete y las ocho de la mañana.

[187] Vieja leyenda china en la que un leñador, viendo jugar al ajedrez a dos eremitas, pierde la noción del tiempo. Cuando el juego termina, él cree que ha durado unos minutos cuando en realidad ha durado tantos años que el mango de su hacha está cubierto de hojas.

[188] El Oi era un afluente del Katsura, el río que se encontraba en la parte occidental de Heian.

[189] Se trata de pescadores que pescan mediante cormoranes adiestrados como en una cetrería marina.

[190] Juego de palabras: *katsura* quiere decir «laurel» y, según una leyenda japonesa, el laurel es una planta que crece en la luna.

[191] Cancioncilla obscena muy popular en la época. Murasaki Shikibu estaba al corriente de todo.

[192] Se trata del *mogi*, ceremonia en la que las niñas recibían su primera túnica.

[193] Referencia a la leyenda de las estrellas llamadas la Tejedora (o, en Japón, «la princesa Tanabata») y el Boyero que, aunque se aman, sólo coinciden en el cielo una vez al año, justamente el día siete del mes séptimo.

[194] Genji quiere casarla con el «heredero aparente» en cuanto el joven emperador Reizei sea padre de un varón.

[195] Ya se ha explicado que, dada la paupérrima calefacción de las habitaciones japoneses, limitada a un brasero, los hombres y las mujeres se calentaban acumulando *uchikis* sobre sus túnicas.

[196] Los niños llevaban la cabeza rapada. Ahora los cabellos ya le llegaban a los hombros.

[197] Los «niños celestiales» eran unos amuletos apotropaicos en forma de muñeca que tenían la virtud de atraer sobre sus cabezas los males que hubiesen tenido que recaer sobre la criatura protegida.

[198] Canción popular que reproduce el diálogo entre un hombre y su esposa:

Él: *Deten la barca, niña bonita./Tengo que remar hasta una isla/donde tengo un campo de veinte acres que sembrar,/pero mañana regresaré.*

Ella: *Dices que mañana regresarás./Pero allí te espera una mujer./Mañana no regresarás./ No, mañana no regresarás.*

[199] Ya se ha dicho que los japoneses —como los chinos, los romanos o los escoceses— eran profundamente supersticiosos.

[200] Y que se explican en el capítulo 8 («La fiesta de los cerezos en flor»), de la primera parte.

[201] Cita de un poema que no se ha identificado.

[202] Se trata, lógicamente, de Fujitsubo.

[203] Se trata de Hanachirusato.

[204] Es decir: Genji pretende que si Akikonomu da un hijo varón al emperador, procure que se case con la hija de Genji y la dama de Akashi.

[205] *Akikonomu* quiere decir «la que ama el otoño».

[206] *Asagao* quiere decir «dondiego de día». Obsérvese cuantas damas de la obra —Kiritsubo, Fujitsubo, Asagao, Hanachirusato, Aoi, Murasaki— llevan nombres (impuestos por la tradición, que no por la autora) que son referencias a flores o plantas.

[207] Para no ser sorprendido por Murasaki.

[208] Genji tiene sólo treinta y dos años.

[209] Asagao es budista y el santuario de Kamo, shintoísta, de modo que mientras fue su sacerdotisa por imposición del emperador, estuvo actuando en contra de su verdadera fe.

[210] En el festival de Kamo las mujeres se adornaban con guirnaldas de laurel y acebo.

[211] Obsérvese que en Japón de todo se hacía una ceremonia.

[212] Personaje desconocido que no vuelve a aparecer en la obra.

[213] Tal como se ha dicho, en la corte Heian las bellas artes formaban parte esencial de la vida cotidiana y los artistas (poetas, pintores, músicos) eran adorados como semidioses mientras que, a diferencia de lo que ocurría en la mucho más seria China, los eruditos y científicos eran despreciados y objeto de toda clase de burlas. Incluso Murasaki parece a veces participar de este prejuicio.

[214] Clásico de la historiografía china del siglo I a.J. C.

[215] Ni Fujitsubo ni Akikonomu, esta última hija de un hermano del viejo emperador y la princesa Rokujo, eran hijas ni nietas de un miembro del clan Fujiwara que, como ya se ha dicho, era el que detentaba el poder real en el Japón de esta época. Muerto el ministro de la izquierda, máximo representante de dicha familia, parecía que todo apuntaba a To no Chujo como nuevo jefe de la misma.

[216] Es decir, por la hija del príncipe Hyobu, que era hermano de Fujitsubo, la madre del emperador Reizei.

[217] Tal vez se refiere a la posición un tanto forzada que debe adoptar la intérprete, que tiene que arrodillarse o echarse junto al instrumento para tañerlo, pues el koto es como una mesita baja. Las geishas preferirán el *samisen*, que es como una mandolina, pero eso será a partir del siglo XVI.

[218] El heredero aparente es ahora un hijo del ex emperador Suzaku, Kijo, que tal como To no Chujo teme, acabará casando con la hija de la dama de Akashi y designándola emperatriz.

[219] Cita de un poema no identificado. De este verso procede el nombre de la muchacha. *Kumoi* quiere decir «nube».

[220] Referencia al sexto rango del muchacho.

[221] Las danzas Gosechi se representaban en el mes undécimo, y formaban parte del festival de las cosechas.

[222] La pasión que la esposa de su padre, Fujitsubo, había despertado en él. Genji no quiere que la historia se repita.

[223] De tal palo, tal astilla.

[224] Parece que se trata de Amaterasu, diosa solar.

[225] Véanse los capítulos 11 y 12.

[226] A sus casi treinta y cinco años, Genji tiene ya edad y recuerdos suficientes para ponerse a pensar y a rebuscar en su propio *temps perdu*. La bailarina de Gosechi funciona en la obra de Murasaki un poco al modo de la famosa magdalena de Proust.

[227] Es precisamente esta «doncellita (*Otôme*) de mangas celestiales» la que da título al capítulo. Resulta curioso para el occidental que la tradición literaria nipona haya bautizado un capítulo tan largo y lleno de sustancia cuyo protagonista indiscutible es Yugiri a partir de una brevísima referencia que contiene a una dama que es sólo un recuerdo juvenil del padre de Yugiri, algo impensable en Cervantes, en Dickens o en Balzac. Ello demuestra una vez más la afición del japonés por lo sutil, lo evanescente, lo vago, lo impreciso frente a la esfera prosaica de los puros «hechos» que conforman la vida cotidiana, su preferencia por el perfume de una flor sobre la flor misma. Lo que más atrae a las damas del atuendo del príncipe resplandeciente es el delicado olor que despide. Este fenómeno ocurre en numerosos títulos de los capítulos del *Genji*, pero en pocos de ellos con tanta contundencia.

[228] Esta ceremonia sólo correspondía, en principio, al emperador. Por lo tanto resultaba anómalo que también se celebrara en el palacio del canciller.

[229] Véase el capítulo 8. Una vez más vuelven los recuerdos, que se convertirán en auténtica obsesión de los miembros de la «segunda generación» (que es la de Genji, Murasaki y To no Chujo) de las cuatro que aparecen en la obra.

[230] Para entender el sentido último de esos poemas conviene recordar que, tal como ya hemos indicado en otro lugar, el budismo japonés no se contentaba con ver en la condición humana algo triste e impermanente. La perspectiva empeoraba desde el momento en que, en tiempos de Murasaki, se creía que el mundo entero vivía ya o estaba a punto de vivir una fase de decadencia. Según la escuela Mahayana, la entrada de Buda en el Nirvana iba a estar precedida por tres eras o épocas: la primera fue la de la Ley Verdadera, la segunda la de la Ley Reflejada y, finalmente, la tercera sería la de los Últimos Días de la Ley, durante la cual el pueblo dejaría de obedecer y de respetar las enseñanzas de Buda (algo así como un apocalipsis búdico). Los clérigos no se ponían de acuerdo sobre la duración de estas eras, aunque la opinión general daba a entender que la tercera etapa empezaría a comienzos del siglo XI. (véase I. Morris, *op. cit.*, pág. 112).

[231] Diosa del otoño. Aquí se refiere también a la emperatriz.

[232] Como sea que Tamakazura será la protagonista de los capítulos siguientes, hemos tomado la traducción de su nombre al castellano como título de esta tercera parte. *Tamakazura* quiere decir «diadema (otros traducen *guirnalda* o *rosario*) preciosa».

[233]Se refiere a su aventura con Yugao (véase el capítulo 4). Ahora Genji tiene treinta y cinco años: cuando amó a Yugao y la vio morir entre sus brazos tenía diecisiete.

[234] La parte más pobre y abandonada de Heian.

[235] Referencia poética procedente del *Kokin-Shu*. Obsérvese una vez más la obsesión de los japoneses con las estaciones del año.

[236] Juego de palabras: La bahía de Ukishima estaba en la provincia de Suo, y puede significar tanto «isla triste» como «isla flotante».

[237] Barrio de Heian ocupado por gente humilde.

[238] Había una vieja leyenda japonesa según la cual el emperador chino HsiTsung tenía una esposa tan fea que la llamaban «Cara de caballo». Obedeciendo un sueño, aquella infeliz mujer se encaró al este y rezó a la Kwannon del santuario japonés de Hatsuse. Al instante se le apareció una figura misteriosa y le dio un cuenco de agua. Al lavarse la cara con aquella agua se convirtió en la mujer más bella de China.

[239] Sólo los peregrinos que iban a implorar una gracia tenían la obligación de ir a pie. La servidumbre o los acompañantes podían ir a caballo o en litera.

[240] Como en la épica y en la tragedia griegas (y también en el cuento popular) empiezan unas cuantas escenas de *anagnóristis*, viejo recurso narrativo del que Murasaki hace un uso muy limitado y contenido en su dilatada novela. Hay que pensar que, desde su punto de vista, no se trata de una «feliz casualidad» sino de un milagro de Kwannon (Avalokiteshvara), *bodhisattva* de la misericordia muy adorada en China y Japón.

[241] Aunque Tamakazura no pertenece a la familia imperial, es una Fujiwara por parte de su padre.

[242] Es la hija de Genji y de la dama de Akashi.

[243] Fujitsubo.

[244] Alusión a la efímera aventura de Genji con Yugao, que acabó con la muerte prematura de ella. Ukon procura que Murasaki no se entere de los detalles, y se refiere a las flores que adornaban la casa de Yugao y no a Yugao misma.

[245] Cuando Tamakazura habla de «raíces», se está refiriendo a sus propias raíces, es decir, a su padre.

[246] «La misma persona»:Yugao, amante de Genji y madre de Tamakazura. «Diadema preciosa»: Tamakazura.

[247] Yugiri piensa que es su hermana.

[248] Los traductores del *Genji* discrepan mucho sobre los colores y detalles de las piezas correspondientes a las diversas damas. Nos hemos inclinado por las soluciones «mayoritarias», cuando las hay, dando entrada también a nuestra propia imaginación.

[249] Véase la nota sobre las supersticiones japonesas. Una de ellas consistía en creer que para soñar con alguien en especial, había que dormir con la túnica vuelta.

[250] Sinónimo de longevidad.

[251] Otro símbolo de longevidad.

[252] El «primer trino» de este poema —símbolo de la llegada de la primavera— ha dado título al capítulo. Aquí el ruiseñor artificial —y, por tanto, mudo— es también una imagen de la niña, cuya voz la dama de Akashi no puede oír pues no convive con ella. Recuérdese que ha sido adoptada por Murasaki a instancia de su padre.

[253] En caso contrario hubiese tenido que hablar con ella a través del *kichó*.

[254] Se desconoce el sentido de esta palabra. ¿Tal vez una onomatopeya o un error textual?

[255] Recuérdese que Suetsumuhana no se ha mudado al palacio nuevo de la Sexta Avenida, y sigue viviendo en Nijo.

[256]. Se trata de otro hijo de To no Chujo.

[257] Es la planta fanerógama conocida como «espirea del Japón», cuyas flores son de un amarillo casi dorado. Los científicos la denominan *kerria* y los alemanes *Goldröschen* («rosita de oro»). Excepcionalmente hemos mantenido el nombre japonés.

[258] Lugar famoso por sus plantaciones de *yamabuki*.

[259] País mítico parecido a nuestra Jauja.

[260] Algo así como «en do mayor».

[261] Los títulos de estas canciones chinas podrían servir perfectamente, traducidos al alemán, para los vales y polcas de la dinastía vienesa de los Strauss. Lo cierto es que el mundo Heian en la época de Genji presenta ya muchas características de aquella *apocalypse joyeuse* que se asocia con los últimos tiempos del Imperio austrohúngaro.

[262] Tío del heredero aparente y probablemente el hombre más influyente del país después de Genji y To no Chujo.

[263] El matrimonio de Confucio fue (como el de Sócrates) muy desgraciado.

[264] Piénsese que Genji y Tamakazura se llevan unos catorce años.

[265] Que es medio hermano de la joven.

[266] Efectivamente: tiene veintidós años.

[267] La flor del naranjo simbolizaba la memoria o el recuerdo.

[268] Obsérvese que Genji se desnuda él, pero no trata de desnudarla a *ella*. Ya hemos dicho que los japoneses no encontraban especialmente erótico el desnudo femenino. Incluso en los famosos *shunga*, xilografías eróticas de los siglos XVIII y XIX, la geisha de turno suele aparecer completamente vestida en el momento del coito.

[269] Es a partir de este episodio que la tradición literaria ha dado nombre al príncipe: *hotaru* significa «luciérnaga».

[270] Unos tres metros.

[271] Las trece horas, aproximadamente.

[272] Los chinos de la época Tang eran muy aficionados al polo. Recuérdese la gran cantidad de estatuillas de arcilla policromada de esta época que representan a caballeros y clamas elegantemente vestidos montados a caballo y entregados a dicho juego que pueden admirarse en los museos. Existe un conjunto especialmente hermoso en el museo Guimet de París.

[273] Esta novela no ha llegado hasta nosotros pero parece que trataba de una madrastra que intentaba casar a la fuerza a la protagonista con un viejo profundamente desagradable.

[274] Muchos críticos han visto en este delicioso diálogo algo así como el *ars poética* de Murasaki: en efecto, a través de las observaciones de Genji, la genial autora no se limita a defender la importancia y trascendencia de la literatura de ficción —léase, de la novela— sino que nos explica cómo se confecciona una novela digna de tal nombre. Su receta resulta perfectamente aplicable en cualquier tiempo y, de hecho, es la que han seguido todos los grandes del género.

[275] En este párrafo Murasaki brilla como antecesora de Shakespeare en lo que Harold Bloom ha llamado «la invención de lo humano». Murasaki no sólo lo puso en práctica, sino que también teorizó sobre ello. La gran dama de la literatura nipona sabía que en el ser humano el bien y el mal absolutos no existen. Por ello en su obra no hay ningún personaje absolutamente positivo (empezando por el protagonista) ni negativo (pensemos en la terrible princesa Rokujo, personaje shakespeariano donde los haya).

[276] En los escritos de doctrina búdicos las parábolas son tan frecuentes como en los evangelios cristianos. Murasaki compara dichas parábolas con la novela: aunque se trata de historias inventadas, el mensaje que se oculta detrás de ellas es real. La novela, aunque «falsa», nos ayuda a conocer mejor a los hombres «de verdad».

[277] Novela perdida. Debía de tratar, a juzgar por el comentario de Genji, de una historia de amor entre niños.

[278] Até es una dama muy estirada y exigente, y rechaza cuantos pretendientes se le acercan hasta que al fin consigue casarse con el heredero aparente. Seguramente Murasaki encontraba esta novela anticuada y cursi, y aprovechó su obra para criticarla anticipándose con ello al «donoso escrutinio» cervantino de la biblioteca de Don Quijote.

[279] Genji sigue teniendo treinta y seis años.

[280] Genji viene a decir que To no Chujo tuvo aventuras con toda clase de mujeres, incluso las de más baja extracción.

[281] Se refiere a Akikonomu, que es ya emperatriz.

[282] Kashiwagi será, andando el tiempo, amante pasajero de la segunda esposa de Genji, la Tercera Princesa. Una vez más Murasaki nos prepara a su manera para futuros acontecimientos.

[283] No se olvide que To no Chujo es un Fujiwara. Yugiri sólo lo es por parte de su madre Aoi.

[284] *Tokonatsu*. Es la palabra que da título al capítulo. Genji se refiere al diálogo que abre este volumen a guisa de prólogo y que, en el original de Murasaki, se encuentra en el capítulo 2.

[285] Referencia poética no identificada.

[286] La hija de la dama de Akashi.

[287] Juego nipón de la época parecido al *backgammon*.

[288] Como ya habrá adivinado el lector, tanto la carta como el poema están llenos de alusiones a poemas preexistentes, introducidos en el texto sin ton ni son por su autora para aparentar una cultura de la que carece.

[289] Se trata del *Evonymus sieboldianus*, árbol arbustiforme con flores de un blanco verdoso y madera muy dura que se usaba para fabricar husos de rueca.

[290] ¿Reminiscencias de la trágica aventura con Yugao, madre de Tamakazura? Con Murasaki todo es posible.

[291] Los traductores no se ponen de acuerdo a la hora de buscarle una correspondencia con las tonalidades clásicas occidentales. Unos hablan del re y otros del si. Tampoco tiene mucha importancia.

[292] Arbolillo sobre cuyo equivalente occidental no se ponen de acuerdo los traductores.

[293] La de su prima Kumoi.

[294] La historia se repite: Yugiri reacciona ante Murasaki como, muchos años antes, reaccionó Genji ante Fujitsubo.

[295] Está claro que Genji teme que su historia con Fujitsubo se repita. Y, de hecho, se repetirá, pero sus protagonistas no serán Yugiri y Murasaki, sino Kashiwagi y la Tercera Princesa, con la cual todavía no se ha casado. Nótese la trayectoria ascendente y descendente de la «carrera sentimental» de Genji: seductor exitoso en su juventud y primera madurez, fracasa luego en sus «avances» ante las inexpugnables Asagao, Akikonomu y, hasta cierto punto, Tamakazura, para acabar tocándole el triste papel de *cocu* durante su último matrimonio.

[296] Se trata del *Physalis alkekengi*, también conocido como «linterna japonesa».

[297] Un lugar que se encontraba al oeste de la ciudad vieja.

[298] Recuérdese que uno de los pocos deportes practicados por los japoneses Heian era la caza, y, en especial, la cetrería.

[299] Estado personal de impureza derivado de haber tenido contacto reciente con un cadáver o alguna circunstancia similar.

[300] El resplandor del cielo es una referencia al rostro del emperador.

[301] Es decir, «tanto si eres hija de Genji como si de To no Chujo».

[302] Alusión a un cuento popular.

[303] Posición que equivale a nuestro «cruzar los dedos».

[304] *Fuji-bakama*, en el original. Su traducción literal es «calzas de púrpura», y por ella hemos optado. Parece que se trata de la planta de nombre científico *Eupatorium fortunei*, perteneciente a la familia de los ásteres y los crisantemos. Sus flores se presentan en racimos de color violáceo o purpúreo.

[305] Debido a la muerte de la princesa Omiya, de la que se hablará más tarde.

[306] Según Benl, la joven pretende sugerir que Yugiri está hablando en broma. No todos lo entienden así.

[307] Genji tiene treinta y siete.

[308] En la corte Heian, ser moderno y estar *a la page* son virtudes esenciales de cualquier persona (hombre o mujer) que se precie. Los «anticuados» como la pobre Suetsumuhana resultan profundamente ridículos.

[309] De soltera a su padre, de casada a su esposo, de viuda a su hijo mayor.

[310] *Makibashira* quiere decir «pilar de ciprés». Algunos traductores atribuyen este nombre a la madre, esposa de Higeкуро (Waley), y otros, a su hija (Benl, Seidensticker). Hemos seguido el primer criterio por razones de comodidad, pues la madre resulta mucho más citada en el capítulo que la hija. Sieffert, auténtico heterodoxo en cuestiones de botánica, traduce «pilar de cedro», y no «de ciprés».

[311] Téngase en cuenta que el heredero aparente es hijo del emperador anterior, Suzaku, y que nació poco antes del exilio de Genji: debía de tener, pues, unos once o doce años.

[312] Obsérvese que, si Genji es el gran seductor de la obra, To no Chujo es el auténtico semental, cualidad que el primero, muy insatisfecho con su exigua prole, le envidia y que seguramente es la razón principal de la rivalidad que los separa.

[313] El color lila era, también, el que correspondía a las damas de la corte de tercer rango.

[314] Referencia a una vieja historia muy conocida que ocurrió en el siglo IX, protagonizada por dos nobles Fujiwara que se enamoraron de la misma mujer. Cuando finalmente uno de ellos la obtuvo, el otro reprochó a la dama su actitud. La dama le respondió reprochándole su pasividad.

[315] Referencia a un episodio de los *Cuentos de Ise*, en el cual una emperatriz es secuestrada.

[316] Los japoneses extraían un tinte de las gardenias que daba a las ropas un color amarillo pálido.

[317] Ide era un lugar en la provincia de Yamashiro famoso por sus *yamabuki*.

[318] Alusión incierta: puede tratarse de Higekuro, de To no Chujo o del propio emperador.

[319] El sentido del poema es diáfano (aunque no todos los traductores parezcan entenderlo del mismo modo): «Si tu unión con Kumoi está condenada al fracaso, no pierdas el tiempo y deja que yo te consuele».

[320] En este capítulo Genji tiene ya treinta y nueve años.

[321] Así llamada porque se percibe su olor a la distancia de cien pasos.

[322] Es lógico que no tenga nada que decir porque el poema es irónico. Hotaru no tiene esposa, pues es viudo y Tamakazura lo ha rechazado.

[323] Sobre las veintitrés horas.

[324] Waley suprime en su traducción todo el *excursus* que sigue sobre el arte de la caligrafía.

[325] Llamada también *kana*.

[326] Es decir, de la princesa Rokujo, madre de Akikonomu.

[327] Recuérdese que el *Manyo-Shu* y el *Kokin-Shu* son dos antologías poéticas muy populares en la época.

[328] Mausoleo de los Fujiwara.

[329] Las glicinias son de color purpúreo, y la púrpura estaba asociada en Japón (como en otras culturas: nosotros hablamos todavía del «peso de la púrpura») a los rangos más altos. Con ello, To no Chujo está insinuando a Yugiri que llegará muy lejos.

[330] Tema favorito de la literatura china. No se olvide que tanto el confucianismo como el shintoísmo se asientan sobre la idea del culto de los antepasados: los antepasados de la familia, del clan y de la nación. Si hay que honrar la memoria de los antepasados muertos, con mayor razón hay que mostrar el máximo respeto hacia los vivos. Cuenta Lafcadio Hearn que cuando en sus clases de literatura en la universidad de Tokyo explicaba a sus alumnos *Romeo y Julieta* de Shakespeare, los jóvenes nipones eran absolutamente incapaces de entenderlo. A su modo de ver, en este drama «los malos de la película» eran los hijos, Romeo y Julieta, que se empeñaban en contrariar a sus pobres padres con un amor que los mayores no aceptaban, y estaban en su derecho de no hacerlo. La piedad filial, el respeto a los mayores, debía prevalecer sobre cualquier otra consideración.

[331] Murasaki sólo transcribe el primer verso del poema, procedente del *Cosen-Shu*, del que el capítulo extrae su título (*Fuji no Uraba* = las hojas de la glicinia).

[332] Waley suprime la escena que sigue en los aposentos de Kumoi no Kari, donde la autora nos cuenta la consumación física del amor entre ambos jóvenes.

[333] Referencia a To no Chujo.

[334] A lo largo de la obra sólo Genji, Yugiri, Reizei y Murasaki son descritos como *hikaru*, es decir, «resplandecientes».

[335] Aunque sea adelantar acontecimientos, los pronósticos no se cumplen. Unos cuantos años después del enlace, Yugiri se enamorará de la Segunda Princesa, hija del emperador Suzaku y viuda de Kashiwagi, y la tomará como segunda esposa en la última parte de la obra.

[336] Genji intuye que, en este momento de su vida, ha alcanzado la cúspide del poder y de la dicha terrenal, tanto en la esfera política como en la familiar, y que a partir de ahí sólo puede empezar un declive.

[337] Todos estos poemas juegan con la homofonía de las voces *aoi* y *ao-hi*, que pueden significar «encuentro», «acebo», «malva», «viña silvestre» y muchas cosas más. Deben de ser muy ambiguos pues cada traductor los entiende a su manera.

[338] No se olvide que el emperador Reizei, que se sabe hijo de Genji, se siente como un usurpador del trono, un trono que, a su juicio, debería ocupar su padre verdadero.

[339] Referencia a Genji.

[340] Referencias evidentes a la princesa Omiya («el viejo pino») y a Yugiri y Kumoi («los arbolitos jóvenes»), que prosigue en el poema siguiente.

[341] Sobre las nueve de la mañana.

[342]. Véase el capítulo 7. Una vez más, el goce de los protagonistas proviene del recuerdo de acontecimientos pasados, y no del presente. La generación de Genji, Suzaku, To no Chujo, Hotaru, Koremitsu y sus mujeres ha entrado en la fase «terminal» del «tiempo recobrado». Ahora el presente pertenece a los Yugiri, Kashiwagi, Kumoi, Tamakazura, etc. Y muy pronto estos últimos serán desplazados y finalmente barridos por una nueva generación, la de los Niou, Kaoru, Naka no Kimi y Ukifune. Pero los «días gloriosos» del príncipe resplandeciente ya no regresarán jamás ni se verá en Heian nada que se le parezca. En este capítulo asistimos al punto de inflexión de la obra. A partir del siguiente, lo que queda del mundo de Genji y sus descendientes entra en fase de liquidación. Más allá de la novela, también están contados los días del esplendor Heian, que será aniquilado con la llegada de las dictaduras militares y, concretamente, con la toma del poder por el primer shogun Minamoto, señor de Kamakura, en el año 1185.

[343] Sólo recogemos aquí aquellos personajes que aparecen en los primeros treinta y tres libros de la obra, que son los que componen este volumen.

[344] Existen muchas discrepancias entre los traductores sobre las referencias botánicas en el *Genji* por razones obvias. Benl, para no comprometerse, tiende a dejar los nombres de las plantas en japonés, pero nosotros hemos preferido traducirlos, inclinándonos en caso de duda por nuestro gusto personal.

[1] Ichijo Kaneyoshi (1402-1481) fue el estadista más relevante y prestigioso de su tiempo, habiendo ocupado los cargos de primer ministro, regente y gran canciller. Hombre muy erudito, destacó también como poeta, crítico y filólogo, y dedicó treinta libros a comentar el *Genji*.

[2] Murasaki Shikibu, *Le Dit de Genji*, «Magnificence», traducción de R. Sieffert, POF, París, 1988, *Introduction*, p. XIX-XX.

[3] Por su matrimonio con Kumoi, hija de To no Chujo.

[4] Murasaki.

[5] Como recordará el lector, durante los años de «casta espera», el joven se interesó no poco por mujeres tan diversas como la hija de Koremitsu, con la que tuvo varios hijos (de lo cual se nos informará más adelante), Murasaki y la *femme fatale* de la novela, Tamakazura.

[6] Asagao.

[7] Se refiere a Aoi, hija del ministro de la izquierda, y perteneciente a la familia Fujiwara, que muere al dar a luz a Yugiri, cuando Genji tiene veintidós años. Véase el capítulo 9.

[8] Es decir, si Yugiri se casa también con la Tercera Princesa, quedará emparentado a la vez con el clan de los Fujiwara, por su esposa Kumoi, hija del canciller To no Chujo, y con la familia imperial, con todas las fricciones que ello llevaría consigo.

[9] Genji tiene en este momento treinta y nueve años.

[10] Vieja costumbre china que imitaba la corte japonesa.

[11] Son estas «hierbas tiernas» (*waká*) las que dan tradicionalmente título a este capítulo y al siguiente, aunque también puede leerse en ellas una referencia a las «nuevas generaciones» de que acaba de hablar Genji.

[12] El koto chino de siete cuerdas era en tiempos de Murasaki un instrumento anticuado que casi nadie tocaba. Las dos variedades comúnmente utilizadas eran el chino de trece y el japonés de seis.

[13] Es el efecto *ikiryo* de los celos, cuyas manifestaciones y efectos más terribles se han visto en el caso de la princesa Rokujo. La angustia de Murasaki adquiere autonomía y «posee» a Genji.

[14] El exilio de Genji a Suma.

[15] Suetsumuhana.

[16] Véase el capítulo 8.

[17] El de emperatriz de Suzaku.

[18] El exilio de Suma.

[19] El *hagi* es una planta de otoño de flores blancas o rosadas, cuyo equivalente occidental no se conoce con certeza.

[20] Recuérdese que Genji hizo construir este templo al poco de regresar de su exilio, con la intención de retirarse en él, y que el santuario se hallaba en la parte occidental de la ciudad, cerca de la casita del Oi en que habían vivido las mujeres de Akashi cuando se establecieron en la capital.

[21] ¿El día de su cumpleaños? Tal vez.

[22] No se olvide que Utsusemi y Suetsumuhana (junto con sus azafatas y criadas) no se trasladaron al palacio nuevo, y seguían viviendo en el de Nijo.

[23] Rokujo y Aoi.

[24] Su abuela. No debe olvidarse que, cuando su marido el gobernador retirado padre de la dama de Akashi tomó los hábitos, su esposa hizo lo mismo.

[25] Recuérdese que el padre no puede ver al hijo recién nacido hasta pasado un cierto tiempo. En el ínterin le representa junto a la madre otra persona, en este caso una dama de honor del mismo heredero aparente.

[26] Según se ha explicado ya en otro lugar, era costumbre regalar a los niños unas muñecas especiales que tenían encomendada la función de «absorber» los males que podían afectarles.

[27] Es decir, de las divinidades shintoístas y budistas. Recuérdese cuanto se ha dicho acerca de las dos religiones practicadas por los japoneses de la época.

[28] El *kana* era la escritura que usaban exclusivamente las mujeres para expresarse en japonés. Los hombres cultos escribían en chino. El religioso se refiere a las cartas escritas por ellas o a ellas dirigidas como algo trivial y sin sustancia.

[29] Entiéndase emperatriz y madre del futuro emperador.

[30] Es decir, en una manifestación de Buda o de un bodhisattva.

[31] La razón es obvia: el niño orina sobre ella.

[32] Murasaki.

[33] Juego de pelota parecido al fútbol. Algunos traductores escriben «fútbol» o «balompié», pero ello puede inducir a error al lector moderno. Los jugadores, formando un círculo, se pasaban el balón, que no debía tocar nunca el suelo, con el pie. De hecho, el *kemari* era más un arte que un deporte, y algunos de sus jugadores llegaron a ganar mucha fama por su habilidad. Cuentan las crónicas que en el año 905 un grupo de cortesanos que jugaban ante el emperador llegaron a pasarse la pelota ciento sesenta veces, sin que tocara el suelo, récord a lo que parece no superado (véase Morris, I, op.réf.p.144).

[34] En el juego en cuestión el cerezo, el arce, el sauce y el pino funcionaban como «porterías».

[35] Fushiwara no Yoshikaze, poeta del siglo IX. El poema está en el *Kokin-Shu*.

[36] Las damas *comme il faut* no se dejaban ver en público de pie, sino sólo sentadas o en cuclillas.

[37] Referencia a Genji (el ruiseñor) y a la princesa (la flor del cerezo).

[38] Resulta imposible leer esta parte de la historia sin evocar el triángulo inolvidable del ciclo artúrico, formado por el rey Arturo, la reina Ginebra y Lanzarote del Lago. No recordamos paralelos de esa situación en la literatura greco-latina ni tampoco en los clásicos de la India. También en los últimos capítulos de la novela Murasaki nos sorprenderá con curiosos triángulos, en especial, el formado por Kaoru, Niou y Ukifune.

[39] Se trata de la joven Kokiden, hija de To no Chujo y primera consorte del emperador Reizei, aunque la emperatriz es Akikonomu.

[40] Recuérdese que, según la doctrina del *satnsara* búdico, la reencarnación en un animal era perfectamente posible.

[41] En su última aparición en la novela tenía cuarenta y uno: han pasado, pues, cinco años.

[42]El heredero aparente era hijo del emperador Suzaku y de una hermana de Higeкуро, Shokyoden.

[43]No se olvide que Genji es el padre verdadero del emperador dimisionario.

[44] Es decir, hubiese sido abuelo de ambos.

[45] Aunque Akikonomu no es hija de Genji, sino de su amante Rokujo y de su difunto esposo Zembo, se convierte en consorte imperial y luego en emperatriz gracias a los buenos oficios de Genji.

[46] La actual Osaka.

[47] Shintoístas y budistas.

[48] Música y danza dedicadas a una divinidad shinto.

[49] Que la princesa de Akashi sea elegida emperatriz por su esposo. Como se ha visto, el mero hecho de ser consorte imperial no otorgaba este rango, que dependía de una decisión personal del emperador.

[50] El santuario de Sumiyoshi está en la costa, a medio camino entre Akashi (también en la costa) y Heian-Kyo (en el interior).

[51] Seguramente Murasaki se está burlando del carácter formulario y poco original de aquella poesía de ocasión que hacía furor en la corte Heian.

[52] Ver capítulo 21 («La doncellita»). Murasaki no nos dice cuándo fue engendrado este niño, si antes o después de la boda de Yugiri con la hija de To no Chujo. No parece que esta relación esporádica llegara a formalizarse en ningún momento (aunque de la misma nacen cuatro vástagos) y, cuando Yugiri aspire a una segunda consorte, ésta será la princesa Ochiba, viuda de Kashiwag.

[53] Ya se ha dicho en otra parte que frente al koto chino de trece cuerdas y el japonés de seis, instrumentos de uso común en la época, el koto chino de siete había caído en desuso en tiempos de Murasaki, y se consideraba una rareza, por no decir una extravagancia.

[54] El precepto principal del shintoísmo era la obediencia a los mayores. Si su padre quería tenerla a su lado y ella no acudía, podía «pecar».

[55] Murasaki.

[56] Los instrumentos de viento se consideraban «poco femeninos», pues distorsionaban la cara del que soplabá, afeándola.

[57] Cuando el lector encuentre la palabra «reclinatorio», no debe imaginar el mueble clásico «para arrodillarse sin ensuciarse las rodillas», tan ligado a la piedad católica tradicional. Se trata de un mueble bajo, que permitía a los japoneses sentados o arrodillados en el suelo apoyar un brazo o la espalda para estar más cómodos. De hecho, también es un «reclinatorio», aunque de otro tipo.

[58] Es decir: la eclosión del verano.

[59] En el episodio relatado en el capítulo 28 («El huracán»).

[60] Recuérdese que la primavera es la estación predilecta de Murasaki, mientras que la de la emperatriz Akikonomu es el otoño (de ahí su nombre: «la dama que ama el otoño»). En el discurso de Yugiri debe verse un homenaje a su idolatrada Murasaki, testigo invisible tras las persianas.

[61] Como se ha visto a lo largo del libro, a los cortesanos Heian les preocupaba mucho más la polémica de la primacía del otoño sobre la primavera o viceversa que resolver los problemas del estado. De esto ya se ocupaban los Fujiwara.

[62] En este tipo de concierto, las flautas funcionaban como instrumentos auxiliares (hoy diríamos que hacían las veces del moderno diapasón) y permitían ir comprobando a lo largo de la interpretación la correcta afinación de los de cuerda, que, por sus características, tienden a perderla.

[63] Para su esposa Kumoi, claro está.

[64] Entre las muchas supersticiones japonesas de que se ha hecho ya mención, hay que añadir la de las edades. Se creía que existían «edades peligrosas» para los hombres y las mujeres. Parece que los treinta y tres era considerada la «edad peligrosa» de las mujeres (curiosamente «la edad de Cristo»). En ninguna parte aparecen los treinta y siete como especialmente nefastos. Sin embargo, a esa edad murió Fujitsubo.

[65] Se refiere al tío abuelo de la dama, el abad, en cuya casa de las montañas la encontró Genji en el capítulo 6 («Murasaki»).

[66] Su relación con su madrastra Fujitsubo, de la que nació Reizei, el emperador cesante.

[67] Entrar en religión.

[68] Se refiere a To no Chujo, pues, por culpa de los «buenos oficios» de Genji en favor de su protegida Akikonomu, su hija Kokiden no fue elegida emperatriz.

[69] Las muertes de Yugao y de Aoi, provocadas por el «fantasma viviente» de Rokujo. Aunque Rokujo ya había muerto, nada impedía, según la mentalidad japonesa, que su fantasma siguiera activo.

[70] No se olvide que, aunque ya es consorte imperial, su esposo no la ha designado todavía emperatriz.

[71] Es decir, también medio hermana del emperador reinante, con lo que deviene su cuñado.

[72] Recuérdense las dos versiones que el cine japonés ha hecho del famoso relato *La balada del Narayama*, la última del gran director Shohei Imamura, tan escalofriante como excepcional, muy premiada en festivales internacionales.

[73] Algunos comentarios antiguos explican que soñar con un gato significa embarazo, pero no es seguro.

[74] Obsérvese que, después de tanta confusión, cuando al fin la princesa es capaz de hablar, *lo hace con un poema*.

[75] Véase el capítulo 9 («Aoi».)

[76] Se trata una vez más —el lector ya lo habrá adivinado— del *ikiryo* o espectro de su difunta amante Rokujo que regresa por sus fueros.

[77] Akikonomu.

[78] Ser gran vestal del templo shinto de Ise era, para una budista como Akikonomu, algo así como una blasfemia o un sacrilegio continuado.

[79] Genji y la Tercera Princesa llevan seis años casados, durante los cuales no ha habido descendencia.

[80] Murasaki.

[81] La aventura con Oborozukiyo, hermana de Kokiden, madrastra de Genji y madre del emperador Suzaku, al cual estaba destinada, influyó decisivamente en la caída en desgracia de Genji y su ulterior exilio.

[82] El poema contiene una clara referencia irónica a la aventura de Genji con la dama de Akashi.

[83] Es la primera noticia en la novela de que Asagao ha tomado el hábito.

[84] Oborozukiyo y Asagao.

[85] Entiéndase: si su imperial esposo acabara por designarla emperatriz.

[86] Se trata de la danza llamada *Ranryoo*, sobre cierto general Ling, tan hermoso que tenía que batallar enmascarado para no desconcertar a sus propias tropas con su belleza.

[87] Este especie de monólogo interior de Kashiwagi está plagado de referencias poéticas.

[88] De hecho, también podría tratarse del *ikiryo* de su esposa, la princesa Ochiba, de ahí la incertidumbre del joven. Véase la nota sobre las supersticiones japonesas al pie del capítulo 2 y recuérdese el caso de Rokujo.

[89] Genji piensa en su relación con Fujitsubo, la esposa de su padre, de la que nació Reizei.

[90] Que está tramando un golpe de estado (según Waley). No todos lo entienden así.

[91] Kashiwagi era hijo de To no Chujo, y, por tanto, un Fujiwara.

[92] Se refiere a Aoi, primera esposa de Genji, hija del ministro de la izquierda del viejo emperador, hermana de To no Chujo y madre de Yugiri.

[93] *Quercus dentata*, en japonés *kashiwagi*. La tradición literaria nipona ha tomado de este pasaje el nombre con el que, retroactivamente, es identificado el primogénito de To no Chujo en la obra.

[94] Benl ve en este «dios que protege a los árboles» una referencia al difunto Kashiwagi.

[95] Raíz de gusto amargo. La palabra *tokoro* permite en japonés un juego de palabras con otra que significa «paraíso», del todo intraducible.

[96] Los dos poemas juegan con la homofonía de *koto*= instrumento musical y *koto*= palabra, discurso.

[97] Se trata de la flauta travesera china de bambú conocida como *yokobue*. Los japoneses utilizaban también una flauta coreana (*komabué*) y otra autóctona (*yamatobue*).

[98] *Suzumushi*. Su traducción literal sería «grillo-campanilla» o «grillo-cascabel», que se caracterizaba por cantar sólo en otoño. De ahí el nombre que le hemos dado. Arthur Waley suprime este capítulo en su totalidad.

[99] El cielo, la tierra, y los mundos de los demonios, las bestias, los *asura* y los hombres.

[100] Genji habla del grillo pero se refiere a la princesa que ha abandonado el mundo («su cabaña de hierba»).

[101] Para dar mayor solemnidad a su atuendo, los hombres y las mujeres de la corte Heian se sujetaban a veces a la cintura, mediante una faja, una larga cola de seda o brocado que sobresalía por debajo de la cascada de *uchikis* y se arrastraba sobre el pavimento al andar.

[102] Porque, al abdicar su esposo Reizei, ella ha pasado también a ser emperatriz jubilada.

[103] Referencia a la leyenda de Maudgalyayana, que en Japón recibe el nombre de Mokuren.

[104] Atendiendo al tiempo transcurrido desde la muerte de Kashiwagi, no pueden ser más de dos.

[105] Este poema ha sido utilizado para dar «retroactivamente» nombre al hijo de Genji y Aoi. *Yugiri* significa «bruma del atardecer».

[106] Una forma de referirse a Buda.

[107] Yugiri y Kumoi llevan más de diez años casados.

[108] *Omaeshi.*

[109] Para evitar que se autotonsurase.

[110] Referencia a una leyenda muy popular en Japón. Urashima, el pescador, es arrastrado al fondo del mar por una gran tortuga. Allí casa con la hija del rey Dragón, y vive en su corte, hasta que, pasadas unas semanas, pide permiso a su esposa para regresar a su pueblo y abrazar a sus padres. El permiso le es concedido, pero al volver a su casa, se encuentra con que los días pasados en el fondo del mar han sido años en la tierra, sus padres han muerto y nadie le conoce ya.

[111] Murasaki.

[112] Yugiri parece olvidar su aventura con la hija de Koremitsu, de la que hay descendencia, pero la relación entre ambos nunca llegó a formalizarse.

[113] No existían monasterios «mixtos» en Japón, como tampoco los ha conocido el catolicismo.

[114] Se refiere a Akikonomu (ex emperatriz) y a la hija de la dama de Akashi, que ya ha sido elegida emperatriz «reinante», aunque no se nos haya explicado previamente, detalle que no debe extrañarnos en Murasaki.

[115] La ceremonia consistía en la lectura del Sutra del Loto a lo largo de ocho sesiones. También se representaba una especie de drama sacro, en el que un monje interpretaba el papel de Sakyamuni (Gautama Buda) cuando, en una vida anterior, le tocó ejercer de leñador. Los demás clérigos se desplazaban en círculo a su alrededor, cargados de leña, y cantaban «La canción del leñador», que decía así: *Transporté agua, recogí hierbas y leña, y mi recompensa ha sido el Loto de la Ley.*

[116] Murasaki.

[117] Se trata de la hija de la dama de Akashi, que, como el lector recordará, fue criada y educada por Murasaki.

[118] El budismo que practicaban Genji y los suyos ordenaba limpiarse el interior de la boca antes de ponerse a rezar. Algún traductor parece confundir esta práctica con las abluciones de los musulmanes.

[119] Chujo se refiere a sí misma, en tiempos amante de Genji.

[120] Recuérdese que era el poema favorito del viejo emperador, padre de Genji, y de su madre Kiritsubo (capítulo 1: «Kiritsubo»).

[121] Tanabata (o «la Tejedora») y el Boyero, supuestamente enamorados entre sí. Es el único día del año en que ambos coinciden en el firmamento.

[122] Por las lágrimas vertidas durante la noche.

[123] Ha sido precisamente esta alusión a un «brujo» del poema (*maboroshi*) el detalle que la tradición literaria japonesa ha elegido para dar título a este capítulo.

[124] El día siguiente al del festival de la cosecha.

[125] Es el báculo de los monjes mendicantes, que llevaba aros metálicos en su extremo superior. Al picar en el suelo, los aros sonaban.

[126] Este capítulo y los dos que le siguen (43 y 44) son, a juicio de algunos críticos, apócrifos, es decir, añadidos con posterioridad a la obra para crear una transición o un puente entre la «historia de Genji» *stricto sensu* y la de su falso hijo Kaoru. Entre el capítulo 41 y el 42 hay otro capítulo perdido, que se conoce con el título de *Kumogakure*, es decir, «Desaparecido entre las nubes», y que tal vez relatara el episodio de la muerte de Genji. Tampoco es imposible que este capítulo no llegara a escribirse nunca y sólo existiera el título (Benl y Sieffert).

[127] En este punto de la narración Niou («Perfume») tiene quince años y Kaoru («Fragancia»), catorce. Se ha producido, pues, un salto de diez u once años respecto del capítulo 41, en el que Niou nos es presentado todavía como un niño. Al final del capítulo 42, Niou tendrá veintiuno y Kaoru veinte. Los acontecimientos narrados en el resto del libro se extienden a lo largo de unos ocho años.

[128] Se trata de los emperadores «reinales», siendo él hijo de Suzaku y ella de Genji y de la dama de Akashi.

[129] Cargo que solía confiarse a jóvenes príncipes imperiales, y que habían desempeñado en tiempos el padre de Murasaki, Hyobu, y el hermano favorito de Genji, Hotaru.

[130] Es decir, la princesa Ochiba.

[131] Leyenda búdica. Rahula, hijo de Buda, nació cuando sus progenitores llevaban seis años separados. La familia dudaba sobre sus orígenes hasta que milagrosamente se le demostró que era realmente hijo de Buda.

[132] El *ominaeshi* , o « flor virginal».

[133] El *hagi*, planta de otoño de tallo largo y flores de color rosa, violeta o blanco.

[134] El crisantemo.

[135] Planta de hoja perenne y pineada de más de un metro de altura, que florece a fines del verano. Sus flores son pequeñas y de color rojo oscuro.

[136] Entiéndase: contemplaba la posibilidad de entrar en religión.

[137] Yugiri era hijo de Genji y Kaoru pasaba por serlo, de modo que un enlace del joven con una hija de su medio hermano equivalía a un matrimonio de tío con sobrina, prohibido en China por incestuoso, pero aceptado en Japón, más flexible en la aplicación del tabú del incesto.

[138] A lo que parece se trataba de una danza popular y autóctona, de las llamadas «danzas orientales» (*Azumi Asobi*).

[139] Se trata de la canción popular *Ya Otóme*, cuyo estribillo dice: «¡Cuántas doncellas! ¡Ay, ay, cuántas, cuántas doncellas!». Kaoru está haciendo burla de las hijas de Yugiri y de su interés obvio en casarlas.

[140] Se trata de Makibashira (2), la hija del general Higeкуро y de Makibashira (1).

[141] Las dos últimas emperatrices, Akikonomu y la princesa de Akashi, no pertenecían al clan Fujiwara, debiendo su exaltación a sus propios méritos y, sobre todo, a los buenos oficios de Genji, con gran escándalo de To no Chujo.

[142] Más o menos la escala de sol mayor, pero con el fa natural.

[143] Este ciruelo rojo (*kobai*) ha servido a la tradición para dar nombre «retroactivamente» al segundo hijo de To no Chujo.

[144] Una vez más Miya no Kimi, hija de Makibashira (2) y del difunto príncipe Hotaru.

[145] No se olvide que Kobai, hijo de To no Chujo, es un Fujiwara.

[146] Esta frase permite colegir que estos acontecimientos —las visitas a Uji— se desarrollan *paralelamente* a los que se narrarán en el capítulo 49 («La hiedra»). Es decir, que los hechos narrados en ambos capítulos se solapan en el tiempo. De ahí que no pocos críticos sostengan, tal como se ha dicho, que los capítulos 42, 43 y (tal vez) 44 son un añadido posterior, dirigido a conectar «la novela de Genji» con «la novela de Kaoru», ambas de Murasaki.

[147] Su padre, To no Chujo, es un Fujiwara.

[148] Murasaki lo sabía muy bien: ella era también una Fujiwara, y tuvo que abrirse camino por sus propios medios, que afortunadamente no eran pocos.

[149] Se trata todavía de la hija de Genji y de la dama de Akashi.

[150] Tamakazura había sido adoptada por Genji, y, por tanto, se la consideraba medio hermana de Yugiri, mientras que Kumoi, esposa de Yugiri, era, al igual que Tamakazura, hija de To no Chujo.

[151] Yugiri.

[152] Kokiden (2), consorte del emperador Reizei (aunque «su emperatriz» es Akikonomu), es hija de To no Chujo y, por tanto, hermanastra de Tamakazura.

[153] En oposición al modo *ritsu*, que se consideraba femenino.

[154] El título de esta canción (*Takekawa*) ha servido para intitular el capítulo.

[155] No es la primera vez que aparece en la obra esta comparsa de cortesanos que, en las fiestas de año nuevo, visitaba los palacios, ofreciendo canciones y danzas, y recibía a cambio refrigerios y regalos de poca importancia.

[156] Es el vestido que lleva la hija mayor.

[157] Las «fanfarrias coreanas» sonaban al final de las carreras de caballos

cuando ganaba el equipo de los jóvenes.

[158] Puesto que la espuma es blanca como las flores del cerezo.

[159] «Vida» y «Muerte» son dos términos propios de la jerga del go.

[160] Es decir, comenzaba oficialmente el verano.

[161] Véase la nota sobre los tabúes de orientación o *kataimi* al pie del capítulo 2 («El *hahaki-gi*») de la primera parte.

[162] Suicidarse en vida de los padres es un acto contra la piedad filial.

[163] La ex consorte imperial Kokiden.

[164] La «emperatriz» de Reizei, hija de Rokujo y protegida de Genji.

[165] Sabia reflexión. Esa es la impresión que saca el lector contemporáneo y no budista de muchas apelaciones a las «vidas anteriores». Murasaki también pensó en ello.

[166] La ex consorte imperial Kokiden (2).

[167] Tal como se ha subrayado en otros lugares, sobre esta segunda parte de la obra planea la sensación de que el presente no puede compararse con el pasado. Los tiempos del apogeo de Genji fueron irrepetibles. Ahora todo es mediocre, y los hombres y las mujeres mucho menos hermosos y brillantes.

[168] Su padre Yugiri lo era de la derecha.

[169] El oráculo de Kashima, en la provincia de Hitachi, estaba especializado en profetizar sobre cuestiones de amor y de matrimonio.

[170] Véase el capítulo siguiente. Lo narrado en ambos transcurre en parte en paralelo.

[171] Ya nunca sabremos qué destino aguarda a Kurodo y a sus amores, pues, a partir del capítulo siguiente, la novela sigue otros derroteros, y la familia de Tamakazura desaparece del mapa.

[172] El lector debe tener presente que los acontecimientos narrados en este capítulo ocurren casi simultáneamente con los relatados en los dos anteriores. Y, sin embargo, son «otra historia».

[173] Cuando Suzaku subió al trono, su madre Kokiden trató de convertir al príncipe Hachi en heredero aparente en lugar de Reizei, hijo de Fujitsubo .

[174] Se trata de un *upasaka*, es decir, de un laico preparado para actuar y enseñar como un clérigo.

[175] No hay acuerdo entre los traductores sobre su equivalencia occidental. Seidensticker nos dice que la tónica sería la nota la, pero otros discrepan.

[176] En la caja de resonancia del laúd japonés (o *biwa*) hay tres agujeros, siendo conocidos dos de ellos como «medias lunas» y el último como «luna oculta».

[177] Kaoru se expresa en el estilo formal y elaborado que se usaba en la corte Heian.

[178] *Hishihime*, la « Doncella del Puente», era la diosa tutelar del puente de Uji. En su poema Kaoru la identifica con Oigimi.

[179] La joven compara a su padre con el llamado *kawa-osa*, o «inspector del río», funcionario encargado de la policía de los ríos. Revisaba el estado de los puentes, de los diques, de las riberas, etc.

[180] Tanto Kokiden como Kashiwagi son hijos de To no Chujo.

[181] El «pecado» de no haber tributado en vida honores a su verdadero padre. Recuerdes el caso de Reizei, hijo de Genji y de Fujitsubo.

[182] Gran santuario dedicado a Kwannon, bodhisattva de la misericordia (*Avalokiteshvara*) que se hallaba al sureste de Nara.

[183] De Kisen, poeta del siglo IX, que hace un juego de palabras con «Uji» y *ushi* («terrible»).

[184] Hay que pensar, pues, que está tocando Kaoru, hijo de Kashiwagi y nieto de To no Chujo.

[185] Tampoco hay acuerdo entre los traductores sobre su correspondencia occidental.

[186] Si el koto de seis cuerdas es un instrumento japonés, el de siete (como el de trece) es chino y se le llamaba *kin*. En tiempos de Murasaki había caído prácticamente en desuso.

[187] Para entrar en el paraíso búdico hay que haber dejado atrás todos los afectos mundanos, incluso el amor a los hijos.

[188] Al morir enamorado, no podía entrar en el paraíso, y no había rito ni plegaria de los vivos que pudiera arreglarlo.

[189] Se trata de Kasyapa, uno de los primeros diez discípulos de Sakyamuni.

[190] La competición tenía lugar a fines de mes y en ella tomaban parte forzudos luchadores montañoses de todo Japón para distracción de la nobleza. Ningún aristócrata Heian se hubiese rebajado a practicar el sumo, que sólo se popularizó mucho más tarde.

[191] Tal como se ha dicho antes, según la doctrina búdica sólo se puede entrar en el *nirvana* (es decir, escapar al fatal ciclo de las reencarnaciones o *samsara*), si a la hora de la muerte hemos conseguido librarnos de todos los anhelos que nos ligan al mundo que dejamos atrás, por muy honestos y naturales que dichos anhelos puedan parecer.

[192] Río de la provincia de Yamato.

[193] El primer verso de este poema ha dado al capítulo su título tradicional: *Shii ga moto*.

[194] Su padre, el príncipe Hachi.

[195] *Kokin Shu*, 415: «Los hilos son delgados, pero mi corazón no es un hilo como estos./ A punto de partir, se me rompe como un hilo.» En japonés «tener el corazón delgado» equivale a estar triste.

[196] *Furukoto* en el original: literalmente, «las viejas palabras».

[197] De este verso procede el título al capítulo: *agemaki*. Se trata de un lazo en firma de trébol muy utilizado en Japón con fines decorativos.

[198] Poema anónimo del *Kokin Shu* (483).

[199] La hija de la dama de Akashi, ahora emperatriz.

[200] Esta sutilísima comedia sentimental, sexual, psicológica y de enredo protagonizada por Kaoru, Niou y las dos princesas (a las que luego se unirá Ukifune) recordará forzosamente al lector occidental a Boccaccio, algunas piezas de Shakespeare, el mejor Marivaux , ciertos momentos de Goldoni, de Musset y Chejov, e, incluso, algunas películas de Bergman y de Woody Alien. Por ello no pocos críticos la consideran la parte más original y admirable de la magna obra de Murasaki. ¿Cuántas grandes novelas guardan «lo mejor» para el final?

[201] Genji era abuelo de Niou y , aparentemente, padre de Kaoru.

[202] *Ominaeshi*. Es obvio que aquí es una referencia a las dos princesas de Uji.

[203] Recuérdese que Niou no ha visto aún a las princesas de Uji, a pesar de haber mantenido regular correspondencia con ellas. Una situación,

pues, muy «Heian».

[204] Las fiestas conocidas como *Higan* .

[205] Como habrá podido comprobar el lector a lo largo de la obra, el

año del Japón Heian se adaptaba al calendario lunar, es decir, se anticipaba

en aproximadamente un mes al nuestro, de carácter solar. Así el primer mes

marcaba el inicio de la primavera, el cuarto, el del verano, el séptimo, el
del

otoño, y el décimo el del invierno.

[206] Se trata del *yamadori*, o «faisán cobrizo», del que se dice que macho y hembra duermen siempre separados.

[207] En la tercera noche después de la consumación de un matrimonio. Recuérdese lo que ocurre tras la consumación de la relación entre Genji y Murasaki en el capítulo 9 («Aoi»).

[208] Hay mucho de sadomasoquismo sentimental en la extraña relación de Kaoru y Oigimi, que reencontraremos mucho más tarde en ciertos relatos clásicos de Dostoievski como *El idiota* , *Los hermanos Karamazov* o *Las noches blancas*. Tampoco en el teatro de Chejov son infrecuentes las relaciones de este tipo. ¿Y qué decir de las historias cruzadas de Tatiana-One-guin y de Olga-Lenski en el gran poema narrativo de Pushkin, situado en un mundo rural que recuerda mucho el de Uji?

[209] Llamada en Japón «la princesa Tanabata». Trata de dos estrellas enamoradas entre sí que sólo coinciden en el cielo un día al año, el siete del mes séptimo.

[210] Recuérdese que Niou vive en los aposentos reservados a la emperatriz «de Akashi» en el que fuera palacio de su abuelo Genji en la Sexta Avenida.

[211] Poema de los *Cuentos de Ise* (cap.49) de contenido claramente erótico e incestuoso.

[212] Efectivamente. En los *Cuentos de Ise* la hermana responde con este poema: *¿A qué esas palabras de sorpresa ante la hierba tierna?/¿Es que no ha sido completamente tuya desde el comienzo?*

[213] Referencia a un poema de la antología *Shui-Shu* (897).

[214] El emperador chino Wu-ti.

[215] Se trata del rito conocido como del *bodhisattva Sadaparibhuta* (*Jofugyo*, en japonés).

[216] Se trata del llamado *Toyo-akari*, parecido a nuestro carnaval.

[217] Se decía que en el Hiimalaya crecían infinidad de hierbas medicinales.

[218] Referencia a una leyenda búdica contenida en el *Mahaparanirvana Sutra*. «El muchacho del Himalaya» (Buda en una encarnación previa) se encuentra con un demonio (en realidad un poder benigno disfrazado) y le ofrece su vida a cambio de que le recite la segunda estrofa del Himno de la Impermanencia, del cual sólo conoce el principio.

[219] Se trata de la hija de Genji y de la dama de Akashi, madre de Niou.

[220] Se trata de Oigimi. Por ello se ha dicho que este capítulo transcurre «en paralelo» a los dos anteriores, y que parece arrancar del 46.

[221] Kaoru.

[222] «El blanco rocío» es Oigimi y «el dondiego de día», Naka no Kimi.

[223] En este poema, el «dondiego de día» es Oigimi, y «el rocío», Naka no Kimi.

[224] La muerte de su padre Genji y la de su amada Oigimi.

[225] En China y en Japón se creía que la mujer que contemplaba largamente la luna envejecía y moría pronto.

[226] *Obasuteyama*. Literalmente, «el monte en que se arroja a las ancianas». Era costumbre en el mundo rural japonés llevar a las ancianas que no servían ya para nada a un monte cercano para que el frío del invierno las matara. Por inconcebible que parezca, esta bárbara forma de eutanasia llegó hasta principios del siglo xx. Los aficionados al cine nipón recordarán las dos obras maestras que ha realizado sobre el tema, ambas con el título de *La balada del Narayama*, la última de Shohei Imamura.

[227] La carta que sigue a la consumación física de una relación amorosa.

[228] Es decir: «en cuanto me convierta en heredero aparente».

[229] Es decir, por la princesa Ochiba, viuda de Kashiwagi y segunda consorte de Yugiri. No se olvide que Roku no Kimi es la hija de una concubina sin rango (la hija de Koremitsu) que Ochiba ha adoptado.

[230] Ya se ha explicado que la poliginia japonesa de la época Heian, una práctica de origen chino, estaba reservada a la aristocracia, es decir, al 1 por mil de la población. Los hombres que pertenecían al «pueblo llano» sólo podían unirse a una segunda mujer si se divorciaban previamente de la primera.

[231] Para preparar las ceremonias nupciales, que tenían lugar el tercer día después de la consumación del matrimonio.

[232] Novelas anteriores como *El árbol hueco* o el *Utsubo Monogatari* son extremadamente minuciosas a la hora de describir las ceremonias, los conciertos, los atuendos, etc. Ya se habrá notado que Murasaki Shikibu, con un criterio mucho más moderno, no está de acuerdo con este criterio, que no sigue y no duda en criticar.

[233] Como se desprende de este episodio y de ciertas alusiones anteriores, no debe verse en Kaoru, a pesar de sus rarezas, una versión nipona del «casto José».

[234] Esta relación tan poco seria y la «boutade» final de Kaoru nos recuerdan el trato un tanto humillante que da Hamlet a Ofelia en la obra de Shakespeare. Lo cierto es que Kaoru tiene bastantes rasgos del melancólico y neurasténico príncipe danés, del mismo modo que Kashiwagi es un «pre-Werthep».

[235] Los que querían librarse del cuidado amoroso, hacían imágenes de la persona amada y las echaban a un río sagrado. Si el dios «aceptaba» la imagen, al amante le era dado olvidar. Se trata de una manifestación más de la importancia que muñecos y muñecas revisten en la tradición japonesa.

[236] Recuérdese que las casas japonesas son desmontables, y, por tanto, perfectamente trasladables.

[237] Kashiwagi.

[238] Es decir, tiene cuatro o cinco años menos que Naka no Kimi.

[239] *Yadorigi* en japonés. Es precisamente esta «hiedra» (Benl, Seidensticker, Tyler) que da título al capítulo. El sentido no está claro: algunos traductores (Waley, Sieffert) se inclinan por «muérdago» o «vid silvestre». Sea como fuere, se trata de una planta trepadora y parásita.

[240] Es decir «del palacio de Kaoru».

[241] Organo de gobierno más elevado que el consejo «intermedio» del que ya formaba parte.

[242] Véase el capítulo 37, «La flauta».

[243] Entiéndase: «Me he casado muy por encima de mi rango.»

[244] Unos traductores ven en esta «glicinia» una referencia a la esposa de Kaoru, y otros al propio Kaoru.

[245] Se trata de Ben no Kimi.

[246] *Ukifune* significa «bote a la deriva», y ha sido atribuido por la tradición literaria a la joven a partir de un poema que aparece en el capítulo 51 («Ukifune»).

[247] Texto lleno de referencias poéticas, pero de sentido claro. Kaoru quiere acabar la empresa comenzada («recuperar», en alguna medida, a la perdida Oigimi). La referencia a la provincia de Hitachi se explica porque en ella creció Ukifune, cuya madre casó con su gobernador o vicegobernador, que no está claro.

[248] Superstición taoísta que se había introducido en la cultura budista Heian: durante las noches «del Mono», (había una en cada ciclo de sesenta días) era peligroso dormir.

[249] El texto se refiere a ella como *kitanoka*, es decir, «esposa principal», y es la primera vez que se la denomina así.

[250] La esposa del gobernador es sobrina de la madre de Naka no Kimi.

[251] Es decir: un hijo del gobernador de Hitachi y de su primera esposa.

[252] Referencia a la Tejedora («la princesa Tanabata» en Japón) y el Boyero (Altair y Vega para los astrónomos).

[253] Mala conciencia por si llega a enamorarse del «sucedáneo» de Oigimi, posibilidad que Kaoru juzga como una traición al «original».

[254] *Nademono*. Se trata de muñecas hechas de *papier maché* que los fieles shintoístas utilizaban en las ceremonias lústrales o de purificación. Restregándose con ellas, les «transferían» sus propias culpas y pecados, y luego las arrojaban al río. Algo así como el famoso «chivo expiatorio» de otras culturas.

[255] El amor de Oigimi.

[256] Ciertos diablos del budismo se caracterizan por tener cabeza de buey.

[257] El reciente matrimonio de Kaoru con la hija del emperador.

[258] Recuérdese lo comentado acerca de las supersticiones japonesas en la nota al pie del capítulo 2 («El *hahaki-gi*») del primer volumen (*Esplendor*).

[259] Niou se está adentrando en una zona de la casa de Nijo en la que no ha estado nunca, cosa perfectamente posible en las mansiones de tipo *shinden*, compuestas de edificaciones diversas unidas por corredores y galerías.

[260] Recuérdese que la madre de Ukifune era sobrina de la de Oigimi y Naka no Kimi.

[261] «La pradera de Miyagi» era famosa por sus espléndidos *hagi*. El sentido del poema está claro: de haber sabido el teniente que Ukifune era hija de un príncipe, no la habría dejado por otra.

[262] La Tercera Princesa, viuda de Genji y madre de Kaoru.

[263] *Azumaya*, literalmente «casita oriental». Se trata de una vivienda modesta con techumbre de paja, de planta rectangular y una habitación en cada uno de sus cuatro lados. El título tradicional de este capítulo procede de este poema que improvisa Kaoru.

[264] Al sur de la capital.

[265] El «koto del este» (*azuma-kotó*) se conocía también como *Yamato-koto* («el koto del Japón central»), en oposición al chino.

[266] De un poema de Minamoto Shitago, que recoge la queja de la favorita de un emperador chino al verse relegada por su señor «como un abanico de verano cuando llega el otoño».

[267] Kaoru.

[268] Ya se ha hablado de ellas. Son cestas de aspecto inacabado, en las que los juncos de los bordes se han dejado sin trenzar.

[269] Juguete infantil consistente en una cinta atada a un palo formando una especie de látigo que se utilizaba para ahuyentar a los demonios en el primer día de la Liebre del año.

[270] Yugiri.

[271] Las mujeres parecen entender que el viajero ha sido atacado por bandoleros o demonios.

[272] Es, por tanto, «impura», y no puede visitar los templos.

[273] El príncipe alude a la «inconstancia» de Kaoru, que está viviendo con su esposa, la hija del emperador, y no se deja ver por Uji.

[274] Es decir: Ojalá fuera yo una persona mucho más importante y pudieras hacer de mí tu consorte públicamente.

[275] En el texto original hay aquí una alusión al hecho de que Niou es dos o tres años más joven que Kaoru, siendo así que de los capítulos 35 y 36 resulta precisamente lo contrario. Puede tratarse de un lapsus de la autora o de un error de un copista. Como tiene mínima importancia, hemos decidido eliminarla.

[276] Niou, Ukifune, Jiju y Tokikata, además del barquero.

[277] *Ukifune* significa «bote a la deriva». De este poema la tradición literaria nipona ha extraído el nombre atribuido a la hija ilegítima del príncipe Hachi y a este capítulo.

[278] Nakanobu es un servidor de Kaoru, y el suegro de Michisada.

[279] Se refiere a la Segunda Princesa, esposa de Kaoru e hija del emperador.

[280] *Kagero*. Insecto efemeróptero llamado en español «efímera» o «cachipolla», de unos dos centímetros de largo y color ceniciento. Habita en los marjales y apenas vive un día. Aparece citada en un poema que improvisa Kaoru al final del capítulo. La tradición literaria nipona ha «bautizado» el capítulo con su nombre.

[281] En la leyenda búdica, Taishakuten (Sakrodevanam Indra) logró resucitar a Buda Sakyamuni.

[282] Como en la casa acaba de ocurrir una muerte, Tokikata no puede tomar asiento para no contaminarse.

[283] La madre piensa en un efecto *ikiryo* «a cargo» de la esposa legal de Kaoru, es decir, de la Segunda Princesa.

[284] De este pasaje resulta que el abad de Uji y el ama de Ukifune son hermanos.

[285] Uno de los hermanos de Genji, al que se alude una sola vez en el capítulo 50.

[286] La «joven que murió» es Oigimi, y su «parienta», Ukifune.

[287] Para no mermar con gastos excesivos su porción hereditaria.

[288] Se consideraba que el cuco era un mensajero del país de los muertos. El es, pues, el sujeto de la primera parte del poema.

[289] En la provincia de Hitachi. Ya se ha dicho y visto a lo largo de la obra que educarse en provincias estaba muy mal visto desde un punto de vista social en el Japón Heian.

[290] Téngase en cuenta que, según los cálculos de R. Tyler, que ha estudiado muy detenidamente la cronología de la novela, la relación íntima de Niou y Ukifune no llega a durar un mes (sin contar, claro, está su primer encuentro casual, ocurrido tres o cuatro meses antes). El príncipe la visita en Uji a fines del primer mes, fingiéndose Kaoru, y en el segundo mes, tras el concurso de poesía china que se celebra en la capital, vuelve con ella y pasan dos noches juntos, la segunda al otro lado del río. Cuando regresa por tercera vez, no se le permite verla, pues los guardianes han sido alertados por Kaoru. En el plano físico, toda su aventura se limita, pues, a tres noches compartidas. (Murasaki Shikibu, *The Tale of Genji*, trad. de Royall Tyler, Penguin Classics, 2001/2003, pág. 1133). En este momento, Kaoru tiene veintisiete años, Niou veintiocho y Ukifune, veintidós o veintitrés, punto en el que coinciden Benl y el citado Tyler.

[291] La autora juego con la homofonía entre *Uji* (el nombre del río) y *ushi* («oscuridad», «amenaza»).

[292] *Risshi*. Casi todos los traductores optan, con matices, por la solución que hemos adoptado. Seidensticker le llama (de forma harto sorprendente) «archidiácono».

[293] El parto de una de sus hijas, Himegimi.

[294] Genji. Se trata, recuérdese, de la hija de la dama de Akashi.

[295] Seidensticker nos informa de que una lectura íntegra del Sutra del Loto tendría aproximadamente la misma duración que una del Nuevo Testamento cristiano.

[296] Resulta sorprendente asistir a la transformación de Kaoru de asceta tímido a un casi maníaco sexual. Se trata seguramente de un caso de represión que, una vez «sanada» por la tremenda sensación de ridículo que en él provoca el «asunto Ukifune» , se convierte en lujuria trepidante. Claro que con un abuelo como To no Chujo y un padre como Kashiwagi, también puede decirse que al fin «la cabra tira al monte».

[297] Hay bastante erotismo de *sex-shop* en esta sorprendente escena.

[298] Se supone que la emperatriz «de Akashi» y Kaoru son medio hermanos, aunque, como el lector recordará, Kaoru no es hijo de Genji, sino de Kashiwagi.

[299] Se trata seguramente de una referencia a una novela popular de la época que no ha llegado hasta nosotros.

[300] Hermanastro de Genji.

[301] Se ha querido ver en esta Ben no Omoto un personaje inspirado en de la gran rival de Murasaki, Sei Shonagon, autora del famoso *Libro de cabecera* o *de la almohada*, famosa por su descaro. El tono en que está escrito su discurso es muy propio de ella.

[302] Los tantas veces citados *ominaeshi*.

[303] En este poema Kaoru se presenta como indiferente al amor físico.

[304] Texto oscuro. Se ha sugerido que Kaoru se está refiriendo a una probable visita ulterior de Niou.

[305] Como Kaoru pasa por hermano de « la emperatriz de Akashi», es tío de la Primera Princesa.

[306] La madre y la hermana del maestro de monjes Sozu.

[307] Tal como se verá luego, la hermana de Sozu se hizo monja al perder una hija.

[308] Se refiere, lógicamente, a Oigimi.

[309] Con fines purificatorios. Se trata de una ceremonia de origen hindú propia del budismo esotérico que practicaba la secta Shingon.

[310] De ahí extraen algunos comentaristas budistas de la novela que Ukifune es la última reencarnación o «avatar» de Genji y que, a través de su renuncia final, hallará la salvación definitiva el «príncipe resplandeciente».

[311] Se trata seguramente de una pobre lugareña «utilizada» con este fin.

[312] Es decir: las cinco prohibiciones de matar, robar, fornicar, mentir y emborracharse.

[313] Las llamadas *ominaeshi*, ya mencionadas.

[314] Cita de un poema de Ono no Komachi.

[315] Para algunos el koto japonés de seis cuerdas era considerado un instrumento «plebeyo» como la bandurria, la armónica o el acordeón entre nosotros (a diferencia del koto chino de trece, que era algo así como el equivalente del piano de la época).

[316] Ukifune.

[317] Kwannon.

[318] Referencia a una historia o anécdota desconocida.

[319] Yugiri. El teniente es, pues, primo hermano de la princesa.

[320] Poema de Henjo (*Gosen Shu*, 1241).

[321] En japonés las palabras «pescador» y «monja» son homófonas.

[322] Cita de Po Chu-I. El poema que sigue es, también, otra cita del mismo autor, el poeta chino más popular en el mundo de Genji.

[323] Cita del poema que Niou compone para ella en la casita «del otro lado del Uji» durante su último encuentro (véase capítulo 51).

[324] Obviamente se trata de otro gobernador de Hitachi, no del padrastro de Ukifune.

[325] *Yumi*: el país de los muertos.

[326] En sánscrito: *Bhaisajyaguru*. En japonés, el *señor Yakushi*.

[327] El puente flotante de los sueños-*Yumé no Ukihashi*—. Esta expresión, nada fácil de interpretar, no aparece a lo largo del capítulo, a diferencia de lo que ocurre con todos los títulos de los anteriores. Ello podría ser un argumento a favor de que no nos ha llegado entero, bien porque Murasaki no lo terminó, bien porque se ha perdido su parte final. A pesar de ello, no pocos críticos sostienen que el capítulo está completo, y lo cierto es que puede leerse como un final (más o menos «abierto») de la historia.

[328] Se trata de los famosos *tengu*, criaturas malignas aladas provistas de largas narices-pico, muy «activas», junto con los zorros, en la superstición popular de los japoneses. (Véase nota sobre el tema al pie del capítulo 2).

[329] En el sutra llamado «De los méritos de dejar el hogar».

[330] Su madre.

[331] Obviamente de Kaoru.

[332] El «maestro de la ley» es el príncipe Hachi, y «las montañas», el amor.

[333] Aquí se recogen un centenar de nombres correspondientes a otros tantos personajes, obviamente los más importantes de los más de cuatrocientos que aparecen a lo largo de la novela. Hemos prescindido de un sinfín de criadas y azafatas, de damas de la corte, funcionarios y oficiales de la guardia cuya presencia resulta puramente anecdótica, formando parte de la ambientación pero sin la categoría de auténticas *dramatis personae*. También hemos eliminado aquellos personajes que, aunque puedan ostentar más relevancia argumental, tienen una intervención en la obra muy concreta, limitada a un momento dado para no volver a aparecer en el futuro, porque ya no plantearán problemas de identificación al lector. Este índice sustituye y completa el aparecido al final del primer volumen.

[334] Keiko Sukagawa o Keiko Pérez-Machado (Yokoama, n. 1938) fue durante más de treinta años profesora de literatura comparada en las más prestigiosas universidades de Japón y de los EEUU. Retirada hoy de la docencia, disfruta de su jubilación junto a su marido, un ex diplomático estadounidense de origen mejicano, en su rancho de California. Cuantos hemos intervenido en la preparación de este libro le agradecemos su desinteresada contribución, escrita especialmente para él.